Barcelona
y sus misterios

Antonio Altadill

Ambientada en la Barcelona de los años 1850, *Barcelona y sus misterios* nos transporta a una época en la que la represión política, las largas jornadas de trabajo y las duras condiciones en las que vivía la clase obrera, en contraste con el lujo de la burguesía dominante, era el día a día de la mayoría de los barceloneses.

Diego Rocafort, de familia humilde y de corazón noble, es víctima de una conjura que le lleva al destierro. Después de un periplo que el llevará de África a Londres pasando por Cuba, Diego logra volver a Barcelona para vengarse de aquellos que le han perjudicado, pero no con la su sangre, sino a partir de enseñarles, a base de comportamientos ejemplares, el camino del bien.

Antonio Altadill

Barcelona y sus misterios

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2023

Antonio Altadill, 1861
Dibujante y grabador: Eusebi Planas

Escaneado por la Biblioteca Nacional de España

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1
Aa

PROYECTO SCRIPTORIUM

DÉCIMO ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

epublibre

Índice de contenido

Cubierta
Barcelona y sus misterios
NOTA DEL EDITOR DIGITAL
PRIMERA PARTE DE BARCELONA Y SUS MISTERIOS
PARTE PRIMERA - EL DESTIERRO
CAPÍTULO I. La Font d'en Xirot
CAPÍTULO II. En que se demuestra lo que daña un mal te quiero
CAPÍTULO III. El calabozo de la Ciudadela
CAPÍTULO IV. La fragata Perla
CAPÍTULO V. El buque negrero
CAPÍTULO VI. El abordaje
CAPÍTULO VII. En que acaba de probarse la perversidad del capitán negrero
CAPÍTULO VIII. El esclavo blanco
CAPÍTULO IX. Un banquete del rey de Loango
CAPÍTULO X. En que se ve cómo hablan los muertos para hacer morir a los vivos
CAPÍTULO XI. En que se demuestra que las buenas acciones tarde o temprano encuentran su recompensa
CAPÍTULO XII. Otra noche toledana
CAPÍTULO XIII. Un robo en despoblado
CAPÍTULO XIV. La caza del negro
CAPÍTULO XV. De cómo Diego se encontró otra vez solo y abandonado
CAPÍTULO XVI. Dos antiguos conocidos
CAPÍTULO XVII. La herencia de Tomás Ponce
CAPÍTULO XVIII. El último Pedro
PARTE SEGUNDA - BARCELONA
CAPÍTULO I. En que se demuestra como un hombre puede no encontrar en su sitio la casa que dejó
CAPÍTULO II. La tumba de los pobres
CAPÍTULO III. En que se prueba que cuando uno no ha de morir, aunque se pegue un tiro
CAPÍTULO IV. De como empezó Diego sus nuevas relaciones en Barcelona
CAPÍTULO V. El café Chantan
CAPÍTULO VI. La cantadora
CAPÍTULO VII. La virtud y la miseria
CAPÍTULO VIII. El cancerbero de los pobres
CAPÍTULO IX. Otra visita a otro D. Pedro
CAPÍTULO X. El traidor de la casa de Messina

CAPÍTULO XI. La falsa delación
CAPÍTULO XII. De cómo halló un alivio la desgracia de Margarita y su hija
CAPÍTULO XIII. La bolsa
CAPÍTULO XIV. De como fué Diego a consolar a Blanco del disgusto del bofeton
CAPÍTULO XV. La baronesa de Turella
CAPÍTULO XVI. En que se prueba los inconvenientes que tiene y las molestias que causa el ser rico
CAPÍTULO XVII. El concierto
CAPÍTULO XVIII. Los monederos falsos
CAPÍTULO XIX. Interrogatorio
CAPÍTULO XX. Mortal impaciencia de Pedro Blanco
CAPÍTULO XXI. El padre de los pobres
CAPÍTULO XXII. De como tuvo Blanco otra sorpresa mayor al llegar a su casa
CAPÍTULO XXIII. Como halló Roberto medio de cobrar el precio ofrecido por el asesinato que se frustró
CAPÍTULO XXIV. La cueva
CAPÍTULO XXV. El corazón de Daniel
CAPÍTULO XXVI. Consecuencias de la desaparición de Diego
CAPÍTULO XXVII. En que se prueba lo que vale un Hombre despierto
CAPÍTULO XXVIII. Ir por lana
CAPÍTULO XXIX. De como despertó Diego de su último sueño en la cueva
TERCERA PARTE - JUSTICIA
CAPÍTULO I. Los limpiabotas
CAPÍTULO II. El corazón de un hijo
CAPÍTULO III. De como cumplió el amo de Ramón el castigo que le había prometido
CAPÍTULO IV. Efecto que cansó a Blanco la noticia de la desaparición de Diego
CAPÍTULO V. En que se da otra prueba de la discreción de Daniel
CAPÍTULO VI. Un baile en el gran Liceo
CAPÍTULO VII. Tristes recuerdos
CAPÍTULO VIII. Dos visitas
CAPÍTULO IX. De como es más fácil arrancarle a un millonario un hijo que un millón
CAPÍTULO X. El tigre en poder del león
CAPÍTULO XI. De como empezó Diego a servirse de Juan
CAPÍTULO XII. El despertar de Blanco el día después de su visita a la casa Mendoza
CAPÍTULO XIII. Una prision preventiva
CAPÍTULO XIV. En que Don Jaime Hernandez abona, la conducta de

Juan
CAPÍTULO XV. El robo de la calle de Tallera
CAPÍTULO XVI. Un lance en los campos Eliseos
CAPÍTULO XVII. El millonario
CAPÍTULO XVIII. Los lobos en una trampa
CAPÍTULO XIX. De como fué a parar a poder de Diego el hijo de Clara
CAPÍTULO XX. Clara y Diego Rocafort
CAPÍTULO XXI. De cómo murió de alegría Nicolás, y Blanco de dolor
CAPÍTULO XXII. El triunfo de la inocencia
CAPÍTULO XXIII. La despedida
SEGUNDA PARTE DE BARCELONA Y SUS MISTERIOS
CAPÍTULO I. El Presidio
CAPÍTULO II. La yerba que corta el hierro
CAPÍTULO III. La huida del presidario
CAPÍTULO IV. Desnudar al vestido para vestir al desnudo
CAPÍTULO V. De cómo empezó a ingeniarse Roberto para poder vivir en Barcelona
CAPÍTULO VI. Preparativos
CAPÍTULO VII. El robo de Gracia
CAPÍTULO VIII. De cómo empleó Roberto el día después de la catástrofe de Gracia
CAPÍTULO IX. De cómo sonrie la fortuna, a ciertos hombres
CAPÍTULO X. En que se ve cómo se arregló Roberto para prestar otro servicio al comisario
CAPÍTULO XI. De cómo se rescató el robo de las alhajas de la platería
CAPÍTULO XII. De cómo obtuvo al fin Roberto la credencial deseaba
CAPÍTULO XIII. La casa de juego
CAPÍTULO XIV. El retrato de la amante de Carlos
CAPÍTULO XV. Carlos Sans
CAPÍTULO XVI. Fernando Aguilar
CAPÍTULO XVII. La cita a media, noche
CAPÍTULO XVIII. Una visita a tiempo
CAPÍTULO XIX. De cómo ahogan ciertos curadores por el interés de sus pupilos
CAPÍTULO XX. La carta anónima
CAPÍTULO XXI. En que se explica el interés de D. Pablo en favor de Carlos
CAPÍTULO XXII. La dama de Industria
CAPÍTULO XXIII. El paseo de Gracia
CAPÍTULO XXIV. La casa de la tia Nicasia
CAPÍTULO XXV. De cómo se ganó el amigo de Aguilar la confianza de la querida de Roberto
CAPÍTULO XXVI. La cita misteriosa
CAPÍTULO XXVII. En que acaba de verse el carácter de la dama de

industria
CAPÍTULO XXVIII. De cómo siguió negociándose el retrato de Clara
CAPÍTULO XXIX. Fernando Aguilar y Carlos
CAPÍTULO XXX. Nostalgia
CAPÍTULO XXXI. El verdadero valor
CAPÍTULO XXXII. En que siguen Eduardo y Roberto en su respectivo propósito acerca del retrato de Clara
CAPÍTULO XXXIII. De cómo Carlos Sans ganó en un día el terreno perdido en el amor de Clara
CAPÍTULO XXXIV. En que se habla de una pulsera, de una paliza, de una carta y de un retrato
CAPÍTULO XXXV. En que se prueba una vez más que la peor circunstancia para un amante es el ser pobre
CAPÍTULO XXXVI. De cómo se aprovechó Eduardo del medio que le facilitó Aguilar para trabar conocimiento con Lola
CAPÍTULO XXXVII. La primera visita de Eduardo a Lola
CAPÍTULO XXXVIII. La calle de Turella
CAPÍTULO XXXIX. El teatro del Liceo
CAPÍTULO XL. Diego Rocafort y Fernando Aguilar
CAPÍTULO XLI. En que empieza a rasgarse el velo que cubría la conducta de Carlos Sans
CAPÍTULO XLII. De cómo volvió Diego a presentarse a su antigua amante
CAPÍTULO XLIII. De cómo se alcanza a veces en un momento lo que se ha procurado en vano mucho tiempo
CAPÍTULO XLIV. De cómo la mayor prueba de verdad puede encubrir la más grande mentira
CAPÍTULO XLV. Un trueno inesperado
CAPÍTULO XLVI. De cómo acabó de agravarse la situación de Lola respecto de Eduardo
CAPÍTULO XLVII. De cómo se aplacaron por el momento las iras de los acreedores de Sans
CAPÍTULO XLVIII. El contrato matrimonial
CAPÍTULO XLIX. El duelo
CAPÍTULO L. La sociedad de la Inocencia
CAPÍTULO LI. De cómo adquirió Clara noticias de Diego
CAPÍTULO LII. De lo que sacó al fin Roberto del retrato de la hija de Clara
CAPÍTULO LIII. La última palabra de amor
EPÍLOGO
Dedicatoria
Sobre el autor
Sobre el ilustrador
Notas

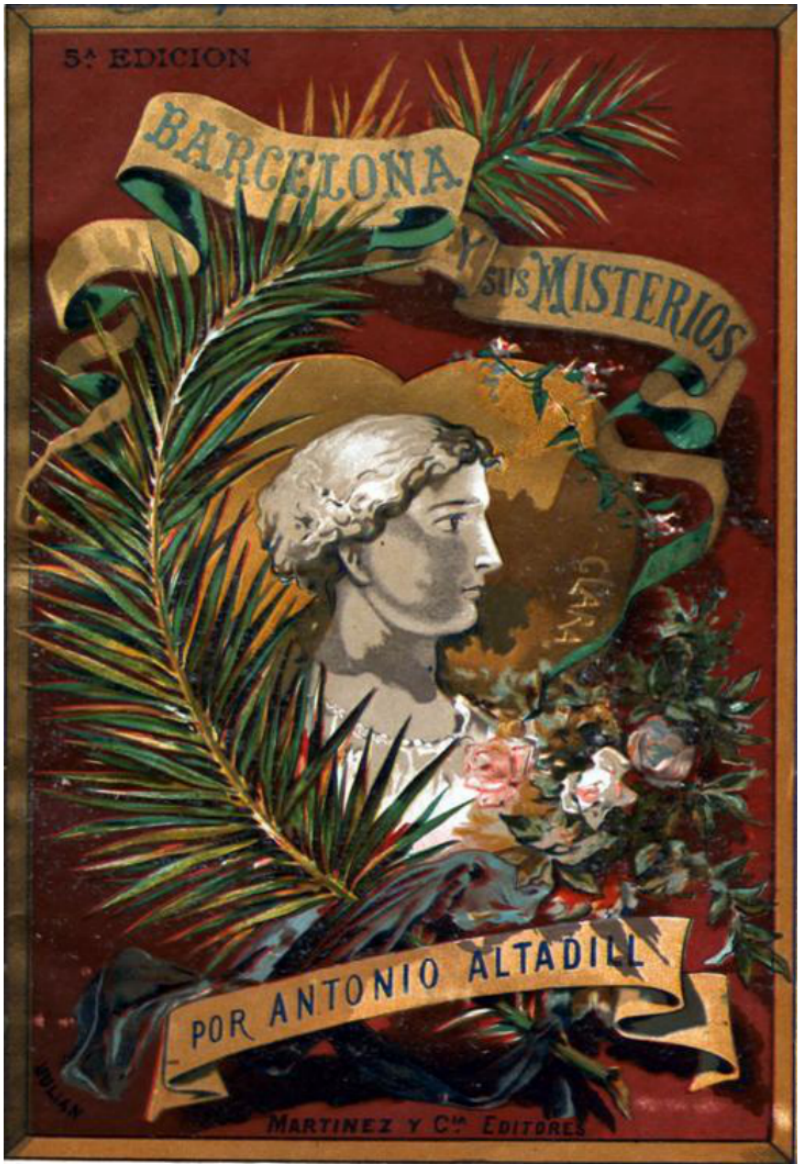
NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Esta edición fue publicada en 1860-61.

La edición ilustrada en color, de la cual se han añadido las ilustraciones, fue publicada en 1890.

Se ha optado por mantener la ortografía y sintaxis gramatical del original.

Y por lo tanto no sigue las directrices de la RAE de 2010.


5ª EDICION
BARCELONA
Y SUS MISTERIOS
CLARA
POR ANTONIO ALTADILL
MARTINEZ Y Cª EDITORES

M Segur
A Altadill

BARCELONA

Y

SUS MISTERIOS

POR

ANTONIO ALTADILL

QUINTA EDICION

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS SACADOS DE LOS DIBUJOS

DE

D. EUSEBIO PLANAS

POR

D. JULIAN BASTINOS

TOMO PRIMERO

BARCELONA

MARTINEZ Y COMPAÑIA, EDITORES

Calle de Balmes, núm. 84

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA

PRIMERA PARTE
DE
BARCELONA Y SUS MISTERIOS

PARTE PRIMERA

EL DESTIERRO

CAPÍTULO I.
La Font d'en Xirot

No era de noche, ni llovía, ni el huracan rebramaba tronchando las ramas de los árboles, ni estremecia el trueno, ni caía el rayo, ni a la fosfórica luz del relámpago se veía una llanura desierta, ni una cruz solitaria en medio de la llanura, ni siquiera una mujer llorando al pié de la cruz; sino que era una tarde serena y placentera como son casi todas las tardes de abril, bajo el benigno cielo de Barcelona.

Era día de fiesta, y un sinnúmero de familias artesanas, que durante la semana toda habían estado sujetas al yugo del trabajo,

entre el ruido atronador de los telares y en medio de la cargada atmósfera de las cuadras, en las fábricas principalmente de hilados y tejidos, o en otros de los variados o infinitos talleres que encierra la gran ciudad, según el oficio u ocupación de cada uno, salían del casco de la capital, que quedaba en completa calma, desparramándose por sus alrededores y llevando al campo con su natural deseo de esparcimiento, la animación y la vida que momentáneamente robaban a la población.

Y los pueblos de Gracia, San Gervasio, Sarriá y Sans, renuevos vigorosos de la añosa encina condal, de cuyo jugo se alimentan, a cuya sombra crecen y se desarrollan, y a cuyo tronco, por fin, llegarán a unirse un día formando el árbol robusto, emblema de la grandeza y prosperidad catalanas, recibian en su seno a las alegres comitivas que invadian sus fondas, sus cafés, sus *casas de comida* y sus tabernas, o pasando sin detenerse más que para añadir algo que faltase a la merienda en casa preparada de antemano, se dirigían a gozar completamente de la libertad y delicia del campo en sus montes vecinos y junto a sus ricas y cristalinas fuentes.

Uno de los puntos predilectos y más visitados de la clase artesana en la época del año 1844, que es donde empieza nuestra historia, era la fuente llamada *den Xirot*.

Dejando la población de Gracia a la izquierda y dirigiéndose a una pequeña colina llamada el *Puchet*, se encuentra, al empezar el monte, un sendero escarpado que, rodeando la falda de la colina, conduce al corazón de la montaña.

Al fin del sendero y en una hondonada que forma el monte, brotando del seno de las rocas y al pié de un añoso sauce que ha crecido junto al rico manantial, está la deliciosa fuente.

La frescura y rica calidad de sus aguas ferruginosas, las más cercanas a la capital, llamó la especulación a aquel sitio, y el dueño lo arregló igualando un buen espacio de terreno delante de la fuente, enladrillándolo y rodeándolo de una tapia baja de cal y canto que sirve de respaldo a un poyo hecho al pié del amurallado.

A pocos pasos de la fuente, se levanta también una casa que en los días de fiesta se halla provista de cuanto puedan consumir las gentes que al indicado sitio se dirijan.

Sentado en un extremo del poyo, con la vista fija en el camino y sin atender a la gente que se levantaba y volvía a sentarse, yendo y viniendo de beber de la fuente, estaba un joven de unos veinte años, de mediana estatura, con pantalon y chaqueta de paño negro, apoyado el antebrazo sobre la tapia y descansando la cabeza, en la palma de la mano.

Fácil hubiera sido a cualquiera, por el aspecto y actitud del joven, adivinar la causa de su abstracción.

A ponerse triste pasando la tarde sin conocidos en aquel sitio, no había de ir a su edad un hombre, cuyo rostro y cuyo porte estaban muy léjos de ser los de un aburrido o de un maniático. Además, su vista, que no se separaba del camino sino para fijarse en la estera de un reloj de plata que sacaba y volvía a meter en el bolsillo del chaleco, traducia claramente la impaciencia de su alma.

El joven esperaba, pues, a alguien que tardaba seguramente más de lo que a su deseo convenía.

Pero ese alguien, en una hora larga que él estaba allí, no aparecia en el camino.

Este se veía cuajado de gente, que en su tortuoso curso se asemejaba a una procesion de hormigas yendo y viniendo del nido al sitio donde una encontró algo para todas.

Entre los varios grupos que llenaban el camino, había uno compuesto de cuatro personas; dos mujeres y dos hombres que juntos a la fuente caminaban.

Los hombres, artesanos los dos, tendrían ambos, con corta diferencia, la edad de veintitrés años. Uno, mejor vestido que el otro, ocupaba el lado de la más vieja de las mujeres. Era de regular estatura, enjuto de carnes, de rostro impasible, de oficio hilador y se llamaba Nicolás Turella.

El otro, más bajo y más lleno de carnes, de oficio carpintero, se llamaba Roberto; y el descuido de su persona y de su vestido, menos limpio de lo que acostumbran los jóvenes de su clase en los días festivos, unido a una fisonomía llena de intención y de bien poco regulares líneas, era otra prueba de esa relación que existe casi siempre entre el interior y el esterior de un individuo.

Iba al lado de la mujer más joven, que era una niña de quince años, completamente desarrollada, de modesto aspecto y fisonomía dulce y apacible, velada por esa especie de sombra de bondad y de pureza que prestan al rostro la pureza y la bondad del corazón.

Se llamaba Clara y era hija de la mujer que la acompañaba.

Por el modo como miraba Roberto a la bella joven, hubiérase conocido al momento en él una de esas pasiones violentas que así como son causa de grandes y nobles hechos cuando se agitan en nobles corazones, son el móvil de las más bajas acciones cuando van unidas a un alma ruin y pequeña.

Clara iba taciturna, y acelerando el paso al lado de Roberto:

—¡Jesús, Clara! exclamó la madre de ésta, conteniendo su fatigada respiración; anda un poco más despacio.

—Ay, respondió Clara, volviendo la cabeza a su madre; es verdad, no advertia que caminaba demasiado aprisa; pero es que tengo una sed…

—¿De agua?… interrumpió Roberto con una sonrisa llena de malicia.

—¿Pues de qué ha de ser?

—Quién sabe… el hambre y la sed no son siempre de comida y bebida…

—No entiendo a V., concluyó Clara con cierta sequedad.

—Ya me entenderá V. luego con sola una leve indicación, si al llegar a la fuente encontramos lo que yo creo que encontraremos.

Clara se ruborizó a estas palabras, que no contestó, volviendo a quedar muda como antes.

LA FONT D'EN XIROT

Así que llegaron al punto en que el camino concluia, Clara y Roberto echaron a la vez una mirada a las personas todas que en la fuente había, tropezando en seguida sus ojos con el joven sentado en el banco, el cual, al verlos, se levantó de repente como obligado por un secreto y poderoso resorte.

El rostro de Clara pareció iluminarse de improviso.

Roberto la miró, sorprendiendo la súbita alegría de la joven, y le dijo con la misma maliciosa sonrisa de antes:

—¿Se le ha pasado a V. la sed?…

Clara ruborizóse de nuevo y contestó, procurando afectar una sencillez inútil para Roberto:

—Si no he bebido agua todavía, ¿cómo quiere V. que me haya pasado?

En esto el joven del banco se adelantó saludando en general a todos con un *buenas tardes*, aunque sin mirar a Roberto, y haciéndolo luego particularmente con la madre de Clara.

Nicolás, que estaba al lado de la vieja cuando fué a saludarla el joven, a pesar de que tenía la suficiente fuerza para sofocar en su corazón sus sentimientos sin permitirles asomar al rostro, no logró esta vez que en su cara dejase de pintarse el efecto desagradable que en él produjo la presencia de la persona que se les unia.

—¿Y cómo vos por acá, Diego? preguntó la madre de Clara al joven, que así se llamaba, después de contestarle.

—¡Pshe! respondió Diego, aquí he venido a dar un paseo… y ya me volvía cuando he visto a Vds.

—Buenas tardes, Diego, parece que no quieres saludarme, hombre, le dijo Roberto con un tonillo de resentimiento y despecho a la vez.

—He saludado ya en general, respondió Diego secamente y sin mirarle tampoco.

Y dirigiéndose a Clara y a su madre a un tiempo les dijo:

—Vengan Vds a sentarse ahí, que hay sitio, y yo les llevaré el agua para beber.

—Beber ahora no, porque mi madre estará fatigada y yo lo estoy también; pero podemos sentarnos, contestó Clara.

Así lo efectuaron en el sitio donde antes estaba Diego, quedando éste al lado de Clara, ésta junto a su madre, y seguidamente Nicolás y Roberto, que no tuvo otro remedio que ocupar el último puesto.

Apenas sentado, el rostro de Diego tomó un cierto tinte de disgusto y de pesar a un tiempo.

Clara lo advirtió, como advierte siempre una mujer que ama cuantas impresiones se marcan en el rostro de su amante, y le preguntó:

—¿Qué tienes, Diego, que pareces disgustado hoy a mi lado?

—Eso mismo que has dicho: tengo que estoy altamente disgustado.

—Supongo que no será conmigo…

—No del todo.

—¿Luego hay algo de que yo soy en parte la causa?… Esplícate, Diego.

—¿Por qué iba Roberto a tu lado?

—Es muy sencillo; porque nos encontró al salir en la puerta del Angel y se unió a nosotras.

—¿Y Nicolás?

—Por la misma razón; aunque éste no iba al lado mio.

—Ya le he visto al de tu madre. Ese ya sabe como ha de arreglarse…

Clara, cuyo amor a Diego no podía sufrir ni la más ligera suposición en contra de su lealtad, contestó resueltamente:

—Pero, es que no basta, Diego, el ganarse la voluntad de mi madre; es preciso ganar la fé de mi corazón, y esa ya no la tengo yo para que Nicolás la gane.

—¡Ya lo sé, Clara mia!…

—Es que así como lo sabes, es necesario que no lo olvides, Diego…

—¡Oh! no es que lo olvide; pero, ¿qué quieres que te diga? no son esto celos… más la vista de Nicolás con vosotras me incomoda…

—Y a mí no me incomoda menos. Yo he conocido que me ama, sí…

—¡Ya lo creo!…

—Pero ese modo suyo tan poco franco y hasta rastrero que usa para ganarse la voluntad de mi madre, haría, sin el motivo poderoso que tú sabes, que yo me resistiese siempre a aceptar un cariño que nunca consideraría leal.

—Y en cuanto a Nicolás, pase todavía; al menos a los ojos de la gente no le hace disfavor; no se sabe que tenga una vida relajada, porque realmente no la tiene, va con decencia, y si bien son pequeños y mezquinos sus sentimientos, la gente no se para en semejantes nimiedades… pero en cuanto a Roberto; más desarreglado y menos hipócrita que el otro, ese sí me repugna y me dá un pesar cada vez que le veo con vosotras.

—Pues no será a fé mia, porque no le haya yo dado a comprender mi poca simpatía por él.

Mientras Clara y Diego platicaban de esta suerte, no necesitamos relatar minuciosamente la conversación de la señora Magdalena con Nicolás, para que el lector comprenda el asunto que les ocupaba.

La señora Magdalena hablaba poco, con todo y ser mujer.

Nicolás no era gran hablador. Su conversación se concretaba siempre a sí mismo, dejando conocer más cada día su ventajosa posición, los buenos jornales que ganaba, el modo como hacía producir por otra parte sus no despreciables ahorros y su deseo de tomar estado con una joven honrada, economizadora, hacendosa, que supiese llevar el gobierno de la casa, etc., etc.; pero todo esto a medias palabras y sin declarar abierta y francamente a la señora Magdalena el punto fijo a donde dirigía sus aspiraciones.

Roberto se aburría entretanto y se levantaba unas veces a la fuente, y otras a pasear por delante de sus compañeros, haciendo sallar las piedrecitas y cortezas de naranja del suelo, con la punta de un baston

que llevaba.

Una vez, abstraida Clara completamente en la conversación que tenía con Diego, de cuyo rostro no apartaba sus embelesados ojos, no advirtió que pasaba Roberto, y éste pudo conocer por sus palabras la queja que respecto de él la daba Diego.

Roberto no se detuvo, mordióse el labio inferior y volvió a sentarse al lado de Nicolás.

—Oye, Diego, dijo Clara al cabo de un rato; levántate con la excusa de traernos agua, porque hace ya demasiado rato que estamos hablando y…

—¿Y qué?

Clara no respondió.

—Y tu madre te reñirá luego, ¿no es así? prosiguió Diego adivinando la idea de Clara.

Una lágrima que asomó a los ojos de ésta fué la amarga contestación a la pregunta de Diego.

—¡Oh! exclamó éste, y ¿por qué no me lo habías dicho antes? ¿Pero te maltrata acaso?

—Eso no, respondió Clara, secándose furtivamente aquella lágrima con la punta del pañuelo.

—¡Ah! prosiguió Diego; bien me lo había yo temido… ¿Y te escitará tal vez a que te muestres así… amable con Nicolás?

Clara no respondió; pero bajó los ojos, inclinando la cabeza con una expresión tal, que obligó a Diego a decirla:

—Bien mirado, tu madre tiene obligación de elegir para tí el mejor partido… y Nicolás, que es solo, que gana un gran jornal, del que no gasta ni la sexta parte… comparado con otro que no gane tanto y tenga una madre anciana a quien mantener, vale diez veces…

—¡Menos con todo su dinero, que tú sin un maravedí, pero con ese magnífico corazón que tanto halaga los deseos del mio! exclamó Clara de repente, concluyendo la idea de Diego como éste realmente deseaba.

Diego cogió entre sus manos la blanca mano de Clara, la estrechó dos veces y se levantó diciendo con acento sereno y tranquilo:

—Voy a traer a Vds. agua.

Parecerá tal vez extraña en una joven de la por desgracia tan descuidada clase del pueblo, semejante elevación de sentimientos y la manera como los espresa Clara a Diego; pero dejando aparte que el amor, como todas las grandes pasiones, lleva en sí mismo la elocuencia de la forma con que se espresa; y respecto de los sentimientos, inútil es decir que la naturaleza no distingue de clases al infundirlos en el corazón del hombre y de la mujer; aparte esto,

decimos, preciso es tener en cuenta que una mujer, en su primer amor, llega a asimilarse de tal manera, no solo en el modo de espresarse, sino hasta en el de sentir, con el hombre a quien ama, que muy torpe ha de ser aquella para no engrandecerse tomando algo de la dignidad y grandeza de éste.

Y Clara no era torpe; y en cuanto a Diego, sobre estar dotado de un talento natural nada comun, le tenía, como iremos viendo, bastante cultivado en más de un sentido, no siendo él sin embargo una rara excepción en la clase trabajadora de Barcelona.

Diego llegóse a la fuente, de la que volvió con dos vasos llenos de agua fresca y cristalina que presentó a Clara y a su madre.

En el momento mismo acercóse allí una mujer que vendia pequeños cucuruchos de anises, simétricamente colocados en una cesta.

Clara y su madre tomaron un cucurucho, haciendo lo propio sus tres compañeros, que fueron por un vaso de agua cada uno para sí.

Después de haber bebido, preguntó Diego a la mujer de la cesta.

—¿Cuánto se os debe?

—Son cinco cucuruchos, cinco cuartos.

—Tomad, dijo Diego entregándole dos reales.

—Tomad el mio, dijo seguidamente Nicolás alargándole un cuarto a la mujer.

—¡Está pagado! exclamó Diego; guarda el cuarto para un pobre o para tí, que será igual.

—No me avergonzaré nunca de no haber hecho el grande, exclamó Nicolás metiéndose el cuarto en el bolsillo.

—Pues yo me avergonzaría de haber hecho una vez el miserable, concluyó Diego.

La acción de Nicolás, si antes no hubiésemos dado a conocer al lector su carácter, bastaba para retratar el género de sentimientos que puede tener un hombre que así se conduce en presencia de la mujer que ama.

Roberto bebió sin decir una palabra.

Era ya hora de retirarse.

La gente que allí había lo iba ya efectuando, y nuestros personages tomaron el camino de Barcelona.

Clara y Diego se encontraron, como por casualidad, el uno al lado del otro, delante y a dos pasos de la señora Magdalena, a la cual no abandonaba Nicolás.

Roberto les seguía sin hablar palabra, ora quedándose atrás, ora avanzando y caminando un rato, como distraido, al lado de la madre de Clara.

En el camino, presentóse a nuestros personages una pobre mujer con un niño en brazos y otro de corta edad que llevaba en la mano, pidiéndoles una limosna.

Diego sacó una moneda de cobre, que dió a la pordiosera, la cual seguidamente pidió a Nicolás, que iba con la madre de Clara a dos pasos de ésta y de Diego.

—¿No acaban ahora de daros? respondió agriamente Nicolás a la pobre.

Diego oyó estas palabras, y volviendo la cabeza, dijo a Nicolás con una sonrisa irónica:

—¿No tienes un cuarto suelto? pues dáselo a la pobre mujer.

Nicolás metió la mano al bolsillo, refunfuñando estas palabras:

—Es que estos diablos de pobres piden ya hasta por vicio.

—Pues es un vicio bien feo… y así, ya no extraño que gente tan sin tacha como tú, arroje de sí a quien tan *vicioso* mira.

El sangriento reproche de Diego no hizo el menor efecto en el ánimo de Nicolás, quien, alargando el cuarto a la pobre, la preguntó:

—¿Teneis un ochavo?

—Si, señor.

Y la mujer devolvió el ochavo, que Nicolás se metió bonitamente en el bolsillo.

Llegados a Barcelona, siguieron juntos hasta la plaza de la Boquería, donde Diego dijo a Clara:

—Aquí te dejo ya. Es de noche y quiero ver a mi madre, que la pobre estará aguardándome.

—Vé, Diego, sí: ¿hasta cuándo?

—Hasta pasado mañana, que vuelve a ser fiesta.

—Iremos al mismo sitio.

—¿Y a la propia hora?

—Poco más o menos.

—Adiós, Diego.

Y éste saludó en general tomando la calle de la Boquería, mientras Clara y su madre se dirigían a su casa de la calle de Peracamps, acompañadas de Nicolás.

Roberto se despidió también después de Diego, echando a andar tras de éste.

La casa que Diego habitaba con su madre, era un piso cuarto de la calle del Mill.

Al llegar a la de la Boria y a la entrada del callejon de San Ignacio, Roberto se adelantó, tocándole el hombro y diciéndole a la vez:

—Diego.

—¿Qué hay? respondió éste volviendo la cabeza.

—Tengo que decirte dos palabras.

—Despacha, pues, porque es tarde y mi madre está sola en casa.

—¿Qué le has hablado hoy a Clara?

¿Y quién eres tú para preguntármelo?

—Es que le has hablado de mí.

—¿Y qué?

—Que quiero saber los motivos que tengas para ello, y también el porqué estás así tan serio y hasta despreciativo conmigo de unos días a esta parte.

—Pues en dos palabras está dicho: en primer lugar estoy así contigo, porque eres un mal amigo.

—¡Yo!

—Tú, sí, que fingiéndome una necesidad que no existia, me sacaste hace quince días el reloj que te dejé para que lo empeñases, y no lo empeñaste…

—Pues ¿qué hice?…

—Lo jugaste.

—¡Yo!…

—Aquella misma noche. De quien te lo ganó, lo compré yo ayer. Míralo.

Diego sacó su reloj, enseñándoselo a Roberto.

—Es que… balbuceó éste confuso…

—Que eres un perdido, y no quiero que vayan perdidos al lado de la mujer que yo amo. Ahí tienes porque realmente, sí, he hablado de tí a Clara, esta tarde.

Aquí los ojos de Roberto brillaron como una llama fosfórica en la oscuridad del callejon, y sacando súbitamente una navaja, abierta ya, del bolsillo, se lanzó sin hablar palabra sobre Diego.

Este paró hábilmente el golpe, desarmándole con el palo que llevaba, y levantándolo otra vez lo descargó sobre la espalda de Roberto, quien, al mirar la navaja en el suelo y al sentir el fuerte dolor en la muñeca por el primer golpe de Diego, echó a correr sin aguardar a más.

—¡Infame! exclamó Diego cogiendo la navaja y dirigiéndose a su casa.

Roberto llegó corriendo al extremo de la calle de la Boria. Allí se paró y retrocedió por la misma a paso lento, parándose luego cerca de la plaza del Angel y frente al portal de una casa de buena apariencia.

Al tiempo que Diego entraba en la suya, Roberto llamaba en el cuarto principal de la casa de la calle de la Boria.

Era la habitación del jefe principal de policía.

CAPÍTULO II.
En que se demuestra lo que daña un mal te quiero

La morada de Diego y su madre estaba, como hemos dicho, en la calle del Mill, casa número 2 piso cuarto.

Conque sepa el lector que el padre de Diego había sido un simple tejedor, que había tenido cinco hijos, de los cuales solo quedaba ya el último, y que éste, muerto aquel, tomó el mismo oficio, de cuyo jornal tenía que mantener a su madre, ya anciana y enferma, pagar el alquiler de casa y demás gastos que se ocurren a una familia por reducida que sea; conque esto sepa el lector, tiene lo suficiente para

formarse una idea del aspecto humildísimo que presentaba la vivienda de Diego y su madre.

Pero téngase en cuenta que decimos humilde, y no miserable. Esta última faz no la presenta nunca una familia, que tiene una mujer como era la madre de Diego, sino cuando ha llegado al último grado de miseria.

La morada, pues, a que nos referimos, si bien sumamente humilde en sí misma y en el escaso mueblage que contenía, respiraba tal aseo y limpieza, que ninguna persona por escrupulosa que fuera, hubiese repugnado el tomar asiento en cualquiera de las sillas de pino pintado con asiento de anea, que había en la primera pieza y única de recibo de la casa, ni el beber un vaso de agua en cualquiera de los dos que brillaban tersos y limpios en el vasar de la blanqueada cocina, que se descubría toda al entrar en la salita.

En esta pieza había una alcoba que es donde dormia la madre de Diego. Un pequeño aposento junto a la alcoba, capaz para un catre de tijera y una mesita, sobre la cual había algunos libros y una palmatoria de barro con media vela de sebo, era el cuarto de Diego, donde éste dormia y leia, antes de acostarse, lo menos dos horas todas las noches.

La pobre anciana aguardaba efectivamente a su hijo, como este había previsto.

La prevision de Diego era natural.

¿Qué hijo que ame a su madre, hallándose ésta en semejante situación, no piensa en que es esperado con ansiedad, siquiera sea escaso el tiempo que falte de su lado?

Y Diego no solo amaba, podemos decir que idolatraba a su madre.

Sintióle ésta ya al subir la escalera, y se levantó pausadamente de una silla baja en que estaba sentada junto al balcón, para abrir la puerta.

Diego entró, abrazó a su madre y se guardó completamente el lance ocurrido con Roberto, queriendo evitar el natural sobresalto y disgusto que había de causarla.

—¿Qué hora traes, Diego? preguntó la anciana a su hijo, después de haberle abrazado.

—Son las ocho, madre mia.

—Eso es; y dadas, pues me parece haberlos oído hace un rato en el reloj de Santa María.

—Hubiera venido antes, pero…

—¡Oh! no lo digo porque hayas tardado; aunque siento siempre la alegría que ves cuando entras en casa; sino que es ya la hora de cenar y voy a poner la mesa.

—No lleve V. prisa… observó Diego con el acento no muy bien disimulado del disgusto que tenía.

—¿Pues? ¿qué es eso? ¿no tienes gana de cenar? ¿te sientes malo? ¿te ha pasado algo, hijo mio?

Y la cariñosa anciana dirigió este aluvion de preguntas a su hijo con tal ansiedad y una expresión tal de cariño y de ternura, que cualquiera, sin conocerla y sin oir la la frase *hijo mio*, hubiera adivinado que era una madre la que a Diego preguntaba.

—Nada, madre mia, no tengo nada; sino que unas noches tiene uno más apetito que otras.

—Es que como, gracias a Dios, te veo siempre bien… pero si no es más que eso, el apetito viene también comiendo, voy a poner la mesa.

—Bueno, bueno, póngalo V. y cenaremos, añadió Diego forzando el tono jovial con que dijo estas palabras.

Luego, quitándose la chaqueta y dejándola con la gorra en su cuarto, decía para sí:

—¡Cenaremos, aunque sea a la fuerza! Cualquiera cosa daría para que entrase alguien a estorbarnos y distrajese a mi madre.

¡Lejos estaba Diego, cuando esto decía, de pensar hasta qué punto iba a cumplirse su deseo!

Puesta ya la mesa y sentados madre e hijo, no bien empezaron a cenar, cuando se oyeron dos golpes dados con la mano a la puerta de la habitación.

—¿Quién? preguntó Diego levantándose de la mesa.

—¡Abrid! respondió secamente una voz ronca.

—¿De quién es esa voz, Diego? preguntó la anciana medio sobresaltada.

—No sé, veremos.

Y Diego fué a abrir en seguida.

La luz de la mesa de la cocina daba de lleno a la puerta de la habitación.

Al abrirla, Diego experimentó un fuerte sobresalto.

Cinco hombres armados con un comisario de policía al frente se ofrecieron a su vista.

El comisario preguntó:

—¿Vive aquí Diego Rocafort?

—Yo soy, contestó éste.

—¡Qué es eso, Diego! preguntó su madre levantándose de la silla y fijos los ojos en el grupo de la puerta.

—Seguid pues conmigo, añadió secamente el comisario.

—¡Cómo! ¿quién ha de seguir? preguntó la anciana con sobresalto saliendo de la cocina ¿mi hijo? ¿Y por qué y a quién ha de seguir mi

hijo?

—El porqué ya se verá luego; y a quién ha de seguir, es a la justicia.

—¡Cómo a la justicia! ¿Y qué tiene que ver la justicia con mi hijo, que no se mete con nadie, que no hace nada a nadie, que ningun daño ha hecho a nadie?

—Cálmese V., madre mia.

—Ea, menos razones y pasad en medio de esos hombres, mientras yo registro la casa.

—¡Pero, hijo mio!… exclamó la anciana echándose en los brazos de Diego.

Entre tanto el comisario preguntó:

—¿No tiene esta casa otra habitación que la que se ve?

—Nada más, respondió Diego.

Y levantando suavemente la cabeza de su madre, que descansaba llorando sobre su hombro, la dijo:

—Cálmese V. madre mia; esto no será nada; tal vez una equivocación que se desvanecerá al momento…

—¡Hum! ¡equivocación! ¡buena equivocación! ¡ya va desvaneciéndose la equivocación!… exclamó irónicamente el comisario desde la mesita del cuarto de Diego, y mirando la primera página de uno de los libros que tenía ya en la mano, ¡Fourier!… ¡un libro de Fourier! ¡otro de Luis Blanch!… ¡Equivocación!… ¡Ya vereis la equivocación!…

—¿Es por ventura algún crímen tener esos libros?

—Los mismos que se han encontrado en otras casas de los demás conspiradores. ¡Ya vereis si es crímen o no!…

—Sí lo veré, exclamó Diego con entereza; pero permítame V., señor comisario, le advierta que no adelante juicios sin fundamento, que aflijan de tal manera a mi madre.

—¡Cómo! ¡me reconvienes!

—¡Te reconvengo! sí.

—¡Y me tutea!

—¿No me tutea él por ventura?

—¡Llevadle! exclamó el comisario dirigiéndose a los hombres que consigo traía.

—¡Hijo mío! gritó la anciana cayendo en la silla más cercana.

—¡Madre mia! exclamó Diego dejándose llevar sin violencia.

No era Diego hombre de resistirse a la autoridad, cuando esta no le faltaba, y preciso es confesar que los cuatro hombres del comisario no usaron de malas maneras al separarlo de su madre, obedeciendo el mandato de su jefe.

—¿Teneis otros papeles que los que hay en esta mesa?

—No, respondió Diego.

—Vamos, pues, dijo el comisario llevándose papeles y libros.

Diego conoció que había sido imprudente, queriendo dar una lección, aunque merecida, al comisario, en la situación en que se encontraba, y no pidió que le permitieran un momento para atender al estado de su madre, temeroso de que le fuera negado por el comisario resentido; y en vez de esto, se dirigió a una mujer vecina del cuarto de enfrente, que a la puerta había salido, diciéndola:

—¡Ana, por favor, atended a mi pobre madre!…

—Anda descuidado, Diego, respondió la mujer asomándole dos lágrimas a los ojos y corriendo al lado de la anciana.

Diego bajó silencioso la escalera en medio de los cuatro agentes.

Llegados a la calle, dijo el comisario:

—A casa del jefe.

Y todos se dirigieron a la calle de Calderera, entrando en la casa donde poco antes había estado Roberto.

Antes de pasar adelante, vamos a permitirnos una corta digresion para decir algo acerca de la situación política de Barcelona en la época a que nos referimos, pues es esto de necesidad para la justificación de los sucesos que vamos narrando.

Mandaba el partido moderado.

Uno de los medios de gobierno que ha usado siempre este partido en las épocas de su dominación, y que fatalmente, preciso es confesarlo, está en la índole suya propia, es el de la represion llevada al último grado, principalmente con los partidos extremos; y una de las provincias en donde más se temia a esos partidos, era Cataluña.

No hay para que decir, si se usaría el rigor en el principado, en una época en que precisamente esos partidos extremos, el absolutista y el republicano habían levantado a la vez su respectiva bandera en la montaña, tomando creces cada día con la union de nuevos prosélitos al estandarte de la doble rebelion.

Fieles en la pintura de aquel período, no cabe en nosotros omitir ninguna circunstancia, por más que a primera vista parezca justificar la conducta del gobierno, como así parece desprenderse de la que acabamos de indicar desnuda y aislada; pero es necesario tener en cuenta que, al hablar de represion, no nos referimos a los actos materiales y de probada y palpable conspiración contra el gobierno; que aquellos estaba éste muy en su derecho, no solo al intentar reprimirlos, sino el castigarlos enérgicamente en los delincuentes; pero de esto a la represion de las ideas, del sitio a la ciudad al sitio de las conciencias, hay una distancia inconmensurable; la distancia de la

sospecha a la prueba, de la inocencia al crímen.

Barcelona, puesta en estado de sitio y bajo la autoridad discrecional de un capitán general que resumia todos los poderes, no era una provincia de España en el goce de los derechos políticos que daba indistintamente a todas las provincias la Constitución del Estado, aun la que entonces subsistia, sino que era una colonia, diremos más claramente un pais conquistado, sobre el cual tiene el conquistador todo derecho y toda facultad, sin otra ley que su propia voluntad sostenida por la fuerza de las armas.

Por otra parte, aun suponiendo que el buen juicio y sanas intenciones de un capitán general, que en aquel entonces raras veces o nunca se veía libre de ilegítimas y perniciosas influencias, hubiera podido neutralizar el mal efecto, y las fatales consecuencias de la reunion de poderes y atribuciones de órden tan distinto en una sola persona, ajena a la ciencia para ello necesaria, la suerte quiso que ninguna de las primeras autoridades militares de aquella época, reconociese la inmensa trascendencia de sus varias disposiciones; sino que, todo lo contrario, creyendo ciegamente tal vez que la ciencia era hija en la autoridad, como lo es en último resultado la autoridad de la ciencia, dictase toda clase de medidas en todo género de cuestiones, bajo la impresion del momento, sin examinar el asunto, y contentándose con verlo del lado que, merced a aquellas influencias, se le presentaba.

No, no era el estado de sitio, pues, la causa inmediata de lo que sucedía en Barcelona; éralo, sí, el modo como se ejercia la autoridad en ese estado, que seguía llamándose *excepcional* después de veinte años que duraba.

Y tampoco era justa tan estremada represion, aun considerada como medida preventiva. La rebelion en la montaña, tenía precisamente su causa principal y el motivo de su acrecentamiento en estado en que se tenía a las ciudades, y el alzamiento de fuera no era otra cosa que la manifestación del descontento que reinaba dentro.

Si necesitásemos demostrar esta verdad tan reconocida ya y tantas veces probada, bastaría el tan reciente como elocuentísimo ejemplo de la sublevación de la Rápita, en la cual el pais mismo que tanto dió que temer a aquellos gobiernos, ha sido el apoyo más firme y el mejor baluarte del órden y la tranquilidad.

Hechas estas ligeras consideraciones, no extrañará ya el lector las escenas que vamos a presenciar.

Sigamos nuestro relato.

El comisario de policía tomó la delantera al llegar al portal de la casa de la calle de Calderers, y así que estuvo a la puerta del cuarto

principal, tiró del cordon de la campanilla.

Un agente abrió y todos penetraron en la primera sala, donde se quedó Diego con los que le custodiaban, pasando el comisario al despacho del jefe.

—¿Qué tenemos? le preguntó éste al verle entrar.

—Ya está aquí el pájaro.

—¿Y qué se le ha encontrado?

—Esta navaja y estos libros y papeles.

—¡Una navaja de muelle! exclamó el jefe de policía examinándola.

La navaja era la misma de Roberto, que Diego había dejado escondida entre dos libros.

—Veamos los papeles.

Nada tenían estos que al caso hiciese y los dejaron a un lado.

—Los libros.

El jefe empezó a hojearlos, diciendo:

—Sí… como los que hemos encontrado en algunas casas de los otros. Hé aquí lo que pervierte y trastorna a esas masas ignorantes. Bastante hay. Que entre ese pájaro.

El comisario salió, y el jefe tomó en su sillón, detrás de la mesa de despacho, toda la actitud de un juez en el acto de un interrogatorio.

Haremos merced a nuestros lectores de la pintura minuciosa de este nuevo personage.

El lector, sino lo ha visto, se figurará poco más o menos la cara que puede tener un jefe de policía.

El hombre lleva en sí, impreso en su persona, algo que no se explica, pero que se ve y dá a entender el género de oficio o profesion en que se ocupa, y el ejercicio de la política, no forma por cierto una excepción de esta regla; y tanto menos, en cuanto por su índole especial, necesita hacer trabajar mucho las facultades intelectuales, que constituyen la sagacidad, y esta, cuando se posee, es una de las circunstancias morales que más se pintan en el rostro del individuo.

Acerca del grado de sagacidad de nuestro personage, no diremos más, sino que hacía ocho años que desempeñaba el empleo.

Aquí el lector, a quien inmodestamente juzgamos ya interesado por la persona de Diego, pensará con satisfacción que siendo el jefe de policía tan sagaz, necesariamente ha de descubrir y conocer su inocencia…

Pasemos adelante.

Cuando Diego estuvo en presencia del jefe, éste le preguntó:

—¿Cómo se llama V.?

—Diego Rocafort.

—¿Y cuál es su oficio?

—Tejedor de velos.

—¿Y no le valía más tejer velos que arrastrar una cadena en un presidio de Ultramar?

—Ciertamente que sí, y por esta razón, aunque no he pensado nunca en esto último, no me he separado de mi obligación, que es lo primero.

—No creo yo lo mismo, y las pruebas me demuestran lo contrario. ¿Conoce V. esta navaja?

—No, señor.

—No mienta V.

—Yo no miento jamás; y suplico, sea cual fuere el destino que me aguarde, que no se me falte usando conmigo expresiones que no están justificadas…

—¿Hay más justificación que la de haberse encontrado esta navaja en su casa, en su propia mesa, y no conocerla? ¿Cómo se explica eso?

—Se explica diciendo, que puede uno tener un objeto en su casa, de momentos no más, sin examinarlo, y no poderlo reconocer luego.

Y aquí Diego explicó al jefe el modo como sabemos que fué la navaja de Roberto a parar en su poder.

—¿Y estos libros?

—Esos libros sí, los reconozco por mios.

—Usted será republicano también ¿eh?

La pregunta tan indiscreta como fuera de propósito del jefe, no inmutó a Diego, que contestó simple y sencillamente:

—Si, señor.

—¿Y se atreve a confesarlo?

—¿No se atreve V. a preguntármelo?

—Está bien.

Y sacando una lista de varios nombres, se la presentó diciéndole:

—¿Conoce V. estos nombres?

—La mayor parte, contestó Diego, después de haber examinado la lista.

—Diga V. pues todo lo que sepa de la conspiración, y cuente que no le pesará de sus revelaciones, antes al contrario, ellas servirán para dejarle completamente libre de la pena que en otro caso le aguarda.

Diego, que oyó con una calma admirable y sin perder una sílaba las palabras del jefe, contestó con el mayor aplomo:

—Dejando a un lado que yo, ni por el deseo de la libertad, ni por el miedo de la muerte, revelaría nunca la menor cosa que a otro comprometiese, debo decir, respecto a mí, que ignoro completamente a qué se refiere eso de la conspiración de que se me habla.

Aquí el jefe iba a decir a Diego que mentía otra vez; pero la

observación anterior de éste, y más aun la dignidad que revelaba en su tono y sus palabras, detuvieron a aquel, obligándole a otra excitación en estos más moderados términos:

—Mire V. bien lo que dice, porque será luego peor para V.

—He dicho ya, y ni ahora ni nunca me retractaré de lo que he dicho.

—Pero, hombre, ¿no manifestó V. que era republicano?

—Sí, señor. Las ideas vienen de Dios…

—¡O del diablo! ¡según qué ideas!… interrumpió secamente el jefe.

Diego se calló al oir aquel tono exaltado, temiendo llegar a exasperarle añadiendo otra observación.

—Pero volvamos, al asunto, prosiguió, ¿no ha dicho V. que era republicano, y que conocía a los principales jefes?

—He dicho lo primero, pero no lo segundo.

—Es que los jefes son los nombres que V. ha visto.

—Lo ignoro.

—Pero ¿no ha dicho V. que era republicano? pues entonces es inútil negar que sabe lo de la conspiración.

—¿Pero por ventura el que tenga uno esas ideas significa que haya de saber todas las conspiraciones?

—Las que son en ese sentido, es natural y seguro que las sabe; y la de que hablo, era en dicho sentido. ¿Con que confiesa V. o no?

—No tengo nada que confesar acerca de este punto, porque repito que lo ignoro todo.

El jefe se dirigió al comisario diciéndole:

—Como los otros; incomunicado.

El comisario hizo seña a Diego para que saliera del despacho.

—Quisiera pedir a V. un favor, dijo al jefe antes de salir.

—¿Cuál?

—Que me permitiera escribir dos líneas para tranquilizar a mi madre.

—No puede ser.

—¡Oh! se lo suplico a V…

—Es imposible, repitió el jefe: queda V. incomunicado desde este momento, y yo no puedo conceder eso, aunque quisiera.

—Pero a una madre… escribiré delante de V. y a V. mismo ruego que mande la carta…

—Lo siento, pero repito que no puede ser.

El comisario hizo entonces una seña imperiosa a Diego, que salió del despacho exclamando:

—¡Madre mia!

CAPÍTULO III.
El calabozo de la Ciudadela

COMPAÑADO de los mismos agentes que a su casa fueron a prenderle, fué Diego llevado a un calabozo de la ciudadela de Barcelona.

Desgraciadamente para él, era cierto que en aquellos días había descubierto la policía una conspiración en sentido republicano, cuyos autores y principales miembros estaban casi todos en poder de la autoridad; y aunque Diego no tenía la menor parte en semejante conspiración ni sabía nada de ella, la circunstancia de haberse confesado republicano y el no haber negado que conocía a alguno de

los presos anteriormente, por este motivo, fué causa bastante y aun sobrante para que el jefe, sin otras pruebas ni ulteriores averiguaciones, le declarase también conspirador, incluyéndole en el número de los demás.

La noche que Diego pasó en el calabozo, solo, sin luz y sin otro mueble que un banco de madera carcomido y mohoso, pues era húmedo el calabozo, es fácil de comprender.

El motivo de su prision, que ignoraba completamente, no imaginando tal avilantez en el corazón de Roberto, ni tan negra ingratitud en quien tantos favores suyos había recibido, el estado de su anciana madre, el amor de Clara, y las consecuencias de su prision, que presentía tristes y fatales, todas estas ideas a la vez se disputaban el imperio en su mente confusa y acalorada.

Sin conciliar ni un momento el sueño, ora paseando de un extremo a otro del calabozo, ora sentado en el banco y sin abandonar nunca una idea de las que bullian en su imaginación, sino para entregarse completamente a la otra, pasó la noche entera.

Vino la mañana del siguiente día.

La luz de la aurora penetraba ya por la reja mezquina y única del calabozo, practicada en la tapia y cerca de su elevada bóveda, y Diego respiró, creyendo que no podía ya pasar mucho tiempo sin que le dejasen mandar noticias a su madre y a Clara.

Cada momento, sin embargo, se le hacía un siglo.

Apenas salió el sol, empezó ya en la Ciudadela ese movimiento que se observa en los grandes cuarteles de tropa y que inaugura todas las mañanas el toque de diana; movimiento que se hace tanto más notable en cuanto sucede súbito y repentino al silencio profundo de la noche, interrumpido solamente por el graznido de las aves nocturnas y el *alerta* de los centinelas.

Cada vez que Diego oía pasos fuera del calabozo, su respiración cesaba, sus ojos se dirigían a la puerta y su corazón decía: ¡ahora!

Pero los pasos que primero se oían lejanos, llegaban hasta la misma puerta y volvían a alejarse luego, perdiéndose seguidamente, para volver a dejarse oir y perderse otra y otras veces.

Diego no hacía ya caso de las pisadas que sentía fuera; pero más tarde oyó que a las pisadas acompañaba un ruido metálico como el que produce el choque entre si de muchas llaves en un manojo, y esta voz volvió su corazón a exclamar: ¡ahora!

Las pisadas y el ruido de las llaves se acercaron, paróse la persona que venía en la puerta del calabozo, la llave sonó en la cerradura…

—¡Gracias a Dios! exclamó Diego respirando.

—¡No es ahí! gritó una voz fuerte desde fuera, que penetró en el

calabozo como un rayo que hubiese caido junto a Diego.

—¿Pues dónde es? respondió otra voz junto a la misma puerta.

—¡En el número veinte! concluyó la primera voz.

Y la llave volvió a quitarse de la cerradura y las pisadas del hombre aquel se alejaron y perdieron, y Diego dejó caer la cabeza abatida sobre su pecho.

Así pasó hasta la hora de las tres de la tarde.

En la Ciudadela se acordaron por fin que allí había un hombre encerrado desde las once de la noche anterior, sin lecho y sin alimento ¡durante diez y seis horas!

Un mozo de cárcel penetró en el calabozo.

Llevaba en una mano y en una especie de cazuela de lata, una ración de rancho, medio pan de munición bajo el brazo y un botijo de agua en la otra mano.

—Si quereis comer, ahí os dejo esto, dijo el mozo a dos pasos de la puerta y sin mirar a Diego, que estaba sentado en el banco y en el fondo del calabozo.

Y se dispuso a salir, después de haber dejado en el suelo lo que llevaba.

—¡Oid un momento! exclamó Diego levantándose.

—¿Qué quereis? dijo el mozo desde la puerta.

—Quisiera saber, continuó Diego adelantándose, si he de estar mucho tiempo aquí en este estado…

—¡Ah! eso no puedo decíroslo yo.

—Si ha de venir alguien… si he de ver o puedo ver a alguien… al alcaide… a cualquiera que diga si se me permite mandar un recado a mi casa.

—Lo que a mí me digais, es como si lo dijeseis a esa tapia. Yo aquí soy un mozo no más, que no puedo contestaros a nada de lo que quereis.

—Pero…

El mozo salió cerrando tras sí la puerta, y dejando a Diego con la palabra en los lábios.

Lo que en tanto sucedía en la casa de Diego, se deprende de la situación en que se encontraban éste y su madre, después del suceso, de la noche anterior.

¿Qué había, qué podía suceder a una madre anciana y achacosa a quien de tal manera arrebatan al único sér querido que le queda en el mundo?

Que esa madre, o muere con el pesar y el sobresalto en el momento, o si vive, ha de ser para morir en breve, si presto no viene en su auxilio la única medicina para su dolor; la libertad con la

adorada presencia de su hijo en su casa.

Y ese único remedio no lo tuvo ni al día siguiente, ni al otro ni al otro la desconsolada madre de Diego.

Respecto de Clara, ignorante como estaba de lo que a su amante sucedía, aguardaba ya desde el momento en que lo dejó de vuelta del paseo, el día, o mejor la tarde del domingo, y con ella la hora de la amorosa cita que para el mismo sitio se habían dado.

Fuera de este natural y dulcísimo anhelo, nada turbaba el ánimo de Clara, si no es las indirectas con que de vez en cuando pretendia su madre demostrarla las ventajas de un enlace con un hombre como Nicolás, sobre el matrimonio con un joven de la posición de Diego.

Pasáronse tres días y llegó el del domingo.

Clara se levantó risueña y contenta con esa expresión hermosísima que da al rostro la luz de la esperanza que encierra el corazón. Sus movimientos eran libres y desembarazados, su voz llena y armoniosa, y su ánimo, por fin, cedía con una complacencia indescribible a las menores insinuaciones de su madre, en la limpieza general de la casa que hacían las dos semanalmente a la primera hora del domingo, y hasta se apresuraba a tomar ella sola ciertas faenas, como si quisiera en cierto modo pagar adelantado a su madre el favor que de ésta esperaba al acompañarla a la fuente, como la tarde de la pasada fiesta.

Así pasó la mañana de aquel domingo casi feliz, decimos mal, feliz del todo, en lo que cabe la palabra, pues nunca llega la realidad, por hermosa que se presente, a la idea que de ella nos hacemos antes de tocarla, viéndola con los ojos del deseo y entre las rozadas nubes de la esperanza.

Pero llegó la hora del medio día, y, sin saber por qué, aquella expresión infantil y dulce alegría que iluminaba su rostro, fué desapareciendo, y un presentimiento triste e indefinible se posesionó de su corazón.

En aquella misma hora, al cabo de tres días, durante los cuales no se había preguntado ni dicho una palabra siquiera al desesperado Diego, acerca del asunto que allí le tenía, entraba en el calabozo el alcaide diciéndole:

—Salga V., que va a partir ya.

—¡A partir! preguntó Diego sobresaltado; ¿a dónde?

—A Filipinas, según parece.

—¡Pero eso no puede ser! gritó Diego fuera de sí.

—¡Así se ha sentenciado! exclamó la voz del jefe de policía, que asomaba a la puerta del calabozo. Se ha mandado desterrar a los de la conspiración, a Filipinas, y V. como uno de tantos.

—¿Y quién ha dicho que sea yo uno de tantos?

—Las pruebas; pero esta no es ya ocasión de observaciones ni de rectificar nada.

Renunciamos a describir la escena que tuvo lugar entre Diego y el jefe en aquel momento en que el primero, ciego completamente, no veía más que al empleado de la policía, causa para él de su desgracia; a su anciana madre muriendo de dolor y sola en el mundo, y a Clara, como puede imaginarse un hombre en semejantes situaciones a la mujer que adora.

Diego salió por fin al patio, donde fué atado al extremo de la cuerda que sujetaba ya a los otros presos.

—¡Decid por compasion, por la justicia, por mi madre, por mi desdichada madre, que yo no estaba con vosotros! exclamó dirigiéndose a los demás atados a la cuerda.

—Realmente, este joven no estaba con nosotros dijo uno.

—¡No estaba, no! exclamaron todos.

Pero el jefe había ya salido del patio y no era tiempo, como dijo antes, de hacer rectificaciones, ni mucho menos de trabajar en el espediente por un hombre más o menos metido en la causa, ya concluida.

En el puerto esperaba anclada la fragata de guerra *Perla*, en la cual habían de ser conducidos los desterrados a su destino.

Por una puerta que tiene al Norte la ciudadela, salieron y fueron llevados a la fragata.

Al poner los piés en ella, y así que el capitán se hubo hecho cargo de los *pasajeros que por cuenta del gobierno había de llevar*, Diego se adelantó a hablarle quitándose la gorra, pero sin bajeza.

El capitán, así que los presos corrieron bajo su responsabilidad, mandó desatarlos en seguida.

—Mi capitán.

—¿Qué se ofrece?

—Quisiera pedir a V. un favor, que agradecería más que la propia vida.

—Sin gratitud. Diga V., contestó el capitán con esa franqueza del marino.

—Que fuera un recado a la casa número dos de la calle del Mill, a decir a mi madre María Rocafort, que yo parto a Filipinas… que pronto volveré… que no desmaye… en fin, un recado que la consuele…

Diego apenas podía hablar, y si un hombre pudiera por su causa sufrir al extremo que él sufría en aquel momento, este hombre hubiera sido el capitán a quien hablaba.

—Y que le den… este reloj, concluyó.

Y quitándoselo, entrególo al capitán, que le respondió enternecido:

—Descuide V., joven; voy a mandar el recado al momento, pues todavía falta más de una hora para zarpar.

—Gracias, y el cielo le bendiga, mi capitán.

—Él te proteja y consuele a tu madre, concluyó el capitán apeando el tratamiento a Diego de un modo y con tono bien distinto que lo hiciera en aquella otra ocasión el comisario de policía.

Diego se separó, yendo a reunirse con sus compañeros, tristes y apesadumbrados también.

El capitán mandó en seguida el recado, que llegó después del que había enviado la policía.

La policía tuvo esta atención. Lo cortés no quita lo valiente, y así que los presos fueron a la fragata, mandó decir a la madre de Diego que su hijo había sido embarcado para Filipinas y que *perdiese todo cuidado*.

Nos repugna describir ciertas escenas, y creemos que el lector nos agradecerá el que prescindamos de las que se sucedieron en la casa de Diego con ambos recados, dejándolas a su consideración.

Eran ya las tres de la tarde y Clara y su madre se disponian a salir de su casa.

Clara estaba visiblemente mal humorada, y en sus ojos se descubrían las huellas de un reciente llanto.

Sus movimientos no tenían la agilidad de la mañana, sino que, por el contrario, eran pesados y perezosos, y su voz opaca y como sofocada por un grave peso en el alma, era también muy distinta en las cortas y precisas palabras que pronunciaba.

Nicolás se presentó en aquel momento.

Como de costumbre, aunque disimuladísimamente, miró lo primero a Clara, cuyo disgusto no se le escapó.

Nicolás no era torpe y al fin la amaba.

—¿Qué tiene Clara? preguntó a su madre.

—¿Qué ha de tener? que es a veces lo más caprichoso que se ha visto.

—¿Pues?

—Nada, que quiere ir, como la pasada fiesta, a la fuente, que está muy lejos para mí, y que yo no quiero cansarme tanto.

—Lo mismo dá a una parte que a otra, todo es pasear, y en verdad, el paseo del otro día fué demasiado largo para V.

—Como que llegué reventada a casa, añadió la señora Magdalena.

Clara, a todo esto, concluia de arreglarse dentro de la alcoba, donde se metió así que entró Nicolás, sin pronunciar una palabra.

—¿Sabe V. qué es lo que yo creo que tiene? dijo la vieja a media

voz llevando a Nicolás al balcón; pues es que seguramente Diego irá allá, y esto basta para que yo no quiera que vaya, concluyó con un tono de autoridad maternal, que no carecia de cierta benévola intención en favor de Nicolás.

Salieron finalmente y llegaron a la calle, donde encontraron a Roberto, al doblar la esquina.

La presencia de éste acabó de trastornar a Clara.

De buena gana se hubiese fingido enferma, para quedarse en casa, si, no formando la excepción de la regla general en las mujeres, hubiera sabido fingir, o de otro modo, resistir a la voluntad de su madre.

Roberto se puso a su lado, y Clara, aunque lo intentó, no tuvo valor para decirle abiertamente que la dejase.

—¿Y hácia dónde vamos? preguntó volviéndose a su madre.

—A cualquier parte, contestó ésta mirando a Nicolás.

—Vamos al muelle, si a Vds les parece, observó éste.

—Vamos pues al muelle, determinó la señora Magdalena, que no aguardaba más que la insinuación de su protegido.

Roberto, al oir que se dirigían al muelle, dejó conocer en su rostro una vislumbre de satánica alegría, y en sus labios se deslizó una tan ligera como maligna sonrisa.

Más de una vez el ingrato amigo, el vil delator intentó, mientras iba andando al lado de la bella Clara, repetir a ésta las insinuaciones que en más de una ocasión se había permitido respecto de un amor que repugnaba ya a la amante de Diego; pero la marcada expresión de disgusto que observaba en su fisonomía, lo detuvo cuantas veces la miraba, ávido de su hermosura, y con impulsos de declarar abiertamente sus sentimientos.

Hay hombres que no perdonan nunca la falta de correspondencia en la mujer que adoran, y creyendo que el amor implica el derecho de ser amado, consideran como un agravio y una, ofensa gravísima la no admisión de sus pretensiones, sin conocer, en su manera egoista de sentir, que en la mujer, lo mismo que en el hombre, existe por naturaleza la libertad del sentimiento.

Así vemos con frecuencia que una afección grande de amor se convierte en una pasion de ódio inestinguible, y el corazón que antes era altar sagrado de la mujer adorada, es luego foco de agudos dardos contra la mujer aborrecida.

Y si, merced a esta debilidad, hija de la humana naturaleza, se observa esta variación hasta en personas de cultivada inteligencia, ¿qué no sucederá cuando acontece en hombres que no tienen el freno de la educación y en quienes por otra parte dominan los malos

instintos a las buenas inclinaciones?

Ya sabemos que de estos últimos era Roberto.

A la puerta de Mar llegaban cuando el capitán de la *Perla* dió órden de levar anclas.

Así que empezó esta operación, se oyeron tres cañonazos, que fueron el saludo de la fragata a los fuertes.

—¿Qué es eso? preguntó Clara asustada, después de haber lanzado un grito.

Su corazón afligido, estaba por esta razón doblemente dispuesto al sobresalto, y las detonaciones le hicieron un efecto terrible.

—Nada, es un buque de guerra que sale del puerto, observó sin detenerse un hombre que pasaba.

—Lleguémonos a verlo salir, dijo Nicolás.

—Sí, sí, vamos; añadió la señora Magdalena apresurando el paso.

Clara se adelantó también obligada por su madre.

Roberto volvió a sonreirse.

Al extremo del muelle y asomados a la muralla había gran número de personas contemplando la salida de la fragata.

Nuestros personages llegaron y Nicolás dijo a unos jóvenes amigos que allí vió:

—A ver un poco de sitio para estas señoras.

Los jóvenes artesanos dejaron un lado, y todos se colocaron en disposición de poder observar el buque.

El viento era fresco y la *Perla* salía del puerto de Barcelona desplegado todo el velámen, flotando las banderas y serpeando en el tope del palo mayor el prolongado gallardete como una culebra de colores.

—¡Qué magnífico buque! exclamó uno; ¡y qué hermosa majestad tiene la salida del puerto de una fragata de guerra!

—Sí, efectivamente, observo otro; pero es cuando esa fragata no lleva veinte o treinta desterrados a Filipinas.

—¡Cómo! exclamaron a un tiempo varios de los que allí había.

—¡Qué! ¿no lo sabíais? pues ahí van los infelices. Se metieron en una conspiración que la policía descubrió y allá los llevan ahora. A ver si nadie de los de su partido les indemnizará de los perjuicios que irrogarán a sus familias, concluyó con cierto tono de hombre desengañado de partidos.

—Se lo pagará un día la patria, observó un joven de cuyos ojos brotaban lágrimas.

—¿Tiene V. algún pariente entre ellos? preguntó Clara mirando al joven.

—No, señora; pero no necesita uno ser pariente para sentir la

desgracia de los demás, observó el joven conociendo que la pregunta de Clara era movida por el sentimiento que en él había descubierto; en el mundo todos somos hermanos.

—¿Y cuántos van? preguntó con curiosidad la señora Magdalena.

—Veinte y tantos, según me han dicho.

—Y entre ellos un amigo mio, dijo entonces Roberto.

—¿Un amigo vuestro? preguntó la señora Magdalena.

—Y conocido de todos.

—¿Quién? dijeron los tres a la vez.

—Diego Rocafort.

—¡Ay! gritó Clara.

—¡Diego! exclamaron Nicolás y la señora Magdalena.

Clara cayó sin sentido, en los brazos de su madre.

Roberto saboreó todo el placer de la más vil de las venganzas.

La fragata *Perla*, impelida por el viento, siguió hendiendo las olas hasta perderse en el horizonte.

CAPÍTULO IV.
La fragata Perla

L capitán de la *Perla*, comprendió la clase, de gente que a bordo llevaba, así que vió de cerca los revolucionarios, y, con mejor tacto en el buque que el gobierno en Cataluña, se atrajo en breve con su conducta las simpatías de todos.

Su talento supo hacer la debida distinción entre una y otra clase de delitos, y conociendo que el caballerismo y los sentimientos de humanidad no estaban reñidos con el cumplimiento de su deber, dió a los deportados toda la libertad que en el buque podía permitirse,

inclusa la de *reunion* y *discusion*.

Los deportados pertenecian a la clase media en su mayor parte y los demás a la artesana de Barcelona.

En el espacio limpio y despejado que formaba el alcázar de popa, sentados algunos en el banco de madera barnizado que había en todo el alrededor, otros en taburetes de tijera, que mandó poner el capitán, se reunieron todos, así que éste les indicó con esa franqueza hermosísima del marino, la libertad que les concedía confiado en la cordura que de ellos esperaba.

Es evidente que la desgracia de muchos trae cierto consuelo al alma, en la mayor parte de los casos; y el que inventó el sabido refran de *mal de muchos consuelo de tontos*, conocía bien poco de ese sentimiento natural en el hombre, que repugna siempre la soledad, la cual, si es siempre desagradable en las épocas normales de la vida, es cruel en el infortunio.

Y no es esto que el corazón se alegre del mal que otros sufren consigo, sino que la pena que le oprime se siente como consolada al encontrar una compañera en la pena igual de otro corazón, qué a su lado padezca por la misma causa.

Y esta es una verdad palmaria, que se ve clara, por sus mismos efectos materiales.

Destiérrese a un hombre, y vaya ese hombre solo al destierro; a buen seguro que nunca se verá su rostro libre de la sombra del pesar que siente, ni mucho menos la alegría en sus ojos, fijos siempre en un punto donde su imaginación localiza, digámoslo así, la imagen de su desdicha; pero únansele dos o más compañeros de la misma desgracia, y pasados los primeros momentos, cuando empieza ya el corazón a acostumbrarse a ver el mal frente a frente, se observará que su rostro va serenándose, que empieza a oir sin disgusto palabras de consuelo que no tiene derecho a dirigirle otro que como él no sufra, porque nada hay de efecto más: contrario en el que padece, que las palabras de consuelo de aquellos que son felices, y se verá que aquel hombre, empezando por admitir consuelos, llega a consolarse, y concluye por consolar a los demás y hasta por desafiar la suerte, inventando medios de reirse de la desgracia.

Esto, pues, pasó exactamente a los deportados a Filipinas en la fragata *Perla*, así que el buque se encontraba ya en alta mar.

Uno había sin embargo entre todos, de cuyo rostro no se separaba la sombra del pesar, de cuyos labios no salían sino entrecortadas exclamaciones, en cuyos oídos no penetraban ni las palabras de consuelo, ni los chistes más de una vez graciosísimos de sus compañeros, y cuyos ojos, como los del infortunado que se ve solo, no

se separaban de un punto fijo, en el cual, como antes hemos dicho, ponia su imaginación para contemplarla constantemente, la triste imagen de su desgracia.

Pero para esta excepción de la regla, preciso era que hubiese una causa especial, una desgracia distinta de las demás.

Y así era efectivamente. Diego hubiera soportado, hasta sacudido antes que los otros una desgracia como la que a los demás afligia; pero la suya no era sola, eran tres desgracias a la vez, a cual más terrible; y de tanto peso, no podía tan fácilmente librarse un hombre de los sentimientos de Diego.

Su inocencia, por una parte, que era para él la desgracia menor, el estado de la madre y el amor de Clara.

Quince días llevaban ya de navegación y mientras todos los deportados, *hechos ya a la vida del mar*, y tratando de aprovechar el tiempo de la travesía, algo mejor, gracias a la buena índole del capitán, que el que creian les esperaba en Filipinas, comian y bebian y jugaban y discutian y hasta cantaban, Diego no salía de su estado de ensimismamiento, a pesar de las excitaciones de todos y hasta de las atenciones del capitán; estado que a prolongarse más, hubiera tenido serias consecuencias para su salud, en otra constitución menos robusta y basta diremos privilegiada, como era la de Diego.

A los quince días de feliz navegación, se encontraban en las aguas del golfo de Guinea.

La mar estaba tranquila, el cielo sereno y despejado, el sol caminaba a su ocaso y sus dorados rayos llenaban de *granos de oro* y de zafiro las majestuosas ondas del Atlántico.

El capitán se paseaba fumando un largo habano con las manos atrás y de arriba abajo del alcázar de popa, y levantando la cabeza tendió una mirada hácia el Este.

Frunció el entrecejo, bajó la cabeza, miró otra vez al Este y siguió, paseando. Después de un momento, vió al primer pilluelo que paseaba también por sobre cubierta: paróse éste junto a la puerta de la cámara y el capitán le dijo:

—¿Qué le parece a V. de la noche que vamos a tener hoy?

—Buena, mi capitán, respondió el piloto.

—Quiéralo Dios…

—¿Pues? ¿Cree V. lo contrario?

—¿Ve V. aquella nubecilla?

Y el capitán tendió la mano en dirección al Este.

—Sí, señor.

—Pues cuente V. esta noche con el Harmatan.

—No lo creo, mi capitán.

—Dios quiera que me equivoque.

—Mientras tengamos este poniente que va refrescando un poco, no lo temo.

—Es que el poniente cesará, añadió el capitán.

—En fin, veremos, concluyó el piloto.

Y el capitán siguió paseando.

El Harmatan es un viento del Este o del Oriente, que tiene, sobre la fuerza con que sopla, la maligna propiedad de agrietar la piel de los hombres y de los animales, haciendo imposible la rapidez y precision de maniobras que requiere un buque en momentos críticos.

A medida que el sol iba ocultándose, el viento de poniente cesaba.

El capitán alzó la vista por tercera vez en dirección al Este.

La nubecilla estaba fija en el mismo punto, sin haber disminuido una línea.

Vino el crepúsculo y con él empezó a soplar el viento frío del Este.

El capitán se sonrió de una manera particular y dijo para sí:

—¡No me engañaba yo!

Con efecto, la predicción del capitán empezaba a cumplirse contra la opinion del piloto.

El poniente calmó por completo, y el Harmatan empezó a dejarse sentir en ráfagas irregulares y bastante fuertes.

—¿Qué le dije yo a V.? preguntó el capitán al piloto, que procuraba no encontrarse con él, previendo ya esta pregunta.

—Veo que ha tenido V. razón, mi capitán.

—Y no es lo peor que la haya tenido hasta ahora, sino el que seguiré teniéndola, si digo que no vamos a tener tiempo de salir del golfo antes de que arrecie el Harmatan; y si a este se le opone viento de tierra, por poco fuerte que sea, tenemos aquí esta noche una marimorena de doscientos mil diablos.

El piloto miró a la parte de tierra, y no se atrevió a manifestar su opinion, temeroso de contradecir de nuevo la del capitán y volver a quedar chasqueado.

El capitán de la *Perla* tuvo aquel día un acierto fatal en sus predicciones.

Apenas acababa de hablar, el viento de tierra empezó a dejarse sentir.

—¿Qué le decía yo a V.? preguntó otra vez el capitán al piloto, que mejor hubiera querido todo un chubasco encima de su alma, que tener que mirar a la cara al capitán.

—Ya lo veo, mi capitán.

—¡Ea!… ¡no dormirse, pues, y al avío!

Y cogiendo el pito se puso en medio del castillo de popa, de pié y

como un general que va a dirigir una gran batalla, a mandar por medio del silbido las maniobras necesarias, a la tripulación.

Y era realmente, no solo un general, sino algo más el capitán de la *Perla*, que con un simple leño, con dos trozos de lona y un puñado de hombres, se disponia a luchar nada menos que con los elementos.

Su frente, sin embargo, estaba serena, su mirada, que recorría toda la inmensidad del horizonte, como preguntando a los elementos cuándo y de qué forma iban a atacarle, relucia con ese brillo que el verdadero valor imprime a los ojos ante el peligro, y se fijaba en la maniobra mandada, clavándose luego con la misma serenidad en las ya encrespadas olas, para observar el movimiento del buque.

La noche había cerrado, y el cielo fué cubriéndose de nubes.

El Harmatan arreciaba cada vez con más fuerza; el viento de tierra no calmaba, sino que por el contrario, crecia, y la *Perla*, entre dos vientos encontrados, necesitaba tan súbitas como repetidas maniobras.

—¡Vivo con doscientos mil de a caballo! gritó el capitán dando una fuerte patada que resonó en el interior de la cámara, viendo que no observaba la rapidez necesaria en lo que había mandado. ¡Vivo, o nos quedamos en el golfo!

Pero la justa impaciencia del capitán no imprimia desgraciadamente mayor elasticidad a los miembros de los marineros ateridos de frío, ni disminuia el dolor de sus manos y de su cara, en donde sentían una especie de escozor insufrible.

El Harmatan producia ya sus efectos.

—¡Vivo! volvió a gritar el capitán, después de haber repetido una y otra vez con el silbato la señal de rapidez en la maniobra.

El piloto se le acercó en el acto que el capitán hacía estremecer la popa, menos con una fuerte patada, que con un terrible *voto* que resonó en el aire.

Era que una fuerte ráfaga acababa de llevarse la gavia del palo mayor.

—Mi capitán, le dijo el piloto acercándosele.

—¿Qué hay?

—Esto presenta muy mal carís.

—Ya lo sabía yo antes.

—Creo que no salimos del golfo.

—¿Y qué opina V. en este caso?

—Mi opinion es ya estrema, porque viene desencadenada la tempestad.

—Diga V.

—Que yo no la aguardaría… añadió con cierto temor el piloto.

—Pues no la aguarde V. y vaya donde pueda guarecerse de ella,

contestó el capitán con un tono de chanza tal que estremeció al piloto.

Éste no replicó, quedándose como petrificado al lado de aquel.

—¡Cuerpo de Cristo! añadió el capitán en seguida, ya comprendo la medida salvadora… tenemos tierra no lejos de aquí, en el fondo del golfo por ejemplo… y embistiendo en la playa podía salvarse la tripulación, perdiéndose el buque. ¿No es eso?

El piloto no contestó.

—Diga V., ¿no es eso? añadió el capitán obligándole.

—Es que de otra manera se perderá buque y tripulación… se atrevió a responder el piloto.

—¡Se perderá, voto a bríos! pero no se dirá que, por miedo a la muerte, el capitán de la *Perla* la haya perdido. Si es que al fin se pierde, será con la vida del capitán.

—Y con la de toda su tripulación, mi capitán, respondió el piloto, que al fin era un buen marino. Pero si me he atrevido a hacer esta observación, es porque conozco un poco las aguas en que nos hallamos; y en dos distintas ocasiones, y eso que no era de noche, he visto perderse aquí mismo en un temporal como el que tenemos encima, tres buques que quisieron mantenerse sin embestir en la playa.

—Pues con este habrá V. visto cuatro, si tenemos esa desgracia, respondió resueltamente el capitán; y puede ir comunicando mis intenciones por ahí, pues son irrevocables de todo punto.

Las últimas palabras del capitán tienen su lógica explicación en su carácter, que si era amable y hasta tierno, como hemos visto, al entrar los presos en el buque, era de hierro en semejantes momentos y en tratándose sobre todo de sostener el pabellon del cuerpo a que pertenecia; y como en otra ocasión crítica los oficiales con el segundo a la cabeza, quisieron tener un consejo, en el cual se propuso una medida de salvación semejante, por esto mandó que circulasen sus palabras, dando a entender la inutilidad de consejos sobre este punto, por cuanto esta vez los resistiría como los resistió la otra.

La atmósfera que poco a poco había ido cargándose de espesas y negras nubes que encapotaban completamente el cielo, empezó a descargarse de la electricidad en ellas comprimida, comenzándose la tormenta con un trueno terrible al que siguió inmediatamente un fuerte chubasco.

—¡Zafa cubierta! gritó el capitán al tiempo que arrojaba léjos de sí el saco de goma que le presentaba un marinero. ¡Vivo!

Y el silbato sonó otra vez mandando las necesarias maniobras.

Los presos y soldados de marina obedecieron al momento la orden, cerráronse las escotillas y las puertas de las cámaras y empezó

entonces esa lucha gigantesca, a la que no iguala ninguna otra lucha; la lucha de un buque en medio de la tempestad, defendiéndose de todos los elementos.

El Harmatan cargó con viva fuerza, las olas encrespadas, levantando el buque a las nubes y sumergiéndole luego a inconmensurables abismos, bramaban al par de los encontrados vientos, silbando entre las cuerdas y destrozando sus lonas, y el fragor del trueno lejano se confundia con el estrépito del rayo al caer, iluminando con su vivísima luz aquel cuadro de horror y de espanto.

La Fragata quedó en breve a palo seco.

El timon era ya inútil, y entonces se oyó en el espacio un estampido distinto del que produce la descarga eléctrica de las nubes; era el primer cañonazo de la *Perla* pidiendo socorro.

¡Inútil tentativa!

Una luz más viva, que cegó por un momento al capitán y marineros, envolvió un instante no más todo el buque.

A la luz siguió un trueno desgarrado y horrible.

Al trueno y pocos momentos después, las lastimeras voces de ¡agua! ¡agua! que salían de bajo de cubierta.

Un rayo había caído en medio del buque, abriendo un boquete en la misma quilla.

—¡Mi capitán, agua en la bodega! gritó un marinero acercándosele.

—¡La bomba! ¡presto! exclamó el capitán.

¡Pero remedio inútil!

El agua que podía sacar la bomba, era en cantidad sobrado insignificante para la que entraba en el buque.

—¡Abrid las escotillas! exclamó el capitán, conociendo la situación de la gente allí encerrada.

El buque empezaba ya a hundirse.

El capitán exclamó entonces:

—¡No hay remedio!

Y bajando a la cámara, que estaba ya sin luz, mandó encender una bujía, abrió el cajon de una papelera, sacó una pistola cargada, la amartilló y se sentó en un sofá.

Todo el mundo estaba sobre cubierta, menos el capitán.

La primera operación de algunos, entre los cuales estaba Diego, fué la de despojarse de la ropa.

Una ola que vino sobre la fragata, inundó la cubierta, llevándose, con el peso del agua, que no encontró bastante salida en los agujeros de los costados, toda la murada del buque.

Al pié de los palos estaban, rodeándolos indistintamente, los oficiales, marineros y los deportados, apiñados a su alrededor y

cogidos unos a otros, para tener un sosten contra el ímpetu de otra ola; pero desgraciadamente no les sirvió.

Vino una nueva ola que en su tremenda fuerza rebasó la cubierta desde la proa al palo mayor.

Si el grito humano pudiera oirse en medio de semejante horror y estruendo, se hubiese oído desgarrador como nunca el de los hombres que arrebató la ola del pié de los dos palos.

Entre estos estaba el pobre Diego.

A esta ola siguió otra vez la vivísima y aterradora luz de antes… Pero los pobres náufragos que quedaban en el buque, no oyeron ya el trueno de este último rayo.

En el mar se oyó una profunda detonación, y el espacio se iluminó un instante…

El rayo había caido en la *Santa Bárbara*, prendiendo fuego a la pólvora, que, en su esplosion, voló el buque.

El capitán no tuvo ni tiempo de apuntarse la pistola…

¡La *Perla* había desaparecido!

CAPÍTULO V.
El buque negrero

INMEDIATAMENTE después del naufragio de la *Perla*, por uno de esos tan raros como irritantes caprichos de la naturaleza, empezó a calmar la tempestad.

El trueno se fué alejando, dejó de rebramar el viento, las encrespadas olas se aquietaron acariciadas por el rayo de la luna; en una palabra, los elementos dejaron de rugir, como satisfechos después de haber devorado su presa.

La tormenta pasó.

El cielo presentóse despejado y sereno, y bajo el manto azul del firmamento, lucieron las estrellas como un gran puñado de brillantes arrojados al espacio.

La noche tocaba a su término. La rosada luz de la aurora empezó a colorar las regiones de Oriente, y la naturaleza sonrió por fin contenta y desagraviada…

El sol no había salido, y cercano al lugar de la catástrofe, pasaba un buque que venía de Loango y se dirigía a Mallemba.

Todo lo que la noche anterior había sido horrible y tormentosa, era tranquila y serena la madrugada.

La brisa hinchaba apenas las velas del buque, que se mecia dulcemente en las mansas y perezosas olas.

Había sufrido también en la noche pasada, aunque no lo recio de la tormenta, como la *Perla*, y la marinería roncaba, descansando de la fatiga en el rancho de proa y el capitán en la litera de su cámara.

La cubierta estaba por consiguiente casi desierta, pues solo había en la popa el contramaestre sentado en un taburete y siguiendo la pausadísima marcha del buque, con la caña del timon bajo el sobaco y tarareando una canción marítima.

De repente el contramaestre se levantó.

—¿Qué es esto? dijo para sí; ¡diría que se oyen gritos en el agua!

Aguzó el oído y pudo distinguir claramente la voz de *socorro*, que se oía como debajo del buque.

—¡Diablo! exclamó asomándose a la baranda de la derecha: no distingo nada.

—¡Socorro! gritó la misma voz, más cercana y distinta.

El contramaestre saltó a la otra baranda del barco.

—¡Por mi vida! exclamó: ¡es un hombre sobre un pedazo de madera! ¡Y por poco lo coge la quilla por el medio!

Y tomando súbitamente una cuerda que tiró al agua, gritó:

—¡Coged del cabo!… ¡así!… ¡Ahora tened fuerte!… no lo solteis, que yo lo iré cobrando poco a poco…

Y el contramaestre fué cobrando la cuerda hasta atracar el pedazo de tabla a bordo, operación que permitió grandemente la pausadísima marcha que llevaba el buque.

Atracada la madera, el contramaestre preguntó:

—¿Resistirán vuestras manos el peso del cuerpo?

El náufrago contestó negativamente, meneando la cabeza con desaliento.

—¿No? Pues entonces pasad la cuerda por debajo de los brazos… Así…

Y hecha esta operación por el náufrago, el contramaestre gritó.

—Ohoo… ¡iza!…

Y tirando de la cuerda, sin embargo de que era un hombre de más de cincuenta años, pudo subir casi a pulso el cuerpo del hombre a quien acababa de salvar.

El único que sobrevivió al naufragio de la *Perla*, estaba ya fuera de peligro.

Era Diego.

—Por vida mia, dijo el contramaestre: ¿de dónde diablos venis?

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! exclamó Diego, sin poder casi respirar, tiritando de frío, y dejándose caer largo sobre cubierta.

—Qué diablo de gracias… tomad este capote.

Y el contramaestre, acompañando la acción a la palabra, envolvió a Diego en un recio y peludo capote.

Luego echó mano a una especie de alacena que había junto al timon, y sacando una botella de aguardiente de caña, la destapó, aplicándola a los labios de Diego y diciéndole:

—Ea, bebed un buen trago; esto os reanimará.

Diego abrió la boca y bebió, sintiendo instantáneamente cómo si volviese la vida a su aterido y desmayado cuerpo.

—Cuando llame a la gente y se vean con semejante huesped… dijo el contramaestre sonriendo, mientras dejaba la botella.

Diego oyó estas palabras y se sonrió también.

Al cabo de un rato, entre el calor que le había comunicado el aguardiente y que conservaba el capote, la falta de sueño de tantos días y la escesiva fatiga del naufragio, se quedó como completa y profundamente dormido.

El contramaestre lo observó y le dejó que descansase, sentándose otra vez y poniéndose a hacer conjeturas sobre el lance.

No pasó Diego en este estado más de una hora.

El sueño y el descanso completo del cuerpo eran imposibles en quien tenía tan escitada el alma.

Para esto, hubiera sido necesario que Diego fuera recogido casi exánime, y el náufrago de la *Perla*, si estaba sumamente fatigado, como era natural, distaba mucho de haber perdido ni el sentido, ni aquella fuerza de espíritu que raras veces abandona a las naturalezas privilegiadas en los momentos más críticos y apurados de la vida.

Ya hemos indicado en otra ocasión que Diego poseia una de esas inestimables constituciones físicas.

Gracias a ella, pudo resistir, asido siempre a la madera, los embates de las olas, y a la tempestad que afortunadamente calmó casi de improviso, después del naufragio de la fragata.

Diego, además, era escelente nadador, y esto por otro lado había

de dar no poca fuerza de ánimo a un hombre en su caso.

Despertó, pues, o mejor volvió de su letargo, y el contramaestre le preguntó:

—¿Qué tal? ¿se va cobrando ánimo?

—¡Oh! ¿Sois vos quien me ha salvado la vida? preguntó Diego incorporándose.

—No os movais, qué diablo, observó el contramaestre.

—Dejad, replicó Diego sentándose sobre el capote, y procurando cubrirse.

—Vamos, veo que teneis más fuerza de la que yo me creia; más para estar así, os falta ropa.

Y de un salto, después de haber amarrado la caña del timon, se fué a proa, de donde volvió con una camisa y unos calzoncillos, que se puso Diego.

El contramaestre le dió otro trago de ron, y Diego, como era natural y el otro deseaba, le explicó el naufragio.

Una de las circunstancias a que debió su salvación, fué la de dar casualmente con un cuerpo duro al que se aferró y era el pedazo de madera en que flotaba luego sobre el agua.

La madera no era otra cosa que un gran trozo de la popa de la fragata, que al volar en pedazos cuando la esplosion del buque, vino a caer junto a Diego.

Después de referido el naufragio, Diego explicó también el motivo de su viaje.

—Nada, nada, pues, ánimo y nada más, dijo el contramaestre después de haber oído con suma atención el relato de Diego. Todo se arreglará.

El sol había salido ya, y el contramaestre se puso repentinamente en pié, diciendo:

—¡Diablo! ¡vuestra relación me había distraido!

Luego tomando aliento, gritó:

—¡Alza arriba! ¡Amarra petates!

A este grito, y como vomitados por el agujero de la escotilla de proa, saltaron sobre cubierta como unos treinta marineros.

Diego volvió hacia ellos la vista, y entonces fijóse en una circunstancia que su estado no le había permitido reparar cuando entró a bordo.

Esta circunstancia era la de que el buque llevaba cañones.

—¿Si será otro buque de guerra? se dijo, desalentado de nuevo por esta coincidencia. ¿Pero este buque es de guerra? se atrevió a preguntar al contramaestre.

—No es buque de guerra; pero la hace cuando tiene necesidad.

Tan en ayunas como antes quedóse Diego después de la respuesta del contramaestre, haciendo entre sí mil conjeturas.

Momentos después del grito de aquel, abrióse la puerta de la cámara y apareció un nuevo personage sobre cubierta.

Un sombrero charolado y de anchas alas cubría casi la mitad de su bronceado rostro, en cuyas mejillas campeaba una patilla espesa y cerdosa, en medio de la cual se descubría una boca ancha y de delgados labios sobre una barba corta y un poco saliente, señales casi infalibles de dureza de corazón y violencia de carácter, cuando van unidas a un cráneo ancho en la línea que pasa de oreja a oreja, sumamente desarrollado en la parte donde residen los órganos animales, como es la posterior de la cabeza, y pobre y mezquino en la region de la inteligencia, como es la frente.

Tales indicios ocultaba, pues, bajo el sombrero, el nuevo personage que vemos salir pausada y perezosamente de la cámara del buque.

Era el capitán.

Sin dar los buenos días, llegóse al contramaestre y le preguntó:

—¿Qué hay?

—Nada, sino un huésped que ha venido como llovido del cielo, respondió el contramaestre.

Y señaló a Diego, que permanecía sentado sobre el capote.

Luego continuó dirigiéndose al náufrago:

—Si podeis, poneos de pié, que estais delante del capitán.

Diego se puso de pié, ya sin trabajo.

—¿Pero qué mil demonios es eso que yo no lo entiendo? preguntó con ronca y malhumorada voz el capitán.

El contramaestre le explicó el caso.

—¡Cómo, voto a mil diablos! ¡Es por ventara mi buque hospicio de gente perdida!

Diego miró asombrado al capitán.

—Corre de mi cuenta, capitán, replicó mansamente el contramaestre, y yo pago todo el gasto que aquí pueda hacer este hombre, durante la travesía.

—¡Claro que lo pagaréis! Pero es que no está solo en eso, sino en que luego todo son espedientes y averiguaciones.

—Se le deja con los *bultos* antes de llegar… observó el contramaestre.

—Para que luego vaya charlando y comprometiendo, añadió el capitán.

—Perded todo cuidado, capitán, exclamó entonces Diego; no sé dónde me hallo, ni me importa; pero sé que os debo la vida, y mi gratitud sabrá ser muda y ciega a la vez.

El capitán echó una mirada a Diego de piés a cabeza, y metiendo su velluda mano en uno de los bolsillos de un gaban que llevaba, sacó un largo cigarro que puso en los labios, volviéndole la espalda sin decir palabra.

—¡Candela! gritó el contramaestre al ver el tabaco en la boca del capitán.

Súbitamente presentóse un grumete con un cabo de cuerda ardiendo. Tomólo el capitán, encendió su cigarro y devolvió la mecha al grumete, en cuya mano cayó una chispa que le hizo soltar el cabo.

Bajóse para cogerlo, y en el momento le aplicó el capitán tan fuerte puntapié, que grumete y mecha fueron a parar rodando al pié del palo mayor.

—¿Cuántos hay muertos? preguntó seguidamente el capitán al segundo, que se le acercó.

—Seis, capitán.

—¡Voto al diablo! ¡A este paso no llegamos ni con la mitad! ¡Al agua!

El segundo se alejó, y a los pocos instantes se pusieron dos marineros de pié sobre la escotilla de proa, abierta, y recibiendo un bulto que les venía de la bodega, llegaron a la murada del buque y lo arrojaron al agua. Volvieron a la escotilla, recibieron otro bulto y lo arrojaron también, y así repitieron esta operación por cinco veces.

Diego contemplaba atónito, sin moverse de su sitio, aquella extraña escena, y sin atreverse a preguntar nada, amilanado en cierto modo por el carácter del capitán.

El segundo volvió al capitán y le preguntó:

—Si os parece haremos la limpieza.

—Bueno, respondió el capitán.

Entonces el segundo gritó:

—¡Negrada a cubierta!

Diego se preguntó:

—¿Qué significa esto?

Y desde su sitio redobló su atención a cuanto en el buque pasaba.

Dada la voz del segundo, cada uno de los marineros cogió un sable o un hacha de la especie de arsenal que había a la popa y junto a la toldilla, y se distribuyeron, *arma al hombro*, en varios puntos del buque.

Abrióse la escotilla más inmediata a la popa, y levantada la convexa tabla, aparecieron dos cabezas negras, y tras estas, otras dos y tras dos hasta las de cien pares de negros, que a pares subian a cubierta y sujetos por esposas que les tenían atados por las manos derecha e izquierda respectivamente, marchando así a dos de fondo

hasta la proa del buque.

Tras de los cien pares de negros subieron como cincuenta negras, veinticinco parejas en la misma disposición.

A Diego no le quedaba ya duda de la clase de buque en que se hallaba.

Era un bergantin *negrero*, y los *bultos* que poco antes viera arrojar al agua, negros muertos en la pasada noche.

Y ahora aquí necesitamos hacer una justificación.

El lector que sepa algo de lo que pasa en los buques que a este tráfico se dedican, y conozca la clase de gente que se emplea en tan infame comercio, habrá extrañado la conducta del contramaestre en su noble acción con Diego, la cual no parece muy en armonía con el carácter y sentimientos nada generosos de que está poseida esta clase especial, verdadera hez y escoria de la marina de todos los paises.

Pero para justificar esta conducta del contramaestre, bastará saber que una vez había naufragado y a una casualidad parecida debia su salvación.

Sigamos con nuestro relato.

No se necesitaba tener las ideas sociales que Diego profesaba, y que el lector habrá comprendido ya al principio de nuestra historia, cuando tan franca y sencillamente le ha visto confesar su opinion de republicano ante el jefe de policía, ni tan arraigados como Diego tenía los principios de *igualdad* y *fraternidad*, sino que bastaba un corazón medianamente noble para sentirse sublevar la sangre ante el espectáculo que ofrecian los negros al subir a la cubierta del bergantin.

Desnudos y atados, como hemos dicho, iban con la cabeza baja, y cada vez que pasaban por delante de los marineros que con el hacha o el sable al hombro y los oficiales con recios látigos en el aire formaban el terrible cordon de aquella tristísima procesion, se les veía como las carnes les temblaban, como sus fisonomías se contraían y hasta el pelo hacía cierto movimiento, causa todo del miedo al atroz castigo que se los daba.

El capitán presenciaba esta operación de pié en medio de la toldilla, fumando un largo tabaco y sin pronunciar otras palabras que las de *¡duro! ¡firme!* cuando algún latigazo llegaba a sus oídos.

Estando ya todos los negros en cubierta, empezó la operación de la *limpieza*, que consiste en sacar las inmundicias que los negros han dejado en la bodega durante la noche, y luego en fumigaciones de cloro que se dejan dentro por espacio de una hora, cerradas las escotillas y cubiertas además con mantas y pedazos de vela, para desinfectar la bodega.

Hecho esto, el segundo volvió al lado del capitán, y le dijo:

—¿Podemos *ranchar*?

—Sí, respondió secamente el capitán.

—¡A ranchar! gritó con voz de trueno el segundo.

Ranchar es el acto de dar a los negros la primera comida, que consiste en una especie de gachas espesas, hechas con harina de yuca y agua.

Los negros se ponen en círculos de diez en diez y la ración para cada uno en un plato de lata.

Cada círculo tiene un vigilante, que es un marinero armado de un látigo, el cual está encargado de impedir el que algún goloso vaya a otro plato a comerse la ración del compañero.

El aviso del vigilante en estos casos, es un latigazo tan fuerte por lo comun en las espaldas del negro, que él golpe queda marcado con un cardenal de tres dedos sobre la piel.

Más de uno de estos crueles latigazos se oyó durante el rancho y más de una vez se oyó también inmediatamente la sabida voz del capitán en estos casos:

¡Duro! ¡firme!

No hay para que decir el efecto que estos golpes y estas voces cansarían en el alma del generoso Diego.

Alguna vez estuvo tentado de dirigir una súplica al capitán; pero se detuvo ante su feroz carácter, que si en otra ocasión hubiera despreciado y hasta humillado seguramente, que para ello era Diego bastante hombre, en la posición que ocupaba en el buque, era muy arriesgado semejante pensamiento.

Pero cuando Diego se sobresaltó de repente fué al oir dos fuertes latigazos, a los que siguieron unos horribles gritos.

La voz era femenina, y esto fué lo que tan vivamente le impresionó.

—¡Firme! exclamó el capitán como de costumbre.

—¡Quia! no hay firme que valga. Está emperrada como no he visto jamás y primero se la mata que se la obliga, dijo uno de los pilotos acercándose al capitán con el látigo teñido en sangre.

Emperrado se dice en lenguaje negrero cuando un negro no quiere comer.

—¿Y será la misma de ayer? preguntó el capitán.

—Sí, la misma; es la que cazamos junto a la bahía.

Además de los esclavos que compran a los jefes negros, las tripulaciones de los buques negreros hacen cortas escursiones a tierra para cazar a alguno.

—Traedla acá y dadme el látigo. Venga también el plato, dijo el

capitán remangándose la boca manga.

Su órden fué obedecida, y llevada inmediatamente a su presencia la negra *emperrada*.

El aspecto de aquel ser humano tan horriblemente maltratado, conmovió a Diego hasta hacerle asomar las lágrimas, que contuvo con toda su fuerza de voluntad.

—¡Ea, come! le dijo el capitán señalando con la mano izquierda el plato de la ración, que estaba en el suelo delante de la negra, y levantando el látigo con la derecha.

Esta meneó la cabeza en señal negativa.

Inmediatamente el látigo silbó en el aire dejando oir un golpe seco en las espaldas de aquella mujer.

La infeliz dió un grito horrible.

Diego no podía resistir más.

—¡Come! repuso el capitán saltándole los encendidos ojos de las órbitas.

La negra volvió a menear la cabeza.

Otro latigazo tan fuerte como el primero, porque más era imposible, hirió de nuevo a la infeliz, que dió otro grito desgarrador.

Diego adelantó, sin advertirlo él mismo, un paso hácia el capitán.

Afortunadamente éste no lo reparó.

—Pero ¿por qué diablos no quiere comer esta mala pécora? preguntó el capitán.

—Qué sé yo, porque no le da la gana, respondió el piloto.

—A ver, que venga ese que los entiende.

El piloto llamó a uno de sus compañeros medio intérprete, pues conocía bastantes de las lenguas que en los reinos de Africa se hablan, y el capitán le dijo:

—A ver si sacais del cuerpo a esa perra el por qué no quiere comer.

El piloto le dirigió la pregunta, y la negra respondió:

—¿Qué dice? exclamó el capitán.

—Dice que es porque se quiere morir.

—Si no la mato yo antes. ¡Pues está buena! dijo entonces el capitán.

Luego añadió:

—Preguntadle a ver por qué se quiere morir.

Se hizo la pregunta a la negra, y ésta rompió entonces en un fuerte llanto, levantando las manos al cielo y llevándolas luego ambas al corazón.

Era evidente que la pobre tenía un gran sentimiento.

Y si el sentimiento, cuando es verdaderamente grande, alcanza a dibujarse hasta en la cara de los animales, ¡cuánto más en la de un ser

racional, siquiera no tenga éste el las más veces mentiroso barniz de la civilización!

A Diego le inspiraba un doble interés la desgraciada figura de aquella negra con tan marcados ademanes de verdadero pesar.

—Vamos a ver, ¿por qué se quiere morir? repuso el capitán.

El intérprete hizo la pregunta.

La negra prorumpió en un llanto copioso, articulando palabras que salían de sus labios entrecortadas por los sollozos.

Al mismo intérprete le fué difícil entenderla, tal era la agitación y fatiga con que hablaba.

—¿Qué mil demonios habla? Preguntó el capitán al intérprete.

—Dice, respondió éste, que cuando la *cazaron*, había dejado sus hijos pequeñuelos encerrados en una cueva, para que las fieras no los devorasen durante su ausencia; que nadie sabe donde están sino ella, y que no pudiendo sus hijos salir por sí, morirán irremisiblemente de hambre, y por eso quiere ella morir también.

—¡Pues es capricho! observó con fiera y satánica sonrisa el capitán.

A Diego se le heló la sangre en el corazón.

El contramaestre y el intérprete dejaron conocer en su fisonomía un sentimiento de compasion hácia los horribles dolores de aquella desgraciada madre.

—Con que, tú has determinado no comer, ¿verdad? dijo el capitán a la negra con un acento parecido al que usan los arrieros bárbaros, cuando hablan a sus bestias antes de castigarlas; pues yo he resuelto que comas; porque de lo contrario, me vas a perjudicar de cuatrocientos pesos que valdrás en llegando a la Habana; pero si al fin te empeñas en morir, no será de hambre, como pretendes, sino de una soba que concluya con tanto dengue.

Las personas allí presentes, oían ya con cierta repugnancia las palabras del capitán.

No hay para que decir el efecto que causarían en el destrozado corazón de Diego.

La negra las oyó porque tenía oídos, pero sin comprenderlas, y así, ni siquiera hizo el menor movimiento, teniendo su figura, en su inmovilidad, un cierto aire como de sublime resignación que inclinaba más y más hácia ella los sentimientos de compasion que había despertado ya en los que la miraban.

—¡Con que al avio! exclamó el capitán señalando el plato a la negra con una mano y levantando con la otra el formidable vergajo.

El contramaestre, el piloto y Diego tuvieron a la vez el impulso de detener al capitán.

Los dos primeros, sin embargo, se contuvieron.

Diego no pudo contenerse y exclamó poniendo la mano delante:

—¡Por Dios, capitán, un poco de compasion!…

El capitán, apenas vió la mano de Diego junto a su brazo, levantó la suya, descargándola instantáneamente en el rostro del joven con una fuerte bofetada.

De repente el rostro de Diego encendióse como la grana, sus ojos, inyectados de sangre, lanzaron como dos chispas de fuego; dió un paso hácia el capitán, pero sus piernas flaquearon; su cabeza vaciló, su cara perdió el color vivo del fuego, apareciendo lívida y amarilla, y cayó como un cuerpo muerto sobre cubierta.

El sentimiento de la ira, el de la venganza y el de la vergüenza a un tiempo produjeron seguida y momentáneamente sus efectos a tan alto grado, que Diego no pudo resistirlos.

—¡Allí teneis! exclamó en seguida el capitán dirigiéndose al contramaestre; sed generoso otra vez, salvando a gente que venga luego a poneros leyes a bordo y a rebelarse contra el capitán.

—Es que este pobre no ha querido eso, capitán, dijo, lo menos fuerte que pudo el contramaestre, disimulando el efecto que le había hecho la acción del capitán.

El contramaestre, había salvado la vida a Diego, éste era su protegido a bordo, y ya sabemos que los agravios inferidos a las personas que uno protege y ampara se toman como hechos a uno mismo.

Esto sucede en todos los hombres y sin distinción de clases en la sociedad.

—capitán, dejadme esta negra por mi cuenta, dijo el piloto intentando arrancarla de sus garras.

—Tomadla, respondió el capitán, y tirando el látigo, se bajó a la cámara.

En seguida el contramaestre hizo seña a un marinero que se le acercó, y entre los dos cogieron a Diego, que estaba sin sentido, no precisamente del golpe, sino del acceso, como hemos dicho, de su natural furor y vergüenza, y lo llevaron poniéndolo en la litera del primero.

CAPÍTULO VI.
El abordaje

AS acciones generosas y nobles, cuanto más raras son en una persona y más contrastan con su carácter, mayor satisfacción producen en su alma por la razón misma de que es nuevo y nunca sentido el placer que aquellas traen siempre consigo.

Lo difícil es, pues, en ciertos hombres entregados a una vida agena a todo sentimiento delicado, como la del contramaestre del negrero, el que espontáneamente y arrastrados sin sentirlo por ciertas circunstancias, hagan la primera acción generosa, que una vez está

practicada, el placer de sí misma les induce a seguir sus consecuencias, y repitiéndose en el sér a quien favorece, ella sola basta en muchas ocasiones a regenerar, poniéndole en la senda del bien, al corazón poco antes perdido en el camino del crímen y la maldad.

El contramaestre del negrero, que no se contentó con salvar la vida a Diego, recogiéndole, sino que le cuidó luego y le cedió poco después su misma cama, claro es que no había de pararse aquí.

Hizo lo primero, experimentó inmediatamente la consiguiente satisfacción del bien que había hecho, y así prosiguió en su obra, que no abandonaría hasta concluirla.

Otro fenómeno se observa en casos semejantes, y es que unido a la satisfacción del bien que hace, siente el corazón despertarse el cariño hácia la persona a quien favorece; y nunca los dilatados beneficios, que empiezan a veces sin reconocer causa alguna, particular de afecto, concluyen sin un cariño por parte de quien los hace hácia la persona que los recibe.

El contramaestre siguió cuidando a Diego y redoblando con él sus atenciones y no tardó, aunque sin pararse en ello, en sentir este fenómeno.

Diego tenía ya a bordo una persona que por él se interesaba.

Uno de los marineros, joven, educado y criado, puede decirse, en aquella infame vida, era hijo del contramaestre.

Se llamaba Mauricio Ponce, nacido en la Habana.

El nombre del padre era Tomás.

Inducido por éste, Mauricio cuidaba también a Diego, aunque de una manera muy distinta.

Se conocía que en el hijo no obraban sino las indicaciones del padre.

Esto se comprende también fácilmente.

El hijo no había salvado la vida a Diego. En el caso del padre, quizás hubiese hecho lo mismo y seguido como el padre seguía, así como éste era probable que no manifestase mayor interés que el que en el hijo se observaba, si solo por indicaciones de éste obrase en el cuidado que Diego exigia.

La gratitud de Diego era inmensa, sin embargo, para el padre y el hijo indistintamente.

Al cabo de un día sintióse ya Diego casi bueno.

A los dos días subió fuerte y del todo restablecido a cubierta.

—¿Qué tal? preguntóle en tono jovial el contramaestre.

—Del cuerpo, perfectamente… respondió Diego con cierta reticencia.

—Pues entonces todo está bien.

—¡Ah, no! ¡me duele el alma!…

—¿Qué os duele el alma?…

—¡Sí! ¡siento en ella el dolor de una bofetada que no se conoce ya en el rostro, pero que está grabada en el corazón!… continuó Diego en tono bajo y reconcentrado.

—¡No la olvida! dijo para sí el contramaestre.

Luego, levantando más la voz, aconsejó a Diego:

—Pues esa bofetada no debe recordarse aquí.

—Tendré cuidado de no olvidar el sitio en que me hallo, y lo que a vos os debo; pero creed que a no ser por esto último, no sé si tendría fuerza suficiente para hacer lo primero.

—Ea, pues, hacedlo así, que tiempo le queda a un hombre para todo… observó el contramaestre con cierta intención. Ahora, prosiguió, alejaos a proa, porque el sol va a salir, voy a dar la voz de *arriba*, y el *lobo marino* saldrá inmediatamente de la madriguera. Es mejor que no os veais, si puede ser, durante todo el tiempo que falta de viaje.

Diego se fué a proa, y el contramaestre dió la sabida voz de:

—¡Alza arriba! ¡amarra petates!

A la voz del contramaestre, sucedió inmediatamente lo mismo que vimos al amanecer del primer día que entramos en el buque; pero poco después hubo un incidente de un género que no sucedía todos los días.

Apenas subió a cubierta el capitán, se oyó una voz como bajada del cielo que gritó:

—¡Vela!

A este grito toda la tripulación levantó la cabeza, dirigiendo su escrutadora vista a todos los puntos del horizonte.

La voz venía del gaviero que había subido a la atalaya, y estaba sentado en las crucetas del juanete.

—¿Por dónde? preguntó el capitán levantando la cabeza y mirando al marinero.

—Por la aleta de sotavento, le respondió el vigia.

Id mediatamente el capitán fijó sus ojos en cuatro puntos distintos: en el que le habían indicado que era donde se encontraba el buque que acababan de cantar; en el compás náutico que cubría la bitácora; en el cataviento para conocer, a favor de sus ligeras plumas, de donde soplaba la brisa, y en el aparejo que estaba ya largo para recibir su acción.

Esta inspección la efectuó el capitán con una rapidez extraordinaria, e inmediatamente ordenó a su segundo el tomar la

posición más favorable a la marcha del negrero, coordinándola con la recíproca situación de ambos buques.

El segundo, cogiendo la negra y lustrosa bocina, gritó:

—¡Arrima a las brazas!… ¡Braza mayor y gavia por babor!… ¡Trinquete por estribor!…

En tanto el capitán gritó al timonel, que no era ya el contramaestre:

—Orza, timonel, todo lo que el viento de, y aprovechar.

Por las maniobras mandadas, conocerá al momento cualquier marino que el negrero llevaba el viento por babor, y el buque del cual, por primera providencia, intentaba ponerse a la mayor distancia posible, se hallaba por la aleta de estribor.

Practicadas estas maniobras, el capitán cogió el anteojo y sabiéndose al juanete mayor, aplicó el extremo del tubo a su ojo derecho, poniéndolo sobre el punto blanco del horizonte, que era el buque avistado.

Una palidez mortal cubrió repentinamente su rostro.

Siguió mirando un rato, y así que estuvo satisfecho de sus observaciones, bajó al puente.

El segundo, que había mirado también al buque con su anteojo, al tiempo que el capitán se le acercó, díjole en voz baja al oído:

—¡Es un crucero inglés!

—¡Ojalá! lo preferiría… pero no lo es, respondió con la misma voz el capitán.

—¿Pues?… preguntó el segundo.

—¡Es el pirata!

—¡El pirata!

—¡Él mismo, voto a Cristo!

La fisonomía del segundo, pálida ya, se puso lívida.

La impresion que la observación del buque avistado produjo en el capitán y en el segundo, se pintó demasiado en su rostro para que pasase desapercibida a la tripulación.

Todos supieron en breve que era un buque de guerra el que acababa de avistarse, y sabida la constante y tenaz persecución que estos buques, principalmente los ingleses, hacen a los que se dedican al inhumano e infame comercio de esclavos.

El miedo de la tripulación era principalmente el de perder el producto del viaje, pues además del sueldo de cada uno, tienen, según la categoría, los tripulantes de los buques negreros, un tanto por *bulto* que desembarcan, esto es, por cada negro.

—¡Zafa cubierta! gritó con voz fuerte el capitán.

A esta órden, el contramaestre, ayudado de algunos marineros,

hizo bajar al sollado los negros que tomaban el fresco sobre el puente, desembarazando el espacio para poder maniobrar con más soltura.

Seguidamente se colocó sobre la toldilla una aguja azumital, y el segundo se puso a su lado para demarcar al pirata contínuamente.

La toldilla es en los buques negreros, una especie de fuerte que forma la popa, en donde están las armas como sables, hachas, puñales, etc., y en el cual se pone el capitán, el segundo y otros marineros, para desde aquel punto que domina toda la cubierta, combatir una sublevación en los negros, que pudiera acontecer cuando los suben para hacer la limpieza de la bodega, tomar el fresco y demás operaciones que requieren la negrada sobre cubierta.

El capitán en tanto no dejaba de poner el anteojo al terrible barco.

La angustia y la impaciencia que reinaban en su corazón, se dejaban conocer en todas sus acciones, y de vez en cuando salían de sus lábios, contraidos por la rabia y el corage, juramentos horribles que hacían estremecer las tablas que bajo sus piés tenía.

—¿Nos entra? preguntó al segundo, que no abandonaba el compás de demarcar.

—Desde que lo demarcamos, no ha entrado cuatro grados, respondió con acento convulsivo el segundo.

—¡Ira de Dios! exclamó el capitán cerrando los puños y haciendo rechinar los dientes.

Y sus ojos brillaron como los de un tigre.

Luego, tirando con furia el tabaco que mordia, cogió la bocina, y desde la toldilla gritó:

—¡Juegue la bomba de incendio, y mójense las velas!

Y en seguida volviéndose al timonel, le hizo la siguiente amorosa advertencia:

—Si me das *una guiñada* de tan solo un grado, te rompo la bocina en la cabeza.

Dejó luego la bocina, tomó el anteojo, miró otra vez al punto en que el pirata se hallaba y volvió a preguntar al segundo:

—¿Nos entra?

—Desde que mojamos las velas, me parece que lo aguantamos, respondió el segundo respirando un poco.

El capitán respiró también, como lo haría un rinoceronte fatigado.

Como anteriormente la expresión de angustia, se comunicó después a la tripulación el rayo de esperanza que se reflejó en el rostro del capitán.

—Parece que lograremos escaparle, dijo un marinero al contramaestre.

—Quiéralo Dios; pero se me figura, si no es crucero como yo creo,

aunque mi anteojo ya no es muy bueno, que al fin nos topa.

Diego a todo esto estaba sin saber lo que le pasaba y sin atreverse a alegrarse ni a temer por lo que al buque negrero podía sucederle.

Al fin le había salvado la vida.

¡Pero al propio tiempo había arrebatado la libertad a los infelices negros que conducia!

La pequeña esperanza que el capitán y la tripulación habían concebido, duró bien pocos momentos.

La angustia y el temor vinieron pronto a oscurecerla con sus negros colores.

Mojadas las velas, el negrero llevaba una marcha más rápida y podía por consiguiente escapar con mayor facilidad.

Pero el atento vigia, que estaba colocado en lo más alto de la arboladura, no tardó en hacer oir su voz, diciendo que el pirata mojaba también sus velas.

—¡Qué no cese de jugar la bomba! gritó inmediatamente el capitán después de las palabras del vigia.

Pasóse un instante en el más profundo silencio.

Las impacientes miradas de todos los marineros, se dirigían con rabia al punto en que estaba el pirata, que cada momento se distinguía más claro.

El contramaestre miró desde la proa con su anteojo y exclamó:

—¡Él es! ¡maldito! ¡Es inútil todo cuanto se haga! se nos viene encima de seguro. Lleva el condenado velas latinas que toman doble cantidad de viento que nosotros en un buque casi igual, y hace por lo mismo doble via que el nuestro.

—El pirata nos come, exclamó al fin el segundo, volviéndose al capitán.

—¡Cuerpo de Cristo! exclamó el capitán: podrá ser, pero le ha de costar el llegar a mascarnos.

Y tomando la bocina, gritó:

—¡Negrada a popa!

A esta órden dada, a fin de que el buque más empopado andase mejor, los negros fueron llevados a popa.

—Ni por esas, dijo entre dientes el contramaestre, ejecutando la órden del capitán.

Luego la madera de respeto y un gran bote que embarazaban el puente, fueron arrojados al mar a fin de aligerar un tanto el cargo y desembarazar la cubierta.

Las cuñas de los palos, a otra órden del capitán, y los acolladores que sujetan los obenques, fueron un si es no es aflojados, a fin de dar más juego a la arboladura, así como fueron sacados de quicio los piés

de carnero y algunos baos y serradas todas las obras muertas.

¡Pero inútiles esfuerzos!

El pirata, en cada maniobra que el traficante de esclavos hace, le alcanza progresivamente.

—¡No hay remedio! ¡se nos viene, encima! exclamó el segundo.

No bien acabadas de pronunciar estas palabras, el ruido de una bala de cañon disparada por las minas de proa del pirata, hizo fijar los ojos de toda la tripulación en el pico de su mesana y todos distinguieron el fatídico color de su negro pabellon.

—¡El pirata! exclamaron a la vez todos los marineros.

—¡Pica la bomba, voto a Cristo, y moja velas! exclamó desesperadamente el capitán.

Pero los marineros empiezan a perder su valor al ver la ventajosa y decidida marcha de su perseguidor.

—¡Negrada a babor y a estribor! grita otra vez el capitán, para ayudar con el balance, mudando el peso de un lado a otro en el interior del buque, a la marcha de éste.

Mientras se ejecutaba esta órden, otro cañonazo se oyó disparado por el pirata, y la peladilla pasó silbando por entre los palos del negrero.

—¡Braza mayor y gavia por babor! ¡Trinquete y velacho por estribor!…

Ejecutóse esta miniobra, y el capitán, que no descansaba de un punto a otro de la popa, gritó otra vez:

—¡Orza, timonel!

E inmediatamente de este grito, el negrero hizo una evolución rápida e inesperada, virando de bordo y poniendo la proa al pirata.

—¡Qué haces, condenado! exclamó el capitán descargando con la bocina un fuerte golpe sobre la cabeza del timonel.

El timonel, sin embargo, era inocente.

El negrero, como antes hemos indicado, había corrido un fuerte temporal hacía dos noches, y el timon consentido, que se sostenía por milagro sin que nadie lo advirtiera, había perdido una de las maderas.

—¡Presto, el timon de fortuna! Exclamó el capitán, advirtiendo la avería.

Inútil remedio también.

El pirata estaba encima del negrero.

El capitán y toda la tripulación extrañaron que a la distancia en que el enemigo se encontrase, no disparara siquiera un cañonazo.

Aquel y el segundo cogieron a la vez el anteojo, y observaron las operaciones del pirata.

—¡La gente se arma y prepara los ganchos! ¡es que se viene al

abordaje!

—¡Hé ahí porque no tira! exclamó el capitán, ¡el condenado no quiere destruir la presa para cojerla entera!

Y volviéndose a su tripulación, gritó:

—¡Muchachos: el buque que veis es el pirata! Se viene sobre nosotros al abordaje. La gente que lleva es poco más o menos igual en número a la nuestra. ¿Nos rendiremos? ¿dejaremos que con sus manos limpias se lleve lo que tanto nos cuesta, y nos maltrate luego, echándonos después impunemente a pique?

—¡No! ¡no! gritaron a un tiempo los marineros todos.

—¡Ea, pues! gritó entonces el capitán, ¡al arsenal y brio y corage!

Todos los marineros se fueron al punto que hemos indicado y junto a la toldilla, armándose de hachas, puñales, sables y pistolas.

A todo esto, Diego, aunque no habló palabra, no permaneció indiferente a la situación del buque.

Llegado el caso de su defensa, de todas maneras hubiese ayudado a ella, aun cuando fuera contra un buque inglés, mucho más siendo contra un pirata, contra un ladrón de mar, tan criminal, lo menos para él, como el negrero.

Tomó, pues, una hacha, que procuró escojer, y se puso de pié en mitad del puente con el hacha al brazo y una especie de tranquilidad y calma que hubiera espantado a quien le hubiese contemplado en un tan cercano como terrible peligro.

La calma y la figura de Diego, *arma al brazo*, como decimos, de pié e inmóvil en mitad del puente, contrastaba de una manera particular con la ansiedad y contínuo movimiento de los demás de la tripulación.

El pirata estaba ya cerca, distinguiéndose sus hombres y hasta sus feroces fisonomías en la murada, armados y con las cuerdas y los ganchos dispuestos para arrojarlos a bordo del negrero.

Con un tino admirable el timonel del pirata puso la proa al negrero como si intentase ponerle la punta del bauprés en el costado de estribor, y cuando el extremo del palo parecia que estaba próximo a rozar al negrero, desvió tan hábilmente y con tanto pulso, que los dos buques se hallaron casi rozando y perfectamente paralelos en el agua.

—¡Hurra! gritó con voz extentórea el capitán pirata.

Instantáneamente los ganchos fueron arrojados a bordo del negrero, lanzándose sobre él y hacha en mano los piratas.

—¡A ellos! muchachos, gritó seguidamente el capitán negrero.

La tripulación del negrero, a la banda de estribor, recibió el primer empuje parando y devolviendo hachazos que los piratas menudeaban con una rapidez extraordinaria.

Diego, inmóvil e impasible en su sitio, dominaba la horrible y

sangrienta escena, pasando rápidamente sus ojos centelleantes de popa a proa, porque la línea del combate era la de lo largo de los buques.

A su frente, esto es, delante del puente mismo, fué donde los piratas comenzaron a adquirir ventajas logrando derribar a cuatro o cinco marineros.

Entonces levantó Diego el hacha, lanzándose sobre el punto que flaqueaba.

Al mezclarse Diego en el zafarrancho, acababa de caer de un fuerte hachazo en mitad del cráneo, el hijo del contramaestre.

Éste, que estaba en la proa, lo vió, y dando como un ahullido desgarrador, saltó al punto donde acababa de caer su hijo; pero antes de llegar él, había rodado ya la cabeza de su matador al primer golpe de Diego.

EL ABORDAJE

—¡Oh! ¡bien! ¡gracias! exclamó el contramaestre abrazándole por la espalda.

Diego, al sentirse así cogido, hizo un fuerte sacudimiento que hizo tambalear al contramaestre, y volviendo la cabeza, exclamó:

—¡Dejadme! no es esta ocasión de abrazarse.

Y volviendo a adelantar sin perder ni un átomo de serenidad, empezó a repartir hachazos a diestro y a siniestro, restableciendo el ánimo, ya perdido en aquel punto.

Tendió otra vez su mirada más aterradora, cuanto más serena, y vió que la popa, en donde estaba el capitán del negrero, flaqueaba también.

De un salto se puso al lado del capitán, que, medio caido de espaldas, veía la formidable hacha de su contrario próxima a caer sobre su cabeza.

Pero de pronto hacha y mano que la empuñaba, saltaron en el aire a un fuerte golpe que partió de la espalda del capitán negrero.

Éste volvió la cabeza y vió a Diego que descargaba ya otro golpe gritando:

—¡Ánimo que ya son nuestros!

El capitán se rehizo completamente, y la voz de *ya son nuestros* lanzada desde popa, infundió nuevo valor a toda la tripulación.

Diego entonces ya no paró.

Saltando de popa al puente, del puente a proa, y multiplicándose en todas partes, y en todas partes sembrando la muerte y el espanto, parecia el ángel esterminador que el cielo hubiese enviado de repente contra el pirata.

La victoria al fin se decidió por el negrero.

CAPÍTULO VII.
En que acaba de probarse la perversidad del capitán negrero

PERDIDA ya toda esperanza, los pocos piratas que quedaban sanos y los heridos que aun podían huir, saltaron a las lanchas, huyendo a fuerza de remos de sus vencedores.

La prisa de los piratas en la huida, si natural en ellos, era innecesaria de todo punto puesto que sus vencedores ni querían, ni hubieran podido perseguirles.

No querían, porque les faltaba tiempo para ver y recojer el botin

de la victoria, y no podían, porque con un timon de fortuna que llevaban, era imposible perseguir ni a una embarcación que marchase a fuerza de remos.

Recogieron pues el botin, llevándose cuanto pudo convenirles del buque que completamente desmantelaron, y luego le dispararon dos cañonazos abriéndole a flor de agua dos boquetes que lo echaron a pique.

Inútil es querer pintar el estado de alegría y satisfacción que sucedió a bordo del negrero después del combate, visto el sobresalto, la angustia y el fundado miedo que en él reinaba antes del terrible y sangriento abordaje.

El placer de la victoria es ya por sí uno de los más grandes placeres; pero si a la victoria alcanzada se une el recuerdo de la poca o ninguna esperanza que se tenía de obtenerla, si temiendo ser vencido se contempla uno luego vencedor, entonces ese placer es una alegría que tiene algo de locura, y el espíritu se siente agitado por una especie de frenesí, al que no basta cuanto se hable y cuanto se haga para satisfacerlo.

De este frenesí estaban, pues, poseidos todos los tripulantes del negrero, inclusos los heridos, de los cuales no había afortunadamente ni uno de gravedad.

Dos personas, sin embargo, del buque vencedor no participaban de esta alegría.

Una de ellas era el contramaestre, que había perdido en el combate a su hijo, otro de los del negrero que había sucumbido.

A los demás, y menos al capitán, les arredraba poco esto.

Todo era cuestión de poner cuatro o cinco defunciones más ocurridas en el viaje.

La otra persona era Diego.

Acerca de éste no necesitamos decir el por qué estaba triste.

La misma gloria que acababa de alcanzar, y ese cariño respetuoso, (que tal es el género de cariño que infunde la superioridad) que a la tripulación inspiraba, eran para él doble motivo de tristeza, recordando, como volvió a recordar así que se hubo sucedido la calma a la confusion y la gritería, su propio estado y el estado triste en que debian encontrarse aquellos dos seres tan queridos de su corazón, que en Barcelona había dejado.

Otro recuerdo, además, le preocupaba, y este no le tenía triste por cierto, sino que, fijo como estaba contínuamente en su imaginación, saltaba a veces en su cerebro, haciéndole sentir como agudas punzadas, y la sangre, lanzada con fuerza del corazón que latia violentamente, subia al rostro inyectando los ojos y colorando las

mejillas.

Esto le sucedía, cada vez que su vista se encontraba con la figura del capitán.

Diego recordaba la bofetada.

Este vergonzoso recuerdo no le abandonaba nunca.

Ni en el momento en que vió al capitán en peligro de muerte, y saltó a salvarle la vida…

Lo primero que mandó el capitán, recogido el botin de la victoria, fué componer el timon para proseguir el viaje.

Arreglado esto, el viento volvió a hinchar las velas, y la quilla del negrero hendió otra vez las olas hácia el punto de su dirección.

En los sentimientos del alma, cuando existe entre ellos la afinidad, hay la misma atracción que en las moléculas afines de los cuerpos.

En el mundo material, un cuerpo se une por medio de recíproca atracción a otro cuerpo de igual naturaleza: en la esfera de lo moral, un alma busca otra alma también, a la cual se junta y de la que es atraida por la identidad de sentimientos.

Esto se observa siempre, pero se hace mucho más palpable cuando ese sentimiento, esa poderosa e invisible fuerza de atracción es el dolor.

La fortuna hace amigos, pero la desgracia hace hermanos.

Las horas de placer llegan a olvidarse, las de dolor raramente se olvidan: entre los compañeros de aquellas suele quedar un recuerdo que al fin mata la indiferencia; entre los que lo fueron en estas, queda una especie de lazo que por lo comun dura tanto como su imagen, en la memoria.

En el negrero había dos personas que sufrían.

La una lloraba la pérdida de un hijo.

La otra lloraba la pérdida de una madre.

Nadie osará negarnos que estos sentimientos tienen muchos puntos de afinidad.

Aunque otro motivo no atrajera antes el uno al otro, este solo hubiese juntado, separadamente de los demás individuos del buque, a Diego y al contramaestre.

Con esta nueva y doblemente poderosa causa, claro es que su simpatía de antes había de crecer estrechando más y más sus lazos.

El combate, las consecuencias del mismo y el arreglo del timon llevó la mayor parte del día, y el negrero no volvió a emprender su marcha hasta la caida del sol.

La tripulación toda se entregó al descanso.

Solo velaban en el buque aquellos para quienes el reposo estaba vedado.

El contramaestre, sentado junto al timon.

Diego de pié en la murada de proa y siguiendo tristemente con la vista las olas que se alejaban quejumbrosas y divididas por la quilla del baque.

No tardó Diego en ir al lado del que llamaremos su compañero.

El contramaestre no le vió acercarse, ni oyó siquiera sus pasos.

Estaba con la cabeza caida sobre el pecho, pensando en lo único que piensa un padre cuando acaba de perder un hijo.

—Señor…

—¡Hola, muchacho! Qué ¿no te retiras tú? Ya sabes dónde tienes mi litera, que es la tuya.

—No, por ahora no tengo sueño, y sería inútil que quisiera conciliarlo.

—Lo comprendo, dijo el contramaestre: a mí me pasa lo mismo y seguirá pasándome mientras dure mi vida.

—Qué quereis hacerle, ahora ya no hay remedio.

—Es cierto; pero parece que encuentra uno cierto consuelo pensando en ello.

Bien comprendió Diego a su vez estas palabras del contramaestre.

—Lo que yo te agradeceré toda mi vida, prosiguió éste, es el haber partido la cabeza al ladrón que lo mató. Al menos me queda el consuelo de que murió vengado.

—¿Qué menos podía yo hacer? respondió Diego; vos me habíais salvado la vida y en la triste imposibilidad de pagaros este beneficio, salvando la de vuestro hijo, he procurado vengarle. No llegué a tiempo para más.

—Otro que menos lo merecia, fué más afortunado… observó con cierto pesar el contramaestre.

—¡Quién sabe!… —respondió Diego, ¡ese hombre no puede morir, puesto que me debe la honra!…

—De todas maneras, Diego, yo te agradezco el que hayas vengado a mi hijo, y desde ahora puedes contar para siempre con mi amistad. El me falta ya, era lo único que me quedaba en el mundo… ahora conozco lo que le quería… y muerto él, mal tiburon me trague si me queda cariño para nadie más que para tí.

—¡Ah! yo no merezco, ni he hecho nada que valga ese afecto; al contrario, yo soy quien os debo todo lo que se puede deber y hay de más apreciable después de la honra, la vida.

—¿Ves? no es precisamente porque te deba nada; sino que veo yo en tí ciertas acciones y ciertas cosas… ahora mismo, eso de la honra, que maldito si en mi vida he sabido ni querido saber que sea tal cosa, hoy a mi edad, ya ves, a mi edad, que es ya lo suficiente para que un

hombre que ha corrido el mundo y llevado la vida que yo, sería más de ciertas cosas; pues ahí tienes, a mi edad y dicho por tí eso de la honra, me hace así cierto efecto, que no me rio, como antes me hubiera reido de ello, sino que, todo lo contrario, lo oigo y lo respeto.

Diego oía como asombrado estas palabras en boca de un hombre de la vida y costumbres del contramaestre.

Este prosiguió.

—Porque si he de decir la verdad, Diego, tales sensaciones experimento desde hace dos días, y esto es todo debido a tu presencia, que francamente, no siento sino que haya faltado mi hijo, precisamente cuando uno tenía asegurado ya el pan para toda la vida. Yo le hubiera sacado de este tráfico, haciéndole tomar otra marcha… Este era el último viaje que hacíamos, y si el capitán no hubiese venido a tentarme otra vez para esta espedición, ni en ella hubiésemos tomado parte.

—¡Cómo ha de ser! observó Diego; ahora lo que es preciso es la resignación; y puesto que antes lo teníais ya determinado, abandonad este negocio, señor Tomás, creedme, dejadlo para siempre.

—¡Oh, sí! contestó el contramaestre, ¡ahora más que nunca!

Y yo que tengo en Nuevitas una buena casa y tierras que he comprado y dinero en la Habana… ¡Quién me metia a mí ahora!… ¡Parece esto un castigo!

Y dándose una palmada en la frente, dejó caer la mano sobre la rodilla y la cabeza sobre el pecho.

Diego le miraba, experimentando el placer que es dable a un hombre a quien aquejan por otra parte tantas amarguras.

—He pensado una cosa, dijo al cabo de un rato el contramaestre.

—¿Qué?

—Que cuando desembarquemos, como que vamos a hacerlo en terreno español, al dar cuenta de tí, te cojerán otra vez.

—Es verdad.

—Yo tengo un medio para que no te cojan.

—Decid.

—¡Mi hijo ha muerto!… pues que no de cuenta de su defunción el capitán, y desembarcas tú con su nombre.

—Es verdad.

—Nombre que puedes llevar más tarde si quieres, Diego, porque fuera de esto que ves, ni yo, ni mi hijo somos ladrones, ni otras cosas como otros que hay a bordo…

—Gracias, señor Tomás, acepto vuestra oferta, porque así podré desembarcar libremente.

—Ahora solo falta que lo digamos al capitán.

Pasó la noche, y al amanecer, lo primero que hizo el contramaestre, fué hacer al capitán la indicada proposición.

—Eso es muy comprometido, fué la primera respuesta del capitán.

—No lo creo, ¿por qué? observó el contramaestre.

—Porque luego todo se descubre, y nadie cargará con la responsabilidad sino yo.

—No hay cuidado por eso. Ninguno de los de a bordo lo ha de saber…

—Entonces, observó el capitán, es preciso que por ello me cedais la parte de vuestro hijo y la vuestra en el viaje y el botin del pirata.

—¿Y osais haceros pagar así un favor que haceis a quien os salvó la vida? exclamó el contramaestre, que tenía cierta confianza con el capitán.

—Yo se la salvé antes; y sobre todo estas son las condiciones; hemos concluido.

—Está bien, sea.

—Bueno, pues, arreglados.

—Tú vomitarás el dinero un día u otro, dijo para sí el contramaestre.

Y se fué en seguida a encontrar a Diego.

—Ya está todo arreglado, le dijo al verle.

—¿Si? ¿Y cómo?

—Como he dicho, pero cediendo a esa bribon más de cuatro mil pesos que llevamos en este viaje mi hijo y yo.

—¡Cómo! exclamó Diego asombrado.

—Con esa condición ha accedido.

—¿Y habéis consentido en ello?

—Sí.

—¡Oh! no debierais.

—¿Por qué? ¿por cuatro mil pesos? No me hacen gran falta. Además que ya los vomitará, no tengas cuidado.

Diego contemplaba asombrado la generosidad del contramaestre.

Este prosiguió:

—Por otra parte, por cuatro mil pesos, yo, a quien no queda nadie en el mundo, encuentro otro hijo.

—¡Ah, eso sí! exclamó Diego abrazándole.

—Ya ves que no es caro. A otro que no fueras tú, por la sola acción que hiciste vengando su muerte, le hubiera dado entonces todo lo que tengo, ¿y había de pararme ahora por cuatro mil pesos? —Además que, te lo repito, no me han de hacer falta, ni a ti tampoco, pues que tienes ya desde hoy una casa y una mesa en Nuevitas para toda la vida.

—Gracias, repitió Diego; no digo que no acepte vuestra hospitalidad.

El negrero se dirigía, como hemos dicho, a Mallemba, reino de Cacongo, a completar su cargamento.

Ya antes hemos manifestado que no llevaba sino doscientos negros comprados en Loango, y la cabida del buque era de más de quinientos *bultos*.

Las altas copas del corpulento mapon, se distinguían ya en la costa entre las de las elevadas palmeras.

No tardó el negrero en fondear en la bahía de Mallemba. Mallemba, situada en una montaña de ciento cincuenta metros de alta, en cuya parte inferior se estiende una bahía muy segura, era en la época a que nos referimos, la ciudad más importante de Cacongo, bajo el punto de vista mercantil, y uno de los principales mercados de esclavos de toda el África.

El capitán saltó a tierra, avistóse con el jefe que vendia los esclavos y empezó a completarse el cargamento.

Diego era considerado ya en el buque como otro de la tripulación, y a pesar de su repugnancia natural e instintiva hácia aquel género de tráfico, tomaba parte en aquellas faenas que no exigian la práctica o los conocimientos náuticos.

Hallábanse ya en el buque los trescientos *bultos* que faltaban, cuando el capitán volvió a bordo y sin saltar de la lancha gritó:

—A ver uno que venga conmigo y que haga menos falta a bordo, vos mismo, Diego.

Éste, no obstante lo que mediaba entre él y el capitán, saltó a la lancha.

Ninguno de los de bordo, ocupados como estaban todos en *estibar los bultos*, paró la atención en esto.

El contramaestre, por la misma razón, no lo reparó tampoco.

La lancha fué a tierra con los marineros destinados a este servicio.

El capitán saltó diciendo a Diego.

—Venid conmigo.

Diego saltó tras él, sin pronunciar palabra, aunque diciendo para sí:

—¡Cómo había yo de pensar en que un día había de contribuir, siquiera fuese contra mi voluntad, a poner el *yugo* de la esclavitud a esos desgraciados!

Un cuarto de legua escaso anduvieron Diego y el capitán, pasando, acompañados de una especie de guardia negra de seis hombres, y uno que parecia hacer las veces de cabo, los cuales los recibieron a la orilla del mar, por una vereda estrecha y entre un bosque de cocoteros,

palmeras, cedros y mapones.

Debajo de uno de estos últimos árboles, los más corpulentos que existen en Africa, y bien pudiéramos decir en el mundo, se hallaba el gobernador de Mallemba, rodeado de varios negros armados con sables europeos, los cuales custodiaban a otros veinte que a un lado había sin armas y con esposas en las manos.

El capitán hizo un profundo saludo al gobernador negro, y éste le dijo en su idioma, que Diego no comprendió, pero que sí entendió el capitán.

—Ahí están los veinte negros.

Y señaló con la mano a los que tenía atados.

—Ahí está, pues, el blanco, respondió el capitán, no con palabras, sino señalando a Diego.

Éste no hizo caso de la acción del capitán, al pronto, pero la comprendió en seguida que cuatro negros de los de los sables, se arrojaron sobre él, atándole fuertemente los brazos y poniéndole una cadena de plata con un collar del mismo metal.

—¡Capitán! exclamó Diego tan fuerte y con rabia tal, que su voz salió desgarrada de su garganta.

El capitán no contestó.

Alejóse pausadamente llevándose los veinte negros atados y custodiados por la misma guardia, sin mirar siquiera a Diego, que quedó pateando y hundiéndose las uñas en las palmas de las manos.

El gobernador de Mallemba quería hacer al rey de Cacongo, que lo deseaba, el regalo de un blanco; trató de ello con el capitán del negrero y el trato se ajustó.

Los veinte negros que llevó el capitán, eran el precio de la venta de Diego.

CAPÍTULO VIII.
El esclavo blanco

DIEGO no tuvo más remedio, por muchos que fueran sus bríos, que sucumbir a la fuerza mayor y doblegarse ante su nueva y terrible situación.

Tenía, respecto de los lances en que se encontraba, la envidiable circunstancia de poderse, dominar y de comprender lo que la situación exigia.

Así, aunque el furor natural por la vileza del capitán, bullia en el fondo de su corazón, bien pronto dejó de manifestarse en sus

ademanes, y a los briosos arranques de su carácter, sucedió repentinamente la humilde apostura de la más profunda resignación.

Sin quejarse, pues, ni menos resistirse, emprendió la marcha entre la especie de guardia que le llevaba.

Sin salir del interior del bosque, y sin pararse más que para tomar un alimento que, extraño a sus costumbres y su naturaleza, repugnaba a la vista y al paladar de Diego, anduvo como unas treinta leguas en dos días.

Al cabo de este tiempo llegó con la guardia a la capital del reino, que es donde residia el soberano.

Era la ciudad de Kingele.

A treinta leguas de la costa y en una planicie sembrada de palmeras, está la referida ciudad.

Diego, al entrar en ella, sintió, a pesar de su estado de abatimiento y de fatiga, como un alivio a su oprimido corazón.

El espectáculo que ofreció a su vista la población de Kingele, era verdaderamente poético y encantador.

Las casas eran una especie de chozas formadas de paja y juncos, y techadas de hojas de palmera *matoba*, las cuales son de una prodigiosa magnitud, al paso que de gran resistencia para la intemperie. Cada choza tenía, como verde dosel que la cubría, las magníficas ramas de las palmeras, a cuyo pié estaba formada.

Las chozas, de cabida de seis personas cada una, tenían solo una entrada, sin otro piso que el solar. La entrada era un agujero de una vara de ancho, cubierto por una estera, suspendida en la parte superior.

Estas eran las viviendas de la plebe.

Se veían luego, separadas del resto comun, otras chozas, más grandes, es decir, tres o cuatro chozas reunidas, con un solo agujero de entrada en la que sobresalía del grupo, y otras aberturas o ventanas de forma redonda y a la altura de un hombre en las demás.

Estos eran los palacios de los ricos, cuyo lujo ya se dejaba conocer por la estera de la entrada, hecha de hojas de palmera, cuidadosamente entrelazadas y hasta con vistosas labores.

Por fin, en medio de la ciudad y aislado completamente, se hallaba el palacio del soberano.

La morada de su majestad no se distinguía a primera vista de las de los grandes, sino por el mayor número de chozas agrupadas que formaban el palacio; pero observado éste de cerca se echaba de ver una notable diferencia.

Más retrocedamos a buscar a Diego, que en breve llegaremos con él al palacio.

Antes de llegar a las primeras chozas de la ciudad, ya llevaba un aumento considerable en el número de gente que formaba su cortejo.

Algunos, poquísimos de los moradores de Kingele, sabían que había *blancos*, pero jamás *animal de tal especie* había llegado allí para verlo.

Júzguese del asombro de los que lo ignoraban, que eran casi todos, ante el color, la fisonomía y el trage del blanco.

Pasando de un lado a otro, ora delante, ora detrás de la escolta que sacudia sendos sablazos para despejar el paso, empujándose, sallando y ahullando, y alargando unos cuellos de media vara, la vista siempre fija en el *blanco*, acompañaban a éste desde que se avistó la ciudad, sinnúmero de negros de todas edades, que se aumentaban a cada paso.

Llegó por fin la escolta frente al palacio del rey, y allí hizo alto con la multitud que la seguía.

Lo primero que hirió la vista de Diego, al fijar los ojos en aquella gran choza, fueron los singulares adornos que sobre la puerta se veían.

Eran estos una línea de cráneos humanos, colocados en una tabla que podemos decir servía de cornisa al frontispicio.

Toda la fachada estaba cubierta y como tapizada de plumas vistosísimas y de variados y vivos colores, como son principalmente las de los papagayos y pavos reales que está prohibido criar a los súbditos, siendo este privilegio esclusivo del soberano.

Quizás como en señal de su soberania los reyes adornan su palacio con las plumas de estos animales.

A uno y otro lado de la puerta había un negro de elevada estatura, formas atléticas y atroz fisonomía, cuyo repugnante aspecto de ferocidad aumentaban las extrañas figuras hechas sobre la piel con instrumento cortante, en el rostro, pecho, brazos y piernas.

En el cuello llevaba cada uno un collar de plata de dos dedos de ancho, cuya brillante blancura formaba un notable contraste con el color negro de la piel.

Cada uno de estos mónstruos tenía *arma al brazo* un enorme sable.

Inmóviles como estátuas y sin volver nunca la vista a uno ni a otro lado, fijaron sus verdes pupilas, de siniestro brillo como las del buho, en el rostro del *blanco*, así que éste se paró a su presencia y a corta distancia de la entrada del palacio.

El jefe de la comitiva, que era el gobernador de Mallemba, saltó del camello en que iba montado y penetró en el palacio.

A los pocos momentos apareció en el fondo de la entrada de la gran choza, un enorme quitasol.

A la vista de este objeto la concurrencia dió un ahullido general.

Diego volvió sobresaltado la vista en derredor suyo.

Todos los presentes se tendieron al suelo, quedando de bruces en la tierra.

El quitasol fué adelantando, y Diego, que era el único que había quedado de pié, distinguió debajo de la ambulante media naranja un bulto reluciente que adelantaba hacia la puerta, precedido del gobernador.

Este dió un ahullido, y entonces dos negros de los de la guardia de Diego se levantaron y cogiéndole brusca y fuertemente uno de cada brazo, lo echaron al suelo bocabajo, volviendo ellos a quedar en la misma posición.

El quitasol llegó a la puerta, y debajo el brillante bulto que antes hirió la vista de Diego.

El bulto era la relumbrante majestad del rey de Loango.

Su majestad pasó, siempre debajo del regio quitasol, atributo de su soberanía, y seguido de una guardia de honor, que consistia en doce negros con grandes plumeros en la cabeza y semivestidos con pieles de tigre y de león y armados de anchos y largos sables, por la senda que el pueblo dejó libre, y se dirigió a una especie de plazoleta inmediata, donde había siempre una guardia permanente del rey.

Así que éste hubo pasado, levantóse otro ahullido general y tras del ahullido los que estaban de bruces en el suelo.

Los dos negros que antes echaron a Diego, le indicaron, por medio de una brusca y violenta sacudida, que debia levantarse.

Diego con su escolta siguió al rey, y el pueblo continuó gritando y brincando alrededor de Diego.

Llegado que hubo su majestad a la plaza, se dirigió a una especie de trono hecho de oro puro y al que servian de dosel las grandes hojas de un árbol artificial, hechas de aquel mismo metal precioso e imitando las del mapon.

Sentóse, colocáronse a los lados los guardias, y Diego penetró, seguido del pueblo en la plaza.

Así que todos estuvieron en presencia de su majestad, practicóse la misma ceremonia de echarse bocabajo en el suelo, haciéndolo esta vez Diego por sí mismo, sin aguardar a que de una manera tan brutal se lo indicaran los *maestros de ceremonias* que a su lado llevaba.

El rey dió una especie de berrido que resonó en el aire ni más ni menos que si hubiera salido de la garganta de un toro de cuatro años, y todos se levantaron otra vez.

Entonces el gobernador de Mallemba se adelantó al sitio donde estaba Diego, y cogiéndolo de una mano lo llevó a la presencia del monarca, articulando palabras que Diego no entendió y que venían a significar lo siguiente:

«Brillante y poderoso Señor: aquí te presento, como muestra de mi amor a tu elevada majestad y respeto a tu poder, que acato y venero, este esclavo de piel blanca, mandado buscar en remotos climas, para servicio y entretenimiento de tu majestad».

Diego, mientras el gobernador hablaba, tenía la vista fija en el rey, al que había conocido por la riqueza que le rodeaba y sobre todo por las humillantes ceremonias que el pueblo había practicado a la presencia de aquella especie de *mónstruo dorado* que a su vista tenía, y se sonrió, con todo y la situación en que se hallaba, al ver la ridícula y extraña forma con que se revestia su majestad.

Sin prenda alguna de ropa, cubría todo su cuerpo una capa de polvo de oro, con infinidad de piedras brillantes engastadas en brazaletes y cadenas de oro que cruzaban sus brazos y piernas, llevando al lado y pendiente de un cinturon también de oro, un enorme sable desnudo cuya punta descansaba en una palangana de oro, en donde tenía puestos los piés.

El rey contestó al gobernador aceptando la oferta y dando muestras de gran satisfacción.

Su majestad tuvo deseos de ver algunas habilidades del *blanco*, y el gobernador se acercó a Diego, hablándole primero en su lengua, y como el *blanco* no comprendiese, púsose a hacer mil gestos y movimientos en su presencia.

Diego, con su perspicacia natural, aumentada por la fuerza de su situación, comprendió lo que el gobernador le mandaba.

Era que se pusiese a bailar delante del rey.

Su primer pensamiento fué el de no acceder a semejante ridícula demanda; pero conoció asimismo que su negativa podría acarrearle un bárbaro castigo, y se dispuso a hacer lo que no hubiera hecho, ni amenazado de muerte, ante otro público que el que iba a presenciar el espectáculo.

Diego bailó, pues, y cantó en medio de las mayores muestras de admiración por parte del público, y con gran contentamiento del rey.

Como se hallaba tan fatigado del camino, el espectáculo no podía durar gran rato, y conociéndolo el rey mandó traer una botella de cerveza inglesa, que destapó uno de los guardias, y haciendo seña a Diego para que se acercase, le acarició pasándole su *dorada* mano por el rostro, y después de beber el primer trago, entregó la botella a Diego.

Éste no pudo evitar un movimiento de repugnancia al tomar la botella para beber del líquido que se le mandaba, y cuya clase ignoraba todavía, no sabiendo que semejantes productos de la industria europea fuesen conocidos en aquellos paises; pero aplicó la

botella a los lábios, resignado como estaba a sufrirlo todo, esperando que la Providencia le facilitara un medio de evadirse un día del poder de aquellos bárbaros.

Concluida la libación, su majestad le hizo seña de que se sentara a sus piés, lo cual hizo Diego con toda la humildad posible y el rey tomó en sus manos la cadena de plata que pendia del collar del mismo metal que le pusieron así que le dejó en poder del gobernador de Mallemba el infame capitán del negrero.

—Vamos, exclamó Diego para sí, me nombra perro *de cámara*.

Así se pasaron unos momentos en medio del mayor silencio.

Luego oyóse algo lejano el sonido de un cuerno de mar, al que acompañaba el ruido de muchas voces y el son de varios instrumentos.

Acercóse el ruido, dejándose sentir más fuerte, aunque con extraña confusion, y a los breves instantes aparecieron en la plaza, por la entrada que estaba frente al trono del rey, veinte hombres, mejor, veinte gigantes negros, desnudos enteramente y sin otro adorno que un taparabos hecho de un pedazo de hoja de palma y sujeto a la cintura con un cordon hecho de las fibras de la corteza del mapon, una piel de la serpiente *damba* con sus vistosas manchas, cruzando la espalda y el pecho, y un sable de cinco dedos de ancho, sumamente afilado, que empuñaba la callosa y nervuda mano derecha: apoyada la izquierda a la cintura y *arma al hombro* entraron los primeros en la plaza, yendo a colocarse a la espalda del rey.

Seguidamente presentáronse cinco personages brillantemente vestidos con pieles, tejidos y plumas y planchas de oro, los cuales llegaron a cuatro pasos del trono, echándose en seguida bocabajo.

Estos eran los cinco ministros denominados: el *gran capitán*, que manda la guardia y el ejército del rey; el *mafuc*, que es el ministro de comercio; el *maquimbo*, ministro gobernador general de la costa; el *monibanzo*, ministro de hacienda, y el *monibelo*, ministro de estado.

Inmediatamente entraron como unos cuarenta negros, que después de una reverencia se echaron asimismo bocabajo detrás de los ministros, y, gran parte del pueblo que juntamente con todos los que antes en la plaza estaban, se tendieron luego al suelo en la misma forma.

Solo el rey, sentado en el trono, Diego a sus piés y los veinte gigantes que se habían colocado a espaldas del monarca, respiraban el aire puro y limpio del sucio polvo del suelo.

Cuando su majestad creyó que esta primera y reverente ceremonia había durado bastante, hizo una señal que consistió en dar tres golpes con la punta del largo sable en la palangana de oro sobre que descansaba los piés, y el *gran capitán* se levantó, hablándole en estos

términos:

—Poderoso Señor; estos que aquí ves son litigantes que han acudido a nuestro consejo, a fin de que solventemos sus respectivas querellas, dando a cada cual lo que merezca; y como no hayamos podido averiguar de una vez quién de ellos tenga razón y quién no la tenga, los llevamos a tu presencia y acudimos a tu sabiduría para que falles de una vez, y se cumpla tu sábia y, justa sentencia en cada uno.

Seguidamente de estas palabras, el *gran capitán*, especie de relator en estos casos, hizo la relación de los motivos de querella presentados por cada uno de los litigantes en las diferentes cuestiones sobre que iba a fallar la alta y justa sabiduría del monarca.

—Estoy enterado, y voy a dictar mi sentencia, exclamó el rey, oído que hubo al relator.

Y éste se echó otra vez de bruces al suelo.

El rey volvió la cara a los veinte gigantes, a los que dió una órden muy precisa, pues consistió en una sola palabra, y aquellos veinte bárbaros se lanzaron súbitamente sobre los litigantes, a los que cortaron la cabeza en un abrir y cerrar de ojos.

Luego se levantaron los ministros, felicitando al rey por su justa y sábia decision, y S. R. descendió del trono, y bajo el regio quitasol, precedido de sus ministros, llevando de la cadena a Diego horrorizado, salió de la plaza encaminándose a su palacio rodeado del pueblo que le victoreaba [1].

CAPÍTULO IX.
Un banquete del rey de Loango

El pobre Diego se hallaba completamente extenuado por el cansancio y la falta de alimento. Al levantarse de los piés del rey cuando éste terminó, como hemos visto, los procesos presentados aquel día, apenas podía dar un repaso, pero hizo un esfuerzo supremo, llamando a sí todo el vigor de su espíritu y procuró disimular la fatiga, temiendo disgustar al rey y sufrir un castigo, o una muerte que en otro caso hubiera preferido a la vida a que se veía condenado; pero la causa de su desgracia no se apartaba un instante de su imaginación y con el

deseo más ardiente a cada momento de vengarse, estaba resuelto a hacerlo todo y a pasar por todo, con tal de conservar la existencia, consagrada principalmente a vengar las infamias de que había sido víctima.

Al cabo de poco rato llegó el rey al palacio y Diego pensó que su majestad querría descansar de la fatiga de la sentencia de aquel día, y creyéndose asimismo destinado al esclusivo servicio del monarca, acarició la idea de que él podría también reposar al paso que su Señor; pero no tardó en caer en el más completo desaliento, viendo desvanecida tan halagüeña esperanza.

El rey, llevándole siempre delante, entró en una sala grande, seguido de los cinco ministros que hemos visto y otros personages que entraron inmediatamente, pertenecientes a la clase elevada, y dando un grito se sentó en un sillón que se hallaba en el fondo de la sala, cuyo respaldo estaba formado de planchas de oro, y debajo de una especie de dosel hecho todo de plumas de pavo real.

Con un tiron de la cadena que Diego llevaba prendida del collar, indicó a éste que se sentara a sus piés.

Los demás que entraron en el salón se quedaron de pié formados en fila a uno y otro lado.

Al grito del rey aparecieron dos robustos negros, llevando una vasija del tamaño de una tinaja regular, que dejaron en medio de la sala, saliéndose luego inmediatamente.

En seguida entraron doce negros esclavos del rey llevando cuarenta copas hechas de cáscara de coco, tantas cuantos eran los personages que allí había, incluso el rey.

Una de las copas, que la llevaba el que entró a la cabeza de los esclavos, era de mayor tamaño que las otras, labrada con una porción de figuras de serpiente, cocodrilo, y otros reptiles, con un pavo real, extendida la cola, cuyas plumas las formaban delgadas láminas de oro: el borde y el pié estaban guarnecidos asimismo de este metal.

El *copero mayor*, que así llamaremos al esclavo que llevaba la copa del rey, se adelantó, dió tres cabezadas en el suelo, y presentó la copa al monarca. Los demás esclavos hicieron lo mismo en cuanto a las cabezadas ante su majestad; y respecto de las copas, se distribuyeron por mitad, seis a cada lado, y las entregaron a los magnates, quedándose de pié a su espalda.

Diego contemplaba aquella escena como mero espectador, hasta que un tiron de la cadena y una palabra del rey, que no entendió, le indicaron que debia tomar parte en ella. Levantóse trabajosamente de los piés de su amo, y éste le presentó la copa.

Diego la tomó sin hacer otro movimiento, aguardando otra órden

del rey.

Éste le rolló la cadena al cuello, y pronunciando otra palabra que Diego tampoco comprendió, extendió la mano señalando la vasija que había en medio de la estancia.

Diego conoció por la acción que se le mandaba ir junto a la vasija y obedeció; pero una vez allí, no sabía si el rey quería que llenase la copa para sí, o para que la llevase llena a su majestad.

Como tenía motivos bastantes, con la escena ocurrida en la plaza, para creer que entre aquellas gentes eso de quitar la cabeza a un hombre era cosa sumamente sencilla y que se mandaba ejecutar por cualquier motivo, toda la atención de Diego estaba fija en la fisonomía y ademanes del rey, para obedecer a la menor indicación suya; pero al mismo tiempo temia equivocarse, tomando una órden por otra, y esto era terrible, pues no sabía hasta qué punto podía una equivocación del siervo exaltar los humos de su *aurífera majestad*.

El *copero mayor* le sacó de esta terrible duda en aquel momento, acercándosele e indicándole con una acción clara y precisa que llenase la copa en la vasija, sumergiéndola en el líquido.

Diego lo hizo así sin mostrar la menor repugnancia a la poca limpieza del procedimiento, y el *copero* le indicó seguidamente que fuese a llevar la copa llena a su majestad.

—Vamos, exclamó Diego para sí, marchando hácia el rey con la copa y teniendo muchísimo cuidado en conservar el equilibrio para no derramar el líquido: hemos subido de punto; su majestad me nombra va su *copero particular*.

La inteligencia de Diego satisfizo mucho al rey, que dió, al tomar la copa, una especie de bufido de satisfacción.

Bebióla de un sorbo, dió otro bufido, volvióla a Diego, indicándole otra vez la vasija, el nuevo copero practicó la misma operación y después otra igual, y a las tres veces de haber bebido y bufado el gran Señor, adelantáronse los demás esclavos, tomando las copas de los magnates, y les sirvieron también del líquido de la vasija.

Este líquido consistia en una especie de zumo nada claro, de color bajo, sabor agridulce y olor nada agradable, sacado por medio de un fácil procedimiento de la palma y el banano.

La escasa cantidad alcohólica que contiene este vino, hace que los naturales de aquellos paises puedan beberlo sin que experimenten los efectos de la embriaguez, por cuya causa, cuando llegan a probar los aguardientes de Europa o los de América, más agradables que sus vinos a su paladar, experimentan al instante las consecuencias de la abundante parte alcohólica que contienen, sirviendo esto muchas veces para transportar a los negros en estado de embriaguez a lugares

distantes en donde despiertan en la esclavitud.

La benignidad y la inocencia del vino hacía que los convidados, al parecer por el rey, bebiesen y bebiesen sin emborracharse nunca, lo cual extrañaba, disgustando al propio tiempo a Diego, que esperaba el que los momentos de la embriaguez del rey y de sus magnates serían los de su descanso.

Pero el líquido de la vasija se concluyó, y Diego vió con el mayor asombro que el rey se levantó tan firme de su sillón, como si nada hubiera bebido, llamándole, tomándole la cadena y echando a andar como si tal cosa.

¡Diego levantó tristemente los ojos al cielo!

Aquella no era sino la primera parte de la función de aquel día.

Los magnates siguieron al rey, tan tiesos y tan firmes como su majestad.

Así que el monarca apareció a la puerta, rompió una música tan desacordada y de tan extrañas voces y sonidos, que Diego, al oirla, sintió un estremecimiento general de nervios.

Era la orquesta que esperaba al rey para acompañarle con sus *melodías* a la plaza misma del trono.

Aquel lugar, poco antes estrado horrible de la más horrible justicia del rey de Loango y cubierto de cabezas ensangrentadas, se había transformado en salón del gran banquete, que seguía siempre a los grandes actos de justicia que se permitia el muy alto Señor.

Las cabezas y los troncos de los litigantes decapitados habían desaparecido, pero quedaban los charcos de la sangre en el suelo.

Sobre ellos se había puesto una larga mesa formada de tablas sobre banquillos de dos piés de alto y cubierta con una tela bien labrada de las libras de la palma llamada *matova*. Las orillas del mantel lucian una vistosa cenefa, hecha con plumas del pavo real, y en cada una de las cuatro puntas se veía la chata cabeza disecada de la serpiente *damba*.

Los asientos, a uno y otro lado de la mesa, eran pedazos de tronco de árbol labrados con varias figuras de cuadrúpedos y reptiles, y de la altura de pié y medio, separados como dos cuartas de la mesa: en uno de los extremos se veía un sillón forrado de damasco y luciendo en el respaldo una plancha de oro. Era el mismo que hemos visto ocupar al rey en el salón de su palacio, y el cual se había trasladado al sitio del banquete para sentarse el monarca.

Sobre la mesa no se veían otros objetos, además del mantel, que las copas de coco en número de ochenta, entre las cuales sobresalía, en el extremo donde estaba el sillón, la mejor, labrada con adornos de oro, en que antes hemos visto beber al rey.

Así que éste llegó a la plaza, la música, sin pararse un momento en sus extraños sones, subió a una especie de anfiteatro a espaldas de la presidencia, donde siguió tocando, confundiéndose las que por un momento llamaremos sus notas, con los gritos y ahullidos del pueblo que en inmensa multitud se hallaba agrupado alrededor de la plaza, empero sin atreverse a penetrar en ella por miedo a los linternazos sin piedad que descargaban los cuarenta negros de atroz fisonomía y robustísimo brazo, que con sendos y largos sables guardaban el regio recinto.

Los ahullidos de la multitud eran el saludo que el pueblo dió a su rey al avistarlo a la entrada de la plaza.

Pero la multitud de pueblo en aquella fiesta, que no era a la verdad una cosa nunca vista en la capital de Loango, donde el rey tenía a bien ejercer su paternal justicia del modo, generalmente, que hemos presenciado, lo menos una vez por semana, no se debia precisamente al espectáculo del banquete, por la razón que llevamos dicha, sino a la curiosidad por el *esclavo blanco* del rey y las habilidades que hacía.

Así es que Diego, al entrar en la plaza, observó seguidamente al ahullido del pueblo, miles de índices en todos los puntos del círculo apuntados y señalándole a él.

Sentóse el rey en el dorado sillón, e inmediatamente a los lados de la mesa los ministros, príncipes y magnates del reino, en los taburetes que hemos dicho.

Cuarenta esclavos se apoderaron al momento de las copas que llenaron en dos tinajas llenas del vino de palma que se sirvió antes en el palacio.

Junto al rey había una tinaja para el consumo esclusivo de su majestad.

Éste, apenas sentado, señaló la copa a Diego, a cuyo cuello volvió a rollar la cadena, y el *esclavo blanco*, al ver la acción de su amo y la operación de los negros con las copas en las otras dos vasijas, comprendió que antes del festin, su Señor había de volver a remojar la garganta, y llenó la copa, presentándosela en seguida.

Inmediatamente después de esta libación, a la que precedieron tres reverendas cortesías de todos los asistentes al *aurífero* que presidia, aparecieron otros dos criados llevando alta a un palmo de la cabeza una enorme palangana de plata que dejaron sobre la mesa y junto al rey.

La palangana contenía dos piernas enteras de elefante asadas, y en medio de ellas la cabeza de un buey cruda y recientemente cortada.

Adelantóse el esclavo, que sin duda desempeñaría el cargo de *trinchador* principal, y con una destreza admirable, introdujo la punta

de un acerado y recio cuchillo en el testuz del toro, abriólo, y sacando enteros los sesos, se los presentó al rey, que los sorbió como pudiera hacerlo una persona regalar con un par de huevos pasados por agua.

Después de tan súbita como bestial absorción, el rey hizo otra seña a Diego, señalándole la copa, y éste, que empezaba ya a conocer las funciones inherentes a su cargo, llenóla y presentóla otra vez al monarca, que la sorbió como había hecho con los sesos del buey.

Su majestad dió un fuerte resoplido y el trinchador principal, hundiendo el cuchillo en una de las piernas de elefante, cortó un buen pedazo, que el rey tomó entre los dedos, destrozándolo inmediatamente con los dientes. La enorme palangana fué llevada entonces al centro de la mesa, y allí se trincharon las piernas que engulleron los convidados en un abrir y cerrar de ojos.

Después de las piernas de elefante, otros platos no menos extraños para Diego, a quien mantenía de pié dándole fuerzas para resistir la fatiga que le abrumaba de tantos días, la curiosidad en él más viva a cada nueva costumbre que en aquella gente observaba, llegaron a la vez y con gran profusion a la mesa.

Pero esta misma curiosidad fué el mayor enemigo de Diego así que a lo último del banquete fueron apareciendo ciertas viandas a cuya vista no pudo ya resistir su estómago, y las cuales nosotros renunciamos a describir en este momento.

Diego cayó desmayado al lado del rey.

Un ahullido general siguió a la caida de Diego.

El rey dijo ciertas palabras a uno de los esclavos, el cual sacó inmediatamente una botella de entre varias, que contenía un gran cajon allí traido para los postres, y destapándola y aplicándola a los lábios del *esclavo blanco*, se consiguió reanimarle.

El líquido de la botella era aguardiente de Europa, de que los negros hacen grande aprecio, adquiriéndolo fácilmente de las tripulaciones de los negreros, a cambio de esclavos y otros productos del pais.

Diego volvió en sí.

Un grito de alegría saludó la *resurrección* del *esclavo blanco*.

El sol se había puesto y las sombras de la noche reemplazaban a la claridad del día en el sitio del festin.

Pero pronto a la luz del sol sustituyó la luz de astillas secas de árboles resinosos, que, colocados en una especie de parrillas en varios puntos de la plaza, daban la suficiente claridad.

Sacáronse de los cajones las botellas de aguardiente, de las cuales se dieron dos, destapadas ya, a cada uno de los magnates, se puso el sillón del rey sobre la mesa y en el centro de la misma sentóse en él su

majestad, brillando el polvo dorado de su cuerpo como una verdadera ascua de oro a la luz de las astillas ardiendo, y empezó entonces otra función que tenía como un cierto carácter de infernal, merced a las circunstancias que la acompañaban.

La música dejó oir con mayor fuerza sus desgarrados sones, el pueblo gritó más y más, y el rey y los magnates en medio de los frecuentes besos que aplicaban a la boca de las botellas, contemplaban las grotescas y repugnantes figuras de la más impúdica y asquerosa de las danzas.

Diego no sabía ya entonces en dónde se encontraba, puesto, como siempre que no tenía que servirle o divertirle, a los piés de su majestad.

Pero cuando llegó al último extremo de su resignación fué al mandarle el rey que se mezclara en la danza.

Diego, al comprender la órden de su bárbaro Señor, se atrevió a manifestarle por medio de signos lo desfallecido que se encontraba; más el rey, alargándole una botella de las dos que en las manos tenía, le significó que bebiese y que con ello se reanimaría.

Diego resistió al principio, pero al ver que el rey dejaba caer la botella de la mano llevándo esta a la guarnición de su enorme sable, se puso a bailar sin dar tiempo al primer efecto del enojo del monarca.

Indescribible fué el júbilo del rey y del pueblo todo ante la habilidad en el baile del *esclavo blanco*.

Pero este júbilo no podía durar largas horas atendido el estado de Diego.

En vano llamó a sí todas las fuerzas de su espíritu; en vano su mente, fija siempre en el lugar en que se hallaba, sin olvidar la infamia horrible que allí le había llevado, procuraba mandar, digámoslo así, a la materia extenuada: sus piernas flaqueaban, cansadas por un tan largo viaje, después de la fatiga de los sucesos anteriores, su estómago, flaco y vacío, comunicaba su debilidad a la cabeza, y los ojos vacilantes, amortiguadas las pupilas, veían ya en extraña confusion todos los objetos y la tierra como empezaba a rodar a su alrededor.

—¡Dios mio, dadme fuerzas! exclamaba Diego levantando la vista al cielo con el doble objeto de poder conservarse más tiempo sin caerse. ¡Si me vengo al suelo, acaso este bárbaro rey me mande cortar la cabeza! y entonces ¡ay, madre de mi alma! ¡Clara mia! ¡infame capitán del negrero!…

Y el pobre Diego, con una fuerza indescribible de voluntad, mandando su poderoso espíritu y haciendo obedecer a la materia que por momentos desmayaba, continuaba saltando y brincando delante

del rey, en medio de las libaciones de éste y de los magnates, del ruido atronador de aquella irritante orquesta y de los gritos o ahullidos de la multitud en derredor de la plaza agrupada.

Pero cuando más contento estaba el rey al ver la gracia y ligereza de su esclavo, cuando más de punto subia la admiración de todos y más bebian los magnates, y más fuerte tocaba la orquesta, y mayores gritos daba el pueblo, hé aquí que de entre la misma muchedumbre se levantó un grito general, compacto y prolongado, que hizo estremecer al rey, parar a la orquesta y quedar a los magnates estupefactos y con las botellas en alto.

Era que de pronto el cuerpo de Diego se había venido redondo al suelo.

CAPÍTULO X.
En que se ve cómo hablan los muertos para hacer morir a los vivos

A caida de Diego dió un grandísimo susto al rey, que veía que el *esclavo blanco* no se meneaba del suelo, por cuya razón le creyó muerto totalmente.

Nadie de los presentes se hubiera atrevido a tocarle. Las cosas del rey eran sagradas para todos, y ninguno, so pena de ser decapitado, podía llegar a ellas con la mano sin órden y espreso mandato del monarca.

Éste, al fin, mandó que levantaran a Diego y se lo acercaran.

Hiciéronlo así dos de los esclavos y aquel comprendió con grande alegría, aunque no por sí, sino porque se lo manifestaron los siervos, cuya cabeza no turbaban los vapores del aguardiente, como la del rey y de los magnates, que lo del esclavo no era la muerte, sino simplemente un desmayo.

El rey dió entonces por terminada la fiesta.

Subióse o se mandó subir a espaldas de cuatro esclavos, haciendo conducir a Diego delante de sí en brazos de otros dos, y se dirigió al palacio.

Los grandes del reino siguieron el ejemplo de su majestad, haciéndose llevar en la misma forma a sus viviendas.

El rey se quedó completamente dormido, así que le dejaron en su lecho.

Los esclavos destinados al servicio interior del palacio, hicieron respirar a Diego algunas esencias, y apenas volvió éste en sí, lo tendieron sobre unas pieles de león y de tigre a los piés de la cama del rey, atándolo con la cadena que al cuello llevaba.

Ciertamente que mejor no podían portarse los esclavos según lo que Diego principalmente necesitaba.

Aquel accidente era originado más bien que por la falta de alimento, por el esceso de fatiga y necesidad de descanso, y Diego sintió instantáneamente en aquel, entonces para él dulcísimo lecho, como volvía la vida a su desmayado cuerpo, dispuesta la naturaleza a recobrarse por sí misma a favor de la quietud y la tranquilidad.

Diego fué feliz en aquella noche.

¡Tenía sueño y dormia!

Llegó la mañana del día siguiente y una especie de berrido del rey le despertó.

¡Cuán horrible fué el despertar de aquel sueño!

Un negro penetró instantáneamente en la estancia al grito del rey, el cual le preguntó en seguida por el *esclavo blanco*.

El negro desató la cadena, y sin dar ningun tiron, sino levantándola suavemente, indicó a Diego que se pusiera de pié.

Diego tradujo en seguida por el buen modo del esclavo el interés que al rey inspiraba su persona, y levantó los ojos al cielo, brillando en sus pupilas un rayo a la vez de gratitud y esperanza.

El rey le acarició pasándole la mano por la cara y el hombro y dió en seguida una órden al criado, que desapareció volviendo luego acompañado de otros dos, con cuatro platos de distintas viandas.

El corazón de Diego se ensanchó, respirando ni más ni menos que al ver y coger entre sus manos el cabo de cuerda que le arrojó el

contramaestre del negrero.

Adivinó la órden del rey por las viandas que trajeron, y por éstas y lo que antes había visto, el interés del monarca en la conservación de su esclavo, y esto era para él, en aquel estado y después de lo sufrido el día anterior, volver otra vez a la vida.

Y vida y nada más que vida era lo que Diego pedía por entonces al cielo.

Pusiéronle los platos traidos sobre una mesa, en medio de la cual había una horriblemente caprichosa pirámide formada de cráneos, quijadas y otros huesos humanos, y le indicaron que se pusiera a comer.

Diego, sin replicar, hambriento y desfallecido como estaba, empezó a probar de los platos; pero apenas, con todo y la necesidad que sentía, pudo hacer otra cosa que gustarlos. Eran todo asados pésimos, carnes extrañas, entre las que figuraba la de perro, y aunque Diego no lo sabía, comprendía que no eran aquellos alimentos a propósito para él, repugnándole además como le repugnaban a la vista y al paladar.

Pero al cabo de poco rato, sustituyéronse los cuatro primeros platos por otros cuatro que presentaron los mismos esclavos.

En cuanto a la variedad y la abundancia, bien se conocía que se le servía la mesa en el palacio de un rey.

Entre los cuatro platos de la segunda tanda, llamó su atención una especie de gachas espesas.

Acercólas a sí, no le parecieron repugnantes a la vista y menos al olfato, y al aplicar una pequeña porción a la boca, exclamó:

—¡A Dios gracias, no nos moriremos de hambre, según parece!

Aquel plato, el más sencillo que le presentaron, era realmente una especie de gachas de harina de yuca y agua.

La yuca, que es una planta tuberculosa muy parecida a la patata de América y Europa, tiene, como esta raiz farinacea, bastante cantidad de glúten o parte nutritiva.

Diego comió el plato casi entero, bebió agua, no quiso probar nada más, y volviendo la vista hácia el lecho del rey conoció por un ronquido terrible de su majestad, que éste dormia otra vez y se echó sobre las pieles, aprovechando la buena ocasión del sueño de su amo.

Los esclavos negros entraron, y sin hacer el menor gesto ni pronunciar la menor palabra, dejaron la estancia real en el silencio, interrumpido solamente por los bufidos del monarca.

Si otras pruebas no tuviésemos de antemano para saber que Diego poseia una de esas naturalezas raramente privilegiadas, bastaría para convencernos de ello el verle en aquellos momentos en que después de tantos golpes sufridos, unas pocas horas de descanso y el más que

frugal alimento que había tomado, bastaron para reanimar sus fuerzas corporales casi por completo.

Y decimos sus fuerzas corporales, porque en cuanto a las de su espíritu, Diego ni las había sentido ni era fácil que las sintiese desmayar.

Tendido otra vez sobre su lecho de pieles, olvidó completamente sus sufrimientos para pensar en la causa que los había motivado, y si su corazón se oprimió y en sus ojos brotaron lágrimas de dolor, no fué seguramente ni por sus padecimientos de entonces, ni mucho menos por los que temiese en el porvenir, sino por la triste memoria que siempre le acompañaba de aquellos dos seres que en Barcelona había dejado.

—¡Y cuando, Dios mio, podré yo volver a Barcelona! exclamaba. Pero no es esta ocasión de afligirse, se decía seguidamente: nadie hay aquí que comprender pueda mi aflicción fuera de mí mismo, y yo solo debo, sino consolarme, fortalecerme. Quiera el cielo conservarme el vigor del cuerpo, que mientras este no me falte, tarde será cuando yo pierda la esperanza. ¡Si yo fuera solo en el mundo, en este momento no viviría ya!… pero ahora es diferente; ¡mi vida no me pertenece, solo conservándola a todo trance puedo servir a quien tanto quiero, a quien tanto amo! vivamos, pues, y que Dios quiera ayudarme.

Después de estas reflexiones, y siguiendo su propósito, Diego intentó volver a conciliar el sueño; pero ya no pudo.

Era evidente que para dormir, necesitaba antes cansarse mucho materialmente, y solo un gran cansancio del cuerpo podía dominar la fuerza de aquella alma tan viva y fuertemente agitada a un tiempo por dos tan encontradas y constantes ideas como eran el amor y la venganza.

En la una y la otra ocupada alternativamente su imaginación, pasó tendido sobre las pieles como cinco horas más que duró el segundo período de la borrachera del rey.

Al cabo de este tiempo dos esclavos entraron a despertar al monarca.

Éste abrió los ojos saltándole verdaderas chispas de furor, y seguramente los esclavos hubieran pagado con la vida semejante esceso y falta de respeto a no explicar en seguida el motivo que a ello les obligaba.

El rey se incorporó, quedando un rato estupefacto.

No había para menos con la noticia que acababan de darle.

Uno de los príncipes, sus hermanos, había reventado del atracon de carne de elefante y la borrachera de aguardiente del día anterior.

El rey hizo una seña diciendo algunas palabras a los esclavos

negros que salieron de la estancia, penetrando luego en ella doce mujeres, muy bien ataviadas con plumas, brazaletes y cadenas, llorando a moco tendido y dando grandes gritos delante del rey.

Eran las doce esposas del príncipe que acababa de reventar, las cuales iban a suplicarle que se dignase ir a ver el cadáver y mandase enterrarlo.

El rey les contestó accediendo a su demanda y saltó de la cama despachando a sus cuñadas y mandando poner la mesa.

Diego, sin moverse de encima de las pieles, no comprendía nada de cuanto pasaba, por más que fijaba su vista y aguzaba el oído para conjeturar a favor de algún movimiento o de alguna palabra.

Los esclavos negros llenaron en breve la mesa de platos.

El rey, antes de ponerse a comer, llamó a Diego, lo cual entendió ya éste perfectamente, le señaló la copa, que el *esclavo blanco* supo llenar sin otra indicación al ver la tinaja del vino junto a la mesa, y bebió de un sorbo el contenido.

Luego dijo algunas palabras a Diego, ante las cuales éste se puso pálido, y no porque las entendiera, sino precisamente porque no las entendia y temia que el monarca cometiese con él alguna barbaridad, si por falta de inteligencia no cumplia su mandato con la prontitud que su deseo exigia; pero por fortuna, acompañó algunos gestos a la palabra y Diego conoció entonces que su majestad deseaba verle bailar mientras engullia.

Por suerte, el rey tragó aquel día, aunque mucho, muy deprisa, y la danza de Diego concluyó por consiguiente también muy pronto.

El rey levantóse de la mesa, y señalando a Diego una especie de puchero lleno de un líquido viscoso, del cual salía el palo de una brocha de plumas, le dió a entender que cojiese la brocha y fuese untando con el líquido aquel las partes de su cuerpo donde hubiese caido el polvillo de oro. Hízolo Diego así, y luego sacando, también por mandato del rey, una especie de gran taza de plata llena de polvos de oro, fué echando ni más ni menos que lo haría la mano de una mujer con un puñado de sal sobre un pedazo de tocino, las brillantes partículas en todas aquellas partes poco relucientes del cuerpo de su majestad.

—Vamos subiendo, dijo Diego para sí, practicando la operación con todo el cuidado y prontitud posibles; este nuevo empleo me eleva lo menos a la categoría de ayuda de cámara.

A los pocos momentos S. M. quedó como nuevo.

Mandóse poner un cerquillo de oro en la cabeza, en el cual había clavadas varias y vistosísimas plumas, y pavoneándose y mirándose de arriba abajo, dió unas cuantas vueltas en la estancia.

A veces se paraba delante de Diego, preguntándole qué le parecia de su marcialidad y gallardía, y aunque el *esclavo blanco* no comprendía sus palabras, adivinaba por sus gestos, y con ademanes sumamente espresivos procuraba responder a satisfacción de su majestad, que volvía a pavonearse más envanecido con la admiración de su siervo.

Después de un rato entraron los ministros, dieron todos a la vez tres cabezadas en el suelo, hablaron algunas palabras al rey acerca de la muerte del príncipe, y manifestáronle que los funerales estaban dispuestos esperando tan solo su presencia.

El rey tomó la cadena del *esclavo blanco*, que, como siempre, hizo marchar delante de sí, y todos salieron de la real estancia, encaminándose a la casa mortuoria.

Esta casa, antes vivienda del príncipe, consistia, como la del rey, en una reunion de chozas, si bien no tantas en número ni tan grandes como las que formaban la morada real.

En el frontis de la choza mayor se veía también una línea de huesos y cráneos humanos.

Multitud de pueblo esperaba alrededor de la gran choza, en cuya primera pieza se hallaba tendido dentro de una caja el cadáver del príncipe, cubierto con plumas de pavo real, simétricamente clavadas en la madera y enlazadas entre sí, y formando bóveda sobre el cuerpo descubierto.

Alrededor del féretro había como unos doscientos esclavos llorando desgarrada y dolorosamente.

Llegó el rey, el pueblo dió un grito general, echóse, dando tres cabezadas en el suelo, del que no se levantó hasta que el monarca, después de haber visto el cadáver de su hermano, dió la órden de que llevasen el féretro.

La fúnebre comitiva se puso en marcha en la forma siguiente: Primero una gran parte de pueblo andando en monton, pisándose, codeándose y hasta pegándose, en medio de la más confusa y desordenada gritería; luego veinte esclavos del rey con los sables al hombro; seguidamente los doscientos esclavos del príncipe muerto, llorando a lágrima viva; después los grandes sacerdotes; el féretro llevado por cuatro esclavos del rey, e inmediatamente éste rodeado de los ministros y grandes del reino.

Diego iba delante del rey, sujeto a la cadena, que no abandonaba nunca su majestad.

A los veinte pasos de la casa mortuoria, la comitiva se paró. Uno de los grandes sacerdotes se acercó a la caja del príncipe, al cual preguntó en alta voz:

—¡Quién te ha muerto! ¡Dinos quién te ha muerto!

Un silencio general sucedió a la pregunta del gran sacerdote, que, después de haberla hecho, se quedó largo rato con el oído aplicado a los labios del muerto.

Todos esperaban con suma ansiedad la respuesta del difunto por boca del gran sacerdote.

Levantó éste por fin la cabeza, y señalando a uno de los magnates que iban acompañando al rey, pronunció en alta voz su nombre.

Un grito general sucedió a la voz del gran sacerdote, y todas las miradas se fijaron en el rostro del acusado por el muerto.

El magnate encogióse de hombros, bajó la cerviz, y a una seña del rey se adelantó a la cabeza de la comitiva que formaba la multitud.

A su llegada levantóse una horrible gritería, en medio de la cual sobresalían al principio unos fuertes ahullidos que en breve dejaron de oirse.

Era que el pueblo despedazaba al acusado por el muerto.

Practicado este acto, la comitiva volvió a emprender su marcha.

No bien había andado veinte pasos más, el fúnebre cortejo paróse otra vez.

El gran sacerdote volvió a la caja del muerto, y las piernas de más de un vivo temblaron de miedo, creyendo cada cual que podía ser el acusado.

Volvió a reinar el mismo silencio, se hizo la misma pregunta de antes, y supuesta la contestación del príncipe, salió otro nombre de los labios del sacerdote, y marchó inmediatamente a la cabeza del cortejo el individuo acusado, que despedazó desde luego, como al primero, la sanguinaria multitud.

En esta segunda vez, Diego pudo comprender lo que era aquello, horrorizándose, como era en él muy natural, ante tan bárbara y atroz costumbre.

—Quiera Dios, se dijo entonces, que a ese bárbaro que pregunta al muerto, no le de la gana de pronunciar mi nombre.

Volvió a seguir la comitiva su camino y otra vez se paró.

A la tercera Diego ya participaba del miedo general.

Repitióse la misma horrible escena con otro personage y el cortejo tornó a emprender la marcha para no detenerse ya hasta el lugar en donde estaba preparado el sepulcro.

La sepultura donde iba a enterrarse el príncipe hermano del rey, consistia en un nicho hecho de un pedazo de madera de una sola pieza, sacado del enorme tronco del mapon, medio hundido en el suelo y labrado con varias figuras de animales. La madera que había de cubrirlo era cóncavo-convexa, y adornada por este último lado, con

plumas y pieles, de lo cual estaba asimismo tapizado el interior del nicho.

Delante de la sepultura que olvidamos decir se hallaba en medio de una planicie distante media legua de la ciudad, se había escavado un pedazo de terreno de la extensión de trescientos piés cuadrados y a la profundidad de dos metros.

La tierra estaba amontonada formando un alto borde alrededor del grande hoyo.

Llegaron a este sitio, dejóse la caja del príncipe delante del nicho, y todos los presentes, menos el rey y Diego, se tendieron bocabajo en el suelo, dando cabezadas en la tierra.

Los doscientos esclavos se levantaron después de las tres primeras cabezadas, y poniéndose de pié, cubriendo todo el borde del hoyo, empezaron a llorar más desgarradamente y con mayores alaridos que lo habían hecho durante el camino, delante del cadáver de su amo.

Diego no comprendía tan arrebatadas muestras de sentimiento por parte de los esclavos; porque es de advertir, que a primera vista, aquel llanto y aquellos alaridos se conocía no eran mero fingimiento, sino salidos del profundo del corazón.

Cuando el rey creyó que la memoria del príncipe su hermano, tenía ya suficientes cabezadas de los grandes y del pueblo en el suelo, para quedar honrada como se debia a su alta calidad y rango, hizo una señal, a la que se levantaron todos a un tiempo.

El cuerpo del príncipe fué sacado por los sacerdotes de la caja y colocado en el nicho, y practicada esta operación, el pueblo fué a colocarse a la espalda de los esclavos, que seguían lamentándose de pié al borde del hoyo.

El rey hizo otra señal, y súbitamente el pueblo dió un empujo a los esclavos, que cayeron todos a un tiempo dentro del grande hoyo abierto a sus piés.

Seguidamente echóse la tierra amontonada en los bordes, y, lleno el hoyo, el pueblo se puso a bailar sobre los esclavos, cuyos horribles gritos salían de la tierra como desgarradoras maldiciones del averno.

Diego no creia lo mismo que estaba presenciando.

Y esta era, sin embargo, la antigua y constantemente observada costumbre en aquel pais de enterrar vivos a los esclavos a la muerte de su señor.

El rey volvióse tranquila y magestuosamente, seguido de los grandes, a su palacio, y el pueblo se quedó haciendo las últimas honras al príncipe, bailando y cantando sobre la fosa donde se habían enterrado vivos sus siervos [2].

CAPÍTULO XI.

En que se demuestra que las buenas acciones tarde o temprano encuentran su recompensa

IEGO, marchando siempre delante del rey, llegó al palacio verdaderamente horrorizado con la memoria de las horribles y sangrientas escenas que acababa de presenciar.

Su majestad llegó tan sereno como si tal cosa.

Así que estuvo en la puerta, paróse en el dintel y volvióse de frente a los ministros y magnates del reino, que le habían acompañado.

Estos echáronse al suelo y dieron en él tres cabezadas; el rey,

después de recibido este acatamiento, volvió la espalda internándose en palacio, y los demás se levantaron yéndose cada cual a su respectiva morada.

Apenas entró el rey en palacio, y en el salón que le servía de dormitorio y comedor a un tiempo, se puso la mesa cubierta de las mismas extrañas viandas de siempre.

El rey se sentó, ordenó a Diego que le sirviese, el cual quedó absolutamente a su inmediato servicio, y el *esclavo blanco* empezó sus funciones, llenando primero la copa, luego adelantando platos a su Señor, volviendo a llenar aquella cuando el rey se lo indicaba, y bailando y cantando en los intermedios de una a otra operación.

Tal fué en definitiva la posición y el destino que cupieron a Diego en su esclavitud, y bajo el poder del soberano de Loango.

En medio de su desgracia, no fué poca la suerte de Diego en un principio.

Al lado del rey, y ganado el aprecio particular de éste, era llevadero aun su cautiverio; pero el carácter mudable y veleidoso del monarca no tardó en cansarse de los oficios de su siervo, y aunque no le separó de su servicio por la razón de que un esclavo blanco era un objeto de grandísimo lujo, que no ostentaba ningun otro soberano, le daba después tan cruel y duro trato, que solo una tan grande fuerza de voluntad como la que Diego tenía, y una confianza como la suya en el porvenir, pudieran sufrirlo sin intentar la muerte, mil veces preferible a tan desgraciada vida.

No nos detendremos en describir minuciosamente las penalidades de Diego en su esclavitud, así que cayó de la gracia del rey. Conocido el grado de barbarie en que éste se hallaba, fácil es comprenderlas.

Diego no sirvió más a su amo de pié, sino andando de rodillas, y como de esta suerte era imposible cumplir los mandatos de aquel con la prontitud que exigia su deseo, a menudo el *esclavo blanco* era castigado de la manera más bárbara y cruel.

Uno de los castigos que con más frecuencia se le imponian, era el de hacerle dormir algunas noches, en vez de sobre las pieles que le estaban destinadas a este objeto a los piés de la cama del rey, atado y tendido boca arriba sobre dos palos en forma de X, de los cuales le sacaban al día siguiente casi baldado y sin poderse apenas valer de los brazos y las piernas.

Pero su envidiable naturaleza todo lo soportaba, y con una noche de dormir sobre las pieles, se reponia de las otras que pudiera haber pasado sobre la cruz.

La Providencia quiso también, por otra parte, que uno de los castigos impuestos por órden del rey, castigo que a ser de otra

naturaleza, hubiera acabado seguramente con las fuerzas y la vida de Diego, pues era constante y de todos los días, fuese antes para favorecerle, que para dañarle en contra de la intención y la voluntad del rey.

Este castigo consistia en la prohibición absoluta de toda comida y bebida que no fueran el agua y las gachas, hechas con la harina de yuca.

Este alimento, aunque frugal y sencillo, era el único que se acomodaba a la naturaleza y costumbres de Diego.

Desgraciado de él si en vez de las gachas de yuca le hubiese mandado el rey comer los asados de carnes corrompidas, tan apreciados en aquel pais, y de que hacían lujosa ostentación los grandes en sus mesas.

Diego, sin embargo del cruel tratamiento que sufría, no guardaba el más pequeño rencor ni al rey ni a los satélites que por órden suya le castigaban.

Aquel rey, en medio de su barbarie, así como los esclavos que obedecian sus órdenes, no eran dignos del ódio ni del deseo de venganza por parte de Diego.

¡No lo sucedía lo propio al pensar en la causa primitiva de su desgracia!

La grandeza de sus sentimientos y la bondad de su corazón no fueron bastantes, debilitarlos, ni las duras penas que sufría, ni la muchas veces horrible desesperación que le asaltaba.

Un día, era precisamente otro de los en que se le había impuesto el castigo de la cruz.

Contaba ya cuatro años, más bien cuatro siglos, de aquella atroz esclavitud.

El rey volvía de dictar y mandar cumplir otro de sus sabios fallos por el estilo del de los litigantes en la plaza del trono, y se hallaba sentado en aquella sala de palacio y en el sillón de respaldo de oro.

Diego estaba de rodillas a su lado, sin poder casi moverse.

El rey tenía trescientas mujeres, las cuales ocupaban una especie de serrallo pegado al palacio, con el que comunicaba el rey por medio de una puerta practicada en sil dormitorio.

El serrallo tenía una gran pieza general y comun a todas las mujeres del monarca, donde comian y pasaban las horas en que no salían por la ciudad o fuera de ella, pues gozaban en esto de completo libertad, y contiguas al gran salón, como trescientas celdas, una para cada mujer con la cama y demás muebles necesarios.

Siempre que de una de ellas nacia un niño, era presentado al rey en brazos de la madre, el monarca le tomaba en los suyos, lo

examinaba, y si le parecia hermoso, lo besaba y lo acariciaba, devolviéndolo luego a la madre que salía regocijada y contenta con el hijo que conservaba a su lado hasta la edad de cinco años, en que era llevado a otro departamento, donde permanecía hasta la de veinte, a cuya edad entraba a servir en el ejército del rey; si, por el contrario, su majestad encontraba feo el fruto de sus amores, llamaba a uno de los gigantes que a sus órdenes tenía, el cual cogia el niño, ahogándolo con las manos en presencia del rey y de la madre.

Hallábanse Diego y el monarca como hemos referido, cuando se presentó una de las mujeres del serrallo a presentar al rey su hijo recien nacido.

Tomólo el monarca, lo miró un rato sin besarlo y las piernas de la madre empezaron a temblar.

El rey volvió a mirar al niño y llamó al bárbaro estrujador.

Era que lo había encontrado feo.

A la voz del rey la madre dió un espantoso grito.

Diego sabía ya esta costumbre.

El bárbaro verdugo, con los robustos brazos caidos, en los que se marcaban las gruesas venas y los duros músculos bajo la piel, se presentó en la estancia.

La madre cayó de rodillas, abrazándose a los piés del rey, llorando desgarradamente y prorumpiendo en todo género de súplicas.

La mujer era una joven de diez y seis años, y era aquel el primer hijo que tenía.

La naturaleza para las madres tiene en todas partes y entre todas las gentes del mundo los mismos sentimientos.

El corazón de Diego oprimióse de dolor y compasion ante aquella escena.

Sin pensarlo, pues, y movido por esa fuerza de sentimiento de que estaba dotado su hermoso corazón, levantóse del suelo a pesar del vivo dolor que sentía en todos sus miembros, y antes de que el rey entregase el niño al verdugo, se acercó, lo miró, tocó su rostro con la punta de los dedos, luego levantó las manos al cielo y se puso a bailar con una ligereza tal, y cantar delante del rey con tan agradable y sonora voz, que el monarca se quedó mirándole estasiado.

Diego conocía el carácter del rey, e intentó por medio de estas acciones, probarle que el niño era una preciosidad.

El rey volvió a mirar al niño.

Diego entonces repitió la misma operación, apretó los dientes y las manos para dominar la fuerza del dolor que sentía, volvió a bailar con mayor agilidad y a cantar, procurando dar a su voz las más dulces modulaciones, y cada vez que leia en el rostro del soberano el efecto

de la satisfacción que experimentaba, volvía a tocar el rostro del niño, levantaba las manos y la vista al cielo, añadiendo otros ademanes que indicasen su admiración por la hermosura del infante.

El monarca bajó la cabeza e imprimió un beso en el rostro de su hijo.

Diego había conseguido su propósito.

La negra, madre de la criatura, lanzó una mirada al *esclavo blanco*, con toda la inmensa gratitud de que puede ser capaz una madre en semejante caso.

Aunque negra y en el estado de completa barbarie, al fin era madre.

El rey no se cansaba de mirar al niño, al que besaba y acariciaba con loca y singular alegría.

Despidió al esclavo que poco antes llamára para ahogar al recien nacido, y mandó a Diego que trajera viandas y vino para regalar a la madre.

Desde aquel día, ésta fué la predilecta entre todas las mujeres que el rey tenía.

A su lado pasaba la mayor parte de las horas en que el soberano se hallaba en palacio, y al fin logró de tal manera ganar y subyugar su voluntad, que llegó a ser su única y esclusiva favorita.

No hay para que decir si el favor de que gozaba aquella mujer refluiría en beneficio de Diego.

Nunca olvidó aquella madre que al *esclavo blanco* debia la vida de su hijo y la consideración de que después gozó en el amor del soberano.

Diego vió, pues, en breve pagada con usura, por medio de la inmensa gratitud de la negra, su generosa acción de aquel día, disfrutando de cuanto era dable disfrutar a un ser de su condición y estado en el palacio.

Sin embargo, el corazón de Diego no se veía nunca libre de la tristeza y la ansiedad que le abrumaba.

Su mente, aun en los momentos en que necesitaba ocupar toda su atención en conservar el favor de que gozaba, estaba siempre fija en una idea, la misma que le asaltó así que vió que le dejaba vivir el rey, después que le fué presentado, y la única con la cual soñaba a todas horas: la idea de la evasion.

Pero su cabeza había ya agotado todos los medios de conseguirla.

Ignorante del camino que conducia a la costa, teniendo que divagar solo por un pais lleno de fieras y para él completamente desconocido, acaso, aunque hubiese vencido la vigilancia de los centinelas del palacio, rodeado de día y de noche por la guardia del

rey, no se hubiese espuesto a una empresa muchísimo más peligrosa después de vencida esta primera y casi podemos decir invencible dificultad.

Y a medida que el tiempo pasaba, Diego veía más y más claros estos inconvenientes, cuya idea llegó a afectarle al punto de abatir y hacer desmayar un ánimo que, como el suyo, no se abatia ni desmayaba ante los mayores peligros.

Habían transcurrido ya once años desde el día de la infame venta del capitán del negrero.

El rey llegaba al palacio de vuelta de uno de aquellos grandes banquetes en que se comian elefantes enteros, y se bebia por cubas el ron y el aguardiente.

El monarca se tendió haciendo echar al *esclavo blanco*, como de costumbre, a sus piés.

Diego se durmió.

Su sueño, como siempre que cerraba sus párpados, le había trasportado, por medio de encantados caminos, al hermoso y querido suelo, cuna de sus primeras ilusiones, y el pobre esclavo gozaba y veía soñando lo que no podía ver ni gozar despierto y frente a frente de aquella desconsoladora realidad.

Un fuerte ruido le despertó de repente del sueño.

Incorporóse sobresaltado.

Los últimos rayos del sol penetraban en la estancia.

Diego volvió la vista en derredor, y al fijarla en el rostro del monarca, exclamó:

—¡Dios mio! ¡qué es esto!

El rey daba las últimas boqueadas.

Moría de un atracon, ni más ni menos que el príncipe su hermano.

Diego dió una voz llamando a la servidumbre.

A los pocos momentos el rey había muerto.

El palacio se llenó en breve de los grandes y magnates del reino.

Los ministros llamaron a todos los esclavos del rey, que rodearon el palacio, empezando a llorar y dar fuertes alaridos que se perdian en los aires.

Las mujeres del monarca formaban coro con los esclavos.

Entre estas estaba la negra favorita del rey, la cual andaba de una parte a otra en el interior de palacio, como ama, digámoslo así, que era de la casa.

La primera idea que a Diego le ocurrió, fué la de si toda aquella gente, esclavos y mujeres del rey, habían de ser enterrados en los funerales.

—Por consiguiente, se decía, yo que soy el primer esclavo, seré

enterrado o echado al hoyo el primero.

No hay para que explicar el afan y la ansiedad de Diego.

La negra favorita se le acercó diciéndole:

—¡Ya ves, ya ves la muerte del rey!…

—Sí, ya veo, ya veo la muerte del rey, contestó Diego, que hablaba ya para dejarse entender y comprendía perfectamente la lengua del pais; y todos nosotros moriremos… añadió.

—Todos, respondió la negra.

—Menos yo, observó Diego.

—¿Tú? ¿tú no quieres morir? preguntó ella sencillamente.

—No, y tú me has de ayudar a que no muera.

—Sí, sí, manda, manda, contestó la negra; yo no quería que muriese mi hijo, y tú lo salvaste; sí tú no quieres morir, yo haré lo que tú me digas para que no mueras.

—Dame un medio de escaparme y guíame esta misma noche hasta que pueda encontrar la orilla del mar.

La negra se puso a reflexionar, y haciendo seña a Diego de que callase, como quien ha encontrado ya el medio que busca, se separó de su lado.

Pasó un rato y otro rato, y tiempo y más tiempo, y la noche iba adelantando, y la negra no volvía…

A Diego le consumian el temor y la ansiedad.

Por fin apareció, hizo seña a Diego de que la siguiera, lo cual efectuó ésto sin extrañeza alguna por parte de los que en la sala había, y al salir fuera de esta pieza, en donde quedaba el cadáver del rey, la negra le señaló el cuerpo de los dos primeros guardias tendidos en el suelo.

—¿Muertos? preguntó Diego.

—Borrachos, contestó ella.

Adelantáronse a la puerta de salida, y la negra hizo la misma acción, señalando a dos gigantes como los que vimos el primer día en la entrada del palacio, tendidos también.

La negra había imaginado el medio de darles aguardiente, sabiendo el efecto que conocemos ya produce esta bebida espirituosa en la cabeza de los negros.

Diego, al pasar, cogió uno de los dos enormes sables de los guardas.

Los esclavos estaban acurrucados junto a las paredes del palacio y a los troncos de las palmeras, llorando y ahullando algunos y dormidos la mayor parte. Así, a favor de la oscuridad, burlada la vigilancia de las dos puertas, Diego pudo, en compañía de su salvadora, atravesar la ciudad hasta llegar a la última choza.

Luego que estuvieron en despoblado, la negra le dijo.

—Mira en esa dirección, y extendió la mano hacia el Este, sigue siempre esa cordillera, ¿ves aquella estrella más brillante? no pierdas su punto de vista, ella te conducirá al mar. Allí está la ciudad de Mallemba, junto a la cual he nacido yo, y he vivido hasta que me llevaron para ser esposa del rey.

No es posible trasladar aquí la emoción de Diego.

El pobre esclavo tenía ya todo lo que apetecia, que era libertad y camino para poder llegar a la orilla del mar.

—Bien has hecho en tomar esa arma, con la cual podrás defenderte de las fieras, continuó la negra; yo te acompañaría gustosa, pero no puede ser.

—¿Por qué? preguntó Diego, a quien hubiera servido mucho semejante compañera.

—Porque tendría que dejar solo a mi tierno hijo esta noche.

La negra tenía otro hijo nacido de pocos días.

—Pero, continuó, como yo no he de morir, porque tengo tres hijos del rey y a las que alcanzamos este número no nos entierran, mañana correré a buscarte.

—No podrás encontrarme ya.

—Sigue el camino y la dirección que te he indicado, y al fin de esta primera cordillera, hallarás un llano donde verás que los árboles son claros aunque robustos. En llegando allí, estás ya completamente a salvo por esta noche. No pases más adelante. Súbete a uno de los árboles más altos, porque de esta suerte no serás atacado por las fieras; pero ten cuidado de observar antes si en el tronco o entre las primeras ramas ves una cosa enroscada como una culebra; entonces no toques siquiera al árbol y vete a otro, porque será realmente una culebra, la boa, que saltaría sobre tí para devorarte en seguida.

Diego escuchaba con suma atención las minuciosas instrucciones de la negra.

Ésta continuó:

—Pasas sobre el árbol el resto de la noche; te bajas a la salida del sol y buscas en el llano un sendero estrecho.

—¿Cuántos caminos hay en el llano? preguntó Diego no queriendo separarse de las instrucciones de su protectora.

—Ese que te indico, nada más, que conduce al mar pasando por muy cerca de la ciudad de Mallemba.

—Por él sin duda vine yo cuando me trajeron aquí; pero ya no me acordaría del sitio por donde pasé.

—No puedes perderte, pero ten presente esta otra advertencia.

—Dí, y no dejes de hacerme cuantas te se ocurran; pues no las

olvidaré.

—No vayas precisamante por el sendero.

—¿Pues?

—El sendero ha de ser tu guía nada mas; porque yendo por él sería fácil que encontraras gentes que te cogerían sin duda y le matarían o volverían a hacerle esclavo.

—¡Oh! gracias, gracias, mi buena amiga, mi generosa protectora, el cielo te compense en días de felicidad el favor que me haces en este momento. No olvidaré ninguna de tus advertencias.

—Anda, pues, y hasta mañana.

—Pero ¿cómo vas a encontrarme mañana? preguntó Diego, a quien la gratitud dominaba tanto como el afan por alejarse del sitio de su cautiverio, y sentía ya separarse de la negra temiendo no volverla a ver más.

Este sentimiento era muy natural en un carácter como el de Diego.

El beneficio que recibia, siquiera fuese en recompensa de otro hecho por él en distinta ocasión, despertaba a tal punto la gratitud en su corazón, que sentía un verdadero pesar al alejarse sin poder pagar en alguna manera tan estimable servicio como el que en aquellos momentos recibia.

Pero el tiempo volaba y Diego, que veía la impaciencia de la negra por volver al palacio, no tuvo lugar sino de repetirle la pregunta misma, dando a su acento todo el interés de que era capaz su íntimo agradecimiento.

—Pero ¿cómo vas a encontrarme mañana?

—En cuanto a eso, yo me arreglaré. Tú sigue por entre el bosque y cerca del sendero, y responde a mi voz cuando la oigas acabadas de pronunciar estas palabras, la negra desapareció como una sombra, volviéndose rápidamente a la ciudad.

CAPÍTULO XII.
Otra noche toledana

UEDÓ DIEGO un momento parado en su sitio, vuelta la vista hácia su generosa y buena protectora.

Cuando ya no pudo verla, exclamó:

—¡Quiera el cielo que mañana pueda volver a encontrarme! Sentiría no ver más a esa criatura, sin la cual mañana sin remedio hubiera yo dejado de existir.

¡Gracias a ella, o gracias a tí, Dios mío, continuó levantando los ojos al cielo, que la enviaste a mi lado, he podido romper las cadenas

de mi horrible esclavitud! Ahora completa tu obra, Señor, y permite que pueda llegar salvo a la playa.

Después de esto volvió la vista hácia la cordillera que la negra le había indicado, y repuso:

—¡Ea! valor, y hágase la voluntad de Dios.

Y empuñando el sable que había quitado al guardia borracho, echó a andar resuelta y precipitadamente en la dirección convenida antes con su guía.

El cielo estaba sereno y despejado; pero la noche bastante oscura.

La luna tardaría más de dos horas en salir, y el camino que Diego tenía que andar era harto escabroso y lleno de matorrales.

Además de esto, aunque la negra no se lo había dicho, las fieras recorrían todas las noches las cercanías de la ciudad, entrando en ella muchas veces, y esto lo sabía Diego perfectamente y lo pensaba también en aquellos momentos.

Pero el afan de la libertad podía mucho más que todas estas consideraciones, y, por otra parte, el peligro, por grande que fuese, no intimidaba nunca a un corazón tan entero y fuerte por naturaleza.

Libre y con un buen sable en la mano, como llevaba Diego, el miedo no solo debia ser raro en un hombre como él, sino que diremos hasta imposible.

Y así era en efecto.

Si pensó en el peligro, fué para prevenirle, no para temerle y huirle.

Tropezando algunas veces, apartando ramas y yerbas, pero sin moderar nunca el paso y sin perder la falda de la cordillera, ni de vista la estrella que la negra le había señalado, anduvo como cosa de dos leguas, sin experimentar el menor incidente en su camino, fuera de los ahullidos de los lobos y chacales y el rugido del tigre y del león, que resonaban bastante a menudo en aquella region completamente desierta.

Pero las voces de las fieras se oían algo lejanas, y Diego no sentía así el menor cuidado.

Más hé aquí que de pronto suena un fuerte rumor a su espalda.

Vuélvese de repente, y al mismo tiempo oye un ahullido aterrador que le indica cercano a pocos pasos de sí el bulto de un chacal, que habiendo olido el rastro, le seguía hambriento y dispuesto a echarse sobre él.

Diego no se asustó.

Hizo frente a la fiera, y cuando aquella fué a saltarle encima, le descargó un fuerte sablazo teniendo la fortuna de cercenarle una de las patas.

Diego dió un salto atrás, pero la fiera, que hendió el aire con un ahullido desgarrador, no cejó por eso, embistiendo a Diego segunda vez.

Éste volvió a hacerla frente.

Pero el chacal no llegó a él.

Un incidente nada raro en aquel pais le cortó el paso, sorprendiendo completamente el corazón de Diego.

La escena entre éste y la fiera, tenía lugar al pié de una palmera, que si Diego la hubiese observado antes, la hubiera visto plegadas las hojas, ni más ni menos que un abanico cerrado.

De pronto ábrese la copa de la palmera, cayendo a un tiempo todas sus hojas, y desprendiéndose de lo alto del tronco, como una manga negra, que cayó sobre el chacal.

Otro hombre que no fuera Diego, muere del sobresalto y de repente en aquel acto.

Pero Diego no se sobresaltaba nunca al punto de perder la serenidad, e instantáneamente explicóse el suceso tal cual era realmente.

No fué otra cosa sino que una enorme serpiente boa, que tenía abrazadas las hojas de la palmera, al oir el ahullido del chacal, se arrojó sobre él y lo devoró.

—¡Quiera Dios, exclamó Diego huyendo precipitadamente del sitio, que el favor que ahora debo a esta boa, no me lo haga pagar otra que encuentre, devorándome luego! pero yo procuraré evitarlo.

Y siguiendo su marcha, procuraba evitar los árboles grandes, donde la serpiente boa se enrosca cuando está hambrienta, para desde arriba acechar y arrojarse sobre su presa.

Los rugidos del tigre y el león, mezclados con los ahullidos de otras fieras, aumentaban a medida que la noche iba adelantando.

El cielo quiso, sin embargo, que Diego llegase al fin de la cordillera sin ningun otro contratiempo.

La luna acababa de aparecer en el firmamento, bañando prados y bosques con su luz clarísima y plateada.

—Este es el fin de la cordillera y esta debo ser la planicie que me ha dicho la negra que encontraría, se dijo Diego tendiendo la vista sobre un llano que efectivamente encontró después de la última colina.

Detúvose, pues, al pié del último montecillo.

—Sí, aquí debe ser. Los montes han concluido y viene el llano con árboles claros y altos. No debo pasar más adelante. No sería tampoco prudente; pues casi es imposible el no encontrarse con alguno de esos cuadrúpedos, que, según lo que gritan, estarán para pocos respetos

con el infeliz que encuentren esta noche. A favor de la clara luz de la luna escogeremos un árbol que esté *solo*, según me ha indicado la negra.

Y esto diciendo se fué en derechura a un cedro de tronco bastante alto y corpulento.

—Parece que no hay novedad, dijo mirando atentamente al árbol, aunque de alguna distancia.

Luego acercóse más.

—No, no hay nada: afortunadamente la serpiente boa no es tan diminuta, que yo no la hubiese visto si estuviera en el árbol. Subamos.

Y pasando el sable por un cinturon que llevaba, se encaramó al cedro.

Las ramas eran bastante espesas y ofrecieron a Diego hasta cómodo sitio, atendidas las circunstancias, para pasar el resto de la noche.

Procuró sentarse, sobre tres o cuatro troncos reunidos, y, pasando los brazos por otros más altos para quedar más seguro, recostó la espalda en el principal del árbol.

—Pues, señor, me hallo como un príncipe, exclamó respirando de la fatiga del camino y concluyendo de acomodarse entre las ramas del cedro. Casi podría dormir así sin miedo de caerme.

Y con efecto, según había conseguido acomodarse, bien pudiera hacerlo sin ese peligro. En tan buena disposición, por suerte suya, estaban las ramas del árbol en que se había colocado.

Pero de pronto oyóse un ruido lleno y prolongado como un trueno lejano en el espacio.

El león y la leona se pararon a la vez, volviendo la cabeza y la vista al monte vecino.

El león meneó la cola, irguió la cabeza y lanzó un fuerte rugido.

El trueno del monte se oyó seguidamente mucho más cercano.

Era el rugido de otro león que hemos confundido con el trueno, porque trueno más bien que rugido de fiera parecia.

El apuesto galan respondió otra vez.

La leona se fué al pié del árbol, agachándose como esperando la escena que iba a tener lugar.

Sonaron otra vez ambos rugidos, uno después del otro, y en breve el león del monte estuvo frente a frente del joven galan.

Verse, agacharse, saltar uno contra otro, y revolverse confundidos, recorriendo el suelo como impetuoso torbellino, fué cosa de un instante.

Las matas y los arbustos se rompian crugiendo a su peso, y hondos rugidos llenaban el aire entre el polvo que levantaba la horrible lucha.

La leona, impávida y serena contemplando el espectáculo,

meneaba la cola con vanidosa satisfacción.

Al fin era hembra, y los dos leones se batian por ella.

La lucha fué tan breve como horrible.

Al poco rato uno de los leones, lleno de sangre, lanzando espuma de la boca y chispeantes aun los encendidos ojos, se levantó, irguió la cabeza, sacudió la espesa y larga melena, y dió un rugido que resonó como un trueno en el espacio.

Era el grito de victoria que daba el león del monte.

El otro yacia muerto y destrozado en el suelo.

LA LUCHA DE LOS LEONES

El vencedor se fué, meneando la cola, al sitio donde estaba la leona.

Ésta le recibió dejándose lamer la cara, levantóse, olió al muerto, y acompañada de su poderoso y nuevo galan, alejóse magestuosamente del sitio de la lucha, internándose en el bosque.

No hay para que decir la admiración de Diego ante semejante escena, que absorvía, como no podía menos, toda su atención, haciéndolo experimentar emociones que jamás había sentido.

El recelo, que receloso había de estar a la fuerza un hombre en su caso, de ser fácilmente descubierto por los leones, los cuales, si no conseguían derribar el árbol, le sitiarían en él, dejándole morir de

hambre; el recelo, pues, unido a la grandeza y rara especie del espectáculo, tenía, como suele decirse, su alma en un hilo, afectada a un tiempo por el temor, la curiosidad y la impaciencia.

—¡He aquí, exclamó luego, un ejemplo en la naturaleza de lo que pasa en el mundo: el fuerte vence al débil, y sin cuidarse de la razón ni de la sinrazón, los bienes y las consideraciones abandonan al primero, para seguir al segundo, arrastrados por la fuerza y la fortuna!

La noche tocaba ya a su término: la rosada luz de la aurora asomaba en el Oriente, y el canto de las aves, mezclándose en esa especie de leve rumor con que la naturaleza despierta al nuevo día, reemplazaba a la fría soledad y al silencio profundo, interrumpido antes solamente por el rugir de las fieras y el graznar de las aves nocturnas.

El oprimido corazón de Diego se iba ensanchando a medida que la luz del día disipaba las sombras de la noche.

El sol salía.

Era hora de bajar del árbol y continuar el camino.

La orilla del mar distaba todavía veintiséis leguas de aquel sitio.

Diego tendió una mirada escrutadora en torno suyo y hasta donde alcanzaba la vista, y exclamó:

—No veo nada por ahora que pueda temer, aunque nadie me dice que a los cuatro pasos no tenga un tropiezo como el de anoche. De todas maneras, lo que importa es llegar cuanto antes a la orilla del mar. Si algo me sucede, procuraré defenderme y haga Dios por darme su ayuda.

Sacó el sable del cinturon y se descolgó del árbol.

Así que estuvo en el suelo, no pudo contener un moví miento de curiosidad, y fué al sitio de la lucha que había presenciado, a ver de cerca el campo y el destrozado cuerpo del vencido.

—Hé aquí una víctima de la fuerza de su rival, se dijo sonriendo y mirando al desgraciado león. ¡Quiera Dios, añadió, que no tenga que habérmelas yo dentro de poco con alguno de su raza!…

Y empuñando el sable, púsose a buscar el sendero que lo había indicado la negra.

A los pocos momentos lo encontró y emprendió el camino, siguiendo, algo apartado, la dirección misma de la senda.

—No deja esto de tener sus inconvenientes, exclamó; cierto que no yendo materialmente por el camino, no encontraré gentes que suban o bajen, y me libro con esto del peligro de que otra vez me cautiven; pero en cambio, con el ruido que armo saltando y caminando por entre tantas matas, es posible que despierte de su sueño a alguno de estos *moradores* que, según he visto y oído, velan de noche más que de

día, y pague caro el despertarle.

Diego tenía razón al discurrir de esta suerte, y aunque esto último pesaba mucho en su juicio, como hubiera pesado en el de cualquiera, sin embargo, le imponia mucho más la idea del cautiverio, y hubiera preferido ya en el caso en que se hallaba, cualquier género de muerte, que volver a una vida como la que por espacio de tantos años había llevado.

Sin vacilar, pues, ni pensar en otra cosa que en andar mucho y en defenderse en cualquier percance, emprendió resuella y definitivamente la marcha por entre las matas y a buena distancia del camino.

Así anduvo como dos leguas sin tropiezo, y ya su corazón empezaba a alegrarse por la felicidad del camino en este segundo período de su viaje, cuando a cuatro pasos de sí, y a su mismo frente ve levantarse, como tres cuartas del suelo, la chata y fea cabeza de una serpiente.

Diego se paró de improviso.

Precisamente, como sucede a muchas personas de conocido y probado valor ante grandes peligros, la serpiente era el único animal que imponia a Diego.

Y no era que le causara miedo en la acepción vulgar de esta palabra, sino una especie de invencible repugnancia que le paraba el ánimo y le detenía los movimientos.

Efecto de esto, se estuvo unos instantes parado, pensando si de un tajo cortaría la serpiente, que sería recia como el brazo de un hombre, de color negro y de la longitud de poco más de un metro, o bien si torcería de camino, evitando su asqueroso encuentro.

Decidióse al fin por esto último; pero al ir a andar sintió de improviso tal escozor en los ojos, que, cerrándolos súbitamente y llevando ambas manos al rostro, no pudo contener un fuerte grito de dolor.

Era que la serpiente, de la clase llamada *copra*, había arrojado la maligna espuma de su boca al rostro de Diego, teniendo éste la desgracia de recibirla en los ojos.

En vano es decir que Diego quedó inútil por completo con la indecible fuerza del dolor que sentía, y a merced del mismo reptil o de cualquiera otro animal que le hubiese en aquel entonces atacado.

Restregábase los ojos y hacía esfuerzos para abrirlos, pero todo en vano. La fuerza, del dolor aumentaba, lejos de disminuir.

De pronto oye un grito a su espalda, sintiéndose a un mismo tiempo cogido, o mejor aprisionado.

Aquí sí que Diego perdió todo su equilibrio, desmayando por

completo.

—¿Qué es eso? ¿qué tienes? le preguntó en seguida una voz de mujer.

—¡Bendito seas, Dios mio! exclamó Diego. ¿Eres tú mi ángel salvador?

La voz era la de la negra, que cumplia su promesa de la noche anterior.

—Pero ¿qué es lo que tienes, le preguntó esta segunda vez, que así te quejas con las manos en los ojos?

—No sé lo que tengo, ¡pero siento un dolor vivísimo que me mata!

La negra tendió una mirada alrededor, y vió la serpiente que estaba todavía en el mismo sitio.

—¡Ah! ¡la *copra*! ¡no temas, ya sé lo que es! pero, ¡ay de tí si yo no hubiese llegado tan pronto!

—¡Quítame! ¡quítame si puedes este dolor que me mata! exclamó Diego.

—Ven, abre los ojos.

—¡No puedo!

—Déjame, pues, hacer a mí; aunque te haga daño, déjame.

Y la negra, cogiendo la cabeza de Diego y sujetándola con un brazo, abrióle con una mano un ojo, mientras con la otra procuraba destilar en él leche de su pecho.

Ya dijimos antes que la negra tenía otro hijo de pocos días.

Repitió la misma operación en el otro ojo, y el dolor fué instantáneamente pasando.

El remedio que la negra empleó, es el único eficaz que se conoce en aquel pais, como antídoto de la maligna espuma de la serpiente *copra* [3].

CAPÍTULO XIII.
Un robo en despoblado

INTIÓSE Diego aliviado instantáneamente.

—¡Oh! ¡gracias, gracias, mi buena amiga! ¡cómo podré yo pagarle tales servicios!…

—Antes me los pagaste ya, respondió la negra con una delicadeza admirable en un ser semejante.

Tan cierto es que los sentimientos delicados son en su origen hijos esclusivamente de la naturaleza, siquiera venga luego la educación a darles más bella y pulida forma.

—¿No salvaste tú la vida de mi hijo? continuó, pues ahora hago yo por tí todo lo que puedo.

Pero no se limitó la solicitud de la negra a ir a encontrar a su protegido, andando en breve tiempo tan largo camino, para verle y acabarle de guiar; sino que pensó también en que Diego necesitaba algo más que una guía.

—Y vamos, le preguntó, ¿tienes hambre?

—Mucha, respondió Diego seguidamente.

—Pues ahí te traigo la comida que tú tienes de costumbre.

Y se inclinó levantando del suelo una porción de pan de *luno o luco* el mejor y más blanco del pais, y gachas de yuca, que había dejado en una especie de puchero para abrazar a Diego, a la espalda de éste.

No es posible pintar el agradecimiento de Diego ante la acción de aquella mujer; pero se comprende todo por estas palabras:

—Oye, la dijo: en llegando a la orilla del mar he de encontrar necesariamente algún buque, sino hoy, mañana.

—Oh, sí, respondió la negra, muchos encontrarás que vienen muy a menudo a Mallemba; yo los he visto todos los días cuando vivía allá abajo.

—¿Con qué has visto muchos?

—Sí, sí, todos los días.

Cada palabra de la negra era una nueva alegría para Diego en aquella mañana.

—Pues bien, continuó éste, ¿te quieres venir conmigo en uno de esos buques?

—¿Esclava?

—No, libre y en un pais donde estarás mejor que aquí.

—No quiero ir, respondió la negra.

—¿Por qué?

—Porque tendría que dejar a mis hijos.

—Vuelve y tráelos.

—No.

—¿No podrias acaso?

—Sí; pero es que mis hijos serán ahora príncipes y yo no quiero ir.

—Pero…

—No, no, no quiero ir.

A semejante resolución Diego no insistió.

—Siéntate y come, que luego yo podré acompañarte un buen trecho.

Hízolo Diego como la negra se lo indicaba, y se puso a comer con verdadero apetito, por primera vez después de tantos años.

Al poco rato que estaba comiendo observó que por uno de sus

lados venía el aire muy caliente y como oliendo a humo.

Volvió la cabeza y efectivamente, a la distancia de doscientos pasos, vió que se levantaba de la tierra una grande humareda.

—¿Qué es aquello? preguntó.

—Es, contestó la negra, que cazan la serpiente boa.

—¡Cómo!

—Si, cuando la serpiente, que come de muchos en muchos días, está muy harta, se tiende a dormir en un llano, y entonces, así que se sabe donde está, se prende fuego a las matas por los cuatro costados y así muere ella quemada, pagando todos los bueyes que ha tragado y el daño que ha hecho.

Efectivamente, este es el modo como los africanos matan a este terrible y colosal reptil, cogiéndolo aletargado en los momentos de la digestion.

—Y ahora se me ocurre una cosa, exclamó la negra levantándose del lado de Diego.

—¿Qué?

—Aguárdame, que vuelvo en seguida.

Y echó a correr hácia el punto no muy lejano en donde ardia el fuego.

—¿Pero dónde vas? gritó Diego.

La negra ya no lo oyó.

Al cabo de un rato volvió con un haz de ramas secas ardiendo.

—¿A qué vienes con esa lumbre? preguntó Diego no pudiendo adivinar el objeto de la negra.

—A regalarte un rico panal de miel.

—¡Miel! exclamó Diego más sorprendido.

La negra se dirigió a un árbol cercano sin soltar el haz de ramas ardiendo.

El tronco del árbol estaba hueco.

La negra aplicó el fuego a un agujero que había en la parte inferior, y en el momento empezaron a salir infinidad de abejas por la parte superior del tronco.

Era que las abejas habían elegido aquel sitio para ejercer en él su maravillosa industria.

Cuando la negra conoció que no quedaba ya ni una abeja en el hueco, arrojadas todas por el humo, metió la mano en el agujero, del cual sacó un buen pedazo de un riquísimo panal de miel.

Inmediatamente voló al lado de Diego.

La negra vió entrar y salir algunas abejas del tronco, conoció que habría allí buena miel y se apresuró a brindarle a su protegido.

A cada nueva acción de la negra, Diego se quedaba más

sorprendido y estupefacto.

—Toma, toma miel, le dijo: con la yuca te gustará mucho y es muy buena, cómela, cómela.

Con efecto, a Diego le sentó perfectamente, pues se avenían ambas cosas muy bien a su paladar.

—Ahora tengo sed.

—Mira, en todos estos llanos hay agua, y si no la encuentras al paso, donde veas que la yerba crece más alta, irás y encontrarás agua, como allí, ¿ves? levántate y beberás.

Y la negra indicó con la mano un sitio cercano por donde pasaba limpio y fresco un arroyuelo.

Sin aguardar a más, levantóse Diego, yendo seguidamente a apagar la mucha sed que ya antes tenía, aumentada entonces por lo que había comido y doblemente escitada por la miel.

Después emprendió de nuevo su camino acompañado de la negra.

Esta grata compañía no le duró mucho sin embargo.

La negra no podía dejar por largo tiempo a su tierno hijo, y era muy grande la distancia que la separaba de la ciudad.

Al llegar a un punto en que el camino no podía tener pérdida, la negra le dijo:

—Aquí te dejo ya.

—¡Ya te vuelves y me dejas! exclamó Diego con verdadero sentimiento.

—Sí, estoy ya muy distante de la ciudad y no puedo acompañarle más.

—Ni yo lo exigiría de tí, mi buena y generosa protectora.

—Ahora ya no será fácil que me necesites, pues el camino está bien marcado.

—Solo te necesitaré a todas horas para darle las gracias por tantos beneficios como te debo.

La negra dió la mano a Diego, que éste estrechó fuertemente, y se separó ligera volviéndose a la ciudad.

Diego se quedó mirándola y pudo observar que la negra llevó la mano a la cara.

¡Quizás enjugaba una lágrima que saltaba de sus ojos, al tiempo que brotaba también del agradecido corazón de Diego!

A la distancia de cuarenta pasos la negra se paró volviendo la cabeza.

Diego levantó la mano saludándola.

Ella respondió a esta última cariñosa manifestación con el mismo espresivo ademán y echó a andar de nuevo.

Al cabo de pocos momentos desapareció, cubierta por las altas

matas que había a los bordes del camino, para no presentarse más a la vista de Diego.

—¡Que el ciclo te conceda todo el bien que yo para tí le pido, generosa criatura! exclamó éste fijando por vez postrera la vista al último punto donde vió a la negra y siguiendo su marcha con los ojos de su alma agradecida.

Y echándose a la espalda las provisiones que aquella le había dejado, y empuñando el sable, emprendió de nuevo la rápida y resuelta marcha en dirección a la orilla del mar.

La distancia era grande todavía, y Diego, aun sin tener ningun tropiezo en el camino, no podía llegar antes de dos días o día y medio por lo menos.

Su afan, sin embargo, devoraba el camino y la distancia, que aumentaba en su anhelante imaginación, al paso que disminuía bajo su ligera planta.

había ya andado como tres leguas sin experimentar el menor incidente, cuando un extraño rumor hirió sus oídos, siempre alerta, como es de suponer, en el terreno que atravesaba, tan sembrado y lleno de peligros de todo género.

Paróse y fijó toda su atención, para hacerse cargo de la causa que podía producir el rumor que sentía.

—¡Cuánta razón tenía esa mujer, ese ángel de mí salvación, exclamó luego, al advertirme que anduviese separado del camino!

El rumor que había oído era la conversación de gente que sin duda se encaminaba a la ciudad de Kingele.

Diego no pasó adelante.

Separóse a mayor distancia del sendero y se agachó detrás de unas matas.

En esta disposición aguardó a los que venían, esperando a que pasaran.

Cuando los vió ya léjos, se levantó, dirigió una mirada a la especie de caravana que cerca de si había pasado, y volvió a emprender su marcha.

Durante el resto del día no le interrumpió, felizmente, ninguna otra contrariedad.

—Hasta que llegue la noche, en que volveremos a encaramarnos sobre otro árbol, no me detengo, entonces descansaré y comeré.

Sin embargo, tuvo, a pesar suyo, que detenerse más de una vez.

La rapidez de la marcha y el sol abrasador de aquel país, le daban una sed irresistible.

Afortunadamente los arroyados cruzaban en gran número aquella inmensa sabana, y Diego podía apagarla fácilmente, sin perder el

camino ni desviarse de la dirección que llevaba.

Al caer la tarde, hirió otra vez sus oídos la voz de un hombre que se adelantaba cantando por el camino.

Agachóse Diego también detrás de una mata, como la vez anterior, y vió que el hombre iba solo y montado sobre un caballo.

Diego se levantó de puntillas tendiendo una mirada en torno suyo, abrazando la vasta extensión del llano.

No vió a nadie.

El caballo andaba al paso, floja la rienda y al compás, puedo decirse, de la perezosa canción del caballero.

Diego salió de la mata, saltó al camino, y súbitamente, cogió una agilidad admirable, a la grupa del caballo, abrazándose al que lo montaba.

El negro dió un grito de espanto.

—¡Apéate, le dijo Diego, o eres muerto sin remedio!

El negro, sin volver la vista atrás, completamente espantado, obedeció la voz que pegada al cogote había oído, y saltó al suelo cayendo de bruces.

—¡No te levantes, gritó Diego en el mismo lenguaje del país, el cual poseia lo suficiente ya para dejarse entender, o te corto la cabeza!

Diego se sonreia, ahuecando la voz al tiempo de pronunciar estas palabras que no hubiera cumplido seguramente en manera alguna, aunque para intimidar al negro las profería.

Y el efecto fué completo.

El negro estaba de bruces en el suelo, sin osar ni respirar de puro miedo.

—No te levantarás de ahí hasta que yo vuelva y te lo mande, exclamó Diego con voz fuerte, acomodándose sobre el caballo y tomando las riendas.

—Así lo haré, *Massa*, o señor mio, respondió el negro con voz doliente.

Diego volvió las riendas y puso el caballo al trote, siguiendo su camino.

—Mala acción es en parte, se decía trotando en el caballo; pero perdóneme Dios; necesito llegar lo más pronto posible a la playa, y no había de desperdiciar tan buena coyuntura. Va a cerrar la noche, y los negros de por acá, que no viajan sino de día, no será fácil que me encuentren a estas horas por el camino. Por otra parte, continuó, el jamelgo parece descansado y bien podrá resistir un escape en caso de necesidad. Probemos.

Y aprovechando un pedazo limpio y recto del camino, lo puso al galope.

—¡Bravo! exclamó Diego volviendo a poner el corcel al paso; soy feliz por ahora. Un león o un tigre corre menos que un caballo, y un hombre, no hay para que decirlo, mucho menos todavía. De esta suerte andaremos esta noche, y al amanecer puedo estar ya a la orilla del mar. ¡Oh! ¡el cielo parece que quiere favorecerme! ¡Ojalá me depare pronto seguro refugio en un buque que quiera recogerme!

Y alejando de su imaginación todas las ideas que pudieran distraerle, atento el oído y volviendo a un lado y a otro los despiertos ojos, sin soltar el sable que empuñaba la fuerte mano derecha, todo para no ser sorprendido en cualquier incidente que muy bien podía sobrevenirle, siguió impávida y serenamente su camino.

CAPÍTULO XIV.
La caza del negro

BSÉRVASE en la desgracia, lo mismo que en la fortuna, un fenómeno singular, cuya causa nadie ha señalado todavía, sin embargo de que pocos habrá que no lo hayan observado.

Este fenómeno consiste en que cuando la suerte empieza por manifestarse favorable a un individuo en cualquier asunto de la vida, por difícil y escabroso que éste parezca, todo contribuye a su curso feliz, y de tal manera se presentan las circunstancias, que a veces, por ellas mismas y sin el menor esfuerzo por parte de la persona a quien

interesa, llega a feliz y dichoso término, aquello mismo que sin variar de naturaleza y en otra ocasión causaría o hubiera causado la ruina: y al contrario, cuando la señora fortuna empieza por fruncir el entrecejo y dar la espalda, entonces ni hay voluntad, ni inteligencia, ni esfuerzos que basten a llevar por buen camino lo que el soplo de la suerte empuja para que se despeñe en el derrumbadero de la fatalidad.

Preciso, sin embargo, aunque doloroso, es confesar que esto último se ve más repetido que lo primero.

A Diego, no obstante, después de experimentar el último extremo, vemos que la suerte, sin saber por qué ahora como antes, se empeña en enseñarle el lado bueno, después de tanto tiempo de habérsele ofrecido del lado malo.

Solo así podemos explicarnos la série de felices circunstancias que le han acompañado desde el crítico momento de su evasion.

Y una vez habiendo empezado ya a favorecerle, es evidente que la suerte no había de abandonarle tan pronto.

Acompañado de ella, atravesó montado en el caballo, todo el llano que media desde el punto en que lo arrebató al negro hasta el mar, llegando, al despuntar la aurora, a su anhelada orilla.

El corazón de Diego se ensanchó de gozo y de esperanza a un tiempo.

Echó pié a tierra, dejó el caballo suelta la rienda y libre de pacer a sus anchuras, y él se sentó al pié de un árbol, recostando el fatigado cuerpo en el tronco y fijando en la inmensa extensión del mar la ansiosa vista que abrazaba desde la orilla hasta el último límite del horizonte.

Inútil es decir lo que Diego anhelaba ver en el mar.

Al primer buque que apareciese a la distancia de poder observar sus señas, se levantaría llamándole la atención para ver si podía llevarle de allí.

Con estas ideas y esta halagüeña esperanza, su mente se entregaba a las más bellas ilusiones.

El aire puro de la mañana, impregnado del aroma que exhalaba el bosque vecino, acariciaba su frente; el tibio rayo del sol naciente, que bañaba todo su cuerpo, acababa de dar todo el encanto a sus magníficos pensamientos, y presto la mente seducida, olvidó el lugar en que se encontraba, y cediendo a la languidez de la materia fatigada, fué cayendo en uno de esos sueños deliciosos que trasportan el alma a un mundo que nunca llegan a conocer despiertas las potencias.

El sueño de Diego llegó a ser profundo, precisamente en los momentos tal vez más críticos de la evasion, y en los que por muchas

razones necesitaba estar muy despierto.

En primer lugar, el sitio en que se encontraba estaba sumamente cercano a la bahía de Mallemba, continuamente visitada por gentes de la ciudad, que al verle le hubieran aprisionado otra vez; luego, y esto era tan crítico como lo primero, ¿quién le aseguraba que durante su sueño no podía pasar el buque que tanto anhelaba, y sin el cual era de todo punto imposible que saliese del pais de su horrorosa esclavitud pasada?

Pero ya hemos dicho que Diego no tuvo tiempo de pensar en todo eso.

De otra manera, su poderosa fuerza de voluntad no se hubiese visto precisamente en aquellos instantes vencida por una necesidad material del cuerpo.

Diego soñaba, pues, y su sueño, como acontece casi siempre que estos son hijos y toman la imagen de los deseos del alma despierta, era naturalmente su salida de aquella costa en un buque que le recogia, acompañado esto de todas las circunstancias antes y después del embarque.

¡Quién le dijera entonces que por una rara coincidencia la primera parte de ese hermoso sueño, era una realidad que pasaba ante sus ojos cerrados!

Efectivamente, a la media hora de quedar Diego dormido, apareció un buque que venía costeando la playa.

Pero Diego dormia, y el buque pasó en el instante mismo en que lo soñaba tal vez.

El buque entró en la bahía de Mallemba.

Diego siguió profundamente dormido.

A las dos horas poco más o menos de haber pasado el buque, Diego despertó sobresaltado.

Cuatro voces a un tiempo gritaron a corta distancia suya:

—¡Uno! ¡uno!

—A los gritos Diego abrió los ojos, dando él otro grito también.

Tenía delante de si a seis hombres.

Diego se levantó de un brinco; pero uno de los hombres, con una ligereza sin igual, le tiró un lazo que lo hizo caer al suelo, aprisionándolo por ambas piernas.

Afortunadamente la caida fué sobre arena, y Diego no se hizo el menor daño.

—¡Querías huir, perro negro! dijo uno de los hombres al echársele encima con sus demás compañeros.

Diego, al oir el acento del que hablaba, sintió una tan súbita como inexplicable alegría, apresurándose a responder:

—Ved que os engañais, amigos…

—¡Calle!… ¡exclamaron todos a un tiempo, y habla como nosotros!

—Hacedme el favor de levantarme; pues, según tengo atados los piés, yo no puedo por mí solo, prosiguió Diego entrecortado el acento, y no de miedo por cierto.

—Ea, quitémosle el lazo, dijo uno; a ver qué es esto.

Así lo hicieron en breve, y Diego se levantó.

Los hombres quedaron estupefactos mirándole.

—¿Os ha sorprendido encontrar otra cosa de la que pensabais al cazarme?

—Con efecto… ¿pero quién eres tú? ¿Y cómo así te encontramos?

—Un desgraciado que ha pasado once años cautivo en este país y ha podido escaparse al fin.

—¡Cómo!

—Sí, amigos mios, y ya que la suerte ha querido que así me encontrase gente que por el habla parece de mi mismo pais…

—Somos americanos de la isla de Cuba.

—Yo soy pues español, añadió Diego, y suplico a vuestra caridad que me lleveis con vosotros, de lo contrario, irremisiblemente me cogerían otra vez y volvería al cautiverio.

—Pues yo lo creo que te llevaremos, dijo uno.

—Ea, exclamó el capataz, vamos a llevarlo a la lancha y a bordo en seguida.

—¡Oh! gracias, gracias, amigos mios.

—Que gracias ni que ocho cuartos, repuso el capataz, pues no faltaba otra cosa.

—Pues como no hubieses hablado, por un negro te tomamos, dijo uno sonriendo.

Con efecto, el tiempo que Diego había permanecido en aquel pais, había dado cierto color a su cutis muy parecido al de los africanos de color cobrizo; además de esto, su vestido, enteramente igual al de aquella gente, escepto las hendiduras de la piel que a Diego no le ocurrió hacerse jamás, contribuia a que cualquier europeo a primera vista le tomase por un africano salvaje.

Ya habrá conocido el lector que la gente que intentó *cazar* a Diego, era parte de la tripulación de un buque negrero, que había saltado en tierra con objeto de hacer una escursion al fin que hemos explicado ya en otro de los capítulos anteriores.

El buque estaba anclado en la bahía haciendo su cargamento.

La llegada de Diego, causó general sorpresa en los marineros, que se agruparon todos a su alrededor, abrumándole a fuerza de preguntas y pidiéndole la relación o la historia de su cautiverio.

Por fortuna de Diego, que ya hemos dicho que esta señora se empeñaba ahora en favorecerle, había tanta distancia del capitán de este buque al del otro que le recogió del naufragio, como distancia hay de una persona a una fiera.

No puso el menor inconveniente, pues, el capitán en admitirlo a bordo, y los marineros, que, gracias al buen carácter de aquel, excepción verdadera de la regla en todos los capitanes que a este tráfico se dedican, disfrutando en el buque de una libertad y una confianza que en los otros no había, podían obrar libremente en sus atenciones respecto de Diego, a quien hicieron pasar, puede decirse, del infierno al paraiso el primer día ya de tenerle a bordo.

Las grandes alegrías afectan tanto como los grandes pesares, y en un carácter como el de Diego, las primeras se dejan sentir con mayor violencia aunque estos últimos.

Diego, tan fuerte para el pesar, era débil para la alegría, cuando esta tenía motivo de ser estremada.

Esto se comprende bien y sucede casi a todas esas naturalezas privilegiadas y que parecen hechas, digámoslo así, a propósito para resistir los más terribles golpes de la adversidad, que vienen a estrellarse contra su poderosa fuerza, sin conseguir nunca abatirla por completo.

Diego, pues, de puro alegre parecia triste, y tenía más de una vez necesidad de recordar, como para ponerlos de contrapeso a su alegría, los motivos de dolor que por tantas otras causas debia sentir, llamando así el recuerdo de su pobre madre, el de Clara, y sobre todo la irritante memoria de aquel infame capitán que tan vilmente le vendiera.

Pero con esto no conseguía sino dar pábulo al mismo sentimiento que trataba de combatir.

Los agravios antes sufridos, cuanto más los recordaba, mayor motivo daban a su corazón de felicitarse por una libertad que presto iba a darle lugar y tiempo de buscar medios de vengarlos.

Así la idea de la venganza, que antes era un tormento para su alma, en la imposibilidad de intentarla siquiera, era entonces un motivo de satisfacción, pues que iba unida a la esperanza de poderla llevar a cabo.

Diego suplicó a los marineros, después de haberles dado repetidamente las gracias a todos, que le permitieran descansar en cualquier parte retirada del buque.

—Ya lo creo, respondió el capataz. Ea, llevadlo al rancho de proa y que se eche en la cama que quiera. Oye, tú, añadió dirigiéndose al cocinero, dale algo que comer y un trago de aguardiente de caña. Esto

le ayudará a descansar.

Diego tomó un poco de alimento, e inmediatamente, según lo había pedido, fué acompañado por uno de los marineros a echarse en una de las camas de proa.

Diego empezó a gozar cuando se vió completamente solo.

Mentira le parecia en el término de dos días tan completa variación en su estado.

—Se me figura, docta para si, que vengo hoy al mundo, pero no a un mundo que no conozca, añadia amargamente, sino a un mundo de donde me arrojaron como a un perro, vendiéndome luego por vil precio.

Su corazón tenía necesidad de recordarlo todo en aquellos momentos, y todo lo recordaba.

Pero como los agravios sufridos en la desgracia, cuando ésta cesa, no vienen a ocupar enteramente nuestra imaginación, sino cuando el alma, con la nueva fortuna, ha pasado el tiempo que necesita para indemnizarse de los sinsabores antes sufridos, hé aquí que Diego insensiblemente daba la preferencia a las doradas y hermosas ilusiones a que ya podía entregarse, y no a las ideas dolorosas que amargaban su nuevo estado.

Una dulcísima melancolía se apoderó en breve de su corazón, y no tardó esta melancolía en convertirse en profundo sueño.

Cualquiera que en aquella hora hubiese estado observándole, hubiera asimismo notado como su pecho respiraba fatigosa y fuertemente, y como de su dulce boca salían hondos suspiros nacidos del fondo de su alma.

¡Diego soñaba que era esclavo!

Al cabo de larguísimo rato dió un salto en la cama y se incorporó.

En el sueño había oído uno de aquellos bestiales berridos del rey de Loango, llamando a su siervo.

Sentado en la cama Diego, abrió los ojos despavoridos:

—¡En dónde estoy! exclamó mirando alrededor de sí. ¡Ah! ¡Gracias otra vez, Dios mio!

Y entonces asomaron a sus párpados dos gruesas lágrimas de alegría y gratitud a un tiempo.

Otras veces en el cautiverio había soñado que era libre, y su pesar de entonces, al despertar esclavo, era comparable con su alegría en aquel momento en que acababa de soñar en la servidumbre y al despertar se miraba libre.

Saltó de la cama, y subió alegre y alborozado a cubierta.

¡Qué bello le pareció el cielo, qué hermosa la luz del sol, qué suave aquel aire purísimo que su pecho respiraba libremente!

El buque, completado el cargamento, estaba zarpando áncoras. Al cabo de un rato desplegaba al viento su lujoso velámen, y la ligera quilla hendia las azuladas olas con rumbo a las costas americanas.

Al partir el buque, Diego arrojó una mirada a las costas africanas, exclamando:

—¡Bendita seas, generosa criatura!

CAPÍTULO XV.
De cómo Diego se encontró otra vez solo y abandonado

NÚTIL es decir que Diego explicaría su triste historia, más de una vez durante el viaje, a la tripulación reunida a su alrededor y curiosa por las extrañas costumbres del interior del África.

Así sucedía en efecto, y el corazón de aquella gente, cerrado por lo comun a toda sensibilidad, se enternecia ante la relación de alguno de los tristes pasajes que Diego les refería.

Pero cuando mayor y más desagradable impresion experimentaron todos, prorumpiendo más de una boca en juramentos y maldiciones,

fué al explicarles Diego el modo como fué vendido por el capitán del negrero al gobernador de Mallemba.

—¿Y cómo se llamaba ese Judas? preguntaba uno.

—Ignoro su nombre.

—¿Y el del buque?

—¿Qué nombre quieres que tuviera un buque negrero, observó uno de los marineros, cuando nosotros vamos siempre sin él? ¡pues bueno fuera que llevásemos nombre!

—Es que a veces, respondió el reconvenido, has de saber que sale un buque de Nuevitas, por ejemplo, despachado para los Estados Unidos, va a la trata, y a la vuelta descarga en el punto lejano del puerto que se ha convenido: allí encuentra unos cuantos barriles de harina que toma con los papeles despachados de la aduana extranjera, y entra en el puerto como si tal cosa.

—¿Y qué se consigue con esto?

—Mucho: el no tener que quemar luego el barco después del viaje, como tendremos que hacer nosotros, para que no se descubra el negocio.

—Pues sí, interrumpió Diego contestando a la última pregunta que se le hizo; ignoro también el nombre del buque.

—Entonces dí que no sabes nada, respondió otro.

—¿Y de dónde era el buque?

—Americano.

—Pero ¿de qué punto?

—Lo ignoro asimismo.

—Mal podrás buscarle para vengarte, añadia un tercero.

—Solo sé el nombre del contramaestre.

—¿Cómo se llamaba?

—Tomás. Ponce.

—No conozco ese nombre.

—Ni yo.

—El contramaestre me dijo que era de Nuevitas.

—Allí vamos nosotros a descargar.

—Pero no creo que haya aquí nadie de esa ciudad.

—¡Ah! pero el contramaestre era ya muy viejo, y con el pesar de la muerte de su hijo en el combate, ¡es posible que no exista ya! exclamó Diego desconsolado.

A haber sido menos de once años el tiempo transcurrido, aunque se ignoraran los nombres del buque y del capitán, fácil hubiera sido venir en conocimiento de ellos, por el: lance con el pirata, que no podía tenerse oculto entre tanta gente, y el cual debia de haber corrido algún tiempo de boca en boca entre la marina, principalmente,

dedicada a este tráfico; pero como por lo general para tripular esta clase de buques, se busca gente joven de los veinticinco a los treinta años, los marineros con quienes hablaba Diego, todos poco más o menos de su edad, no estaban en estado de recordar, aunque algo hubiesen oído, semejante cosa, de fecha tan lejana para ellos.

A los veinte días de navegación el buque llegó a la vista de las playas de Nuevitas.

Mantúvose casi a la capa durante el día; al cerrar la noche hizo la señal convenida desde a bordo y puso la proa al cabo llamado el Júcaro, distante unas dos leguas de la embocadura del puerto, y nueve de la ciudad, porque son siete las que hay desde la entrada hasta la población.

Hízose el desembarco, internáronse los negros, escondiéndolos en el bosque, y concluida esta operación, el capitán reunió a toda la tripulación debajo de un árbol, sacó un largo bolsillo de cuero lleno de onzas de oro que acababa de entregarle el dueño de la espedición, y repartió a cada uno lo que le tocaba del viaje.

Diego lo observaba todo sin decir palabra.

Concluido esto, el capitán exclamó, volviendo la vista a Diego y alargándole la mano:

—Ea, tú también has trabajado algo; toma, ahí tienes un par de onzas para que te diviertas a mi salud.

—Mil gracias, respondió Diego, rehusando sin soberbia; bastante debo a V. y a todos.

—Ea, toma, y no seas necio.

—Repito a V. las gracias, pero no puedo yo tomar ese dinero además del beneficio que he recibido.

—Pues, señor, tú mismo entonces te haces el daño; como quieras, respondió el capitán guardando el dinero.

Luego, dirigiéndose a la tripulación, concluyó:

—Esto está terminado ya y felizmente, muchachos. ¿Hay alguno que no esté contento?

—Ninguno, respondieron seis o siete a un tiempo.

—Pues cada cual por su lado y disfrutarlo con salud.

Los marineros se dispersaron, el capitán se dirigió al punto donde le aguardaba el amo de la espedición, y Diego se quedó completamente solo.

Su mente no podía explicarse como aquellos compañeros de tan largo viaje se marchaban así tan frescos cada uno por su lado, sin decirle una palabra.

—Sin embargo, así sucedió.

Durante la travesía y principalmente en los primeros días, se

mostraron con Diego todo lo generosos y caritativos que cabia hallándose en el buque, pero estando en tierra, era ya otra cosa. A cada cual le interesaba bastante lo propio para meterse en cuidados agenos, y por otra parte, los favores a bordo, como que eran de todos, no pesaban a nadie, mientras que en tierra la persona de Diego solo y abandonado, hubiese embarazado al que le ofreciera su protección.

Así fué que, quien más quien menos, pensando todos lo mismo, cada cual procuró evitarle.

—Pero yo no puedo quedar así, ignorante del punto donde me hallo y sin guía ni camino para llegar a la ciudad.

Y diciendo esto echó a andar tras el primero que topó con la vista, entre los que se marchaban en distintas direcciones.

—¡Camarada!

—¿Qué hay? respondió el marinero volviendo la cabeza.

—Quisiera pedirte un último favor.

—Dí.

—Yo no conozco este país.

—No lo conozco yo mucho tampoco.

—Quisiera solamente que me indicases el camino de la ciudad.

—Lejos está todavía.

—No importa.

—Tenemos que andar nueve leguas.

—¿Vas tú hácia allá?

—Sí.

—Pues, entonces, si no hay inconveniente, yo iré contigo.

—Inconveniente, ninguno, como no sea para tí el de la distancia de las nueve leguas que pienso yo andar en las pocas horas que quedan de noche.

—Eso para mí es lo de menos; puedo yo andar y andaría aunque fuesen veinte.

—Pues entonces, continuó el marinero, que no había perdido ni un paso mientras hablaba, sigue conmigo; pero te advierto que al amanecer y así que empecemos a encontrar gente, te has de separar.

—Lo tendré presente, y además tú me advertirás cuando yo deba hacerlo.

—Sí, tenemos esta costumbre al volver de un viaje, para evitar toda sospecha.

—Yo, con tal que al amanecer me dejes en camino de poder llegar a la ciudad, tengo bastante, añadió Diego.

—Eso sí, como que la veremos ya al amanecer, concluyó el marinero.

Y sin pronunciar casi otras palabras ni uno ni otro, siguieron juntos

el camino.

Diego era uno de esos hombres a quienes todas las situaciones más críticas de la vida no hacen perder nunca un átomo de su dignidad.

La dignidad le aconsejó, y ya hemos visto cómo siguió el consejo, rehusar un dinero de manos del capitán, que no había ganado, y eso que a su prevision no se ocultaba el que se encontraba solo y sin ningun género de recurso en un país totalmente extraño; y esa misma dignidad le impidió, con todo y conocer como conocía su triste situación, pedir otros favores que el de el camino de la ciudad al marinero, a quien, como a los demás, le había visto alejarse tan friamente y sin dirigirle la menor palabra.

Amaneció por fin, y a la luz del nuevo día aparecieron a su vista, en el fondo del puerto de Nuevitas, que seguían costeando, digámoslo así, por tierra, los tejados de madera de las casas de la ciudad.

—Ea, aquí me quedo, dejándote pasar delante, observó Diego al marinero, pues ya distingo la ciudad, que me parece será ese caserío que se ve entre brumas desde aquí.

—Efectivamente, esa es Nuevitas.

—Adiós, pues, y gracias, añadió Diego. Si alguna vez me encuentras y en algo puedo pagarle el favor que os debo a todos, manda, que serás complacido.

—Lo mismo digo, respondió el marinero, como quien contesta a un ofrecimiento fútil y por costumbre; con que salud y hasta la vista.

Y el marinero adelantó el paso, dejando a Diego abandonado a sí mismo.

—En fin, no hay remedio, exclamó Diego parándose para dejar que el otro adelantara, no he de afligirme por eso; de todas maneras les debo a todos ellos, empezando por el capitán, un grandísimo favor, que me pone en el estado de estar hoy alegre. Nada, entraremos en Nuevitas y Dios dirá.

Y viendo al marinero a la distancia conveniente, emprendió otra vez el camino de la población.

Con los días del viaje, los alimentos y el vestido que Diego llevaba, compuesto de prendas, aunque viejas, que le habían dado los marineros, dejó por completo de parecer un africano salvaje al desembarcar, como lo parecia realmente cuando aquellos le encontraron dormido cerca de la playa de Mallemba.

A las dos horas de sol entró en la ciudad.

Nuevitas es una población de corto vecindario, en lo que respecta a lo que forma el casco de la ciudad, la cual consta de dos a trescientas casas, de un piso generalmente, y construidas todas de madera con techo de la misma materia.

Así que entró en ella, y al verse por primera vez después de tanto tiempo en un pueblo, que si no se parecia en la forma de las viviendas, era en carácter, lenguaje y costumbres como el de su patria, respiró satisfecho, pues verdaderamente hasta aquel momento no le parecia que había vuelto a recobrar del todo su calidad completa de hombre.

En breve tiempo recorrió la población toda y en su espíritu se reflejó un rayo de esperanza al considerar que siendo aquella tan reducida, era fácil que pudiese, preguntando, hallar quien le diera razón del viejo Tomás Ponce.

—Pero, aunque no haya muerto, por fortuna, y tenga yo la mayor de encontrarle, se decía al mismo tiempo, ¿será el tio Tomás lo mismo que estos otros tan generosos y tan amables en la mar, y tan despegados e indiferentes en tierra? De todas maneras, aunque no me favorezca en lo que aquí pueda necesitar, con tal que me de camino de encontrar a aquel infame, quedaré contento y satisfecho. Preguntemos.

Y dirigiéndose a la puerta de una casa, preguntó por un marino viejo, llamado Tomás Ponce.

—No hemos oído nunca en esta calle tal nombre.

Diego repitió la misma pregunta varias veces y a distintas personas, y de todas sacó la respuesta que de la primera.

—¡Esa sí que sería fatalidad! exclamó desmayando un tanto por esta circunstancia.

Pasaba ya el día y Diego empezaba a sentir la falta de alimento y de descanso.

Pero, ¿cómo satisfacer tan perentoriamente una y otra necesidad?

Diego no conocía ni la vanidad ni el orgullo, pero instintivamente le repugnaba dar otros pasos que no fuesen los del trabajo, y en aquel pais no se tejian velos, que era lo único que él sabía hacer.

Y a su mente fatigada no le ocurría por el pronto otro medio.

Paróse en una esquina a reflexionar sobre su situación, y el modo de salir de ella.

Largo rato pasó sin que nada se le ocurriese, más de pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Necio de mí! ¡no haber dado antes en el cómo podría yo saber si estaba aquí el tio Tomás! Naturalmente, en este pueblo habrá lo que se dice casa de la villa o de la ciudad, y en ella el libro…

Pero en el momento en que acababa de hacerse esta reflexion y se disponia a llevar a la práctica su última idea, hé aquí que en la puerta de la casa inmediata a la esquina oye una voz femenina que gritaba.

—Digan Vds al señor médico que vaya tan luego como pueda a casa del señor Tomás Ponce.

—¿Tomás Ponce? bien está, respondió otra voz también femenina desde dentro de la casa.

—¡Tomás Ponce! exclamó Diego al mismo tiempo, y volviendo súbitamente la vista a la casa.

La mujer de la puerta se alejó así que hubo dejado el encargo.

Diego echó a andar inmediata y precipitadamente siguiendo a la mujer.

CAPÍTULO XVI.
Dos antiguos conocidos

LARO es que Diego no había de desperdiciar aquella tan buena como inesperada ocasión que se le ofrecia. Su impaciencia no le dejó andar muchos pasos sin preguntar a la mujer que seguía.

Esta dejaba conocer por su porte que pertenecia a la que se llama clase baja del pueblo.

—¡Buena mujer!…

—¿Es a mí?

—A V.

—¿Qué se le ofrece, buen hombre?

—Una pregunta, si no es incomodar.

—Diga V., respondió la mujer notando el contraste que saltaba desde luego entre las atentas palabras y el traje de Diego.

—He oído que dejaba V. un recado en la casa de aquella esquina, de parte del señor Tomás Ponce.

—Sí, es cierto.

—¿Quisiera V. hacerme el favor de decir si ese señor Ponce es un marino de edad bastante avanzada?

—Sí, señor, y del peor y más arrebatado genio que pueda tener un viejo en el mundo.

—¡Él es! exclamó Diego para sí.

Y en seguida continuó:

—¿Según eso, está malo?

—Sí, señor, y a tal punto, que no se levanta de la cama hace más de un mes, y hoy parece que se ha agravado tanto su enfermedad, que tememos no la cuente.

—¡No debo perder momento! se dijo Diego en su interior.

—En fin, veremos lo que dice el médico cuando vaya esta noche.

—Es que yo quisiera verle.

—Es muy fácil, véngase V. conmigo ahora mismo y le verá.

—¡Ah! con mucho gusto, y gracias, buena mujer.

Siguiendo o mejor acompañando a ésta, Diego llegó en breve a la calle de la Marina, que es donde estaba la casa de Tomás Ponce.

Durante el camino, aunque se le ocurrieron mil preguntas que dirigir a la mujer, juzgó prudente abstenerse de hacerlas, y no solo eso, sino que también el contestar muy ámpliamente a otras varias que la mujer sin retintin y sin escrúpulo le dirigió.

Por fin llegaron a la casa.

Esta era, como generalmente todas las de la población, de madera, sin otro piso que el solar, y sin que en ella se notase por su aspecto nada que diese a conocer riqueza, ni un gran desahogo en la familia que la habitaba.

—Aguarde un momento y siéntese, que le avisaremos, dijo la mujer a Diego, así que entraron en la casa, no sea que con un voto nos eche a todos del cuarto:

—Bien, bien, aquí aguardo, pues, y ya tendrá V. la bondad de avisarme.

—¿Y quién le diré que desea verle?

—Un marinero que le trae un encargo de muy léjos.

La mujer abrió cuidadosamente la puerta de uno de los cuartos inmediatos a la de la calle, y entró cerrándola otra vez.

Al cabo de momentos salió diciendo a Diego:

—Puede V. pasar.

El corazón de Diego latia con violencia y sus piernas temblaban.

Del recibimiento que le hiciera el contramaestre y de la disposición en que le encontrase, dependia uno de los tres asuntos únicos que le habían hecho conservar la vida.

—Aquí está este hombre, señor Tomás.

Diego quedó parado en la puerta, fija la vista en el lecho donde yacia el contramaestre.

Un velon puesto sobre una mesa de caoba sin barnizar, alumbraba el reducido aposento, cuyo mueblaje existia, además de mesa, en un arcon de la misma madera con dos fuertes cerraduras, dos sillas, y una fragata primorosamente construida en mínima escala y colgada del techo.

—Acerqúese, dijo el viejo marino, cuya vista chispeaba como fuego entre cenizas, en aquel rostro cubierto por la larga y canosa barba.

Diego se acercó, y la mujer quedó de pié junto a la puerta.

—¿Qué haces tú ahí? ¡fuera! gritó el marino con ronca e irritada voz.

La mujer salió refunfuñando y cerrando la puerta tras sí.

Diego se acercó más a la cabecera de la cama.

—Diga, repuso el señor Tomás mirándole.

—¿No me conoce V., señor Tomás?

—¿Yo? ¿A ver?

El contramaestre volvió la cabeza sobre la almohada para mejor poder mirar al rostro de Diego.

—No por cierto.

—No es extraño; hace once años que no nos hemos visto.

—¡Once años!…

El rostro del marino se nubló, y de su pecho salió un suspiro ronco y profundo que hizo estremecer a Diego.

—¡Once años! continuó, no es extraño que uno desconozca una cara en el trascurso de tanto tiempo.

—Y con mayor razón, cuando se trata de un conocido o amigo al que se ha tratado pocos días…

—En fin, explíquese V., dijo malhumoradamente el marino.

—Dispense V., señor Tomás, pero es que no puedo explicarme así de pronto… Permítame V. que le deje adivinarlo, y empiezo por hacerle una pregunta.

El contramaestre volvió a mirar a Diego.

—Diga V.

—¿Por qué se estremeció V. cuando yo le dije que hacía once años

que no nos habíamos visto?

—Porque hace once anos que tuve una gran desgracia, y no puedo recordar esa fecha sin sentir una porción de pesares a un tiempo.

—¿Y no le acompañó a V. nadie en aquella horrible desgracia?

El contramaestre clavó una mirada fija y escrutadora en el rostro de Diego.

¡Pero no puede ser! se dijo al cabo de un rato apartando de él los ojos.

—¡Y por qué no puedo ser, señor Tomás! exclamó Diego conmovido y sonriendo a la vez.

—¡Pero cómo! ¡sería posible!… habla.

—¡Señor Tomás, vengo a ver a V. y a recoger de su caridad el pedazo de pan que ofreció un día al pobre Diego!…

A las últimas palabras de Diego, el señor Tomás, que con tan viva atención le escuchaba, creyó lo que le parecia ser imposible, y alargándole los brazos exclamó:

—¡Hijo mio!

—¡Este nombre me dió V., cuando de hecho era mi verdadero padre en el buque! añadió Diego abrazándole.

—¡Y el infame dijo que habías muerto, que te habías enredado con algunos negros, mientras él estaba hablando con otros, y que en la riña habías perecido!…

—¡Infame!

—¡Ah! ¡yo nunca lo creí! exclamó el viejo tendiendo su descarnada mano a Diego. ¡Pero qué sucedió, dímelo, pues quiero saberlo!

—¡Que el muy villano me vendió a los negros!

—Y has pasado todos estos años…

—¡En el más horrible cautiverio!

Y aquí Diego refirió breve y sucintamente toda la historia de su esclavitud al viejo marino.

—¡Dios, ha querido que llegaras todavía a tiempo!… ¡si tardas un día más, tal vez no me hubieses encontrado ya!…

—¿Y por qué no? deje V. esas ideas…

—¡Oh! ¡bien me siento yo como anda la cosa por dentro!… —Mira, Diego, te acordarás que en una solemne ocasión te: dije que te: miraba como a mi propio hijo.

—Ya ha visto V. que lo he recordado.

—¡Pues bien, tú cumplirás como tal la manda de tu padre!

—¡Oh! no lo dude V.

—¿Me lo juras?

—Mientras no se oponga a mi honra…

—¡Ah! siendo así, ni yo te lo propondría, ni jamás creería que tú lo

cumplieras.

—Perdone V., señor Tomás, no he querido con mis palabras… — Nada de eso, estás muy en tu lugar al hacer esta salvedad; porque un hombre como tú, tratando con otro que fué lo que uno ha sido…

Aquí el amarillento rostro del marino tomó un ligero tinte de rubor, que hizo exclamar a Diego:

—Usted, para mí no fué más que mi segundo padre, porque a V. debo la vida.

—No recuerdes eso… Yo tengo una gran satisfacción al verle ahora así… lo mismo que te veía entonces. Pues bien, ya que yo voy a morir y no tengo ni dejo a nadie en el mundo más que a tí, que eres como mi hijo, oye bien y no olvides, Diego, nada de lo que yo le diga.

—Hable V.

—En primer lugar, tú extrañarás quizá verme así tan pobre…

—No he visto ni me importa ver aquí otra cosa que a V.

—Déjame hablar, y no me interrumpas. Pues lo que es pobre, no lo soy… Mira, llégale de puntillas a esa puerta y veas si alguien escucha…

Diego obedeció sin decir palabra, abrió la puerta, miró y volvió a entornarla.

—No hay nadie.

—Es que estando uno entre gente extraña que no hacen más que acechar el momento en que uno cierre los ojos para apoderarse de todo… aunque esta misma noche iba a disponer de lo que tengo en favor de los pobres. Pues bien, sigamos. Yo tengo todavía dinero, bastante dinero, no sé cuánto habrá, porque en once años no he cobrado ni un maravedí de réditos: está en el banco de Lóndres. Todo será tuyo, Diego, todo…

—Pero, señor Tomás, hágame V. el favor de dejar eso a un lado; porque yo tampoco he de admitirlo.

—¡No digas eso, Diego, porque moriría desesperado!…

Y el viejo pronunció estas palabras con tal fuerza de sentimiento que obligó a Diego, contra su natural delicadeza, a decirle:

—Basta, señor Tomás, yo desde este momento juro a V. aceptar y cumplir lo que mande.

—¡Gracias, hijo mio! Pues bien, en primer lugar he de decirte que yo desembarqué de aquel último viaje, tan triste con la pérdida tuya, después de la de mi hijo, que al poco tiempo caí enfermo de tristeza y de disgusto, y eso que tenía dinero para no haberlo concluido por mucho que hubiese gastado; ¡pero esa misma fortuna era, Diego, mi mayor pesadilla!…

Diego no sabía qué decir a estas últimas palabras del discurso del

viejo, cuya incoherencia, comprenderá el lector que era hija de la diversidad de ideas que ocupaban su imaginación débil y enferma.

—Porque, prosiguió, es preciso que lo sepas todo, Diego, ya que de tí espero el único bien que puedo apetecer… ¡Esta fortuna mía procede de otra cosa peor aun que el tráfico de los negros!…

Diego miró espantado al contramaestre.

—Tú te acordarás que allá por el año treinta…

—¡Ah! no estaba yo en el mundo, observó Diego sonriendo.

—Tienes razón, mi cabeza…

—Vaya V. despacio.

—No importa. En aquel año, pues, cogieron los ingleses al famoso pirata Patrick, al cual ahorcaron en Lóndres al poco tiempo. Yo estaba en connivencia con el pirata en compañía del capitán del negrero, que entonces lo era de un bergantin mercante llamado el *Céfiro*, de la casa Mesina y compañía de la Habana. En una ocasión salió el *Céfiro* de Cuba para España, llevando trescientos mil duros en dinero, y el mismo capitán me mandó una carta para el pirata, cuya carta le anunciaba el día de la salida del buque y la cantidad que llevaba; yo debia dejar el papel en el hueco de un árbol de la punta del Júcaro, a donde el pirata iba siempre a buscar los avisos…

—¡Y el capitán del negrero pudo vender así a una casa que tenía en él su confianza!…

—Deja que me explique: yo, al llegar al árbol, noté que había olvidado la carta. El pirata apresó por eso al bergantin; pero no hizo parte del robo al capitán en este negocio, porque dijo que no había sido antes avisado. Al cabo de pocos días cogieron al pirata, cuyo verdadero nombre declaró cuando lo iban a ahorcar.

—¿Y cómo se llamaba?

—Genaro Pomar. Pues bien, Diego; este orígen tiene principalmente la fortuna que yo poseo hoy, cuyo remordimiento me está devorando el alma a la hora de mi muerte…

—¿Y qué piensa V. hacer ahora, señor Tomás?

—Hoy es imposible ir a restituir ese dinero, cuyos distintos y verdaderos dueños no habría modo de averiguar; pero he pensado un medio, y si tú quieres ayudarme, Diego, todavía puedo aligerar mi conciencia de tan grave peso.

—Hable V.

—Te haces cargo de toda mi fortuna, que te voy a dejar entera en mi testamento, ahora mismo, cuando venga el notario que mandé llamar. Así que la poseas, después de mi muerte, haces cuatro partes de ella, una te la guardas para tí…

—Señor Tomás…

—¡Puedes guardártela, Diego, porque esa es ganada por el trabajo! Las otras tres las irás distribuyendo, a tu juicio, remediando el infortunio y la desgracia, que irás a buscar para consolarla en cualquier parte en donde te hallares. Esa es la condición que te impongo.

—Y que yo os juro cumplir fielmente.

—¡Así a lo menos pueda emplearse en el bien lo que se ganó en el camino del mal, y haz tú, después de mi muerte, por lavar las culpas con que yo manché mi vida!

—El cielo premie a V. sus intenciones, mientras yo repito mi juramento de cumplirlas.

—Gracias, hi…

El viejo marino no pudo concluir la palabra que cortó por mitad en su garganta la vergüenza de la confesion que acababa de hacer.

—¡Padre mio! exclamó entonces Diego, dándole a entender con esta frase que no tenía que avergonzarse ante quien sabía comprender su arrepentimiento.

El contramaestre abrió los brazos, Diego arrojóse en ellos y como un padre y un hijo verdaderos, permanecieron así algunos momentos.

Un ruido qué se oyó en la puerta del cuarto, hizo separar a Diego.

—¡Quién! exclamó el contramaestre.

Una de las hojas se abrió y apareció la mujer de antes.

—Señor Tomás…

—¿Qué hay?

—El notario que V. mandó llamar.

—Que entre, que entre.

El escribano penetró en la sala acompañado de un escribiente.

—Señor escribano, yo he mandado llamar a V. porque me hallo bastante malo, y antes de morir quiero dejar arregladas mis cosas.

—Piensa V. muy bien, no porque realmente exista ahora tal peligro, contestó el escribano, que ni conocía al señor Tomás, ni le había visto una vez siquiera; sino porque siempre es bueno para un caso que uno lo tenga todo bien dispuesto. Con que V. querrá, hacer un pequeño testamento, ¿eh?

—Sí, eso es, un pequeño testamento, porque en cuatro palabras está dicho lo que quiero. ¿Ve V. a este muchacho?

El contramaestre señaló a Diego.

—Chist… chist… poco a poco, que estas cosas son bastante serias, y no conviene generalmente dar a entender…

—Si sabe ya que yo se lo dejo todo a él…

—Sea como quiera; pero ya que V. habla así, debo decirle que el testamento no puedo yo autorizarlo habiendo gente interesada

delante.

—¡Ah! si eso es la ley… dijo el contramaestre.

—Así está prescrito.

—Entonces, Diego, sal un momento ahí fuera, que ya te llamaré cuando esto haya terminado.

Diego salió, y el señor Tomás se quedó con el notario y su escribiente, que empezaba a escribir con la fórmula: *En nombre de la Santísima Trinidad*, cuando el primero cerraba la puerta.

CAPÍTULO XVII.
La herencia de Tomás Ponce

El testamento del contramaestre, que no tenía hijos ni mujer, ni dejaba absolutamente en el mundo otro negocio que el de su conciencia, y acerca de este había ya dicho cuanto tenía que decir a Diego, estuvo hecho en cuatro líneas, que venían a reducirse a esto:

Nombro e instituyo heredero mio universal a Diego Rocafort.

El notario estaba todavía en el cuarto, cuando llegó el médico, el cual, por la circunstancia del testamento, tuvo que aguardar en la primera pieza.

En ella estaba Diego.

Cuando el médico entró, recibióle la mujer misma que fué antes a avisarle.

El tio Tomás, viéndose solo y enfermo en el mundo, cuando desembarcó de la última espedición que hizo, llamó a su casa a una familia para que le cuidase.

La madre de esta familia era la citada mujer.

—¡Ay! con que ansiedad le esperábamos a V., señor doctor, dijo a éste así que llegó.

—¿Pues?

—Se me figura que este hombre se nos muere realmente segun V. dijo.

—¡Ah! eso sin remedio. Pero, ¿conocen Vds, si ha empeorado mucho?

—Ahora parece que se ha despejado un poco, pero cuando yo fuí a buscar a V., tenía toda la cara de un difunto.

—Veremos, veremos luego.

—Convendría que V. entrase.

—Pero si está haciendo el testamento…

—Por eso mismo. Usted, que sabe lo que hemos padecido con él, ¡con ese genio tan terrible!… ¡pues se me figura que no va a dejarnos nada! Y si V. tuviese la bondad de indicarle…

En este momento asomó el notario a la puerta.

Diego, que no sabía, aunque le contemplaba de alguna gravedad, que el contramaestre estuviese a las últimas, exclamó:

—¡Dios mio! ¡si este hombre muere sin darme noticias del capitán!…

—A ver si puede entrar un hombre, un vecino, cualquiera que tenga más de veinticinco años para ser testigo, dijo el notario sacando la cabeza.

—Si el señor doctor quisiera hacer ese favor… se apresuró a observar la mujer.

—No hay inconveniente.

El médico entró.

A los pocos momentos el notario volvió a abrir la puerta de un golpe.

—¡Vinagre! ¡que se muere! ¡vinagre!

—Cómo, gritó Diego saltando al cuarto del enfermo.

—¡Ya es inútil! dijo friamente el médico, cuando Diego penetró en la habitación.

—¡Señor Tomás! gritó Diego abalanzándose a la cama.

—¡No responderá ya! añadió el doctor.

¡El contramaestre había muerto!

—¡Torpe de mí! exclamó Diego en sus adentros, ¡cuando antes tuve tiempo de preguntárselo!…

—¿Quién es Diego Rocafort? preguntó el doctor.

—Este hombre, contestó el notario señalándole.

—Las últimas palabras del difunto han sido dirigidas a mí para que las trasladara a V.

—Diga V., diga V.

—Son muy breves: que encareciera a V. muchísimo el encargo que ya sabe.

—¡Descansa en paz! exclamó Diego, dirigiendo la palabra al cadáver del marino. ¡Sobre tu lecho de muerte y en nombre de Dios, repito el juramento de cumplir lo que me pediste en las últimas horas de tu vida!

—Nosotros, desgraciadamente, ya hemos concluido, dijo el notario dirigiéndose al médico.

—Sí, contestó éste sencillamente.

—¿Y cómo ha dispuesto?… preguntó la mujer, cuya curiosidad y ambición la tenían en ascuas.

—Si mañana sacan Vds. el cadáver, mañana mismo se leerá el testamento, lo cual no puede efectuarse estando el muerto en casa.

El médico y el notario salieron, y Diego quedó en el cuarto.

Junto al cadáver del contramaestre, pasó la noche en vela.

Al día siguiente, después de haberle enterrado, el testamento se abrió en presencia de Diego y los de la casa.

Todo el ajuar quedó para la familia, que saltó de gozo, menos el arcon de caoba con dos cerraduras que había en el cuarto que ocupaba el contramaestre, cuyo mueble, con todo lo que contenía, quedó para el heredero universal, que era Diego.

El notario entregó seguidamente a Diego las llaves del arca, depositadas en su poder por el tio Tomás.

La primera operación de Diego, fué encerrarse en el cuarto y abrir el arca.

Y no era ciertamente la codicia por los títulos de sus nuevos bienes, sino otro afan de orígen muy distinto, el que le impelió a registrar el pesado mueble así que se vió en libertad de poder hacerlo.

Levantó la tapa y vió con sorpresa que el arca estaba casi vacia.

Un tubo de lata, sellado con lacre, un pequeño rollo de papeles y otro papel en que había envuelto un objeto de poco bulto, era todo lo que había en el arca.

Cogió esto último y exclamó:

—¡Dinero!

Y sin ver la cantidad que el papel contenía, lo volvió a dejar.

Luego tomó el tubo, lo abrió, sacó unos papeles que contenía, y así que los hubo visto todos, sin examinarlos detenidamente, volvió a meterlos, diciendo:

—Parecen, y serán seguramente, títulos de algún banco inglés. No es eso lo que yo busco por ahora.

Y dejando el tubo, cogió el rollo de papeles.

Estos estaban atados con una cinta, sin carpeta ni rótulo que indicase su naturaleza.

Diego los fué examinando uno por uno.

—La fé de bautismo del tio Tomás… Cartas… No hay ninguna que me interese;… ¡Dios mio! exclamó de repente, fijando los ojos en un sobre.

El sobre decía: *A Genaro*.

Y desdobló precipitadamente el papel.

En estese leia, en letra sumamente clara, aunque de no muy buen carácter:

«Del 23 al 26 del próximo julio saldré con el *Céfiro* para España, Llevaré *trescientos mil duros en dinero*.

PEDRO».

Diego, leido el papel, se quedó estupefacto, fija la vista sin pestañear, en su contenido.

—¡Esto es para mí el verdadero legado, el tesoro mayor que pudiera dejarme el tio Tomás! ¡Ah! no hay duda, esta es la carta que el capitán escribió al pirata para que robase el buque, cuya carta guardaría, seguramente el contramaestre, ¡para tener un arma de que poder servirse contra aquel!… Ha muerto sin cumplir su deseo…

¡El contramaestre había muerto!

¡Torpe de mí! exclamó Diego en sus adentros, ¡cuando antes tuve tiempo de preguntárselo!…

—¿Quién es Diego Rocafort? preguntó el doctor.

—Este hombre, contestó el notario señalándole.

—Las últimas palabras del difunto han sido dirigidas a mí para que las trasladara a V.

—Diga V., diga V.

—Son muy breves: que encareciera a V. muchísimo el encargo que V. ya sabe.

—¡Descansa en paz! exclamó Diego, dirigiendo la palabra al cadáver del marino. ¡Sobre tu lecho de muerto y en nombre de Dios, repito el juramento de cumplir lo que me pediste en las últimas horas

de tu vida!

—Nosotros, desgraciadamente, ya hemos concluido, dijo el notario dirigiéndose al médico.

—Sí, contestó éste sencillamente.

—¿Y cómo ha dispuesto?… preguntó la mujer, cuya curiosidad y ambición la tenían en ascuas.

—Si mañana sacan Vds. el cadáver, mañana mismo se leerá el testamento, lo cual no puede efectuarse estando el muerto en casa.

El médico y el notario salieron, y Diego quedó en el cuarto.

Junto al cadáver del contramaestre, pasó la noche en vela.

Al día siguiente, después de haberle enterrado, el testamento se abrió en presencia de Diego y los de la casa.

Todo el ajuar quedó para la familia, que saltó de gozo, menos el arcon de caoba con dos cerraduras que había en el cuarto que ocupaba el contramaestre, cuyo mueble, con todo lo que contenía, quedó para el heredero universal, que era Diego.

El notario entregó seguidamente a Diego las llaves del arca, depositadas en su poder por el tio Tomás.

La primera operación de Diego, fué encerrarse en el cuarto y abrir el arca.

Y no era ciertamente la codicia por los títulos de sus nuevos bienes, sino otro afan de origen muy distinto, el que le impelió a registrar el pesado mueble así que se vió en libertad de poder hacerlo.

Levantó la tapa y vió con sorpresa que el arca estaba casi vacia.

Un tubo de lata, sellado con lacre, un pequeño rollo de papeles y otro papel en que había envuelto un objeto de poco bulto, era todo lo que había en el arca.

Cogió esto último y exclamó:

—¡Dinero!

Y sin verla cantidad que el papel contenía, lo volvió a dejar.

Luego tomó el tubo, lo abrió, sacó unos papeles que contenía, y así que los hubo visto todos, sin examinarlos detenidamente, volvió a meterlos, diciendo:

—Parecen, y serán seguramente, títulos de algún banco inglés. No es eso lo que yo busco por ahora.

Y dejando el tubo, cogió el rollo de papeles.

Estos estaban alados con una cinta, sin carpete ni rótulo que indicase su naturaleza.

Diego los fué examinando uno por uno.

—La fé de bautismo del tio Tomás… Cartas… No hay ninguna que me interese;… ¡Dios mio! exclamó de repente, fijando los ojos en un sobre.

El sobre decía: *A Genaro*.

Y desdobló precipitadamente el papel.

En estese leia, en letra sumamente clara, aunque de no muy buen carácter:

«Del 23 al 26 del próximo julio saldré con el *Céfiro* para España. Llevaré *trescientos mil duros en dinero*.

PEDRO».

Diego, leido el papel, se quedó estupefacto, fija la vista sin pestañear, en su contenido.

—¡Esto es para mí el verdadero legado, el tesoro mayor que pudiera dejarme el tio Tomás! ¡Ah! no hay duda, esta es la carta que el capitán escribió al pirata para que robase el buque, cuya carta guardaría, seguramente el contramaestre, ¡para tener un arma de que poder servirse contra aquel!… Ha muerto sin cumplir su deseo… ¡pero no faltará quien lo cumpla! ¡Oh! ¡yo seré su heredero por completo!

Y doblando la carta, abrió el tubo y la metió junto con los títulos que realmente, como se lo había figurado, eran de un banco de Inglaterra, del de Lóndres precisamente.

Volvió a cerrar el tubo, y guardándolo en un bolsillo interior de la chaqueta que llevaba, se la abrochó, diciendo:

—Aquí; ¡ya ni para dormir te dejo, preciosísimo tesoro! ¡Por la seguridad de encontrarte, habría pasado cien veces el mar, y hasta otros once años de cautiverio!

Y se levantó poniéndose a pasear por el cuarto, obedeciendo, sin darse cuenta de ello, a la imperiosa fuerza de su espíritu agitado.

—Con que ya sabemos su nombre y tenemos la prueba de su crímen: ¡bravo! ¡Se llama Pedro! pero, ¡Pedro… y nada más!… ¡Oh! no será difícil saberlo aquí. La casa era de Nuevitas, el buque salió de esto puert… ¡aquí, pues, debe haber alguien que de razón del capitán del *Céfiro*!

Llamó a las gentes de la casa, que entraron manifestando el disgusto que sentían por la miseria que el señor Tomás les había dejado, creyendo que cuando hizo excepción del arca al dejarles todo el ajuar, allí tendría toda su fortuna.

No se engañaban, como hemos visto; pero esta fortuna, estaban las pobres gentes muy lejos de suponerla tal cual era, sino que se la figuraban en metálico sonante encerrado y guardado en el arca.

Cuando entraron y vieron el arca vacia, la cual tenía aun la lapa levantada, el marido y la mujer se dieron mutuamente una mirada de extrañeza.

Diego sorprendió la mirada, y les dijo:

—¿Se extrañan Vds de ver esa arca vacia?

—¡Ah! no, señor… pero… a la verdad… parecia que el señor Tomás, que la tenía siempre tan cerrada con dos llaves, había de guardar en ella quien sabe los tesoros.

—Pues ya lo ven Vds.

Y Diego se inclinó sobre el arca, sacando el papel en donde estaba el dinero.

El papel contenía sobre treinta mil reales, en monedas de oro.

—Ese es todo el dinero que he encontrado aquí.

Diego no mentía.

—Digan Vds. ¿esta casa pertenecerá a los bienes del señor Tomás?

—Sí, y creo que es la única finca que tiene.

—Bien; Vds pueden seguir habitándola siempre, porque yo se la cedo para ello hasta que vuelva por acá.

—¡Oh! gracias, mil gracias, y Dios se lo pague a V., respondieron a un tiempo marido y mujer extrañando semejante generosidad, que contrastaba notablemente con el pobrísimo traje que vestia Diego.

La casa, construida de madera, y pequeña, valía muy poco alquilada y aun vendida.

—Y, digan Vds.: ¿podrían darme noticias de un tal señor Pedro, capitán que fué de la casa Mesina y compañía, y que mandaba un bergantin de la propia casa, llamado el *Céfiro*, hará como veinticuatro años?…

—No hemos oído nunca hablar de nadie, ni de nada de lo que V. dice.

—Hace mucho tiempo, ya lo veo; pero este señor Pedro, prosiguió Diego, fué luego a la trata de negros, y de esto no hace más que once o doce años.

—Tampoco podemos responder a V. a eso.

Diego salió, fué al momento a sustituir con otro más decente, el traje que llevaba, y a preguntar por todas partes y en toda la ciudad por el señor Pedro, capitán del *Céfiro*, de la casa Mesina y compañía.

Inútiles fueron sus preguntas durante tres días; pero al tercero, cuando ya tenía tomado el pasaje para dirigirse a Lóndres y empezar a cumplir el legado del contramaestre, tropezó con una persona, de la cual pudo sacar alguna noticia.

Era un viejo marino que encontró en la casa donde fué a tomar el pasaje.

—¡Ah! sí… ya caigo ahora… Sí, me parece mucho que se llamaba Pedro, respondió el viejo marino a la sempiterna pregunta de Diego.

—¿Y el apellido, lo recuerda V.?

—No, señor, el apellido no lo recuerdo, porque le llamábamos siempre el capitán Pedro.

—La casa Mesina quebró, según me han dicho.

—Sí, señor, desde el robo del pirata, que fué el tercero y el más fuerte que tuvo la casa, quedó arruinada por completo.

—¿Y ese señor Pedro, por dónde parará ahora?

—¿El capitán?

—Sí.

—No sé decir a V., hace mucho tiempo ya, oh si, lo menos hace de esto seis años, oí, no sé a quien, que le había visto en la Habana, donde gastaba gran carruaje como un señor principal.

—¿Y no sabe V. quién podría darme algunas noticias de el en la ciudad?

—No sé decir a V.

Diego dejó al marino después de haber pagado generosamente sus revelaciones, viendo que ya nada más podría sacar que lo que aquel le había dicho.

—De todas maneras, no es poco, iremos primero a Lóndres y luego a la Habana. Si vive y le encuentro, para hacerle la guerra son necesarias otras armas que las que tengo, y estas armas son el dinero.

Diego no sabía a punto fijo, ni mucho menos, la suma a que ascendia la fortuna que le había dejado el tio Tomás, pues no entendia una palabra, fuera de las cifras, de los títulos que llevaba consigo, ni había querido averiguarlo, valiéndose de alguien que los conociera en la población, pues comprendía que, a ser una cosa regular la herencia, como creia firmemente, hubiera levantado en la ciudad habladurías, que juzgaba no podían convenirle.

Pero, sin embargo, como decimos, tenía motivos para juzgar bastante crecida la herencia.

—Segun está dispuesto el mundo, se dijo, y la posición que en caso de que viva, debe gozar ese bribon, yo necesito presentarme bajo cierto aspecto ante las gentes y ese aspecto está principalmente en el hábito.

Echóse una mirada a sí mismo, y exclamó:

—El que llevo es demasiado humilde, y aunque no ha servido más que tres días es preciso sustituirle por otro mejor.

Observó cómo vestian los hombres de alguna posición en la ciudad, y empezó por hacerse un traje igual para embarcarse.

Difícil hubiera sido, aun a sus más íntimos amigos y personas más allegadas de antes, conocer a Diego bajo aquel limpísimo y elegante traje.

Empezando por la cabeza, limpia ya y bien peinada, la cubría con

un gracioso sombrerillo de jipijapa. La finísima tela de Holanda de la camisa, vuelto el cuello sobre una estrecha corbata de raso negro, se confundia a corta distancia con la levita y el pantalon blanco de puro hilo, en cuyo talle se escondia, unido al reloj, el extremo de una rica soguilla de oro que pendia del cuello cruzando el transparente pecho de la camisa. Un zapato escotado de charol encerraba el pié sobre una blanca media de hilo de Escocia.

Diego, sin embargo, con su nuevo y perfectamente construido traje, que tan bien sentaba a su bien formado cuerpo, distaba muchísimo de asemejarse a uno de esos hombres consagrados al más ridículo de los cultos que pueda tener una persona racional en el mundo; esto es, al culto de sí mismo por medio del engalanamiento esterior del individuo.

Su elegancia natural y no estudiada, ni aprendida, no revelaba ese tan indigno como escrupuloso cuidado, que implica la ausencia del verdadero juicio en la mente que en tales frivolidades se emplea, y, subiendo desde su traje a su rostro, no se encontraba la vista con el lastimoso contraste de un magnífico cuerpo y una fisonomía liviana, cuando no marcadamente estúpida.

Además, los sufrimientos, al punto en que a Diego habían afectado y en una tan esquisita sensibilidad como la suya, imprimieron en su rostro un sello tal de indiferencia a las cosas vanas del mundo, que la persona menos conocedora, hubiera hecho a primera vista una excepción en su favor al observarle, por ejemplo, en un círculo de esos tantos elegantes casquivanos.

Despachados todos los documentos, sin olvidar, en aquellos en que era necesaria, la firma del cónsul inglés, para poder legítimamente presentarse a recoger lo que le pertenecia, como heredero de Tomás Ponce, se embarcó para Inglaterra, en una fragata tomando un camarote de primera.

CAPÍTULO XVIII.
El último Pedro

sí que estuvo Diego en Lóndres, sus primeras diligencias, como es de suponer, fueron las necesarias para recoger la herencia depositada en aquel banco.

Excediendo aún a sus esperanzas, el capital era cuantiosísimo, acumulados los réditos no cobrados de tantos años, que venían a aumentar más y más la gran suma del dinero primeramente impuesto en aquel establecimiento.

Diego no hizo más que ponerlo a su nombre, dejándolo de manera

que estuviese todo o en parte, según le conviniese, a su disposición en cualquier momento que contra el banco girase.

Tomó lo necesario a su permanencia en la gran ciudad, e inmediatamente pensó en aprovechar el viaje, haciendo relaciones que sirviesen a uno de los principales objetos que, podemos decir, en el mundo le tenían.

A un hombre de su natural talento y con los medios metálicos de que disponia, no le fué difícil adquirir esas relaciones en cortos días.

Lo primero para que las hizo servir, fué para ver por sí, es decir, por medio de persona competente, el proceso seguido al pirata Genaro.

El pensamiento de Diego, fué realmente bueno; pero no tuvo resultado.

Uno de los principales cargos contra el pirata consistia en el robo del bergantin *Céfiro*.

Pero el nombre del capitán no aparecia en el proceso.

—Nada me queda ya que hacer aquí, se dijo después de esto, sino pasar a la Habana, punto principal de mis pesquisas y averiguaciones, mientras no tenga más noticias que las que me dió aquel viejo respecto del paradero del tal Pedro.

Provisto, pues, de muy buenas cartas, para principales casas de la perla americana, embarcóse de nuevo para las Antillas.

Llegado que hubo a la populosa y gran ciudad, su posición no fué menos falsa que en Lóndres.

Todas las señas que tenía, eran de que allí se había visto en un carruaje a un hombre, al parecer rico, llamado Pedro de tal y tal figura, y esto ocho o nueve años atrás.

Diego se guardaría muy bien de preguntar con tan simples señas a nadie.

¿Preguntaría si entre los hombres ricos de la Habana había uno que se llamara Pedro?

En la Habana había muchos ricos que iban en carruaje, y el nombre de Pedro no era por desgracia tan poco comun.

Esto era tan simple como aquello.

¿Qué hacer, pues, en semejante situación?

Diego no lo sabía ciertamente.

Pasar un día y otro día, aguardando a que la casualidad se lo presentara delante, era morir de impaciencia y de ansiedad, y, por otra parte, no era su venganza, la cual no se limitaba tampoco esclusivamente al capitán del negrero, el único objeto de sus afanes.

Existia además el deseo de volver a su patria, que guardaba los objetos más caros, a su corazón.

Pero al mismo tiempo que esto pensaba, se decía también:

—Ese hombre, cuando el señor Tomás quedó tan rico, debió necesariamente hacer una fortuna colosal, y si es así, no es un imposible hallar un rastro de él en la Habana, aun con las vagas señas que yo traigo. El corazón me dice que no debo abandonar esto tan pronto. Reflexionemos bien. A él se le vió aquí hace ocho años: accidentalmente, hecho ya un señor, no estaría; en primer lugar, porque cansado ya de viajar, un hombre así escoge el punto que más le place, y allí, sin moverse ya, va a disfrutar de la fortuna que ha conseguido: y luego que para eso de viajes de recreo, otras partes más a propósito tiene el mundo que la América.

En cierto modo Diego no discurría mal.

—Además, proseguía reflexionando, que no debe ser ya un joven y esta es otra razón para que yo no le considere con humor de visitar ciudades, donde tantas veces habrá estado como es en la Habana.

Al fin, después de haberse repetido una y otra vez estas y otras consideraciones, exclamó:

—Siento que debo quedarme aquí por ahora, y me quedo.

Así lo resolvió, y así lo hizo.

Pero pasaba un día y otro día, y la esperanza se iba desvaneciendo a medida que su afan por partir a la península española aumentaba, dejándose sentir más vivamente en su corazón las causas que ya conocemos.

Desesperado ya de inútiles pesquisas, y después de haber escrito en un libro todos los nombres de los ricos capitalistas que tenían el de pila que él buscaba, y haberlos visto a todos, determinó dejar la América, y si no abandonar, porque esto era imposible en un hombre que guardara los dolorosos recuerdos que él tenía, el objeto de su venganza por este lado, no entregarse a pensar en él tan contínua y ardientemente como hasta entonces lo había hecho.

Era la víspera de la partida.

Diego estaba solo y sentado junto a una de las mesas de una especie de café, puesto al aire libre y bajo un hermoso y vistoso entoldado de tela listada de colores, cuando oye a otras personas que en la mesa inmediata había, estas palabras:

—Ahí viene el rico D. Pedro…

Al oir este nombre, Diego saltó involuntariamente en su asiento.

—Marchando como un nabab en su lujosa carretela, continuó la persona que había hablado en la mesa inmediata.

—El ladrón de D. Pedro, dirías mejor, añadió otro.

Diego dió otro salto, quitando repentinamente la vista de los que así hablaban, y volviéndola al punto por donde pasaban los carruajes.

Pero es el caso que no era solo el de aquel D. Pedro el carruaje que venía, sino muchos y muchos de otras tantas familias bien acomodadas, que salen en ellos a paseo en aquella hora fresca de la tarde.

Mucho y con muchísima avidez miró Diego, tocando apenas con la ropa al asiento de la silla.

Diríase que todo su cuerpo estaba suspendido por la fuerza de la idea que ocupaba su mente.

Y con efecto era así.

Sin embargo, en él se realizó una vez más, en aquel instante, el sabido dicho de que cuando uno más mira, menos ve, tomando estas palabras en su sentido puramente literal.

En cada carretela le parecia ver al maldito D. Pedro, y de la misma manera que, movidos por su propia ansiedad, fijaba los ojos en un carruaje, los quitaba para dirigirlos a otro, y tantos caballeros le parecieron el hombre que buscaba y tantas veces dejaron inmediatamente de parecérselo, que al fin, después de los momentos en que calculó debia ya haber pasado entre tantos su D. Pedro, apartó la vista confusa, sin haberse podido dar cuenta de nada de cuanto por delante de sí había pasado.

Al cabo de un rato miró a los de la mesa, a quienes dejó de oir desde el momento en que su atención tan ávidamente se ocupó en otros objetos, resuelto a dirigirles otras de las infinitas y siempre parecidas preguntas, que a distintas personas, con igual objeto, había dirigido.

Aquella tarde, por ser la última de su permanencia en la Habana, según tenía resuelto, había de ser tarde de fuertes sensaciones para Diego, respecto del asunto que en la ciudad le había detenido.

Al tiempo que iba a hablarles, uno de ellos decía, como respondiendo a otro:

—¡Qué mayor felonía que la que hizo a la casa de Mesina y compañia!, ¿acaso hay quién ignore eso?

Figúrese el lector la sensación de Diego a estas palabras.

Iba a hablar y la emoción le cortaba la voz, sus ojos se nublaban y su mente bullia al calor de las ideas de venganza que en tropel le asaltaron en aquel momento.

Pero no había necesidad de que Diego preguntase para saber más detalles que conviniesen a las señas y los datos que él traía.

La conversación iba siguiendo.

—De suerte, añadia otro de los de la mesa, que ese hombre que hoy se presenta tan osadamente pulcro y bueno, ha sido todo lo sucio y malo que hay que ser en el mundo.

—Figúrate y anda sumando: negrero.

Diego devoraba con la vista a los de la mesa.

—Usurpador de fortunas agenas, y hasta pirata.

—Acerca de esto último, si no lo ha sido, a lo menos se asegura que ha estado desde la ciudad en connivencia con ellos.

—¡Ah! ¡no hay duda! ¡no hay duda! ¡es él! ¡sí, sí, no puede ser otro! ¡Bien me lo daba el corazón! exclamó Diego casi a media voz.

Luego, levantándose inmediatamente, dió tres pasos y se paró ante la susodicha mesa.

—Caballeros, Vds tal vez extrañarán mi pregunta, juzgándola impertinente; pero ruego antes a Vdes. que disimulen, pues tengo motivos poderosos para hacerla.

Los de la mesa, cuyo porte revelaba ser lo que se ha dado en llamar, por el aspecto, personas decentes, miraron a Diego, cuyo acento y cuya digna presencia les inspiraron al momento toda la consideración que puede inspirar un desconocido que se presenta en tales términos y en semejante caso.

—Diga V., caballero, respondió uno de ellos.

—Esa D. Pedro de quienes Vds estaban hablando…

—Sí, señor, me afirmo en lo mismo, interrumpió, sin dejar concluir a Diego, el más joven de todos; he dicho que era un ladrón y al repetirlo delante de V., comprenderá que estoy dispuesto a darle todas y cuantas satisfacciónes quiera, cómo y dónde se le antoje.

Diego quedó parado de pronto ante semejante exabrupto, que contestó después de unos momentos:

—Caballero, siento que haya V. interpretado mal la intención mia. Si V. me hubiese dejado concluir…

—Tiene razón, observó otro; apenas has dejado hablar a este caballero.

—¡Oh! diga V. entonces, diga V.

—Quizás yo tenga, prosiguió Diego, más motivos que todos Vds para hablar y aún obrar en contra de ese D. Pedro; pero como soy recien llegado aquí y no tenía noticias de su paradero, a Vds., que por lo visto le conocen, me tomaba la libertad de pedírselo.

—¡Ah! pues si no es más que eso, le daremos a V. todas cuantas desee.

—La primera que estimaría de su bondad, es la de donde vive.

—En un ingenio que hay a media legua de la ciudad, el primero que se encuentra a la izquierda saliendo por la calle de la Salud.

Diego sacó la cartera y repuso.

—Con permiso de Vds., aunque no sería fácil que se me borrara de la memoria, voy a ponerlo aquí.

Y tomando el lápiz, lo apuntó en una hoja.

—¿Quiere V. saber algo más?

—¡Oh! mil gracias, es todo cuanto deseaba.

Y saludando cortesmente, Diego se alejó de la mesa exclamando:

—¡Me lo daba el corazón!

Sin detenerse en parte alguna, se fué a la habitación que ocupaba en una de las fondas principales.

Entró, tiró el sombrero sobre la mesa, y se puso a pasear la sala de arriba abajo.

Naturalmente, después de sabido lo que sabía, necesitaba estar solo para pensar, para determinar lo primero que requería hacer, a fin de dar principio a la realización de una parte y no la menos importante de sus deseos de once años.

—¡Ah! ¡no he preguntado el apellido!… pero no importa, ¡qué más apellido que las vilezas que he oído! ¡vilezas todas suyas!…

¡Ah! ¡es él, es él!

Diego pensó doscientos medios de empezar su venganza y doscientas veces rechazó lo mismo que acababa de pensar.

Y no era que su cerebro se confundiese así tan fácilmente.

Pero la súbita certeza de la existencia de aquel infame en la Habana, que sucedió cuando precisamente acababa de perder la última esperanza de hallarle, le afectó de tal modo que trastornó hasta cierto punto su imaginación en los primeros momentos de tan anhelado descubrimiento.

Anochecia cuando Diego llegó a la fonda.

Aquella noche fué una de las más agitadas que había pasado en su vida.

A la primera luz del alba, despertó de un sueño de pocos instantes conciliado.

Saltó de la cama y exclamó:

—¡Ya llegó el día!

Y más sereno calculó:

—De todas maneras, lo primero que hay que hacer es verle yendo a su misma morada. El pretesto… cualquier pretesto es bueno; él no me ha de conocer de seguro. Así que le vea… ¡Oh!… ¡en aquel momento, exclamó, téngame Dios de su mano! Qué diablos, así que le vea, nada; le habré visto y entrado con él en relaciones, que es lo que yo necesito, concluyó Diego con acento precipitado y como reconviniéndose a sí mismo por la impaciencia irresistible que volvía a sentir. En fin, nada, lo primero es ir a verle. Vamos, pues, al ingenio y calma, Dios mio, dadme sobre todo la calma que necesito, ya que a vuestra justicia sin duda debo esta feliz casualidad.

Llamó y mandó poner inmediatamente un carruaje.

Salió, después de haber aguardado todo el tiempo que sus nervios le permitieron, pues era todavía bastante de mañana, y dió al cochero las señas y la órden de partir hacia el ingenio.

—¡Ah! ¿es el ingenio de D. Pedro Miron? sí, ya sé, ya sé, señorito, está como una legua lejos de la ciudad.

—Lo que son las cosas, exclamó Diego en su interior; no ha mucho me reconvenía el no haber preguntado su apellido, y ahora, sin preguntarlo, viene a decírmelo este hombre.

Y volviéndose al cochero le dijo:

—Sí, pues, al ingenio de D. Pedro Miron hemos de ir. ¿Tú le conoces? preguntó Diego al cochero, al cual tuteó sin embargo de que le veía por primera vez, no queriendo, como le había sucedido ya, emplear un respeto a que los cocheros no están acostumbra dos en ningun país y que es causa hasta de menosprecio por su parte hacia la persona que lo usa, cuando debia ser motivo de mayor atención.

Y es que el envilecimiento en que viven, mata tan por completo en ciertas gentes los sentimientos dignos del alma, que ésta, al columbrar un átomo de dignidad en cualquier sentido, huye como espantada confundiéndose en el lodo de su bajeza.

—¿Si conozco yo a D. Pedro? respondió el cochero a la última pregunta de Diego; vaya si le conozco, sí señor.

—¿Y qué tal persona es?

—¡Ah! es un señor muy rico.

—Ya sé eso… quiero decir, de trato, así… si es familiar…

—¡Ah! muy bueno: D. Pedro, crea V. que es uno de los señores más apreciables que hay.

—Desde luego, se dijo Diego a sí mismo, inútil era que preguntase nada de eso a este hombre. Sin embargo, no todos tienen la misma opinion. Mira, no hay necesidad de ir muy deprisa.

—Iremos al paso si V. quiere, señorito.

Diego subió al carruaje y éste emprendió la marcha hácia el ingenio de D. Pedro Miron.

A la entrada paróse el carruaje.

—¿Es aquí? preguntó Diego.

—Sí, señor, aquí es, no podemos pasar más adelante, por la obra que están haciendo ahí; pero no son más que cuatro pasos.

—No le hace, ya puedo ir a pié hasta la casa.

Diego se dirigió a la casa, o mejor al palacio, que en frente de sí tenía, sin volver la vista a uno ni a otro lado, fija siempre en el solo y esclusivo objeto de su pensamiento.

Cercano a la casa se hallaba, cuando oye a su espalda un gran

grito, al paso que siente como se le abraza una persona a las piernas.

Diego estuvo a punto de caerse.

Bajó la vista sobresaltado, dando a su vez otro grito de sorpresa.

Era la negra que le había salvado.

Este encuentro alegró y disgustó a Diego al mismo tiempo.

—¡Cómo! ¡tú aquí!

—Ay sí, me cogieron y me vendieron.

—¿Eres esclava? le preguntó.

—¡Sí! respondió la infeliz llorando.

—Yo le libraré.

La negra besó los piés de Diego.

—Pero sobre todo no digas que me conoces, ni que yo he estado allí, ¡porque entonces nos matarían a los dos!…

El lector comprenderá por qué Diego hacía semejante prevención y en tales términos a la negra.

—¡Oh! ¡no, no! ¡no diré nada!

—Vuelve pues a tu sitio y aguarda a que yo vaya por tí.

La negra se volvió, dejando a Diego estupefacto.

—¡Los hombres se encuentran!… ¡cuán cierto es!

Y siguió su camino hasta llegar a la puerta de la casa.

Preguntó, pasóse el recado a su merced el dueño de aquel palacio, y después de aguardar como una media hora, Diego pudo entrar en la sala donde debia recibirle el *podestá* americano.

La luz del sol penetraba apenas por las verdes persianas, que tenían además para debilitarla pintados y lujosos transparentes.

El señor D. Pedro estaba de pié en medio de la sala.

Diego entró en ella temblándole casi las piernas de pura inquietud.

Al ver la figura de aquel, su corazón dió como un salto dentro del pecho, y las palabras con que había pensado saludarle, espiraron entre sus trémulos labios.

—¿Qué se ofrece a V? preguntóle D. Pedro al Verle parado a dos pasos de la puerta.

—Venía… porque he visto una negra entre los esclavos que V. tiene, y si acaso V. quisiera volver a venderla…

—¿Qué negra es?

—¡Oh! difícil será que pueda yo señalarla desde aquí, con palabras.

—Aunque yo necesito hoy todos los esclavos que tengo, sin embargo, espero dentro de breves días algunos más y puedo servir a V. Saldremos, y V. me la ensenará.

Diego adquirió toda su serenidad.

Don Pedro pasó la puerta, y al salir a la luz, faltó tiempo a Diego para fijar la vista en su rostro.

—¡Tampoco es!…

Con efecto, aquel D. Pedro, como los anteriores que Diego había visto, no era el que buscaba.

—¡Pero es particular, se decía, que sean las de este hombre casi las mismas felonías que hizo el otro!

Esto consistia en que en todas épocas puede haber más de un hombre que se llame Pedro y cometa o haya cometido los mismos crímenes que otro llamado como él.

—Este es ya el último Pedro que busco. Sin embargo, continuaba reflexionando, mientras que con el dueño del ingenio se dirigía al sitio en donde estaban trabajando los negros; a éste deberé el placer de poder pagar, con igual beneficio que de ella recibí, a mi generosa salvadora.

Cincuenta pesos más o menos, Diego se llevó consigo a la negra.

—¿Y ahora qué quieres hacer? le preguntó así que la hubo sacado del poder de su amo.

—Volverme a Mallemba.

—¿A que te vendan otra vez?

—¡Oh! ¡no, no! Y aunque eso sea, quiero volver.

Diego conocía ya el carácter de aquella mujer, y sabía que no había de convencerla.

¡Tanto podía en ella, por otra parte, el amor a su patria!

Con no poco trabajo pudo encontrar un capitán que iba a salir a los pocos días, el cual se comprometió a volver a la negra a su pais.

—No siento los días de más que he pasado aquí. He pagado una deuda sagrada, exclamó Diego, terminado este asunto. Ahora nada me resta ya que hacer en América… ¡Europa! ¡España! ¡Barcelona! ¡Quiera Dios que encuentre en tu adorado suelo los objetos de mi amor, ya que en este no he podido hallar el de mi venganza!

FIN DE LA PARTE PRIMERA

PARTE SEGUNDA

BARCELONA

CAPÍTULO I.
En que se demuestra como un hombre puede no encontrar en su sitio la casa que dejó

DESDE cualquier punto de la Muralla de Mar y principalmente desde el extremo inmediato a Atarazanas, se ve, asomado uno al muro que besan las tranquilas o alborotadas olas, como entran y salen del puerto de Barcelona la infinidad de buques de todas partes del mundo que en el transcurso del año visitan la antigua capital del Principado de Cataluña.

El espectáculo del puerto es siempre el mismo.

El mismo bosque que forman los palos y jarcias de tanto buque flotante sobre el agua; por lo comun el mismo mar, el mismo horizonte, las mismas gaviotas pescando los pececillos en la superficie, o meciéndose como un puñado de blanca espuma sobre el agua, las mismas velas de las barcas de los pescadores, en una palabra; el mismo puerto. Y sin embargo, todos los días, a todas horas, hay en la Muralla de Mar gente asomada contemplando un cuadro que tantas veces ha visto, sin explicarse el porqué la atrae siempre con igual deseo la contemplación del mismo espectáculo.

¡Admirable secreto de la naturaleza!

Reúnanse en un punto los más preciosos y variados productos del arte; y el que vaya a verlos, se admirará la primera vez, volverá al día siguiente y contemplará sin admiración lo que viera el anterior; y al tercer día pasará con indiferencia, sin mirar ya las maravillas que tanto le pasmaron el primero.

Mas la naturaleza ofrece un cuadro; el hombre no se admira, pero goza en su espectáculo, y el sentido y el sentimiento, que no salen ni fatigados, ni satisfechos completamente, porque no es dable a la pequeñez del hombre abrazar nunca la grandeza de la obra, vuelven al día siguiente, y al otro, y al otro, y sin buscar nada nuevo, continúan en el goce primero a cuyo fin no llega nunca el alma, ya que la mente no llega nunca tampoco a explicárselo por completo.

Hé aquí la verdadera causa: en el cuadro que ofrece el puerto, entra principalmente la naturaleza. ¿Qué cosa más monótona que la soledad del mar tranquilo, contemplado desde un buque, punto perdido en medio del Océano, y en el silencio de la noche?

Y sin embargo, quien no se conmueva ante la grandeza de un cuadro que forman el cielo y el mar, quien no respire en sus brisas su inmensa poesía, quien no sienta en su corazón las dulcísimas armonías de la naturaleza, que habla solo allí donde todo calla, bien puede decir que tiene ojos y no ve, oídos y no oye, y que su corazón está cerrado a todo sentimiento delicado y puro.

En la tarde del 4 de octubre de 1857, las gentes que asomadas a la Muralla había, tenían todas la vista fija en un mismo objeto.

Era una fragata que, pausada y magestuosamente, impelida por una brisa suave que hinchaba apenas sus lonas, entraba en el puerto de Barcelona.

—Esa fragata vendrá de América, decía uno.

—Seguramente.

—Es la *Curra*, según parece.

Con efecto: era la fragata *Curra*, procedente de América, la que entraba en el puerto.

Apenas se echaron anclas, el capitán saltó a tierra, tomó la entrada, y a su vuelta a bordo, subieron tras él a la fragata, una porción de mozos de cordel a ponerse a disposición de los pasageros, que, llegando del país en donde no se conoce la moneda de cobre, acostumbran pagar liberalmente en buena plata los primeros servicios que reciben al poner el pié en Europa.

Entre los pasageros de la *Curra*, venía uno a quien se dirigieron tres o cuatro mozos a la vez.

Para esta preferencia, no parecia, sin embargo, haber un motivo a primera vista.

La codicia de los mozos era natural que fuese llamada allí donde mayor riqueza se notaba, y entre los viajeros de la *Curra*, el más solicitado no era ciertamente el que más rico parecia.

Fuera de un pedazo de cadena de oro, bastante delgada, que asomaba por entre las solapas del abrochado gaban, no lucia en toda su persona joya alguna que llamase la atención; mientras que en los demás se notaban al momento, acompañando a las pesadas y gruesas cadenas de oro sobre el chaleco, los grandes alfileres cuajados de diamantes en la pechera de la camisa, y los recios anillos cubriendo casi toda la falanje de los velludos y carnosos dedos.

Pero en medio de aquella sencillez, se notaba, por otra parte, un aire de nobleza y liberalidad que despertó el interés de los mozos, más que todo el lujo y el boato que los otros viajeros ostentaban.

—Caballero, yo llevaré su equipaje de V., dejáronle dos a un tiempo.

—Bien; ¿pero cuál de los dos ha de ser? preguntó el caballero sonriendo.

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Calla tú!

—¡Yo se lo dije primero!

—Vamos, basta, basta. Hay dos cofres, llevaréis uno cada uno.

—Bien, ¿en dónde están?

—Esos dos de piel negra que sacan ahora.

—Tenga V. pues la bondad de saltar a esa lancha verde. ¡Eh! ¡tú! ¡En la laucha va el caballero, pero la quiere para el solo! ¡cuidado con embarcar a nadie más!

El caballero, sin embargo, no había dicho una palabra de esta órden.

El barquero, con esta indicación de uno de los mozos, tuvo lo suficiente para conocer que venía a su lancha un buen pasagero.

—Cuidado, caballero, déme V. la mano… ahora póngala en mi

hombro y salte V… así. Tenga V. la bondad de sentarse a popa. Aguarde un instante… siéntese ahora sobre este chaqueton.

—No le hace.

—Irá V. siempre mejor. ¡Eh! ¡tú, Juan! ¡a ver si viene pronto el equipaje del caballero, que hace ya media hora que se aguarda!

Apenas hacía tres minutos que había saltado a la lancha.

Los mozos bajaron de la fragata a la pequeña embarcación con los dos baules.

—Vamos, y abogar deprisa que el caballero querrá llegar pronto a casa.

—¿A dónde hemos de ir, caballero?

Éste no respondió.

Tenía la vista fija y clavada en el muelle.

El mozo repitió la pregunta.

—A una fonda.

—¿A las Cuatro Naciones?

—Bien, respondió maquinalmente el caballero.

La lancha llegó a la escalera del desembarcadero.

Tres pobres a un tiempo embistieron, digámoslo así, al americano apenas puso el pié en el muelle.

—Apartad, exclamó uno de los mozos, con una solicitud, tan servil para el caballero, como cruel para aquellos desgraciados.

Eran dos hombres y una mujer con un niño en brazos.

—¡Dejadles! dijo aquel sériamente a los mozos.

Y metiendo los dedos en el bolsillo del chaleco, sacó una moneda de oro de a cuatro duros, que dió a la mujer diciéndola:

—Dos duros para vos, y veinte reales para cada uno de esos hombres.

—¿Quiere V. coche, caballero? le preguntó en el mismo momento un *lacayo de alquiler*.

—Sí, ¿en dónde está?

—Ahí, caballero, subiendo esa escalera lo encontramos a los cuatro pasos.

—Puede V. tomar el coche, que nosotros andaremos al lado con los cofres, dijo uno de los mozos.

—¡Vamos! exclamó el caballero dirigiéndose a la escalera.

—¡A la fonda de las Cuatro Naciones! gritó, mandando al cochero, uno de los mozos.

Llegaron allá, y el americano, sacando del bolsillo un peso fuerte, dijo a los mozos:

—Para los dos.

El mozo que alargó la mano para tomar los veinte reales, se quedó

un momento parado mirando estupefacto la moneda.

—¿Qué te ha dado? lo preguntó el compañero.

—¡Veinte reales!

—¡Veinte reales, nada más!

—Si lo sé antes, no hubiera sido yo quien le lleva el cofre.

—¡Ni yo!

—¡Vaya un americano miserable!

—Quien había de pensar que un hombre que da limosnas de dos duros…

—Y así refunfuñando los dos mozos se alejaron de la fonda poco menos que maldiciendo el nombre del caballero a quien poco antes hubieran besado los piés.

—El nombre de V., caballero, le preguntó el mozo de la fonda al darle el cuarto.

—Augusto Mendoza.

Éste subió a su cuarto, mudóse el traje, y salió inmediatamente a la calle.

Siguiendo la Rambla llegó a la plaza de la Boquería.

Allí paróse de repente quedando inmóvil como una estatua y fija la vista en el suelo.

—¡Aquí fué donde la ví por última vez!…

Con esta exclamación, nuestros lectores habrán adivinado ya a Diego en la persona del caballero americano, a pesar del nombre que dió al mozo de la fonda.

Si durante su cautiverio no le hubiésemos visto más de una vez lanzar exclamaciones que nos indicasen hasta qué punto guardaba en su corazón el amor de Clara, bastaría para darnos una idea de su constancia en este sentimiento, el efecto que en él causó el verse por primera vez, después de trece años, en el sitio donde oyó las últimas palabras de los labios de su amada.

Hemos dicho que esto sucedía después de trece años, porque además de los once del cautiverio, Diego pasó dos en Inglaterra y América, con el objeto que antes hemos visto.

Un buen rato estuvo parado en aquel sitio, volviendo la cabeza a la calle de la Boquería y del Hospital alternativamente.

Su corazón luchó un instante respecto de la dirección que tomaría.

La calle de la Boquería le atrajo al fin.

Llegó a la plaza del Ángel, entró en la de la Boria, y se metió en el callejon de San Ignacio, pasando seguidamente a la calle del Mill.

—¡Qué es esto! exclamó al verse sin sentirlo en medio de la calle de la Princesa.

Y empezó a volver la cabeza de un lado hácia otro, mirando

alternativamente arriba y abajo, como un hombre que ha perdido el tino.

Y Diego lo había perdido realmente.

Volvió a entrar en la calle del Mill.

—Sí, ésta es, porque la reconozco, exclamó, la calle mia; ¡pero no hay más que la mitad!…

Con efecto, la nueva calle de la Princesa, abierta mucho después de su salida de Barcelona, cortó por mitad, destruyéndola, la calle y la casa en que vivían Diego y su madre.

—Empiezo por no encontrar la casa en donde vivía, ¡en donde seguramente habrá muerto de dolor mi madre!

Preguntó a varios vecinos de la otra media calle, pero ninguno de los de su tiempo habitaba ya en ella.

Diego sintió un pesar profundísimo.

Atravesó la calle de la Princesa, y entrando en la de Moncada, se fué directamente a la parroquia de Santa María.

Subió a la habitación del cura, por el que preguntó, e introducido que fué a su presencia, le dijo:

—Yo venía a pedir a V. un favor.

—Diga V. en qué puedo servirle.

—Desearía saber si María Rocafort, que vivió en la calle del Mill, existe o ha muerto.

—¿Cuánto tiempo hace que vivía allí?

—Trece años ya.

—¡Ah! yo no hace más que dos que sirvo esta parroquia, caballero; pero podemos mirar el libro.

—Se lo agradecería a V. infinito.

El cura sacó el libro de defunciones.

—¿Cómo dice V. que se llamaba?…

—María Rocafort.

—¿Hace trece años?

—Sí, señor.

—Entonces era en el cuarenta y cuatro, decía el cura mientras hojeaba el libro.

Diego devoraba con la vista la mal trazada letra de aquellas páginas.

—Sí, señor, respondió el sacerdote a la primera pregunta de Diego.

Éste se estremeció.

—¿Con que dice V?…

—Que ha muerto, caballero.

—Una lágrima asomó a los párpados de Diego, que tuvo que aguardar unos momentos para poder hablar y preguntar al cura:

—¿Y en qué día murió?

—El 15 de abril de 1844, respondió el presbítero cerrando el libro.

—¡A los cuatro días de mi partida! exclamó Diego para sí.

Y apretó los labios, y contuvo la respiración para sofocar un suspiro y contener una lágrima, que, brotando del fondo de su corazón, hubiera vuelto a asomar a sus ojos.

—Otra pregunta quisiera hacer a V., continuó.

—Diga V.

—¿No podría saberse en qué punto se enterró?

—¿Para buscar quizás el cadáver?

—Sí, señor, para eso.

—Muy difícil, será, sino imposible; porque aquí veo que se la enterró por pobre, y seguramente no tendría nicho propio.

—¡Ah! de seguro, no, señor.

—Y a los pobres, prosiguió el sacerdote, los sepultan en la tierra misma y en un pedazo de terreno que es comun a todos y está al lado del cementerio. Allí se hace un hoyo, y se entierran los pobres de solemnidad.

—¡De suerte, que ni el consuelo queda a los pobres de poder saber un día dónde se hallan fijamente los huesos de sus padres!

—¡Ya V. ve!… contestó humildemente el cura.

Diego sacó una onza del bolsillo y se la dió diciéndole:

—Tome V., padre, y mil gracias.

—¡Oh! caballero, esto no vale nada, respondió el cura rehusando la moneda de oro.

—¡Tómela V., y si tiene escrúpulo, diga V. una misa por su alma!

—Siendo así, es otra cosa, exclamó el cura resignándose.

Diego se despidió y bajó a la calle exclamando:

—¡Bien me lo daba el corazón! ¡Eso se llama no encontrar ni rastro siquiera! ¡ni la casa en que vivió, ni el sitio en donde fué sepultada!…

Volviendo por el mismo camino que había andado, pasó otra vez por la calle del Mill, y llegó a la Boquería.

Allí paróse en el mismo punto de antes.

—¡Quiero apurarlo todo esta noche! exclamó al cabo de un instante.

Y tomó el camino de la calle del Hospital.

La misma dirección que había llevado Clara la noche de la última despedida.

Recordará el lector que en el capítulo primero de la primera parte de nuestra historia, decimos que en la calle de Peracamps vivían Clara y su madre.

A la misma calle pues iba Diego.

En alas de su ansiedad, llegó en breve tiempo a la citada calle.

Desde la esquina sus ojos anhelantes se fijaron en el balcón del cuarto de Clara.

Paróse delante de la casa, levantó la cabeza, miró otra vez al balcón del piso tercero y entró.

A los pocos instantes llamaba a la puerta del cuarto.

—¿Quién va? respondió una voz desde adentro.

El metal de aquella voz extraña y desconocida heló el corazón de Diego.

—Servidor, respondió, sin embargo, con voz nada conmovida y diciéndose seguidamente: ¡aquí no ha desaparecido la casa, pero sí los habitantes!

—¿Qué se le ofrece a V.? preguntó una mujer abriendo la puerta con recelo.

—¿No viven aquí una madre y una hija?…

—¡Aquí no vive nadie! respondió la mujer cerrando fuertemente sin dejar concluir a Diego; ¡vaya con el señor, y la pregunta de la madre y la hija!… continuó refunfuñando dentro de la habitación.

Diego quedóse estupefacto, sintiendo al mismo tiempo un dolor extraño en su alma, herida así de repente por la bestialidad de aquella mujer que en tal ocasión daba semejante coz al puro sentimiento de su corazón angustiado.

Estuvo un instante inmóvil delante de la puerta, y luego fué llamando y preguntando a los demás pisos.

No halló la misma falta de crianza, pero si la misma respuesta en el fondo.

Nadie supo darle la menor razón.

Diego bajó a la calle exclamando:

—¡Si habré venido, Dios mio, para saber que ninguna de las dos existe!

Volvió a preguntar, no obstante, a varios vecinos de las tiendas, pero ninguno vivía en la calle más tiempo de cinco a seis años, y durante estos no había oído nadie el nombre de tales vecinas, ni reparado en las señas de las mujeres porque Diego preguntaba.

había ya anochecido, y desesperado de encontrar allí lo que buscaba, se retiró a su cuarto de la fonda, saliendo de la calle de Peracamps con un sentimiento parecido al que experimentó al dejar la calle del Mill.

CAPÍTULO II.
La tumba de los pobres

LA noche que Diego pasó fué verdaderamente triste.

—¿Y a dónde voy a preguntar ahora?… Yo sé de más de una familia amiga de la de Clara; pero en el transcurso de trece años, ¿quién va a dar ahora con la gente que entonces conocía? ¡Gran casualidad había de ser que alguno viviese tanto tiempo en una casa alquilada! ¡Mientras no haya muerto, proseguía, yo la encontraré a pesar de todo! ¡Pero hallaré hoy la misma Clara, que dejé entonces!…

Echóse en la cama, pero tuvo luego que levantarse. Con estas

reflexiones Diego no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Ora sentado, ora paseándose por el cuarto, su pensamiento era siempre el mismo.

Aquella noche, la primera de su llegada, tenía algo que se parecia a aquella otra noche última de su partida.

Sin embargo, preciso es confesar que en medio de su profundo sentimiento, experimentaba su corazón a intérvalos ciertas agradables emociones, que no por lo breves dejaban de ser dulces y bellas.

Una de estas emociones la sintió, cuando en medio del silencio de la noche hirió sus oídos la voz del sereno y el sonido de la campana de la Catedral, dando la hora de las doce.

Solo el que haya estado lejos de su patria muchos años y haya pasado estos en la desgracia, puede comprender él efecto que el alma experimenta al volver a oir aquellas voces, aquellos sonidos que oyó cuando niño, y que han acompañado su vida, mezclándose invariables y constantes en los primeros días de su juventud.

Diego abrió el balcón y se asomó.

La Rambla estaba completamente desierta.

Las alteraciones parciales de algunos edificios, no habían variado en nada su aspecto de antes, y Diego desde el balcón contemplaba el solitario paseo, retrotrayéndose su mente a tiempos más felices y dichosos.

Así le sorprendió la primera luz de la aurora, y sus párpados, que no pudieron cerrarse a las sombras de la noche, se cerraron al fin a la luz de la mañana.

A las tres de la tarde Diego despertó.

En su fisonomía se notaba, al despertar, la huella de un sueño doloroso, y de sus labios salió, como respondiendo todavía a una imágen del sueño, esta exclamación:

—¡Madre mia!

Salió a la calle, y se dirigió por la Muralla de Mar a la puerta de este nombre, tomando el camino del cementerio.

La tarde era serena, pero soplaba un aire bastante frío y el sol tenía ese color amarillento que tiene la luz en algunas tardes del otoño.

Diego llegó a la puerta del cementerio.

Sentado en uno de los poyos de la entrada, estaba uno de los guardas.

—¿Buen hombre, me hará V. el favor de indicarme dónde está el sitio en que entierran a los pobres de solemnidad?

En este momento dos enterradores, llevando una caja que había sido pintada de negro, y que a fuerza de servir había perdido casi toda la capa de la pintura, dejando ver la madera de pino, salían de la sala

llamada el *Depósito*, que es donde se guardan los muertos veinticuatro horas antes de darles sepultura, y pasaban la puerta del cementerio.

—Ahora van a enterrar a uno. Siga V. a esos hombres, y el lugar donde se paren es el que V. busca, respondió el guarda con la más helada indiferencia.

—Mil gracias.

Diego echó a andar tras los dos enterradores.

Estos tomaron la primera calle de la derecha, y atravesando otras, fueron a parar a un terreno de la extensión de dos mil piés cuadrados, en donde no se veía ningun nicho, y sí solo alguna que otra cruz de madera clavada en el suelo.

—¡Hé aquí *la tumba de los pobres*! exclamó Diego, ¡a dónde viniste tú, pobre madre mia!

Los enterradores se pararon junto a un hoyo, dejando en el suelo la caja del muerto, pero de una manera tan brusca, que hubiera descoyuntado los huesos de un vivo.

Levantaron la tapa y cogiendo por los extremos de una sábana un envoltorio largo que había del ataúd, lo echaron al hoyo, cubriéndolo después con la tierra misma amontonada a los bordes.

Cogieron otra vez la caja y se alejaron.

Diego observó toda aquella operación sin dirigirles ni una pregunta, pero diciéndose amargamente en su interior:

—¡Así harían con ella! ¡No había para que tener mayor consideración con su cadáver que con el de este infeliz!

Cuando los enterradores se hubieron alejado, Diego se quitó el sombrero, quedándose fijos los ojos en el suelo, e inmóvil como una estatua.

Difícil hubiera sido a cualquiera conocer a primera vista si aquel hombre oraba o meditaba en aquella posición y en semejante sitio: nosotros solo diremos que de sus ojos brotaban lágrimas, que no enjugaba por cierto la mano que sostenía la barba entre el índice y el pulgar, mientras tenía atrás la otra con el sombrero.

Al cabo de largo rato que Diego pasó en este estado, levantó los ojos para fijarlos en una persona que por delante de si acababa de pasar.

Era una mujer.

—¡Esta infeliz vendrá, también a visitar algún ser querido, sepultado *en la tumba de los pobres*!

A pocos pasos del sitio en que Diego se hallaba, había una cruz.

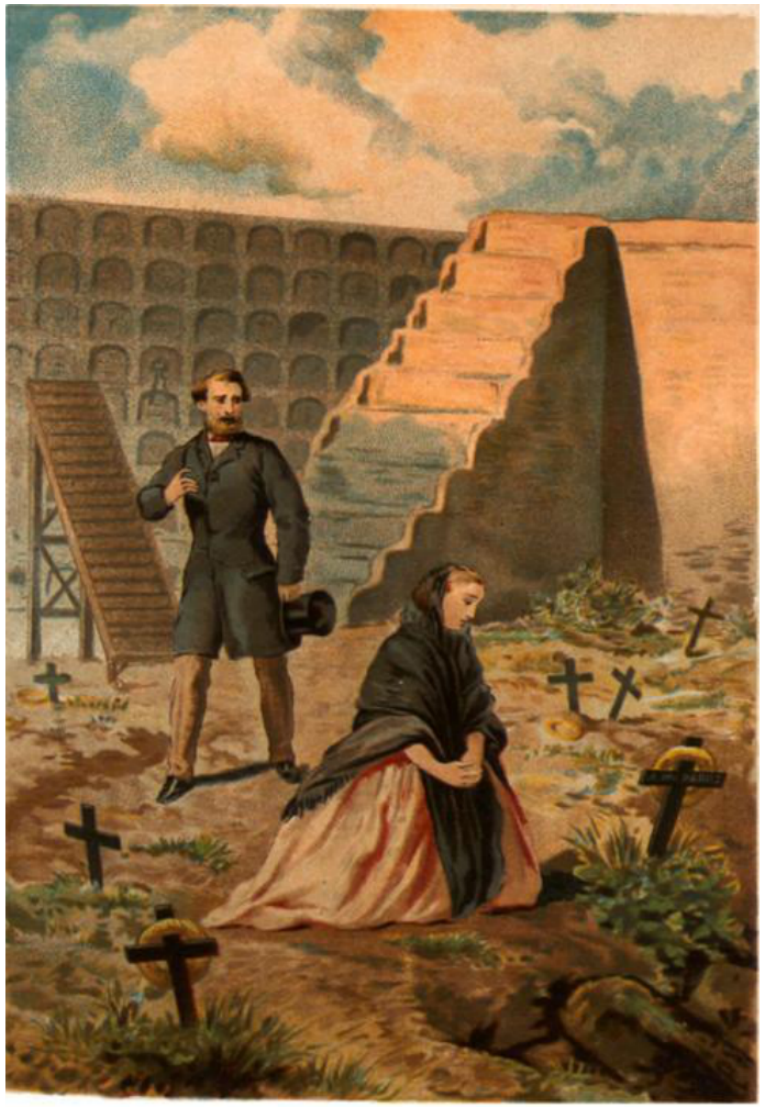
La mujer arrodillóse delante, levantó una corona de siemprevivas, la besó y la puso en el palo del medio.

Esta acción hizo un efecto inexplicable en el corazón de Diego.

¡Lo hubiera hecho en otro indiferente en aquel sitio, cuánto más en el suyo tan triste y angustiado!

No tardó en sentir una especie de curiosidad que le obligó a dar dos pasos a un lado, para poder observar el rostro de aquella mujer.

—¡Qué perfil tan admirable! exclamó. ¡Y qué joven es!



LA TUMBA DE LOS POBRES

Y por ese privilegio que alcanzan siempre en todas épocas y ocasiones la hermosura y la juventud, Diego sintió que lo que momentos antes fué no más que simple curiosidad, tomó el carácter de un vivo interés, al que acampanaban a un tiempo la piedad y la compasion.

El lector extrañará, tal vez, la súbita aparición de estos dos sentimientos; pero es que aquella mujer era una niña de diez y seis años, de rostro hermoso, pero ajado como la flor del jazmin azotada por el viento de la borrasca, y en aquel instante en que Diego la miró, corrían precisamente por sus mejillas lágrimas de dolor que salían del fondo de su alma.

La niña, abismada en su propio sentimiento, no paró la atención en la figura de Diego.

Este se acercó otros dos pasos para contemplar el rostro de la joven más de cerca.

Cuanto más la miraba, más crecia su interés y más aumentaba su compasion ante aquella fisonomía, en la cual se marcaba claramente la huella de los pesares del corazón.

Su traje, además, daba a conocer que al origen de estos pesares no era extraña la escasez de la fortuna.

Llevaba un vestido de seda de color, muy usado, un pañuelo de merino negro que apenas la cabría el talle, y un velo de tul sencillo a la cabeza.

El pañuelo contrastaba de una manera notable con el vestido, cuya construcción rechazaba tan humilde compañero, y el lustro de azabache de sus linos cabellos, hacía más y más triste el color casi rojo del velo de la cabeza.

Pero Diego no observaba ninguna de estas circunstancias, la veía en la tumba de los pobres, y esto era bastante a mover su sentimiento.

La niña seguía orando, y mezclando sus lágrimas silenciosas en sus oraciones.

—¡Por quién llorará! se decía Diego, ¿por un amante tal vez? No, ese llanto y ese dolor tienen un carácter menos vivo, pero más profundo, más santo que el del amor mismo…

Diego insensiblemente dió otro paso.

En la corona de siemprevivas que la niña había puesto en la cruz, se notaban unas letras negras que podían leerse.

Las letras decían:

A mi padre.

—Tú, al menos, sabes, afortunada niña, ¡dónde poner una corona a tu padre!

Esta fué la primera idea y las primeras palabras que Diego pronunció.

—¡Es huérfana! ¡razón tiene de llorar!

A un hombre como Diego inspiran siempre cierta consideración las desgracias y los pesares agenos, pero la que entonces en aquella niña veía, le causaba tal respeto, que a pesar de sus deseos por saber circunstancias de su estado, se detenía, contentándose con mirarla fijamente.

Así estuvo largo rato, hasta que la niña, concluida su oración, fué a levantarse.

Entonces reparó en la figura de un hombre que tan de cerca la contemplaba.

—¡Ah! exclamó con sobresalto.

—No se asuste V., buena niña.

La joven bajó los ojos al suelo.

—Yo también he venido aquí a orar, a llorar la muerte de un sér querido y que, como su padre de V., fué enterrado en la húmeda tierra…

El acento de Diego hizo un efecto particular en el ánimo de la joven, que levantó los ojos, diciendo:

—Caballero, creia estar sola.

—Pues la acompañaba otro huérfano como V., exclamó Diego con tal expresión de sentimiento que no pudo menos de interesar a la joven. ¿Y tiene V. madre?

—Sí, señor.

—¡A lo menos V. tiene madre!…

—¿La de V. ha muerto? preguntó la niña sencilla y candorosamente.

—¡Y está enterrada aquí! Y su padre de V. no dejaría seguramente bienes…

—Ninguno.

—Y… ¿moriría quizás de alguna desgracia?… continuó Diego, que evitaba todo lo posible ser impertinente en sus preguntas, al paso que no quería perder la ocasión de enterarse del estado de aquella familia desgraciada.

Ya sabemos una de las misiones que en el mundo tenía el heredero de Tomás Ponce.

—Sí, señor, ¡y qué desgracia! respondió la niña volviendo a arrasarse sus ojos en lágrimas.

—Si no fuera impertinencia preguntar…

—¡Se dió él mismo la muerte!

—¡Cómo! exclamó Diego asombrado.

La niña bajó los ojos al sudo enjugando sus lágrimas.

—¡Pero, es posible, prosiguió Diego, que pueda matarse un hombre que deja una hija como V. en el mundo!

—Con tres hermanitos más, caballero. Hoy hace dos años que murió, y como mi madre, que está enferma, ni mis pequeños hermanos pueden venir a visitarle, he venido yo por todos.

—¿Y por qué se mató?

La niña volvió a bajar los ojos, y un vivo carmin coloró sus mejillas.

Diego comprendió discretamente que no debia hacer otra pregunta sobre este punto.

—¡Ah! ¿y V. querría mucho a su padre?…

—¡Por volverle a la vida daría mil veces la mia!…

—Perdone V., niña, exclamó Diego, el sol va a ponerse, y ya su madre la estará esperando.

—Es verdad. Que Dios le guarde, caballero.

—Usted me permitirá que la acompañe.

—¡Oh! gracias, mil gracias, pero le ruego a V. que me deje ir sola.

—Por el camino no va mucha gente a estas horas, y podría suceder a V. algún percance.

—No me sucederá nada…

—Yo quiero acompañar a V.

—Le suplico que no lo haga, porque daría un pesar a mi madre.

—¡Ah! ¡comprendo! ¡La virtud, cuando va unida a la miseria, necesita rechazar, para no mancharse con apariencias, hasta los buenos oficios de las personas que intentan protejerla! exclamó Diego para sí. Está bien, continuó, no acompañaré a V., pero le suplico me diga la casa donde viven, porque quiero ver a su madre de V.

—Dispense V., caballero.

—¡Cómo! ¡tampoco eso!

—Mi madre me tiene prohibido el que diga a nadie que no conozca y me pregunte, dónde vivo.

—Se comprende también, exclamó Diego; pero aunque eso sea, y respete yo el primero la prescripción de su buena madre que se conoce ha de ser una señora virtuosa, V. no podrá impedirme el que yo la siga para saberlo.

—¡Ah, caballero! suplico a V. no lo haga, se lo suplico a V., exclamó la niña con una expresión tal, que obligó a Diego a prometerle:

—No la seguiré a V.

—¡Oh! gracias, gracias, y que el cielo le guarde.

Y la niña se alejó rápidamente de la *tumba de los pobres*, internándose en la primera calle del cementerio.

—¡No! exclamó Diego, después de un momento, viéndola alejarse; la delicadeza y el retraimiento de esa familia, ¡no caben con quien no trata de aprovecharse infamemente de su miseria!… por lo mismo, no rezan conmigo, que tengo, por otra parte, un deber de buscar y consolar a la desgracia.

Y esto diciendo, echó a andar tras de la joven, que estaba ya a lo último de la primera calle.

Antes, sin embargo, echó una última mirada al suelo que dejaba, exclamando:

—¡Hasta otro momento, madre mia!

Diego perdió de vista a la niña al doblar ésta la primera calle; pero

apresuró el paso, y en breve volvió a verla, como, ligera y cual si una persona discreta como, ligera y cual si huyese de aquel sitio, salía ya por la puerta del cementerio.

—Mucho corre, se dijo, pero no se me escapará.

Al llegar al extremo de la última calle, llamó la atención de Diego, un suntuoso panteon de mármol que se destacaba sobre la humildad de los nichos en el lado izquierdo.

—¡Cuánto daría yo por poder depositar en un panteon como este los restos de mi madre! exclamó parándose un momento delante de aquel testimonio del orgullo y vanidad del hombre, ¡en el lugar donde mueren todos los orgullos y vanidades!

El panteon, como decimos, era de mármol, pero limpio y blanco mármol de Carrara.

En su remate, formado por una columna que rodeaban al pié tres figuras, había una inscripción en letras de oro.

Diego se sobresaltó al leerla.

La inscripción decía:

Panteon de la familia de Turella.

—¡Este nombre me ha hecho un efecto desagradable!

Y siguió examinando el panteon, cuya base, que formaba cuatro lados, tenía una lápida en cada uno, y en la que correspondia al frente de Diego, otra inscripción también en letras de oro.

—¡Dios mio! ¡será posible!

La inscripción de la lápida decía:

Doña Magdalena Constant, murió el 30 de julio de 1852, a los 59 años de su edad.

—¡Magdalena Constant! ¡el nombre de la madre de Clara en un panteon que se decía de la familia de Turella!…

Diego volvió a fijar la vista en el panteon, examinándolo detenidamente.

La niña de antes, siguiendo sin interrumpirse su camino, desapareció por debajo de los árboles que crecen a las orillas del paseo del cementerio.

CAPÍTULO III.
En que se prueba que cuando uno no ha de morir, aunque se pegue un tiro

UÉ de tristes ideas, qué de amargas reflexiones sugirió a Diego la vista de aquel panteon, al segundo día de su llegada.

—¡Esto sería peor que haberla encontrado muerta! exclamó desesperadamente. ¡Ah! ¡pero si es esto, como lo veo ya claramente, la posición de Nicolás debe ser hoy brillante! ¡Mi conducta, en este caso, debe ser muy otra necesariamente!

—Caballero, que van a cerrarse las puertas del cementerio, gritó la

voz del guarda, sacando a Diego de su cruel ensimismamiento.

Diego, antes de alejarse del panteon, dió una vuelta a su alrededor, examinando las lápidas de los tres lados restantes.

Anochecia ya y era preciso acercarse bastante a la verja de hierro que le rodeaba, para poder leer las letras de oro que apenas se destacaban, con la escasa luz del crepúsculo, del fondo blanco de la piedra.

—¡Ah!, ¡no hay duda ya! exclamó Diego con acento reconcentrado.

La lápida que acababa de leer, decía:

Enrique Turella y Constante, muerto a la edad de dos años y en junio de 1847.

—¡Qué poco guardó la ingrata mi memoria! ¡Al fin mujer! exclamó con la expresión del más amargo desdén.

Y se alejó de aquel sitio, tomando el camino de la ciudad.

Diego, que tenía la conciencia del propio valer, era naturalmente digno hasta la altivez en cuestión de sentimientos en cierto terreno, y en el del amor, por mucho que esta pasion le dominara, no impidió aquel rasgo, que llamaremos de soberano desdén, hácia la mujer querida sí, pero más indigna cuanto más amada, de su odio y su venganza, ya que a tal punto se había rebajado uniéndose a un hombre como Nicolás, después de haber conocido a un hombre como Diego.

A éste no le quedaba ya duda de que Clara era la esposa de aquel.

—¡A lo menos, exclamaba, si otro sentimiento que el del interés la hubiera vencido, si se hubiese unido a un hombre que valiera más, tanto como yo valía, me hubiese resignado!

Este pesar era naturalísimo en un alma y un carácter como Diego tenía.

A un hombre de sus sentimientos, no es lo que más le mortifica el perder la prometida posesion de la mujer amada, ni que ésta vaya a poder de otro, sino el que ese otro sea menos digno, y la idea de que aquella mujer haya podido contentarse con un amor tan distinto, con una manera de sentir y espresar el sentimiento tan diversa, de la que había visto y oído antes de los labios y en el corazón de su primer amante.

—¡Pero, quién sabe!… añadia luego buscando no tanto una disculpa a Clara como una idea de consuelo a su herido corazón; ¡acaso no tenga ella la culpa!… tal vez su madre… la vil ambición de su madre, su fuerza sobre Clara, sin el apoyo de mi presencia… Si fuera así…

Y al hacerse estas reflexiones, su corazón respiraba como desahogándose del grave peso que le oprimia.

—¡Pero, y mi amor! exclamaba luego de repente: ¡y la memoria mia! ¡Tan poco duró mi recuerdo en su débil corazón! ¡La sombra de mis amores purísimos no se levantó a su vista en aquel instante condenando su indigno juramento!

Abstraido completamente del sitio en que se hallaba, Diego no veía el camino, ni menos se daba cuenta de si andaba o no por él.

Paróse muchas veces quedando inmóvil largo rato, y la noche le cogió sin advertirlo, en el medio del paseo y distante un buen pedazo de la puerta.

Un incidente vino a sacarle de su profunda abstracción.

Fué una detonación parecida a la de un petardo, que oyó a su espalda.

—¡Qué es esto! exclamó volviéndose de repente y fijándose en el sitio en que se hallaba.

A favor de la luz de la luna, sus ojos tropezaron con la figura de un hombre arrodillado junto a uno de los bancos del paseo.

Diego, sin reflexionar, adivinó alguna desgracia y corrió al lado de aquel hombre.

—¿Qué hace V. ahí? le preguntó.

—¡Ah! nada… caballero… ¡nada! respondió el hombre semibalbuciente, mientras ponia un piston en la chimenea de una pistola.

—¡Cómo nada! ¡Y esa pistola! ¡Qué hace V. ahí con esa arma!

—¡Nada, caballero, y le ruego que me deje!

—¡Oh! ¡Este hombre está loco! ¡No quiero dejarle a V. y levántese ahora mismo!

—¡Caballero!…

—¡Ahora mismo!

Y cogiéndole con una mano la pistola y con la otra por el brazo, Diego levantó del suelo al hombre, que no tuvo más remedio que ceder a la poderosa fuerza que le obligaba.

—¡Caballero! ¡por piedad!

Y el hombre se puso a llorar como un niño.

—¿Qué es lo que V. quiere por piedad?

—¡Que me deje V. morir!

—¡Que le deje suicidarse! diría V. mejor; pero es el caso que yo no debo ni quiero permitirlo.

Y al pronunciar estas palabras, arrojó lejos la pistola que le había arrancado.

—Es que V. no sabe…

—Yo solo sé que Dios únicamente es dueño de dar y quitar la vida al hombre.

—¡Pero la deshonra y el castigo que me aguarda!…

—Vamos, serénese V. y explíquese, que tal vez pueda arreglarse, según lo que sea… en fin, explíquese V.

Y Diego olvidó completamente sus pesares ante el dolor ageno que presenciaba.

—Yo, caballero, sirvo en el ejército, y llevo ya doce años de servicio…

—¡Doce años!

—Me explicaré, caballero. Entré en él a los diez y ocho en la quinta del cuarenta y seis, iba a cumplir en el cincuenta y uno, y era sargento primero; días antes de tomar la licencia, fuí a casa del capitán a buscar el dinero de la compañía: eran diez y nueve onzas en oro: entré en un café con unos amigos y lo perdí.

—¿Lo jugó V?

—Me lo quitaron con el pañuelo en que lo llevaba y que dejó a mi lado en el banco. ¡Juro a V. que fué así!

—Le creo a V.

—Me volví loco buscando aquel dinero, me desesperé, pero en vano. Al fin lo pagué.

—Tenía V. recursos…

—Me vendí por sustituto y por el precio de diez, y nueve onzas. Pues bien, caballero, el próximo domingo cumplo los otros seis años después de doce que llevo en el servicio; y esta vez de simple soldado, o mejor de asistente, porque no he querido ser ni cabo siquiera; y esta tarde mi amo, el comandante del batallon, ¡me manda a la caja con seis mil reales en billetes y pierdo los seis mil reales!…

—¿Pero cómo ha sido eso? preguntó Diego, a quien no podía menos de chocar esta segunda pérdida.

—Por no llevarlos en la mano, los metí en este bolsillo de la chaqueta, en donde no los encontré al llegar a la caja.

—¡Pero es mucha casualidad!…

—Es mucha desgracia, caballero, y esta vez que comprendo que la suerte se empeña en contrariarme hasta tal punto, para ser soldado toda mi vida, concluyo con ella de una vez para siempre.

—¿Lo que V. me dice de la pérdida de ese dinero, es cierto?

—¡Ah! se lo juro a V. por el nombre de mi madre.

No podía el soldado encontrar juramento más a propósito para inclinar en su favor el ánimo de Diego.

—¿Tiene V. madre aun?

—Sí, caballero, ¡pero una madre que no podrá ya acabar los días de su vejez en los brazos de su hijo!

Los ojos del soldado se arrasaron en lágrimas.

Diego le contemplaba y exclamó:

—¡Oh! ¡es verdad! ¡este sentimiento es el único que no se miente!

Luego dijo al soldado:

—Venga V. conmigo, y tendrá los seis mil reales que ha perdido.

—¡Oh, caballero! exclamó el soldado con la mayor efusion y arrojándose a sus piés, ¡cómo podré yo pagarle semejante beneficio!

—¡Volando luego al lado de su anciana madre y rogando a Dios por la mia!

Y levantando al soldado de sus piés añadió:

—Sígame V.

Y ambos, el soldado sin embargo a cierta respetuosa distancia, se dirigieron a la puerta de la ciudad.

El placer de las acciones nobles y generosas, en caracteres como el de Diego, es inmediato, por cuanto su misma generosidad les hace olvidar en breve el beneficio que han hecho.

Pero en el momento de hacerlo, la satisfacción que experimentan es indecible.

Diego encontró bien pronto por cierto la recompensa a su bella acción, olvidando con ella, siquiera fuese por corto tiempo, el profundo y horrible pesar que por aquella otra causa experimentaba.

Siguiendo el camino sin detenerse, no tardaron en llegar a la fonda donde Diego vivía.

—Suba V. conmigo, dijo al soldado así que estuvieron a la puerta.

Entraron en el cuarto, y Diego, abriendo uno de los cofres, sacó un largo bolso de seda que puso sobre la mesa.

El bolso estaba lleno de onzas de oro.

Contó hasta diez y nueve y dijo al soldado:

—Ea, en la caja no le han de reñir porque lleve oro en vez de billetes. Tome V.

—¡Caballero! ¡Caballero! Dios… se lo p…

El soldado no pudo concluir.

La fuerza del sentimiento cortó sus palabras.

—Nada, nada, serénese V. que el susto ya ha pasado; y vaya pronto, no sea que todavía le castiguen a V., observóle Diego, cuya delicadeza no podía resistir la inmensa gratitud que rebosaba el ademán y la fisonomía del enternecido soldado.

—Hasta mañana, pues, caballero, y Dios se… lo… pag…

Diego no dejó concluir al soldado, empujándole suavemente hacia la puerta.

Hemos dicho antes que las almas verdaderamente generosas no tardan en olvidar el bien que hacen, y así sucedió a Diego por desgracia.

Y decimos por desgracia, por cuanto a haber podido su mente, lisonjearse más tiempo con la idea de la acción que acababa de hacer, esta satisfacción hubiera neutralizado en su alma el agudo pesar que sentía por lo que acababa de descubrir acerca de Clara.

Pero Diego, como decimos, olvidó el bien que había hecho para quedarse a solas otra vez, con el mal horrible que sentía.

Luego fué a sentarse en un sillón junto a la mesa, dejándose caer en el asiento como si de pié no pudiese resistir el grave peso del dolor que le abrumaba.

En esta situación pasó la noche entera.

Renunciamos a describir tan triste y desconsolada noche.

—¡Qué me queda ya entonces en el mundo! exclamaba, ¡nada! ¡el recuerdo de mi bien pasado, y la constante imagen de mi dolor presente!

Como la última noche, Diego pasó aquella sentado en el sillón y hundido en su propio pensamiento.

La fatiga cerró también sus párpados a la primera luz de la mañana.

Allá sobre las diez, Diego despertó sobresaltado, a los fuertes golpes que desde afuera daban a la puerta.

Levantóse y fué a abrir.

Era el soldado.

—¡Señor!…

—¿Qué hay? pase V.

—Que cuando hoy no me he vuelto loco… dijo el soldado triste y alegre a la vez y sonriendo al paso que brotaban de sus ojos lágrimas que por cierto no eran de alegría.

—Esplíquese V., añadió Diego con verdadero interés; ¿han recibido en la caja el dinero en oro?

—¡Ah! sí, señor; eso ya está corriente.

—¿Pues?

—Tome V. y sírvase leer aquí en este anuncio.

Y el soldado entregó un número del *Diario* de aquel mismo día.

Diego leyó.

La persona que en el día de ayer perdió cierta cantidad en billetes, puede pasar a la calle de Ripoll, núm. 15, piso 4º, en donde, dando las señas, se *le entregará*.

—Ahora tome V. su dinero, señor, añadió el soldado entregando a Diego seis billetes de a mil reales.

—¡todavía queda honradez en el mundo! exclamó Diego para si tomando los billetes.

Luego añadió, mirando al soldado:

—Pues no ha tenido V. poca suerte.

—Por un lado sí señor; pero por otra parte…

Y aquí la fisonomía del soldado tomó una expresión tan marcada de verdadero pesar, que obligó a Diego a preguntarle:

—¿Qué le ha pasado a V.?

—La mayor desgracia que pudiera acontecerme. Sírvase V. leer esta carta que he recibido hoy también.

Diego leyó la carta.

Era de un amigo del soldado, y en ella le daba noticia de la muerte de su madre.

—¡Ciertamente es la mayor desgracia que puede tener un hombre la de quedarse sin madre en el mundo!

El soldado no contestó, sacó su pañuelo y enjugó sus lágrimas.

—Y ahora ¿qué piensa V. hacer?

—¡Qué sé yo! sin parientes y sin nadie ya en el mundo…

Solo hay una persona con la cual, si ella quisiera…

—Hable V.

—Es la única por quien yo lo haría todo, y a cuyo lado, después de muerta mi madre…

El soldado no se atrevía a manifestar claramente su pensamiento, temiendo abusar de la generosidad de Diego.

—Háble me V. francamente y sin cortedad. Diga V., ¿cuándo ha de tomar la licencia?

—Mañana ya, señor, respondió el soldado.

—Bueno. Parece que V. quiere a alguna persona…

—Sí, señor, a una.

—¿Y querrá V. unirse a ella?

—¡Ah! ¡no es esa especie de amor el que yo tengo, señor; solo una vez en mi vida lo tuve, para no volverlo a sentir jamás!…

Mi cariño de hoy es otro…

Diego adivinó en la fisonomía más bien que en las palabras del soldado. Así le preguntó:

—¿Quiere V. servirme?

—¡Ah! eso, eso, señor, y disponga V. de mi vida, A V. debo mi honra, mi…

—Basta. Mañana toma V. la licencia y se viene aquí.

—¡Ah! gracias, gracias.

—Tres palabras solamente y de ahora para siempre.

—Escucho, señor.

—A nadie dirá V. nunca nada de cuanto a mí concierna. Tiene V. inteligencia, honradez y lealtad, que es lo que yo necesito; mi confianza estará completamente en V., pero ¡ay del día en que V.

faltara a ella!…

El soldado no contestó, bajó los ojos, y su rostro ruborizóse súbitamente.

—Esto es nada más que una suposición, continuó Diego con afectuoso acento.

—¡Ah! señor, hoy V. no me conoce… me llamo Daniel… hoy pertenezco aun a la reina, mañana dejaré su servicio, para ponerme con alma y vida al de V.

—Hasta mañana, exclamó Diego confiado y benévolamente.

—Hasta mañana, señor.

CAPÍTULO IV.
De como empezó Diego sus nuevas relaciones en Barcelona

MUY alto habló la acción de Daniel, a la reflexion de un hombre pensador como era Diego, que penetró al momento hasta el fondo del honrado corazón del soldado.

—Ahora solo falta, se decía, que su inteligencia iguale a sus buenos deseos: de todas maneras tiene las primeras cualidades, y no ha sido poca suerte la mia en dar con ese muchacho. Yo necesitaba una persona a mi lado y precisamente de las condiciones de ese chico.

Estas reflexiones se hacía Diego, cuando oyó dos golpecitos a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y presentóse el mismo Daniel.

—¿Usted otra vez?

—Sí, señor. He contado a mi amo…

—¡Qué!… interrumpió Diego con tono seco y de reconvención.

—Solo lo que podía contarle, señor, prosiguió Daniel; que no tan pronto he olvidado la primera prescripción de V. Le he dicho sencillamente que había encontrado un amo a quien servir, y le he suplicado que ya que la licencia estaba lista y despachada para entregármela mañana, me la diese hoy. Me la entregó, yo la tomé, le di las gracias y me marché dejando el servicio de la reina para ponerme a las órdenes del que será mi rey, y al que yo serviré toda mi vida.

—Bien, Daniel. Pues va V. a ocuparse en seguida.

—Un obsequio, señor.

—¿Qué?

—Suplicaría a V. que se sirviera tratarme así… de otra manera Yo miro a V. como mi amo y como mi padre a la vez, desde que merecí…

—No hablemos más de aquello.

—Pues bien; quisiera que me tuteara V., se me figura que así mereceré más su confianza.

—Sea. A ver, pues, como aprovechamos hoy el día.

—Mande V.

—En primer lugar, ahí va ese dinero. Cuando se concluya se pide más. Sustituye ese traje que llevas por otro nuevo a tu gusto. En seguida alquilas, un piso principal a mi nombre, y lo mandas amueblar.

—¿Hácia qué punto de la ciudad quiere V. el piso?

—Cualquiera, me es indiferente.

—Está bien.

—Vete ya, y a las cinco de la tarde en punto, vuelves aquí.

Daniel iba a salir.

—Aguarda.

Diego sacó una cartera, y de ella una carta que contenía una letra de cambio.

—¡Otro D. Pedro! exclamó al leer el sobre; parece que no he de verme nunca libre de este nombre, sin que por otra parte, pueda encontrar a la persona que yo busco.

Y dirigiéndose a Daniel, le dijo:

—Pregunta en dónde vive D. Pedro Sans, banquero, y vuelve a

decírmelo.

Daniel salió y Diego empezó a vestirse.

A los pocos momentos volvió aquel.

—En la calle de la Merced, señor.

—Está bien, vete ya.

Diego concluyó de vestirse y salió a la calle, dirigiéndose a la de la Merced.

En el entresuelo de la casa estaba el escritorio del banquero.

Preguntó por él a los dependientes y acompañado de uno de estos, pasó al gabinete del principal.

—¿Usted es el señor D. Pedro Sans?

—Servidor de. V., caballero.

—Aquí traigo una visita y una carta para V.

Y sacándola de la cartera, se la entregó.

—¡Ah! sí, hace ya mucho tiempo que recibí el aviso de los señores John Thompson de Lóndres.

—He estado viajando, y hasta hace unos días no llegué a Barcelona.

—Tome V. asiento. Pues ya sabe V. que tiene en esta casa cincuenta mil duros, órden de los señores John Thompson, y aparte de esto, cuanto a V. puede ofrecérsele en Barcelona.

—Gracias. No creo necesitarlo por ahora.

—¿Quiere V. que se le mande esa suma a su casa?…

—¡Oh! mil gracias, he dicho que no he menester nada por ahora, y V. me hará el obsequio de reservar ese dinero.

—Con mucho gusto, ¿y piensa V. estar mucho en Barcelona?

—Quizás me establezca aquí.

—¿Comercio?

—Banca, tal vez.

—¡Ah! mucho me alegraría. ¿Y en dónde vive V.?

—Por ahora, en las Cuatro Naciones; pero mañana probablemente podré ofrecerle a V. mi casa.

—¿Y V. aquí tendrá aun pocas relaciones?…

—Ninguna todavía.

—Entonces me permitirá V. que yo tenga el honor de hacérselas a V. empezando por mi familia. Sírvase V. pasar y tomará posesion de su casa.

El banquero salió. Todos los dependientes se levantaron saludando y mirando a Diego, a quien tal consideración mostraba el principal.

—Tomás, dijo el banquero al pasar por delante de la caja: este caballero tiene crédito ilimitado en la caja.

Los dependientes volvieron a mirar a Diego.

El cajero inclinó ligeramente la cabeza.

Subieron la escalera hasta el cuarto principal, donde entraron, pasando primero por un recibidor sencillamente puesto, y luego a un salón elegante y lujosamente adornado.

—Tome V. asiento, dijo el banquero a Diego señalándole un sofá.

Diego se quedó de pié.

—¡Ana! ¡Ana! ¡Perico! gritó el banquero volviendo a la puerta del salón.

Una señora y un caballero joven se presentaron.

—Aquí tiene V. a mi señora.

—A los piés de V., dijo Diego inclinándose.

—Este es mi hijo.

—Muy señor mio.

El hijo del banquero se sonrió estúpidamente, sin encontrar una palabra de cumplido.

—Este caballero, prosiguió el dueño de la casa, señalando a Diego, es el señor D. Augusto Mendoza, americano que viene recomendado de uno de mis mejores corresponsales de Lóndres, y piensa establecerse en Barcelona.

—Papá, yo me marcho.

—¡Perico!… exclamó la señora de Sans.

—Por mí no haga V. cumplido ninguno, observó Diego.

—Es que, francamente, los de Turella, que están hoy en la *torre*…

En la provincia de Barcelona se llama *torre* a las casas de campo.

Diego, al oir el nombre de Turella, se estremeció de piés a cabeza.

—Y yo prometí que iría hoy a las doce, concluyó Perico.

—Ya es pues la hora, dijo Diego mirando su reloj y aprovechando este recurso para disimular la sensación que conocía había de pintarse en su rostro.

—Con que, caballero, que V. lo pase bien.

—Beso él V. la mano, respondió Diego, no queriendo pagar con un *vaya V. con Dios*, tan vulgar saludo.

—Usted dispensará, señor de Mendoza, la confianza de mi hijo, exclamó la madre, queriendo disimular la falta.

—Al contrario, señora, yo se la agradezco tanto más, cuanto que no tengo títulos para merecerla.

Ni el banquero, ni su mujer, comprendieron el sangriento epigrama que envolvía la fina respuesta de Diego.

—Ya V. ve, son jóvenes y es preciso hacerse cargo…

—Efectivamente, observó Diego, recobrada ya la calma por completo; y tanto más, en cuanto quizás existan amoríos…

—Usted lo ha adivinado, añadió con cierta sonrisa de satisfacción

la madre.

Diego había empezado ya, y no concluiría sin aprovechar toda la ocasión que se le presentaba de adquirir noticias, cuya importancia ya conocemos. Así prosiguió:

—¿Y la novia, pertenecerá a esa familia?…

—Sí, señor.

—No la conozco.

—Es la familia de Turella, dijo el banquero.

—Del barón de Turella, observó la madre.

Diego volvió a sorprenderse.

—Tampoco conozco ese título.

—Es bastante moderno.

—El nombre de alguna posesion…

—No, señor, el de la misma familia.

—¡Ah!

—El señor D. Nicolás Turella…

Aquí Diego perdió por un momento la luz de los ojos.

—Ha prestado en distintas ocasiones grandes servicios al gobierno, prosiguió el banquero, en operaciones financieras de diverso género; y esto, así como ha aumentado considerablemente su fortuna, porque ya V. conoce que en esa clase de operaciones…

—Sí, sí.

—Le ha valido además la baronía.

—¡Ah! el señor de Turella merecia eso y mucho mas… observó Diego.

—Pero nosotros no vemos el título, ni…

—¡Ah! se comprende sino el amor y la felicidad de los dos jóvenes, interrumpió Diego.

—Sí, porque en cuanto a intereses, mi hijo es único, y ya V. ve…

—Y en casa del señor de Turella habrá más de uno… observó Diego sencillamente y procurando quitar a sus palabras el viso del ardiente interés que las inspiraba.

—Sí, además de Clarita…

Diego estaba en un potro.

—Que es la hija mayor…

—¿La novia de Perico?

—Eso es.

—¿Será joven?

—Y preciosa.

—La misma fisonomía que su madre.

—¿Tiene madre? preguntó Diego haciendo un esfuerzo sobrehumano, para no traspasar el tono de la simple curiosidad.

—Sí, señor. Pues como digo, prosiguió el banquero, hay además un niño que será el heredero del título y de la mayor parte de la fortuna.

—Eso, tratándose de una posición como la de V., importa poco, añadió Diego procurando halagar al banquero; con tal que la niña, como no puedo menos de presumir, sea…

—¡Ah! eso sí, es un ángel, interrumpió la señora de Sans.

—Me gustaría conocerla, repuso Diego con sencillez y sonriendo.

—Así que vuelvan de la torre tendremos el gusto de presentarle a V., como también a otras muchas familias.

—¡Oh! mil gracias y acepto la oferta.

—Usted es joven todavía…

—No tengo mucha edad.

—Y es preciso que se relacione V., ¿y quién sabe? no sería V. el primer americano que se ha quedado aquí contrayendo un enlace ventajoso…

—No diré que no sea: por lo pronto, añadió Diego, que como conocedor del país, sabía que podía tocar con seguridad este resorte; confieso que si todos los barceloneses son aquí como la primera familia que he tenido el honor de conocer…

—¡Ah! mil gracias, caballero.

—Pues por punto general verá V. lo mismo en todos, contestó el banquero, aceptando bonitamente el cumplido de Diego. Aquí franqueza y nada más.

—Es lo más hermoso en la vida; pero yo distraigo a V. de sus ocupaciones, observó Diego levantándose.

—No, señor, nada de eso.

La señora de Sans se puso también en pié.

—Inútil es reiterar a V. el ofrecimiento de esta casa…

—No lo olvidaré, D. Pedro, y aguardo el momento de poder ofrecer a Vds la mia. Señora, a los piés de V.

—Beso a V. la mano, caballero.

—Adiós, señor de Mendoza.

—Adiós, D. Pedro.

Y después de haberle estrechado la mano, el banquero acompañó a Diego hasta la puerta de la escalera.

Apenas se vió solo, Diego respiró fuertemente.

Su corazón había estado oprimido, padeciendo de una manera horrible durante toda aquella visita que no hubiese dejado, sin embargo, por nada del mundo.

Así que llegó a la puerta de la calle, exclamó:

—¿Pero esto es un sueño?… Nicolás, gran banquero… ¡y barón! No me pasma esto último, que no es difícil cuando se ha conseguido lo

primero… más ¿qué circunstancias habrán podido mediar?… ¡Ah! el cómo haya llegado a este punto, me importa poco, pensaba luego; ¡y ella, ella! acostumbrada a la pobreza de su casa, a la humildad de mi persona… ¡será necesariamente feliz, muy feliz en medio de su opulencia de hoy y con el ilustre nombre de su marido!…

Estas reflexiones abrasaban la mente de Diego al tiempo que partian su corazón.

—¡Por fortuna he vuelto rico también!… ¡A verme pobre y sin otros medios que los de mi voluntad, moriría de desesperación!

Llegó a la fonda, comió apenas, y esperó hasta la hora de las cinco.

Daba ésta el reloj de su cuarto, cuando se oían dos golpes dados con los nudillos de la mano en la puerta.

—Adelante.

Era Daniel.

—Has sido puntual. ¿Y bien?

—Aquí está el recibo del casero, calle de la Princesa.

—¿Primer piso?

—Y magnífico. Estos son los recibos de los muebles.

—Bravo, guarda todos esos papeles, dijo a Daniel volviéndole los recibos sin mirarlos. ¿Qué dinero tienes?

—Como cinco o seis mil reales todavía.

—Vamos a la casa.

Diego se levantó saliendo seguido de Daniel.

CAPÍTULO V.
El café Chantan

ABÍAN de ir a la calle de la Princesa, por consiguiente tomaron su dirección por la de Fernando.

Al llegar a la mitad de esta calle, Diego paróse de repente.

Por delante de sí pasó un hombre.

Diego volvióse a Daniel.

—¿Ves ese hombre de gaban corto?

—Sí, señor.

—Síguele, y veas dónde para, cómo se llama, y si puede ser dónde

vive. ¿Qué número tiene la casa que has alquilado?

—Treinta y seis.

—Venga la llave.

Daniel se la dió.

—Vete ahora.

Daniel echó a andar tras el hombre del gaban corto, mientras Diego se dirigía a la calle de la Princesa.

—Bien, exclamó al llegar al portal de la casa. Este chico es una alhaja. Una casa en este sitio vale para mí tres veces más que otra mejor en diverso punto de la ciudad. ¡Estaré cerca de mi casa!… Esa es la calle del Mill, desde el balcón podré contemplarla a mis solas, cuando tenga necesidad de ver aquella calle y aquellas paredes que vi en otro tiempo.

Subió dos cortos tramos de escalera, y se presentó a su vista una puerta grande de nogal, barnizada, con adornos de laton bruñido.

—Bien: volvió a decirse Diego metiendo la llave en la cerradura; parece que Daniel no tiene mal gusto.

Abrió y entró.

Diego quedó otra vez admirado, al verse en el recibidor, y continuó creciendo siempre la admiración a medida que fué examinando las demás piezas de la casa.

Y no era que en ella se advirtiese un lujo oriental ni mucho menos.

Sillas de tapicería, consolas y cómodas de madera de chicaranda con sobre de mármol, espejos con marco de lo mismo, una cama de hierro parada con colcha y pabellon de damasco encarnado, alguna lámpara de forma elegante colgada del techo en el recibidor, candeleras con bujías, cortinajes de muselina y una estera de entretiempo en el suelo, sin dorado alguno, ni nada brillante, fuera de los cristales de los espejos.

Hé aquí el mueblaje de la casa.

No era por consiguiente lo que admiraba a Diego el lujo, sino la simetría, el órden, el buen gusto que había precedido en la elección y colocación de los muebles, y sobre todo la prontitud de la operación.

Además, en la habitación no faltaba nada de cuantos objetos exigen las comodidades de la vida interior de casa.

—¡Cuando digo que este chico es una alhaja! se repitió.

había ya anochecido y Diego se hallaba sin luz.

Púsose al balcón aguardando a Daniel.

—¡Allí viene! exclamó a poco rato viendo a la luz de los faroles como el antiguo soldado volvía al paso ligero.

Sin dejarle llamar, Diego fué a abrirle la puerta.

Daniel entró.

—Ya pensaba yo que estaría V. sin luz, dijo al entrar.

—No importa. ¿Qué has averiguado?

—Bastante, señor, respondió Daniel, sacando un fósforo y encendiendo una bujía.

—Di pronto.

—Aquel hombre se llama Roberto.

—¡No me había engañado! exclamó Diego interiormente.

—Se ha parado en la calle de San Pablo, entrando en un cafetin que se encuentra a la mitad de la calle, donde cantan por la noche y en el que suele pasar gran parte de la velada.

—Está bien. Ahora sales otra vez; compras una blusa azul como las que llevan aquí los artesanos para el trabajo, que venga a mi medida, y la traes juntamente con mi equipaje de la fonda: de paso comprarás un sombrero hongo, ordinario, y color de ceniza.

Daniel salió.

Diego quedó paseando por la sala, esperando la vuelta de su criado.

Éste no tardó más de un cuarto de hora.

Dos mozos de cordel cargados con un cofre cada uno, entraron siguiendo a Daniel, que llevaba la blusa en la mano.

Junto a la alcoba de la sala principal había un gabinete para vestirse.

Daniel mandó descargar allí los cofres, pagó a los mozos en la puerta y volvió presentando la blusa a su amo.

—Creo que me estará bien, exclamó Diego mirándola.

En seguida añadió para sí:

—Como que no será esta la primera vez que la he llevado.

Diego empezó a despojarse del gaban y dijo a Daniel:

—Sácame un pantalon cualquiera de color.

Quitóse uno negro que llevaba, y se puso el que le daba Daniel.

—Por ahí ha de haber algún pañuelo de seda.

—Aquí hay uno.

—Dóblalo para el cuello.

Y quitándose la fina y delgada corbata negra, se puso el pañuelo al cuello, ocultando la blanca batista de la camisa.

Se puso la blusa y fué a mirarse al espejo.

—Bravo, se dijo, bien estoy; sin embargo, aquí luce una cosa que no está muy en consonancia con el traje.

Y esto diciendo, escondió debajo del cuello del chaleco la soguilla de oro del reloj.

—¿Y el sombrero?

Ya Daniel lo tenía en la mano, de pié detrás de su amo.

—¿Cómo diablos acertaste la medida de la cabeza?

—Muy sencillamente. Fuí primero a la fonda y me llevé una gorra de V.

Diego sacó el reloj.

—Las ocho. Perfectamente. Yo volveré más tarde.

—A cualquier hora que sea, aguardaré la vuelta de mi amo.

—Antes que se me olvide, Daniel: mañana mandarás hacer dos llaves dobles, que tengan, cada una, la del piso en un extremo, y la de la puerta en otro.

—Bien, señor.

—Una llave será para tí, la otra para mí.

Y Diego salió de la habitación precedido de Daniel, que le abrió la puerta.

Siguió toda la calle de la Princesa, entrando en la de Jaime I, y por la de Fernando y Rambla estuvo en breve en la de San Pablo.

—Este ha de ser el cafetin, exclamó, viendo el que le había indicado Daniel.

Entró, y fué a sentarse a una mesa al extremo de la sala.

—¿Café? preguntóle inmediatamente un mozo que se le puso delante, limpiando al mismo tiempo la mesa con un paño.

—No, tráeme una copa.

El mozo se alejó, volviendo al cabo de un rato con dos botellas, una de licor casi negro, y otra de licor blanco, que se llamaban ron y marrasquino.

Diego tendió una mirada general a toda la gente que en el café se hallaba.

—¡No le veo! exclamó; aguardaremos.

Y llenando la copa, y haciendo la acción de llevarla a los labios, aunque sin probar ni una gota del ingrato brebaje que se sirve en semejantes establecimientos, púsose a observar los diferentes cuadros que la sala presentaba.

Difícil es hacer una pintura del animado y variadísimo cuadro que presenta uno de esos cafés donde acuden al aliciente del canto gentes de toda calaña.

En una mesa había cuatro hombres del pueblo con un vaso de cerveza cada uno delante de sí y un recio cigarro de papel en la mano o en la boca, hablando de cosas de su respectivo oficio.

Este grupo formaba un notable contraste con los demás del café.

Aquí bebian y fumaban, y no cerveza ni cigarros de papel, sino sendos puros y sendas copas de licor, tres hombres de chaqueta, pero bien vestidos, con pantalon de lana, lustrosa bota de becerro, chaleco con flores o cuadros de terciopelo, camisa, aunque de tela de algodon,

blanca y bien planchada, afeitada la cara, peinada la patilla y el cabello, que lucia dos bucles junto a las sienes bajo la cachucha con visera brillante de charol.

Estos tres hombres ocupaban una mesa del medio, y parecian como aislados del resto de la concurrencia; y era de notar como todos los que pasaban fijaban en ellos su atención, y la especie de saludo semirespetuoso que algunos al pasar les dirigían.

Ellos, sin embargo, bebiendo y fumando, hablando apenas entre sí, permanecían como indiferentes a cuanto a su alrededor pasaba.

—Oye, ¿qué tiene esa con esa cara de vinagre?… preguntaba un recien entrado, parándose delante de una mal avenida pareja.

—¡Ganas de que yo le rompa las costillas! respondia el malhumorado amante.

—¡Ya baja!… decía desdeñosamente *la aludida*, sin volver la cara ni la vista, y jugando con la punta del pañuelo de la cabeza.

—Buenas noches, señores, decía otro saludando a los hombres y mujeres de una mesa.

—Toma una copa.

—No quiero.

—¿Está. V. enfermo? le preguntaba una mujerzuela maliciosamente.

—¿Yo? verás si estoy enfermo.

Y el majo resentido echaba un vaso lleno, mitad ron y mitad marrasquino, y se lo tiraba al coleto para dejar su buen nombre en el lugar que merecia.

—¡Bravo!

—¡Que se repita!

—¡Eh! ¡mozo, una silla!

—¡Trae un café!

—¿No cobra nadie en esta casa? gritaba, uno dando fuertemente con la cucharilla en el borde del azafate.

—¡Ya voy!

—¡Música!

—¡Allí viene Curro!

Y las miradas de todo un grupo se dirigieron a un torero que acababa de entrar.

—¡Adiós, Geroma! decía uno a una *jembra de rompe y rasga* que entraba también como siguiendo al torero.

—Ven, siéntate acá.

—Voy de paseo…

—Mala pécora…

—¡Uf! ¡el tísico! valía más que me volvieras el pañuelo que me

quitaste…

—¡Ja, ja, ja!

—¡Música! ¿qué hace ese gandul de pianista?

—¡Acaban de dar las ocho! respondió la voz del mozo, a estas palabras, como queriendo dar una satisfacción al parroquiano.

—¡Pues ya es hora! añadió éste.

El pianista apuró la copa que tornaba al pié del anfiteatro, y se levantó para ponerse al piano.

—¡Bravo! ¡venga una jota aragonesa!

—No. ¡La batalla de Peracamps!

—¡El himno de Riego!

—¡Chist!… ¡Calla por Dios!…

—¿Qué más da una cosa que otra?…

—Sí, pues en mejor ocasión… Mira quién entra por la puerta.

—¡Roberto!

—todavía no le conozco, ¿lo creereis?

—Pues ahí lo tienes.

—¡Ya hace cara de lo que es!…

Diego oía estas palabras, que se decían en una mesa inmediata.

Uno de los tres hombres de chaqueta, bien vestidos, que hemos visto antes como aislados en una mesa de en medio del café, acercó una silla así que vió entrar a Roberto.

Éste se sentó en ella.

Las miradas de todos los que en el café había, se fijaron en él, y a su presencia, sucedió un silencio general, aunque de pocos instantes.

—¡Qué demontre será esto! exclamó Diego, no comprendiendo la causa de aquel singular efecto que en los circunstantes producia la presencia de su antiguo conocido.

El mozo corrió a él diciéndole:

—¿Qué tomará V., *don* Roberto?

—Nada, respondió éste secamente.

—¡Las tres o cuatro onzas que el amo me guarda todas las noches para que deje correr los dados, es lo que tomaré luego, debias contestar, condenado! exclamó por lo bajo una voz, junto al sitio en que Diego se hallaba.

—Pues señor, decía éste, aquí hay un busílis que yo no entiendo todavía iremos viendo. ¡Por de pronto, continuó mirando a Roberto, lo que es él, está hecho un aparador de platero, con tanta cadena y alfiler de pecho y sortijas de diamantes! ¡Barcelona ha sido la India en estos años para mis antiguos conocidos, según lo que veo de Roberto y Nicolás!… Pues señor, paguemos esto, para poder salir así que él se vaya.

Y metiendo la mano en el bolsillo del chaleco, gritó:

—¡Mozo!

—¡Allá voy! ¿Quién llama?

—Aquí.

Y al decir esta palabra, Diego exclamó para sí:

—¡Por vida mia! no traigo más que una onza en el bolsillo, y esta moneda en semejante sitio y en manos de un trabajador…

—¡Ea! ¿qué pensais? dijo el mozo viéndole como estático sin sacar la mano del bolsillo.

—Pienso que no podré tal vez pagar este gasto…

—¿Entonces, por qué lo pedías? respondió el mozo con el peor tono; aquí no se fía a nadie.

—¡Toma, pues, miserable! exclamó Diego dejando caer la onza sobre la mesa.

Todos los del alrededor volvieron súbitamente la cabeza, fijando en la mesa las miradas atraidas por el sonido del oro.

—¡No os incomodeis!… repuso en seguida el mozo variando de tono, ¡yo no he hecho más que seguiros la broma! acaso no conocía yo… sí, que soy poco pillo para que a mí…

—Ea, despacha, interrumpió Diego secamente y con él tono del mayor desprecio a la servil y baja disculpa del mozo. Éste tomó la moneda y las botellas, y se fué al mostrador.

A los pocos momentos se presentó con la vuelta.

Al entregársela a Diego, le dijo casi al oído:

—Si quereis pasar adentro…

—¡Yo! ¿a qué?…

—Así… para ciertas personas nada más, hay una banca regular…

En este momento Roberto se levantó de la mesa.

Los tres hombres de chaqueta quedaron en ella. Diego, que como vulgarmente se dice, no le quitaba ojo, lo observó y se puso también de pié.

El mozo proseguía a su oído.

Y hay toda seguridad… aquí no os cogerá ya ni a vos ni a nadie…

Roberto atravesó la sala, y se metió en el interior de la casa.

—Siendo así, iré un momento, respondió Diego hablando al mozo y mirando a Roberto.

—Pues, de aquí a un rato, como quien va así a alguna cosa precisa, entráis por la puerta que veis junto al mostrador…

Por ella acababa de penetrar Roberto.

—Tomais una escalerilla que hay a la izquierda, subís, y desde allí ya vereis lo demás.

—Bueno, bueno, pues allá voy luego.

—Pero con disimulo ¿eh? repuso el mozo.

—Descuida.

El mozo se alejó contento con la adquisición de un nuevo parroquiano.

Diego dijo para sí:

—No sabes tú todavía con el disimulo que yo voy a hacerlo.

Y creyendo pasado ya el rato, se dirigió en seguida a la puerta.

Junto a ella encontró la escalerilla.

Subió, y al extremo tropezó con dos hombres que estaban allí de pié hablando en voz baja.

Al llegar a ellos, hirió sus oídos el sonido de algunas monedas de oro, que caían en la mano de uno de los dos.

Ambos bajaron luego la escalera.

Diego les siguió.

El uno se quedó detrás del mostrador, desde donde empezó a dictar disposiciones a los mozos.

Era el dueño del café.

El otro fué a la mesa de, los *tres*.

Era Roberto.

Diego volvió a su mismo sitio.

CAPÍTULO VI.
La cantadora

PENAS Diego se hubo sentado, el mozo del café se le acercó diciéndole:

—Pronto hemos concluido.

—Sí… respondió Diego dando a conocer cuanto le incomodaba semejante solicitud.

—¿Pero ha ido bien?

—Sí, respondió Diego maquinalmente.

—¡Oh! me alegro mucho; ya que yo he sido el que…

—Este perillan entiende que he ganado y busca propina… se dijo

Diego.

Y sacó un napoleón y se lo dió al mozo, para echárselo de encima.

—Mil gracias; pues ahora ya lo sabe V., y cualquier cosa que se ofrezca…

—¡Mozo! ¡mozo!

—Bendita voz, exclamó Diego.

Y alejado el mozo de su presencia, volvió a fijar toda su atención en la figura de Roberto.

—Pero oye tú, ¿cómo tarda tanto en empezar el canto esta noche? decía uno.

—¿No ves que *Curro* ha entrado y está en aquella mesa?… Pues ahí aguarda a ver si sale la Pepa para sacarla de los pelos, según le tiene ofrecido.

—¡Quiá! no es eso, sino que hay una cantadora nueva esta noche.

—Pues se hace aguardar.

—¡Es que ha perdido una *papalina*!

—¡Música! ¡música!

—¡Que se empiece! ¡que se empiece!

El pianista levantó las manos a la altura de la cabeza, y remangándose las bocamangas del ridículo frac azul, de botones que habían sido dorados, las dejó caer sobre el teclado, que empezó a gemir de la manera más lastimosa que pueda darse bajo aquellos infernales dedos.

En honor de la verdad, sin embargo, debemos decir que hubiera sido difícil averiguar, examinados piano y pianista, quién castigaba a quien en aquella ocasión. Si el pianista al piano con sus manotadas, o el piano al pianista con sus desgarrados gritos.

Después de la sinfonía a *todo piano*, el pianista dió la *entrada* y seguidamente hizo la *salida* la *cantadora*.

—Juy, ¡viva la *grasia*!

—¡Salerosa!

—*¡Selensio!*

—¡Qué hermosa es!

—¡Bravo!

—¡Chist!… ¡Chist!…

Un silencio profundo sucedió al general murmullo. Todos los ojos estaban embelesados mirando la prodigiosa belleza de la nueva *cantadora*.

¡Dos hombres había, sin embargo, que la miraban de un modo particular!…

El uno con ojos chispeantes, encendidos, y diciéndose a sí mismo:

—¡Hermosa es! ¡y yo sin saberlo ni conocerla hasta ahora!…

Éste era Roberto.

El otro era Diego, que, exclamó al verla:

—¡La niña del cementerio!…

El pianista repitió, la *entrada*, pero la *cantadora*, inmóvil y de pié en medio del teatro, no daba señales de salir de la especie de estupor en que parecia abismada.

—Vamos, ande V., la decía el pianista volviendo la cabeza, y dándole el primer verso. *Quien me verá a mí.*

Pero la *cantadora*, cuyo rostro estaba encendido como la grana, ni oía al pianista, ni veía, ni atendia a nada.

El dueño del calé levantó la cabeza al teatro, miró a la *cantadora* y corrió a la puerta del lado del mostrador.

A los pocos momentos oyóse desde abajo una voz que salía de entre bastidores gritando:

—¡Ánimo! *Quien me verá a mí.*

El pianista repitió la entrada.

La *cantadora* recobróse al fin y empezó:

—*Quien me… e… ver… á…*

La voz se le anudó en la garganta.

—¡Fuera! ¡fuera!

—¡Buñuelo!

—¡Silencio!

Y un silbido general se levantó hendiendo la espesa atmósfera del café.

Un grito agudo se oyó en medio de los *fuera* y los *silbidos* de los espectadores.

¡La *cantadora* había caido desmayada!

El pianista se levantó a tiempo de cogerla en sus brazos.

EL CAFÉ CHANTANT

El dueño del café salió al escenario diciendo:

—¡Buena la hemos hecho!

Y cogiendo a la *cantadora*, con la ayuda del pianista, la llevó a una sala inmediata al *teatro*.

—¡Agua al rostro! gritaba uno.

—¡Esencia para niña! gritaba otro.

—¡Se ha cortado!

¡Que le pongan una venda!

Diego se lanzó a la puerta del mostrador.

Otros espectadores corrieron también antes y después que él Cuando Diego llegó, encontró a Roberto al lado de la joven.

—¡Fuera gente de ahí! gritó Roberto.

Diego se acercó más.

—¡Fuera! gritó uno de los tres de chaqueta que estaban en aquella mesa con Roberto, los cuales habían seguido a éste.

Y apartó bruscamente a Diego cogiéndole de un brazo.

Diego hizo un sacudimiento, levantando, apenas se vió libre, la mano que no tuvo lugar de descargar sobre el individuo que fué rodando contra la pared.

Los otros dos fueron a echarse sobre Diego.

Este les dejó acercar a tiro de puñetazo, y los recibió con tan fuerte golpe en el pecho, que los dos hombres quedaron tambaleándose delante de él.

Los circunstantes se apartaron, tornando la mayor parte la escalera.

—¡Qué hace V.! ¡que se pierde! ¡venga V. por aquí! gritó a Diego la voz del mozo.

Diego, que, como hemos visto en distintas ocasiones, no perdia nunca la serenidad, conoció en el momento que cometia una imprudencia que podía comprometerle y siguió al mozo. Este le condujo a otra escalera que salía a la calle.

—¡Pero que ha hecho V.!

—Defenderme simplemente.

Fortuna que esto no lo ha advertido D. Roberto, ocupado como estaba con la *cantadora*.

—¡Pero qué significa D. Roberto!…

—Que se vaya V: si: no quiere perderse, concluyó el mozo volviéndose y dejando a Diego con la palabra en la boca.

—Pues señor, creamos a este hombre, se dijo bajando la escalera. Aquí debe haber algo peligroso que no comprendo aun, y yo estoy poco prevenido por ahora. Pero, por otra parte, necesito saber lo que sea todo eso, que me inspira grande interés y he de averiguarlo.

Salió, a la calle y se puso al umbral de una escalerilla frente a la puerta del café.

En la puerta misma por donde Diego salió, apareció al cabo de momentos, uno de los tres hombres; el primero a quien aquel había derribado en la sala de arriba del café.

La luz del farol de la calle daba de lleno en el rostro del hombre.

Diego le conoció en seguida, y dió dos pasos atrás poniéndose más a la oscuridad del portal donde estaba.

No necesitamos decir qué esta acción de Diego estuvo muy léjos de ser inspirada por el miedo.

—¡Diría que conozco esta cara! exclamó observando friamente al

hombre.

Este salió a la callé, parándose en medio, en actitud arrogante y mirando a todos lados.

Era evidente que su vista buscaba al *guapo* que poco antes si atreviera a él y a sus dos camaradas, y el cual presumia que había salido por aquella puerta del lado del café.

En seguida apareció en la propia puerta un grupo de tres personas.

Una era el dueño del café; la otra Roberto, y la tercera una mujer a la que daba el brazo este último.

—¿Voy con V., D. Roberto? preguntó el hombre de la calle.

—No, Juan, quédate ahí, y esperadme los tres.

—Cierto, se dijo Diego al oir el nombre de *Juan*, ¡no me había engañado! Veo que conservo perfectamente la fisonomía de la gente.

Con efecto, Diego no olvidaba jamás una cara que hubiese visto una sola vez.

El hombre volvió a meterse en el café, y Diego saltó de su escondite, y siguió al grupo.

—Suplico a Vds que me dejen ya, porque me siento buena del todo, decía la niña, que no era otra que la *cantadora*, a los dos que la acompañaban.

—¡Ah! no faltaba otra cosa, respondió Roberto, sino que la dejáramos a V. sola en medio de la calle.

—Que atento y que fino se ha vuelto mi antiguo amigo, se decía Diego, que iba siguiendo a corta distancia y aguzando cuanto podía el oído.

—Estamos ya cerca de casa, añadió la niña.

—Razon de más para que no la dejemos a V., proseguía Roberto.

Llegaron a la esquina de la calle de Robador, entraron en ella, y a las cuatro puertas, dijo el dueño del café:

—Ya hemos llegado.

—Gracias mil, caballero, exclamó la joven.

—Acompañaremos a V. hasta arriba, dijo Roberto.

—¡Ah! ¡eso no! El señor Cristóbal sabe que no puede ser, que mi madre tendría un pesar si llegaba a sospechar algo de lo que ha pasado, continuó la niña llamando en su favor el testimonio del dueño del café.

—Pero, si es que no hay necesidad de decirle nada… insistia Roberto impertinentemente.

Y devorando con los ojos el rostro de la niña.

—¡Amalia! ¡Amalia! gritó en este instante una voz dentro del portal.

—¡Señora Tomasa! respondió la niña.

—Ay, ¡gracias a Dios! ¡a fé que su madre de V. tiene un buen susto! Yo no sé qué mil diablos le han contado que le había sucedido a V. ahí en el café de San Pablo, y como la pobre está, tan delicada…

—¡Cómo! ¡ay, Dios mio! ¡mi madre ha sabido!…

—Nada, nada, no se asuste V., exclamó Roberto con una satisfacción que no pudo disimular; nosotros mediaremos en eso: vamos, ¿vé V. como era mejor que subiésemos con V.?

—Ay, sí, sí, usted, señor Cristóbal, le dirá que no ha sido nada…

—Y yo también, pues no faltaba más, añadió Roberto. Ea, fuera miedo, y déme V. la mano.

Y Roberto, aprovechando la primera ocasión, tomó la delicada mano de Amalia, que ésta retiró así que se apercibió de ello, no habiéndolo notado al principio con la confusion de ideas que tenía en su mente.

Como Roberto y los demás personajes no hablaban muy bajo y la calle de Robador en el espacio de la casa de Amalia, estaba algo oscura, Diego, que pudo pararse muy cerca, oía bien toda la conversación.

Así a las últimas palabras de Roberto no pudo menos de volver a exclamar:

—Vamos, ¡Roberto está hecho un tipo de finura y cortesía!…

Aquellos subieron y Diego quedó en la puerta.

Amalia vivía en el piso cuarto de la casa.

La señora Tomasa, que era una vecina de la misma, tomó la delantera, llamó a la puerta, que abrió un niño casi andrajoso y de edad de diez años, el cual gritó al momento con infantil alegría:

—¡Mamá, aquí está Amalia!

—¡Madre mia! exclamó ésta llorando y arrojándose a una cama miserable que había en la alcoba, a dos varas de la puerta de la mezquina habitación.

El aspecto miserable que ésta presentaba, hubiera entristecido a cualquiera que no fuera Roberto, el cual contemplaba con un gozo salvaje, el estado pobrísimo de aquella familia.

—¡Buen disgusto me has dado, hija mia!

—Vamos, la niña no tiene la culpa, exclamó el cafetero.

—La tiene, porque ya sabía que eso era contra toda mi voluntad; pero, es cierto, no tiene ella toda la culpa…

—Claro que no, exclamó Roberto, que inoportuna e intempestivamente se metió en la conversación.

—Usted la tiene, señor Cristóbal.

—Yo, sí, efectivamente, pero fué con buena intención. Figúrese V., D. Roberto, prosiguió el cafetero, que esta niña tiene una voz de ángel,

que vale toda la plata del mundo. Yo que conozco a la familia desde hace mucho tiempo, y que, francamente, sin ánimo de ofender a nadie, porque eso de bienes de fortuna, amigo, van y vienen, y hoy está uno muy alto y mañana está muy bajo, y en fin, en una palabra; que le dije a esta señora, yo le doy ocho pesetas todas las noches a su hija, si baja a cantar en mi café tres o cuatro cosillas de las que ella sabe. Su madre no quiso; pero esta buena criatura, que así se ha de decir, a escondidas de su madre, bajó ayer y me dijo que cantaría, porque no podía sufrir, claro, ni los padecimientos de su madre enferma, ni el hambre de sus hermanos.

¡Hija de mi alma! exclamó la enferma volviendo a tender sus descarnados brazos al cuello de Amalia.

—Pero ya se ve, prosiguió el cafetero, como no está acostumbrada; al salir se ha cortado, y… pero no ha sido nada…

—¡Qué han de decir las gentes que la conozcan!… dijo la madre; la pobre no tenía ya otra cosa que su honradez, y ahora hasta eso ¡Dios mio! ¡Dios mio!…

—Vamos, no es nada; no se aflija V., qué diablos; ¿quién sabe? a veces no hay mal que por bien no venga, como suele decirse, interrumpió Roberto.

—Vaya, Amalia, ánimo, y tranquilícense Vds., que esto ya ha pasado. Yo, con permiso, me marcho, que hago falta abajo a estas horas, dijo el cafetero.

—Buenas noches, señor Cristóbal, dijo la madre desde la cama.

—Pues yo voy a tomar asiento un instante, dijo Roberto, con licencia de esta señora; aquí el señor Cristóbal ya me conoce…

—¡Basta que venga V. con él acompañando a mi hija!…

—Sí, entre los dos la hemos auxiliado… prosiguió Roberto con toda intención.

—Pues hasta luego, D. Roberto, dijo el cafetero y salió.

—Sí, hasta luego.

Cuando Diego, que había quedado en la puerta de la calle, vió bajar solo al cafetero experimentó un disgusto difícil de explicar.

había adivinado las bajas pretensiones de Roberto con Amalia, la familia de ésta era pobre, Roberto parecia gozar de cierta posición y había quedado solo arriba…

Esto naturalmente daba a Diego mucho en que pensar.

La madre de Amalia extrañó, como no podía menos, la frescura de aquel hombre a quien no daba derecho a semejante libertad el desgraciado suceso ocurrido a su hija; pero para darle una lección en aquel instante, se necesitaba un despejo que no cabia en la prudencia ni en la buena educación de aquella desgraciada madre de familia que

no tuvo otras palabras que las que hemos oído para contestar a la licencia que se tomó Roberto y luego estas otras, las únicas que puede emplear en semejante caso toda persona medianamente educada:

—Traedle una silla a este caballero.

El niño que abrió la puerta, dió una ligera vuelta sobre los talones, tendiendo una mirada alrededor de la sala alumbrada por la triste luz de una vela de sebo, y fué a un rincon a buscar la silla que pedía su madre.

Roberto se sentó en ella junto al marco de la alcoba.

Amalia sentóse también sobre la cama de su madre.

—¿Y V. creo que es viuda, señora? preguntó Roberto sin rodeos.

—¡Sí, señor, por desgracia!

—¿Con todos estos niños?

—De los cuales solo Amalia, que es mi hija mayor, puede ganar el pan.

—Y si este pan se ha de ganar así trabajando…

—¡En ese torno de seda que V. ve ahí!

—¡Ah! eso ha de ser matarse, para no ganar nada.

—Trabajando diez y seis horas todos los días, gana una mujer nueve reales. Mi hija, que no puede trabajar más de doce, porque además de tener que cuidarme a mi, ha de hacer todas las faenas de la casa…

—¡Ah! ¡es imposible! exclamó Roberto con el acento de la más profunda compasion. Pero de eso en parte tienen Vds. la culpa…

—¡La culpa nosotras!… exclamó la madre extrañando naturalmente estas palabras.

—Porque otros medios hay…

—Todos los hemos visto ya, caballero, y antes de sepultarme yo en este lecho de mi martirio, puede V. figurarse que lo he mirado todo…

—Sin embargo, añadió Roberto, yo conozco otras familias en igualdad de caso que Vds., y no lo pasan tan mal… en fin, todo lo contrario…

—No comprendo…

—Esta niña es joven y muy buena muchacha…

La palabra *muchacha* fué un puñal que clavó en la esquisita susceptibilidad de la madre, la poco delicada expresión de Roberto.

Toda la miseria del mundo no hace olvidar a ciertas personas las atenciones que merecieron en otro estado de fortuna, y de que no creen deba privarles luego la pobreza.

Roberto prosiguió con socarronería y mirando al suelo:

—Y podía… en fin… tratándose de una persona de carácter… hablándose las cosas… arreglarse todo, y salir de ese estado triste y

deplorable.

—No entiendo a V., caballero… dijo la madre a las para ella ambiguas palabras de Roberto.

—Quiero decir… V. ya no es una criatura, para no conocer ciertas cosas…

—Amalia, mira, hija mia, exclamó la madre, pasa allá adentro y arréglame el cocimiento para luego.

Roberto respiró satisfecho a estas palabras, y dijo para sí:

—Bueno va el asunto.

Luego, dirigiéndose a la madre, añadió inmediatamente:

—Ha hecho V. muy bien en hacerla salir, porque así hablaremos con más libertad.

La madre miró a Roberto diciendo:

—Sí, caballero, creo que he hecho muy bien en hacerla salir.

Y pronunció estas palabras con una intención tal, que detuvieron la de Roberto por un instante en sus labios.

Sin embargo, al cabo de breve rato éste prosiguió sin abandonar su idea:

—Pues, sí, señora; con una persona de carácter, por ejemplo, que Vds tuviesen…

—¿Y qué había de hacer esa persona de *carácter*, caballero?… preguntó la madre con forzada sencillez.

—Vamos… prosiguió Roberto con maligna socarronería, V. ya me comprende… que viniese a visitarlas a Vds una vez o dos al día así, a horas en que no fuese visto…

—Caballero, las personas, pocas o muchas que puedan entrar en mi pobre casa, ha de ser a la luz del día, y sin esconderse de nadie…

—¡Oh! por mí eso sería indiferente; pero lo decía por Vds. para que la gente no murmurase… aunque en este mundo cada cual hace de su capa un sayo y nadie dá a uno un pedazo de pan cuando no lo tiene…

La madre sufría horriblemente en el lecho, aguardando que Roberto formulase claramente su pretension.

Éste prosiguió:

—Es decir, a todo esto yo supongo que la niña no tendrá ningun otro compromiso…

—Sí, señor, tiene uno exclamó la madre resueltamente, pero… con voz trémula por la emoción que sentía.

—¡Ah! dijo Roberto.

—Tiene el compromiso de guardar limpio el honor de su nombre, que no perderá ni con la vida.

—¿Pero quién trata aquí de deshonor? exclamó Roberto con la más irritante sangre fría; la cosa, como Vds la sepan tener oculta, yo lo que

es por mi parte…

Aquí la madre de Amalia no pudo sufrir más y dijo imperiosamente:

—Caballero, hágame V. el obsequio de salir de mi casa.

—¡Cómo!

—La pobreza y la desgracia nuestra no dan el derecho, ni a V. ni a nadie, de insultar así nuestra honra y nuestra dignidad.

—Vea V., señora, lo que dice y considere lo que pierde…

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó la madre amargamente.

—Señora, en fin, no se afecte V. tanto, que no son esas cosas para matar a nadie, y acaso mañana, otro que ofrezca a Vds mucho menos de lo que hubiera hecho…

—¡Caballero! ¡digo a V. que salga de mi casa inmediatamente! gritó la madre.

—¡Qué es esto, madre mia! exclamó Amalia corriendo a la alcoba.

—Nada, no es nada. ¿Se ha dormido Ramón?

—Ahí está dormido, junto al torno.

—Despiértale pues, y vuélve tú adentro.

Amalia despertó al niño de diez años que antes abrió la puerta, y volvió a salir de la habitación.

—Ramón, prosiguió la madre; abre la puerta a este caballero.

—¿Con que me despide V.? exclamó Roberto con rabia.

—Sí, señor, le despido, y si las fuerzas materiales acompañasen a las de mi indignación, ¡le arrojaría por la escalera de mi casa!

—Está bien. Buenas noches.

Y Roberto salió despechado y furioso de la sala, exclamando entre dientes:

—¡Ya caerás!…

CAPÍTULO VII.
La virtud y la miseria

EGUÍA parado Diego en la puerta de la casa de Amalia esperando a que Roberto bajase, con una impaciencia difícil de explicar.

Ya hemos visto el efecto tan desagradable que le produjo el ver bajar solo al dueño del café.

Después que hubo salido éste, bajó una mujer vecina de la casa, a la cual Diego se atrevió a preguntar:

—Buena mujer, ¿me haría V. el favor de responderme a una pregunta?

—Diga V., contestó la mujer parándose.

—No es con ninguna intención siniestra, observó Diego, como para prevenir una mala respuesta de aquella mujer, que era muy fácil interpretára sus palabras como la de la calle de Peracamps, cuando preguntó por Clara y su madre.

—Usted dirá, repuso la mujer.

—En esta casa y en el piso cuarto, me parece, vive una joven que se llama Amalia, en compañia de su madre…

—Sí, señor.

—Creo que es buena familia…

—Demasiado. ¡Ah! ¡eso sí! pues con la miseria que tienen las infelices, crea V. que se necesita ser una santa para sufrir tanto y con tanta paciencia.

—¿Usted hace mucho tiempo que las conoce?

—Un año nada más que viven en la casa. Yo hace tres que habito el cuarto de enfrente.

—¿La madre es viuda?…

—Sí, señor.

—¿Y el padre murió en esta casa?

—No, señor, vinieron aquí mucho después de muerto el padre.

—Gracias mil, es todo cuanto deseaba saber.

—Pues ya lo sabe V., y si trae tal vez alguna intención con la niña, con gente más buena no podía tropezar. Ahí no entra lo que se dice alma viviente en figura de hombre…

—No, no era eso…

—Es que a veces uno se informa…

—Sí, con efecto.

—Pues toda la vecindad no dirá a V. ni más ni menos que yo.

—Repito a V. las gracias.

—Vaya, pues, buenas noches.

—Muy buenas noches.

Las explicaciones de esta mujer enternecieron a Diego, aumentando en él el interés que por aquella familia experimentaba.

—Y sin embargo, se decía en medio de esto, ¡Roberto ha quedado arriba!… ¡y hace media hora que está y no hay indicio de que baje!…

En este momento se oyeron en lo alto de la escalera las pisadas de un hombre.

—¿Será él? se preguntó Diego.

Y salió a la calle.

Era con efecto Roberto, que bajaba despedido vergonzosamente por la madre de Amalia.

—Es ya muy tarde para subir yo ahora, otro rato volveré, exclamó

Diego viéndole salir, puesto de pié al umbral de la puerta de al lado.

—¡Se han atrevido a despedirme! ¡pero yo me vengaré! decía Roberto a más de media voz, hablando consigo mismo, al poner los piés en la calle.

Diego oyó las palabras de Roberto.

—¡Muy bien! exclamó comprendiendo todo el significado de esta exclamación, y con una satisfacción igual al recelo que experimentaba antes de que bajase Roberto.

Éste tomó la dirección de la calle de San Pablo, y se metió otra vez en el café.

Diego le siguió.

Al llegar al café, paróse cerca de la puerta diciendo:

—Aquí le dejo ya, puesto que sé donde volver a encontrarle cuando quiera.

Y se fué en derechura a su casa.

Al ir a llamar, Daniel abrió la puerta.

—Listo has andado, le dijo Diego al pasar.

—Vi a V. desde el balcón.

Daniel había permanecido en él desde que hubo anochecido, aguardando la vuelta de su amo.

—Mañana estarán las llaves, señor.

—Bien. Cierra ya; porque vamos a recogernos. Oye: yo no como nunca en casa. Tú puedes hacerlo donde y a la hora que quieras.

—Está bien, señor.

—Puedes retirarte.

Daniel salió, y Diego quedó solo en la sala.

Al día siguiente se levantó por la mañana, púsose el traje mismo que llevaba cuando fué al cementerio, tomó una de las llaves que Daniel por su mandato había hecho construir y que a primera hora estaban ya sobre la consola, y salió.

Al salir dijo a Daniel:

—A las doce y a las cinco en casa.

—Está muy bien, señor.

El callejon del Mill venía frente por frente de la casa de Diego.

Éste fué a pasar por la calle donde había vivido con su madre.

Sus ojos volvieron a clavarse en las vetustas paredes de las casas que en ella quedaban, y que guardaban escritos en caractéres, solo para él inteligibles, recuerdos que arrancaban lágrimas a su corazón.

Salió a la calle de la Boria, y siguiéndola con dirección a la plaza del Angel, paróse de repente ante uno de los portales.

Era aquella casa misma donde vivía el jefe de policía, a cuya presencia le condujeron los esbirros para llevarle luego al calabozo de

la Ciudadela.

Antes había pasado, sin embargo, dos veces por aquel sitio, después de su vuelta a Barcelona, sin detenerse un momento.

Era que la primera vez pasó para ir a la casa de su madre, y la segunda para ir a la de Clara.

—¡Aquí fué y de esta casa salí! exclamó Diego con el acento del más profundo dolor.

Y el recuerdo de todos sus pasados sufrimientos se presentó a su imaginación vivo como nunca.

De semejantes recuerdos es imposible separar la idea de la venganza.

Pero Diego no pensó más que en el jefe de policía, no maliciando las relaciones que con éste pudiera tener Roberto.

Sin embargo, ya hemos visto la natural antipatia que sentía por este último, cuya pista no quiso perder cuando le encontró por primera vez en la calle de Fernando.

Era que Diego, instintivamente y sin explicarse la causa, se sintió impulsado a seguirle por un sentimiento que era en él algo más que simple curiosidad.

Diego odiaba a Roberto, y el ódio nos atrae tanto como el cariño en ciertas ocasiones, hácia las personas que nos lo inspiran.

Al cabo de un rato de mirar la casa, Diego exclamó:

—Tiempo tendré de ocuparme de esto. Vamos ahora a la calle de Robador.

Llegó a la casa de Amalia, subió al piso cuarto y llamó.

—¿Quién? respondió desde adentro una voz clara y argentina.

—Servidor de V.

La puerta se abrió.

Diego vió otra vez a la niña del cementerio.

Amalia se sobresaltó al verle.

—A los piés de V., señorita.

—Beso a V. la mano, contestó Amalia ruborosa y sobresaltada.

—¿Está en casa su madre de V.?

—Sí, señor, pero…

—¿Está enferma? ya lo sé, no importa, yo quisiera verla.

—¿Qué es eso, Amalia? preguntó una voz débil que salía del interior del cuarto.

Era la madre, cuyo fino oído estaba atento siempre que llamaban a la puerta.

Amalia corrió a la alcoba.

—Es aquel caballero que dije a V. me habló en el cementerio.

—¡Jesús! ¡cuándo concluiremos, Dios mio!

—Le diré que V. no puede recibirle.

—Volverá otra vez y tendremos lo mismo; dile que pase.

Amalia salió, y la madre quedó exclamando:

—¡Hasta los dones de la naturaleza se convierten en males para los pobres!

Con efecto: la peor de las desgracias es la hermosura en medio de la virtud y la miseria.

—Pase V., caballero, dijo Amalia a Diego, que aguardaba de pié y con el sombrero en la mano en la puerta del cuarto.

En la casa de un opulento Diego no se hubiera descubierto hasta entrar en la habitación.

—Señora, V. me dispensará la libertad que me tomo con esta visita.

—Caballero…

—Sabía, porque lo pregunté a su buena hija de V., y me lo han dicho después otras personas, que V. estaba enferma.

—Ya lo ve V., caballero… pero tenga V. la bondad de sentarse… y de cubrirse.

—Haré lo primero, y en cuanto a lo segundo, señora, yo estoy siempre descubierto en los lugares sagrados.

La madre miró a Diego sin comprender estas últimas palabras.

—No extrañe V., señora, esta expresión mia. El lugar donde mora la virtud, es para mí lugar sagrado.

—Caballero… dijo la madre confusa ante un lenguaje que no había oído jamás, y sobre todo, ante la noble fisonomía y compostura que Diego guardaba en todos sus movimientos.

—Señora, anoche sucedió a Vds… a su hija de V., un lance desagradable.

—¡Ah! sí, caballero. ¿Usted lo sabe?

—Sí, señora; y es triste, muy triste que la verdadera honradez tenga que bajar para encontrar un pedazo de pan, hasta el lodo del vicio y de la maldad, para salir, sino manchada, empañado su brillo cuando menos…

—Es verdad, caballero, y V. que comprende eso, conocerá asimismo el profundo dolor que yo sentí, al saber el paso que el amor de mi hija a su madre y a sus hermanos la hizo dar en contra de mi voluntad.

Y aquí la madre explicó a Diego el cómo Amalia fué a cantar en el café, lo cual sucedió de la manera que poco antes oimos al cafetero, cuando acompañó juntamente con Roberto a la joven a su casa.

—El otro día, señora, cuando ví a su hija de V. en el cementerio, y en lugar donde se entierran los pobres…

—Me lo dijo.

—Entonces diría a V. también que a mí me arrastraba igual sentimiento que a ella hacia aquel sitio. Así, el interés que yo sentí por esta familia, fué tan santo, señora, como el lugar en que nos hallábamos. Era la tumba de su padre y de la madre mía, y ante los sepulcros de los padres, no nacen bajas pasiones en el corazón de los hijos.

La intención de Diego al pronunciar estas palabras era evidente.

Quería proteger con recursos a aquella familia desgraciada, pero la miseria en que ésta vivía, era una señal infalible de que la madre había rechazado todo género de protección por parte de alguien que pudiera comprometer la honra de su hija, y era necesario, para que el favor de Diego fuese aceptado, buscar títulos para hacerlo, y revestirlo de cierto carácter que alejara toda mira indigna por su parte, al paso que no ofendiese la dignidad de aquella familia.

En un hombre como Diego no parecerá extraña semejante delicadeza en sus acciones, conocida la elevación de sus bellos sentimientos.

La madre miraba encantada el rostro de Diego, en el cual se retrataba la verdad del sentimiento, que dictaba sus expresiones.

—¿Con que, V. no tiene madre? preguntóle la de Amalia.

—Murió, y su muerte fué por cierto bien horrible.

—¡No lo sería tanto como la del padre de mis hijos!

—Ya la sé, aunque ignoro los motivos.

—Mi marido no poseia bienes de fortuna, aunque su familia había sido muy rica. Conocióme a mí hallándose él en buena posición, pero grandes golpes de la suerte en la casa de sus padres le dejaron pobre de la noche a la mañana. Quiso, pues lo había prometido, llevar a cabo el casamiento conmigo, que era de una familia pobre también. Trabajando mucho, llevando los libros y escribiendo en algunas casas de comercio, sostenía, aunque con trabajo, a su mujer y a sus hijos. Un día vino a casa más alegre y muy contento con unos papeles en la mano. Eran los poderes de procurador de una casa, cuya administración le había sido confiada. Con lo que ésta le había de producir y su trabajo por otra parte, mi marido se prometia pasar una vida menos penosa y más desahogada para toda la familia. Y así fué, en efecto, durante los seis primeros meses. Llegó el segundo semestre y en casa teníamos como unos seis mil reales de alquileres cobrados cuyas cuentas mi marido no debia rendir hasta dos meses después. En esto vino a verle un su amigo y le dijo que en Barcelona existia una casa en donde el dinero que se dejaba, producia el ciento cuarenta y cinco por ciento al año, esto es, por cada duro un real semanal, que se

podía ir a cobrar todos los sábados. Mi marido no podía creer esto al principio; pero su amigo, que era persona de bien y formal, se lo aseguró diciéndole que él tenía dados a dicha casa mil reales, cincuenta duros, y hacía ya tres meses que cobraba cincuenta reales todas las semanas. Mi marido calculó el tiempo que le faltaba para rendir cuentas de los alquileres y arriesgó cincuenta duros de los trescientos que tenía del amo de la casa que administraba. Con efecto, el amigo le dijo verdad.

—¡Cobró tan crecidos intereses! exclamó Diego sorprendido.

—Sí, señor.

—¿Pero cómo puede ganar el dinero ese interés tan exhorbitante en Barcelona?

—Aguarde V., dijo la madre.

Luego continuó:

—Pues la primera semana cobró cincuenta reales de los cincuenta duros. El sábado de la semana siguiente volvió, y se le entregaron religiosa y puntualmente otros cincuenta reales. Mi marido estaba loco de contento.

—Y a V. le pasaría lo mismo.

—Yo, si he de decir a V. la verdad, caballero, lo veía y no lo creia, y pensaba más en los cincuenta duros que en la casa aquella quedaban, que en los cincuenta reales que pudieran venir a la mia. Mi marido reprochaba continuamente mis temores, que yo por otra parte no podía justificar, y seguía cobrando tan cuantiosos réditos. Un día, queriendo desvanecer por completo mis recelos, me dijo: Vamos, para que te convenzas, voy a sacar ahora mismo el dinero de la casa, a donde puede ir a buscarse cuando se quiera, pues entregan el capital depositado en cuanto el dueño lo pide. Ve, pues, le dije yo. Fué mi marido, y con efecto, al cabo de una hora volvió diciéndome: Toma, ahí tienes los cincuenta duros, y a ver si en el cajon de la cómoda producirán lo que depositados en esa casa. Confieso, caballero, que me arrepentí de mis temores, y le rogué que fuera otra vez a ver si se los admitian. Volvió mi marido, pero no con los cincuenta duros solamente, sino con los trescientos que tenía. Aquello había despertado por completo su confianza y el deseo de mayores productos.

Diego escuchaba con marcado interés esta relación.

—Cuatro semanas estuvo cobrando mi marido trescientos reales todos los sábados.

—Era ya una renta.

—Pero a la quinta semana tuvo que ir a sacar el dinero para rendir cuentas, pues había ya llegado el día. Fué, y ¡ay! ¡Dios mio!

—¿Qué sucedió?

—¡No quisiera recordarlo! todavía le veo entrar en la sala desencajado el rostro, el cabello erizado, descompuesto el traje… y gritándome: ¡Margarita, me han robado!

—¡Cómo!

—Sí, caballero…

—¡En la calle!…

—¡En la misma casa!

—¿Pero cómo fué?

—Al llegar se encontró con que la dueña, pues era una mujer la que recibia el dinero y pagaba los réditos, ¡había muerto!

—Pero esa mujer dejaría bienes, efectos…

—No, señor.

—Y habría además un documento…

—No, caballero. ¡Ni la mujer tenía bienes, ni dejó ningun género de papel que acreditase la cantidad prestada!

—¡Comprendo entonces que pueda tomarse dinero dando un tan crecido interés! exclamó Diego.

—Y no fué sola nuestra desgracia la que ocasiónó aquel suceso; sino la de muchas familias de Barcelona que quedaron así burladas y que llorarán las consecuencias mucho tiempo.

—Lo creo.

—Sigo pues.

—Continúe, continúe V.

—Llegó el día de las cuentas y mi marido estaba como loco. No se presentó a rendirlas. Al otro día recibió un recado del dueño de la casa que administraba, para que se presentase, pues aquel necesitaba fondos para sus negocios.

—¡Horrible situación era la de su marido!

—¡Y sin tener, entre tantos como él había favorecido cuando se encontraba en la buena posición en que le tenía su familia en Barcelona, ni un amigo que le sacase de tan grande apuro!

—¡Eso sucede por lo general!

—Mi marido se metió en su cuarto, escribió una carta que se metió en el bolsillo, y salió diciéndome, hasta luego, Margarita. Que el cielo te de un camino para salir de este gran compromiso, le dije yo. A los pocos momentos entró la muchacha, que venía de la calle con el niño más pequeño que teníamos, en brazos. Vino a mí a dejarme la criatura, y yo observé que la muchacha tenía los ojos llorosos. ¿Qué tienes? la pregunté. Nada, señora, pero cuando subia encontré al señor que bajaba la escalera: al verme con el niño, lo cogió y empezó a cubrirle de besos y de lágrimas que brotaban de sus ojos, exclamando

al mismo tiempo: ¡hijo mio! ¡hijo mio! luego me lo volvió y se bajó precipitadamente; y yo, como el señor lloraba, he llorado también. No digo a V., caballero, el efecto que me hizo la relación de la muchacha.

—¡Ah! ¡lo comprendo!

—¡Pasó la mañana y mi marido no volvía!… pasó la tarde y ¡tampoco!…

Aquí la buena madre, la desgraciada esposa no podía continuar. Las lágrimas arrasaban sus ojos y sus palabras salían de sus labios entrecortadas por los sollozos.

—No siga V., señora… la observó Diego, en cuyo tierno corazón se dejaba sentir agudamente el pesar que veía en la pobre enferma.

—¡Si, V. me permitirá que siga, continuó ésta; porque esto, aunque me hace llorar, me dá cierto alivio cuando lo cuento a una persona que sabe comprenderlo!…

Diego entendia perfectamente ese consuelo que el alma dolorida experimenta al depositar sus penas en otra alma que sepa comprenderlas.

—Continúe V. pues, señora.

—¡Anocheció, y entonces llegó a nuestros oídos la voz que corría ya por todo Barcelona de que un caballero se había suicidado de un pistoletazo en la montaña de Monjuich!…

A Diego no le sorprendió esta catástrofe, que supo ya por Amalia la tarde del cementerio.

—La autoridad recogió el cadáver, y una carta que a su lado había. Era la que había escrito por la mañana.

—¿Y qué decía la carta? preguntó Diego con verdadera ansiedad.

—La tengo grabada en la memoria, continuó la madre, y se la recitaré a V. palabra por palabra. Decía así: «Soy otra de las víctimas engañadas por la prestamista *que se dice ha muerto de repente*. Yo le había entregado, hace un mes, seis mil reales que no eran mios, y de los cuales debia dar cuenta al dueño de la casa que yo administraba, D. José Ferrer. Ha llegado el día de las cuentas, el señor Ferrer me reclama su dinero, ¡y yo no lo tengo! No puedo sobrevivir a semejante deshonra, y salgo de esta vida. Al morir pido perdón al señor Ferrer, y abrazo con el alma a mi mujer y mis hijos —*Carlos Messina*».

—¡Cómo! exclamó Diego de repente, al oir el nombre de Messina.

—Esa es la carta, caballero, concluyó la madre sin notar el efecto que hizo a Diego el nombre de su marido.

CAPÍTULO VIII.
El cancerbero de los pobres

L nombre de Messina trajo toda una historia a la mente de Diego.

La historia de aquella familia de Nuevitas, víctima de la infame connivencia del capitán del *negrero*, cuando mandaba un buque de aquella casa, con el famoso pirata Patrick.

—Y lo más sensible fué, que teníamos para pagar, Ahí realmente pagamos después, prosiguió Margarita, que este nombre dijimos tenía la madre de Amalia.

—¿Pagó V.?

—Sí, señor, y fué de esta suerte. La carta de mi marido era una confesion de la cantidad que tenía de Ferrer.

—Efectivamente.

—Éste, pues, se apoderó de muebles y de cuanto en nuestra casa había, y lo vendió para cobrarse.

—¡Fué de todas maneras un acto de bien poca consideración! exclamó Diego.

—Puedo asegurar a V., sin embargo, que no lo sentí, a pesar de que quedamos luego en el estado en que V. nos ve hoy. A lo menos el nombre de mi marido quedó limpio de la deuda.

Diego contemplaba asombrado tanta honradez en medio de tanta pobreza.

—¿Dijo V., señora, que su marido se llamaba Carlos Messina? preguntó Diego, fija su atención en aquella idea.

—Sí, señor.

—¿Era de Barcelona?

—No, señor, americano.

—¡Americano!

—¿Le sorprende a V.?

—Es que yo soy americano también. ¿De qué punto de América era su marido de V.?

—De Nuevitas.

Diego admiróse de nuevo, diciéndose en su interior.

—¡Pertenecia sin duda a aquella familia!

Luego añadió:

—¿Creo haber oído a V. que la casa de su marido, o de sus padres, había sufrido grandes pérdidas?

—Sí, señor. Era una casa de comercio y tuvo la mala suerte de que por tres veces fuese cogido por los piratas un buque que traía cuantiosas sumas de dinero a España.

—¡Ya no puede quedarme ninguna duda!

Esta exclamación de Diego sorprendió a la pobre viuda, que no pudo menos de preguntarle:

—¿Acaso, V., caballero, conocía a la familia?…

—No la conocía, pues yo soy más joven de lo que parezco, y de aquellas desgracias hace ya treinta años.

—Es verdad.

—Pero recuerdo la relación que en el mismo Nuevitas me hizo un viejo marino, y si entonces me enterneció, puede V. figurarse si me afectará ahora que la oigo de nuevo y de boca de persona tan interesada.

—Yo doy a V. las gracias, caballero, por el interés que le merecen

nuestras desgracias.

—Pues han concluido desde hoy, buena señora, exclamó Diego.

—¡Cómo!

—Yo soy bastante rico por mí…

—¡Ah! perdone V., caballero, interrumpió la madre con un tono de dignidad que aumentó más y más la consideración con que Diego hablaba.

—¡Suplico a V. me deje concluir!…

—Siga V.

—En primer lugar, señora, he de manifestar a V. que he sido también pobre, y nunca como en los momentos de infortunio han sido mi decoro y mi dignidad tan susceptibles; y no ignoro que las personas de cierta educación reciben un agravio generalmente en la forma del beneficio que se quiere dispensarlas, cuando están en la desgracia. Bajo este supuesto, señora, yo puedo asegurarle que ni el buen nombre, ni el decoro de su familia, padecerán lo más mínimo en cuanto yo ofrezca a V.

La madre de Amalia oía embelesada las palabras que Diego pronunciaba.

Éste prosiguió:

—Aunque empecé por decir que yo era bastante rico por mí, fué para concluir manifestando que nada mio iba a ofrecerles; esto tendría el carácter de una limosna, y en ese caso yo no la daría así tan a las claras, haciéndola pagar tan cara a quien la recibiese; pero yo tengo encargo, no puedo decir a V. el cómo ni el por qué le tengo, más le juro que digo la verdad, de entregar cierta suma a un miembro cualquiera de esa familia de Messina.

—Caballero… exclamó la madre con el tono de la mayor benevolencia y la sonrisa más sencilla de incredulidad.

—Es dinero de la familia y al entregarlo yo, lo doy a quien pertenece.

—No puedo menos, caballero, de admirar y agradecer en el fondo de mi alma el delicado pretesto con que V. trata de disfrazar su generosidad; pero yo la comprendo a pesar de eso, y V., que tan bien ha sabido hace un momento explicar lo que los pobres sufrimos en nuestro amor propio y en ocasiones semejantes, no querrá causarme ese sentimiento.

—Pero, señora, es que yo puedo asegurar a V…

—Gracias, caballero, gracias. Yo debo a V., y querré deberle toda mi vida el dulce consuelo que en mi corazón han derramado sus atentas y nobles palabras; pero otra cosa, ya V. mismo conoce que no puede ser.

Diego hubiera querido en aquel momento, a costa de cualquier sacrificio, poder dar una prueba de las que tenía para persuadir de la verdad de sus palabras a aquella mujer y vencer tan fuertes escrúpulos; pero no podía presentar esa prueba, sin exponerse a descubrir al mismo tiempo un lado del incógnito absoluto con que estaba en Barcelona y que le convenía guardar por mucho tiempo todavía.

—¿Con que, no hay forma de convencer a V.? ¿Qué es lo que V. quiere, señora, que yo haga, mientras no sea descubrir lo que antes he dicho que debia callar, para convencer a V. de que digo la verdad?

—Nada, caballero, nada, respondió la madre con la misma incrédula sonrisa.

En este momento llamaron a la puerta del cuarto.

Amalia abrió.

—¡Quién es, Amalia! preguntó como siempre la madre desde la alcoba.

—Es el casero, mamá.

El rostro de Margarita cubrióse de rubor.

Diego lo notó al instante, sintiendo en su corazón el dolor que adivinaba en el de la madre de Amalia.

La situación de Margarita al ver al casero, y estando Diego delante, era dos veces más penosa. Diego lo conocía así, y sin embargo de que la suya era por lo mismo sumamente violenta, no quiso despedirse, esperando que surgiese alguna circunstancia en que poder apoyarse para hacer el bien que deseaba a aquella familia.

Margarita, por su parte, sentía la presencia de Diego, en aquel momento, y, a pesar de cato, no experimentaba aquella incomodidad que causan testigos extraños, en situaciones semejantes.

—Que pase, dijo al fin Margarita.

El casero entró sin quitarse el sombrero, sin saludar a nadie, y diciendo:

—¿Con que está V. todavía en la cama?

Diego clavó la vista en el estúpido rostro de ese *cancerbero de los pobres*, sin hacer el menor movimiento para contestar a un saludo que no se había hecho, ni mucho menos para ponerse de pié, como en seguida hubiese efectuado a la vista de otra persona mejor educada.

—Ya V. ve… ¡todavía! respondió Margarita con esa voz particular de manifestarse que tiene la pobreza.

—Yo he extrañado que no fuera nadie a mi casa, después del día en que yo estuve aquí…

—Ya puede V. figurarse la causa…

—Como se ha pasado ya una semana… y V. dijo que el sábado…

—Es verdad que así lo dije, contando con que antes hubiera podido levantarme; pero…

—Sin embargo, como V. lo prometió…

—Ya digo a V. que es verdad…

Diego estaba como sobre áscuas.

—Pero también le manifiesto la causa que V. ve, Mi hija cobró nada más que nueve pesetas…

—Si V. me las hubiera mandado…

Margarita sudaba a mares.

Los labios de Diego temblaban como luchando con las palabras que pugnaban por salir de la boca.

—No ha podido ser, continuó Margarita, porque de otro modo, ni hubiera podido yo medicinarme, ni tampoco comer mis hijos.

—Pero el alquiler de la casa, sabe V. que es sagrado, y ha de ser siempre lo primero.

—Dispénseme V., interrumpió Diego, que no pudo ya sufrir mas; lo primero es alimentarse para no morirse.

El casero fijó la vista en el rostro de Diego.

—¡Oh! caballero, suplico a V… exclamó Margarita queriendo impedir a Diego que tomase cartas en aquel asunto.

—¡Ah! señora, dispénseme el que yo haya tomado parte en este asunto; pero es que un hombre que tenga sangre en las venas, no puede oir con calma…

—Entonces, interrumpió el casero, ya que V. se interesa tanto…

—¿Qué quiere V. decir con eso? preguntó Diego.

Y metió la mano en el bolsillo, sacando una cartera, y de ella un billete de banco.

—¡Caballero! gritó la madre extendiendo el brazo para contener la acción de Diego.

—Señora, V. puede admitir de una persona como yo, que tanto debe a su familia, esa miseria para pagar a ese hombre.

—¡Oh! no, de ninguna manera…

—¡Pobres y orgullosos! dijo entre dientes el casero.

—¿Usted es el dueño de esta casa? le preguntó Diego seguidamente.

—Soy el procurador.

—¿Me hará V. el favor de decirme quién es el dueño?

—Don Pedro Blanco.

—¡Otro D. Pedro! pensó Diego inmediatamente preguntando en seguida; ¿dónde vive?

—En la calle de Moncada; pero es inútil que V. vaya para…

—¿Y quién ha dicho a V. para lo que yo pregunto eso?

—Es que en los alquileres de sus fincas, nadie entiende más que yo, y yo solo debo responder…

—Pues vaya V. tranquilo por hoy, que yo procuraré librarle de ese compromiso.

El procurador quedó admirado ante las palabras de Diego, cuya fuerza de convicción consistia, más que en su tono seguro, en la cartera y los billetes que había notado la avarienta mirada del casero.

Así éste no tuvo otra razón que contestar, y se despidió diciendo:

—Pues que V. se alivie y allá veremos.

—¡Gente estúpida y soez! exclamó Diego al verle salir.

—¡Oh! caballero, ¿qué piensa V. hacer? exclamó Margarita.

—No puedo responder a V. en este momento; porque no lo sé yo mismo de una manera precisa; pero Vds. no pueden permanecer así, señora, yo tengo una obligación sagrada que cumplir, y en esa obligación entra el librar a Vds. de esa horrible escasez…

—Caballero, caballero…

—Y el atender a esos escrúpulos, dignos por otra parte de una señora como V., sería en mí hasta criminal. ¡Con que, señora, yo me alojo por ahora de esta honrada casa, para ir, lo repito, a donde mi deber me llama, y salgo bendiciendo la ocasión que me ofreció el cielo en el encuentro con su buena Amalia y en el lugar donde, junto a su pobre padre, yace también la pobre madre mia!

Margarita iba a hablar, pero Diego salió precipitadamente de la alcoba.

Al pasar a la especie de corto recibidor para abrir él mismo la puerta, tropezó con Amalia que estaba escuchando.

Antes, a una seña de su madre, Amalia abandonó la alcoba, así que en ella se hubo sentado Diego; pero niña y curiosa, como mujer, pudo escuchar, y oyó desde afuera toda la conversación.

Creyéndose sorprendida por Diego, cuando éste salió, encendióse de rubor su rostro, pero Diego no lo notó siquiera.

Saludóla afectuosa y respetuosamente y bajó la escalera.

Siguió la calle de Robador con dirección a la de San Pablo, y al llegar a la esquina, tropezó con un hombre que la doblaba en aquel momento.

—Esta cara… ¡ah! sí… ¡es la misma de anoche! es Juan, otro de los satélites de Roberto.

Diego siguió su camino sin pararse más en ello.

Juan no miró a su rostro, ni conociera aunque lo mirara bajo el traje del caballero, al artesano de los buenos puños del café.

Cuando Diego llegaba frente al cafetin de la calle de San Pablo, Juan entraba en la casa de Amalia.

Diego siguió su camino con dirección a su casa.

Juan subió al cuarto piso de la de la calle de Robador, y llamó V. la puerta.

—¿Quién? respondió Amalia.

—Servidor de V.

Amalia abrió.

—¿Qué se le ofrece?

—Anoche estuvo aquí el señor Cristóbal del café de ahí abajo.

—Si, señor.

—Con otro caballero…

—Es verdad.

—Este último era mi amo D. Roberto, el cual perdió ayer un dije, un anillo que llevaba en los colgantes del reloj.

—¡Aquí no hemos visto nada!

—No dice él tampoco que lo haya perdido aquí, es cosa de poco valor por una parte, y por otra, como es un objeto tan diminuto…

La madre de Amalia preguntó luego a ésta como tenía de costumbre; Amalia le dijo lo que el criado de D. Roberto pedía, y aquella repuso:

—Aquí no hemos encontrado nada, si hubiéramos visto algo…

—Ya se supone, exclamó Juan con el tono de la más afectada confianza, pero como es una cosa tan pequeña…

—Mira en el suelo, Amalia, añadió la madre, tal vez se le haya caido aquí.

—Luego está visto, dijo Amalia; ese caballero no pasó del marco de la alcoba y desde él a la puerta.

—En fin, veamos, dijo Juan.

Y se puso también él a buscar por los ladrillos.

Aprovechando un momento en que Amalia estaba de espaldas a él, e inclinada al suelo, Juan abrió la portezuela de un armario bajo que había en un rincon del recibidor, y dejó en él un papel de poco bulto que envolvía un objeto.

—Yo no veo nada, exclamó Amalia al cabo de un rato.

—Ni yo, dijo Juan, poniéndose a su lado.

—Ya V. ve que si se hubiera caído aquí, añadió la madre, se encontraría.

—Ya he dicho que D. Roberto no lo sabe tampoco de cierto… sino que por preguntar nada se pierde.

—¡Ah! no, efectivamente.

—Vaya, pues, le diré que no se ha encontrado, y hemos concluido. Que Vds. lo pasen bien.

—Dios guarde a V.

Juan salió de la casa al tiempo que Diego entraba en la suya.

CAPÍTULO IX.
Otra visita a otro D. Pedro

A visita a la casa de Amalia, fué para Diego motivo de placer y de dolor a un tiempo. De placer, porque había bailado ocasión de emplear, conforme a la voluntad del testador, Tomás Ponce, gran parte de los bienes que; éste le había dejado; y de dolor, porque la presencia de aquella familia tan desgraciada, y la reflexión de la causa de su infortunio, le trajo a la memoria, viva como nunca, la imagen del malvado capitán del *negrero*, cuya vileza fué asimismo la causa de su propia desdicha en tantos años de indecibles sufrimientos, pasados

en tan horrorosa esclavitud.

—¡Ay! ¡el cielo no querrá que yo le encuentre un día! exclamaba con la reconcentrada ira que encendia su corazón.

Nunca la idea de la venganza hirió más vivamente la imaginación de Diego, ni aun en los momentos en que él llegó a sufrir tanto.

Era que sus propios padecimientos, como sucede a todos los corazones grandes y tiernos, no le parecieron, con todo y serlo en tan alto grado, tan horribles como los que presenciaba en aquella pobre familia, cuya virtud aquilataba más y más la suma escasez de que la veía rodeada.

Por un momento Diego se olvidó de sus afecciones propias, para sentir únicamente, ya que él había de remediarlo, el mal de la familia de Messina; y si el recuerdo del capitán del *negrero*, asaltó de nuevo su mente, fué en aquel instante, no tanto por lo que a él le tocaba, como por las calamidades que había traido la vil e infame connivencia de aquel con el pirata Patrick o Genaro Pomar, para robar tan infamemente a la casa de Nuevitas.

—Lo primero, es volar al socorro de esa familia, se dijo en medio de todas las reflexiones que hacía.

Así, al entrar en su casa, ordenó al criado que le abrió la puerta:

—Daniel, sal inmediatamente, e infórmate de un tal D. Pedro Blanco, que vive en la calle de Moneada.

Daniel salió con la presteza que ya conocemos a ejecutar la órden de su amo.

Éste abrió un secreter que tenía dentro de la alcoba y llenó de billetes la cartera que llevaba en el bolsillo.

No tardó Daniel en volver.

Desde la sala Diego oyó en la cerradura de la puerta el ruido de la doble llave que llevaba siempre el criado consigo.

—Señor.

—Dí.

—Es un hombre de cincuenta y tantos años, sumamente rico quizás el más rico de Barcelona.

—¡Malo! exclamó Diego; si es tan rico, difícil será que conozca los dolores del pobre, ni que el dinero le obligue a servirme en lo que le pida.

Daniel prosiguió:

—Tiene un genio muy adusto.

—Peor, añadió Diego.

—Pero es muy buena persona.

—Explica más si puedes eso último.

—Quiero decir, según los informes que he tomado, que es un

caballero así muy honrado… que no quiere nada de nadie…

—Lástima fuera teniendo el tanto como tiene.

—Y esto es todo, concluyó Daniel.

—¿Cómo vive? preguntó Diego.

—Con grande opulencia.

—¿Has visto su casa?

—Sí, señor; es el primer portal grande que se encuentra a la derecha, entrando en dicha calle, por la de la Princesa.

Diego quitóse el gaban que llevaba, se puso un frac con bolones dorados, encima un elegante y rico paleto, tomó unos guantes de color claro y salió.

Daniel acompañó hasta la puerta a su amo.

Éste le dijo al salir:

—¡Ah! toma una tarjeta mía, que está con las señas de esta habitación sobre el velador de la sala, y llévala a casa de D. Pedro Sans.

Al llegar a la calle de Moneada entró en el primer portal grande, como le había dicho Daniel, y preguntó al portero, que estaba sentado sobre un cojin de badana en una silla y dentro de un biombo con cristales que había frente a la escalera:

—¿El señor D. Pedro Blanco está en casa?

—Sí, señor, respondió el portero sin levantarse.

había ido a servir la portería del señor Blanco, saliendo de una de las del estado, y conservaba la *fina atención* que tienen todos los porteros de las oficinas públicas.

Diego subió la ancha y corta escalera, llamó, y pidió que pasasen recado al señor, de que esperaba verle un caballero.

El criado entró, volvió a salir, y Diego fué introducido, después de atravesar tres salas riquísimamente adornadas, sobre todo de objetos de plata que tenían sofocado al buen gusto bajo el peso de su riqueza, en el salón principal de la casa.

—Tenga V. la bondad de sentarse, dijo el criado y volvió a salir dejando en el salón a Diego.

Éste quedóse de pié, aguardando que se presentara el señor Blanco.

Después de breves momentos se levantó una cortina de terciopelo carmesí que cubría una puerta del salón, y apareció la figura de un hombre envuelto, como en un saco, en una rica bata llena de ramajes y bordaduras.

Diego inclinó la cabeza al verle.

En seguida exclamó:

—¡Dios mio! ¡qué es lo que veo! ¡será posible!

Y desde su sitio fijó su escrutadora mirada en el rostro del señor

Blanco.

Éste se adelantó pausada y gravemente hundiéndose sus ricas babuchas morunas en la velluda alfombra que cubría el suelo del salón.

A medida que se iba acercando, más fijamente le miraba Diego, que exclamó cuando aquel estuvo ya cerca de sí:

—¡No hay duda, es él! ¡gracias, Dios mío, gracias!

El capitán del *negrero* y el náufrago de la *Perla* estaban otra vez uno delante del otro.

Diego hizo un esfuerzo sublime para dominarse, y aunque su corazón latia con violencia dentro de su pecho, procuró que esta agitación no apareciese ni en su rostro ni en sus labios.

Así empezó a hablar con la mayor calma:

—Señor D. Pedro, aunque no tengo el honor de conocer a V. personalmente…

—Sírvase V. tomar asiento, interrumpió el señor Blanco, reparando el noble continente y distinguidas maneras de Diego.

Éste sentóse en el sofá que D. Pedro le indicaba, haciendo lo mismo el señor Blanco en un sillón inmediato.

Diego llevaba un objeto determinado y una pretension fija en aquella visita al señor D. Pedro Blanco; y de seguro no se hubiera detenido un instante al presentar la idea que traía formulada en la mente; pero al encontrarse con que aquel D. Pedro, era el que tan ávidamente buscaba, el capitán mismo del *negrero*, se apoderó de su cabeza una especie de confusion, que no hubiera pasado desapercibida a otra vista más perspicaz que la del antiguo traficante de negros.

Éste tomó la palabra sin extrañar, poco acostumbrado como estaba a los usos de sociedad, el que Diego no continuase en la suya.

—¿Usted me dirá, caballero, el objeto de su visita?

—¡La misma voz! pensaba Diego mientras el otro hablaba.

Pero volviendo a ponerse sobre sí, dijo con la mayor sencillez:

—He venido a ver a V. para tratar de un pequeño negocio…

El ruido de un carruaje se oyó en el patio.

El señor Blanco casi no paró la atención en estas palabras.

A su frente estaba la puerta de entrada del salón, y fijó los ojos en la mampara que se abría.

Un criado se presentó a la puerta.

—¿Qué hay? preguntó secamente el señor Blanco.

Si por tantas circunstancias no le conociera antes Diego, le hubiera conocido entonces al oir en el salón el acento mismo que hacía temblar a todos en la cubierta del buque *negrero*.

—La señora baronesa de Turella y la señora de Sans.

Diego mudó el color enteramente.

—Que pasen, que pasen, respondió el señor Blanco poniéndose de pié y yendo hasta la puerta. Con permiso de V., caballero.

Diego inclinó la cabeza levantándose también, y exclamando:

—¡Esto más!

Pero su corazón, al latir esta vez con tanta violencia como la primera, sentía una emoción que se parecia a otras, en lejano tiempo sentidas…

¡Al fin la había amado mucho, la amaba todavía, y era la vez primera que iba a verla después de trece años!

Diego tenía la vista fija en la puerta del salón, donde aguardaba el señor Blanco.

Este inclinó la cabeza.

Diego lo vió, y su corazón dió una fuerte sacudida al tiempo que la mente decía:

—¡Ya está aquí!

Con efecto, Clara apareció en la puerta con la señora de Sans.

La figura de Clara había variado completamente. Su estatura era mayor, su cuerpo, antes delgado y esbelto, era más lleno y magestuoso, aquella fisonomía viva y agraciada, se había vuelto grave, aunque siempre dulce y buena, y sobre todo, las sayas de percal y el corpiño de merino, se habían sustituido por la rica seda y las blancas pieles de armiño que cubrían su cuerpo. Diego, sin embargo, la conoció al momento, y no porque antes supiera que era ella. La hubiese adivinado asimismo sin saberlo. ¡Su corazón se la hubiera anunciado y sus ojos la hubieran reconocido!

—Señoras, pasen Vds., dijo el señor Blanco acompañándolas al sofá.

Diego se inclinó, Clara contestó al saludo en la misma forma, y la señora de Sans le dijo:

—Beso a V. la mano, señor de Mendoza.

—No esperaba tener el honor de ver a V. esta mañana, dijo Diego.

—Mi marido fué ayer a ver a V.

—Lo siento infinito. Iría a la fonda…

—Sí.

—Y yo estaba ya en mi nueva habitación, cuyas señas mandé hoy a casa de Vds sin perjuicio de que pasaré yo a ofrecérsela.

—Sans volverá.

—¡Ah! soy yo ahora el que está en descubierto.

A Diego le costaba un trabajo inmenso el contestar serenamente a la señora de Sans; pero la conversación tenía corto objeto y duró por fortuna breves momentos.

Clara y la señora de Sans se sentaron en el sofá, y en los sillones de los extremos el señor Blanco y Diego.

Éste estaba al lado de Clara.

—Pues señor D. Pedro, vamos a decir a V. el objeto de nuestra visita, empezó Clara sonriendo.

—¡Ah! Vds dirán, señoras, respondió el señor Blanco, cuya galantería no encontró otra frase.

—Desde hoy esta señora y yo somos directoras de la Junta de Damas.

¡Ah! me alegro, volvió a decir D. Pedro, sin alegrarse ni saber por qué decía que se alegraba.

—Ya V. sabe cual es el cometido de esta Junta…

—No, señora, repuso el señor Blanco sin cortedad.

—Pues consisto en allegar recursos para el alivio de los pobres y desgraciados.

—¡Ah! eso es muy laudable.

Diego, que miraba embelesado a Clara, cuya, dulce fisonomía y cuya expresión llena de bondad la rehabilitaban por momentos a sus ojos, exclamó para sí::

—¡Noble como siempre!

—Y, naturalmente, hoy empezamos a ver con este objeto a nuestros conocidos, y a los que no lo son, pero comenzamos por los primeros, y hemos dado la preferencia a V.

—A mí…

—Para pedirle una limosna por amor de Dios, concluyó Clara con un acento tan encantador que enterneció el corazón de Diego, así como hizo todo el efecto contrario en el del señor Blanco, que respondió sin poder disimular su avaricia:

—Pero ¿qué limosna voy yo a dar a semejantes pordioseras?…

—Lo que V. quiera, añadió Clara; sírvase V. poner la cantidad que guste y su nombre en esta lista, que encabeza el capitán general.

Y Clara entregó el papel a D. Pedro, que dijo entre dientes leyendo la cifra que había bajo la firma del general:

—¡Mil reales!… ¡será preciso dar mil reales!

Y levantándose, tiró del cordon de una campanilla, y volvió a sentarse.

—Señoras, exclamó Diego entonces, aunque no he tenido el honor de que Vds me invitasen para un acto semejante, permítanme que me tome la libertad…

—Como V., señor de Mendoza, es forastero…

—La caridad no tiene patria, señora.

Clara dirigió una mirada a Diego.

Éste sacó una cartera, y de ella dos billetes de banco.

El color de los billetes, era rosa claro.

El señor Blanco se estremeció.

Conoció qué eran dos billetes de a cuatro mil reales cada uno.

Dirigió también otra mirada a Diego, pero muy distinta de la de Clara.

Era evidente que Diego le comprometia.

—Tome V., señora, dijo Diego, entregando a Clara los billetes.

—Gracias, caballero, y que Dios se lo premie, exclamó ésta admirada de tanta generosidad.

Al tomar los billetes, rozáronse los dedos de ambas manos.

Clara no sintió nada.

El cuerpo de Diego vibró de piés a cabeza como una cuerda tirante.

—¡Señor! dijo un criado que se presentó a la puerta llamado por la campanilla.

—Que te den ocho mil reales, dijo D. Pedro Blanco, forzando la palabra para disimular el pesar que sentía.

—¿Y este caballero es forastero? preguntó sencillamente Clara, interesada por el generoso desprendimiento y las nobles palabras de Diego.

—Pero, según piensa, se quedará entre nosotros, observó la señora de Sans. Es una presentación que yo me reservaba hacer ea su casa uno de estos días.

Diego se inclinó.

—Este caballero la tiene desde hoy a su disposición.

—Señora, dijo Diego, conteniendo la respiración, iré a ella a ponerme a sus piés.

El criado de Blanco volvió con dos billetes iguales a los de Diego.

—Tomen Vds., dijo D. Pedro, haciendo pasar los billetes de manos del criado a las de la señora de Sans.

—Que Dios se lo pague, D. Pedro.

—¡Más quisiera que no me lo debiese!… exclamó éste en sus adentros.

—Ahora hagan Vds el favor de poner su nombre y la cantidad en la lista.

—El recado de escribir, dijo el señor Blanco al criado.

Este salió y volvió seguidamente con un precioso tintero de plata cincelado, y con molduras sobrepuestas de oro, y lo dejó en un velador de ébano con incrustaduras de plata y oro, que había en medio del salón.

El señor Blanco dijo a Diego presentándole el papel:

—Tome V.

—¡Ah! V. primero, exclamó Diego, y no con el solo objeto de cumplir con una de las leyes de la buena educación al cederle la preferencia.

Siempre lo hubiera hecho así, pero su objeto principal era otro en aquel entonces.

El señor Blanco fué al velador y escribió: «Pedro Blanco, 8.000 reales».

Diego se levantó cuando aquel hubo concluido.

—¡Ah! ¡perfectamente! se dijo con una satisfacción indecible mirando al papel. ¡Este *Pedro*, continuó fija la vista en la firma del señor Blanco, es igual al *Pedro* que suscribe la carta que yo tengo!

Ya recordará el lector la que Diego encontró en el arca de Tomás Ponce, dirigida al pirata Patrick, y guardó luego tan cuidadosamente.

Diego puso su nombre y la cifra de la dádiva, y volvió con la lista, que entregó a Clara.

—Tome V., señora, la dijo sin casi mirarla al rostro, por temor de comprometerse.

—Repetidas gracias, caballero, repuso Clara, con benévolo y hasta diremos afectuoso acento.

—Con que, señor D. Pedro, dijo la señora de Sans, nuestra mision en esta casa ha terminado por hoy…

Este *por hoy*, acabó de exasperar al señor Blanco, que se mordió el labio inferior, sonriéndose forzadamente.

—Y no podemos menos de felicitarnos por el buen resultado de nuestra visita, concluyó.

—Señora… dijo el traficante de negros, sin ocurrírsele otra palabra.

—Que ha sido de doble provecho, gracias a la casualidad de encontrar a este caballero, tan generoso y caritativo, añadió Clara.

Diego contestó inclinándose respetuosamente.

Era demasiado el efecto que le hacían las palabras de Clara, para atreverse a responder a ellas seguro de si mismo.

Las dos señoras se levantaron.

Diego y el señor Blanco lo hicieron casi al mismo tiempo.

—Con que, señor D. Pedro…

—Adiós, señoras.

—Caballero… dijo Clara saludando a Diego.

—Señora, beso a V. los piés.

—Adiós, señor de Mendoza.

—Mis respetos al señor de Sans, dijo Diego inclinándose.

Las señoras salieron acompañadas del señor Blanco, que no las dejó hasta la escalera, y Diego quedóse en el salón.

CAPÍTULO X.
El traidor de la casa de Messina

CUANDO Diego se vió solo, se dejó caer en un sillón, haciendo seguidamente tres grandes espiraciones, para desahogarse de la pena que había sufrido su corazón oprimido durante toda la visita.

¡Cuántas sensaciones experimentó en cortos momentos!

El señor Blanco no tardó en volver.

Entró casi bufando en el salón.

Diego volvió a ponerse de pié al verle.

—No se moleste V., le dijo, sentándose él en el sillón de enfrente.

Diego leia en su rostro la incomodidad que había sufrido, y el dolor de haberle arrancado tan sencillamente ocho mil reales.

—¡Es que esto es una calamidad! exclamó así que estuvo sentado, creyéndose dispensado de toda reserva delante de otro hombre, siquiera no fuese de su confianza.

—¿El qué? preguntó Diego con estudiada candidez.

—¡Hombre! ¿y V. lo pregunta? ¡eso de venir a saquearle a uno así de esta manera!

Don Pedro no se atrevió, sin embargo, aunque interiormente se lo decía, a manifestar que Diego tenía la culpa con haberse anticipado a la limosna de un modo tan espléndido.

—¡Ah! eso es nada, observó Diego con un desdén que no tenía sin embargo el menor viso de vanidad.

—¡Cómo, que es nada!

—Una miseria.

El antiguo capitán del *negrero* miró fijamente a Diego.

—Y sobre todo, continuó éste, para una persona como V…

—Sí, pero si uno hiciera limosnas de estas todos los días, presto dejaba de ser esa persona que V. dice.

—En fin, ahora ya está hecho, no pensemos más en ello y vamos a hablar del pequeño negocio que me trae aquí, dijo Diego entrando de lleno en el asunto, sin la consideración que hubiera tenido con otra persona que no fuese la que delante tenía.

—Yo no hago ya negocios, dijo con tono bastante seco el señor Blanco; hace tiempo que estoy retirado de ellos.

—Pues vea V. que casualidad, continuó Diego, el negocio que yo vengo a proponerle, y que creo firmemente no desatenderá V., se parece, ¡oh! tanto que es de la misma índole, al que acaba V., o mejor, que acabamos de hacer los dos ahora.

¡Cómo! exclamó D. Pedro admirado.

—Sí.

—Pues amigo mio, V. comprenderá que no estoy yo para semejantes negocios.

—Permítame V. que explique el mio.

—Vamos, es inútil.

—Sentiría tener que emplear otros medios que los de la súplica para que V. lo escuchase, dijo Diego con un tono tan grave, que sorprendió al señor Blanco, el cual le miró estupefacto.

Aquel continuó:

—¿Usted posee una casa en la calle de Robador?

—Creo que sí.

La palabra *creo*, tratándose de una casa en Barcelona, dió a Diego

la medida de las inmensas riquezas del señor Blanco.

—Pues bien, en el piso cuarto de esa casa vive una familia que humanamente no puede pagar…

—Permítame V., esas son cosas de mi procurador, interrumpió el señor Blanco, yo no entiendo nada en esos asuntos de mis propiedades.

—Es que esa familia es tan pobre…

—¿Pero yo qué tengo que ver?…

—Y el procurador de V. están… *procurador*.

—¡Pero caballero! exclamó el señor Blanco, moviéndose en el sillón de puro disgusto e impaciencia.

—Comprendo que esto pueda molestarle a V., pero es que esa familia es hoy tan pobre y debia ser tan rica…

—Pero ¿qué remedio?…

—Si V. supiera su nombre… continuaba Diego con una horrible sangre fría y como pesando las palabras que pronunciaba.

—Aunque tenga el nombre de…

—¡Messina! exclamó Diego con voz grave y entera.

—¡Messina! exclamó a su vez y en su interior el antiguo traidor de aquella casa:

El nombre sin embargo que no pronunciaron sus labios, lo leyó Diego en la perturbación de su rostro, y en vano fué el disimulo de aquel, cuando después de un momento dijo:

—¿Y qué significa ese nombre?…

—Significa, continuó Diego, midiendo sin compasion el efecto terrible de sus palabras, que esa familia de Messina tenía casa de comercio en América… y buques en la mar… y que a un capitán infame de uno de los buques… le confió varias veces…

El señor Blanco tenía todos los colores.

—¿Pero a qué cuento yo ahora la triste historia de esa familia?…

—Efectivamente, exclamó D. Pedro en medio de una confusion que en vano pretendia ocultar; no sé a qué viene contar esa historia…

—En fin, D. Pedro, esa familia, pues, o mejor, los descendientes de esa familia, pobres hoy y en la mayor escasez, han venido a habitar un cuarto miserable de una casa de V… ¡de V!…

—Pero repito, caballero, repuso Blanco intentando disimular, que no sé qué tenga yo que ver ni hacer con eso…

—Lo que V. tiene que ver… dejémoslo por ahora; pero lo que tiene que hacer, es darles el piso de balde.

—¡Cómo! exclamó el capitán negrero, que no cesaba de mirar a la cara de Diego para conocer quién fuese el que así y de tal asunto le hablaba.

—Ya V. conoce que no es mucho.

—Sea lo que quiera, caballero, dijo entonces Blanco, revistiéndose de un valor que seguramente no tenía; yo debo decir que no estoy en el caso de hacer semejantes limosnas, y mucho menos cuando se me piden en la forma que V. acaba de hacerlo.

Y concluidas estas palabras se levantó del sillón como para indicar a Diego que hiciese lo mismo.

—En fin, dijo Diego entonces, yo crei que en cosa tan pequeña bastaría el que yo la pidiese para que V. accediese a ella…

—No es por lo que importa, sino que…

—Sin hacer uso de otra recomendación que estoy seguro no desatenderá V. cuando se la diga…

—¡Recomendación!…

—Sí; de Genaro Pomar…

Una sola impresion podía tener: el capitán del negrero más fuerte que la producida por el nombre de la familia Messina, y esta era la de oir este otro nombre que acababan de pronunciar con tanta intención los labios de Diego.

—¡Genaro Pomar! exclamó encogiéndose de hombros el señor Blanco.

—O el pirata Patrick, es lo mismo.

El antiguo traficante de negros quedó aplastado bajo el peso de este nombre.

De pié delante de Diego, permaneció un momento mirándole como asombrado y sin pronunciar una palabra.

—Creo, repuso Diego, que V. no desatenderá la recomendación de un amigo tan íntimo, y tan antiguo…

—¡Caballero! exclamó entonces el señor Blanco, intentando sacudirse todavía la grave acusación que envolvían las palabras de Diego, yo no conozco ni he conocido, semejante nombre; no sé por qué se atreve V. a presentarse en mi casa, de esta, suerte, y lo digo desde ahora que se sirva dejarme.

—Es inútil, respondió Diego con la mayor sangre fría, que trate V. de evitarlo; yo no he de dejar a V. así de cualquier modo, pues soy hombre que no desiste tan fácilmente de lo que una vez se propone.

—¿Pero quién es V., para venir aquí y hablarme en esos términos?…

El rostro de Diego se coloró súbitamente de un carmin vivísimo, y exclamó con indignado acento:

—¡Quién soy!

Pero conteniéndose de pronto, varió el tono y basta la fisonomía y prosiguió con gran calma y con una sonrisa de horrible ironía:

—¿Quién soy? ya oyó V. mi nombre a la señora de Sans.

Luego prosiguió:

—¿Y qué le importa a V. saber quién soy, cuando conoce que sé todas sus felonías?…

—¿Cómo? ¡caballero! gritó el señor Blanco.

—No levante V. la voz, pues de otra manera, sí me vería obligado a dejarle a V… y entonces… ¡ay de ese nombre tan respetado en Barcelona! ¡ay de todos esos bienes ganados por medio del robo más infame!…

El capitán negrero oía estas palabras trémulo de coraje y de miedo a la vez, pero sin atreverse ya a contradecirlas.

—Y ¡ay sobre todo de esa gran consideración que usted goza!…

—Pero todo eso, aunque fuera verdad…

—¿Necesitaría pruebas?… ¡Las tengo!

El rostro del señor Blanco se puso cadavérico.

—Y tan ciertas, repuso Diego, que el tribunal de Lóndres que sentenció a PatricK, tendría con ellas más que suficiente para sentenciar y pedir la extradición de su infame cómplice, del vil capitán del *Céfiro* de la casa Messina, del traidor Pedro…

—¡Calla! ¡calla! exclamó el capitán negrero con voz ahogada, y poniéndole la mano delante de la boca.

—Norabuena, continuó Diego friamente, callaré y lo haré con gusto; ese es mi ánimo; si otra intención hubiese tenido, ya V. conoce, señor D. Pedro, que no me hubiese presentado de esta suerte en su casa.

El capitán respiró un poco.

—Pero para ello V. conoce que yo he de merecer algo.

—¡Ah! ¿y qué es lo que V. quiere de mí?

—Ya lo sabe V., poca cosa por hoy: que estienda V. inmediatamente una órden a su procurador, cuya órden yo me llevaré, para que no moleste más a esa pobre familia de Messina. Ya V. ve que no es abusar por ahora…

—Pero después… observó al capitán, conociendo que no habían de parar aquí las exigencias de Diego.

—¡Ah! no tema V. Yo le prometo no dejarle pobre; y cuenta que soy hombre de cumplir mi palabra.

El señor Blanco no sabía qué hacer. Si accedía a las primeras exigencias de Diego, era darse ya a partido, al primer impulso, con un hombre que, enterado más o menos de su vida pasada, era sin embargo difícil que tuviese las pruebas que decía. Así intentó resistirse de nuevo, probando otra vez, y dijo:

—¡Pero dónde y cómo constan esas pruebas que yo no he dado

nunca a nadie!

Diego se sonrió de una manera que heló la sangre del señor Blanco, y dijo:

—Usted no me conoce más que de un momento, y, por lo visto, ni mi nombre sabía antes de decirlo la señora de Sans.

Diego hacía mención de esta circunstancia, para que el señor Blanco se intimidase más al verle relacionado con esa familia, que era de las principales de Barcelona.

—Pero, prosiguió, ¿no comprende V. que yo, sin pruebas claras y precisas, no había de exponerme al resaltado de decirle a V. las cosas que le he dicho?

Esta reflexion acabó de anonadar al señor Blanco.

—Vamos, señor D. Pedro, yo tengo esas pruebas, y si V. quiere convencerse de ello, no tiene más que resistirse a la menor cosa que yo le *suplique*.

—Segun eso… exclamó el señor Blanco, intentando conocer las intenciones de Diego, V. piensa pedirme…

—Casi nada; que otorgue cuanto yo le proponga, y que no intento V. resistirse a nada de lo que yo haga.

—¡Ah! ¡pero esto puede ser horrible!

—No tal. Esa es la prescripción que le dejo, la cual le aconsejo tenga muy presente, suceda lo que suceda, pues de lo contrario, ya se lo he dicho, entregaré su nombre al escarnio de esta sociedad que tanto le considera hoy, y en cuanto a su persona… de eso se encargará el tribunal inglés, a quien pertenece. Con que sírvase V. por el pronto extender esa órden que le he dicho.

El señor Blanco se fué al velador, tomó la pluma, y se puso a escribir sin replicar más.

Sin concluir lo que escribia, se levantó y dijo a Diego:

—Creo que V. tiene esas pruebas, que yo en este momento no sé cuáles puedan ser. ¿Quiere V. admitir un trato?

—¿Cuál?

—¿Esas pruebas pueden destruirse?

—Si yo quiero.

—¿Y qué es lo que V. exige por ello?

—Nada.

—Pero…

—Es que por nada de este mundo las destruiría.

—Preséntemelas V., y yo le doy lo que pida…

—Concluya, concluya V. la orden, porque es tarde, y la familia Messina ha de tenerla hoy mismo.

El señor Blanco conoció que era inútil toda proposición y concluyó

de escribir la órden.

—Tome V.

—¡Oh! mil gracias, exclamó Diego con toda cortesía. ¿Vé V. que poco le ha costado, y ha hecho V. un grandísimo beneficio?

El señor Blanco se mordió los labios.

Diego leyó el papel, muy detenidamente, exclamando luego:

—Está conforme. ¿Pero sabe V. que no ha variado nada su letra en tantos años?

El señor Blanco palideció de nuevo y dijo, confuso:

—¿Usted conocía mi letra antes?

—¿Diría esto, sino? contestó Diego con una horrible sonrisa.

El señor Blanco se puso a reflexionar diciendo para sí:

—¡Acaso tenga papeles mios!… ¡Bien pudiera ser!…

Y en seguida pensó en las cartas que había escrito el pirata Genaro Pomar.

Diego observó su meditación, y sin hacer caso de ella prosiguió, mientras guardaba la órden en la cartera:

—¿No es verdad que ahora siente V., prosiguió Diego, como un placer, una satisfacción en su corazón? Es la recompensa del bien que se hace, igual al remordimiento por el mal que se ha hecho.

Y V., que ha debido sentir muchas veces esto último, es preciso que conozca las dulzuras de lo primero.

—¡Caballero!…

—Nada, nada, ya verá V. que bien lo vamos a pasar, amigos como hemos de ser desde hoy en adelante. Usted, sobre todo, no olvide mi prescripción: yo no le dejaré pobre, no le deshonraré; todo lo contrario en cuanto a esto último.

Estas palabras devolvían un tanto el ánimo a D. Pedro.

—Pero V. por su parte no se me oponga a nada, porque entonces ¡ay de tí, Pedro Blanco!

El acento y la expresión de Diego en esta última frase, volvieron a amedrentar al traficante de esclavos.

—Con que, D. Pedro, hasta dentro de breves días.

El señor Blanco, no contestó, pero hizo el ademán de acompañarle a la puerta.

—¡Ah! exclamó Diego, se me olvidaba.

El señor Blanco; se sobresaltó de nuevo.

—Dé V. la órden a sus criados de que: no nieguen nunca la persona de su amo al caballero D. Augusto Mendoza.

—Se hará así, respondió D. Pedro obedeciendo.

Diego salió, y D. Pedro Blanco volvió al salón exclamando:

—¡De dónde ha salido este hombre, voto a Cristo!

CAPÍTULO XI.
La falsa delación

IEGO se fué directamente a su casa.

Abrió la puerta con la llave, que llevaba siempre consigo, y se dirigió precipitadamente al secreter que tenía en la alcoba.

Sacó de uno de los cajones la carta que había encontrado en el arca de Tomás Ponce, firmada por *Pedro* y dirigida por éste al pirata Patrick, desdobló del papel que contenía la órden de Blanco a su procurador, y cotejó las firmas.

—¡Ah, son iguales, exclamó, con alegría, la letra de uno y otro

escrito!

Diego ya sabía esto, como antes hemos visto; sin cotejar los papeles, pero era muy natural, sin embargo, que él los cotejase.

Con efecto, el *Pedro* de la firma, sobre todo, era igual en ambos, con la sola diferencia de que en la carta al pirata, la letra era más segura, como hecha de mano más joven, y más gruesa que en la órden de Blanco al procurador; pero el carácter era el mismo, y esto era lo que importaba.

Diego volvió a colocar la carta, prueba del horrendo crímen, en el cajon del secreter, metiéndose otra vez la órden de Blanco en el bolsillo.

—Ahora, se dijo con satisfacción, iremos a dar el primer consuelo a esa pobre familia de Messina; y luego… no; esto hasta mañana o pasado: Clara no es hoy la sencilla niña del pueblo, es la señora baronesa de Turella, ¡y es necesario sujetarse a las leyes de la etiqueta!… ¡Y qué hermosa está todavía! ¡Quién le dijera que el caballero que estuvo hoy a su lado… que habló con ella!… ¡No me ha conocido! ¡Yo, sin embargo, la hubiese conocido a ella hasta bajo el manto de una reina!… Vámonos a ver a esa pobre familia.

Diego salió otra vez y se dirigió a la calle de Robador.

La madre de Amalia quedó profundamente afectada por la visita de Diego a su casa.

La honrada viuda, la madre tan celosa por el honor de su hija, temia y se felicitaba a la vez de la nueva relación de Diego.

El aspecto de éste le pareció noble y franco; sus palabras desinteresadas y compasivas; pero ¡ay! ¡cuántas veces la pobre Margarita había tenido que variar de opinion, ante el proceder de personas que habían querido interesarse por la suerte de la familia!

Hé aquí porque la pobre madre temia a pesar de todo. Pero, por otra parte, aquel caballero llevaba tan marcada en su rostro la expresión de los delicados sentimientos que le animaban; fué tan atento, tan comedido, tan fino en la forma de sus favores, que Margarita no podía menos de lisonjearse con la esperanza de un futuro alivio a su desgraciada suerte.

Sufría y sufría mucho, y la esperanza, no es para los que gozan, sino para los que padecen.

—Amalia, dijo a ésta, que fué al lado de su madre así que salió Diego, ¿qué te parece de este caballero?

Amalia se ruborizó.

Margarita lo notó y se estremeció al ver fin su hija el efecto de su pregunta.

—Madre mia, respondióla niña, yo ¿qué quiere V. que la diga?

parece una persona tan fina y tan bien educada.

—Eso sí, pero, hija mia, a nosotras, que somos mujeres solas y tan pobres, nos está vedado corresponder a esas atenciones por más desinteresadas que sean. Quiero decir, que es necesario cerrar la boca a la calumnia, y para ello, no habrá, más remedio que manifestarle, cuando vuelva, lo que hemos tenido que manifestar otras veces.

—Como V. quiera, madre mia, dijo Amalia sin poder ocultar un siso de sentimiento.

La vista perspicaz de Margarita lo notó también.

En este momento llamaron a la puerta.

Amalia preguntó:

—¿Quién es?

—¡La justicia!

—¡Cómo! exclamó Margarita desde la alcoba, ¿qué es eso, Amalia?

—¡Dice que es la justicia!…

—¡La justicia en mi casa! exclamó Margarita sobresaltada.

Sin embargo, ¿qué podía temer aquella honrada familia de la justicia? ¡Ah! podía temer lo que teme siempre la gente honrada, desde que por desgracia se ha probado tantas veces que no siempre la inocencia es fuerte y seguro escudo contra la espada inflexible de la ley.

—Abre, Amalia, abre.

Amalia abrió la puerta.

—¿Vive aquí Amalia Messina?

—Sí, señor, contestó Amalia temblando.

Un comisario de policía preguntó, observando su temblor:

—¿Es V?

—Sí, señor.

—Que pasen, Amalia, que pasen.

El comisario y dos agentes, acompañados del alcalde del barrio, penetraron en la pequeña salita.

—Se ha de registrar la casa, dijo el comisario con esa voz hueca que tiene la autoridad en ciertos hombres.

—Pueden Vds registrarla cuando gusten, respondió la madre de Amalia. Pero, añadió, ¿no podré yo saber el objeto y el por qué de esta medida?

—Es una acusación.

—¿Contra quién?

—Contra esa niña…

—¡Mi hija!

—¡Yo! dijo Amalia espantada.

—¿Y de qué se acusa a mi hija?

—Eso no podemos decírselo a V.

—¡Ha de ser precisamente una calumnia!… añadió la madre.

—Ya se verá luego, dijo el comisario.

Y dirigiéndose a los agentes les mandó:

—Empezad a registrar la casa.

—Pronto se concluye la operación, dijo uno de ellos, porque la habitación no es muy grande y está bastante desmantelada.

Los agentes empezaron a cumplir el mandato de su jefe.

Amalia fué al lado de su madre para ampararse de la acción de aquellos hombres, como la tímida gacela a la presencia de una manada de lobos.

—Usted tendrá que levantarse de la cama, dijo el jefe a Margarita.

—¿Para qué?

—Para poderla registrar también.

—Vea V. que me hallo bastante enferma, caballero.

—¡Ah! no hay más remedio. Es cuestión de poco rato.

—Ya tenemos lo que buscábamos, dijo uno de los agentes presentándose en la alcoba.

—¿A ver? preguntó el comisario.

—Tome V.

Y el agente le entregó un papel envuelto, diciendo.

—En ese pequeño armario del recibidor se ha encontrado.

El comisario desenvolvió el papel.

Margarita oía lo que se decía y miraba estupefacta lo que pasaba a los piés de su cama.

—¡Monedas de a cinco duros!, dijo el jefe viendo lo que el papel contenía.

—¡Oro! exclamó Margarita más sorprendida. ¿Y cuándo ha habido oro en mi casa?

—Hoy, respondió el comisario friamente, ya lo ve V.

—Pero esas monedas…

—Son falsas, señora, por cuya razón vamos a llevar ahora a su hija.

—¡Mi hija! ¡Y qué tiene que ver mi hija! gritó la madre llorando y cogiendo a Amalia.

—¡Mamá! ¡mamá! gritaron a la vez dos niños que se levantaron de un rincon de la sala y corrieron al lado de su madre, llorando, cuando vieron que ésta lloraba.

—Vamos, niña, véngase V. con nosotros, repuso el comisario.

—¡Pero esto es horrible! exclamó Margarita.

—Es preciso, señora; pero tranquilícese V., que si su hija es inocente, eso no será nada, dijo entonces el alcalde del barrio.

Margarita comprendió que las súplicas y ruegos serían inútiles, y

conociendo por otra parte que su dolor aumentaba el sobresalto que tenía Amalia, hizo uno de esos esfuerzos sublimes de que solo es capaz el corazón de una madre y dijo:

—Es verdad, esto no puede ser nada, porque tú, hija mia, no sabes lo que pueda ser eso de las monedas.

—¡Ah! no, madre mia, respondió Amalia con un acento tal de verdad, que hubiera anulado a la vista de cualquiera las pruebas mayores y más evidentes del delito que al parecer se le imputaba.

—Por eso mismo, repuso la madre; la justicia no castiga nunca a la inocencia. Ve, pues, hija mia, sigue a estos señores, mientras yo ruego a Dios porque se esclarezca luego la verdad en todo este asunto.

Margarita pronunció estas palabras con un tono al parecer tan sereno y tranquilo, que logró desvanecer en su hija gran parte del sobresalto que había tenido.

—¿Vamos pues? dijo el comisario.

—¡Pero yo no puedo dejar así a mi madre!

—Vé, hija mia, ve, porque es preciso; ya me dará Dios quien me asista entre tanto.

—Vamos, dijo Amalia resignada.

Y alargando los brazos a su madre, exclamó:

—Hasta luego, madre mia.

Margarita casi no podía contestar; pero hizo un último esfuerzo, y dijo abrazándola:

—Sí, hasta luego, hija mia.

Amalia salió con la justicia.

No bajaban el primer tramo de la escalera, cuando Margarita exclamó dolorosamente:

—¡Dios mío, qué desgracia! ¡Hija de mi alma!

Y el dolor hasta entonces comprimido, brotó de repente por sus ojos en raudales de lágrimas que inundaron sus mejillas.

—¡Madre mia! gritaron los dos niños extendiendo sus pequeños brazos a la cabecera del lecho de su madre.

—Hijos mios, exclamó Margarita incorporándose con gran trabajo, subiendo a sus hijos y estrechándolos contra su corazón. ¡Señor, continuó levantando los ojos al cielo, a lo menos dadme fuerzas para que pueda salir de este triste lecho!

—¡Señora!

—¡Ah! gritó Margarita sorprendida.

Aquella palabra la había pronunciado un hombre que apareció de repente dentro de la alcoba.

Era Roberto que vió, colocado a cierta distancia de la puerta de la calle, como se llevaban a Amalia, y subió seguidamente, colándose, sin

anunciarse siquiera, en la habitación que halló abierta.

—Dispénseme V., si la he sorprendido… pero por una casualidad acabo de enterarme de la desgracia que acaba V. de tener…

—¡Es horrible, caballero, y en el estado en que yo me entiendo!… dijo la madre, a quien el suceso de aquel momento no daba lugar a pensar en lo antes ocurrido con Roberto.

—Y eso puede ser todavía más de lo que V. se figura…

¡Cómo! siendo mi hija inocente…

—Tan inocente como V. quiera; pero, según me han dicho, encontrado aquí el cuerpo del delito, el juez no tendrá más remedio que sentenciar…

—¡Oh! ¡y qué afrenta, Dios mio! ¡si esto llega a suceder, yo y mi hija moriremos de vergüenza!

—Yo, aunque V. anoche se exaltó tanto conmigo sin motivo alguno, he venido sin embargo sabiendo el suceso en la calle, pues los encontré por casualidad y pregunté al comisario, que es amigo…

Margarita miraba fijamente a Roberto.

—¿Con que el comisario es amigo de V.? preguntó con viva ansiedad.

—Sí, y tal vez, como él es el que ha de decir…

—El qué, caballero… ¡Oh! diga V.

—Muy sencillo; lo que ha visto y encontrado en la casa. Y si una persona como yo, por ejemplo, le espusiera el estado de esta familia… en fin… quién sabe… acaso pudiera conseguirse algo…

¡Oh! caballero, sí, sí, por caridad se lo suplico; ya conoce V. al señor Cristóbal, a quien V. trata, en fin, todos saben lo que es mi hija, lo que es su madre; y supuesto que V. tiene ocasión de hacérselo saber al señor comisario, ¡oh! háblele V., caballero, se lo pido por caridad, y exija luego de esta pobre madre la vida, ¡que la dará mil veces por la honra de su hija!

—No, yo no voy a pedir tanto, no quiero la vida de V., yo hablaré ahora mismo al comisario, pero ya sabe V… en fin… yo me interesaré como en cosa propia en este asunto, y desde ahora le prometo alcanzar buen resultado; pero todo eso, V. comprende, siendo cosa que ha de costar mucho y de muchas maneras, que un hombre no lo hace así por cualquiera y de cualquier modo; sino que lo hace movido… por un sentimiento como el que yo he experimentado por su hija de V.

—¡Caballero!…

—Sí, yo la amo, la adoro, y yo la sacaré de todo ese gran peligro en que se encuentra, aunque me cueste la vida; pero para ello necesito antes la palabra de V.

—¡Mi palabra!

—Sí.

—¿Y de qué he de dar yo a V. mi palabra, caballero?

—De que pondrá cuanto esté de su parte, para que Amalia me ame…

—¡Ah! ¡nunca! exclamó horrorizada Margarita, apartando la vista de aquel hombre.

—Pero señora…

—¡Nunca! ¡ya lo he dicho! ¿Usted ofrece salvar a mi hija de la deshonra, para luego rasgar esa misma honra salvada? ¡Ah! para hacer semejante proposición, se nesesita tener entrañas de tigre, y ser tan malvado…

—¡Me insulta todavía!

—¡Como es V! concluyó la madre con el acento de la más profunda indignación.

—Está bien, dijo Roberto con la expresión del más horrible despecho. ¡Usted y ella tocarán las consecuencias más pronto de lo que creen!…

—Cualesquiera que estas sean, no podrían llegar a lo desastrosas que serían de otra suerte.

—Piénselo V. todavía…

Margarita levantó los ojos al cielo, y meneó la cabeza sobre la almohada.

—Vea V., que aun hay tiempo…

—¡Salga V.!

—¡Que luego será tarde!…

—¡Salga V., o llamo a gritos ahora mismo a los vecinos de la casa!

Roberto miró a Margarita, y dijo entro sí:

—Yo que casi me había arrepentido de haber empleado tan pronto tan duro medio… he obrado bien.

Y acercándose a la cama, con voz que solo de Margarita podía oirse en la sala, la dijo:

—Tu hija está perdida, yo tengo en mi mano el salvarla. Si quieres, ya sabes cómo.

Y Roberto, acabadas de pronunciar estas horribles palabras, salió inmediatamente de la habitación.

CAPÍTULO XII.
De cómo halló un alivio la desgracia de Margarita y su hija

OMO quedaría la pobre Margarita, la infeliz madre de Amalia, después de la visita de Roberto, es difícil de explicar, aunque fácil de comprender, conocidos los motivos de tan triste y desgarradora situación.

Abrazada a sus dos tiernos hijos, de los cuales el mayor tenía diez años, enferma, al punto de no poder moverse en el lecho de su dolor, sin recurso de ningun género, sola y abandonada a la clemencia del

cielo, después de haberle arrancado el único apoyo de la familia, Margarita pensaba, no en su situación del momento, sino en los motivos que habían podido traerla, y cuya explicación buscaba en la atroz conducta y, sobre todo, en las últimas significativas palabras de Roberto.

Las reflexiones que acerca de esto se hacía, acababan de aumentar su dolor y su desesperación.

—¡Y quién, Señor, vendrá en apoyo de la inocencia, en alivio de tanta desgracia! exclamó dolorosamente.

—El cielo que no abandona nunca a los buenos, respondió una voz dentro de la sala como bajada para la pobre madre, del cielo mismo que nombraba.

Era la voz de Diego que llegó con el objeto que conocemos, y penetró en la habitación, cuya puerta quedó abierta desde la salida de Amalia.

—¡Oh! ¡caballero! ¡caballero!

Margarita prorumpió en un amargo y copioso llanto.

—¿Por qué llora V., señora, cuando yo traigo aquí la felicidad para Vds.?

—¡Ay, caballero! ¡la felicidad no cabe ya en nosotras!

—¡Pero qué sucede! ¡alguna nueva desgracia quizás!…

Aquí Margarita explicó como pudo, entre lágrimas y sollozos, el suceso recientemente ocurrido.

—¡Cómo! exclamó Diego admirado.

—¡Esto ha sucedido, caballero! ¡vea V., Amalia! ¡mi hija! ¡complicada en asunto semejante!…

—¡Ah! ¡eso no puede ser! ¡Aquí hay alguna infamia de por medio!

—¡Ah! sí, sí, una infamia, y la peor de todas las infamias, ¡caballero! exclamó la madre, que empezaba a adivinar la causa de lo ocurrido.

—¿Ustedes no sabían que estuviesen aquellas monedas en el armario?…

—¡Ah! no.

—¿Y quién ha entrado o acostumbra entrar en esta casa?…

—Acostumbrarlo, nadie; pero de las pocas veces que alguien viene, fué ayer y por cierto, caballero, que…

Margarita recordó de nuevo las brutales pretensiones, y sobre todo la desalmada proposición de Roberto, y el sentimiento volvió a embargar su voz.

Diego sufría muchísimo, tanto respectivamente como la pobre madre, para alcanzar de ésta que le explicase minuciosamente las visitas de Roberto en aquel día y en la noche anterior.

—¡Con que eso proponia el malvado!

—¡Y a una madre, caballero!…

—Razon tiene V. de afligirse, señora; pero no desespere V.

Margarita siguió explicando todas las circunstancias referentes a la visita de Roberto, y cuando llegó a la del criado que fué a buscar el dije del reloj, Diego le preguntó:

—¿Ese criado de *don* Roberto era un hombre delgado?

—Si, señor.

—De chaqueta, pero bien vestido…

—Eso es…

—¿Alto?

—Él mismo, añadió la madre.

—Señora, eso que pasa a Vds… es una infamia horrible; pero, o no hay justicia en el cielo ni en la tierra, o V. y su inocente hija han de alcanzar satisfacción cumplida. Déjeme V. obrar a mí, señora, yo se lo suplico.

—Caballero, yo acepto, sí, en medio de mi soledad y mi abandono, por la honra de mi pobre hija, la protección que V. quiere dispensarnos, y V. que no exige por los beneficios que hace una infame recompensa…

—Señora.

—Sea V. el apoyo de esta familia que no pide a V. más que su honra…

—Y los medios de subsistencia que se la deben, y que yo felizmente soy el encargado de proporcionarla.

—Caballero.

—Me llamo Augusto, señora.

—Don Augusto.

—Augusto a secas.

—¡Oh!

—Mis iguales me llaman Augusto, y la desigualdad entre las personas, no debe consistir en la fortuna que tenga uno más que otro.

—Dios mio, pero sobre todos sus beneficios, exclamó la madre con el acento de la más profunda gratitud; ¿no hará V. el que yo sepa a quién debo tantas y tan generosas atenciones? Porque si he de decir a V. la verdad, y sin ánimo de ofender la generosidad de V…

—No la ofendiera V. nunca, porque, ya lo he dicho, no es mi generosidad la que me hace obrar así. Lo que V. reciba hoy, señora, perteneció antes a la familia de su marido. Yo me llamo Augusto Mendoza. No puedo decir a V. más por hoy, y hasta le suplico que reserve mi nombre en adelante. Algún día lo sabrá, V. todo. Aquí dejo a V. una órden del dueño de esta casa, que presentará V. a su

procurador para que más no la incomode.

Y envuelta en el papel, Diego dejó a Margarita una cantidad en oro.

—¡Dios le bendiga a V., Augusto! exclamó ésta recibiendo el papel.

—Ahora voy a enterarme de eso otro asunto.

—Eso sobre todo ¡mi hija, Amalia! Saber de ella principalmente, es lo que yo le ruego.

—Tenga V. confianza, no se aflija más, y aguarde noticias de mi parte.

Diego se despidió al tiempo que entraba la señora Tomasa, aquella vecina misma que la noche anterior tan buenos informes le diera de la familia de Margarita.

—Buena mujer, la dijo Diego, después que ésta hubo cambiado algunas palabras con Margarita, referentes al suceso de Amalia.

La señora Tomasa le miró sin conocer en él al artesano de la pasada noche.

—Ya ve V. el estado de esta familia, continuó Diego, ¿puedo V. encargarse del cuidado de esta señora y estos niños? Dios se lo pagará a V. en el cielo, además de que tendrá aquí su recompensa.

—Pues ya lo creo que me encargaré, no faltaba más, ¡los pobres!… y sin recompensa de ninguna clase: si yo tengo un pedazo de pan, con gusto lo partiré con ellos. Hoy por ti y mañana por mi, y quién sabe lo que uno se ha de ver todavía.

Diego volvió a saludar, y salió oprimido el corazón en un sentido, pero satisfecho por otro lado de haber podido emplearse en favor de aquella familia.

El juez, ante el cuerpo del delito de que se acusaba a Amalia, dictó inmediatamente auto de prision, y la pobre niña fué llevada a la cárcel.

Comprometida era la situación de Amalia, y difícil probar su inocencia.

Diego fué a la cárcel inmediatamente.

Amalia estaba confundida entro todas las mujeres criminales que había en el departamento destinado a mujeres.

¡La flor de la azucena, limpia todavía, en medio de un lodazal inmundo!

Diego preguntó a uno de los mozos de la cárcel:

—¿Amalia Messina, que ha venido hoy?…

—Abajo está, caballero.

—Yo necesito hablarla.

—No sé si podrá ser… dijo el mozo vacilando.

—A ver, pues, cómo se arregla, repuso Diego metiendo mano al

bolsillo y deslizando una moneda de oro en la mano del mozo.

El mozo echó a andar diciendo:

—Venga V. conmigo, caballero.

Atravesaron un corredor largo que se encuentra a la izquierda de la entrada de la cárcel, en el piso primero, y a cuyo fin hay una escalera que conduce al departamento de mujeres, y el mozo dijo al llegar allí:

—Veré si puedo hacer que suba al instante.

—Aquí aguardo.

A los pocos momentos apareció Amalia, precedida del mozo.

—¡Amalia!

—¡Caballero! exclamó ésta, prorumpiendo en un fuerte llanto.

—Serénese V., Amalia, que esto no será nada. Acabo de ver a su madre de V.

—¿Cómo está mi madre?

—Bien, en lo que cabe. Usted no debe tener el menor cuidado por ella, pues no le falta nada absolutamente, fuera de la presencia de su hija, a quien volverá luego a ver.

—¡Ay! sí, sí, caballero, ¿y cuándo volveré?

—No puedo decir a V. nada todavía, pero será pronto. Y ¿dónde la han puesto a V.? la preguntó Diego seguidamente.

—¡Ay, caballero! en medio de una porción de mujeres que no conozco, ahí abajo, en una gran cuadra…

—¡A ver! ¡Usted! ¡eh! gritó Diego al mozo de antes, que había vuelto al otro extremo del corredor.

El mozo voló como una exhalación al lado de Diego, quitándose la gorra que llevaba.

Diego no lo dijo que se cubriera.

—¿El alcaide está en la casa?

—Sí, señor, ¿quiere V. verlo? preguntó el mozo con la más servil solicitud.

—Tenga V. la bondad de aguardar aquí un momento, Amalia, que yo vuelvo en seguida, dijo Diego.

Y luego, dirigiéndose al mozo, exclamó:

—Vamos.

Entró en la habitación del alcaide, y al cabo de poco rato volvió a salir, acompañado de una mujer.

Era la esposa del alcaide.

Llegaron al sitio donde aguardaba Amalia, y Diego la dijo:

—Ahora, Amalia, tendrá V. la bondad de pasar aun cuarto que se ha arreglado espresamente para V.

Amalia hizo una señal de asentimiento.

—Cuanto a V. se le ocurra, prosiguió Diego, lo pide V., que se la

servirá inmediatamente.

—¡Ah! sí, cualquier cosa, señorita, no tiene V. más que pedirla, añadió la señora del alcaide.

—¡Que tal habrá ido el regalo! exclamó para sí el mozo al ver la solicitud y afectuoso acento de la alcaidesa.

Diego condujo a Amalia al cuarto que mandó destinarle en la alcaldía.

La mujer del alcaide, así que Amalia y Diego entraron en el cuarto, se dispuso a salir; pero éste la detuvo diciéndola:

—Yo voy a marcharme ahora mismo, y convendría que esta señorita no quedase así sola tan de pronto.

—¡Quién! no, señor, pues no faltaba más, yo me quedaré un rato a hacerle compañía, dijo la alcaidesa; además de que toda nuestra habitación es suya, y puede pasar a ella cuando guste.

—Ya lo oye V., Amalia, aquí estará V. como en su casa. Yo me marcho ahora…

En la fisonomía de Amalia se pintó la ligera expresión de un secreto pesar por la ausencia de Diego.

—Porque voy a tranquilizar a su buena madre, concluyó éste.

—¡Ah! sí, sí, caballero, vaya V., exclamó Amalia con verdadera alegría.

Y Diego salió del cuarto después de haberla saludado respetuosa aunque cariñosamente.

No necesitamos decir si influiría en el ánimo del alcaide y principalmente de su mujer, para que tuviesen con Amalia todo género de atenciones, el respeto con que vieron la trataba una tan distinguida persona como parecia Diego, que además acababa de pagar por adelantado y con inusitada largueza cuanto la joven pudiera necesitar durante su estancia en la cárcel. Diego, con su perfecto conocimiento del corazón de ciertas gentes, comprendía esto, y así aumentó más y más sus atenciones y sus respetos con Amalia, delante de la mujer del alcaide.

De la cárcel volvió a la calle de Robador.

Su presencia y sus palabras tranquilizaron a la pobre madre, en lo que cabia después que de tal modo se habían llevado de su casa a su inocente y adorada hija.

—Yo procuraré volver a menudo, señora; pero si fallo algún día, sírvase V. recibir a la persona que venga aquí en mi nombre. Será un criado mio probablemente.

—Como V. quiera, Augusto; yo nada puedo decir a V., sino que bendigo su nombre y doy gracias a Dios.

—A él, a Dios solamente, señora, interrumpió Diego.

Y se despidió, después de haber satisfecho las mil preguntas tan naturales en la ansiedad maternal, de aquella casa en donde fué su presencia la de un ángel del cielo.

Diego fué directamente a su casa.

Tantos sucesos y de tal magnitud, ocurridos en tan corto tiempo, abrumaban su cabeza, y necesitaba calma para llevar con la regularidad y el acierto que requerían, los graves asuntos en que estaba tan vivamente interesado.

Al llegar a la plaza de San Jaime o de la Constitución, sintió una mano que amigablemente le tocaba en el hombro.

Diego volvió la cabeza, extrañando semejante muestra de familiaridad, cuando nadie o poquísimas personas le conocían en Barcelona.

—¡Señor D. Pedro! exclamó:

Era el banquero Sans.

—Amigo, puede uno ir a verle a su casa, dijo éste con esa franqueza propiamente catalana.

—Siento el que V. no me haya encontrado, pero…

—Nada, nada, continuó el banquero, otro día estará V. Ya sé que ha visto V. a mi mujer…

—En casa de Blanco.

—Me lo ha dicho, y también que les han saqueado a Vds.

—¡Pseh! no vale la pena…

—Pues yo había pasado a su casa, para ver si quería V. dar un vistazo hoy en la bolsa…

—¡Ah! mil gracias, con mucho gusto.

—Sí, y allí le presentaré a V.; todos los días, a eso de las dos, nos reunimos los principales: Blanco, Turella, Sala, yo, en fin, todos. ¿Con que pasa V. a mi casa, o voy yo a la de V?…

—Hoy me es imposible, D. Pedro.

—¡Ah! entonces nada, tiempo queda; será otro día…

—Sí, mañana mismo; y yo iré a su casa.

—Bravo, pues.

—Inútil es decirle, aunque repito que siento no haber estado, el que V. tomó ya posesion de la suya en esa calle.

Y Diego señaló la de la Princesa.

—Vaya, pues, basta mañana, dijo el banquero tendiéndole la mano.

—Hasta mañana, D. Pedro.

Las palabras del señor Sans hicieron a Diego un efecto inexplicable, y eso que tan sencillas parecian y eran realmente.

—¿Con que el amigo Blanco va todos los días a la bolsa? se dijo así

que quedó solo. ¡Bravo! Y me ha dicho que van a eso de las dos…

Diego miró el reloj.

—¡todavía tengo tiempo! exclamó.

Y apresurando el paso se dirigió a su casa.

—Daniel, dijo al criado, que le siguió a la sala para recibir las órdenes de su amo; sal inmediatamente a la calle, y a ver si sabes encontrar una barba rubia, postiza, para ponérmela yo.

—Eso no debe ser difícil en Barcelona, dijo el criado.

—De paso tomas un sombrero de copa, una levita o gaban, en fin, un traje de caballero completo para tí.

—¿Qué manda V. más? preguntó el criado.

—Nada más, sino que eso ha de hacerse volando.

Inútil de todo punto era esta última órden para Daniel que salió como una exhalación a ejecutar el mandato de su amo.

Diego empezó a despojarse de la ropa que llevaba, sustituyéndola por otra construida en Lóndres, cuando él estuvo en aquella ciudad con el objeto que ya conocemos.

CAPÍTULO XIII.
La bolsa

RA la hora de las dos de la tarde.

El gran salón de la Lonja estaba lleno de *jugadores* de todas las clases del comercio.

La base del comercio es la buena fé. Sin embargo, para entrar en la bolsa, es preciso que el comerciante deje la buena fé a la puerta.

Desgraciado el jugador que tiene buena fé.

Los comerciantes en la bolsa, no son comerciantes: son *jugadores*.

Al dar este calificativo a los bolsistas, les hacemos un honor que no

merecen.

Se dice que la bolsa es un juego. Nosotros creemos que es, más que juego, *fullería* en toda la extensión de la palabra.

En el juego, puramente tal, el azar decide; en la bolsa no decide el azar.

El que *talla*, ha visto antes las cartas, y tiene la facultad de admitir o dejar de admitir las puestas de los *puntos* que no saben las cartas que vendrán.

Hé aquí porque siempre gana el banquero.

El juego ha tenido y tendrá siempre aficionados.

Es un medio de adquirir malamente lo que pertenece a otro, y esto halaga a la miserable condición humana.

El gobierno, padre de la gran familia que dirige, ha tratado de evitar esos horribles despojos que trae el juego, y lo ha perseguido a muerte en todas partes: y desde el café hasta el más escondido garito, ha penetrado su mano salvadora para arrancar del borde del precipicio al infeliz próximo a perderse.

Pero así como, absolutamente hablando, no hay nada completamente bueno en el mundo, tampoco hay nada completamente malo.

Todas las cosas en un medio.

Arrancar de cuajo una costumbre o una inclinación, trae sus males en lugar de los bienes que se buscan.

Así el gobierno ha dicho: «os quito el juego de los cafés y los garitos; pero os dejo abiertas, para que podais jugar con más decencia, las administraciones de loterías y los salones de la bolsa».

Dejemos la lotería, que no podemos hacer aquí sino mentarla, y detengámonos en la bolsa.

Estamos en medio del salón.

Los hombres que lo llenan están divididos en grupos de seis o siete.

Algunos se hallan solos, parados al pié de una columna, con aire grave y de importancia.

Otros corren de aquí para allí, de grupo en grupo, hablando al oído de éste, volviendo a cuchichear con aquel, y acercándose de vez en cuando respetuosamente a los que están al pié de las columnas, y que son los únicos que no se mueven.

En los demás todo es movimiento, todo agitación, sacar y meter papeles, tomarlos y darlos, mirarse, hablarse, buscarse, huirse, según a cada cual conviene; resultando de la agitación de cada uno, esa especie de hervor general que tan bien retrata el espíritu de codicia que mueve a todos.

—Turella *¡toma!* dice uno al oído de otro.

—¡Cómo!

—Lo sé de cierto.

—¡Y yo que acabo de dar!…

—*¡Doy! ¡doy!* va diciendo un agente que corre de un círculo a otro.

—Cambio, le pregunta uno.

El agente se detiene.

—Cuarenta y uno.

—Tomo.

—¿Diez y seis millones?

—Hecho.

—Hay ocho millones más.

—No.

—*Doy, doy*, sigue entonces el agente concluida esta operación.

—¿Cómo se comprende esto? pregunta uno, ese es agente de Sans; y *dá* mientras Turella toma…

—Es connivencia; luego tomará Sans también, responde otro dándose aire de comprender el agio.

—¿Con que le tenemos a cuarenta y uno? pregunta un individuo con acento trémulo a otro de los agentes.

—Esa es la cotización que ha llegado de Madrid.

—Según eso pierdo…

—Sí, ¿quién se lo había de figurar?… ¡Ha sucedido contra todo lo que debia esperarse!…

—¡Pero el caso es que ha sucedido! dice el perdidoso, que es un comerciante de estopillas; ¡por la primera vez me he lucido!… ¿Y se hará la liquidación?…

—Hoy mismo, dice al agente.

—El comerciante de estopillas se separa de él para ir en busca de otro agente.

—Necesito para esta mañana ocho mil duros.

—Se buscarán.

—Tongo seis mil y pico de piezas en el almacén.

—Bueno. Último precio, dice el agente.

—Seis sueldos.

—Caro es para una urgencia así.

—A cinco y medio, añado el ahogado comerciante.

—No se mueva V. de este sitio.

El agente corre con asombrosa rapidez de uno a otro círculo, habla al oído de éste y de aquel, y a los pocos momentos vuelve diciendo:

—A cuatro las pagan.

—¡Cómo a cuatro! ¿es género robado por ventura?

—Eso hay, y no encontraremos dinero fuera de ese precio.

—¡En fin, no tiene remedio! ¡de las V.!

El agente vuelve al comprador.

El pobre comerciante se queda haciendo cálculos que le destrozan al alma.

—¡Ocho mil duros del papel, y cuatro mil que pierdo en las piezas, son doce mil duros! ¡No volverán a cogerme!

El pobre dice más verdad de lo que él mismo cree. La falta de aquellos doce mil duros que necesita para otras obligaciones, le ahoga más cada día, hasta que al fin le conduce a una bancarrota.

La tablilla de la cotización está fijada en una de las paredes.

Todos los que entran, se dirigen lo primero a mirar la tablilla.

Dos hombres a un tiempo se paran delante de ella.

—¡Cuarenta y uno! exclaman los dos a la vez, al ver la cotización llegada de Madrid.

En la fisonomía del uno se retrata la más grande alegría.

El otro está pálido como la muerte.

Este sale del salón, se dirige a casa del celador, luego a las oficinas de policía en el gobierno civil, saca pasaporte para el extranjero, y aquel mismo día desaparece de Barcelona.

Es que ha perdido y no puede pagar.

El otro echa mano al bolsillo, saca un papel que hace allí mismo en cincuenta pedazos, exclamando con satisfacción:

—No lo necesito ya.

Éste había ganado, y el papel era el pasaporte que llevaba ya prevenido para el caso contrario.

¡Y seguidamente prepara su liquidación y cobra después religiosamente!…

¡No hay nada que decir, es dinero legalmente ganado y unido a la consideración del dinero, gozará su nombre la fama de hombre entendido, y por tal será acatado y respetado!…

—*Doy, doy.*

—Cambio.

—Cuarenta y tres cuartos.

—Doy.

—Cambio.

—Cuarenta y medio.

—¡Qué es esto! ¡Qué baja tan espantosa!

—El agente de Turella ya no *toma*.

El papel empieza a bajar poniéndose a cuarenta.

De pronto una porción de agentes empiezan a tomar a este precio, y el papel sube otra vez, poniéndose sobre la cotización de Madrid, y se hace a última hora a cuarenta y uno y medio y cuarenta y uno y

tres cuartos.

La generalidad de los jugadores se arrepiente de las operaciones verificadas, y el disgusto que no pueden ocultar contrasta con el soberano aire de satisfacción con que entran en el salón tres personajes, ante los cuales todos se inclinan, que reciben las sonrisas y el saludo de un gran número, a su alrededor agrupado, como para, sorprender el menor signo por el cual puedan conocer sus intenciones.

Estos tres personajes son los banqueros, los que *tallan*, como hemos dicho, en el juego de la bolsa.

Pero cuando ellos llegan, sus agentes han terminado ya el negocio en virtud de sus instrucciones, y la jugada queda hecha por aquel día.

Han ido solamente a dar lo que se llama *un vistazo*, y los respetables señores Turella, Blanco y Sans están, juntamente con otros de menor categoría, formando el círculo del *Estado mayor* de la bolsa, y hablando friamente de diversos negocios ajenos a la cuestión del papel.

El lector estañará quizás ver al señor Blanco tan tranquilo en la bolsa, después de la para él tan terrible entrevista con Diego.

Más en aquel día, el negocio que había de hacerse era muy grande, y no podía abandonarlo la codicia del capitán del *negrero*, que por otra parte, con los infinitos y grandes medios de que podía disponer para cualquier asunto, contaba con que no había de faltarle uno para deshacerse del hombre que en tal ocasión y con tal carácter se le había presentado.

Esto, sin embargo, su corazón estaba sobresaltado todavía, y en su rostro se reflejaba la zozobra horrible de su alma.

Pero los que con él estaban no lo notaron siquiera.

Un individuo en trage de caballero, preguntó a uno que estaba cerca del círculo de los tres.

—¿Ha visto V. por aquí al señor Blanco?

—Ahí le tiene V.

El individuo le vió, salió del salón, y una vez en la calle, echó a andar precipitadamente hácia la de la Princesa.

Momentos después, un coche, salido de esta última calle, se paraba junto a los pórticos de la casa de Xifré, frente a la Lonja.

Dos caballeros bajaron del coche.

Uno de ellos tenía todo el aire de un inglés: rubia patilla, altos foques, sombrero de copa de anchas alas, en una palabra, un inglés; el otro era el individuo que antes preguntó en la bolsa por el señor Blanco.

Este último siguió al primero, que se dirigió a la puerta principal del salón de la Lonja.

—¿En dónde estaba? preguntó el inglés al individuo que le seguía, parándose así que llegó a la puerta.

—En donde está ahora mismo, contestó el individuo; en ese primer círculo de la entrada.

—Ya le veo, concluyó el inglés.

Y se dirigió al círculo de los banqueros.

El individuo le siguió, parándose a corta distancia del círculo.

El inglés se metió en medio de nuestros personajes, saludando con la mano al sombrero, y diciendo con el acento de los hijos de la gran Bretaña:

—Con permiso, señores.

Su aspecto era el de una persona muy decente, y todos le miraron dejándole paso.

El inglés se dirigió al señor Blanco, haciéndole un ademán como indicándole que tenía que decirle una palabra al oído.

El señor Blanco inclinó la cabeza.

El inglés se acercó, y le dijo:

—¡De parte de Genaro Pomar!…

El señor Blanco palideció, poniéndose a temblar de piés a cabeza.

Todos notaron instantáneamente esta sensación de Blanco, que les dejó estupefactos.

El inglés, después de aquella palabra, separóse un poco, y levantando la mano, descargó tan fuerte bofetada en el rostro de Blanco, que el golpe se dejó oir en todo el salón.

Los circunstantes se quedaron inmóviles de asombro al primer momento.

El señor Blanco, como muerto.

El inglés salió con toda calma del círculo.

—¡Qué osadía! exclamó de repente el señor de Sans.

Y se volvió al inglés, que ya salía a la calle, para correr a detenerle.

Pero a los tres pasos que dió, cayó de bruces en el suelo, gracias a un tropezon que tuvo con el individuo que había acompañado al inglés, y con el cual se encontró *casualmente*.

—¡A ese! ¡cogerle! ¡a ese! gritaron varias voces a un tiempo.

El inglés llegó al sitio del carruaje, subió, y, el cochero, dejando caer la fusta sobre los lomos de dos magníficos caballos, que partieron al escape, con dirección al paseo de San Juan, dejó burlados a los que salieron de la bolsa con el objeto de detenerle.

El señor Blanco quedó desmayado en brazos de sus amigos.

El señor de Sans volvió con los demás que le siguieron para alcanzar al inglés, diciendo:

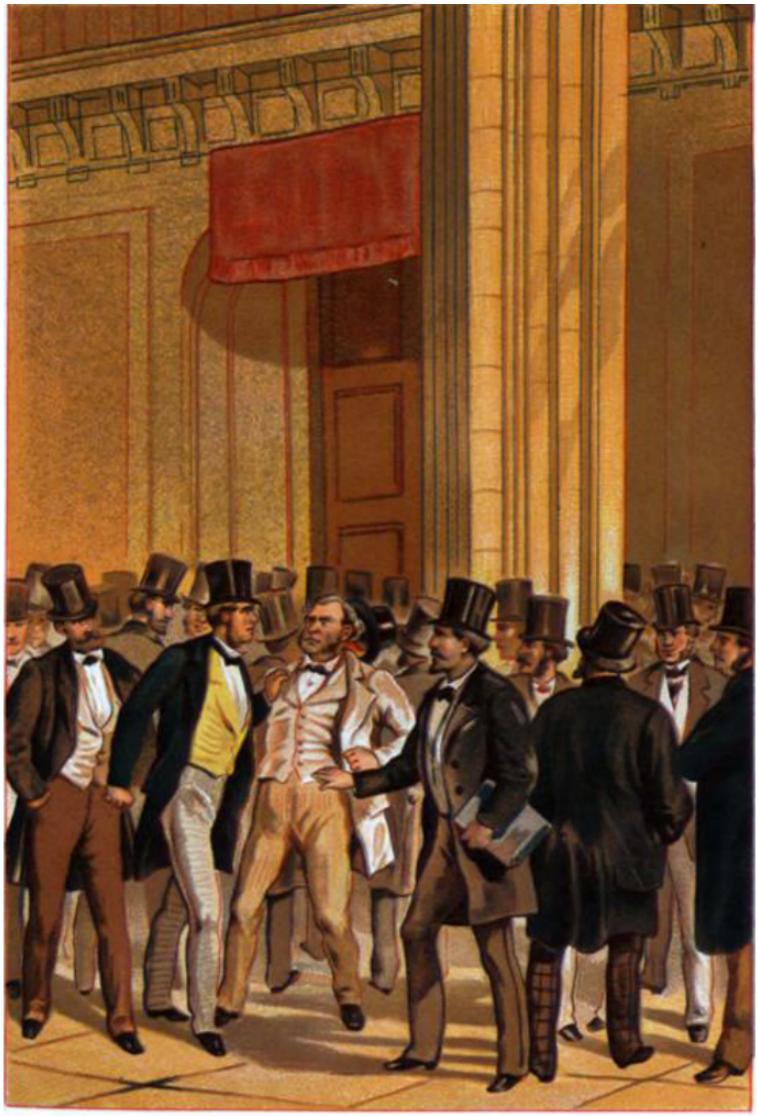
—¡Ha huido!

El individuo que le hizo tropezar, se sonrió saliendo del salón; y volviéndose a la calle de la Princesa, entró en el número treinta y seis.

Ante esta casa paró al poco tiempo un coche, que llegaba con los caballos llenos de sudor y de espuma.

El inglés de la bolsa bajó del carruaje, y subió la escalera diciendo:

—¡Ya hemos cobrado la primera deuda!



LA BOLSA

CAPÍTULO XIV.
De como fué Diego a consolar a Blanco del disgusto del bofeton

CIOSO y hasta simple fuera en nosotros decir al lector que el tal inglés era Diego, y Daniel el individuo que se interpuso al paso del señor Sans, haciéndole tropezar a fin de dar tiempo a su amo de alcanzar el carruaje.

Daniel recibió a Diego al entrar éste en la habitación.

—Y bien, ¿qué ha sucedido?

—Que el señor de Sans, contestó Daniel, pretendia seguir a V.,

pero *casualmente* tropezó conmigo, y cayó de bruces al suelo.

Diego se sonrió.

—Y en cuanto al señor Blanco, éste se desmayó, cayendo en brazos de dos caballeros.

—Yo también caí sin sentido en la cubierta del *negrero*, pensó Diego; la venganza ha sido, completa en este punto.

Luego dijo al criado:

—Bien, Daniel, estoy satisfecho de tí.

—Señor, ya sabe V. que mi vida toda.

Diego indicó a Daniel, con una señal de benevolencia, que no continuase.

Su carácter, que aceptaba la gratitud por los favores que hacía, repugnaba la expresión de esa misma gratitud, al manifestarse con palabras más o menos esplícitas.

Esto es propio de la verdadera generosidad.

Daniel saludó y salió del cuarto, llevando, cuanto menos pudo demostrarlo, más vivo y profundo el sentimiento de la gratitud.

—Pues señor, ¡el tal Blanco me ha pagado su primera deuda con usura! se repitió Diego, satisfecho, y quitándose el trage que para ir a la bolsa había llevado.

Y con efecto, con usura acababa de pagar el traficante de negros el bofeton que le había dado en el buque.

Semejante suceso, tratándose de una persona como el señor Blanco, fué, como no podía menos, estremadamente ruidoso, corriendo de boca en boca mil interpretaciones diversas acerca del mismo.

Quien lo atribuia a la venganza de un hermano, quien al odio de un marido burlado por Blanco en épocas anteriores, pero nadie naturalmente a la verdadera causa que lo había producido.

Blanco, conducido a su casa en un carruaje, volvió en sí inmediatamente.

Hizo despedir al infinito número de personas de todas clases, cuya solicitud las atrajo a la casa del opulento D. Pedro, y quiso quedar solo en su habitación.

Pasadas algunas horas, Diego volvió a verle.

Al subir la escalera, paróse de repente, su corazón se sobresaltó y su cuerpo estremecióse de piés a cabeza.

Cuando él subia, bajaba la escalera un hombre, ante cuya presencia sintió Diego efecto tan terrible.

Era el antiguo jefe de policía.

Diego naturalmente le reconoció al instante.

No así el otro, que pasó por su lado sin mirarle.

—No sé qué presentimiento me dá el encontrar a este hombre en cada casa… se dijo Diego; pero de todas maneras me alegro infinito, pues vive todavía y le tengo en Barcelona…

Y concluyendo de subir la escalera, llamó a la puerta tirando del cordon de la campanilla.

—¿El señor D. Pedro? preguntó al criado que abrió.

—Está en casa, caballero, pero no puede recibir a nadie.

—A mí, sin embargo, me recibirá, insistió Diego.

—Su órden es terminante y general, caballero, porque el señor está enfermo.

—No importa. Yo soy el señor Mendoza, y V. debe recordar la órden de su amo respecto de mí.

—Es verdad, caballero, ahora la recuerdo; pero V. me permitirá que vuelva a preguntar.

—Vaya V.

A los pocos momentos volvió el criado diciendo:

—Pase V., caballero.

Diego atravesó, precedido del criado, las mismas salas que el día anterior, y pasando también el salón principal, entró por aquella puerta que cubría una cortina de terciopelo, y por la cual salió el señor Blanco la primera vez que aquel fué a verle.

La puerta conducia a un gabinete con alcoba, riquísimamente adornado.

Cuando Diego entró, el señor Blanco estaba echado sobre la preciosa colcha que cubría la cama.

Al verle, se levantó diciendo al criado:

—Vete.

El criado salió, y el señor Blanco se puso frente a Diego.

—¿Estará V. satisfecho con la hazaña de hoy?…

—Soy hombre que raras veces experimento satisfacción ni disgusto por nada, respondió Diego fingiendo, para acabar de dominar a Blanco, un carácter y una sangre fría que sabemos estaba muy lejos de poseer.

—¡Ha sido una infamia!

—Cuidado con las palabras, señor D. Pedro, porque mi sangre lila deja de serlo y se calienta cuando se me falta al respeto.

—¡Con que, ni siquiera puede quedarme el desahogo de decir a V. que ha faltado a su palabra!…

—¡Yo!

—Usted me prometió que no me dejaría pobre.

—Sí.

—¡Y que no me deshonraría!…

—Es cierto.

—¿Y cabe mayor deshonra para una persona como yo, que la del suceso de hoy?…

—Señor D. Pedro, prosiguió Diego con una calma horrible; todas las cosas en este mundo son conforme y según se miran; ¿V. cree que eso le deshonra?

—¿Añade V. ahora la burla?…

—No tal.

—¿Qué dirán ahora de mí en Barcelona?

—Si V. sabe portarse con discreción, dirán todo lo contrario de lo que V. se figura.

—¡Cómo!

—Óigame V., y tenga calma sobre todo. Hoy no diré que no, es muy natural, pensará la gente: un hombre como D. Pedro Blanco recibir un bofeton en medio de la bolsa, en presencia de todo el comercio, acostumbrado a acatarle y venerarle…

El corazón de Blanco estallaba de cólera.

—Pero, prosiguió Diego, esta mala impresion se desvanece fácilmente con la conducta de V. en adelante, y lo que es hoy motivo de deshonra, ha de ser precisamente la primera piedra para el futuro monumento de la gloria de V.

—¡De mi gloria!

—Sí, de su gloria. Usted la había tenido hasta hoy, principalmente, en ser muy rico, más rico que los demás, y por ello recibia de continuo el acatamiento de todas las gentes, que al inclinarse en su presencia, maldecian tal vez en su interior esa riqueza, ante la cual se humillaban. Y diga V., ¿qué gloria es esa que se dá al dinero y no al hombre que lo tiene?

El señor Blanco miraba a Diego estúpidamente sin comprender a dónde éste pudiera ir a parar con tan extraño discurso.

—Es preciso, continuó Diego, otra clase de gloria. Es necesario que le quieran y le acaten a V., no por su dinero, sino por sus virtudes; que le respeten, no por su soberbia, como basta hoy, sino por su humildad; y hé aquí como el haber recibido V. humildemente, sin atreverse a rechazarlo, el bofeton de esta mañana, puede dar principio a esa nueva era de su vida en que yo me propongo hacerle entrar.

—¡Pero, caballero! exclamó el señor Blanco, sin comprender todavía el sentido verdadero de las palabras de Diego.

—Sí, D. Pedro. Usted ya sabe y debe recordar demasiadamente la vida que ha llevado; pues bien, es preciso pensar en la otra, y borrar con buenas acciones, en el tiempo que queda de vivir, el mal que hasta aquí se ha hecho, para tener luego un descargo a la hora de la

muerte.

—¿Pero qué le importa a V. de mi muerte o de mi vida?…

—¡Ingrato! ¡cuándo me propongo hacerle adorar en este mundo y salvarle en el otro!… Pero la ingratitud de V. no ha de ser un motivo para que yo deje de cumplir con la mision que tengo.

—En fin, explíquese V. de una vez, exclamó Blanco, diga V. lo que quiere, lo que pretende de mí, ¡y sepa yo a qué atenerme!…

—¡Oh! no es cosa de un día: todo en el mundo ha de venir por sus pasos. Lo que yo me propongo, ya puede V. conocerlo; es hacerle mudar completamente de vida: que a la soberbia de hoy, suceda la humildad y la mansedumbre; que a la codicia, reemplace la caridad y la largueza; y el odio de muchos hácia el opulento que, nadando en oro, no se apiada de nadie, se convierta en amor de todos al hombre que sabe emplear el esceso de su fortuna en el socorro de los pobres y desgraciados.

El señor Blanco estaba confuso ante estas palabras de Diego.

—Y empezando hoy mismo la obra de su regeneración, porque V. va no es joven, y tenemos que andar un poco todavía, vá V. a mandar ahora mismo lo que yo le prevenga.

El señor Blanco palideció de nuevo.

Llame V. inmediatamente a su mayordomo, y déle la órden de vender en seguida los carruajes y caballos que tiene V. para su regalo.

—¡Cómo!

—Lo que V. oye.

—¿Y cómo voy yo a andar luego?…

—¿Pues qué? ¿son tan matas las calles de Barcelona?

—¡Oh! ¡esto es horrible!

—Además que esa vida poltrona que V. hace, no puede serle provechosa, y el mejor día un ataque apoplético… ¡ah! ¡Dios nos libre!…

Esta horrible ironía de Diego acababa de exasperar a Blanco.

—¿Pero qué se dirá cuando se sepa que yo he vendido mis carruajes sin comprar otros?

—Hay un medio muy fácil de evitar malas interpretaciones. Yo pienso en todo, y no he de dejar que el nombre de V. desmerezca en ningun asunto. El producto de la venta se mandará entero a la Casa de Caridad.

—¡A la Casa de Caridad!

—¿Hay nada más honroso para V.?

—¿Pero V. sabe cuánta es la suma que se sacará de todo?…

—No he pensado en ello; pero comprendo que no tendrá V. toda su fortuna en carruajes y caballos.

—¡Ah! ¡eso es imposible!

—¿Resiste V.? Norabuena. Adiós, señor D. Pedro.

Y Diego hizo ademán de salir del gabinete.

—¡Ah! ¡oiga V.!

Diego se paró, sin decir palabra, y mirando severamente a la cara de Blanco.

—Se mandarán a la Casa de Caridad ocho o diez mil duros que puede valer todo…

—Pero, es que V. debe comprender, insistió Diego, que no importa tanto a mi objeto la limosna, como el modo de sacarla. Es preciso que sea de lo que resulte de la venta de los carruajes y caballos.

—¡Sea!

—Llame V:, pues, al mayordomo, y déle la orden.

El señor Blanco alargó su mano trémula a un timbre que tenía sobre la mesa, y el mayordomo se presentó.

—Quiero vender todos mis carruajes y caballos, y es preciso que sea hoy.

—¡Vender los carruajes y caballos! exclamó asombrado el mayordomo.

—¿No lo has oído? gritó Blanco con ira.

—Bien, señor.

El mayordomo salió, y Blanco y Diego volvieron a quedar solos.

—¡Bravo! verá V. el resultado de esta operación. No ha de pesarle seguramente el ir a pié. Mañana por la tarde yo pasaré a buscar a V., y saldremos juntos a paseo.

—Mil gracias, yo salgo poco a paseo.

—¡Oh! conviene a la salud de V., y es preciso: yo soy el médico de su cuerpo y de su alma, y es faena que V. obedezca a su médico. Con que hasta mañana a las tres. Cuando vuelva me enseñará V. el recibo del tesorero de la Casa de Caridad. Adiós, don Pedro, y hasta mañana.

Diego salió.

Cuando hubo traspuesto la puerta del gabinete, el señor Blanco exclamó:

—¿Pero es esto un sueño? ¡oh! ¡qué fatalidad arroja ahora a este hombre en mitad de mi camino! ¡Quién será!… ¿Y qué me importa quien sea, cuando sabe y tiene las pruebas?… ¡oh! ¡las tiene, las tiene! Harto claro me dijo, que, de otra manera, ¡no se atrevería a obrar así!… ¡Ah! ¡sí, hoy mismo!… ¡me lo han prometido!… ¡y no ha de ser difícil hacerlo!… ¡Todo será si él no se ha prevenido!… De todas maneras, lo que me pasa es horrible, y yo estoy loco. ¡Acaso en Barcelona sepa ya alguna otra persona lo que él sabe!… ¡Y después de treinta años!…

Y agobiado por esta confusion de ideas que bullian a un tiempo en su imaginación, abatido su espíritu por el suceso de la bolsa, el señor Blanco iba y venía a grandes pasos de un extremo a otro del gabinete, aguijoneado por las mil ideas que a un tiempo le abrumaban.

—¡Mañana volverá! así lo ha dicho, y lo que es por él, lo cumpliría… pero ¡no le espero!

Y el señor Blanco, hallando, entre tantas que le destrozaban el alma, una idea de consuelo, entregóse a ésta, desechando las demás que tanto le mortificaban.

Diego abandonó por entonces el negocio del capitán negrero, al que dejaba ya arreglado por aquel día, y pensó en otro asunto para él no menos interesante: en la visita que debia hacer a la casa de Clara.

De la de Blanco se dirigió, pues, a la de Turella.

Esta se hallaba en una de las calles principales.

Diego había tomado antes las señas y fué allá directamente y sin preguntar a nadie.

A corta distancia de la puerta, su vista tropezó con la figura de Roberto, que pasaba por la calle.

Diego, al verle, sintió la misma repugnancia de siempre: decimos mal, fué además de repugnancia, un sentimiento de verdadero odio el que experimentó esta vez. Y eso que ignoraba todavía que a él principalmente debia su destierro y las grandes penalidades sufridas durante su esclavitud. Pero su presencia le trajo el recuerdo del reciente crímen cometido con la pobre familia de Messina, y hé aquí lo que añadió el odio a la instintiva repugnancia que Diego sentía por Roberto.

A la luz del día pudo observarle mejor, llamando sobremanera su atención el valor de las alhajas que lucia.

—Ya ví la otra noche, se dijo Diego, como este bribon se proporciona el dinero para gastar ese lujo; ¿pero en virtud de qué poder se hace dar el dinero así?

Esto era lo que Diego no entendía.

Roberto se paró delante de la casa de su antiguo amigo Nicolás, miró al balcón, volvió a andar, volvió a pararse y a mirar a la casa, y al fin siguió resueltamente su camino.

Imposible de todo punto era el que ninguno, si por casualidad las notase, comprendiera la causa de las miradas de Roberto; pero Diego, que le conoció al momento, vió en ellas aquella antigua pasion hácia Clara, no estinguida en trece años y aumentada quizás por el despecho y los celos que necesariamente hubo de despertar en Roberto la fortuna de Nicolás, que había obtenido la mano de aquella.

Diego, que estaba en todos los antecedentes, pudo leer todo esto en

la fisonomía de Roberto, al cual miró atentamente al pasar por su lado.

—Este infame, se dijo, siente todavía aquella misma pasion de antes.

Y entró en el portal de la gran casa del señor barón de Turella.

CAPÍTULO XV.
La baronesa de Turella

A primera acción, en una sociedad desconocida, es la que dá generalmente concepto al hombre que por vez primera en ella se presenta.

Diego se presentó, recomendado por una casa de Lóndres, en la de un banquero, contra quien traía una letra de cincuenta mil duros que no quiso cobrar, suplicando al banquero que la guardase, pues no creia necesitarla en muchos días.

Esto bastó para que el alto comercio de Barcelona admitiese con la

mayor confianza el nombre y la firma de Augusto Mendoza.

Se encuentra éste con dos señoras de la alta clase en la casa de otra persona también muy alta, y pone en manos de aquellas señoras que representaban la caridad, *yendo en carruaje y vestidas de seda*, la limosna de ocho mil reales, limosna a que no estarían muy acostumbradas las ilustres *pordioseras*, sin embargo de que, por su calidad, les era permitido el llamar coa la voz de la desgracia a las puertas de los más grandes y poderosos.

¿Qué mejores precedentes quería un hombre para entrar con toda la consideración en una sociedad como la de Barcelona?

En el comercio se había tomado ya nota de su nombre, y en los salones corría acompañado de una especie de aura que seducia a cuantos le oían.

Pocos le conocían aun personalmente; de nombre casi todo lo mejor de Barcelona.

Nada diremos del concepto ea que le tenía la casa de Turella, que juntamente con la de Sans, había dado a conocer el nombre de Mendoza.

Diego llamó a la puerta, dió su nombre al criado, y a los pocos momentos salió éste otra vez acompañándole al salón de recibo. Clara estaba sola en él.

El corazón de Diego latia violenta y apresuradamente.

Así que llegó a la puerta, vió a Clara; adelantóse pausadamente, e inclinándose a cierta distancia, la dijo.

—Señora…

—Caballero Mendoza…

Cambiáronse las preguntas y respuestas de puro cumplido y de imprescindible costumbre en casos semejantes, y Diego se vió por primera vez en su vida en una situación embarazosa delante de Clara.

Ésta le señaló el sofá.

Diego se sentó.

No sabía qué decir ni cómo empezar.

A tener menos instinto de la buena sociedad, y decimos instinto, porque solo apoyado por esta apreciable dote podía haber adquirido, en tan corto tiempo de trato con personas de cierta posición, las maneras distinguidas y finos modales que en Diego observamos; a no ser por ese instinto, repetimos, casi hubiera cometido la indisculpable vulgaridad, en un hombre como él, de hablar del tiempo o de lo hermosa que le parecia Barcelona.

Clara, por su parte, bajo la presion del elevado concepto que Diego o el señor de Mendoza le mereció a primera vista en casa de Blanco, sola, además con él, participaba asimismo de ese embarazo que

embarga a uno la palabra, sobre todo si intenta empezar a hablar con personas en las que reconoce cierta superioridad.

Esta recíproca situación no podía, sin embargo, durar mucho entre dos personas como eran Clara y Diego.

Este rompió, pues, los brevísimos instantes de silencio, diciéndola:

—¿Ha descansado V. ya de la fatiga de ayer?

—El trabajo no fué mucho, dijo Clara.

—La obra es, sin embargo, grande y meritoria.

—Debida, no a nosotras, sino a la generosidad de las personas que a ella contribuyen, entre las cuales no ocupa V. el último lugar.

—¡Ah! Señora…

—¿Vió V. hoy a la de Sans?

—No me ha sido posible.

—Mandarán entonces a V. un recado de mi parte, dijo Clara con encantadora sencillez.

—¿De parte de V.?

—Esta noche tenemos en casa una pequeña fiesta…

—¡Ah!

—Y me tomé la libertad de invitar a V.

—Es una doble honra que deberé a su amabilidad.

—Mi casa será la honrada. Es una reunion casi de confianza.

—No faltaré, señora, aunque son raras las reuniones a que yo asisto…

—Doble favor entonces para nosotros; pero si ha de servir a V. de molestia…

—¡Oh! puedo asegurar a V. lo contrario.

—¿No es V. amante de reuniones?

—Mi carácter es algo original, y me sucede generalmente el ponerme triste en los sitios en donde más reina la alegría.

Clara miró a Diego sintiendo un efecto particular, no tanto por el significado de sus palabras, cuanto por el acento con que fueron pronunciadas.

—Es que en ciertos caracteres, dijo Clara entonces, sucede realmente que los recuerdos tristes vienen o en la completa soledad, o en medio del bullicio.

Las palabras de Clara abrieron, sin ésta sospecharlo, una puerta de su corazón a la escrutadora mirada de Diego, que dijo en seguida:

—¡Y es tan terrible, señora hallarse *solo* en medio de mucha gente!…

Esta exclamación movió el interés de Clara y a un tiempo la curiosidad de mujer.

Así dijo a Diego:

—Usted, separado aquí tal vez de su familia…

—No tengo familia, señora.

—La de Sans me dijo que era V. soltero, pero creia tuviese padres, hermanos…

—No tengo, pues, a nadie, señora; me hallo solo en el mundo, como un árbol en medio del desierto.

—¡Triste cosa es! exclamó Clara, cada vez más interesada por las palabras de Diego. Pero V., que es joven, que tiene buena posición, puede encontrar fácilmente…

—¿Qué, señora? preguntó Diego con una sonrisa llena de amargura.

—¡Ah! no sigo ya… dijo entonces Clara, comprendiendo la sonrisa de Diego.

—¡En la vida no se ama sino una vez sola!… prosiguió éste, ¡y yo no podría nunca mentir a nadie el amor mio!

Clara se estremeció.

—Tal vez esto podrá parecer ridículo en un hombre como yo, y en el siglo que alcanzamos; pero qué quiere V., entre todos los crímenes, hay uno que no se castiga y el más grande para mí de todos: este es el crímen del amor que se miente, o del perjurio que se comete.

—Con efecto, dijo Clara casi balbuciente; pero cuando uno, por ejemplo, se ve libre de un juramento, porque otro lo haya roto o haya muerto… en fin…

—¡Ah! señora, es fácil dejar de cumplir lo que a otro; se promete; pero lo que uno se, jura a sí mismo… Ahora cuando no se ha jurado nada, cuando se ha amado por vanidad o por capricho… en ese caso, comprendo yo mismo que pueda, más o menos tarde, desaparecer el sentimiento del amor con la persona que lo inspiraba, ante el egoismo de una posición que el cálculo aconseja; pero para eso se necesita tener un alma y un corazón más dóciles que el corazón y el alma mia.

Clara no sabía ciertamente qué replicar a las sentidas palabras de Diego, que sin dejar de guardar el comedimiento debido, no podía evitar, sin embargo, el que brotasen de sus labios, con el calor del corazón que las dictaba.

—Se conoce que ha amado V. mucho, dijo Clara, puesta insensiblemente en un terreno, en que no hubiera seguramente entrado con facilidad, siquiera fuese por mero hablar, con otra persona que Diego.

—Solo cuando así se ama, puede amarse siempre como yo.

—¿Y, según parece, fué V. engañado?…

¡Mi cabeza me lo dice, y mi corazón no lo cree! ¡Ella, sin embargo, vive feliz!

—¿Sabiendo que es V. desgraciado?

—¡Mi nombre habrá huido de su memoria, cuando huyó mi amor de su pecho! exclamó Diego con un acento de profundo dolor, mezclado con un ligero gesto de resignación, Pero, señora, añadió luego mudando, de tono, yo estoy abusando de la amabilidad y condescendencia de V., hablando tan largo rato de mí mismo…

—¡Ah! señor de Mendoza, V. tiene ya todos los títulos para nuestra, amistad, y nunca abusará de ella.

—Mil gracias, señora.

—Además, que acaso he sido yo, sin quererlo, la indiscreta, dando lugar la que esos dolorosos recuerdos vinieran aquí a mortificarle.

—¡Ah! ¡tocante a mí es una éspecie de dolor el mio que no trocaría por todos los placeres de otro género!

Bien comprendía Clara ese placer que se siente en medio del dolor mismo que el alma experimenta con ciertos recuerdos.

—Pero el que esto me suceda a mí, prosiguió Diego, no es una razón para que V., que seguramente no ha sido tan desgraciada, pues que la miro hoy feliz…

El corazón de Clara se sobresaltó.

—Haya de conocer pesares ajenos, en medio de la felicidad, concluyó Diego.

—¡Ah! ¡señor de Mendoza!; ciertamente… yo soy feliz, dijo Clara con un acento ligeramente forzado, que no se escapó a la penetración de Diego; pero no soy tan egoista que huya y me molesten las ocasiones que tengo de poder oir los pesares de mis amigos.

—Mil gracias, señora.

—Y V., que ha entrado en ese número, me honrará siempre dándome un placer con su confianza.

En esto apareció en el salón la figura de un hombre que entró sin anunciarse.

Diego le vio en seguida, y a las tiernísimas, aunque, dolorosas sensaciones que experimentaba en aquellos momentos, sucedió el disgusto, el desencanto mayor que podía sentir en aquel entonces.

La figura de aquel hombre era la del barón de Turella, en el cual Diego reconoció al momento a su antiguo rival Nicolás.

Éste entró, descubierta la cabeza, que dejaba ver una frente semi-calva, sobre la que caían claros cabellos grises; los ojos pequeños brillando como dentro de un agujero entre las pobladas cejas y los pómulos salientes y descarnados; la cara rasurada completamente; y en cuanto al vestido, llevaba pantalon negro, y una levita del mismo color, larga y deslucida, que formaba particular contraste, en el dueño de la casa, con la riqueza de los muebles que la adornaban. Tal era y

tal se presentó a los ojos de Diego el marido de su antigua amante.

Diego se levantó al verle, inclinándose al propio tiempo.

—Aquí presento a V. a mi marido, dijo Clara dirigiéndose a Diego; y este caballero, prosiguió hablando luego al barón, es el señor de Mendoza.

—Muy señor mio, dijo Nicolás; ya tenía el gusto de conocer el nombre de V.

—Señor barón, yo he venido a ponerlo a sus órdenes en lo poco que vale.

—Vale mucho.

—Pero siéntese V., observó Clara.

Diego volvió a sentarse en el sofá, Nicolás ocupó un lado del mismo, y Clara se quedó en el sillón que ya ocupaba.

—¿Y piensa V. estar mucho en Barcelona?… preguntó Nicolás a Diego así que se hubo sentado.

—Si no me quedo aquí definitivamente, estaré larga temporada, cuando menos.

—En uno y otro caso, continuó Nicolás, sabe V. que tiene una casa a su disposición.

Diego inclinó la cabeza.

—Esta noche tendremos a este caballero en la reunion, aunque no es muy aficionado a reuniones, dijo Clara a su marido.

—Esto consiste, señora, en que no siempre se le ofrecen a uno como la de esta noche.

Clara pagó con una delicada sonrisa este cumplido de Diego.

Nicolás, que no lo entendió, dijo:

—Pues se engaña V. si espera ver gran cosa.

—Pienso, nada más, pasar la velada en esta casa, y esto me basta.

La delicada lección de Diego al barón ruborizó a Clara.

Nicolás siguió, siempre fuera de tono:

—Yo participo de la misma opinion en cuanto a reuniones; sino que dió la casualidad que vino recomendado a mí ese célebre pianista Litz, y un día se ofreció él mismo a dar un concierto en mi casa, y como es una celebridad así, no puede prescindirse de convidar a gran número de personas que uno conoce.

—¡Ah! Litz ha tenido en esta ocasión una complacencia que suele tener raras veces, dijo Diego.

—A mí, como no me gusta la música…

—Sin embargo…

Diego no quiso concluir su idea para decirle en buenas palabras: ese desdén, hijo de la ignorancia de V., corresponde muy mal a la alta honra que le dispensa el grande artista.

—Señor D. Nicolás… llamó en aquel instante, desde la puerta, un dependiente del barón.

En el círculo del comercio, el barón de Turella no se llamaba sino D. Nicolás, aun por sus dependientes.

—¿Qué hay?

—Esta carta…

—¡A qué venís con cartas ahora!

Otro hombre que Nicolás se hubiera valido de otra frase para excusarse de recibir cartas delante de una visita de cumplido.

—Como dice que es urgentísima… la he traido a V.

—Por mí, señor barón, no haga V. el menor cumplimiento, y le suplico no se distraiga de sus ocupaciones.

—Usted ya sabe lo que son negocios.

—Demasiado.

—Y yo que tengo tantos…

—Por la misma razón.

Nicolás se creyó dispensado ya de todo, y dijo al dependiente:

—Trae esa carta.

El dependiente se adelantó a dársela. Tomóla Nicolás, y rasgando la oblea, dijo:

—Con permiso de V., pues.

Y se puso a verla para sí.

Clara y Diego notaron una variación completa y repentina en la fisonomía del barón.

Ni uno ni otro, sin embargo, le preguntó nada.

—¡Es fuerte cosa! exclamó el barón sin concluir la carta.

—¿Pues? dijo Clara.

—¡Y esta es la segunda que recibo en pocos días!…

Diego se contentaba con manifestar el interés que la ley de la buena educación exígese manifieste en casas semejantes.

—¡Nada! ¡una friolera! me piden cincuenta mil duros, un millón nada menos en esta carta.

—¡Un millón! dijo Clara ¿y quién?

—¿Quién? un ladrón.

—¡Un ladrón! exclamaron Clara y Diego a la vez.

—Que no pone su nombre, es claro, prosiguió Nicolás; pero que me amenaza de muerte si no mando hoy mismo la suma que me pide a un punto que me designa en una montaña cercana.

—¡Eso se desprecia! exclamó Diego.

—Como hice la otra vez, dijo Nicolás.

—¿Y no le sucedió a V. nada?

—Nada.

—Pues claro está. No creo que valga la pena de pensar en ello siquiera.

—Señor baron… llamó en este momento desde la puerta la voz de un criado de la casa.

—¿Qué hay?

—El señor cura de San Pablo y dos caballeros más.

—Que pasen.

—Yo me retiro ya, con su permiso, dijo Diego levantándose.

—Suplico a V. que se quede, dijo Nicolás; ya me figuro poco más o menos el objeto de esta visita, y estando otra persona delante, evitaré mejor el compromiso.

—¡Ah! con mucho gusto entonces, respondió Diego.

—¡Qué no haya de verse uno libre nunca!… exclamó Nicolás; ¿ve V.? es lo malo que tiene Barcelona…

En esto entraban ya en el salón las visitas anunciadas.

CAPÍTULO XVI.
En que se prueba los inconvenientes que tiene y las molestias que causa el ser rico

IENTRAS Diego y el barón hablaban, Clara, aunque con todo el disimulo que su situación exigia, no cesaba de observar al primero, atenta, no solo a sus palabras, sino a sus menores movimientos.

Aquel hombre tenía para ella algo de particular, que no veía en los demás hombres. Su pálida fisonomía, que no podía ocultar la huella que dejan en el rostro los profundos pesares del alma, sus maneras finas y distinguidas, su generosidad y su modestia a un tiempo,

aquella especie de frío desdén por lo que a otros halaga tanto en la vida, su voz, sus palabras, en fin, que envolvían el misterio de una triste y amarga historia, todo llamaba la atención de Clara en aquel hombre, de quien no hizo caso en el primer momento de verle en casa de Blanco, y en el cual desde el acto de aquella limosna, descubría un nuevo motivo, no ya de curiosidad, sino de interés, en sus, al parecer, más sencillas palabras y más leves acciones.

Clara, sin embargo, no se explicaba ni podía explicarse nada de cuanto en Diego observaba.

Sentía que era un hombre bueno; la bondad de su alma se retrataba en toda su persona, y Clara lo conocía, lo creia firmemente, pero nada más.

Ella buscaba, sin embargo, puntos de comparación entre Mendoza y alguno de sus conocidos. Alguien había conocido Clara que en el fondo se le parecia; pero ese alguien había muerto, y ni por un instante siquiera asomó a su mente la menor sospecha.

Ni uno solo de los tripulantes, ni de los prisioneros o desterrados de la *Perla* se había salvado del naufragio, todos habían perecido. Así lo dijeron los periódicos, y así y de una manera indudable se sabía en Barcelona.

Además, se habían pasado trece años. Cuando Diego era el amante de Clara, tenía veintidós; su cara rebosaba toda la frescura de la juventud y la esperanza de su joven corazón enamorado; era un simple jornalero, y se llamaba Diego Rocafort, Después de estos trece años, la persona a quien miraba Clara, se llamaba, en primer lugar, D. Augusto Mendoza; su edad, que no pasaba de treinta y cinco años, parecia ser de cuarenta; su traje y su posición eran otros, y su rostro, sobre todo, desfigurado por la negra barba que le adornaba, la frente más alta al parecer por la falta de cabello que antes la cubría, no conservaba ya sino un remotísimo parecido con la cara imberbe del joven tejedor de velos.

A haberlo sospechado, la misma Clara se hubiera dicho a sí misma que era una ilusion de sus sentidos.

El amor no es adivino, sino cuando tiene motivos de serlo, y Augusto Mendoza no los había dado aun, para que Clara adivinase en él a Diego Rocafort.

Éste, interesado vivamente como estaba en conocer el más leve efecto que sus palabras o sus acciones pudieran producir en el ánimo de su antigua amante, no descuidaba, por su parte, el observarla, y a su penetrante mirada no se escapó el interés que en ella había despertado su persona.

Diego sentía con esto un secreto placer en medio de su

naturalísimo dolor, hallándose en la casa de su antiguo rival, dueño legítimo del dulce y adorado objeto de su alma.

El cura de San Pablo y los dos caballeros que le acompañaban, espusieron al barón, luego de haber tomado asiento, el motivo de su visita.

—Usted, ya sabe, señor barón, dijo el cura de San Pablo, lo muy malos que han sido estos dos últimos años para la clase artesana de Barcelona.

—Para todos han sido malos igualmente, exclamó el barón, empezando a parapetarse para defenderse de la *acometida* que adivinaba por parte de la comision que había ido a verle; pues llevamos, en cortos meses unos descalabros, que ¡ya! ¡ya! ¡Dios nos libre que esto durara mucho!

La mentira del alma avara rebosaba, a pesar del barón, en sus compungidas y miserables expresiones.

—Sí, pero, continuó el sacerdote, cuyo buen celo iba, al parecer, dispuesto a luchar con la avaricia del barón, lo que Vds hagan en bien de tantos infelices, no será nunca un sacrificio tan grande ni de tanta monta en sus intereses, que pueda influir en la marcha de sus grandes negocios y colosales operaciones.

—¡Oh! ¡amigo! eso es muy bueno juzgado así de por fuera: el primero de mil es uno, y un grano no hace el granero, pero ayuda al compañero, como dice el refran.

—Vamos, señor barón, esto es muy cierto, pero…

El cura de San Pablo no se atrevió a concluir después de lo que ya había dicho; pero Diego, que adivinó su idea, añadió.

—Cuando el granero está hecho… ¿No es eso?

El cura de San Pablo y sus compañeros se sonrieron afirmativamente.

—¿También V.? preguntó el barón a Diego.

—¡Qué demontre! señor barón; el mundo es este, y los unos hemos de ayudar a los otros.

El barón salió de una de sus posiciones ante estas palabras, y presentando la cara al enemigo, dijo:

—Pero vamos a ver, de qué se trata.

—De comprar sustituto para la quinta que ha de hacerse ahora, a todos los pobres que caigan soldados y no tengan dinero para librarse del servicio de las armas.

—¿Pero V. sabe la suma a que eso puede llegar? preguntó asombrado el barón, que, oído el pensamiento, *calculó* en un instante sus consecuencias.

—¡Y qué importa para lo que es el comercio de Barcelona!…

—¡Ah! ¡nada, no importa nada, una friolera! prosiguió el barón. Barcelona no dá más que seiscientos hombres todos los años, y si estos llegan a ser todos pobres, que como tales se presentarán más de cuatro, aunque tengan medios, ¡hágame V. el favor de sumar!…

—Aunque realmente esa suma puede ser grande, observó el cura, ha de tenerse en cuenta que el reparto comprenderá muchas casas, y no será, por consecuencia, tan sensible.

—Y después, que es esto establecer un mal precedente, prosiguió el barón; todos los años querrán los pobres lo mismo, pues tanto derecho tienen a ello los quintos del cincuenta y seis, como los del cincuenta y siete y años siguientes.

—Eso se arreglaba empezando este año así y haciendo lo mismo en los posteriores, observó Diego entonces.

Nicolás miró a Diego de una manera casi igual a la de Blanco, cuando aquel se anticipó con ocho mil reales a la limosna que pedían las señoras de Sans y de Turella.

—Aunque así debiera hacerse, dijo entonces el cura de San Pablo, en una capital como Barcelona, donde hay dinero de sobra para redimir la contribución de sangre que pagan sus hijos, no habrá necesidad de ello, porque no todos los años han de ser tan malos como este y el pasado.

—Yo, si Vds me permitieran, dijo Diego, aunque parezca extraño que un extranjero se meta en estos asuntos.

—El señor, interrumpió Clara entonces, tiene ya carta de naturaleza en Barcelona, pues sin pedirle nada a él.

—Señora…

—Dió el otro día una limosna a la Junta de Damas, que debo manifestar no ha recibido más que otra tan crecida, entre tantas casas fuertes como tiene Barcelona, concluyó Clara.

El barón de buena gana hubiera tapado la boca a su mujer.

El cura de San Pablo y los otros dos caballeros miraron a Diego saludándole con una inclinación de cabeza y diciendo el primero:

—¡Oh! diga V., caballero; las ideas que tienden al bien de la humanidad, deben admitirse siempre, y más en esta ocasión en que las presenta persona tan respetable.

—Pues yo propondría, ya que Vds piensan sacar ese socorro de la clase del comercio, que es en Barcelona la que mejor puede hacerlo, que asociasen a la comision de Vds un número suficiente de las personas principales, a fin de que el nombre y la influencia de cada uno llevasen a la comision los medios que necesita.

—Buena idea es, dijo el cura de San Pablo.

—Efectivamente, dijeron a un tiempo sus compañeros.

Nicolás no observó nada a esto.

—Y a mí se me figura, continuó Diego, que los nombres del señor barón de Turella.

—Eso es, ¡el mio el primero! exclamó éste entonces.

—Ya V. ve, señor barón, que no es mia la culpa si V. es una de las primeras personas de su clase.

Estas palabras, que halagaron la vanidad de Nicolás, le hicieron perdonar parte de las otras, a Diego.

Éste lo adivinó, y aprovechando todo lo que la ocasión le ofrecia, continuó:

—Y esto es no más que por un lado; que luego, contando como creo que debe contarse con la nobleza, no creo le toque tampoco el último lugar en la lista al señor barón de Turella.

Esto volvió a halagar la vanidad por una parte y a aumentar por otra el disgusto de Nicolás, que dijo.

—En fin, siga el plan; veamos.

—En breves palabras está concluido. Vean Vds., que lo saben mejor que yo, los otros nombres que pueden añadirse.

—Sans, Sala, Puig, y me parece que basta ya con estos, dijo el cura de San Pablo, entre los cuales toca la presidencia al señor barón.

—De ninguna manera, eso no; me es de todo punto imposible, porque estoy agobiadísimo de negocios… Yo daré mi nombre para junta, no hay inconveniente ya que Vds. se empeñan.

—Entonces…

—Vamos, puesto que el señor barón, observó Diego, dá razones que se deben considerar para no admitir la presidencia, yo presentaré un candidato, al que creo hemos hecho una ofensa no contando antes con él.

—¡Oh! diga V.

—El señor D. Pedro Blanco.

—¡Ah! no admitirá. Ya se ha probado en otras ocasiones.

—¡Pero una persona tan rica y sobre todo de tal posición en Barcelona! exclamó Diego fingiéndola mayor admiración.

—Pues con todo y con eso no admite, replicó uno de los comisionados.

—Se puede probar otra vez, replicó Diego.

—Lo que es Blanco, es difícil, y con el suceso de la bolsa tan reciente, estará menos aun para esas cosas, dijo el barón.

—En fin, señores, no quisiera pasar por terco; pero creo que a pesar de todo, debe probarse.

—No disgustemos a este caballero, dijo entonces el cura de San Pablo; se probará.

—Yo le hablaré antes, continuó Diego. Vayan Vds mañana a eso de las cinco de la tarde.

—Bueno pues, quedamos entendidos.

Los comisionados se levantaron, imitándoles Diego, que había prolongado ya lo suficiente su primera visita a la casa de Turella.

—Señor barón, dijo a éste alargándole la mano.

—Usted ha tomado posesion de su casa, dijo Nicolás disimulando el tono forzado con que hablaba.

Diego le dió las señas de la suya.

—Señora, dijo enseguida dirigiéndose a Clara, a los piés de V.

—Hasta la noche, señor de Mendoza, aunque con toda confianza, queda V. relevado del compromiso.

El tono de Clara tenía, sin embargo, una ligera expresión que contradecia sus palabras.

—¡Ah! señora, ya he manifestado antes a V. que no podía desaprovechar tan honrosa ocasión.

Y volviendo a saludar a Clara, concluyó:

—Hasta la noche.

Las visitas salieron acompañadas del barón, que llegó hasta la puerta y volvió inmediatamente al salón, en donde se puso a pasear a largos pasos exclamando:

—¡Cuidado que es particular! ¡esto no es vivir! Hasta que yo cierre de una vez para siempre la puerta a todo el mundo.

—Ten un poco de paciencia, Nicolás, exclamó Clara; no hay remedio, hay ciertas molestias que no se pueden evitar, pues son anejas a la posición que uno goza.

—Pues ya verás tú si yo las evito pronto. ¡Lo mismo que la reunion de esta noche! Cuidado que esas señoras celebridades que yo no conocía…

—Pues las conoce toda la Europa, Nicolás.

—Yo no las conocía, y maldito si me importaba, hasta que han venido a mi casa. Digo que esas celebridades tienen bien poca aprehension. Decir con esa frescura: el jueves daré un concierto en su casa de V., y V. tendrá la obligación de convidar una porción de gente que le hagan gastar en luces y en refresco, y le destrocen los muebles por añadidura, para que luego digan como aquella otra vez: «Litz, ¡qué magnífico! pero Turella ¡qué miserable!».

—La otra vez, Nicolás, tuvieron un poco de razón.

—¡Eso es! ¡pues me gusta!

—Sí, Nicolás; pero esta, yo te guardaré y me guardaré a mí misma de que vuelvan a criticarnos. Óyeme, siéntate y hablemos un poco. Estamos ya en el compromiso, y es necesario salir de él de un modo

digno y decoroso.

—Sí, gastando en un día lo que bastara para todo un año.

—Escucha: vendrán sobre unas doscientas personas.

—¡Cómo!

—Uno de los motivos fundados de crítica a la vez, fué el que muchas familias con las cuales estamos en relaciones, no fueran invitadas.

—Bueno, adelante.

—El bufet se ha encargado al café de las Siete Puertas, que es el que tiene más gusto…

—Y el que lo hace pagar más, interrumpió el barón.

—¿Qué importa una leve diferencia?

—Se me ocurre una idea, exclamó de pronto el barón.

—Dí.

—¿Qué va a servir el café?

—Orchatas, naranja, helados, vinos, dulces, en fin, lo que se acostumbra en estos casos.

—Pues que traigan solamente helados para doscientas personas.

—¿Y lo demás?

—A eso voy; porque de otra manera, va a ser una atrocidad lo que se gaste. Se toman jarabes de orchata y naranja en la fábrica de la calle de Petrixol.

—¡Nicolás!

—Como la cantidad será algo regular, puede que hagan todavía la rebaja del cuatro, o quizás del cinco por ciento.

—¡Pero Nicolás!

—Con una botella de jarabe, que, comprado así, vale lo más quince cuartos, se hacen seis vasos de orchata o de naranja, que cuestan seis reales en el café.

—Pero hombre, ¿vas a dar eso a las personas que aquí vengan?…

—Suma, suma tú misma, calcula la diferencia, y verás lo que le resulta. Lo mismo digo acerca de los dulces.

Clara sudaba a mares.

—¡Eso no puede ser, Nicolás!

—¿Y por que no ha de poder ser?…

—Porque sería el ridículo mayor a que pudiéramos exponernos. Además, que está ya todo encargado a las Siete Puertas, y no hemos de dar otra órden a última hora, cuando quizá esté preparado todo.

—¡Esto es una calamidad! exclamó el barón.

Y levantándose otra vez del lado de su mujer, volvió a pasearse a largos pasos por el salón.

todavía faltaba a Clara el dar otro trago a su marido, algo más

amargo que el del bufet.

Ella, que no tenía nada de miserable, todo lo contrario, pues era espléndida el último grado, temblaba ante la idea de la honda sensación que había de producir en su marido lo que tenía que decirle por precision.

—¿Lo dejaré para más tarde? pensaba; no, porque será luego difícil que tenga mejor ocasión que ahora. Aguardaremos un poco.

Esperó, pues, dominando el temor su impaciencia, hasta que Nicolás fué a salir.

—Aguarda un poco, Nicolás, pues tengo que enseñarte una cosa.

Y levantándose, del sillón, Clara fué a su gabinete, volviendo al poco rato con tres estuches cerrados.

—¿Qué es eso? preguntó el barón.

—Lo vas a ver.

Y Clara abrió el primer estuche.

—¡Joyas!

—Sí, dos botones de brillantes para el pecho, y unos gemelos para los puños de la camisa.

—¿Y qué significa eso?

—¿Te gusta?

—Es precioso.

Clara dejó la primera caja abierta sobre el mármol de una consola y dijo:

—A ver esto otro.

Y abrió el segundo estuche.

—¡Una botonadura de chaleco!

—Sí.

—¿De brillantes también?

Eso es.

—¿Pero qué significa esta joyería?

—Aguarda un momento.

Y dejando el segundo estuche también abierto al lado del primero, Clara pasó a abrir el tercero.

—¡Un reloj! exclamó el barón.

—Cronómetro, añadió Clara, con su correspondiente cadena.

—Es magnífico también.

Clara puso el tercer estuche junto a los otros.

—Pero al fin podré saber.

—Ahora. Mira: los botones para la camisa, valen ocho mil reales.

—Ya lo creo, porque son preciosos.

—Diez mil la botonadura a el chaleco, y doce mil el reloj.

—¡Ese reloj vale doce mil reales!

—¿No has visto que la cadena tiene diamantes?

—¡Ah!

—Pues bien, mañana se ha de mandar una de estas tres cosas a Mr. Litz.

—¡A Mr. Litz!

—En pago del obsequio que nos dispensa esta noche.

—¡Có… mo… qué… dices!… tartamudeó el barón, mirando asombrado a su mujer.

—Que esta es la costumbre de recompensar semejantes distinciones a los grandes artistas, y nosotros no podemos prescindir de esto.

El barón seguía mirando estupefacto a su mujer.

—¡Pues dí que vale más entonces ser grande artista, que gran sultán! Con que después de la molienda de oirle, y el gasto que acompaña a la molienda, agradecerle ahora con… ¡bah! ¡bah! Tú estás loca, mujer, y yo sería un borrico de cuatro suelas en…

Pero en último resultado, ¿qué es lo que va a hacer ese hombre? ¿qué va a ganar mi casa con él?

—Nicolás, es necesario…

—¿Y cómo sabes tú esas extrañas costumbres, o quién le ha dicho semejante despropósito?

—En primer lugar veo todos los días casos iguales en los periódicos.

—Los periódicos dicen lo que les dá la gana, y sobre todo, ¿quién hace nada porque lo digan los periódicos?

—Y luego, añadió Clara, lo he consultado, aunque sin preguntarlo así abiertamente, a la persona que sabe lo que son esas cosas.

—¿Y esa persona sabe asimismo lo que son y lo que cuesta ganar diez u once mil reales, que vale una sola de esas frioleras?

—Pero, Nicolás…

—Vamos, eso sería una barbaridad.

—Es lo que debe ser, si no quieres que mañana seamos la irrision de Barcelona.

—Pues yo te digo que todas las irrisiones me importan a mí tres cominos. ¡Pues no faltaba más!

—Pero la casa tal vez más rica en metálico, de Barcelona, cuyo jefe es todo un señor baron…

—Esto es verdad, pensaba Nicolás, que ya hemos visto lo sensible que era a la vanidad.

—Es preciso, prosiguió Clara, que te muestres en todo digno de tí y a la altura de tu posición. Mañana vuelve Litz a Lóndres, visita, como es natural, a ese gran banquero que le lo ha recomendado, y le dice: «el barón de Turella me obsequió la noche que toqué en su casa con

este reloj, con esta botonadura», en fin, con la joya que se le mande.

—También esto es verdad, volvió a pensar Nicolás; pero esta vez, no por vanidad, sino por cálculo.

—Y figúralo tú, prosiguió Clara, lo que gana o pierde tu nombre hasta en la esfera positiva del negocio, con quedar bien o mal con Mr. Litz.

Esta razón de Clara convenció por completo a Nicolás.

—En fin, no hay remedio, exclamó; pero no puedo menos de protestar con toda mi alma contra esos usos y costumbres.

—Con que, a ver, Nicolás, ¿cuál de estas, cosas le parece mejor?

—Cualquiera, dijo el barón con áspero acento, pues había llegado ya el crítico instante.

—Pero míralo otra vez y a ver cuál te parece más apropósito.

Nicolás volvió a mirar los tres estuches y preguntó:

—¿Cuánto has dicho que valía cada uno?

—Ocho mil los botones para camisa, diez mil la botonadura de chaleco, y doce mil el reloj.

—Lo de más gusto me parece que son los botones para camisa.

—Sean, pues, los bolones, dijo Clara separando el estuche.

E inmediatamente añadió:

—Ahora te dejo ya libre.

—Voyme pues.

Y Nicolás salió del salón exclamando:

—¡Buen día! ¡con muchos como el de hoy!…

Clara devolvió con un criado la botonadura y el reloj, diciendo al dueño de la joyería que pasara cuando quisiera a cobrar ocho mil reales de los botones a la caja de Turella.

CAPÍTULO XVII.
El concierto

UÉ naturalmente el salón principal de la casa de Turella el que se dispuso para el concierto.

Ya sabemos que Clara no había nacido, ni se había criado en medio de esa sociedad que iba a recibir en su casa, cuyos usos y costumbres tuvo que aprender y adquirir así que su marido subió a la altura en que le encontramos al regresar a Barcelona; pero como el verdadero tono y el buen gusto se adquieren tan fácilmente con el ejemplo, cuando existe en una persona esa flexibilidad de carácter que Clara

tenía, unida al instinto de la buena sociedad, la baronesa de Turella dispuso de tal modo la fiesta en su casa, que el más exigente no hubiera echado de menos nada de cuanto pudiera pedirse de su posición y el título que gozaba.

Eran las diez de la noche y el salón estaba profusamente iluminado.

Inútil es decir que los convidados pertenecian casi todos a la clase del comercio.

Otras familias de la clase media, como la de algún abogado, médico o propietario, se veían también en el salón, pero ni una sola de la antigua aristocracia.

Don Nicolás Turella, barón de nuevo cuño, era mirado con desdén por esta clase que ha comprendido perfectamente la herencia, pero nunca la creación de un título.

Todas las noblezas nuevas repugnan a la antigua nobleza, pero ninguna tanto como la nacida de las artes o de la industria.

Esto se comprende fácilmente; para brillar en esas esferas se necesita trabajo y talento, y sabido es que la aristocracia está reñida con uno y otro.

El título de Nicolás, adquirido como ya indicamos, aparecia, sin embargo, como dado a la industria del hombre que de la nada había sabido levantar tan inmensos capitales.

El salón iba llenándose por momentos.

Para la buena sociedad de Barcelona, era un verdadero acontecimiento el concierto de aquella noche.

La señora de Turella, con la amabilidad y finura que la distinguía, como diría un gacetillero de periódico, hacía los honores de la casa, recibiendo a las señoras a la entrada del salón.

Las señoritas se colocaban indistintamente en las sillas de los lados, y las mamás iban a formar el estado mayor, a un extremo del salón, en donde había anchos sofás frente al piano, colocado en el centro del extremo opuesto.

Los padres fumaban y hablaban en las antesalas, de negocios y política con el dueño de la casa.

Los jóvenes estaban agolpados a la puerta del salón, separándose de vez en cuando en dos filas para dar paso a las señoras que llegaban, y volviendo seguidamente a agruparse a la puerta, sin atreverse a pasar los más, por un mal entendido respeto en buena sociedad, y deslizándose uno que otro que, más despejado o menos tímido, aprovechaba la buena ocasión que dejaban perderla mayor parte.

La señora de Sans no faltó a la reunion.

Lo primero que preguntó a Clara fué por el caballero Mendoza.

—Hoy ha estado aquí y ha dicho que vendría esta noche.

—Tendremos, el gusto de conocer a ese caballero, exclamó una mamá que había oído antes hablar de él.

—Es persona muy simpática, dijo la señora de Sans.

Clara no lo dijo, pero pensó lo mismo.

—Por lo que de él se dice, debe serlo, contestó la mamá.

En este momento entró Diego en el salón acompañado de. Nicolás.

La figura de Diego era interesante aquella noche.

Vestia frac de color con botones dorados, completamente abrochado, sin dejar ver más que dos líneas del chaleco blanco que cruzaban el pecho sobre una corbata de raso negro, sujeta por un precioso alfiler que consistia en una limpia perla de gran tamaño. El pantalon era oscuro, los guantes oscuros también, y la elegante severidad del trage armonizaba completamente con aquella fisonomía, que nunca mejor había retratado el sentimiento de tristeza que al alma dominaba.

Clara, al verle, hizo un movimiento que le costó no poco trabajo dominar.

Sin embargo, repetimos, Clara estaba muy lejos de sospechar lo más mínimo. Pero es que entredós corazones a tal punto idénticos en la manera de sentir, se establece fácilmente la corriente magnética, que hace vibrar las cuerdas del uno a impulsos del sentimiento del otro.

Clara no se explicaba, pero sentía, sin comprenderlo, este efecto.

Dando a sus palabras todo el acento de la pura cortesía, ofrecióle un asiento en el sofá, que Diego aceptó inmediatamente.

A éste le pasó lo mismo que a Clara, pero con la diferencia de que el sentimiento en él fué mayor, puesto que sabía lo que ella ni siquiera sospechaba.

Además, Clara estaba aquella noche verdaderamente hermosa.

Llevaba un vestido de *moiree* azul, un poco descotado, sin otros adornos que un collar de perlas y una flor en la cabeza.

No hay para que decir cómo la miraría el enamorado Diego.

Hombre de sentimiento, y privado tantos años de verla, llegó a olvidarlo todo, menos el sitio en que se hallaba, y sus ojos la contemplaban embelesados, apenas se lo permitia la distracción de Clara y de las otras personas que en su círculo se hallaban.

Pero de pronto, a este embeleso sucedió una sensación totalmente contraria. El rostro de Diego tomó de repente una expresión de profundo enojo, su frente se nubló, y sus labios se comprimieron como para contener la ira del corazón.

Era que un nuevo personaje, que acababa de entrar, se presentó a

saludar a la señora de la casa.

Diego reconoció en él al momento al antiguo jefe de policía.

Éste, al ver a Diego, hizo un movimiento, diciéndose a sí mismo:

—¡Está aquí!

Diego no lo notó, pues había desviado la vista de su rostro en el momento de reconocerle.

El antiguo polizonte saludó a Clara, preguntándole en seguida por el barón.

—Por ahí debe estar, dijo Clara sencillamente.

Diego, que la miraba en aquel momento, notó con indecible satisfacción que Clara respondió al saludo y a la pregunta del jefe de policía con las palabras precisas y con un tono visiblemente forzado.

El jefe de policía se separó al instante.

Diego preguntó a Clara con toda intención:

—¿Quién es este caballero?

—Un tal D. Jaime, conocido de mi marido.

El tono despreciativo en cierto modo con que Clara pronunció estas palabras, derramó un bálsamo en el lacerado corazón de Diego.

Éste prosiguió:

—¿Es también del comercio?

—Sí, pero le aconsejo a V. no haga negocios con él.

Diego penetraba hasta el fondo del corazón de Clara por medio de sus palabras.

—¿Pues?

—Hoy goza de muy buena posición, pero ha desempeñado un destino de policía, y se cuentan de él cosas…

—¡Ah! quizá no sea cierto… exclamó Diego, que quiso hablar así para mejor sondear el corazón de Clara.

—¡Ay! ¡demasiado! exclamó ésta con un sentimiento que hizo pensar a Diego:

—¡Lo sabe! ¡y se acuerda todavía!

Diego no quiso proseguir. Era este asunto para él harto comprometido y no estaba muy seguro de sí mismo en semejante conversación.

El antiguo jefe de policía encontró a Nicolás en una de las antesalas.

Alargóle la mano, apretándosela de un modo particular.

Nicolás se separó al cabo de poco rato del círculo en que estaba, y se metió por un corredor en el interior de la casa.

El D. Jaime, que por este nombre le llamaremos en adelante, le siguió.

Llegaron a un apartado gabinete; Nicolás abrió la puerta, que cerró

por dentro así que hubo entrado aquel, y los dos quedaron solos en la pequeña pieza.

—¿Qué? ¿trae V. algo? preguntó Nicolás.

—Sí, respondió D. Jaime, metiendo la mano en el bolsillo interior de la levita, y sacando un largo bolso de punto de seda.

—¿Y cuánto, cuánto hay? preguntó codiciosamente Nicolás, sacando él mismo monedas de oro de a cinco duros que contenía el bolso.

—Ciento.

—Pocas son.

—No han podido hacerse más hoy.

—Es que mañana despacharía yo aunque fuesen dos mil.

—Mañana por la mañana habrá más, porque se trabajará toda la noche.

—Vamos a ver, vamos a ver, exclamó Nicolás, siempre con voz baja, contando las monedas sobre el tapete de la mesa.

—Están las cien justas.

—Sí, noventa y seis, y cuatro, justo. Y estas ya están casi idénticas, dijo examinando una a la luz de la bujía, y comparándola con otra que sacó del bolsillo.

—¿Cómo casi? exactísimas, añadió el Jaime, como que es el cuño nuevo y de lo mejor que se ha hecho.

—¿Y el peso?

—Exacto también. Pruébelo V.

Nicolás sacó un peso de oro y efectuó la operación.

Mientras tanto seguía preguntando siempre en voz baja:

—¿Y estas tienen el ochenta y cinco de oro?

—Ya lo creo, sin faltar un quilate.

—Bravo, dijo Nicolás. En bueno ley no había de perseguirse esto.

—Como que no se defrauda nada al público.

—Claro que no; son monedas de ley lo mismo que las del gobierno, solo que no salen de su fábrica, y lo que él había de ganar, que es el quince por ciento, lo ganamos nosotros.

—Eso es.

—Con que esto son quinientos duros, y desquitado el quince por ciento, son cuatrocientos veinticinco lo que tengo que dar a V.

—Eso es.

—Ahí van dos billetes de a cuatro mil reales, y uno de quinientos.

—En paz por hoy.

—Hasta mañana, y no olvide V. el traerme cuanto haya hecho.

—A primera hora estoy aquí. Con que, señor barón, hasta mañana.

—Pues qué, ¿se va V. ya?

—Sí.

—¿No quiere V. oir a ese gran músico?

—Dispense V., pero tengo otra *música* más importante esta noche.

Nicolás se sonrió maliciosamente.

El Jaime salió, y sin entrar a despedirse al salón, tomó inmediatamente la escalera.

Dejemos, que ya le encontraremos luego, al antiguo jefe de policía, y quedémonos por ahora en el concierto que va a empezar.

Nicolás depositó las cien monedas en un cajon, y exclamó:

—Si mañana me trae quinientos más, habré ganado tres mil reales en un momento. ¡Ah! ¡es un magnífico negocio! gracias a él, ha llegado uno… Si la gente supiera en medio de todo ¡Qué mundo!

Y esto diciéndose a si mismo, con aquella maliciosa socarronería que ya le conocemos, salió del gabinete para volver a la reunion.

Cuando Nicolás volvió, entraba el famoso Litz.

Algunos aficionados y profesores de música, que al concierto habían acudido, y otros pollos entremetidos, que no quisieron desperdiciar la ocasión de hablar con el célebre pianista, para luego referir mil conversaciones, tenidas y no tenidas, en el casino o en el calé, le rodearon al momento.

Los señores comerciantes, salvo algunas excepciones, se contentaron con volver la cabeza para verle la cara.

Al fin, Litz distaba mucho de ser un millonario.

En los jóvenes que estaban a la puerta del salón, se levantó al instante ese murmullo que se levanta entre mucha gente cuando todos pronuncian un nombre.

Una voz dijo: *¡Litz!* y cien voces a la vez exclamaron: *¡Litz! ¡Litz!*

Esta exclamación comunicóse como una chispa eléctrica al salón, y pocos labios dejaron de exclamar ¡Litz!

Las miradas de todos se fijaron al instante en un solo punto: en la puerta.

—¡Ya está aquí! ¡ese es! sonó otra exclamación general, produciendo el mismo murmullo, cuando el célebre artista se presentó en el salón.

La figura de Litz tenía cierta extravagancia en el vestido, hija del descuido de la mente, que, ocupada en grandes pensamientos, de se fija en semejantes pequeñeces.

—¡Huy! ¡qué facha! exclamaba una señorita que tenía amores con un joven tan hermoso como tonto.

—¡Qué feo es! añadían muchas a un tiempo.

La del talento es una belleza particular, que no es dado a todos conocer.

El artista fué presentado por Nicolás a la señora baronesa, que le recibió con grande amabilidad, supliendo con muchas frases lisonjeras, la falta de su marido en este punto, y Litz tomó asiento por un instante a su lado.

—¡Toma, ahora se sienta! exclamó la señorita que le encontró feo.

—¡Después de hacerse aguardar tanto! dijo otra.

—¡Ay! añadió una tercera, no he visto gente que más importancia se de que estos artistas. Lo mismo sucede con el que va a tocar en el Pireo todos los jueves. Siempre pasa una hora hablando, antes de tocar, con éste y con el otro.

La impaciencia de estas señoritas duró, sin embargo, muy poco, porque Litz se levantó luego y se puso al piano.

Las miradas de todos estaban fijas en él.

Presto resonaron en el salón los acordes sones que brotaron del magnífico instrumento, traduciendo la sublime inspiración del artista.

Lo primero que tuvo fué una fantasía sobre motivos de la *Norma*.

El sentimiento del amor, espresado como nunca, brotaba a raudales, iluminando la frente del artista, que parecia rodeado de una fúlgida aureola, retratándose en su rostro las rápidas y sublimes transiciones de la pasion a medida que la traducian las notas de la música.

La indignación de Norma herida por los celos, la confusion de Polión, y el amor puro y casto de la cándida Adalgisa, todo a un tiempo, sin confundirse, ni oscurecer una pasion a otra, se sentía indistintamente, ora oprimiendo, ora arrebatando al corazón, pendiente de las notas del piano.

No podía Litz haber elegido una pieza más apropósito.

La *Norma* era una de las óperas más conocidas en Barcelona, y la reunion podía juzgar perfectamente.

Todos oían con atención marcada, todos se estremecian, todos gozaban.

Nadie, sin embargo, como Clara y Diego.

Éste volvía de vez en cuando la vista para mirar a su rostro las miradas se encontraron alguna vez… Clara se ruborizó, y Diego desvió los ojos confusos para no volver a mirarla más.

Litz concluyó su fantasía.

Un aplauso general resonó en el salón.

Los músicos y aficionados fueron a estrechar la mano del grande artista.

Alguna señorita se quedó tan fría como la nieve.

La fantasía le había gustado sin embargo; ¡pero Litz era tan feo!…

Clara no osaba volver a mirar a Diego.

Éste, por su parte, no sabía qué decirla.

Afortunadamente estaba entre ellos la señora de Sans.

—¿Qué le ha parecido a V.? porque le he visto con mucha atención, preguntó a Diego.

—Ese hombre me ha hecho retroceder hoy diez años de mi vida.

Clara oyó esta respuesta, comprendiendo lo que no entendió seguramente la señora de Sans.

—No hay nada como la música que tan bien traiga ciertos recuerdos, añadió Diego.

—Efectivamente, dijo Clara entonces.

Diego conoció bien el móvil de esta expresión.

Clara, sin embargo, estaba muy lejos de presumir que a tal punto penetrase el señor de Mendoza en el sentido de la palabra que había pronunciado.

Litz se dispuso a tocar otra pieza.

A los primeros preludios, sucedió un silencio general en el salón.

Era una tempestad.

Como el acento de la pasion en la primera pieza, brotaba del piano en la segunda el rugido de los encontrados elementos; la frente del artista se nublaba y oscurecia, como el cielo bajo el cual se hallaba su inspirada mente, y entre el confuso rumor de las olas alborotadas se dejaban sentir los ayes del náufrago, la triste melodia de la plegaria del marino, el cañonazo de socorro, la voz del trueno, el grito de desesperación, todos los horrores, en fin, del naufragio en medio de la tormenta.

¡Diego se hallaba otra vez en la cubierta de la *Perla*!

Aquí su serenidad le abandonó.

Conmovido su espíritu, arrebatada la mente con el vivo recuerdo de aquel horrible cuadro, el corazón dominando a la cabeza, miró a Clara y exclamó:

—¡Ah! ¡es un naufragio!

Clara volvió a él los ojos, y su alma se espantó al ver en el rostro de Diego retratada la tormenta que en el salón resonaba.

—¡Oye V. el ruido del trueno! ¡el rugir de las olas! la plegaria del náufrago al cielo, ¡que responde con rayos a sus gemidos!… ¡ese es el cañonazo de socorro!… ¡figura un buque de guerra que se pierde!…

Clara le miraba absorta, ¡viendo con los ojos del alma *otro naufragio* que ella sabía, y había visto muchas veces en su imaginación!…

La tormenta calmó. A los arrebatados sones de la música, sucedieron otros más dulces y apacibles.

Diego prosiguió:

—¡La tempestad ha calmado! ¡la mar se presenta tranquila y sosegada; pero el buque no se ve ya en la superficie del mar!…

—¡Ah! exclamó Clara sin poderse contener.

Su exclamación no fué notada de nadie, a excepción de Diego.

La confundió el aplauso general que estalló otra vez en el salón.

Litz había concluido.

Diego entonces volvió en sí; exclamando en su interior:

—¡Qué he hecho! ¡torpe de mí!

—¡Pero qué me ha pasado, Dios mio! se dijo Clara al mismo tiempo.

Y dominándose por completo, dijo a Diego con una serenidad bastante forzada:

—¡Qué efecto lo ha hecho a V. esta pieza!

—Es cuestión de temperamento, señora; ya dije a V. que mi carácter era bastante original.

Era llegado el momento del *bufet*, y Clara, no podía faltar a los deberes que tenía como señora de la casa, con todos los convidados.

Esto vino de molde a Diego y a Clara a la vez.

Esta, sin saber por qué, se encontraba impaciente y violenta delante de Diego, por el cual sentía, no obstante, marcada y viva simpatía; aquel, por su parte, necesitaba mayor libertad para espaciar su corazón afectado con tantas y tan fuertes impresiones.

—Señora, con su permiso, yo me retiro ya.

—¡Tan pronto! exclamó Clara.

Ella quería salir del lado de Diego; pero no que éste saliera tan pronto de su casa.

—Me duele dejar tan amable compañía; pero me es forzoso.

—¡Ah! en ese caso, no quiero obligarle, aunque lo siento… añadió Clara con suma finura.

Diego se despidió muy cortés, aunque afectando la mayor indiferencia.

Saludó al barón y salió.

CAPÍTULO XVIII.
Los monederos falsos

NOS es forzoso dejar a Diego un momento, pues ofrecimos en el capítulo anterior que encontraríamos al antiguo jefe de policía, y es distinto del de aquel el camino que éste tomó al salir de la casa del barón de Turella.

Bajó la escalera con bastante precipitación, y aceleró más el paso todavía cuando estuvo en la calle.

La casa de Turella se hallaba en la parte antigua de la ciudad, y D. Jaime, esto es, el antiguo comisario, tenía que atravesarla toda para

ir a una de las últimas calles de la parte nueva, es decir, de los arrabales.

Pasó la Rambla, y tomando la del Conde del Asalto, fué a parar a una de las cercanas a la muralla.

No recordamos, a bien que tampoco es esto de importancia para nuestro asunto, el nombre de la calle en donde se detuvo D. Jaime. Baste saber que era bastante sucia, alumbrada todavía por faroles de luz de aceite, y desierta totalmente, pues era muy avanzada la hora de la noche.

Don Jaime paróse en la esquina, y se puso a mirar atentamente la calle, antes de entrar en ella, aguzado el oído al propio tiempo.

No vió ni oyó nada.

Aguardó, sin embargo, unos momentos.

Al cabo de un rato sonó, algo lejana y a su espalda, la voz del sereno que cantaba *las dos y nublado*.

—¡Bien! se dijo entonces, el sereno está algo apartado todavía.

Y penetró en la calle casi de puntillas, para producir el menor ruido posible con las pisadas.

Detúvose a las seis puertas, púsose sobre el umbral de una casa, y dió tres golpecitos con los nudillos de la mano.

Al cabo de pocos instantes sonó un arañazo en la parte interior de la puerta.

Don Jaime, que tenía el oído pegado al agujero de la cerradura, contestó en seguida con otro arañazo en la misma puerta, y dijo aplicando los labios al agujero donde antes tenía el oído:

—*¡Don Jaime!*

La puerta, sin ninguna clase de ruido, se abrió entonces; pero lo suficiente no más para dar paso al hombre que había de entrar.

Tras éste cerróse luego también sin el menor ruido.

Habíala abierto un hombre solo, que recibió a D. Jaime sin luz, conduciéndolo de la mano a una pieza alumbrada por una vela.

Un silencio sepulcral reinaba en aquella casa misteriosa.

Desde la pieza, sin embargo, en donde entró D. Jaime con su guía, se dejaban oir a intervalos, unos golpes hondos y como lejanos, parecidos a la detonación que produciría, oído desde tierra, un cañonazo disparado muchas millas dentro del mar.

—¿Qué hay de nuevo, D. Jaime? preguntó a éste el hombre de la casa, así que estuvieron ambos dentro de la pieza.

—Dos cosas, Roberto, respondió el antiguo jefe de policía.

Nuestros lectores conocen un Roberto, Es pues el que encontramos ahora.

—Diga V., D. Jaime.

—En primer lugar se necesitan lo menos doscientas piezas de esas mismas *de a cinco* para mañana.

—Mucho es, pero veremos si se hacen.

—Es preciso.

—Se trabajará hasta que esté la cantidad.

—Es que te faltará, un hombre.

—¿Qué me faltará un hombre? preguntó Roberto, que no comprendió el sentido de la frase de D. Jaime.

Éste prosiguió:

—¿No dijiste que era uno de esos muchachos el encargado de aquel negocio?…

—Sí.

—Pues es preciso que salga esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí, porque creo que habrá una magnífica ocasión.

—Esplíquese V.

—¿Sabes que esta noche hay un concierto en casa del barón de Turella?

—Ya lo sabía, exclamó Roberto, contraidos los labios por la ira.

—Yo salgo ahora de allí.

—¿Y bien?

—Aquel hombre está en el concierto.

¡Ah! ¡comprendo!

—Ya ves que la ocasión.

—¿Y eso se acabará tarde? preguntó en seguida Roberto.

—¡A hora en que nadie va por las calles!… respondió el antiguo jefe de policía.

—Ciertamente es buena ocasión.

—Él es probable que salga solo.

—Y aunque salga acompañado, añadió Roberto, en un punto u otro ha de separarse de la compañía para ir a su casa.

—Eso es. ¿Es uno solo el encargado del negocio? preguntó el antiguo jefe de policía.

—Uno solo y basta, respondió Roberto con horrible confianza.

—¿Lo conoce ya?

—Sí.

—Ea pues, aprovechar la coyuntura.

—Pero se me ocurre ahora, observó Roberto, lo que V. ha dicho hace un instante, y es que si me falta un hombre, no tendré para mañana esa cantidad que V. pide.

—Es cierto, pero importa más esto que aquello, pues será difícil hallar mejor ocasión.

—Ya lo veo.

—Además, que por esta noche, ¡qué diablos! cuando el negocio va bien te pones tú a la máquina y suples su falta.

—Así habrá que hacerlo.

—¿Con que entendidos?

—Entendidos, contestó Roberto.

Don Jaime salió de la pieza, Roberto guióle de la mano como hizo a la entrada, abrió la puerta de la calle con aquel mismo cuidado, aquel salió, y este último cerró la puerta con las mismas precauciones de antes.

Roberto se dirigió al fondo de la casa, que era sumamente honda. La parte posterior comunicaba a un gran jardín.

Cualquiera que le hubiese acompañado, hubiera oído, conforme hubiese andado, más distinto el ruido que dijimos se parecia a la muy lejana detonación de un cañonazo.

En el fondo de la casa había una gran cuadra.

Roberto abrió la puerta.

En medio de la cuadra se hallaba una máquina de fabricar moneda falsa.

El producto de aquella máquina, sacada exactamente con el dibujo de una de las del gobierno, era igual a las monedas legítimas.

Dos hombres en mangas de camisa daban el empaje a los pesados brazos del aparato, comunicando con este movimiento la fuerza necesaria al hierro vertical, en cuyo extremo inferior estaba el cuño que imprimia la marca de la moneda a la plancha.

Otro hombre iba recogiendo las monedas conforme las dejaba la máquina acuñadas.

Esta se había colocado sobre varias capas de tela que sofocaban el ruido del golpe, y he aquí como este se oía tan hondo, que nadie, aun hallándose dentro de la casa, hubiera sospechado la causa tan cercana.

—Juan, dijo Roberto a uno de los hombres que se hallaban en mangas de camisa.

—¿Qué manda V.?

—Es preciso que dejes eso.

—Ya está dejado, respondió Juan abandonando el brazo de la máquina.

—Vístete, pues, enseguida.

Juan salió con Roberto: fueron ambos a la pieza que ya conocemos, el primero se vistió, y después de referirle el segundo las palabras que antes oimos al antiguo jefe de policía, respecto de una persona que se hallaba en el concierto del barón de Turella, dijo:

—Allá voy, pues.

Y tomando la última prenda de ropa, que era una capa, se dispuso a salir.

—Buena suerte, le dijo Roberto despidiéndole.

Y acompañóle hasta la puerta de la casa, volviéndose luego a la cuadra a tomar parte en la faena que hemos presenciado.

Una vez en la calle, Juan embozóse en su capa y se dirigió a paso redoblado a la casa del barón de Turella.

En el camino encontró todavía a D. Jaime, que no iba tan de prisa, y volvía al concierto.

Juan le conoció.

Don Jaime oyó pasos a su espalda, volvió la cabeza y conoció también a Juan.

Ni uno ni otro se dirigieron, sin embargo, una palabra.

Ambos se conocían, como hemos dicho, pero de nombre y de vista, nada más.

En cuanto al trato, había demasiada distancia de uno a otro.

Juan estaba en las últimas capas, y D. Jaime rozaba con las primeras de la sociedad.

La mancomunidad, sin embargo, entre ambos había existido más de una vez y en más de un asunto.

En distintas ocasiones les habían unido y les unian entonces los mismos intereses; pero el eslabon de la cadena estaba en una persona, intermediaria siempre en todo, que se hallaba no tan baja como Juan, ni tan alta como D. Jaime.

Esta persona era Roberto.

Hé aquí porque cada cual hizo como si al otro no hubiese visto.

Juan adelantóse a D. Jaime, y por consiguiente, llegó antes que éste a la casa de Turella.

Escogió un sitio delante de la puerta que, como es de suponer, estaba abierta e iluminada por un gran farol que colgaba en el centro del patio, y allí se paró, colocándose de manera que le fuera posible ver, sin ser visto por los que saliesen de la casa, los cuales, por otra parte, poco o ningun interés habían de tener en ir a mirar quién pudiese haber en la calle.

Al cabo de bastante rato llegó D. Jaime.

Éste tendió una mirada escrutadora a la calle, y vió en seguida el bulto de Juan.

Inútil es decir que le reconoció al momento.

Juan, por su parte, le vió también y le conoció asimismo.

Don Jaime entró en el portal, al tiempo que Diego bajaba la escalera.

Al verle aquel, le saludó casi gritando:

—¡Beso a V. la mano, caballero Mendoza!

Estas palabras del antiguo jefe de policía, pronunciadas, como decimos, con tono bastante fuerte, se oyeron en la calle.

Juan hizo un movimiento al oirlas.

Diego, que no trataba ni conocía al tal D. Jaime, sino por lo que saben ya nuestros lectores, se paró estupefacto ante un saludo que no esperaba por parte de semejante persona, y mucho menos con el tono descompuesto de sus palabras.

Así le contestó en voz tan baja como fué alto el tono de aquel:

—Beso a V. la suya.

—¿Se retira V. ya? le preguntó seguidamente D. Jaime.

—Si, le respondió Diego con cierto desdén, extrañando semejante solicitud en aquel hombre.

—¿Y sale V. solo?

Diego iba a dejarle ya sin responderle, pues le incomodaba aun la pregunta de una persona a la cual aborrecia con el alma.

—¿Y qué tiene de extraño? le dijo no obstante.

—En Barcelona, nada ciertamente. Es lo bueno que tiene, ser el pais más sosegado del mundo; cualquiera puede ir y a cualquier hora de la noche sin ningun recelo.

—Beso a V. la mano, dijo Diego al fin, dejando tanta impertinencia.

—¡Buenas noches, caballero Mendoza! volvió a exclamar en alta voz el antiguo jefe de policía.

Y se dirigió a la escalera, mientras Diego salía del portal.

Al pié de la escalera, D. Jaime se paró, volviendo la vista a la calle.

—¡Vaya un interés asqueroso de hombre! exclamó Diego en su interior.

Al poner éste el pié en la calle, una sombra se desprendió de la pared de enfrente.

Diego lo notó.

Don Jaime, con aquellos ojos tan pequeños como perspicaces, lo vió también desde su sitio.

—¡Bueno! se dijo.

Y subió ya sin detenerse.

A los pocos pasos que anduvo Diego, volvió la vista atrás, y tendió una mirada a su alrededor, pero vió la calle completamente desierta.

Metió ambas manos en los bolsillos del ancho gaban, que se puso sobre el frac al salir de la casa de Turella, y siguió a paso regular el camino de su casa.

La sombra que había visto al salir él a la calle, ocupó brevísimos momentos su imaginación.

Otras más dulces imágenes se ofrecieron a su mente, sedienta de esparcirse en el bellísimo campo de sus ilusiones por tanto tiempo sofocadas.

Clara se le había presentado aquella noche hermosa como nunca.

Era, es cierto, la esposa de Nicolás; pero, por otra parte, Diego había leido en su rostro la huella de recuerdos de otro tiempo, que no habían borrado ni los años, ni el nuevo y brillante estado de fortuna en que la encontraba.

—Nicolás ha obtenido su mano, se decía, no alcanzo cómo eso haya podido suceder; pero sé de cierto que nunca ha poseido su corazón.

Diego lo creia así firmemente, porque tenía necesidad de creerlo, y con esta creencia absolvía a Clara, porque tenía también necesidad de absolverla.

El quitar a Clara la culpa de su enlace con Nicolás, era quitarse a sí mismo el más grave peso que oprimia su corazón enamorado.

El amor necesita creer y creer aquello que le halaga, inclinándose por esta misma razón a pensar en lo que le es favorable, al paso que rechaza naturalmente todo lo que es contrario.

Además de esto, que es la ley general en todos los amantes que en análogas situaciones a la de Diego pueden encontrarse, éste tenía motivos más que suficientes para alimentar las hermosas ilusiones que habían nacido durante el concierto, al observar como brotaron en la mente de Clara recuerdos que él creia tal vez muertos para siempre.

Y no era que Diego abrigase la menor pretension respecto de la señora que se llamaba entonces la baronesa de Turella; era él demasiado noble, y su amor harto puro para alimentar bastardas pasiones; pero, amando como él había amado y amaba todavía, no podía resignarse al completo olvido de su cariño por parte de la mujer que tantas pruebas le diera en otro tiempo.

Diego salió, pues, casi feliz, en lo que cabia en su triste desconsuelo, de la casa de Clara.

Envuelto, digámoslo así, en la nube de sus ilusiones, seguía el camino maquinalmente, muy lejos su pensamiento del sitio por donde pasaba.

Al doblar la esquina de la calle de Moneada, para entrar en la de la Princesa, vió de repente como un hombre se le echó encima, diciéndole con ronca voz:

—¡Alto!

Y levantando la mano armada de un puñal que iba a hundirle en el pecho.

Diego sobresaltóse como no podía menos, pero con un movimiento

tan rápido como lo crítico de la situación exigia, sacó la mano del bolsillo del gaban, empuñando una pistola, cuya boca rozó casi con la frente del asesino, diciéndole:

—¡Infame!

El asesino se quedó inmóvil.

EL ASESINO SE QUEDÓ INMÓVIL

Ambos permanecieron parados y en silencio un brevísimo instante.

El asesino dijo en seguida bajando el puñal:

—Perdón, caballero, no era a V.… me había equivocado.

—¡Es Juan! pensó Diego reconociéndole.

Juan hizo el ademán de marcharse.

—¡Como te muevas, te salto la tapa de los sesos! exclamó Diego sin quitarle la pistola de la cabeza.

¡Señor!…

—¡Silencio! tira ese puñal.

Juan obedeció.

Diego sacó la otra mano del bolsillo con la doble llave de su casa.

—Toma esta llave.

Juan alargó la mano tímidamente, tomándola sin decir palabra.

—Ahora echa a andar por la izquierda, delante de mí.

—Señor.

Como te separes más de tres pasos, te salto la tapa de los sesos.

Juan empezó a andar temblando delante de Diego.

Al llegar a la casa número 36, éste le dijo:

—Para ahí.

Juan obedeció, mirando receloso al rostro de Diego.

Éste seguía con la pistola apuntada a la cabeza de aquel.

—Abre esa puerta.

Juan abrió con mano temblorosa.

—¡Entra!

—Pero señor, ¿a dónde me lleva V.?…

—¡Silencio, y obedece! respondió Diego con una voz que acabó de estremecer a Juan.

Al abrirse la puerta, el patio de la casa se iluminó de repente. Era que Daniel había salido con una luz a recibir a su amo.

—¡Daniel!

—Señor.

—Deja la luz y retírate.

Y Diego indicó a Juan que subiese la escalera después de haberle mandado cerrar la puerta de la calle.

El asesino subía temblándole las piernas.

El crímen es de suyo cobarde.

—Coge esa luz y entra, le mandó Diego cuando llegaron a la puerta de la habitación.

Diego entró seguidamente cerrando la puerta tras sí.

CAPÍTULO XIX.
Interrogatorio

OR mucho que insistamos en el miedo que tenía Juan, no alcanzaremos a traducirlo completamente con palabras.

Sobre todo, al verse dentro de la habitación, prisionero de aquel hombre, que en el tono imperioso y seco con que hablaba dejaba conocer la fuerza y el temple de su carácter, le asaltaron mil pensamientos a cual más horribles acerca del castigo que le aguardaba.

Atravesaron el salón, y entrando en el gabinete de Diego, éste le

dijo:

—Deja la luz sobre ese velador, y siéntate en esa silla.

Juan obedeció tomando una que había a dos pasos del indicado mueble, sentándose casi en ella.

Decimos casi, porque Juan no se sentó. La ropa apenas tocaba al damasco del asiento, teniéndole el miedo como suspendido de un hilo.

Diego sentóse a su frente y junto al velador, dejando sobre él y cerca de sí la pistola amartillada.

—¿Con que tú querías asesinarme?…

—Ya le he dicho que no era a V., señor… respondió Juan con entrecortado acento.

—¡No mientas!

—Puedo jurar.

—¡Silencio! exclamó Diego dejando caer el puño sobre el velador, y clavando su aterradora mirada en el rostro de Juan.

Éste se estremeció.

Diego se puso sereno de repente y continuó con fría calma:

—La sola tentativa de tu crímen merece la muerte, y yo soy aquí dueño completamente de tu vida.

Juan palideció.

—Puedes librarte, sin embargo, de esta pena…

Juan respiró con estas palabras, apresurándose a decir:

—Hable V., señor.

—Es muy sencillo: diciéndome la verdad de cuanto te pregunte.

—¡Oh! ¡Diga V.!

—Debo antes advertirte que será inútil el que quieras mentirme, porque yo sé ya todo cuanto voy a preguntarte, y en prueba de ello te diré que me aguardabas a la salida de casa Turella.

—Es verdad, señor dijo Juan confundido.

—Pues bien, así sé todo lo demás; y si te lo pregunto, no es por saberlo, sino por el capricho de oirlo de tus labios. En ellos está tu vida o tu muerte, y cuenta que cumpliré la sentencia que tú mismo vas a imponerte con tu verdad o tu mentira.

Estas últimas palabras las acompañó Diego con aquella mirada aterradora que poco antes heló la sangre de Juan.

El acento de aquel convenció a éste, por otra parte, de que le cumpliría lo prometido.

—Con que empecemos. En primer lugar, ¿cuánto iban a darte por asesinarme?

La forma de esta pregunta dió naturalmente a entender a Juan, que Diego sabía como aquel no iba a asesinarle por él, sino por encargo de tercera persona.

—Tres… mil reales… respondió el asesino balbuciente.

—¡Claro y sin tartamudeos! ¿Conque tres mil reales?…

—Sí, señor.

—¿Y este es el precio de la vida de un hombre? ¡Imbécil! Diego sacó una cartera del bolsillo y exclamó:

—Toma seis mil.

Juan clavó la vista asombrada en el rostro de Diego, bajándola luego a tres billetes de a dos mil reales que aquel echó sobre el velador.

—¡Toma eso!

—Señor.

—Yo te lo mando.

Juan alargó la mano y tomó los billetes.

—Ese es el precio de la primera verdad.

—Señor, exclamó Juan entonces, arrastrado por la acción de Diego; juro decir a V.

—¡No jures! interrumpió Diego, pues ni yo lo necesito para saber si mientes o no, ni el hombre debe jurar jamás.

Juan ya no temia, ya no recelaba; pero se sentía confundido ante la superioridad del hombre que le hablaba.

Diego prosiguió:

—¿Quién te ha mandado asesinarme?

—Don Roberto.

—Y a éste ¿quién se lo ha encargado?

—No lo sé fijamente, pero creo que será D. Jaime Fernandez.

—¿Y quién es ese D. Jaime Fernandez?

—Ha sido jefe de policía.

—¡Ah! exclamó Diego en su interior, yo le encontré ayer cuando salía él de la casa de Blanco y esta noche le he visto en la de Nicolás, de donde ha salido también al verme.

Diego se remontó al verdadero origen de la trama.

—¿Y tu sirves a D. Roberto?

—Sí, señor, respondió Juan, bajando la cabeza como avergonzado.

—¿Para negocios de este género?

—De este género, es el primero en que me había metido.

—¿No tienes tú otro oficio en que ganarte más honradamente la vida?

Diego hizo esta pregunta con toda intención.

—No tengo oficio, señor.

Diego cogió la pistola y exclamó:

—¡Juan Delmas! ¡prepárate a morir!

—Señor, balbuceó Juan espeluznado el cabello, levantando las

manos y cayendo de rodillas.

—¡Has dicho una mentira! prosiguió Diego desplegando toda la influencia que la situación lo proporcionaba para apoderarse por completo del ánimo de Juan, que al oirse llamar por su nombre y de boca de una persona que sabía era extranjera, se sentía confundido y lleno de cierto terror supersticioso.

—Perdón, señor, he dicho que no tenía oficio, porque apenas me acordaría del mío.

—¿Tan pronto se olvida el modo de curtir pieles?

Ya ha visto antes el lector que Diego conocía a Juan.

Este acabó de sobrecogerse al oirse adivinar su oficio, y volvió a mirar espantado a la cara de Diego.

Este prosiguió:

—Has dicho ya dos mentiras, y contra toda mi costumbre te perdono todavía porque comprendo que estarás algo turbado.

—Lo confieso, señor, exclamó Juan sin moverse del suelo y abriendo un poco los brazos.

—Pero ten cuenta con la tercera… porque de esa no pasamos ya. Siéntate.

Juan respiró.

Diego volvió a dejar la pistola y continuó:

—¿Con que decías que no te habías ocupado sino hasta hoy del asunto de asesinar?…

Juan puso la mano sobre su corazón y fué a responder.

—No respondas, que ya lo sé.

Diego conoció en el estado en que Juan se hallaba, que iba a decirle que no, y que esto era la verdad.

—¿Pues en qué te emplea tu amo?

—En hacer moneda falsa.

—Oficio más lucrativo es que el de curtir pieles.

En seguida pensó Diego en las monedas que habían servido para acriminar a la pobre Amalia, y vió claramente la infamia, recordando las señas que le diera Margarita acerca del criado de *don* Roberto que había ido con el pretesto de la sortija a su casa, cuyas señas convenían perfectamente a Juan, a quien Diego encontró en la calle de Robador el día y a la hora en que se efectuó aquella felonía Diego no quiso desaprovechar esta otra ocasión para acabarse de apoderar del ánimo de Juan, y continuó:

—¿Y qué te ha dado tu amo por servirle con la infamia de ir a meter unas cuantas monedas de esas en la casa de una familia honrada, para perder luego a una joven virtuosa?

Juan no sabía si era un hombre o el diablo quien así le hablaba.

—¡Responde!

—Nada, señor, exclamó Juan temblándole las carnes.

—Y vamos a ver: ¿en tanto tiempo que sirves a semejante dueño, qué es lo que tienes? ¿cuánta es tu fortuna de hoy?

—Ninguna.

—¿De suerte que trabajas para él?

—¡Ah! eso sí que es verdad; él es rico, y nosotros exclamó Juan, no tenemos nada.

—¿Y tú dejarias de servirle?

—He dejado de servirle ya.

—¡Cómo!

—Desde esta noche, señor. Lo que ahora me pasa ¡ah! ¡yo no sé qué es lo que siento!… pero sé que no volveré a verle, y mañana salgo de Barcelona.

—¿Por qué?

—Porque si me quedo aquí y me aparto de ellos, me asesinarán cualquier día.

—No temas, yo puedo más que ellos.

—¡Es que pueden delatarme a la justicia!…

—Yo te libraré.

—¡Pero, señor!… exclamó entonces Juan con acento casi enternecido, yo que poco hace iban… á…

—¿Y qué importa, si te arrepientes de ello?

—¡Ah! ¡y con toda mi alma, señor!

—Tú has sido antes honrado; pues bien, ¿quieres volver a serlo? — Sí, señor.

—todavía puedo prometerte un porvenir.

—¡Oh! mande V.

—Es preciso que te pongas enteramente a mi disposición.

—Con alma y vida.

—Ya has tenido ocasión de conocer mi carácter. Yo puedo salvarte siempre, y de todo; pero puedo también perderte siempre que yo quiera.

—Lo creo, señor.

—Pues bien, ¿te avienes a servirme?

—Ya lo he dicho.

—A mi lado tu salvación, al lado de esa gente, tu ruina tarde o temprano.

—Elijo lo primero.

—¿Adónde debias ir después de asesinarme?…

—Señor.

El rostro de Juan se ruborizó a la palabra *asesinarme*.

—¿Qué tienes?

—Esa palabra, después de tanta generosidad, me hace un daño inmenso.

—Es esta la última vez que te lo digo.

—Debia ir a encontrar a D. Roberto en la casa de la moneda y darle cuenta del resultado.

—Pues, vuelves allá, y dices que has tenido que escapar ante la boca de mi pistola.

—Está bien. ¿Qué más, señor?…

—Nada más por hoy. Fuera de aquí, no has de acordarte sino de las horas y del sitio a donde has de ir a verme, y de lo que yo especialmente te encargue. ¿Me entiendes bien?

—Perfectamente, señor.

—Por lo demás, sigue con ello, como hasta aquí.

—Trabajo me va a costar.

—Es preciso.

—Seguiré.

—Estás despachado por hoy. Mañana ven a recibir órdenes.

—¿A qué hora?

—A cualquiera. Si yo no estoy en casa, mi criado te la dará.

—Está bien, señor.

Diego dió un pequeño silbido.

Daniel se presentó a la puerta del gabinete.

—Acompaña a este hombre a la calle.

Juan saludó y salió.

Diego se, quedó sentado en la silla en donde estaba.

Lo que pasó a Juan, no es ciertamente para contado.

Nosotros hemos referido con pálidos colores la materialidad de la extraña escena que tuvo lugar entre él y Diego, pero no alcanzaríamos nunca a pintar lo que pasó en el interior de aquel hombre a quien Diego había conocido honrado y laborioso, y que, puesto entonces en el sendero del crímen y la maldad, tropezaba con un hombre que, cual ángel bajado del cielo, le había despertado sentimientos ya muertos en su corazón, abriéndole la puerta del bien, que él creia cerrada para siempre.

Aquí tenemos la explicación del por qué Diego se fió tan pronto de un hombre encenagado en el crímen, hasta el punto de asesinar a sangre fría y por dinero a otro hombre que no conocía.

Diego con su mirada perspicaz, descubrió en el corazón de Juan la primera señal del arrepentimiento, y trató de salvarle, ganándole a la vez completamente, para otros fines que veremos más adelante.

Con la emoción que sentía, y el paso precipitado que llevó durante

el camino, Juan llegó a la presencia de Roberto, desencajado el rostro, y sin color en los labios.

—¿Qué tienes? ¡que ha pasado! le preguntó instantáneamente Roberto.

—Que he sido un animal, respondió Juan, respirando con fatiga.

—¡Ya me lo temia yo! pero esplícate, exclamó Roberto impaciente y con tono acre.

—Que ese hombre iba prevenido.

—¿Y habrás sido tan bruto, que le has acometido cara a cara?

—Sí.

—¡Habrá torpeza!…

—Y por poco no me salta la tapa de los sesos.

—¡Ojalá lo hubiera hecho! respondió Roberto. ¿Dónde se ha visto acometer a un hombre frente a frente?

—Pero al fin me escapé.

—Pero ¿cómo no advertiste?… ¡Ah! ¡pues no perdemos más que tres mil duros en el negocio!…

Juan pensó en seguida en los tres mil reales que se le habían ofrecido.

Inútil es decir si compararía al momento entre la persona con quien acababa de hablar y la que oía después.

Juan odiaba ya a Roberto.

Es difícil que se engendre el cariño cuando es el crímen el lazo que une a dos personas, pero es muy fácil y sucede generalmente entre criminales, que por cualquier motivo, a veces el más pequeño, se despierte un odio mortal y profundo, que nada logra estinguir.

—¡Y lo peor es que ahora, advertido ya, échale un galgo!

—Pero, *don* Roberto, yo no he podido hacer mas…

—Calla, y quítate de mi presencia.

—Diga V. ¿Me dá facultad para quitarle del medio? preguntó Juan de repente para que Roberto no sospechara de su intención.

—¿En cuántos días?

—¡Ah! eso dependerá de circunstancias.

—No quiero que hagas nada. Es necesario pensar ahora otra cosa.

—Pero, ¿me promete V. que he de ser yo?

Juan procuraba a todo trance recuperar *el aprecio* que *su torpeza* le enagenaba.

—¡Tres mil duros! exclamó otra vez Roberto. En fin, vete, vete a la máquina, torpe, que nos quedan pocas horas, y es necesario trabajar mucho.

Y Juan volvió a su puesto en la máquina de la moneda falsa, relevando a Roberto, que se quedó paseando en la pieza en que le

vimos con el antiguo jefe de policía, y exclamando:

—¡Cómo haría yo para no tener que devolver los tres mil duros!…

CAPÍTULO XX.
Mortal impaciencia de Pedro Blanco

La impaciencia del señor Blanco, desde que Diego salió de su casa la última vez que éste fué a verle después del suceso de la bolsa, aumentaba a medida que el tiempo transcurría.

Por pasar un día en un minuto, Blanco hubiera dado seguramente un año de su vida.

La noche pasóla velando, o en medio de horribles, de los más pesados insomnios, en los cuales se le presentaba siempre el mismo fantasma, rodeado de todos los horrores a que podía conducirle el

capricho o la voluntad de aquel hombre que acababa de presentarse con pruebas bastantes a perderle en cualquier momento. Apenas la luz del día penetró en la habitación, hizo sonar el timbre que tenía sobre la mesa.

El mayordomo se presentó.

—Los periódicos.

—No han venido aun, señor.

—¡Cómo!

—Es muy de mañana todavía.

—¡Que salga uno a buscarlos pronto! gritó Blanco con aquel tono acre y duro que le conocemos.

El mayordomo, que había pasado toda la noche en vela, aunque sin órden de su amo, y sentado en la pieza inmediata al gabinete, pues comprendía que Blanco hubiera podido llamar a cualquier hora de la noche, y el antiguo traficante de negros necesitaba poco para despedir de su casa, en donde, por otra parte, también estaban los criados, a cualquiera de estos que no respondiese al momento de ser llamado, el mayordomo, decimos, que sabía ya el suceso de la bolsa, salió del salón exclamando:

—¡Este hombre se va a volver loco!

Con la celeridad del rayo se mandó un criado por los dos periódicos que se publicaban diariamente en Barcelona, y el mayordomo, guardándose bien de leerlos antes de llevarlos a su amo, como hacía todos los días, los presentó a Blanco así que volvió el criado con ellos.

Blanco los tomó con verdadera avidez, yendo a buscar la gacetilla.

Miró lo primero el *Diario*, que arrojó luego exclamando:

—¡Nada!

Seguidamente abrió la *Corona* y se puso a leer en la gacetilla, como hemos dicho.

—*Riñas… Lavadero… Funerales…*

El solo epígrafe de estas noticias le hacía pasarlas por alto sin leerlas. No eran nada de lo que él buscaba.

—*Asesinato* ¡Ah! exclamó Blanco de repente.

Y siguió leyendo:

—En el barrio de la Barceloneta fué muerto ayer un carabinero… *¡Eh!… ¡qué me importa a mí que mueran todos* los *carabineros del mundo*!…

Y pasando también este suelto sin leer más que las dos primeras líneas, fué siguiendo la columna del periódico, exclamando al final de la sección:

—¡No ha pasado nada!

Y Blanco volvió a sumergirse en la honda consternación de antes.

Al cabo de un rato volvió a tocar el timbre.

El mayordomo se presentó otra vez.

—¿Quién fué por los periódicos?

—¡Ya están aquí!

—¡Voto a Cristo! gritó Blanco, dando una fuerte patada que estremeció el gabinete.

—Los dejé sobre la mesa, señor… continuó el mayordomo temblando.

—¡No es eso, animal! ¿Hablo yo en griego, so bestia?

—Señor.

—¡Te pregunto sencillamente quién fué por los periódicos! ¡Ah!

—¡Ah ah!… escarnecióle Blanco poniendo la cara más feroz y más ridicula a un tiempo.

—Perdone V. señor, no había entendido.

—¿Acabas?

—Fué Antonio.

—Que entre Antonio inmediatamente.

El mayordomo salió, y a los pocos momentos se presentó temblando el criado, a quien naturalmente aterrorizó aquel con lo que dijo acerca del pésimo humor que Blanco tenía aquella mañana.

—Señor… dijo con tímida voz el criado, parándose como una estatua en la puerta.

—Pasa. Tú saliste hoy de casa, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y qué se dice por Barcelona?

—¿Que, qué es lo que se dice por Barcelona?

—Sí.

El pobre criado creyó firmemente que Blanco estaba loco.

—Nada, señor…

El criado se puso a temblar de nuevo.

—Quiero decir, que nada de particular, señor.

—Tú no te metas, en si es o no cosa particular lo que se dice; pero dí lo que hayas oído decir.

—Yo, señor, oí decir… que esta tarde habrá gran parada.

—¡No es eso! ¡no es eso!

—Es que, señor, no entiendo.

—Yo quiero saber lo que se dice que pasó ayer; por ejemplo, si se ha caído alguna casa…

—Vamos, decididamente, pensó el criado, este hombre está loco.

—Si han herido a alguno… en fin, esas cosas que pasan y se dicen.

—¡Ah! sí, señor, exclamó el criado; esta noche han herido.

—¿A quién?

—Es decir, no solo lo han herido, sino que lo han muerto.

—¿A quién?

—A un carabinero de la Barceloneta.

—¿Y a quién más?

—¡A nadie más, señor!…

Y el criado pensó en seguida:

—Este hombre, por lo visto, quería que mataran esta noche a medio Barcelona.

—¡Eres un animal!

—Señor.

—¡Vete! gritó Blanco enfurecido.

El criado salió más que de prisa del gabinete.

Blanco exclamó al verse solo:

—¡No ha sucedido nada! ¡se sabría ya! ¡y este chico lo hubiera dicho!

En toda la mañana de aquel día no salió Blanco un momento del gabinete.

No quiso tampoco ver a nadie sino al mayordomo, al que le dió la órden de negarle a todo el mundo, menos a D. Jaime, el antiguo jefe de policía, si iba a verle.

Pero pasó la mañana, y a la casa de Blanco fueron todos sus amigos y conocidos, a excepción del que él esperaba.

Blanco, consumido por la impaciencia, fijó una mirada en la esfera de un magnífico péndulo que tenía en el gabinete, y exclamó.

—¡Las tres menos cuarto! si hubiese alguna novedad, habrían venido a decirme algo. ¡Ya lo veo, no se ha hecho nada todavía!

—En este momento entró el mayordomo y puso sobre la mesa los periódicos de la tarde.

Blanco los cogió y leyó en uno de ellos:

> «Ayer ocurrió en la bolsa un hecho escandaloso entre un desconocido, extranjero al parecer, y uno de nuestros más ricos y *respetables* capitalistas, el cual fué objeto, por parte de aquel, de uno de esos desmanes que reprueban a un tiempo la moral y la civilización de todos los paises. Este suceso despertó la indignación general por lo *respetabilísimo* de la persona ofendida. Se nos ha asegurado que el citado extranjero padece una enfermedad en la cabeza. Lo creemos firmemente, pues solo así pudiera un hombre haber atentado en tales términos a la *respetabilísima* persona cuyo nombre callamos en este momento por el *respeto* y consideración que le son debidos».

Blanco leyó con la satisfacción que es de suponer este suelto.

El periodista supo cumplir su alta mision. Prescindió de la gravedad del hecho en lo que respectaba al sitio en que se cometió, y se limitó a defender el nombre de la persona ofendida, indignándose fuertemente con el público en general, ante esa desatención cometida con el hombre más *respetable*, esto es, el más rico de Barcelona.

Si el bofeton hubiera caido en el rostro de un aprendiz de corredor, el suceso no hubiera significado nada; pero tratándose de la persona a quien aconteció, era muy distinto; la mancha caía sobre un nombre que significaba muchos miles, y abofetear al dinero en el templo de su adoración, no podía pasar sin el anatema, cuando menos, de la opinion pública representada siempre por los periódicos.

Era necesario además lavar la mancha, y para ello vino perfectamente la demencia del agresor.

Son más todavía de lo que parecen las gentes sencillas que toman como artículo de fé cuanto leen en letras de molde, y bastó la noticia del periódico para acallar todas las interpretaciones que al sucoso de la bolsa se habían dado.

Blanco tuvo lo que se llama un alegron.

Pero le faltaba tener otro mayor.

Después de este suelto, pasó al siguiente, y leyó:

«Anoche se cometió una muerte en una callejuela que conduce a la de la Princesa».

—¡Ah! exclamó Blanco, pensando en seguida: ¡él vive por allí!

Y siguió leyendo con la mayor ansiedad:

«El muerto parece por el trage persona muy decente».

—¡Ah! ¡no hay duda!

Y Blanco empezó a sallar de gozo.

Pasada la primera impresion de alegría, tocó el timbre de la mesa y el mayordomo se presentó.

El hombre entró lleno de miedo aguardando un desahogo brutal del malhumor de su amo.

—Gregorio, le dijo éste con la cara más risueña del mundo.

—Señor… respondió el mayordomo adelantándose sin recelo.

—¿Cómo está eso de los carruajes?

—¿De la venta?

—Sí.

—No hay nada hecho todavía.

—Es que he pensado otra cosa.

—Mande V., señor.

—No quiero venderlos ya, sino que, por el contrario, quiero tener pronto una carretela nueva y la más lujosa que se haya visto en

Barcelona.

—Se mandará traer de París, señor.

—Bueno.

—¿Manda el señor algo más?

—No, retírate. ¡Ah! sí.

El mayordomo se detuvo.

—Estoy visible para cualquiera que venga.

El mayordomo saludó y salió.

Blanco echóse en un sillón, haciendo una grande aspiración y exclamando:

—¡Qué horrible peso me he quitado de encima!

El péndulo dió las tres en esto momento.

La frente de Blanco se nubló, arrugándose su entrecejo.

—¡A esta hora debia volver! ¡pero no volverá!

Y su faz volvió a serenarse.

La mampara del gabinete se abrió, y sonó la voz del mayordomo, anunciando:

—El señor de Mendoza.

Blanco quedó como herido de un rayo en el sillón.

Diego penetró en el gabinete.

—Beso a V. la mano, señor D. Pedro, dijo Diego saludando con la mayor calma.

Blanco le miraba estupefacto, sin poder articular una palabra, ni menos moverse del sillón en que parecia clavado.

—¡Qué! continuó Diego, ¿no merezco de V. ni contestación al saludo?… Pero ya lo veo, le ha sorprendido a V. mi presencia, pues no me aguardaba tal vez… ¡Ah! ya ve V. que se ha equivocado, y que he cumplido exactamente la cita: son las tres en punto.

Blanco apoyó las manos en los brazos del sillón, levantándose pausadamente.

Diego prosiguió.

—Con que, no me aguardaba V. ¿eh?

—¡Yo!… ¿porqué?… sí, señor dijo Blanco semibalbuciente.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! pero, ¿es posible que sea V., tan sencillo?…

Blanco, de pié delante de Diego, no osaba mirarle al rostro.

—¿Creyó V. tal vez que me había… o *me habían* muerto?…

—¡Yo!

—Una desgracia semejante hubo esta noche cerca de mi casa: pero no he sido yo la víctima.

—¡Se habrán equivocado! pensó Blanco.

La tal muerte fué aislada completamente y sin la menor relación con ninguno de nuestros personajes.

—Y V., al saberlo, y creyendo *tal vez* que era yo… prosiguió Diego con la mayor ironía, ¿no lo ha sentido siquiera?…

—Pero… dijo Blanco, que no sabía qué decir.

—¡Ingrato! prosiguió Diego, siempre con el mismo tono irónico, ¿así agradece V. los favores? Cuando yo, por devolver a su nombre el prestigio que pudiera haber perdido con el suceso de la bolsa, me presenté ayer al director de un periódico, diciéndole que vi al extranjero del bofeton, reconociéndole por escándalos semejantes que había cometido en otras partes, y asegurándole que era loco, para que diese así la noticia, ¡alejando toda mala interpretación en perjuicio de V.!

—¡Ah! ¿con que fué V. mismo?… exclamó Blanco.

—¿Y quién había de tomarse ese interés por su nombre, sino yo, que quiero elevarlo a las nubes?

—¡Ah! gracias.

—No bastan las gracias, es necesario que me pida V. perdón de rodillas.

Blanco se quedó inmóvil, mirando a Diego.

—Sí, sí, de rodillas, repuso éste sin alterarse.

—Pero …

—¡De rodillas! gritó entonces Diego con una voz verdaderamente aterradora.

Y de rodillas cayó a sus piés el aterrado Blanco.

—Queda V. perdonado por esta vez. Ahora levántese V., y hablemos como buenos amigos.

CAPÍTULO XXI.
El padre de los pobres

IEGO hizo sentar a Blanco en el sofá, poniéndose él a su lado.

—Con que, vamos a ver ¿cuánto han valido los carruajes y caballos?

Blanco palideció de nuevo, respondiendo:

—No han podido venderse todavía.

—¿De veras? preguntó Diego mirándole y sonriendo maliciosamente.

Blanco no se atrevió a afirmar lo que había dicho.

—¿O es que ha dado V. órden en contrario?

—¡Yo!

—La verdad, repuso Diego. Vamos, ya lo comprendo. Hoy es día de perdón, y queda esta también perdonada. Pero, advierta V. que será fácil que yo no vuelva a estar otro día de este humor, y entonces ¡Ay cuando yo castigo!

El traficante de negros se hallaba como el raton delante del gato.

—Llame, llame V. a su mayordomo.

—¿Para qué?

—¡Toma! para repetirle la orden.

—Le prometo a V. volver a dársela.

—Ha de ser ahora.

—¿Pero V. quiere ponerme en ridículo hasta con mis criados? ¿Qué han de decir ahora?…

—¿Y qué le importa a un criado el que su amo cambie de opinion veinte veces al día? Pues no se ha hecho V. poco escrupuloso. Vamos, llame, llame V. a su mayordomo.

El señor Blanco se levantó.

Sonó el timbre de la mesa, y presentóse el mayordomo.

—A ver, que se venda pronto eso que dije.

—¿El qué, señor?…

—¿No te acuerdas ya? ¿No sabes que no quiero más carruaje?

—Como el señor mandó esta mañana.

Diego se sonrió.

—¡Silencio! gritó Blanco, interrumpiendo al criado para que Diego no comprendiera la contraorden que había dado; ¡a mí no se me replica!

—Está bien, señor. ¿Y no se manda ya por la carretela nueva?

Blanco hubiera querido poder matar con una mirada al mayordomo; pero en la imposibilidad de hacer esto, juzgó lo mejor hacerle salir para que más no le comprometiera, y le gritó:

—¡Vete!

El pobre mayordomo salió exclamando:

—Ahora sí, creo que este hombre se ha vuelto loco.

Diego miró sonriéndose a Blanco. Éste no osaba mirarle.

—Con que, ¿iba V. a comprar otra carretela nueva?…

—No era eso… respondió Blanco confuso.

—Vamos, decididamente es V. un infeliz.

¡Ah! sí, esa es la verdad; soy un infeliz; porque dudo que haya quien sufra lo que yo sufro.

—¡Ha habido quien sufrió más, y sufre todavía por causa de V.!

—Pero, aunque eso fuera a V., ¿qué le hice yo a V.?

El rostro de Diego se encendió de repente.

Blanco se espantó al punto de caer sobre el respaldo del sillón.

—¿Ayer dije a V. que iriamos a paseo? preguntó Diego serenándose por completo.

—Creo que sí, respondió Blanco.

—Vístase V., pues, y saldremos.

—Pero, es que me siento malo, como V. comprenderá, y no puedo salir.

—Eso es falta de ejercicio. Con que, vístase V.

—Pero…

—Le advierto ya por última vez, díjole entonces Diego con voz reconcentrada, que no intente oponérseme a nada; porque ha concluido toda contemplación desde este momento, ¡y me falta muy poco para romper por todo!

Blanco se levantó, se vistió y se presentó a Diego, dispuesto a salir.

—¿Lleva V. dinero encima?

—No.

—Pues tome V. dinero.

—¿Cuánto?

—Mil o dos mil reales en moneda menuda de plata.

—Pero eso va a pesar mucho.

—No tal, ¡qué diablo! y si V. no puede con ello, yo llevaré la mitad.

Blanco pidió el dinero al mayordomo, llenóse los bolsillos, según le había prevenido Diego, y ambos salieron a la calle.

—Tome V. mi brazo, le dijo Diego al salir.

—¡Oh! ¡gracias!…

—Usted tiene más edad y le toca esta preferencia.

Blanco tomó el brazo sin replicar.

—¿Y podré saber a dónde vamos?

—¡Ya lo creo! pues no faltaba más. Saldremos a la Rambla, y, paseo arriba, llegaremos hasta los Campos, y volveremos a casa.

Y como dos íntimos y queridos amigos, salieron de la calle de Blanco, dirigiéndose a la Rambla.

Apenas entraron en ella acercóseles por el lado de Blanco un pobre andrajoso y cojo, apoyado en una muleta.

—Nobles caballeros, una limosna por amor de Dios.

Blanco miró al pobre diciéndole:

—Dios le ayude, hermano.

—¡Cómo! exclamó Diego, ¡déle V. limosna!

—No traigo más que pesetas.

—¿Y qué importa eso? mejor para él.

Blanco sacó una peseta y se la dió al pobre.

Este se alejó corriendo hacia otros tres pobres que vió en una acera.

—¡Eh! ¡mirad! ¿veis aquellos dos caballeros que van allí?

—Sí, respondió uno de los pobres.

—Pues dan una peseta de limosna a todo el que les pide.

—¡Quiá! ¡una peseta! dijo otro; ¡al momento van a hacer esas limosnas!

—¿Por qué no vas tú? preguntaron al de la muleta con una sonrisa de incredulidad.

—Mira mi peseta, respondió éste; y no vuelvo porque me conocerían.

—Con probar nada se pierde, dijo entonces uno dirigiéndose a los caballeros.

Los otros dos le siguieron.

—Es el caballero de la izquierda el que hace la limosna, añadió el pobre de la muleta.

Diego contemplaba como se iban acercando los tres pobres, pues había seguido con la vista al primero, y empezó a reirse en su interior.

Los pobres llegaron al lado de Blanco.

—¡Noble caballero!

Blanco volvió la vista.

—¡Una limosna por amor de Dios!

—Otro día será, exclamó Blanco.

—Vamos, déles V. limosna, ¿qué han de decir la gente, sino, de un hombre tan rico? le dijo Diego en voz baja.

—¡Noble caballero!… insistieron los pobres tendiendo sus manos descarnadas.

Blanco sacó una peseta.

Alargó la a uno de los pobres, y en el momento en que iba a decir *para los tres*, Diego, que lo conoció, se apresuró a advertirle:

—Una moneda a cada pobre.

Blanco sacó otras dos pesetas, que salieron de su bolsillo como lágrimas arrancadas de su corazón.

Mientras los tres pobres recibian la limosna, el de la muleta estaba en medio de otros cinco que reunió, señalándoles con el dedo a los primeros.

Ni con alas en los piés hubieran llegado más pronto los cinco pobres, que rodearon a Blanco, tendiendo las manos y exclaman de los cinco a un tiempo:

—¡Noble caballero!…

A Diego le costaba trabajo el contener la risa.

—¡Cinco ahora! exclamó Blanco.

—Con cinco pesetas los despacha V., le dijo Diego.

Blanco aflojó otras cinco monedas de plata.

No bien acababa de dejarle los últimos pordioseros, cuando, reclutados también por el de la muleta, atacaron a Blanco otros seis o siete.

—¡Ah! ¡esto no se puede sufrir! exclamó el tratante de negros.

Y sacando un puñado de plata, lo paso en la mano del que más se había adelantado, diciendo:

—Para todos.

—Con moderación, señor O. Pedro, con moderación, advirtió Diego, ¿no ve V. que de esta suerte parecerá que se ha propuesto V. hoy tirar el dinero y no hacer limosna a los pobres, lo cual perdería todo el mérito que puede tener de otra suerte?

—Es que esto es ya demasiado, y ahora comprendo que no es más que un plan fraguado de antemano por V.

—¿Y V. cree que yo me he entretenido en avisar a todos los pobres para que viniesen?… ¡qué necedad! No necesitan los infelices que nadie les avise para pedir una limosna. Allí vienen otros cuatro. Prepare V. una peseta para cada uno, pero nada más que una peseta.

El pobre de la muleta no tuvo necesidad de avisar a más compañeros.

Como llevada por el aire, la buena noticia alcanzó a un número tal de mendigos, que al llegar Blanco a la plazuela de la Boquería, no podían ni él ni Diego dar lo que se llama un paso.

Asediado por todas partes, Blanco repartió en breves momentos las dos o trescientas pesetas que se había metido en los bolsillos.

—¡Ea, no tengo más!

—Caballero, ¡que a mí no me ha tocado nada! decía uno.

—Ni a mi, caballero, ¡y tengo a mi marido enfermo!

—¡Ya os he dicho que no tengo más! volvió a exclamar el señor Blanco.

—¡Míreme V., con estos tres niños que no han comido hoy todavía!… exclamaba una mujer.

—¿No le parten a V. el corazón estas miserias, D. Pedro? le preguntó Diego.

—Sí, pero ya V. ve que he concluido cuanto llevaba.

—¡Don Pedro, por Dios! exclamó uno que estando cerca, pilló el nombre de Blanco, cuando Diego lo pronunció.

—¡Don Pedro, D. Pedro! gritaron veinte voces a un tiempo con ese acento lastimero y agudo que tiene la miseria, cuando ha perdido en las calles el rubor de sí misma.

—¡Y le llaman a V. por su nombre! exclamó Diego, ¿no le parte esto el corazón, D. Pedro?

De pura cólera y rábia lo tenía éste, no partido, sino destrozado en aquel momento.

—¿Pero qué quiere V. que yo haga? exclamó Blanco.

—Tomar más dinero en cualquiera de estas casas de por aquí.

—¡Cómo!

—Muy fácil, pidiéndolo.

—¡Pedir yo!

—¿Hay nada más honroso para V. en un caso semejante?

—¿Y quién me va a dar ahora dinero?

—Cualquiera de esas tiendas. A D. Pedro Blanco ¿quién ha de negarle?… Vamos, vamos.

—Pero es que esto va a ser un escándalo luego.

—Lo que va a ser, es la gloria de V. Con que vamos.

Este corto diálogo fué sostenido en voz muy baja, como es de suponer, entre Blanco y Diego.

Mientras estos hablaban, los pobres guardaban silencio; pero apenas empezaron a andar, se levantó una gritería tal entre los mendigos, que hubiera mareado al mismo Job.

—¡Señor D. Pedro!

—¡Caballero!

—¡Calla! tú ya tienes, decía un pobre a otro.

—¿Yo? ¡mentira!

—¡Don Pedro!

—¡Por Dios!

—¡A mí!

Blanco exclamó en voz baja y reconcentrada:

—¡Ah! ¡esto es inaguantable!

—No hay más medio de acallarlos que el que he dicho a V., volvió Diego a observar a Blanco en voz bastante baja.

Blanco traspasó con trabajo la muralla que delante tenía, y se dirigió a una tienda de la plaza de la Boquería.

Diego se volvió a los pobres, y les dijo:

—Aguardad, que ahora se os repartirá más.

Y siguió a Blanco, llevando tras de sí toda la turba de mendigos.

—¿Qué es esto, señor D. Pedro? preguntó, conociendo a Blanco, el dueño de la tienda.

Nada, que no he salido con bastante dinero de casa para dar limosna a todos los que me piden hoy, dijo Blanco sonriéndose forzadamente, y disimulando el coraje que sentía, y me encuentro ahora con que…

—¿Quiere V. dinero? dijo el tendero con esa servil solicitud del pequeño capital a los grandes capitales.

—A eso venía.

—Para el objeto que es, ¿querrá V. cuartos?

—El señor D. Pedro Blanco, dijo Diego entonces, lo menos que dá es plata cuando socorre a los desgraciados.

—¡Ah! perdone V., dijo el tendero. No faltará plata.

Y abriendo el cajon de un pequeño escritorio que había al extremo del mostrador, sacó tres papeletas de plata.

—Tómelas V. y repártalas, dijo Diego a Blanco en voz baja.

El traficante de negros, obedeciendo la órden, se puso en el umbral de la tienda, y repartió aquel dinero.

El pobre de la muleta estaba entre el enjambre de mendigos.

Diego, a la mitad del reparto, sacó el pañuelo como para limpiarse, y el mendigo de la muleta gritó:

—¡Viva el padre de los pobres!

—¡Viva! respondieron todos a un tiempo.

Y los gritos aumentaron, y los vivas a D. Pedro Blanco y al *padre de los pobres* fueron repitiéndose a tal punto, que Blanco no se atrevía a salir a la calle.

El dueño de la tienda estaba estupefacto, y el público bendecia aquel nombre que salía, envuelto en el consuelo que acababa de derramar, de la boca de tantos desgraciados.

—Es hora de ir a casa, le dijo Diego.

—Pero, ¿quién sale ahora con ese enjambre? observó Blanco confuso.

—¿Y qué tiene eso que ver? mejor.

—Me van a seguir hasta casa.

—¿Y qué mejor acompañamiento podía V. apetecer?

—Es verdad, dijo el dueño de la tienda; ese acompañamiento vale más que todo el que pueda llevar un príncipe o un rey.

—¡Claro es! añadió Diego.

—Vamos pues, dijo Blanco, en quien semejante ovación despertó el sentimiento de la vanidad que por un instante sofocó la ira de su pecho.

Y acompañados de la pordiosera multitud, se volvieron a casa de Blanco en medio de los gritos de *¡viva D. Pedro! ¡viva el padre de los pobres!*

—Blanco llegó a su casa-palacio, en cuya puerta despidió a los pobres.

Estos volvieron a repetir, dando siempre la primera voz el de la muleta, los gritos de *¡viva D. Pedro! ¡viva el padre de los pobres!* y se

fueron contentos a sus miserables viviendas.

Uno de los mendigos, sin embargo, se dirigió a una calle principal, entrando en una casa de magnífica apariencia.

El mendigo era el de la muleta.

La casa, la del número 36 de la calle de la Princesa.

CAPÍTULO XXII.

De como tuvo Blanco otra sorpresa mayor al llegar a su casa

BLANCO concluyó casi satisfecho y contento el paseo que con tan mal humor había empezado.

En sus continuas conjeturas, que no cesaban nunca en su imaginación, acerca del plan que el señor de Mendoza podía llevar con él, no alcanzaba a explicarse esos dos extremos contrarios de la conducta de Diego.

Por un lado éste le hería, y por otro aplicaba un bálsamo a la

herida.

Entraron ambos en el salón y Diego le dijo al momento:

—Vamos, ¿qué tal?

—¡Que vengo aturdido! respondió Blanco.

—Pero contento, ¿no es verdad?

—Sí, después de haber tirado hoy cuatro o cinco mil reales, dijo Blanco aparentando un disgusto que entonces no tenía, pues no se atrevía a mostrarse contento, temeroso de que Mendoza le diese otro disgusto.

—¡Para comprar una ovación que no se paga con todo el oro del mundo, y además las bendiciones de tantas familias desgraciadas que pronunciarán su nombre agradecidas!

—Eso es verdad.

—Y entre tantos que le han maldecido, prosiguió Diego, justo es que ahora le bendiga alguno.

Blanco no dijo nada a estas palabras.

—Le han llamado el *¡padre de los pobres!* ¿lo ve V.? Ahora conocerá que no le ha de ir tan mal dejándose llevar de mí.

El mayordomo de Blanco apareció en la puerta del salón.

—Señor.

—¿Qué hay?

—Los señores Sans y Puig, el cura de San Pablo y otros dos caballeros desean verle.

—Que pasen.

Blanco y Diego se levantaron para recibir a las visitas que penetraron al instante en el gabinete.

Invitados por el primero, tomaron todos asiento.

Diego procuró ponerse al lado de Blanco.

Después de los cumplidos de costumbre, el cura de San Pablo empezó:

—Señor D. Pedro, antes de hablar a V. del objeto de nuestra visita, de la que presumo tendrá ya noticia por el señor de Mendoza.

Éste tocó a Blanco con el pié, y se apresuró a decir:

—Sí, algo he dicho ya al señor Blanco.

—¡Ah!… sí dijo el traficante de negros sin poder, naturalmente, decir otra cosa.

—Debo felicitarlo, prosiguió el cura de San Pablo, en nombre de la caridad y la religion, cuya representación me atrevo a abrogarme en este momento, por el generoso acto de esta tarde, que corre de boca en boca y entre las bendiciones de todos.

—¡Ah! exclamó Blanco, disimulando apenas la vanidad que le dominaba; no vale la pena.

—Así lo creerá la generosidad de V.; pero significa mucho un acto semejante en la tierra, y será mejor premiado en el cielo.

—Señor cura dijo Blanco indinándose.

—No sigo más, dijo el cura de San Pablo, deteniéndose en sus elogios y creyendo de buena fé ofender la modestia y la caridad de Blanco.

Luego prosiguió variando de tono:

—Pues, pasando ya al objeto de nuestra visita, que según parece le ha manifestado ya el caballero Mendoza.

—Sí, interrumpió Diego adelantándose para enterar a Blanco, a quien no había querido decir nada antes para mortificarle doblemente con la sorpresa; yo hablé a D. Pedro.

Este inclinó la cabeza en señal de asentimento.

Era que Diego le había vuelto a dar con el pié.

El señor de Mendoza prosiguió:

—De lo conveniente que sería por la honra de Barcelona y de las personas que contribuyesen a tan laudable objeto, el que se diera sustituto para el servicio de las armas en la próxima quinta a los pobres que no tienen medios de librarse de la suerte de soldado; y debo consignar lo primero, que el señor Blanco, con esa bondad y condescendencia que le distingue, ha encontrado sumamente aceitado el pensamiento, aceptando desde luego la presidencia de la comision encargada de hacer el reparto y reunir los fondos.

Blanco oía a Diego mirándole estúpidamente, pero sin atreverse a contradecirle con la menor palabra, sino que, todo lo contrario, dando a cada instante una muestra de aprobación tanto más espresiva, cuanto con mayor fuerza le oprimia Diego el pié, que tenía debajo del suyo.

—No podía esperarse menos de la conocida caridad del señor D. Pedro, dijo el cura de San Pablo, después de oir a Diego.

—Ea pues, ya que la comision está toda aquí, dijo uno de los caballeros de la misma, pues solo falta el barón de Turella, que dijo no podía acompañarnos, pero que se adhería a cuanto hiciéramos, creo que no habría inconveniente en tener la primera sesion ahora.

—Es decir, si no es abusar de la escesiva amabilidad del señor Blanco, observó el cura de San Pablo.

—¡Ah! no, lo que es por mí respondió Blanco, sin conocer todavía a dónde podía ir a parar la intención de Mendoza.

—Vamos pues, ocupe V., señor presidente, su puesto, le dijo Diego con una sonrisa y un tono tal, que al tomarlo todos por la expresión de la más fina cortesía, partió el corazón del agobiado Blanco.

Este se levantó y ocupó el sillón que había detrás de la mesa de su

despacho.

—Vamos, yo seré el secretario en esta sesion, dijo Diego colocándose al lado de Blanco.

Y buscando sus piés, puso el suyo sobre el de éste con el fin de marcarle la línea de conducia que debia seguir, por el medio que hemos visto empleó poco antes.

Eran las cinco de la tarde, y en aquella estación la escasa luz que penetraba en el salón, permitia todo el juego de la especie de telégrafo que Diego escogió para comunicar sus órdenes al antiguo traficante de negros.

No nos detendremos, pues no importa a nuestro propósito, a referir las diversas proposiciones, que con ese espíritu de verdadera caridad que domina generalmente a las comisiones o juntas de este género que para casos semejantes se han instituido en Barcelona, se presentaron al mejor logro del objeto en cuestión.

Blanco apenas hablaba.

Se limitaba a decir *si* o *no*, según se le preguntaba, o mejor, según se le mandaba por aquel telégrafo, verdaderamente *eléctrico* para él, sin importarle, lo más mínimo que se aceptase o dejara de aceptarse este o aquel extremo.

¿Qué tenía él que ver con las quintas, y qué cuidado le daba que cayesen o no soldados, pobres artesanos, cuya perdición envolviera la de toda una familia?

Además, que él conocía, porque allí se había manifestado, que aquella visita y la presidencia de la comision fueron cosas sugeridas ambas por Mendoza, y lo que él aguardaba, lo que le tenía pensativo y confuso era el no poder adivinar, por más conjeturas que hacía, el objeto que aquel se llevaba en hacerle figurar en primera línea para semejante asunto.

—Pero, señor D. Pedro, dijo el cura de San Pablo, un momento en que la cuestión necesitaba ilustrarse con el parecer de todos, sírvase V. manifestar su opinion sobre este punto, aquí todos, como V. conoce mejor que yo, tenemos la obligación de presentar nuestras respectivas opiniones al mejor resultado del pensamiento.

Era inútil escitar al señor Blanco, que apenas quedó ni siquiera enterado de lo que se había discutido.

El hombre estaba en un aprieto.

Pero los apuros aumentaron cuando Diego le dijo:

—Vamos, el señor cura de San Pablo tiene razón; manifieste V. su parecer.

—Yo dijo Blanco absorto y confundido.

—¡Pues! V.: ¿qué es lo que me dijo esta mañana?

—¡Esta mañana!… exclamó Blanco, que sudaba a mares.

—¡Aquella idea tan magnífica! repuso Diego.

—¿Una idea? preguntaron dos o tres a un tiempo. Vamos a ver, venga esa idea.

—Es que… dijo Blanco sin saber qué decir.

Y entonces fué él quien tocó con el pié a Diego, como queriéndole decir: *¡por compasion!*

Diego le sacó del apuro muy pronto.

—Señores, dijo, el señor D. Pedro me manifestó hoy un pensamiento que su estremada modestia le impide presentar ahora. Cuando yo le hice saber que se había pensado en él, cediéndole el primer puesto de la junta, eligiéndole su presidente, el señor Blanco ha creido que por su parte debia corresponder a esta preferencia, dando él solo por esta vez la suma necesaria al objeto que se desea.

—¡Cómo! exclamaron los comisionados en medio del mayor asombro.

Diego pisó el pié de Blanco.

Éste inclinó la cabeza.

La acción de Blanco fué tomada por una muestra afirmativa a las palabras de Diego, y acabó de admirar a los presentes.

Nadie pensó que la inclinara al peso de las palabras de Diego, que se la hicieron bajar como por la fuerza de un golpe de maza.

—¡Ah! un acto semejante es solo digno de una persona como el señor D. Pedro, dijo el cura de San Pablo.

—Como que, si hay seiscientos quintos, a trescientos duros por sustituto, ascenderá la dádiva nada menos que a ciento ochenta mil duros, añadió otro de los comisionados, que, como buen comerciante, sacó la cuenta inmediatamente.

Blanco conoció, después de las palabras de Diego, que la cosa era gorda, pero no estaba su cabeza para hacer el cálculo tan pronto.

Así, la cuenta que sacó el comerciante, acabó de anonadarlo.

—Pues señor, siendo esto así, observó el banquero Sans, pronto concluye nuestro cometido con respecto a la cuestión de procurar fondos.

Blanco se quedó como alelado.

A Diego le convenía despertarle.

Repitió el procedimiento, de los pisotones, y aquel dijo contestando al señor de Sans.

—Sí efectivamente.

—Ahora, prosiguió Diego para dejar firme el compromiso, propongo un voto de gracias por parte de la comision al señor don Pedro.

—Por parte de la comision y de Barcelona entera, señores, cuyo nombre me atrevo a tomar en este momento para manifestar anticipadamente la gratitud de todo un pueblo, ante un acto tan noble, tan grande, tan generoso, añadió el cura de San Pablo.

Nada restaba ya que hacer por aquel día a los comisionados, respecto del asunto que les había llevado a ver a Blanco.

Levantáronse pues, repitiendo una y otra vez las muestras de su admiración ante una tan gran generosidad, y salieron del gabinete de D. Pedro.

Diego se quedó.

—Pero, ¡qué es esto! exclamó Blanco así que se vió solo con Diego.

—¿Cómo qué es esto? ¿no lo ha oído V.?

—Pero, ¿a dónde voy yo a parar a este paso?

—¡Ah! no tenga V. cuidado, dijo Diego fríamente; no sé dónde irá, V. a parar, pero de seguro no ha de ser al hospicio.

—¡Ciento ochenta mil duros!…

—Que son una parte casi insignificante de la gran fortuna que V. posee.

—¡Ah! ¡de ninguna manera! exclamó Blanco con acento firme y decidido.

—¿Cómo? preguntó Diego mirándole.

—¡Que eso no puede ser, y no será!…

—¿Resiste V. de nuevo?

—Sí.

—¡Ah! perfectamente. ¿Lo ha pensado V. bien? preguntó Diego.

—Si, replicó Blanco con resolución.

—Corriente; puesto que V. lo quiere, mañana verá Barcelona el padrón de la infamia de V., que se mandará luego al tribunal de Lóndres.

—¡Ah! ¡yo lo desmentiré, sea lo que fuere!

—Son cartas.

—Diré que son falsas.

—Eso podría haber tenido algún efecto antes de que pasara lo que el público ya ha visto; pero hoy, ¿cómo no siendo V. culpable, resistió el bofeton de la bolsa? ¿cómo, contra toda su avaricia, ha cedido habitación de balde a la familia de Messina? ¿cómo ha hecho V. la limosna de hoy a los pobres que antes rechazaba de su lado? y ¿cómo, en fin, ha convenido V. delante de personas tan respetables como las que de aquí acaban de salir, en un acto tan grande y de tal contraste con la conducta de V. hasta el día en asuntos semejantes?

Blanco palidecia por momentos, volviendo a desmayar su espíritu.

Diego prosiguió:

—Y después de todo esto, ¿cómo, cuando yo manifieste a todos la causa, vá V. a hacer creer a nadie que fué espontánea su nueva conducta, y no impuesta por mí en virtud de las pruebas de sus crímenes y la fuerza que sobre V. me daban ellas?

—¡Ah! exclamó Blanco apretando los dientes y cerrando los puños con ira.

—Ya V. ve, señor D. Pedro: lo que es hoy, aunque las pruebas que yo tengo fueran falsas, V. mismo, con lo que ha hecho ya, las daría un carácter tal, que nadie dudaría de ellas.

—¡Es verdad! exclamó Blanco para si, completamente abatido.

—Con que es inútil cuanto V. intente. Está V. en mi poder, esclavo de mi voluntad, y no tiene más remedio que acatarla y obedecerla.

Blanco no replicaba ya.

—Lo menos malo que a V. puede sucederle, prosiguió Diego, es eso; que vaya V. dando el esceso de su fortuna a los pobres que lo necesitan. Verdad es que dentro de algún tiempo no será V. tan rico en dinero, pero lo será mucho más en fama y en honra. ¿Qué más quiere V.? Yo puedo dejarle, casi de la noche a la mañana, pobre y deshonrado. Tocante a lo primero, ya dije a V. que no lo haría.

—Sí, pero lo hace V.

—¡Por la miseria de ciento ochenta mil duros!

—¿Y los carruajes? ¿y el despilfarro de las limosnas de hoy?

—¡Y qué es eso! ¿ocho o diez mil duros más?

Blanco volvió a morderse los labios.

—Y en cuanto a lo segundo, prosiguió Diego concluyendo su idea, ya V. ve que, lejos de deshonrarle, he abierto para V. las puertas de la gloria y de la fama.

Blanco dió tres o cuatro pasos en el gabinete y se dejó caer en un sillón.

—Vamos, D. Pedro, no se abata ni se aflija, porque pierde V. más. Hoy hemos empleado el día regularmente.

Blanco no oía estas palabras de Diego. Su cabeza se perdia en un verdadero laberinto de ideas, nacidas todas de su situación en aquellos momentos.

Inútil es decir que entre estas ideas figuraba principalmente la de librarse o deshacerse de aquel hombre, y Blanco exclamaba repetidamente en su interior:

—¡Pero no ha de haber modo de quitarle del medio!

—Vaya, D. Pedro, ya le dejo por hoy. ¡Qué! ¿No se levanta V. a despedirme? ¿O guarda V. algo todavía de las brutales costumbres de los negreros?

Blanco se levantó.

—Adiós, señor D. Pedro. ¡Ah! mañana, o cuando yo vuelva, que me presente V. el recibo del tesorero de la Casa de Caridad.

Diego salió y Blanco volvió a caer como rendido en el sillón.

CAPÍTULO XXIII.
Como halló Roberto medio de cobrar el precio ofrecido por el asesinato que se frustró

EL estado del antiguo traficante de negros, era por demás horrible, atendida la posición y el nombre que gozaba.

Sin esta circunstancia, fácil le era sustraerse a la continua pesadilla de Mendoza, dejando Barcelona de la noche a la mañana, y partiendo, por ejemplo, a los Estados Unidos, donde no existe el derecho de extradición por parte de ninguna potencia extranjera, sea cual fuere el delito del criminal que en suelo de la república acuda a refugiarse.

Pero para Blanco la cuestión no era la de salvar los bienes y el individuo solamente, sino el nombre y la reputación que a la altura en que se hallaba, le dolia perder tanto como los bienes y aun la misma vida.

Si él se fugaba de Barcelona, claro es que su nombre quedaba deshonrado, pues Mendoza no tardaría en hacer saber a todo el mundo la causa de su fuga.

Blanco necesitaba, pues, otro medio de sustraerse a la que llamaremos continua persecución de Mendoza.

Pero, ¿en dónde estaba este medio?

Por más que el traficante de negros se devanaba los sesos en buscarle, no acudia tan pronto a su fatigada mente.

¿Las ofertas? eran inútiles. Ya lo había probado, y Mendoza, que, al parecer, no era pobre, las había desdeñado, burlándose del que se las hizo.

¿La muerte de Mendoza? desgraciadamente para Blanco la primera tentativa salió frustrada, y era después de esto muy difícil encontrarlo desprevenido para un caso que aquel podía sospechar volvería a repetirse.

Después de reflexionado todo esto, y cuando más desesperado y abatido se hallaba el señor Blanco, pareció sacudirse de pronto su desmayo: su rostro se animó, levantó la cabeza, sus ojos chispearon, y en sus labios se dibujó una sonrisa de feroz alegría.

En este momento el mayordomo anunció al antiguo jefe de policía D. Jaime Hernandez.

—Señor D. Pedro, buenas noches, dijo aquel al entrar.

—Buenas noches, respondió Blanco secamente.

—¿Podemos hablar? dijo Hernandez en voz baja, después de haber dado una mirada a todo el gabinete.

—Estamos solos, respondió Blanco; siéntese V.

Y le indicó un lado del sofá, sentándose él en el otro.

—Ya presumo que no estará V. muy contento de mí, dijo Hernandez así que se hubo sentado.

—Con efecto.

—No fué culpa mia.

—De todas maneras el caso es que no se ha conseguido.

—Ha sido una fatalidad, prosiguió Hernandez; y a fé que el chico *que lo había de despachar*, entiende a media palabra.

—Ya V. ve, pues, como ha entendido… añadió Blanco irónicamente.

—Demasiado que entendió por una parte, sino que equivocó las señas, y otro fué la víctima.

El lector habrá comprendido que el tal D. Jaime Hernandez, que era el encargado por parte de Blanco de buscar el asesino para Diego, quería dar a entender al capitán negrero que la muerte del caballero de que hemos visto dieron caen la los periódicos, fué por equivocación del asesino en la persona de la víctima.

Nada de eso había sin embargo. La muerte aquella, fué enteramente extraña a este asunto; pero se trató da aprovechar la casualidad para hacerle ver a Blanco que había sido equivocación, con objeto de cobrar de éste la cantidad estipulada, como precio del asesinato.

Pero lo mejor de todo esto era que el tal Hernandez engañaba a Blanco sin saberlo.

Roberto había antes engañado a Hernandez, y solo él sabía que Juan no pudo dar el golpe.

—¿Y bien? ¿qué hacemos ahora? preguntó Blanco.

—Nada, por eso no hay que desmayar, se repetirá la operación, respondió con la más horrible sangre fría de D. Jaime; pero para ello es preciso.

—¿Qué?

—La muerte de todas maneras se ha hecho.

—Sí, pero, observó Blanco, no murió quien debia morir.

—Ya, pero el trabajo y la exposición han sido iguales para el pobre muchacho a quien se encargó el negocio, repuso Hernandez con la misma sencillez que si se tratara de haber mandado a un peon sacar un fardo caido en el mar.

—¿Y qué quiere V. ahora? preguntó Blanco.

—Que si el negocio se ha de llevar adelante.

—Sí se ha de llevar.

—Pues entonces, es preciso que se pague al muchacho, según se le dijo, por lo que ha hecho esta vez, para que quiera repetirlo.

—¿Y cuánto dijimos que…?

—Ya lo sabe V., seis mil duros.

El lector recordará que a Juan se le habían prometido tres mil reales, y que Roberto exclamó, cuando aquel le dijo que la tentativa se había frustrado: *Pierdo tres mil duros en el negocio*.

El antiguo jefe de policía jugaba tan limpio como seguro.

—No hay inconveniente en dar los seis mil duros, dijo Blanco; pero para la otra vez, es necesario asegurar el golpe.

—Respondo a V. de ello.

—El precio de la otra son doce mil.

Los pequeños ojos del antiguo jefe de policía se agrandaron de repente hasta salirse de las órbitas.

—Veinte mil, añadió Blanco.

—¡Oh! yo respondo a V. de ello.

—Esta vez yo mismo dirigiré la operación; más fácil, menos espuesta y mejor pagada, repaso Blanco. Ahora vá V. a recibir en onzas de oro los seis mil duros cabales.

Y Blanco se levantó, cogiendo él mismo una bujía, y dirigiéndose a otra pieza de la casa.

Mientras estos dos personajes se ocupan el uno en dar y el otro en recibir el precio de la infamia que ya conocemos, y ambos del medio que Blanco imaginó para deshacerse de Diego, volvamos a seguir a éste a su casa.

Al subir la escalera, encontró a Juan que por ella bajaba.

—Señor… díjole Juan al verle.

—Sube conmigo.

Ambos entraron en la habitación de Diego; Juan se sentó a una seña de aquel que le preguntó, tomando asimismo asiento:

—¿Qué hay de nuevo?

—Roberto se enfadó mucho cuando vió frustrado el golpe.

—Era natural.

—Pero no he caido de su gracia.

—Eso has de procurar sobre todo. ¿Y conociste si quiere volver a intentar el golpe? preguntó Diego.

—Yo se lo propuse.

—¿Y qué dijo?

—Pero le pedí días de tiempo, motivándolo en que V. debia estar prevenido, y no me contestó nada más sobre esto.

—¿Qué habéis hecho hoy?

—Hoy nada, pero desde anoche hasta la madrugada, hemos acuñado como unas doscientas monedas de a cinco duros.

—¿V quién está metido en ese negocio además de Roberto?

—Don Jaime por una parte, Turella, Solana, y creo que también D. Antonio Gavia.

—Cuidado tendré, pensó Diego, cuando tenga que cobrar alguna cantidad de esas casas *respetables*.

Y dirigiéndose a Juan, le volvió a preguntar:

—¿Qué más?

—Por hoy nada más. Mañana habrá seguramente una gorda.

—¿Cuál?

Veremos si Turella deposita en el punto en que se le ha dicho, el millón que se le pide bajo pena de asesinarle.

—¿Quién ha de ir a apostarse para recoger el dinero?

—Uno de la compañia.

—Si fueras tu, podrias ahorrarle ese trabajo, porque Turella entregará esta vez el dinero como la otra, que no hizo caso de la carta ni de la amenaza.

Juan se quedó como admirado, al ver que Diego estaba tan en antecedentes acerca de este asunto, sin ocurrirle, pues sabía que Diego iba a la casa de Turella, el que podía saberlo por boca del mismo barón.

Era que Juan, desde que aquel le adivinó aquellas otras cosas no pensaba nunca en los medios naturales por que pudiera saberlo el señor de Mendoza, sino que, confundido ante la especie de misterio que a éste rodeaba, todo le parecia en él sobrenatural.

—Estás despachado por hoy.

Juan se levantó, saludó con respeto y salió de la habitación.

—¡Daniel! llamó Diego en seguida.

—Señor.

—Ese hombre que acaba de salir ha sido muy malo, antes, sin embargo, fué muy bueno, y hoy parece que quiere volver al camino del bien. Te doy acerca de él esta explicación para que arregles por ella la conducta que has de observar al recibirle. Vendrá todos los días a verme por órden mia. Recíbele siempre, pero no te descuides nunca.

—Está bien, señor.

—¿Me has entendido?

—Completamente, señor.

—Ahora otra cosa.

Diego se levantó, sacó un pliego de poco volúmen del secreter y un pañal.

Inclinóse al suelo, y con la punta de la hoja levantó un ladrillo de un ángulo de la alcoba, puso el pliego en un hueco practicado de antemano y volvió a colocar el ladrillo diciendo a Daniel:

—Ya ves dónde he metido este pliego.

—Sí, señor.

—Pues bien, si yo muero de muerte violenta, lo sacarás al momento, lo abrirás y cumplirás lo que en él te prevengo, ¿puedo confiar en ello, Daniel?

—Señor, sea lo que fuere, lo juro por la memoria de mi madre.

—Ten presente lo que voy a decirle.

Daniel era todo oídos.

—Hasta que sepas que yo he muerto, no lo has de abrir.

—Entendido, señor.

Si yo falto por causas que pueden sobrevenir, esto es, si estoy días sin venir a casa y tú no sabes nada de mí, entonces te apoderas del pliego, poniéndolo en paraje más seguro, a tu discreción, y esperas,

para abrirlo, a que sepas si soy muerto o no.

—Comprendido, señor.

El acento resuelto y la noble fisonomía de Daniel, dejaron a Diego completamente seguro del cumplimiento del encargo que para un caso desgraciado legaba a su fiel criado.

La prevision de Diego era muy natural; luchaba con un enemigo poderoso, del cual debia temerlo todo, y lo que él principalmente quería era asegurar la sentencia que tenía reservada a Blanco, cumpliéndola él por sí, o en la imposibilidad de hacerlo por cualquier evento, dejarla en manos de quien pudiera cumplirla.

Daniel salió del gabinete, y Diego, abandonando por entonces el asunto de Blanco, volvió a entregarse a los melancólicos pensamientos de su triste y desgraciado amor.

Vino el siguiente día, y lo primero que hizo Diego, fué visitar a la pobre familia Messina.

La causa de Amalia estaba en sumario, y era inútil y prematuro todo lo que se intentase por entonces para probar la inocencia de la joven, y sacarla del sitio adonde la había llevado la más infame y vil de las calumnias.

Diego aseguró a Margarita que tenía una prueba plena que pondría en evidencia la inculpabilidad de su hija, así que la causa estuviese en estado de admitirla, y la madre sintió renacer en su angustiado pecho, la dulce esperanza que en él derramaban siempre las consoladoras y nobles palabras de Diego.

A la hora misma, poco más o menos, del día anterior, éste volvió a ver a Blanco.

Al entrar en el gabinete, Diego observó en la fisonomía del capitán negrero una alteración particular.

No lo extrañó sin embargo, pues recordó las fuertes y desagradables impresiones que Blanco recibiera el día anterior y cuya huella no había de borrarse tan fácilmente de su rostro, cuando existia aun la causa misma en su corazón.

—Señor D. Pedro… dijo saludándole.

—Adiós, señor de Mendoza.

—¿Cómo está V.?

—Muy bien.

—¡Ah! me alegro mucho, dijo Diego extrañando entonces el tono de Blanco.

—Siéntese V., le dijo éste.

Y le señaló el mismo sitio del sofá en donde acostumbraban sentarse las otras veces.

Diego se sentó, y Blanco lo efectuó también a su lado.

Conforme estaba Diego ea el sofá, daba la espalda a la puerta vidriera de la alcoba.

—¿Con que está V. bien? volvió a preguntar a Blanco.

—Sí, dijo éste. Con desesperarme, pierdo más, y he resuelto entregarme por completo a su voluntad.

Las palabras de Blanco no podían ser sinceras.

Diego lo pensaba así, ¿pero cuál era la segunda intención que sin duda encubrían?

Esto era lo que Diego quería adivinar.

—Vamos a ver entonces, prosiguió: ¿el recibo de la Casa de Caridad?

—¡Ah! todas las cosas no se hacen en un día, respondió Blanco con calma.

Diego le miraba, extrañando, más que sus palabras, el tono con que aquel las pronunciaba.

—¡Ah! ¿Con que no se hace en un día?…

—Usted lo dijo en otra ocasión, repuso Blanco con la misma tranquilidad.

—¿Qué será esto? se preguntaba Diego interiormente. Este hombre habla sin miedo y con un tono tan distinto de los demás días.

Y dirigiéndose a Blanco, continuó:

—Me parece, señor D. Pedro, que V. imagina algo.

—¡Yo!

—Sí, y cuidado con ello, porque le costaría muy caro luego.

—¿A mí? Según.

A Diego no le quedó ya la menor duda de que Blanco intentaba rebelársele de nuevo.

—¿Pero es posible que sea V. tan torpe? le preguntó Diego. Blanco fué a responderle, pero no pudo porque un estornudo le cortó la palabra.

—¡Jesús! dijo Diego irónicamente.

—¡Etchum! ¡etchum! ¡etchum!

Blanco estornudaba sin parar.

—Pero ¿qué diablos tiene V.? dijo Diego inclinándole a él.

Los ojos de Blanco brillaron de un modo feroz.

En este momento Diego se sintió de repente cogido por la espalda por dos hombres que salieron de la alcoba a los estornudos de Blanco.

—¡Infam…!

Diego no pudo concluir.

Al tiempo de cogerle los brazos los hombres que se le echaron encima por la espalda, Blanco le tapó la boca con un pañuelo que le ató fuertemente al cogote.

Diego levantó un pié dando a Blanco una fuerte patada.

—Sí, patea, patea, exclamó éste, ¡ya eres mio!

Diego quedó en breve, tapada la boca y atado de brazos y piernas, sobre el sofá.

Sus ojos lanzaban rayos de cólera, ya mirando a Blanco, ya a los dos hombres que le habían aprisionado.

Estos eran Roberto y D. Jaime Hernandez, el antiguo jefe de policía.

CAPÍTULO XXIV.
La cueva

UNA sola circunstancia, en medio de la inesperada sorpresa que sufrió Diego, podía aumentar el natural furor hijo de la apuradísima situación en que de repente se encontraba, y esta circunstancia era la de ver en los dos hombres que le aprisionaron, a los mismos precisamente que, después de Blanco, mayor ódio le inspiraban.

En vano Diego forcejó en un principio, agotando toda la poderosa fuerza de que estaba dotado: cogido por la espalda, en una posición sumamente desventajosa como era la de hallarse sentado cuando le

cogieron, y con tres hombres encima, pues Blanco se unió en seguida a Roberto y a D. Jaime, era imposible que Diego pudiera vencer la fuerza de los tres, falto además de respiración, pues Blanco, como antes hemos dicho, lo primero que hizo, fué taparle la boca.

—¡A la alcoba! exclamó Blanco así que los otros dos hubieron atado a Diego de brazos y piernas con una cuerda de antemano prevenida.

Roberto y D. Jaime le cogieron ni más ni menos que hubieran podido hacerlo con un fardo, y lo dejaron sobre la cama de Blanco.

—¡Ahora le registraremos! dijo Blanco, metiendo la mano en los bolsillos de Diego.

Sus dos compañeros le imitaron.

Sacáronle todos los papeles que encima llevaba, los cuales cogió Blanco con avidez, llevándoselos fuera de la alcoba.

Roberto y D. Jaime quedaron con Diego.

Aquel siguió registrando a éste hasta las botas. Se metió en el bolsillo cuanto dinero le encontró, y al conocer, por el tacto, que en una de las faltriqueras Diego tenía una llave, dijo:

—Ya no tiene nada más encima.

El antiguo jefe de policía, que sabía quedaba Diego bien asegurado, salió de la alcoba a preguntar lo que habían de hacer a Blanco, que, como le oímos indicar en el anterior capítulo, era el que dirigía la operación.

Roberto, apenas salió el antiguo jefe de policía de la alcoba, volvió a tentar el bolsillo de la llave, la sacó y se la guardó en el suyo.

Esta llave era la de dobles guardas que Diego llevaba siempre consigo, y que abría la puerta de la calle y de la habitación.

Roberto salió también de la alcoba después de esto.

El señor Blanco estaba examinando sobre la mesa los papeles que habían quitado a Diego, con una ansiedad difícil de explicar.

—¡No hay aquí nada mio! exclamó viendo el último.

—Y ahora, ¿qué hacemos, D. Pedro? ¿*le rematamos*? preguntó D. Jaime.

—No habrá necesidad, porque creo que se ha ahogado ya, dijo Roberto.

—¡Cómo! exclamó entonces Blanco con grande ansiedad.

—Sí, repuso Roberto; como el pañuelo le priva la respiración por la boca y la nariz…

—¡Ah! ¡Aflojárselo! ¡aflojárselo, en seguida! gritó Blanco corriendo a la alcoba.

—¿Pues no quería que muriera? preguntó Roberto a D. Jaime.

—Así lo tenía yo entendido, respondió éste; en fin, veremos.

Blanco se puso pálido como la muerte al ver a Diego con el rostro hinchado y de un color cárdeno, efecto de la sofocación que sufría.

¡Ah! ¡no me conviene que muera todavía! exclamó.

Y al instante le aflojó el pañuelo que tan fuertemente le oprimia la boca y la nariz.

Diego hizo al momento una grande aspiración, exhalando un quejido profundo de su pecho.

Blanco respiró también, exclamando al mismo tiempo:

—¡Vive todavía!

Y se puso a observarle atentamente.

El color morado del rostro de Diego, efecto de la sangre en él agolpada, fué bajando por instantes.

Su pecho palpitaba fuertemente, y sus ojos permanecían cerrados.

—¡Señor de Mendoza! dijo Blanco llamándole.

Diego no respondió.

había perdido el sentido.

En aquel momento de supremo furor había experimentado un efecto parecido o igual al que sintió cuando recibió el bofeton en la cubierta del negrero.

La sangre, encendida de repente al fuego del corazón que ardia, exaltaba el cerebro al punto de trastornarle en los primeros momentos, y rendirle luego, paralizando por completo sus facultades.

—Está sin sentido, exclamó Blanco.

—Usted dirá qué es lo que se ha de hacer, dijo D. Jaime.

—A ver si está bien asegurado… observó Blanco tocándo los nudos de la cuerda que sujetaba a Diego.

—¡Ah! lo que es por eso, no hay cuidado, observó Roberto; bien se podía dejarle conforme esta hasta el día del juicio, seguro que no había de moverse aunque volviera en sí. —Eso es lo que a mí me importa, dijo Blanco, que vuelva en sí.

—Pero no será cosa de llamar un médico, observó D. Jaime chanceándose.

—Eso es, respondió Blanco sonriendo a la chanza, en mejor ocasión.

—¡Ah! no tenga V. cuidado, lo que es porque vuelva en sí, volverá. Eso es efecto del sofocon y nada más, dijo D. Jaime.

—Vaya pues, salgamos ahí al gabinete, y dejémosle un momento, dijo Blanco.

—Si para eso no hay como la calma, repuso D. Jaime, siempre en tono de chanza.

Salieron al gabinete, y Blanco les dijo:

—Pues señor, ya hemos conseguido lo principal, que es

aprisionarle.

—Ahora V. dirá.

—Me conviene tener ese hombre vivo y a mi disposición algunos días, dijo Blanco.

—Nada más fácil, lo tendrá tantos días como V. quiera; en esto V. es dueño, respondió D. Jaime, pero con el bien entendido que ese hombre ha de morir.

—¡Ah! eso desde luego, añadió Blanco.

—Digo esto, porque al cogerle me ha mirado, añadió el antiguo jefe de policía, y de seguro me conocería el día de mañana, pues ya me ha visto y hasta hablado otras veces.

—En eso no hay cuidado, pues harto, valgo más que a V., me interesa a mí el quitarle del medio, dijo Blanco.

—Pues diga V. lo que se ha de hacer por ahora, volvió a preguntar D. Jaime.

—Lo primero es buscar un sitio donde se le pueda guardar con seguridad hasta que a mí me convenga, respondió Blanco.

—Supongo, dijo entonces el antiguo jefe de policía, con un tono de horrible sarcasmo, que no querrá V. un palacio.

—Cualquier parte, con tal que sea sitio seguro y se le pueda meter y sacar con sigilo.

—Entonces, observó Roberto, dirigiéndose a D. Jaime, quizá la casa aquella.

—*¿La fábrica?*… preguntó D. Jaime.

—Sí.

—¿Hay cueva en ella, según creo?

—Y buena, respondió Roberto.

—Pero es que cuando vayan los chicos.

—No se oirá nada. A la cueva se baja por una trampa que hay al otro extremo del patio, y una vez dentro, ya puede gritar.

—Diga V., D. Pedro, preguntó a Blanco el antiguo jefe de policía, ya que, segun V. dice, ese señor ha de estar por pocos días alojado allí donde le llevemos, ¿se hallaría bien en una cueva?

—¡Oh! perfectamente.

—Pues tenemos a su disposición una que no se encontraría mejor en todo Barcelona, dijo Roberto.

En esto se oyó un quejido dentro de la alcoba.

Blanco se levantó de repente, entrando en ella de un salto.

Los otros dos se quedaron impasibles en los asientos.

—Y diga V., preguntó Roberto acercándose a D. Jaime así que Blanco se levantó, mirando con recelo a la alcoba, y bajando la voz; ¿los veinte mil duros han de ser ahora?…

—No sé, respondió Jaime en el mismo tono bajo.

—Como lo principal ya está hecho.

—Veremos, veremos, concluyó D. Jaime poniéndose el índice en los labios para dar a entender a Roberto que no convenía hablar allí de aquel asunto.

—Blanco hizo salir a Roberto y a D. Jaime al salón, a fin de que no oyesen lo que iba a hablar con Diego.

—¿Qué es eso, señor de Mendoza? preguntó Blanco a Diego así que hubo entrado en la alcoba.

Diego había ya vuelto en sí.

Abrió los ojos, quiso moverse, pero se lo impidieron las fuertes ligaduras de la cuerda que le sujetaba; tendió una mirada a su alrededor, reconoció la alcoba de Blanco y sus ojos tropezaron con el rostro de éste, que acababa de acercarse a la cabecera de la cama.

Entonces adquirió Diego la conciencia de su fatalísima posición.

—¡Ah! ¡estoy perdido! exclamó para sí.

Blanco, viendo ya en su poder y completamente asegurado al hombre que tanto le daba que temer, y sintiendo entonces agudo como nunca todo el deseo de la venganza que abrigaba su pecho, quiso saborear el placer de la misma en toda la extensión de que era capaz y le permitia la situación.

Así empezó por tomar aquel mismo tono irónico que con él había usado antes Mendoza, y le repitió la primera pregunta:

—¿Qué es eso, señor de Mendoza?

Diego volvió a mirarle, y respondió:

—¡Ah! ¡pudiste jugarme una de las luyas!

—¡Quiá! ¡si no es más que una mera chanza!… repuso Blanco, queriendo hacer el irónico.

—¿Pero vas a tenerme mucho tiempo así, atado tan bárbaramente?

—Es necesario, nada más, para que satisfaga V. una o dos preguntas. Luego queda V. libre, señor de Mendoza.

Este se sonrió amargamente, echando a Blanco una mirada de desprecio.

—Con que, vamos a ver: en primer lugar me dirá V. quién es…

—¡Qué necio! balbuceó Diego.

—Y luego, cómo y por qué medios ha venido a saber secretos mios que yo no tengo ahora el menor inconveniente en hacer a V. la confianza de que son verdad.

—¿Con que todo eso quieres saber? preguntó Diego.

—Eso por ahora.

Diego dió media vuelta sobre la cama, como obligado a variar de posición por el fuerte dolor que le daban las ligaduras de la cuerda, y

respondió:

—A lo primero te diré, que soy el hombre que te aborrece de muerte; y a lo segundo, que la justicia de Dios, que no deja nunca impunes en la tierra crímenes tan abominables como los tuyos, me puso en el camino de encontrar las pruebas, para con ellas castigarte y vengar a tantos infelices como has perdido.

—Está bien. ¿Y esas pruebas?…

—¿Qué quieres decir?

—¿No me dirá V. dónde están?

Diego no podía sufrir el dolor que la cuerda, tan fuertemente apretada, le producia en los brazos y las piernas.

Blanco contemplaba con feroz placer la expresión de ese dolor en la fisonomía de Diego.

—¡Ah! veo que sufre V. bastante… y lo siento con el alma, señor de Mendoza: yo, sin embargo, estoy pronto a quitar a V. inmediatamente ese sufrimiento.

Diego, en medio de su amargura, volvió a mirar a Blanco, son riéndose con soberano desdén.

—Vamos a ver, prosiguió el capitán negrero; las pruebas, dígame V. dónde tiene las pruebas.

—¡Nunca! respondió Diego.

—¡Cómo!

—¡Nunca! ya lo he dicho.

Blanco dejó aquí el tono que tan mal y tan fuera de su terreno había usado, y volvió a ser lo que realmente era, un lobo marino que empezó a bufar de coraje al oir el acento de resolución con que Diego pronunció la palabra *¡nunca!*

—¿Pero sabes, desgraciado, a lo que te expones?

—Me lo figuro, respondió Diego con la tranquila resignación del hombre dispuesto a no ceder ni aun delante de la muerte misma.

—¿Sabes, prosiguió Blanco, lo que es hallarte bajo mi poder, con el odio que yo te tengo?

—Te conozco y lo sé.

—Pues bien; entonces debes saber que son horribles los martirios que te aguardan, antes de que mueras como un perro, sino satisfaces la exigencia mia en lo que le pido.

—He dicho que te conocía, y esto me evita el repetirte que lo espero todo de tí. Por consiguiente, es inútil toda proposición. Si ayer desprecié tus ofertas cuando me brindabas con toda la fortuna, hoy desprecio lo mismo tus amenazas, por más que me anuncien la mayor de mis desgracias.

Blanco no dijo a esto una palabra. Volvió a coger el pañuelo, y

atólo, tapando con él otra vez la boca a Diego.

Pero esta vez el capitán negrero tuvo buen cuidado de ponérselo de manera que, si le impedía hablar, no le cortase la respiración.

En seguida salió a encontrar a Roberto y a D. Jaime, que conversaban en el salón.

—He sido todo lo torpe que podía ser, exclamó Diego, así que Blanco hubo salido de la alcoba.

Efectivamente, a Diego le faltó la prevision al frecuentar tan a menudo la casa de Blanco, pues aunque iba prevenido para el caso de que éste intentara atacarle en su casa, debia haber previsto una asechanza como la que tuvo lugar aquella tarde.

Esta falta de prevision que Diego se achacaba, aumentaba más y más su sufrimiento en aquel entonces.

Pasó la tarde, entró la noche, y un silencio sepulcral reinaba en la alcoba, como asimismo en el gabinete a que estaba contigua.

Diego extrañaba el que tantas horas pasaran sin ver a nadie, y su imaginación se perdia en un laberinto de conjeturas acerca de los planes que Blanco pudiera tener respecto de su persona.

Su cuerpo, además, sufría horriblemente.

Aunque estaba en una blanda y bien mullida cama, no aliviaba esto en lo más mínimo sus dolores; todo lo contrario, el calor del cuerpo, que no solo conservaba, sino que aumentaba el mullido lecho, imprimia mayor vigor a la sangre, que, contenida en las estremidades por el dique de las ligaduras, hinchaba la piel, haciendo más vivos y agudos sus dolores.

A las dos de la madrugada, dos hombres penetraron en la alcoba.

Ambos llevaban capa y una gran barba que les cubría la mitad del rostro.

Diego sintió, al verles, como una especie de terror.

Sin decir palabra, lo cogieron y examinaron si el pañuelo de la boca estaba bien puesto para que aquel no pudiese dar la menor voz.

Presto se convencieron de ello.

Al levantar a Diego, éste sintió un dolor agudísimo, y los dos hombres que a su lado estaban, oyeron apenas el ronco y profundo quejido que exhaló su pecho.

Diego no podía tenerse en pié.

En brazos lo llevaron escalera ahajo hasta la puerta de la calle. Allí sacaron una capa, con la cual le cubrieron, y cogiéndole uno de cada brazo, salieron de la casa de Blanco.

—No hay nadie en la calle: dijo uno.

Diego conoció la voz de Roberto.

Echó una mirada escrutadora al rostro del otro y su vista

descubrió, a pesar de la postiza barba, la chata catadura y ojos de gato del antiguo jefe de policía.

Embozaron a Diego en la capa que le habían puesto y echaron a andar, llevándole, como hemos dicho, entre ambos y cogido de los brazos.

Cada paso que daba Diego, era una espina agudísima que se clavaba en su alma, tal era el dolor que le producia en sus lacerados miembros el brusco movimiento de la marcha a que le obligaban.

De esta suerte anduvieron atravesando varias calles, sin pararse sino el momento en que la vista de algún transeúnte les hacía detener. Entonces se paraban, y formando corro los tres, él, D. Jaime y Roberto, empezaban estos a hablar de cosas indiferentes. El transeúnte, si acaso se fijaba en el grupo, veía tres hombres que amigablemente, al parecer, platicaban, y seguía, sin cuidarse de ello, su camino. Así que se hallaba a la distancia conveniente, el grupo volvía a emprender su marcha hácia el punto de su destino.

—¡Pero a dónde me llevarán, Dios mio! pensaba Diego mientras andaba a tropezones, exhalando el alma en cada suspiro.

El grupo se paró por fin ante una casa de una de las calles cercanas a Muralla.

La calle y la casa eran las mismas en que vimos entrar una de las pasadas noches a D. Jaime, esto es, la casa de los monederos falsos.

Roberto abrió y entraron.

Después de vuelta a cerrar la puerta, atravesaron la casa, pasando por aquella cuadra en donde estaba la máquina de la moneda, que ya conocemos, y abriendo una pequeña puerta, salieron al patio. Llegaron al fondo de éste, y se metieron debajo de un estrecho cobertizo.

Al entrar en él, Roberto sacó otra llave, inclinóse al suelo, la llave sonó en una cerradura y se levantó seguidamente una trampa de madera.

—¡Esta va a ser mi sepultura! pensó Diego.

Hasta allí la luz de la lana les había permitido andar sin el auxilio de otra luz artificial.

Roberto sacó un cabo de vela, lo encendió con un fósforo y el grupo penetró en la trampa.

Después de una pendiente de veinte o treinta piés, llegaron a un espacio ancho de cinco o seis metros.

En un rincon había un monton de paja, al lado un jarro con agua y un pedazo de pan encima del jarro.

En la pared y junto a la paja, una argolla de hierro, de la que pendia una gruesa y pesada cadena.

Echaron a Diego sobre la paja, pusiéronle en un pié un grillete que

había al extremo de la cadena, le quitaron la cuerda y el pañuelo de la boca, y salieron sin decir palabra.

—¿No me dejais siquiera una luz? exclamó Diego.

Ninguno de los dos esbirros contestó.

Al cabo de un momento, Diego oyó como la trampa caía y el ruido de la llave que volvía a dejarla cerrada.

CAPÍTULO XXV.
El corazón de Daniel

El primero que notó la falta de Diego, fué naturalmente su fiel criado Daniel.

La primera noche que faltó a su casa, donde más tarde o más temprano no había dejado nunca de ir a recogerse, Daniel experimentó ya una fuerte zozobra, que fué en aumento a medida que iban pasando las horas del día siguiente, y subió, a su último punto cuando llegó y pasó también la segunda noche y Diego no había parecido aun por su casa.

Éste creia, visto el sentimiento de gratitud que tan claramente manifestó Daniel en sus palabras y en sus acciones, que el leal criado le tenía una verdadera estimación; pero para conocer hasta qué punto llegaba ésta en el corazón del antiguo soldado para con la persona que tan hidalgamente le amparara en su desgracia, era preciso que Diego hubiese visto en el rostro de aquel la expresión del profundo desconsuelo y marcada desesperación que le cubría.

—¡Qué habrá sucedido a mi amo, Dios mio! se preguntaba Daniel la segunda noche, dándose con la mano en la frente y sentado en una silla con la cabeza baja, como abrumada por el peso de su pensamiento.

Y volvía a levantarse dando pasos y vueltas en el salón, hasta que, mareado de sí mismo, caía otra vez sentado en la silla.

—¡Oh! sí, volvía a exclamar; a la fuerza ha debido sucederle alguna desgracia.

El corazón del fiel criado lo adivinaba; pero ¡cuán lejos estaba de suponer ni de imaginarse las circunstancias de esa desgracia!

—¡Ah! ¡y yo, seguía pensando, sin un camino, sin un indicio que pueda darme una luz!… Si pregunto a la casa del señor de Sans, que sé yo que visita, tal vez cometa una indiscreción: y luego si no ha sucedido nada, va a incomodarse conmigo Pero ¡sí, sí, algo ha sucedido! ahora recuerdo: anteayer me dejó un encargo respecto del pliego aquel que escondió debajo del ladrillo de la alcoba… ¡Ah! ¡Él preveía algo entonces!… Pero ¿cómo no me dijo más?… el camino siquiera de llegar a saberlo, o la conducta que debia yo observar preguntando o callando en un caso semejante…

La imaginación de Daniel, al impulso del cariño que profesaba a su amo, se perdia en reflexiones y conjeturas.

—Nada, aguardemos un poco mas; acaso yo me exalto sin motivo. Él me previno solamente, que si sucedía lo que ya sucede hoy, me apoderase del pliego y lo guardase en lugar sino, y que no lo abriese hasta saber su muerte. No me dijo más. Cumplamos.

Y dirigiéndose a la alcoba, sacó el pliego de debajo del ladrillo.

El pliego, como es de suponer, estaba sellado.

En él había un sobrescrito.

Daniel lo leyó, y dos gruesas lágrimas asomaron a sus ojos.

Era letra de Mendoza, y el sobre decía:

«A mi fiel criado Daniel, para después de mi muerte».

Se comprende el sentimiento de Daniel.

Aquel amo tan querido le daba otra muestra, la más grande de su

confianza, acordándose de él para un encargo que debia ser grave e importante, pues en tales términos y para tal tiempo se lo legaba; y esto enterneció de nuevo al fiel criado, que al leer el sobre, le pareció oir la voz de su amo ya desde la otra vida.

—¡Me dijo que lo guardara en lugar seguro! ¿dónde mejor que sobre mi corazón? ¡con la vida y no de otra suerte podrían arrancármelo de este sitio!

Y esto diciendo, Daniel quitóse el chaleco, descosió el forro de un lado del pecho, metió el pliego entre las dos telas, volvió a coser lo descosido, y se puso otra vez el chaleco, para no quitárselo de encima, sin duda, ni aun durmiendo.

Dejemos por ahora a Daniel, y volvamos a la oscura cueva donde se halla prisionero su amo.

Se habían pasado dos días y dos noches.

Diego, echado sobre un puñado de paja, en un subterráneo sumamente húmedo, sin luz y sin otro alimento que el pan que aun no había probado, y el agua que había probado menos todavía, estaba sufriendo lo que no había sufrido aun en toda su vida.

DIEGO PRISIONERO EN LA CUEVA

—Este infame, se decía, me tendrá aquí hasta que le plazca, y luego me dejará morir de hambre o me mandará asesinar, si es que no quiere darse este placer haciéndolo por sí mismo. ¡Ah! ¡y cómo, Dios mío, has podido permitirlo! Si no había yo de poder cumplir tu justicia con ese tigre, ¿cómo hiciste llegar a mis manos las pruebas, de sus crímenes para que yo me perdiera en lugar de perderle con ellas? ¡Las pruebas! ¡eso es lo que el infame quiere! Me registraron, quitóme todos los papeles… ¡Ah! ¡cuán bien hice en confiarlos a la fidelidad de Daniel! ¡El pobre qué pensará!… Si yo muero, como es cierto que moriré, tengo la esperanza que cumplirá mi legado. ¡Ah! ¡con esta esperanza ya no siento tanto la muerte! Pero, ¿y Roberto? ¿y el jefe de

policía? ¡A esos no les alcanza el legado de Daniel! ¡quedarán impunes!

Esta idea era la que más desesperaba a Diego.

Como hemos dicho, hacía dos días que no tomaba alimento, y la debilidad iba rápidamente apoderándose de su cuerpo, harto castigado además con la inclemencia del sitio y los dolores de su alma.

—No desmayemos todavía, se dijo, acudiendo a ese recurso que las almas fuertes encuentran siempre en sí mismas, para defenderse en las más críticas situaciones. Siento que no puedo pasar más tiempo sin comer; por aquí debe estar el pan que vi sobre el jarro cuando me bajaron y escondiendo la mano, tentó y dió con lo que buscaba.

Comio el pan y bebió agua.

Apenas concluyó, oyóse el ruido de la llave en la cerradura de la trampa.

El corazón de Diego experimentó un inevitable y fuerte sobresalto.

Su respiración se contuvo, abrió los ojos, naturalmente, y aguzó el oído.

Después del ruido de la llave, un rayo de luz descendió por la pendiente, y se oyeron los pasos de un hombre, resonando en el fondo de la cueva.

La luz era artificial, y la llevaba en la mano el hombre que descendia al subterráneo.

Diego tenía los ojos fijos en el sitio por donde aquel bajaba.

La figura del hombre apareció al fin, pero Diego no pudo reconocerle.

La luz dió de lleno en sus ojos, obligándole a cerrarlos al herirles con sus rayos.

El tiempo que había permanecido a oscuras, era suficiente para que luego quedase deslumbrado al ver de nuevo la luz.

El hombre estaba ya a su lado, y Diego no había abierto los ojos todavía.

—¡Ola! ¡ola! dijo aquel; ¡parece que hemos comido toda la ración! ¡diantre, y qué apetito tiene V., señor de Mendoza!

Diego no necesitaba ya verle para conocerle.

El hombre era Blanco.

Al oir su voz, el cuerpo de Diego dió un sacudimiento nervioso de piés a cabeza.

Blanco dejó la linterna sorda que llevaba en el suelo, y se sentó en una piedra que había en la cueva, algo distante del sitio en que estaba Diego.

—¿Y qué tal, señor de Mendoza, prueba bien la nueva habitación? dijo luego de haberse sentado.

Diego no contestó a esta pregunta tan baja como repugnante.

Él comprendía sí que a un hombre se le hiciera sufrir, pues ya hemos visto cómo lo hacía con el mismo Blanco; pero en medio de esto le repugnaba la brutalidad en el martirio, y hé aquí lo que más sentía en manos y bajo el poder de un hombre como era el traficante de negros.

—¡Qué! ¿no merezco yo respuesta? repuso éste queriendo imitar el tono irónico que otras veces había usado Mendoza con él.

Diego empezó a abrir los ojos, y dijo:

—Mientras se me trate de una manera tan soez y tan brutal, no esperes de mí la menor respuesta.

—¡Pues qué! ¿no he usado yo buen modo por ventura? ¿O es que se queja V. del alojamiento? ¡Ah! en ese caso, V. tiene la culpa, si no habita otro mejor; por ejemplo, el mismo de V. de la calle de la Princesa.

Diego le miró sonriéndose amargamente.

—Ea, vamos a cuentas, repuso Blanco. Hace dos días y dos noches que está V. aquí, donde comprendo no puedo probarle a V. mucho, pues en tan corto tiempo está V. casi desconocido: así considere V. mismo, que con pocos días más de permanencia en este sitio, se muere irremisiblemente, ¿comprende V. esto?

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo y qué? ¿quiere V. morir, o quiere V. vivir?

—¡Necia pregunta! respondió Diego con desdén.

—¿Es decir, que todavía desprecias mi proposición? volvió a preguntar Blanco.

—La adivino y la desprecio, repuso Diego. Tú quieres proponerme la libertad a cambio de las pruebas de tu crímen, que era necesario le entregase yo antes de salir de aquí, para destruirlas primero y luego asesinarme.

—¿No fiarías de mi palabra?… preguntó Blanco torpemente.

—¡Tu palabra!… La garantia de esta es el honor del hombre, y tú ¿dónde tienes esto último para que se tenga fé en aquella?

Blanco cerró los puños, apretando los dientes, que rechinaron en la cueva produciendo un sonido extraño, y sus ojos lanzaron dos chispas de coraje al hacer un movimiento hacia Diego que contuvo inmediatamente.

—¡Ven a mi! ¿qué te detiene? ¡estoy inerme y aherrojado! ven y ceba tu rábia y tu furor. Será una hazaña digna en un todo de un hombre cobarde como tú.

Blanco, a pesar de su coraje, oía pasmado estas palabras de boca de un hombre en aquella situación. Con mucho menos se había él

humillado antes, y hasta casi llorado delante de Diego. Verdad es que de uno a otro había gran diferencia.

—¿Tú te crees acaso alcanzar algo con mi muerte?

Aquí Blanco palideció.

Empezaba a comprender lo que antes había sospechado.

—Conseguirás, añadió Diego, matarme a mí, pero no las pruebas de tu crímen, que me sobrevivirán para perseguirte do quiera hasta vengarme.

—Con que, ¿es decir, preguntó Blanco, que has hecho pasar esas pruebas a otras manos?

—Previendo afortunadamente que podía llegar a ser víctima de una asechanza luya.

Blanco reflexionó un momento.

Luego dijo:

—¿Y tú crees con esto librarte de mis manos?

—No creo nada.

—Entonces.

—Solo sí, y esto le lo digo aquí, que únicamente saliendo yo de este sitio libre como antes, podrás permanecer en el mundo con la consideración y el nombre que tienes hoy.

—Voy a proponerte un trato, dijo Blanco: si yo le dejo salir, ¿me entregarás luego esas pruebas?

—No, respondió Diego sin vacilar.

Blanco se quedó verdaderamente pasmado ante semejante muestra de valor y entereza.

Diego no sabía mentir ni por el recelo de la muerte, aun cuando obtuviese su palabra un hombre como Blanco.

—Es imposible, se dijo Blanco, tanto valor en un hombre. Luego añadió con voz alta:

—¿Pero tú sabes que de otra manera vas a morir?

—Creo que si no muero aquí de hambre o por consunción, me asesinarás el día que mejor te plazca.

La calma con que Diego pronunció estas palabras, acabó de descorazonar a Blanco.

Éste dijo no obstante:

—¿Y si yo le dijera que va a ser hoy mismo?

—Tanto mejor para mí, y peor para tí.

—¿Qué va a ser en este instante? repitió Blanco con acento feroz.

—Mejor, respondió Diego con la misma calma.

Blanco dió un silbido, y repitió:

—¿Lo has pensado bien?

—Sí.

Un hombre bajó a la cueva con chaqueta y un puñal en la mano.

¡Despáchale! dijo Blanco.

Diego se apartó del pecho las solapas del gaban, exclamando:

—¡Hiere, asesino!

El hombre levantó el puñal.

—¡Detente! exclamó Blanco.

Y en seguida dijo para sí:

—¡Oh! ¡se deja matar!… ¡es verdad que otro tiene el encargo! Luego, para disimular, añadió en alta voz.

—No basta que muera así tan de repente; he pensado otra cosa.

—Usted mismo, dijo fríamente el asesino.

Diego conoció la voz de Roberto, cuyo rostro apareció desfigurado por una gorra catalana que tenía puesta hasta las orejas y la espesa barba postiza que le cubría la mitad de la cara.

—Le bajarás otro pedazo de pan, dijo Blanco a Roberto, la muerte por hambre es demasiado benigna, y ha de ser de otro género.

Y en seguida, dirigiéndose a Diego, exclamó con acento enfurecido:

—¡En el infierno padecerías menos!

Diego contestó a estas palabras con otra sonrisa de soberano desdén, Blanco y Roberto subieron otra vez la rampa o la pendiente de la cueva.

Al llegar arriba y después de haberse cerrado la trampa, aquel dijo a éste:

—Ya ha visto V. ¡qué firmeza de carácter y qué tenacidad!

—Efectivamente.

—¡Se dejaba matar!

—¡Y con qué serenidad! eso hombre tiene un corazón como una catedral, añadió Roberto.

—Sí, en verdad; y está visto, no se consigue nada de él, exclamó Blanco.

—Es que, por otra parte, dijo Roberto, hace poco tiempo que está ahí.

—Sí, pero la muerte, ya ves, cuando ante la muerte, no ha cedido.

—No importa: hombres de este temple que no ceden a la muerte, suelen ceder luego al fastidio, al aburrimiento y a los dolores de otro género.

Es inútil que digamos al lector que Roberto era práctico en el asunto, cuando con tanto aplomo daba su opinion acerca de la tenacidad de Diego en aquella situación.

—No lo veo fácil, repuso Blanco, que recordaba la firmeza de las contestaciones de Diego.

—Alguno he visto yo tan testarudo, y a los quince o veinte días de

estar en un sitio como ese, ha cedido, insistió fríamente Roberto.

Blanco quedó como perplejo.

—No sé qué hacer.

—Haga V. lo que quiera, dijo Roberto; si quiere que lo *despachemos*, es negocio de momentos nada mas…

—Por ahora qué sé yo dijo Blanco, en quien duraba la misma perplejidad.

—Eso según lo que V. vea y espere de él, sabrá si le conviene dejarle por ahora. Ahí bien guardado se está, y yo esperaría unos días.

Blanco se puso a reflexionar unos momentos.

Roberto contemplaba su indecision, esperando mudo la órden de aquel.

—Bájale, pues, otro pedazo de pan, dijo Blanco resolviéndose al fin, sin saludar a Roberto, salió de la casa, dejando a Diego bajo su custodia.

CAPÍTULO XXVI.
Consecuencias de la desaparición de Diego

LANCO temió evidentemente la amenaza que envolvían las palabras de Diego.

La prueba de las expresiones que éste profirió, fué harto clara, cuando tan resuelto se resignó a morir, para que el capitán negrero no la creyese verdadera. El miedo de lo que vendría después, le hizo detener el brazo del asesino.

De otra manera, lo que Diego en presentarle las pruebas, hubiese tardado Blanco en darle la muerte, por más que le hubiese antes

prometido mil veces la vida y la libertad.

Diego, cuya penetración no era escasa, y que sabía el sumo placer que tendría Blanco en poderle asesinar sin ningun recelo, al observar la contraorden de éste, conoció también el motivo, felicitándose en su interior por el buen resultado de su conducta en aquellos momentos tan críticos.

De todas maneras, vivía aun, y la persona que podía decretar su muerte, estaba interesada en conservarle la vida.

Esto no era poco, en medio de tan horrible situación.

Mientras pasan algunos días, durante los cuales Blanco intenta apurar la paciencia de Diego, para obligarle al objeto que sabemos, preciso es que le abandonemos, ya que la suerte quiere que sea completa su soledad, para trasladarnos a la casa de la familia Messina.

En medio del natural disgusto que sentía Margarita por el suceso de su hija, experimentó no poco consuelo a su aflicción con el noble interés que el señor de Mendoza se había tomado por la familia.

Hacía tres días, sin embargo, que el caritativo caballero no se había dejado ver en la casa de Margarita.

Ésta hizo, naturalmente, varias conjeturas, pues aunque de poco le conocía, no había pasado sin verle tanto tiempo.

La madre de Amalia ansiaba mucho más en aquellos días la presencia de su protector, por cuanto sabía que la causa de la niña, que se llevaba con bastante rapidez, iba a salir del estado de sumario, y aquel le había dicho que en su caso y lugar, tenía pruebas que presentaría para probar la inocencia de su hija.

Margarita veía este caso próximo, y hé aquí una de las principales causas de su ansiedad, a la cual no era ajeno el cariño verdadero por Mendoza, cariño que engendra siempre la gratitud por los beneficios que se reciben, y tanto más si se emplea en estos la delicada forma con que supo Diego revestirlos.

Margarita, aunque en la cama todavía, estaba ya muy aliviada, habiendo podido atender a sus necesidades con el socorro pecuniario que había recibido aquellos días.

Era una mañana, y con ella se hallaban sus pequeñuelos, de los cuales, el mayor, Ramón, tenía solo diez años.

Llamaron a la puerta.

Ramón abrió, y el casero que ya conocemos entró en la pequeña habitación.

Por primera voz, desde mucho tiempo, sintió Margarita, cierta alegría en lugar del dolor que por lo comun solia ocasiónarle la presencia de semejante huésped.

—Buenos días, dijo éste al entrar.

—Muy buenos días tenga V., señor.

—Vamos ¿ya tiene V. arreglado eso? se apresuró a preguntar el procurador de Blanco, sin dejar concluir a Margarita la contestación al saludo.

—Sí, señor, ya está arreglado, contestó ésta.

—Veamos pues.

Margarita metió la mano debajo de la almohada, y sacó un papel que presentó al casero diciéndole:

—Tome V.

—¿Y qué es eso? dijo el casero sin desdoblar el papel.

—Sírvase V. leerlo.

El casero lo desdobló y leyó para sí:

«La familia Messina, que vive en mi casa de la calle de Robador, está relevada de pagar alquiler.

PEDRO BLANCO».

—¿Y qué tenemos con eso? preguntó sonriéndose friamente el procurador.

—¿Cómo qué tenemos? exclamó Margarita, extrañando, como no podía menos, la pregunta del casero.

—Si, ¿qué tenemos? repuso éste.

—¿Pues no ha leido V.?

—Sí.

—¿Y no reconoce esa firma?

—¿Si la reconozco? Vea V. si la reconozco.

Y esto diciendo, rasgó el papel, tirando los pedazos.

—¡Qué hace V.!

—Cuando un papel no sirve, se rasga.

Margarita miraba asombrada al procurador, sin comprender sus palabras ni menos su acción con la *respetabilísima* firma de su principal.

Era evidente que éste había dado órden en contrario al primero; pero Margarita, sin ninguna clase de antecedentes como se hallaba, no podía explicárselo y repuso:

—Pero V. ha dicho que reconocía esa firma…

—Más, cuando la he rasgado, añadió el procurador, es porque para mí no es cuestión de firmas en este momento, sino de dinero efectivo.

—Pero si el otro día mismo, al siguiente de haber estado V. aquí.

—Tuvo V. esa orden: ¿no quiere V. decir eso?

—Eso, sí.

—Pues yo tengo otra posterior, y esta es la de recibir el dinero de

manos de V. o despedirla inmediatamente del cuarto, quedándome en garantía, para el pago de los alquileres vencidos, los muebles que hay en él.

Precisamente, con el socorro que Diego la facilitó, Margarita había mandado comprar en aquellos días, algunos trastos indispensables a la desmantelada habitación, y era ya más reducida la suma que le quedaba.

Pero el casero redobló las exigencias a tal punto, y las acompañó de tales amenazas, que Margarita no tuvo otro remedio que pagarle.

Metió la mano debajo de la almohada, y sacando del poco dinero que tenía, lo que debia al casero, se lo entregó.

—Muy bien, dijo éste. ¿Vé V.? ahora no volverá V. a verme hasta fin de mes; pero le advierto que en adelante, no podremos seguir como hasta aquí. Yo no mando, y luego tendría que pagarlo de mi bolsillo. Tengo órden terminante para despedir al inquilino al día siguiente de vencido el mes o el trimestre, si no lo ha pagado el mismo del vencimiento.

—¡Ah! preciso es confesar que su principal de V., para ser tan rico, tiene bien poca consideración.

—Amiga ¿qué quiere V.? cada cual es dueño de lo suyo.

El casero, que había concluido su mision después de cobrado el dinero, importándole muy poco la opinion de aquel inquilino acerca de la poca o mucha consideración de su principal, salió saludando contra la costumbre que tenía.

Verdad es que el haber cobrado, autorizaba aquel acto de buena educación.

Margarita quedó haciendo mil reflexiones, después de la salida del casero.

Entre todas había una más acertada de lo que ella misma creia.

—¿Tendrá relación la falta del señor de Mendoza estos días con la contraorden dada por el dueño de la casa y presentada tan brusca corno irrespetuosamente por su procurador?

Esto se preguntó Margarita, añadiendo en seguida:

—¡Ah! si es así, ¡qué podrá haber sucedido, Dios mio!

El estado del alma influye mucho en las dolencias del cuerpo.

La enfermedad de Margarita iba cediendo a medida que el espíritu cobraba nuevas fuerzas, alentado por la lisonjera luz de la esperanza; cuando ésta volvió a palidecer, el espíritu de Margarita tornó a abatirse, y la enfermedad volvió a agravarse con más rapidez que se notaba antes en la mejoría.

Los días pasaban, los recursos se concluían por momentos, Augusto no parecia, y Amalia, en la cárcel, necesitaba nuevos auxilios.

El señor de Mendoza había anticipado al alcaide el dinero de pupilaje y alquiler del cuarto que Amalia ocupaba para muchos días, pero esto no basta en la cárcel para que un preso goce de ciertas consideraciones. Estas es necesario comprarlas todos los días con nuevas expresiones al alcaide y carceleros; y como el caballero que por Amalia se había interesado, no pareció más por allí, y la causa, fuera ya del estado de sumario, arrojaba la culpa sobre la joven, se creyó que ésta era realmente culpable, que su protector era tal vez un cómplice suyo, que viendo el asunto mal parado, había esquivado el cuerpo.

La situación, pues, de Amalia en la cárcel, varió en un todo.

A las solícitas y hasta serviles atenciones de antes, sucedieron la indiferencia primero, el desdén luego, y, finalmente, las reprensiones injustas y ese tono brusco y hasta feroz que se usa por lo general en las cárceles con los pobres presos que carecen de medios para atraerse la benevolencia y la atención de sus guardianes.

Margarita sabía del estado de la causa y de su hija en la cárcel.

Mientras pudo, mandó allí auxilios y regalos que no satisfacian, sin embargo, la devoradora codicia de los carceleros, quienes se figuran, por mucho que se les de, que más se les debe todavía; y los medios de que Margarita podía disponer no bastaban a llenar semejante codicia.

Presto los pocos muebles que había comprado, volvieron a venderse, y presto volvió a quedar la casa en el triste y miserable estado de antes.

Decimos mal, el estado de Margarita fué después mucho peor.

Faltábale, en primer lugar, su hija, y luego lo que ésta ganaba todos los días en el torno de seda.

Llegó para Margarita uno de esos días tan horribles, día que no describe la pluma con palabras, uno de esos días de estrema desesperación que tienen los pobres, principalmente en los grandes centros del dinero y de la abundancia: un día sin pan.

¡Ay! y ese mismo día a la pobre Amalia, a quien había el alcaide presentado ciertas cuentas, de las cuales resultaba gastado enteramente el dinero entregado por Mendoza, se le había intimado la órden de trasladarla desde su cuarto a la cuadra, en donde se hallaban recogidas por todo género de delitos las mujeres de peor condición, a menos que en breve entregase otra cantidad que la permitiera continuar como hasta entonces.

La situación de Margarita, postrada en aquel lecho, era angustiosísima.

Aquella vecina de la casa que no había dejado de prestarle sus servicios puramente personales, que otra cosa no podía la pobre

mujer, entró a verla, y enterada del caso, lo dijo:

—A mí me parece que por el pronto habría un medio de arreglarlo.

—¡Oh! ¡diga V. por Dios! exclamó Margarita.

—Y quizás, prosiguió la mujer, después de acudir a esa necesidad apremiante, tuviese V. algún pequeño auxilio en adelante.

¡Oh! diga V., diga V.

Ramón, este niño que tiene ya diez años, podía ayudar a V.

—¡Y qué ha de hacer la criatura! exclamó la madre, desmayando su espíritu de nuevo y perdiendo la esperanza que había por un momento concebido con las palabras de su vecina. Demasiado hace, prosiguió, cuando el infeliz, tan pequeño como es, me sirve como una mujer.

—Eso sería el único inconveniente; que luego le haría a V. mucha falta aquí, no estando Amalia; pero el caso era salir del trance de hoy.

—Pero, ¿qué pensaba V.?

—Pensaba que tal vez tomarían a Ramón en una casa y le darían, sí se comprometia V. a dejarle allí el tiempo que se acordase, le darían tal vez diez o doce, según, quizá una onza, o veinte duros.

—¡Ah! exclamó Margarita entonces, si eso fuera.

—Se puede probar, y creo no será difícil.

—¿Y en dónde y cómo había de ser eso?

—Oiga V. En Barcelona hay un hombre extranjero que tiene siempre diez y ocho o veinte, o más chicos, que él los mantiene, y trabajan para él. Para eso se arregla antes con los padres, y hace un compromiso de uno, dos o más años, y les dá a éstos el dinero que se haya acordado.

—¡Ah! ¿y en qué oficio emplea los niños?

—Una cosa muy sencilla; en limpiar botas.

—¡Mi hijo limpiabotas! exclamó Margarita.

El niño Ramón, a los piés de la cama de su madre, de codos en el jergon, y descansando la barba en la palma de las manos, oía todo esto sin perder una palabra.

—¿Y qué tiene que ver? repuso la mujer; cierto que a V. le será sensible, pero eso no deshonra a nadie. Además que si de esta suerte puede V. evitar que vaya Amalia a la cuadra de las mujeres. ¡Ah! V. no sabe lo que es aquello. ¡Ella tan buena, tan inocente, y tan candorosa! a los dos días de estar allí.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mío! exclamó Margarita.

—Si ese hombre, que visita la casa de una amiga mia, quería tomar a Ramón, todavía era una suerte; se quitaba V. una boca de casa, y luego, como si hacen más de una peseta todos los días, lo que excede de los cuatro reales que tienen que entregar al amo, es para ellos,

Ramón, que comerá y dormirá allí, en lugar de comprar cosas de chicos, como hacen otros, bien podía traerle a V. uno o dos reales todos los días.

—Sí, sí, mamá, yo quiero ir; quiero ir, para darle a V. ese dinero.

—¡Hijo mio! exclamó Margarita, tendiéndole los brazos, en los que se echó Ramón, abrazando a su madre y repitiendo:

—Sí, sí, mamá, yo quiero ir, quiero ir y traer a V. ese dinero todos los días.

—Tienes razón, hijo mio, dijo entonces la vecina, tú trabajarás así para ayudar a tu pobre madre, que está enferma, y para que Amalia salga luego de la cárcel.

—¡Pobre Amalia! dijo el niño casi llorando, ¡hoy no he podido ir a verla todavía! por ella yo lo haría todo, hasta si me dijesen que había de morir.

—Vé V., repuso la mujer. Este, como es un oficio que está aprendido el primer día, se gana el primer día también. El amo les entrega a los chicos su cestillo con el bote de betún y los cepillos y ya están aviados para todo el día: cuando llega la hora de comer, comen y luego se van a dormir hasta el día siguiente. Ya V. ve que no es trabajo que mate.

Margarita miraba tristemente a la mujer, al paso que pensaba:

—Es cierto; ¡pero mi hijo limpiabotas!…

Este sentimiento de su dignidad herido, y de su amor de madre mortificado por el género de oficio que se la proponia para Ramón, no volvió, sin embargo, a demostrarlo a la mujer aquella, que con todo y su buen corazón, criada como estaba en otra clase que Margarita, no hubiera comprendido el dolor de ésta, achacándolo a un orgullo indigno de lástima, y que en los pobres no debe tener cabida jamás.

Margarita, pues, estrechada más y más por las manifestaciones de Ramón, no se atrevió a oponerse, y la mujer, teniendo en cuenta lo perentorio del asunto, salió animada de los mejores deseos y con la mayor voluntad, a proponer el negocio al hombre de los limpiabotas.

CAPÍTULO XXVII.
En que se prueba lo que vale un Hombre despierto

OCHO días se habían pasado desde el en que fué Diego llevado al horrible encierro de la cueva, y a pesar de sus sufrimientos en aquel subterráneo, y de que él mismo sentía desfallecer su cuerpo por momentos, pues a causa de la humedad del sitio tenía, lleno completamente de dolores reumáticos, sus miembros como paralíticos, y además, la falta de aire puro había obrado un cambio fatal en su naturaleza; a pesar de esto decimos, la fortaleza de su espíritu no le abandonó un instante, y siempre la tuvo suficiente para resistir a las

proposiciones del capitán negrero cuantas veces fué a verle con objeto de que entregase los papeles que creia firmemente poseia Diego.

El estado de éste, no podía durar mucho ya, y la hinchazon de las extremidades y de la piel del rostro, era señal evidente de que la enfermedad adquirida en aquel sitio, iba progresando, habiendo llegado a un punto en que era imposible el resistirla a la más fuerte naturaleza.

La última vez que estuvo a verle el capitán negrero, le dijo:

—¿Pero no ves, no conoces que le mueres?

—Peor para tí, exclamó Diego con la mayor frialdad, y fijo siempre en la idea de que la única garantia que le quedaba contra aquel hombre, era el miedo de éste por los papeles que se harían públicos a su muerte.

—¡Pues tú lo quieres, muere, y muere aquí desesperado!

Y esto diciendo, Blanco subió otra vez la rampa de la cueva, exclamando al salir:

—¡Ya no hay esperanza! ¿quién tendrá eso ahora? ¡Y este hombre se muere! Muera pues y luego veremos lo que sucedo.

Volvamos ahora a casa de Mendoza, pues importa que veamos a Daniel.

El fiel criado estaba como loco.

Cada día que pasaba, era para él un siglo de inquietud y zozobra indecible.

—¡Ah! ¡en tantos días mi amo, sin una gran desgracia, me hubiera escrito! ¡y cuando no lo ha hecho, es que ha muerto ya!

¡Qué contendrá este pliego! se decía poniendo la mano sobre el pecho. Creo que estoy ya en el deber de abrirlo. Dice *para después de mi muerte*: ¿y si no ha muerto a pesar de todo, y hago un mal en abrirlo?

Durante el día, Daniel recorría calles y plazas, cafés, paseos, leia noticias de periódicos, todo con el fin de salir del estado de cruel zozobra en que se encontraba.

Por la noche, después de haber entrado y salido varias veces en el café de San Pablo, recordando que allí fué su amo una vez y mirado las fisonomías de todos y preguntado por mil cosas y personas extrañas al verdadero móvil que le impulsaba, se volvía a casa, y ora en el balcón, mirando siempre a la calle con mortal ansiedad, ora entrando y paseándose, ora sentado y dándose muy a menudo palmadas en la fronte, como si así hubiera de hallar en ella la idea que él necesitaba para salir de aquel angustioso estado, pasaba enteras muchas noches y la mayor parte de otras en que el cansancio le rendía al sueño.

La noche misma en que Blanco salió de la cueva resuelto a no volver y dejar morir en ella a Diego, Daniel estaba pensando en lo de siempre, apoyado en la barandilla del balcón y mirando a la calle.

Negras nubes encapotaban el cielo, los faroles de la calle de la Princesa, que entonces eran todavía de luz de aceite, y estaban colocados en el extremo de postes de madera clavados en el suelo, despedían un resplandor tibio y triste al través de los cristales no muy limpios y empañados además por la humedad del tiempo, que era bastante frío.

De vez en cuando, la fosfórica luz de un relámpago alumbraba la calle y el salón de Mendoza, al penetrar por el balcón abierto en que estaba Daniel.

Este, embebido en sus pensamientos, ni atendia al tiempo, ni sentía el frío.

Sus ojos estaban siempre en la calle, midiéndola de un extremo a otro, y creyendo a cada bulto que se acercaba encontrar un punto de semejanza con la figura y el andar de su amo.

Pero el bulto ambulante, o pasaba por delante de la casa volviendo a desaparecer en breve, o se detenía en alguna otra, en la cual se metia para no volver a salir hasta el día siguiente.

A medida que la noche fué avanzando, fué disminuyendo el número de transeuntes.

Era la una.

La atmósfera empezaba a descargarse en una lluvia menuda y pausada y Daniel iba a abandonar el balcón.

Volvió a tender una mirada a la calle, y, arrimada a la acera misma de la casa, vió como una sombra a lo lejos.

Daniel frunció el entrecejo y fijó la vista en la sombra.

Esta se fué acercando ligera.

En breve la fina vista del soldado distinguió un bulto que, cuando estuvo unos pocos pasos más cercano, se partió en dos.

Eran dos hombres los que por la acera venían.

Iban silenciosos, y sus pisadas no producian el menor ruido.

Esto chocó a Daniel, que un punto no apartaba de ellos la vista.

Los dos hombres llegaron, y se detuvieron a la puerta número 36.

—¡Diablo! exclamó Daniel para sí, ¿qué será esto?

Y fijó más la vista, mirando por entre los hierros del balcón, y aguzó el oído.

No oyó, pero sí vió.

Los dos hombres entraron en la casa.

—¡Esto es ya formal! pensó Daniel. La puerta de la calle está cerrada; lo sé porque la he cerrado yo mismo, ¡y esa gente se mete

abriéndola sin ruido!… Veremos.

Y saliendo del balcón, que dejó abierto, y caminando de puntillas, llegó al recibidor y aplicó el oído a la puerta de la escalera.

Estuvo así un rato, pero no oyó nada.

—¡Pues ellos han entrado! pensó no obstante, sin separarse de la puerta.

Entonces creyó oir un pequeño cuchicheo en la escalera.

Aguzó más el oído, y el cuchicheo se dejó oir luego más cercano y distinto.

—¡No hay duda ya! exclamó para sí Daniel. ¿Qué diablos será esto? Prevengámonos.

Y poniéndose otra vez de puntillas, se dirigió, sin luz, pues hubiera tenido que encenderla, y solo guiado por su propio tino, a un pequeño cuarto que había en el mismo recibidor.

Era su dormitorio.

Entró, y siempre con mucho tiento, echó mano a un rincon inmediato a la cabecera de su cama, y cogió un pesado y macizo palo de haya que allí tema.

Daniel lo había comprado, como hacen todos los licenciados días antes de tomar la licencia, y luego no le aprovechó, naturalmente, aunque quiso guardarlo cuando fué a servir a Diego.

—Si son ladrones, pensaba mientras tanto, no son más que dos, y si es aquí donde vienen, quiero dejarles entrar. Arma de fuego, proseguía, no han de llevar ni asarla aunque la lleven, pues el ruido les comprometería: ha de ser arma blanca si acaso; y para eso, dos hombres con puñal o navaja no me entran a mí con mi palo.

Efectivamente, Daniel tiraba el palo con una agilidad, una fuerza y una maestría admirables.

Salió, siempre de puntillas, del cuarto, empuñando el terrible garrote, y llegó otra vez a la puerta de la escalera.

CAPÍTULO XXVIII.
Ir por lana

REVINIENDO como estaba Daniel dentro de su casa, y con su palo en la mano, se consideraba invencible, dado caso que se trabase una lucha con los dos hombres.

Aplicó otra vez el oído a la puerta, conteniendo la respiración todo lo posible, y al cabo de otro rato, oyó un ruido muy débil producido por el roce de la llave con el hierro de la cerradura.

—¡Ah! ¡con que es aquí! pensó Daniel.

Y levantando el palo, se separó dos pasos de la puerta.

El ruido de la llave volvió a dejarse oir débil y sofocado, conociéndose por esta circunstancia, la suma cautela y maestría del que abría la puerta.

Daniel dió otro paso atrás para dejar más espacio y que la puerta se abriese sin dificultad.

Esta se abrió al fin.

Daniel no veía a nadie.

Colocado detrás de la puerta, alargaba un poco la cabeza para ver, pero la oscuridad era completa.

La puerta volvió a cerrarse, quedando, empero, entornada solamente.

El espacio entre Daniel y los ladrones, quedó enteramente libre y despejado.

Daniel, de pié, sin respirar apenas y con el palo levantado, parecia una estatua de piedra.

A haberlo podido ver los ladrones, hubiesen huido espantados a su sola presencia, a pesar de las navajas que llevaban abiertas, uno en la mano y otro en los dientes.

Éste, el que llevaba la navaja abierta en la boca, tenía una linterna sorda en la mano.

Cuando ambos estuvieron dentro y entornada ya la puerta, el de la linterna dió una vuelta a ésta, y los rayos de la luz, sin el dique de la plancha que los privaba, iluminaron de repente el recibidor.

Los ladrones estaban de espaldas a Daniel, y la luz de la linterna iba recta a la entrada del salón. Por consiguiente, el criado los vió clara y distintamente delante de sí.

LOS LADRONES ESTABAN DE ESPALDAS A DANIEL

Al ir los ladrones a dar el primer paso hacia el interior de la casa, Daniel bajó el palo, volvió a levantarlo y lo descargó con toda su fuerza sobre uno de ellos.

—¡Ay! exclamó el *interpelado*, sin volver la cara y echando a correr hácia el salón.

Daniel cerró la puerta de una patada.

El que recibió el palo, era el de la navaja en la mano.

Al de la linterna se le cayó ésta con el sobresalto.

Este intentó volver la cara, pero fué para dar otro ¡ay! al ver como iba a caer sobre su cabeza otro garrotazo que lo tendió al suelo, pues al bajarse para evitarlo, volvió un poco la cabeza y el palo le midió

una recta desde la sien hasta la boca.

El primer ladrón recibió el golpe en la espalda, y pudo huir hacia adentro.

El segundo cayó al suelo, echando sangre de la boca y las narices.

La linterna alumbraba todavía en el suelo.

Daniel la levantó, dirigió la luz al salón y echó a andar cautelosamente sin el menor cuidado por el ladrón que tras de sí y tendido dejaba.

Estaba seguro de su golpe.

En el salón no había nadie. Un hombre tan solo podía ocultarse debajo de algún sofá, y el criado miró sin resultado todos los muebles.

El balcón estaba abierto como sabemos.

Allí se dirigió Daniel, sin descuidarse de volver a cada instante atrás la vista y la luz de la linterna, por si el ladrón hubiese penetrado en el gabinete, y, aprovechando un momento de descuido, se escurría hacia la puerta.

Tampoco había nadie fuera del balcón.

—¡Ah! ¡qué es esto! exclamó de pronto Daniel al paso que movía con el pié un objeto que había en el suelo del balcón.

El objeto era una gorra.

—¿Será del ladrón a quien se habrá caido al escapar por aquí?… En verdad que esta no es mucha elevación, y bien puede descolgarse a la calle un hombre sin gran peligro, pensó Daniel.

Pero sin detenerse más que un brevísimo instante en esta reflexion, pasó con la misma cautela al gabinete.

Registrólo, penetrando luego en la alcoba sin encontrar a nadie.

—Pues señor, no hay por aquí otra escapatoria que el balcón, y por él se ha descolgado. La gorra en el suelo es una prueba evidente de ello.

Daniel discurría perfectamente, a bien que no había mucho que discurrir sobre este punto.

El ladrón penetró en el salón, vió, amedrentado como estaba, después de haber recibido tan fuerte como inesperado garrotazo en las espaldas, el balcón abierto, la elevación no era mucha, la calle estaba desierta, y se arrojó.

—¡Siento que se me haya escapado uno! exclamó Daniel con verdadero sentimiento.

Y saliendo del gabinete añadió:

—Vamos al otro.

Llegó al recibidor, el ladrón estaba todavía en el suelo e inmóvil en el mismo sitio.

¡Pardiez! ¡lo habré muerto! exclamó Daniel poniéndose pálido.

Y se inclinó sobre él, poniéndole la luz al rostro.

—¡Cómo tiene la cara!

Daniel con la otra mano tentó el pulso del ladrón sin apartar la vista de su rostro.

—¡Ah! ¡vive! exclamó con verdadera alegría; hubiera sentido haberle muerto.

Y meneándole un poco le gritó:

—¡Eh! ¡truhán!

El ladrón fué volviendo en sí.

—Tomemos precauciones, que nunca están de más, exclamó entonces Daniel.

Y saltando a su cuarto, tomó un pedazo de bramante, volviendo instantáneamente al sitio donde el ladrón yacia.

Juntóle los dos dedos pulgares, y se los ató dando muchas vueltas con el delgado y fuerte cordel.

Esta es la ligadura más sencilla y más fuerte que se conoce, y un hombre de esta suerte atado, es imposible que pueda rebelarse, ni siquiera huir aunque tenga libres las piernas y buenos los piés.

Las dos manos así atadas una a otra delante de sí, le embarazan de tal manera, que hacen imposible la huida, sin el peligro de caer de bruces al suelo.

Daniel pasó entonces al gabinete y sacó un frasco de esencia que le hizo respirar.

El ladrón volvió en sí completamente.

—¡Ea, levántate!

El ladrón, abiertos los ojos, dió una mirada a su alrededor, y fijándolos enseguida en el hombre que delante tenía, se puso de rodillas exclamando:

—¡Perdón! ¡perdón!

—¡Cómo, perdón, infame! ¡Ea, levántale!

El ladrón se levantó de pié.

—Pasa, le dijo Daniel, señalándole con la navaja misma suya que tenía abierta en la mano, la puerta del salón.

El ladrón echó a andar sin replicar palabra.

Daniel le siguió, y a los dos pasos tropezó con un objeto de metal que había en el suelo.

Acercó la luz, y miró gritando al mismo tiempo:

—¡Ah! ¡qué es esto, Dios mio!

Y se bajó para cogerlo.

—¡La llave de mi señor! ¡Ah! ¡gracias, Dios mio, gracias!

—Soy perdido, exclamó entonces el ladrón, que permanecía de pié a cierta distancia de Daniel.

Nuestros lectores habrán ya reconocido en él a Roberto.

Recordarán que al registrar a Diego en la alcoba de Blanco, Roberto se había guardado la doble llave que aquel llevaba siempre consigo, presumiendo, como era natural, que sería la de su propia casa, y como el señor de Mendoza no era un pobre, concibió ya en aquel instante la idea de ir a robarle.

Hasta aquella noche no le pareció oportuno llevar a cabo su pensamiento.

Lo que pasó en el interior de Daniel al encontrar la llave de su amo, no tiene descripción posible.

Miróla, volvió a mirarla, puso y volvió a poner los ojos en el rostro de Roberto, y exclamó para sí:

¡Cuán feliz soy en no haberle muerto!

Y dirigiéndose otra vez al ladrón, le dijo:

¡Pasa, pasa!

Entraron en el salón, pasaron al gabinete, y cerca del mismo volador que noches anteriores fué testigo de la primera entrevista de Juan y su amo, hizo sentar en una silla a Roberto.

Daniel encendió una bujía, sentóse en otra silla, el velador en medio, y empezó este otro interrogatorio en estos términos:

—Con que ¿tú eres un ladrón.

Roberto no contestó.

Daniel prosiguió:

—Que venías a robar aquí, después de haber robado la llave con que entraste al dueño de esta casa?

—¡Yo!…

—Tú, sí. Tu vida está en mi poder, y en menos tiempo que tardas en decir Jesús, mueres a mis manos, si ahora mismo no me dices dónde está el dueño de esta llave.

—¡Yo!

¡Sin remedio! exclamó Daniel levantándose y cogiendo el palo que tenía al lado.

Yo lo ignoro.

Daniel levantó el palo, dejándolo caer con un movimiento tan rápido que no lo pudo detener la voz de Roberto, que exclamó echándose al suelo:

—¡Deténgase V.!

Al tiempo que Roberto pronunció esta palabra, el palo de Daniel hacía trizas el respaldo de la silla.

Roberto se puso a temblar de piés a cabeza.

Si es menos listo en apartarse de la silla, el golpe le deja seguramente cadáver en el acto.

—¡Oh, deténgase V.! repitió con voz temblorosa y levantando las manos atadas.

—¡Presto! porque, ya te lo he dicho; los instantes de la vida están contados.

Harto lo conocía Roberto.

—Si dices la verdad y me presentas a mi amo, eres libre; sino, mueres en seguida. ¡Con que aprisa! concluyó Daniel afianzando otra vez el palo.

¡Ah! ¿me dará V. la libertad?

—Sí, pero no tardes.

—Pues bien, yo lo ofrezco llevarle a donde está el señor de Mendoza.

—¿Vivo? preguntó Daniel con el corazón en los labios.

—Si, repuso Roberto temblando y presa del medio vil que las almas bajas tienen en los riesgos de la vida.

Daniel temblaba también, pero era de pura ansiedad, de alegría.

—Corriente, concluyó Daniel; pero va a ser ahora mismo.

—Antes le ruego a V. me de un paño que poner a esta herida, pues creo me estoy desangrando, suplicó Roberto sin poder apenas hablar.

—No hay en ello inconveniente.

Y Daniel entró en la alcoba, rasgó una toalla, y aplicó un pedazo del lienzo a la herida que cubrió luego con un pañuelo.

—Y ¿a dónde hemos de ir? preguntó seguidamente Roberto.

—A una calle cerca de Muralla de Tierra.

—¿Será en una casa?

—Sí.

—¿Y quién hay en ella?

—A esta hora nadie.

—¿Más que el señor de Mendoza? volvió a preguntar Daniel.

—Eso es.

—¿Y quién va a abrirnos la puerta?

—Nosotros con esta llave que traigo aquí.

Y Roberto señaló bajando la cabeza el bolsillo interior de su chaqueta.

Daniel metió la mano y sacó la llave diciendo:

—Vamos, pues, allá. Aguarda.

Daniel tomó una capa de Diego, que puso a los hombros de Roberto, echándose él luego la suya.

—Mira, le dijo al ladrón antes de salir, atiende bien lo que voy a prevenirte.

Roberto se puso a escuchar con grande atención.

Daniel prosiguió:

—Vamos a ir por la calle del brazo: debajo de la capa yo llevaré esta navaja abierta; al menor movimiento tuyo que me de que sospechar, o al más leve grito, le sepulto la hoja en el pecho.

—No tenga V. el menor recelo.

—Lo mismo digo si al entrar en la casa, veo algo que no me guste.

¡Oh! no tema V. nada. Pero yo, luego después.

—Te prometí dejarte, y te cumpliré mi palabra.

—Vamos, pues, cuando V. quiera, balbuceó Roberto.

—Echa a andar hacia la puerta, dijo Daniel embozándole.

Y tomando la misma linterna sorda de los ladrones y la navaja, siguió a Roberto, que se paró delante de la puerta de la escalera, pues le era imposible el abrirla atado como iba de manos.

Hízolo Daniel, Volvió a cerrar, y ambos bajaron a la calle.

En la forma que Daniel había indicado, emprendieron el camino hasta la calle y la casa que sabemos.

Pocas personas encontraron durante el camino.

Al atravesar la Rambla, que raras veces se halla completamente desierta, aun a las más altas horas de la noche, vieron a dos o tres hombres que por ella paseaban.

—¡Cuidado con lo dicho! advirtió Daniel a Roberto.

Éste ni siquiera respiró.

Pasaron, y a poco rato estuvieron ya en la calle a donde se dirigían.

—Esta calle, dijo Roberto.

—¿Qué puerta? preguntó Daniel.

—Cuente V. hasta siete desde la de la esquina, a mano derecha.

Llegaron a la puerta de la casa, Daniel abrió, hizo pasar a Roberto sin soltarle, volvió a cerrar, y dió vuelta a la linterna que iluminó instantáneamente la entrada.

Llegaron a la cuadra en donde estaba la máquina.

Daniel miró, extrañóse de ver aquel aparato, cuyo objeto no comprendió, pero no dijo una palabra.

Roberto se paró diciendo:

—Aquí será preciso tomar cualquiera de estas herramientas.

—¿Para qué?

—Para descerrajar una puerta.

—¿Pues?

—Yo no tengo la llave del sitio en donde está el señor de Mendoza.

Daniel tomó un escoplo y un martillo, y exclamó con una impaciencia que crecia por momentos.

—¡Adelante!

Salieron al jardín, y aquí aumentó más y más el asombro de

Daniel.

—¡Qué es esto! exclamó.

—Vuelva V. a matar la luz, porque sería fácil que nos viese algún vecino de estos patios, dijo Roberto.

Daniel lo hizo así, y se dirigieron al cobertizo que estaba en el extremo del jardín.

—Aquí es, dijo Roberto.

—¿Dónde? preguntó Daniel asombrado, después de haber abrasado con una mirada todo el interior de aquellas cuatro paredes, en donde no vió otra puerta que la de entrada.

—En esa trampa que tiene V. delante en el suelo, dijo Roberto.

Daniel abrió la linterna, y miró ávidamente a donde Roberto le indicaba.

—¡Cómo! exclamó con ira y asombrado, levantando la mano con la navaja.

—¡Me dijo V. que me perdonaría!… se apresuró a decir Roberto, temblando otra vez.

—¡Conque aquí está! volvió a exclamar Daniel meneando la cabeza.

—Sí.

—¡Y no había otro sitio donde tenerle, infames!

Roberto conoció que la cólera de Daniel iba a estallar y que su vida corría peligro a pesar de la promesa, y se apresuró a decir:

—Es que no era yo el que aquí, mandaba.

—Pasa delante de mí, y acurrúcate en aquel rincon.

Roberto obedeció.

Daniel fué muy previsor en esto.

No se fió del ladrón, y como tenía que bajarse para descerrajar la trampa, Roberto, a su lado o detrás de sí, era fácil, aun atado como estaba, que pudiera haberle dado un golpe, mientras que teniéndole delante y a cierta distancia, no podía moverse éste, sin que Daniel le viese y tuviese tiempo de recibirle.

Colocado Roberto en el sitio que le indicó Daniel, éste dejó la linterna, arrojó la capa, tomó el escoplo, bajóse al suelo sobre la cerradura de la trampa, y empezó la faena.

CAPÍTULO XXIX.
De como despertó Diego de su último sueño en la cueva

UELE producir la debilidad y abatimiento de las fuerzas físicas, en ciertos momentos, una especie de soñolencia, que rinde al cuerpo y adormece el espíritu sumergiéndole a veces en un profundo letargo.

Esta especie de sueño dormia Diego, cuando su fiel criado volaba a su socorro.

El ruido de los golpes que daba Daniel para hacer saltar la cerradura de la trampa, bajaba hasta el fondo de la cueva, resonando, no en los oídos, sino en el corazón de Diego.

Éste despertó, y los golpes sonaban todavía.

—¡Qué será esto! exclamó despavorido, como el que vuelve de un sueño por medio de un sobresalto.

Los golpes continuaban cada vez más fuertes y con mayor rapidez.

Diego temblaba, no de miedo, sino de pura ansiedad e impaciencia.

—¡Descerrajan la trampa, no hay duda! exclamó sin poderse dar cuenta de aquel suceso.

El ruido cesó de pronto.

Diego dirigió ansioso la vista a la salida de la cueva.

Un rayo de luz descendió al oscuro encierro.

Los pasos de gente que bajaba, resonaban en el fondo.

La ansiedad de Diego crecia por momentos.

Un rayo de esperanza iluminó su desmayado corazón.

La figura de un hombre apareció a su vista.

¡Ah! ¡Roberto! exclamó Diego reconociéndole y desmayando otra vez.

—¡Señor! gritó otra voz inmediatamente.

—¡Qué es esto! ¡qué voz es esta! ¡será ilusion! tartamudeó Diego sobresaltado y pudiendo apenas articular las palabras.

—¡Señor! volvió a llamar Daniel, concluyendo de bajar la rampa de la cueva.

—Daniel.

La palabra de Diego se partió por mitad en su garganta.

—¡Señor! repitió Daniel, arrojándose a su amo, pero tendiéndole solo un brazo, sin soltar de la otra mano la navaja de Roberto y mirando siempre los movimientos de éste.

—¡Daniel! exclamó Diego.

—¡En qué estado encuentro a V.!

—Pero, ¿vienes a salvarme, Daniel?

—¡Oh! sí, señor.

Diego recobró en un momento la fuerza perdida en tantos días.

El vigor del espíritu triunfó de la materia abatida, en aquellos instantes.

—Quítame, lo primero, estos grillos.

—¡También grillos! exclamó Daniel.

—También, respondió Diego con la voz del más amargo dolor.

—¡Ali! ¡infames! gritó Daniel lanzando una mirada a Roberto.

Este se puso a temblar en el rincon de la cueva.

Diego miró a Roberto estupefacto, y sin poderse dar cuenta de nada.

—¡Échate al suelo bocabajo, asesino! gritó Daniel a Roberto.

Éste obedeció sin replicar.

El asombro de Diego fué todavía mayor a esto, pues ni siquiera había reparado que Roberto viniese atado y prisionero de Daniel.

La órden de éste, al mandar a aquel que se echara bocabajo, revela la alta prevision del antiguo soldado.

Naturalmente, Roberto, en aquella posición, no podía efectuar ningun movimiento tan rápido, que no diera tiempo a Daniel de echársele encima.

De otra manera, mientras éste se ocupaba en abrir el grillete a su amo, tal vez aquel hubiese podido ganar de un salto la subida de la cueva y echar la trampa, que con el peso de un solo hombre encima, era difícil que la levantara, ni la fuerza de dos empleada desde adentro.

Sin perder momento, Daniel con el auxilio del martillo y el escoplo, empezó a abrir el grillete.

—¡Ya está fuera! dijo con alegría el fiel criado.

Diego se puso de pié exclamando al verse libre de los pesados hierros:

—¡Ah! ¡el peso de estos hierros me abrumaba más el alma que el cuerpo!

—Ya está V., pues, libre de ellos, señor, dijo entonces el criado.

—Gracias a tí, mi buen Daniel.

Roberto permanecía como muerto, tendido bocabajo en el mismo sitio.

—Ahora salgamos pronto, señor.

—¡Ah! ¡sí, en seguida! dijo Diego.

Y dió dos pasos hácia la subida de la cueva.

—¡Apenas puedo andar!

—No faltará quien le lleve a V., dijo Daniel.

Y tocando con el pié a Roberto, le gritó:

—¡Ea! ¡levántate ya, bribon!

Diego volvió a fijar su atención en Roberto.

Éste, atadas como tenía las manos, se levantó coa trabajo.

¡Ah! exclamó Diego al observarle.

Y dirigiéndose a Daniel, preguntó:

—Con que, ¿este hombre viene prisionero tuyo?

—Si, señor, respondió Daniel; es una historia que contaré a V. luego. Ahora salgamos pronto de este sitio.

—¡Ah! ¡si, sí! pero mis piernas flaquean.

—Tú, dijo Daniel a Roberto, pasa delante. Usted, señor, sígale apoyado en sus hombros, pues yo necesito tener las manos libres para alumbrar y tender a ese bribon de una cuchillada, si hace el menor

movimiento que no me acomode.

En la disposición prescrita por Daniel, subieron la rampa de la cueva.

Una vez en el patio, Daniel dijo a Diego señalando a Roberto:

—Estoy por coger a ese bribon y matarle, dejándole luego en la misma cueva.

—¡Señor! exclamó Roberto cayendo de rodillas, ¡me ha prometido salvarme! y yo le he guiado aquí.

—Tu palabra antes que todo, Daniel, exclamó Diego.

—¿Con gente como esa, ha de guardar un hombre la palabra?

—Cuando una vez se dió, se guarda y se mantiene aun a riesgo de la vida.

—Como V. quiera, señor; pero yo, lo que es por mí, presto lo dejaba listo.

—A casa, Daniel.

—Ea, pues, pasa delante, y sigue andando, pillastron, dijo Daniel a Roberto, que no ha sido poca suerte la suya.

Y apoyado Diego en el hombro de Roberto, Daniel al lado con más ojos que un Argos, y más oído que un tísico, salieron de la casa misteriosa, dirigiéndose a la calle de la Princesa.

Diego, al entrar en su casa, sintió una emoción tan grande que no se puede explicar.

El peligro de que milagrosamente acababa de salvarse, había sido mayor cien veces que cuantos había pasado en su azarosa vida.

Llegaron a la sala, y Diego, que había hecho durante el camino esfuerzos extremos para no caerse, sin querer pararse un momento, tal era la ansiedad que sentía por volverse a ver en su casa, se dejó caer en un sillón, respirando fuertemente y exclamando:

—¡Gracias, Dios mío!

—Ahora lo primero es que V. tome algo, señor, porque tiene toda la cara de un cadáver.

—No, Daniel, ahora déjame, luego tomaré lo que quieras. Acerca ese velador, trae recado de escribir, y desata las manos a ese hombre.

Bien, señor, pero será atándole los brazos.

—De modo que pueda escribir, añadió Diego.

—¡Yo no sé escribir! observó Roberto.

—Si dices otra mentira, me creeré autorizado para librar de su palabra a mi criado, y entonces vas a morir sin remedio.

Estas palabras de Diego, dichas con toda calma, espantaron a Roberto más que todo el furor de Daniel.

—Tú sabes escribir, y vas a poner lo que yo te dicte en un papel, añadió Diego.

—Entonces, ¿qué gracia se me hace salvándome, si se me piden armas para perderme luego? preguntó Roberto.

—Yo te doy mi palabra de que esas armas no se volverán contra tí.

Mientras esto decía Diego, Roberto, cuya imaginación no cesaba buscando un punto de escape en tamaño compromiso, se decía para sí:

—No le hace, estos no saben mi nombre, daré el que me parezca, y así, diga luego el papel lo que ellos quieran.

Y en seguida respondió a Diego:

—Corriente: yo pondré en el papel lo que V. quiera que ponga.

Daniel presentó el velador con el recado de escribir que su amo le había mandado, ató por detrás los brazos a Roberto, dejóle libres las manos, y se separó, quedándose en la parte esterior de la puerta de la sala, atento el oído y dispuesto a entrar de un salto si algo ocurría.

—Siéntate, y toma la pluma, mandó Diego a Roberto.

Éste obedeció.

—Y escribe lo que yo te dicte, concluyó.

Roberto se puso en ademán di escribir cuanta se le mandase sin la menor resistencia.

—¿Qué me importa, pensaba, que diga luego lo que quiera este papel? Como que ni mi letra, ni mi firma han de estar en él.

Diego empezó a dictar y Roberto a escribir.

Yo el abajo firmado confieso haberme apoderado alevosamente junto con…

—¿Cómo se llama el que te ayudó a prenderme? preguntó Diego.

—Don Jaime Hernandez, respondió Roberto sin el menor rebozo.

—Sigue pues.

Y Diego continuó dictando, y Roberto escribiendo:

Don Jaime Hernandez, en la casa y por órden de D. Pedro Blanco, de la persona de D. Augusto Mendoza, a la cual llevamos a una cueva que tiene al fondo del jardín la casa número… calle de… en donde Blanco exigió con amenazas de muerte ciertos papeles del señor de Mendoza: y habiendo caído el que abajo firma en poder del criado de dicho señor Mendoza, descubrió el paradero de éste, a cambio del perdón que se le ofreció; por todo lo cual, y agradecido de haberle perdonado, estiende esta declaración, con los nombres de los que le ordenaron y ejecutaron con él el citado crímen.

—Firma, y está concluido, dijo Diego.

Roberto firmó.

—Dame el papel.

—Tome V.

¡Cómo! ¿qué has puesto aquí?

—Lo que V. me ha mandado, respondió Roberto temblando.

—¿Con que, esta es tu letra?…

—Esa.

—¿Y tu firma es esta también?

—Sí… señor… respondió Roberto balbuciente y rebosando en sus ojos y en sus labios la mentira.

—¡Peor para tí! prepárate a morir.

—¡Señor, piedad!

Daniel entró en el salón.

Roberto, al verle, acabó de asustarse.

—¿Qué temes? preguntó Diego, ¿no te llamas tú, según tu firma, Pablo Roig? Pues el que va a morir ahora, no es Pablo Roig, sino Roberto Beltran.

—¡Ah! exclamó éste, quedándose estupefacto al oir su nombre y apellido de boca de Mendoza.

—¡Infame falsario!

—Perdón, señor, exclamó Roberto, hablando a Diego, pero mirando de reojo la amenazadora figura de Daniel, que, de pié a cuatro pasos e inmóvil como una estátua, no aguardaba sino la órden de su amo.

—No hay perdón, replicó Diego, me has mentido y quedo libre de la palabra que por mí empeñó mi criado.

Daniel se adelantó un paso y dijo:

—Déjeme V. que lo coja, señor, y lo arroje por el balcón estrellándolo en la pared de enfrente.

—¡Piedad, señor! es cierto, sí, esas no son ni mi letra ni mi firma; yo haré de nuevo el papel, y puesto que V. me conoce, no podré engañarle.

—Quiero tener piedad de tí, dijo Diego siempre bueno y generoso.

—¡Hum! exclamó Daniel volviendo a retroceder el paso que había adelantado.

—Escribe, pues, de nuevo, prosiguió Diego, y mira lo que haces, porque esta es ya la última.

Roberto copió exactamente de su letra, lo que antes, fingiéndola, había escrito, y lo firmó luego con su verdadero nombre.

—Eso es, dijo Diego examinando luego el papel.

—Ahora, señor.

—¿Qué?

—Usted me prometió que no haría uso.

—En contra tuya, no.

—¡Ah! gracias, yo fío en su palabra.

—¡Daniel!

—¡Señor!

—Acompaña a esto hombre hasta la puerta de la calle.

Entonces Roberto respiró por completo y dijo saludando:

—Que viva V. muchos años, señor.

Diego no le contestó.

Daniel dijo para si, mirando a Roberto:

—¡Hipócrita! no vivirias tú muchos días si tuviese yo que absolverte.

Y en seguida le dijo:

—Ea, pasa delante.

Roberto salió seguido de Daniel.

Al bajar la escalera, asaltó a este último más de una vez la idea de echar a rodar de una patada al primero, escalera abajo, pero se contuvo pensando en la órden de su amo, que era sagrada para él.

—Ahora quisiera pedir un último favor, dijo Roberto al llegar a la puerta.

—¿Favor? preguntó Daniel con un tono que indicaba lo poco dispuesto que estaba a hacerlo.

—todavía voy atado de brazos.

—Es como debieras salir para escarmiento de pícaros.

—Si V. quisiera quitarme la cuerda.

—Te la voy a quitar sí, y por cierto que voy a guardarla, pues todavía tengo esperanzas de ahorcarle un día con ella.

Daniel desató a Roberto.

—Gracias, y quede V. con Dios, dijo Roberto saliendo.

—¡Llévete a tí el diablo! respondió Daniel cerrando la puerta.

Y de dos saltos subió la escalera volviendo al lado de su amo.

—¡Daniel! exclamó Diego abriéndole los brazos.

—¡Señor! dijo el fiel criado brotándole las lágrimas de los ojos y arrojándose en ellos.

—Mucho has hecho, Daniel.

—Lo que debia, por quien es mi único dueño en el mundo.

—Pero, ¿cómo fué eso? esplícate.

—Señor, veo a V. muy débil.

—Sí, es cierto.

—Y otro rato se lo contaré a V. todo.

—¡Ah! no viviría de impaciencia, cuéntamelo atora mismo.

Daniel, conociendo el estado de su amo, le explicó sucintamente el suceso que ya conocemos.

Diego volvió a abrazarle y dijo:

—Sí, me siento muy mal.

Los sufrimientos de aquellos horribles días empezaban entonces a producir su efecto.

—Recójase V., señor, es lo primero que V. debe hacer, y yo saldré inmediatamente a buscar un médico, pues no tardará en rayar el día.

—Sí, es necesario eso; pero ha de ser un médico de poca fama, Daniel, es decir, que no visite las casas grandes de Barcelona.

—Entiendo, señor, se buscará como V. desea.

—Porque si sobreviene, como me temo, alguna enfermedad, dirás a quien venga a preguntar por mí.

—De parte del señor de Sans y de Turella han venido a preguntar estos días.

¡Ah! exclamó Diego para sí; ¡Clara me ha echado de menos!

Y en seguida preguntó a Daniel:

—¿Y qué has dicho?

—Simplemente que V. no estaba en casa.

—Bien. Ahora, si, como desgraciadamente presumo que sucederá, he de guardar cama y vuelven a preguntar, responderás que he tenido que salir de repente por negocios al extranjero.

—Está muy bien.

—Añade que mi viaje no será largo.

—Lo haré así.

—Ahora otra cosa. ¿Aquellos papeles que te encargué?

Daniel puso la mano sobre su pecho, y dijo:

—Cumpliendo exactamente el mandato de mi amo, los quité del sitio en donde estaban para trasladarlos aquí porque es la parte más segura.

—Toma, pues, este otro, Daniel, dijo Diego entregándole el papel firmado por Roberto, y únelo a los demás; y si yo muero, sigue en todo las instrucciones que contiene el pliego.

Diego apenas pudo concluir estás palabras. La respiración le faltaba por momentos, y la debilidad, que se había apoderado de su cuerpo, pasados los primeros instantes de aquella excitación nerviosa, le hizo caer de nuevo en el más completo abatimiento.

—¡Señor! exclamó Daniel, que no dejaba un punto de observar como la fisonomía de su amo iba perdiendo la animación, quedando inmóvil y fría como la de un cadáver, ¡recójase V. presto!

—Tenía necesidad de decirte todo eso, añadió Diego casi sin aliento.

—Pues ahora ya lo sé, y lo que importa es que V. se recoja.

—todavía se me ocurre otra cosa: ¿aquel Juan ha venido?

—Sí, señor.

—Pues cuando vuelva, le dices lo que te dejo prevenido, añadiéndole que yo te pregunto por él en mis cartas.

—Está bien.

—Pregúntale si le falta dinero, y si te dice que sí, se lo entregas.

—¿Cuánto?

—Una o dos onzas, o más, según la necesidad que te manifieste y tú conozcas. Ahora acompáñame a la cama, porque…

—Sí, vamos.

Diego fué a levantarse.

—¡No puedo!…

Daniel empezó a sudar de agonía.

—Yo llevaré a V., señor, este abatimiento es natural, después de lo que V. ha pasado; dentro de tres días se repone V. y vuelve como antes.

Y esto diciendo Daniel, tomó en sus robustos brazos el cuerpo casi inanimado de Diego, y lo llevó al lecho, en donde le acomodó como hubiera podido hacerlo un padre con un hijo.

Daniel así que tuvo a Diego arreglado en el lecho, le dejó por un momento para ir a prepararle una bebida casera que le reanimase por el pronto.

Listo anduvo Daniel, pero por más prisa que se dió, al volver al lado de su amo encontró a éste en estado tal que el pobre criado quedó estupefacto.

—¡Señor!

Diego no respondía.

Daniel dejó el plato con un vaso que llevaba en la mano, aplicando ésta a la cabeza de su amo.

La frente de Diego, como todo su cuerpo, ardía.

Esto era que al entrar en calor en el lecho, le acometió un fuerte acceso de calentura, y la fiebre le tenía completamente postrado y sumido en profundo letargo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

JUSTICIA

CAPÍTULO I.
Los limpiabotas

HOY no existe ya una casa vieja de sucias paredes y carcomidas puertas que había a lo último de la calle de Tallers, cuya casa, en el tiempo a que se refiere nuestra historia, era la morada de uno de esos mónstruos en figura de hombre, que viven, como vampiros, de la sangre que chupan a los infelices seres que vienen a caer bajo su brutal y despótico dominio.

El tal hombre era italiano, y su industria la siguiente:

Todos los años, allá por los meses de agosto o setiembre, sacaba de

un puchero que tenía escondido en la cueva que había en la casa, diez y ocho o veinte onzas en oro de las que allí guardaba, y con aquella cantidad en el bolsillo salía de Barcelona, dirigiéndose a la Saboya en este país hay gentes que viven en la mayor indigencia, y en quienes la miseria es tal, que llega a matar en su corazón hasta los sentimientos de la naturaleza, que no mueren en las mismas lleras.

El invierno sobre todo es horrible para aquellos infelices, y no hay medio que no sea para ellos bueno y legítimo, con tal que les sirva para aliviar en cierto modo las calamidades a que se ven espuestos en tan cruda estación del año, llegando al extremo de vender sus hijos por una cantidad dada y un tiempo determinado, a cualquiera conocido o desconocido, del pais o extranjero, que se presente y entregue a los padres la suma convenida. Estos estienden un contrato, reciben el dinero, y el comprador se lleva los hijos sin más condición que la de dejarles libres al tiempo en que concluye la obligación.

A la compra, pues, de niños iba nuestro italiano a la Saboya, cada año o cada dos, según el mayor o menor número de *máquinas* que para su industria necesitaba.

Veamos ahora esa industria.

Era una fría mañana de febrero.

La indicada casa de la calle de Tallers tenía en el piso solar una sala de veinte piés cuadrados. Alrededor de la sala y junto a las húmedas y mugrientas paredes, había varios ruedos de estera que habían sido felpudos; sobre cada uno de los ruedos se hallaba dormido o despierto un niño de once a trece años, cubriendo su cuerpo con un pedazo de manta raida y agujereada y descansando la cabeza en un pequeño saco de paja: junto al saco se veía una caja de madera, o de hoja de lata, o bien una pequeña costa que contenía un bote de betún, dos cepillos y una banqueta de madera.

Dieron las siete de la mañana, la puerta se abrió, un hombre apareció en ella y gritó:

—¡Ea! ¡arriba, perillanes!

Y al mismo tiempo abrió la ventana de una gran reja que daba a la calle.

Sin que el hombre tuviera necesidad de gritar segunda vez, todos los niños se pusieron de pié.

Cada cual recogió su *cama*, doblando el pedazo de manía y poniéndolo entre la estera rollada, cogió su caja o su cesta, y se quedó de pié y en fila con los demás.

Entonces el hombre empezó a pasar revista.

—¡A ver esa caja! dijo brusca y secamente al primero.

El niño se la presentó temblando.

—¡Abierta ya por este lado! dijo el italiano acompañando la palabra con un coscorron en la cabeza del niño.

Este exclamó, llevando la mano a la cabeza:

—¡Es que se ha salido un clavo!

—Si hubieras tenido más cuidado, no se hubiera salido, replicó aquel repitiendo el coscorron.

Y pasó a otro y a otro, imponiendo igual castigo con mayor o menor dureza, según era el deterioro que notaba en los útiles de cada uno.

—Vamos a ver tú, dijo llegando al último y examinando su caja; es lo bueno que tienes, que conservas la caja casi nueva como el primer día; a bien que para lo que la haces servir… pero yo te arreglaré, no tengas cuidado. Mira qué cara tiene hoy como anoche comió correa en lugar de puchero pero yo te compondré: como hoy no me traigas la cuenta, ya lo sabes, por cada cuarto que falte, no uno, como hasta aquí, sino dos correazos son los que vas a llevar, y sin comida por añadidura.

El niño no dijo a esto una palabra.

Bajó la cabeza y dos lágrimas que asomaron a sus párpados, corrieron por sus mejillas.

—¡Ea! hoy es domingo, prosiguió el amo, y ya sabéis, que son seis reales y no cuatro los que me ha de traer a la noche cada uno. ¡A la calle!

Y los limpiabotas salieron de la inmunda zahúrda, desparramándose cada cual en busca de los seis reales, por las calles de Barcelona.

Ya hemos visto la clase de industria que ejercia el tal italiano.

Con los diez y ocho o veinte chicos que para él trabajaban, reunia todas las noches diez y ocho o veinte pesetas, de las cuales no gastaba más que tres para casa, cama y comida, pues no ascendia arriba de tres a cuatro cuartos diarios la manutención de cada uno de los chicos a tal estado reducidos.

A los padres de éstos se les paga a razón de ocho o diez duros lo más por año, de suerte que el negocio que el tal hombre hacía, era de un *trescientos* por ciento diario.

El último de los limpiabotas, a quien el amo prometió en el acto de la *revista* dos correazos por cada cuarto que faltase a los seis reales que había de traerle a la noche, abandonó a sus compañeros así que salieron a la calle, y siguiendo deprisa toda la de Tallers y luego la Rambla, torció a la calle de San Pablo, metiéndose en la de Robador.

Subió al cuarto piso de una de las casas, llamó a la puerta, entró y se coló a la alcoba de la habitación donde yacia una mujer enferma.

Nuestros lectores habrán ya reconocido a Ramón, el pobre hijo de la pobre Margarita, que estaba ya en el oficio que la señora Tomasa había indicado a su madre.

—¡Madre mia!

—¡Ramón! ¡hijo de mi alma!

El limpiabotas lo primero que hacía, al salir a la calle todas las mañanas, era ir a ver a su madre.

Ésta sentía cada vez el mismo pesar, el mismo profundo dolor al ver a su hijo en semejante oficio, y le recibia siempre abrazándole con lágrimas en los ojos.

—¡Siempre llorando cuando yo vengo! dijo Ramón a su madre.

—Es la misma alegría de verte, hijo mio.

—Sí, o el pesar, replicó el niño.

Margarita no contestó, abrazándole otra vez.

—¿Y por qué ha de pasar V. penas por mí? ¿acaso no estoy mejor así, y V. no tiene de esta suerte un alivio que de otra manera no tendría? Hoy es domingo, y aunque tenemos que entregar al amo dos reales más que los otros días, como todo el mundo quiere ir limpio de piés, lo menos me prometo yo ganar diez: con que me quedan cuatro para V. Además, el caballero aquel, a cuya casa voy a limpiar todos los días de fiesta las botas suyas y de sus hijos, me dijo, que para hoy me tendría un pantalon y una chaqueta, que, aunque sean usados, siempre serán mejores que la chaqueta y el pantalon que llevo. Con que ya V. ve, lo único que me faltaba era ropa, y esa la voy a tener hoy mismo. Por lo demás, dormimos bien, comemos *todos los días*, y sobre esto nunca baja de dos reales o veinte cuartos los que me quedan para V.

Margarita, en vez de encontrar un consuelo en las palabras de su hijo, sentía aumentarse la aflicción y el dolor de su alma.

Los nobles y generosos sentimientos que abrigaba el corazón de aquella criatura, hacían doblemente sensible a su madre la triste condición en que le miraba.

—Hoy, como domingo, prosiguió Ramón, dejan entrar en la cárcel, iré a ver a Amalia; desde ahora, que son poco más de las siete, hasta las cuatro de la tarde, que es la hora de entrada, bien tengo tiempo de hacer los diez reales, y entonces, ya estoy libre. Me voy a ver a Amalia, paso un buen rato con ella, y luego vuelvo aquí, donde me estaré hasta las ocho. ¡Cuando Amalia me vea con la chaqueta y el pantalon! ¿Y Ricardo? ¡ah! duerme todavía. Voy a darle un beso. ¡Pobrecillo! le traeré un sable de pasta. Vaya, madre mia, adiós, hoy es preciso aprovechar la mañana.

—Adiós, adiós, hijo mio.

—Según los cuartos que haga, volveré al medio día.

—Vuelve antes de ir a la cárcel.

—¡Ah! eso sí, siempre. Con que, hasta luego, madre mia.

—Hasta luego, hijo mío.

Y Ramón cogió la caja que había dejado en el suelo, y salió de la habitación.

Margarita rompió en un fuerte llanto, que reprimio durante el tiempo que estuvo allí Ramón.

Éste se paró en el primer descanso de la escalera, y se puso a llorar también. Su madre no le veía, ¡y el niño podía llorar libremente sin afligirla!

Luego salió Ramón a la calle.

—*¿Limpiem?* caballero, *¿limpiem?* iba diciendo a todos y mirando a los piés de cuantos hombres encontraba.

Pero hacía ya una hora que andaba recorriendo la Rambla, y todavía no había limpiado un solo par.

—¡Mucho tardo hoy en estrenarme! Se dijo parándose un instante con desaliento.

Pero, animándose de nuevo, siguió otra vez, ofreciendo sus servicios a la gente con la misma fórmula:

—*¿Limpien?*

—¡Quita allá! contestóle sin pararse el hombre a quien se dirigió.

—Se las dejaré a V. como un charol, insistió Ramón siguiéndole.

—¡No! concluyó secamente y con malhumorada voz el hombre.

El limpiabotas dejó a éste para dirigirse en seguida a otro.

—*¿Limpiem?*

—¡Qué limpiem, ni qué canario!

Ramón se detuvo asustado.

¡Ya me lo has dicho dos veces, y te he contestado que no!

—Perdone V., caballero.

—Como vuelvas, le doy un puntapié que vas a parar a Atarazanas.

Aunque no era esta la primera vez que Ramón oía semejante contestación de boca de un *caballero* en la calle, sin embargo, ésta impresionó tanto al niño, que se quedó mirando al que de tal manera acababa de ajarle, y exclamando en su interior:

—¡Ah! si fuera yo mayor, ¡no me hubiera dicho eso impunemente!…

Y con la resignación de un hombre, se dirigió a un grupo de seis *majos*, jóvenes todos, que en animada conversación, fumando y riendo, se hallaban parados en medio de la Rambla.

—*¿Limpiem?*

—No, quita allá, dijo uno.

—¿Cuánto vas a llevar? preguntóle otro.

—Tres cuartos, ya lo sabe V., respondió Ramón, contento con la idea de que iba a empezar ya a reunir los diez reales que él se había fijado.

—No, dos cuartos.

—Si fueran Vds los seis…

—A dos cuartos, nos limpias a todos.

—Vamos pues, dijo Ramón satisfecho del negocio. En ese portal estaremos mejor, añadió señalando al de una casa inmediata.

—Vamos allí.

Y precedidos de Ramón, los seis majos se dirigieron al portal de la casa que aquel había indicado.

El tiempo era dinero para Ramón aquella mañana, y el limpiabotas, aunque no daba esta fórmula a su idea, la comprendía asimismo, y se esforzó en limpiar tan aprisa como su necesidad lo exigia los seis pares que su buena suerte le había deparado de una vez.

—Más deprisa andas, decía uno.

—Por eso no quedarán mal, contestaba Ramón sin interrumpirse en su faena.

—¡Brillo, brillo! decía otro dando al niño con la punta del pié.

—Hagan Vds el favor de no estorbarme, suplicó Ramón.

—Es verdad, dejarle, hombre, porque sino, no va a concluir en toda la mañana, decía el mismo a quien Ramón limpiaba.

—¡Ay! exclamó de repente el limpiabotas.

Los seis majos soltaron una carcajada.

—¡Qué es eso! ¿qué tienes ahora?

—¡Que me ha tirado V. la ceniza caliente del cigarro en la oreja, y me ha quemado!…

Los majos volvieron a soltar la carcajada.

¡El lance era gracioso en verdad!

—Vamos, eso no es nada, ha sido casualidad, dijo uno.

—¡Pues no eres tú poco delicado! observó otro.

—Suplico a Vds que me dejen, si he de concluir de limpiarles.

—Efectivamente tiene razón, Carlos, ahora no te haremos nada más, pero concluye pronto, porque tenemos prisa.

—Si Vds me dejan, concluyo antes de un cuarto de hora.

Y el limpiabotas, empleando todo su esfuerzo, limpió uno después de otro a todos en el tiempo que había dicho.

Cuando llegó al último, Ramón casi no podía respirar de puro cansado, el sudor inundaba su frente y sus tiernos brazos cedían rendidos de fatiga.

Al fin concluyó.

—Ea, toma, le dijo el último de los majos, mientras los demás

salían a la calle riéndose.

Ramón apenas podía alargar la mano.

El majo dejó caer en ella una moneda de a dos cuartos.

¡Cómo! exclamó Ramón, ¡qué me dá V.!

—¿No has dicho que ibas a limpiar a todos por dos cuartos?

—Pero fué por cada uno.

—Tú no has dicho eso, y el trato es trato.

Y el majo fué a unirse a sus compañeros, que se alejaron riéndose del chasco que acababan de dar al limpiabotas.

¡Ah! ¡no pensaban los que tan desalmada broma jugaron al infeliz, el daño que entonces le hacían!

CAPÍTULO II.
El corazón de un hijo

TODAVÍA de rodillas en el suelo el pobre Ramón, sin poderse apenas mover, pues estaba rendido de fatiga, dirigió una mirada centelleante a aquellos hombres que tan sin conciencia acababan de robarle los maravedises que para él constituian un tesoro en aquella mañana, y volviendo a resignarse, miró los dos cuartos, los metió en uno de los bolsillos, y se levantó trabajosamente, saliendo otra vez a la calle.

Pasemos de un salto las horas de aquel día, durante las cuales, hasta la de entrada de la cárcel, que era la de las cuatro de la tarde,

anduvo el pobre Ramón juntando de cuarto en cuarto, con un trabajo ímprobo a su edad y para su desmayado cuerpo, una suma miserable que no bastaba para las obligaciones que su generosidad y delicados sentimientos le habían impuesto en aquel día.

Eran, pues, las cuatro de la tarde, y Ramón, sentado en uno de los bancos de la Rambla de Santa Mónica, con la caja de los cepillos y la banqueta al lado, contaba triste y pesaroso los cuartos que había podido reunir.

—¡No hay más que dos pesetas! se decía con dolor, ¡y de esto tengo que entregar precisamente seis reales al amo! de lo contrario, me impondrá el castigo que me ha prometido, ¡No puedo disponer sino de dos reales para mi pobre madre y para Amalia! Si supiera que el amo no había de hacer más que pegarme… ¡pero me quitará la comida como ayer!…

La pobre criatura, sin explicárselo, conocía en su generoso instinto, que la falta de alimento era el castigo que más debia temer, por cuanto podía arrastrarle a un estado en el cual todos sus esfuerzos fuesen impotentes para seguir aliviando a su madre.

Ramón estuvo un rato haciéndose estas reflexiones, y volviendo a contar el dinero, hasta que, resolviéndose al fin, exclamó:

—¡todavía quedan algunas horas, y ¿quién sabe? veremos de aquí a entonces!

Según su madre le había prevenido, fué a ver a ésta antes de ir a la cárcel.

Compró en una tienda un sable de pasta, que valía un cuarto, para su hermanito Ricardo, y se dirigió a la calle de Robador.

Cuando estuvo en la escalera de su casa se detuvo, sacó todos los cuartos del bolsillo, dejó la caja y empezó a echar cuentas de nuevo.

—Vamos a ver qué es lo que puedo dejarle a mi madre. Con el cuarto que he gastado no puedo darle sino diez y seis, si he de entregar los seis reales al amo. ¡todavía no llegará hoy a dos reales!… ¡Y yo que le había hecho concebir esperanzas de cuatro… iré a darla menos que ningun día!… ¿Y qué es lo que va a hacer la pobre con diez y seis cuartos? no, le daré veinte.

Ramón reflexionó otro momento y añadió:

—Por cuatro cuartos mas… le doy tres reales y luego ya veremos.

Y separando esta, cantidad de la otra, y procurando componer todo lo posible la fisonomía, haciendo de manera que no asomasen al rostro los pesares que su tierno corazón sentía, empezó a subir corriendo la escalera.

—¡Mamá, ya estoy aquí! ¡Cómo! ¿se ha levantado V.? Me alegro. Se encuentra V. bien, ¿verdad?

—Sí, hoy me siento bastante bien, respondió Margarita, que pensaba todo lo contrario.

—¿Y Ricardo? ven acá, dijo Ramón tomando a su hermanito de los brazos de su madre, toma un sable que se puede comer, y que te lo trae el hermano Ramón.

Estas escenas que presenciaba todos los días, acababan de destrozar el corazón de Margarita.

—Tome V., madre, dijo Ramón, después de haber acariciado a Ricardo, y sacando el dinero del bolsillo: hoy no pueden ser más que tres reales, yo me crei que podría llegar a cuatro, pero…

—¡Ah! no importa, hijo mio, para Ricardo y para mí basta con eso.

—No basta no, pero no ha podido ser más.

—¿Ya has reservado lo del amo?

—¡Ah! sí, señora, eso lo primero.

¡Si a Margarita le hubiesen dicho que faltaba a su hijo un real, y que por cada cuarto sería luego castigado con dos azotes!…

Pero la pobre madre creia cándidamente lo que su hijo le decía.

—Ahora mande V. por lo que sea necesario. ¿La señora Tomasa no está por aquí?

—Luego vendrá.

—¿Quiere V. que me llegue yo a la tienda? De un salto voy y vuelvo.

—No, hijo mio. ¿Y tu qué has comido hoy? porque como en casa del amo no lo haceis hasta la noche…

—¿Yo? ya he comido; me han sacado un plato de… qué sé yo… de varias cosas, allí todo revuelto, en la casa de aquel caballero, ¿sabe V.? diciéndome si quería comerlo, y tan bien como me ha venido.

—¿Y la chaqueta y el pantalon?

—¡Ah! Es verdad, no me lo han dado. Quizá no se acordarían más. Yo bien he pensado en ello, pero me ha dado vergüenza pedirlo.

—Pero veo que te vas poniendo muy pálido y muy delgado.

—¿Yo? puede ser, pero no lo siento en verdad. Como hoy he corrido bastante…

—Es ya de muchos días. ¿Acaso no comes bien?

—Ya lo creo. Sí, señora.

—¿Y dormir?

—También. Tenemos nuestra cama cada uno, y manta para abrigarnos. Lo que es en cuanto a eso…

—En fin, concluyó la madre, poco satisfecha en verdad de las palabras de Ramón; hasta que Dios quiera, hijo mio, no hay más que sufrir y tener paciencia. Aunque yo todo lo llevaría con resignación; pero al pensar en lo que sucede a la pobre Amalia, y lo que tú tienes

que hacer para dar algún alivio a tu madre…

—¡Ea, vuelta a llorar! Ya querrá Dios que se concluya. ¿No dijeron el otro día que luego se vería el fin de la causa de Amalia?

—Hace ya tres meses que eso se dice, y el día nunca llega.

—Pues ya llegará.

—Aunque ese día… ¡quién sabe! ¡si salía sentenciada!…

—¡Ah! pero ¿cómo puede ser eso? ¿No dicen que si es inocente saldrá en libertad?

—Tú eres muy niño aun, y no sabes todo el daño que puede venir, aun siendo ella, como es, inocente.

—Esas son cosas que V. piensa.

—¡Pluguiera a Dios!

—Y con las cuales no hace más que afligirse. No se acuerde V. de eso, y esperemos. Yo voy ahora a verla, porque ya habrán dado la entrada a la gente.

—Sí, ve, hijo mio.

—¿Y qué le voy a decir?

—Mira, toma aquel lío de ropa que está junto a mi cama, es una camisa y unas sayas que he podido arreglarle hoy.

—Bueno. ¿Y quemas?

—¡Qué más quieres que la mande, hijo mío!…

—¡Toma! lo que ella agradecerá seguramente más que las sayas y cuantas otras cosas pudiera V. mandarle: un abrazo y un beso.

—¡Ah! eso siempre.

—Pero antes, si yo lo he de llevar, es preciso…

Ramón dió un paso hacia su madre.

Esta se echó en sus brazos, exclamando:

—¡Hijo de mi corazón!

—Ea, ahora voy en seguida a verla, y a las seis estoy aquí otra voz.

—Adiós, hijo mio. Oye, no le digas nada de esos temores que yo tengo.

¡Ah! pues no faltaba otra cosa. Ahora iba yo a decirle a la pobre… Hasta luego, madre mia.

Y Ramón, cogiendo el lío de la ropa, bajó la escalera, tomando el camino de la cárcel.

Sin otra interrupción que la del tiempo para examinarle en la puerta lo que en el pañuelo llevaba, penetró hasta las grandes rejas que tiene para la plática la cuadra de mujeres.

Las rejas estaban entre un monton de gente por la parte de adentro y de afuera, Ramón llegó, púsose de puntillas para ver si entre tanto rostro como asomaba entre los hierros, estaba el de su hermana, pero así y todo, le era imposible dominar el grupo apiñado delante de la

reja.

—¡Eh! ¡tú, Narcisa! ¿no está la Juana por ahí? gritaba una voz desde afuera.

—Sí, por ahí anda, respondió una de las presas.

—Pues dila que salga, que le traigo un recado del Zurdo.

—¡Gertrudis! llamaba un hombre a otra presa, también a la reja asomada.

—¡Al fin has venido, gracias a Dios! contestaba la mujer con enfado.

—Ya sabes lo muy ocupado que estoy.

—Sí, con aquella zarrapastrosa, que cuando yo salga de aquí, ¡le arranco cuantos pelos tiene en la cabeza!

—¡Quiá, mujer! ¡si no la he visto hace un mes!

¡Embustero! ¿con quién estabas entonces la otra noche en la taberna de Colás?

—Ya he ido a casa del escribano, decía otro a otra.

—¿Y qué dice?

—Que la semana que viene protestarán.

—¿Y qué tenemos con eso?

—¡Toma! que la cosa ya va adelante.

—¿Y mi madre? preguntaba una.

—Buena.

—Que me mande un par de medias y un pañuelo, y dale expresiones, y a tia María también, y a la Marta, dile que tiene muy poca vergüenza en no venir a verme.

Y así gritando y gesticulando, sin reparar en nadie ni recalarse de nadie, atento cada uno tan solo a lo que particularmente le atañia, reinaba entre ambos grupos, el de adentro y el de afuera confundidos entre sí a pesar de la reja que los separaba, una algarabía tal, que parecia imposible pudieran llegar a entenderse ni de una sola palabra dos personas que de adentro a fuera se hablasen.

Y sin embargo, hablando todos, todos se entendian, fijo y atento cada cual en lo que a él le interesaba, sin cuidarse de lo que dijera el que a su lado tenía.

En medio de los gritos y la confusion, una voz aguda penetró entre la gente llamando:

—¡Amalia!

—¡Ramón! respondió otra voz argentina desde adentro.

Y Ramón, codeando y entremetiéndose por entre las piernas de alguno, iba abriéndose paso, penetrando aquel muro verdaderamente impenetrable para otra persona de mayor edad.

—¡Qué diablos es esto que anda por aquí! dijo un hombre

sacudiendo los piés y bajando la cabeza.

—Permítame V. buen hombre, respondió Ramón, déjeme V. pasar.

—¡Por vida del arrapiezo! ¡pues no es mala maña la suya, colándose como una anguila por entre los piés!

—Vamos, buen hombre, que tengo a mi hermana ahí.

—¡Ea, pasa! Tú, apártate un poco, deja pasar a este gigante, dijo el hombre a otro que delante tenía.

Ramón llegó por fin a la reja.

—¡Amalia!

—¡Ramón!

Los dos hermanos tendiéronse las manos, ambos estrechándoselas mutuamente con toda la efusiion de su acendrado cariño.

—¿Y madre? preguntó Amalia en seguida.

—Buena.

—¡Cómo! exclamó sorprendida Amalia.

—Sí, mujer, hoy se ha levantado.

—¡Ay, gracias a Dios!

—Como que ella misma te ha arreglado esta camisa y estas sayas que aquí te traigo.

—¿Y Ricardo?

—Bueno también.

—¡Cuántos deseos tengo de verlos!

—¡Pues no has de tardar!, porque o tú saldrás muy pronto de aquí, o madre estará luego en disposición de venir a verte.

—¡Cuánto mejor fuera que saliese yo a verla a ella!

—Todo llegará, mujer, no te apures, continuaba Ramón dando a su hermana un ánimo que él no tenía, y hablando como un hombrecillo.

—¡Dios quiera que sea pronto! Y di, Ramón, ¿del señor D. Augusto, no sabe madre nada todavía?

—No.

Amalia bajó los ojos al suelo, y una nube de profundo pesar cubrió su rostro.

—Buena falta nos hace en esta ocasión, prosiguió Ramón repitiendo las palabras que acerca de esto había oído de boca de su madre. Pero no te aflijas, añadió seguidamente. ¿Os han dado ya la comida hoy?

—Sí, pero yo apenas la he probado.

—¿Por qué? ¿has perdido el apetito?

—Tú no sabes lo que yo sufro aquí en medio de estas mujeres que todas se burlan de mí.

—¡Burlarse de tí! ¿y porqué?

—En primer lugar porque las que hay aquí son casi todas mujeres

de esas tan desvergonzadas de la calle, ¿sabes, Ramón?

—Sí, sí.

—Y como yo no me rio nunca con lo que hacen y lo que dicen, sino que, al contrario, huyo siempre de ellas, me llaman en tono de burla *la señorita*, y ninguna me puede ver.

—¡Ah! sí yo estuviese aquí contigo, segura estabas de que ninguna osase ni siquiera mal mirarte.

—Y luego, como todas, quien más quien menos, tienen algo que les mandan, o dinero para hacerse traer cosas, ninguna come del rancho que dan aquí.

—¡Ah, ya lo veo! ¿y tú tienes que comerlo?

—¿Qué remedio tengo sino?… ¿Y si fuera bueno?

—¿Con que es malo?

—Mira, allí tengo la ración todavía que nos echan en la fiambrera de lata; la voy a traer.

Amalia fué y volvió al cabo de un momento con la fiambrera, diciendo a su hermano:

—¿Ves?

—Pues a la vista no parece tan malo…

—No quiero yo decir que sea malo del todo, sino que…

—Vamos, ya entiendo, tú querrias hoy otra cosa. Déjame esa lata.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy y vuelvo en seguida. No te muevas de ahí.

—Pero…

—Aguárdame.

Y Ramón separóse inmediatamente de la reja, saliendo en seguida a la calle.

Metióse en la primera escalerilla que encontró, y en dos minutos comió lo que contenía la lata.

—Ahora poco me importa, exclamó luego después, que el amo me quite la comida esta noche; y como este era mi miedo principal, bien puedo gastar otros ocho cuartos en meneada para la pobre Amalia.

Y en seguida se dirigió a una tienda inmediata, y compró dos onzas de morcilla y un panecillo, gastando en ambas cosas los ocho cuartos que había dicho, y volvió a la cárcel.

Pensando en lo que habría ido a hacer su hermano, aguardábale Amalia en el mismo sitio.

—¡Ea, toma! le dijo Ramón así que llegó, metiendo por entre los hierros de la reja lo que había comprado.

—¿Qué es esto ahora? preguntó Amalia admirada.

—Pan y morcilla, para que meriendes y no seas tú menos que las demás.

—Pero, Ramón, ¿cómo te has arreglado?…

—Anda, come, que eso poco importa, y ya te dije que el amo con el cual estoy de aprendiz, me suele dar unos cuartos todos los días de fiesta.

—Mejor hubiera sido dárselos a la pobre madre.

—A madre no le falta nada hoy.

—Pero, ¿y la comida que te llevaste?

—¡Ah!… te diré: había un pobrecito ahí abajo, que vi al entrar, y se la di.

—Muy bien hecho, Ramón.

Los dos hermanos estuvieron hablando sin perder momento mientras duró la hora de la plática.

Cuando ésta concluyó, y sonó en el corredor la voz anunciándolo al público, Amalia estrechó de nuevo la mano de Ramón, exclamando:

—¡Qué pronto ha pasado la hora!

—Tienes razón, ¡me parece que llego ahora mismo! ¡también dan aquí el tiempo bien escaso!

—Vaya, retírate ya, Ramón.

—Adiós, pues, Amalia, dijo éste, estrechando fuertemente la mano de su hermana: no te aflijas sobre todo, y buen ánimo. ¡Ah! madre me ha dado para tí un abrazo y un beso.

—Devuélvele tres, Ramón, y a Ricardo también, ¿oyes?

—Descuida, que se los daré en cuanto llegue. Con que, adiós, Amalia.

—Adiós, Ramón.

—Hasta el otro domingo.

Ramón fué el último de cuantos habían ido a la cárcel, en separarse de la reja.

Amalia fué la última también de las presas en retirarse.

Al doblar la esquina del corredor, Ramón volvió la cabeza, parándose un momento.

Amalia le dirigió el último adiós.

CAPÍTULO III.
De como cumplió el amo de Ramón el castigo que le había prometido

SALIÓ de la cárcel el generoso y noble Ramón brotándole las lágrimas de los ojos.

Sin detenerse, se dirigió a su casa.

—¡Madre! ¡ya estoy aquí otra vez! gritó desde la puerta del cuarto.

Difícil, sino imposible, hubiese sido a cualquiera conocer por la fisonomía y el metal de la voz el pesar profundísimo que embargaba el alma de Ramón.

—Vamos, ¿y qué dice Amalia? le preguntó en seguida su madre.

—¡Tan buena! con una alegría que le ha dado, cuando yo le dije que V. había podido levantarse hoy…

—¿Sí? exclamó la madre con no fingida, sino verdadera alegría.

Y en seguida añadió para sí:

—A lo menos he conseguido con esto quitarle una pena.

—Allí hemos estado hablando siempre, continuó Ramón.

—¿Y qué te ha dicho?, vamos, sin perder palabra, cuéntamelo todo de la manera que sabes.

No presumia seguramente Margarita que el modo como Ramón sabía contar ciertas cosas, era engañándola con una generosidad y un talento que no lo dá a su edad, sino una naturaleza precoz y privilegiada como era la de su hijo.

La desgracia es un maestro sublime, y no hay duda de que multiplica las facultades del alma, siquiera sea aumentando los dolores del cuerpo.

Al espresarnos así, no obstante, no hablamos de aquella desgracia estrema que mata alma y cuerpo a la vez, en los infelices a quienes ha elegido por víctimas de su saña.

—Lo primero, continuó Ramón, son tres besos y tres abrazos que voy a dar a V. ahora mismo.

—¿Y cómo, cómo sigue allí?

—No es aquello tan malo como decían, No está como arriba en el cuarto, pero no se halla del todo mal. En primer lugar, de la ración que les dan, les sobra todavía; tanto que yo he comido más de la mitad, que ella no ha podido concluir; y bueno que me ha sabido aquel potaje.

Y así por este estilo, Ramón fué, a medida que hablaba, inventando una conversación tenida con su hermana, que mejor no podía desearla Margarita, atendida la posición en que su hija se hallaba.

Ramón acompañó a su madre basta las siete, y a esta hora se despidió. La de las ocho era la marcada por el amo para retirarse.

—Si en esta hora que me queda, pudiera ganar un real tan solo, ya estaba bien, se decía bajando la escalera de la casa de su madre.

Y saliendo a la calle, volvió a emprender de nuevo su interrumpida tarea, presentándose a todo el que encontraba con la consabida fórmula:

—¿*Limpien*?

Pero, ¡inútiles esfuerzos! Ramón recibia con más o menos dureza la misma respuesta negativa de todos.

El tiempo corría, y el corazón de Ramón se oprimia por momentos.

Dieron las ocho menos cuarto, y no podía ya aguardar más.

El llegar a casa del amo, después de la hora por éste prefijada, era una falta más que se castigaría también, sin perdonar en nada la otra.

Apurando, pues, los últimos instantes, entrando y saliendo en los cafés, sin dejar de preguntar a los hombres que al paso hallaba, se dirigió por fin a la calle de Tallers.

A la esquina de la calle del Carmen, se detuvo ante un caballero que, envuelto en un ancho gaban, la cabeza baja, y apoyándose en una rica caña de Indias, andaba pausadamente por la acera.

—¿*Limpiem*, caballero? preguntó Ramón poniéndose al lado.

El caballero, sin volver la cabeza ni responderle, siguió su pausada marcha.

—Caballero, ¿quiere V?… insistió Ramón, sin separarse de su lado.

—¡Quita! exclamó aquel, acompañando la palabra con una *coz*, que otro nombre no merece su brutal acción, y derribando al suelo al pobre limpiabotas.

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó Ramón tardando un rato en levantarse y recoger la caja que había rodado también.

El caballero siguió indiferente su camino.

—¡Qué barbaridad! dijo un hombre del pueblo que al pasar vió la escena.

Y dirigiéndose a Ramón, y alargándole la mano para levantarse, le preguntó:

—¿Por qué le ha dado esa patada?

—Porque le he dicho si quería *limpiar*.

—¡Para ser el señor D. Pedro Blanco, buenos modos tiene!

¡Quién le dijera a Ramón que el hombre que de tal modo acababa de maltratarle, poseia miles robados a la casa de su padre, mientras se esponia a tales brutalidades para ganar un alimento que sería mezquino para un perro!

—Toma, toma, allí tienes seis cuartos, dijo el hombre sacándoselos del bolsillo y dándoselos a Ramón.

—¡Ah! Dios se lo pague a V., exclamó Ramón tomando la limosna.

—Hazte cuenta que le has limpiado.

Ramón no sintió ya el dolor material del golpe.

De todas maneras, el que acababa de recibir, le libertaba de doce azotes, que correspondian a la falta de seis cuartos, cuando presentase la cuenta al amo.

Así que Ramón llegó a la casa, dieron las ocho.

Los limpiabotas estaban sentados, unos en la banqueta, otros en el suelo, y otros en el umbral de la puerta que estaba cerrada.

Todos miraron al rostro de Ramón así que llegó.

—¿Cuántos cuartos traes? le preguntó uno.

—Una peseta y seis.

—¡Ay pobre de tí esta noche!

Ramón se encogió de hombros.

—Menos me faltan a mí, y estoy temblando, añadió el que le había preguntado.

Al cabo de poco rato se vió venir por la calle una pareja grotesca de un hombre y una mujer.

Los limpiabotas se pusieron de pió al verlos.

La pareja eran el italiano y su *ama de llaves*.

Era domingo, y el hombre había salido a celebrar la fiesta yendo a merendar a Gracia, o a otro punto con la mujer que tenía en casa.

Al llegar a la puerta, el italiano sacó la llave, abrió y entró seguido de toda la tropa que le aguardaba.

Los limpiabotas se quedaron en la cuadra.

El italiano subió a su habitación, quitóse el traje del domingo, y volvió a bajar con su blusa azul, sombrero hongo color de coniza, y una recia correa en la mano.

—Vamos a ver, dijo entrando en la cuadra, ¿quién falta?

—Ninguno, respondieron a la vez tres o cuatro de los chicos.

—A formar pues, añadió el italiano.

Y como una compañía de soldados, los limpiabotas formaron en la cuadra una línea de frente al italiano.

Éste empezó por un extremo.

—¿A ver? dijo al primero.

El limpiabotas puso los cuartos en la mano de aquel.

—Seis, doce, diez y ocho… seis reales y ocho cuartos.

—Sobran ocho, dijo el chico satisfecho.

—Ya lo veo. Serán adelantados ya para la cuenta de mañana.

Y en seguida pasó al inmediato.

—Uno, seis, veinte… ¡faltan dos cuartos!

—Pues yo creí que estaba la cuenta justa, dijo el segundo limpiabotas.

Estratagema de niño que no le valió.

El italiano volvió a contar.

—Pues faltan dos. Adelántate.

El limpiabotas dió dos pasos al frente, y el italiano le descargó dos fuertes correazos.

Pasó al tercero y al cuarto, y a los siguientes, distribuyendo a cada cual su merecido, según las faltas que en las respectivas cuentas encontraba, hasta que llegó al último, que era Ramón.

—¡Te toca ya a tí, perillan! ¡A ver, venga ese dinero!

Ramón se lo entregó.

El italiano, del mismo modo que había hecho con los demás, se puso a contarlo.

—No cuente V., faltan once cuartos, dijo Ramón.

—¿Con que, hoy faltan once cuartos?

—No he podido hacer más.

—¡Bravo!

Y el italiano, con asombro de todos, se separó sin tocar ni amenazar a Ramón, saliendo en seguida de la cuadra.

—¡No te pega! le dijo uno admirado.

Ramón se encogió de hombros, sin responder una palabra.

Al cabo de un rato el italiano volvió a aparecer, llevando aun la correa en la mano.

—Ea, a comer, dijo entrando en la cuadra.

La mujer que con él había venido, entró entonces llevando una marmita llena de potaje de judías y arroz, que dejó en medio de la cuadra, quedándose ella de pió, empuñando un cucharon de madera.

Cada uno de los limpiabotas fué al sitio de su cama y tomó una fiambrera de hoja de lata.

Ramón no fué por la suya.

—¿Cómo no vas tú por tu fiambrera? le preguntó el italiano con tono irónico y una sonrisa infernal.

—No tengo gana de comer, respondió Ramón.

—Ea, a tomarla, y ponte en la fila, le mandó el amo.

En fila ya todos los limpiabotas, cada cual con su cazuela y su cuchara en la mano, la *Maritornes* de la casa destapó la marmita, hundió el cucharon, que sacó lleno, y lo puso al primero de los chicos.

Los limpiabotas fueron pasando uno por uno, recibiendo la ración.

—¡Alto ahí! dijo el italiano que presenciaba el reparto, cuando llegó uno de los que no habían traido la cuenta completa: a ese media ración nada más.

La Maritornes vertió en la marmita la mitad de lo que contenía el cucharon que había sacado lleno, y dió la media ración que se le mandaba.

Llegó por fin Ramón.

La mujer hundió y sacó llena la enorme cuchara, y el niño alargó naturalmente su cazuela.

Pero antes de que tuviese tiempo de caer en ella la ración, el italiano descargó tan fuerte correazo sobre Ramón, que éste rodó con la cazuela en tierra.

—¡Toma comida! exclamó el italiano volviendo a los golpes y desahogando su brutal furor en el limpiabotas.

La boca de Ramón no exhalaba ni siquiera un ay.

—Vamos, basta ya, dijo la mujer interponiéndose entre éste y el feroz italiano.

Deja, exclamó éste; la correa no rompe ninguna costilla, y así entrará un día en caja y siguió con los azotes, hasta que hubo contado los veintidós, que eran los que correspondian a los once cuartos que faltaban a la cuenta, esto es, dos correazos por cada cuarto.

Concluido el castigo, Ramón permanecía aun en el suelo.

—¡Ea! ¡levántale, truhán! díjole el italiano, que no es este el sitio donde has de dormir esta noche.

Ramón se levantó.

—Anda, y sígueme.

Y el italiano dejó la correa y se encaminó hacia el fondo de la casa, que es donde tenía la cueva.

Ramón le siguió.

Aquel levantó la trampa, y dijo a éste:

—Baja.

—Pero, señor, ¿ahí va V. a hacerme pasar la noche? preguntó Ramón.

—Y parte del día de mañana, si vuelves a replicar, respondió secamente el italiano.

—¡Oh! perdóneme V., harto castigo he sufrido ya. Yo prometo a V. que mañana le llevaré lo que ha faltado a la cuenta de hoy.

Ramón era niño, y como tal, eso de la cueva lo llenaba de espanto y de terror.

—No, no hay perdón, así escarmentarás para otra vez.

—¡Por Dios, señor!

—¡Baja, baja! insistió el italiano, concluyendo la paciencia por momentos.

—¡Ah! ¡no bajo!

—¡Cómo! exclamó el amo enfurecido. Con que, ¿no bajas? Ya verás si bajas o no.

Y cogiendo a Ramón por el cuello de la chaqueta, suspendiendo su ligero cuerpo con la fuerza del robusto brazo, el italiano bajó al limpiabotas a la cueva por más que el infeliz gritaba y pataleaba en el aire, para resistir lo que a tal punto le horrorizaba.

—¡Aquí! dijo el italiano soltándole cuando llegó abajo.

Y de dos saltos subió arriba, dejando caer la trampa que cerró en seguida.

El pobre Ramón quedó sobrecogido de puro miedo, sin osar respirar, ni menos moverse del sitio.

Pero a medida que el tiempo fué transcurriendo, fué pasando la terrorífica impresion de los primeros momentos, y la necesidad de

variar de posición le obligó a moverse.

Sus manos tropezaron con un objeto que en el suelo había, y el cual no tardó Ramón en reconocer. Era un pedazo de eslora.

Como era natural, resolvió aprovecharse de ella, y la levantó, no sin un miedo cerval y aguzando el oído para soltarla en el momento en que comprendiese que la estera cobijaba algún fantasma de los que en aquel instante creaba su escitada imaginación de niño, a fin de acomodarse lo mejor posible y pasar menos mal aquella dolorosa y terrible noche.

Arregló la estera, acurrucóse sobre un extremo de la misma, con el fin deponerse el resto encima, y al alargar la mano a este objeto, sus dedos tropezaron con un anillo que salía del suelo.

El anillo correspondia a una tapadera de hierro que cubría una tenue capa de tierra movida.

Ramón tiró de él, levantando el objeto sin esfuerzo.

Llevó en seguida la mano al mismo sitio, y encontró un agujero.

Ramón retiró la mano.

Su primera impresion fué de miedo, pero no tardó en apoderarse de él la más viva curiosidad.

¡Es un agujero, no hay duda! se decía, ¡y estaba tapado con esto! ¡Qué será!

El agujero infundia a Ramón cierto respeto, pero más que el respeto pudo en él la curiosidad, y al fin venció ésta.

Llevó la mano y encontró a flor de tierra un círculo de metal que reconoció en el instante.

—¡Es una olla! exclamó, y fué metiendo la mano.

No llegó al fondo, cuando volvió a exclamar:

—¡Dinero! ¡y está casi llena! ¡Si será del amo!

El miedo de Ramón a los fantasmas y ratones, desapareció desde el momento en que otras ideas arrojaron las primeras de su imaginación.

Una de las reflexiones que primero se hizo, fué la siguiente:

¡Tanto dinero enterrado aquí, y yo que, matándome por ese Barcelona, apenas puedo encontrar una peseta todos los días! ¿Si será plata? pensó luego. Cuartos no serán. Tal vez oro…

Y enterándose con el tacto del tamaño de las monedas, se decía:

—Hay de grandes como duros, y de otras más chicas… ¡tal vez aquellas sean onzas!… ¡Con una que yo tuviera!… no tendría necesidad en muchos días de… ¡Y mi madre! ¡mi pobre madre!…

Pero, ¿qué le diría? ¿qué me la había encontrado? ¡Ah! ¡no, no! Si el amo llegara a notarlo, ¡qué vergüenza!… Y luego, ¡entonces sí me mataría!

El miedo del castigo se dejó sentir en Ramón, sin embargo, después

que la idea de la deshonra.

—Volvamos a dejarlo como estaba, se dijo luego.

Y buscó otra vez la tapadera.

—Todo será, pensó en seguida, que pueda dejarla del mismo modo: si llega a caer tierra dentro, y el amo observa luego.

Y para evitar esto, volvió a meter la mano, a fin de quitar la tierra que pudiera haber caído sobre el dinero.

Inmediatamente colocó la tapadera en la olla, en el suelo empotrada, volvió a cubrirla con tierra, y concluida esta operación, se acurrucó otra vez a un lado y encima de la estera, procurando dormirse y no pensar más en lo que tan casualmente acababa de descubrir.

Pero ni uno ni otro consiguió Ramón.

Ni pudo dormirse, ni dejar de pensar un momento en aquel tesoro allí enterrado, cuando a él le costaba tanto el ganar una sola peseta, y su madre, enferma y desvalida, se hallaba poco menos que muriendo de necesidad.

Así pasó en claro toda la noche.

A las siete de la mañana siguiente la trampa se levantó, y una voz bajó al interior de la cueva.

—¡Suba V. ya, señor truhán!

Ramón reconoció en seguida la voz del italiano, levantóse con bastante trabajo y subió.

—¡Ea, a coger los bártulos, y a la calle! a ver si a la noche volvemos al mismo alojamiento, le dijo el italiano cerrando otra vez la trampa.

Ramón no le dió a conocer lo más mínimo.

Llegó a la cuadra, sus compañeros se rieron al verle. Ramón los miró sin hacer caso de su burla, tomó su caja y salió, separándose en seguida de los otros, como tenía por costumbre así que salían los limpiabotas a la calle.

CAPÍTULO IV.
Efecto que cansó a Blanco la noticia de la desaparición de Diego

A desaparición del señor de Mendoza de la cueva en donde Blanco le tenía encerrado, dió mucho en que pensar, al paso que un susto de consideración a éste y a su cómplice D. Jaime Hernandez.

Todas las preguntas que se hicieron a Roberto fueron en vano.

Este sabía positivamente que el haber indicado a quien pudiera salvarlo el sitio donde se guardaba a Mendoza, le hubiera costado la

vida, aunque hiciera evidente con la terrible prueba que llevaba impresa en su rostro por el garrote de Daniel, la fuerza superior que en él se había ejercido y las amenazas de muerte, para que descubriese el paradero del preso.

Roberto, que conocía al antiguo jefe de policía, sabía que era más difícil huir a su terrible persecución, que de las mismas manos de Daniel.

Al día siguiente de la evasion de Diego, Roberto, que se había mandado aplicar los primeros remedios a la herida que por fortuna suya no era de gravedad, como no son la mayor parte que se reciben en la cabeza, se presentó con el vendaje puesto a sus satélites que fueron a verle, como todos los días, a su casa.

—¿Qué es esto, D. Roberto? le preguntaron todos incluso Juan.

—Nada, un lance que he tenido esta noche.

Roberto no dijo más, ni nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

El respeto que éste tenía a Hernandez, se lo guardaban los demás a su inmediata *autoridad* subordinados.

Roberto mandó a Juan por un coche de alquiler, y se hizo llevar a casa de Hernandez.

—¿Qué es eso? ¿qué diablos tienes en la cara? preguntó éste a Roberto así que entraron en *la pieza de conferencias*.

—¡El resultado de un lance de anoche que a estas horas me tiene atontado todavía!… respondió Roberto, fingiendo aun mayor dificultad en el hablar de lo que le ocasiónaba la herida.

—¿Pero qué fue?

—Que al retirarme anoche y al pasar por una bocacalle, sin ver nada, ni saber de dónde me venía, sentí un fuerte palo en la cabeza, que me derribó al suelo, dejándome sin sentido.

—¡Es particular!

—Cuando volví en mí, observé que me habían desabrochado el gabán y el chaleco, y por consiguiente creí que me habían robado. Así era efectivamente, y una de las cosas que me quitaron, fué la llave de la *fábrica*.

—¡Cómo! exclamó Hernandez.

—Sí, señor; y por esto sin poderme apenas tener en pié, he venido esta mañana corriendo a avisar a V.

—¿Y qué resultado ha tenido?…

—Uno que me ha dejado tonto, y yo no sé a qué atribuirlo.

—¡Esplícate! ¡esplícate!

—Así que noté la falta de la llave, lo primero que hice, fué irme a casa, restañar la sangre que manaba de la herida, tomar un par de pistolas y dirigirme inmediatamente a la fábrica.

—¿Y qué? preguntó Hernandez, cuya impaciencia era insufrible.

—La puerta de la calle estaba entornada solamente.

—Adelante.

—Amartillé las pistolas, entré, solviéndola a dejar entornada, y encendí luego la luz. En la sala de la máquina no faltaba nada.

—¡Es particular!…

—Luego pasé el patio y fuí al cobertizo.

—¿Y qué? preguntó Hernandez, cuya ansiedad subió aquí de todo punto.

—La trampa estaba…

—¿Abierta quizás?…

—Descerrajada.

—¡Maldición!

—El preso, por supuesto, no se hallaba en la cueva.

—¡Ah! pero ¿cómo ha podido ser eso?

—Lo mismo me estoy yo preguntando a cada instante desde anoche.

—Era preciso que alguien lo supiera de antemano, ¡y que lo supiera todo!…

—Precisamente.

—Aquí somos tres nada más los que estábamos en el secreto: por mí no se ha sabido; por el señor D. Pedro, no es imaginable siquiera…

—Pues por mí tampoco, concluyó Roberto.

Hernandez le miró con aquellos ojos escrutadores, acostumbrados a leer en el rostro lo que pasa en el interior de un hombre.

Roberto, que por su parte no iba en zaga al tal Hernandez en esto, resistió la mirada, seguro de que el otro no leería en su rostro, más de lo que él quisiese.

A Hernandez le asaltó una duda: la de si era real y verdadera la herida que Roberto decía tener bajo el vendaje que llevaba.

—¿Y no te dieron sino un golpe? le preguntó.

—Uno solo, según he visto después, y bastó. De todas maneras yo no hubiese sentido sino el primero, y si me dan otro como ésto, seguro estaba de levantarme.

—¿Y qué le has puesto en la herida?

—Bálsamo de Malats.

—Yo tengo otra medicina mejor, dijo el antiguo comisario, y le voy a aplicar ahora mismo unas gotas.

—Quizá sea malo dos remedios a un tiempo.

El antiguo jefe de policía creyó ver en esta observación de Roberto una excusa para no enseñar la herida.

Así, insistió con mayor ahinco:

—¡Quiá! ¡qué ha de ser malo! al contrario, aunque te hubieras puesto todas las medicinas del mundo.

Y esto diciendo, salió de la sala, volviendo a poco con un frasquito en la mano.

—A ver, a ver, acércate a la luz.

Roberto obedeció.

—No muestra resistencia, dijo para sí Hernandez.

Roberto le presentó el lado de la herida, aquel fué quitando el apósito, y exclamó al fin en su interior:

—¡No mentía!…

Y en seguida dijo a Roberto:

—¡Es una herida terrible!

—¿Pues qué le decía yo a V.?

—¡Ya lo veo, ya lo veo!

Y para disimular tan solo, Hernandez hizo como que echaba unas gotas del frasco, volvió a poner el apósito, y dijo inmediatamente:

—Pues señor, es lance que me deja tonto y frió.

—Y a mí.

—¿Y qué le vamos a decir ahora a ese hombre?

—Lo peor es, dijo Roberto, que de los veinte mil que prometió, no tenemos hasta ahora más que seis mil.

—Otra cosa hay peor que eso.

—¿Cuál?

—Que el señor de Mendoza, que me conoce a mí, ¿quién sabe lo que luego va a hacer?…

—En cuanto a eso, yo no tengo tanto miedo.

—Tú claro es que no.

—No porque a mí no me conozca, sino porque en los últimos tres días que Vds. dejaron de ir allá, se puso de una manera, que si no lo sacaron muerto.

—¿Qué dices?

—No creo vuelva a ser hombre en su vida.

Esta explicación de Roberto, sumamente verosímil para Hernandez, tranquilizó un poco a éste, quitándole parte del recelo que aquel le había naturalmente inspirado.

—No podemos perder momento, dijo en seguida el antiguo jefe de policía; me voy a ver ahora mismo a Blanco.

Roberto salió, y Hernandez se dirigió a la casa del antiguo traficante de esclavos.

Ya sabemos lo que Hernandez diría a Blanco, y podemos presumir el efecto que a éste haría tan inesperada como terrible noticia.

Blanco se puso, no como un hombre exaltado, sino como un

verdadero tigre rabioso bramando y paseando agitadamente de un extremo a otro de la estancia, así que le explicó Hernandez tan inesperado acontecimiento.

El antiguo jefe de policía no desperdició para tranquilizarle, el recurso que poco antes con él había empleado Roberto, pintándole el lastimoso estado de completa impotencia en que, si no moría, había de quedar el señor de Mendoza, según se hallaba, después de tantos sufrimientos, en los tres últimos días que permaneció en la cueva.

—Con efecto, dijo Blanco después de los primeros momentos de ira, y obligado por la necesidad que tenía de encontrar una idea que contrabalancease al justo miedo que de repente le dió la libertad de Mendoza; ¡es fácil que le hayamos imposibilitado para toda su vida!

—Yo, según le ví el penúltimo día… añadió Hernandez, que no quería desaprovechar la ocasión de tranquilizar a Blanco, francamente, poco miedo le tengo.

—Es preciso adquirir ahora todas las noticias posibles, dijo Blanco.

—Eso corre de mi cuenta.

—Ya sabe V. donde él vivía…

—Sí. Pierda V. todo cuidado. A mí, que me conoce, y que no soy el que menos debe temer de su venganza, me importa, cuando menos tanto como a V., tener noticias para saber a qué atenerme.

—Es verdad, dijo Blanco para sí.

—Con que, señor D. Pedro, no hay motivo para desesperarse todavía, y tomar una resolución estrema. Aguardemos, que días nos quedan aun.

El antiguo jefe de policía salió y Blanco pensó inmediatamente:

—En caso de que Mendoza vuelva al estado de poderse vengar, no me queda ya, después de lo que ha pasado, otro recurso que la fuga, ¡la repentina desaparición de este pais! ¡Ah! ¿Y a dónde voy yo ahora con un nombre conocido hoy y respetado en todo el mundo, a presentarlo mañana con la nota de ladrón, de pirata, de…? ¡Ah! ¡no sé sí es preferible la muerte!

Es tanto lo que alhaga al hombre la consideración de los demás cuando ha llegado a cierta posición en la sociedad, y a tal punto se deja en él sentir la idea de la fama que alcanzó su nombre, que aun los más criminales, los que no han conocido jamás el pudor de ciertas acciones degradantes, ni el placer del alma ante la gloria de un nombre venerado, cuando por efecto de inesperadas circunstancias, llegan a experimentar ese placer, gozando esa fama, siquiera sea usurpada e inmerecida como la de Blanco, les duele tanto el perderla, que, a trueque de que esto no suceda, vuelven a exponer la misma vida, que tan regaladamente pudieran aun gozar en otra parte.

En una palabra, Blanco, que parecia honrado, se espantaba ante la idea de dejar de parecerlo y presentarse como un criminal infame allí donde era mirado como un hombre digno y respetable.

Quedábale el recurso de abandonar su nombre con el pais en que vivía; pero, ya lo hemos dicho: para vivir los últimos años de su vida sin aquel nombre tan enaltecido, Blanco prefería casi la muerte.

Tan amable es la honra, y tanto seduce aun a los que más lejos están de merecerla.

Pasó un día y otro día y Blanco estaba a la espectativa, pendiente de las noticias que D. Jaime le trajera.

Pero todo lo que éste pudo averiguar fué que el señor de Mendoza estaba ausente, que había ido a viajar por el extranjero, y nada más.

Esto, como sabemos, era lo único que Daniel decía de órden de su amo a cuantos por éste preguntaban.

Blanco y Hernandez harto conocían que esto no era verdad.

Así transcurrieron tres meses.

Blanco casi creyó, y Hernandez lo mismo, que Mendoza, o había muerto, o que se hallaba sumido en un estado de completa impotencia, desmayado su cuerpo por los pasados sufrimientos.

Llamábales, sin embargo, la atención la respuesta que siempre daba Daniel.

—Nosotros sabemos, decía Blanco, que él no ha podido ir a viajar.

—¡Y tanto!… afirmaba el antiguo jefe de policía.

—¿Por órden de quién, entonces, preguntaba Blanco, responde eso su criado?

—No atino… decía perplejo Hernandez, a quien no le convenía el que Blanco temiese, pues esperaba cobrar los veinte mil duros o gran parte de ellos el día en que el traficante de negros estuviese tranquilo respecto de la persona de Diego.

—El criado no puede responder eso, sino por órden suya… añadia Blanco.

—¿Quién sabe, decía el jefe de policía, lo que puede haber ahí?…

—Es que si fuese esta órden de Mendoza, probaría que él tiene echado su cálculo, y por consiguiente que, aunque ahora, por ejemplo, esté enfermo, espera sanar mañana y vengarse.

—¿Pero en tanto tiempo quiere V. que no hubiésemos visto ya por dónde resollaba, si pudiera resollar?

—Eso, en cierto modo, es verdad.

—Lo que digo a V., es que recuerdo como le ví, que él estuvo un día más aun en la cueva, después de haberle dejado yo casi espirando, y que miro muy difícil el que se levante un hombre en aquel estado.

—En fin, veremos, veremos, exclamó Blanco, a quien el día que

trataba de eso, le hervía la cabeza, en la cual combatian a un tiempo mil ideas encontradas de esperanza y de temor.

La persona de Mendoza, aunque no de una manera tan viva, ocupaba durante este tiempo a otras por distintos motivos con él relacionadas.

Después de Blanco y Hernandez, quien más notaba su falta eran la pobre Margarita y Amalia.

De un día a otro concluiría el plazo para presentar aquella prueba de inocencia de que Diego habló, y si este término fatal espiraba, Amalia, sentenciada como criminal, iría a purgar en una casa infamatoria un delito que no había cometido.

En la casa del banquero Sans, se hablaba también de Mendoza, que tenía como olvidado en la caja nada menos que un millón de reales.

Pero quien en medio de todo esto sentía una de esas ansiedades del alma que no reconocen por causa ni el miedo de la deshonra, ni la pérdida de bienes, ni la esperanza de una fortuna, sino que nacen sin causa ni origen material y determinado, apoderándose del espíritu que ni de noche ni de día consigue llenar el vacío que dejan en el corazón; quien esta necesidad, puramente del alma, sentía, era Clara, la entonces esposa del barón de Turella, y antes amante de Diego Rocafort.

Clara, durante el para ella larguísimo espacio de tres meses que duraba la ausencia de Diego, había mil veces recordado aquella noche misteriosa que dió en su casa el concierto de Litz.

Su memoria recordaba los más leves incidentes que durante el concierto pasaron entre ella y el señor de Mendoza.

En su corazón resonaban las sentidas notas que la inspiración del grande artista había hecho brotar del mágico instrumento, y su alma volvía a experimentar las sensaciones mismas de aquella noche, sensaciones que solo entonces, y nunca en otras partes, ni en otras ocasiones que la había oído, consiguió despertar en ella la música de Norma.

¿Qué nuevo atractivo tenía aquella noche la creación del inmortal Bellini?

¿Era Litz más artista quizás que otros tantos a quienes Clara había oído, y sabía mejor que todos traducir los elevados sentimientos del autor de Norma?

Entonces ¿por qué no se acordaba de Litz o de Bellini, o de la misma música que resonaba en su corazón, sin que su mente la llamase?

¿Por qué los ojos de su alma se dirigían a otro objeto, concentrándose en el todas esas manifestaciones del sentimiento?

La misma Clara no se lo explicaba, aunque lo sentía.

A su dulce arrobamiento, sucedía rápidamente otra sensación distinta.

Del encanto dulce del alma, del suave embeleso de los sentidos, Clara pasaba de repente al terror, y su corazón se sobrecogia y su espíritu se replegaba amedrentado dentro de su pecho, y una voz muy parecida a la del remordimiento sonaba en su interior, al paso que en sus oídos la estruendosa y desgarradora confusion de aquella horrible tormenta oida también en aquella inolvidable noche.

¿Cómo la dulce imagen que los ojos de su alma veían cuando esta gozaba en dulce sentimiento, se la presentaba también al lado del terror, del miedo y el remordimiento que luego experimentaba?

¿Qué secreta y misteriosa influencia ejercia en su ánimo la presencia de aquel hombre a quien apenas había hablado, a quien apenas había visto?

En esta última reflexion era, sobre todas, en la que más se detenía Clara.

Desde aquella noche, como un fantasma inevitable, la persona de Augusto Mendoza estaba continuamente ante su vista: este nombre, sin embargo, no reemplazaba a otro que había escrito en su corazón.

Clara pensaba en Augusto Mendoza, sin que esto hiriese por otra parte la memoria de Diego Rocafort.

CAPÍTULO V.
En que se da otra prueba de la discreción de Daniel

RES meses habían transcurrido desde la noche en que Diego, merced a la diligencia de Daniel, salió de la cueva, en donde de otro modo hubiera sin remedio perecido víctima de la infamia de Blanco y sus cómplices.

Este tiempo necesitó Diego para pasar la enfermedad que le produjera aquellos sufrimientos, y restablecerse de ella por completo.

Varias veces, durante la convalecencia, había salido de casa; pero fué a horas desusadas y en carruaje, del cual no bajaba sino fuera de

la ciudad, y en parajes solitarios, donde no fuese fácil el ser descubierto por persona que pudiese reconocerle.

Inútil es decir que entre los recados que a su casa venían de parte de las pocas personas con él relacionadas, Diego recibia con particular complacencia los de la casa de Turella, siendo indecible su satisfacción al contar los de unos y otros, y ver que los de esta última casa habían sido más a menudo que los de las otras.

Naturalmente, Diego, que colegia de la simpatia de sus conocidos por la ansiedad que éstos manifestaban en preguntar por el durante su ausencia, adivinaba que esta simpatia existia en mayor grado en la casa de Turella, y al pensar, conociendo el carácter del barón, que no era en éste en quien precisamente debia suponerla, era todavía mayor su alegría, suponiéndola racionalmente en el corazón de la baronesa, de aquella que por él tantas veces la había en otro tiempo manifestado.

A Diego le costó no poco trabajo al abstenerse por tanto tiempo de presentarse a la sociedad de Barcelona; pero habiéndose ya completamente restablecido, ni él podía, ni había razón para dilatar más su ausencia.

Una tarde, la última que salió a paseo en carruaje, y con todas las precauciones para no ser visto al regresar, acompañado de Daniel, que no le dejaba nunca, dijo a éste:

—Hoy vas a encargarte de un cometido sumamente delicado, y cuyo desempeño exige una discreción y un cuidado sumo.

—Sabe V. que emplearé toda mi voluntad en ello, respondió Daniel.

—Irás a casa Turella. Antes de subir, procurarás saber si está el barón en casa.

—Entiendo.

—Pero esto no has de preguntarlo a los de la casa misma.

—Ya lo presumo, y tengo un medio de saberlo sin necesidad de pedirlo a nadie, si no es que corre eso mucha prisa, observó Daniel.

—Puede ser hoy o mañana, dijo Diego.

—Entonces, prosiguió el criado, lo mejor es colocarme a cierta distancia de la puerta y espiar su salida.

—¿Tú ya conoces al barón?

—Sí, señor.

—Pues haces eso mismo; le espías, y cuando él salga, entras tú en su casa.

—Muy bien.

—Subes a la habitación, y preguntas por él.

—Me responderán, naturalmente, que no está.

—Eso es. Entonces dices que vas con un recado de mi parte, y que en defecto del señor, has de ver a la señora, El criado pasará el recado, y la baronesa te recibirá. Entiende que has de poner toda tu atención en lo que te diga, y en la manera como te hable…

—Entiendo, señor, interrumpió Daniel con un tono de seguridad que indicaba hasta qué punto la tenía el antiguo soldado en su propia vista y en su inteligencia para el desempeño de una mision de este género.

—Así que estés en su presencia, la dirás que yo te escribo de Burdeos, mandándote que pases a verles. Emplea al decir esto el *ustedes*.

—Entiendo.

—Para darles, en primer lugar, las gracias por su atención y decirles que dentro de pocos días estaré de regreso en Barcelona.

—Muy bien.

—Nada más.

—Enterado, señor. Usted dirá cuando quiere que vaya, dijo Daniel penetrado ya completamente del pensamiento de su amo.

—Ahora mismo, en cuanto lleguemos a casa.

El coche paróse al cabo de poco rato delante de la morada de Diego; éste, envuelto en una ancha capa, bajó, subió la escalera, y Daniel, después de haber dejado a su amo en el gabinete, partió al desempeño de su mision.

Diego aguardó por espacio de una hora y con creciente impaciencia la vuelta de su criado.

Al cabo de este tiempo volvió Daniel.

Antes de que éste hablára, los ojos de Diego, que se clavaron en el rostro de aquel al entrar en el gabinete, leyeron ya un éxito feliz.

—Pronto vuelves.

—Ya está despachado el asunto, señor.

—¿Y bien?

—Poco tuve que aguardar paseando en la acera de la calle y volviendo la cabeza a la puerta de la casa.

—¿El barón salió?

—A los seis minutos.

—Esplícate, sin olvidar nada.

—Vá V. a verlo y oirlo como pasó.

El anhelante espíritu de Diego estaba pendiente de los labios de Daniel.

—Hice las mismas preguntas que V. me mandó, al criado.

—Sí.

—Que respondió como antes habíamos dicho. Me introdujeron

luego a la presencia de la señora.

—¿Estaba sola?

—Sí, señor, y esperándome.

—¡Cómo!…

—Porque así que entré, me encontré con su vista que estaba fija en la puerta. Le dije lo primero, que V. me había escrito mandándome que fuera. —¡Ah! exclamó en seguida, mil gracias, ¿y está bueno el amo? me preguntó luego con grande ansiedad.

—Cuidado con exagerar, interrumpió Diego al criado.

—No exagero, señor, y tan lejos de eso, que ahora veo que me es imposible recordar aquella voz y aquel acento particular de marcado interés que yo descubría en sus palabras.

—Sigue, sigue.

—Respondíle que estaba V. sin novedad, y entonces, sin darme tiempo de que yo le noticiára el regreso, se adelantó ella preguntándome si hablaba V. de volver pronto. Dentro de breves días, la respondí, y precisamente me manda que así se lo diga a Vds. Entonces fué cuando sus ojos brillaron con una alegría que a nadie se hubiera escapado. Iba a hablar sin duda para decirme algo sobre eso, pero en aquel momento entró una doncella de otra casa a preguntar de parte de su señora a la baronesa si esta noche ocuparían su palco en el baile del Liceo, y que si no iban y no lo tenían a otro ofrecido, lo ocuparía la familia que mandaba la doncella.

—¿Qué familia era?

—Eso no lo sé, porque ni la doncella lo ha dicho ni he podido colegirlo.

—¿Y qué ha contestado la baronesa?

—Le ha dicho que ella pensaba ir, pero que esto no era un inconveniente, y que la doncella podía decir a su señora que tenía el palco a su disposición.

—¿Con que la señora baronesa ha dicho que sí iba al baile?…

—Eso mismo.

—¿Y hay esta noche baile en el Liceo?

—Sí, señor, de máscara, yo lo he leido en el diario de esta mañana.

—Concluye.

—La doncella salió, y entonces la señora baronesa me dijo:

—Aunque ya tendremos el gusto de ver luego que llegue al señor de Mendoza, dígale V., si le escribe, que agradecemos infinito su atención, y que le deseamos un pronto y feliz regreso.

—Nada más dijo. Yo añadí que cumpliría asimismo su órden, saludé y salí.

—Bueno, exclamó Diego después de un momento.

Luego preguntó a Daniel:

—¿Decías que habías visto eso del baile en el diario?

—Sí, señor, lo he leido en el de esta mañana precisamente, contestó Daniel.

—Anda y tráelo.

Daniel presentó el diario a su amo.

Éste miró en seguida a la sección de anuncios de teatro.

—¡Pues aquí no dice nada! exclamó levantando los ojos y mirando a Daniel.

—¿Cómo que no?

—A ver…

—¿En dónde mira V.?

—En la sección de espectáculos, que es donde debería estar.

—No, señor, si no es ahí.

Y Daniel, volviendo la hoja, mostró a su amo una gacetilla que Diego leyó y decía:

> «Esta noche tendrá lugar el segundo baile de máscara queda la sociedad del Liceo, en el magnífico salón del gran teatro. La brillante concurrencia que favoreció el primero, hace esperar que en este, como en los subsiguientes, se verá igual lucimiento y no menor número de personas, pues se han tomado ya todas las acciones».

—¡Ah! ¡es baile de sociedad! ¡malo! exclamó Diego dejando el periódico con disgusto.

Daniel se quedó mirándole, sintiendo también en su corazón el pesar que de pronto veía retratado en el rostro de su amo.

—Necesitaria, continuó Diego hablando a media voz y consigo mismo, que alguien me facilitase una tarjeta…

—Pues nada más fácil, dijo Daniel sencillamente, adelantándose sin que su amo le preguntara y valido de la confianza casi sin límites que éste le había dispensado.

—Pues no es tan fácil, respondióle Diego bondadosamente.

—¡Cómo que no! Yendo a tomar el billete…

Diego se sonrió.

—Los billetes para ese baile no se toman a la puerta ni se venden en el teatro.

—¡Ah! Entonces…

—Con esa dificultad aumentan mis deseos de ir, prosiguió Diego hablando otra vez consigo mismo; pero para eso sería preciso que yo me manifestase pidiéndolo o mandándolo a pedir, y entonces ya no

había objeto para mí.

Daniel estaba como sobre ascuas, contemplando el disgusto de su amo.

El fiel criado había llegado a ese punto de estimación en que no se siente, ni alegra ni entristece, sino lo que dá tristeza o alegría a la persona por quien tal interés se experimenta.

Así volvió a decir:

—Pero, aunque eso sea, señor, si V. tiene deseos de ir, sin necesidad de manifestarse, ¿ha ser de tan difícil encontrar entrada para un sitio a donde irá tanta gente?

—Pues es difícil.

—Pues yo, me parece que si me empeñaba en ello, no sé lo que eso sea, ni cómo lo haría, pero…

—¿Qué?

—Que casi pondría la cabeza.

—Libertad tienes pues de probarlo.

—Si V. quiere voy a ello.

—Vé cuando quieras, pero no emplees muchas horas, porque ya te digo que lo veo difícil.

Daniel salió y Diego exclamó viéndole salir.

—¡Capaz es de traerme billete! ¡Ah! ¡si encontrara medio! ¡Un baile de máscara y estando ella, que me supone fuera y tan lejos de aquí!…

Y Diego, siguiendo el hilo de este pensamiento, urdia mil conversaciones entre un máscara que se fuese al lado de Clara y la hablase de cosas indiferentes primero; luego que dejase escapar palabras de cierto sentido que llamasen su atención, viniendo al fin a parar en contarle una historia de amores, que ella oyese turbándose y…

—¡Pero no! exclamaba de pronto desechando este plan; sería esto demasiado transparente… mañana yo me presentaría a ella, y no conviene tan pronto. Mejor fuera…

Y aquí volvía a truncarse el pensamiento con otra idea repentina.

—¡Pero ella al baile! ¡Y no habló de nadie de la familia sino de sí misma! ¡Ah! ¡no desdeña las diversiones!…

El amor de Diego, egoista como es siempre este sentimiento, hacía un cargo a Clara, ignorante de la existencia de su persona, y esposa además de otro, porque no desdeñaba las diversiones de que en medio de su amargura huia el triste y desconsolado Diego.

Este, sin embargo, es el corazón del hombre, y esta la naturaleza del amor.

—¡Acaso tenga un interés particular!… continuaba presa de otra

repentina idea. ¡Ah! ¡eso no cabe en ella! Yo la amo como antes la amaba, y de otra suerte, no podría sentir por ella lo que siente mi corazón.

Y entre las mil encontradas ideas que en tropel acudian a su mente, Diego hablando consigo mismo y profiriendo palabras que no guardaban conexion entre sí, como hijas de los distintos pensamientos que le abrumaban, parecia un loco, ora paseando a largos pasos de un extremo a otro, ora deteniéndose en medio del gabinete.

Daniel fué quien vino a sacarle de aquel profundo ensimismamiento.

—Ya estoy aquí, señor.

—¿Y qué has conseguido?

—Lo que me había propuesto.

—Eres el diablo.

—Aquí tiene V. dos billetes para el baile de esta noche.

—¡Dos!

—Y veinte que hubiese querido; pero tomé dos por si acaso tenía V. necesidad de que yo le acompañase.

—Has hecho muy bien.

Daniel experimentó una viva satisfacción al ver que tan bien había sabido adivinar los deseos de su amo.

—¿Y cómo has podido arreglarte? preguntó Diego, que no podía menos de extrañar el que tan fácilmente hubiese encontrado Daniel billetes para un baile que era y se decía de sociedad.

—Muy sencillamente, respondió el criado: en la puerta misma del teatro pregunté a uno que me pareció de la casa, el cual me dijo que no se daban allí, ni menos se vendian billetes; pero instándole yo, añadióme al fin, que para eso lo mejor era dirigirse a los mozos de los cafés.

—¡Los mozos de los cafés! exclamó Diego admirado.

Ignorante como estaba de esa metamorfosis que habían sufrido en la forma los bailes públicos de máscara en Barcelona, se admiró naturalmente de que los billetes de uno que se decía de sociedad, los tuviesen los mozos de los cafés para el primero que fuese a pedírselos, o mejor dicho, a comprárselos.

—Pues sí, señor, continuó Daniel, el mozo del café de las Delicias me los ha proporcionado así que llegué. Cierto que me ha hecho pagar cincuenta reales por cada billete…

—Eso poco importa.

—Que no vale sino veinticinco, tomado con la acción, como he sabido después, pero el caso es que me los ha dado.

—Ahora, pues, dijo Diego, sales en seguida y te traes dos de niños

buenos, los mejores que encuentres, y dos caretas.

—Dos dominós…

—Tú vienes disfrazado también conmigo al baile.

—Está bien, dijo el criado. ¿Voy a salir ahora?

—Al momento.

Daniel salió y Diego quedó aguardando su vuelta y la hora de ir al Liceo.

CAPÍTULO VI.
Un baile en el gran Liceo

HASTA las once de la noche Diego no salió de su casa.

El baile había empezado a las diez.

Acompañado de Daniel, y embozado en una magnífica capa madrileña llegó a la puerta del gran Liceo.

Un monton de gente allí apiñada obstruía el paso casi por completo.

Unos que iban al baile, y otros que allí estaban parados para ver entrar las máscaras.

Diego y Daniel tuvieron que detenerse ante aquella muralla.

Al poco rato de esperar allí, llegó un magnífico carruaje tirado por dos robustas yeguas francesas, parándose delante de los arcos.

El cochero y el lacayo vestian librea.

El lacayo saltó de la trasera, y el cochero, fijo en el pescante, dejó la fusta para quitarse el sombrero con la mano derecha, mientras con la izquierda tenía las riendas de los fogosos animales.

El lacayo, sombrero en mano también, abrió la portezuela del carruaje.

—¡Es Turella! exclamaron dos o tres voces a un tiempo.

Diego oyó estas voces y su cuerpo se estremeció.

Nicolás bajó primero, y en seguida Clara, a la cual dió la mano para bajar y luego el brazo su marido.

El lacayo se puso delante de los señores para abrirles paso entre la multitud.

—Adiós, barón, le dijo a Nicolás una máscara (era mujer) así que entró en los arcos.

Nicolás volvió la vista mirándola, y diciendo desdeñosamente:

—Adiós.

—Ya veo que te vuelves muy calavera.

—¿Qué quieres, mujer?

—¡Y muy derrochador! continuó la máscara en el tono de la mayor ironía, ¡atreverte a gastar veinticinco reales para venir a un baile!…

Nicolás ya no escachó a la máscara.

—¿De cuándo acá? continuó ésta. ¿Tú que si das un realito fuerte en el café, pides los dos cuartos de la vuelta?

—¡A ver si pasamos de una vez! exclamó Nicolás dirigiéndose a su lacayo y procurando desviarse de la atrevida máscara.

—¡Y ahora tan derrochador! ¡vas a empobrecer!

—¡Oh, amiga! añadió otra máscara, uniéndose a la primera, la clase de las personas impone ciertos deberes, de que no se puede prescindir, y cuando se llega a tener un título es preciso honrarle.

Nicolás empezaba ya a sudar, y no por cierto del calor que se observaba a la entrada del teatro.

Diego y Daniel se pusieron detrás e inmediatos a los de Turella, y entraron con ellos.

Clara y su marido, a quienes dejó el lacayo al subir la escalera del teatro, se dirigieron a su palco del primer piso.

Diego quedó con el dominó al pié de la escalera, mientras Daniel, entre empujones, codazos y pisotones, se abría paso entre otro monton de gente apiñada delante del guardaropa para dejar la de su amo y la suya.

Listo como en todas sus cosas, Daniel estuvo al cabo de breve rato al lado de Diego.

—Procura no separarte de mí, le dijo éste.

—Pierda V. cuidado, señor, siempre que V. vuelva la cabeza, me verá detrás.

—Vamos al salón.

Y Diego subió la escalera para penetrar en él con el objeto de ver dónde estaba el palco de Turella y echar de nuevo el plan que debia seguir aquella noche.

A duras penas podía pasar el corredor para llegar a una de las puertas del salón, tanta era la concurrencia que todo lo llenaba, oponiéndose al paso a cada instante como valla insuperable.

El espacioso recinto estaba iluminado profusamente con cien arañas de cristal, que colgaban alrededor del enorme quinqué del centro, presentando como a luz del día con su vivísima claridad, los infinitos y diversos grupos que formaban aquella masa movediza, de entre la cual brotaban desencadenadas todas las pasiones, mezclándose con sus gritos al estruendo atronador de doscientos instrumentos que arrojaban sus eléctricos sones desde el anfiteatro en que estaba colocada la orquesta.

—¡Adiós, Julián! ¡míralo qué guapo y qué elegante! Vamos, bien te trata doña Ramóna…

—¡Esa que viene es Adelaida! ¡No la conoce sino todo el mundo! ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Quiénes el que va a su lado?

—¡Ah! es un pollo americano, muy rico según dicen.

—¿Y el escribano?

—El escribano se fué ya a donde tendrá que ir luego el pollo.

—Mira, Juliana ya atrapó a uno. Hácia aquí viene, y él ¡qué rendido!

—¿No oyes? ¡le dice que la quiere ver la cara! ¡Buen cuidado tendrá ella de no enseñársela!

—¡Jesús qué barbaridad! ¡Para ser señoritos vaya un modo de andar!…

—Somos señoritos y caballeros. Yo me he bebido tres botellas ya y mi compañero siete. Quiero que me lleves ahora mismo a ver a Mercedes.

—No, porque estás borracho.

—Mejor, esto necesito yo para pedirle delante de su marido, el brazalete de diamantes que la regalé.

—Deja eso ahora, y vamos a darle una broma a la Anita que está allí.

—Tomemos un dominó.

—Así no tiene gracia. Lo bueno es sin dominó y sin máscara.

—Vamos.

—Anita, ¿y tú marido? ¡con que al fin te has casado! ¿pues no decías que era tan feo?…

—Ya, pero como al mismo tiempo es tan tonto… ¿Verdad, Anita?…

—¡Paf!…

Este es un sonido por medio del cual introduce el autor una bofetada en el diálogo.

Anita no respondió, pero respondió por ella el *tonto* de su marido.

—Oye, chico; ¿me compras un ramo?

—Con mucho gusto, querida, (ay Dios mío). Vamos. Escoje tú.

—Este.

—¿Cuánto es?

—Treinta reales.

—(¡Ay! ¡treinta días de café!).

—Adiós, chico, decía una máscara parándose delante de un individuo sentado en una silla: ¿sabes que te pones muy flaco?

—Y tú, contestó él maliciosamente, y mirándola de piés a cabeza, ¿sabes que de unos meses acá te pones muy gorda?…

Como si la hubiese picado una avispa, la máscara se separó sin seguir el bromazo.

—¡Ahí viene D. Gil! ¡mírale qué gordo! decían otras a otro individuo que con aire satisfecho pasaba por el corredor.

—La vida arreglada, niñas, contestaba él.

—¡Sí, y regalona! ¡ya lo creo! continuaba una de las máscaras: haciendo pagar veinte duros por un piso de la calle del Arco del Teatro, que apenas vale tres…

—¡Ah! cada cual es dueño replicó el D. Gil, mudando el aire de su fisonomía, que no aparecia ya tan satisfecha.

—Y luego, añadia otra máscara, desde que metió el pié en la Casa Grande…

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó D. Gil amostazado.

—¡No quiero decir nada, que me llevarias presa! respondió irónicamente la máscara.

—¡Bah! máscaras, teneis muy poco chiste.

—¡Jamás ví que lo encontrára quien oía una verdad que le fuese amarga! gritó entonces una voz chillona de hombre, a espaldas de D. Gil.

Este volvió la cabeza al máscara, y las mujeres le dejaron para acometer a otro que al paso se les ofreció.

Era un hombre joven todavía, alto y delgado, vestido con

elegancia, y con cierta afectación aristocrática, que no bastaba, sin embargo, a disfrazar su humilde origen.

—¡Míralo! ahí lo tienes solo y sin la pobre de su mujer, como de costumbre.

El individuo aludido miró a las máscaras con desdén.

—No seas tan soberano, hombre, y atiende a la gente que te habla. ¿Cuánto has perdido ayer en el Casino? ¡Si te dan otra paliza como la del otro día, y pierdes muchos diez mil duros!, ¡pobre coche y pobres casas!

—Los bienes de Beltran, como se vienen se van.

—¡Máscara! ¡eso es insultar! y mira cómo hablas.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

El grupo entero soltó una fuerte y estrepitosa carcajada.

—¿Qué te dicen esas máscaras, chico?… —Preguntóle un amigo que se le unió.

—¡Nada! ¡inconveniencias y necedades!

—¡Huy! ¡qué otro! dijo entonces una de las máscaras señalando al recien venido.

—¡Qué! ¿qué quieres decir?

—Que no sé cómo tienes valor para venir aquí a divertirte, mientras aquella infeliz a quien habías prometido… y luego tú ya me entiendes.

—¡Bah! si no es más que eso, exclamó sonriéndose el interpelado.

—Eso, y otra cosa además.

—¡Qué! díla.

—Déjalas y vámonos de aquí, dijo el jugador a su compañero.

—Aguarda, hombre, replicó éste, si esto es mi delicia. ¿Para qué viene uno, sino, a un baile de máscara? Con que sigue, anda, y di esa otra cosa que ibas a decirme, continuó dirigiéndose a la enmascarada.

—¿Para quién era aquel rico aderezo que te trajeron de París?

—¡A mí!

—Si, a tí, a tí.

—Mira no te equivoques…

—Con qué satisfacción lo estabas tú contemplando en este mismo teatro, sobre la persona favorecida, y no en el patio ni en ningun palco, sino en la escena la noche del baile aquel tan bonito…

—¡Bah! ¡bah! máscara, traes los papeles muy mojados.

En esto salió de debajo la capucha de un dominó que allí apareció de repente, otra voz que añadió a las palabras del que acababa de hablar:

—¿Con que ésta trae los papeles mojados?

—Sí, muy mojados, respondió el individuo a quien se daba la

broma, el cual era un rico naviero.

—¿Si estarían a bordo del bergantin *Santa María*?

—¡Del bergantin *Santa María*!

—Sí, hombre, de aquel buque viejo que no valía dos cuartos, y aseguraste tú por setenta mil duros en la misma sociedad de que eres director, y que salió cargado de qué sé yo qué, para ir a naufragar en el golfo de Valencia…

—¡Bah! ¡bah! vamos, chico, vamos, dijo el naviero a su amigo, es esto muy soso y tiene muy poca gracia, tienes razón.

Y ambos intentaron separarse, aunque en vano, de aquel grupo que como un enjambre de pesados moscardones, seguía zumbando en sus oídos, convirtiéndose a veces en sangrientos tábanos, cuyo aguijon se clavaba en su alma.

En tanto, otras máscaras acometían a otros individuos, desembuchando en un momento lo que tal vez guardaban un año entero, y las sátiras más o menos oportunas y punzantes, y los secretos que más velados se creian, juntamente con las debilidades que más o menos escondidas tenía cada uno, todo esto por distintos modos y en diferentes grupos a la vez, brotaba en inmensa confusion de aquel enjambre de avispas que allí habían acudido, cada una con su poco o mucho veneno preparado, para depositarlo en el punto premeditado de antemano, en donde iba a clavar el aguijon.

—¿Con que dices que no has encontrado quien te quiera, embustero? decía una tapada a un joven amable que por fin había conseguido atrapar; eso será porque tú no lo habrás querido conocer, o bien, si lo has conocido, y la pobre que le ama no es tan hermosa como tú mereces…

Y la fea tapada declaraba bajo el antifaz, acompañada de todas las reconvenciones imaginables, la ardiente pasion que en ella había desdeñado el hermoso joven, quedando a lo menos desahogada de tan enorme peso.

UN BAILE EN EL GRAN LICEO

Mientras esto aquí sucedía, allí un marido calavera era detenido por una pareja compuesta de un conocido suyo sin máscara y una mujer con ella.

La tapada, vistiendo un traje de sala, y dejando conocer sus bellas y arrogantes formas en el cuerpo del vestido algo descotado, y en sus desnudos y blanquísimos brazos, iba a escitar más todavía con sus palabras, que con su seductora presencia, la curiosidad de aquel marido desenvuelto, el cual no dejaba de hacer preguntas al otro que del brazo la llevaba.

—¿Pero quién es? dímelo tú, que yo no atino, francamente…

—Te repito, contestaba el compañero de la máscara, que yo lo

ignoro también. La he encontrado, y con esa frescura que ves en ella, me ha pedido el brazo, favor que yo no niego nunca a ninguna mujer.

—Y menos a una buena moza; tal hubiera yo hecho a haber hallado tanta dicha.

—Pero, chico, prosiguió el acompañante, es una dicha a medias, o mejor, casi desdicha.

—¡Cómo!

—Porque, si a lo menos yo la llevara para mí, pero nada de eso; me lleva y me trae de una parte a otra, sin oir apenas nada de lo que le digo, y como buscando a alguien, que presumo serás tú, pues con nadie, desde que yo la acompaño, se ha parado sino contigo.

—¿Será posible, máscara? preguntó el marido calavera con cierta secreta y anticipada fruición.

—Tal vez, respondió la tapada con coquetería.

—Pues entonces, hazme el favor de tomar mi brazo, ese es mi amigo y no se resentirá.

—¡Ah! eso no, exclamó ella.

—¿Por qué?

—Por muchas razones, prosiguió la máscara; en primer lugar, porque eres muy atrevido.

—Yo que no tomo sino lo que me dan, y aun eso a puros ruegos…

—Y en segundo lugar, porque eres casado, y no me gustan los casados.

—Pero eso, ¿qué tiene que ver?

—Y luego que tampoco me gustan los maridos tontos.

El hombre mudó de color a esta frase, y dijo a la máscara poniéndose semiserio:

—Cuidado, máscara, que esa palabra puede tener un sentido…

—El que yo le doy, dijo la máscara resueltamente.

—¡Ah! es que yo podría hacértelo explicar.

—Y yo, sin que me violentes, lo haré si gustas.

—Empieza.

—No te quejes luego…

—¡Empieza! exclamó el individuo con creciente e insufrible impaciencia.

—Pues bien, yo llamo tonto a un marido, cuando se figura, por ejemplo, que su mujer… Vamos no quiero decírtelo.

—¡Ah! ahora no te me escapas; concluye, pero le advierto que mires bien lo que vas a decir.

—¿Me desafías? perfectamente. Pues cuando su mujer se halla, en ausencia del marido, como éste no se figura…

—Esplícate más.

—Por ejemplo… en compañía de otro.

—¡Máscara!…

—Y mejor mozo que él.

—¡Ah! exclamó el marido furioso, llevando la mano a la careta y arrancándola del rostro a la tapada.

Ésta bajó la cara.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡pues es gracioso! dijo riéndose el que la acompañaba.

—¡Mi mujer! exclamó el otro con la máscara en la mano.

—Ahora, compañero, tienes derecho de quitármela, dijo aquel seguidamente.

Y dirigiéndose a la atrevida esposa, añadió:

—Señora, de todas maneras doy a V. mil gracias por el honor que me ha hecho. ¡Buen chasco te ha dado! ¡já! ¡já! ¡já!

Y se separó riendo y en busca de nuevas aventuras.

A todo esto, Diego y Daniel apenas habían podido penetrar en el salón.

Sitiados a un lado, Diego levantaba los ojos dirigiendo la mirada a todos los palcos principales que su vista podía alcanzar, pero en ninguno de ellos veía a Nicolás ni a Clara.

—Quizás esté el palco en esta parte, se dijo.

Y trepando otra vez por entre la muchedumbre, consiguió llegar al medio, desde donde podía ver todos los lados del espacioso y magnífico teatro.

—¡Ah! exclamó luego, ¡allí está! la familia de Sans se halla con ellos; mejor, cuanta más gente en el palco, más fácilmente podré aislarme en la conversación con ella. No hay que perder tiempo, pensó en seguida, pues sería fácil que no permaneciesen gran rato en el baile.

Y procuró salir otra vez al corredor.

—Ya tengo un medio casi de saber si estarán mucho tiempo o no, lo cual necesito para aprovecharlo más o menos, pensó Diego.

Y en seguida dijo a su criado, que ni un instante siquiera, a pesar de aquellos remolinos que todo lo desbarataban, se separó de su amo.

—Daniel, ¿tú conocerias el carruaje de Turella?

—¿El que les ha llevado al baile?

—Sí.

—Ya lo creo, por el tronco y el mismo coche, y la librea de los criados, sí, señor, lo conocería.

—Pues sal a ver si se ha marchado; míralo bien y vuelve en seguida.

—Al momento, dijo Daniel.

—Aquí mismo enfrente del reloj me encontrarás.

Daniel salió, volviendo a los tres minutos y diciendo a Diego, que le aguardaba impaciente:

—Ahí fuera está parado todavía, señor.

—Es señal de que no estarán aquí mucho tiempo y es preciso aprovechar los instantes, pensó Diego.

Y se dirigió en seguida al piso principal.

Buscó el palco de Turella, y dijo a Daniel al llegar a la puerta:

—Espérame por aquí.

Y sin vacilar, Diego penetró en el palco.

CAPÍTULO VII.
Tristes recuerdos

SEGÚN antes hemos dicho, la familia de Sans, estaba juntamente con la de Turella en el palco del gran Liceo.

Los dos asientos de preferencia los ocupaban Clara y la señora de Sans. Al lado de ésta, estaba el barón, y junto a éste, el banquero.

Los dos hombres hablaban, ajenos completamente al bullicio y a las máscaras, de negocios y política.

Las dos mujeres, cada cual con sus anteojos de teatro en la mano, paseaban la vista por el salón, interrumpiéndose alternativamente,

cuando la una a la otra hacía notar una escena destemplada, una caprichosa comparsa u otra cosa por el estilo de las que particularmente atraían la atención en el baile.

Al presentarse Diego en el palco, las dos mujeres no lo notaron, vuelta como tenían la vista al salón.

Diego saludó sumamente muy cortés al señor de Sans, y al barón, alargándoles la mano que éstos no tuvieron reparo en aceptar al verla, después de oído aquel saludo cortesmente familiar, cubierta con un finísimo guante blanco de cabritilla que contrastaba con la seda del dominó, como el ampo de la nieve sobre el negro tronco del ébano.

A la extraña voz que oyeron en el palco, Clara y la señora de Sans volvieron la cabeza.

Diego las saludó también con suma finura, mientras el barón y su compañero inspeccionaban de piés a cabeza al máscara del dominó, con el objeto de reconocerle.

—¿Pero no me ofreceis asiento? dijo Diego después que las dos señoras le devolvieron el saludo.

—Sí, hombre, respondió el barón, señalándole el lado de su mujer que no tenía ocupado más que el asiento en que estaba Clara; puedes sentarte.

—Y empezar a hablar, porque supongo que no habrás venido a descansar solamente, añadió el banquero.

—Cierto que no; pero no es a vosotros a quien yo vengo a hablar, sino a estas señoras.

—Alabo la franqueza, dijo sonriéndose el señor de Sans.

—¿A qué es la máscara, sino? repuso Diego.

El porte y finas maneras de éste, dejaban conocer, a primera vista, que el máscara era persona distinguida, y el comedimiento de sus frases desembarazadas sin ser atrevidas, afirmó más a los del palco en esta idea.

—Nada, nada, pues a elegir, concluyó sonriéndose también el señor de Sans.

—Quería hablar primero a tu mujer, dijo el máscara, pero veo que la suerte me depara antes el lado de Clara. ¡Oh! no vayais ahora a temer que venga a poner discordia entre los matrimonios, ni a revelar nada que pueda comprometeros, añadió dirigiéndose a los dos hombres; yo soy casado también, y…

—Señal de que eres soltero, interrumpió vivamente la señora de Sans.

—No, digo la verdad.

—Con la careta en el rostro…

—¿Para qué es pues la careta?

—Tiene razón, añadió el señor de Sans.

—Y talento, pensó Clara mirándole.

—En fin, ya que la cosa no va para nosotros, despáchate a tu gusto con ellas, dijo el barón, a quien importaba más la conversación sería que tenía con el banquero, que las bromas del máscara.

—Pero dí, ¿no tendrás celos? le preguntó Diego.

—No, no.

—Mi marido no tiene celos, dijo Clara entonces.

El barón y el señor de Sans volvieron a anudar su interrumpida conversación.

—Esto puede significar dos cosas, una buena y otra mala, añadió en seguida el máscara, dirigiéndose principalmente a Clara; la falta de celos puede significar y de seguro significa en este caso confianza sin límites, y merecida por cierto, tratándose de tí.

—Gracias, máscara, dijo Clara.

—Pero, por otra parte, si es cierto que sin amor no hay celos…

—¡Ah! en eso no sé lo que decirte, máscara.

—Una cosa muy sencilla, añadió Diego: que el barón hace años que te adora, que su cariño desde aquella primera época en que empezó a manifestarse para tí tan noble y desinteresado, como grande y sencillo, no ha sufrido la menor alteración… ¡Ah! ¡si vieras, Clarita, cuántas veces he tenido envidia de vuestra felicidad!

Inútil es que digamos que el matrimonio Turella, si bien vivía en paz y tranquilo, no era en Barcelona un modelo de ese amor acendrado y angelical que Diego presentaba, y Clara, que demasiado lo conocía, no vió el objeto del máscara al hablar de tal modo, tanto menos, en cuanto no podía atribuirlo a necedad o falta de recursos en un hombre que tan bien sabía producirse.

—A tí, dijo Diego en seguida, dirigiéndose a la de Sans, te tocará luego, y por cierto que así como no espera ésta lo que voy a decirle, tampoco lo presumes tú.

—Entonces, concluye pronto, porque estoy impaciente, respondió la señora de Sans, volviendo a tomar los anteojos y a mirar al salón.

Clara dijo entonces:

—Pues si lo que tienes que decirme es tan interesante y tan nuevo como lo que me has dicho…

—Interesante podrá no serlo, pero nuevo, ¿a que a nadie se lo ha ocurrido decírtelo nunca? sobre todo, eso de la felicidad…

Aquí Clara miró al máscara, conociendo que sus palabras descubrían ya más intención de la que primero presentaban. Así no supo realmente qué responder a estas últimas.

Diego añadió:

—Eso consiste en que no todos tienen la facultad que yo, de penetrar en el fondo de los corazones.

—¿Con que tienes esa facultad?

—Sin vanagloria.

—Mucho es.

—Tanto que te diría lo que hay en el tuyo.

—¡En el mío! exclamó Clara admirada, añadiendo en seguida: dílo pues.

—¡La cicatriz de una herida profunda!

Clara se sobresaltó.

—¿Una herida? preguntó sonriéndose forzadamente.

—No, la herida, no. ¡Esa! ¡ah! ¡ya no existe!… ¡he dicho la cicatriz de una profunda herida!

Los ojos de Clara se fijaron en los del máscara.

—Pero si la herida era tan profunda, continuó la baronesa fingiendo un tono de broma que le costaba no poco trabajo, ¿cómo pudo cicatrizarse?

—¡Ah! exclamó el máscara con una voz que hablaba directamente al alma de Clara; ¡corazón de mujer!

—Máscara, no te comprendo.

—¡No es extraño, cuando mi lenguaje corresponde a tiempos que ya pasaron!…

—En fin, si no eres más explícito… dijo Clara movida por un sentimiento de vivísima curiosidad, repito que no te comprendo.

—Es que temo que no quieras oirme.

—No espero yo de los labios cosa que no pueda oir una señora.

—Cierto, y me haces en esto justicia.

—Y sin conocerte…

—Ya lo creo, como que es imposible.

—¡Imposible! ¿no te conozco sin máscara? preguntó Clara.

—No lo sé.

—¿Sabes si te he visto alguna vez?

—Me has visto, pero no volverás a verme.

—¿Por qué?

—¡Porque los muertos no se vuelven a ver! respondió el máscara en tono profundo.

Aquí Clara se estremeció involuntariamente.

Pero al momento se rehizo y dijo:

—¿Sabes que eres un máscara muy original?

—No tanto como acaso crees.

—Con lo que me acabas de decir…

—¡Ah! tú no comprendes hoy que yo esté muerto, hablándote a

tí… sin embargo, lo hubieras comprendido años antes…

—¡Años antes!… exclamó Clara, en quien hacían verdadera impresion las palabras del máscara.

—Sí, Clara, sí, años antes.

—¿Y qué más tenía yo años antes que ahora?

—La *herida* que hoy se cicatrizó.

—¿Pero en qué consiste esa herida?… a ver, esplícate de una vez, si no me es imposible entenderte.

—¿Sabes que pasa aquí ahora una cosa bien extraña? la dijo el máscara entonces.

—¿Cuál?

—Y muy original por cierto: la de que yo con careta en el rostro, te hablo con la verdad en los labios, mientras que tú sin máscara…

—¿Te digo la mentira?…

—Nanca hubiese yo concluido así, pero te diré simplemente que tratas de ocultarme la verdad.

—¡Yo! ¡pero de qué!

—¡Y es inútil, Clara! El tiempo todo lo borra; pero ciertas épocas y ciertos sucesos de la vida, no tanto que la memoria llegue a olvidarlos por completo. Así tu memoria, por más que sea débil ya y confuso, guarda un recuerdo… yo lo sé, y es inútil por lo mismo que te empeñes en no querer comprender lo que yo siento que comprendes demasiado.

Clara oía verdaderamente confundida las palabras del máscara.

Ella guardaba un recuerdo, es verdad, y no débil y confuso como el máscara decía, sino vivo aun y palpitante por su desdicha; pero ese recuerdo, que era la triste herencia legada a su corazón por otro corazón que había muerto para siempre, ella lo tenía como el tesoro que guarda el avaro escondido a las miradas de todos.

¿Y quién era el hombre aquel que hasta el fondo de su pecho había penetrado para descubrirlo, puesto que hablándola con tal seguridad, era evidente que lo sabía?

Más no era esto solo: las palabras del máscara envolvían una especie de reconvención que, por más que se presentaba velada por la educación y buena cortesía de sus expresiones, dejaba entrever como una amarga queja que se parecia mucho a una acusación de olvido e ingratitud.

¿Quién era, pues, el hombre que tanto sabía, y que con tal seguridad y en tales términos la hablaba?

Clara volvió insensiblemente, y se halló transportada en alas de aquel recuerdo, tan hábilmente evocado por el máscara, a otra época pasada de su vida, y su tierno corazón volvía a sentir como en otro

tiempo la necesidad de sincerarse de una duda, de una queja por amorosos labios dirigida.

Diego leia en la fisonomía de su antigua amante, esta confusion de ideas que abrumaban su sorprendida mente, gozando en aquel momento lo que no puede la pluma espresar y sí solo comprender un corazón capaz de constituirse en una situación semejante.

Clara levantó los ojos, fijándolos en el negro antifaz del hombre que la hablaba, como para penetrar, al través de su mirada, en el rostro del desconocido.

—Mira, mírame bien, Clara; ¡pero por mucho que lo pretendas, no volverás a verme jamás!…

Y entonces Diego abrió sus grandes ojos negros, fijándolos en los de Clara, con aquella misma expresión de íntimo sentimiento que tantas veces la había embelesado en otro tiempo.

Clara estaba absorta.

Más aun que sus palabras, la muda actitud del máscara la imponía.

—¡Oh! ¡máscara, dime quién eres! exclamó arrastrada por la fuerza magnética de aquella mirada, que dominó por completo toda su reflexion.

—¡Nunca! respondió el máscara con una voz profundamente triste y dolorosa.

—¿Por qué? insistió Clava.

—¿Por qué?…

El máscara quedó un momento pensativo, y en seguida añadió en voz más baja:

—¡Porque soy un muerto!…

Clara oyó estas palabras con mayor emoción todavía que las primeras, y su alma se sobrecogió de una especie de terror.

No le cabia ya ninguna duda de que las expresiones del máscara se dirigían a sus primeros, bien podíamos decir a sus únicos y desgraciados amores, y aquella voz que salía, ora dulce, ora triste y dolorosa, pero nunca dura y seca, de la máscara negra, lo parecia como salida de una tumba, y el fantasma que delante tenía como evocado del sepulcro para acusarla de perjura en los sagrados juramentos de su amor primero.

—Es la una menos cuarto, señoras, dijo en aquel momento el barón de Turella sacando el reloj.

La voz de su marido hizo volver en sí a Clara.

—Cuando Vds. quieran, dijo la señora de Sans.

Y en seguida añadió volviéndose al máscara:

—¿Y nos vamos sin que me hayas dicho lo que me prometiste?

—Tiempo queda, respondió Diego.

—Es posible que no vuelvas a acordarte… añadió sonriendo la de Sans.

—Te lo prometo bajo palabra.

—De máscara, ¿eh?

Las indicaciones de Nicolás, eran órdenes cuando en semejantes sitios se encontraba con su familia, y Clara se levantó en seguida que el barón dió a entender que era la hora de retirarse.

Diego salió del palco con las dos familias.

Mientras éste y Clara estaban hablando poco antes, un hombre les observaba continuamente, ya desde abajo, ya colocándose en una puerta del anfiteatro, lanzando chispas de sus encendidos ojos, que tenía constantemente fijos en el rostro de Clara.

Ésta lo notó más de una vez, antes de presentarse Diego, desviando la vista con fastidio.

Diego no observó nada. Estaba harto embebido y ocupado en su conversación.

Aquel hombre era Roberto.

Al salir nuestros personajes al corredor, y cuando Diego iba a despedirse por última vez, un máscara, cubierto con un dominó, con guantes de color oscuro, y ese aire ordinario que bajo ningun traje pueden disimular ciertas gentes, acercóse a Clara, que tenía inmediato a Diego todavía, y la dijo:

—Vamos, señora baronesa, que bien ha pasado V. la noche…

—Si… respondió Clara al pronto; pero, advertida de la clase de máscara que la hablaba y creyendo descubrir en ella a alguien que no era de su devoción, se arrepintió en seguida hasta de su lacónica respuesta.

—Ya lo creo, prosiguió el máscara, con ese galan al lado.

—¡Máscara, exclamó Diego, mira como hablas!

—Déjalo, observó Clara.

El máscara prosiguió con dañada e infernal intención:

—Pues esa es la voz que ha corrido…

Diego le cogió entonces el brazo.

—¡Ay! ¡ay! gritó el máscara baja y cobardemente y doblando el cuerpo al dolor; ¡que me rompe V. el hueso!

Diego apretó más, diciendo:

—Pídele perdón a esta señora ahora mismo.

—¡Ay! ¡déjeme V.!

—¡Te rompo el brazo sino!

—¡Señora, perdón! exclamó el máscara.

—Ahora vete ya, y aprende para otra vez, dijo Diego empujándolo con desprecio.

Clara había reconocido en el imprudente la voz de Roberto.

No hay para que decir, preparado como estaba su ánimo, lo que para ella significaría la caballeresca acción de Diego.

El barón y el señor de Sans, como esta escena fué tan rápida, ni siquiera se apercibieron de ella, entre la multitud de gente y gran confusion que en el corredor había, separados además un tanto de sus mujeres y ocupados aun en su conversación.

Roberto se quedó a cierta distancia, maldiciendo al máscara de los dedos de hierro y observándole, sin perderle de vista, con el objeto de seguirle hasta averiguar quién fuese.

—Vaya, ¿tú te quedas, máscara?… dijo el señor de Sans a Diego en el corredor.

—Todavía: que descanséis, respondió éste alargándoles la mano.

Cuando llegó a Clara, ésta, por más que hizo, no pudo ocultar un temblor que la mano de Diego sintió en seguida.

—¡Tiemblas, y no me admira!… pero, recuerda, Clara, que lo que ha pasado ha sido no más que una broma de Carnaval.

Y saludando luego a la señora de Sans y repitiendo seguidamente el saludo en general, Diego se separó, dejando a Clara sumida en la mayor confusion.

Daniel siguió a su amo.

Así que las familias de Sans y de Turella salieron, tomaron aquellos los abrigos y abandonaron el baile.

Roberto no les perdió de vista.

Atravesó, siguiéndoles, la Rambla, pasó la calle de Jaime I y entró en la de la Princesa.

Aquí una sospecha asaltó la mente de Roberto, pasando en breve a ser una realidad.

Los dos hombres que seguía, entraron en la casa número 36.

—¡Ah, no hay duda! exclamó Roberto desesperado, ¡es su amante! ¡y este amante es el señor de Mendoza!

CAPÍTULO VIII.
Dos visitas

La satisfacción o la alegría que goza el objeto adorado, es un tormento más para el enamorado corazón que sufre ríos rigores de la adversa suerte; y al contrario, cuando el objeto que se ama sufre también al par del alma; que le adora, ésta siente como un alivio a su dolor, con la idea de que la otra no es tampoco feliz.

Cuando sufrimos, no toleramos el placer ni la alegría en la persona que amamos.

Este es otro de los egoismos del amor, otra de las pequeñeces que

encierra ese sentimiento, el más grande que cabe en el corazón del hombre.

Sabemos que Diego amaba a Clara, y no es necesario decir después de esto, si en medio de su generosidad sentiría su espíritu aquella secreta fruición, hija de la especie de tormento que dejaba en el corazón de su antigua amante a la salida del baile. Esto, que en nada aminora la generosidad y nobleza de otros sentimientos del alma, tiene siempre su explicación en la naturaleza misma del amor, y esta explicación es muy sencilla en nuestro caso.

Diego no sabía antes, no podía averiguar si Clara, la que era todavía el objeto principal de su pensamiento, después de tantos años transcurridos, con el nuevo estado que tenía y la alta posición que en Barcelona gozaba, había reservado en su corazón una pequeña parte al recuerdo del amante a quien la más horrible de las desgracias arrancara un día de su lado para llevarlo a morir en las profundidades del Atlántico, y donde no podía quedar ni la más leve señal del sitio de su sepultura.

He aquí una de las ideas que más mortificaban la imaginación de Diego.

Pero después de la conversación tenida con Clara en el baile, Diego no dudaba siquiera, sino que sabía perfectamente que aquella noche podía su pensamiento extenderse al espacio en busca de otro pensamiento, seguro de encontrar el de su antigua amante, escitado por los recuerdos traidos a su mente en el palco.

—¡Yo pienso en ella, y ella piensa en mí!

Esto se decía Diego en los primeros momentos de consuelo que gozaba después de tantos años.

Mecido por tan dulce pensamiento, durmio casi tranquilo aquella noche.

No así la pobre Clara.

Ésta, que nada sabía, ni podía adivinar acerca del personaje misterioso que como un fantasma aparecido se le había presentado aquella noche, repasaba palabra por palabra toda la conversación con él tenida, encontrando en cada expresión el verdadero sentido con que fuera pronunciada, y oyendo de nuevo, ora la voz del corazón herido en su fibra más delicada, ora el lamento del amor puro y desgraciado, ora el grito acusador de aquella alma amante y generosa ingratamente olvidada.

Y su sueño no era sueño, sino un insomnio pesado y horrible que le abrumaba la cabeza, haciendo sufrir al alma amargamente.

A las primeras horas de la mañana, Diego despertó.

todavía duraba en él el mágico influjo de las ideas de la noche;

pero tenía otros objetos a que atender y otros deberes que cumplir, y si no las sacudió por demasiado bellas y queridas, procuró distraerse de ellas por entonces, llamando otras a su mente.

Era ya tiempo de ir a ver a la familia de Messina.

Diego se puso un ancho gaban, tomó el sombrero y salió con dirección a la calle de Robador.

Eran solo las nueve de la mañana, pero la visita que iba a hacer, no era de tanto cumplido, que debiese demorarla por lo temprano de la hora.

Pocos pasos antes de llegar a la casa de Margarita, un hombre salió de la puerta.

Diego se detuvo al reconocerle.

El hombre tomó la acera de enfrente, opuesta a la que Diego llevaba, siguiendo su camino con la cabeza baja y como reflexionando, sin parar la atención en la figura del caballero que por la otra acera andaba.

Era Roberto.

Diego apresuró un poco el paso, metiéndose luego en el portal de la casa de Messina.

Al presentarse en la habitación, Margarita dió un grito.

—¿Se sorprende V., señora?

—¡Ah! exclamó la madre levantándose de la silla que ocupaba junto a un barreño que servía de brasero y en el cual apenas se notaba la lumbre. ¡Dios le envía a V., señor de Mendoza!

—Él nos ayude a todos, señora; y empiezo por alabarle, pues la veo a V. ya levantada.

—Fuerzas de flaqueza y nada más, contestó la madre casi sin aliento.

—¡Ah! pero siéntese V., señora.

Margarita lo hizo sin replicar, señalando a Diego la otra silla que en la salita había.

—¡Cuánto tiempo sin ver a V.!

—Fué la causa un viaje repentino, del cual he regresado sin olvidarme un momento de la situación de Vds., señora.

—¡Que no puede V. imaginar a que extremo ha llegado!… añadió Margarita.

—Harto me lo figuro, pero tranquilícese V. ya. Vamos a ver: ¿la causa de Amalia?…

—Para sentenciarse en breve, pues no quedan sino pocos días para presentar pruebas.

—Perfectamente; las tenemos de su inocencia y saldrá absuelta.

—En la cárcel el alcaide la bajó a la cuadra…

—Ya me figuro lo que habrá pasado: hoy volverá Amalia a su cuarto.

—No sabe V., no puede figurarse, Augusto, el consuelo que en este instante derrama en el lacerado corazón de esta pobre madre. ¡Ahora mismo!… hace un momento ¡si V. supiera!…

—¡He visto a un hombre salir de aquí!…

—¡Pues ese hombre me prometia por centésima vez la libertad de mi hija!

—Que no necesito preguntar a V. si ha rechazado…

—¡Oh! ¡primero la muerte! En la deshonra injusta, queda a lo menos la tranquilidad del alma; en la merecida, ¡ah! ¡nunca! ¡nunca! exclamó la madre repitiendo lo que poco antes había dicho con esa fuerza y esa enérgica resolución que tiene la virtud en tales situaciones.

—A todos llega su día, lo mismo a los buenos que a los malos, y para ese mal hombre no ha de tardar mucho en llegar el suyo.

Margarita refirió después a Diego la escena del casero.

El generoso protector de la familia la tranquilizó también sobre este punto, y ya se disponía a salir después de haber dejado recursos a la pobre madre, cuando le detuvo una voz que sonó en la puerta del cuarto, exclamando:

—¡Mamá! ¡mamá!

Era Ramón.

El niño había ido aquel día más tarde, no pudiendo desperdiciar el trabajo que se le presentó al salir de la casa del amo, y entró corriendo y gritando, como de costumbre, a abrazar a su madre.

—¡Ah! ¡caballero! dijo deteniéndose ante Diego y quitándose la gorra.

Diego quedó admirado al ver al limpiabotas.

La madre se avergonzó de que Diego viese a su hijo en tal estado, pero tomó la palabra en seguida dirigiéndose a Ramón e indicando a Mendoza:

—¿No conoces a este caballero, Ramón?

—Sí, es el señor de Mendoza, respondió el niño sorprendido aun, pero lleno el rostro de alegría.

—¿Cómo es eso, señora? preguntó Diego mirando a Ramón y añadiendo seguidamente: ¡aunque necia pregunta la mía! ¡Cuánto habrá V. sufrido!

—Pero mis sufrimientos cesan hoy.

—¡Oh! sí, Dios no quiere que duren por más tiempo.

Margarita, para justificar su conducta de madre, hizo una explicación a Diego de cómo Ramón se encontraba en aquel oficio,

concluyendo por decir a su hijo, que aquel mismo día devolvería al amo todo su dinero, para tenerle otra vez en casa.

—¿Si? exclamó Ramón, pues ahora que no hay peligro, voy a contar a Vds lo que nos hace sufrir ese hombre, y lo que yo he pasado esta noche.

Y Ramón hizo una minuciosa relación de lo que sabemos ocurría en la casa de la calle de Tallers.

—¡Angel de Dios! exclamó la madre estrechando a su hijo en sus brazos.

Diego quedó un momento admirando el heroísmo de aquel niño, y dijo después de Margarita:

—Mereces un premio, celestial criatura, y lo tendrás.

Y en seguida añadió dirigiéndose a la madre:

—Es preciso que hoy mismo, señora, salga este ángel de ese horrible suplicio.

—¡Ah! sí, hoy sin remedio, respondió la madre.

Pero cuando creció hasta llegar a su último punto el dolor de Margarita, cuando la sangre de Diego se sublevó, poniéndose éste a temblar de coraje, fué cuando Ramón contó lo de la cueva y lo que el infeliz había sufrido en la pasada noche.

A Diego no le cayó, como vulgarmente se dice, en saco roto lo de la olla del dinero, y reflexionando sobre todo esto, dijo a Ramón:

—Hoy vas a salir de allí, paro cuidado con que a nadie digas lo que has pasado, ni lo que has visto.

—¿Oyes bien, Ramón? añadió Margarita, que, aunque no se daba cuenta de esta advertencia de Diego, puesta como en él tenía toda su confianza, tomaba como preceptos sus menores indicaciones.

—No diré a nadie nada, contestó Ramón.

—¿Y cuántos son los chicos que tiene ese hombre? preguntó Diego.

—Diez y nueve y yo veinte.

—Pues hoy, o bien entre hoy y mañana, procurarás verlos a todos, y los dirás que el que a las siete de la noche no tenga la peseta que ha de entregar al amo, vaya al número 36 de la calle de la Princesa, piso principal, en donde se le darán los cuartos que le falten.

—Hoy mismo se lo diré a todos; y ¡poco contentos que van a estar! porque ¡ay! la noche que a uno lo faltan nada más que tres o cuatro cuartos, ¡pobre de él!…

Diego había cumplido ya su mision por aquel día, respecto de la familia de Messina. Despidióse, pues, hasta la mañana siguiente, y salió llevando las bendiciones de aquella madre y aquel niño, modelos de virtud y de heroísmo.

—¡Qué contenta se va a poner Amalia, mamá! exclamó Ramón así

que Diego hubo salido.

—Sí, hijo mio, sí, ¡tan contenta como estoy yo en este momento! Ahora llamarás a la señora Tomasa, y le daremos, para que en seguida los lleve al italiano, los veinte duros que nos entregó, y con esto, quedas otra vez libre y al lado de tu madre, ¡hijo de mi alma!

Y Margarita estrechó otra vez a Ramón entro sus brazos.

En seguida prosiguió:

—Después de esto, vas a la cárcel, y dices a Amalia que pregunte al alcaide cuánto tiene que entregar para volver al cuarto como antes estaba.

—¿Y se lo llevaré en seguida, verdad? preguntó el niño.

—En seguida, sí.

Y Ramón, saltando de gozo, corrió a la puerta, para, sin pérdida de tiempo, llamar a la señora Tomasa.

Dejemos aquí a Margarita y su hijo, puesto que sabemos en lo que han de ocuparse durante la ausencia de Diego, y sigamos a éste.

De la calle de Robador dirigióse a su casa.

Dió la órden a Daniel de que entregase los cuartos que le pidiese cada uno de los limpiabotas que todas las noches a las siete acudirían a su puerta, y además, que si Juan iba aquel día, le dijese que a las nueve de la noche estuviese en casa.

Aguardó después de esto a que avanzase más la hora, pues la casa de Turella era de más cumplido que la de Messina, y, dada la una, se vistió y salió otra vez a visitar a la baronesa.

—¡Daniel! dijo al salir, ten presente, por si acaso, que he llegado esta mañana…

—Ya me hacía cargo, señor, respondió el criado con aquella esquisita inteligencia que le conocemos.

Diego llegó a la casa de Nicolás, y sin detenerse en el piso entresuelo, que es donde tenía aquel el escritorio y en donde se encontraba generalmente cuando estaba en casa, subió al piso principal, y se hizo anunciar por el criado.

Clara, que se levantó algo tarde, saliendo del lecho más fatigada que del baile, se hallaba presa todavía de las impresiones de la noche anterior sentada en un sillón de su gabinete y envuelta en un gran pañuelo de alfombra.

Cuando el criado llamó a la puerta-vidriera y anunció al señor de Mendoza, la antigua amante de Diego dió un salto, y hasta después de un momento no contestó:

—Que pase al salón.

La baronesa de Turella estaba sin peinar aun; y aunque, como sabemos, no era una mujer vulgar, cuya vanidad fuese esclava de

ciertas pequeñeces, ni menos había pensado un momento en agradar al señor de Mendoza ni nadie, pues era, en primer lugar, bastante honrada y digna para esto, y además, no estaba su doliente corazón para abrir las puertas a otros sentimientos que a los que legítimamente pudieran ocuparlo, experimentaba no obstante un secreto disgusto al tener que presentarse a Mendoza de la manera como se encontraba.

Corrió al tocador, pasó por sus negros y finos cabellos un delicado batidor de concha, y salió a recibir la visita anunciada.

Diego aguardaba de pié y con el sombrero en la mano junto a un sofá.

—Beso a V. los piés, señora, dijo Diego haciendo una segunda inclinación de cabeza, cuando Clara llegó a él.

—Beso a V. la mano, señor de Mendoza. No esperaba tan pronto esta agradable visita, después del atento recado que recibimos ayer con el criado de V. Pero tome V. asiento.

—Llegué esta mañana, dijo Diego, sentándose en el sillón y junto al extremo opuesto al que Clara ocupaba en el sofá; y ya V. ve que es esta mi primera visita.

—Dobles gracias.

—¿Y el barón?

—Tan bueno, no debe tardar en subir, estará, en su despacho. A mí me encuentra V. todavía así, de cualquier manera…

—Señora, yo he venido nada más que a saludar a Vds.

Clara inclinó la cabeza.

—Como anoche estuvimos de baile…

—¡Ah!

—Si, en el Liceo.

—¿Baile público?… preguntó Diego con la mayor candidez.

—Sí, verdaderamente, porque, aunque se dice particular y de sociedad, son tantas las acciones que se dan, que llegan para todo el mundo.

Mientras Clara hablaba, Diego observaba en su fisonomía marcada la huella de lo que había sentido la última noche.

La esposa de Nicolás creyó notar que Mendoza la miraba al rostro con cierta curiosidad, y esto aumentó la desazon que sentía en su presencia.

Llevó, pues, la mano al cordon que colgaba al lado del sofá, una campanilla sonó a la parte de afuera, y su criado se presentó.

—Avisa al señor que está aquí el caballero Mendoza.

—¡Ah! no le distraiga V… observó Diego, extrañando que tan pronto se cansara Clara de estar a solas con él.

El criado iba a salir y Clara le detuvo diciéndole:

—Oye, entorna antes un poco esos postigos.

Y dirigiéndose a Mendoza concluyó:

—No sé qué tengo hoy en los ojos que no puedo resistir la luz.

Diego experimentó una verdadera satisfacción a estas palabras: su sospecha era cierta.

—¿No ha dormido V. esta noche?… le preguntó con toda intención.

—No mucho, francamente, respondió Clara; he tenido una especie de desasosiego… que no sé a qué atribuirlo.

—Tal vez el aturdimiento mismo del baile…

—Puede ser muy bien, aunque, como V. comprenderá, no tomé otra parte en él que la de simple espectadora.

—Aun así se siente a veces la influencia de la barahunda…

—Es cierto.

Hasta entonces la conversación tenía en verdad poco, interés para Diego. Insensiblemente, como sucede muchas veces que uno espera una ocasión con un fin determinado, llega esta, y si el fin propuesto de antemano pende de que la conversación tome cierto sesgo, suele desviarse, insensiblemente como decimos, o presentarse sin saber por qué tan tibia o insustancial, que todos los humanos esfuerzos son ineficaces para atraerla al punto que se desea.

Así le sucedió a Diego aquella mañana.

En cuanto a Clara, a ésta no le sucedió nada, porque tampoco tenía plan alguno en una visita que seguramente no esperaba tan pronto. Solo si la llamó sobremanera la atención el ver, cuando tan lejos le creia aun, al señor de Mendoza, precisamente después de la noche del baile.

Más lejos estaba, sin embargo, de su pensamiento la idea de que el señor de Mendoza pudiera ser el máscara que en tales términos y con tal acento le había hablado.

Diego había procurado, para conservar mejor el incógnito, dar a su modo de hablar el acento de los hijos del Nuevo Mundo, y no había desperdiciado la ocasión en distintas veces de decir delante de Clara, que le costaba mucho entender el catalan, y en catalan y muy puro había hablado a Clara el máscara del Liceo.

Clara, por lo tanto, no procuraba dar importancia al objeto de la conversación, ni Diego por su parte quería aventurar palabras, temiendo que despertaran sospechas que él no quería despertar por entonces.

La conversación se paralizó por un momento, y Diego la dió entonces otro giro, con una de esas preguntas vulgares de sí y a que no recurre nunca una persona de talento, sino en situaciones

especiales.

—¿Y qué novedades han ocurrido en Barcelona durante mi ausencia?

—Ninguna, todo está y sigue en el mismo estado.

Y la conversación volvió a parar aquí.

Son un martirio en sociedad esos momentos entre dos o más personas que al instante concluyen la conversación, estando al propio tiempo privado cada cual de hablar de aquello que le interesaría.

Diego sufría y Clara también.

El barón de Turella vino a sacarles de aquel estado.

—¡Bendito seas *por esta vez*! exclamó Diego en su interior, al verle entrar en el salón.

CAPÍTULO IX.
De como es más fácil arrancarle a un millonario un hijo que un millón

sí que Nicolás se presentó, Diego y Clara a un tiempo observaron su rostro algo demudado.

Éste, que veía por primera vez al barón después de tanto tiempo, lo pasó por alto saludándole como si nada hubiese advertido, pero luego, al ver que el barón le respondia así con cierta conmoción, iba a preguntarle, si no se hubiese anticipado Clara. Nicolás traía una carta

en la mano.

—¿Qué tienes, que estás como trastornado? le preguntó su mujer.

—Es una cosa que me dá mucho en que pensar, respondió Nicolás.

Clara y Diego a la vez aguardaban más explicaciones del barón. Después de un momento, éste dijo:

—¿Estaba V. aquí, creo, señor de Mendoza, un día que yo recibí una carta anónima en la cual me pedían cincuenta mil duros?

—Yo estaba, sí, y lo recuerdo perfectamente, contestó Diego.

—En cuya carta me amenazaban de muerte si no daba la cantidad pedida.

—Y yo le aconsejé a V. que lo despreciára.

—Lo cual hice asimismo.

—Naturalmente, añadió Diego.

—Pues esto que ven Vds., continuó Nicolás mostrando el papel que tenía en la mano, es otra carta de la misma letra, y por consiguiente que reconoce el mismo origen.

—¿Y eso te ha trastornado? preguntó Clara a su marido.

—Esa carta se desprecia ahora como aquella, añadió entonces Diego.

—Es que Vds no saben, prosiguió Nicolás, que la promesa de asesinarme que me hicieron la otra vez y repiten ahora, intentaron cumplirla.

—¡Cómo! exclamaron aun tiempo Clara y Diego.

—Si, prosiguió el barón.

—¡No has dicho nunca una palabra!… dijo admirada su mujer.

—Pues una noche, al retirarme, en ese callejon inmediato se me echaron encima dos hombres navaja en mano, de los cuales me pude salvar retrocediendo primero y procurando defenderme con el baston, y luego gracias al sereno que acudió en mi auxilio.

—¡Jesús! exclamó Clara espantada.

—¡Es atreverse! dijo Diego.

—En el pecho del gaban que llevaba tengo aun el corte del navajazo que me llegó a la ropa, pero que afortunadamente no pasó a la piel.

—¡Pero sin decir luego una palabra! volvió a exclamar Clara mirando a su marido.

—Juzgué que eso valía más tenerlo oculto, y mandé al sereno que guardase el secreto, después de haberle pagado su servicio.

—¡Ah! ¡bien lo merecia! interrumpió Clara.

—¡Un napoleón le dí! continuó Nicolás haciéndose lenguas de su largueza; y le previne que vigilara en adelante el callejon hasta que yo retirase.

El lector, que conoce a Nicolás, comprenderá que el silencio de un suceso semejante que no se concebiría en otra persona, estaba muy en su carácter.

—Pues ya ven Vds., prosiguió, si hay motivo de alarmarse con este nuevo aviso.

—Con efecto, dijo Diego; aunque toda la alarma debe reducirse, en mi concepto, a guardarse de esa mala gente y nada más.

—Es fuerte cosa, sin embargo, el tener que ir uno, si sale por la noche, con cuatro ojos y una pistola amartillada en la mano.

—En una capital como Barcelona, es extraño que no haya la seguridad que fuera de desear, aunque sea a las altas horas de la noche, observó Diego.

—Realmente es de extrañar, pero es así.

—¿Y cuánto te piden en esa carta? preguntó Clara a su marido.

—¡Cincuenta mil duros! ¡un millón!

—Si uno supiera que había de quedar luego tranquilo…

—¿Qué? interrumpió en seguida el barón.

—Bien se podían dar, concluyó Clara.

—¡Qué dices, mujer! exclamó Nicolás horrorizado.

Las palabras de Clara le hicieron más efecto que la carta, y hasta la misma acometida de aquella noche.

En aquel momento un criado se presentó en la puerta diciendo:

—Señor barón, el señor D. Jaime Hernandez…

Diego se sobresaltó.

—Díle que tenga la bondad de pasar a mi despacho. ¡Qué diablos! no estoy ahora para nada. Oye.

—Señor…

—Que pase.

El antiguo comisario de policía se quedó frío al ver a Diego.

Éste, que había tenido tiempo de prevenirse, se levantó tranquilamente y seguro de sí mismo.

Hernandez, como hombre curtido en semejantes situaciones, tuvo también espacio de recobrarse en el corto tiempo que empleó para saludar al barón y a Clara.

Así se dirigió luego a Diego, diciendo tranquila y sencillamente:

—Beso a V. la mano.

Y en seguida añadió con una calma y un tono tal que maravilló a Diego:

—¡Pero calle! ¿no es el señor de Mendoza?

—Servidor de V… respondió Diego mirándole como quien necesita recordar la fisonomía de la persona que le habla, y diciendo para sí: a disimulo no me vas a ganar.

Y en seguida añadió:

—Usted me dispensará… pero en este momento no recuerdo.

—Jaime Hernandez…

Diego hizo un movimiento y puso una fisonomía tan sumamente natural, como ignorando, a pesar de haber oído el nombre, la persona que le hablaba, que engañó al mismo antiguo polizonte.

—Sí… ya caigo, añadió además, pero de una manera que dejaba a sus palabras todo el color del mero cumplido.

—No es extraño que V. no me recuerde, porque nos hemos visto muy pocas veces, dijo entonces el comisario; pero yo que para eso de fisonomías, tengo una memoria grande…

—Todo lo contrario me sucede a mí, dijo Diego con la misma sencillez, lo cual prueba que no es culpa mi a, y ruego a V. que me perdone.

—¡Ah! queda V. perdonado, dijo el comisario, pensando al mismo tiempo: ¡no me ha conocido!

Previsor como nadie, y enterado de todos los recursos que ciertas gentes usan en determinados casos, Hernandez se había dejado crecer la barba desde que Diego se fugó o fué sacado de la cueva, y como sabía que Mendoza no le conocía de nombre, y si solo podía reconocerle por la fisonomía el día de mañana, para prevenir este caso la había transformado con la barba que antes no llevaba.

Diego a su vez comprendió que había conseguido engañar al comisario, y como esto le importaba mucho para los fines que se llevaba, tuvo una satisfacción igual por lo menos a la de Hernandez.

No bien éste se hubo sentado, el mismo criado volvió a aparecer anunciando:

—El señor D. Pedro Blanco.

No hay para que decir el efecto que esta voz produciría en el ánimo de Diego.

El antiguo comisario, a fuer de observador y por no perder su natural costumbre, fijó sus escrutadores ojos en el rostro de Mendoza para conocer el efecto que aquel nombre le producía.

Diego notó la mirada del comisario, y lejos de dominarse, le dejó conocer la sorpresa mezclada de la súbita cólera que en aquel momento sentía.

—Cuanto mayor efecto vea que me hace esto, se dijo Diego en su interior, y más comprenda que me es difícil disimular ahora, mejor va a creer que antes no he disimulado, y por consiguiente que no le he conocido.

Al oir el nombre de Blanco, todos se pusieron de pié, menos Clara.

Nicolás, con una solicitud que participaba más de servilismo que

de finura, corrió para recibirle a la puerta del salón.

Blanco entró, pues, acompañado del barón.

Al ver a Diego, paróse de repente, su rostro perdió el color, sus piernas flaquearon, y poco faltó para que no se cayera al suelo.

—¡Qué es esto! ¡qué tiene V., D. Pedro! exclamó Nicolás cogiéndolo de un brazo, mientras que Hernandez le cogia del otro y Clara exclamaba también:

—¡Ay, Dios mío! ¡que le pasa! y tirando del cordon de la campanilla, gritaba a los criados: ¡Pedro! ¡Ramón!

La sorpresa de Diego, con esto, no fué notada por nadie sino por Hernandez que ya la esperaba.

Blanco cayó en un sillón que le acercaron.

Dos criados de la casa acudieron al salón.

—¡A ver, pronto un frasco de esencia! ¡agua! ¡y llamar al médico en seguida! exclamó Clara.

Blanco abrió los ojos y dijo:

—No se molesten Vds., no es nada, un vahido no más.

—¡Debilidad!… tal vez… dijo Hernandez.

—O fuerza de la sangre, ¡como está tan robusto! añadió Turella.

—Ayer me pasó lo mismo cuando iba a salir de casa; si me da en la calle, me compromete… exclamó Blanco para disimular.

—Aquí hay agua, dijo Nicolás tomando un vaso de una azafate de plata que trajo uno de los criados; beba V. un poco.

—No hay necesidad, se pasó ya, respondió Blanco.

—Respire V. este fraseo, y luego tomará V. algo, insistió el barón, siempre con la misma solicitud.

Blanco bebió un sorbo de agua, y dijo luego:

—Gracias.

—Ahora tomará V. algo.

—¡Oh! no.

—¡Cómo que no! aquí está V. en su propia casa, está de más el decírselo a V.; pues no faltaba otra cosa.

—Gracias, barón; precisamente me está prohibido el tomar nada cuando me dá esto.

—Siendo así, es diferente, concluyó Turella.

—Es cosa de la sangre, añadió Blanco.

Y tenía razón, más, por cierto, de la que él mismo creia.

La sangre, agolpada de pronto a la cabeza, atraida al cerebro por la fuerte impresion que acaba de recibir, fué la causa que le privó del sentido en aquel momento.

Nicolás no desistió aun en sus atenciones, y volvió a decir a Blanco:

—¿Quiere pasar a la alcoba, señor D. Pedro? descansará V.

—No, no, barón; no haría el menor cumplido si conociese que necesitaba eso o cualquiera otra cosa, pero repito que todo ha pasado ya, y estoy bien así.

—En fin, creo inútil, concluyó por último Nicolás, volver a decir a V. que se halla para todo en su propia casa.

Blanco inclinó la cabeza, y no se habló ya más de aquel incidente.

Nicolás despidió a los criados, pero no bien acababan éstos de salir, y cuando no había empezado aun la conversación en la sala, volvió a entrar uno de ellos diciendo:

—El señor cura de San Pablo y D. Juan Badía.

—Que pasen, dijo Nicolás, Hoy es día de visitas.

Las que acababan de anunciarse entraron.

Blanco tuvo otro susto.

El cura de San Pablo saludó primero en general, haciéndolo luego particularmente con cada uno.

—¡Ah! ¡con que está aquí también el señor D. Pedro! dijo al llegar a Blanco, ¡calle! y el señor de Mendoza, añadió en seguida reparando en Diego y tendiéndole la mano.

—Siempre a sus órdenes, dijo éste con afabilidad.

—¡Muy señor mio! concluyó el cura de San Pablo. Pues señor, también es casualidad, de la que por cierto me felicito: no falta sino Sans para que esté completa la comision.

—¡Es verdad! dijo Diego, y apropósito, ¿cómo se encuentra eso? porque en todo el tiempo que yo he estado fuera, no he sabido nada.

—Todo arreglado, respondió el cura de San Pablo, Lo que mayor dificultad ofrece siempre en esas ocasiones, que es el recoger la cantidad conveniente, se tuvo desde luego, gracias a la generosidad del señor D. Pedro.

Éste inclinó la cabeza.

—Con que lo demás fué cosa de poco trabajo.

—¿Y a cuánto calcularon Vds. que ascendería?… preguntó Diego, no queriendo desperdiciar esta ocasión de mortificar a Blanco.

—El número de soldados es de seiscientos, aunque podemos contar con que ciento lo menos, que pertenecerán a familias acomodadas, no querrán recibir la limosna.

—De todas maneras es una respetable cantidad, dijo Diego.

—Que solo puedo darla una persona como D. Pedro, añadió el barón.

—Yo he pensado, dijo el cura de San Pablo, si al señor D. Pedro lo es indiferente, como creo, el darla hoy o mañana…

—Yo, lo que es por mí… cuando Vds quieran… respondió Blanco,

presa de las circunstancias en que se encontraba.

—Pues había pensado, continuó el sacerdote, mandar un oficio a la Diputación Provincial, poniendo a su disposición esa suma, y que la corporación que representa a la provincia, respondiera al gobierno de los sustitutos. La acción es asimismo meritoria, en nada pierde la generosidad del señor D. Pedro, todo lo contrario, pues que en el oficio se espresará que la dádiva es esclusivamente suya, y así se dá mayor lustre al acto, dejándolo en manos del digno cuerpo que representa la provincia. ¿Qué dice V. a esto, D. Pedro?

—Yo… por mí… ya lo he dicho; muy bien respondió Blanco, devorando la ira en su pecho.

—Que ponga el señor un talon contra el banco, dijo entonces Nicolás señalando a Blanco, y se manda el talon con el oficio a la Diputación Provincial.

—Eso es, añadió Diego; y yo, adelantándome a los deseos del señor D. Pedro, que nadie mejor que yo conoce, me atrevo a decir al señor cura que hoy mismo puede pasar a recoger su respetable firma.

Blanco, mordiéndose los labios, hizo un ademán que dió la aprobación a las palabras de Diego.

El comisario de policía comprendió entonces lo que nadie, escepto Blanco y Diego, podía sospechar en Barcelona: esto es, que las generosidades del antiguo traficante de negros, que habían levantado, naturalmente, en la ciudad una nube de incienso que envolvía su *respetable* nombre, eran dictadas por Mendoza, en virtud de un poder superior, cuya fuerza he adivinaba aun en qué podía consistir el antiguo comisario.

—Pasaré pues allá a las cinco, si a V. lo parece, señor D. Pedro, concluyó el cura de San Pablo, creyendo de buena fé, no solo no ser molesto ni impertinente, sino que, todo lo contrario, adelantarse como había dicho antes Mendoza a los deseos de Blanco.

—Bueno, puede V. pasar, contestó el capitán negrero.

Y en seguida añadió para sí:

—¡En cuanto a esto, ya no hay remedio!

Y abrumado por las ideas que le mortificaban y el consiguiente miedo que no podía menos de inspirarle la presencia de Mendoza, sano y robusto, cuando él lo creia loco o postrado, dirigió una mirada al antiguo comisario, como queriendo decir: ¡Ya lo ve V.!

El comisario intentó animar un poco al abatido Blanco, respondiéndole con otra mirada de esperanza; pero en los labios del antiguo traficante de negros, se dibujó la más dolorosa sonrisa de desesperación.

Clara, aunque estaba presente a todo esto, no decía ni oía una

palabra de las que allí se pronunciaban, embebida todavía en los pensamientos de la noche anterior.

De vez en cuando volvía los ojos para mirar a Mendoza, con cuya vista se encontró siempre, volviendo a desviarlos en seguida.

—¡Es particular! se decía cada vez; ¡yo no sé qué secreta y misteriosa relación encuentro con este hombre y lo que a mí me sucede!…

La conversación general paró un momento.

Clara dió de repente un ay, saltando del sillón.

—¡Qué es esto, señora! exclamaron todos a la vez.

—¡No han oído Vds un grito! preguntó Clara espantada.

—No, dijeron algunos.

—¡Oh! sí., sí, ¡y fué en casa! añadió Clara.

Entonces se oyeron, no uno, sino dos o tres ayes agudísimos que penetraron en el salón.

—¡Ah! ¡oyen Vds.!

—¡Efectivamente! dijeron los que allí estaban.

Nicolás tiró del cordon de la campanilla.

Los ayes fueron aproximándose.

—¡Qué será esto, Dios mío! volvió a exclamar Clara, queriendo ir a la puerta del salón.

Un criado entró, y tras éste una doncella de, la casa, desmelenada y descompuestos los vestidos, gritando:

—¡Ay, señora!

—¿Qué es esto, María? preguntó Clara con vivísima ansiedad.

Todos los demás, parados y de pié, miraban a la muchacha, aguardando la explicación de sus labios.

—¡No me atrevo, señora!…

—¡Oh! dí, María, ¡qué ha pasado! ¡por la Virgen, esplícale! volvió a exclamar Clara.

—¡Ay, no puedo!

—Dí, mujer, mandó Nicolás.

La muchacha, recogiendo el aliento que le faltaba y entre lágrimas y sollozos empezó al fin:

—Me… han robado…

¿Qué?

—El señorito Ricardo…

—¡Ay!

Inmediatamente a este ay agudísimo, que penetró en el corazón de todos, un cuerpo cayó sobre la alfombra.

Era Clara.

Ella, como madre, había oído la primera los lamentos de la

doncella: su corazón y sus fuerzas no pudieron resistir al oir la causa de aquellos gritos.

CAPÍTULO X.
El tigre en poder del león

OR demás estaría la descripción del grandísimo trastorno que ocasiónó en la casa del barón de Turella el robo del niño que llevaba la muchacha, volviendo a casa del colegio.

No es aun ocasión de explicar el cómo pudo efectuarse el rapto en la calle y en plena luz del día.

Clara fué llevada al lecho sin sentido.

El barón despachó a todos sus dependientes y criados, quedándose con los precisos en la casa para aquellos momentos, mandando a unos

a dar parte a la policía, al general, al gobernador, a avisar al médico, a todas partes, en fin, con tal que se moviesen todos como su agitado espíritu se movía.

Los personajes que estaban allí de visita, permanecieron en la casa, acompañando al barón, hasta que las habitaciones se llenaron de gente de todas clases, relacionadas más o menos con la familia, que allí acudieron tan luego como la nueva, con la celeridad de una chispa eléctrica, recorrió todo el ámbito de la capital, en presentar su *pésame* y a ofrecer sus servicios al barón.

Los que primero se despidieron, fueron el cura de San Pablo y su compañero.

Blanco aguardaba que saliese Mendoza para marcharse, y Hernandez que se fuera Blanco para no acompañarle y despertar recelos que hasta entonces creia no había tenido el señor de Mendoza.

Diego, conociendo después de algún tiempo la intención de Blanco, se le acercó hablándole al oído, lo cual pudo hacer muy bien en medio de tanta gente y el trastorno que había, diciéndose:

—Despídase V. ya, y no admita compañía, porque yo salgo con V.

El antiguo traficante de negros, otra vez bajo el poder de quien había de ser entonces más temible que nunca, obedeció sin replicar, y fué a despedirse del barón.

Hernandez lo notó, y haciéndose el distraido, hablando con éste y aquel, procuró separarse a distancia de Blanco, para no ver como salía.

Diego, como antes previno a éste, salió con él.

El carruaje de Blanco estaba en la calle entre otros de varios personajes que allí habían acudido.

Su lacayo, divisándole al bajar la escalera, hizo desde la puerta seña al cochero, que inmediatamente condujo al umbral la rica y magnífica berlina.

—¡Ah! ¿con que todavía tiene V. carruaje? fueron las primeras palabras que Diego dijo a Blanco.

El lacayo, abierta la portezuela y sombrero en mano, como el cochero, esperaba de pié junto al estribo del coche.

Blanco, sin responder a Diego, se detuvo vacilante.

—Subamos, subamos, dijo Diego.

Blanco subió el primero, y tras él, Diego. Éste, al subir, dijo al lacayo:

—Calle de la Princesa, 36.

El lacayo gritó, comunicando la órden al cochero y encaramándose a la trasera del carruaje:

—Princesa, 36.

El chasquido del látigo sonó, y el coche partió al trote largo de los caballos.

¿Pero a dónde vamos? preguntó Blanco.

—A mi casa y la de V. señor D. Pedro, respondió Diego, tomando otra vez el mismo tono con que antes hablaba a Blanco.

—¡A su casa! exclamó éste lleno de terror.

—A hacerme una visita. ¡Pues qué! ¿no merezco yo de su cortesía, que en tantas como le he hecho a V., me devuelva una sola?

Blanco no respondió.

De repente y sin que tuviera tiempo de advertirlo, se encontraba otra vez bajo el poder de aquel enemigo tan terrible, del cual debia temer entonces mucho más aun, después de lo que había sucedido.

Blanco lo esperaba ya todo de la venganza de Mendoza.

—¡Ah! ¡si yo hubiese podido presumir esto!, se decía en sus adentros, mientras le llevaba su propio carruaje a la calle de la Princesa, no hubiera permanecido en Barcelona.

El traficante de negros, viéndose otra vez en medio del gran peligro en que con razón creia hallarse, se arrepentía en aquel momento de no haber abandonado inmediatamente después de la fuga de Mendoza la ciudad en donde le retuvieron las grandes consideraciones que hemos apuntado en otro lugar, y las cuales en aquel instante desaparecieron ahuyentadas por el horrible miedo que de su corazón se había apoderado.

Durante el corto camino, Diego no dijo una palabra más: Blanco mucho menos.

El carruaje paró.

Diego bajó el primero, alargando la mano a Blanco con toda cortesía.

La de Blanco no era todavía una edad tan caduca, que necesitase semejante ayuda ni mereciese esta deferencia por parte de su joven compañero; pero no por aquella, sino por esta, es decir, por la deferencia de que quería colmarle, tuvo Diego semejante atención.

Se había propuesto martirizar a Blanco con toda cortesía, y no quiso, habiéndolo empleado antes, variar luego de sistema.

Juntos entraron en el salón principal, y al llegar a esta pieza le dijo Diego:

—Creo que V. me permitirá el que le trate con un poco de confianza; así, pasaremos a mi gabinete.

Y en seguida, volviéndose a Blanco, continuó:

—¡Oh! no es tan rico como el de V.; pero en cambio se puede entrar en él con toda seguridad, y sin temor de una vil emboscada…

Blanco, que ya estaba pálido, se puso lívido.

—Eso fuera propio de piratas y ladrones, prosiguió Diego, y el dueño de esta casa es honrado y caballero.

Cada palabra que se desprendía de los labios de Mendoza, caía como una gota de plomo derretido en el corazón de Blanco.

Ambos dentro del gabinete, Diego acercó una silla al velador aquel, que era, digámoslo así, como la barra de los acusados y a la vez la mesa del juez, y dijo a Blanco:

—Siéntese V.

El traficante de negros se sentó más absorto cada momento de ver que en nada, a pesar de lo sucedido, había cambiado ni la es presion ni la palabra de Mendoza.

Esto daba a Blanco un consuelo y un temor al mismo tiempo: un consuelo, porque alejaba de sí el miedo a los tormentos materiales, que siempre impone mucho a las almas bajas; y un temor, porque aquella inalterabilidad de carácter era indicio de que Mendoza llevaría a cabo sin tregua ni descanso la idea de su destrucción, que de la manera que sabemos había ya empezado.

Diego entró en la alcoba, abrió sin ruido el secreter, y sacó de él el papel firmado por Roberto.

Fué al velador, tomó otra silla, sentóse y dijo a Blanco presentandóle el papel:

—Lea V.

Blanco cogió el escrito con mano trémula, y leyó.

Diego iba siguiendo en la expresión de fisonomía que presentaba el capitán negrero, el efecto terrible que aquellas líneas le producían.

Blanco, después de leer, dejó el papel sobre el velador, quedando fijos en él los ojos, que no osaba levantar en medio de su confusion.

—¿Qué le parece a V.? le preguntó Diego después de un momento.

Blanco, sin levantar los ojos, dió un fuerte y prolongado suspiro por toda contestación.

—¡Callas, infame! prosiguió Diego, que por un momento necesitaba dar tregua a la ironía para aligerar su corazón del grave peso que le estaba oprimiendo. ¡Verdad es, prosiguió, que no cabe en esos viles labios palabra que responder! ¿Quien tan generoso se portaba contigo, haciendo subir a las nubes tu nombre, cuando podía hundirlo en el lodo de tus propias infamias, merecia tan cobarde como vil felonía? ¿Qué venganza hay ahora que contra tí no me competa?

Las palabras de Diego revelaban tal nobleza y tal bondad en medio de todo, que Blanco respiró con ellas en vez de anonadarse.

—Pero yo no he de dejar de ser noble porque tú seas un infame, continuó Diego.

—¡Ah! exclamó entonces Blanco, probando esplotar la generosidad

que no podía menos de ver en el corazón de Mendoza, y dando a sus palabras el más asqueroso tono de humillación: es verdad… razón tiene V. de vengarse ahora… pero yo no estaba en mí… yo temia…

Diego se levantó de su asiento, volviendo la espalda a Blanco, y dándole a entender con esta acción el desprecio que le inspiraba su bajeza.

Llevó la mano a una gruesa borla de seda que pendia al lado de la alcoba, y tirando del cordon sonó una campanilla.

Daniel se presentó a la puerta.

—El recado de escribir.

Trájolo el criado, y Diego, tomando una cuartilla de papel, la puso delante de Blanco diciéndole:

—Escriba V. ahí otra órden como aquella que rasgó el procurador de V en casa de Messina.

Blanco, sin replicar, tomó la pluma, y escribió lo que se le mandaba.

—Corriente, exclamó Diego cuando aquel hubo concluido, echando él mismo polvos sobre el papel.

Y dirigiéndose otra vez al secreter de la alcoba, sacó la carta que escribió Blanco al pirata Patrick y había encontrado Diego en el arca de Tomás Ponce.

Unióla al escrito de Roberto y a la órden que Blanco acababa de firmar, y tomando en una mano los tres papeles, le dijo:

—Con estos papeles le perderé siempre que yo quiera en Barcelona, y con la sentencia que sobre tí recaiga en estos tribunales podré, dado caso que intentaras la huida, perseguirle en cualquier punto donde fueras a refugiarte.

Blanco contemplaba aterrado las terribles pruebas de sus crímenes en la mano de Diego.

Éste prosiguió:

—Uno de estos papeles, que no quiero decirte en qué consiste, prueba tu connivencia con el pirata Patrick para robar a la casa Messina: esta prueba, después que yo de mis explicaciones, se corrobora con la órden de puño y letra tuyos en favor de la hoy pobre y desdichada familia de Messina; y todo esto, por fin, adquiere mayor consistencia con la declaración de Roberto que has visto.

—¡Ah! ¡perdón, perdón! exclamó Blanco, comprendiendo la evidencia de las pruebas que el señor de Mendoza tenía en su poder.

Diego prosiguió:

—Ayer, tal vez, la negativa de V. y su influencia y su dinero hubieran podido burlar la justicia de los tribunales; pero hoy sería imposible. La conducta de V., desde que me conoce, es tal y tan

contraria a la que hasta hoy había seguido y se le veía en Barcelona, que esto por fin vendría a ser el complemento de todas las pruebas contra V.; porque claro está que no así de cualquier manera y sin ser obligado por una fuerza poderosa, como me la dan los secretos suyos que yo tengo, deja un hombre que haga otro con él lo que yo he hecho con V.

—¡Es verdad! exclamó Blanco para sí.

—A tal estado, pues, ha venido V. insensiblemente, amigo mio; y si hoy se lo descubro siendo tan explícito con V., es porque tengo suficientes con las que poseo, sin haber menester, por consecuencia, otras pruebas. Vamos, pues, a fijar lealmente la respectiva posición de cada uno, y a que cada cual manifieste sus intenciones con franqueza. Acerca de mi posición, ya sabe V. cuál es, respecto de V.: en Barcelona soy su dueño absoluto. La posición de V., respecto de mí, es naturalmente lo contrario a la mia: la del esclavo respecto de su dueño. Vamos ahora a las intenciones. Lo que yo pienso hoy es lo mismo que pensaba ayer. Ayer en cierta ocasión que V. recordará, le dije: «Lo que me propongo, ya puede V. conocerlo, es hacerle mudar completamente de vida: que a la soberbia de hoy, suceda la humildad y la mansedumbre; que a la codicia, reemplace la caridad y la largueza, y el odio de muchos hácia el opulento que, nadando en oro, no se apiada de nadie, se convierta en amor de todos al hombre que sabe emplear el esceso de su fortuna en el socorro de los pobres y desgraciados».

Estas palabras de Diego volvían a clavarse como saetas en el corazón de Blanco.

—Esto dije a V. ayer, y esto mismo repito hoy, ni más ni menos. Dije a V. también que yo era hombre que no acostumbraba cejar tan fácilmente en lo que una vez me proponía, ni variar un plan que trazado tuviera, y aquí tiene V. una prueba de ello: en vista de los nuevos agravios de V., podía yo dar otro giro a mi pensamiento para V. mucho más cruel; pero nada de eso; el que una vez adopté, ese hemos de llevar a cabo.

—Pero V. ha hablado de *nuevos* agravios mios a V… dijo Blanco:

—Sí.

—¿Luego los tiene antiguos?…

Diego se sonrió de una manera que dió miedo al traficante de negros.

Este insistió, no obstante:

—¿Pero qué clase de agravios son esos, y sobre todo, quién es V., que viene por lo visto, a hacerme pagar daños que supone haber recibido de mí y que yo ignoro?

—No sea V. impaciente, D. Pedro; todo llegará en su día.

—Pero…

—Basta de eso por ahora, concluyó Diego con voz imperiosa.

Blanco calló.

—Ya sabe V. mis intenciones, espuestas con la franqueza y lealtad que yo acostumbro. Veamos ahora las de V.

—¡Las mias!…

—Sí.

—Pero, ¿qué intenciones quiere V. que yo le manifieste?

—Las que es natural que tenga.

—Yo no tengo ninguna.

—Vamos, veo que no quiere V. corresponder a mi franqueza: para eso sería preciso que fuera V. leal como yo, pero ya comprendo que es imposible en un hombre como V.

—Pero, si yo no tengo ninguna intención…

—Usted ha de haber pensado a la fuerza en una de estas dos cosas: o en quedarse en Barcelona, sufriendo aquí la pena que yo me permito imponerle, o en huir para librarse de mí.

—¡Yo!

—Es muy natural. Yo creo que V. lo ha pensado así, y en esta inteligencia voy a trazarle yo mismo la línea de conducta.

Blanco se asombraba cada vez más oyendo al señor de Mendoza.

Este prosiguió su idea:

—Nada digo para el caso de que V. haya pensado en quedarse, lo cual es lo mejor que puede hacer y lo que yo buenamente le advierto. Nunca mejor que ahora vino aquello *del enemigo el consejo*. Pero, para el caso contrario, esto es, ea la suposición de que V. intentara huir, ¡ah! ¡piénselo V. antes!… Lo primero que yo haría, sería presentar aquí mis papeles a los tribunales, y con la sentencia en la mano, yo, que soy rico y con todos los alientos de la juventud, le perseguiría, no lo dude V. basta el mismo fin del mundo. Usted, por de pronto, tendría que renunciar a ese nombre respetable, para tomar otro desconocido que le escudara contra la persecución de la justicia. Los inmensos bienes que tiene V. en América y en Barcelona, no podria V. llevarlos consigo, ni venderlos antes de huir, sin que llegara a mí noticia, pues no es cosa que pueda arreglarse en un día; tendria V. pues, además de lo que he manifestado, la contra de verse privado de la mayor parte de su fortuna; y V., que hoy resiste, gracias a las grandes comodidades que tiene, los achaques que le acarreara aquella vida desastrosa que ha llevado, moriría al fin sin honra, abandonado como un perro, y quizás en medio de la escasez…

Diego leia en el rostro de Blanco la poderosa razón de sus palabras.

—Con que, no le conviene a V. huir. Quédese en Barcelona, goce hoy, y más aun mañana, de ese nombre que empieza ya a pronunciarse con veneración, por los bienes que derrama, y que llegará hasta a adorarse en esta ciudad, y consuélese con la idea de que los sufrimientos que le restan en esta vida lo serán luego tomados en cuenta y abonados por el diablo en la otra.

—¡Ah! exclamó Blanco, V. dijo antes que era mi dueño…

—Sí.

—¡Es verdad! concluyó con desgarrador acento, y dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—Pero esto, observó Diego, no debe darle a V. el menor pesar, es cosa que queda aquí para entre los dos; fuera de este sitio, Augusto Mendoza es siempre el más atento, humilde y seguro servidor, que besa las manos de D. Pedro Blanco.

Blanco se mordió los labios de coraje a esta sangrienta ironía.

—Con que continuaremos como empezamos, añadió Diego, y verá V. repitiendo ahora otra expresión de otro día, qué bien lo vamos a pasar y cómo vamos a engañar con nuestras cosas a todo Barcelona. Queda V. ya libre por hoy, señor D. Pedro. Mañana habrá V. vendido a cualquier precio todos sus trenes, y mandado el producto al sitio que V. sabe. No quiero advertirlo a V., que si eso no se hace en el tiempo que he mandado, pasado mañana no dormirá V. ya en su casa, sino en la cárcel pública de Barcelona. Con que, señor D. Pedro, hasta mañana.

Blanco se levantó.

—Voy a acompañarle hasta la puerta.

Y Diego salió del gabinete al lado del capitán negrero.

—Hoy, dijo al salir y mirando al reloj, son las tres nada más, y puede V. despedirse dando un largo paseo en el carruaje.

Blanco no contestó tampoco a esto y fué andando hacia la puerta; pero antes de salir del salón, Diego le dijo:

—¡Ah! se me ocurre ahora una idea magnífica, un golpe de grande efecto; por supuesto, todo para honra y gloria de V. ¿Usted celebra sus días por el de san Pedro Apóstol?

Blanco miró asombrado a Diego, sin comprender a dónde pudiera éste ir a parar con tan extraña pregunta.

—Responda V.

—Si, señor.

—Está demasiado lejos todavía, porque es en el mes de junio, y estamos aun en febrero, observó Diego.

Y en seguida volvió a preguntar:

—¿Y cuándo cumple V. años?

—¿Pero a qué son esas preguntas?

—Responda V., que no le ha de pesar.

—El 15 de marzo.

—¡Ah! perfectamente. Nada más.

—Pero…

—Nada, nada; yo me entiendo. Es un plan que yo me reservo y una sorpresa que le preparo. Con que adiós, D. Pedro, y hasta mañana.

Y Diego despidió a Blanco a la puerta de la escalera, de la que no se retiró hasta que hubo perdido de vista al capitán negrero.

CAPÍTULO XI.
De como empezó Diego a servirse de Juan

COMO saldría Blanco de la casa de Diego, es fácil presumirlo y por demás explicarlo.

Cuando llegó a la suya y dió la órden de vender todos sus trenes, cuya órden tantas veces había dado y revocado sucesivamente, como recordará el lector, el mayordomo volvió lo mismo que en aquella otra ocasión a creer que Blanco tenía intervalos de locura, dándole la manía por vender sus trenes.

Pero esta vez el mayordomo anduvo verdaderamente listo, pues la

órden de Blanco era urgente y terminante.

Diego salió casi inmediatamente después del capitán negrero. Practicó algunas diligencias, una de estas cerca del director de un periódico de la capital, y no volvió a su casa hasta la hora en que había prevenido a Juan que le esperase por conducto de Daniel.

En efecto, cuando Diego entró en su casa, encontró ya a Juan aguardándole.

—Adiós, Juan, le dijo Diego al verle.

—Él guarde a V., señor.

—Entra.

Y ambos se metieron en el gabinete.

Juan tenía ya a Diego un secreto cariño, hijo de la gratitud y a un Tiempo de las altas cualidades que en el señor de Mendoza admiraba, y más de una vez tuvo la palabra en los labios para preguntarle, y no por mera atención o cumplido, sino por interés verdadero, el cómo le había ido en el viaje; pero era tal, al propio tiempo, el respeto que le inspiraba, que Juan no se atrevió, limitándose a responder más o menos lacónicamente, como tenía de costumbre, a lo que el señor de Mendoza le preguntaba.

Lo primero que éste le dijo después de haberle mandado sentar, fué:

—¿Quién ha robado el hijo del barón de Turella?

—Nosotros, respondió Juan.

—¿Roberto estaba también en el acto?

—Sí, señor.

—¿Cómo fué?

—Muy sencillo: nos apostamos Roberto, el Zurdo y yo en el callejon que hay cercano a la casa de Turella. Todos los días, a eso de las dos, pasa por allí una doncella o un criado que lleva el niño del colegio. Tres días consecutivos fuimos a apostarnos sin resultado, porque era un criado el que llevaba al señorito.

—Vosotros necesitabais que fuese la doncella…

—Eso es. Pues al cuarto día, que fué esta mañana, la doncella volvía con el niño del colegio, y al llegar a la mitad del callejon, el Zurdo, vestido en traje de labrador del Ampurdan, de donde es la muchacha, la llamó por su nombre desde una escalerilla. La chica acudió, llevando al niño de la mano, y el Zurdo empezó a hablarle de su familia y a hacerle preguntas. Luego sacó una caja de rapé, abrióla como para tomar un polvo, y levantándola a la altura del rostro de la muchacha, sopló fuerte de manera que él rapó le llenó los ojos. La muchacha, con la fuerza del dolor, llevó las manos a la cara, soltando al niño, y entonces Roberto se metió en la escalerilla, lo cogió,

tapándole la boca y ocultándolo debajo de la capa, y salió siguiéndole nosotros. Como el niño es tan pequeño, Roberto lo ha llevado sin que nadie lo notára.

—¿Pero la muchacha no gritó?… ¿ni nadie vió eso?… preguntó Diego.

—Como el Zurdo tuvo habilidad para atraerla bastante adentro del portal, y hasta que vió el momento propicio no la cegó.

—Entiendo.

—Así fué pues como pasó.

—¿Y a dónde habéis llevado al niño?

—A una casa que ocupa la querida de Roberto.

—¿Y cuál es el objeto de éste?

—Sacar del barón cincuenta mil duros.

—Que no pudo arrancarle a pesar de las amenazas y el asunto de aquella noche en el mismo callejon, interrumpió Diego.

—Pero que ahora cree poderle sacar por este medio.

—¿Y si no se los sacára, ni aun así? preguntó Diego. ¿Si el barón de Turella resistiese a pesar de todo?

—¡Ah! entonces, exclamó Juan, mucho temo por la vida del niño.

—Tú crees capaz a Roberto…

—Sí, y en este caso más aun, añadió Juan.

—¿Por qué?

—Porque media aquí otro sentimiento de venganza por parte de Roberto y un ódio particular de éste al niño.

—Esplícate.

—Cuando la baronesa de Turella no era baronesa, sino una simple joven del pueblo, Roberto tuvo relaciones con ella.

—Mientes, interrumpió Diego.

—¡Señor!…

—Sabes que las cosas me gustan en su verdadero punto y sin que falle en ellas un ápice. Roberto no tuvo jamás relaciones con Clara; pretendió tenerlas y se vió desairado siempre, casándose al fin la otra con Nicolás.

Juan miraba asombrado al señor de Mendoza.

Ya en otras ocasiones había conocido que éste se hallaba enterado como por el mismo diablo, hasta de las cosas más insignificantes, que, sin embargo, por un fin que Juan no adivinaba, tenía aquel el capricho de hacerle relatar; pero en esta ocasión, tratándose de una cosa que en la esencia no desmerecia de la verdad, se pasmó más todavía, pues acabó de comprender hasta qué punto conocía aquel hombre misterioso, recien llegado a Barcelona, los sucesos y la historia de personajes que si entonces eran visibles, apenas eran antes conocidos

de nadie.

—Es cierto lo que V. dice, señor, respondió Juan, añadiendo en seguida para disculparse; pero como para el caso era lo mismo, no reparé francamente…

—Adelante, interrumpió Diego, y deja eso ya; pero tenlo presento para siempre.

—Pues señor, exclamó Juan para sí, está visto, con este hombre hay que andar con piés de plomo y hablar uno siempre como si se hubiera de morir.

—Con que decías que Roberto…

—Es muy hombre, prosiguió Juan, para asesinar al niño, solo porque es hijo de Clara.

—¿Se ha mandado otra carta al barón exigiéndole el millón?

—Desde el robo del niño, no señor.

—¿Pero se le mandará?

—Roberto creo que tiene antes otra intención.

¿Cuál?

—La de obligar a la baronesa a una entrevista con él por este medio.

—¿Y cómo lo sabes tú?

—Porque yo he escrito la carta esta mañana.

—¿De tu propia letra?

—La he fingido.

—Bien hecho, Sin dada, prosiguió Juan, para que la baronesa no maliciara, conociendo algún rasgo de su letra, me la mandó escribir a mí.

—¿Dictada por él? por supuesto.

—Palabra por palabra.

—Y en suma, ¿qué dice la carta?

—Le dice que si quiere recobrará su hijo, que acuda a las diez de la mañana a la segunda plazoleta de la izquierda de los Campos Elíseos, sitio en el cual no debe temer nada; pero que no diga a nadie una palabra de ello, pues de lo contrario, como asimismo si deja de ir, no volverá a ver a su hijo.

—¡Infame! exclamó Diego.

—Esa es la carta.

—Pero la baronesa, que está enferma del disgusto que ha tenido, observó Diego, no podrá acudir a la cita…

—Ya sabe eso Roberto y aguardará hasta ver que pueda ir.

—¿Y mientras tanto al niño cómo se le tiene?

—¡Ah! en cuanto a eso está bien.

—Veo que no has perdido en nada la confianza de Roberto.

—Todo lo contrario, señor; pues casi estoy por decir que he ganado, porque se franquea ahora mucho conmigo.

—¿Y D. Jaime Hernandez, preguntó Diego, tiene parte en eso?

—No lo creo.

Diego se puso a reflexionar un momento.

Luego volvió a preguntar:

—¿Tú crees que sabrás el día en que Roberto mande la carta a la baronesa?

—Si conviene, sí, señor.

—Conviene.

—¡Lo sabré!

Diego pasó la mano por la frente como si intentára poner en órden el cúmulo de ideas que le abrumaban y volvió a decir a Juan:

—Si a Roberto se le presentara así la ocasión de un robo bueno y seguro… sin exposición…

—¡Qué! ¿si lo haría? interrumpió Joan, ya lo creo, y ahora más que nunca.

—¿Pues?

—Porque tiene el pensamiento, desde hace algún tiempo, de hacerse con una suma grande y marcharse de Barcelona al extranjero. Y para uno que estos domingos tiene pensado uno que podrá ser bueno.

—¿Cuál?

—El de un limpiabotas, al que le ha olido que debe tener mucho dinero, el cual vive en la calle de Tallers.

—¿Y sabe ya Roberto dónde ese hombre tiene el dinero?

—No, señor, pero lo buscará.

—Difícil será que se lo encuentre.

Juan volvió a asombrarse al ver que el señor de Mendoza sabía también del limpiabotas.

—¿No lo tiene en casa? preguntó Juan.

—Sí, y no poco, sino mucho realmente, contestó Diego.

Juan le miraba sin pronunciar otra palabra.

—Y ahora tienes tú ocasión, prosiguió el señor de Mendoza, de hacer méritos con Roberto, dándole una noticia importante acerca de eso.

¿Cuál?

—El dinero lo tiene el italiano enterrado en la cueva de la casa. Entrando en ella y escarbando la tierra del suelo, se encontrará la olla que lo contiene.

Juan miraba al rostro de Diego atónito y estupefacto, dudando de si era un hombre o el diablo mismo el que delante tenía.

—Puedes dar esa noticia con toda seguridad.

—Se la daré así mismo, y entonces el próximo domingo por la tarde de seguro se hace el negocio.

—Pero sin que tomes tú en él una parte material: ya sabes lo que te tengo dicho acerca de eso…

—Hasta ahora, señor, he cumplido exactamente.

Ya lo sé, dijo Diego sin saberlo, y conociendo tan solo que Juan no podía mentirle ya, estando como estaba en la completa creencia de que el señor de Mendoza había de conocerle al momento la más leve mea lira.

—Solo en eso del niño de Turella la tomé, y eso fué porque no había exposición ninguna, estando mi cometido limitado a acompañarles y pasearme por la calle.

—Pero es que es necesario mirar otra cosa todavía.

—Mande V.

—Es preciso que ese dinero, luego de robado, se tenga en sitio donde tú lo sepas.

—Eso será fácil, porque yo mismo diré que se deposite todo lo que se vaya adquiriendo, en casa de la querida misma de Roberto, para cuando tengamos que hacer la repartición general.

—Así está bien, dijo Diego. Tú procura además darle a entender a Roberto que tienes también deseos de abandonar Barcelona, y que luego partirás con él a donde vaya.

—Lo haré así, y no me costará gran trabajo convencerle, porque algo de eso hemos hablado ya alguna vez.

—Vamos a lo otro de que empezamos a hablar. Decías de que si a Roberto se lo presentaba ocasión de efectuar con toda seguridad un robo…

—Lo haría sin vacilar.

—Corriente, estás despachado por hoy.

Juan se levantó.

—¿Te hace falta dinero?

—No, señor.

—Hasta mañana, pues, a la misma hora.

—No faltaré.

—Poco tiempo te queda ya de representar el papel, Juan.

—Que va pesándome ya mucho, señor.

—Dentro de breve, pues, podrás poner, libre ya de todos esos líos, una fábrica de curtir pieles, si es que le tienes aun afición al oficio, en Barcelona o donde más te acomode. Adiós, y hasta mañana.

—Hasta mañana, señor.

Diego dió un pequeño silbido, y Daniel se presentó a la puerta del

gabinete, para acompañar a Juan hasta la de la calle.

CAPÍTULO XII.
El despertar de Blanco el día después de su visita a la casa Mendoza

No se siente por completo el dolor de ciertos golpes, basta que, vuelva en sí el alma de su sorpresa, contempla su amarga situación en toda su desnudez.

Así le sucedió a Blanco con el trastorno que en el produjo la reaparición de Mendoza.

Revolcándose gran parte de la noche en aquel mullido y rico lecho, que para él estaba entonces cubierto de erizadas espinas, cedió al fin

al cansancio de su espíritu fatigado y quedó como sumido en profundo letargo.

A media mañana despertó, y entonces fué cuando se presentó a su mente su terrible situación en toda su desnudez, como hemos manifestado.

Saltó del lecho, empezó a dar largos pasos, haciendo hundir bajo sus pesadas plantas la velluda alfombra que cubría el pavimento, sintiendo luego abrumada su cabeza otra vez por el sinnúmero de ideas que en ella en tropel acudian, llamadas todas por la principal que la ocupaba desde la mañana, anterior.

Ninguna de aquellas respondia, sin embargo, con el consuelo que ésta necesitaba.

Imposible le era huir de la tenaz persecución de aquel hombre.

Los medios de que Mendoza disponía para perderle, eran muchos, constituyendo juntos una prueba plena de sus crímenes, y aquel hombre, que era rico por sí, no cedía ni a ofertas ni a dádivas que rechazaba con desprecio.

Blanco cayó al fin sobre su sillón.

El mayordomo, aunque aquel no llamó, oyó los pasos de su amo y entró con los periódicos, que dejó sobre la mesa, como de costumbre.

Dejemos por un momento a Blanco, a cuyo lado volveremos dentro de breve, para encontrar a Diego, que sale de su casa a la misma hora en que aquel despertaba.

Este se dirigió a la de un escribano, cuyas señas acababa de traerle Daniel.

Subió, preguntó por el depositario de la fé pública, y después de breves palabras, salió acompañado del mismo con dirección a la casa de Blanco.

Éste, al cabo de un rato que estaba sentado en el sillón, tomó uno de los periódicos, costumbre invariable suya y que por nada del mundo dejaba ni un solo día.

—¡Cómo! ¡qué es esto! exclamó de pronto: ¡será posible!

Y como queriendo tragar con la vista el periódico que tenía con ambas manos casi pegado a la nariz, leyó dos veces una tras de otra el siguiente suelto de gacetilla:

> «Se nos ha dicho que el virtuoso y caritativo capitalista y propietario señor D. Pedro Blanco, de quien tantos actos de sublime filantropía hemos tenido el honor de hacer públicos, piensa añadir a esa série de nobles y generosas acciones un nuevo rasgo que no tiene ejemplo, tanto por lo grande que es en la esfera de la virtud, cuanto por la inmensa sama que

costará a su ilustre autor. El señor D. Pedro Blanco trata nada menos que de emancipar, dándoles la libertad, a todos los negros que *posee* en los establecimientos industriales y agrícolas que tiene en Cuba, el día de su cumpleaños, que es el 15 del próximo marzo. Las *cabezas* que el señor Blanco posee, llegan, según nos han asegurado, al número de seiscientas, por consiguiente *su valor en metálico* ascenderá a la alta suma, poco más o menos, de SEISCIENTOS MIL DUCADOS, o SEAN DOCE MILLONES DE REALES. Un acto de esta especie no puede encarecerse, y cuantos elogios de él se hicieran, no harían más que desvirtuar la grandeza que en sí tiene».

Sin que el traficante de negros tuviese tiempo de volver en si del susto, la puerta del gabinete se abrió y entró el mayordomo diciendo:

—Señor, ha venido el caballero Mendoza.

—¡Ah! ¡que pase! ¡que pase! mandó Blanco en seguida.

Y se levantó para recibir a Mendoza y desahogar al instante su corazón, siquiera fuese con palabras, del enorme peso que le oprimia.

Pero Blanco se engañó en su esperanza.

Al ver a Mendoza, quedó estático en medio del gabinete, y la palabra se le cortó en la garganta.

Ora que Diego venía acompañado de otra persona, y delante de ésta Blanco naturalmente no podía hablar del asunto en el sentido que lo deseaba.

—Señor D. Pedro, dijo Diego saludándole y adelantándose al mismo tiempo a darle la mano. ¿Cómo está V.?

—Bien, dijo Blanco, quemándole la palabra los labios.

—Servidor de V., D. Pedro, dijo el escribano tocando casi con la cabeza a las rodillas.

—El señor es el escribano, dijo Diego al momento, sin dar tiempo a que Blanco manifestase la menor extrañeza, que ayer me encargó V. hiciera venir para extender el poder…

Y Diego, al tiempo que decía estas palabras, lanzó a Blanco una de aquellas miradas que anonadan y que no admiten un momento de tregua en lo que exigen.

—¡Ah! sí… sí… dijo Blanco haciendo esfuerzos para dominar el temblor de la lengua.

—El señor ya sabe el asunto, y tiene también el nombre de apoderado general de V. en América.

Otra naturaleza menos robusta que la de Blanco, no hubiera resistido esta escena, desfalleciendo al dolor que su alma sentía en aquel entonces.

Diego se dirigió en seguida al escribano, y le dijo:

—Puesto que trae V. ya papel del sello, puede extender la escritura de poder, que no debe costar gran rato.

—En un cuarto de hora está lista, respondió el escribano.

—Puede V. sentarse pues, le dijo Diego señalándole la mesa.

—Con permiso, añadió el escribano dirigiéndose a la mesa y haciendo dos profundas y ridículas cortesías al pasar por delante de Blanco.

—¡Pero, qué es esto! exclamó el capitán negrero con voz sofocada y al oído de Diego, mientras el escribano iba a la mesa.

—¡Silencio y obediencia! respondió Diego en tono tan enérgico, aunque tan bajo, que solo pudo ser oído de Blanco.

Éste, que había pasado de un susto grande a otro mayor, empezaba a sentir los efectos que producen los grandes pesares cuando no ofrecen tregua entre sí, y su ánimo se iba abatiendo por momentos.

—¡Qué no me ponga V. esa cara! observó Diego siempre al oído de Blanco, mientras el escribano extendia el poder.

—¡Ah! suspiró el capitán negrero, arrancando el suspiro del fondo de las entrañas.

—Porque en el momento en que yo conozca que el escribano nota el disgusto de V., digo que yo le mando hacer a V. eso a la fuerza, ¡y las razones que tengo para ello!…

—¡Ah! ¡no, no! exclamó Blanco, espantado por esta idea.

—Ea pues, cara de Pascua, que eso al fin es nada…

—¡Que es nada! dijo Blanco con voz dolorida.

—¡Más podría ser aun!… con que resignación y disimulo, concluyó Diego.

Listo por demás anduvo el escribano.

Antes del tiempo que él mismo había dicho, concluyó sil cometido.

—Ya está esto concluido, dijo echando polvos al papel.

—¡Perfectamente! exclamó Diego levantándose del sofá en donde estaba sentado al lado de Blanco, y obligando a éste a ponerse de pié.

Blanco y Diego se acercaron a la mesa.

—¿Leo? preguntó el escribano.

—Bien, respondió Diego.

Aquel empezó:

—*«En la ciudad de Barcelona, a quince de febrero…*

—No hace falta leerlo todo, el resumen nada más, interrumpió Diego.

—El resumen ya lo saben Vds., observó el escribano: que don Pedro Blanco otorga poder especial a D. Francisco de Paula Ayala, de la ciudad de la Habana, para que en el día 15 del mes de marzo del

corriente año, cumpleaños de dicho D. Pedro Blanco, de aquel la libertad a todos los esclavos de ambos sexos que a éste pertenecen y tiene en sus diferentes establecimientos de la isla.

—Eso es, dijo Diego, tocando al propio tiempo con el pié el de Blanco.

Este bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Testigos, añadió luego el escribano, dirigiéndose al señor de Mendoza, he puesto a V…

—Perfectamente.

—Y a uno de mis escribientes.

—Y ahora falta… observó Diego.

—La firma del señor D. Pedro, nada más, concluyó el escribano.

Diego cogió una pluma y la presentó a Blanco.

Esto la tomó con mano trémula, y se inclinó sobre la mesa para firmar.

—¡Con tiento y bien! le dijo Diego al oído, inclinándose con él como para servirle.

Y luego añadió en voz alta:

—Ya parece que nos tiembla el pulso, señor D. Pedro.

—Sí un poco… balbuceó éste.

—¡Ah! no tanto, dijo el escribano intentando adular a Blanco; y eso a veces es según los días.

—No diré que no… observó Diego con una intención que solo de Blanco fué conocida.

—A mí, sin saber por qué, me sucede a veces que no puedo ni coger la pluma, insistió el escribano continuando en su adulación.

—¡Bravo! ¡ya está! exclamó Diego así que Blanco hubo firmado, y cogiendo el papel: corriente.

—Ahora es necesario, advirtió el escribano, que vaya esto legalizado competentemente.

—Sí, de eso ya cuidaré yo mismo, dijo Diego.

—Entonces dentro de una hora u hora y media yo mandaré aquí o donde Vds. me digan este original, del cual tengo que sacar la copia para el protocolo.

—Yo salgo con V., y lo llevaré, respondió Diego.

—Como V. quiera.

—Si, porque el señor D. Pedro tiene alguna prisa…

¡Ah! entonces lo que es por mí al momento, concluyó el escribano.

—Hasta luego, pues, señor D. Pedro, dijo Diego alargando la mano a Blanco.

Este la tomó maquinalmente, y aquel le dió un apreton tan significativo, acompañándolo con una tan espresiva mirada, que la

fisonomía de Blanco se animó de repente saliendo de su estupor.

El capitán negrero devolvió el saludo a Diego de una manera tan natural, que el escribano, dado caso que hubiese podido antes sospechar algo, hubiera visto después desvanecidas todas sus sospechas.

El escribano repitió al salir las mismas ridículas y profundas cortesías, y Blanco quedó otra vez solo con su pesar y su triste pensamiento.

—¡Pero qué es lo que se me prepara, Dios mío! exclamó al cabo de largo rato.

El lector que conoce a Blanco, al blasfemo capitán negrero, al infame traidor de la casa Messina, extrañará la exclamación *¡Dios mío!* en aquellos labios hechos tan solo para jurar y blasfemar de cuanto hay sagrado en la tierra y en el cielo.

Es que los hombres más perversos, aquellos que más han desconocido la ley superior que rige a todos, en los momentos de suprema angustia, cuando se ven abandonados a sus propios sufrimientos y sin una tabla de salvación en medio del terrible naufragio que les amenaza, pierden de un modo maravillosamente repentino toda aquella falsa energía y fuerza de voluntad nacida antes más que de su propio corazón de las favorables circunstancias que les apoyaban, y caen en el más vergonzoso abatimiento, suplicando o implorando el poder mismo de que tantas veces se habían burlado, y humillándose ante aquello que fué antes objeto de sus más atroces blasfemias y horribles sarcasmos.

Blanco, pues, que no era un hombre joven, que empezaba a experimentar en medio de su vida regalona los achaques que tarde o temprano resultan de una juventud tan borrascosa como fué la suya, sentía ya ese abatimiento del alma que trae consigo la postración de las fuerzas físicas, nublando el entendimiento y encadenando la voluntad, esclava de la idea que la martiriza.

Después de aquella exclamación, se dejó caer sobre el sofá, presa del profundo pesar que le agobiaba.

El mayordomo entró al cabo de un rato.

—Señor…

Blanco no respondió: no le había oído.

—Señor.

—¡Qué! ¡quién va!

—Soy yo, señor…

—¿Qué quieres?

—Son cerca de las doce, y como el señor no ha avisado aun para el almuerzo…

—Es señal de que no quiero almorzar.

—Perdóneme V…

—¡Vete! quiero estar solo.

El pobre mayordomo se encogió de hombros y salió.

Blanco volvió a quedar, como antes, hundido en sus amargos pensamientos.

CAPÍTULO XIII.
Una prision preventiva

IN perder momento Diego hizo legalizar el poder, y apenas lo tuvo ya despachado con todos los requisitos necesarios, volvió a casa de Blanco.

todavía duraba en éste la especie de temblor que de él se había apoderado, después del gran trastorno que poco antes recibiera, siendo la cólera la causa principal que le tenía convulso.

Así, cuando volvió a ver a Mendoza, que venía solo, se levantó de la silla en que estaba, exclamando:

—¡Ah! pero, ¿qué es lo que V. pretende hacer conmigo?

—Calma, calma, D. Pedro, pues de lo contrario lo echamos todo a perder.

—¿Pero V. sabe lo que ha hecho?

—¡Sí lo sé! ¿estoy yo loco por ventura? Si, señor, lo sé: he mandado, o mejor dicho, he hecho que V. mandara dar la libertad a seiscientos seres humanos que eran esclavos de V., sin otra culpa que la de haber nacido de color y en un pais distinto, ni otra razón que la fuerza bruta ejercida con esos infelices bajo la capa de la civilización.

La ignorancia y la ninguna educación de Blanco, le privaron de entender el significado de las palabras de Diego.

Otra razón esperaba él de los labios de Mendoza; por ejemplo, que este le dijera que lo había hecho con la mira de *glorificarle* y hacerle adorar por noble y generoso, como en otras ocasiones le había indicado.

Así, el capitán negrero repuso sin perder el temblor y atónito por lo que había oído:

—Es que esos negros me pertenecen.

—Pues por eso que le pertenecen a V. y es dueño de hacer de ellos lo que mejor le plazca, les dá V. la libertad.

—¡Ah! ¿pero por qué, con qué objeto hago yo eso? insistió Blanco en el colmo de la desesperación.

—¡Pues qué! ¿no lo ha entendido V. antes? Si V. posee esos negros, no tiene derecho de poseerlos. Enhorabuena que V. y otros hombres animados de otros sentimientos, sabiendo que esos infelices viven en la barbarie, fueran a arrancarlos de su pais y sacarles del estado del bruto para llevarlos luego al estado de persona racional; pero ir a robarlos en su suelo para trocar su libertad, siquiera sea salvaje, por la odiosa esclavitud a que luego se ven reducidos; convertir lo que debiera ser un sentimiento de amor y humanidad, en un deseo de sórdida codicia, y el acto de noble y desinteresada caridad, en vil comercio de sangre humana, esto es lo que no puede pasar ni sancionarse nunca por la ley de la moral, por más que lo toleren mezquinas o injustas leyes de conveniencia.

—¿Pero yo qué tengo que ver con todos esos argumentos? insistió Blanco.

—Tiene V. que ver, porque habiendo empezado de hombre malo y perverso del todo, como era V. ayer, a ser hoy hombre bueno y virtuoso, no lo ha de ser V. a medias, sino del todo también.

—¡Ah! exclamó Blanco, volviendo a desfallecer.

—Con que, ya lo sabe V. Por esto dá V. el día de su cumpleaños la libertad a todos sus esclavos, para eso es el poder a su procurador en

la Habana, y a este fin también la carta particular de V. al mismo señor, que vamos a escribir ahora, para mandársela juntamente con el poder.

—¿Una carta?

—Si, señor; porque como su apoderado se pasmará naturalmente, conociéndole a V., al ver esa orden, aunque el poder sale con todos los requisitos, es además necesaria una carta particular que le ordene lo que ha de hacer y le persuada a hacerlo. Con que, al momento, señor D. Pedro, escriba V. la carta, yo mismo se la dictaré a V.

—¡Ah! ¡yo voy a morir! exclamó Blanco; ¡V. me va a matar!

—¡Aprehensiones!… Vamos, D. Pedro, escriba, escriba V.

Blanco iba perdiendo por momentos la energía y la fuerza de resistencia. Su carácter altivo y rebelde, iba ya cediendo a la fuerza superior que le dominaba.

Diego lo cogió suavemente del brazo, y lo llevó a la mesa.

Blanco se dejó conducir casi como un autómata que obedece en todos los movimientos al secreto resorte y según la voluntad del que lo maneja.

Así se puso a escribir, y así concluyó la carta dictada por Diego.

—¡Perfectamente! exclamó éste cuando aquel hubo puesto la firma. Ahora saldrá V conmigo.

—¡Yo!

—Usted, sí.

—Pero, ¿a dónde?…

—Viene V. preso.

—¡Preso! ¡Ah! ¡perdón! exclamó Blanco suplicando como hubiera podido hacerlo una mujer.

—¡Já, já, já!

A esta carcajada de Diego Blanco acabó de anonadarse.

—¿Con que se ha figurado V. que yo iba a llevarle preso y a la cárcel tal vez? preguntó Diego riendo. ¡Já, já, já!

Realmente: tal era el estado de Blanco, que al oir la palabra *preso* la tomó al pié de la letra ni más ni menos.

—¿Soy yo algún alguacil o mozo de la Escuadra? preguntó Diego sin dejar de reirse.

Blanco no contestó.

—Le dije a V., continuó aquel, que se venía V. preso conmigo, y aunque así será, en efecto, por hoy, no voy a presentarle a la justicia, ni a darle la cárcel pública por prision, sino mi propia casa en donde por un día ¡qué diablo! no ha de pasarlo V. tan mal.

—Pero, ¿por qué me ha de llevar V. preso a su casa? preguntó Blanco con menos miedo.

—Muy sencillo, respondió Diego: hoy sale el correo de la Habana, y por consiguiente el poder y la carta a su apoderado; y como V. es tan ladino, pudiera todavía mandar por el mismo correo una contraorden, y esto es lo que yo trato de evitar; por cuya razón y para asegurarme, he pensado que lo mejor es que V. pase el día en mi casa. Mañana ya está V. libre y puede escribir si quiere. La carta saldrá el otro correo; esto es, cuando los esclavos sean ya personas y ciudadanos libres, como manda la ley de Dios y la Constitución.

—Pero por eso.

—Por eso me lo llevo a V.

—Yo le prometo…

—No fío de su promesa.

—Le juro a V…

—¡Já, já, já! Vamos, D. Pedro, vamos.

Y Diego hizo sonar él mismo el timbre de la mesa para llamar al mayordomo.

Cuando éste se presentó, que fué inmediatamente, aquel le dijo:

—El señor D. Pedro no come hoy en casa, y es probable que no venga a dormir.

—Pero… se atrevió a observar Blanco.

—Nada, nada, continuó Diego delante del mayordomo; pues no faltaba más, V. prometió que asistiría a la fiesta y tenemos su palabra.

Y en seguida, dirigiéndose al mayordomo, añadió:

—Está V. despachado, y no aguarde al señor en todo el día cuando menos.

—Muy bien, muy bien, dijo el mayordomo sonriéndose de esa manera que lo hacen los criados cuando quieren dar a entender que agradecen las atenciones que otro tiene con sus amos.

Y salió en seguida del gabinete.

—¡Ah! ya lo he dicho, volvió a exclamar Blanco; ¡yo voy a morir!

—Todos moriremos, D. Pedro, observó Mendoza con una calma que acababa de desesperar al traficante de esclavos; lo que importa es morir bien cuando llegue la hora; por esto yo, ya que V. por lo visto no pensaba en ello, trabajo para prepararle el camino.

—¡Demasiado! exclamó Blanco.

—Lo malo será, observó entonces Diego, si V. no se encuentra muy bueno, como parece, que ¡tendremos que ir a pié a mi casa, porque supongo que los coches!…

—¡Sí, señor, supone V. bien! exclamó Blanco levantando un poco la voz y dirigiéndose a la mesa.

Y abriendo uno de los cajones, sacó un papel diciendo:

—¡Tome V.!

Diego lo cogió y leyó a media voz:

«He recibido del señor D. Pedro Blanco la suma de ocho mil duros, limosna de dicho señor que hace a los pobres de la Casa de Caridad…

—¡Ya V. ve! interrumpió Blanco, ¡ocho mil duros!…

—Para quien ha dado ciento ochenta mil a los quintos, exclamó Diego como si quisiera consolarle, y se desprende ahora de doce millones que valdrán sus esclavos, ¿qué significa la miseria de ocho mil duros a la Casa de Caridad?…

A Blanco le faltó poco para caerse al suelo.

Diego prosiguió.

—Pero no trato yo con esto de amenguar el mérito de la buena acción, ¿Y eso fué ayer mismo? ¿cómo se arregló V.?

—Se vendió todo junto a una sola casa.

—¡Y los periódicos sin decir nada todavía! ¡Sin coger las cien trompetas de la fama, para publicar ese rasgo! ¡estúpidos! Está visto: si la misma parte interesada no se cuida de dar la noticia… Pero descanse V., D. Pedro; yo que, como siempre, me desvelo por su gloria…

—¡O por mi martirio!…

—Es lo mismo: de este nace aquella. Yo pues le prometo que mañana sonarán esas trompas de la fama, atronando con su nombre los oídos a todo Barcelona.

Diego se llevó a su casa al capitán negrero, dándole uno de los aposentos por prision de aquel día.

Sin pérdida de tiempo despachó lo primero el correo para la Habana, y en seguida fué a ver a la familia Messina, y luego a casa de Turella.

Margarita recibió a Diego con la sonrisa en los labios y rebosando en su rostro la profunda gratitud que su corazón sentía.

Ramón, que se hallaba al lado de su madre transformado completamente en el espacio de veinticuatro horas, no conservaba en él la menor señal de su anterior estado, como no fuese la palidez del rostro, que guardaba todavía la huella de los padecimientos que había sufrido la pobre criatura.

Amalia ocupaba ya el cuarto de antes en la cárcel, lejos de aquel lodazal inmundo que manchaba, como las gotas de la tempestad las hojas del blanco lirio, la virginal pureza de su inocente corazón de niña.

Diego pidió nuevamente informes a Margarita acerca del tiempo que faltaba para presentar las pruebas, y calculando de nuevo entre el que Margarita le manifestó y el que él necesitaba, dió a ésta todas las seguridades para tranquilizarla respecto de la sentencia, y salió

dejando como siempre, sino la alegría, el consuelo en aquella familia, tan rudamente, hasta entonces, por la desgracia combatida.

De la casa de Messina, Diego pasó a la de Turella.

El trastorno del rapto del niño duraba todavía, acrecentado por la completa falta de noticias acerca del paradero del hijo del barón.

Todas las diligencias y averiguaciones hasta entonces practicadas y todos los recursos de la policía para descubrir indicios que arrojaran alguna luz sobre el asunto, habían sido inútiles totalmente.

El barón estaba profundamente afectado y Clara enferma del disgusto.

Diego preguntó por ésta a su marido; éste lo manifestó el estado fatal en que se hallaba la baronesa; pero no le invitó a pasar al cuarto para saludarla.

Diego se guardó muy bien de dar a conocer esto, que era sin embargo un deseo ardiente de su alma.

La ansiedad de Diego por el estado de Clara era inmensa. A la idea de que a tal punto sufriese, no podía resistir la ternura de su noble corazón enamorado.

Procurando no traspasar los límites del interés que está permitido en buena sociedad, volvió a preguntar al barón hasta cerciorarse de pequeñas circunstancias de la enfermedad de Clara, y al ver lo que ésta sufría (que no hay dolor comparable con el que en un caso semejante experimenta una madre) tentado estuvo más de una voz de exclamar:

—¡Yo sé, barón, en dónde está y cómo puede salvarse vuestro hijo!

Pero otras gravísimas consideraciones le detuvieron.

Acaso este paso le desbaratase planes de no menor importancia que esperaba llevar felizmente a cabo, y así guardóse su secreto, hasta que un caso extremo le obligase a revelarlo.

Después del tiempo regular que establece la ley de la sociedad para tales visitas, Diego se levantó despidiéndose de Nicolás.

—Adiós, señor barón, celebraré encontrar mejores noticias cuando vuelva a esta casa.

—¡Dios lo quiera!…

—Póngame V. a los piés de la baronesa, cuya mejoría deseo como el primero de sus amigos.

—Gracias, señor de Mendoza.

—Adiós.

—Adiós.

Y Diego salió triste y con el corazón oprimido de la casa de Turella.

CAPÍTULO XIV.
En que Don Jaime Hernandez abona, la conducta de Juan

DOS días se habían pasado desde el en que Diego reapareció a la presencia de Blanco y Hernandez.

Éste último, que en los primeros momentos tuvo el natural escozor temiendo ser reconocido por el señor de Mendoza, y la consiguiente venganza de éste a su infame complicidad con el capitán negrero, descansaba casi tranquilo su espíritu.

Hernandez salió de la casa de Turella el día en que por primera vez

volvió a ver al señor de Mendoza, convencido de que éste no había sospechado lo más mínimo; y visto después el ensañamiento de Diego con Blanco con eso de la venta de los coches y la libertad de los negros, cosa que Hernandez ya sabía era prescrita por Mendoza, se afirmó más y más en que éste no conocía de aquel acto a nadie más que a Blanco, puesto que contra él solamente se había dirigido.

Pensando en todo esto se hallaba Hernandez en un cuarto de su casa, cuando fué a verle Roberto.

—Señor D. Jaime…

—Adiós, Roberto. ¿Qué traes?… le preguntó con cierto sobresalto el antiguo jefe de policía.

Las conciencias culpables experimentan continuamente por los accidentes más insignificantes, esos sobresaltos, cuya causa no está en otra parte que en sí mismas, nacida de la culpa que esconden a todos, pero que no logran nunca esconderse a sí propias.

—Nada, es que venía a pedir a V. un favor, respondió Roberto.

—Esplícate, y toma asiento.

—No es para mí…

—No importa, dí.

—Es para ese muchacho, Juan.

—¿El que se encargó entonces de…?

—El mismo.

—En verdad que bien poco lo merece…, dijo Hernandez.

—Qué quiere V., no fué culpa suya… de eso yo respondo.

—¿Y qué quieres para él?

—Le diré a V., prosiguió Roberto, ha encontrado una casa bastante buena para ponerse a servir.

¡A servir!

—Sí, señor.

—¿Tan necesitado está ese muchacho? pues él ha debido ganar dinero, observó Hernandez.

—Sí, ha ganado realmente: era otro de los chicos que yo tenía en la fábrica.

—Por eso mismo.

—Pero, ya sabe V.; amigo de bromas y francachelas…

—Sí.

—En fin; hoy lo que es dinero no tiene, y habiendo encontrado una buena casa donde servir, quiere ponerse a criado.

—Ya, dijo Hernandez con cierta socarronería. ¿Y qué esto que yo tengo que hacer?

—El amo, como que no le conoce, le ha pedido una persona que informe bien; el chico le ha dado mi nombre, pero parece que no lo ha

satisfecho: quiero otro sugeto de mayor suposición.

—Y ese sugeto…

—El chico, sin comprometerse a ello por supuesto, porque antes es necesario la venía de V.; pero, por si acaso, le ha dado su nombre.

—¿El mio?

—Sí, señor.

—¿Y qué ha dicho el caballero ese?

—Que si V. daba buenos informes, lo tomaría a su servicio.

—¿Y qué clase de persona es? preguntó el antiguo comisario.

—Yo no le conozco…

—Sí, pero Juan te habrá dicho…

—Parece que es un señor mejicano.

—¿Solo?

—Creo que sí.

—¿Y cómo se llama?

—Don Daniel Artoza.

—No conozco ese nombre.

—Parece que es recien venido a Barcelona.

—Y estará acomodadillo, ¿eh? preguntó entonces el antiguo polizonte, acompañando sus palabras con una sonrisa llena de malicia y fijando en el rostro de Roberto una mirada llena de intención.

—En cuanto a eso… no sé fijamente hasta qué punto pueda estar acomodado, respondió Roberto.

—Ya. ¿Y ahora quieres tú saber si consiento yo en dar los buenos informes que Juan necesita, para entrar en la casa?

—Sí, señor.

—Pues lo que yo le respondo es, que no los quiero dar.

Roberto se quedó mirando al comisario.

Éste prosiguió.

—Sabes que yo veo venir de lejos a la gente, y que conmigo no valen tapujos ni historias…

—¿Pero que clase de tapujos he de tener yo con V. en este asunto?…

El comisario fijó en el rostro de Roberto sus pequeños ojos azules, y prosiguió:

—No era ese el modo como debías haberte presentado a mí. Sabes que yo soy un galgo que huele a media jornada, y que al mismo tiempo soy hombre para hacerte un favor; por consiguiente debías haberme dicho: D. Jaime, yo tengo entre cejas un negocio juntamente con Juan, y ambos necesitamos que V. nos apoye; hay ahí un mejicano que es solo y rico (yo lo supongo desde luego, cuando tú le has echado el ojo), y entrando Juan a su servicio, tenemos la casa a nuestra

disposición para cuando nos acomode. Hé aquí lo que tú debieras haberme manifestado lisa y llanamente.

—Pues bien, eso es, y confieso que he faltado con V., dijo entonces Roberto.

—¡Si había olido yo algo!… exclamó el comisario satisfecho de su perspicacia.

—Y ahora…

—Ahora debiera yo mantenerme en mi negativa; porque no quiero que perdáis esa buena ocasión, si realmente lo es, como presumo.

—Gracias, D. Jaime, y yo le prometo que sabremos quedar luego con V. como merece.

—En fin, bueno, bueno; que le diga Juan a ese señor, que me ha servido antes, y que puede venir a pedir los informes cuando guste.

—Muy bien, dijo Roberto, ¿estará V. en casa esta mañana?

—Mucha prisa llevais…

—Le diré a V., como ese caballero está ahora sin criado, y Juan irá a su casa ahora mismo, no fuera extraño que él pasase también luego a ver a V…

—Le esperaré, pues, toda la mañana, concluyó el comisario.

Roberto salió, y D. Jaime quedó esperando en su casa según había ofrecido.

No había pasado una hora, cuando la muchacha le anunció la visita de un caballero.

Que pase, dijo D. Jaime.

Pocos momentos después entro en el gabinete un hombre de sesenta años, barba gris, y cabeza de pelo casi blanco, aunque muy poblada. Llevaba un leviton largo de paño azul turquí bastante usado, zapatos de charol, y venía apoyado en una gruesa caña de Indias con un rico puño de oro.

—¿Usted es el señor D. Jaime Hernandez? preguntó con voz gangosa el recien venido.

—Servidor de V.

—Muy señor mio. Yo me llamo Daniel Artoza.

—No tengo el gusto de conocer a V…

—Hace poco tiempo que llegué de Ultramar, para establecerme en Barcelona.

—Sírvase V. tomar asiento, le dijo Hernandez, señalándole un sillón y sentándose él en otro inmediato.

—Yo conocía a V. de nombre, por haber oído el de V. en la plaza y entre el comercio.

—Sí… soy aquí algo conocido, dijo Hernandez.

—Y venía a V. a pedir un favor.

—Diga V. en qué puedo servirle, contestó con suma afabilidad D. Jaime, fijando su avarienta mirada en un limpísimo brillante, tamaño como una avellana, que sujetaba la corbata del mejicano.

—Yo, como dije a V., he venido a establecerme en Barcelona, pais saludable y tranquilo sobre todo, cansado ya como estoy de las continuas revueltas que afligen a Méjico.

—Ha pensado V. muy bien.

—Soy solo, y traigo conmigo algunos intereses.

—¿Pensará V., si esto no es impertinencia, ocuparse tal vez en el comercio?…

—¡Ah! no, señor. He trabajado ya demasiado en esta vida para que apetezca nuevos cuidados. Pienso emplear mis capitales en papel del Estado.

—No piensa V. mal.

—Así la renta es limpia y segura. Los fondos españoles están hoy en un magnífico estado.

—Ciertamente.

—Y así pienso emplear, es decir pienso, empezó ya a emplearlo.

¡Ah! ¿con que, ya empezó V…?

—Sí, señor. Ayer compré medio millón.

El corazón de Hernandez saltó dentro del pecho.

—Y espero, continuó el mejicano, que afloje un poco el cambio para comprar hasta seis o siete.

Hernandez oía estupefacto a aquel millonario, que bajo tan modesto porte se le presentaba.

—Entonces, le dijo con toda intención el comisario, yo lo señalaré a V. sitio seguro, en donde podrá ganarle el papel un interés, además del que devenga por su naturaleza.

—¡Ah! no, mil gracias. Yo tengo la costumbre de guardar el dinero en casa.

—¡Magnífico! dijo Hernandez para sí, no te comerás tú toda la breva, Roberto.

El mejicano continuó:

—Tengo una magnífica caja de hierro, que desafío a cualquiera que se empeñe en abrirla sin la llave que yo tengo siempre conmigo.

—¡Ah! hace V. muy bien. Pero yo le he distraido a V. de su objeto principal…

—Voy a ello. De Méjico me traje un criado que hacía doce años me servía. Cuando salimos de allí, le pareció que estaría bien en Europa, pero a los pocos días de haber llegado a Barcelona empozó a ponerse triste y melancólico. Era que extrañaba aquí el suelo de América; yo no le había de retener contra su voluntad, y un día le propuse yo

mismo la vuelta. Era lo que él precisamente deseaba, y a la primera proporción le embarqué. Como no tenía a nadie más que a él en mi compañía, he quedado enteramente solo desde entonces.

—¡Oh! así no puede V. estar, observó Hernandez con visible solicitud por el mejicano.

Por eso mismo, y he pensado tomar otro muchacho.

—Lo que V. ha de tener es sumo cuidado en la elección.

—Puse para eso un anuncio en el diario el otro día, y se me presentaron aquella misma mañana diez o doce, de los que ninguno me acomodó. Luego a la tarde vino otro, y ese sí me pareció buen muchacho, así a la vista.

—¡Buena vista tienes! exclamó Hernandez para sí.

—Yo le pedí si podía presentarme persona que de él informara.

—Muy bien hecho.

—Y me dió primero el nombre de un tal D. Roberto… Yo le observé que necesitaba los informes de parte de una persona de su posición en Barcelona, y entonces me habló de V., cuyo nombre es ya para mí sobrada garantía.

—¡Oh! mil gracias, interrumpió Hernandez bajando hipócritamente la cabeza, no merezco yo tanta honra.

—Yo, como ya le conocía por haberle oído de boca de otras personas dignas, le acepté, y a eso he venido a molestar su paciencia.

—¡Oh! V. no me molestará nunca ni en eso, que no vale la pena, ni en otras cosas de mayor importancia, para las que me tiene desde ahora a su disposición, dijo el antiguo jefe de policía.

—Mil gracias; y aunque no valga tanto como la de V., cuente con igual oferta de mi parte, dijo a su vez el mejicano.

El antiguo comisario volvió a inclinar la cabeza y prosiguió:

—Pues ya ha estado aquí efectivamente ese muchacho. ¿Se llama Juan Delmas?

—Aquí lo traigo apuntado; pero sí, así se llama.

—Pues nada, lo que yo puedo decir a V., es que es un chico, en primer lugar, muy listo, luego muy honrado…

—Eso es lo principal.

—Y que no puedo decir de él sino cosas que le favorezcan en diez años o más que le conozco, después de haberle tenido dos largas temporadas a mi servicio.

—Es ya todo cuanto necesito.

Hernandez añadió, no contento aun con lo que había dicho:

—Y en una de esas épocas en que yo tuve que ausentarme con toda mi familia de Barcelona, quedó él dueño absoluto de la casa, con las llaves de todo, y al volver, no echamos de menos ni siquiera un alfiler.

—Doy a V. infinitas gracias por su bondad, y desde luego me quedo con el muchacho, dijo el mejicano levantándose.

—No hay de que dar gracias, he dicho a V. lo que podía decirle, y nada más.

—En la calle de la Puertaferrisa tiene V. su casa.

—Iré a visitar a V., y es inútil decirlo que acaba de tomar posesion de la suya, D. Daniel, concluyó Hernandez, entre sonrisas e inclinaciones de cabeza.

El mejicano salió, y Hernandez le acompañó hasta la puerta de la escalera.

Cuando le hubo perdido de vista, volvió o su gabinete frotándose las manos y exclamando:

—¡Seis millones en papel! ¡Y dice que los tendrá todos en su casa! ¡Ah, Roberto, no te comerás tú solo la breva!

CAPÍTULO XV.
El robo de la calle de Tallera

A tarde del domingo inmediata al día, o mejor dicho, a la noche en que vimos la última entrevista entre Diego y Juan, era una de esas tardes de febrero que, bajo la influencia de la luna de marzo, empiezan serenas y despejadas, concluyendo luego borrascosas como las peores de diciembre o enero.

El italiano limpiabotas de la calle de Tallers había salido, como tenía de costumbre todos los días festivos, a pasar la tarde fuera de la ciudad, sin olvidarse, como siempre, de cerrar bien todas las ventanas

y sobre todo la puerta de la entrada, después de haber bajado a visitar en la cueva el ídolo de su alma, su propia vida, que guardaba en forma de doblones metidos en la olla que sabemos.

Mientras el italiano pasaba por la Rambla con dirección al paseo de Gracia, tropezaron casi con él tres hombres que llevaban la dirección contraria, embozados en capas madrileñas.

—¡Ahí viene el pájaro!… dijo entre el embozo de la capa, que le subía hasta las narices, uno de los tres hombres a los otros dos compañeros.

—¡Ya le veo, calla!… respondió uno.

Y sin decir más, palabra siguieron los tres su camino, dirigiéndose a la calle de San Pablo.

Dejemos al italiano, que poco nos importa ver cómo pasa la tarde, y sigamos a los tres de la capa.

Detuviéronse a la puerta, y entraron luego en el *café chantan*. Donde otra vez y con los mismos personajes nos hemos ya encontrado…

Roberto, Juan y el Zurdo, que eran los tres, se sentaron alrededor de una mesa aislada de las demás. Pidieron café y su correspondiente copa, que les fué servida como por ensalmo, y sacando uno de ellos, Roberto, tres sendos puros, dió dos a sus compañeros encendiendo seguidamente el suyo, ejemplo que imitaron es feos en seguida.

Roberto, después de echar alrededor de sí una de aquellas miradas perspicaces y escudriñadoras, para cerciorarse de que nadie había bastante cercano que oirles pudiera, rompió el silencio diciendo a Juan:

—¿Sabes que no puedo quitarme de la cabeza una cosa?

—¿Cuál?

—Aunque ya le lo he dicho, he de repetírtelo ahora: consiste en el cómo has podido tú averiguar, y con esa seguridad, donde tiene el italiano el dinero.

—Eso ya dije que era un secreto mio, respondió Juan, dudando un poco de lo mismo, que afirmaba; y cuando estemos en el caso la veremos, que no ha de tardar.

—En fin, veremos, veremos.

—Y me parece que el tiempo nos va a favorecer observó el Zurdo.

—Con efecto, el cielo se va nublando, añadió Roberto mirando por una ventana inmediata.

—¡Ojalá lloviese!

En este momento abrióse la puerta del café para dar paso a otros parroquianos, y Juan exclamó mirando a la calle:

—¡Pues lloviendo está! a lo menos yo veo pasar gente con

paraguas…

—Ojalá lloviese mucho, y se pusiese la tarde tan oscura como yo diría, observó Roberto.

—Pues, amigo, a pedir de boca.

El cielo se puso casi repentinamente encapotado, empezando a declararse una fuerte y copiosa lluvia.

—¡Ea! ¡aprovechar la ocasión! exclamó Roberto levantándose de la silla.

Sus dos compañeros le imitaron, y los tres salieron del café sin pagar el gasto que habían hecho.

—¿Quiero V. paraguas, D. Roberto? preguntó a éste el mozo del café, con afanosa solicitud.

—No, llevo capa y voy bien, respondió aquel sin pararse.

Al salir a la calle los tres hombres se embozaron, echando a andar arrimados a la acera para resguardarse un tanto de la lluvia que iba arreciando por momentos.

Tomando la calle de Robador y atravesando el patio del Hospital y luego la calle del Carmen, estuvieron en breve en la de Tallers.

Uno primero, y después de breve rato el otro, Roberto y el Zurdo se metieron en el portal de la casa del limpiabotas.

Juan quedó plantado en el umbral de otra puerta no lejana, para vigilar y como si esperára allí que pasase la lluvia.

Roberto sacó su ganzúa, abrió cómodamente la puerta de entrada de la habitación, que se hallaba al fondo del patio, y acompañado del Zurdo, penetró con toda cautela, volviendo a dejar cerrada la puerta.

Juan, entre tanto, dispuesto a dar al menor indicio un silbido particular y tan agudo que se oía al través de las paredes y hasta en los subterráneos, aguardaba en su sitio la salida de sus compañeros.

No tuvo Juan que aguardar gran rato, antes de media hora salieron Roberto primero y el Zurdo casi en seguida.

Roberto pasó por delante de Juan embozado, y sin detenerse ni decirle una palabra. Una y otra cosa estaban de más para Juan. Con una sola mirada comprendió que el negocio había salido o pedir de boca.

Otra persona que no hubiese estado en antecedentes, no hubiera notado, aunque a Roberto observara, que éste llevase cosa alguna bajo la capa, Juan, empero, conoció que Roberto iba cargado y no con flojo peso.

Al cabo de breve rato, nuestros tres hombres se encontraban a la entrada de una casa situada en otra calle muy distante de la de Tallers.

Era la casa de la querida de Roberto.

Sin dirigirse el uno al otro la menor palabra, subieron al cuarto segundo. Roberto dió un silbido, una mujer abrió la puerta y los tres entraron en la habitación.

—Amigo Juan, dijo Roberto así que estuvieron en la sala, desembozándose y dejando sobre una mesa una olla regular de hoja de lata; eres el perdiguero más fino que conozco.

A Juan le dieron escalofríos y se le erizaron casi los pelos al ver la olla y al oir a Roberto. Al lado de la olla los ojos de su imaginación exaltada veían la figura del señor de Mendoza, que tenía cierto vago parecido con la del diablo, y su memoria recordaba las mismas palabras de éste al indicarle cómo y en dónde tenía el dinero el italiano.

—En la misma cueva y del modo que dijiste se ha encontrado, añadió Roberto rebosando la satisfacción en su rostro.

—¿Y cuánto habrá? preguntó el Zurdo fijando su avarienta mirada en el tesoro del italiano.

—Presto lo veremos, respondió Roberto, Lo vamos a contar y a hacer el reparto en seguida.

—Yo diría otra cosa, observó Juan.

—¿Cuál? preguntó Roberto.

—Contemos el dinero, y luego que sepamos lo que haya, lo dejamos aquí y en poder de María. Creo que es mujer de confianza para todos.

—En cuanto a eso, ya lo creo, ella es como si fuera yo mismo, añadió Roberto.

El Zurdo no se atrevió a observar nada, aunque maldito lo que le gustó la proposición, pues se trataba de la señora querida de D. Roberto.

—Pero, ¿qué idea es la tuya? preguntó Roberto a Juan.

—La de que a mí no me gusta partir pequeñeces, y preferiría, cuando hayamos hecho los otros negocios que nos quedan, partirlo todo de una vez: así le dá a uno más gozo.

—En cuanto a mí, lo mismo me dá una cosa que otra, dijo Roberto, ¿qué dices tú, Zurdo?

—Yo, por mí… respondió éste socarronamente, como V. diga.

—Pues sea como dice Juan, y contemos, concluyó Roberto.

Y echando una manta sobre la mesa para evitar el ruido, sacaron todas las monedas que contenía la olla, poniéndose los tres a contarlas.

Mientras los ladrones contaban el dinero del italiano, éste volvía ya con su maritornes del paseo.

Algunos de los chicos estaban ya esperando de pié en el portal de

la casa o sentados dentro del patio cuando aquel llegó.

Lo primero que nuestro hombre hizo, así que se quitó la ropa de la fiesta y se puso la blusa azul, fué dirigirse a la cueva.

Al llegar a la trampa, paróse de repente, sus ojos se quedaron como clavados en el suelo, su rostro perdió el color, sus cabellos se erizaron y su corazón dió un salto dentro de su pecho.

La trampa estaba abierta.

El italiano bajó precipitadamente.

A los dos segundos se oyó desde arriba esta profunda y dolorosa exclamación:

—*¡Corpo di Baco!*

Y el hombre volvió a aparecer, desencajado completamente el rostro, llenas las manos y las mangas de tierra de la cueva, sin el sombrero hongo en la cabeza, y dando un ay tan agudo y prolongado, que más bien que voz humana parecia el ahullido de un lobo en la selva.

La maritornes y los limpiabotas acudieron al grito. El italiano estaba en el suelo revolcándose entre horribles convulsiones y pronunciando palabras incoherentes y medio articuladas muchas de ellas.

El diablo había caido en su infierno.

—¡Ay qué es esto, Dios mio! exclamó la maritormes, ¡que se muere!…

—¡Ojalá! dijeron en su interior los muchachos.

—¡Ay! ¡llamad, llamad a los vecinos! gritó la mujer inclinándose sobre el italiano, e intentando sujetar los fuertes y bruscos movimientos de la convulsion.

Pero cuando los vecinos llegaron y acudió el cirujano de enfrente y el barbero de la esquina, el italiano no necesitaba ya de ningun auxilio, pues había reventado, como vulgarmente se dice, del sofocon.

El italiano dijo no obstante una palabra clara, la última que pronunció al morir, y la misma que en aquel instante salía de los labios de Roberto: ¡Cuatro mil duros!

—Este es el dinero que hay aquí, dijo Roberto después de reunir los tres montones de oro de la mesa.

—Ahora, pues, lo dicho, y a ver que llegue pronto el día de la partición general, dijo Juan.

—Lo dejaremos en la misma olla.

—Eso es.

—¡María! gritó Roberto.

—¿Qué quieres? respondió la mujer presentándose.

—A tí te dejamos para que lo guardes, eso que pertenece a los tres,

dijo Roberto.

—Cuando lo pidáis, lo encontrareis como lo recibo, sin que falte un solo maravedí, contestó la *fiel* María.

—Anda, pues, y llévalo a un sitio que pueda estar escondido.

La mujer cogió la olla y salió de la sala.

—Ahora, dijo entonces Roberto, casi fuera del caso celebrarlo.

—Por mi, no puede ser, observó Juan.

—¿Por qué?

—Va sabe V. que al anochecer va mi amo a casa, y no quiero que me encuentre fuera.

—Es verdad, dijo Roberto: lo primero es la obligación, añadió sonriéndose maliciosamente. Vete pues.

—Vaya, Zurdo, hasta mañana o pasado.

—Adiós, Juan.

Roberto acompañó a éste hasta la puerta de la habitación, junto a la cual se detuvieron ambos, preguntando aquel:

—¿Y mañana por la noche crees tú que saldrá el señor Don Daniel?

—Todas las noches hace lo mismo. Entusiasta por la ópera, y ahora que tiene el Liceo tan buena compañía, no pierde una representación, contestó Juan.

—¡Bravo!

—Lo que importa es que para mañana tengamos lista la llave, y exactamente al modelo de cera que yo saqué.

—En cuanto a eso, pierde cuidado, concluyó Roberto.

—Vaya pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Juan salió dejando a Roberto en la casa de su querida.

CAPÍTULO XVI.
Un lance en los campos Eliseos

JUAN salió de la casa en donde dejaba a Roberto y se dirigió a la de Diego.

Éste le esperaba con suma impaciencia.

—Siéntate, y habla, dijo el último al primero luego de haber entrado en el gabinete.

—En primer lugar, empezó Juan, el negocio del italiano se llevó a efecto esta tarde.

—¿Sin tropiezo?

—Y con la mejor fortuna.

—¿La olla se encontró? preguntó Diego.

—Y en el mismo sitio que V. había dicho, respondió Juan, volviendo a sentir aquellos escalofríos.

Diego se sonrió.

—Sigue.

—Conformo a la órden de V., he procurado que el dinero quedase todo en la misma olla, y guardado hasta nuevas disposiciones.

—Adelante.

—Acerca de esto, nada más. En cuanto a lo otro, como la baronesa de Turella ya se ha levantado de la cama y puede salir de casa, hoy se le ha mandado la carta.

—¿Y la cita es?…

—Para mañana a las diez.

—¿En el sitio que dijiste?

—En el mismo.

—Bien.

—Y en cuanto a lo otro, parece que el golpe será mañana por la noche.

—Perfectamente, exclamó Diego, sacando un largo habano de una rica petaca de oro, y dando otro cigarro a Juan.

—Señor…

—Tómalo, y hasta mañana. ¿Creo que tienes todas las instrucciones?…

—A menos que mi señor quiera darme otras.

—No.

—Pues de las que me dió, no olvidaré la más pequeña, concluyó Juan.

—Hasta mañana, repitió Diego, haciéndole con la mano ademán de que podía ya marcharse.

Juan inclinó profundamente la cabeza y salió.

Mientras estos hablaban de la carta mandada por Roberto a la baronesa de Turella, Clara la leia y releia sola en un gabinete de su casa.

La angustiada madre no podía comprender el objeto del autor de la carta.

Pero antes de pasar adelante, conozcamos el escrito.

Decia así:

«Señora: el otro día robarón a V. un hijo: *quien puede devolverlo á* su madre escribe a V. Dos condiciones son precisas para ello: la primera, que no diga V. a nadie, incluso el barón,

que ha tenido esta carta; la segunda que vaya V. *sola* mañana martes a las diez en punto, a la segunda plazoleta que se encuentra a la entrada de los Campos Elíseos. Un hombre acudirá a la cita. Si falta V. a ésta o a una de las dos condiciones espresadas, su hijo de V. cesará de vivir».

Hé aquí la carta, a cuyo pié no había firma.

Sabida la disposición en que la pobre madre se encontraba, puede concebirse el efecto de este extraño escrito.

La carta había ido por el correo interior a manos de la baronesa, la letra le era completamente desconocida, y en todo su contenido no había nada que pudiese darla a conocer el objeto de la misma.

En ella se le prometia devolverla el hijo de sus entrañas, prohibiéndola, bajo pena de muerte al niño, que hablase ni fuese acompañada al lugar de la cita.

¿Qué objeto llevaría el autor de la carta?

¿Qué seguridad por otra parte tenía Clara de que esto no fuese una vil asechanza para apoderarse de su persona, del mismo modo que habían robado a su hijo?

Esta idea inspiraba a la mujer un recelo, que cedía presto al valor de la madre.

Clara pensaba, pues, muy poco en su propio peligro, fijos todos sus sentidos en el riesgo de su tierno hijo.

—¡Iré! exclamó al fin resueltamente.

El barón no supo una palabra.

Aquella noche la pasó Clara en medio de la más horrible impaciencia.

Completamente desvelada en el lecho, contaba las horas y los cuartos, y a la primera luz de la aurora estaba ya de pié, creyendo que así pasaba más rápido el tiempo.

Dieron por fin las nueve de la mañana, y Clara llamó a su doncella.

Púsose un vestido de merino negro, un pañolon de capucha, una mantilla de casco, y echándose el velo al rostro, dijo a la doncella:

—Voy a la iglesia.

—¿Pero sale V. sola, señora?…

—Sola.

La doncella no se atrevió a hacer otra pregunta, y Clara salió a la calle.

Dirigióse a la plazuela del Teatro y Subió a uno de los coches de alquiler que se sitúan en aquel punto, diciendo al cochero:

—A los Campos Elíseos.

—¿No hemos de pararnos antes en algún punto, señora? preguntó

el auriga, creyendo que alguna otra persona había de entrar luego en el carruaje.

—No, contestó Clara.

El cochero cerró la portezuela, subió al pescante, y descargando la fusta, que rechazaron los huesos del escuálido jamelgo, emprendió la marcha al punto de su destino.

El coche paró a la puerta de los Campos.

Clara bajó temblándole las piernas, lleno el corazón de zozobra, y sintiendo a la vez miedo y esperanza.

A semejantes horas es muy escaso el número de personas que a dicho sitio concurren.

Al tiempo de apearse la baronesa, un hombre embozado hasta los ojos en una capa, el cual parecia bajar de la villa de Gracia, que se halla al fin del paseo, apresuró el andar, dirigiéndose también a la puerta de los Campos.

Al pasar por delante del carruaje, dirigió al interior del mismo una mirada furtiva.

El cochero no hizo caso de este personaje, que le pareció de bajo porte para infundir sospechas, respecto de una dama tan principal como parecia la señora que había llevado.

Los cocheros son como los porteros de un Ministerio en eso del olfato, a media legua huelen la clase de la persona por el porte que ofrece.

Apenas acababa de entrar el hombre de la capa, salió de la casilla inmediata del guarda-paseos otro personaje que entró también en los jardines.

Este sí llamó la atención del auriga.

Era un caballero de elegante porte, que vestia un ancho y largo gaban de chinchilla, con sombrero de copa y mi tapabocas que le cubría la mitad del rostro.

—¡Ah! ¡vamos, ya decía yo! ¡ahí va el pájaro! exclamó el cochero mirándole.

Clara tomó la primera calle de la derecha de los jardines.

El hombre de la capa la seguía a cierta distancia, y en pos de éste, algo más separado y cauteloso, andaba el caballero.

Clara pasó sin detenerse la primera plazoleta y llegó a la segunda.

—¡Aquí debe ser! se dijo.

En aquel momento Clara temblaba como el lirio solitario en medio de la pradera.

—¡No veo a nadie! exclamó en seguida.

É iba a echar una mirada a su alrededor. Pero a la impaciencia que sentía el corazón de la madre, acompañaba en aquel momento el

miedo de la mujer sola en aquel sitio e ignorante de lo que sucederle podía, y no se atrevió a levantar los ojos.

El hombre de la capa iba aproximándose pausadamente y sin ruido, caminando sobre la arena de la senda de árboles.

Estos se hallan en la rigurosa estación, desnudos de sus hojas y permitian ver los movimientos de los dos primeros personajes al caballero que, arrimado a un lado del camino y a bastante distancia, se dirigía al propio sitio.

Clara se sentó en uno de los bancos rústicos que rodean la plazoleta.

Parecia un reo aguardando su sentencia, o un mártir esperando el momento de la tortura.

El hombre de la capa entró en la plazuela.

El caballero redobló el paso y se colocó a espaldas de Clara, ocultándose detrás del respaldo del banco formado por enanos cipreses sumamente unidos y artificiosamente cortados.

—¡Ah! exclamó Clara al ver de improviso en su presencia ni hombre de la capa.

Éste se aproximó más hasta ponerse a su lado.

Clara inclinó insensiblemente el cuerpo al lado opuesto.

—¡Ah! no tema V., señora baronesa, que no soy ningun lobo que me la vaya a comer.

La voz del hombre y su lenguaje tan poco delicado, hicieron en Clara un efecto de repugnancia y miedo a la vez.

—¡Creo que conozco esta voz! dijo en su interior la baronesa.

Para el hombre de la capa, Clara no contestó.

Aquel prosiguió:

—Ya que V ha tenido la bondad de venir a la cita, empezemos con nuestro asunto; pero para ello es preciso que nos conozcamos. ¿No me entiende V.?

—Creo que V. me conoce ya, y no comprendo por consiguiente sus palabras, respondió Clara temblando.

—Quiero decir que es necesario el que nos veamos las caras.

A medida que el hombre iba hablando más, mayor repulsion sentía Clara y mayores sospechaste infundia aquella voz.

—La gente, prosiguió el embozado, cuando trata de negocios tan importantes como el que aquí nos trae, es necesario que se vea el rostro. Con que así, tenga V. la bondad de levantar ese velo, ya que oculta una cara tan peregrina.

Esta última frase aumentó la mala impresion que las primeras causaron en Clara.

—No hay necesidad, respondió ésta.

—Entonces, no hay nada de lo dicho y me retiro.

Y el hombre hizo el ademán de marcharse.

—¡Ah! ¡no! exclamó la madre.

Y cogiendo con ambas manos el velo, lo levantó colocándolo sobre la cabeza.

—¡Siempre hermosa! exclamó el hombre.

Y en seguida añadió:

—Ahora me toca a mí.

Y se quitó el embozo, presentando la cara a la baronesa.

—¡Roberto! exclamó ésta estremeciéndose.

—¡Me conoce V. todavía! dijo éste con una sonrisa infernal.

El caballero que estaba oculto detrás del banco, no perdia una palabra de esta escena.

Clara, sin embargo de que había tenido vagas sospechas, quedó como aplastada a la presencia de Roberto.

—Yo soy pues, continuó éste. Yo mismo, de quien se espanta V. todavía como si fuese una fiera, y el que, a pesar de todos sus desdenes y desprecios, la tiene como hace once años grabada en el fondo del corazón. ¡Yo soy el que, a pesar de todos esos desdenes y desprecios, viene aquí a devolver a V. lo que ha perdido!

¡Ah! ¡Roberto! exclamó Clara entonces, creyendo en su angustia de madre la generosidad de las palabras de Roberto; perdóneme V., yo jamás creí hacerle daño alguno… ¡Ah! ¡V. me devuelve a mi hijo!… yo pido a V. de nuevo mil perdones, y sabré pagar esta acción aunque sea con mi propia sangre.

—No, no exijo yo tanto. Pero sí quiero de V. un favor.

—¡Oh! ¡diga V.!

—Usted misma vendrá conmigo y recobrará su hijo.

—¡Ah! ¡diga, diga usted!

—Pero, Clara, este mi eterno y continuo desvelo por V., sin el cual no hubiese yo averiguado en donde se halla la tierna criatura y obtenido el medio de entregarla a su madre; este afecto mio, este amor desairado siempre y que, sin embargo, guardo aquí en el alma hace trece años, más fuerte, más vivo cada día, ¿no merecen siquiera una leve recompensa?

Clara miró a Roberto sin responderle.

—¡Qué! ¿no responde V. a mis últimas súplicas? A pesar de lo que yo ofrezco en este instante, ¿será V. capaz de negarme el favor que solicito?

—Pero ese favor…

—¿Cuál es? ¡Necesito decirlo cuando he dicho que te amo!

—¡Ah! exclamó Clara horrorizada y cubriéndose el rostro con las

manos.

—¿Te niegas? insistió Roberto.

—¡Infame! exclamó para sí el caballero oculto detrás del banco.

—¡Nunca! ¡nunca! respondió Clara apartándose de Roberto que se había sentado ya a su lado.

—¡Nunca! exclamó éste inmediatamente. Eso quiere decir que le inspiro la misma repugnancia, porque no he sabido hacerme tan rico, ni barón como Nicolás…

—¡Ah! ¡calla! ¡y ya que quieras matarme, no me insultes!

—¡Ah! ¡qué es esto! exclamó Roberto entonces levantando y volviendo la cabeza a su espalda.

Era que una mano misteriosa, saliendo por encima de los cipreces, le había cogido el brazo, oprimiéndoselo como unas tenazas de hierro.

Clara volvió la vista al mismo punto y dió otro grito.

El caballero, arrastrando con una fuerza superior el cuerpo de Roberto, lo llevó al extremo del banco para poder presentarse a la escena sin soltarle: salió, y arrastrándole otra vez delante de Clara, le dijo con fuerte e imperiosa voz:

—¡De rodillas, infame!

—¡El señor de Mendoza!… exclamó Roberto.

—¡De rodillas! repitió Diego.

Roberto cayó de rodillas a los piés de Clara.

Ésta quedó sentada en el banco, estupefacta y mirando el cuadro que delante tenía como una vision o como un sueño.

—Pide perdón a esta señora.

A la memoria de Clara se presentó súbita y repentina otra escena parecida y las mismas palabras que en otra ocasión sonaron en sus oídos.

La escena fué la del corredor del Liceo entre el mismo Roberto y el máscara misterioso.

—¡Señor de Mendoza!… exclamó Roberto suplicando.

Era harto vil y bajo para rebelarse contra la humillación delante de la mujer que amaba o deseaba.

¡Pide perdón a esta señora, o mueres a sus piés!… insistió Diego sin soltarle, y apretando cada vez más y de una manera que Roberto no podía resistir ya el dolor de su brazo, quebrantado por la fuerza de aquella mano.

¡Perdón, señora! dijo al fin, baja y cobardemente Roberto.

—Ahora sal inmediatamente de este sitio.

Roberto se levantó, y sin decir más palabra, se alejó del sitio, baja la cabeza al suelo como si lo abrumára el peso de la humillación que acababa de sufrir.

Clara quedó mirando al señor de Mendoza.

Diego la contempló también un breve instante y comprendiendo su estupor, exclamó:

—¡Le sorprende a V. mi presencia en este sitio en semejante ocasión, señora!

Clara no respondía. Sus ojos, inmóviles y fijos en el rostro de Diego, que lucian primero con aquel brillo que tan hermosos los hacía, iban velándose con una sombra que apagaba su brillantez por momentos, pero sin cerrarse, ni desviar la mirada del punto en que la tenían.

Diego notó al momento el estado de Clara.

—¡Qué tiene V., señora! se siente V…

Diego no tuvo tiempo de acabar la frase.

Clara dobló el cuello a un lado como un cisne moribundo, dejando caer lánguidamente los brazos, y levantando al cielo aquellos ojos azules como el manto del firmamento.

—¡Clara! ¡Clara! exclamó Diego tomándola una mano, y cayendo a su lado en el banco.

La voz de Diego resonó como trece años antes en el corazón de su antigua amante.

—¡Clara! ¡Clara mi…!

Diego se detuvo.

La letra que faltó a la palabra *mia*, no le quitó sin embargo un ápice de su sentido.

El alma de Clara la había oído entera.

La frente de la baronesa, llena de un sudor frío y perdida la color, se asemejaba a la flor de la azucena coronada por el rocío de la mañana.

Diego se puso en breve sobre sí, para atender al estado de Clara.

Haciéndole primero aire con el sombrero, y salpicándole luego el rostro con agua de las manos mojadas en el estanque vecino, logró que la baronesa volviese de aquel síncope que, habiéndola privado de los sentidos, la había dejado completamente despiertos el alma y el corazón.

UN LANCE EN LOS CAMPOS ELÍSEOS

Clara exhaló primero un profundo y prolongado suspiro y en seguida abrió los ojos.

—Procure V. levantarse, señora, y a casa pronto. Yo daré a V. el brazo hasta llegar al carruaje.

—Pero, señor de Mendoza…

—Ni una palabra por ahora.

Y Diego, echando él mismo el velo al rostro de su antigua amante, la tomó de la mano, ayudándola a levantarse del banco.

Clara no tenía pensamiento ni voluntad propia en aquel instante.

Diego dejó la mano de Clara, después de haber hecho apoyar en el suyo el brazo de la baronesa, y ambos echaron a andar saliendo de la

plazoleta y dirigiéndose a la puerta de los Campos.

Durante el corto camino, y a favor del movimiento que había hecho, Clara fué adquiriendo la conciencia de su situación, mirando en el señor de Mendoza otra persona que hasta entonces. Diego sentía en su brazo los latidos de aquel corazón por tan fuertes y diversas sensaciones en aquellos momentos agitado.

El cochero, que esperaba con el carruaje a la puerta, exclamó al ver la pareja que venía y trocando en completa realidad su sospecha de antes:

—¡Bien decía yo!…

La puertezuela del carruaje estaba ya abierta.

Diego dió la mano a Clara, que subió sin desplegar los labios; pero cuando aquel cerró la portezuela y la baronesa vió que se quedaba, entonces preguntó con un acento que la reflexion no tuvo tiempo de dominar:

—¿No sube V., señor de Mendoza?…

—Yo me quedo aquí. Nada tiene V. ya que temer hasta su casa, y mis atenciones no pueden extenderse hasta el punto de dar ocasión a que padezca su buena fama, si alguien llegara a vernos juntos. Con que, señora *baronesa*, hasta otro rato y no diga V. de esto ni una palabra al barón, porque todo podía perderse y yo tengo esperanza de salvarlo.

Diego se separó, haciendo seña al cochero de que partiese al momento.

CAPÍTULO XVII.
El millonario

ROBERTO salió de los Campos Elíseos en la profunda convicción de que el señor de Mendoza era el amante de Clara.

Sus sospechas empezaron la noche del baile del Liceo, viniendo a confirmarse, hasta convertirse en completa certidumbre, la mañana de los Campos.

Del paseo de Gracia se dirigió a casa de su querida, y allí se puso a reflexionar sobre lo acontecido y sobre las consecuencias para él más o menos temibles que podían seguirse en lo futuro.

—El señor de Mendoza, se decía a solas, no ha utilizado en contra mia el arma que yo mismo lo di la noche que salió de la cueva. Me dió su palabra de no hacerlo y no la ha cumplido; pero ahora, siendo como es el amante de Clara y sabedor por ésta del asunto del chico, acerca de lo cual habrá oído desde el sitio en donde estaba oculto, cuanto yo he dicho esta mañana; ahora debo temerlo todo de ese hombre: por consiguiente atemos cabos, prevengámonos y librémonos del chubasco. En cuanto a lo de Clara, no hay que pensar; pero hay que pensar en lo que toca a su marido. Corto es el tiempo que me queda, pero puede bastarme: todo puede hacerse hoy. Juan dice que a las siete podremos ir a hacemos allí el negocio, que concluye a las siete y media, digamos, y a las ocho de la noche estoy libre para recibir los cincuenta mil duros que pediré al barón, por el rescate del chico que tengo en mi poder. Hecho esto, mañana puedo salir seguro y *bien forrado* de Barcelona.

Esto pensaba Roberto, al cual dejaremos por ahora en sus cálculos y en sus proyectos para trasladarnos a la casa de Turella.

Clara llegó enteramente fuera de sí.

Sus temores acerca de su hijo aumentaron al saber quién era la persona que lo tenía, Roberto, era capaz de todo, y esto harto lo sabía la pobre madre.

Acaso las dádivas y otro género de ofrecimientos hubiesen ablandado el corazón de aquella fiera; pero un incidente, extraño e inesperado, vino a corlar la acción y el pensamiento de Clara.

La presencia de Mendoza, como súbita e inesperada, había venido a interponerse en aquel trance tan sumamente crítico, y en el cual esponia Clara más que su propia vida, privándola de entrar acaso en otras negociaciones que pudieran salvarla vida de su hijo.

Pero Mendoza, no era ya Mendoza para Clara. Era Diego Rocafort con su misma voz que ella había oído en su corazón, con aquellos nobles rasgos de fisonomía, con aquella alma enérgica y tierna a la vez, y aquella mirada amarga y dolorosa que tan bien traducía el dolor y la amargura de su pecho.

Era Diego Rocafort, y a Clara no le cabía ya la menor duda.

Ésto ocupaba, como no podía menos, su exaltada imaginación; peroren momentos solamente.

La idea de su hijo, el miedo por su futura suerte era lo que a menudo volvía a ocupar la mente de la baronesa.

El sentimiento de la mujer que había amado, que quizás amaba todavía, callaba ante el dolor y la amargura de la madre.

Eran las tres de la tarde, y Clara, que no había salido aun de su cuarto, no había visto tampoco el barón.

Cuando éste se levantó, le dijeron que su mujer había salido a la iglesia, y luego no había preguntado aun por ella.

Clara retardaba todo lo posible el ver a su marido, al cual quería y no quería a la vez manifestarle lo ocurrido.

Las palabras de Mendoza la detenían siempre que en hablar a su marido pensaba.

¿Pero qué esperanza tenía el señor de Mendoza, cuando le manifestó la de salvarlo todo, encargándola el secreto hasta con el barón? ¿Por qué no había sido más explícito con ella?

—¡Es una crueldad! se decía Clara pensando en esto.

El barón por su parte, tenía sus motivos para huir en aquel día la vista de su mujer.

Poco después de la hora en que Roberto salió de los Campos, el barón recibió la siguiente carta:

> «Tu hijo va a morir: el medio de librarle y recobrarlo es un millón. Si a las ocho de la noche en punto no va, una persona, *enteramente sola*, poner esa cantidad sobre una piedra blanca que habrá en medio de la Esplanada, tu hijo morirá sin remedio. Si alguien se apodera del hombre que vaya a recoger luego el dinero, o se ve que intentan seguirle, tu hijo morirá también. Con el más absoluto secreto y un millón, recobras al niño; de otra manera, ten por cierto que no vuelves a verle mas».

—¡Infames! gritó Nicolás luego de leida la carta; ¡hé aquí lo que buscan!… ¿Y podrán matarle?… ¡Ah! no, ¡no es posible!… ¡no hay entrañas bastante perversas y crueles para quitar la vida a una inocente criatura, porque su padre no de, o no tenga para dar un millón al primer pillo que se lo pida!…

Y Nicolás, paseándose solo en su despacho particular, alimentaba, aunque por breves instantes, este pensamiento que era como un lenitivo al dolor vivísimo que anticipadamente sentía por la extracción de los cincuenta mil duros que se le pedían.

Pero esta confusa esperanza duró, como decimos, pocos instantes, oscurecida en breve por la idea contraria.

—¿Y si acaso le matan? se preguntaba luego el barón. ¿Habré dejado yo, por no ceder a esta infame exigencia, que asesinen a mi hijo? ¡Ah! ¡esto es horrible!

Y el barón, levantando y bajando los ojos del cielo a la tierra, sin encontrar un medio que conciliase tan fuertes extremos, volvía a leer una y otra vez la carta.

—¡La carta dice que a las ocho ha de estar allí el dinero!… y son ya cerca de las seis… poco tiempo queda, es preciso decidirs… ¡Ay, Dios mio! ¡dadme fuerzas para esto trance!

Al fin el amor de padre venció en su corazón al sórdido sentimiento de la avaricia y exclamó:

—Estoy decidido; ¡daré el millón!

Y dejando la carta sobre el pupitre, se dirigió a una pequeña puerta forrada y claveteada de hierro que había en el gabinete; la abrió con una pequeña y difícil llave que sacó del bolsillo del chaleco, y desapareció por ella. La puerta conducia a una pequeña sala subterránea, rodeada de cajas de hierro.

Una reja de recios barrotes, abierta junto al techo y al nivel del piso de la calle, daba luz de día al subterráneo; pero como la noche había ya cerrado, Nicolás entornó la ventana de la reja y encendió una bujía que para uno de estos casos tenía siempre dispuesta sobre una de las cajas.

Hecha esta operación, metió la mano en uno de sus bolsillos, y sacó un manojo de seis o siete llavecitas pequeñas, correspondientes a cada una de las cajas.

—Vamos a ver qué clase de moneda ser a mejor, se dijo parándose de pié en medio de la pieza y echando una dolorosa mirada a su alrededor. El oro hará menos bulto, sí, lo contaré en oro…

Y abrió una de las cajas empezando a contar la suma.

No llegó a la de mil duros, cuando se paró de repente y exclamó:

—Pero si es cierta la noticia que corrió ayer de la esplotación del oro, que ofrece más poca cantidad de día en día, el cambio ha de aumentar luego forzosamente… no, ¡no doy oro!… sería esto perjuicio sobre perjuicio. Daré plata…

Y volviendo las monedas amarillas a su sitio, cerró la primeva raja, abriendo luego otra.

—Eso es, daremos napoleones…

Pero no tardó otra idea en interrumpirlo la operación.

—Más ya que pago en plata, bien puedo despachar aquellas columnarias que tengo allí… sí, sí, pagaremos en columnarias.

Y volviendo a la caja los napoleones que había contado, la cerró, abriendo la que contenía la otra moneda.

Cerca de una hora estuvo el barón contando, hasta que volvió a interrumpirse y exclamó:

—¡Pero para llevar esto va a necesitarse un carro! No puede ser, no conviene dar el millón en esta moneda.

Y las columnarias volvieron a su sepultura, como el oro y los napoleones.

—¡Lo mejor será darles papel!… sí, sí, papel.

Y abrió otra caja, poniéndose a sacar y contar billetes.

El papel no había de merecerle menos cariño y respeto que el metálico, y no tardó tampoco en interrumpirse, observando:

—Pero ¡torpe de mí! que estoy dando papel del banco, cuando tengo ahí billetes de otras cajas, que nunca son tan seguras.

Y volviendo a su sitio también los billetes, cerró la cuarta caja, pasando a abrir la quinta.

Entrada ya la noche, Clara no pudo sufrir más. Su corazón estallaba, teniendo que devorar solo tanto sentimiento, y no podía sobrellevar el peso de tanta amargura.

Salió de su cuarto y preguntó por su marido, Los criados lo respondieron que hacía horas no le habían visto.

—Estará abajo en el escritorio, pensó Clara.

Y bajó ella misma en busca de Nicolás.

Los dependientes se pusieron todos de pié al verla, inclinando la cabeza.

Clara no contestó a ningun saludo, porque no lo vió en aquel momento.

No preguntó a nadie tampoco por el barón, y se dirigió a su despacho particular, que se hallaba en un pequeño gabinete inmediato al escritorio.

—¡No está aquí! exclamó al entrar: ¡Dios mio; la cabeza se me va!

Y Clara fue, para no caerse al suelo, a sentarse en el sillón único que en el gabinete había, y el cual estaba delante de la mesa.

Puso los codos sobre el pupitre del barón, y apoyó la cabeza en la palma de la mano.

Al cabo de bastante rato la levantó exclamando:

—¡Qué vahido! ¡dadme fuerzas, Dios mio, para resistir tantos golpes!

Y fijando por casualidad los ojos en el pupitre, volvió a exclamar:

—¡Una carta!… ¡esta letra!… ¡parece la misma de la carta de esta mañana!…

Y tomó, leyéndola en seguida, la que había abierta sobre el pupitre.

La letra de la carta era igual a la de la cita para los Campos que Clara había recibido, y esto que notó la baronesa, fué lo que llamó precisamente su atención moviéndola a leerla.

—¡Ah! exclamó después de haberla leido, ¡sí lo matará!… ¡infame!… Pero ¿y mi marido? se preguntó en seguida; ¡acaso haya ido ya a entregar la suma que se le pide!… ¡Son cerca de las ocho! ¡Pero sin venir a decirme nada de esto! ¡Si no hubiese ido!… ¡Dios

mio! ¡Dios mio!… ¡Ah! esa puerta…

Clara fijó los ojos en la que conducia al tesoro de Nicolás, la cual, contra toda su costumbre, había dejado éste abierta.

La baronesa se lanzó precipitadamente escalera abajo.

—¡Quién! ¡quién va! gritó una voz ronca y espantada desde el fondo del subterráneo.

—¡Ah! ¡Nicolás!

—¡Eres tú! ¡vaya un modo de bajar!… ¡me has asustado! ¿Qué quieres?…

—¿Qué quiero? ¡qué quiero!… ¿qué quiero me preguntas tú, mi marido, el padre de Ricardo, cuando ves como bajo a buscarte, y lo que traigo en esta mano?…

Y Clara mostró al barón la carta del pupitre que había llevado consigo.

—¡Ah! ¡Ya veo que lo sabes todo! yo no quería decirte nada, por no afligirte…

—Pero bien, ¿qué has hecho?… ¿Qué haces ahora?… preguntó la baronesa con mortal impaciencia.

—¿Qué hago? ¿pues no lo ves? contar *¡cincuenta mil duros!* que al fin habrá que entregar.

—¡*Al fin* dices! ¿luego has titubeado?…

—¡Yo titubear!… no, eso no, pero…

—¡Ay! por favor, ¡Nicolás, no mates a tu hijo y a su madre a la vez!…

—¡Yo!

—Tú, sí, que en el tiempo que hace recibiste esta carta…

—No hace más que tres horas…

—¡Dios mio! ¡Dios mío! ¡Habrá corazón de padre! ¡Y todavía no has contado, no has arrojado de tí ese miserable millón que causa la muerte de tu hijo!… ¡porque Ricardo morirá, sí, morirá!

—No morirá, porque ahora mismo…

—¡Ah! prosiguió Clara, ¡tú no sabes quien le tiene en su poder!…

—¿Quién?

—Por Dios, Nicolás, ¡date prisa! ¡quien ha jurado darle muerte y lo cumplirá!…

—¿Pero quién?…

—¡Roberto!

—¡Roberto! exclamó Nicolás.

—¡Ay! gritó Clara de repente. ¡Hi… jo m… io!

Y la baronesa cayó de espaldas al suelo.

La primera campanada de las ocho acababa de dar en el reloj de Santa María.

EN AQUEL MOMENTO EL RELOJ DE SANTA MARIA DABA
LA PRIMERA CAMPANADA DE LAS OCHO

Nicolás sintió un estremecimiento general de nervios, y la tapa de la caja cayó al movimiento de aquel, cerrando otra vez los billetes.

—Sabe Dios que no ha sido culpa mia, pues iba ahora mismo a dar el millón…

Esto dijo Nicolás antes de socorrer a su esposa, para engañarse a sí mismo, ocultando a sus propios ojos su miserable e indigna conducta de padre.

Esto sucede en la vida en muchos casos y a muchos hombres.

Cuando la conciencia dicta acciones que el egoismo no aprueba, raras veces deja éste de encontrar razones que la tranquilicen.

CAPÍTULO XVIII.
Los lobos en una trampa

IENTRAS sucedía en casa, del barón de Turella la escena que acabamos de referir en el anterior capítulo, Roberto, aprovechando el espacio que media desde las siete a las ocho de la noche, hora en que debia recoger el millón exigido a Nicolás, se ocupaba de otro negocio no menos importante, para aquel mismo día preparado.

Este negocio consistia en robar al señor D. Daniel Artoza, con la ayuda de su mismo criado.

Roberto tenía en el asunto otro compañero.

El lector ya recordará la visita del mejicano a Hernandez, los informes de éste acerca de Juan, y además el propósito del polizonte de no dejar abandonada a las manos de Roberto tan brillante operación.

La cosa era de millones, y valía la pena de que D. Jaime tomase en ello una parte directa y personal, tanto más cuanto que el acto del robo podía efectuarse de la manera más sencilla, sin la menor exposición, y a salvo completamente de toda ulterior sospecha.

A las siete en punto de la noche Roberto entraba por la Rambla en la calle de la Puertaferrisa, que era donde vivía el mejicano.

A pocos pasos de aquel seguía Hernandez.

Ambos pasaron por delante de la casa, andando por la acera de enfrente, y uno y otro al pasar dirigieron la vista a los balcones del cuarto principal.

Todos los postigos se hallaban cerrados, y nuestros hombres llegaron hasta el extremo de la calle.

Volvieron al cabo de un corto rato, y antes de llegar a la puerta Roberto se paró un instante.

Era que un personaje acababa de salir del portal.

Hernandez apresuró un poco el paso, y al llegar a Roberto le dijo en voz baja sin detenerse:

—¡Síguele!

Roberto echó a andar tras del mejicano, y D. Jaime fué a parar a la Rambla de San José.

A los cinco minutos volvió Roberto, y pasando sin detenerse por el mismo lado del antiguo polizonte, le dijo:

—Ha entrado en el Liceo.

—Al avío pues, exclamó D. Jaime.

Y ambos entraron otra vez en la calle y seguidamente en la casa.

La puerta del cuarto principal se abrió sin llamar así que ambos llegaron a ella.

Juan, que la había abierto, volvió a cerrar sin ruido cuando estuvieron dentro.

—¿Ya lo traen Vds todo? preguntó Juan en voz baja.

—Todo, respondió Roberto.

Juan tomó una bujía y se internó, seguido de los dos, en la habitación.

—Aquí es, dijo Juan deteniéndose dentro de un gabinete despacho.

—¿Y esa es la caja? preguntó Hernandez, trémulo de emoción, brillándole los ojos y señalando un grande y pesado mueble de hierro que había empotrado en una de las paredes.

—Sí, respondió Juan.

—¡A ver, Roberto, no hay que perder tiempo!… ¡probemos la llave!…

—Poco a poco, observó Juan; antes hemos de ver el modo de que yo quede bien seguro.

—Naturalmente, dijo Hernandez; saca la cuerda, Roberto, y la mordaza.

Éste sacó ambos objetos de debajo de la capa.

—¿Ves? dijo Hernandez a Juan. Luego que estemos ya listos te atamos bien a los piés de esa cama, te ponemos la mordaza en la boca, y a ver quién osa sospechar de tí…

—Eso es, dijo Juan; dejémoslo aquí prevenido para luego.

Y tomando de manos de Roberto la cuerda y la mordaza, las dejó sobre una silla inmediata.

—Ea, ahora manos a la obra, dijo Hernandez. Todo será que la llave venga bien.

—Si está conforme al modelo de cera que yo dí… Observó Juan.

—Exacta, interrumpió Roberto.

—Veamos, dijo Hernandez con creciente ansiedad.

Y Roberto, sacándola del bolsillo, metió la llave en la cerradura.

—¡Perfectamente! exclamó Hernandez casi al momento.

La caja se había abierto.

Juan alumbraba con una bujía puesto a un lado de la caja.

A Hernandez y a Roberto, así que vieron los mazos de billetes y títulos que esta contenía, les faltó tiempo para meter ambos la mano.

Cuando Juan vió que llegaban al fondo, apretó ligeramente con el pulgar uno de los clavos del lado en que se había colocado, o instantáneamente una maciza barra de hierro erizada de agudas puntas, cayó horizontalmente de arriba al fondo de la caja, cogiendo y sujetando con irresistible fuerza en el interior de ella las dos manos que allí había metidas.

—¡Ay! gritaron D. Jaime y Roberto a la vez.

—¡Que es esto! exclamó Juan.

—¡Ay! volvieron a gritar aquellos, no pudiendo resistir el dolor de las manos allí cogidas.

—¡Pero qué es esto! repitió Juan.

—¡Que la caja tenía trampa! exclamó Hernandez haciendo mil visajes y mil contorsiones.

—¡A ver si tú conoces el secreto, Juan! exclamó Roberto apretando los dientes.

—¡Yo no lo conozco!

—¡Trae, pues, un martillo, o cualquiera otra cosa para destruir esto que nos mata!

—¡Allá voy, allá voy! dijo Juan, y dejando la luz en el suelo, saltó fuera del gabinete.

—¡Torpes! ¡no haberlo examinado antes! exclamó Hernandez.

—A ver si poniendo a un tiempo las otras dos manos, conseguimos levantar la barra.

—Veamos mientras, ¡pero creo será inútil!…

—¡Ay! ¡vaya V. con cuidado! gritó Roberto al tiempo que Hernandez, después de haber lanzado un terrible juramento, exclamaba:

—¡Bruto!

Naturalmente: en tan reducido espacio, la violencia del movimiento que tuvieron que hacer, produjo un súbito y nuevo dolor en las heridas.

—¡Cuánto tarda Juan!

—¡Ah! ¡nos habrá vendido! balbuceó Hernandez, trémulo el labio e inundado de sudor el rostro.

—¡Ahora siento pasos!…

Y los dos volvieron súbitamente la cabeza a la puerta del despacho.

¡Ah! exclamó Roberto, espantado.

—¡Don Daniel! gritó Hernandez.

—El mismo, señores, dijo el viejo mejicano adelantándose pausadamente. No esperaba yo tal visita en mi casa…

Hernandez y Roberto seguían mirándole estúpidamente como alelados y sin decir una palabra.

El mejicano prosiguió:

—Don Jaime, el respetable D. Jaime Hernandez, el antiguo jefe de policía, el deportador de gente honrada y el asesino de inocentes padres de familia, él después, o a un mismo tiempo, monedero falso, el cómplice de Blanco y últimamente el ladrón de caudales agenos… ¡Muy bien! ¡muy bien!

Hernandez miraba atontado al viejo que delante tenía, experimentando un nuevo sacudimiento a cada frase de aquel.

El mejicano prosiguió:

—Y tú, D. Roberto, ¡el asimismo monedero falso, el delator infame de doncellas inocentes, el también cómplice de Blanco, el ladrón de niños y de todo lo que hay que robar en el mundo!… ¡bravo! ¡bien! ¡muy bien! ambos habéis venido, y cuando seguramente menos lo esperabais, a caer en el mismo garlito.

Roberto y Hernandez llegaron a no sentir el dolor de las manos, por las agudas puntas de hierro atravesadas.

—Y a fé, prosiguió el mejicano, que es más fácil escaparse de dentro de una cueva, y casi moribundo, que de esa trampa donde

ambos estais cogidos.

—¡Ah! ¡perdón, señor don!…

Roberto se detuvo.

—¡Já!… ¡já!… ¡já!… ¿ibas a decir D. Daniel? ¡torpe! Yo no me llamo D. Daniel.

Y el mejicano, sin más tiempo que el necesario para pronunciar estas palabras, se quitó la barba y la peluca, arrojando el leviton que le cubría, y quedándose la figura de un joven elegante, visto más de una vez por Hernandez y Roberto.

—¡El señor de Mendoza! exclamó Roberto.

—No soy tampoco el señor de Mendoza. Yo soy… ¡Diego Rocafort!

—¡Diego Rocafort! gritó Roberto.

— Yo soy Diego Rocafort

—¡Diego Rocafort!… repitió Hernandez queriendo recorda este nombre.

—Tú, Roberto, veo que me has conocido, y me alegro por cierto. En cuanto a tí, D. Jaime, no le acuerdas ya de mí, pero no ha de serme difícil el refrescarle la memoria. Entre los infelices que mandaste a Filipinas, y naufragaron pereciendo todos en la fragata *Perla* ¿no recuerdas a un joven tejedor de velas?

—¡Ah! ¡es verdad! exclamó Hernandez.

—¡Quién había de decirte que cayeras bajo su poder!…

—¡Ah! ¡la culpa no fué mia!…

—¡Calla, infame!

—¡Sino del delator, que fué el mismo Roberto! concluyó Hernandez, a quien, como a todos los criminales, le importaba poco acabar de perder a su compañero, con tal de aligerar la culpa propia.

—¡Con que, fuiste tú mismo!

—¡Mentira! gritó Roberto.

Hernandez refirió entonces todos los pormenores de la delación.

—¡Basta! estoy satisfecho, interrumpió Diego sin dejarle concluir.

—Señor de Rocafort, V. es noble y generoso… exclamó Hernandez.

—Y os tengo a los dos en mi poder, pudiendo haceros trizas impunemente para vengarme.

—¡Diego! ¡por nuestra antigua amistad!… exclamó Roberto.

—Ambos invocáis en mí sentimientos a que yo no puedo dejar de atender.

—¡Ah! exclamaron los ladrones vislumbrado un rayo de esperanza.

—Yo os prometo no haceros por mí el menor daño.

—¡Ah! ¡gracias, gracias!

—Pero, es el caso que aquí no estais en mi casa, sino en la de otro, y al dueño de ésta corresponden vuestras personas en este momento.

—¡Cómo!

—¡Señor D. Daniel! gritó Diego.

Daniel se presentó hecho un señor, con levita y sombrero de copa.

—Estos hombres quieren saber lo que V., como dueño de la casa, va a hacer con ellos.

—Yo, por mi, nada, ¡Dios me libre! contestó Daniel; pues aunque le prometí a ese pillo cierto día, al darlo una libertad de que no era digno, que esperaba poderle estrangular con mis manos, esto será si acaso ocupación del verdugo.

—¡Ah! ¡con que este es el perdón! exclamó Hernandez.

—Don Daniel que es el dueño, dirá, respondió Diego con la más IV a a calma.

—Y sin tardar mucho, concluyó Daniel saliendo del gabinete.

—Un momento, D. Daniel, dijo Diego.

Y acercando una pequeña mesa a Roberto, y poniéndole delante papel y tintero, le dijo:

—Escribe ahí lo que yo te dicto, pues tienes libre la mano derecha.

Roberto tomó la pluma.

Diego dictó:

—*«María: entrega inmediatamente al dador el niño y la olla que guardas; sino, estamos perdidos».*

—¡Yo no escribo eso!…

Diego tocó un resorte de la caja, y Roberto y Hernandez lanzaron un grito.

Las púas de hierro penetraron tres líneas más en la carne.

—¡Escribe o dejas la mano en la caja!

Al fin Roberto escribió.

—¡Firma!… ¡Corriente!

Y dirigiéndose a los dos, Diego concluyó:

—¡Para todos en el mundo llega un día! ¡Hoy llegó para vosotros! El crímen os levantó, y el crímen os ha abatido.

Y Diego salió acompañado de Daniel.

Un cuarto de hora pasó: todo un siglo de indescribible infierno para Hernandez y Roberto.

Daniel volvió a entrar en el gabinete acompañado de un juez y cuatro agentes de justicia.

—Señor juez, dijo aquel; ahí tiene usía los ladrones, cogidos en el acto mismo del robo.

Roberto y Hernandez salieron inmediatamente para la cárcel, yendo de allí al hospital, y concluida la causa y la enfermedad, condenados a cadena perpétua en un presidio.

CAPÍTULO XIX.
De como fué a parar a poder de Diego el hijo de Clara

L billete que Roberto escribió, pasó de las manos de Diego a las de Juan con las instrucciones oportunas.

Así que la justicia se apoderó de los dos ladrones, Juan y Daniel se dirigieron a la casa que ocupaba la querida de Roberto, en la cual se guardaba, como sabemos, el hijo del barón de Turella y la olla del dinero probada al italiano.

—Quédese V. a la puerta, señor Daniel, dijo Juan a éste cuando a la casa llegaron, y suba cuando yo le llame por su nombre.

—Aquí aguardo, respondió Daniel clavándose en el portal.

Juan subió la escalera, y al llegar al: descanso del cuarto principal, dió un silbido exactamente igual al que daba Roberto para avisar a su querida.

La puerta de la habitación se abrió al momento.

La querida de Roberto quedó sorprendida al ver a Juan soto.

—¿Y *don* Roberto? le preguntó con cierta ansiedad.

Juan le entregó el billete escrito por aquel, respondiendo al mismo tiempo:

—Lea V. primero.

La querida de Roberto leyó el papel, exclamando en seguida:

—Pero ¿qué ocurre?

—¡Que estamos perdidos si no vemos de andar muy listos!…, respondió Juan casi temblando y a media voz.

La espantada fisonomía de Juan hizo caer en el laxo a la querida de Roberto más aun que el propio escrito de éste.

Juan continuó:

—Con que déme V. eso pronto, y si alguien viene a preguntar… no es necesario advertirla a V. lo que ha de decir.

—¡Ah! por supuesto…

—Con que vamos.

—Ven, ven, dijo la mujer sobresaltada llevando a Juan a una pequeña alcoba, en donde, sobre un catre de tijera, dormia como un ángel el hijo del barón.

—¡Pero este chico va a gritar!… observó la mujer.

—Le diremos que le llevamos a ver a mama, como él dice… y si grita y llora a pesar de eso, yo le haré callar.

—Tómalo, pues, mientras voy a sacar eso otro.

La mujer salió de la alcoba, y Juan cogió al niño en brazos con todo el cuidado para no despertarle.

Era el primer sueño, y el niño tenía tres años.

La mujer volvió cargada con el tesoro del italiano.

—¿Vé V.? ni ha despertado siquiera, la dijo Juan; ahora déme V. la olla, y la llevaré en este otro brazo.

—¿Pero vas a poder con todo?

—Y más que fuera, no hay cuidado por eso. Póngame V. ahora la capa Eso es. Embóceme V.

La mujer iba efectuando lo que Juan le decía.

—¡Corriente! exclamó éste, cuando estuvo ya lisio.

—Pero ¿y D. Roberto?… volvió a preguntar la mujer.

—Vendrá esta noche o mañana. ¡Ah! se me olvidaba.

—Dí, dí…

—Si la justicia viniese aquí y le preguntase a V. dónde pasamos la tarde del domingo, diga V. que en el campo, en la montaña de Monjuich merendando.

—Bueno, bueno.

—Y sobre todo, ¡mucha serenidad!… añadió Juan para acabar de engañar a la mujer.

—La tendré, lo que es por eso.

—Ahora ábrame V. la puerta; ¡no venga V. con la luz!…

Juan salió sin el menor tropiezo.

—Señor Daniel, dijo al llegar a la puerta de la calle, y en voz muy baja.

—¡Hola!

—Tome V. esto de mi brazo izquierdo.

Daniel cargó con la olla del dinero.

—¡A casa! exclamó Juan.

Y ambos se dirigieron otra vez a la calle de la Princesa.

Diego aguardaba la vuelta de éstos con mortal impaciencia.

Esperábales solo en casa, y apenas oyó la campanilla de la puerta, fué a abrirles de un salto.

—¿Qué traeis?… preguntó inmediatamente.

—Todo, señor, respondió Juan.

—¡Loado sea Dios! exclamó Diego. Pasad, pasad.

Y cerrada la puerta, entraron los tres en el gabinete.

Al desembozarse Juan, el niño despertó.

Dirigió sus negros y vivos ojuelos alrededor de la habitación, y al ver los lujosos muebles y los cortinajes y las pinturas, todo como lo veía en su casa, su rostro se animó con la alegría de un ángel y sus labios pronunciaron un nombre que enterneció el alma de Diego, al paso que clavó un agudo puñal en su lastimado corazón.

—¡Mamá! gritó el niño saltando en los brazos de Juan.

Diego se enterneció, porque era noble y generoso, y esta palabra encerraba todo un poema de ternura y amor angelical. ¡Pero aquel niño que era hijo de Clara, era también el hijo de Nicolás!…

A pesar de esto, Diego tomó en sus brazos a la criatura acariciándola y diciéndole:

—Luego vendrá mamá, Ricardito. Anda, tú, trae mientras tanto dulces y soldados a Ricardo, dijo a Daniel, que, rápido como una centella, bajó a la calle y volvió con una preciosa caja de dulces y juguetes para el niño.

—¡Huy! ¡qué es esto! ¡cuánta cosa, Dios mío! dijo Diego abriendo las cajas delante del niño, que juntas ambas manecitas y fijos los ojos en los objetos que le presentaban, los miraba alelado sin atreverse a

tocarlos.

—Anda, toma, tómalos; son todos para tí, continuó Diego con indecible bondad y ternura, Pero aquí no estamos bien, en el suelo, en el suelo lo veremos mejor.

Y sentando al niño sobre la alfombra, puso la caja abierta a su lado, y delante de él todos los soldados, muñecos y caballos que Daniel había traido.

No tardó Ricardito en tomar en el asunto toda la parte que es natural en los niños de su edad, y en breve gritó y rió y se levantó y volvió a sentarse como en su propia casa.

—Veamos ahora, dijo Diego dejando al niño por un instante: ¿esa es la olla del dinero?

—Sí, señor, la misma.

—Contadlo pues.

—No se necesita, hay cuatro mil duros, dijo Juan.

—¿Justos?

—Cabales.

—Puede faltar algo…

—Eso tal vez, aunque no lo creo.

—De todas maneras contadlo bien entre los dos. Aunque se me ocurre otra cosa, continuó Diego, y no hay necesidad de esto. Daniel.

—Señor…

—Pon ese dinero en el segundo cajon de mi secreter y arroja; luego la olla.

—Está bien.

Daniel salió a ejecutar la órden de su amo.

—¡Juan!

—Señor…

—todavía nos falta otra cosa que hacer.

—Mande usted, señor.

—Esta te parecerá la más espuesta…

—Ni que me cueste la vida.

—Pero no temas, que yo estoy aquí para salvarle de todo.

—Mando usted, señor.

—Mañana te presentas al juez, que conoce de la causa de aquella niña, en cuya casa dejaste por órden de Roberto aquellas monedas. En este papel está el nombre del juez. Pides una audiencia para un asunto criminal y urgente, y te llevarán en seguida a su presencia. Una vez allí… Atiende bien esto…

—No pierdo ni una palabra, señor.

—Le dices que en la época tal… la en que pasó aquello…

—Estoy.

—Tú servías a D. Roberto; que éste, teniendo contigo cierta confianza, te explicó un día que tenía amores con Amalia Messina, y que habiendo reñido con ella, quería devolverle ciertos objetos que se dan los amantes, como sortijas, cabello y demás; que, envuelto y cerrado en un papel, le entregó lo que el decía ser dichos objetos, y le mandó un día a la casa, so pretesto de recoger un pañuelo que él se dejó en ella la noche anterior, previniéndote que dejáras su encargo en cualquier parte de la habitación sin que nadie lo notase; y que tú, aprovechando un momento que estuviste solo en el recibidor, lo dejaste en la pequeña alacena que hay en él; que uno de estos días has sabido que lo del papel eran monedas falsas; que sobre ello se había formado causa a la niña, y que tú, por un deber de conciencia, ibas a hacer al juez esta declaración.

—Está entendido, señor.

—¿Te está bien así, Juan? Mira que esta es una acción que debes tú a esa victima inocente.

—Lo haré, señor, aunque tuviese que verme yo luego complicado en el asunto.

—A tí te escuda la ignorancia en que de ello estabas, la obediencia al amo a quien servías y luego la declaración espontánea que haces, añadió Diego.

—Yo me lo arreglare de manera que no pueda comprometerme en lo más mínimo. Mañana recibirá el juez mi declaración.

—Nada más, pues, Juan; y este es el último servicio que le pido.

—¡El último!

—Mañana o pasado, serás ya otro hombre y con otra muy distinta posición.

—Cualquiera que esta sea, siempre mi vida y cuanto yo pueda será de V.

—Hasta mañana, concluyó Diego con benévolo acento y haciendo seña a Juan de que podía retirarse.

Juan salió, entrando inmediatamente Daniel.

—Ya está eso corriente, señor. La olla ha ido a parar allá a los quintos infiernos.

—Bien. Mañana, cuando vengan los limpiabotas a recoger la peseta, les prevendrás que al medio día, a las doce en punto, estén todos aquí.

—Muy bien, señor.

Diego volvió la vista al hijo de Clara, que se había dormido otra vez sobre la alfombra al lado de los juguetes.

—Ahora, Daniel, a ver si sabes traer a mi gusto una cosa que le diré.

—Emplearé, como en todo, mi ciencia y mi voluntad completa, señor.

—Quiero una cama de niño con todo lo concerniente a ella, y de lo mejor que pueda encontrarse.

—Si no es más que eso… ¿puedo salir ahora?

—Vé, y entiende que no es cuestión de regateos ni de economía…

Daniel salió y Diego se quedó sin moverse de la silla y vuelta la cabeza al niño dormido en el suelo.

—¡Quién te lo dijera, Clara! exclamó después de un momento de contemplar a Ricardo: ¡ser precisamente Diego Rocafort el que ha salvado a tu hijo! y a mí, continuó, ¡quién me dijera también trece años antes, que el hijo de Clara, cuyo sueño yo velase, había de ser hijo de Nicolás!… ¡Oh, mundo! ¡Oh suerte horrible de la criatura! ¡Qué me resta a mí ya en la vida, Dios mio! ¡Ni el daño que devuelvo a mis enemigos, ni el bien que puedo hacer a las personas que quiero, alcanzan a llenar este corazón vacío siempre y siempre lacerado! ¡Cuando Clara vea a su hijo!… ¡cuando conozca además quien se lo ha salvado! ¡ah! ¡no!… ¡que no sepa esto nunca!… ¡No me ha conocido en tantas veces como me ha visto!… ¡ah! ¡no seré yo quien me la descubra ahora!… ¡Creería tal vez que intento merecer su gratitud por este beneficio que la presto! ¡pensaría quizás que yo he podido olvidar que el niño nacido de sus entrañas no me pertenece!… ¡y lo he olvidado, es cierto; pero ha sido para salvarle solamente: no para que su madre me lo agradezca!…

Conocido el carácter de Diego, se comprende perfectamente esa mezcla de sentimiento entro el amor propio del amante resentido, y la generosidad del hombre bueno y caballero.

La vuelta de Daniel vino a sacarle de tan profundas como dolorosas reflexiones.

El inteligente criado entró con un mozo que llevaba la cama y una mujer de la misma tienda para ponerla.

La cama consistia en un precioso catrecito de bronco dorado, de cuatro piés de largo por dos y medio de ancho: la cabecera estaba formada por dos palomas tendidas las alas y dándose el pico, y de los cuatro ángulos se destacaban cuatro barras también doradas, cuyos extremos superiores venían a juntarse en el centro, coronándolos un perfectamente fundido ramo de flores. Los pequeños colchones y la almohada eran de damasco encarnado, la colcha de raso azul, y las sábanas y la funda del cogin de fina tela de Holanda, guarnecida con encajes de Bruselas.

Diego hizo poner la cama del niño dentro de su misma alcoba y al lado de la suya.

Recogido ya el hijo de Clara, Diego despidió a Daniel, quedándose él sentado en un sillón.

CAPÍTULO XX.
Clara y Diego Rocafort

ONCLUIMOS uno de los anteriores capítulos diciendo, con referencia al barón de Turella y en el acto que dió la hora fatal de las ocho, hora en que debia morir su hijo si no se aprontaba el millón que la avaricia del padre retardó entregar por su rescate; decíamos, pues, que cuando la conciencia dicta acciones que el egoísmo no aprueba, raras veces deja este de encontrar razones que la tranquilicen.

Así sucede en efecto, por lo general, tal es el corazón del hombre, y así pasó a Nicolás en los primeros, momentos.

Las palabras de Clara, culpando la morosidad de su marido en entregar el dinero, hirieron a Nicolás de tal manera, que éste necesitaba encontrar alguna razón que le disculpase a sus propios ojos. Nadie mejor que él en medio de todo conocía lo horrible que es el que un padre dejó morir a un hijo por no dar una suma que llene en casa, y por esta misma razón necesitó, para quitarse este remordimiento, convencerse a sí mismo de que había hecho lo bastante con bajar a buscar el dinero en sus arcas, siquiera hubiese venido a sorprenderle en la operación la hora terrible fijada en el escrito que antes recibiera.

Pero si esto le consoló en cierto modo en los primeros momentos, no así luego después.

A Clara tuvieron que llevarla en brazos a su habitación.

Nicolás subió por si mismo; pero pasadas algunas horas, el padre padecia diez veces más que la madre misma de Ricardo.

Ésta tenía el sentimiento fuertísimo y natural de madre, pero no sufría otro dolor. A ella no le habían pedido ni dinero ni su sangre, que hubiera dado al punto por la vida de su hijo, y su conciencia no añadia a su dolor natural, el dolor terrible del remordimiento.

Nicolás padecia por dos causas a un tiempo. Una estaba en su corazón de padre, que al fin Ricardo era su hijo; la otra en su conciencia, que no tardó en acusarle de la manera más cruel y doloroso.

La vida del barón ofrecia serios cuidados al día siguiente de la catástrofe.

El delirio se apoderaba a veces de su cabeza al punto de ponerle hecho un loco completo, y a veces, cuando aquel cesaba, caía en un profundo letargo, del que despertaba en un estado de completa estupidez.

Una de las prescripciones de los médicos, fué la de prohibir en el cuarto del barón todo aquello que pudiera impresionarle.

A las nueve de la mañana siguiente llegó a casa del barón una carta, que llevó un criado desconocido con sobre a la señora baronesa y la nota de *urgente*.

Esta circunstancia motivó una disputa, que en voz baja sostenían en la sala inmediata al gabinete de Clara dos criados de la casa, acerca de si debia pasarse o no la carta a la señora, atendido el estado en que esta se encontraba.

La campanilla, agitada por el cordon que colgaba en la alcoba de la baronesa, suspendió la disputa de los criados, corriendo la doncella a la habitación.

—¿Qué es eso? ¿qué teneis ahí fuera con tanto charlar? preguntó Clara.

—Era que han traido una carta para V.

—¡Una carta!

—Y Antonio no quería que se le pasara por miedo de…

—¡De qué!

—De que V. se incomodara.

—¿Y dónde está la carta?

—Antonio la tiene.

—Traemela al momento.

La doncella salió inmediatamente.

Cuando volvió, encontró a su señora incorporada en la cama.

—¡Dios mio! exclamó Clara al ver el sobre.

La letra era la misma de Diego Rocafort, que Clara reconoció al momento.

Clara rasgó el sobre y se puso a leer el escrito con indecible avidez.

Decia así:

> «Baronesa: aunque supongo que con el trastorno de ayer no estará V. para salir a la calle, la suplico por su propio bien y para que encuentre la verdadera medicina a su justo dolor, pase esta misma mañana a esta su casa, donde la espera su mejor amigo.
>
> Q. B. S. P.
>
> *Augusto Mendoza».*

—¡Dios mio! ¡qué es esto! exclamó Clara ¡será posible!

Con ese instinto maravilloso que solo tiene el corazón de las madres en semejantes ocasiones, Clara adivinó que el billete de Mendoza encerraba la salvación de su hijo.

—¡Presto, Gertrudis, la ropa!

—¿Vá V. a vestirse, señora?… preguntó la criada asombrada.

—Si, y no me repliques.

La muchacha, sin volver a desplegar los labios acerca de esto, presentó la ropa para vestir a su señora.

En un abrir y cerrar de ojos, Clara estuvo dispuesta para salir y con toda la fuerza de cuerpo y de espíritu.

Echóse, como el día anterior, el velo al rostro, y salió del gabinete.

—¿No acompaña nadie a la señora? preguntó la doncella.

—No, respondió Clara sin pararse.

Y sin vacilar un punto, se dirigió a la calle de la Princesa.

Diego, después de enviada la carta, se hallaba sentado otra vez en el mismo sillón en donde había pasado la noche velando el sueño de

Ricardo, que aun dormía.

—¡Señor!… dijo Daniel presentándose de repente en el gabinete.

—¿Qué hay?

—¡Creo que ya viene!…

Diego dió un salto en el sillón.

—Retírate hasta que yo te llame, dijo a Daniel.

Y se dirigió al recibidor de la casa.

Apenas sonó la campanilla, Diego abrió la puerta.

—¡Señor de Mendoza!…

Clara se quedó parada delante de Diego sin pronunciar otra palabra.

—Señora… tenga V. la bondad de pasar adelante.

Y cerrando otra vez la puerta, Diego condujo a la baronesa al salón principal.

—Siéntese V.

Clara no se sentó, cayó más bien sobre el sofá que Diego le señalaba.

Era que de pronto se había apoderado del ánimo de la baronesa una especie de encogimiento que paralizaba todas sus acciones y basta el movimiento de sus labios.

—Lo primero que debo hacer, señora, es disculparme de la libertad que me he tomado, rogándola que honrára V. esta casa.

—No creo necesite V. disculpas en este momento, y tanto menos, cuando el deseo de consolar mi desgracíale ha movido.

—Si, *baronesa*, eso es.

La palabra *baronesa* hizo a Clara una especie de daño, que a haberlo adivinado, no era posible la pronunciára la generosidad de Diego.

Este continuó:

—Así, y solo en la imposibilidad de llevarlo yo este consuelo a su casa, por razones que V. comprenderá luego, he podido suplicarla viniera hasta aquí, pues, por otra parte, tampoco podía yo confiar a una tercera persona lo que voy a entregar a V. Pero antes necesito hacer a V. una advertencia, y una pregunta.

—Estoy oyendo, dijo Clara medio asombrada y reconociendo más a cada momento en el señor de Mendoza la voz y la fisonomía de Diego Rocafort.

—Es un golpe muy fuerte el que a V. preparo.

—¡He sufrido tantos!… dijo Clara con cierta intención.

—Y ha podido V. resistirlos… Ya lo sé, añadió Diego con un ligero tono desentimiento; pero aquellos golpes eran de dolor, y éste va a ser de alegría…

Aquí respondió solamente el corazón de la madre:

—¡Cómo! ¡será posible! ¡oh! ¡no demoro V. un instante la noticia! se lo suplico por…

Diego, sin dejar concluir a la baronesa, se levantó diciéndola:

—Tenga V. la bondad de pasar a ese gabinete.

Y conduciendo a Clara a la alcoba, le señaló sin decir palabra la pequeña cama de Ricardo.

—¡Ah! gritó la madre arrojándose sobre su hijo.

—¡Mamá! ¡mamá! gritó el niño abriendo los ojos y reconociéndola en el instante.

¡Hijo de mis entrañas! exclamó Clara inundando de besos y lágrimas el rostro del niño.

Hasta después de un buen rato, y cuando hubo satisfecho completamente el primer deseo del amor y la ansiedad de madre, Clara no se acordó de que no estaba allí sola con su hijo, y que debia dar inmediatamente las gracias al señor de Mendoza.

Pensando de repente en esto, volvió la cabeza, pero no vió a nadie.

El señor de Mendoza no estaba en el gabinete.

Clara dió otro beso a su hijo, y fué a la puerta del gabinete.

Esta se hallaba medio entornada, y Clara miró al salón.

Diego estaba sentado en el sofá, apoyado el codo en la rodilla, y la cabeza descansando en la palma de la mano.

Clara comprendió al momento todo lo que pasaba en el corazón de su antiguo amante.

Estuvo contemplándole así un breve rato, retirándose luego sin poder resistir más aquella vista.

—¡Dios mío! exclamó al retirarse de la puerta, ¡qué feliz y qué desgraciada me haces hoy!…

Al cabo de otro rato, y viendo que Diego no se presentaba, Clara lo llamó, no desde la puerta, y naturalmente por el nombre de *Mendoza*.

Éste volvió al gabinete.

—Había salido V., y yo creia que estaba aquí… dijo Clara mirándole apenas al rostro, después de haber visto en él impresa la huella del dolor profundo que en aquel momento le atormentaba.

—Hay ciertas alegrías, como ciertos dolores que no admiten testigos extraños dijo Diego.

—¡Usted no será nunca extraño a nada que a mí me suceda!…

—¡Es verdad, señora!…

—Y si yo le he echado de menos ahora, fué, en primer lugar, para manifestarle, aunque nunca alcanzaré a explicar lo que siente mi corazón…

—Suplico a V. no siga, señora. Ayer se me ofreció la ocasión de

salvar a esta criatura del poder de un hombre infame, y lo hice, porque estamos todos obligados a velar y a defender la inocencia: nada mas…

—¡Ah! ¡es en vano que V. trate de ocultar su inmensa generosidad, cuando yo lo comprendo todo!…

Diego se sonrió dolorosamente.

—¡Que no la comprendo!… exclamó Clara conociendo la ironía de la sonrisa de Diego.

—La bondad de V., señora, exagera lo que no pasa de ser un acto sencillo y propio de cualquier persona de medianos sentimientos.

—Es que hay circunstancias en esto, señor de Mendoza, sumamente particulares… añadió Clara que no sabía cómo provocar una explicación.

—Casualidades todo, dijo Diego aparentando una calma que no podía ocultar la agitación de su espíritu.

—Sin embargo, para ser casualidades, no puedo menos de admirar la frecuencia con que se repiten…

—¿Por qué?

—Porque siempre, y esto me consta, se encuentra V. donde pueda hacer bien a alguno…

—¡Y sin embargo, porque quiero conceder eso un memento, se bien, señora, no cura el mal que yo siento aquí dentro!…

Y Diego, al decir estas palabras, puso la mano sobre su corazón.

—¡Un mal!… exclamó Clara, fingiendo como se finge la ignorancia en tales ocasiones.

—Si; y efecto de un pecado, ¡del pecado mayor que puede un hombre cometer en la vida!…

Y mudando de repente de tono, y hablando con el corazón en los labios, Diego concluyó:

—¡El haber amado a una mujer!

—¡Ah!

—¡Que no lo merecia!

—¡Diego!

—¡Clara!

La baronesa levantó una mano, que Diego cogió inmediatamente entre las suyas.

Clara no resistió. De sus ojos brotaban lágrimas… sus labios temblaban… una nube oscurecia su mente por completo.

Diego, en el mismo estado de Clara, fué a llevar la mano de ésta a sus labios; pero de pronto se detuvo, arrojóla con un movimiento brusco, y se separó de su antigua amante.

Clara volvió en sí de improviso, y se quedó imitándole.

—Señora, dijo Diego señalando la cama del niño, estoy robando a V. un tiempo precioso que no me pertenece.

Clara se ruborizó, al paso que bendijo a Diego en su interior y exclamó:

—¡Diego!…

—¡Diego murió ya, señora!…

—¡Ah!

—¡Delante de V., no está ni estará nunca más que *Augusto Mendoza*!

CAPÍTULO XXI.
De cómo murió de alegría Nicolás, y Blanco de dolor

SALIÓ Clara de la casa de Diego, llevándose a su hijo en un carruaje dispuesto por aquel de antemano.

Cuando llegó a la suya, el médico acababa de salir de su primera visita de aquel día, dejando muy malas noticias acerca del estado sumamente crítico del barón.

Los criados, al ver entrar a su señora con el niño en brazos, se agruparon alrededor de Clara desafiándose a quien más vivamente y con mayor acento de verdad podía felicitar a la baronesa.

La algarabía de los criados en la primera sala, llegó hasta el gabinete de Nicolás.

—¿Qué es aquello de fuera? preguntó el barón al que lo velaba.

—No sé, señor, voy a ver; dijo el criado levantándose de la silla que ocupaba a los piés de la cama de su amo.

En este momento se oyó la voz del niño, que, pasando de los brazos de éste a los de aquel, mientras Clara se reponia un momento de la agitación de su cuerpo y de su alma, echó a llorar, no pudiendo resistir a tal esplosion de afecto por parte de los criados.

—¡Mi hijo! ¡es mi hijo! exclamó el barón con voz entrecortada, levantando los brazos e incorporándose en el lecho.

—Ven, ven, hijo mio, y vamos a ver a papá, decía Clara al mismo tiempo en la sala de afuera tomando otra vez a Ricardo.

—¡Ah! no puede ser, señora, dijo uno de los criados.

—¡Cómo no puede ser! ¿por qué? preguntó Clara admirada.

—Porque el médico ha prohibido todo lo que pueda producir una fuerte sensación en el ánimo del amo.

—Pues ha de ser, porque el señor barón ha oído la voz del señorito, y pide que se le lleve, interrumpió el criado que salía del cuarto de Nicolás.

Clara, sin aguardar a más, entró con el niño en brazos al cuarto de su marido.

—¡Hi… hi… jo mi… o!… articuló el barón estrechando al niño, que rompió en un fuerte lloro sobre el seno de su padre.

Al cabo de un rato, el cuerpo del barón hizo un fuerte estremecimiento que hizo temblar el lecho.

—¡Qué es esto! gritó Clara apartando a su hijo. ¡Ah! ¡Dios mio!…

—¡Ya el médico había previsto!… observó uno de tus criados.

Nicolás, en su estado tan sumamente crítico, no pudo resistir aquella fuerte sensación y quedó cadáver instantáneamente.

Apartémonos de esta escena dolorosa, y volvamos a casa de Diego.

A las doce en punto todos los limpiabotas, según les había prevenido Daniel por órden de su amo, estaban en la antesala.

Diego salió y les dijo:

—¿Sabéis la calle Nueva de San Francisco?

—Sí, señor, contestaron seis o siete a un tiempo.

—En una de las casas de la calle, vereis dentro del portal un escudo grande… ¿Alguno de vosotros sabe leer?

—Yo sé leer, contestó uno.

—Pues, en el escudo hay un letrero que dice: *Consulado de Ceilan*. Idos allá, y esperadme en la entrada de la casa.

Los limpiabotas salieron al momento, y Diego un poco después.

Cuando éste llegó a la casa, ya esperaban aquellos en el portal.

Diego subió al primer piso, preguntó por el cónsul, a cuya presencia fué al momento introducido, y, yendo derecho al asunto, le dijo:

—Caballero, yo vengo a molestar la atención de V. para un asunto de pura humanidad, en el cual espero que V. se servirá ayudarme.

—Tome V. asiento, caballero, y diga en qué puedo servirle, contestó el cónsul con suma finura.

—Hace unos días que ha muerto uno de esos hombres que se dedican al negocio de limpiabotas, ocupando en ello niños de corta edad que por lo comun van a buscar a la Saboya.

Un ligero rubor tiñó las mejillas del cónsul sardo.

—El hombre que ha muerto, continuó Diego, tenía veinte de esos pobres muchachos, que son todos justamente de aquel pais, y los infelices quedan ahora abandonados y espuestos quizás a un fin desastroso. Yo tengo una fortuna regular, y el esceso de ella suelo emplearlo en favor de los pobres que encuentro desamparados, y he dispuesto para esos niños de la suma de cuatro mil duros, que me hará V. el obsequio de aceptar, repartiéndolos entre los veinte, de manera que tengan un pequeño dote cada uno, y los mande V. así a su pais y al seno de sus padres.

—Caballero, esta noble acción…

—Suplico a V. prescinda de elogios y acepte esta cartera donde hay valores por esa cantidad.

—No sigo ya que se ofende su generosidad, dijo el cónsul tomando la cartera; pero séame permitido dar a V. las gracias en nombre…

Diego interrumpió otra vez al cónsul con un ademán, suplicándole que no continuase.

—¿Y esos niños?…

—Abajo están todos y puede V. hacerse cargo de ellos ahora mismo.

El cónsul hizo subir a los limpiabotas, que desde aquel momento volvieron a ser personas racionales, y Diego, después de haberse negado a dar su nombre que aquel le pedía, se despidió, dejando justa y debidamente empleado el dinero del infame italiano.

De la casa del cónsul, Diego pasó a la del escribano mismo que extendió el poder de Blanco, llevándoselo a ver a éste último.

Blanco se hallaba enfermo en la cama.

A Diego no le sorprendió este suceso, que esperaba ya según dejó trastornado y abatido al traficante de negros el último día. Hizo esperar al escribano en el salón y él entró en la alcoba.

—Señor D. Pedro.

—¡Ah! ¡todavía vuelve V.!… exclamó Blanco casi sin fuerzas para indignarse.

Diego se sorprendió entonces, pues no esperaba ciertamente encontrarle tan abatido.

—Sí, vuelvo todavía, porque es necesario hacer una escrituras.

La Blanco se estremeció en el lecho, y sus ojos se clavaron airados en el rostro de Diego, exclamando:

—¡Todavía!…

—Es cosa de poca importancia…

—¡Ah! no quiero saberlo.

—¡Cómo!

¡No!…

—¡Mírelo usted bien!… es la última cosa que le pido, ¡y repito que para V. es pequeña! no quiera V., por tan poco, ¡obligarme a que le ponga en evidencia con todo el mundo!…

—¡Ah! volvió a exclamar Blanco con el acento de la debilidad que ya no resiste. ¿Y qué es ello ahora?…

—Una donación de las dos casas que tiene V. en la Rambla a favor de la familia Messina.

—¡Messina! exclamó Blanco, sintiendo por la vez primera el dolor del remordimiento. ¡Sea! añadió.

Diego hizo pasar al escribano, que traía extendida, la escritura, y Blanco la firmó sin replicar más.

Diego metióse el documento en el bolsillo.

—¡Ah! ¡yo muero! exclamó Blanco quedándose otra voz solo con Mendoza.

—Creo que sí, dijo éste fríamente.

Blanco volvió a él los espantados ojos y gritó:

—¡Qué dices!…

—¡Que mueres sin remedio, y ya era tiempo!

—¡Ah! exclamó moviéndose en el lecho el capitán negrero, a quien estas palabras, que de tal modo anunciaban el término de su vida, eran lo único que podía hacerle verdadero daño en aquellos instantes en que la muerte se cernía sobre su cabeza. Pero ¿quién eres tú, que así te complaces hasta en mi último martirio? continuó el capitán negrero.

—Vas a saberlo, porque es hora ya de que lo sepas. ¡Yo soy aquel náufrago desvalido a quien, escudado por tu fuerza y tu poder, diste en el buque que lo recogió, una bofetada que te ha devuelto después de trece años! ¡yo soy el que recogió el último aliento de Tomás Ponce, con las pruebas de tus horribles crímenes! ¡yo soy, por fin, el que salva ahora de la miseria a la familia Messina con aquellos bienes

por tí robados infamemente a la casa de Nuevitas!…

Blanco oyó todas estas palabras sin responder una sola, hundida la cabeza en la almohada, como si sobre ella pesara en aquel terrible momento todo el cúmulo de sus pasados crímenes.

—Hé aquí quien soy: ¡el vengador de tus víctimas y el juez de tus culpas en esta vida, que te abandona a las puertas del sepulcro para entregarte a otro Juez, cuyo castigo ha de ser más terrible todavía!

—¡Calla… calla, por compasion! gritó Blanco, en cuya mente se presentaron todos los horrores que el hombre malvado contempla al borde de su sepulcro.

Diego salió sin responderle. No quiso hacerle más daño, ni consolarlo tampoco con sus palabras.

Desde aquel momento la fiebre se apoderó de Blanco, sin dejarle hasta que espiró en medio de los más atroces dolores y crueles remordimientos.

Para Barcelona, Blanco murió no obstante en olor de santidad.

Todo el mundo leyó compungido su cronología en los diarios, a excepción de Diego, que se sonrió al leerlos, exclamando:

—¡Este es el mundo!

CAPÍTULO XXII.
El triunfo de la inocencia

A declaración de Juan ante el juez que conocía de la causa de Amalia, dió al proceso, como era natural, un giro distinto.

La verdadera inocencia inspira siempre la simpatía de los jueces que se inclinan en cuanto la ley lo permite y no lo rechaza su deber, al mejor lado para el reo; y en el juez que había de sentenciar a Amalia, esta simpatia se trocó en verdadero interés desde el momento en que se presentó una prueba evidente de su inocencia.

Todas las diligencias se practicaron desde aquel momento con la

mayor rapidez.

Una mañana, hacía cuatro días que Diego no había visto a la familia Messina; la pobre Margarita estaba sola en su miserable habitación, con el niño menor en brazos, orando con lágrimas en los ojos y de rodillas delante de una estampa de la Vírgen.

Aquella mañana había de darse al fallo de la causa, y la pobre madre imploraba la misericordia del cielo por su inocente hija, pidiendo a la Virgen que inclinase el ánimo e iluminase la inteligencia del juez.

Margarita sabía ya que se había presentado a deponer una declaración tan sumamente favorable a Amalia el hombre aquel que fué a dejar el falso cuerpo del delito que se encontró en su casa, en lo cual había adivinado la mano de su generoso protector que anteriormente y con tanta seguridad le había prometido que su hija saldría libre y sin la menor nota, y recordaba además las buenas noticias que, subsiguientes a aquella declaración, le habían traido; pero de todas maneras, aquel día era el del fallo, y la pobre madre sentía una ansiedad y un tormento como nunca había sentido.

Ramón no estaba con ella.

Desde la primera hora de la mañana había ido al lado de su hermana, a la que no quería dejar sola en aquellos instantes.

La mañana pasó y el afan de Margarita era ya irresistible.

—¡Dios mio! exclamaba, es ya muy tarde, y me dijeron que la sentencia se dictaría esta mañana y que además, queriendo el juez, saldría de la cárcel mi hija hoy mismo, si quedaba absuelta…

¡Y yo aquí sin saber nada!…

Y Margarita, después de estas interrupciones, volvía a elevar los ojos a la estampa de la Virgen, y su corazón al cielo implorando favor y misericordia.

De repente oyó pasos precipitados en la escalera.

Margarita se levantó súbitamente, volviendo los ojos a la puerta.

Dos personas se precipitaron en la habitación, gritando una desde la puerta.

—¡Madre mia!

—¡Hija de mi corazón!

La madre y la hija permanecieron abrazadas un largo rato, mientras Ramón, que había venido con su hermana, lloraba de alegría a su lado.

Un hombre que en aquel momento acababa de llegar, se paró a la puerta del cuarto, cruzándose de brazos y contemplando aquella tiernísima escena.

Era Diego.

—¡Qué falta ya a nuestra felicidad, hija mia!… exclamó la madre separándose ya de su hija.

—Esto, respondió Diego adelantándose y entregando un papel a Margarita.

—¡El señor de Mendoza!

—Que llega en este momento feliz a entregar a Vds lo que les pertenece.

—¡Pero, qué es esto! dijo Margarita, que maquinalmente había tomado el papel.

—Una donación que el señor D. Pedro Blanco, que acaba de morir, hace a Vds., en virtud de favores que antes debió él a su familia.

—¡Y todo esto lo debemos a V., señor de Mendoza!…

Diego, por toda contestación señaló con el dedo al cielo.

—Ahora, señoras, que Dios atienda y prospere como merece esta familia hasta hoy tan desgraciada. Si algún día volviera la desgracia a amenazar a Vds., acuérdense que en América, en Nuevitas, tendrán siempre un buen amigo.

—¡Cómo! exclamó Margarita, ¿se marcha V.?

De los ojos de Amalia brotaron dos lágrimas.

—Mañana.

Diego concluyó de despedirse, y salió llevándose el corazón de toda aquella familia.

En su casa le esperaban Juan y Daniel.

—Juan, dijo a éste llamándole aparte. Toma esta cartera, en ella está el premio de tu conversion, que te basta, si sigues siendo bueno, para asegurar tu vida y sobre todo tu Vejez.

—Señor… exclamó Juan enternecido tomando la cartera.

—Y acuérdate siempre de que al bueno y al malo le llega su día más pronto o más tarde.

—No lo olvidaré, señor.

—Basta, si no lo olvidas.

Juan salió y Diego llamó entonces a Daniel.

—Oye, Daniel, le dijo: yo voy a dejar España: en la calle de la Puertaferrisa hay una casa alquilada en tu nombre; puedes quedarte en ella, porque cuanto contiene es tuyo desde este momento.

—¡Cómo! ¡señor!

—Este es el premio de tus servicios, Daniel.

Daniel se quedó un momento pensativo, y mirando a su amo.

—¿Qué piensas?

—Pienso, señor, que no serán a V. muy gratos esos servicios, cuando su bondad se vale de esto pretesto para dejarme.

—¡Pues qué! ¿quieres seguirme, Daniel?

—Hasta el un del mundo, señor.

—Vendrás conmigo, buen Daniel, exclamó Diego tendiéndole la mano.

Daniel la tomó, besándola respetuosamente.

—Disponlo todo para el embarque.

—¿Cuándo partimos, señor?

—Mañana.

CAPÍTULO XXIII.
La despedida

El día siguiente Diego salió de su casa a las diez.

Fué a la del barón, y preguntó si la señora estaba visible.

Pasado el recado, Clara mandó que entrase el señor de Mendoza.

—Señora, he sabido la nueva desgracia de V., y me apresura a venir a darle mi verdadero *pésame*… Dispénseme lo desusado de la hora, puesto que más tarde no me hubiera sido posible cumplir con este deber.

Clara miró asombrada al rostro de Diego.

—Y vengo al propio tiempo a despedirme de V.

¡Parte V.! preguntó Clara con una ansiedad que no pudo disimular.

—Para América.

—¿Hoy mismo?

—Dentro de dos horas.

—¿Para volver?…

—¡Nunca!

Los ojos de Clara se bajaron al suelo.

—*Señora baronesa*, acuérdese V. que en América tiene un amigo que se llama *Augusto Mendoza*.

Diego salió dejando a Clara absorta y sin tiempo de decirle otra palabra, y pasó inmediatamente al cementerio.

Llegóse a la *tumba de los pobres*, oró un momento arrodillado, y exclamó luego levantándose:

—¡Adiós, madre mia!

Dos horas después salía del puerto una fragata que llevaba a su bordo un desterrado más infeliz que el de la *Perla*.

Aquel llevaba consigo el dolor con la esperanza; éste, muerta la esperanza, ni siquiera sentía ya el dolor.

FIN DE BARCELONA Y SUS MISTERIOS (Primera Parte).

SEGUNDA PARTE
DE
BARCELONA Y SUS MISTERIOS

CAPÍTULO I.
El Presidio

BA a dar la hora de las cuatro de una mañana de marzo.

Un silencio sepulcral reinaba en todas las dependencias del presidio de Barcelona.

Todos dormían en aquel purgatorio del crímen o de la desgracia, que como crímen aparece ésta muchas veces y tiene por lo mismo su purgatorio, con la sola tristísima diferencia de que así como del purgatorio van los espíritus al ciclo, desde el presidio suelen caer las almas en el infierno más espantoso.

Solo los centinelas velaban en la puerta de entrada, y los cabos que se hallaban de guardia junto a las puertas de las cuadras.

Dieron las cuatro.

No bien acababa de sonar la última campanada, tres golpes secos de un sonido particular, que hubieran hecho estremecer los nervios de quien por primera vez los oyera, resonaron en los cuatro ángulos de una cuadra.

La cuadra estaba rodeada de camas, y en cada cama dormia un presidario.

Los golpes fueron dados por un cabo con una vara en la puerta de la cuadra.

Como marcando tiempos, al primer golpe, todo el mundo abrió los ojos; al segundo, todos se incorporaron; al tercero, no había un solo presidario que no estuviese de pie en el suelo.

¡Ay del que se hubiese retardado un segundo siquiera!

—¿A quién le toca quedarse hoy a la limpieza de la cuadra? preguntó uno de los cabos con voz áspera y un tono tan seco, como el sonido de los golpes de la vara en la puerta.

—A mí, respondió un presidario.

—¿Quién más?

—Yo, dijo otro.

—¡Quién más! ¡voto al diablo! ¿he de estar preguntando hasta mañana?

—Yo también, y nadie más, respondió un tercero.

—Quedaos, pues, los tres, concluyó con el mismo *amabilísimo* tono el cabo.

Luego dirigiéndose a los demás, gritó:

—¡Firmes!

Los presidarios, ni más ni menos que una compañía de soldados, quedaron formados en medio de la cuadra.

Por escaso que parezca el tiempo que huya podido mediar desde aquellos tres golpes de la diana especial del presidio a las últimas palabras del cabo, fué suficiente para que cada presidario lo tuviese para levantar la cama al saltar de ella y antes de la formación.

Cuando el cabo dijo *firmes*, todos los presidarios se quedaron cuadrados al pié de su cama respectiva.

Los cabos echaron una visual, y no observando nada que corregir, *ni que castigar* en las camas ni en las personas, cuyo número había de ser completo necesariamente no viéndose en la cuadra una sola cama que no tuviera su presidario al pié, se pusieron en el sitio que a cada uno correspondía.

El cabo de los golpes, como el más antiguo, gritó entonces:

—¡Flanco derecho, a la deré…! ¡marchen!

Y rompiendo la marcha, le siguieron los presidarios a dos de fondo, saliendo de la cuadra y tomando la escalera que conduce al patio del presidio.

En las otras cuadras sucedió exactamente lo mismo y a la propia hora, y a las cuatro y media de la mañana salían todas las brigadas del presidio con las escobas y palas o barrer las calles de Barcelona.

Dejemos a los presidarios, que salen a esta tarea, y volvamos a la primera cuadra con los tres que hemos visto se han quedado a la limpieza de la misma.

Apenas los otros que salieron llegaron al patio, exclamó uno de los tres:

—¡Gracias al diablo, que hemos conseguido el quedarnos los tres un día!

—¡Buenos diez reales y una camisa nueva me cuesta! exclamó otro en seguida; pero yo te aseguro que se los he de sacar de las entrañas tarde o temprano a ese maldito cabo Martin, que no hace nada sino por el vil interés.

—¿Y qué importa eso? de sobra tendrás luego reales y camisas.

Estas palabras fueron pronunciadas por el tercero, que era el que ejercía más influencia entre los tres.

El papel que va a desempeñar este hombre en el curso de nuestra historia, hace que nos detengamos a describirle al lector antes que pasemos más adelante.

Tenía como unos treinta y seis años. Era bajo de cuerpo y algo lleno de carnes. Las mejillas un poco abultadas, los ojos pequeños y penetrantes, los labios delgados y constantemente unidos, y la barba corta y un tanto saliente, daban a su fisonomía una expresión mezclada de astucia y de dureza de carácter.

Si un frenólogo hubiese examinado aquel cráneo, habría encontrado en él, pasmosamente desarrollados, los que la ciencia llama órganos de la *emotividad*, de la *destructibilidad* y de la *adquisitividad*, y que nosotros llamaremos sencillamente de la lujuria, del robo y el asesinato.

Se hallaba en presidio por ladrón.

El oficio que su padre le había dado era el de carpintero; pero el hijo, menos bueno, y con muy distinto modo de ver que el padre, juzgó que aquel oficio no había de ser bastante a satisfacer toda sus necesidades, y en breve tomó otro por sí y ante sí, en el cual pasó con asombrosa rapidez de aprendiz inexperto a maestro consumado.

No tardó por consiguiente mucho tiempo en recibir el *título y la investidura* de la *profesion*, habiéndole espedido el primero la

Audiencia, y puesto la segunda el presidio de Barcelona.

En eso de los presidios sucede una cosa muy particular.

Recogido en ellos el criminal, cree la sociedad que nada falta ya que hacer, castigado el hombre con la pérdida de la libertad y la infamante nota de presidario por el delito que haya cometido.

Así, al ladrón, por ejemplo, se le atan los piés y las manos para que durante más o menos tiempo, y en castigo de lo mal que los empleó en perjuicio de la sociedad, no pueda servirse de ellos; y concluido el plazo en que se cree que aquel hombre ha estado lo bastante sin robar para perder la costumbre, se le suelta con el sello del infame en la frente, y sin norte y sin guía que le conduzca por el camino de la virtud y la honradez.

Y como este norte no puede estar sino en la mente del presidario, ilustrada por la educación, y esta es la que menos importa en los presidios, de aquí que el ladrón lo sea asimismo después de sufrida la condena, y aun al tiempo de la misma, por cuanto, abandonado el corazón a sus instintos y pasiones, crecen éstas en lugar de debilitarse en el aislamiento y el encierro.

Roberto, pues que este era el nombre del personaje que nos ocupa, lo que hacía en el presidio, era aguzar y trabajar su ingenio, para que éste le sugiriese medios de suplir la falta de libertad que te privaba de dar rienda suelta a sus inclinaciones.

LA CASA ESTÁ EN LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN DE GRACIA

Con sus dos compañeros quedó, como antes hemos dicho en la cuadra.

—No hay que perder tiempo, añadió a las últimas palabras que antes le hemos oído; venga la forma y la disposición de la casa.

—La casa está, en la plaza de la Constitución de Grada.

—¿Hacia qué parte? preguntó Roberto.

—La de la esquina misma de la derecha, conforme se baja por la calle que conduce a la Riera den Malla, respondió el presidario, que parecia tener los datos que se deseaban.

—Ya la conozco, dijo Roberto; la casa tiene también jardín…

—Sí, como todas las de aquella parte de la población.

—Por el jardín, pues, ha de ser la entrada.

—Habrá un inconveniente, observó el presidario.

—¿Cuál?

—El de que se encuentra allí mismo precisamente el punto de los carabineros.

—Ya había yo previsto eso, y no le hace.

—Esplícate.

—Preparados para saltar la tapia del jardin, pasará por la Riera un carro con pipas vacías, o cualquiera otra cosa de volúmen, dirigiéndose a la población. Los guardas irán a examinar el carro, que se detendrá a la distancia conveniente, el conductor arma con ellos una ligera disputa para distraedlos, y mientras tanto, se arrojan los ganchos a la tapia y se salta con la mayor facilidad.

El plan de Roberto dejó completamente satisfechos a sus compañeros.

—¡Bravo! dijo uno de ellos, ¡tienes un ingenio admirable!

El otro observó después:

—¿Pero y la salida?

—Vaya una dificultad, respondió Roberto, solventándola con la mayor sencillez: la salida se efectúa luego por la puerta misma de la calle.

—Bien está, dijo convencido el presidario.

El otro observó entonces:

—Y para ese negocio se necesitarán lo menos tres o cuatro personas…

—Con dos sobra, respondió Roberto con admirable seguridad.

Y volviendo la cabeza al que le había dado las primeras noticias, le preguntó:

—¿Qué gente hay en la casa?

—El señor, la señora y la criada.

—Sobra con dos si fuera yo uno de ellos, observó Roberto entonces; ahora pueden ir tres. Estos pueden ser el Tuerto, el Zurdo y Tomás.

—Son los de mayor confianza.

—Efectivamente, incapaces de guardarse un maravedí, sin manifestarlo.

—¿Y cuándo será el golpe?

—Hoy se les avisa y se les dan las instrucciones, y entre hoy, mañana y pasado tienen tiempo de sobra para prepararse.

—De suerte que pasado mañana…

—Por la noche, concluyó Roberto resueltamente y con el tono de un jefe que acaba de dar una orden.

El lector que no tenga noticia de lo que sucede dentro de las cárceles y presidios, extrañará sin duda, comprendiendo que lo que tratan Roberto y sus compañeros es nada menos que un robo, el lector extrañará, repelimos, que esto se concierte así con esa frescura y esa seguridad en el modo y forma de llevarlo a cabo, dentro del presidio, y por hombres que no pueden tomar una parte material en el asunto; pero ya antes hemos dicho que precisamente la cárcel y el presidio son los sitios en donde más se desarrollan semejantes instintos; y como en el *arte* de robar, es lo principal el plan que ha de preceder al acto, de aquí que los ladrones de fuera, no solo tengan muy en cuenta las observaciones de los que están en el presidio, sino que a menudo se sujeten estrictamente a los planes que estos meditan y resuelven con toda la calma que les permite su posición.

La esperiencia les ha probado esto claramente en los resultados que han dado planos diabólicos fraguados dentro del mismo calabozo por hombres que solo con la mente podían encontrarse en lugar del suceso.

Además, entre los ladrones, existen también categorías hijas de los años, de los servicios que se han prestado, o del ingenio que muestra cada uno.

Inútil es decir, después de lo que hemos visto, que Roberto no era el último oficial de su gremio.

La órden de éste con las instrucciones que hemos referido, se comunicó aquel mismo día *a los tres muchachos*.

Los medios de que en el actual sistema de cárceles y presidios pueden echar mano los penados para entenderse con los de fuera, son tantos, que maldito lo que para esto sienten la falta de libertad.

Un presidario comunica de una manera o de otra con la persona que le conviene de fuera del presidio.

Para Roberto, el medio constante de comunicación era la tia Colasa.

La tia Colasa era la dueña de una especie de figon, allá en una apartada calle de los arrabales de la ciudad, y su casa era el punto de reunion, el centro verdadero de los rateros y ladrones de Barcelona. La tia Colasa recibia la mayor parte de los días noticias de Roberto, cuyas instrucciones tomaba en persona, cuando a verle iba ella misma, o por medio de un tercero de toda confianza, cuando la cautela y la prudencia aconsejaban que no se dejára ver en semanas por el presidio.

El día en que el plan antedicho se dejó concertado, fué la dueña del figon a ver a Roberto.

No podía haber ido en mejor ocasión, pues la importancia del

asunto necesitaba de toda la inteligencia de la mediadora para que el plan fuese debidamente comprendido y comunicado a los que debían ejecutarlo.

—¿Con que, está V. bien enterada? preguntó Roberto a la tia Colasa, después de explicado su pensamiento.

—Perfectamente, respondió ella. Ahora solo falta, continuó, que los resultados sean como se espera…

¡Es buena casa!…

—¡Con que diera lo que el asunto de la calle de la Platería!… dijo la mujer mirando a Roberto.

—¡Cómo! exclamó éste, ¡ya está listo aquello!…

—Esta noche pasada.

—¿Y dice V. que ha dado buenos resultados?…

—Buenos, para lo que se acostumbra.

A estas palabras Roberto abrió los ojos de tal manera que parecia iban a saltarle de las órbitas.

La tia Colasa, sin aguardar a que él le preguntase, continuó diciendo:

—Valor de veinte mil reales lo menos en alhajas tengo en mi poder.

—¡Bien! dijo Roberto dominando su emoción y procurando dar a su fisonomía toda la expresión de indiferencia que tenía siempre que de *negocios* trataba con las personas que iban a verle, y con las cuales no podía hablar sino a la vista de cien testigos, como sucede siempre en los presidios.

—Ahora, continuó la tia Colasa, habremos de esperar unos días para *pulirla* todo, pues la casa que lo toma está sin fondos; y aunque son gente muy honrada y de quien se puede fiar, y no digo eso, sino mucho más pudiera dejárseles, he preferido guardarlo hasta que estén en disposición de pagarlo al contado.

—Bien hecho.

—¿Con que no se ofrece otra cosa? preguntó a mujer disponiéndose a salir.

—Nada más por hoy, tia Colasa.

—Ea pues, hasta la vista.

—Adiós, y que no se olvide ni un punto de cuanto a V. he dicho, observó Roberto.

—Descuida.

La tia Colasa salió, quedándose Roberto con el gozo natural, después de sabido el buen resultado de otro de sus planes.

Sus dos compañeros, que al ver a la dueña del figon se separaron para dejar el campo libre a la conferencia, juntáronse otra vez a

Roberto así que aquella hubo salido.

—¿Qué tal? le preguntó uno.

—Buenas noticias.

—Veamos.

—¿Y no diréis de qué?

Los dos presidarios se dispusieron a escuchar con mayor atención a Roberto.

—De la calle de la Platería, dijo éste.

—¡Cómo! exclamó uno con la misma admiración que manifestó Roberto al oir la noticia de boca de la tia Colasa.

—¡Tan presto! dijo el otro.

—Tan presto; ahí vereis, prosiguió Roberto.

—¡Pero, si ayer por la mañana se fraguó aquí!…

—Sí.

—Y en tan corto tiempo…

—Hubo ocasión esta noche pasada y se aprovechó.

:—Bien marchamos, y… ¿cuánto?… ¿cuánto?…

—¡Sobre veinte mil reales!…

—¿Dinero?

—No, alhajas solamente.

—Para el caso es igual.

—¡Pero diablo! que va pasando la hora, y no hemos hecho nada todavía, observó Roberto, y es preciso que no vean luego que hemos pasado el tiempo charlando.

—¡Es verdad, no conviene!

Y tomando los tres la escoba, empezaron con grande actividad, para ganar el tiempo perdido, la limpieza de la cuadra, a los tres aquel día encomendada.

CAPÍTULO II.
La yerba que corta el hierro

ON el solo objeto de no dejar al lector con el deseo de conocer todos los hechos que forman nuestra historia, referiremos sucintamente el que ha indicado la tia Colasa en el capítulo anterior, acercado la casa de la Platería.

Y decimos que vamos a referirlo sucintamente, por cuanto, siendo en sí un hecho de poca importancia comparado con los que más adelante veremos, no lo notaríamos siquiera, si no fuese por la circunstancia de que más tarde influyó notablemente en la suerte de

Roberto. En dos palabras está dicho.

A una tienda de platería, de la calle que lleva este nombre, había echado el ojo Roberto días antes de ser encarcelado, para dar lo que la gente de su calaña llaman un buen golpe.

Ni en la cárcel primero, ni luego después en el presidio había abandonado su idea, y una vez madurado el plan, lo comunicó por medio de la tia Colasa a los *chicos*, que fuera de la cárcel ejecutaban y ponian en práctica sus planes; y éstos, introduciéndose una noche por la misma puerta de la calle, la cual abrieron con llaves falsas y ganzúas, despojaron al dueño de la tienda de varias alhajas, que fueron a parar inmediatamente a manos de la dueña del figon.

En este y algún otro negocio la suerte había sido propicia a Roberto aquellos días.

Cuando la tia Colasa le dejó, estaba él lo que se dice un hombre satisfecho.

Pero su satisfacción duró breves momentos.

Cuando más embebido estaba saboreando en su mente el buen resultado de sus planes, le llama el capataz para darle la nueva peor que pudiera recibir.

Era la órden de marchar a la mañana del siguiente día al presidio de Tarragona.

No hay para que decir cómo recibiría Roberto esta órden terrible e inesperada.

La estancia en el presidio de Barcelona era tolerable aun, teniendo las relaciones que él tenía en la ciudad, y no habiendo en la capital duros trabajos en que emplear a los penados; pero el presidio de Tarragona era muy distinto.

En primer lugar, Roberto carecia allí de relaciones; luego, aunque las hubiera tenido, como población sumamente inferior a Barcelona, prestaba poco o nada a su ingenio, que iba a carecer de campo donde poder desplegarse con el provecho que lo hacía en la capital del Principado, y, sobre todo esto, estaba el trabajo penosísimo del muelle, que lo llenaban en su parte más dura los presidarios.

Roberto no podía resignarse a un tan desventajoso cambio de posición, y no se resignó.

Al recibir la órden por medio del capataz, se guardó, no obstante, de dejar entrever otra idea ni otro sentimiento que el natural que dicha órden en su ánimo había producido.

—¿Con que mañana mismo? preguntó Roberto al capataz.

—Si, respondió éste secamente.

—Quisiera pedir a V. un favor…

—Según lo que sea…

—Muy sencillo y puede V. hacerlo.

—Habla.

—Puesto que mañana he de partir, agradecería se me permitiese enviar a uno de los mandaderos con cuatro letras a una casa para recoger un poco de ropa interior que allí tengo.

—Mándalo cuando quieras.

El capataz salió, y Roberto escribió al momento estas cuatro letras, que el mandadero llevó al figon de la tia Colasa:

> «Mañana me llevan a Tarragona. Venga V. a traerme al instante las dos camisas y el par de medias que tiene mías.
>
> *Roberto».*

La tia Colasa, al recibir la carta, no pudo contener un movimiento de sorpresa.

Era la vez primera que Roberto la escribía, y la circunstancia de enviarle la carta por un mozo del presidio, que no se le presentaba *con ningun otro carácter*, la asustó de veras.

El papel iba abierto, y sin embargo de esto, la tia Colasa no lo leyó delante del mozo.

Aunque contaba siempre con la cautela y la discreción de Roberto, estas circunstancias las tenía ella en tan alto grado, que no olvidaba nunca la menor de las precauciones.

Tomó, pues, el papel, y después de convidar al mozo a un vaso de vino, aguardó que éste saliera para leerlo.

Concluida la breve lectura, la cara de la tia Colasa tomó una expresión particular.

Roberto iba a partir a Tarragona, y ella tenía más de veinte mil reales en alhajas pertenecientes a aquel en su mayor parte, pues procedían del robo de la calle de la Platería; y la idea de que el alejamiento de Roberto podía tal vez hacerla dueña esclusiva del tesoro, cruzó rápida por su mente, haciendo saltar de alegría su corazón.

Pero de repente otra idea vino a contrariar la primera en la cabeza de la tia Colasa.

Roberto no estaba solo en Barcelona, dejaba en la capital terribles compañeros, que podrían hacerla pagar cara esta traición, y por otra parte, según probaban los negocios aquellos días, no era cosa de exponerse, además del *castigo material*, a perder por tan escasa cantidad la confianza de la *gente* y el porvenir que aquello iba presentando.

Así la tia Colasa determinó en seguida ir a ver a Roberto al

presidio.

Pocos momentos después, la dueña del figon salía con un pañuelo atado de las cuatro puntas, en donde llevaba las prendas de ropa indicadas por Roberto.

Éste, al verla, la hizo una seña particular y solo perceptible para ella, dándola a entender que necesitaba de toda su atención y diligencia en aquellos momentos.

La tia Colasa, comprendiendo, no a media palabra, sino a *media seña*, se apresuró a darle todas las seguridades, saludando en alta voz con estas palabras, cuyo dóble sentido no era comprensible sino para Roberto entre los demás presidarios que allí había:

—A fé que bien puedes agradecerme esta visita: no podía venir ciertamente, porque tengo la casa poco menos que sola, pero he visto lo que me decías, y, amigo, *cuando conviene, ya sabes que yo hago por ti imposibles*.

—Yo agradezco como siempre su buena voluntad, señora Colasa, y cuento con ella, *principalmente en esta ocasión*, respondió Roberto, acompañando sus palabras últimas con una mirada furtiva y llena de la mayor intención.

—Puedes contar con ella en todo y para todo, añadió la tia Colasa, respondiendo con otra mirada a Roberto.

—¿Con que trae V. ahí la camisa? lo preguntó éste acercándose a ella.

—Sí, respondió la mujer presentándole el pañuelo.

Y adelantando con toda la, naturalidad del mundo la cabeza un poco, inclinada, como para sacar lo que en el pañuelo había, la acercó hasta rozar con ella el pecho del presidario.

Esta acción, que no duró sino un brevísimo instante, bastó a Roberto.

—*¡Yerba!* la dijo en voz muy baja ¡y pronto!

Inmediatamente después de estas palabras, la tia Colasa se separó, con lo cual dió a entender a Roberto que las había comprendido.

—Ea, toma el pañuelo y *no desesperes*… ¡qué diablos! el camino de Tarragona no es el de la horca.

—Poco menos, tia Colaba, dijo Roberto; y si he de ser a V. franco, no sé por qué siento un disgusto que no había sentido jamás.

—Sí, ya lo creo… y te se conoce en la cara porque estás algo amarillo. ¿Habéis comido ya el rancho?

—Yo no.

—¿Pues?

—No tengo gana de comer.

—Deja pues que me vaya, y en cuanto llegue a casa le mandaré

aunque no sea sino una morcilla para que almuerces.

—Gracias, señora Colasa.

—¡Qué gracias ni que ocho cuartos! ¡pues no faltaba otra cosa! ¿Te se ofrece algo más?

—Nada más que repetirle a V. *gracias anticipadas por todo*, respondió Roberto.

—Voyme pues. ¡Ah! ¿y cuándo es la marcha? preguntó la tia Colasa deteniéndose.

—Mañana a primera hora.

—¡Tan de repente!

—Sí.

—Será difícil entonces que pueda yo volver por acá, observó la dueña del figon.

—Como V. conozca y pueda.

—En fin, veremos; pero sobre todo, que escribas en llegando.

—Al momento que llegue lo haré.

—Vaya, pues, Roberto, adiós; y si no puedo yo volver hoy, ánimo, y buen viaje.

—Adiós, señora Colasa.

Y la mujer salió del presidio, dejando a Roberto, que tomó el pañuelo y se quedó afectando el mismo sentimiento que había manifestado al principio.

La señora Colasa bajó rápidamente la calle más Alta de San Pedro, y se dirigió, no a los arrabales de la ciudad, que era donde dijimos tenía su casa, sino a la otra parte de la Rambla.

Metióse en una de las tiendas de quincalla de la calle de Fernando, y a poco de haber entrado, estaba ya escogiendo sobre el mostrador tres o cuatro de las más finas *sierras de relojero*, que había pedido.

Escogió, pagó las que se llevaba, y se encaminó a su casa directamente.

Momentos después, salía del figon una especie de sucia criada, con una pequeña cesta, llevando en ella una taza con dos pedazos de morcilla, un panecillo y un porron de vino.

La criada se encaminó al presidio.

No necesitamos decir que aquello era el almuerzo para Roberto.

Al llegar a la puerta, el cabo de presidarios que estaba de guardia, le preguntó.

—¿Qué traes ahí?

Véalo V.

La criada presentó la cesta al cabo.

Éste la tomó, empezando a examinarla.

Prevención necia y sobre todo inútil desde el momento en que no

está prohibido a los presidarios el comunicarse a ciertas horas y en ciertos días con las personas que van a verles al presidio y las cuales tienen toda la ocasión de llevar consigo cualquier objeto, que pueden entrar comodísimamente al presidario.

A pesar de todo esto, el cabo siguió con todo escrúpulo y formalidad la inspección de la cesta.

Cogió lo primero el panecillo, partiólo en dos pedazos, y le volvió a poner en la cesta.

Luego tomó la laza, tanteó los pedazos de morcilla que contenía y que no tenían más de media cuarta cada uno, y sin otro examen, los dejó volviendo la cesta a la criada, y diciéndole:

—Pasa.

La criada volvió a tomar la cesta, y dirigiéndose a la escalera, se internó en el presidio.

Roberto, al verla entrar en la cuadra, la conoció, y se adelantó a recibirla.

Tomó la cesta de manos de la criada y se sentó, dejándola sobre su cama.

La criada salió:

Lo primero que hizo Roberto, fué partir uno de los dos pedazos del panecillo.

El pan quedó en dos mitades, sin que él advirtiese nada.

Echó a los otros pedazos una mirada escudriñadora, que penetró hasta los poros del pan, y partiéndolo también, lo dejó en la cesta exclamando:

—¡No está en el pan!

En seguida tomó un pedazo de morcilla, clavó en él los dientes, y en su rostro se dibujó una expresión de desaliento, al paso que su corazón exclamaba:

¡Tampoco!…

Tomó el otro pedazo de morcilla, mordió como en el primero, y sus dientes tropezaron con un objeto metálico.

Roberto echó una mirada a su alrededor.

Algunos presidarios que en la cuadra había, no se ocupaban de él.

Partió la morcilla, y sacó de entre la carne dos finísimas sierras de bien templado acero, las mismas que la señora Colasa había comprado momentos antes en la tienda de la calle de Fernando.

Las sierras salieron de la morcilla, para ser escondidas inmediatamente en la cabeza y entre el pelo de Roberto.

Un cabo se le acercó en aquel instante.

Roberto, sin mirarle, y con la vista al suelo, echó un bocado al pan y a la morcilla, poniéndose a mascar con esa calma del que tiene falta

de apetito.

—Poca gana parece que tenemos, dijo el cabo observándole.

—Efectivamente, respondió Roberto, dejando el pan y la morcilla y tirando el bocado.

—¿Pues?

—¿Qué sé yo?… tengo una especie de escalofríos y un dolor en la cabeza que, mejor que comer, me echaría en la cama ahora mismo.

—¡Maulas!

—No tal.

—Con escalofríos o sin ellos, mañana partirás, observó el cabo.

—Ya sé que de todos modos tengo que partir, y por lo mismo que lo sé, fuera una tontería querer oponer excusas que detuviesen la marcha tres o cuatro días.

—Entonces…

—Es que me siento malo de veras.

—Échate, pues, en la cama.

—Voy a pedírselo al capataz.

—Échate, que yo se lo diré luego.

—Gracias, pues.

Y Roberto quitó la cesta, tendió la cama y se echó, tapándose con la manta y quedándose acurrucado sobre el jergon.

Apenas se echó la manta encima, que le cubría gran parte de la cara, dejándole empero libre uno de los ojos, llevó la mano a la cabeza, y sacó una de las sierras que en el pelo poco antes había enredado.

Entonces encogió cuanto pudo la pierna derecha, y aplicando la finísima sierra al hierro del grillete, empezó la difícil operación de serrarlo.

Su movimiento era, siendo la sierra tan pequeña, imperceptible sobre la manta; el ruido, ninguno absolutamente; y una vez logrado el poderse echar en la cama, podía seguir sin riesgo la operación.

¿Pero cuántas horas había de durar esta, hasta conseguir el objeto?

El diámetro del grillete, en su parte más delgada, era mayor al de dos reales, y la hoja de la sierra harto fina para llevar a cabo semejante empresa en corto tiempo.

Sin embargo, la sierra, de puro acero perfectamente templado, no se gastaría con facilidad en el roce contra el hierro del grillete, y cada movimiento era medio punto, por ejemplo, que sin remision se adelantaba.

Toda la dificultad consistia en dar a la operación el movimiento uniforme y constante que requería.

Esta era cuestión de manos, de tino y seguridad en los dedos, y

Roberto sabía, como vulgarmente se dice, donde tenía su mano derecha.

—Son las once de la mañana, se decía para sí; de once a las cinco de la madrugada van diez y ocho horas; si me dejan en la cama todo el día de hoy, en diez y ocho horas sierro el grillete.

Y esto diciendo, y creyéndolo con esa fé profundísima que tiene el hombre, hija de la propia situación en los lances críticos de la vida, continuó la operación sin pararse.

Dos horas pasó, y por cierto bien aprovechadas, sin que nadie le interrumpiera, y algunas más hubiera pasado en su tarea, sin un incidente que debiera haber previsto, antes de echar la cuenta sin la huéspeda, como suele decirse, o sin el despacho de papeles, como diremos mejor en nuestro caso.

Dió la una, y un cabo que se presentó a la puerta de la cuadra, gritó, acompañando la voz con un golpe seco de vara en la madera:

—¡Roberto!

—¡Presente! respondió éste sin interrumpirse en la operación y mirando al cabo.

—¡Pues me gusta! dijo el cabo con una sonrisa infernal al observar que el otro le contestaba desde la cama.

Y se acercó a Roberto con la vara levantada.

Éste, como es consiguiente, no le dejó llegar sin prevenir el golpe.

Antes que aquel pudiera alcanzarle exclamó:

—¡Estoy con permiso! ¡deténgase V.!

—Eso es otra cosa, dijo el cabo bajando la vara con cierto sentimiento.

—Me sentía malo, y como mañana me llevan a Tarragona…

—Te metiste en la cama para ver si retardabas la marcha algunos días…

Roberto no contestó.

Llevó la mano a la cabeza, y haciendo la acción de rascarse, escondió otra vez la sierra entre el pelo.

El cabo continuó:

—¿Con que te llevan a Tarragona? Bien usas la palabra *llevan*, porque si llega eso a ser una maula luya, difícil veo el que puedas ir por tu pié después de la paliza que vas a llevar.

—¡Fuera una crueldad!

—¡Ea, levántale presto! que en la mayoría te llaman para el despacho de papeles.

Roberto se levantó, diciendo en su interior con sentimiento:

—¡Lo menos una hora perdida!

Le engañaba, sin embargo, su juicio y su misma voluntad.

Aquel espacio de tiempo que su ansiedad le hacía llamar perdido, lo necesitaban ya para reponerse sus miembros adormecidos con dos horas mortales de tan violenta posición.

Y en tanto era esto así, que al incorporarse y poner los piés en el suelo, apenas podía ocultar el trabajo que le costaba mover los brazos y las piernas.

El cabo le condujo a la mayoría, donde se le tomó de nuevo la filiación, y se cumplió con los demás requisitos necesarios, pasando allí cerca de una hora.

Al salir de la mayoría se encontró con su capataz, que le dijo:

—¿Con que ya estamos despachados?

—Ya, si, señor; pero como me zarandeen mucho por ahí llevándome de acá para allá durante el día de hoy, fácil será que no pueda salir mañana.

—¿Te sientes malo?

—Un poco. Tengo como un peso sobre los ojos que no haría sino estarme echado.

—Eso no será nada.

—Si V. hiciera de modo que me dejasen descansar en la cama…

—Eso no está en mí, porque como tienes que marchar mañana, pueden venir órdenes superiores para tí expresamente.

—Sin embargo, si V. quisiera…

—¡Yo! ¿pero no te digo lo que puede haber?

—Si, replicó Roberto; pero en cuanto a la *mecánica* de la casa.

—¡Ah! bien, en cuanto a eso, yo haré que hoy no te se mande nada.

El lector extrañará tal vez esa especie de dulzura y buenos modos que usaba el capataz con Roberto, tan diferentes del tono áspero y duro de los cabos que antes hemos oído.

El capataz, sin embargo, no era ni más dulce ni menos amargo que aquellos.

En el presidio el tratamiento es igual, como lo es el carácter de los que mandan en él, hijo del sistema que se sigue en tales establecimientos.

Pero en esto, como en todo, hay excepciones, y en ninguna parte como en el presidio se puede dulcificar el carácter de ciertos hombres por medio de las dádivas.

Roberto, que no era nada torpe, conocía esto, y como tenía ingenio de sobra por otra parte para hacerse con medios de ser generoso, solia ganarse de vez en cuando la consideración del capataz.

He aquí la explicación de la dulce conducta de este *funcionario*.

Roberto se dirigió, pues, de nuevo a su cama, y tapándose y

poniéndose como antes estaba, volvió inmediatamente y la operación interrumpida.

Dieron las cinco de la tardo, hora de comer el rancho en el presidio.

Aprovechando el corto espacio que se dá a los penados en aquella hora, fueron a verle los dos compañeros que el lector recordará se quedaron con el a la limpieza de la cuadra, en el capítulo anterior.

—¿Con que le perdemos? díjole uno de ellos acercándose a la cama.

—Así parece.

—¡Qué diablo! añadió el presidario que había hablado, no tardaremos en vernos por allá.

—En peor ocasión no podía venir el traslado, observó el otro de los recien llegados, conocido con el nombre de Ceniciento.

Damos al lector los nombres de los dos presidarios para no confundirnos en lo que vamos refiriendo, y para que les conozcamos a primera vista cuando vuelvan a presentarse en el curso de los sucesos que vamos narrando.

El otro presidario se llamaba Pablo.

—Oye, Ceniciento, dijo Roberto.

—Habla.

—¿Sabes quién tiene esa cama de mi derecha?

—El borracho ese que entró el mes pasado, respondió el Ceniciento.

—Es necesario que cambies con él esta noche, añadió Roberto.

—¿Pues?

—Ya te diré luego el porqué.

—Cuidado con ello, observó en seguida el Ceniciento, porque sabes que hemos hecho eso mismo ya otra vez, y a mí me duelen todavía las costillas de los varazos del cabo.

—¡Qué diablo! ¿quién se acuerda de aquello ahora?

—¿Quién se acuerda? el que conserva aun como yo los cardenales en las espaldas.

—¿Tienes dinero? preguntó Roberto sin hacer caso de las últimas palabras del Ceniciento.

—No.

—Toma pues.

Y Roberto sacando un napoleón del bolsillo, se lo entregó al Ceniciento.

—Por un napoleón, continuó, cualquiera cambia de cama una noche.

—Entiendo, concluyó el Ceniciento; se hará.

—¡Pablo!

Éste se acercó más a la cabecera de Roberto.

—Toma tu otro napoleón, y procura venirte esta noche a esa otra cama de la izquierda.

Pablo tomó el napoleón, diciendo al mismo tiempo:

—Esta bien, pero no comprendo una palabra.

—Ya lo comprenderás luego, dijo Roberto.

Y volvió a meter el brazo dentro de la maula.

Encogió otra vez la pierna y siguió su operación.

Pablo y el Ceniciento le contemplaron un momento, y éste le dijo:

—Pero, ¿qué diablos haces ahí tan encogido? porque lo que es enfermo, aunque lo has dicho, no lo estás.

Roberto se sonrió diciendo:

—Hago lo que tú y ese tendreis que hacer esta noche cuando yo me canse y no pueda continuar.

—¿*Yerba*?… preguntó Pablo en tono muy bajo.

—Pues claro está, respondió Roberto.

—Ahora lo comprendo.

—Dejadme ya.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Pablo y el Ceniciento se separaron.

Roberto prosiguió en su operación.

Hora es ya de que justifiquemos el título de este capítulo, explicando lo que es eso de la *yerba que corta el hierro*.

Empezaremos por decir al lector que nuestro título está motivado por la especie que corre en boca del vulgo, y que no es más que una de esas solemnes paparruchas que empieza por creer la gente sencilla, y que más tarde se elevan hasta engañar a personas de alguna educación y buen criterio.

La yerba que corta el hierro, y de la cual se dice se valen los presidarios para librarse de los grillos y escaparse, no existe.

No hay planta alguna que contenga en el zumo natural que arroja, sin que neutralicen su fuerza las demás partes que lo componen, la cantidad suficiente de un principio que pueda, como se quiere suponer, destruir en momentos el hierro de un grillete; y, como se comprenderá fácilmente, aunque semejante principio destructor existe en varios vejetales, el obtener el producto bastante al objeto es operación harto difícil y complicada para que pueda practicarla un presidario, ignorante por lo comun y falto de medios en el presidio.

CAPÍTULO III.
La huida del presidario

LEGÓ hora de recogerse en el presidio de Barcelona.

Roberto volvió la vista a uno y otro lado de su cama, y vió con placer a Pablo y al Ceniciento arreglando las de la derecha e izquierda, cada cual la suya respectiva.

Todos los presidarios se acostaron.

Dióse la señal de *silencio*, y la quietud del sepulcro reinó instantáneamente en la cuadra.

En medio de ella y colgada del lecho, ardia débilmente una

lámpara de hierro.

El cabo de guardia, cerrada la puerta de la cuadra, estaba a la parte de adentro, junto a la misma, sentado en una silla de anea, la vara entre piernas, y leyendo, para distraer el sueño, una historia de ladrones, *Los niños de Ecija*, a la luz de una pequeña linterna que colgaba del cerrojo.

Roberto seguía sin interrumpirse su operación.

Con las horas que llevaba de trabajo, y en tan penosa posición, se sentía ya casi sin fuerzas para continuar.

Así determinó empezar a servirse de la ayuda del Ceniciento.

Éste ocupaba la cama de la derecha.

Roberto sacó el brazo de la manta, teniendo entre los dedos la sierra, y tocó ligeramente la cabeza de su compañero.

La distancia de una a otra cama era de tres piés escasos.

El Ceniciento abrió los ojos, que brillaron en aquella semi-oscuridad como los de un buho en un bosque y en medio de la noche, y sin volver la cabeza ni mover más que el brazo, llevó su mano hasta tocar la de Roberto.

Éste pasó la sierra de sus dedos a los del Ceniciento.

Luego con suma cautela Roberto estiró la pierna, levantó la manta, y sacando el pié de la cama lo descansó en la cama de la derecha.

Ya hemos dicho que la pierna derecha era la que llevaba el grillete.

Roberto efectuó este movimiento con tal aplomo, que ni el más ligero ruido de la cadena ni del grillete interrumpió el silencio sepulcral de la cuadra.

El Ceniciento se deslizó como una culebra en su cama, hasta poder llegar con las manos al pié de Roberto.

Recorrió con los dedos los hierros horizontales del grillete, y a los pocos momentos encontró con su finísimo tacto la huella de la sierra en el hierro.

Aplicóla al mismo sitio y empezó la faena, mientras Roberto descansaba de la suya.

Así estuvo el Ceniciento cuatro horas largas, mejor aprovechadas todavía que las que empleó Roberto, por cuanto aquel pudo acomodarse mejor y tomar la postura menos cansada y más conveniente al objeto.

Dió la una de la noche y Roberto creyó que había llegado el momento de emplear al otro compañero.

Hizo un ligero movimiento, que notó instantáneamente el Ceniciento, y éste paró en la operación.

Roberto, con la misma cautela de antes, volvió la pierna a su cama, tomó la sierra que le devolvió el Ceniciento, y pasando por sus

finísimos dientes de acero el dorso de la mano, dijo para sí:

—¡Bien templada está! pincha como si no hubiera servido; no hay necesidad de la otra por ahora.

E introduciendo un extremo de la sierra en la hendidura circular practicada en el hierro, se enteró del estado del trabajo por la profundidad de la hendidura.

Contento y satisfecho, exclamó entonces:

—¡Lo que dije! bien he calculado; dentro de tres horas queda esto corriente.

Y observando siempre el mismo tiento, dió media vuelta en la cama, alargando luego el brazo hasta tocar en la frente de Pablo, que ocupaba la de la izquierda.

Atento éste para el instante en que fuera avisado, llevó su mano a la de Roberto, del cual recibió a su vez el instrumento para seguir en la operación.

Roberto dió otra media vuelta, quedándose en la cama bocabajo, y de esta suerte, su pierna derecha pudo llegar perfectamente basta descansar el pié en el borde de la cama de la izquierda.

Pablo, después de un ligero tanteo al grillete, empezó la operación, que duró otras cuatro horas.

Dieron las cinco de la mañana y los golpes secos del día anterior a la misma hora, sonaron en la puerta de la cuadra.

Roberto había retirado la pierna momentos antes de la *diana*, pues, como es de suponer, contaba basta los segundos en medio de su natural ansiedad, e introduciendo otra vez el extremo de la sierra en el hierro, y siguiendo la hendidura alrededor, encontró que el grillete no se sostenía ya unido, sino por una espiga en el centro de escasos puntos de diámetro.

Su corazón respiró, y en sus labios se dibujó una sonrisa de satisfacción.

Al sonar la particular diana del presidio, fué el primero que echó pié a tierra.

En el momento en que Roberto se levantaba, entró una pareja de guardias civiles en el patio.

—Ya están aquí los civiles que vendrán a buscarte, le dijo Pablo, que se asomó a una ventana.

—Seguramente, respondió Roberto con frialdad, mientras arreglaba el morral para la marcha.

—¡Roberto! gritó una voz fuerte desde la puerta de la cuadra.

—¡Presente!

—¡Al avío!

Roberto acabó de arreglar el morral en un instante, y se lo puso en

la espalda disponiéndose a salir.

—Ea, chicos, basta la vista, que voy de viaje, dijo despidiéndose de sus compañeros.

—Adiós, Roberto, ¡y buena suerte!… díjole el Ceniciento estrechando su mano.

—Adiós, contestó aquel apretándola, mientras alargaba la otra a Pablo.

—¡Ea! ¡presto con mil diablos! volvió a gritar el cabo desde la puerta.

¡Allá voy!

Y Roberto salió.

Se hizo la entrega de su persona a los guardias civiles en la mayoría, y pocos momentos después bajaba delante de aquellos por la calle más Alta de San Pedro, hacia la puerta de San Antonio para tomar el camino de Tarragona.

Cerca de dos leguas llevaban ya andadas, sin que Roberto volviese la vista atrás, ni menos dijera una palabra a sus guardianes, circunstancia que no pudo menos de chocar a estos, pues un preso tarda poco en semejantes ocasiones, en procurar trabar conversación con los mismos que le custodian.

El preso es naturalmente comunicativo, efecto de la debilidad que es hija de su misma posición, y solo se mantiene uraño y profundamente reservado en los primeros momentos de la prision, o bien cuando el orgullo o la propia dignidad resentida, no le permiten salvar la distancia entre él y sus guardianes.

Pero, como se comprenderá fácilmente, ninguno de estos motivos podía tener la reserva de Roberto.

En cuanto al primero, Roberto no era un preso de aquel día, sino de muchísimos meses antes; y tocante a lo segundo, esto es, al amor propio y la dignidad que pudieran cerrar sus labios, ya sabemos que en su corazón no cabian tales sentimientos, ni tales ideas en su mente.

Su silencio tenía otra explicación.

La pareja que le conducia no debia acompañarle sino el espacio de tres leguas y media, esto es, de Barcelona hasta Molins de Rey, y en ningun punto de este camino podía convenirlo la mayor o menor consideración que lograra alcanzar de sus guardas.

Hé aquí el porqué no quiso gastar saliva en palabras inútiles.

Al cabo de tres horas llegaron a Molins de Rey, y allí la primera pareja hizo entrega del preso A la segunda, que lo recibió, continuando el camino después de un breve descanso.

Al salir del pueblo la fisonomía de Roberto tenía ya otra más animada expresión.

Con la primera pareja marchaba seis pasos delante, mudo completamente, y sin volver la vista atrás ni a los lados siquiera.

Con la segunda llevaba escasamente a los civiles la distancia de tres piés, y hablaba notando las particularidades del camino y volvía la cabeza, y les preguntaba, obligándoles, no con la pesadez de las preguntas, sino con la sencillez y la humildad del tono, a contestarlo.

A un cuarto de legua de la población se halla, a la izquierda del camino o inmediato a éste, un verdadero bosque de melocotoneros.

Al divisarlo, los ojos de Roberto brillaron con una expresión mezclada de esperanza y de temor, y su rostro mudó de color completamente.

—¿Saben Vds., dijo a los guardias, parándose un poco y poniéndose casi en medio de ellos, que ha sido muy corto el descanso que hemos hecho en Molins de Rey?

—El tiempo que estaba mandado, respondióle uno de los guardias.

—Ya comprendo que estaría así prevenido, pero ha sido muy corto, y yo hubiera dado cualquier cosa porque hubiese durado un poco más.

—¿Pues? dijo uno de los guardias.

—¿Por qué? añadió el otro.

—Porque a mí no me gusta molestar a nadie, ni…

Roberto no quiso concluir, aguardando nuevas excitaciones de los guardias.

—No comprendo… observó uno de estos.

—Es que al salir del pueblo, empecé a sentir así como necesidad de algo… no lo quise decir entonces, pensando que no me molestaría tan pronto, y ahora…

—Eso no tiene que ver, y puede V. detenerse el tiempo preciso en cualquier punto del camino, porque no tan solo está eso permitido a los presos, sino que mandado a nosotros espesamente.

—De todas maneras tendrán Vds. que estar esperando…

—¿Y qué remedio? Mejor fuera esperar una buena comida, pero… dijo el guardia sonriendo.

En este momento llegaban ya al punto de los melocotoneros.

—Aquí, pues, si Vds. me lo permiten, me detendré un instante.

Las guardias dieron tres pasos hácia la orilla del camino, donde se detuvieron descansando los fusiles, mientras Roberto se internaba entre los árboles, quedándose empero a la corta distancia de dos varas.

Los matorrales de la orilla del camino le cubrían el cuerpo hasta la barba, y los guardias no perdian de vista su cabeza.

Lo primero que Roberto buscó, mirando al suelo, fueron dos piedras del tamaño de una naranja la una, y mayor la otra, que pudo

fácilmente encontrar en aquel terreno, y las acercó a sí con el pié.

Inmediatamente soltó la hebilla del cinturon de cuero, del que pendia la cadena, y, quitándoselo, quedó ésta en el suelo sujeta solamente al tobillo por el anillo del grillete.

Concluida esta fácil operación, cogió la piedra de mayor tamaño y la puso en el suelo debajo del grillete y de manera que la hendidura del hierro viniese poco más o menos sobre el centro de la piedra. Luego tomó la otra, y dió con toda su fuerza un golpe sobre el hierro.

La delgada espiga que quedó sin limar y con el solo objeto de sostener unido el grillete el tiempo preciso, rompióse al golpe, e instantáneamente Roberto le abrió, quedándose libre de él por completo.

Al oir el golpe, los guardias levantaron la cabeza.

En el mismo momento Roberto agachó la suya.

No necesitaron más los civiles para precipitarse sobre él.

Pero cuando llegaron al sitio, Roberto, de dos saltos, había hecho ya doble la distancia.

—¡Alto! gritaron a un tiempo los dos guardias montando los fusiles.

Roberto, como un jabalí escapado a los gritos de los cazadores, volaba, que no corría por entre los árboles.

Los guardias conocieron que sus piernas no iban ya a alcanzarle, si no le detenía una bala, y apuntándole, le dispararon los dos al mismo tiempo.

Casualidad hubiera sido el que una de las balas hubiese acertado a darle.

La puntería, en primer lugar, era poco menos que imposible en un terreno tal, lleno de troncos de árbol, y llevando por lo mismo el fugitivo una línea tortuosa e irregular en la huida; y luego porque naturalmente había de encontrarse a cada paso cubierto el cuerpo por el tronco de los árboles.

Los guardias, cuando después del disparo observaron que la velocidad de Roberto era, si cabe, mayor, perdieron ya toda esperanza y se miraron estupefactos el uno al otro.

—¿Y ahora? dijo uno al cabo de un rato.

—Eso mismo digo yo, respondió el otro: ¿y ahora?

—¡Es la primera vez que me sucede!

—¡Y a mí!

—¡Nos ha burlado!

—Completamente.

—Ya tuve yo, así, cierto recelo, cuando el pícaro indicó la necesidad de detenerse.

—Si he de decir la verdad, me sucedió a mí lo mismo.

—¿Y por qué no lo decías?

—¿Y tú por qué no lo manifestabas?

—Es cierto.

—Los dos hemos faltado.

—La culpa es de los dos.

—¿Quién se presenta ahora al comandante?

—Nos va a costar el destino.

—De seguro.

—Por torpes.

—O por demasiado buenos.

—Pero, ¿no llevaba la cadena ese hombre?

—Si.

Y uno de los guardias volvió al sitio de Roberto.

La persona de éste les absorvió naturalmente toda su atención, para que observaran si llevaba o no la cadena al tiempo de la huida.

—¡Ahí tienes la cadena! exclamó uno levantándola del suelo.

—¡Así huyó él tan lijero! ¿A ver?

Los guardias empezaron a examinarla.

—¡El grillete está limado y partido por la mitad de uno de los hierros!…

—¡Así volaba él como un gamo!

—Pero la cadena en nuestras manos, salva nuestra responsabilidad.

—No lo comprendo.

—Es natural.

—Esplícale.

—La culpa no es nuestra, sino del presidio.

—Bien mirado.

—No hay más. Si en el presidio o en cualquiera otro punto nos hubiesen entregado un hombre sin seguridad ninguna, nosotros hubiéramos tenido buen cuidado de asegurarnos, asegurándole a él para el camino; pero del presidio ha salido el preso con cadena y grillete, un hombre no puede huir aherrojado de esta suerte, y en esta garantia del presidio hemos fiado nosotros.

—Con efecto, si en el presidio hubiesen examinado como debían…

—Porque esto que está limado, se ve claramente no puede ser operación hecha en el cortísimo tiempo que él estuvo parado ahí; sino que es asunto de más de dos y tres horas, y ha debido salir por consiguiente con el grillete así preparado del presidio.

Los guardias tenían razón al hacer semejantes cálculos.

Pero este chasco, debido a la astucia de Roberto, no implicaba una tan grave culpa al presidio.

No recordamos si hemos dicho, y si lo dijimos no importa repetirlo ahora, que la hendidura practicada por la sierra en el hierro del grillete, siendo el instrumento tan sumamente fino, era apenas perceptible a la vista, mirándolo con mucha atención, y menos aun al tacto, pues estaba hecho con suma maestría; y el capataz que examinó, como era su deber, al presidario que entregaba, no había de ir con un microscopio a la inspección del grillete.

Diólo un golpe con una llave, el choque produjo toda la sonoridad apetecible; las remachaduras estaban intactas; casi era preciso, pues, para rehuir tocia responsabilidad, haber adivinado la operación practicada que no se conocía absolutamente en el grillete.

La cadena, sin embargo, era una grande excusa para los guardias.

—Nada, ¿qué quieres hacerle? Ahora ya no hay remedio.

El otro guardia se encogió de hombros.

—Nos presentamos al momento con la cadena, y referimos lo que ha pasado.

—Natural.

—Ea, pues, el mal camino andarlo pronto.

—Vamos.

Y con aire triste y abatido, los guardias se encaminaron al primer punto a dar el parte del suceso.

El punto más cercano era Molins de Rey.

Los guardias dieron el parte al comandante del punto. Momentos después jugaba el telégrafo desde Barcelona hasta las fronteras de Francia y Portugal, comunicando la órden siguiente a los comandantes de la guardia civil:

«Se ha escapado un presidario, que aprenderá V. si logra descubrirle en el rádio de su mando.

Se llama Roberto.

Filiación:
Estatura, baja.
Color, moreno.
Ojos, pardos.
Nariz, regular.
Barba, cerrada.

Señas particulares:
Una cicatriz en la mejilla y sien izquierdas».

CAPÍTULO IV.
Desnudar al vestido para vestir al desnudo

UNA legua había corrido Roberto atravesando campos y saltando barrancos, cuando oía aun los disparos de los guardias civiles, y volvía atrás la vista creyendo verlos a cada instante en su persecución.

El cansancio le obligó al fin a pararse.

En una pequeña altura que dominaba el terreno necesario para que desde allí pudiese descubrir con tiempo la gente que acaso en su busca anduviera, se detuvo, sentándose para respirar de la natural fatiga que debia haberle causado la rápida y larga carrera que llevara,

acompañada del sobresalto y el miedo consiguiente en un caso semejante.

—Pues, señor, se dijo luego respirando con satisfacción, quitándose el gorro y limpiándose con la mano el sudor que caía de su frente; me he salvado por ahora. No ha sido poca suerte la mia. El goce de la libertad en los primeros momentos de recobrarla, embarga las potencias, fijándolas en la idea de esa misma libertad.

Así Roberto no pensó al pronto en nada más sino en que era, en que se veía libre, sin que pudiera distraerle, y esto solo en cortísimos intérvalos, más que otra idea, y aun ésta porque estaba íntimamente unida a la principal que le ocupaba: la idea de que asomára de improviso en el terreno que abrazaba la vista, algún tricornio de guardia civil, o algún sombrero de mozo de la Escuadra.

Pero este estado de su razón y de sus sentidos no podía durar largo tiempo en su situación, y la idea dulce de la libertad vino a ser presto amargada por el pensamiento de cómo iba él a gozar de esa libertad.

Siendo dueño de dirigirse donde quisiera, ¿a dónde irá que menos inseguro estuviese?

En España, a ninguna parte.

Pasar la frontera y entrar en Francia, no era difícil, pero ¿qué iba a hacer en tierra extranjera un hombre ignorante de la lengua y costumbres del país, sin oficio ni profesion, y, sobre todo, con una repugnancia instintiva al trabajo, y un miedo cerval a la escasez y a las privaciones?

Sin que él se explicára la causa, la idea de emigrar a Francia que le ocurrió al momento, porque es lo primero que se ocurre a todo criminal que logra escaparse en España, le repugnó al tiempo mismo de concebirla.

Para Roberto, la cuestión, si era de libertad, era asimismo de vivir bien y holgadamente con ella; así es que la falta de esa libertad no la sintió en toda su extensión en el tiempo del presidio, sino cuando se le presentó el horrible cuadro de un trabajo constante y duro como el que le aguardaba en Tarragona.

Posible era que a no haber venido nunca la órden de su traslación, hubiese cumplido su condena en Barcelona, sin intentar jamás la huida.

La vida, pues, que hubiera podido ofrecerle el paso de la frontera, no le sedujo ni mucho menos, y la renunció completamente.

Ni la vida errante en el monte, ya que no podía naturalmente permanecer en una población sin riesgo de ser descubierto a cada instante, se ajustaba a su índole y carácter.

Roberto no era hombre de campo, ni a propósito para declararse

abiertamente contra la propiedad agena, haciéndole la guerra en el monte, o en medio de un camino; necesitaba valerse de medios distintos, y vivir de distinto modo también.

Y esos medios y esa vida en España no los veía posibles sino en Barcelona.

Pero, ¿cómo volver a Barcelona? o mejor dicho, porque esto era lo más fácil, ¿cómo permanecer en ella?

Ahí estaba la dificultad.

Roberto lo conocía, y sin embargo, esta idea era la única que seducia su imaginación.

La sed le aquejaba, y se levantó para beber en un arroyo que no lejos de su sitio corría.

Al levantar la cabeza después de haber bebido, su vista tropezó con un labrador que estaba arando en un campo cercano.

Miró un momento al labrador, reflexionó un rato, y exclamó luego de repente:

—¡Mi resolución está tomada, y voy a poner en práctica el primer medio que se me ofrece!

Después de esta reflexion, echó a andar resueltamente hácia un largo ribazo, siguiendo el cual, podía, sin ser visto, llegar hasta el linde del campo en donde araba el labrador.

Llegado que hubo al extremo del ribazo, observó un momento al campesino, y dijo para si:

—Es viejo; tanto mejor.

Y Roberto empezó a desnudarse de su ropa, quitándose chaqueta, pantalon y gorro, y quedándose con solas la camisa y las alpargatas.

Dejó la ropa de que se había despojado en el suelo, y se dirigió por la espalda al campesino.

Siguióle a corta distancia, sin que el buen hombre advirtiese nada, acompañándole en su pausada marcha, hasta concluir el surco que la reja del arado abría en la tierra.

Cuando el labrador fué a dar la vuelta, Roberto se paró aguardando a que aquel le viese de improviso y de frente.

—¡Gran Dios! ¡Jesús! gritó el labrador al ver como salido de la tierra y a tres pasos de sí, un hombre desconocido, de pié, inmóvil y en camisa.

Roberto no pudo menos de sonreirse a la exclamación del viejo labrador.

Éste, naturalmente, se quedó estupefacto mirándole, sin osar moverse ni pronunciar más palabra.

—¿Asusta a V. mi presencia? le preguntó Roberto.

—Es decir… asustarme… balbuceó el hombre temblándole las

carnes.

—Vamos, no diga V. que no, añadió Roberto con sequedad.

—Pues digo que sí, si V. se empeña, respondió el campesino, añadiendo luego para sí: tiene todas las trazas de un loco; pero, ¿de dónde diablos habrá, salido?

—¿Y qué piensa V. ahora? volvió a preguntarle Roberto.

—¿Yo?… ¿qué es lo que pienso?…

—Sí.

—No pienso nada.

—¡Mentira!

El labrador tembló de nuevo.

—¿No me ve V. en camisa?

—Sí, señor.

—¿Y qué es lo primero que necesita un hombre que se encuentra en camisa?

—Necesita… balbuceó el labrador, no sabiendo cómo concluir y exclamando en su interior: ¡Dios mio, dame acierto para responder lo que el quiera!…

—Vamos a ver, ¿qué necesita? insistió Roberto.

—Necesita…

—¡Vestirse, animal! concluyó Roberto con tono tan fuerte, que acabó de espantar al campesino.

—Es verdad… se apresuró a decir éste.

—Luego yo necesito… ¡concluya V.!

—Vestirse… balbuceó el labrador sin perder el miedo que tenía.

—Pues, desnúdese V.

—¡Yo! exclamó el campesino mirando al Adán que delante tenía.

—Usted.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡pues esta es buena! dijo el viejo en su interior.

Pero no obstante el miedo y el espanto, se atrevió a intentar una, aunque muy débil resistencia preguntando:

—¿Y para qué quiere V. que yo me desnude?

—Es natural: para vestirme yo.

—¡Con mi ropa!

—Con la misma.

—Tenga V. piedad, señor… don…

—¡Diablo! gritó Roberto con voz fuerte.

—¡No hay remedio! pensó el labrador, será preciso; de lo contrario, va a cometer una barbaridad conmigo.

—¡Presto! volvió a gritar Roberto, levantando esta vez el puño, y enseñándoselo al viejo.

—Allá voy, allá voy, se apresuró a decir el labriego empezando a

desnudarse.

—¡Así, de prisa!

—Pero, luego yo, ¿cómo voy a quedar?

—Luego se vestirá V. con la mia.

—¡Con la suya! ¡y va poco menos que como su madre le parió!… dijo el viejo interiormente.

El labrador no tuvo más remedio.

Trataba con un loco, que tal juzgaba al que delante tenía; él se miraba un débil anciano; el loco era joven y robusto, y a solas con éste, en medio de un campo, del que la casa más cercana se hallaba distante media legua, era imposible resistir a cuantos disparates se le ocurriesen al tagarote que de tal modo se lo había aparecido.

—Si pudiera escaparme echando a correr, pensaba no obstante; pero no, que dejaría aquí el mulo, y luego si me pescara, era capaz entonces de descuartizarme.

Así, empezó por quitarse la chaqueta, que se paso en seguida Roberto, luego el chaleco y el pantalon, que éste fué apropiándose, y hasta la gorra que llevaba.

—Ahora solo falta, se dijo el labrador en camisa, que me quiera quitar el mulo.

—¡Bravo! exclamó Roberto con el nuevo traje; algo usado está, pero no le hace.

—Eso es, échale peros todavía, pensó el labrador tiritando de frío.

—Ahora, dijo Roberto, V. querrá seguramente lo mismo que yo quise antes.

—¡Yo! solo quiero que te largues pronto, pensó el pobre campesino.

—Usted querrá vestirse…

—Ciertamente lo quisiera, pero…

—Pues, ¿vé V. aquel ribazo?

Roberto extendió la mano señalando el punto que decía al labrador.

—Si, respondió éste.

—Pues en este extremo de acá y al pié de aquel pequeño algarrobo encontrará V. un vestido.

—¡Un vestido!…

—Y completo.

El labrador se quedó mirando a Roberto.

Éste, después de pronunciadas sus últimas palabras, echó a correr, como si otra vez le persiguieran.

—Lo he dicho, este hombre es loco. ¿Pero de dónde habrá salido? ¡Y cómo corre! ¡Lance más particular! Ya no le veo. ¡Anda y llévete el

diablo!

La estación no era para ir la gente tan ligera de ropa como el labriego se había quedado, ni su edad le permitia resistir mucho tiempo en un estado semejante.

—¿Si fuese cierto lo que me ha dicho de la ropa? se preguntó: con verlo nada pierdo.

Y se dirigió al sitio que antes le había indicado Roberto.

—¡Es verdad! exclamó un trecho antes de llegar, viendo la ropa al pié de un árbol.

Llegóse a ella, levantóla del suelo, la miró, y…

—¡Dios mio! gritó en seguida; ¡es la ropa de un presidario!

Y arrojándola inmediatamente como si le quemara la mano, concluyó:

—¡Dios me libre de ponérmela! ¡el grandísimo tuno! ¡ahora lo comprendo todo!… se habrá escapado, ¡y con mi ropa no será fácilmente reconocido!

Dejemos ya al admirado campesino, que no ha de faltarle un medio de salir de su apuro, y sigamos a Roberto.

Con el nuevo traje era de todo punto imposible que nadie, a simple vista, tuviera la menor sospecha; pero hombre experimentado y precavido, no quiso fiarse, y aguardó, escondido entre unas matas, a que anocheciera para dirigirse a Barcelona.

—Aunque nadie ha de fijarse en mí para nada, se dijo, es muy natural que el telégrafo haya jugado y tengan ya mi filiación algunas parejas que andarán en su busca; por consiguiente, aguardaremos a que anochezca.

Así lo hizo, y a la caida del sol salió de su escondrijo, tomando la dirección del pueblo de Sans, al través de los campos, teniendo sumo cuidado en evitar el encuentro de toda clase de gente.

había anochecido cuando llegó al pueblo, sintiéndose más abatida por la falta de alimento, que por la fatiga de lo que había andado y corrido.

—Casi, casi estoy por detenerme aquí en cualquier bodegon de estos, y gastar los cuartos que encontró en esto bolsillo, se dijo.

Y ya dentro del pueblo, y sin poder resistir el hambre, se metió en la primera *casa de comida* que halló.

Pidió las viandas que su corto caudal le permitia y se puso a devorar lo que le presentaron con el apetito que puede tener un hombre de buen estómago, después de un día en ayunas y de haber andado las leguas que él anduvo.

Roberto llegó a olvidar en aquel momento del verdadero placer, el grave peligro pasado, y aun su crítica situación de entonces mismo.

Todos sus sentidos, su ser entero se hallaba dominado por la satisfacción de aquella tan imperiosa como apremiante necesidad material.

No veía, no oía, no pensaba, comia solamente.

Pero de pronto su corazón se sobresaltó, sus mandíbulas pararon su acelerado movimiento, la mano con el pedazo de pan se detuvo a dos dedos de la boca, volviendo a bajarse a la mesa.

Acababa de resonar en la sala el ruido de dos culatas de fusil al descansar en el suelo.

Roberto volvió la vista a la puerta, sin mover apenas la cabeza.

Eran dos guardias civiles que acababan de entrar en el figon.

Roberto reconoció en ellos a la primera pareja que le había acompañado.

Como quien se rasca la cabeza, echóse a la cara y al lado que miraba a los guardias el extremo de la larga gorra, y bajando la cabeza, púsose a comer de nuevo.

Los demás jornaleros que cenaban en el figon, no hicieron el menor caso de la entrada de los civiles.

—¡Patrona! dijo uno de ellos acercándose ambos al mostrador.

—¿Qué se ofrece? contestó la dueña del figon poniéndose de pió y dispuesta a servirles.

—Un par de borregos y dos vasos de vino.

—¡Bien está! ¿De a diez y seis?

—O de a veinticuatro, lo mismo da.

—¿No quieren Vds sentarse?

—No, que tenemos prisa.

Roberto, que no perdia una sola palabra, se dijo interiormente:

—Si es para lo que presumo, aviados estais como fiéis en la prisa de cuando en cuando levantaba furtivamente los ojos para observar todas las acciones de los guardias.

Al cabo de pocos momentos sacó uno de ellos un bolsillo de punto de estambre de colores, pagó el gasto, y después de dar las buenas noches, salieron ambos del figon.

Roberto respiró.

No tardó él tampoco en pedir su cuenta, que satisfizo con el dinero del campesino, y salió de la casa, tomando la carretera y confundiéndose entre los varios grupos de trabajadores que, concluida la hora de trabajo en las fábricas de Sans, regresan a bandadas a la capital en donde viven la mayor parte.

CAPÍTULO V.
De cómo empezó a ingeniarse Roberto para poder vivir en Barcelona

LAS ocho y media de la noche entraba Roberto en Barcelona.

Metióse en una de las calles inmediatas a la puerta de San Antonio, por donde había entrado, y subió al cuarto tercero de una casa de humilde apariencia.

Miró por la cerradura, vió luz dentro de la habitación, aplicó un momento el oído a la puerta, y luego dió un silbido fino y especial cerca del ojo de la llave.

Dentro de la habitación había una mujer sola. La mujer se sobresaltó al oir el silbido.

—¡Qué es esto! exclamó, ¡será posible! ¡Ah! ¡no puede ser!…

Y se quedó de pié como aguardando que la seña se repitiera.

El silbido no tardó en volver a oirse.

—¡Ah! sí, sí, exclamó la mujer, es su misma seña.

Y se lanzó a la puerta.

Abrióla, y Roberto se precipitó dentro, preguntando en voz baja a la mujer sobresaltada:

—¿Estás sola?

—¡Roberto!

—¿Estás sola? repitió éste.

—Sola, respondió la mujer estupefacta y temblándole las piernas.

Roberto cerró otra vez la puerta de la escalera, y acompañado de la mujer, se metió en la pieza más retirada de la casa.

—¡Roberto! volvió a exclamar la mujer abrazándole.

Aquel se dejó caer sobre una silla, sin volver el abrazo y diciendo:

—¡Ah! ¡ya respiro!

—Pero… ¡cómo ha sido esto! ¡y ese traje!…

—Déjame descansar y respirar un poco sin miedo y con libertad.

—Pero… insistió la mujer con impaciencia.

Aquella mujer, que se llamaba María, era la querida de Roberto.

—Todo lo sabrás luego, mujer, contestó éste.

Y en seguida la preguntó:

—¿Qué tienes en casa para echar un bocado?

—¡Ay, Roberto, nada! Ya sabes que yo para mí y necesitando como tú necesitabas en la cárcel, no gastaba casi nada, para atender a los gastos mayores que cada día se te ocasiónaban.

—Y dinero, ¿qué dinero le queda?

—No llegará a tres onzas.

—¡Poco dinero es!… oye: sal a la calle, y tráete un poco de vino y algo que mascar.

—Voy en seguida.

—Es inútil advertirte el disimulo…

—¡Quieres callar!… ¿tan niña y con tan poco mundo me juzgas?

—Anda pues, y vuelve presto.

—Me llevo la llave de la puerta.

—Eso es, mejor.

La mujer salió y Roberto quedóse reflexionando sobre su situación.

Cuando volvió María, encontró a Roberto totalmente variado.

Su ceño, antes arrugado, y toda su fisonomía abatida y pesarosa cuando se presentó a su querida, habían adquirido un tinte de

satisfacción, hijo de la esperanza que animaba su pecho.

—¿Qué traes? preguntó a la mujer con cierta afabilidad:

—Vino de a peseta y jamon y almendras tostadas y pasas de Málaga.

—¡Bravo! Vamos, pues, al comedor o a la cocina, y allí cenaremos los dos.

La mujer no se explicaba este cambio repentino en el humor de Roberto.

—¿Con que dices que te quedan aun tres onzas? le preguntó éste partiendo el jamon, y echando antes de comer un buen trago para desembarazar la garganta.

Sí:

—Pues mira, mañana has de gastarlas.

—¡Todas!

—Todas.

—Ya sabes que yo obedezco ciegamente lo que me mandas.

—Sí, María, y esta vez es de pura necesidad, porque solo el pensamiento que tengo puede salvarme.

—¡Ay! ojalá.

—Pero todavía no te he contado el cómo he conseguido escaparme.

—Es verdad, yo no te he vuelto a preguntar, porque me respondiste antes de un modo…

—Estaba preocupado, pero ahora ya estoy más sereno. Oye: es el lance más chistoso del mundo: sobre todo, te vas a reir cuando sepas cómo me he procurado este vestido para llegar hasta aquí sin ser reconocido de nadie.

Roberto refirió minuciosamente a su querida todos los pormenores de su escapatoria.

—Y bien, ¿qué piensas ahora? preguntó la mujer cuando aquel hubo concluido.

—Ya lo sabrás.

—Porque so pena de estar aquí oculto toda la vida, o bien huir al extranjero…

—Lo primero comprenderás que no es para mi carácter: yo ni soy un huron para estar molido en un agujero, ni un pájaro que pueda vivir enjaulado; por eso rompí las redes en que me prendieron; y en cuanto a lo segundo, para vivir en el extranjero sin andar como un mendigo que vive de la caridad ajena, cosa que tampoco se ajusta a mi genio, o trabajar como un azacán para ganar un miserable sustento, no me conviene absolutamente. Yo quiero sí marcharme al extranjero, pero para eso necesito algo más que las tres onzas que tienes ahí.

—En fin, tú dirás, Roberto.

—Sí… sí… lo dicho… porque… ¿sabes que este vinillo se sube a la cabeza?

—Como no has comido hoy apenas, y haría tiempo que no lo bebías…

—Ya lo creo que hacía tiempo; todavía quedan un par de tragos.

Y Roberto volvió a *levantar el codo*, encontrando un nuevo sabor al vino con el recuerdo de las pasadas y recientes privaciones del presidio.

—Oye, María; yo necesito ahora descansar antes que todo.

—Recógete.

—¡Supongo que no te visita nadie!

—¡Roberto!… exclamó la mujer ofendida. Semanas se pasan a veces sin que ni siquiera entre aquí una vecina de la casa.

—Mañana me despiertas al amanecer.

—Pierdo cuidado.

—A bien que no habrá necesidad. La costumbre misma de todos los días me despertará.

Roberto fuí a recogerse, durmiendo, entre la fatiga y el vino, y la cama algo mejor que el mal jergon del presidio, como un liron toda la noche.

Al día siguiente, en fuerza sin duda de la misma costumbre que en el presidio tenía o se le hacía tener, despertó con el alba.

Su cabeza, completamente serena, recogió el pensamiento de la noche anterior, acabó de madurarlo, y resuelto a llevarlo a cabo, dijo a María:

—Para lo que me propongo ejecutar, no es lo más a propósito el traje que llevo; por consiguiente saldrás ahora mismo, y desde botas a sombrero, compras un traje completo para mí. Si el dinero alcanzase, compra una capa.

—No creo que alcance.

—¡Qué diablo! ¿por diez o doce duros no encontrarás una capa de lance que esté decente todavía?

—Eso, puede ser.

—Anda, pues, que te aguardo con impaciencia.

La mujer salió con las tres onzas en el bolsillo.

—Voy a jugar casi el todo por el todo, se decía Roberto a sus solas; pero es que no me queda otro remedio, sitio una determinación heroica. Lo demás será andar siempre con el recelo en el cuerpo, y espuesto a cada instante; y para eso, tanto vale estar en el mismo presidio. Pero si mi pensamiento sale como deseo, entonces soy feliz.

Antes de dos horas volvió María con la ropa que Roberto necesitaba, inclusa la capa.

Roberto examinó todas las prendas y dijo:

—Creo que me estarán bien.

—Y sino, se puede cambiar lo que no le venga, porque con esa condición lo he tomado todo, excepto la capa, que esa siempre ha de estarte bien. Es de lance.

—Pues parece nueva.

—Como que me dijo la prendera que el sugeto la había apenas llevado un mes. Doce duros me cuesta.

—Bien los vale.

Roberto empozó a despojarse del traje del campesino.

—Yo he de tener por ahí todavía alguna camisa, me parece, dijo a María.

Si.

—Pues tráemela.

Al cabo de un rato Roberto estaba transformado completamente en una persona.

—Ahora no falta si no una cosa.

—¿Qué? preguntó la mujer.

—Vestir la cara.

—¡Ah! ya entiendo.

Guardarás, supongo, las barbas aquellas…

—Todas.

—Pues tráeme las patillas negras y el bote de la goma.

Roberto *vistió* su cara, como él decía, y mirándose al espejo exclamó:

—¡Perfectamente! Desafío a que me conozca ni el mismo capataz del presidio si en la calle me encontráis.

Tomó la capa, se embozó y salió diciendo a María:

—Hasta luego.

Llegó a la calle del Conde del Asalto, y se paró a pocos pasos de una casa de regular apariencia a la mitad de la calle.

Al cabo de un rato, Roberto, que observaba la casa, vió que salió al portal parándose en el dintel de la puerta un individuo del rondin de vigilancia.

—Aquí es, no se ha mudado, se dijo Roberto.

Y se dirigió resueltamente a la casa.

Subió al cuarto segundo y preguntó por el jefe.

—Ahora está muy ocupado y no se le puede ver, respondió un individuo que guardaba la antesala.

—Dile que es para un asunto urgente del servicio.

—Siendo así, es diferente. Aguarde V. que pasaré recado.

El vigilante entró al despacho del jefe de policía.

—Pase V. dijo saliendo al poco rato.

Roberto entró.

Desembozóse, quitóse el sombrero y saludó al jefe, que se levantó de su sillón al ver a una persona docente, que tal parecia a primera vista Roberto con el nuevo traje.

—Tenga V. la bondad de sentarse, díjole el jefe señalándole una silla a su lado.

Roberto se sentó.

El jefe de policía ocupó otra vez su sillón y dijo:

—¿Qué es lo que a V. se le ofrece?

—Es un asunto muy delicado, de gran provecho para el país, y sobre todo de mucha honra para V.

—Expliquese V.

Pero por lo mismo que es muy delicado, es preciso que yo antes cuente con la palabra de caballero de V…

—Esto es un confesonario, interrumpió el jefe de policía, y puede V. tener la seguridad, sea lo que fuere lo que venga V. a revelarme, que el secreto no saldrá de aquí.

—Es que no basta guardar el secreto.

El jefe de policía se quedó mirando a Roberto.

—Es necesario que yo tenga, como he dicho a V., antes de explicarme, su palabra de caballero, de que si no le conviene lo que a V. lo proponga, olvidará V. mis palabras, y hasta el nombre de la persona que pueda resultar por mí comprometido.

—Pero, ¿de qué se trata? porque yo necesito antes saber…

—Se trata de prestar grandes servicios a Barcelona, y como nadie sino V. aparecerá como autor de esos servicios, se trata por lo mismo de que toda la gloria vaya a V.

—Pero, ¿qué clase de servicios son esos?…

—Descubrir, con tiempo de remediarlos y de castigar a los criminales, la mayor parte de los robos que en Barcelona se efectúan y que hasta la fecha no han podido Vds prevenir.

—¿Y V. tiene esos medios?

—Sí, señor, y vengo a ponerlos a su disposición, contando ellos con la palabra de caballero de V.

—En cuanto al secreto, la tiene V. ya.

La necesito para otra cosa.

—Esplíquese V.

—Voy a ello.

El comisario de policía era todo oídos.

Roberto continuó:

—Ayer se escapó de la pareja de guardias civiles que le custodiaba,

un presidario que iba al de Tarragona, procedente del de esta capital.

—Tengo noticia de eso.

—Ese presidario, pues, es el que se pone con todos los medios que tiene y los secretos que posee, a la disposición de V.

—¡Cómo!

—Lo que V. oye.

—Pero…

—Tenga V. antes entendido que para él nada hay ignorado de cuantos robos y otros delitos se cometen en Barcelona.

—Ya sé que es hombre que sabe de esos asuntos.

—Pues si V. le conoce, es inútil que yo me esfuerce más en ponderar la importancia de esa adquisición.

—¿Y qué es lo que pretende ese hombre?

—Muy sencillo. En primer lugar, estando, como V. ya sale, fugitivo y perseguido por la justicia, lo que él necesita es ponerse a cubierto de esas pesquisas.

—Eso es muy difícil.

—No tal.

—Diga V. si sabe el medio.

—Se le avecinda en Barcelona, bajo el nombre de Narciso Pérez, por ejemplo… Esto bien puede V. hacerlo.

El comisario miraba a Roberto, pasmado de la frescura con que éste le hablaba.

—¿No puede V. hacer eso?

—Sí.

—Corriente, Luego ese Narciso Perez entra al servicio privado de V., y tiene siempre en su poder un documento firmado por V. y el gobernador, cuyo documento le acredita como confidente y afiliado a la policía secreta, para un momento cualquiera en que pudiera encontrarse.

—Pero, observó el comisario, si alguno conoce que ese Narciso Perez se llama Roberto, que, este es el nombre verdadero…

—¡Ah! en cuanto a eso, buen cuidado tendrá el de no ser reconocido.

—Pero, ¿y si lo fuera?

—¿Qué?

—¿Cómo qué? ¿Usted sabe la inmensa responsabilidad que sobre mí pesaría?

—¿Responsabilidad?

—Sí.

—Ninguna, observó Roberto con un aplomo y una seguridad sorprendentes.

El comisario acabó de admirarse.

Roberto prosiguió:

—Ninguna absolutamente, y se lo probaré a V.

—Con dificultad.

Muy sencillo: supóngase por un instante que mañana se descubre que el tal Narciso Perez es Roberto el presidario y que V. había admitido al servicio a un criminal fugado del presidio y perseguido por la justicia. Esto es todo lo malo que pudiera suceder.

—Sí.

—Pues bien; aun así, la responsabilidad de V. está salvada. ¿Conoce V. al presidario Roberto?

No.

—Pues entonces, ¿qué culpa tiene V. de haber admitido a Narciso Perez?

El comisario vaciló, convencido casi por esta razón de Roberto.

Este lo conoció, y repuso, aprovechándose del efecto de su argumento:

—Y si ese Narciso Perez, además, ha dado a V. el camino de prestar servicios que no podrán menos de tenerse en suma consideración, resultará si mañana esto se descubriese, que a V., lejos de exigírsele la responsabilidad por la ocultación de un criminal que V. ignoraba lo fuese, se le debería premiar por los servicios prestados, gracias a los medios que ofreció ese mismo criminal.

—Con efecto… si fuera eso así como V. dice… observó el comisario; pero precisemos la cuestión, dejémonos de suposiciones, y vamos al grano: preséntemе V. la situación despejada, y clara y terminantemente lo que V. pretende.

—Más claro…

—Más. Si, más claro.

—No puedo hacer sino repetir en otra forma lo mismo que he manifestado.

—No importa, repítalo V.

—Pues bien, señor comisario, volvió a empezar Roberto, dando la más clara y concisa forma posible a la cuestión; existo, en Barcelona un hombre que se ha escapado de presidio, este hombre no quiere ir a vivir en otra parte que aquí, para eso necesita tomar un nombre supuesto que es el de Narciso Pérez, y entrar al servicio de alguien, porque en adelante se propone ser hombre de bien. ¿Quiere V. proteger a ese hombre tomándolo a su servicio, señor comisario? ¿Dá V. la palabra de caballero que no descubrirá en Narciso Perez al presidario Roberto para entregarlo otra vez a la justicia? En cambio, éste pagará las bondades de V., delatándole crímenes que están tal vez

muy próximos a ejecutarse y de los que la justicia, que puede por medio de V. evitarlos hay, no sabría nada seguramente, sino después de perpetrados mañana. Esta es la proposición.

—Corriente, así me gusta.

—¿Acepta V., señor comisario?

—Acepto con una condición.

—Diga V.

—¿Qué prueba tengo yo antes de dar a Narciso Perez un documento que sirva de garantia a su persona contra toda sospecha? ¿qué seguridad tengo yo, repito, de que ese hombre me cumplirá con las revelaciones que V. me promete?

—Una seguridad infalible.

—¿Cuál?

—Hasta que V. lo vea por sus ojos; esto es, hasta que haya dado uno o dos golpes con su ayuda, no hace V. nada en su favor.

—Así, acepto. Que venga cuando quiera.

—Una sola pregunta, y dispénseme, que no quiero ofenderle, dijo Roberto.

—Hable V.

—De todas maneras Roberto cuenta siempre con su palabra do, caballero, bajo la cual V. prometo no prenderle, suceda lo que suceda.

—Desde ahora Roberto tiene mi palabra, y puede presentarse cuando quiera, concluyó el comisario.

Roberto se levantó de la silla diciendo:

—Pues entonces, está ya a sus órdenes, señor.

Y haciendo una inclinación de cabeza, se quedó de pié y parado delante del comisario.

—¡Cómo! exclamó éste admirado, ¡con que era V.!

—*Roberto*, añadió éste con todo el aplomo y la mayor serenidad.

El comisario se quedó mirándole estupefacto.

CAPÍTULO VI.
Preparativos

ASEMOS al día siguiente a la hora del anochecer.

Por la que fué puerta de Isabel II, salen dos hombres altos y robustos, en traje de labrador el uno, y el otro con vestido de hombre del pueblo.

Aquel llevaba un saco a cuestas con varios objetos dentro, y ambos se dirigían hablando a ratos de cosas inocentes, y a ratos mudos y silenciosos hácia la villa de a Gracia, por el lado izquierdo de la magnífica y espaciosa alameda que une a esta población con la capital

del Principado.

Por el otro lado y entre otras varias personas subian juntos y en amigable y sencilla conversación otros tres hombres, vestidos de chaqueta.

El humor de estos últimos, a juzgar por el aspecto que presentaban y los chistes más o menos oportunos y de mejor o peor ley que dirigían a las muchachas que por el camino encontraban, era mejor que el da aquellos, quienes, como hemos dicho, iban algo serios y algunas veces meditabundos.

Unos y otros llegaron a un mismo tiempo a la villa de Gracia.

Sin dejar cada cual su respectivo lado, siguieron los dos por la acera de la izquierda, y los tres por la de la derecha de la calle Mayor.

Al llegar a la denominada La Travesera, torcieron unos y otros por esta última calle.

Aquí los tres hombres últimos llamaron la atención de los dos primeros, que, deteniendo un poco el paso, les dejaron pasar delante.

Así que estuvieron a alguna no muy larga distancia, el hombre que llevaba el saco a cuestas dijo en voz algo baja a su compañero:

—Se me figura que esos van poco más o menos a donde vamos nosotros.

—Lo mismo he pensado yo, y por esto cuando vi que torcían hacia nuestro camino, les dejé pasar delante.

—Así lo comprendí yo también, y con este objeto detuve el paso contigo.

—Lo que es la facha… no me gusta gran cosa que digamos, añadió uno de los dos hombres mirando a los tres que delante marchaban.

Estos ni siquiera hicieron alto en los primeros.

—Ni a mí me gusta tampoco, añadió el hombre del saco respondiendo a su compañero, siempre en el mismo tono bajo y casi entre dientes.

—No hemos de tardar en verlo.

A los pocos momentos, los tres hombres de delante entraban ya en la plaza de la Libertad.

Los otros dos les seguían más con la vista aun que con sus pasos.

Aquellos llegaron al ángulo de la plaza en donde está la calle que desemboca en la Riera den Malla, paráronse un brevísimo instante, echando una mirada a la casa de la esquina, y siguieron el camino hasta bajar a la Riera.

—¿Has visto que se han parado un momento? preguntó el hombre del saco.

—Sí, respondió su compañero.

—Y han levantado la cabeza mirando a la casa.

—También lo he notado.

—Ciertos son los toros.

—Mucho lo temo.

—Fuera bueno que les siguiéramos.

—Sí.

—Pero con uno solo basta.

—Iré yo, que voy más libre.

—Eso es; y yo me quedo ya…

—Sí, hasta luego.

El hombre del saco se metió en la escalerilla de la casa que miraron los tres primeros, mientras su compañero seguía a éstos a cierta distancia, observándoles atentamente.

Sigamos nosotros al hombre del saco.

Sin detenerse en la escalerilla, subió al cuarto principal y llamó a la puerta.

Una criada asomóse a la rejilla preguntando con voz temblorosa:

—¿Quién?

—*San Benito*, respondió el hombre del saco.

La muchacha abrió volviendo a cerrar la puerta así que aquel hubo entrado.

—Tenga V. la bondad de pasar a la sala.

—No le hace, en cualquier parte estoy bien, dijo el hombre.

—Los señores me han dicho que le mande a V. pasar a la sala.

—¿Pues? ¿han salido los señores?

—Sí, señor.

—¿Pero volverán?

—No, señor.

—¡Cómo!

—Dicen que tienen miedo, y no quieren volver hasta mañana.

—¡Ah! eso no puede ser, no conviene por ningun estilo.

—Y me han hecho quedar a mí, que estoy temblando toda la tarde.

—No, no, pues es necesario que vengan a casa, ¿han ido muy lejos?

—Ahí, a la de otros señores amigos que viven en la calle de la Libertad.

—Pues es preciso que vaya V. a buscarlos.

—Bueno, pero no querrán venir.

—Dígales V. que si no vienen, infundirá esto sospechas como alguno lo note, y todo se habrá perdido.

—Bueno, bueno, voy pues al momento, dijo la muchacha: entre tanto puede salir al comedor; allí hay pan, vino, salchichon y alguna otra cosa que me han mandado poner los amos, para que coman y

beban Vds.

—Eso, déjelo V. ahora, y vaya a buscar a los señores, que es lo que importa.

La muchacha salió.

El hombre del saco pasó al comedor, y vió sobre una mesa lo que la muchacha le había dicho antes.

—En verdad que no vendrá esto mal, se dijo echando una cariñosa mirada al salchichon y al vino. Y este vinillo no parece del peor.

Echóse dos dedos en un vaso y bebió para probarlo.

—¡Ejem!… ¡bueno es!

Casi en el momento llamaron a la puerta de la escalera.

El hombre fué a mirar por el ventanillo, y sin preguntar nada a la persona que llamaba, abrió.

Era su compañero.

—Lo que antes presumimos, dijo éste al entrar; ya no me cabe la menor duda.

—Sí, ya lo dije yo.

—Se pararon los tres ahí al medio del camino de San Gervasio, y estuvieron observando un rato la casa por la parte de atrás.

—Por el jardín entrarán. Los dueños han salido con la intención de no volver esta noche, pero yo les he mandado a buscar por la muchacha.

—Bien hecho.

Los dos hombres se acularon en el comedor, y al poco rato oyóse llamar otra vez a la puerta.

Fueron a abrir y entró con los amos la misma muchacha de antes.

Los señores eran un matrimonio de sesenta años.

El marido había hecho una regular fortuna en América, y vivían sin otra compañía que una criada en aquella casa, donde tenían una parte considerable de sus riquezas en alhajas y dinero.

—Hemos mandado llamar a Vds., porque conviene que estén Vds en casa.

—Nosotros habíamos creido francamente que sería mejor no estar aquí.

—Todo lo contrario, dijo el hombre del saco; y es preciso además que se hagan Vds visibles en el balcón, en las ventanas, y sobre todo en la galería.

—Eso es, sí, sobre todo en la galería, añadió el otro hombre.

—No se molestarán Vds mucho, porque luego anochecerá, y entonces no hay inconveniente, si conocen Vds a los vecinos del cuarto segundo…

—Ya lo creo que les conocemos, dijo el dueño de la casa.

—Pues en cuanto anochezca, pueden subir Vds y pasar la noche arriba.

Los dueños de la casa abrieron, según se les había prevenido, el balcón de la galería que daba al jardín, y salieron entreteniéndose en regar macetas y arreglar las plantas hasta que anocheció.

Uno de los hombres atisbaba desde una ventana entreabierta de la galería hacia el campo.

—Oye, tú, dijo al cabo de un rato a su compañero, que estaba matando el rato entre el vino y el salchichon a la mesa del comedor.

—¿Qué quieres?

—Tú que tienes mejor vista, porque ya va siendo de noche, y así a mucha distancia yo no distingo bien.

—¡Ah! ya, ya sé lo que quieres decirme: ¿es ese grupo de tres que viene hácia aquí por el camino de San Gervasio?

—Sí.

—Pues son los mismos.

—A ver si se paran otra vez.

—¿Y qué nos importa ya que se paren o no?

—Curiosidad.

—Sí, se pararán, porque nunca está el terreno bien medido, por mucho que se haya mirado.

—Con efecto, ya se han parado.

—Hablan los tres y hacen señas hácia aquí.

—Naturalmente.

—Apostaría la cabeza a que adivinaba lo que están hablando.

—¡Vaya una perspicacia! ya lo creo que lo adivinarías. ¿A qué adivino yo lo que comes ahora que estás comiendo salchichon?

Los dos hombres echaron la cosa a broma por aquel momento.

Los tres del camino volvieron a desaparecer.

La noche cerró.

—Ahora, dijo uno de los hombres a los dueños de la casa, pueden ya, si gustan, irse al segundo piso.

—Bueno, iremos al instante, respondió el dueño.

—Cierren Vds el balcón de la galería.

—Me parece, dijo uno de los hombres, que pudiera dejarse abierta la ventana de la cocina.

—Efectivamente, dijo el otro.

—Parecerá un descuido muy natural de la muchacha.

—Eso es.

—¡Ah! una advertencia, observó uno de los hombres al dueño de la casa en el momento de salir.

—Diga V.

—Que no sepan arriba que Vds van a pasar allí la noche, hasta más tarde y cuando ya no tenga que salir nadie a la calle.

—Comprendo, comprendo.

—Porque todas las precauciones son pocas en estos casos.

—Pero, observó el hombre del saco; ¿por qué han de marcharse ahora, si hay tiempo hasta media noche?

—¡Ah! eso no, dijo el dueño de la casa, es mejor que nos vayamos ahora; así quedan Vds solos y con más libertad. Vamos, Anita, vamos.

Y tomando de la mano a su mujer, salió de la habitación, siguiéndoles también la muchacha al cuarto segundo.

CAPÍTULO VII.
El robo de Gracia

Los dos hombres se quedaron en el comedor de la casa.

—Y ahora aquellos, ¿cuándo vendrán? preguntó uno.

—Quedamos que de nueve a diez estarían aquí.

—Como no empieze antes el fregado.

—Y si empieza ¡qué diablo! entre los dos mucho será que no salgamos del negocio.

—Empezemos a prepararnos.

El que dijo estas últimas palabras echó mano al saco que había

dejado sobre una silla, y llevó desde Barcelona hasta la casa, lo desató y sacó de él cuatro carabinas desarmadas, con otras tantas cananas, cuerdas, pistolas y cuatro chaquetas de mozo de la Escuadra.

Los dos hombres se pusieron cada uno una chaqueta, ciñéronse a la cintura una canana, y empezaron a armar las carabinas, cargándolas inmediatamente.

Una hora escasa emplearon en esta operación.

No bien habían concluido, cuando se oyeron dos golpes a la puerta.

—¿Quién?

—*¡San Benito!*

Esta respuesta que dió una voz de afuera, era la misma que los hombres dieron antes a la muchacha de la casa: el santo y seña convenidos.

Los de adentro abrieron la puerta.

Tres personajes entraron en la habitación.

Los tres vestian de paisano y en traje del pueblo.

Uno de ellos iba embozado en una capa.

La puerta se cerró sin ruido, y todos entraron de puntillas en el comedor.

—Ya estamos todos aquí, dijo uno de los dos primeros.

—Sí, todos, respondió otro de los recien llegados. Veo que tenéis las carabinas dispuestas.

—Y cargadas.

Dos de los que entraron se pusieron las otras chaquetas que ellos habían sacado del saco, y el que primero habló de los recien venidos, dijo entonces:

—A ver, inspeccionemos la casa.

Este era, de los cuatro mozos de la Escuadra que allí estaban, el más antiguo y el que ejercía, por consiguiente, según la ordenanza particular de este cuerpo, el cargo de comandante.

Recorrieron la habitación y el comandante dijo al de la capa:

—Ellos entrarán por el jardín…

—Sí.

—Y seguramente por la ventana de la cocina, que se ha dejado abierta con esa intención.

—Perfectamente. Pues, entonces, tú, prosiguió el comandante dirigiéndose a uno de los mozos, te colocas en este pasillo, y a la puerta de esa despensa.

—Muy bien.

—Ellos pasarán, es probable, inmediatamente a la sala, déjalos entrar; pero no les dejes luego salir.

—Enterado.

—Vosotros dos os colocaréis dentro de la alcoba, y ya sabéis, ¡oído a mi voz!

—Entendido.

—Calen bayoneta, y cada cual a su sitio, concluyó el comandante.

Los mozos fueron a colocarse en su punto respectivo.

El comandante sacó un reloj de plata, miró la hora, y dijo:

—todavía no son las diez.

—Hasta las doce, lo menos, no hay que contar con nada, dijo el hombre de la capa, que con él se había quedado.

—Nosotros nos colocaremos en este otro cuarto del comedor, observó el comandante.

—Como V. quiera.

—Tome V. ese par de pistolas, por si acaso hay necesidad, dijo el comandante.

—Bueno será, porque como no les inutilicen a la primera, añadió el de la capa, son gente que no se entrega así de cualquier modo.

Mientras los hombres que están apostados dentro de la casa aguardan a los que al parecer han de venir, trasladémonos a la *Riera den Malla*, donde dijimos caía el jardín.

Frente a la tapia del mismo y al lado opuesto de la Riera había una especie de barracon formado de estacas y esteras.

Dentro de la barraca había dos carabineros fumando y en amigable conversación.

Un hombre se acercó a la barraca presentándose en ella de improviso.

Los carabineros se pusieron de pié.

Era su jefe inmediato.

—Esta noche, les dijo éste, bajará a eso de las doce un carro de la parte de San José, que se parará a cien pasos de aquí. Van Vds, los dos al carro, que no llevará casi nada; pero examínenlo Vds. bien y procuren pasar lo menos un cuarto de hora allí. ¿Comprenden Vds.?

—Si no es más que eso…

—Nada más.

—Se cumplirá exactamente.

El jefe se alejó, y los carabineros se quedaron mirándose el uno al otro.

—¿Qué será eso, chico?

—El diablo me lleve si lo comprendo.

—El carro dice que no llevará apenas nada.

—Y a pesar de eso, hemos de estar allí los dos examinándolo un cuarto de hora.

—Y hemos de ir no uno, sino los dos.

—Eso es.

—Lo cual quiere decir más bien, no que hemos de ir allí los dos, sino que a esa hora y durante el tiempo de quince minutos no ha de haber ninguno de nosotros aquí.

—¡Es particular!…

—A mí me parece muy sencillo.

—¿Pues?

—A saber lo que pasará por aquí mientras nosotros estemos allí arriba…

—¡Ah! Tocante a eso… pues a mí no me la pega nadie, ni el mismo oficial.

—Ni a mí.

—Yo obedeceré, pero como no se me ha prevenido que deje de vigilar el punto, no perderé este de vista, y al primer bulto que columbre, ya estoy encima de un salto.

—Eso es, bien pensado; y si Dios dá algo esta noche, ¡qué diablos! que sea para todos…

—Cabal.

Los carabineros calumniaban con sus juicios temerarios a su jefe.

—Nada, poco falta ya para verlo, porque no tardarán mucho en dar las doce.

—Pongámonos sobre aviso.

Aquí paró la conversación de los carabineros.

La noche era oscura y húmeda, y un silencio sepulcral reinaba en aquellos alrededores.

La hora de las doce, que dió el reloj de La Catedral, se dejó oir al cabo de un rato.

Las vibraciones del bronce fueron perdiéndose en el espacio, y todo volvió a quedar en el mismo silenció.

—Oye, me parece que oigo el ruido de un carro, dijo uno de los carabineros al otro.

—Sí, también me lo parece; pero está muy lejos aun.

—Veremos.

El ruido fué notándose más cercano y más distinto.

El carro bajaba por la Riera.

Los carabineros se pusieron de pié.

Al poco tiempo se dejó oir una voz que cantaba:

Cuando voy a la casa
de mi querida,
se me hace cuesta abajo

la cuesta arriba:
y cuando salgo,
se me hace cuesta arriba
la cuesta abajo.

Esta seguidilla la cantaba el carretero al compás de la marcha del carro.

Los carabineros salieron de la barraca, dirigiéndose a su encuentro.

—¡Eh! ¡carretero!

—¿Qué hay?

—A ver si te paras.

—¡Oooo! gritó el carretero teniendo las riendas. Ya estoy parado.

Y el carro se detuvo a la distancia de ciento cincuenta pasos del punto de los carabineros.

—¿Qué es lo que llevas?

—¿Y por qué me lo preguntan Vds.?

—¡Cómo! ¿por qué le lo preguntamos? ¡Pues esta es buena!

—Claro está.

—Porque tenemos obligación de ello.

—¡Quiá!

—¿Te burlas?

—¿Yo? ¡Dios me libre! No acostumbro jamás burlarme de nadie.

El carretero quería ganar tiempo con palabras, y los carabineros lo mismo.

El primero tenía este encargo, y los últimos esta orden.

Hé aquí porque los carabineros sufrieron las palabras de aquel, y hé aquí también porque el carretero se arriesgó al resultado que su conducta podía tener, atendido el genio nada manso que por lo comun suelen tener este género de empleados en España.

—¡Ea! menos razones, y dí lo que llevas allí, prosiguió uno de los carabineros.

—¿No lo han de ver Vds de todas maneras? insistió el carretero.

—Claro está.

—Pues entonces, ¿de qué sirve el que yo lo diga? ¿Van Vds, a fiarse de mi palabra?

—Esa no es cuenta luya, y le digo que respondas.

—Bueno, por la respuesta mia no ha de quedar. No llevo nada.

—¿Y esas pipas?

—Son vacías.

—A ver.

Uno de los carabineros subió al carro y empezó a golpear las pipas que en él había con el extremo del baston.

El otro carabinero, mientras su colega se ocupaba en la inspección del carro, tenía la vista fija en el punto que habían abandonado por un momento, para lanzarse allí a la menor cosa que observara.

Pero la noche era oscurísima, y solo una vista privilegiada hubiera podido ver acaso lo que frente al punto de los carabineros sucedía en aquel mismo instante.

Cuando la seguidilla del carretero se dejó oir en la Riera, tres hombres que había en la plaza de Gracia, asomaron a la calle de…

Cuando los carabineros salieron de la barraca y abandonaron el punto para ir al encuentro del carro, los tres hombres que al acecho estaban en la bocacalle, se deslizaron arrimados a la pared, y dando la vuelta a la esquina se pararon debajo de la tapia del jardin perteneciente a la casa que ya conocemos.

Detuviéronse un momento, y aguzaron el oído.

Las voces del conductor del carro y de los carabineros se oían desde aquel sitio.

—¡Ya empezó la pelotera! dijo uno de los hombres en voz baja a sus compañeros.

—Ea, pues, al avío, dijo otro.

—Sí, sí, no hay que perder tiempo, añadió el tercero.

Uno de ellos sacó una cuerda rollada del pecho.

Era una escala.

En uno de los extremos la cuerda tenía dos garfios de hierro.

El hombre se separó dos pasos, y lanzó la cuerda a lo alto de la tapia.

En seguida tiró.

Los garfios quedaron clavados en el borde de la pared.

—¡Ya está! dijo a sus dos compañeros, que aguardaban sin respirar y con la mayor impaciencia.

—¡Arriba pues!

Subió el primero, saltando inmediatamente de la tapia al jardín.

El segundo hizo lo mismo.

El tercero recogió la escala y saltó también, uniéndose a sus compañeros.

En el jardin había una glorieta cubierta de follaje.

Debajo de la glorieta fueron a ponerse los tres hombres.

—Aquí es el sitio más a propósito para arreglar eso, dijo uno.

—Con efecto, añadió otro.

—¿La linterna?

—Yo la tengo.

Uno sacó una linterna sorda, que encendieron con un fósforo, volviendo en seguida a cerrar la plancha de modo que no saliese la

luz.

Cada cual sacó su navaja, que abrió, poniéndosela entre los dientes, pues llevaban ocupadas las manos con otros objetos como ganzúas, llaves, escoplos, martillos y demás necesarios para abrir puertas y descerrajar los muebles que fuera menester.

—¿Estamos ya? preguntó uno, siempre en voz baja.

—Ya estamos, contestó otro.

—¡Arriba pues!

Y los tres hombres se encaminaron a la escalera que conduela del jardin a la galería.

Acercáronse al balcón, uno de ellos tanteó el vado, empujando la madera con la mano, y dijo volviéndose a los otros dos:

—Será preciso meter el taladro y hacer el agujero.

—¡Calla! exclamó otro: allí veo una ventana entreabierta.

—¡Con efecto!

Los tres hombres corrieron de puntillas a la ventana.

Uno de ellos alargó el brazo, empujó la hoja, que empezó a abrirse, y dijo:

—¡Ea! ¡por aquí!

Los tres hombres estuvieron en breve dentro de la cocina.

—¡A ver, la linterna!

El que la llevaba hizo correr la plancha, y los rayos de la luz inundaron el comedor de la casa.

Los ladrones se encaminaron de puntillas al recibidor.

El comandante de los mozos abrió sin ruido ninguno la puerta del cuarto del comedor en donde estaba oculto con el hombre de la capa.

Los ladrones pasaron por delante de la puerta del pasillo, en donde había también apostado uno de los mozos.

Éste asomó la cabeza al pasillo así que aquellos hubieron pasado.

El comandante y el hombre de la capa salieren al comedor.

Los ladrones estaban ya dentro de la sala principal.

La puerta-vidriera de la alcoba estaba casi cerrada, sin más abertura que la suficiente en ambos lados para dejar asomar la boca de dos carabinas ocultas así entre los cortinajes.

—¡A la alcoba primero! dijo en voz muy baja uno de los ladrones.

Los dos mozos que dentro había oyeren estas palabras y se retiraron todo lo posible a su lado respectivo, ocultándose entre las cortinas.

Uno de los ladrones corrió la vidriera.

Los rayos de luz de la lámpara inundaron la cama.

—¡No hay nadie!…

—¡Es particular!…

—Tanto mejor.

—Al asunto, pues.

Y abandonando la alcoba, se dirigieron a la cómoda que estaba enfrente.

El comandante adelantó unos pasos dentro del pasillo.

Los mozos de la alcoba volvieron a preparar las carabinas.

El comandante alargó el cuello hasta ver a los ladrones.

El hombre de la capa, que ya no la llevaba, estaba detrás de él.

—¡Fuego! gritó el comandante.

Dos tiros de carabina sonaron en el mismo momento dentro de la sala.

Un terrible juramento, mezclado con ayes desgarradores de dolor, siguió a la doble detonación.

Las balas no acertaron a dar más que a uno de los ladrones.

El herido, rota una pierna, cayó al suelo.

Los otros dos se precipitaron fuera de la sala.

Los dos mozos de la Escuadra salieron de la alcoba gritando:

—¡Alto!

Los dos ladrones no se detuvieron por esto.

Al llegar a la mitad del pasillo se oyeron tres detonaciones a la vez.

El mozo que había quedado fuera en el pasillo, el comandante y el hombre de la capa dispararon los tres a un tiempo; aquellos sus carabinas, y este último una pistola.

Ninguno de estos tiros dió en el blanco.

Aquella parte de la casa se llenó con una nube de humo.

Los ladrones retrocedieron a la sala.

Los dos mozos de adentro les recibieron con la bayoneta.

El mozo de afuera, el comandante y el hombre de la capa, los primeros con la bayoneta también y éste navaja en mano, se mezclaron en la refriega.

La lucha era tan desigual como horrible.

Eran dos hombres, mejor dicho, dos fieras contra cinco hombres.

Los ladrones, saltando de un punto a otro de la sala con la navaja en la mano y evitando los bayonetazos de los mozos, sin desperdiciar la menor ocasión de largar un navajazo al que más se les acercaba, parecian dos gatos monteses, cuyos ojos arrojaban chispas y cuya boca hacía estremecer la estancia a cada juramento y a cada blasfemia que en el acceso de su furor lanzaban.

La linterna sorda de los ladrones lucia aun en un rincon de la sala, alumbrando aquel cuadro terrible, cuyo horror aumentaban los dolorosos gritos del herido que se revolcaba en el suelo y en su propia sangre.

El comandante sacó una pistola del cinto, apuntó y otro de los ladrones cayó al suelo sin proferir palabra.

Al mismo tiempo casi, el que quedaba sano todavía lanzó el primero y último ay.

Uno de los mozos acababa de clavarle a la puerta del balcón, atravesándole el pecho con la bayoneta.

Solo quedaba vivo el herido.

El hombre de la capa se lanzó sobre él con la navaja.

—¡Ah! ¡eres tú, infame Roberto! exclamó el ladrón.

—¡ERES TU, INFAME ROBERTO!

Roberto, sin pararse a estas palabras, menudeó los golpes hasta que el herido dejó de quejarse.

—Ea, ya está todo listo, dijo el comandante. A ver, que se llegue uno a casa del alcalde.

Un mozo abrió la puerta y salió a la calle.

Todos los vecinos de la plaza estaban en las ventanas y balcones.

¡Ah! ¡son los mozos! dijeron así que vieron al que salió de la casa como atravesaba la plaza.

Al cabo de poco rato el tribunal se trasladó al lugar de la catástrofe, haciéndose cargo de los cadáveres.

Los mozos abandonaron la casa.

Roberto se separó de ellos yéndose solo a Barcelona.

CAPÍTULO VIII.
De cómo empleó Roberto el día después de la catástrofe de Gracia

L amanecer, los cuerpos de los ladrones aparecieron, para escarmiento de idem, sobre tres camillas a la salida de la población, en el extremo del paseo.

Un numeroso gentío rodeaba a los tres cadáveres.

Las especies más absurdas e inverosímiles corrían de boca en boca entre los hombres y las mujeres del pueblo.

Ninguna de ellas, sin embargo; se aproximaba siquiera a la verdad.

—¡Huy! ¡cómo tiene ese la cara! ¡parece un *Ecce Homo*! decía una mujer.

Es, añadia otra, el que se escapó por el jardin y alcanzaron los mozos en la Riera.

—¿Y cuántos, cuántos eran?

Cinco.

—¡Cómo cinco! Siete eran.

¿Tú los has visto?

—No, pero uno de los mozos que habla con la tendera de al lado de mi casa, lo ha explicado allí esta mañana.

—¿Y es cierto que ha muerto un mozo?

—Dos me han dicho a mí.

—¡No ha muerto ninguno! todo lo abultais, dijo un hombre entrometiéndose en la conversación: hay uno de ellos herido y nada más. El dueño de la casa, que lo cogieron durmiendo, sí que está para morir del susto; y la pobre criada, a la que medio ahogaron para hacerla callar.

Y así por este estilo todos hablaban y todos sabían lo que se decía y no se decía, menos la verdad del suceso.

El que menos, se había apercibido de algo, y apenas se hallaba una persona, aunque viviera al otro extremo de la población, que no hubiese oído los tiros por la noche y que de buena tinta no estuviese enterada de lo ocurrido.

De repente se alzó una voz entre la multitud que sobrecogió a todos, atrayendo la atención general y las miradas sobre un punto.

—¡El de en medio se mueve! gritó la voz.

—¡Sí, el de en medio se mueve! ¡se mueve! ¿está vivo todavía? ¡esta vivo! gritaron cien voces a un tiempo.

El médico del crímen fué llamado al momento allí por la autoridad.

El ladrón vivía aun.

Recogiósele al momento, y fué llevado en una camilla al hospital.

Del reconocimiento practicado por los médicos, resultó tener en el cuerpo veintisiete heridas de navaja en la espalda, pecho y cara, y una de bala que le había fracturado la pierna.

Ninguna de ellas, sin embargo, era mortal.

Era el ladrón en quien se había cebado Roberto.

A las ocho de la mañana, un hombre embozado en una capa salía de Barcelona, dirigiéndose a Gracia.

Al llegar al extremo del paseo, se paró, juntándose al monton de gente que allí había apiñada.

Alargó la cabeza y miró.

—¡Qué es esto! exclamó admirado en su interior.

Y en seguida, dirigiéndose a una mujer que a su lado se hallaba, la preguntó con la mayor sencillez:

—¿No hay más que dos?

—Dos.

—Pues a mí me habían dicho que había tres…

—¡Oh! muchos más había en la casa, respondió la mujer, los ladrones eran nueve, pero no pudieron coger más que tres.

—¿Y el otro, dónde está?

—El otro vivía aun, y lo han llevado al hospital.

—¡Ah! exclamó el hombre para sí, separándose ya de la gente; ¡maldito Zurdo! ¡tienes siete vidas como los gatos! ¡Si llega a poder hablar, me compromete! pero me parece difícil… ¡muchas llevó para que pueda vivir, ni aun hablar siquiera!

Inútil es que digamos que este hombre era Roberto.

Algo disgustado por este incidente, que muy bien podía comprometerle, volvió a su casa.

A eso de las diez de la mañana salió otra vez, y se dirigió a la calle del Conde del Asalto.

Entró en el mismo portal del día anterior, subiendo a la misma habitación.

El individuo que estaba de guardia en la antesala del comisario de policía hizo pasar en seguida a Roberto.

El comisario le recibió con singular afabilidad.

—Ya ve V. si he cumplido con lo que prometí a V. ayer mañana.

—Efectivamente, dijo el comisario, y estoy sumamente satisfecho de ello.

—Yo no aseguré que fuese esta noche pasada precisamente, porque a veces hay ciertas circunstancias que retardan el golpe un día o dos; pero aseguré que sucedería así.

—Y ha sucedido realmente como dijiste.

—Me parece que puede V. fiarse ya de mi, dijo Roberto.

—Ciertamente, y lo que es por mí, no tendría el menor reparo en darle ahora mismo el documento; pero por los compromisos que esto pudiera traer, son necesarios otros servicios.

—Yo le prometo a V. que se harán.

—Ya te digo que por mi no habría el menor reparo. Yo tengo confianza completa en tí, pero repito que por lo que pudiera suceder mañana, es necesario que yo me afirmo en otras pruebas además.

—¿Qué más pruebas quiere V.?

—Por ejemplo, si mañana o pasado, que no viene de un día, aunque como más pronto mejor, hiciéramos otro descubrimiento, yo,

que extendería el documento con fecha posterior, siempre podría decir en un caso de que Roberto fuese descubierto y se me exigiese responsabilidad, podría muy bien decir entonces: «señor, yo he creido emplear y dar esta credencial a Narciso Perez, que prestó estos dos grandes servicios, sin que yo pudiera presumir que el tal Perez fuese Roberto, a quien yo no conocía». ¿Comprendes?

—Si, ya comprendo.

—Entonces…

—¿Con que, es decir, prosiguió Roberto, que no es cosa sino de un descubrimiento más?

—Por ahora, sí.

—Y luego me promete V. darme…

—Como sea cosa que valga la pena como la de ayer…

—Lo será.

—Pues prometo lo que deseas.

—¿Tiene V. algo que mandarme?

—Nada por hoy.

—Pues hasta luego más tarde, o hasta mañana.

—Hasta cuando quieras.

Roberto salió y el comisario se quedó pensando:

—Pues señor, no es mal confidente el que he encontrado. Con pocas denuncias por el estilo que me haga, me calzo en breve con el empleo superior.

Roberto se fué otra vez a su casa.

La mujer que con él vivía y con la cual había estado mucho tiempo antes de ser procesado y sentenciado al presidio, tenía con él toda la libertad que dan las relaciones de cierto género; sin embargo, no se atrevía a preguntar nada a Roberto acerca de los graves sucesos porque ella conocía pasaba ésto en las pocas horas que se hallaba en libertad.

Roberto tenía un carácter irascible naturalmente y arrebatado en ciertos días, sobre todo cuando tenía pendientes graves negocios, y el que entonces le ocupaba era quizás el más grave de su vida.

Todo el día estuvo metido en casa, sin asomar siquiera a una ventana.

Al anochecer salió, calada una gorra hasta las orejas y embozado hasta los ojos.

Dirigióse al figon de la tia Colasa.

Al llegar a la puerta, acercóse a mirar al través de los sucios cristales de la vidriera.

Recorrió con la vista todas las mesas de la primera sala, deteniéndose en cada grupo de las personas que en ella había, y

exclamó al cabo de un rato:

—¡No creo que ninguno de estos me conozca!

Y abriendo la puerta-vidriera entró.

La campanilla que se agitó al abrirse la puerta, llamó la atención de la tia Colasa.

Roberto se sentó a una mesa sola que había a la izquierda de la entrada.

La dueña del figon hizo seña a la criada de que fuese a ver qué se ofrecia al recien venido.

—¿Qué tomará V. caballero? preguntó la criada parándose delante de la mesa.

—¿Eres tú la dueña de la casa?

—No, señor, soy una sirvienta. El ama está allí.

—Pues que venga tu ama.

La criada llevó el recado a la tia Colasa.

Esta volvió a mirar al embozado desde el mostrador, diciéndose en su interior:

—¿Tendremos negocio nuevo?

Y saliendo del mostrador, se acercó a la misa de Roberto.

—¿Me conoce V., señora Colasa? le preguntó Roberto sin desembozarse.

—Yo… dijo la mujer mirándole perpleja.

Roberto bajó el embozo de la capa hasta la barba.

—¡Roberto!

¡Chist!… ¡calle V!…

—No lo ha oído nadie. ¡Ah! eres el diablo.

—A ver, a donde podremos hablar un rato.

—Sube luego a la salita de arriba.

—¿No hay nadie en ella?

—Nadie, y si viene alguno, dejaré yo dicho aquí que está ya ocupada.

—Allá voy pues.

—Aguarda un momento. Hasta que esté yo en el mostrador no le levantes.

—Bueno.

La señora Colasa se alejó, y después de un breve rato levantóse Roberto, que atravesó la sala baja del figon y se dirigió a una escalera de caracol que caía al fondo de la pieza.

Entró en la salita que la dueña del figon le había indicado, y se sentó esperando a que ésta subiera.

Poco tiempo tuvo que aguardar Roberto.

La señora Colasa entró, cerró la puerta y se sentó a su lado.

—Ya esperaba yo verte hoy o mañana por acá, dijo la mujer al sentarse.

—¿Sabía V. ya?…

—El mismo día se supo aquí.

—Sí, pude escaparme gracias a mi ingenio primero, y luego a mis piernas.

—¡No han sido todos tan afortunados!

—¿Pues? preguntó Roberto con la mayor serenidad, conociendo ya a donde iban las palabras de la dueña del figon.

—Tú no sabrás nada todavía…

—No sé nada. La primera persona que veo es a V.

—Por eso mismo.

—¿Pero qué ocurre?

—¡Ay! ¡una gran desgracia!

—¡Diga, diga V.! repuso Roberto con creciente ansiedad.

—Esta noche pasada, prosiguió la dueña del figon con triste y pesaroso acento, fueron los chicos al negocio aquel de Gracia.

—¡Tan pronto! interrumpió Roberto afectando admirarse.

—Sí.

—Mucha prisa se han dado.

—¡Ay! ¡Ojalá no se hubiesen dado tanta los pobres!

—¿Y qué ha sucedido?…

—Nada, una friolera, que los mozos los aguardaban en la casa.

—¡Cómo!

—Lo que oyes.

—¡Ah! ¡pero quién ha podido ser!…

—¡Qué sé yo! el diablo.

—Y al fin…

—Al fin, Paco y el Tuerto han quedado en el sitio.

—¡Muertos! exclamó Roberto con la mayor admiración.

—¡Muertos! añadió la dueña del figon con desaliento.

—Y…

—El Zurdo, el pobre ha quedado hecho una criba de puñaladas y con una pierna rota.

—¿Y en dónde está ahora el Zurdo?

—En el hospital.

—¿Donde quizás morirá?

—¡Ah! ¡sin remedio el pobre!

—¿Usted le ha visto?

—¡Yo! ¡Dios me libre! pero me he informado, y he hecho que le viesen.

—No podrá hablar…

—Como que tiene partida la lengua; porque parece que los asesinos se divirtieron en pincharle a la cara.

Roberto respiró, pensando en seguida:

—Si no habla, como que tampoco sabe escribir, estoy salvado.

—Luego el único que no ha recibido daño en el cuerpo es Tomás.

—¡Ah! ¿ese iba también?

—Sí, con el carro que había de distraer a los carabineros. Le han llevado a la cárcel, y de allá presidio sin remedio.

—Se conoce que la justicia estaba bien enterada, prosiguió Roberto.

—¡Y tanto!

—Pero, ¡quién sería el traidor!… volvió a observar con el acento de la mayor candidez.

—¡Qué sé yo, qué sé yo! ¡y Dios quiera que no me alcance a mi esto todavía!…

—¡A V.! ¿por qué?

—¿Cómo por qué? quién sabe lo que el infame habrá charlado; y como los chicos sabe todo el mundo que venían aquí a casa muy a menudo…

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿No es esto una casa pública donde puede entrar todo el que quiera?

—¡Eso es verdad! pero a veces…

—¡Qué demontre! no llame V. el mal antes que asome. Ahora ya ha sucedido, y no puede evitarse.

—¡Ah! ¡no!

—Pues entonces, resignación y serenidad, y prepararse para lo que pueda venir.

—Efectivamente.

—Yo soy así, ¿qué quiere V. que le diga? Con que, resignémonos, y hablemos de otra cosa.

No eran necesarios grandes esfuerzos para que se resignara la señora Colasa.

Roberto pasó a otro asunto.

—Con que, me dijo V. el otro día en el presidio, que el negocio de la Platería…

—Sí, que estaba todavía sin realizar, porque la casa se encontraba sin fondos.

—Pues, señora Colasa, como V. comprenderá, a mí me convendría ahora así algún cuartejo y…

—Mañana yo volveré. Me dijeron dentro de tres días, y de seguro realizamos mañana, porque es casa tan honrada, como formal en lo que promete.

—¿Y sabe V. que ahora se me ocurre una cosa? dijo Roberto.

—¿Cuál?

—La de que después de la desgracia de anoche, y siendo el Zurdo, el Tuerto y Paco los que tenían derecho a la parte, no quedamos ahora más que V. y yo para partir.

—Tienes razón, y esta mañana misma pensaba yo en ello, respondió la mujer.

—¿Y pensaba V. lo mismo que yo ahora?

—Sí, pero ya que los pobres no han podido disfrutarlo, yo quería, pues otra cosa no podemos hacer …

—¿Qué?

—Hacer que se dijesen unas cuantas misas en sufragio de su alma.

Roberto se echó a reir.

—¡Ah! no te rias, Roberto, cada cosa en su puesto, y nada tienen que ver Dios y la religion cuando nos morimos con lo que hacemos aquí en vida.

El raciocinio de la tia Colasa no podía ser más desgraciado y más absurdo; pero se ve con mucha frecuencia ese modo de pensar en gentes que viven encenagadas en el vicio o en medio del crímen.

La conciencia tiene un peso constante, y la religion que entienden ellos a su manera, amoldándola a todas las circunstancias y teniéndola siempre a mano en todos los momentos, es lo único que creen puede quitarles aquel peso.

mujeres y aun hombres hay que después de haber pasado todo el día entre la maldad y el vicio, con encender una vela a S. Antonio por la noche, o decir una oración a la Virgen, se encuentran tan tranquilos y desahogados.

Y esto, que sucede realmente, no podrá negarse que ea uno de los mayores argumentos en favor de la necesidad que siente el débil corazón humano de acogerse a una religion que alivie sus pesares y perdone sus flaquezas.

A esta clase pertenecia la señora Colasa.

—Pues señor, no me opongo, dijo Roberto, sin dejar de sonreirse.

—Sí, sí, lo haremos.

—Con tal de que no distraigamos toda la parte que les corresponda.

—Descuida, y déjalo a mi cargo, que ya sabes cómo yo lo distribuyo todo con equidad.

—¿Y dice V. que mañana…?

—Sí, a las nueve yo saldré de casa, y a las diez puedes tú volver.

—Corriente.

—Pero, Roberto, ¿cómo vas a arreglarte para no ser reconocido?

—Eso no le de a V. cuidado; sé yo cómo he de manejarme.

—¿O es que piensas huir de Barcelona?

—Sí.

—¡Ah!

—Pero será cuando tenga quince o veinte mil duros.

—¡Jesús!

—De los cuales dirá V. si quiere parte.

—¡Yo!

—Usted: se entiende, siguiendo en compañía y en inteligencia conmigo.

—Hombre, en cuanto a eso, ya sabes que tú y yo nos hemos entendido siempre perfectamente, y una está a ganar un pedazo de pan honradamente, cuando se proporcione.

—Corriente, pues estamos entendidos. ¡Hasta mañana, señora Colasa!

—Hasta mañana, Roberto.

—¡Ah! debo hacer a V. una advertencia.

—Dí.

—He dejado de llamarme Roberto, mientras no estemos a solas.

—¡Vaya una observación! exclamó la tia Colasa resentida.

—Por una seña particular me conocerá V. siempre que yo me le presente.

—No hay necesidad.

—¿Qué no? en fin, allá veremos.

—Eres el mismo diablo.

—Adiós, tia Colasa.

—Adiós, Roberto.

Y éste, embozándose otra vez con la capa, bajó solo la escalera de caracol, saliendo luego a la calle y dirigiéndose a su casa.

CAPÍTULO IX.
De cómo sonrie la fortuna, a ciertos hombres

SOBRE las ocho de la mañana del día siguiente la señora Colasa cogió un garrafon grande, donde ponia el vino blanco, encendió un candil, levantó la trampa de la cueva en donde guardaba los toneles, y bajó sola al subterráneo.

Detrás de un tonel y cubierta con un pedazo de estera había una caja de hoja de lata.

Sacóla, la abrió, abriendo antes el candado que la cerraba, y envolvióla en un pañuelo.

Llenó el garrafon de vino, tomó el candil y subió llevándose la caja.

A las nueve en punto salía la señora Colasa del figon. Debajo del brazo llevaba un objeto envuelto en un pañuelo.

Era la caja.

A la esquina de la calle había un mendigo haraposo, con una gorra sucia y mugrienta que le cubría la cabeza hasta las orejas, implorando la pública caridad.

La señora Colasa, al pasar, dejó caer un cuarto en la mano del mendigo.

Al dar aquella la vuelta a la otra calle, el pobre se separó de la esquina.

La tia Colasa tomó la dirección de la Rambla, entró en la calle, de Fernando, pasó la plazuela del Angel y se internó en la calle de la Platería.

El mendigo la seguía a la distancia de quince pasos.

La tia Colasa se metió en uno de los callejones de la Platería, y entró en una escalerilla estrecha.

El mendigo entró también en el callejon, y seguidamente en la escalerilla.

La mujer subió basta el quinto piso.

El pobre se paró en el segundo.

Oyó como aquella llamaba, y cuando la mujer hubo entrado en el cuarto, bajó, y siguiendo el mismo camino, volvió a situarse en la esquina donde poco antes había recibido la limosna de la tia Colasa.

Volvamos a ésta, que acababa de entrar en el quinto piso indicado.

El piso aquel era el obrador de un platero.

El dueño poseia una de las mejores tiendas de Barcelona: había entrado sin un cuarto de aprendiz del oficio, y sin un cuarto había salido a oficial del mismo; al poco tiempo, puso una pequeña y mezquina tienda en un portal, y después de no muchos meses se encontraba con una de las mejores platerías, sin que nadie alcanzase a resolver el problema de cómo aquel hombre había conseguido llamar hacia sí el capricho de la suerte hasta el punto que a tal estado le llevase.

La señora Colasa entró en el obrador y pidió por el amo.

Uno de los oficiales mandó a buscarle por un aprendiz a la tienda.

La dueña del figon, cuando el platero se presentó, pasó con éste a un cuarto separado.

—Vamos a ver, vamos a ver, dijo el platero a la señora Colasa, ¿qué me trae V.?

—¡Ah! esta vez, muchas cosas.

—Veamos.

La mujer descubrió la caja, la abrió y presentó las joyas que contenía al platero.

Los ojos de éste brillaron con ese vivo resplandor de la codicia.

—Ya V. ve si hay aquí cosas.

—Sí… pendientes, soguillas… oro extranjero… ¡lástima! ¡apenas tiene este oro catorce quilates! decía el platero sacando él mismo y examinando las joyas.

—¡Que no es bueno este oro!… observó la mujer adivinando la escasa estimación que el platero iba a dar a lo que le llevaba.

—No digo yo que no sea bueno; pero no lo es tanto como el español. El oro extranjero es sumamente bajo.

—¿Y qué quiere decir eso? que ya me lo dijo V. la otra vez, y yo no lo entendí.

—Quiere decir, que teniendo menos quilates, vale menos también, porque no tiene tanta estima.

—Si, pero la diferencia no puede ser mucha tampoco…

—Sin embargo, es algo notable. ¿Vé V? estas sortijas y estos brazaletes se lo pagaré a V. a catorce reales el adarme, mientras que lo demás no puedo pagarlo ni a once. Si hubiera mucho de la clase de las sortijas y los brazaletes, que es lo que menos monta en todo eso.

—En fin, veamos cuánto vale todo.

—Ahora lo veremos, y puede V. contar con que siempre a V. he de darle más que a otro.

El platero sacó el marco para pesar las alhajas.

—Posaremos el oro de mejor calidad primero, dijo a la mujer.

V. puso las sortijas y los brazaletes de que había hablado en la balanza.

—Contaremos por adarmes; tenga V. presente que cada adarme son catorce reales.

—Bien.

—Pesa esto, dijo luego el platero levantando la balanza; veinte… cuarenta… ochenta… ciento veinte adarmes, que son:

—Si fueran a tres pesetas, interrumpió la mujer, serían trescientas pesetas, y luego tres veces veinte, son sesenta; trescientas sesenta pesetas cabales.

—A tres pesetas; pero olvida V. que es media peseta más por adarme, dijo el platero con el tono de hombre probo, que no quiere un maravedí de nadie.

—Efectivamente, añadió la señora Colasa: hemos dicho trescientas sesenta pesetas; y ahora ciento veinte medias, son sesenta, que unidas a las trescientas sesenta, forman un total de cuatrocientas veinte.

—O sean, ochenta y cuatro duros.

—Eso será. Pero se me ocurre una cosa, observó la señora Colasa.

—¿Cuál?

—¿Y estas piedras que tienen estas dos sortijas?

—¡Ah! son piedras verdes de ningun valor.

—Pero han de ser finas, puesto que están en las joyas.

—Sí, son finas, y por eso las tomo al peso del oro, que es lo más que puedo hacer; si fueran diamantes, entonces ya variaba de aspecto.

Las tales piedras verdes, eran, no obstante, cinco esmeraldas limpísimas y de no pequeño tamaño, que valían juntas tres veces más que el oro que se habían pesado.

—Bueno, bueno; dijo la torpe de la mujer.

Y en seguida hizo esta otra observación:

—Pero estas son joyas nuevas, que pueden volver a venderse, y las manos…

—¡Ah! ¡calle V. por Dios, buena mujer! Ya me guardaré yo muy bien de ponerlas en mis aparadores: no tengo más remedio que destruirlas y fundir el oro; y siendo así, ya V. sabe que las manos no se pagan: además que nunca nosotros las tenemos en cuenta cuando compramos, y sí solo cuando vendemos.

—En fin, bueno, bueno, adelante, respondió la mujer, a quien no costaba gran trabajo el conformarse.

—Con que debo a V. por una parte…

—Ochenta y cuatro duros.

—Bueno.

Y el platero retiró a un lado lo que estaba ya pesado y comprado.

—Veamos ahora esto, que va a pesar más que aquello.

—Y a valer menos también, observó la señora Colasa con cierto pesar.

—También hay más, ¡qué diablos! lo que no va en una cosa, va en otra.

—Vea V., ¡quién lo diría! tanto como luce este oro, y que haya de valer menos que el otro, exclamó la mujer.

—Ahí verá V., dijo el platero examinando el resto de las alhajas. ¡Huy! ¡huy! ¡hay!

—¿Qué es eso?

—Que veo aquí todo oro francés.

—¿Y qué?…

—Es el peor oro que hay.

—Pero en cambio, observó la mujer, aquí en estos pendientes y en este collar, y en esto otro que no sé cómo se llama, hay diamantes…

—Son franceses también, añadió el platero con una serenidad y

una frescura admirables.

—Pero no dijo V. hace poco que los diamantes…

—Sí, pero no estos diamantes.

En el rostro de la tia Colasa se dibujó una expresion de la más profunda desconfianza.

El platero lo notó y trató de desvanecer la sospecha de la mujer con un golpe de efecto que volviese a su ánimo la confianza por completo, y dijo:

—¿Vé V.? hé aquí porque no me gusta a mí tratar con gente que no lo entienda y no sepa lo que vende. Se imaginan que traen un tesoro, y luego cuando ven su error…

—Yo no es que me figure esa, pero…

—Usted desconfía, yo lo conozco, y como no tengo necesidad, tras de no ganar casi nada, de correr la grave exposición que se tiene con esto, ni de tener la responsabilidad que pesa después sobre uno, no hay nada ya de lo dicho…

—¡Cómo! exclamó la tia Colasa.

—No, no, prosiguió el platero, altamente resentido; lléveselo V. todo, y busque quien se lo tome, a ver si le dan a V. lo que yo le ofrezco.

Y esto diciendo, cogió otra vez las joyas que había separado y las presentó a la mujer.

La dueña del figon creyó que había sido injusta en sus sospechas, y como, por otra parte, no era fácil encontrar así tan pronto y sin compromiso una persona de *carácter* que estuviese pronta a comprar aquello, dando al contado la suma de su valor, se apresuró a desagraciar al platero, diciéndole:

—Pero, si yo no he sospechado ni he tenido la menor desconfianza; quizás he dicho algo que pudiera dárselo a V. a entender, pero le juro que ha sido sin intención. ¡Yo ir a otra parte! ¿cree V. que no tengo carácter? Pues no faltaba otra cosa. ¿A que me engañasen verdaderamente? No, no, Dios me libre. Sírvase V., pues, volver a tomar esto que ya teníamos arreglado, y vamos a lo demás, que yo le juro no he tenido la menor intención de ofenderle.

La dignidad y el amor propio del platero quedaron satisfechos, y el negocio continuó:

—Pues, como decía, no puedo pagar a V. eso otro más de diez reales el adarme.

—Eso V. lo sabe mejor que yo, dijo la señora Colasa, que acababa de abdicar el derecho de replicar lo más mínimo.

—¿Le conviene a V.? dígalo francamente.

—Sí, señor, respondió la señora Colasa.

El platero empezó a pesar el resto de las alhajas.

—Para entendernos mejor, y que vayamos más claro, lo haremos de dos en doscientos adarmes.

—Eso es.

—Vaya V. llevando, pues, la cuenta, dijo el platero levantando la balanza.

Cuando ésta estuvo en el fiel, exclamó:

—¡Doscientos!

La señora Colasa unió el dedo pulgar al índice de la mano derecha.

—El platero cogió otra porción de joyas de la caja, la puso en la balanza, y volvió a pronunciar.

—¡Doscientos!

La señora Colasa unió las yemas del pulgar y el dedo del medio.

Volvió el platero a la misma operación, y pronunciada otra voz la cifra *doscientos*, la dueña del figon corrió el pulgar al dedo anular, y luego al meñique.

—Me parece que hay todavía doscientos adarmes más, dijo el platero mirando el resto de las joyas que faltaba pesar. Justo y cabal: doscientos.

La señora Colasa abrió la mano.

—Con que son mil adarmes según mi cuenta, dijo el platero.

—Eso es, cinco veces doscientos, son mil cabales, añadió la mujer.

—Que a razón de medio duro, son quinientos duros.

—Justamente.

—Cuyos quinientos, unidos a los ochenta y cuatro primeros, forman un total de…

—Quinientos ochenta y cuatro, se apresuró a decir la mujer, satisfecha de su cuenta.

—Que va a recibir V. ahora mismo en monedas de oro, añadió el platero; y para que vea que yo no trato de lucrar en perjuicio de V., puesto que aquí veo cuatro soguillas que son nuevas y puedo yo venderlas muy bien así, ya que hay infinidad de la misma hechura y yo las tengo iguales en mi aparador, voy a dar a V. ocho duros más, que es lo que importa el valor de las manos en lo único que no he de fundir.

Ante semejante rasgo de buena fé por parte del platero, la señora Colasa perdió completamente si un resto le quedaba de su infundada sospecha de antes.

El platero saltó y volvió al cabo de un rato trayendo el importe de lo que había comprado.

La señora Colasa tomó el dinero, atólo a la punta de un pañuelo, envolviendo el nudo en el mismo y lo metió en uno de los inmensos

bolsillos que en las sayas llevaba.

—Y ahora hasta otra vez, la dijo el platero al despedirla.

—Sí, señor, veremos si vuelvo cualquier día.

—Ya sabe V., cuando se ofrezca, siendo cosa de V., yo siempre entraré en el negocio.

—Muy bien.

—Que me tenga V. presente.

—Ya sabe V. que primero será V. que otro.

—Vaya, pues, adiós y buen provecho.

—Adiós.

La mujer salió, y el platero quedóse frotando las manos y exclamando:

—¡Buen negocio! se lleva quinientos noventa y dos duros, por valor de más de dos mil que me ha dejado.

CAPÍTULO X.
En que se ve cómo se arregló Roberto para prestar otro servicio al comisario

La dueña del figon encaminóse en derechura a su casa.

El mendigo estaba, cuando aquella volvió a pasar, en la misma esquina.

La señora Colasa no reparó en él la segunda vez.

Iba harto preocupada para fijar la atención en lo que no le importaba.

El mendigo la siguió como la vez primera, pero ésta mucho más de cerca.

La mujer iba hablando consigo misma, y de vez en cuando salían palabras enteras de sus labios.

Difícil hubiera sido, sino imposible, adivinar por palabras sueltas, el asunto que tan ocupada la llevaba.

El mendigo tenía un oído finísimo y oyó alguna de sus expresiones.

—Quinientos noventa y dos, decía la mujer. Digamos cuatrocientos.

—No, con trescientos basta.

El mendigo exclamó para sí:

—¡Si tardas mucho en llegar y rendir cuentas, vas a bajar a tres pesetas!

La señora Colasa entró en el figon.

El pobre llegó a la puerta, y viendo que no había nadie en aquella hora en la sala, entró tras de la mujer.

—Señora Colasa, dijo así que estuvo dentro.

Ésta volvió de repente la cabeza.

—Dios le ayude, hermano, y ya sabe V. que no quiero que nadie se meta dentro de la casa para pedir limosna; la limosna se pide y se dá a la puerta. ¡Vaya! ¡pues no lo he dicho pocas veces ya!

El mendigo, de pié delante de la dueña del figon y sin moverse, oyó todas estas palabras.

—¡No ha oído V.! exclamó la señora Colasa.

El mendigo se sonrió.

—¡Cómo! ¡se burla V.!

El mendigo soltó la carcajada.

—¡Jesús! vamos, ¡ahora sí digo que eres el mismo diablo! exclamó la señora Colasa reconociéndole. Sube, sube arriba.

Roberto subió a la misma sala del día anterior.

La señora Colasa se metió en su alcoba.

Sacó el pañuelo donde llevaba envuelto el dinero, y se puso a contarlo sobre la cama.

Separó trescientos daros, que volvió a colocar en el mismo pañuelo, metiéndoselos otra vez en el bolsillo, guardó en un arca la cantidad restante y subió al cuarto, en donde la esperaba Roberto.

—Qué puntual has sido, le dijo al entrar.

—He venido a la hora que V. misma me mandó ayer.

—No le hace, tanto mejor, pues es la en que no hay gente en casa.

—Y aunque la hubiera, no creo que fácilmente me hubiése nadie conocido.

—¡Calla, calla, que eres el mismo diablo! ¡cuándo no le he

conocido yo!

—Ya V. ve.

—Pues ahora mismo, cuando me viste entrar, llegaba de hacer la diligencia.

—Sí, me lo he figurado.

—todavía no he vuelto a mirar lo que me han dado por todo.

—¿Y cuánto, cuánto ha sido?

—Tú mismo lo verás, aquí en el pañuelo está todavía intacto.

—A ver.

La señora Colasa entregó el pañuelo a Roberto.

—¡Qué es esto! exclamó éste.

—Lo que ha valido aquello, hijo.

—¡Nada más que esto!

—Nada más.

—¡Pero seis mil reales solamente!…

—Eso he dicho yo al sugeto, pero delante de mí lo ha pesado, y no ha valido más, ¡qué quieres! bastante disgustada he venido yo, no creas.

—Como V. me dijo días pasados allá en el presidio, que lo menos había valor de veinte mil reales…

—Y así lo creia yo al ver tanta cosa; pero como esos embusteros de plateros, que todos son unos ladrones, trabajan tan delgado, y esas cosas así tienen que venderse al peso, me he quedado tonta, hijo, cuando he visto lo que en realidad valía.

Roberto, que tenía casi una certeza del enjuague de la tia Colasa, estaba pensando, mientras contemplaba el dinero, cómo haría pagarle la estafa que le hacía, pero teniendo que atender y acudir primero a otras cosas principales, se resignó por el pronto.

—En fin, ¡qué se ha de hacer!

—Eso mismo me dije yo, continuó la mujer, ¡qué le haremos! si es necesario que uno recurra a esos ladrones, que le dan dos de lo que vale cuatro.

—No hay más remedio que resignarnos, concluyó Roberto, con que aquí hay…

—Seis mil reales.

—Y tocan por consiguiente…

—Tres mil a cada uno, ya que no somos más que los dos a partir.

—Corriente pues: una, seis, nueve onzas y seis duros; esta es la mitad…

—Justo.

—Que yo me llevo y se queda V. con la otra mitad…

—Eso es.

—Y ahora, hasta otra, tia Colasa, dijo Roberto.

—Ya sabes, chico, que mi casa y yo misma estamos a tu disposición.

—El Zurdo y los otro dos…

—¡Ah! exclamó la señora Colasa con acento dolorido; ¡pobres! ¡cada vez que pienso en ellos!…

—Nos harán mucha falta, concluyó Roberto.

—¡Y tanta! porque eran buenos y leales como no se encuentran.

—Pero aquí ha de venir alguno que pueda así entrar con nosotros en un negocillo…

—Sí, algunos vienen; sino que los pobres, como no tienen quien los dirija, ni…

—Ya los iremos conociendo.

—Eso es.

—Vaya, pues, hasta otro rato, tia Colasa.

—Adiós, Roberto, y mucho tino.

—Pierda V. cuidado.

—¡Ay! no faltaba más, sino que ahora le descubriesen, Dios mio.

—Ya cuidaré yo de que no suceda. Con que adiós.

—Adiós, hijo, adiós.

Roberto se fué directamente a su casa, sin detenerse en parte alguna.

Dió, antes de llegar al cuarto, el silbido que ya conocemos, y la puerta se abrió al momento.

—Toma, dijo a su querida sacando el dinero del bolsillo.

—¡Dinero! ¡oro!

—¿No gastaste ayer tres onzas?

—Sí.

—Pues allí tienes nueve.

—Bien han aumentado.

—Guárdalas, que más te traeré, y en cuanto reunamos lo necesario para vivir con comodidad fuera de aquí, partimos al extranjero, y se acabarón ya las trapisondas y los compromisos.

—¿Y yo voy a ir contigo, Roberto? preguntó la mujer acercándosele con cariño.

—¿Pues?

Y sin decir otra palabra ni permitirse otra expresión de afecto, Roberto volvió la espalda a la mujer, entrando en su cuarto.

Quitóse el traje haraposo del mendigo, y vistió el de el día anterior, sin olvidarse las patillas.

Volvió a salir inmediatamente y se dirigió a la casa del comisario.

El guardia de la puerta tenía ya dadas las instrucciones de su jefe

respecto a Roberto, y así que vió a éste, le dijo:

—Tenga V. la bondad de aguardar un instante, que voy a pasar aviso de que está V. aquí, y pasará en seguida.

—Aquí aguardo.

El guardia volvió a salir, y Roberto entró al despacho del comisario.

—¿Qué tenemos de nuevo? preguntóle éste en seguida.

—Algo, que creo bastante bueno, respondió Roberto.

—Toma asiento.

Roberto tomó una silla al lado del comisario.

—A ver, a ver, dijo éste con marcada impaciencia.

Roberto empezó:

—¿Tiene V. noticia de un robo de alhajas que se efectuó hace pocos días?

—¿Un robo de alhajas?

—Sí, y fué en la calle de la Platería.

—¡Ah! sí, con efecto.

—¿Y V. quiere descubrir el robo?

—¡Si quiero! ¡vaya una pregunta!

—Es decir, los autores verdaderos no, porque es imposible.

—Entonces…

—Pero tendremos los cómplices, y todo el cuerpo del delito.

—¡Ah! con tal que se consiga esto último, hay lo suficiente.

—Pues yo le prometo a V. conseguirlo.

—A ver, esplícate, esplícate, dijo el comisario, cuyo afan crecia por instantes.

—Déjeme V. obrar a mí, que yo le pondré en camino de alcanzarlo todo.

—Tienes completa libertad, y empieza a decir lo que se ha de hacer.

—Sí, porque corro alguna prisa.

—A ello pues.

—¿Usted conoce al dueño de las alhajas robadas?

—¿No es un platero?

—Sí, señor.

—Personalmente no le conozco.

—No le hace. Con el carácter que a V. acompaña puede presentársele.

—Bien.

—Le pide V. una nota firmada de los objetos que le robarón.

—Entiendo.

—Pero eso ha de ser al momento.

—En seguida; pero luego después.

—Necesitamos lo primero la nota, para que luego vea ese hombre y el gobernador que se han encontrado las alhajas mismas que él diga.

—¡Ah! ahora acabo de comprender tu idea. Si sale esto como imaginas, exclamó el comisario…

—Vaya si saldrá, repuso con toda seguridad Roberto.

—Pues entonces te declaro el mejor y más benemérito de los muchachos que tiene la ronda.

—Tiempo tendrá V. de conocerme.

El comisario tenía ya el sombrero puesto y el baston en la mano.

—Voy pues allá en seguida.

—Y yo, ¿dónde aguardo a V.?

—Espérame aquí mismo.

—Sobre todo, observó Roberto, encargue V. al dueño que guarde el más absoluto silencio acerca de eso.

—¡A mí esas advertencias!…

—Me permito hacerlas porque está muy cerca de su misma casa el cuerpo del delito, y cualquier asomo de sospecha pudiera frustrar nuestro plan.

—Hasta luego, dijo el comisario saliendo del despacho.

Roberto quedó solo en él.

Pero no por mucho rato.

Uno de los guardias llegó al cabo de pocos momentos a hacerle allí *compañía*.

Antes de media hora el comisario estaba ya de vuelta.

El guardia salió, cuando vió entrar a su jefe.

—Ya traigo aquí la nota.

—Bravo.

—¡Y es una friolera lo que robaron! exclamó el comisario.

—A ver, si V. me permite… observó Roberto.

El comisario le entregó el papel.

Roberto leyó:

«Nota de los efectos robados en la noche del *2* de marzo, de la tienda de platería de D…

Cuatro pares de pendientes con diamantes.

Seis aderezos completos de oro con brazaletes, collar, alfiler, pendientes y sortija; dos de ellos de diamantes, dos de esmeraldas, uno de rubíes y otro de granates.

Ocho cadenas de oro.

Doce sortijas de diamantes, perlas, esmeraldas y granates.

Una taza de oro con plato y cucharilla de lo mismo.

Dos petacas de oro, esmalte verde y azul, con forro de terciopelo carmesí.

Y por último:

Tres marcos para retrato, dos redondos y uno cuadrado».

—¡Pero esto es un tesoro! exclamó el comisario.

—Todo, pues, o la mayor parte, hemos de encontrar, o me engaño mucho.

—Chasco grande fuera el que te engañaras.

—No lo creo.

—Ea, pues, al avío.

—Al momento.

—¿Qué hemos de hacer ahora? preguntó el comisario.

—Salir V. conmigo acompañado de dos o tres agentes.

CAPÍTULO XI.
De cómo se rescató el robo de las alhajas de la platería

El comisario de policía llamó a dos de sus agentes y les ordenó que siguieran a cierta distancia.

Acompañado de Roberto salió inmediatamente, dirigiéndose a la calle de la Platería.

Al llegar al callejon consabido, torcieron de rumbo, metiéndose en él y seguidamente en la escalerilla de la casa, en donde pocas horas antes había estado la señora a Colasa.

Delante de la puerta del quinto piso se reunieron los agentes a su

jefe.

Éste llamó, uno de los aprendices abrió la puerta y el comisario entró.

—Quédese V. en la puerta y no permita salir a nadie, ordenó a uno de sus dos satélites.

Los oficiales de platero y los aprendices miraban al grupo que se había presentado, sorprendidos y sin darse cuenta de nada.

—¿El dueño de la casa? preguntó el comisario a los oficiales dirigiéndose a todos en general.

—No está aquí, respondió uno.

—¿En dónde está pues?

—Abajo en la tienda.

El comisario mandó al otro agente que fuera a buscarle.

Al poco rato el dueño de la platería se presentó, demudado el rostro, amarillo como la cera y temblándole las piernas.

—¿Es V. el dueño de esta casa? le preguntó el comisario.

—Servidor de V., respondió aquel con acento balbuciente.

—Yo soy, pues, el comisario de policía del distrito.

—Muy señor mio, añadió inclinándose cortesmente el platero.

—Que vengo para hablar con V. de cierto asunto.

—Estoy a sus órdenes, dijo el platero haciendo grandes esfuerzos para aparentar una calma y una serenidad que seguramente no tenía; solo siento que aquí… como es esto tan reducido y…

—No importa, observó el comisario.

—Si V. quiere tomarse la molestia de bajar a mi habitación…

—No le hace, no le hace, estamos bien aquí, y en aquel cuarto mismo.

—¡Ah! como V. guste.

—Sí, pasemos.

El platero usó de toda la cortesía, haciendo pasar delante al comisario, quien, volviendo la cabeza al agente que quedaba a la puerta del obrador, le ordenó de nuevo:

—Cuidado con que salga nadie de aquí.

El platero tembló más a estas palabras.

—Está bien, respondió el agente.

El comisario, el platero y Roberto entraron en el cuarto.

Era la pieza misma en donde se había concluido el negocio con la tia Colasa.

—Puede V. sentarse, observó el platero con marcada solicitud y respetuosa deferencia al comisario, aunque estas sillas no son muy buenas que digamos.

—Estamos bien de pié.

Y el comisario, después de haber tosido dos veces, se dirigió al platero en estos términos:

—Vamos a ver; yo vengo aquí por un asunto de suma importancia, en el cual espero que V. ha de ayudarme.

—¡Yo!

—Usted.

—Veamos… según lo que sea y yo pueda.

—Sí puede V., con solo decirme la verdad de lo que yo le pregunte.

—Estoy escuchando.

—¿Usted ha hecho una compra de varias alhajas?

—Muchas veces he comprado alhajas, es cosa del oficio, como V. conocerá, y con frecuencia lo hacemos.

—¿Con que V. ha hecho la compra?

—Digo a V. que he hecho varias en mi vida.

—Yo hablo de una compra hecha esta misma mañana.

El platero no podía disimular su turbación.

—Esta mañana.

—Sí.

—No he hecho hoy precisamente compra ninguna.

—Diga V. la verdad, pues de lo contrario, será mucho peor para V.

—Le digo a V. que no he hecho compra ninguna.

—Pues yo le digo a V. que sí, afirmó el comisario.

—¡Usted!

—Sí, y digo mas; digo que las alhajas que V. ha comprado son procedentes de un robo.

—Pero…

—Que V. debió haberlo conocido, y ya sabe la obligación que tienen en un caso semejante los de su oficio, que es detener al vendedor y dar parte para que se justifique o desaparezca la sospecha, Usted no ha hecho nada de esto, sino que ha comprado bonitamente, y por esto solo aparece V. cómplice en el delito.

—¡Yo cómplice!…

—Usted, señor mio. Pero todo se puede arreglar todavía, y su culpa será mucho menor si manifiesta V. el cuerpo del delito.

El platero estaba como sobre áscuas.

Roberto, muda la boca y de pié a un lado del cuarto, parecia una estatua o un fantasma de novela.

—Pero, ¿cómo puede V. asegurar…? se atrevió a añadir el platero, a quien vendian a un tiempo su turbación y la palidez de su rostro.

—En fin, ¿confiesa V. y entrega lo que se le pide? preguntó el comisario.

—Pero…

—¿Lo entrega V.?

El platero, que sin duda tenía la idea de mostrarse negando hasta lo último, se atrevió a insistir:

—Mal puedo entregar lo que no tongo.

—En ese caso, dijo el comisario, V. me permitirá que yo mismo lo busque.

—Es V. dueño de buscar lo que quiera.

—A ver esa cómoda de allí, ¿está abierta?

—No, señor, porque tengo intereses en ella.

—Pues tenga V. la bondad de darme la llave o abrir V. mismo.

—Yo abriré.

Y el platero se acercó al viejo y antiguo mueble, abriendo con mano trémula el primer cajon.

El comisario vió varias alhajas distribuidas en las tres divisiones que el cajon contenía.

—¿Y estas alhajas? preguntó al platero.

—Son mias… y no tengo esas solamente, sino muchas más aquí arriba y abajo en la tienda.

—Tenga V. la bondad de sacarlas y ponerlas encima de la cómoda.

Mientras el platero obedecia el mandato del comisario, éste sacó un papel largo del bolsillo.

—Vamos a ver, dijo empezando a mirar el papel: *cuatro pares de pendientes con diamantes*.

Y examinando las joyas, entresacó de ellas las que el papel rozaba, diciendo:

—Aquí están.

—¿Y qué quiere decir esto? preguntó el platero.

—Nada más sino que tiene V. ahí precisamente cuatro pares de pendientes tales como los reza el papel que aquí traigo.

—¿Y no puedo yo tener pendientes de esos?

—No digo yo que V. no pueda tenerlos, añadió el comisario, siguiendo en el examen de las joyas y entresacando los seis aderezos completos que ocupaban el segundo lugar en la lista dada por el platero robado: pero también es casualidad como lo es el que encontremos aquí seis aderezos con todos los pelos y señales que reza el papel.

—De los aderezos digo lo mismo que de los pendientes: yo soy platero y puedo tenerlos, añadió el platero revestido de un falso valor.

El comisario siguió en el examen y en el cotejo, y separadas las joyas cuya relación tenía en el papel, dijo al platero:

—Señor mio, para mí este es el cuerpo verdadero del delito que he venido buscando.

El platero no contestó.

—Pero, prosiguió el comisario, para mayor seguridad llamaremos ahora aquí mismo a su verdadero dueño, y veremos si él reconoce las joyas. ¡Hola!

Uno de los agentes se presentó en el cuarto.

—Un instante, señor comisario, se apresuró a decir el platero.

—¿Qué quiere V.?

—No hay necesidad de llamar a nadie. ¡Ah! ¡este escándalo sería terrible!…

—¿Confiesa V. entonces?

—Sí, señor.

—Retírese V., dijo el comisario al agente.

Luego, dirigiéndose de nuevo al platero, le preguntó:

—¿Y cómo han venido a poder de V. esas alhajas?

—Usted mismo lo dijo antes: las he comprado.

—¿Cuándo?

—Esta misma mañana.

Lo que el platero padecia, gozaba Roberto.

En la perdición de aquel, estaba la salvación de éste.

El comisario prosiguió:

—¿Y a quién las ha comprado V.?

A una mujer.

—¿Y quién es esa mujer?

—No la conozco.

—¡Cómo!

—Juro a V. que digo la verdad.

El platero no mentía.

No conocía sino de vista a la tia Colasa.

La dueña del figon no había estado más de tres veces en casa de aquel, sin que al platero le importase averiguar quién era ni cómo y en dónde vivía.

Y aunque hubiese tratado de averiguarlo, era muy probable también que la tia Colasa hubiese dado un nombre y unas señas de casa que distasen mucho de ser los suyos.

—Con que, ¿ignora V. a qué persona ha comprado esto? volvió a preguntar el comisario.

—Solo sé que era una mujer ya vieja, de la clase baja del pueblo, y nada más.

—Corriente. Dispóngase V., pues, a seguirme.

—¡Cómo! exclamó asustado el platero.

—Amigo, yo lo siento, pero…

—¡Ah! por Dios, yo le ruego a V…

—Es mi deber.

—¡Que va a decir la gente de mí!

Es chocante ese miedo de ciertas gentes al *qué dirán*.

Cometen con la mayor frescura los actos más denigrantes, sin que la vergüenza de la propia bajeza asome a su rostro hasta que la luz del día penetra y rasga el velo del secreto que la cubría.

¡Cuántos rostros serenos y respetados se turbarían asimismo, y fueran hasta escupidos, si fuese posible que en un mismo momento se los rasgara el velo de la hipocresía, que como buenos los presenta a los ojos del mando!

El platero probó todos los medios imaginables de resistencia, a fin de no tener que sufrir la vergüenza en público de un acto que hasta entonces no le había avergonzado.

Pero el comisario no se doblegó, y al fin el platero tuvo que seguirle.

—Se me ocurre una cosa, dijo Roberto al oído del comisario antes de salir.

—¿Cuál?

—Convendría que preguntase V. a este señor y a sus mismos oficiales si conocerían a la mujer que ha vendido las alhajas si se les presentase. Conviene que así se haga.

—El platero creo lo ha dicho ya.

—No importa, pregúnteselo V.

El comisario hizo la pregunta al platero, que respondió afirmativamente, y luego le dijo:

—Ahora voy a hacer la misma pregunta a los oficiales, y conviene para bien de V. que digan la verdad; porque cuanto mayor tanto de culpa lo quepa a otro, mejor para V., que toda esa se le rebaja.

El platero comprendió esta razón perfectamente, y se dirigió a los oficiales, diciéndoles en presencia del comisario, y antes de que ésto les preguntara:

—Muchachos, el señor parece que tiene que dirigiros una pregunta: ¡la verdad, muchachos! porque la verdad es lo que a mí me conviene.

Los oficiales conocieron por el acento de su principal, que realmente debian decir la verdad en lo que fuesen preguntados, y dos de ellos dijeron a la vez:

—Pueden hacernos las preguntas que quieran, que nosotros diremos siempre la verdad.

El comisario preguntó entonces:

—¿Han visto Vds. entrar aquí esta mañana una mujer?

—Sí, señor.

—¿A qué ha venido?

—A hablar con el amo.

—¿Y con qué objeto?

—Eso yo no lo puedo decir, porque no lo sé, dijo uno.

—Ni yo, añadió otro.

—Ni yo, contestaron todos.

El comisario volvió a preguntar:

—¿Sabe alguno de Vds quién es esa mujer?

—No, señor.

—La conocerían Vds si se les presentase.

—Yo creo que sí.

—Y yo también.

Y yo.

—Corriente, nada más, concluyó el comisario.

Roberto se le acercó otra vez, diciéndole por lo bajo:

—Convendría que les tomase V. el nombre a todos y las señas de su habitación respectiva.

El comisario cumplió al momento con la indicación de Roberto.

Hasta entonces le había ido perfectamente siguiendo las instrucciones de éste, y se entregó a él del todo en la manera de llevar el asunto.

En su caso y lugar veremos por esta circunstancia, hasta qué punto rayaban la perspicacia y la prevision de Roberto.

Tomada nota de los nombres y habitación de los oficiales, el comisario salió ya del obrador llevándose consigo al dueño del mismo.

Nunca en toda su vida había el platero sufrido tanto como en aquel momento, ni aun en el acto mismo de descubrírsele lo de las alhajas.

Presentarse en la calle y entre dos agentes de la policía, a la vista de todos sus vecinos, era cosa a la que no podía resistir.

El comisario bajaba la escalera, llevándolo a su lado y con bastante pausa.

Parecia que se gozaba en los sufrimientos de aquel.

Era, sin embargo, dicho sea en honor de la verdad, todo lo contrario.

El platero, al llegar al último tramo de la escalera, dijo al comisario:

—Pero me va V. a llevar así… entre Vds.

—Pues, ¿cómo? respondió aquel, pesando el efecto que su respuesta hacía en el ánimo del platero.

Este se acercó al oído de aquel, y le habló dos o tres palabras. Todos bajaron a la puerta y el comisario dijo a los agentes antes de salir a la calle:

—Quédense Vds aquí, y salgan cuando conozcan que yo estoy ya algo lejos.

—Muy bien.

—Irán Vds a casa por la Platería.

—Se hará así.

—Tú, dijo entonces el comisario a Roberto, puedes irte también por la misma Platería.

Roberto, sin decir nada, se fué solo por donde le indicaba el comisario.

—Ahora, dijo éste al platero, nosotros nos iremos por ahí los dos.

Y señaló el callejon.

A los pocos pasos que anduvieron juntos el comisario y el platero, aquel le dijo a éste:

—Por estos callejones casi desiertos saldremos a la calle de la Princesa, y nadie se apercibe así de nada.

—¡Oh! ¡gracias! exclamó el platero.

—Ya ve V. que hago cuanto puedo en su obsequio.

—Sí, sí, gracias, repitió el platero.

—Y que le guardo un miramiento que no lo tendría con otro. El comisario decía la verdad.

Con otro hombre menos criminal quizá, pero más pobre que el platero, no hubiese tenido seguramente la consideración que con éste guardaba.

Más de una vez, durante el camino y hablando así como dos personas que andan en amigable conversación, el comisario encareció al platero el servicio que en aquellos momentos le prestaba, temeroso sin duda de que éste lo olvidase.

El platero leyó con esto en el fondo del corazón del comisario, y marchaba a su lado con menos temor del que parecia deber tener en aquella crítica situación.

Llegaron a la casa del comisario, y subieron a la habitación de éste.

Los guardias, más ligeros, habían llegado antes.

Roberto, no todavía.

Al entrar en la primera sala, el comisario abrió la puerta de un gabinete y dijo al platero:

—Tenga V. la bondad de pasar ahí y esperarse un rato.

El platero entró.

El comisario llamó entonces a uno de los agentes.

Dióle las señas de la casa del platero robado, y la órden de que éste se presentase.

El a gente salió a cumplir el mandato de su jefe.

CAPÍTULO XII.
De cómo obtuvo al fin Roberto la credencial deseaba

HABIA llevado la señora Colasa a vender todos los objetos robados, sin que faltase una sola alhaja.

Lo que tanto ella como los ladrones necesitaban era dinero; *el dinero no tiene seña*, era su máxima constante, y de aquí que ni estos ni aquella se quedasen nunca, para su uso, ni para venderlos particularmente, ninguno de los efectos robados, por temor de ser descubiertos. El dueño de las alhajas se presentó al comisario.

—Vamos a ver, le dijo éste, sacando la lisia de los objetos que

aquel le dió poco antes: ¿es esta misma la lista de lo robado, que V. me entregó?

—Sí, señor.

—Pues, repásela V., y vea si en este pañuelo están todas las alhajas que le fueron a V. robadas.

Al dueño de las mismas lo faltó tiempo para examinarlas.

—¡Ah! sí señor, sí señor; las mismas exactamente, exclamó con súbita alegría.

—Ya está V. servido, pues.

—¡Ah! crea V. que mi gratitud y mi…

—Nada, nada de gratitud; yo he cumplido con mi deber y nada más.

—De todas maneras el favor que yo debo a V. es grandísimo, y V. no se negará a admitir una pequeña expresión de mi profunda y eterna gratitud por este beneficio.

—Eso no, de ninguna manera.

—¡Cómo!

—Y V. me ofende si piensa que…

—Dispénseme V., que no ha sido esa mi intención.

—Además que aunque yo quisiese, nos está prohibido el admitir nada de nadie en ese concepto.

—Pero, ¿qué tiene que ver una cosa con otra? insistió el platero, cuya gratitud necesitaba manifestarse de alguna manera al comisario: figúrese V. que yo no debo ahora a sus pesquisas y a su exquisita diligencia el haber recobrado esas alhajas que yo daba por perdidas y que hoy milagrosamente y gracias al celo de V. vuelven a mi poder; dejemos esto aparte como si nada hubiese pasado; pero V. y yo nos conocemos, somos amigos, y a mí se me antoja dar una prenda de amistad puramente a un amigo mio, que es V.

De tal manera presentaba el bueno del platero la cuestión, que no era fácil resistirle, ni aun tratándose del más escrupuloso comisario.

—Y por consiguiente, continuó el platero, yo quiero darle a mi amigo esta soguilla para su reloj.

El comisario lanzó una mirada a la soguilla y dijo:

—Vamos, es inútil; para mí ya he dicho a V. que no quiero ni admitiré nada; pero ya que tanto es el empeño de V., yo le prometo que cualquier día pasaré con mi señora por su casa y tomaré cualquier bagatela para ella.

—¡Ah! ¡tiene V. señora! exclamó el platero, más empeñado cada vez en hacer el obsequio, cuanta mayor era la resistencia en aceptarlo, que veía por parte del comisario; pues entonces, ahora si le digo que no salgo de aquí sin que V. tome lo que quiera para su señora.

El comisario no pudo ya resistir, y dijo:

—En a fin, ya que tanto se empeña V., tomaré este collarcilo y estos pendientes que hacen juego.

—Lo que V. quiera… dijo el platero con tono algo forzado.

El comisario había escogido nada menos que un collar y unos pendientes de riquísimas esmeraldas.

Con todo, el platero se dió por muy contento y satisfecho, pues no solo el collar de esmeraldas, sino, la mitad de las alhajas hubiera cedido poco antes con tal de recobrar la otra mitad.

—Ahora, le dijo el comisario, me hará V. el favor de extenderme y firmarme un documento de esto que le entrego.

—¡Ah! sí señor, ya lo creo, con mucho gusto.

El comisario hizo sentar al platero a su pupitre.

—¿Y cómo ha de extenderse esto? preguntó.

—Sencillamente, que V. recobra de mi mano todo eso, lo cual está exacto y conforme a la lista de los efectos robados que V. me entregó a petición mia.

Hecho y firmado el documento, el platero salió, y el comisario leyó a sus solas el papel, exclamando:

¡Con un servicio semejante, mucho será que no venga el ascenso!

El otro platero aguardaba en el aposento donde se le mandó que esperase.

El comisario le fué a llamar.

—Ahora es necesario, le dijo, que vayamos a casa del señor gobernador.

—¡Cómo! exclamó aquel espantado: ¡a casa del gobernador!

—Sí, es preciso.

—¡Ah! ¡pero V. me pierde en ese caso!

—Es mi deber, amigo mio, y no puedo menos de hacerlo así.

—¡Por Dios, señor comisario! ¡entienda V. que si esto sucede, yo estoy perdido y deshonrado para siempre!…

—Pues no puedo prescindir de ello.

—Yo ofrezco a V…

—Basta, que eso me ofende.

—¡Ah! es que V. no sabe, ¡si V. supiera el daño que me hace en este momento!…

Y el platero espuso al comisario su posición, la consideración que gozaba y el desprecio que vendría luego sobre su persona llevado el asunto por la via criminal.

Como es de suponer, el platero redobló sus ofertas al comisario, si éste quería echar tierra sobre el asunto.

Pero el comisario, que sabía echar perfectamente sus cálculos,

juzgó que todo lo que el platero podía darle, no equivalía a la inspección del ramo de policía que él se proponía alcanzar, presentando por completo este servicio, además del de Gracia, y los que Roberto, al parecer, le pondría en el camino de prestar.

Las súplicas y las ofertas del platero fueron, pues, completamente desatendidas.

No hubo otro remedio que seguir al comisario a casa del gobernador.

—Le llevaré a V. por la calle conforme hemos venido, le dijo el comisario al platero para mitigar un tanto su pena.

—¿Y qué me importa ya eso ahora, respondió éste, sí mañana apareceré en la cárcel y deshonrado completamente?

—Puede V. salir todavía de eso.

—¡Ah! ¡no señor!

—Yo le ayudaré a V., haciendo en su favor todo aquello que no esté reñido con mi deber.

—Usted, desde el momento en que me entrega al gobernador, no puede ya hacer nada por mí.

—Sí, señor, y en mi mano está el agravar el asunto, o hacer lo contrario. Figúrese V. que yo digo que así como V. lo negó todo al principio, me ha presentado al momento los efectos diciéndome los había comprado esta misma mañana a una mujer. Esto prueba la buena fé por su parte.

—Sí, pero la ley no tendrá en cuenta mi ignorancia, porque yo debo saber que nos está prohibido el comprar objetos de valor así de cierta manera.

—Pues yo repito que estas han de ser, a pesar de todo, circunstancias atenuantes del delito, y créame V.: ya que yo me presto a hacer esta declaración, no la desaproveche V.

Mal veía el platero el negocio, cuyas circunstancias se presentaban agravantes de todas maneras.

El robo se había hecho a un compañero de oficio de la misma calle, todos los de la Platería lo sabían, por consiguiente, asimismo él que compró las alhajas.

De la culpa grave, era, pues, imposible el que se eximiese el platero, si ya no resultaba de la causa complicidad hasta cierto punto con los ladrones.

Después de pocas réplicas más, el comisario y el platero salieron a la calle, y éste fué presentado por aquel al gobernador civil de la provincia.

Como la persona del platero no está ya ligada a los sucesos posteriores de nuestra historia, diremos ya, que abierta la causa y

resultando culpable, le fué aplicado a su tiempo el artículo del. Código que le comprendía, y sentenciado a purgar en un presidio su delito, viniéndose abajo en pocos días aquel soberbio alcázar de su fortuna, cuya base habían sido operaciones y negocios tan *limpios* como el que acabamos de ver.

Al gobernador de la provincia le llamaron la atención, como no podían menos, los servicios que en pocos días había prestado el celoso comisario.

—Siga V. con igual celo, le dijo, y yo le prometo que no tardará V. en ver premiados sus afanes por cumplir con el destino que se le ha confiado.

—Como quiera que sea, dijo el comisario, yo procuraré dar siempre a V. E. muestras de que hago cuanto puedo para cumplir con mi deber.

El comisario salió lleno de gozo del gobierno civil.

Indudablemente siguiendo así, dentro de poco tiempo había de gozar la recompensa por tales servicios merecida.

De la plaza de Palacio se fué directamente a su casa.

En ella aguardaba ya Roberto.

—¡Hola, *Narciso*! le dijo el comisario saludándolo en la antesala delante de otros individuos.

Este nombre dió a entender a Roberto que sus pretensiones habían adelantado mucho terreno, y que estaba próximo a ver realizados sus deseos.

Roberto se puso de pié al ver al comisario, contestando a su saludo con una inclinación de cabeza.

—Pasa, le dijo el jefe sin detenerse y metiéndose en su despacho.

Roberto le siguió.

—Ya dejo al platero en poder del gobernador, dijo el comisario al entrar en el despacho.

—Su escelencia no tendrá porqué quejarse de V. estos días, se permitió decir Roberto.

—No, ciertamente hemos dado dos golpes buenos.

—Más daremos.

—Si en todos somos tan felices como en estos…

—¿Y por qué no?

—Es que a veces…

—Lo que yo puedo asegurarle ya desde ahora es que negocio que yo huela, de lo V. por resuelto.

—Pues lo que importa es oler muchos, observó el comisario.

—Eso corre de mi cuenta.

—Vamos, dijo ya el comisario, ahora querrás saber definitivamente

si te quedas o no conmigo.

—Es natural.

—Pues te quedas ya.

—Doy a V. mil gracias, y lo juro que sabré pagar el beneficio que a V. debo.

—Así lo creo, concluyó el comisario.

Y tomando medio pliego de papel, se puso a escribir.

Después de haberlo firmado, le puso el sello y se lo entregó a Roberto diciéndole:

—Ya queda con esto acreditado *Narciso Perez*.

Roberto tomó el papel y respondió:

—Mil gracias.

El comisario abrió un cajon, sacó un papel de plata, contó hasta veinticinco duros, y entregándolos a Roberto, añadió:

—La paga de este mes.

Roberto metió el dinero en su bolsillo y dijo:

—Ahora tengo que pedir a V. otro favor.

—Dí.

—Es cosa que le puede favorecer a V. tanto o más que a mí.

—Esplícate.

—Si V., como creo, tiene completa confianza en mí, lo suplico que me deje trabajar por mi cuenta.

—No le entiendo bien.

—Quiero decir que me deje libre e independiente, sin ocuparme en otros negocios que me distraigan de los míos.

—Ya le comprendo; concedido.

—Do esta suerte yo puedo arreglar mis cosas con más libertad, y V., aunque no me vea en uno o en dos días, no pase cuidado, por ello, que yo no he de perder el tiempo.

—Corriente, corriente, dijo el comisario; quedas ya completamente libre desde este momento. Puedes salir ya si quieres.

—Pues a la órden de V.

¡Ah!

—Mándeme V.

—Las señas de tu casa.

—Es cierto, se me había olvidado.

Roberto puso en un papel las señas de la casa de su querida.

—¿Se ofrece algo más?

—Nada más.

Roberto saludó y salió.

CAPÍTULO XIII.
La casa de juego

ON la libertad que le proporcionaba el nombre desconocido de Narciso Pérez, que Roberto acababa de adoptar, y la credencial que el comisario le había dado, nuestro hombre se encontró a la salida de la casa del jefe de policía, tan confiado de llevar a cabo el proyecto que le había movido a volver a Barcelona, y tan animoso, como quien tiene la suerte cogida con las manos.

Una de las primeras diligencias que practicó, fué la de procurarse otro traje de caballero, sin descuidar ninguno de aquellos objetos que

el mundo exige a las personas que han de parecer decentes.

Llegada la noche de aquel mismo día, y formulado ya su plan y la conducta que generalmente debia adoptar, Roberto salió de su casa hecho lo que se llama un caballero.

Acaso alguna vista algo perspicaz y experimentada hubiese notado en él eso particular contraste de ciertas gentes entre la persona y el vestido que la cubre; pero en los círculos que Roberto pensaba frecuentar por él pronto, ni se suele fijarse en semejantes pequeñeces ni se exige a nadie que parezca un duque en la forma ni el fondo.

Anochecido ya, como decimos, salió de la casa de su querida y se dirigió a la Rambla.

A los pocos pasos del café *Nuevo*, llamáronle la atención dos personas que había de pié y hablando a la puerta del mismo.

Roberto las reconoció a la simple vista.

Eran dos hombres.

Pasó por cerca de ellos y casi rozándoles la ropa en el acto mismo que ambos se despedían.

—Con que, ya sabes, dijo uno al otro casi en voz baja: tres golpecitos, y *tres de copas*.

—Corriente.

—Hasta luego, pues.

—Hasta luego.

Ya en otra ocasión hemos dicho que Roberto tenía un oído finísimo.

Así fué que por muy bajo que el primero de los dos hombres pronunció aquellas palabras, pudo oirlas distinta y claramente el que pasaba.

Uno de los hombres se marchó Rambla arriba.

El otro se metió en el café.

Roberto retrocedió y entró en el café también.

El hombre se reunió con unos amigos a una mesa, y Roberto se sentó a otra bastante lejos.

Cerca de dos horas estuvo el hombre en aquella mesa, e igual tiempo Roberto en la suya.

Al fin, aquel se levantó.

Roberto, así que conoció la acción, llamó al mozo, pagó su gasto y se dispuso a salir también.

Uno tras de otro siguieron toda la Rambla, hasta llegar a la calle de la Puertaferrisa.

El hombre del café estaba muy lejos de presumir que pudiese seguirle nadie.

Metióse en una escalerilla de la indicada calle.

Al portal de la casa estaba débilmente alumbrado por una lámpara.

No llegaba aquel al primer tramo, cuando Roberto asomaba a la misma puerta.

El hombre subió basta el cuarto segundo.

Roberto, subiendo de puntillas, se paró en el principal, aguzando el oído y sin apenas respirar.

Así pudo oir perfectamente tres golpes dados por el hombre que acababa de llegar, a la puerta del cuarto.

A los golpes siguió un tan ligero como breve murmullo de cortas palabras dichas y contestadas de adentro a fuera, palabras que Roberto no pudo oir, pero que presumió sin equivocarse cuáles serían.

La puerta del cuarto se abrió y volvió a cerrarse casi sin ruido.

Roberto subió inmediatamente.

Paróse delante de la misma puerta, yendo a aplicar el oído en la cerradura, pero se detuvo al oir un pequeño ruido en la madera.

Levantó la cabeza, y vió que el ventanillo había sido medio abierto en aquel mismo instante.

Roberto dió tres golpes pequeños con los nudillos de la mano.

El ventanillo se abrió del todo, y unos labios que asomaron a los agujeros de la hoja de lata, preguntaron en voz baja y misteriosa:

—¿Quién va?

—*El tres de copas*, respondió Roberto.

Sin más palabra, la puerta se abrió.

Entró Roberto, y el hombre que la guardaba volvió a cerrar inmediatamente.

El hombre extendió luego el brazo, señalando la puerta de una habitación de donde salía el resplandor de la luz, y dijo:

—Allí.

Roberto, sin emplear otra palabra, se dirigió a la sala.

Desde el pasillo basta la pieza indicada, estaba el suelo cubierto con una velluda alfombra que sofocaba el ruido de los pasos, hasta el punto de no poderse oir a dos varas de distancia.

Pero aun sin esto, creemos que no hubieran notado los individuos que en la sala estaban la entrada de este nuevo personaje.

En primer lugar, porque, como no tardaremos en ver, estaban todos ocupados en asunto para ellos de mucha mayor importancia en aquel momento, y luego porque una vez pasada la puerta de la escalera, ninguno cuidaba de si entraba o dejaba de entrar alguien en la sala.

La dificultad estaba, pues, en salvar la puerta de la escalera.

Eran los que allí estaban una partida de jugadores.

Y aquí se nos ocurre ahora una observación.

El lector que conozca Barcelona, dirá al llegará este punto: ¿qué necesidad tenían estos señores de ir con tanto misterio y tan a escondidas para jugarse unos cuantos miles reales, cuando tantos casinos hay en la ciudad, donde, sin miedo a la policía y sin ninguna clase de tapujos, puede perderse o ganarse en una noche toda la fortuna de una familia?

Ciertamente; pero hay jugadores y jugadores, y una cosa es jugar por vicio, y otra es jugar por oficio; y en el casino que se permite lo primero a las personas de cierta posición, no se permitiría el ejercer lo último a otros que no tienen otro oficio que el jugar.

De estos últimos en su mayor parte se componia la partida que vamos a ver.

Alrededor de una mesa cubierta con un tapete verde, alumbrada por dos candeleros de plata con bujías de esperma y rodeada de taburetes, había agrupados, sin tocar la ropa al asiento y oprimiendo con el pecho los bordes de la mesa, como una docena de hombres, cuyos cinco sentidos estaban clavados en la mano de uno, el único que había verdaderamente sentado, el cual tenía la baraja en la mano.

Este era uno de los dos banqueros, que estaba en aquel entonces echando las últimas cartas de una magnífica talla.

Su compañero, encargado de pagar y cobrar, tenía delante el dinero y se entretenía, sin armar ruido, en separar las onzas de las medias onzas y monedas de a cuatro y cinco duros, como asimismo en ordenar los billetes.

Cuando Roberto entró, no se oía una mosca.

Salgamos un momento de la sala, donde no tardaremos en volver acompañados de dos personajes que están disputándose a dos pasos de la puerta de la calle, y cuyas palabras conviene que oigamos.

Eran dos estudiantes de leyes.

—Por última vez, Eduardo, decía uno de los dos, parando al otro a dos pasos de la puerta; piénsalo bien.

—Está ya pensado.

—¡Que corres a un precipicio, amigo mio!…

—Déjame, Fernando; lo que es hoy, no miente mi corazón, y gano de seguro.

—¡Ah! el corazón del jugador ¿cuándo ha dicho que presentía una pérdida?…

—Es que hoy he de ganar precisamente; tengo fé en ello por muchas razones.

—Las mismas poco más o menos que has tenido otras veces que perdiste miserablemente el dinero.

—Oye, Fernando, y convéncele tú mismo: hoy hace siete días que

estoy de mala.

—Si, durante los cuales has perdido todo el dinero que tenías, el que sacaste del empeño de casi todas tus prendas y el que han podido prestarle tus amigos.

—Es verdad; pero tú conoces que esto no puede durar.

—Esa es la mia: que esto no puede, no debe durar más tiempo.

—No me entiendes, replicó el jugador a su compañero; digo que la mala no puede durar más.

—¿Y por qué?

—Nunca la he tenido siete días seguidos.

—La tendrás ahora, Eduardo, que tal suele suceder al hombre en la vida. Tú eres desgraciado en el juego, y no esperes que te sonría la suerte precisamente en el momento más crítico. Hoy has recibido diez mil reales de tu casa, con los cuales vas, dices, a desquitarte de siete meses casi seguidos de pérdida; pero no piensas que expones ahora más que nunca, que está tu porvenir en esa cantidad, puesto que sin ella te será imposible recibirte luego, ni atender a compromisos que tienes aquí pendientes, y de los cuales no se desentiende jamás un hombre honrado.

El que así hablaba era un joven de veintitrés años.

La prudencia y la reflexion no siempre esperan la vénia de la edad para presentarse y tomar asiento en la mente del hombre.

Hombres hay que son niños a los cincuenta años, y niños hay que son hombres a los veinte.

A esta última clase pertenecia Fernando Aguilar.

La posición, por otra parte, y el desahogo o las privaciones que uno experimenta cuando es joven, influyen poderosamente en el cultivo de la inteligencia, disponiendo más o menos la vista para leer en el gran libro del mundo, libro que no se vende ni está abierto en ninguna cátedra, y cuyos caracteres raras veces pueden enseñarse bien al que no puede por sí mismo aprenderlos.

Fernando no hubo menester que nadie le enseñase a leer este libro.

Pero no ha llegado aun el momento de ocuparnos de este personaje.

—¿Has concluido? preguntó Eduardo a su compañero después de haber oído sin replicar las últimas palabras de Aguilar.

—He concluido, sí, respondió Fernando; porque si no te ha hecho efecto, después de lo que te he dicho en otras varías ocasiones, lo que acabo de decirle ahora, no espero, ni sé que otra cosa pueda convencerte; y por consiguiente he concluido.

—Pues si has concluido, dijo Eduardo con la calma y el aplomo que dá la resolución en ciertos momentos; no me toca ya a mí sino

decirle que tengas la bondad de dejarme.

—¡Eduardo! exclamó Fernando admirado y separándose un paso de su compañero.

—No quiero decir eso que te has figurado, Fernando, dijo entonces Eduardo con tono dulce y tomando afectuosamente la mano de su amigo; no seas tan susceptible, que no soy yo tampoco tan injusto para olvidar ni un momento tu cariño y leal amistad para conmigo, ni desconocer la noble intención que ha dictado ahora mismo tus últimas reflexiones.

—Entonces, ¿cómo me dices así que te deje?…

—Te diré, Fernando; ya sabes que mi resolución es irrevocable, y que por esta noche estoy decidido.

—Sí.

—Pues, ¿ves esa puerta?

—¡Ah!

—Esa es la casa para hoy, y hé aquí otro de los motivos de mi esperanza esta noche.

—¡Ah! sí, naturalmente… es un motivo sí, sí… ¿quién no tendría esperanza con haber mudado de sitio para jugar? exclamó Fernando en tono burlesco y doloroso a la vez.

—¿Ves? tú no entiendes eso. Créeme, me lo dá el corazón. En la otra casa me ha ido mal, ¿eh? Pues verás como en esta.

—Me va peor, interrumpió Fernando.

Con la impaciencia que devoraba el corazón de Eduardo, se necesitaba toda la consideración que ésto tenía a su amigo para sufrirle tanto rato.

Por último se resolvió a decirle:

—Pues bien, sea como quiera; esta es la casa: ¿dónde nos encontramos luego?

—En ninguna parte.

—¡Cómo!

—No habrá necesidad de encontrarnos, porque no hemos de dejarnos.

Eduardo se quedó mirando a su amigo.

—Si, yo no te dejo, concluyó éste.

—¡Ah! quieres, según eso.

—Salir contigo.

—¡Bravo! me place. Y ahora se me ocurre otra cosa. Toma tú cuatro o seis onzas…

—¡Yo!

—Sí, hombre; apuntas, y si yo vuelvo a estar de malas, acaso tú…

—Quita, quita, Eduardo; ¡esa sí fuera buena! Yo no juego, pero

quiero ver cómo juegas tú.

—Eres un mentecato en no querer hacer eso que lo digo. ¿Creo que no has jugado nunca?

—Nunca.

—Pues entonces, de seguro ganas la primera vez; esto sucede a todo el mundo.

—Pero acontece también, que la primera deja con ganas de volver otra, y yo veo demasiado en tí lo que sucede después en el juego.

—El caso es asegurar la primera. Con que, toma, ahí tienes seis onzas.

—Ea, no hablemos más de eso, replicó Femando retirando la mano a su amigo.

—Bueno, bueno, hombre, no te enfades. Arriba pues.

—Vamos.

Y los dos amigos subieron juntos la escalera, parándose en el cuarto segundo.

Dados en la puerta los tres golpecitos consabidos y el santo y seña que sabemos, el hombre abrió y los estudiantes penetraron en la sala.

Como antes con Roberto, los de la mesa permanecieron impasibles a la entrada de los dos nuevos personajes.

Estaban en el mismo albur.

Las cartas eran un siete contra un as.

Eduardo acercóse a la mesa, alargó el cuello, con una sola mirada se hizo cargo del juego y exclamó, empero sin levantar mucho la voz:

—¡Juego!

El corazón de Fernando dió un salto dentro de su pecho.

El banquero respondió a la voz de Eduardo:

—¡A la cargada!

La cargada era el as.

Eduardo dejó caer seis onzas sobre el tapete, que el *pagador* arregló poniéndolas una sobre otra al lado del as.

El banquero continuó tirando.

A las cuatro cartas, seis o siete voces exclamaron respirando:

—¡Ah!

Eduardo se volvió a su amigo diciéndole con satisfacción.

—¿Qué te dijo? ¿Me engañaba yo? ya empezamos. Seis onzas me vale esto.

El *pagador* empezó a distribuir las puestas perdidas a los puntos. La cuenta era por onzas.

—Media, una… exclamó el pagador.

—Aquí, respondió uno de los puntos.

Aquel prosiguió:

—Tres, seis…
—Vengan.
—Doce, veinticuatro…
—Déme V…
—Billete de veinticinco, cincuenta…
—Aquí.
—Seis, doce…
—Yo.

Este era Eduardo.

Roberto presenció mudo la escena, sin apuntar más que una onza que puso a la carta contraria, y perdió por consiguiente.

CAPÍTULO XIV.
El retrato de la amante de Carlos

DESPUES de pagar, el que tallaba dejó la baraja ocupando el sitio de su compañero, y éste el de aquel.

La talla nueva empezó.

Los puntos, animados con la buena suerte de la anterior, se disponían a aumentar las puestas, esperando con suma ansiedad la *pinta* del nuevo albur.

No era Eduardo de los menos impacientes.

Un hombre había, sin embargo, en la partida que ni se inmutó al

principio, y eso que había perdido en la *talla* pasada, ni manifestaba luego el menor afan.

Este hombre era Roberto.

Fernando, el amigo del jugador Eduardo, estaba al lado de éste sin impaciencia y sin calma, pero con miedo por su insensato compañero.

El que tallaba nuevamente echó el *albur* y aparecieron sobre el tapete la sota y el tres.

Cuatro jugadores a la vez lucieron la misma *corazonada*.

Los cuatro casi a un tiempo pusieron al *tres*.

Eduardo se mordió el labio inferior.

había tenido también él la misma idea, pero viendo que otros se le habían anticipado, ya no tuvo la misma fe, y empezó a vacilar.

Las cartas son a veces el diablo, y quien sabe si la pícara *sota*, resentida del desaire, iba a anticiparse presentándose antes que el *tres*, para dar una lección de galantería a los jugadores que la habían despreciado.

Eduardo, vacilante, como decimos, un momento entre el tres y la sota, se decidió por esta última al fin, y a poner iba doce onzas, cuando otro de los puntos, vacilante un momento también, se dejó caer sobre el tres diciendo:

—Nunca con ellas gané.

Otra contrariedad para Eduardo.

Entonces recordó que nunca había ganado él con la sota.

No era asunto este para estarlo pensando tres días, y al fin el estudiante, siguiendo la corriente, se descargó con sus doce onzas al tres.

El banquero empezó a echar cartas.

Los jugadores estaban esta talla como en la anterior, pendientes de las manos de aquel.

Una voz sonó en la sala de repente.

Los jugadores volvieron la cabeza.

El banquero paró de tirar cartas.

—¡Copo! exclamó la voz.

—¡A la cargada! respondió el banquero.

—Lo mismo dá. ¿Cartas?

—Sota y tres: ésta, la cargada.

—Copada va.

El banquero dió media vuelta al tres, poniendo la carta horizontal y siguió tirando.

El hombre que dió la voz permaneció mudo e inmóvil como una estátua a dos pasos de la puerta de la sala, desde donde había hecho el copo, aguardando allí, mientras encendia un largo habano, el

resultado del albur.

Ciertamente que no se hizo aguardar largo rato.

Los jugadores exclamaron a los pocos momentos con un acento en verdad bien distinto del de antes:

—¡La sota!

Seguidamente a esta exclamación casi general, más de cuatro elevaron los ojos chispeantes de ira al techo, más de uno se clavó las uñas en las palmas, y en tanto que los dientes de éste rechinaban como triturando una horrible imprecación, aquel se mordia los labios hasta hacerse sangre en ellos.

Roberto no había apuntado en este albur.

Eduardo no osó volver la cara a Fernando.

En cambio, éste se le acercó, diciéndole al oído:

—Ya tienes seis onzas menos.

—No tengo yo la culpa, dijo Eduardo, sino aquel bruto que me arrastró a ese maldito tres.

El que más había perdido de los jugadores era el que más tranquilo parecia.

Cuando oyó la exclamación de todos anunciando la sota, dijo él con una calma admirable:

—¡Búen principio!

Y a paso lento se fué acercando a la mesa.

Era el que había copado.

—¿Cuánto tenía la banca? preguntó.

El banquero pagador contó el dinero y los billetes, y respondió:

—Cuarenta mil reales.

—Ahí van cien onzas.

Y el perdidoso echó sobre el tapete un largo y repleto bolsillo encarnado de punto de seda.

—Que son treinta y dos mil, observó el banquero.

—Y estos cuatro billetes de a dos mil, añadió aquel haciendo con los billetes lo que con el bolsillo.

—Cabal, concluyó el banquero.

El jugador tomó asiento alrededor de la mesa.

—¡Qué veo! ¡Dios mio! exclamó Fernando mirándole.

Eduardo observó la sensación de su amigo y se apresuró a decirle:

—¿Qué tienes?

—Nada, no es nada.

Y Fernando prosiguió en su interior:

—¡Sí, sí! ¡es él! ¡no hay duda!

Por ahora diremos simplemente que el hombre que había copado y perdido el copo, que acababa de sentarse a la mesa del juego y que tan

poderosamente había llamado la atención de Fernando, era un joven de veinticuatro años, muy conocido en Barcelona y se llamaba Carlos Sans.

Prosigamos.

El banquero que empezó a tallar, sustituyendo al otro, había empezado bien, y no era cosa de desaprovechar el cuarto de hora.

Apenas arregladas las cuentas de la talla que acababa de hacerse, estaba ya echado el albur de la nueva sobre el tapete.

No hay para que decir si Eduardo seguiría, ni si se pararía ni el primer copo el joven Sans, después de haber tomado asiento a la mesa, y caliente, por más que no lo diese a conocer, con el golpe que acababa de sufrir.

Fernando no cesaba de mirarle.

Roberto, que no había jugado la vez pasada, puso en esta media onza más.

Sans volvió a copar.

En el segundo copo tuvo la suerte que en el primero.

Sans volvió a doblar la banca aumentada con su propio dinero de la vez anterior.

En esta le costó la broma más de cuatro mil duros.

Eduardo volvió a ver la cara buena a la suerte, y retiró veinte onzas del tapete.

Echóse la tercera talla.

Al primer albur Sans no jugó.

Eduardo retiró otras veinte onzas.

La pinta del segundo albur gustó más a Sans que la del primero, y dijo por tercera vez:

—¡Copo!

El banquero le miró.

—¡Copo, he dicho! exclamó Sans.

—Dinero, observó el banquero fríamente, conociendo con esa perspicacia natural y aguzada por la práctica, que el joven Sans había, concluido el que llevaba.

—¡Cómo! exclamó el joven picado.

—Sin que V. se ofenda por eso.

—¿No vale mi palabra cuatro mil duros?

—Fuera de este sitio y para mí particularmente, vale mucho mas; pero aquí V. ya conoce que…

—Basta, basta, no me ofendo por ello.

Y llevando la mano a la corbata, sacó un precioso alfiler con un grueso brillante, diciendo con la mayor desfachatez a todos en general:

—Señores, mil duros vale, ¿qué es lo que se dá por el? Vaya una puja.

—Quinientos, dijo uno.

—Seiscientos, añadió otro.

—¿Hay quien diga más?

Todos callaron.

—De V. es, dijo Sans entregando la prenda al mejor postor.

Éste le dió inmediatamente los doce mil reales en billetes.

—No basta esto, es una miseria, murmuró Sans al tomarlos.

Y metiendo la mano en el bolsillo, sacó una pequeña caja de terciopelo, que abrió en presencia de todos, diciendo:

—Esto no sé cuánto vale, porque comprenderán Vds que no lo he comprado yo.

La caja contenía una preciosa miniatura de mujer, con marco de brillantes.

—¡Un retrato! dijeron dos o tres a la vez.

—¡Clara! exclamó Roberto en su interior mirando el retrato.

—¡Infame! murmuró Fernando.

Carlos Sans, sin observar el dedo qué sus palabras y su conducta hacían en estos dos personajes, continuó:

—Aquí está, ¿quién pone precio?

—Tres onzas doy yo por él, dijo uno.

—Cuatro, añadió otro.

—¿Hay quien diga más? preguntó Sans.

Fernando, trémulo y con la mayor conmoción, se acercó a su amigo Eduardo, diciéndole dos palabras al oído.

Roberto contó con los dedos en el bolsillo el dinero que llevaba, exclamando con dolor:

—¡No tengo más que dos onzas!…

—¿Hay quien diga más? volvió a preguntar Sans.

Fernando tiró cinco onzas sobre el tapete, diciendo con maceado desprecio:

—Tome V.

Y arrebató el retrato de la mesa.

—¡Ah! exclamó Roberto, en un acceso que no pudo contener, llevando también la mano al tapete para coger el retrato.

—¡Qué significa esto! exclamó Sans.

—Significa, respondió Fernando trémulo de coraje y sin ver a nadie más que a Carlos, cuyo rostro devoraba con la vista; ¡significa que es V. el hombre más villano del mundo!

—¡Cómo!

—¡Señores! exclamó el banquero: ¡prudencia!

—¡Y el más infame también! añadió Fernando.

—¡Fernando! exclamó el amigo de éste cogiéndole del brazo.

—¡Déjame!

Sans se levantó súbitamente de su asiento gritando con la mano levantada hacia Fernando:

—¡Repetirá V!…

—Lo dicho, interrumpió éste: ¡un villano y un infame!

Sans se lanzó sobre Fernando.

Éste le recibió, descargándole un golpe que no le dió por fortuna.

Los jugadores se interpusieron entre los dos.

—¡Señores, que se compromete la casa!

—¡Y a todos nosotros!

—¡Fernando! gritaba Eduardo abalanzado a su compañero.

Sans pudo llegar basta tocar con la mano la cabeza de Fernando.

Éste acabó de perder la serenidad.

Como un loco, forcejando entre los que le tenían, no cesaba de rotar a Sans amenazándole y dirigiéndole los más duros calificativos.

Roberto no permaneció inactivo a esta escena.

Fue uno de los primeros que cogieron a Fernando con el objeto de tenerle.

Algunos taburetes rodaron al suelo.

Uno de los candeleros de la mesa cayó también.

Los dos banqueros, abrazándola toda, no cuidaban sino de guardar la banca.

Fernando lanzó de pronto una exclamación.

Roberto acababa de bajarse al suelo.

Aquel había soltado, sin advertirlo, en medio de la excitación en que se hallaba, el retrato de la mano.

Este, atento siempre al lado de Fernando, lo había cogido apenas cayó.

Eduardo procuró llevarse a su amigo.

—Déjame, que se me ha perdido una cosa.

—Ya se encontrará, vámonos.

—¡Oh! ¡no!

Fernando preguntó *cándidamente* a los que allí estaban, si habían visto algo sobre la alfombra.

Al fin se dijo a si mismo:

—¡Vaya una pregunta torpe la mía en este sitio!… Después de todo, ¡lo perdí! Vamos, Eduardo.

—Vamos.

¡Nos veremos! dijo Fernando a Sans en el momento de salir.

—¡Nos veremos! respondió éste.

Fernando y su amigo salieron de la casa.

La calma no tardó en restablecerse.

Los banqueros que con tan buena fortuna tallaron basta entonces, intentaron sacar protesto de lo ocurrido para levantar la banca.

—¿Y qué tiene eso que ver? exclamó uno de los jugadores.

—Efectivamente, dijo otro, ahora ya se acabó todo.

—Además, que yo pierdo y no es justo ahora que tonga que irme así.

Uno de los jugadores sacó el reloj y observó:

—Son las diez y cuarto, señores, y faltan tres cuartos de hora todavía para las dos que ha de estar el banquero, mientras no pierda toda la banca.

—Nada, nada, señores, dijo uno de los banqueros; se continuará.

Y el juego volvió a seguir como si tal cosa.

El joven Sans acabó de perder el dinero del alfiler y el retrato, y salió.

Roberto salió también tras él.

Los demás se quedaron jugando.

Al cuarto de hora de haber salido Roberto, tres hombres más dieron los consabidos golpecitos a la puerta y seguidamente el santo y seña.

Los tres entraron en la sala.

En el pasillo uno de ellos sacó un baston que llevaba oculto en el gaban.

Cuando los tres hombres asomaron a la sala, se estaba echando uno de los más fuertes albures de aquella noche.

Uno de los jugadores exclamó:

—¡Copo!

—Y yo también, dijo con voz fuerte el hombre del baston poniéndolo sobre el tapete.

—¡Ah! exclamaron los jugadores levantándose.

—¡Quietos! dijo el comisario de policía, que no era otro el que también, y más de veras que el primero, acababa de *copar*.

Los otros dos hombres que con este entraron, guardaban la puerta con una pistola amartillada cada uno.

Los jugadores se quedaron todos como heridos de un rayo.

El comisario intentó tomar el nombre de todos.

Cada cual le dió el que primero le vino a la mente, y aquel, después de haber escrito en la lista los *Pérez* y *Sánchez* y *Giménez* que le dijeron, dejó salir a los jugadores, llevándose todo el dinero con el mismo tapete que cubría la mesa.

Roberto acababa de prestar otro servicio.

Roberto era uno de los dos hombres de la pistola.

El otro era un agente de policía.

Cuando llegaron a la casa del comisario, Roberto entró con este al despacho, y el agente se quedó en la antesala.

—No me creia, francamente, que hiciéramos tan buena pesca, dijo el comisario dejando el tapete con el oro sobre su mesa de despacho.

—Tan buenas y mejores las haremos, dijo Roberto.

—Aquí habrá…

—Lo menos ocho mil duros, se anticipó a decir Roberto, que había visto los dos *copos* perdidos: de los cuales, añadió, hay mio más de mil.

El comisario le miró, aguardando a que aquel acabára de osificarse.

Roberto continuó:

—No lo digo para que V. me los devuelva, porque no he de merecer, puesto que he jugado, menos castigo que los demás.

—¡Ah! ¿con que tú…?

—Francamente, soy así un poco aficionado y no puedo resistir al deseo de verlas venir cuando se ofrece, pero hoy estuve de mala.

—Pues es necesario, no diré que el abstenerse completamente de jugar, pero tener más juicio. Ea, toma; ¿dices veinte mil?

—Y pico, pero sean veinte mil.

—En obsequio tuyo por esta vez, entregaré esa cantidad de menos, pero que no suceda más.

Roberto recogió el dinero y salió.

El comisario contó hasta siete mil y pico de duros, y al día siguiente apareció en los periódicos la noticia en estos términos: «Ayer el incansable y celoso comisario del distrito 2. sorprendió una casa de juego, ocupando *cuarenta mil reales*, que puso a disposición de la autoridad superior, y ha repartido ésta entre las casas de beneficencia de la capital. Felicitamos al indicado señor comisario por su buen celo, tan acertado, como activamente desplegado en la persecución del vicio y en obsequio de la moralidad».

CAPÍTULO XV.
Carlos Sans

SALIÓ Carlos, como todo jugador perdidoso, cabizbajo y pensativo de la casa del juego, dirigiéndose a la suya.

Ésta era un edificio de nueva planta, situado en uno de los más céntricos puntos de la capital.

Carlos vivía solo, servido por dos criados y una especie de mayordomo.

Cuando Carlos llegó, el mayordomo, que le conocía ya en el modo de llamar, salió a recibirle alumbrando el camino a su amo con una

bujía basta la habitación.

—¿Ha venido ese judío de D. Blas? preguntó Carlos tirando el sombrero sobre un sofá y dejándose caer en una magnífica butaca forrada de terciopelo carmesí.

—Nadie ha venido desde que V. se marchó, respondió el mayordomo.

—Ya, ese pillo quiere sin duda que yo le arranque las orejas. Que salga uno a buscarlo inmediatamente y que lo diga que yo le aguardo.

—Al momento, señor.

El mayordomo concluyó de encender las bujías de uno de los candelabros de plata que había a los lados de un grande espejo de cuerpo entero y salió.

—¡Necesito dinero! ¡no hay remedio, dinero! exclamó Carlos al quedarse solo. ¡Perder dos copos esta noche! es claro: no tuvo para el tercero que hubiera ganado, pues salió luego la mia y, me las lidié ¡Pero ya les cogeré yo mañana!

Carlos, como antes hemos indicado, era un joven de veinticuatro años, su presencia era regular, sus dotes intelectuales algo menos que medianas, y su educación, la que puede recibir un hombre criado fuera de sus padres en un colegio hasta la edad de diez y siete años y lanzado luego al mundo sin cortapisa a sus inclinaciones ni consejo de ningun género.

Los sentimientos de Carlos, puesto que la educación constituye una segunda naturaleza, eran como su educación.

Frívolo en la amistad, variable, frío e inconstante en el amor, vanidoso y soberbio con sus inferiores, imprudente y entrometido con las personas de mayor respeto, Carlos Sans no contaba con una sola simpatia entre las infinitas relaciones que tenía en Barcelona.

Su padre, rico banquero de la capital, había hecho su fortuna casi improvisándola.

Hombre de dinero y falto completamente de instrucción, sin uno de esos talentos naturales que saben suplirla en otros hombres, creia que solo en el dinero estaba la felicidad, el valor de un hombre y la estimación de las gentes en el mundo.

Carlos era su hijo único, le dejaba a su muerte una renta en bienes de diez mil duros anuales, y con esto creia darle ya todo lo que puede dar un padre a su hijo.

Para mayor desgracia de éste, el padre murió en edad temprana todavía, dejando a Carlos dueño absoluto de tan pingue fortuna a la de veintidós años.

Carlos tenía, como decimos, veinticuatro, y en este corto tiempo sus bienes estaban ya reducidos a menos de la mitad.

Con pocas noches como la que le hemos visto pasar, bastaba para echar abajo el mejor patrimonio, y Carlos llevaba muchas malas en los dos años que se encontraba completamente libre de todo lazo que le sujetara en el mundo.

Al cuarto de hora de haber salido el mayordomo, volvió a presentarse en la sala anunciando al D. Blas, que su amo había mandado llamar.

Figúrese el lector un hombre de cincuenta años, semicalvo, de rostro flaco, amarillento y completamente afeitado, menos en la sotabarba, de donde salían cuatro pelos grises, dejados con el objeto de que no se rozara la corbata; medio encorvado el cuerpo que cubría una larga levita de paño azul turquí raida, un chaleco negro de cuello derecho, y una caña de Indias en la mano, a la cual se había quitado el puño de oro para sustituirlo con otro de marfil, hecho más bien para paraguas que para baston, y se tendrá una idea aproximada del personaje que entró a la presencia de Carlos.

Y decimos una idea aproximada, porque es imposible formársela exacta, no viéndola materialmente, de la particular figura de aquel hombre que llevaba escrito en toda su persona cuanto imaginarse puede de avaricia, astucia y miseria de sentimientos.

—¡Al fin ha venido V.! le dijo Carlos así que le tuvo cerca.

—Perdóneme V., D. Carlos, pero…

—¡Qué pero, ni qué diablo! Mucho más solícito andaba V. antes para servirme.

—¡Ah! ¡eso no, D. Carlos! es V. injusto conmigo si piensa de ese modo. Lo mismo sirvo yo a V. hoy, y con la misma buena voluntad que le serví ayer. Pero, amigo, es que yo también me encuentro apurado muchas veces, y hoy precisamente ha sido una de tantas. Me vencían unos pagarés, y yo, por favorecerle a V. ayer con aquellos ocho mil duros, me he visto hoy sin dinero y espuesto a un disgusto de consideración.

—Ya; pero habrá V. salido del compromiso, ¿oh?

—¡A costa de mil sacrificios!

—Pero el caso es que V. ha salido.

—Tomando con un interés horrible cuatro mil duros.

—¿Y no ha tomado V. más dinero que ese?

—No, señor.

—Mal hecho, porque debia V. haber pensado que yo necesitaba otros ocho mil, y dobla V. haber tomado doce para quedarse cuatro y darme luego a mí los ocho.

—¡Sí, eso es! ¡y V. los iba a pagar al precio que me han costado a mí! ni V. lo quisiera, ni yo tampoco lo permitiría. Pásmese V.; ¡un

setenta por ciento he pagado y con hipoteca además!

—¡Setenta por ciento!

—Ni a más ni menos.

—En fin, dejemos eso, y vamos a lo mío.

—Diga V.

—Necesito ocho mil duros lo menos para mañana.

—¡Santa Tecla!

—No hay más.

—¡Y para mañana!

—Antes de las cinco de la tarde.

—Vé V.; eso es lo malo que V. tiene. Siempre me viene V. con esas precipitaciones.

—¿Y qué? con la precipitación ni más ni menos que yo lo necesito.

—Así no tiene uno tiempo de buscarlo, y se ve precisado a tomarlo de cualquier modo y un precio exorbitante.

—¿Y a V. qué lo importa eso? ¿He dejado yo de pagarlo por ventura alguna vez?

—Es decir, en cuanto a pagarlo.

—¿Qué no lo he pagado todavía quiere significar? ¿He dejado de dar por ventura mayor hipoteca? ¿Me he negado alguna vez a firmar lo que se me ha dicho?

—¡Ah! ¡eso no!

—Pues entonces, ¿qué quiere V. decir?

—No se ofenda V., D. Carlos.

—¡Oh! ¡he de ofenderme!

—Bien sabe V. que no es culpa mia, porque yo dependo de otros y… ¡Ah! si fuera cosa esclusivamente mia…

—Pero, vamos a ver, presto, donde va V. a parar, dijo Carlos con disgusto.

—Le diré a V., prosiguió el usurero; es cierto que V. ha dado una hipoteca regular; pero como los intereses han ido creciendo…

—¿Y no he ido dando yo asimismo otras escrituras por los intereses como si fuera dinero recibido?

—Sí, señor; pero, de todas maneras tenemos que lo que primitivamente se hipotecó por diez mil…

—Valiendo treinta mil, interrumpió Carlos.

—Pero que con los intereses encima, ya el valor prestado excede al de la cosa hipotecada, concluyó el usurero.

—¡Cómo! exclamó Carlos.

—Sí, señor.

¡Ah! ¡eso no puede ser!

—Pues así es, no diré que en todo, pero en mucha parte de las

fincas. Sobre la torre, por ejemplo, hay veinticinco mil duros…

—¡Veinticinco mil duros, exclamó Carlos, para diez mil que yo he recibido!

—Ya, pero hace año y medio, y ponga V. intereses de interés, y verá si es así.

—Repito que esto es un robo, ¡y sobre todo eso no puede ser!…

—Así lo rezan las escrituras, y papeles cantan.

—En fin, dejemos eso ahora, que no estoy para encolerizarme, y vamos al asunto que importa: necesito ocho mil duros para mañana.

—Ocho mil duros…

—Sí.

—Ya he dicho a V., D. Carlos…

—¿El precio? no importa, cualquier precio.

—Pero es que…

Carlos se quedó mirando al usurero.

—¿Qué?

—¿Qué hipoteca daremos?

—Cualquiera; ya sabe V. lo que yo poseo, elija V.

—Pero es que…

¡Qué diablo tanto que! ¿acabará V. de una vez?

—No se incomode V., D. Carlos, pero son genio así… ahora quieren hipoteca limpia.

—¿Qué quiere decir limpia?

—Una finca que no esté gravada con hipoteca alguna anterior, y las de V., la que más y la que menos…

—¿Todas tienen?

—Usted lo ha dicho.

—Pero no la tienen por todo su valor.

—Pshe… algunas sí…

—Pero no todas, replicó Carlos. ¿Y sobre mis bienes no he de en centrar yo hoy la pequeñez, la miseria de ocho mil duros?

—Con dificultad, D. Carlos, con mucha, muchísima dificultad.

—Eso de la dificultad será cuenta de V.

—¿Sí?… ya.

—Con que mañana cuento con ello, ¿eh?

—Francamente, D. Carlos, ya sabe V. que le he servido siempre de buena voluntad; lo buscaré, pero no me atrevo a prometérselo.

—¡Con que tan difícil es!

—Casi imposible.

—Pues ha de ser.

—Pero, ¿qué quiere V. que yo haga?

—Lo de otras veces.

—Ahora es muy distinto.

—So pena de estrangularlo a V. ahora mismo.

Carlos había llegado al punto que el usurero deseaba.

—¡Don Carlos! ¡D. Carlos! ¡modérese V.!… yo no puedo hacer más que poner cuanto esté de mi parte… y si V. supiera lo que yo voy a perder mañana para ocuparme de ese asunto de V., a buen seguro me trataría con más consideración; que otra cosa no creo merezca mi bueno y leal comportamiento con V.

—Yo pagaré a V. lo que pueda perder mañana; por eso no ha de afligirse. Lo que importa es que vengan los ocho mil que necesito.

—¡Qué genio tiene V.! aunque me diera un cinco por ciento, no me pagaba, lo repito, sí, para que se arrepienta del modo como acaba de tratarme; no me pagaría, digo, los pasos que voy a dar para encontrar esa cantidad.

—Vamos, le daré a V. aunque sea un seis por la comision, y olvide V. todo eso.

—¡Sí, así concluye V. siempre!… dijo el usurero sonriendose con gazmoñería. Y ahora estaba pensando que tocando un cierto resorte…

—Se encontrarán, ¿eh?

—Me aventuro a creerlo; pero la precipitación, amigo, la precipitación… si viese V. el daño que hace la precipitación en estos negocios, y como le hacen a uno pagar las ganas…

—Eso no importa.

—En fin, veremos, veremos, dijo el usurero levantándose: ¿con que dice V. que ocho mil?

—Sí.

—¿Efectivos para V.?

—Claro.

—Vaya pues, D. Carlos, hasta mañana.

—Antes de las cinco.

—No faltaré.

El usurero salió de la sala haciendo reverencias y cortesías a las que no contestaba Carlos, arrellanado en su sillón.

Ambos personajes, el que quedaba y el que salía, echaban a su tiempo sus cuentas sobre el mismo negocio.

Pero, ¡qué distintas el uno del otro!

Carlos se decía:

—¡Ocho mil duros! Mañana no *coparemos*, haremos puesta de doscientos, doblando… no, de cuatrocientos; pero si entro perdiendo, no podré sostenerme así mucho rato… será mejor poner la primera de cien duros, e irla doblando, doblando sin dejar el mismo lado. ¡Fuerte allí basta que venza!

Y el usurero murmuraba en tanto bajando la escalera:

—Ocho mil duros… al cincuenta por ciento, ganan cuatro mil… le haremos firmar la escritura por doce mil. Bueno, yo tengo cuatro mil duros por una parte. Ahora mi comision del seis por ciento que me ha ofrecido, sube, en ocho mil duros, a cuatrocientos ochenta. Buen piquillo. ¡Lástima que no tenga la comision sino por una parte! Como que soy yo el que presta, no me he de dar comision a mí mismo, ¡Ah! si fuera a tomarlos de otra persona, tendría doble comision; por parte del prestamista el seis, ¡y el seis por parte de D. Carlos!… pero entonces serían para otro los intereses del cincuenta por ciento… No, no, contentémonos, y no seamos avarientos. Está bien así.

Y haciéndose estos cálculos y estas reflexiones, el usurero se encaminó a su casa, mientras D. Carlos quedó en la suya, aguardando la vuelta de aquel para el día siguiente.

CAPÍTULO XVI.
Fernando Aguilar

Los dos estudiantes, de la casa del juego se encaminaron a su habitación.

Inútil es decir que esta no era de mucho tan suntuosa como la de Carlos Sans.

Un cuarto segundo de la calle del Carmen, en una casa de pupilos, cobijaba a los dos amigos.

Fernando anduvo taciturno todo el camino.

Su compañero, que le daba el brazo, sentía de vez en cuando como

su cuerpo se estremecia, y los hondos suspiros que se escapaban de su pecho.

Eduardo caminaba también sin decir palabra, comprendiendo que en el estado de excitación en que se encontraba su amigo, no era prudente empezar, acerca de lo ocurrido, la conversación en medio de la calle.

Cuando los dos jóvenes estuvieron en su cuarto, Eduardo rompió el silencio diciendo:

—Y bien, Fernando, ¿qué significa todo eso?

Fernando volvió los ojos a su compañero, y los bajó al suelo exhalando un suspiro.

Aquel insistió:

—Pero, ¿qué diablos es eso? ¿o es que no merece mi amistad saberlo?

—Es, Eduardo, ¡que soy el más desgraciado de los hombres!

—Poco a poco; eso no te lo permito estando yo aquí. ¡Desgraciado tú! ¡y por qué!

—Oye, Eduardo, porque es tiempo de que sepas lo que sufre mi alma, ya que después de lo sucedido es imposible ocultártelo.

—Gracias por el pronto, algo es algo; pero quiere decir que si la casualidad no me hubiese llevado a presenciar esa escena, ni hoy ni nunca hubiera yo merecido la confianza de tus dolores.

—No es eso, Eduardo.

—Eso es ni más ni menos.

—No, es que yo hubiera querido, ¡quisiera hoy, si posible fuese, ocultarme a mí mismo lo que sufro, lo que pienso!… porque hasta me avergüenzo de mí al ver que es la única cosa ante la cual me siento a la vez débil e impotente.

Eduardo creia entrever el asunto, después de lo que había presenciado, pero aguardaba a que Fernando se explicase más.

—Ya has visto, prosiguió éste, lo que ha sucedido en la casa del juego…

—Sí.

—Pues bien, tú comprenderás que yo he de haber tenido motivos poderosos para portarme de esa suerte.

—Lo presumo.

—Ese joven que de una manera tan indigna ha cedido al mejor postor aquella prenda, es un infame.

—Harto se lo has dicho.

—Se llama Carlos Sans.

—Ya le conozco.

—Y el retrato que ha vendido, es el retrato…

—¿De su amante? interrumpió Eduardo.

—¡De mi amada!

—¡Cómo! ¡la señorita de Turella!…

—¡Es la imagen adorada de mi pensamiento, el ídolo de mi alma!

—¿Pero no es ella la prometida de Carlos Sans?

—¡Sí! respondió Fernando con el tono del más profundo pesar.

—Entonces…

—Pero ella no le ama.

—¿Es a tí al que quiere?

—Sí, respondió Fernando con toda seguridad, aunque sin alarde ni vanagloria. Ese casamiento se pactó viviendo aun los señores de Sans con los padres de Clara, y los dos jóvenes han seguido en relaciones basta hoy, y seguirán hasta el día en que Clara cumpla los quince años, época fijada para el casamiento.

—Que no debe estar lejos, observó Eduardo.

—Demasiado cerca, por mi desgracia.

—Pero tú, supongo, que habrás hablado a la niña.

—Dos veces.

—¿Nada más?

—Pero la he visto más de mil.

—¿Y la baronesa de Turella conoce ya al *apunte* que va a llevarse a su hija?

—No lo creo.

—Sería preciso que lo conociese.

—¿Para qué? preguntó Fernando.

—¡Toma! para impedir de esta suerte que se efectuase el casamiento.

—¡Esto es poco menos que imposible! Está ya muy adelantado y muy próximo el día.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Si Sans fuera un hombre honrado, si fuese caballero y capaz de llenar a fuerza de atenciones el vacío de la falta de amor en el corazón de Clara; en una palabra, si pudiera hacerla feliz, yo no pensaría en nada más que resignarme con mi suerte, y me consolaría la idea de que ella gozara un día la dicha que yo no puedo darle; pero ahora Sans es un hombre despreciable, incapaz de amarla, desatento, libertino, jugador…

Eduardo se ruborizó.

—En una palabra, un hombre indigno de ella completamente; tan capaz de labrar su desgracia, como incapaz de hacer su dicha: y en este caso, Eduardo, yo que la amo, yo que la quiero más que a mi vida, no sé ciertamente lo que me toca, lo que debo hacer.

—Es muy sencillo a mi ver.

—¡Sencillo! ¿qué harias tú?

—¿No dices que ella te ama?

—Sí.

—Pues me casaría con ella.

Fernando se sonrió dolorosamente.

—Es el medio mejor y más sencillo de hacerla feliz y librarla de la desgracia.

—¡Ya lo creo! observó Fernando con dolor; pero ¿sabes tú lo que un hombre necesita para aspirar siquiera a la mano de Clara?

—Lo primero que necesita es ser hombre y honrado. Creo que esta cualidad no vendrá a disputártela el señor de Sans.

—Pero me disputará otros títulos, el nombre…

—¿Es él hijo de algún príncipe por ventura? ¿Quién era su padre? yo sé quien era y te lo diré si lo ignoras: un mozo de cordel que consiguió hacerse con una gran fortuna hasta subir a la categoría de banquero, para lo cual, según malas o buenas lenguas, no siempre empleó los medios más lícitos y decorosos.

—¡Y qué importan los medios en el mundo, Eduardo!… ¿consiguió el padre de Carlos su objeto? Lo consiguió: pues basta. Medrado estaría el mundo si fuese, antes de otorgar su respeto y consideración a un individuo, a examinar la limpieza de los títulos con que se presenta en la sociedad. Además ¿quién va a acordarse del mozo de cordel dentro de los salones del banquero? Pero dejemos a un lado al padre. El hijo es un disipado, todo Barcelona lo sabe, pero es rico, dicen, y ya sentará luego la cabeza. Lo que en otro, pobre, sería crímen, es en él no más que travesura, y a Carlos Sans se le tolera y se le admite lo que en mí, por ejemplo, fuera objeto de desprecio y reprobación. En Carlos Sans está conforme, a pesar de todo esto, y aun sin haber antes proyectado el enlace los padres, su pretension a la mano de una señorita como Clara: él es tan rico como ella, y aunque no tiene el título de barón como ella el de baronesa, ambos proceden de la aristocracia del comercio, y nadie achacaría a miras de mezquina ambición sus pretensiones. Pero a mí me sucedería todo lo contrario; ¿quién, fuera de ella, había de creer en la pureza, en la sinceridad de mi cariño? ¿En qué podía yo apoyar mi aspiración que no fuera ridiculamente pretensioso, y que no me espusiese a un horrible desaire, o a una humillación irritante y vergonzosa?

—¿Has concluido en tu discurso? preguntó Eduardo con desenfado.

—Que, ¿no crees tú que tengo razón?

—Lo que yo creo es que a ti han de perderle siempre tus reflexiones.

—Son precisas, Eduardo.

—¿No dices que ella te ama? Pues entonces a Roma por todo. ¿Cuál es el primer obstáculo a tu felicidad? ¿Carlos Sans? pues fuera Carlos Sans del medio.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. Tú ya le conoces, y él te conoce también a ti, sino de antes, de esta noche. Vas a encontrarle y lisa y llanamente le dices: Señor mío, V. está para casarse con la señorita de Turella, según creo. —Sí, señor, le dice él. —Pues desista V. de su empeño. —¿Quién se opone? —Yo. —¿Y quién es V.? —Quien va a romperle a V. el alma si no se retira al momento con sus necias pretensiones.

—Eres un loco, Eduardo, interrumpió Fernando.

—¡Loco! lo que yo soy es un hombre a quien le gusta tomar en todo el camino más recto.

—Eso fuera una locura que perjudicaría más que a nadie a la misma Clara.

—Pero ¿tú consentirás en que ese hombre se case con la mujer que tú amas?

—¡Ah! ¡nunca!

—Entonces ¡Ah! ¡una idea!

—¡Qué!

—¡Dame el retrato!

—¡El retrato!

—Si, y yo me encargo de dejarte en breve el campo libro.

—¡No le tengo!

—¡Cómo!

—¡Lo que yo buscaba en el suelo de aquella casa era eso precisamente!

—¡Lo perdiste!

—Se me cayó de la mano al forcejdar para desasirme de los que me tenían allí.

—Amigo, eso sí que es perder cinco onzas *en puerta*.

—Las cinco onzas que me diste para comprarlo, no se han perdido para tí.

—¡Fernando!

—Yo te las debo y te las devolveré.

—Y yo no las quiero, o las tiraré cuando me las devuelvas. ¡Pues no faltaba más! Eso ha sido únicamente una broma mia. Sino que tú, como estás así esta noche, no te hallasen disposición de bromas.

—Francamente, estoy afectado.

—Oye, Fernando: ¿quieres creerme? yo sé un medio para, ya que estás afectado, *desafectarte* (permíteme el verlo chico) en un instante.

Fernando se sonrió.

—Vámonos al Colmado y verás como allí el burdeos y el manzanilla nos prestan medio para salir de todo. Yo estoy esta noche para cualquier cosa. ¡Qué diablo! tenía veinte y tantas onzas esta tarde y me encuentro con cuarenta: con que ya ves. ¿Vamos?

—¿Qué? dijo Fernando distraido.

—¡Bah, bah! veo que no me oyes.

—¡A manos de quién habrá ido a parar el retrato! exclamó Fernando sin hacer caso de las palabras de su amigo.

—Eso ¿quién sabe? entre tantos como allí había.

—La dificultad no está en el número, sino en la clase de personas.

Eduardo volvió a ruborizarse.

—Mira qué hora es, Eduardo.

Éste sacó el reloj.

—Cerca de las doce menos cuarto.

—Me voy.

—¡Sales de casa!

—Sí.

—Pero…

—Te lo diré, Eduardo, pero es inútil que te encargue el secreto.

—Sabes bien que aunque mi genio es así, sé guardarlo cuando conviene.

—Por eso mismo. ¡Voy a verla!…

—¡A la señorita de Turella!

—Sí.

—¿Y tú decías hace poco que eras desgraciado?

—¡Ah! por eso precisamente. ¿Si ella no me amase, sufriría yo tanto, Eduardo?

—Es verdad, lo comprendo; pero por eso mismo y a pesar de eso digo yo que eres feliz. ¡Y es hermosa como un ángel! Yo voy también contigo.

—No.

—¿Cómo que no? No tengas recelo, me pondré a distancia y te guardaré las espaldas; porque supongo que la cosa será desde la calle… Oye, y si acaso se antojara a esta hora hacer algún pasacalle al señorito D. Carlos, tú no tienes que molestarte por nada y yo me encargo de romperle las piernas.

—No irá, ni tú tampoco conmigo; pero en otro caso, te prohibiría cualquier acto que no fuese digno de tí y de mí.

—Corriente, no he dicho nada; pero por eso saldremos juntos, ¿A qué hora volverás tú de allí?

—No lo sé.

—¿Ni eso puedo saber?

—Es que comprenderás que no puedo decírtelo, pues dependerá de las circunstancias el que la entrevista dure más o menos tiempo.

—Pero no ha de ser cosa, en una calle, de durar hasta la salida del sol.

—Ah, no.

—Pues entonces, a la hora que vuelvas, llamas a la puerta del Colmado, y allí me encontrarás.

—Vas a ir…

—Voy a obsequiarme a mí mismo por el buen acierto que he tenido esta noche; voy a celebrar un banquete *unipersonal*, en el que me acompañará, sin embargo, una botella de cada clase de vino que tenga la casa.

—¡Tú sí que eres feliz! exclamó Fernando tomando la capa.

—Esta noche no lo niego, y lo fuera más si no hubiese tenido anteayer la mala ocurrencia que tengo siempre que me hallo sin dinero, que es la de tronar con Paulina. Ahora la hubiese llevado también… pero ya es tarde y no hay lugar para la reconciliación. Y me alegro, porque esta vez me he propuesto mantenerme fuerte y tener carácter.

—¿Si?

—Lo menos durante tres días.

Los dos amigos salieron a la calle.

Llegaron a la de Escudellers, por donde había de pasar Fernando, Eduardo se metió en el Colmado y aquel se despidió prometiendo volver a buscarle.

CAPÍTULO XVII.
La cita a media, noche

LA casa de su amada, en alas de su amor, llegó el enamorado Fernando.

El punto de la cita era una de las rejas bajas que daban a un callejon oscuro y estrecho.

Fernando llegó a la reja palpitante el pecho de zozobra y alegría a la vez.

Sentía alegría, porque amaba con el alma a la bella Clara, y era aquella la tercera vez que iba a gozar de la dicha de verla de cerca, de

hablarla; y sentía zozobra, porque para ser llamado como era por, ella, debia de existir un motivo muy poderoso, que Fernando no podía en manera alguna creer favorable a su amor.

El enamorado e impaciente mancebo aplicó el oído a la reja, pero no oyó nada en un principio.

No habían dado las doce todavía.

Apenas sonó la primera campanada, la reja se abrió pausada y cautelosamente.

—¡Clara! exclamó Fernando aproximando la cabeza.

—¡Aguilar! respondió una voz trémula de mujer y vibrante como las cuerdas de una lira.

—¡Cuánto te debo, bien mío! dijo Fernando, a quien falló tiempo para espresar a su amada la felicidad que en aquel momento experimentaba. ¡Cuán dichoso me haces en este instante!

—¡Calla, Fernando, y no hables ahora de felicidad!…

—¿Por qué? ¿acaso puede la suerte quitarme la que ahora experimento? ¿No está toda mi dicha, mi gloria, en verle, en hablarte, ángel mio, y decirte que te amo, que lo amaré siempre porque tu amor es mi vida?

—¡Calla, calla, Fernando, repuso Clara con doloroso acento; que no sabes tú el daño que me hacen tus palabras!

—¡Daño! ¡yo siempre podré decírtelas como tú podrás escucharlas siempre!

—¡Ay! ¡no siempre! y acaso sea esta la última vez.

—¡Qué dices!

—Hoy le escribí una carta que has debido recibir, puesto que has venido adonde yo osé llamarle.

—Sí.

—Pues bien, ahora te diré lo que no he tenido tiempo o valor de escribir.

—Habla, Clara, habla, exclamó Aguilar mudando completamente de tono: yo quería retardar todo lo posible este momento, esforzándome en desviar de mi mente una idea que me martirizaba desde que he recibido tu billete. ¡La triste, la dolorosa realidad viene a reemplazar las dulces ilusiones de mi alma! Habla, pues, Clara, pero dímelo todo, todo, porque estoy dispuesto a oirlo.

—¡Ay, no puedo! exclamó Clara.

—¡Clara mía! prorumpió entonces Fernando cogiendo entre las suyas la mano de su amada: ¡si no puedes decirlo, podrás hacerlo, Clara!

—¡Ah!

—¡No, no! ¡es imposible! tú no puedes dar la mano a quien no

tenga tu corazón.

—¡Es que no manda mi corazón, Fernando!

—Pero tu voluntad…

—Yo debo respetar la de mi madre, añadió Clara con un tono del más profundo dolor, al par que de suma resignación.

Aguilar se quedó un momento pensativo sin pronunciar una palabra.

—¡Tu madre! dijo luego, ¡que sabrá que amas a Carlos!…

—¡Fernando!

—O lo presumirá… es lo mismo. ¿Y sabe la señora baronesa de Turella, sí Carlos Sans es digno de su hija?

—¡Fernando! ¿qué quieres decir con eso?

—Nada, es una pregunta sencilla que se me ocurre en este instante.

—¡Oh! ¡no! eso tiene otra significación. Carlos es hijo de una buena familia, tiene una gran posición, y estas son cosas que tu no ignoras… y por lo mismo has de haber tenido un motivo que no debes ocultarme para haber hablado así…

—¡Demasiado! se dijo Aguilar en su interior.

Pero al mismo tiempo otra idea le cerró los labios.

Aguilar era fiarlo digno y hasta orgulloso para descubrir él las faltas de su rival, aprovechándose de los defectos de éste para derrotarle.

Este género de lucha, por más que de su silencio o de sus palabras dependiese acaso la posesion de la que amaba, le era tan repugnante y tan opuesto a su carácter, que nunca ni por único remedio lo hubiese adoptado.

—Motivos… no, ciertamente… no los tengo… respondió.

—Es que si los hubiera, yo tendría algo que oponer al mandato de mi madre; y en ese caso…

—¡Nunca! exclamó Aguilar en su interior.

Y en seguida trató de destruir el efecto de aquellas palabras, diciendo:

—El motivo, Clara, si lo es para mi, no lo fuera seguramente para nadie más. Yo podría decir que no basta el ser muy rico para poseer tu mano, que se necesita corazón para amarle; y a eso me responderían tal vez que Carlos le amaba…

—¡Y no me ama!…

—¡No! dijo Aguilar secamente sin poderse contener.

—Pero, Fernando, ¡esplícate por Dios! exclamó Clara con una ansiedad que tenía visos de alegría.

Aguilar volvió a ponerse sobre si, y dijo:

—Si le amara, Clara, ¿hubiera dejado de conocer el desamor tuyo

con él?…

Esta razón, que hizo todo el daño que podía hacerse a Carlos en concepto de Clara, sin que por esto rebajase ni perdiesen nada el carácter y la dignidad de Fernando, la convenció de que éste no tenía otro motivo que a espresarse de tal modo le obligase.

—Es verdad, dijo Clara.

—Pero has dicho, continuó Fernando, que era esta quizás la última vez que yo te hablase…

—Sí, y ya lo había olvidado.

—Pero yo no he podido menos de recordarlo.

—Mañana, Fernando, ya no podría oirte.

—¡Mañana!…

—¡O dentro de tres días!…

—¡Cómo!

—Sí, y hé aquí el motivo porque te he llamado esta noche.

Aguilar miró fijamente a su amada.

Ésta bajó los ojos al suelo.

—Clara, una palabra no más: ¿tú no amas a Sans?

—¿Y tú me lo preguntas?…

—Pues bien, ¿tendrás valor para decirlo?

—¡Ah! no, Fernando.

—¿Y si te lo preguntasen?

—¿Cuándo?…

—Antes de esos tres días. ¿Si le lo preguntase la baronesa?

—¿Mi madre? Diría la verdad.

—¿Y si luego quisiera saber si amabas a otro hombre?

—Lo diría la verdad así mismo.

—Gracias, Clara, gracias.

—Pero podré saber… ¿qué intentas, Fernando?

—Permíteme que no te diga nada en este momento, porque yo mismo no sé lo que haré mañana; es ya muy tarde, y si notasen tu falta… Puedes retirarte, Clara.

Ésta no pudo menos de extrañar que Aguilar fuese el primero en notar lo avanzado de la hora, circunstancia que otra mujer, la misma Clara en otra ocasión y menos convencida del amor de Aguilar, hubiera traducido por falta de cariño; pero la amante de Fernando estuvo muy lejos de atribuirlo a esta causa.

Ciertamente no era Fernando el que deseaba ver concluida la hora de la amorosa entrevista que tan ardientemente había deseado, y en la cual experimentaba, al par de dolor natural por las causas que contrariaban su amor, la más dulce de las emociones cada vez que oía una de las dulces palabras con que respondia a su afecto la hermosa

que adoraba.

Pero Clara hubiera querido saber los proyectos de Fernando, y éste no quería manifestárselos por temor de que la debilidad natural de la mujer venciese la fuerza del corazón de la amante, y le obligase a él a desistir del empeño que tenía formado.

—No tardarás en volverme a ver, Clara; entre tanto piensa que te amo más que nunca, y no me olvides.

—¡Fernando!…

Éste tomó otra vez la mano de Clara, imprimió en ella un beso que tenía tanto de amor como de respeto, y se alejó.

Clara estuvo en la reja hasta que dejó de oir las pisadas de su amante.

Luego cerró la ventana, y con la misma cautela que había bajado, volvió a su habitación.

Fernando se dirigió al sitio donde le aguardaba su compañero.

Anticipémonos a su llegada, pues conviene que presenciemos parte de una escena que concluyó antes de que llegase Fernando a la casa del Colmado.

Eduardo estaba sentado solo a una mesa cubierta de botellas y platos.

El mozo ya le conocía, y sin que aquel viese necesidad de pedir, éste le sirvió con aquella solicitud y presteza que usan los mozos de todas clases con los parroquianos espléndidos y generosos como Eduardo.

La sala del Colmado era capaz para media docena de mesas.

Eduardo estaba solo en ella.

Contiguo a la misma, había una especie de gabinete formado por un biombo, en el cual cabían justamente una mesa y dos sillas.

Este cuartito estaba destinado a alguna pareja que fuese allí de tapadillo, para no ser vista de las otras personas que pudiera haber en la sala.

Al poco rato de estar Eduardo a la mesa, y mientras la ponia el mozo, entraron un hombre y una mujer, que, pasando por delante de él sin saludarle, se metieron en el biombo.

—Esos saben ya el camino, dijo Eduardo al mozo.

—Así parece, pero yo no conozco a ninguno de los dos.

—Se me figura una pareja bastante desigual, porque ella va con pañuelo a la cabeza, observó Eduardo, y él, aunque no tiene la mejor facha, viste de caballero.

En la mesa del biombo se oyeron dos golpes dados con la mano.

—¡Voy! gritó el mozo concluyendo de poner con toda calma la mesa del estudiante. Que se esperen.

—Oye, Juan.

—Diga V., señorito.

—Cuando entres, observa bien a él, y dame luego sus señas.

—No hay necesidad de que yo se las de.

—¿Pues?

—Lléguese V. al biombo, y a este lado de acá tiene la tela de agujeros pequeños, que se hicieron otra noche para observar también una pareja; pero sobre todo no diga V. nada al amo…

—Bueno, bueno, perfectamente.

El mozo empezó a traer platos a Eduardo, y éste, entre las ostras la merluza, el burdeos y el manzanilla, se olvidó bien pronto de observar a la pareja o al hombre del biombo.

Al cabo de un rato llamáronle la atención las voces que del biombo salían, y dijo al mozo, que había entrado ya más de una vez a servir a la pareja:

—Oye, Juan, ¿se van a pegar esos?

—¡Quién sabe! no sería esta la primera vez que hubiese sucedido en ese mismo sitio.

Las voces, particularmente de la mujer, aumentaban, dando a conocer que la disputa era acalorada.

—Pero ¿qué diablos tienen?

—¿Qué sé yo? La cuestión parece que es sobre un retrato.

—¡Un retrato!

—Sí, ella le hace cargos a él.

—¡Oh! ¡qué idea! ¿y sobre qué le hace cargos?

—Lo que yo creí entender fué sobre si miraba con afición un retrato que él tenía… una cosa así por el estilo he creido oir.

—¿Qué cara tiene él?

—Muy mala.

—Lleva patilla corrida y bigote, ¿eh? Me parece que lo vi al entrar.

—Sí, señor.

Eduardo se levantó y fué a mirar por los agujeros del biombo.

—Ea, ¿comes o no? decía el hombre a la mujer cuando Eduardo llegaba al biombo.

—No, respondió la mujer.

—¿Sabes que voy a incomodarme de veras, María?

—Pues dime de quién es ese retrato.

—Pero, mujer, ¿cómo quieres que lo diga si yo mismo no lo sé?

—¡No lo sabes y lo mirabas con aquella afición!

—Por el marco, que estaba calculando cuánto podría valer, porque es todo de brillantes.

—¡El marco de brillantes! repitió Eduardo en su interior.

—No me la pegas tú a mí. Yo te he visto la cara y no era por cierto cara de estar mirando el marco, insistió la mujer.

—En fin, son lo que fuere, basta ya de ello. ¿Como??

—No.

—¡Mozo!

—¡Ya voy!

Eduardo volvió a su mesa, exclamando:

—¡Es él, es él! ¡qué casualidad!

Con efecto, el hombre era Roberto que había ido con su querida, a celebrar aquella noche en casa del Colmado el buen negocio que sabemos había hecho.

En cuanto al retrato, aquí tenemos que retroceder un momento a su vida pasada para explicar en breves palabras el motivo de la cuestión entre Roberto y su querida.

Roberto había amado en sus mocedades a la madre de Clara, hija de una familia humilde del pueblo, y después baronesa de Turella.

El amor de Roberto, no satisfecho nunca, duraba en su corazón, si bien maleado en la parte buena que podía tener, tratándose de un hombre semejante, incapaz de ningun sentimiento verdaderamente noble, por el odio y el deseo de venganza contra la mujer que le había desdeñado.

El sentimiento que restaba a Roberto respecto de esa mujer, no era ya amor, era cuando más un deseo sórdido y brutal que el tiempo no había podido mitigar todavía.

Pero al apoderarse del retrato, el proyecto que instantáneamente había concebido, nada tenía que ver con lo que Roberto sentía aun por la baronesa de Turella.

Su plan era otro.

Pero no ha llegado aun el momento de ocuparnos de esto.

El retrato era, no de la madre, sino de la hija.

Pero era tal la semejanza de ésta con aquella cuando tenía la misma edad, que Roberto la confundió.

Ya hemos tenido ocasión de conocer su carácter frío y hasta indiferente a veces con la mujer que era su querida.

Ésta sufría con resignación, hasta cierto punto, la frialdad de Roberto, mientras no adivinaba que el afecto que ella no merecia, se daba quizás a otra mujer; pero desde el momento en que pudo sospecharlo, su conducta varió de repente, y lo que antes eran no más que súplicas o simples quejas, fueron después ardientes reproches y duras recriminaciones.

Esto está muy en el carácter y la naturaleza de la mujer.

Una mujer puede resignarse a no ser amada, guardando ella por

esto todo su sentimiento para el hombre que ama; pero ninguna hay que tolere el que este hombre tenga para otra lo que no tiene para ella.

De aquí la cuestión entre Roberto y su querida, cuando ésta, al sorprenderle contemplando el retrato de otra mujer, creyó ver lo que hemos ya indicado.

El genio de Roberto no era para sufrir recriminaciones en este ni en otro concepto de nadie que no le fuera superior, y no pudiendo *responder* a las palabras que le dijo su querida de la manera *propia de su carácter*, atendiendo el sitio en que se encontraba, llamó al mozo, pagó el gasto hecho y salió de la casa con la mujer con quien había ido.

Apenas salieron, Eduardo dijo al mozo:

—¿Con que dices que no le conoces?

—No, señor.

—Entonces no puedes satisfacer mis preguntas en lo que yo deseo saber.

Y levantándose de la silla, tomó con mucha prisa, la capa y el sombrero y salió también a la calle.

Tendió, al salir la puerta, la vista a un lado y a otro y distinguió la pareja a bastante distancia bajando hácia la Rambla.

La disputa seguía en la calle; decimos mal: la mujer seguía hablando en la calle. Roberto iba a su lado sin responderle. Eduardo les seguía a una prudente distancia.

Al llegar delante del Teatro Principal, Eduardo oyó un ¡*paf*! que le hizo exclamar:

—¡Sopla!

El sonido era simplemente una senda bofetada que Roberto dió a las palabras de su querida por toda respuesta desde que salieron de la casa del Colmado.

El llanto y los suspiros reemplazaron ya a las palabras.

La mujer no volvió a pronunciar una sola, ni en el momento de recibir el bofeton.

La malavenida pareja llegó a su casa.

Eduardo se quedó a la esquina de la calle.

Cuando hubieron entrado en la escalerilla y cerrado la puerta, el estudiante adelantó hasta allí.

Miró a la casa, tomó el número y se volvió a la calle de Escudellers.

Un hombre llamaba a la puerta del Colmado cuando aquel llegó.

—¡Fernando!

—¡Eduardo! ¿de dónde diablos vienes?

—Te diré; como tardabas tanto y yo me fastidiaba de estar aquí solo, fuí a seguir a una moza hasta su casa; pero con ánimo de volver en seguida, como ves, para que no dejaras de encontrarme. Entremos.

—No, Eduardo, vamos a casa, dijo Fernando.

—¡Qué! ¿no ha ido bien el negocio?

—Así, así.

—Ya veo que no ha ido muy bien. ¿Quieres creerme? a las penas, ostras y manzanilla. Con que vamos.

Inútiles fueron las instancias de Eduardo.

Aguilar quiso retirarse, y los dos amigos se dirigieron a su habitación.

CAPÍTULO XVIII.
Una visita a tiempo

RECORDARÁ el lector que en la entrevista de Fernando y Clara, ésta indicó a su amante que dentro de tres días había de verificarse su enlace con Carlos Sans, proyectado y convenido por los padres de los novios.

Eran las once de la mañana, y la baronesa de Turella se hallaba en un gabinete de su casa hablando con un caballero de mediana edad, acerca del próximo casamiento de su hija.

El caballero era el curador que dejó en su testamento el difunto

barón para que acompañase a la viuda, que era por ley y por el mismo testamento curadora también de Clara.

—Sí, baronesa, decía el curador, que se llamaba D. Pablo Grau y era uno de los abogados que más fama gozaban en Barcelona; tengo alguna noticia de que Sans, como joven y sin lazo alguno que le sujete, anda un poco extraviado en su conducta. Él es algo dispendioso, y el tren de su casa, que aumenta cada día, podría, si bien hasta hoy lo toleran sus rentas, podría tener más tarde otros resultados.

—Pues se hace preciso, D. Pablo, que miremos este negocio sériamente.

—¡Oh! no hay motivo de alarma todavía. Carlos es joven, y son esas cosas de la juventud, y propias, si se quiere, de quien tiene su edad y su fortuna sin aquel juicio que no viene sino con los años o cuando la faz de la vida del hombre cambia, en el momento en que varia de estado. Por consiguiente, lo que yo pienso es a mi ver lo más acertado. Clarita tiene ya los quince años; todo puede decirse que está arreglado desde hace tiempo, y amándose como si aman ambos…

—Don Pablo, eso es lo que no sabemos.

—¡Cómo!

—Si se aman ambos como V. dice.

—¡Ah! de Carlos puedo afirmarlo, observó D. Pablo. Ayer, sin ir más lejos, estuvo él en mi casa y puedo responder de los deseos que me manifestó. Ahora si Clarita hoy piensa de distinto modo.

—No, D. Pablo; mi hija no piensa de distinto modo, porque creo que no ha pensado, acerca de esto, de modo alguno jamás. Doce años tenía cuando su padre arregló este enlace con los padres de Carlos, doce años que no son para que pueda pensar nada una mujer, educada como se ha educado mi hija.

—Me sorprende V. baronesa. Jamás había yo oído hablar a V. en ese tono de este asunto.

—Es que no había llegado el caso de tratarse seriamente, y quizás de un modo definitivo como hoy.

—Siga, siga V.

—En dos palabras está dicho, D. Pablo: V. es aquí como el padre de mi hija, puesto que es su curador…

—¡Oh! sí.

—Pues bien; creo que Clara y Carlos no se aman.

—¡Oh! repito a V. que Carlos ama a Clara.

—Podrá ser, aunque lo dudo.

—Lo digo yo, señora.

—Usted, creyéndolo así, puede equivocarse, D. Pablo.

—Tal vez, pero V. debe saber…

—Lo que yo sé, D. Pablo, es el horrible martirio que suele pesar sobre dos corazones cuando el lazo que les une para toda la vida no es el del afecto puro y desinteresado.

—Eso es conforme y segun…

—Siempre, casi.

—¡Ah! V. no ignora que cuando no otra cosa, la vida comun, la costumbre misma, los intereses fundidos en una masa, en fin, todo, como no puede menos de suceder, establece el cariño y el afecto entre dos personas, mayormente si estas se han unido en la primera juventud.

—No digo que eso no sea alguna vez; pero V. comprenderá que puede muy bien suceder todo lo contrario, y que no podemos exponernos a jugar un albur de esta naturaleza; porque no es tanto lo que se puede ganar, como lo mucho que se puede perder.

—Permítame V., baronesa, que le diga no pienso como V.

—¡Ah! ¡yo soy la madre de Clara!

Don Pablo se resintió de esta palabra y dijo:

—No hace mucho que ha dicho V., haciéndome en ello justicia, que yo a mi vez era aquí como su padre.

—Y lo repito, D. Pablo, sin que V. se ofenda de estas expresiones mias que diría al mismo barón si viviese en estos momentos. El cariño de los padres a sus hijos no basta para que elijan acertadamente y den a estos el compañero que más pueda convenirles para seguir hasta el fin la difícil y espinosa senda de la vida, los hombres raras veces llegan a columbrar en materia de amores lo que nosotras las mujeres vemos completa y perfectamente. Yo no aseguraré que Carlos no ame a Clara, aunque repito que así lo presumo; pero de lo que respondo es de que mi hija no siente amor por Carlos.

—Acaso ella ha dicho a V…

—Nada absolutamente; pero ¿necesita una madre que su hija le diga lo que pasa en su corazón?

—¡Oh! a veces, quién sabe… porque, señora, a decir a V. la verdad, yo no comprendo por quien pueda interesarse Clara, si permanece indiferente a un partido como Carlos.

—En fin, D. Pablo, puesto que el momento ha llegado y es fuerza que decidamos ya sobre este asunto, voy a mandar llamar a Clara.

La baronesa tiró del cordon de una campanilla.

Una doncella se presentó.

—Díle a la señorita que yo la llamo.

—Está en el jardín cuidando las flores.

—Díle que venga.

La doncella salió, y a los pocos momentos apareció Clara.

Apenas asomó a la sala y vió a D. Pablo sentado en el sofá, su corazón experimentó una sensación de disgusto que no pudo disimular, exclamando en su interior:

—¡Llegó el momento, Dios mio!

Y no era que Clara hubiese adivinado sin fundamento el asunto de que en aquel instante iba a tratarse. días antes tuvo conocimiento de ello por su madre, así como ésta midió los grados de aprecio que su hija podía tener a Sans por el modo como recibió sus indicaciones.

Clara saludó afectuosa y respetuosamente a su curador, que la recibió con la mayor afabilidad, y tomó una silla que la baronesa le señaló a su lado.

Ésta empezó:

Hija mia, en otras ocasiones te he manifestado que se iba acercando el momento en que habíamos de decidirnos a llevar a efecto el enlace tuyo con Carlos Sans, convenido, como no ignoras, por tu padre y los de Carlos. Pues bien, este momento ha llegado hoy, Clara.

Clara oía a su madre fijos los ojos en el suelo.

Don Pablo leia en el rostro de la niña un secreto pesar que atormentaba su corazón.

La baronesa prosiguió:

—Pero antes de uniros con un lazo que ha de ser eterno, lazo que naciendo del mucho cariño, puede hacer vuestra felicidad, así como labrar vuestra desgracia si ese cariño no existe, es preciso, Clara, que cada cual responda con el corazón en los labios para que nunca pueda el uno decirle al otro: «¡me has engañado! yo acepté el juramento de tu amor al pié de los altares, y ese amor no existia». En cuanto a Carlos, D. Pablo, que hace aquí las veces de tu padre, dice que te quiere y te desea por esposa. Ahora, Clara, ¿quieres tú también a Carlos?

Clara no respondió.

—Responde, hija mia, D. Pablo y yo estamos aquí para oir de tus labios lo que siente tu corazón. ¿Amas a Carlos?

—No, madre mia.

—¡No! exclamó D. Pablo.

La baronesa dirigió una mirada al curador.

Clara se quedó como confusa y con la vista al suelo después de esta declaración.

Su pecho experimentaba, no obstante, una viva alegría. había tenido valor para cumplir la palabra dada a su amante, y con esto creia pagar en cierto modo los dolores que presentía iba a tener el enamorado Fernando.

El curador iba a hablar, pero le detuvo la presencia de un criado

que apareció en la puerta diciendo:

—Señora, un caballero desea ver a V.

—¿Quién es?

—Don Fernando Aguilar.

—¡Ah! exclamó Clara.

El curador la dirigió una mirada.

—¿Qué tienes? la preguntó la baronesa.

—Que estaba en el jardin y me encuentro así sin vestir todavía… y si viene gente me retiro, mamá.

—Retírate.

Clara se levantó, saludó con precipitación a D. Pablo, besó a su madre y salió de la sala.

—No conozco ese nombre, dijo la baronesa.

—Ni yo, añadió D. Pablo.

El criado aguardaba en la puerta.

—Dile que pase.

Fernando entró en la sala.

La figura del estudiante Aguilar era una de ésas que despiertan a primera lista las simpatías.

Su estatura era regular, sus movimientos desembarazados, sin ser en nada ligeros ni menos descompuestos; su cuerpo airoso y elegante, su cara morena, sus ojos negros como el cabello, la mirada serena y digna, ancha y levantada la frente, leal y franca la fisonomía.

Y con todo la cara de Fernando hubiera distado mucho de parecer hermosa a muchas mujeres.

Su belleza, porque realmente la tenía, estaba en que en su rostro llevaba impresa la imagen de su alma entera y generosa, y esta especie de hermosura del hombre, no es dado a todas las mujeres conocerla.

El traje de Fernando, por último, limpio y aseado, era bastante modesto para que no dejase comprender lo humilde de su posición y su fortuna.

Don Pablo se levantó del sofá al verle, y la baronesa se quedó esperando su saludo en el sillón.

Fernando se inclinó primero a la baronesa y luego a D. Pablo.

Después de las sabidas frases de pura etiqueta, dijo a la madre de Clara:

—Señora, yo había venido para hablar a V. de un asunto de familia, pero veo que en este momento distraigo a V. y pido permiso para retirarme, suplicándola se sirva designarme otra hora para más tarde.

—El señor, dijo la baronesa, es de la familia también…

—No tenía el honor… dijo entonces Fernando haciendo una ligera

cortesía a D. Pablo.

—Es el curador de mi hija, concluyó la baronesa.

—En ese caso continuaré.

—Puede V. hablar sin la menor reserva.

Fernando, sin turbarse lo más mínimo y con una expresión de franqueza y de la mayor finura a la vez, empezó:

—Ustedes me perdonarán que empiece hablándoles de mí mismo, porque he de decir ante todo quién soy.

—Vaya un principio extraño, dijo para si D. Pablo.

—Me llamo Fernando Aguilar, soy estudiante todavía, aunque concluyo este año mi carrera de abogado; no tengo padres ni bienes de fortuna, pero soy joven y honrado.

La última palabra de Fernando estuvo de más para la baronesa.

—Ya ven Vds que mis títulos son bien pobres en el mundo.

—El último que V. ha manifestado, el de la honradez, es el primero con que debe un hombre gloriarse, dijo la baronesa, cuya esquisita finura y discreción supo encontrar la única frase que por entonces podía decirse a las palabras de Fernando.

—Pero esto no obstará, señora, continuó éste, para que Vds tachen quizás, no ya de temeraria, sino tal vez de loca, atendido lo que se debe y merece esta familia, la pretension que aquí me trae.

—Usted comprenderá que antes de oir a V…

—Pero a lo menos, no se me acusará de desleal. Yo vengo a decir a V., señora, que amo a su hija.

—¡Cómo! exclamó D. Pablo.

—Y vengo a pedir su mano, concluyó Aguilar.

La baronesa no se sorprendió porque aguardaba hacía un momento, desde que empezó a hablar el estudiante, esta declaración.

—¿Pero V. sabe, caballero, se permitió observar D. Pablo anticipándose a la baronesa, que la señorita Clara está prometida, que va a casarse?

—Por eso precisamente doy este paso.

—No lo comprendo.

—De otra manera, hubiera sabido guardar, sin que saliera de mis labios, este amor en el fondo de mi pecho aunque hubiese tenido que morir conmigo.

Don Pablo no entendió pizca en estas últimas palabras de Fernando.

La baronesa lo comprendió.

—Pero, dijo entonces la madre de Clara; V. me permitirá, caballero, una pregunta: para dar un paso semejante una persona discreta como V., es necesario que no haya consultado a su corazón

tan solo.

—Precisamente.

—Entonces…

—No sé hasta qué punto, señora, prosiguió Fernando, podré yo ser explícito en presencia de V., sin que ofenda su susceptibilidad.

—Caballero…

—Porque me veo en la precision de manifestar que la señorita de Turella ha sido bastante buena para no ofenderse de ese sentimiento que yo tuve por ella.

—Caballero, dijo entonces la baronesa, V. comprenderá que es difícil el que yo pueda responder a V. en este momento, sorprendida, como no puedo menos de estarlo, pues ignoraba de todo punto cuanto V. acaba de manifestarme. De todas maneras, si mi hija no se ha ofendido de ese sentimiento que V. abriga por ella, yo no fio de hacer a V. tampoco un cargo por ello; todo lo contrario, estamos obligados a pagar con la gratitud cuando menos el afecto de las personas que nos aman, y yo doy a V. las gracias. Pero, como ha oído ya, y creo dijo V. mismo, la mano de Clara está prometida…

—He dicho también, que sin esta circunstancia y la proximidad del proyectado enlace, nunca hubiera osado dar este paso. No me hice la ilusion, porque lejos, muy lejos estoy yo de merecerla, de obtener la mano de la que amo; me guardaré muy bien de disputar sus títulos al favorecido, aunque ni por los suyos ni por otros mayores, trocara yo mi humildísimo nombre; pero importa que antes de que Clara entregue su mano al que se le dá por esposo, sepa su madre que no era uno solo el que la amaba, que otro también la ofrecia su nombre y su corazón.

Estas palabras de Fernando hicieron un efecto tan particular a la baronesa, que no supo ésta qué añadir.

El asunto era por demás escabroso, y dificilísima la conversación del mismo, para, decir lo que no podrá, menos de decirse, sin que nadie saliera ofendido.

Don Pablo, desde el momento en que tomó la palabra la baronesa y la conversación tomó el giro de discreción y finura que había tomado, no se atrevió a meter baza, comprendiendo que una sola palabra hubiera podido hacer salir el asunto de los límites de la conveniencia, en que tan bien se había colocado.

Fernando, conociendo que la posición de la baronesa era más embarazosa a cada momento, se levantó ya y dijo:

—Señora, no me atrevo ni ahora ni para más tarde a pedir a V. una respuesta categórica a lo que he tenido el atrevimiento de manifestarla, y por lo que pido a V. mil perdones. Sirva de disculpa a

mi sentimiento la lealtad con que lo he manifestado: V. que creo sabrá comprenderlo, sabrá cuando menos perdonarlo.

Fernando se inclinó ante la baronesa, saludó luego a D. Pablo y salió de la sala.

CAPÍTULO XIX.
De cómo ahogan ciertos curadores por el interés de sus pupilos

AJABA Aguilar la escalera de la casa, y la señora de Turella no había vuelto aun de la sorpresa de la visita, y no era, en el fondo, que hubiese motivo para dejar a nadie estupefacto.

La cosa consistia simplemente, en que una niña iba a casarse con un hombre que la destinaban sus padres, y casi en el acto del casamiento se presentaba a declarar su amor un tercero de mayor agrado para la niña y del cual no sabía ni tenía la madre el menor

antecedente.

Esto es harto comun y hartas veces ha sucedido para que pudiera hacer el extraño efecto que hizo a la baronesa la visita de Fernando.

La señora de Turella se hubiera sorprendido siempre por lo que aquel la dijo; pero no fué la sorpresa el efecto mayor que experimentó la madre de Clara.

La visita daba más en que pensar por lo que dejó conocer, que por lo que dijo.

Además, el estudiante no era un joven vulgar, su talento se conocía a sus primeras palabras, como la nobleza y lealtad de su alma.

—¿Qué me dice V. a esto, D. Pablo? preguntó la baronesa al curador.

—Que me parece muy osado eso joven, en primer lugar, y luego que después que él mismo ha confesado la humildad de su posición, no vale la pena de pensar más en ello siquiera.

—¡Oh! no opino yo así.

—¡Pues!…

—Ese joven ha dejado escapar una idea que su mucha educación ha sabido presentar de cierta manera, pero dejándola ver claramente.

—Una idea…

—O más de una…

—No doy ahora en ello…

—La primera es de que Clara le correspondía.

—¡Ah! ¡eso no puede ser! vanidad, presunción, orgullo o necedad, que es lo mismo.

—Don Pablo, V. lo cree así, pero ya que no nos oye ahora, yo debo decir que nada de todo eso he sabido notar en él.

—Usted, baronesa, es muy buena y ha sido con él demasiado prudente. A mí no me correspondia, hasta cierto punto, hablando V., el meterme yo en lo último que dijo; pero le aseguro quede otra suerte, otra hubiera sido también mi respuesta.

—Don Pablo, yo no podía olvidar que ese joven tenía todos los visos de una persona decente, el respeto con que me ha hablado, y sobre todo que estaba en mi casa, donde menos que en otra parte podría dar un feo a nadie.

—No, es que no por eso había de dársele un feo; pero ahí es nada lo que el muchacho ha dicho.

—Es más lo que ha querido decir. Usted dice que no lo ha notado; yo sí: además de dar a entender que Clara le correspondia, ha venido a manifestar que no amaba ella a Carlos.

—Eso lo ha dicho ya su señorita hija esta mañana.

—Pero este joven lo sabe, y esto es lo que más me hace pensar.

—En fin, baronesa, es necesario salir pronto de este negocio; sobre mí pesa una responsabilidad muy grave, y aunque yo de todos modos tengo siempre el descargo de la voluntad en V., necesito aclarar en breve todo esto. Tenga V. la bondad de volver a llamar a su hija, puesto que por lo visto de ella depende todo.

—Don Pablo, V. me dispensará si hago una observación.

—Diga V.

—Es que le veo a V. muy inclinado hácia Carlos.

—¡Yo! sí no lo niego… y creo que no es extraño tampoco.

—No, ciertamente: el barón era el padre de mi hija, y tenía las mismas simpatías…

—Que yo debí heredar con el legado que me dió, al instituirme curador de su hija.

—Por eso no me atreveré nunca a hacerle a V. un cargo de ese interés; pero desde que este casamiento se pactó, van transcurridos cerca de tres años, y quizás si el barón viviese, al ver hoy a su hija que piensa y ama… variaría de propósito.

—¡Qué dice V., señora! según eso, V. no tendría inconveniente en ceder la mano de Clara á…

—No concluya V. D. Pablo; pero no la obligaré a darla a quien ella no acepte en su corazón.

—En ese caso, señora, yo, esclavo de mi deber y encargado de cumplir la voluntad de mi amigo el barón, negaré siempre mi consentimiento a otro que no sea el elegido por el padre de mi pupila.

—¡Don Pablo!

—¡Un hombre joven, bien parecido, de buena familia, con una renta de veinte mil libras!…

—Que no necesita mi hija, D. Pablo.

—Pero que no está tampoco en el caso de desdeñar. Además, señora, que este proyecto es público en Barcelona, ¿y qué se diría mañana, qué diría el mundo si este enlace no se llevase a efecto?

—El mundo todo, D. Pablo, no aliviaría mañana a mi hija una sola pena, ni enjugaría una de sus lágrimas, si fuese desgraciada.

—¿Con que por V. queda ya todo roto?

—No digo eso todavía, D. Pablo: yo consultaré el corazón de Clara, procuraré saber sus pensamientos y sus inclinaciones, la diré lo que a una madre toca decir a su hija en un caso semejante, y luego tomaremos el partido que la prudencia aconseje. Por ahora juzgo oportuno el que suspendamos toda gestion que pueda ponernos en un terreno más adelantado.

—Pero entienda V., señora, que estamos ya en el terreno. No hace ocho días que Carlos hizo a Clara un rico presente, no con el completo

carácter oficial, pero que tenía ciertos visos de serlo. Entre varios otros objetos estaba el retrato de Sans, prenda que Clara agradeció dándole a los dos días su retrato; y esto lo sabe ya también todo el mundo.

—Todo eso, que es realmente mucho, no será nada mañana que el enlace no se lleve a efecto.

—¿Pero V. sabe lo que pierde en ello Clara?

¡Qué pierde!

—Quiero decir en el concepto de las gentes…

—Ni aun así, D. Pablo; mi hija es honrada, y nadie ni nada podrá hacer que deje de serlo.

—Ceso ya en mis observaciones, baronesa. No sé ciertamente qué pecado ha podido cometer el pobre Carlos de pocos días a esta parte para caer así en desgracia de Vds…

—Ni yo acierto a comprender, D. Pablo, qué entrañable cariño hácia ese joven le mueve a V. a abogar tanto en su favor, qué parece, cuando menos, que le confunde V. en su afecto con su misma pupila, que es la hija de su amigo.

Don Pablo se inmutó a estas palabras de la baronesa.

Procuró, no obstante, disimular su efecto diciendo:

—Señora, no lo niego; yo, que quiero a Clara, me tomo el interés natural por el que la ama y puede hacerla feliz.

—Debo repetir, D. Pablo, sin que esto sea querer desconocer ninguna de las dotes de Carlos, que no participo de su opinion, ni puedo avenirme a ella, después de haber oído tan explícitamente la declaración que mi hija ha hecho delante de V. hace un instante. Creo, pues, que por ahora, y sin tomar por esto una resolución en contrario todavía, debe suspenderse todo respecto al enlace proyectado.

—Y yo no puedo menos de decir, insistió D. Pablo, que opino todo lo contrario; pero, puesto que así lo juzga V. conveniente y es tan formal su empeño, suspéndase todo por ahora.

—Sí, eso es.

Don Pablo se levantó.

—¿Se va V. ya?

—Estoy, como V. no ignora, agobiado de negocios, y hoy tengo uno muy grave que no puedo desatender.

—No detengo a V. en ese caso…

La baronesa tiró del cordon de la campanilla.

Un criado se presentó.

—¡La señorita! dijo la baronesa.

Clara entró a los pocos momentos.

—Don Pablo se va, Clarita.

—Mal ha hecho V. en llamarla, porque me tiene algo enfadado.

—¡Yo, D. Pablo!…

—Sí: V. que es aun muy niña y no conoce lo que le conviene; pero ya reflexionará V.; así lo espero más tarde.

El abogado dió la mano a la baronesa, tomó luego con afectuosa expresión la de Clara, y salió.

La madre y la hija quedaron solas.

—Y bien, Clara, ¿sabes que me tienes muy incomodada, que me has puesto hoy en un verdadero compromiso? dijo la baronesa seriamente a su hija.

—¡Mamá!

—¿Desde cuándo conoces a ese D. Fernando Aguilar?

—Hace ya meses.

Clara bajó los ojos al sucio.

—Responde.

La niña, que poco antes había tenido valor para decir que no quería a Carlos Sans, el elegido por sus padres, no se atrevía después a confesar que amaba a Fernando Aguilar.

La baronesa ahorró a su hija la respuesta, y con ella quizás una semimentira.

—¡Ah! le amas, bien se ve, no necesitas decírmelo. Pero lo que quiero saber de tus labios, porque eso no puedo adivinarlo yo, es si antes amabas a Carlos.

—¿Hubiera amado luego a Fernando? respondió Clara sin comprender la elocuencia de su respuesta, que brotó del fondo de su corazón.

—Es verdad, pensó la señora de Turella.

Y en seguida dijo a su hija:

—No te preguntaré el porqué le amas, ni porqué tu corazón le ha preferido a Carlos.

—¡Ah! madre mía, tú no me lo preguntas, pero yo tengo necesidad de decírtelo. A nadie lo he dicho todavía, ninguna persona sabe por mí ni por él, ¡ah! ¡estoy cierta de ello! de nuestros amores, y yo voy a depositar en tu corazón los sentimientos del mio.

—¡Algo tarde, Clara!

—¡Ah! ¡cuántas veces intenté decírtelo! pero temia tus enojos y más que todo tu reprobación. Yo no hubiera podido desobedecerle ni…

Clara no se atrevió a concluir su pensamiento.

—¿Ni dejarle de amar? ¡Tanto le quieres!

—Sí, madre mia, y le quiero porque él me quiere también.

—¿Ya sabes eso, Clara?

—¡Oh! sí, mi corazón no me engaña cuando me dice que es verdad

lo que escuchan mis oídos.

—Pero ¿no te quiere también Carlos?

—¡Oh! no.

—¡Cómo!

—No, madre mia.

—¿No te lo ha dicho?

—Raras veces, y ésas de una manera.

—Indiferente.

—Qué sé yo…

—Poco verdadera…

—Distinta de Fernando, concluyó Clara.

Si antes no tuviéramos la certeza de que Clara amaba a Agilitar, bastaría esta sola contestación para conocer los grados de su amor y la profunda creencia en que vivía de ser amada.

—¿Con que tenemos definitivamente que Carlos no te ama, ni tú le amas a él?

—No, madre mía.

—Él, sin embargo, está pronto a casarse contigo.

—¡Ah! exclamó Clara con tan profundo pesar que su madre no pudo menos de añadir inmediatamente:

—Pero yo jamás te obligaré a contraer lazos que rechace tu corazón.

El semblante de Clara mudó por completo a estas palabras.

Su hermosa fisonomía, antes triste y abatida, adquirió de pronto toda la expresión de la más viva alegría, y un ligero tinte de rosa coloró sus pálidas mejillas.

—¡Ah! ¡gracias, gracias, madre mia! exclamó abrazando a su madre y dándola un beso en la frente, con toda la efusion de su alma agradecida.

La repugnancia que Clara experimentaba a la idea de su enlace con Carlos Sans, se hubiera conocido perfectamente al ver la alegría que le causó al oir de boca de su madre que no la obligaría a contraerlo.

—Pero, hija mia, ahora es necesario hablar de otra cosa. Me has dicho ya que amabas a ese joven Aguilar. ¿Sabes va quién es?

—Sí.

—Que es pobre.

—Lo sé.

—Que carece de posición.

—Todo me lo ha dicho.

—¡Y sin embargo le amas!…

—Ya lo he dicho, madre mia.

—Bien, no quiero prohibirte por ahora ese sentimiento. Ese joven

pudiera con todo ser digno de ti.

—¡Ah, madre mia!

—Yo lo sabré, y si le merece…

Clara volvió a abrazar a su madre.

—¿Pero me das desde este momento la palabra y la promesa de no ocultarme nada?

—¡Ah! nada ya, y ¡cómo podría yo hacerlo en adelante!

La baronesa se había ganado por completo la confianza de tu hija.

—Deja, pues, que tu madre te señale en todo tu conducta.

—Que yo seguiré sin apartarme de ella.

La baronesa dió un beso a su hija, y ésta salió de la sala.

—¡Riqueza! ¡posición! exclamó la señora de Turella viendo salir a Clara: ¿qué vales sin la paz del espíritu, sin el contento del alma?

CAPÍTULO XX.
La carta anónima

CUANDO Aguilar bajaba la escalera de la casa de Turella, una elegante y lujosa carretela entraba en el patio.

Fernando pasó por junto al lujoso carruaje en el mismo instante que el cochero paraba los caballos, sin volver la cabeza para ver quién iba dentro.

Pero en el momento de pasar Fernando, sonó una exclamación en el interior del coche.

El lacayo bajó de la trasera, y no bien había abierto la portezuela,

echó pié a tierra un caballero que le dijo precipitadamente:

—¿Has visto a ese caballero que acaba de salir?

—Sí, señor.

—Pues corre a decirle que tenga la bondad de llegarse hasta aquí.

El lacayo, conociendo la prisa que su amo llevaba, se lanzó a la calle.

Carlos Sans, que no era otro el caballero del coche, esperaba la vuelta del lacayo paseándose en el patio.

Después de bastante rato, el lacayo volvió solo.

—¿Pues? le preguntó Carlos sin darle tiempo de hablar.

—Sin duda ese caballero ha ido muy deprisa, señorito…

—¿No le has encontrado?

—No, señor.

—¡Torpe! exclamó Carlos levantando un junquillo que llevaba en la mano.

Pero contentóse con la acción y volvió la espalda al lacayo.

—¡Qué será esto ahora, voto al diablo! ¡Ese hombre aquí! exclamó sabiendo pausadamente la escalera.

Verdaderamente era por demás chocante para Carlos la vista de aquel hombre saliendo de la casa de Turella, después de la escena que tuvo lugar en la casa de juego.

—¡Mal auguro de este encuentro! continuaba Carlos reflexionando: ¡no me faltaba otra cosa ya que un motivo que desbaratase mi casamiento!

Sans llamó a la puerta, y fué seguidamente introducido a la sala misma donde había estado Aguilar y en la cual se hallaba todavía la baronesa.

Esta le recibió con la mayor amabilidad.

Carlos tomó asiento y en seguida preguntó por Clara.

—Buena, respondió su madre con la mayor sencillez: creo que está en el jardín cuidando las flores.

Y la baronesa no dijo más.

Carlos se quedó sorprendido.

—¡Ya no hay duda, exclamó, el infame me ha descubierto!

Sans tenía más de un motivo para pensar así.

Nunca hasta aquel día se había dejado de avisar a Clara cuando él iba a visitarla, y precisamente esta variación la notó Carlos inmediatamente después de haber encontrado en el patio al hombre aquel que poseia, (tal pensaba Carlos), el retrato de Clara, y al cual no había visto jamás en la casa de su prometida.

Carlos, que no conocía antes, ni de vista a Aguilar, no podía presumir que éste, por orgullo, por dignidad propia, era incapaz de

constituirse en delator de un hecho semejante.

La baronesa, que no tenía hasta entonces con Carlos el menor motivo de queja, pues lo que había oído de boca de su hija podía consistir más bien en el modo de sentir de ésta que en el amor de aquel, y esto tenía sobrado talento la madre de Clara para considerarlo; la baronesa, decimos, estaba muy lejos de querer dar un desaire a Sans dejando de llamar a su hija como otras veces; todo lo contrario, en aquel momento hubiera querido encontrar un medio de justificar su conducta, haciéndola aparecer sin la menor intención de resentir a Carlos.

Lo que la baronesa quería, pues, esclusivamente, era evitar todas las ocasiones posibles de que volviesen a verse Carlos y Clara, a fin de no poner a esta en el trance de disimularle o quizás mentirle, si aquel, como era natural, la hablaba del proyecto próximo a llevarse a cabo.

La conversación entre Carlos y la baronesa, fué lo más insustancial que darse puede.

Sans no podía estar de grande humor, y sus sospechas se afirmaban más y más al ver los esfuerzos que la madre de Clara hacía para mostrarse con más amabilidad que otras veces.

El mismo tono de la baronesa, que fué hasta afectuoso, pareció a Sans una especie de ironía.

La visita no podía durar mucho.

Después de haber hablado del tiempo, de la gente que pensaba ir a pasar el verano en París o en Italia, bailándose aun la estación en principio de primavera, hé aquí lo que se habló.

Carlos encontró al cabo de poco rato un protesto.

Sacó el reloj, miró la hora, y se levantó.

—¿Se va V. ya? preguntóle la baronesa.

—Sí, me es preciso, porque a esta hora tengo un asunto que no puedo dejar.

—Siendo así.

—A los piés de V., baronesa.

—Adiós, Carlos.

—Y mis *respetos* a Clarita, concluyó Sans, usando una frase que no indicaba ciertamente la familiaridad que *él* tenía en la casa.

—Está tan ocupada con sus flores hoy…

—Nada, nada, que continúe…

Carlos volvió a saludar y salió.

Ni la baronesa creyó a Carlos, ni éste creyó a la baronesa.

La madre de Clara no sabía mentir, y por consiguiente disimuló todo lo mal que podía disimular.

En cuanto a Sans, aunque éste si sabía y podía mentir, carecia de la

fuerza de voluntad necesaria para dominar en ciertos momentos lo que siente el corazón sin que trascienda en las palabras o en las acciones.

—¡No me cabe duda ya! exclamaba Sans bajando la escalera; ¡bien lo había yo sospechado! ¡ese miserable ha venido aquí a decirlo todo!

Ya sabemos que nada había tan distante como esto del carácter de Aguilar.

El temor de Carlos era, no obstante, sobradamente justo y fundada su sospecha.

Al subir al carruaje que le aguardaba en el patio, dijo al lacayo:

—A casa de D. Pablo Grau.

El coche partió y Carlos exclamó dándose un golpe en la frente:

—¡En qué ocasión!

Dejemos marchar a Carlos a la casa del curador de su prometida, pues no hemos de tardar en volverle a ver, y entremos otra vez en la sala.

La baronesa de Turella quedó pensativa en su sillón.

—Clara dice que él no la quiere… ¿y si mi hija se equivocara? ¡Pobre Carlos! Pero lo cierto es que ella no le ama, y no solo esto, sino que quiere a otro… ¡Cómo yo había de consentir, sabiendo esto, en que le diera su mano, obligándola a ser de un hombre que no ama, consintiendo que le engañase, para que fuese luego la vida de mi hija un continuo remordimiento, un infierna constante del alma!… ¡Ah! ¡no, no! ¡Yo menos que ninguna otra madre podría consentirlo!…

Así pensaba la baronesa de Turella, y con esto queda manifestada la bondad de su corazón, que no sabía prescindir del pesar de Carlos, si éste amaba a su hija, ni podía naturalmente permitir que se labrase la infelicidad de Clara.

La baronesa padecia realmente pensando en esto, sin encontrar un medio que conciliase ambos extremos.

Un criado, que entró en aquel momento, vino a sacarla de sus reflexiones.

—¡Señora!…

—¿Qué traes?

El criado se adelantó, presentando a la baronesa una bandeja de plata, en la cual había una carta.

La baronesa la tomó y miró el sobre y el sello del correo.

—¡Correo interior!… ¡no sé quién pueda escribirme desde el mismo Barcelona! ¡Ah! ¡Carlos tal vez!… No puede ser; acaba de salir de aquí ahora mismo y no tiene tiempo de… En fin, Veamos.

Rompió el sobre y desdobló el papel.

—No conozco esta letra…

Y pasando a la otra carilla, fué a buscar la firma al pié de la carta.

—¡Anónima! exclamó la baronesa.

Con efecto, la carta no llevaba firma.

—Veamos…

La señora de Turella empezó a leer.

A medida que iba pasando líneas, se dibujaba en su fisonomía la sorpresa que experimentaba.

Pero sepamos lo que dice la carta.

Estaba concebida en estos términos:

«Señora, ayer fué V. objeto de una de esas escenas que echan un borron sobre la honra y la fama de la mujer cuyo nombre tiene la desgracia de figurar en ellas.

Una persona imprudente, que no merece por cierto los favores con que al parecer V. le ha distinguido, abusó de la confianza de V. en los términos que más pueden sin duda perjudicarla.

Era en una casa de juego: un jugador perdió, y para pagar lo que había perdido, no tuvo inconveniente en vender una prenda de gran valor moral, sin duda, que le fué aceptada y *pagada* en cuatro mil duros.

La prenda era un retrato con marco de brillantes y la exacta pintura de V.

Más de uno de los presentes tuvo empeño en adquirirlo, pero le cupo esta honra al que escribe estas líneas.

Creo que estará V. naturalmente interesada en recuperar esa prenda y evitar con esto que pueda reproducirse más tarde o más temprano lo que he referido a V.

Yo mandaría de buen grado el retrato con la carta que le, escribo, sin pedir a V. ni la cantidad que me cuesta; pero no lo permite mi posición, por una parte, y, por otra, me es sumamente necesario el valor del retrato, cuya adquisición me costó un gran sacrificio que no me pesa haber hecho, si por este medio vuelve a poder de su dueño la prenda que guardo en el mio.

Sírvase V. contestar si acepta o no mi proposición, en carta a la lista del correo, y con sobre a *Policarpo Sagun*, nombre supuesto, bajo el cual debo en este asunto ocultar el mio verdadero».

Tal era el contenido de la carta que acababa de recibir y estaba leyendo la baronesa.

Concluida su lectura, ésta exclamó:

—¡Cosa particular! ¡mi retrato! ¿y quién tiene mi retrato? Nadie. ¡Ah!, me habrán robado tal vez… ¡pero no: dice aquí *con marco de brillantes* y el mio es de perlas!… Veamos… acaso… ¡Si me han robado! ¡qué infamia, Dios mío!

Y la baronesa se levantó precipitadamente corriendo a su gabinete particular.

Abrió muy deprisa el cajon de una cómoda, sacó de él una caja de nácar con incrustaduras de plata, y de ella un medallon.

—¡Ah! ¡pues mi retrato está aquí!

De pronto la baronesa volvió la cabeza a un ruido que oyó a su espalda.

—¡Mamá!

Era Clara.

—¿Qué haces ahí?

—Nada; he venido a ver en este cajon si encontraba…

—¿Con que ha estado Carlos?

—Si.

—¿Y qué te ha dicho?

—Nada, hemos hablado de cosas indiferentes.

—Si lo has estado tanto como ahora conmigo… ¿Qué tienes, mamá? ¡Ah! tu retrato. El otro día lo estuve yo mirando. ¿Sabes una cosa? ¿Qué nos parecemos mucho o me parezco yo mucho a tí como eras antes?

—Si…

—El retrato que di a Sans, es casi lo mismo que este.

—¡Ah! exclamó la baronesa; es verdad Carlos tiene tu retrato.

—¡Pues! ¿no lo sabes? ¡Jesús, cómo estás, mamá!

—Estoy como siempre, hija mia, dijo la baronesa, dejando su retrato y volviendo a cerrar el cajon.

—¿Pero querrás decirme lo que ha pasado con Carlos?

—Si no ha pasado nada; tienes a veces unos empeños… Hemos estado un rato hablando, yo le dije que tú estabas en el jardin, y él, que tenía hoy un asunto preciso, se levantó y se marchó luego.

—Bueno, bueno, no te pregunto más.

—Oye, Clara, déjame ahora un momento, luego estaré contigo, porque necesito el tiempo para ver aquí unos papeles.

—¡Gracias a Dios! exclamó Clara, así; ¿pero no estás enfadada conmigo?

La baronesa contestó a su hija dándola un beso en la frente.

Clara dejó a su madre.

Las palabras de la niña dieron lugar a complicadas reflexiones.

Sabes mamá, que nos parecemos mucho?

¿Acaso había sido Carlos capaz de cometer tan baja acción con una prenda qué era el retrato de su prometida?

Pero Sans no era jugador, y aun así, ¿estaba por ventura en el caso de no poder pagar una suma tan insignificante para un hombre de su fortuna, que necesitase valerse de aquella prenda?

Estas preguntas, que seguidamente se hizo la baronesa, las negó acto continuo su buen juicio.

Y sin embargo, ¡cuánto se engañaba!

Para creerlo, necesitaba creer asimismo que Sans era lo que se, llama un hombre perdido y vil en toda la extensión de la palabra, y esto no podía imaginarlo siquiera la madre de Clara.

Rasgó, pues, la carta anónima, arrojando los pedazos con desprecio, y procuró olvidar completamente cuanto en ella había leido.

CAPÍTULO XXI.
En que se explica el interés de D. Pablo en favor de Carlos

ASEÁNDOSE con inquietud en el gabinete de su despacho se hallaba el abogado D. Pablo Grau, curador de Clara Turella, pocos momentos después de haber salido de la casa.

Sobre la mesa tenía varios papeles, a los cuales arrojaba de vez en cuando como temerosas miradas.

Los papeles eran las cuentas de la curadoría.

Don Pablo era hombre que merecia una confianza ilimitada a todo

Barcelona, y la que en él tenía el barón de Turella, no disminuyó por cierto en la casa después de su muerte.

La baronesa, como mujer no acostumbrada a manejar intereses, se desentendió completamente de la administración de los bienes de su hija, confiándola entera a la suprema inteligencia, celo y probidad de D. Pablo.

—Pues señor, se decía éste a sus solas; si esto se desbaratase, me hacían por cierto un flaco servicio. La declaración de la niña es la mañana me dá mucho en que pensar ¡Hace días que yo estaba previendo una cosa semejante!… ¿Y el mozalvete que sé ha presentado? ¡es particular!… ¡Esa mujer es capaz de dejar que su hija cometa cualquier desatino! Pero, yo trataré de evitarlo. Si Carlos naufragase, yo cuidaré de presentar otro candidato que me esté luego agradecido…

Mientras esto pensaba el *honrado* curador, le anunciaron la visita de Carlos.

—Que pase, que pase.

Al entrar Carlos en el despacho, D. Pablo ya notó algo en su fisonomía.

—¡Carlitos! le dijo con tono afable y tendiéndole la mano.

—Señor D. Pablo…

—Siéntese V.

Carlos se sentó y pasó la mano por la frente como si le incomodáran las ideas que en ella bullian.

Realmente era así.

—¿Qué trae V. que parece que está así como demudado?

—No sería extraño.

—¿Pues?

—Me acaba de suceder una cosa tan sumamente extraña, que yo no sé, francamente, a qué atribuirlo…

—Esplíquese V.

—Sí a eso he venido principalmente, porque es asunto que fuera de V., yo no sé en verdad a quién pudiera confiarlo.

—Sabe V., Carlos, que soy su amigo verdadero.

—Lo sé, D. Pablo, pero además de eso hay otra circunstancia para que yo se lo manifieste.

—Estoy aguardando.

—Es cosa de la familia Turella.

—¡Ah! ¿estuvo V. allí?

—Salgo ahora…

—Diga V., diga V.

Carlos explicó brevemente lo que le había sucedido.

—¿Con que eso ha pasado?

—Como V. lo oye.

—Es extraño.

—¿Y qué puede significar eso, D. Pablo?

—Qué sé yo, qué sé yo… ahí hay un diablo de por medio que entre los dos hemos de conjurar.

—Pero yo no entiendo.

—¿Y no sabe V. nada más que lo que me ha dicho? preguntó D. Pablo.

—¿Le parece a V. poco?

—Pues yo voy a decirle a V. más. Tiene V. un rival.

—¡Yo!

—Sí, a la mano de Clara.

—¡Cómo!

—Delante de mí se hizo la petición a la baronesa.

Carlos se puso pálido como un cadáver.

—Diga V., D. Pablo, preguntó en seguida con vivísima ansiedad: ¿cuándo fué eso?

—Esta mañana.

—¡Esta mañana! exclamó Carlos, ¡bien decía yo! y dice V. que fué delante…

—De mí mismo.

—¿Y quién era el hombre? ¿cómo se llama?

—Fernando Aguilar.

—No conozco ese nombre.

—Ni yo, ni nadie, añadió D. Pablo.

—Y… las señas, sus señas…

—Es un cualquiera; joven como de veinticuatro años.

—Moreno…

—Sí.

—Bigote negro…

—Eso es.

—Estatura regular…

—Diantre, le conoce V. entonces.

—Le he visto al subir.

—Pero eso no le de a V. cuidado, prosiguió D. Pablo tranquilizando a Carlos; es imposible, fuera una locura que aparte de lo interesado que yo estoy por V., no permitiré jamás.

—Gracias, D. Pablo.

—Figúrese V. un hombre que empieza confesando que no tiene posición, que es pobre…

—¿Y qué ha dicho, qué ha dicho?

—Nada, fundándose en tan brillantes títulos y sabiendo que Clara iba a casarse, ha pedido su mano.

—¿Y qué más ha dicho?

—¡Cómo, que más ha dicho!

—Sí ¿qué más?

—¡Ah! ¿le parece a V. que con esto no ha dicho nada?

—Sí, pero como creo que V. ha indicado que habló de mí… tal vez…

—No, no ha dicho nada más que eso.

Carlos respiró. No obstante volvió a preguntar:

—¿Usted ha salido antes que él?

—No, después.

—Pregunto eso, dijo Carlos, porque tal vez ese hombre hubiese inventado alguna mentira para dañarme.

—No, no hubo nada de eso. Es un loco, así a lo menos lo he calificado yo, o un mentecato.

—Pero, ¿él conoce a la familia? volvió a preguntar Carlos ocurriéndole la idea de que el joven del retrato, pues no podía ya dudar que era él, hubiese estado quizás otra vez antes en la casa, y explicado lo sucedido en la casa del juego.

—¡Quiá! no señor. Ni le conocían a él, ni él los conocía sino de nombre; de vista todo lo más: por esto digo yo y me afirmo en que cuando menos es un mentecato.

Carlos respiró ya del todo, diciéndose en su interior:

—¡No sabían nada!

—La baronesa, prosiguió D. Pablo, le contestó que su hija estaba ya prometida.

—¿Eso ha contestado? exclamó Carlos con alegría.

—Eso. Y que agradeciendo sus pretensiones, no podía responder a ellas absolutamente.

—Pero, vamos a ver: entonces, ¿cómo traduce V. la conducta que conmigo se ha tenido hoy?

—Eso, Carlos, puede ser casual, en parte, aunque creo que existe algún motivo de queja con V.

—¡Conmigo!

—Sí. Yo se lo manifestaré a V., porque le quiero, Carlos, y le quiero de veras…

—¡Ah! D. Pablo, ¡V. será mi protector en todo esto! diga V., que le escucho.

—Quiero decir tengo así algún barrunto de que V. no es todo lo amable y cariñoso que debiera ser con Clarita.

¡Yo!

—Y ella, como todas, desea mayor solicitud, y esto la tiene algo disgustada, porque lo traduce por indiferencia en V.

—¡Será posible!

—Eso es lo que hay, y lo que es preciso que se corrija por parte de V., señorito.

—Don Pablo, lo confieso hasta cierto punto.

—¿Vé V., hombre?

—Pero el respeto mismo que yo he tenido y tengo a Clara ha hecho que…

—No quita lo cortés a lo valiente: V. sabe mejor que yo cómo debe conducirse un joven en esta clase de asuntos. Con que, pórtese V. de otra manera en adelante, y no tema V. nada.

—¡Ah, D. Pablo! ¡me quita V. un peso enorme que oprimia mi corazón! ¿Y V. cree que todo seguirá adelante?…

—Y tanto que, mire V.; aquí, cuando V. llegó, estaba empezando a prepararme para rendirle cuentas en breve de la administración de los bienes que hasta hoy ha corrido a mi cargo.

—¡A mí!

—En su día, sí, señor. A nadie he de darlas más que a V.; y sin su aprobación…

—Hágame el favor de no proseguir, interrumpió Carlos: ¡cuentas V.!

—¡Ah! sí señor, insistió D. Pablo.

—¡Y a mí! Ya están dadas desde ahora. ¡Pues no faltaba más! ¡Aprobación! aprobadas están desde este momento.

¿Qué más quería D. Pablo?

—Suplico a V. no me hable más de semejante asunto, D. Pablo.

—En fin, no es cuestión de este momento, observó el curador.

—Lo que importa, D. Pablo, es que V. no me abandone, y siga prestándome su poderoso apoyo.

—En V. consiste tanto o más aun que en mí mismo. Usted haga lo que yo le he dicho.

—Pero yo de todas maneras en V. confío, insistió Carlos.

—Déjese V. ver a menudo por acá.

—Volveré a verle a V.

Carlos se levantó.

El abogado le despidió muy cordialmente, y aquel se fué a su casa.

—¡Es preciso, es preciso, exclamó D. Pablo, que sea este y no otro! Es una cabeza ligera, sin malicia, ni miras de interés, y esto es lo que a mí me conviene.

Carlos salió más tranquilo de la casa de D. Pablo que había salido de la de Turella.

Al subir la escalera de la suya, se encontró con D. Blas que bajaba.

—¡Don Blas!

—Señor D. Carlos…

—Suba V., suba V.

Ambos entraron en un gabinete, y Carlos dijo en seguida al usurero:

—No esperaba verle a V. tan pronto, son las dos nada más.

—Amigo, cuando conviene, se hacen imposibles para servir a las personas con quienes uno quiere quedar bien.

—¿Y qué tenemos?

—Ya se ha encontrado aquello.

—¿Los ocho mil?

—Es decir, los doce mil, observó el usurero.

—¿Cómo?

—Los cuatro mil excedentes son los intereses que V. ya sabe.

—¡Ah!…

—No ha podido encontrarse más barato.

—¡Qué diablo! no lo digo yo por eso… yo creia que me había V. encontrado doce mil.

—Me dijo V. nada más que ocho… además que quizá no se hubiesen encontrado.

—¿Los trae V.?

—Dentro de una hora están aquí.

—Vaya V., pues, que le aguardo.

—Si V. quisiese antes, para adelantar tiempo, poner unas firmas aquí.

—¿En dónde?

—En estos pagarés, para entregarlos cuando me den el dinero.

—Poca confianza tiene esa gente en V…

—¿Qué quiere V., D. Carlos? son muy desconfiados y es preciso pasar por todo. ¡Ah! lo que uno sufre a veces con más de cuatro cosas que no son de su carácter ni…

—En fin, vengan, vengan los pagarés.

Carlos firmó tres pagarés de cuatro mil duros cada uno.

El usurero tomó los pagarés firmados y salió.

—Que le estoy esperando a V.

—Vuelvo en seguida.

Carlos acabó de perder la poca pena que le quedaba después de haber visto al abogado.

Tenía ya dinero, a la noche volvería con otros ocho mil duros a la casa del juego. Es verdad que aquellos ocho mil duros le costaban tanto como la mitad de intereses, pues había firmado pagarés por doce

mil; pero ¿qué importaba eso? ¿No iba él a ganar tres veces más a la noche? Y sobre todo, lo que se necesitaba era dinero, fuese como fuese, salir del paso aquel día; lo demás era cuestión pequeña y de poco momento.

Carlos se había puesto hasta alegre.

Tocó el timbre de la mesa y un criado se presentó.

—A Tomás que venga.

Este Tomás, que era otro de la servidumbre de Carlos, era el criado de más confianza que tenía y el que le servía en casi todos sus trapicheos.

—Señorito…

—Oye, vas a la fonda del Oriente, y mandas llevar para dentro de una hora, almuerzo a la calle de…

—Ya, señorito. ¿Nada más?

—Tú estarás en la casa, y me aguardas en ella.

Tomás salió a cumplir el encargo de su amo.

Carlos se vistió de nuevo.

Acababa de salir del tocador cuando volvió D. Blas.

—¿Ya trae V. eso?

—Sí, señor.

—¡Bravo! ¡vale V. todo un mundo! exclamó el joven tocando con la mano el hombro del usurero.

—¡Ya lo creo! por quien sino por V… dijo éste sacando unos papeles.

—¿Qué especie de papel es ese? preguntó Carlos, que creia ver billetes, en los papeles que el usurero sacó del bolsillo interior del leviton.

—Le diré a V. Es que pasado mañana vencen estos otros pagarés, y había pensado…

—Si vencen, pasado mañana se pagarán, dijo Carlos con enfado: ¿o es que pretende V. que yo los pague del dinero que me trae ahora?

—¡Cómo! exclamó el usurero: me cree V. capaz… no, señor, pues no faltaba otra cosa.

—Entonces…

—Es solamente con el objeto de no tener que volver yo pasado mañana, y que V., que puede no estar en disposición de hacerlos efectivos a su vencimiento, tenga otro plazo de desahogo.

¡Ah! quiere V. alargarlos…

Pues es claro.

—Siendo así, no hay inconveniente.

—¿Vé V.? estos son los viejos, y estos otros los nuevos. Pone V. la firma en los últimos y se rasgan en seguida aquellos.

Carlos firmó los pagarés sin leerlos, por el valor de veinte mil duros.

—Corriente; ahora los viejos… así…

Y esto diciendo el usurero, hizo pedazos los pagarés antiguos, que importaban *catorce mil duros*.

Inmediatamente D. Blas sacó los billetes del bolsillo.

Hasta entonces no respiró Carlos con toda satisfacción.

Contó ocho mil duros cabales y dijo.

—Ahora, D. Blas, V. me dispensará, pues me es forzoso salir en este instante.

El usurero se quedó parado delante de Carlos.

—¡Qué! ¿tenía V. algo más que decirme? le preguntó éste.

—¡Yo!… no, señor… si V. no se acuerda…

—¡Ah! ¡demonio! es verdad. Tome V.

Y Carlos separó del manojo dos billetes de a cuatro mil reales, y los presentó al usurero.

—Gracias, mil gracias, D. Carlos.

Don Blas salió caminando medio de espaldas y menudeando de la manera más ridicula y servil las cortesías y las reverencias.

—¡Juan! gritó Carlos.

—Señor…

—El coche.

Sans metió los billetes en el bolsillo interior del frac, tomó unos guantes y un elegante junquillo con puño de oro y bajó la escalera.

—Calle de Fernando, dijo al subir al coche, en la joyería de la misma calle.

El coche partió, parándose momentos después frente a la magnífica joyería de…

Carlos bajó y entró en la lujosa tienda.

—¿Qué se ofrece, D. Carlos?

—Un brazalete elegante y bueno.

Entre varios que se le ofrecieron, Carlos supo escoger el de más gasto sin duda y no el que valía menos.

Era una pulsera que consistia en una trenza de hilo de oro, ancha de dos dedos, de broche corredizo que parecia quedar sujeta por tres gruesas perlas sobre el brazo.

—Este, dijo Carlos.

—Buen gusto ha tenido V.

Y el platero cerró el estuche que contenía la joya, entregándolo a su nuevo dueño.

—¿Cuánto vale? preguntó Carlos tomando el estuche.

—Poca cosa para V.: cinco mil trescientos reales.

Carlos entregó dos billetes, uno de a dos y otro de cuatro mil reales.

El platero le dió la vuelta en monedas de oro, y Sans salió volviendo a su carruaje y diciendo al lacayo:

—Conde del Asalto. 30.

CAPÍTULO XXII.
La dama de Industria

ENTRE los nombres que la sociedad ha tenido que inventar por dar forma a ciertas ideas y determinar el carácter de ciertos individuos, existe el de *el caballero de industria*.

Este tipo particular, producto de nuestro siglo y propiedad esclusiva de nuestra sociedad, porque nace, crece y se desarrolla alimentado de su atmósfera, no es como el *aventurero* de otras edades.

Con haber dicho que es producto legítimo de nuestra sociedad, se comprende la diferencia que ha de existir entre ambos.

El aventurero era como su siglo, noble, franco, leal. Su vida, entre la guerra y los amoríos, se deslizaba empujada siempre por nobles sentimientos: desde el campo de batalla, donde era el primero en arrostrar el peligro y domeñar el valor del contrario, pasaba a rendir su homenaje a la hermosura al pié de una reja, trocando a veces la espada por la lira, y los rugidos de bélico coraje, por dulces trovas de amor verdadero.

El aventurero, tipo caballeresco como su época, vivía en la region elevada de lo noble, de lo ideal, de lo más maravilloso.

Si alguna aspiración alimentaba su pecho, sintiéndose herido por el deseo de mayor fortuna, su aspiración era grande, y si llegaba a realizarla, raras veces desde elevado puesto, miraba con vergüenza el camino por donde había subido.

El *caballero de industria* es todo lo contrario.

La primera circunstancia que le distingue, es la de carecer completamente de sentimientos, y esta es por lo mismo la que más le separa del aventurero.

En éste todo era corazón, en el *caballero de industria* todo es cabeza.

En su mente hay escrito este pronombre: *yo*.

No busqueis por consecuencia en él, nada grande, nada digno: is el egoismo puro, que sé disfraza con todos los trajes, llevando siempre consigo todos los vicios, cuando no todas las maldades.

Su enemigo mortal es el trabajo: su único objeto en la vida es el vivir a costa de todos.

En sociedad es ateo, religioso, moral, blasfemo, amigo, enemigo, humilde, soberbio, inocente, avisado, según las circunstancias y el círculo en que se encuentra.

En política, no tiene partido; pero pertenece a todos.

Vive en todas partes, de modo que nadie sabe donde vive.

Generalmente se dirige contra las mujeres, y permanece soltero, hasta que encuentra ocasión de vender a buen precio su dulce libertad.

Hé aquí bosquejado a grandes rasgos el *caballero de industria*.

Pero así como el hombre tiene en el mundo su complemento en la mujer, el caballero de industria tiene también en la sociedad otro sér de su naturaleza que es su complemento.

Este ser es la *dama de industria*.

Hemos dicho que ésta participaba de la misma naturaleza de aquel, y es así en efecto.

Empezando por su orígen, nadie salte a punto fijo de dónde ni cómo ha salido.

Éste asegura que es andaluza, mientras otro afirma que es gallega, y aquí se dice que es hija de un oficial retirado, o de un empleado cesante, mientras allí pretende saberse que su padre fué general o ministro y hasta título de Castilla.

La *dama de industria* necesita ser hermosa, circunstancia indispensable para ejercer con provecho el oficio.

Necesita además tener un talento particular para que su belleza no pase desapercibida en ninguna parte, y un tacto esquisito en elegir los colores y las modas de que está siempre al corriente.

Como el *caballero* contra las mujeres, la *dama de industria* se dirige contra los hombres.

Pero así como aquel necesita ser soltero, ésta necesita ser casada.

Lo primero que procura, es por un marido.

El marido debe tener una triple cualidad: la de ser mudo, sordo y ciego, según y conforme lo exijan las circunstancias.

Ha de ser un marido especial.

Un ingenioso escritor ha dicho que un marido es un sombrero viejo plantado en una estaca para espantar los gorriones que vayan a comerse la viña.

El marido de la *dama de industria* ha de poseer esta cualidad a medias no más.

Es decir, no hay inconveniente en que sea una estaca, pero no ha de espantar ningun gorrion.

Esto está en que para el marido de la *dama de industria* la viña de su mujer consiste, no en que se espanten, sino en que vayan a ella los gorriones.

El marido lo encuentra con facilidad.

Desde luego lo busca de humilde posición.

Conviene que el hombre deba algo a la mujer y se acostumbre con el sentimiento de la gratitud a sufrir la superioridad de la que le elevó en su posición al darle su mano.

Un escribiente de oficina o un oficial postergado, que luego pasan a empleado formal el primero o al empleo inmediato el segundo, suelen ser a propósito para el caso.

No importa que el ascenso no sea una gran cosa, el sueldo del marido es lo de menos, y basta con que cubra las apariencias.

Hasta que tiene marido, la *dama de industria* no se lanza al mundo con libertad.

Desde este momento la tiene para presentarse en todas partes.

Su casa puede ya ser frecuentada por todo el mundo.

Éste, es decir, el mundo se guardará muy bien de reprochar lo que no reprocha en ella su marido.

Su trato es fino y amable con hombres y mujeres a la vez.

Sus maneras un tanto distinguidas, su carácter abierto y despreocupado.

Como en el *caballero de industria*, impera en la *dama* la cabeza sobre el corazón.

Carece por completo de sentimientos; pero conoce perfectamente el arte de fingirlos.

Como no los tiene, no se gasta fácilmente, y su belleza dura más que en las otras mujeres, porque tiene también particular cuidado en conservarla.

De las tres potencias del alma, la memoria y la voluntad han de suplir en ella la falta de entendimiento.

Ha de tener mucha memoria, porque necesita mentir mucho; y una gran voluntad para saberse dominar en los momentos críticos en que a menudo se encuentra.

Preciso es también que conozca los resortes que mueven el corazón humano, haciendo de éste el estudio conveniente en cuantas veces se la abren corazones, que ella mira siempre a sangre fría.

Con todo esto, la vida de la *dama de industria* suele ser más espuesta que la del caballero de idem.

La nave es naturalmente más frágil y de menos resistencia en una fuerte tormenta.

El fin de su carrera suele ser el remordimiento y el abandono, acompañados algunas veces de la más espantosa miseria.

Este es bosquejado en general el tipo de mujer que vamos a ver ahora particularmente.

El carruaje de Carlos paró en la calle del Conde del Asalto, y frente a la casa que aquel indicó al lacayo.

Carlos entró en él portal, y el coche partió sin esperar a su amo.

Llamó a la puerta del cuarto principal.

Una doncella de mediana edad, afable y sumamente aseada, le abrió.

—¿La señora?

—En casa está.

Carlos, sin aguardar a más, penetró en la habitación.

La doncella no le acompañó.

Después de un recibidor, venía el salón principal.

A derecha e izquierda del mismo había dos gabinetes entornadas las puertas.

Carlos, sin llamar ni anunciarse, empujó la del de la derecha, abriendo a la par las dos hojas.

El gabinete era reducido, pero magníficamente amueblado.

En una ancha y cómoda butaca, al lado del sofá, estaba sentada la señora de la casa, apoyada lánguidamente la cabeza en el respaldo y caidos los brazos.

La postura que tenía, aumentaba la belleza de aquella mujer verdaderamente hermosa.

Tenía veintiséis años.

Su cútis era blanco y fino, rubio su cabello, tersa la frente, azules los rasgados ojos, corta y redonda la barba, pequeña la boca, gruesos y de carmín los labios, en una palabra: era un bello rostro de mujer.

Carlos entró en el gabinete sin quitarse el sombrero.

La mujer volvió los ojos, le vió y se quedó inmóvil en el mismo sitio, sin perder nada de la posición que tenía y como si nadie hubiese entrado.

Carlos volvió a entornar la puerta y fué a sentarse en el sofá.

Entonces se quitó y dejó el sombrero.

Uno y otra permanecieron como tres minutos en silencio.

Carlos rompióle al fin diciendo:

—Buenos días, señora.

—Buenos días, respondió ésta secamente.

Y ambos volvieron a enmudecer.

—¡Qué! exclamó Carlos después de un rato: ¿ha de durar esto mucho?

—¿El qué? preguntó ella de ese modo que preguntan las mujeres en determinadas ocasiones.

—Esa cara y esa especie de mal humor.

—¡Mal humor yo! eso V., más bien.

—¡Usted! exclamó Carlos, ¿ya tenemos el *usted*? Adelante.

—¿Cómo quiere V. que le trate?

—¡Ah! ¿no merezco yo otro modo y otro tono?

—No señor.

—¿Por qué? ¿vamos a ver?

—No soy yo quien debe aquí explicaciones.

—¿Seré yo, entonces?

—Usted dirá. Si después de veinticuatro horas que no le veo, no ha de dar V. explicaciones, no comprendo a fé mia cuándo habrá de darlas. Aunque yo, por mi parte, no vaya V. a creer que las deseo: estoy muy lejos de eso.

—Lola, tienes razón, exclamó Carlos, cediendo al primer ataque del enemigo.

Ya sabía Lola que éste no resistiría mucho o se entregaría al primer empuje; pero no por esto perdió ella la seriedad de su fisonomía, ni se dignó mirar a Carlos de distinto modo.

—Pero, continuó éste, te pido perdón después de decirte, sin embargo, que no fué culpa mia.

Lola continuaba impasible, y no dijo nada a estas palabras.

—¿Has pensado mucho en mí? la preguntó él con cariñoso acento.

—Como V. en mí, poco más o menos, contestó ella con cierto desdén.

—¡todavía el *usted*!

—Esto se merece y mucho más.

Carlos cogió la blanca mano de Lola.

Ésta la retiró.

El joven empezaba a sufrir de veras.

—Pero, Lola, ¿hasta cuándo ha de durar esto?

—¿Hasta cuándo? veinticuatro horas.

—¡Cómo!

—Las mismas de martirio que yo pasé, es necesario que las sufra V. también.

—¡Ah! ¿con que tú has sufrido, Lola? exclamó cándida o estúpidamente Carlos.

—¿Y tiene V. valor todavía para preguntarlo?

—Es verdad, he faltado, pues, en no mandarte un recado, ya que no me fué posible venir a verte cómo todos los días; pero tú tendrás la bondad de admitir mis excusas, porque verás que son justas; y en cuanto al castigo que quieres imponerme, ¡cruel! ¿acaso he sufrido yo menos en este tiempo que no te he visto?

Carlos volvió a tomar la mano de Lola.

Ésta no la retiró ya.

—¡Que tú has pensado en mí! ¿y he dejado yo de acordarme de tí?

—Si, ya se conoce… observó ella con cierta coquetería, y todavía con visos de resentimiento.

—Y voy a darle de ello una prueba.

Carlos sacó del bolsillo de su gaban el estuche que contenta el brazalete.

Abriólo, y Lola echó a la pulsera una tan rápida como viva mirada, y en seguida desvió los ojos.

—¡Preciosa es! exclamó en su interior.

—¿Te gusta?

—Ya sabes, contestó Lola apeando ya el tratamiento, que no son esa clase de recuerdos los que yo quiero.

—Pero, ¿te traería yo eso si no hubiese antes pensado en tí?

Y quitando la pulsera del estuche cogió el brazo de Lola y se la puso él mismo.

Mientras Carlos estaba en la operación, ella le miraba sonriéndose.

¡Cómo brilla, y qué bien sienta esta trenza de oro sobre este brazo de nieve! exclamó Carlos con entusiasmo.

—Efectivamente, añadió Lola en su interior y mirando el efecto.

Cuando Carlos levantó los ojos para mirar a su rostro, ella ya no miraba el brazalete.

Carlos la dijo en tono suplicante.

—¡Pero, Lola!…

—¿Y cómo pasaste el día y la noche de ayer?

—Te lo diré.

—Es que hasta que lo digas y yo sepa cómo.

—Pues vas a saberlo, y estoy seguro que me perdonarás. En dos palabras está dicho: ayer fué un día en que me estuvieron molestando sin dejarme casi un momento. Cuentas por aquí, dinero, por allá… Ese procurador mio se empeña en darme conocimiento hasta de cuando tiene que poner una puerta, ¡qué fastidio! y eso, por más que le digo, él dale que dale. Diez y seis mil duros me trajo ayer.

Lola estuvo a punto de abrazar a Carlos.

—Con que ya ves, ahí está todo.

—¡Ah! ¡siendo así!…

—No era cosa de haberlo dejado para tener hoy o mañana la misma incomodidad.

—Naturalmente.

—Y ahora ¿estás convencida?

—No del todo.

—¡Todavía!…

—Porque si ayer hubieses venido un rato nada más.

—¿Qué?

—No, hoy no habrá ya tiempo.

—Pero ¿qué es ello? dí.

—No, no quiero decírtelo.

—¡Lola! exclamó Carlos en tono rendido y suplicante.

—Vamos, lo sabrás, ya que te empeñas.

—¡Oh! sí.

—Es nada… un ligero capricho mio.

—¡Un capricho tuyo! ¡oh! ¿y era eso lo que no querías decirme? ¿Para qué tengo yo entonces toda mi fortuna? ¿De qué me serviría si no pudiera complacerte a tí?

—¡Carlos! exclamó Lola con melifluo y seductor acento, volviendo sus ojos aterciopelados al joven y dejando que éste bebiese todo el sentimiento de aquella dulce e irresistible mirada.

—Habla, Lola, dí, insistió Carlos con impaciencia.

—No… déjame… no quiero ya decírtelo, porque aquel deseo… ya

no le tengo.

—¡Ah! no, no, lo has tenido, y eso basta; yo quiero satisfacerlo.

—No… Carlos.

—¡Oh! sí.

—¿Me lo mandas?

—Te lo ruego, reina mia.

—No, ha de ser lo primero.

—¿Qué te lo mande?…

Lola contestó con un gesto, una mirada y una expresión tal de fisonomía, que Carlos llevó dos veces seguidas su mano a los labios.

—Te lo mando pues.

—Entonces te diré: ayer salí al paseo de Gracia.

—¿En carruaje?

—Si.

—Yo pensaba salir a caballo.

—Pero no saliste…

—Dejemos eso ya, continúa.

—De pronto se presenta la de P… con una preciosa carretela, recientemente traida de París, ¡Qué orgullosa, qué nécia y qué insultante iba ella en su carruaje!… Tres veces al pasar me miró, como diciendo: «este mio y no el tuyo es el carruaje de moda». Yo dí dos vueltas y me volví a casa. Luego estuvo aquí ese zacandillo de Ricardo, que parece el correvedile de Barcelona.

—Sí, efectivamente, observó Carlos; y a propósito de ese pollo, le diré que me carga lo suficiente para que venga mucho aquí.

—¡Ah! debieras estarle pues agradecido.

Si.

—Porque me distrae con sus tonterías cuando mi señor D. Carlos no piensa en que yo estoy aburrida esperándole.

Lola, que poseia el arte de la coquetería al último grado, dijo estas palabras con un tono tal de dulce reconvención, acompañándolas con una tan espresiva mirada, que todas las sospechas del mundo, y todos los celos que pudiera tener Carlos del hombre que era entonces objeto de su conversación, desaparecieron dando lugar a la más completa confianza en el engañado corazón del inexperto joven.

Éste quedó, pues, contento y satisfecho con las explicaciones de Lola, y agradecido además a Ricardo, ya que a éste le debia el que su dulcísimo bien pasara menos fastidiada las horas en que no le tenía en su presencia.

Carlos volvió a besar la mano de Lola, diciéndola con benévolo acento:

—Continúa.

—Ricardo, pues, me dijo que han traido dos carretelas iguales de París: la una la ha comprado la de P… la otra…

¿Qué?

—Ayer no la habían vendido aun…

—¡Ah! ¿y quién la tiene?

—En esa casa de coches de la misma calle.

—No puede tardar mucho en venir mi criado.

—Y no son caras, para lo elegantes y bonitas que son…

—¿Cuánto?

—Cuarenta mil reales. Mi tia la baronesa ha retardado precisamente ahora el mandarme…

En este momento llamaron a la puerta del gabinete.

—¡Adelante! dijo Lola.

Era la doncella.

—El criado de D. Carlos.

—¡Ah! díle que entre, dijo éste.

El criado se presentó a la puerta.

—Mándele V., dijo Carlos a Lola.

Ésta le dió las instrucciones convenientes al criado para adquirir la otra carretela aquel mismo día.

El criado salió, la puerta volvió a entornarse, y Lola exclamó echando aquellos brazos de alabastro al cuello de Carlos:

—¡Qué bueno eres!…

El joven Sans, entre aquellos dulcísimos lazos, olvidóse de todo, hasta de sí mismo, envuelto en aquella nube de felicidad que se tendia sobre su frente.

Lola divagaba también por otros espacios.

Mientras acariciaba a Sans, su mente recorría el paseo de Gracia en la magnífica carretela que iba a costarle al infeliz cuarenta mil reales.

CAPÍTULO XXIII.
El paseo de Gracia

Dos golpecitos dados con la mano en la puerta del gabinete vinieron a distraer a Lola y a Carlos de su respectivo pensamiento.

—¿Se puede entrar? preguntó una voz desde afuera inmediatamente después de los golpes.

—Adelante, dijo Lola.

La puerta se abrió y se presentó un hombre saludando con afable sonrisa.

Era el marido de Lola.

—Adiós, señor de Sans, dijo a este, que se levantó cortésmente a darle la mano.

—¿Cómo está V.? le preguntó Carlos.

Bien. ¿Y V.?

Riñendo conmigo, contestó Lola anteponiéndose a Carlos. ¿Pues?

Nada; figúrate: todo el día de ayer sin verle y apenas llega dice que se va otra vez… Norabuena que se dedique la mayor parte del día o de la noche a las novias; pero algo han de merecer los amigos.

—Y yo, dijo Carlos en seguida, para desquitarme de ayer y de mañana, por si no vengo, he dicho que no me muevo hasta las tres o las cuatro…

—Bien hecho, interrumpió el marido.

—Y me convido a almorzar con Vds., concluyó Carlos.

—Mejor que mejor, añadió el marido de Lola.

—¡Toma! ¡eso no lo sabía yo! exclamó ésta: ¿y quién le ha dado a V. tanta libertad?

—¿Y a V. quién se la ha dado para reñirme y pedirme cuentas?

—Usted responda a lo primero.

—Usted es la que ha de responder.

—¡Já! ¡já! ¡já!

El maridó de Lola soltó la más oportuna de las carcajadas y salió riéndose de la cuestión entre su mujer y Carlos.

La disputa concluyó apenas hubo salido el marido.

Lola preguntó a éste:

—¿Pero es de veras que almuerzas aquí?

—Ya lo creo.

—¿Pero va con formalidad?

—Sí, de veras.

—Entonces… ¡Antonia! ¡Juana!

—No te molestes ni mandes nada, porque nos servirá luego la fonda de Oriente.

—¡Ah! muy bien, dijo Lola. ¿Ves? ¡hoy tienes un día feliz!

—¡Como que estoy a tu lado! añadió en seguida el enamorado Carlos, traduciendo lo más torpemente que pueda darse las palabras de Lola.

—Así quisiera yo verte siempre, prosiguió ésta, de buen humor, y dispuesto como hoy: no como le veo la mayor parte de los días, triste y melancólico…

—Eso consiste no en mí, sino en tí.

—¡En mí!…

—Porque no todos los días tengo la suerte de verte tan amable conmigo como hoy, dijo Carlos, sonriéndose.

—A eso se puede contestar fácilmente con una disculpa naturalísima.

—¿Cuál?

—La de que no siempre lo merece V., señorito.

Lola tenía razón y Carlos era un cuadrúpedo en no tenerla contenta cuando tan fácil era hacerlo.

¿Tenía más que regalarle todos los días una carretela de cuarenta mil reales?

—¡Ah! ¿con que hoy lo he merecido? preguntó Carlos nuevamente satisfecho.

—Sí, mil veces, exclamó Lola haciendo como que se arrebataba.

Carlos volvió a enternecerse.

En la puerta volvieron a llamar.

Era otra vez el marido.

Lola hizo un gesto de desagrado que hubiese repugnado a cualquiera, menos a la torpeza y groseros sentimientos de Sans.

—¿Con que ya se hicieron las paces? preguntó el marido.

—todavía no, respondió Lola.

—Señora, dijo una de las doncellas que en aquel momento se presentó, ahí vienen dos mozos de la fonda…

—¡Ah! sí, interrumpió Lola; disponed la mesa y avisad en seguida.

Carlos, Lola y su marido estuvieron como diez minutos en amigable y sencilla conversación.

La doncella avisó, y los tres se levantaron para dirigirse al comedor.

Carlos pensó dar el brazo a Lola, pero se detuvo.

Ella, en cambio, le cogió bonitamente diciendo con la mayor frescura y en el tono de la más inocente familiaridad:

—Usted no me dá el brazo para acompañarme a la mesa, pero me lo tomo yo.

—Señora, esta es una lección que no puedo menos de acoplar con gusto.

El marido se sonrió a estas palabras.

Llegaron a la mesa y el almuerzo empozó.

Inútil es decir que fué servido con toda la esplendidez que puedo hacerlo la mejor fonda de Barcelona.

Los más esquisitos manjares cubrían la mesa, alternando en el almuerzo los vinos más delicados.

Lola comia poco.

Carlos, ocupado en obsequiarla y servirla, comia casi menos.

El marido comia, en cambio, por los dos.

El almuerzo duró poco rato.

Lola necesitaba estrenar la carretela nueva, y disponerse para salir.

—¿Tú adonde vas esta tarde, Luis? preguntó a su marido; ¿o no quieres salir?

La forma de la pregunta hizo responder al marido:

—Regularmente no saldré, y si acaso será tarde.

—Por mí no te molestes, yo puedo muy bien ir sola, porque saldré un rato en carruaje al paseo de Gracia.

—Vé, enhorabuena, dijo el marido con esa hermosísima confianza de ciertos hombres.

¿Y V., Carlos?

—Qué sé yo…

—¡Ah! vamos, dijo Lola, esta tarde la dedicará V. a su novia. Ya es razón; pero que no se repita con tanta frecuencia lo de ayer…

Las apariencias quedaban cubiertas perfectamente.

Carlos sacó una preciosa petaca, que presentó a D. Luis, éste tomó un rico habano, aquel encendió otro y Lola se levantó, diciendo:

—Con que, Carlos, si no nos vemos hoy, hasta mañana.

—Hoy ya no será fácil; hasta mañana, Lola.

Ambos se estrecharon la mano y Lola se fué a su gabinete seguida de sus doncellas.

Carlos estuvo de sobremesa con D. Luis el tiempo necesario para cumplir con éste, y al salir se dirigió a su casa.

Subió y dijo a su criado:

—Que ensillen el tordo.

Carlos se quitó el gaban, se puso un pantalon de punto de color claro, unas magníficas botas de montar con espuelas de plata, frac azul con botones dorados, tomó un látigo con puño de oro y volvió a bajar la escalera.

Piafando en el patio, e impaciente por librar la falsa rienda de la mano del lacayo, le aguardaba un magnífico potro tordo.

Carlos montó, y el fogoso animal, obedeciendo las levísimas indicaciones del ginete, tomó trotando con gallardía y desembarazo la dirección del paseo de Gracia.

Carlos estaba una buena figura a caballo.

Llamando así la atención de cuantos por la calle transitaban, y fijando la mirada de más de una joven de los balcones que comparaba acaso con dolor la modesta posición de su amante, ¡quizá el humilde porte!… con el porte marcial que ver dejaba y brillante fortuna que dejaba conocer el arrogante caballero, salió por la puerta de Isabel II, entrando en la espaciosa alameda.

Multitud de lujosas y ricas carretelas descubiertas sabían y bajaban por uno y otro lado en el paseo de en medio, llevando cómoda y

holgadamente sobre sus muelles y blandos almohadones a la aristocracia del comercio, y alguna que otra familia de la llamada aristocracia de la sangre, a respirar el aire fresco y puro que baja embalsamado de los montes vecinos.

La gente *de menos condición* paseaba modestamente por las calles de los lados.

Confundido entro la gente, de a pié y mirando con atención a cuantos carruajes pasaban, iba nuestro ya conocido joven Fernando Aguilar.

Nadie le acompañaba, y más de una vez procuró impedir que lo hiciera algún amigo o conocido que encontró en el paseo, no deteniéndose a hablarle y saludándole, al pasar, con un simple adiós, con la cabeza, o levantando el baston que en la mano llevaba.

A Fernando Aguilar no habían de llamarte la atención el lujo de los carruajes ni la hermosura de las damas que iban en ellos.

Para lo primero, sabemos ya que sus deseos rayaban más alto; y en cuanto a lo segando, sabemos también que amaba a Clara, y a nadie sino a ella.

¿Qué cosa, pues, podía llamar tan poderosamente la atención del estudiante que con tal ahinco miraba a todos los carruajes?

Muy sencillo.

Aguilar buscaba entre tantos uno solo, una sola mujer entre to daslas que había en el paseo.

Buscaba a Clara, y por consiguiente el carruaje de Turella.

De pronto llamóle la atención uno sumamente elegante, tirado por dos soberbias yeguas francesas, que subia al trote largo por el medio del paseo.

El carruaje, que iba descubierto, atrajo las miradas de todos.

En él iba una señora sola.

Su aspecto era de una de esas mujeres del gran mundo, que son casi fruta vedada en las capitales de provincia.

Hasta en el Prado de Madrid hubiera chocado, sino el lujo del tren, la manera como iba aquella mujer hundida en los almohadones de la testera y entre la tela de un rico vestido de *gros* color de perla, que sobresalía por ambos lados, dejándola en medio, si nos es lícito valernos de una comparación vulgar, como la yema de un huevo estrellado.

Su fisonomía tenía una mezcla de gravedad y desdén, que perdia súbitamente al saludar o responder a un saludo, lo cual hacía con la más espresiva amabilidad.

Los hombres la miraban todos con deseo, muchas mujeres con envidia, algunas con desdén.

—¡Qué soberbio carruaje! exclamó una comercianta o una fabricanta que tenía el suyo diez o doce años.

—¡Qué soberbia mujer! decía por otro lado un individuo a quien llamaba más la atención la carga que el vehículo.

—¡Pero cómo va! ¡qué desfachatez! ¡tan descotada! Murmuraba una señora algo escrupulosa, pero que no era un prodigio de belleza.

¡Ay, es verdad! ¡Dios me libre de ir yo así! añadia otra cuyo cuello y espalda no eran por cierto un modelo en las formas ni hubieran dado envidia a la nieve.

—¡Y cuánto gasta esa mujer!

—Ha de ser rica a la fuerza.

—¿Y su marido tiene ocho mil reales de sueldo?

—Apenas hay para guantes.

—Y es hermosa, observaba una niña no fea.

—Así, así, contestaba otra algo menos favorecida por la naturaleza.

—No digas eso, Amparo, hermosa lo es.

—Lo parece más de lo que es en realidad; gasta mucho, visto siempre a la última moda y muy bien, y sobre todo ese aire así aristocrático.

—Permíteme, Amalia, si a eso llamas aire aristocrático…

—¡Pues ya lo creo! en Barcelona no lo parecerá, pero…

—No es eso, niñas, observó entonces una jamona que pasaba de los treinta; lo que no es decente, no es fino ni aristocrático en ninguna parte.

Y así por este y otros estilos la dama del lujoso coche fué el objeto de casi todas las conversaciones desde que se presentó en el paseo.

El lector habrá conocido demasiadamente a Lola en la citada dama.

Tras ella vino otro personaje a llamar la atención, aunque no de una manera tan general y ruidosa.

Era Carlos Sans.

Fijas como Lola tenía en sí todas las miradas, la vista de todos, cuando ella saludaba, se desviaba naturalmente un instante buscando la persona favorecida.

Esto sucede siempre.

Semejante género de personas no solo llaman la atención hácia sí, sino que también sobre los que las hablan o saludan simplemente.

Lola dirigió uno de sus saludos, y varias voces dijeron:

—¡Es a Sans! ha saludado a Sans…

Y todas las miradas se fijaron en Carlos por un momento.

Era a la sazon en que precisamente Aguilar tenía la vista por mera curiosidad en Lola.

El corazón de Fernando saltó dentro de su pecho.

La presencia de Sans no podía menos, siempre y en cualquier ocasión, de hacerle un triste efecto.

El carruaje de Lola y el caballo de Sans desaparecieron bien pronto de su vista, siguiendo el paseo bacía arriba.

No tardaron en dar la vuelta.

Fernando no cesaba de mirar a los demás carruajes.

Sans bajaba otra vez.

Fernando, aunque desde bastante distancia, observó que aquel saludaba a uno de los coches.

¡Ah! exclamó Aguilar.

Y miró con toda atención.

No tardó en reconocer a la familia de, Turella.

Clara y su madre habían salido también a paseo en carruaje.

Fernando se hallaba en el lado de la izquierda del paseo, y el carruaje de Turella bajaba por la derecha.

Aguilar necesitaba pasar a este lado.

Era preciso ver a Clara de cerca, que Clara le viese a él, y hablarse ambos con una de esas miradas que tienen solo los amantes en ciertas ocasiones, cuando necesitan hacer decir a los ojos todo lo que siente el alma y lo que no alcanzaría a decir el labio.

Fernando se decidió a atravesar el paseo de los carruajes.

En el mismo momento bajaba Sans por el mismo sitio.

Carlos reconoció instantáneamente la persona de Fernando.

Sin dejar el trote, desvió un poco el caballo y fué encima del estudiante.

Éste, por fortuna, volvió a tiempo la cabeza.

Como una exhalación y antes que Carlos se apercibiera del movimiento de Fernando, éste levantó el palo que llevaba, dió el primer golpe a la cabeza del caballo, para detenerle; el animal dió un bote, y por poco en tierra con el caballero, a quien valió el ser un buen ginete: Carlos recogió súbitamente la rienda, se afirmó en los estribos y lanzó otra vez el caballo sobre Fernando. Éste le aguardaba prevenido, hizo la misma operación para detenerle, y tomando rápidamente el flanco, descargó dos palos sobre el ginete, que perdió los estribos esta vez de dos maneras: a un nuevo bote del fogoso potro y a causa de la cólera que de pronto le arrebató.

EL PASEO DE GRACIA

Durante la corta escena que tenía a todos suspendidos de su resultado, un ¡ay! agudo se escapó de uno de los carruajes.

Este *¡ay!* lo lanzó Clara, cuando vió que el caballo de Sans iba a atropellar a Fernando.

Cuando éste castigó la brutalidad de Sans, en los labios de otra mujer se dibujó una sonrisa maligna y a la par de feroz satisfacción.

Carlos no fué ya dueño de sí mismo, ni menos del caballo que montaba.

La gente del paseo invadió el lugar de la escena.

Por más que se hubiesen empeñado, los dos rivales no hubieran ya vuelto a chocar.

Como sucede siempre en estas ocasiones, no faltó quien, sin conocerle, se llevase a Fernando, así como otros sujetaron el caballo de Carlos, procurando sosegar a éste, que se quedó con la ira en el alma y la vergüenza en el rostro.

Fernando se dirigió a su casa.

Eduardo estaba fuera, y Aguilar esperó la vuelta de su amigo para contarle el lance.

Pasó más de una hora mortal para Fernando, que necesitaba hablar con alguien de lo sucedido, cuando entró la muchacha de la casa diciéndole:

—Don Fernando, esta carta acaban de traer para V.

—¡Una carta! Venga, venga, exclamó en seguida Aguilar, creyéndola de la misma procedencia que el billete recibido el día anterior.

—Tome V.

La muchacha le dió la carta y salió.

Fernando se quedó mirando el billete en la mano, diciendo con desconsuelo:

—¡No es de Clara!

Abriólo con menos impaciencia que en otro caso habría tenido, volviendo a exclamar casi en seguida:

—¡Es particular!

Y volvió a leer el billete.

—¡No conozco esta letra!… ¡Vaya una aventura!

El billete, de letra de mujer, estaba concebido en estos términos:

> «Caballero: una dama desea verle a V., y le espera en su casa esta noche desde las nueve en adelante, confiando que su cortesía no desatenderá su deseo y que su caballerosidad y discreción sabrán guardar el secreto».

Después de estas líneas, venían las señas de la casa sin firma alguna en la carta.

CAPÍTULO XXIV.
La casa de la tia Nicasia

ABRÁ extrañado el lector que ha podido conocer la estrecha amistad que unía a los dos estudiantes, que Eduardo, así que supo el paradero del retrato de Clara, perdido por Fernando en la casa de juego, no se lo dijese a su amigo en el momento de verle después que la casualidad le puso en el caso de hacer semejante descubrimiento.

Y esto habrá parecido tanto más extraño, en cuanto Eduardo no ignoraba el gran disgusto de su amigo por la pérdida de aquella prenda, y la grande alegría que al decírselo le habría dado.

Pero a esto diremos nosotros que así sucedió, y que, fieles en los sucesos que vamos refiriendo, no hemos de alterarlos ni en la forma, ni en el fondo, ni en el curso que siguieron.

La tarde misma en que Aguilar salió al paseo, Eduardo, que no estuvo de humor para acompañarle, salió de casa también poco después que su amigo.

El estudiante se dirigió a los arrabales de la ciudad y a la calle misma en donde fué a parar aquella noche, siguiendo a la pareja que salió del Colmado.

Llegó a la casa, miró la puerta y el número, y se metió en la escalerilla.

Dentro del portal estuvo el estudiante parado un buen rato como perplejo en el pensamiento que ellos, al parecer, había adoptado muy resueltamente.

Estando él allí de pié y sin determinar seguir adelante o volver atrás, entró una mujer en el portal. Era una vieja.

Pasó por delante de Eduardo dándole las buenas tardes, saludo que no dejó de contestar el estudiante.

Eduardo se quedó mirándola, y dijo para sí:

—Esta vieja… y esta facha…

Y la llamó antes de que subiese la escalera.

—¡Buena mujer!…

La vieja volvió la cabeza más ligera que una joven de diez y seis años.

—¿Qué se ofrece, caballero?

—Dos palabras, si no es incomodar…

—Diga V.

—En esta casa creo que vive una tal María…

—¿María? Sí, vive una, efectivamente, que así se llama: pero… es inútil que V. se empeñe en verla; porque, aunque esta casi siempre sola, no le recibirá a V.

—¡Ah! no pretendo yo que me reciba.

—Entonces…

—Era simplemente por saber…

La vieja echó una mirada de piés a cabeza al estudiante, pensando al mismo tiempo:

—Esto será conversación y nada más.

Y en seguida le dijo en el tono de quien no está para hablar en balde:

—¿Quiere V. subir a descansar?

—No, gracias, y tome V. este napoleón por sus noticias.

La vieja se quedó estupefacta mirando la moneda, sin atreverse a

tomarla y exclamando:

—¡Caballero!…

—Tómelo V., me ha dicho V. cuanto yo deseaba; yo quería saber principalmente si ella vivía aquí, y ya lo sé: con que tome V. esto.

—¡Ah, caballero, mil gracias! dijo la vieja con el tono más amable del mundo, tomando la moneda.

Inmediatamente procuró disculparse, añadiendo:

—Sino que como a veces sucede que hay hombres que la cogen a una y empiezan a preguntar de zulana y mengana, y al fin todo se vuelve hablar y nada de provecho…

—Sí, pero yo no soy así, interrumpió Eduardo; a mí no me gusta molestar a nadie y soy amigo de pagar los servicios que me prestan.

—Y que yo estoy dispuesta a prestar a V. con toda mi voluntad, añadió en seguida la vieja.

—Pues bien, en ese caso puedes prestarme uno, dijo el estudiante apeando todo tratamiento a la vieja, sin que ésta se resintiera de la libertad; servicio que yo sabré también agradecerle.

—Diga V.

—Necesito hablar a esa María.

—Muy difícil lo veo, caballero, porque ella no querrá ir a mi.

—¿Tú la conoces?

—Ya lo creo.

—¿Y tienes franqueza con ella?

—Del todo.

—Pues entonces, arréglalo de otra suerte.

—Lo que V. me diga, eso haré yo.

—Si ella no quiere ir a tu casa, procura arreglarlo de modo que pueda yo ir a la suya.

—¡Ah! eso menos que todo.

—Pero, ¿qué inconveniente puede haber?…

—No ve V., prosiguió la vieja, que a veces las pobres tienen unos hombres que las meten en un puño…

—Y el que está con ella es tan feroz…

—Yo no le conozco, porque no sé qué misterio hay ahí: veo, a veces a distintas horas que entra y sale un hombre, pero no sé quién es. Aunque por lo recatada y temerosa que ella anda, debe ser un hombre de muy mal genio.

—Pues yo necesito verla: a ver cómo te compones tú.

—¿Quiere V; creerme?

—¿Qué?

—Suba V. a mi casa, yo bajaré luego a su cuarto y según y conforme se presente…

—Eso es.

—Es todo cuanto yo puedo hacer por V., y sabe Dios que solo por V. lo haría; porque ya días pasados me llevé un desaire de aquellos a que no estoy acostumbrada.

—Como tú quieras hablarla…

—¡Ah! eso sí, en cuanto a querer, ya lo creo; y por hablarla, eso es lo de menos.

—Pues entonces, lo que debes decirla en último remedio, es que desea verla un caballero para hablarle *cuatro palabras*.

—Sí, sí, eso por supuesto… interrumpió la vieja, que no necesitaba por cierto lecciones de nadie.

—Pero, insistió Eduardo, es que es preciso que le convenzas, para que puedas así mejor convencerla a ella, de que no serán sino palabras lo que medie entro ella y yo.

La vieja miró a Eduardo medio sorprendida.

—Lo que oyes, repuso éste, y así puedes manifestárselo.

—¡Ah! en ese caso, como lo crea ella así, ya tengo yo más pecho.

—Díle, además, que es asunto que le interesa a ella…

—Bien, bien. Suba V., pues, a mi habitación, y presto sabremos de qué mal muere el enfermo.

La vieja tomó la escalera y Eduardo la siguió.

Ambos entraron en el cuarto tercero de la casa.

—Pase V. a la sala, dijo al entrar la vieja al estudiame.

A esta voz aparecieron, asomándose unas a la puerta de la sala, otras a la puerta de algún otro cuarto, y saliendo otras de la cocina, como unas diez mujeres que en la casa vivían.

—Oye, dijo éste a la dueña: quiero estar solo en la sala, ¿entiendes?

—¡Ah! ¡por supuesto! dijo la vieja.

Y en seguida, dirigiéndose a las que en la sala había, gritó:

—¡Eh! ¡fuera todo el mundo de la sala, y cuidado con que me entre luego nadie!

—¡Huy! exclamó una al oir la órden de la vieja: ¿quién será ese señor?…

—Pues no parece tan gran persona para tanta consideración.

—Habrá venido seguramente a verse con alguien…

—Ya sale la vieja, dijo luego otra; le deja en la sala y abre la puerta de la escalera.

—¡Lo que dije! por curiosidad quiero ver quién viene luego.

La vieja bajó, y Eduardo se quedó solo en la sala.

María, o sea la querida de Roberto, vivía, dijimos, en el cuarto segundo.

La vieja llamó a la puerta.

—¿Quién? preguntó desde adentro la voz de aquella.

—¡María!

—Ah, ¿es V.?

Pero la puerta no se abrió.

—Sí, mujer.

—¿Y qué quiere V.?

—A ver si tenías por ahí un ajo y un poco de peregil.

Entonces María abrió la puerta.

—¡Jesús! exclamó la vieja, ¡pues no tienes tú poco miedo! ¿Estás sola?

—Sí, y por eso no abro a nadie.

—¡Pero a mí, mujer!…

María volvió a cerrar la puerta y dijo a la vieja:

Pase V.; creo que he de tener, aunque hoy no fuí a la plazuela.

Entraron ambas en la cocina, y mientras María buscaba en una cesta lo que pedía la vieja, ésta le dijo:

—A fé que ayer quería yo venir a verte; ¡pero como el otro día te pusiste de aquel modo!…

—Y me pondré siempre, ya se lo dije a V.

—Es que ayer era muy distinto…

—Ya.

—Era una persona, todo un caballero, que quería hablar contigo de cierto asunto.

—Sí…

—Te digo, mujer, que era cosa seria y formal.

—Ya lo creo.

—Y que interesa mucho más a tí que a él.

—¡A mí! no sé qué pueda interesarme.

—Pues te interesa, María.

—En fin, dígalo V. pues.

—Yo… no puedo decírtelo; pero de la manera que ese caballero, que es toda una persona, me habló a mí… Hoy ha vuelto precisamente; tanto, que arriba está.

—Vamos, tia Nicasia, ¿cree V. que yo me mamo el dedo?

—Te digo que no es nada de lo que tú te figuras, María.

—No, no, ¡qué ha de ser!…

—Me ha asegurado que no quiero sino hablarte, ¿qué mal hay en éso?

—Ninguno.

—Y tú podías muy bien subir a mi casa…

—¿Yo, a su casa de V.?

—No tengas cuidado que te vea nadie.

—No, ¡buena gente tiene V. en su casa!…

—O él bajará aquí.

—A mi casa no viene nadie.

—Lo siento mucho que te pongas así, figurándote lo que no hay…

—Yo no me figuro nada. Pero si es para hablarme solamente, ¿qué interés puede tener esa persona? ¿Le ha dicho a V. algo?

—Nada más, sino que era un asunto de suma importancia para tí, que él había venido ya dos veces con el objeto de verte, y que si hoy no lo conseguía, que no volvería más, y tú te lo perdias, pues él había hecho cuanto estaba de su parte.

El tono con que habló la vieja, hizo reflexionar a María.

La curiosidad es uno de los flancos que nunca deja cubiertos la mujer.

Desde el momento en que la vieja consiguió despertar la curiosidad en María, como mujer experimentada y curtida en este género de luchas, exclamó en su interior:

—¡Ya eres mia! tú subirás o el otro bajará a verte.

—Pues señor, no sé qué pueda ser, dijo al cabo de un rato perpleja y confusa la querida de Roberto.

—¡Qué diantre! ¿cómo lo quieres saber si él no te lo dice?

—¿Me habla V. con verdad, tia Nicasia?

—¡Eso me dices tú a mí! exclamó la tia Nicasia, echándola de mujer: ¿acaso vendría yo a decirte una cosa por otra? ¡No faltaba más! El otro día, por ejemplo: ¿no te dije claramente lo que había? ¿no lo aceptaste? corriente: el otro se marchó, y tan amigos como antes.

—¿Y dice V. que está arriba esa persona?

—Aguardando mi respuesta.

—Entonces voy.

—Ea, pues, en seguidita.

—Hágame V. el favor de hacer que no me vea nadie…

—Nadie te verá.

María cogió la llave del cuarto, salió con la tia Nicasia, cerró la puerta, y ambas mujeres subieron al cuarto tercero.

Cuando la vieja llamó a la puerta de su casa, todas las mujeres que dentro había exclamaron:

—¡Ya está aquí!

—Veremos lo que trae, dijo una.

Otra fué a abrir en seguida.

—Quédate ahí arrimada en ese rincon, para que no te vean abrir, dijo la tia Nicasia a María.

Abierta la puerta, entró la vieja, y con el tono de absoluta

autoridad, que como dueña de la casa tenía, exclamó:

—¡Todo el mundo a la cocina!

—¡Aquí estamos todas! ¡qué moler!, dijo una.

—¡No nos comeremos el pimpollo, no hay cuidado!

—¡Menos hablar y a la cocina, he dicho!

Eduardo, que no perdia una palabra desde la sala de cuanto afuera se decía, exclamó:

—¡Ya viene!

La tia Nicasia cerró por si misma la puerta de la cocina, quedándose junto a la misma para guardarla, mientras María pasó a la sala.

Muchas precauciones tomó la vieja, pero, a pesar de todo, una de las mujeres pudo cerciorarse perfectamente de quien era la que con tanto *quid* había entrado.

Por una rendija de la puerta de la cocina se descubría todo el trecho hasta la misma sala, y por la rendija miró la mujer, que dijo en seguida a sus compañeras:

—¡Bah! ya sabemos quién ha venido.

—¿Sí? ¿lo has visto?

—¡Pues no, que no!

—¿Y quién es, quién es?

—*Doña* María, ¡la de abajo del cuarto segundo!…

—¡Miren la hipócrita!…

—¡La desdeñosa!…

—¡No será mal escándalo el que yo la arme! exclamó una al tiempo que otra cantaba:

María del alma mia y de mi corazón pena, dame la luz de tus ojos porque estoy entre tinieblas.

—¡Ea! ¡menos canturias! gritó la vieja presentándose en la cocina.

—¿Tampoco podemos cantar?

—No.

—Pues está bueno eso también.

—Silencio, y menos replicarme.

—¡Ea! ya callo… y callad vosotras también… dijo a sus compañeras en tono burlon la que había cantado.

—¡Maliciosa! vaya, pues, ¡para lo que has acertado!… observó la tia Nicasia acompañando el tono bufon de sus palabras con un gesto particular.

—¡Yo! ¡y qué he dicho yo! contestó la del canto.

¡Claro es! añadió otra: si hubiera dicho ésta que la persona que entró era la María de abajo, podria V. decir…

—¡Cómo! ¡qué dices tú! ¡deslenguada! exclamó con ira la tia

Nicasia al ver que a pesar suyo se había descubierto el secreto.

—¡Yo! no digo nada.

—Mañana te vas de mi casa.

—Hoy mismo, si V. quiere, por eso no hay que apurarse.

—Es que me pagarás antes los tres duros que me debes.

—Tengo para pagárselos a V.

—O de lo contrario no te llevas un hilo de ropa siquiera.

—Eso lo veríamos.

—¡Yo te arrancaría los pelos!

—¡Usted!

—Yo, sí.

—¡A mí! ¡mala vieja!

—¡Yo mala vieja! ¡deslenguada! ¡después que te he quitado el hambre!

—Sí, con dinero de mi sudor…

—¡Quita, quita! ¡Si no sirves para nada!

—Pues por eso me iré…

—Vamos, vamos, tia Nicasia, ¡y tú, Antonia, basta ya! dijeron las demás interponiéndose en la cuestión y logrando al fin apaciguarlas.

A la tia Nicasia no le convenía el escándalo en aquel momento, porque tenía en casa una persona de carácter, y lo dejó para cuando ésta saliese.

En cuanto a Antonia calló por otra causa.

Se retiró a un rincon murmurando:

—Callo ahora, porque no tengo el dinero para tirárselo a la cara, pero ya vendrá Pablo más tarde, y entonces ajustaremos todas las cuentas y veremos cómo me aplacó ella el hambre y todo lo demás que ha dicho la muy indecente.

El silencio reemplazó al momentáneo alboroto que había habido en la cocina.

Las mujeres se quedaron en ella, y la tia Nicasia volvió a salir a guardar la puerta.

CAPÍTULO XXV.
De cómo se ganó el amigo de Aguilar la confianza de la querida de Roberto

NTES de entrar María en la sala de la tia Nicasia, Eduardo estaba de pié aguardando impaciente la llegada de aquella.

Apenas conoció que iba a entrar, se sentó en un sofá, mueble sumamente *maltratado* y que revelaba un origen muy distinto del fin a que la pícara suerte le había arrastrado.

Cuando María entró, Eduardo se puso de pié. Para esto precisamente se había sentado un momento antes.

Quería ganarse las simpatías de aquella mujer, y empezó por aparentar cierto respeto que más efecto hizo a aquella mujer cuanto menos a ello estaba acostumbrada.

Eduardo saludóla además con una inclinación de cabeza, que María contestó con toda la cortesía que podía caber en ella.

—Usted es la señora María…

—Servidora de V.

—Yo me he tomado la libertad de llamar a V., creyendo siempre que V. me dispensaría luego.

María no decía nada a estas palabras.

A semejante lenguaje no podía responder aquella mujer tampoco.

Ni aguardaba Eduardo que respondiese a sus excusas, pero como hombre experimentado, y que no era aquella la vez primera que con mujeres de esta clase trataba, sabía perfectamente que, aunque sus palabras no fuesen contestadas con otras más o menos al caso, esas mujeres entienden siempre que eso es una muestra de consideración hácia ellas, y raras veces dejan de agradecerla en su interior, a menos que sea el que las hable un necio o un pedante, para los cuales, por lo general, todas las mujeres sin distinción no tienen más que risa o desprecio.

Eduardo conoció al momento que la primera vista le había sido todo lo favorable que podía serle en concepto de María.

—Si V. tiene la bondad de sentarse, continuó el estudiante sin perder nada de la atención que se había propuesto usar: la explicaré el motivo de mí venida aquí y el objeto porque deseaba hablarla.

—Puede V. empezar, caballero, dijo María sentándose a su lado.

Eduardo empezó:

—Señora, yo amo a una mujer, y V. ama a un hombre; pues bien, ni esa mujer me quiere a mí, ni ese hombre la quiere a V.

—¡Qué dice V.!

—Lo que V. oye, ni más ni menos.

—Pero…

—Permítame V. que me explique.

El comienzo del estudiante dejó sorprendida a la mujer.

—Decia, pues, que ni esa mujer, me ama a mí, ni ese hombre la quiere a V.; ahora bien, ¿V. sabe por qué?

—Yo…

—Porque se aman ellos.

—¿Quién? preguntó María.

—El de V. a la mia, y la mia al de V.

El estudiante leia en el rostro de María el magnífico efecto que producían sus palabras.

—Pero, caballero, yo desearía…

—¿Qué me explicase más? A eso precisamente he venido, porque lo que es de mí no se burla nadie así como quiera; y en cuanto a engañarme, como sé yo que a mí se me engaña, mucho menos.

Y aquí el estudiante supo tomar un tono tal de vivo y profundo resentimiento, dando al mismo tiempo a su fisonomía tal expresión de cólera, que la mujer no pudo menos de decirle:

—Sosiéguese V., caballero.

—¡Oh! ¿es que no hay alma que resista ciertas cosas?

—¡Eso sí que es verdad! exclamó María algo más de veras que el estudiante.

Eduardo lanzó tres suspiros, hizo tres gestos, dejó caer la mano sobre la rodilla, la levantó luego pasándola por su frente, y mudando el tono la preguntó:

—Dígame V., ¿es V. mujer formal?

—¿Yo? más que muchos hombres.

—Lo creo.

—Puede V. creerlo. ¡Y lo que es ese infame!… Pero diga V.

¿Se puede confiar a V. un secreto?

—Mil: mi cuerpo es un sagrario.

Aquí Eduardo exclamó en su interior.

—¡Oh! ¡profanación!

Y repitió:

—¿Con que se la puede confiar a V.?…

—Sí, señor.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Pues bien; yo voy a vengarme de la mujer que me engaña.

—Y yo del hombre que me engaña también.

—Pero V. va a ayudarme…

—Sí, señor.

—Sin dar a conocer lo más mínimo a Roberto…

—¡Roberto! exclamó entonces la mujer.

—¿Qué tiene V.?

—Nada… nada…

—¿Qué misterio será ese? preguntóse Eduardo.

Trabajo le hubiera costado a éste descubrir el misterio de aquella exclamación.

María, al oir el nombre de su amante, recordó la muy crítica situación de éste, el peligro que corría en Barcelona, y ese peligro se ofreció a su mente más inminente al ver que había personas que le conocían, puesto que por su nombre le llamaba Eduardo.

—¿Y cómo sabe V. que mi amante se llama Roberto? preguntó al estudiante.

—Muy sencillo: porque así oí que le llamaba *la otra* cuando hablaban.

—¡Ah! ¡V. lo oyó!

—Si, señora, yo lo oí.

—¿Y en dónde, en dónde?

—En un cuarto de la casa de ella. Yo estaba escondido, sin que ninguno de los dos pudiera sospecharlo, y no quise salir entonces, porque yo arreglo las cosas de otra manera. Los dejé.

—¿Y qué pasó, qué pasó? ¿qué vió, qué oyó V.?

—¡Lo que pasó! ¡lo que oí!…

—¡Ah! ¡infame! exclamó María.

—Ya es mia esta mujer, dijo en su interior Eduardo.

—¿Y dijo V. que la otra le llamaba por su nombre?

—Sí.

—¡Ah!

—Pero lo que más ira me dió, aunque a mí nada me iba en ello, fué cuando él le contaba a ella hoy lo del bofeton de anoche.

—¡Lo del bofetón! exclamó María.

—Sí.

—Con que ha dicho…

—Que por celos del retrato que la otra le había dado, V. le importunó demasiado, y él… ¡en fin, ya sabe V. lo demás!

—¡Ah! ¡infame! ¡con que ese es el pago! después de ocultarle yo… como le estoy ocultando porque no le vuelvan al presidio, o le lleven al garrote, ¡si dijera todo lo que sé!…

Eduardo se dijo en su interior al oir a María:

—¡Diablo! ¿entre qué gente me encuentro?

Y tratando ya de ir al grano, si bien pocas palabras en balde se habían dicho, se dirigió a María de nuevo:

—No se impaciente ni se encolerice V. ahora, pues de lo contrario, todo lo hemos perdido. Usted y yo nos hemos de vengar.

—¡Ah! ¡si, si!

—Y la venganza la hemos de tomar juntos.

—También, sí señor.

—Pero es necesario para ello, que V. se deje guiar por mí, sino lo echamos todo a perder: porque un hombre siempre tiene alguna más esperiencia que una mujer, y…

—Es verdad.

—¿Con que V. promete ayudarme?

—Sí, señor, lo prometo.

—Pues lo primero que V. ha de hacer, es apoderarse del retrato.

—¡Ah!

—Porque esa ha de ser el arma más fuerte y la prueba mejor que tendremos.

—Pero eso es muy difícil, observó María.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque yo no estoy segura de encontrárselo.

—Como V. quiera hacerlo…

—Ah, lo que es por eso…

—Pues entonces no ha de faltarle a V. medio. Si lo lleva encima, cuando él duerme, por ejemplo, se lo toma V.; y si lo tiene guardado bajo llave, que V. poco más o menos ya lo ha de presumir, como asimismo en el sitio donde lo guarda, le quita la llave y en seguida el retrato.

—Todo eso es muy fácil, pero…

—¿Qué?

—¡Ah! es que es un hombre del peor genio que V. pueda imaginarse, y tanto le costaría a él matarme de una paliza, como beberse un vaso de agua.

—Pues se necesita esto indispensablemente, insistió Eduardo.

La perplejidad de María, hija del miedo cerval que tenía al genio y a los arrebatos de Roberto, fué lo único que hasta entonces hizo desconfiar a Eduardo de adquirir la prenda que buscaba por este medio.

Así trató de encontrar otras razones que pusieran a la querida de Roberto en el caso de hacer lo que al estudiante convenía.

—Pero, dígame V., continuó: ¿y si Roberto tratase de abandonarla?

—¿A quién? Preguntó la mujer exaltándose de repente.

—¿A quién? a V.

—¡Ah, eso no lo hará!…

—¿Qué no lo hará?

—Porque no puede.

—¿Y si yo dijese a V. que de eso se trata hace ya muchos días?

La obcecación en que se hallaba María por lo que estaba oyendo hacía rato, no la permitia discurrir y ver todo lo claro que debia en aquel asunto.

A todas las mujeres suele acontecer lo mismo en parecidas situaciones.

La querida de Roberto debia haber reflexionado que éste se hallaba días no más fuera del presidio, que nada podía justificar sus amores, perteneciendo él a la clase a que pertenecia, con una señorita tan joven y de la distinguida posición que dejaban conocer, el retrato por

una parte, y por otra el mismo joven que había ido a hablarla, cuyos modales, modo de producirse, todo en fin, hacía notar la suma diferencia que existia entre el estudiante y el presidario Roberto.

Pero es que no hay mujer, en cuanto a esto último, que crea indigno al que ella ama, de obtener otro amor por elevado que sea.

María no reflexionó, porque no podía en su situación reflexionar nada de esto, y se dejó de llevar de la cólera de su amor propio resentido y del sentimiento de venganza por su cariño pospuesto al de otra mujer.

—¿Y qué me dice V. a esto? preguntó la el estudiante.

—Digo que este hombre me la ha de pagar.

—Sí, pero como V. no se decida a hacer algo, si de la noche a la mañana la deja a V. y no vuelve…

¡Ah! eso no, ya sabría yo encontrarle, y decir a quien fuese necesario, dónde le habían de coger.

Las palabras de María acerca de la posición de Roberto, estos riesgos y estas singulares amenazas de la mujer hacían en Eduardo profunda sensación, y éste estuvo más de una vez para preguntarle: pero, ¿quién es ese hombre?

Más, convenía precisamente a Eduardo otra cosa antes que esta, y lo que él quería era obtener el retrato, más que luego sucediera lo que sucediera a Roberto.

—Ya V. ve, prosiguió, que de todas maneras está V. mal en esta cuestión. Usted dice que él temerá de V…

—¡Ah! ya lo creo.

—Pero, ¿y si huye donde no pueda nadie cogerle?

Esto, sin que lo sospechara Eduardo, produjo el efecto mayor en el ánimo de María.

Ésta recordó entonces los planes de Roberto de marcharse al extranjero, y su pensamiento, con esa viveza y prontitud que tiene la imaginación de la mujer, se lo figuró ya huyendo con su nueva amante y con la ayuda del dinero de ésta.

—¡Ah! exclamó María, ¿con que dice V. que si huyera?…

—Es claro.

—Y V. sabrá…

—¡Toma! si no supiera yo todo, ¿hablaría así? ¿No lo conoce V?

—Sí, sí, ¡ya lo veo! dijo María, sin ver que eran inspiradas por sus propias palabras las razones que el caballero fraguaba en aquel momento.

—¿Ahora qué me dice V.?

—Que estoy decidida a todo.

—Pues bien, lo que importa es el retrato, y como V. me lo de, yo le

ofrezco tenerla al corriente de todo.

—Se lo quitaré, sí, se lo quitaré, o he de poder poco, y se lo entregaré a V.

—Y yo, en cambio, la iré diciendo todo.

—Eso es, todo, todo.

—Pero, por Dios, que él no sepa nunca cómo tiene V. las noticias… ni que V. las tiene ha de saber. Usted finja siempre ignorarlo todo.

—Estoy en ello.

—¿Cuándo volveremos a vernos? le preguntó el estudiante.

—Mañana.

—¿En dónde?

—Aquí mismo.

—¿A qué hora?

—Por la mañana a las diez: la tia Nicasia, si yo no puedo subir a esa hora, le dirá a V. cuándo ha de volver.

—Perfectamente. Vaya, pues, adiós, María; ánimo y mucha serenidad.

—La tendré.

—Y hasta mañana.

—Hasta mañana.

El estudiante salió, y la querida de Roberto exclamó otra vez al verse sola:

—¡Infame! ¿me dejas por otra, porque es más hermosa y más rica que yo?… ¡Me la has de pagar!

CAPÍTULO XXVI.
La cita misteriosa

UÉ bastante larga la entrevista de Eduardo con la querida de Roberto, y se comprende que no podía ser breve, atendido el asunto de la misma, que respectivamente interesaba tanto a la una como al otro.

Hé aquí explicado el motivo porque tardaba Eduardo tanto en ir a su casa, en la que en vano le esperaba en aquellos momentos su amigo Aguilar, bien lejano por cierto de figurarse el motivo que ocupaba a su compañero.

Fernando, joven y aunque de muy buen juicio, de carácter nada

retraido, determinóse ir a la cita que se le daba en aquel misterioso billete que escitó vivamente, como no podía menos, su curiosidad.

Salió pues, dejando la órden de que le esperase su amigo si antes que él volvía a casa, y se dirigió al punto de la cita.

Fernando, visto bien el número de la casa, se quedó un momento parado delante del portal.

—Esta casa es de una magnífica apariencia, se decía; ¡y es en el cuarto principal además donde se me llama!… ¿quién vivirá en ella? Si yo lo preguntase a cualquier vecino de por aquí… Pero no; podría esto saberse luego… no sé quién me llama, ni para qué, y según y conforme no me haría ningun favor a mi mismo yendo a preguntar… Podría creerse que fué por miedo o por curiosidad de mujer… No, no. Subamos.

Y Aguilar subió la ancha escalera, llamando a la puerta del cuarto principal.

Una doncella le abrió.

—Servidor de V… dijo Aguilar, que en aquel momento no tuvo otra palabra que decir a la doncella.

Ésta le preguntó:

¡A quién busca V., caballero!

Aquí Aguilar se encontró en un verdadero apuro.

Estaba tan a punto de hacer un papel ridículo, que, aunque rápida y pasajera, le ocurrió la idea de tomar otra vez la escalera, después de haber dado cualquier excusa a la doncella.

Y ya sabemos que Aguilar no era tonto, ni corto de genio siquiera.

Pero temia cometer una indiscreción, diciendo a una doncella el motivo porque iba a la casa.

En medio de su turbación, Aguilar oyó en el pasillo un ruido sordo, como el que produce la seda de un rico vestido que arrastra crugiendo por el pavimento.

Una cabeza de mujer asomó a la puerta del pasillo, viniendo a sacar de su conflicto al estudiante, y diciendo a la doncella:

—Que pase ese caballero.

Y el crugir de la seda volvió a oirse, perdiéndose en el interior de la casa.

—Pase V.

Aguilar, verdaderamente impresionado, siguió a la doncella, que le precedió, guiándole al salón principal.

La doncella le abandonó en la puerta del salón.

Aquí fué donde Aguilar acabó de sentirse verdaderamente embarazado.

Presentóse a su vista un salón espacioso y ricamente amueblado.

Los sillones y sofás eran de damasco encarnado, las colgaduras de la misma tela, que tapizaba también las paredes.

Los varios objetos de esquisito gusto y no escaso valor que le servian de adorno, brillaban a la opaca luz rosada de una preciosa lámpara del Japón que colgaba del techo.

Sentada en un confidente a la derecha del salón había una mujer: la figura de ésta fué lo único que vió Aguilar.

Éste, como decimos, se quedó parado en la puerta.

La mujer le estuvo contemplando un breve rato.

Parecia que se gozaba en la turbación del joven caballero.

Al fin plugo decir a la misteriosa dama:

—Adelante, caballero.

Aguilar, quitándose de repente la especie de peso que tenía encima, y libre de la secreta fuerza que parecia sujetarle junto a la puerta del salón, adelantó algunos pasos hasta llegar a la distancia del sofá que marcan las leyes del respeto y la buena educación.

—Puede V. tomar asiento, le dijo la dama así que le tuvo cerca de sí.

Y esto diciendo, señaló un sillón inmediato a Aguilar, que éste ocupó sin más ceremonia.

A la dueña de la casa tocaba volver a hablar, y ella fué la que abrió la conversación.

—Usted, sin duda, dijo, habrá extrañado la especie de cita que por medio del billete que desde luego supongo ha recibido, se le ha dado para esta casa.

—Con efecto, señora, respondió Aguilar, tanto más por los términos en que estaba concebido el billete, y en cuanto es esta la voz primera que tengo la honra de hallarme en esta casa.

—Honra, la trae V. a ella con su presencia, caballero, dijo la dama con más verdad de la que podía presumir Aguilar, ignorante le la casa en que se hallaba y de la persona que le estaba hablando.

Era, como se habrá figurado ya el lector, la casa de Lola.

Aguilar inclinó modesta y cortesmente la cabeza a las últimas palabras de la dama.

—¿Pero V estará impaciente tal vez por saber el motivo porque ha sido aquí llamado?

—Señora, ciertamente, y V. comprenderá en mi situación que es natural…

—Sí, interrumpió Lola. Pues debo empezar por decirle a V. que quien le ha llamado, he sido yo misma…

—Señora, tanta honra…

—Y mi objeto no ha sido otro que… vamos, se va a reir V…

—¡Yo, señora!…

—Estoy segura.

—¡Qué demontre será esto! exclamó el estudiante en su interior.

—Pero, confío en que V. por otra parte, sabrá dispensar ciertas libertades que a veces nos permitimos nosotras las mujeres.

A medida que Lola iba hablando, crecia la extrañeza, o diremos mejor el asombro de Aguilar.

Éste no sabía realmente qué decir a tan singular preludio.

Pero algo había de hablar, viendo que la dama parecia haberse cortado o arrepentido de su atrevimiento, y dijo:

—Desde luego, señora, son esas libertades favores que recibimos, y envidiables distinciones cuando vienen de una señora como V.

Aguilar no dijo ya estas palabras por mero cumplimiento.

Algo sintió de lo que dijo.

Y era que Lola estaba verdaderamente hermosa en aquel momento.

Conservaba aun el rico vestido que había llevado al paseo.

Su tocado, que caía en parte desde ambas sienes y descansaba en undosos rizos sobre aquel cuello de alabastro, que había adquirido como el rostro el suavísimo tinte rosado de la lámpara que alumbraba la estancia, el cuerpo lánguidamente reclinado en el respaldo del sofá, aquella especie de confiado abandono en toda la persona, el tono sencillo y dulce de las palabras, las miradas espresivas sin ser insinuantes, perezosos los movimientos, todo, en un, le daba a Lola una especie de encanto y un atractivo que hubiera sido difícil, sino imposible, a cualquiera resistir.

—Pues la mia consiste en el deseo de conocer a V.

—¡A mí, señora! exclamó Aguilar en un tono semitembloroso, tan hijo de la sorpresa, como de la emoción natural en un hombre joven y en semejante situación con tan hermosa mujer.

—Ya ve V. que es una singular libertad la que me he permitido, añadió Lola.

—Y la cual no tengo yo, señora, en este momento expresiones bastantes para agradecer, dijo Aguilar.

—Y V. acaso no se figurará el motivo que esto tiene…

—¡Ah! desde ahora renuncio a adivinarlo, pues por más que quisiera buscarlos, nunca encontraría en mí títulos que me hicieran merecedor de honra semejante.

—Pues para mí una sola cosa, un solo rasgo que he visto de V., le hacen acreedor a todo.

—Señora, no sé ciertamente…

—¿Esta tarde ha estado V. en el paseo de Gracia?

—Sí, por cierto…

—¿Y qué le ha sucedido a V. allí?

La fisonomía de Aguilar cambió de repente.

Su rostro, un momento antes dulce y apacible con la expresión de la especie de encanto que su corazón sentía, adquirió de improviso las fuertes señales de la cólera, y sus ojos arrojaron como dos chispas de la ira que volvió a encender su pecho.

Lola notó esta transformación, y entonces miró casi estasiada a Aguilar, en el cual, hasta aquel instante, no había visto al arrebatado joven del paseo.

—Nada… no me ha sucedido nada… respondió Aguilar a Lola.

—¡Cómo nada! Eso a mí no puede V. decírmelo, porque yo lo vi.

—¿Usted?…

—A quien sin duda no vería V. en el paseo.

Aguilar miró fijamente a Lola.

Hasta entonces no la reconoció.

Fernando se despreocupó en un abrir y cerrar de ojos.

—Ciertamente no reparé… dijo con fría calma.

—Pues yo sí reparé en V., y ví cuanto pasó.

—Entonces, me evita V. el referirlo.

Estas palabras de Aguilar parecieron casi descorteses a Lola.

—Ahí tiene V., pues, el motivo porque he deseado yo conocerle.

—No comprendo… dijo Fernando.

—Porque ha sabido V. dar una merecida lección.

—No hice más que castigar un ultraje, señora.

—Pero lo hizo V. como debia, y mereciendo, por lo menos, las simpatías de la mayor parte de las personas que lo vieron.

—No juzgué en aquel momento si mi conducta parecería bien o mal a los que presenciaron el lance, me limité nada más a satisfacer mi amor propio ofendido y mi persona atropellada.

Esta especie de altivez de Fernando y su desdén al concepto que pudiera haber merecido por parte de los que presenciaron un acto que él creyó justo en conciencia, hizo doblemente interesante su carácter a Lola.

—De todas maneras, aunque a V. nada importo en este asunto el concepto de los demás, yo debo decirle que lo ha merecido, y el mio particularmente, añadió Lola.

—Gracias, señora; pero no comprendo en verdad…

—Es muy sencillo, aunque, sin explicarlo, parezca algo extraño. La mayor parte de las cosas son así en el mundo.

—Con efecto.

—Sucede a todos en general que nos alegramos del bien que vemos en las personas que queremos, y al contrario.

—Ciertamente, eso suele suceder.

—Yo no diré que quiera mal a ese Carlos Sans. Es un fatuo que me molesta y nada más.

—¡Ah!

—En Barcelona, donde las costumbres son distintas de otros paises en donde yo he vivido, la opinion reprueba lo que es muy admitido en otras partes, y la maledicencia se ceba muchas veces en herir reputaciones de personas cuya conducta en el fondo nada tiene de reprochable.

Aguilar no comprendía dónde pudiese ir a parar Lola con semejantes reflexiones.

—Y como yo, prosiguió ésta, debo a la tontería y a la fatuidad de ese joven ciertas especies que no pueden en verdad lisonjearme, de aquí el que me haya yo alegrado esta tarde de ver castigada esa fatuidad por V.

Como se ve por las palabras de Lola, ésta, como muchas mujeres de su especie, carecia del talento especial y ese tacto que se necesita para conducirse en ciertas ocasiones, dejando que la intención vaya a donde se dirige, sin que comprometan o parezcan sospechosas las palabras.

La intención de Lola fué aprovechar por este medio una ocasión de hacer saber a alguien su desprecio para con Sans, a fin de que la opinion se extraviase en las íntimas relaciones que se suponia existian ya entre ella y Carlos.

Así, juzgó que nadie más apropósito para verter la idea que el joven aquel en quien Lola debia suponer un odio profundo hacia Sans, y por consiguiente un deseo de aprovechar todo aquello que a éste pudiese hacerle daño.

Pero Lola se equivocó por completo esta vez.

—Ciertamente, señora, yo ignoraba de todo punto cuanto V. acaba de dejarme comprender. Me guardaré muy bien de calificar en lo más mínimo la persona de quien V. acaba de hablarme. Nada suyo me importa, y en cuanto a lo que a V. atañe, no puedo menos de manifestarle que la honra y la fama de una mujer, si realmente son sólidas y justas, no así como quiera las hacen padecer las necedades de todos los fatuos del mundo.

Lola vió su pensamiento completamente por tierra a estas palabras de Aguilar.

—Y si el objeto de V., prosiguió éste, al llamarme a esta casa, ha sido el de darme las gracias por un buen rato que no quise dar a los resentimientos que pueda V. tener con ese caballero, debo manifestarla asimismo, que no puedo tampoco aceptar la muestra de

su satisfacción, porque ninguna intención tuve de proporcionársela.

Lola se quedó fría después de estas últimas palabras.

El tono tan indiferente y hasta seco con que Aguilar las pronunció, la hizo más daño que las palabras mismas.

—Caballero, murmuró Lola, que no sabía a qué atribuir la causa de aquella variación; veo que me he equivocado tal vez…

—Puede ser, interrumpió Aguilar.

—Al creer que podía tomarme con V. la libertad de llamarle y decirle simplemente lo que le he dicho, prosiguió Lola hablando forzadamente y sin poder casi resistir a la especie de desaire que por primera vez en su vida recibia de un hombre.

Fernando, después de haberla reconocido, conoció también sus intenciones, y aunque no falló en las formas de la conversación a lo que a sí mismo se debia y exigia siempre su buena educación, prescindió de las atenciones y altos respetos que en otro caso hubiera tenido con una señora.

Lola permaneció un momento muda y mordiéndose, de puro despecho, el labio inferior.

Conocida ya la persona que le había llamado y visto el objeto de la cita, la entrevista había concluido ya para Aguilar.

Aquella mujer con toda su hermosura, todos sus encantos y sus medios de agradar, desagradaba soberanamente al estudiante.

Sabía de su fama y algo de su vida, y Aguilar sentía tan solo desprecio, todo lo más, lástima y compasion hacia aquella mujer.

No quería con Lola el más mínimo roce, ni el más sencillo trato.

Fernando iba a levantarse y a despedirse, pero le detuvo un incidente que por cierto no esperaba.

La puerta del salón se abrió bruscamente, quedando de par en par.

Lola y Fernando volvieron la cabeza al ruido.

En medio de la puerta apareció un hombre.

—¡Ah! exclamó Lola involuntariamente.

—¡Sans! dijo Fernando para si.

Carlos estuvo un rato parado e inmóvil como una estatua contemplando desde la puerta a Lola y a Fernando, a quien reconoció en seguida.

CAPÍTULO XXVII.
En que acaba de verse el carácter de la dama de industria

TIENEN una ventaja inmensa las mujeres como Lola, para salir de las más difíciles situaciones.

Como rarísimas veces, o nunca, mejor dicho, interesan su corazón, pasado el primer momento de la sorpresa, queda siempre libre la cabeza para pensar en el medio de salir del apuro.

Lola no tardó en ponerse sobre sí y en adquirir toda la serenidad que en aquel momento convenía.

—Pase V., señor de Sans, dijo a Carlos.

El tono sencillo y fresco de estas palabras de Lola acabó de dar a Fernando la medida de lo que era aquella mujer.

Carlos se adelantó con ceño adusto diciendo en su interior, lleno de coraje y lanzando una mirada al estudiante:

—Este hombre es mi sombra.

Fernando se levantó.

Pero no por cumplimiento a Sans, sino para marcharse.

Es excusado el que digamos aquí que ni el más leve asomo de miedo a Carlos influyó en la determinación de Aguilar.

—Señora, estoy a los piés de V., dijo a Lola antes que Sans hablase una palabra y sin mirarle siquiera.

—¡Cómo! ¿se va V. ya, señor de Aguilar?

—Me es preciso.

Carlos estaba para estallar allí mismo.

—Si tan preciso es, no le detengo a V.

—Yo también voy a salir, dijo Carlos.

—¡Usted! ¿y eso? preguntó Lola.

—También tengo yo un asunto preciso, dijo Sans.

—Sin embargo, observó Lola con una frescura verdaderamente irritante para quien momentos antes la había oído hablar en términos tan despreciativos de la persona que trataba entonces con tal benevolencia: yo suplico a V. se quede un momento.

—No puede ser.

—Señora, a los piés de V., dijo Fernando dirigiéndose en seguida a la puerta.

Carlos intentó seguirle.

—¡Carlos! ¡por favor! dijo Lola casi al oído de Sans, cogiéndole del brazo y con aquel acento de profundísimo cariño que sabía ella no podía Carlos resistir.

Este no tuvo más remedio que desistir de seguir a Fernando.

No obstante, le detuvo antes de que aquel llegára a la puerta, diciéndole:

—¡Caballero!

Aguilar se paró volviendo la cabeza.

—Usted comprenderá que es necesario que nos veamos.

—No se me ha ocurrido semejante necesidad, dijo Aguilar con la más fría calma.

—A mi sí.

—¡Carlos!… Caballero, suplico a V. no haga caso de sus palabras, dijo Lola terciando en la cuestión y dirigiéndose a Aguilar, después de haber detenido a Carlos.

—Puesto que V. me lo suplica, la obedezco a V., y me marcho *sin hacer caso del señor*.

—¡Ah! ¡insolente! exclamó Carlos.

Fernando volvió a detenerse.

Lola cogió del brazo a Carlos, haciendo una seña a Fernando para que saliese.

—Creo sabrá V. esperarme en la calle, dijo Carlos.

—Se equivoca V., porque no soy yo su lacayo, respondió Fernando con la misma sangre fría.

—Entonces me dará V. las señas de su casa.

—Fernando Aguilar: —Cármen, —36.

Y Aguilar salió del salón.

—¡Ay Jesús! ¡y cuántos disgustos me cuestas! exclamó Lola dejándose caer en el sofá.

¡Yo!

—Tú, sí, que eres un loco rematado, y te vas a comprometer cualquier día.

—¡Pues me gusta! ¿con que tú quisieras que yo tolerase una agresion, una acometida tan bestial, como la que se ha permitido ese hombre conmigo esta tarde, poniéndome en ridículo delante de tantas personas como me conocen, en un paseo público?

—Lo que yo quiero, Carlos, es que no te expongas, porque yo moriría, sí, moriría… ¡Ah! ¡líbreme Dios de semejante desgracia!

—Pues, es necesario lavar la injuria.

¡Ah!

—Sí, y el insulto que me ha dirigido aquí mismo. Gracias a tí, no le arranqué la lengua, o le tiré por un balcón, cuando se atrevió a mofarse de mí en mis barbas y de la manera tan irritante que lo hizo.

Lola tuvo más de una tentación de risa al oir esta hombrada de Sans.

—Pero ahora reflexiono yo… dijo éste luego mudando de tono. ¿Sabes que me ha extrañado mucho…?

¿Qué?

¿El ver a ese hombre en esta casa?

¿Sí?

¡Pues no!

—Nada tiene, sin embargo, de particular.

Creo podré merecer el que me expliques…

—Muy sencillamente, y empieza por agradecerme un nuevo sacrificio que me debes.

¡Yo!

—Tú, sí, dijo Lola un poco seria y dando tregua al sobresalto.

—¿conocías ya a ese hombre?

—No.

—Entonces…

—Ahí está más que en ninguna otra cosa el sacrificio, mio. Le he conocido hoy en el paseo.

—Tú presenciaste.

—Sí.

—Ya verías que a mí me fué imposible defenderme… dijo en seguida Sans, que no quería en manera alguna pasar por poco hombre a la vista de Lola.

—Sí, ya lo ví. Pues bien, yo que he visto eso, he mandado seguirle desde el paseo por mi lacayo, y luego, informada de su habitación y su nombre, le mandé venir aquí.

—¡Tú!

—Yo misma.

—¿Y para qué?

—¡Para qué! ¿y tú no lo adivinas? conociéndome como debes conocerme, ¿no aciertas a ver el objeto mio cuál podía ser al llamar a mi casa al hombre con quien sucedió la escena de esta tarde?

—No acierto en verdad…

—Eres entonces muy torpe, y debiera yo resentirme de tu falta de penetración en este momento.

—Yo, mujer… dijo Carlos medio confuso.

—¡Pero ya lo veo! continuó Lola afectando cierto sentimiento y en tono de amorosa reconvención; ¿cómo has de figurarte tú y adivinar lo que puedo yo hacer por tí, ignorando como veo que ignoras el vivo interés que siente mi corazón?

—¡Lola! exclamó Carlos rendido completamente al lado de aquella.

—Pues le mandé llamar, para evitar precisamente eso que tú intentas.

Carlos se acordó entonces de que debia volver a echarla de hombre y dijo con voz fuerte y arrugado ceño:

—¡Cómo!

—Sí, no quiero que de esto resulte un desafío.

—¡Ah! es preciso.

—Pues no ha de suceder.

—¡Y qué! ¿le hablaste a él de eso? preguntó Carlos, a quien no era indiferente saber de qué pié cojeaba su adversario.

—Sí, ¿para qué le hubiera llamado entonces? respondió Lola.

—¿Y qué te ha dicho?…

—¿No has visto su respuesta?

—¡Ah! ¿con que ha accedido? dijo Carlos como si lo sintiera de

veras.

—¿Pues no? ¿le parece si es tan fácil resistir a lo que pidan estos labios? preguntó Lola con coquetería y en ese tono que revela la conciencia del propio atractivo, y del que está permitido valerse aciertas mujeres en determinadas ocasiones.

—¿Se lo has suplicado tal vez?… preguntó Sans como ofendido.

—¡Yo!

—¿Cómo pues?…

—Ha de saber V., caballero, dijo entonces Lola desplegando toda su habilidad, que estos labios no están acostumbrados a suplicar a nadie, porque en nadie reconocen superioridad, fuera del dueño que tiene el corazón. A ese, añadió echando una mirada llena de amor a Carlos, le suplican alguna vez… a los demás les mandan.

—¡Ah! Lola, Lola querida.

—¿Ha comprendido V. ahora, señorito?

—Pero me has hecho representar un mal papel.

—¡Nunca! a este punto no llegaría yo jamás.

—Sin embargo, Lola, yo debo.

—Olvidar todo lo que ha pasado.

—Pero…

—¿Qué? ¿Acaso no es bastante satisfacción el haber oído de su boca que no *tomaba* tus palabras?

—Que no hacía caso, dijo.

—Es cuestión de forma; el sentido es el mismo, y harto lo sé yo por lo que antes hablé con él.

Se necesitaba toda la serenidad de aquella mujer para atreverse a desfigurar el sentido de las palabras de Aguilar cuando, vista la actitud de Fernando, tan bien las había oído Carlos, y toda la candidez de éste para dejarse engañar en aquello mismo que acababa de ver y oir tan perfectamente hacia un instante.

Lola consiguió, pues, su objeto.

—¿Con que me das palabra de no ir a buscarle? dijo a Carlos.

Este se hizo rogar un poco y al fin contestó: ¿Tú me la das de que mi nombre no ha padecido en lo más mínimo cuando hablaste con él de este asunto?

—Eso no te permito que vuelvas a sospecharlo siquiera, respondió Lola con aquella seguridad y calma inalterable que le conocemos.

—Siendo así, dijo finalmente Carlos; por tí, y nada más que por ti prometo el no ir a buscarle.

—Así te quiero yo, y esta es la mayor prueba de cariño que podías darme.

—Más de lo que tú te figuras, añadió Carlos, dejando conocer que

a no ser por tan ardientes súplicas, lo menos que le costaba aquello a Aguilar era la vida.

Lola no temia mucho realmente por el carácter de Sans, al que conocía bastante; pero sabía al mismo tiempo que a cierta edad el amor propio puede mucho en los hombres, y hallándose Carlos tan sumamente ofendido, no estaba segura de que la escena del paseo tuviese luego un desenlace desagradable.

Lola temia ante esta idea, y se alegró de veras cuando obtuvo la palabra de Carlos.

Y ahora se nos ocurre que han de parecer extraños el miedo primero y luego la alegría de Lola así que juzgó la cosa fuera de peligro, cuando en su corazón no había el menor sentimiento de afecto hácia Carlos.

Esto se explica sencillamente.

Ya hemos visto lo bastante para conocer la fuente del lujo y la esplendidez con que Lola vivía; pues bien: si a Carlos Sans le hubiese sucedido un fracaso, siquiera no fuese la muerte, pero que le privase de verla y visitarla, cesaba por más o menos tiempo, pero siempre lo suficiente para que Lola lo sintiese, la ocasión de recibir, o pedir, que esto era según y conforme, los auxilios que de Sans necesitase.

He aquí el motivo del interés no fingido, sino muy verdadero por cierto que Lola tenía por Carlos en aquella ocasión.

Hasta que llegó la hora del juego, Sans pasó en la casa el rato todo lo agradablemente que las circunstancias le permitieron, y salió cuando juzgó ya que sus compañeros estarían *viéndolas venir*.

Carlos dejó, pues, las dulces sensaciones del acendrado amor de Lola, para ir a recibir otras, si menos dulces, mucho más fuertes en cambio.

La suerte quiso también aquella noche mostrarse uraña con Sans, y salió como la noche anterior, limpio completamente y empeñado bajo su firma en pagarés que le extendieron allí mismo por valor de una crecida cantidad.

CAPÍTULO XXVIII.
De cómo siguió negociándose el retrato de Clara

NO de los jugadores abandonó el juego en el mismo momento que Carlos, siguiendo a éste hasta su casa.

Al llegar a la puerta el jugador le llamó.

—Señor de Sans…

Éste volvió la cabeza.

—¿Qué se le ofrece a V.? le preguntó Carlos sin reconocer la fisonomía del que le hablaba.

—Hablar con V. cuatro palabras.

—Diga V.

¡Ah! en este sitio no lo juzgo conveniente, para el asunto que es.

—Pero…

—Usted no me conocerá…

—En este momento no recuerdo…

—Acabamos de salir los dos ahora mismo de una casa.

—¡Ah!

—Yo salí inmediatamente después de V. con el solo objeto de hablarle.

—¿Quiere V. subir a mi casa? propuso Carlos.

—Como V. quiera.

Sin decir más palabra, subieron ambos metiéndose en el gabinete que Carlos tenía para cierto género de conferencias.

El criado que llevó la luz, salió inmediatamente.

En seguida dijo Carlos:

—Estamos solos.

—Mala suerte ha tenido V. hoy, empezó diciendo el otro, como suelen hacerlo esos hombres socarrones que nunca van en derechura al asunto que es su objeto, empleando para llegar a él, todo género de circunloquios.

—Sí, añadió Carlos, ciertamente.

—Y la otra noche no fué mejor tampoco.

—Yo estoy ya acostumbrado; la suerte mia es por lo general siempre la misma.

—No puedo yo hablar mucho mejor que V. en este asunto, añadió el jugador.

—En fin, dejemos esa, dijo ya Carlos, que no estaba de humor para hablar en vano y sentía al mismo tiempo la natural curiosidad que en él habían despertado las palabras del desconocido. Usted, le dijo, según me ha manifestado, quería hablarme de cierto asunto.

—Sí, señor. La otra noche en aquella casa yo presencié su mala suerte, y ví de los sensibles medios que una persona como V. tuvo que valerse para intentar en vano el desquite.

—Efectivamente.

—Yo, se lo puedo jurar, aunque no tengo el gusto de conocerle más que de verle allí… he visto su desprendimiento y su franqueza, y le tengo cierto apego que un hombre a veces sin saber porqué tiene a una persona.

—Gracias, dijo Carlos con cierta impaciencia deseando entrar pronto en materia.

El hombre prosiguió sin notarlo:

—Y crea V. que me estaba yo friendo dentro de mí, al ver que no

podía en aquel momento…

—Gracias, gracias, solo agradezco a V., pero…

—Justamente la noche aquella perdia yo también y me hallaba a la sazon con solas dos onzas que eran una miseria para ir a ofrecérselas a V.

—Repito a V. las gracias, volvió a decir Carlos, dejando notar bien claramente que le molestaba tanta pesadez; pero si V. tiene algo que decirme…

—Voy a ello. Cuando sucedió, pues, lo de la venta del retrato, yo, como digo a V., no tenía bastante dinero…

—Sí… ya…

—Pero en la imposibilidad de adquirirlo entonces, procuré hacerlo luego después.

—¡Cómo! Usted…

—Yo no he parado hasta que aquella prenda que conocí que V. debia apreciarla mucho, sino que a veces los hombres nos vemos obligados por las circunstancias…

—Sí… sí… con que V…

—No paré hasta que conseguí verla en mi poder.

—¡Ah! exclamó Carlos.

—Sí, señor, está en mi poder; y esto es lo que yo he creido deber venir a decirle inmediatamente.

—Le doy a V. infinitas gracias, pues con efecto, me hace V. un servicio. Yo reintegraré a V. lo que sea, porque supongo que no la habrá V. adquirido así como quiera.

—No, señor; pues me ha costado bastante.

—¿Se la vendió a V. el mismo que la compró allí?

—Permítame V. Esto es un secreto que yo he dado palabra de guardar.

—Y yo le doy a V. la mia de guardarlo también.

—No puede ser.

—Pero, insistió Carlos, no cabe aquí más que una sola cosa: el retrato fué primeramente, no a poder de V., sino de otro, como recordará V.

—Es cierto.

—Pues para estar ahora en sus manos, preciso es que aquel se lo haya vendido.

—Repito a V. que nada de eso puedo decirle, porque me está vedado, insistió el hombre.

—¡Ah! ¡demasiado lo comprendo! dijo Carlos interpretando a su manera esta especie de misterio.

—Pero todo eso, ¿qué importa al caso? prosiguió el hombre. A V.

¿qué es lo que le conviene? el retrato nada más: pues teniéndolo yo, ¿qué puede interesar a V. lo demás?

—¡Ah! ¡demasiado! respondió Carlos; porque presumo aquí la más vil de las infamias.

—¡Cómo, caballero!

—No hablo por V.

—Eso es otra cosa.

—Quiero decir simplemente, continuó Sans, que se habrá exigido de V., al venderle el retrato, la palabra de que no lo diga, para que no se descubra una acción tan baja como es en este asunto la de la persona que lo adquirió.

—Vuelvo a decir a V., que yo nada puedo responderle acerca de eso, D. Carlos.

Esta especie de misterio de Roberto, que no otro, sino él, como le habrá reconocido el lector, era el que con Sans estaba hablando, se comprende perfectamente.

En primer lugar, ni en este, ni en cualquiera otro negocio había de presentarse Roberto franco y con la verdad en los labios: ni él era hombre de conducirse de esta suerte, ni tal exigia el negocio que a ver a Carlos le había llevado.

Y dando ese carácter ambiguo y misterioso a su persona en el asunto, podía ser más libre y más explícito en sus exigencias con Sans, escudándose, en un caso, con que no era él, sino otro, en las particulares circunstancias en que se veía, quien le obligaba a ser tal voz demasiado exigente.

—En fin, dijo Carlos, sea como fuere: ¿V. tiene el retrato?…

—Si, señor.

—¿Para entregármelo a mí?…

—Naturalmente.

—¿Lo trae V.?

—No, señor.

Aquí pudo conocer Carlos que el rescate había de costarle caro.

—¡Ah! ya entiendo, dijo, ¿quiere V. antes imponer condiciones?

—¡Imponer! nada de eso, D. Carlos: ni es ese mi carácter ni se trata de eso tampoco.

—Entonces…

—Pero es necesario que V. sepa lo que eso ha costado y…

—¿Cuánto? a ver.

—¡Cinco mil duros!

—¡Cinco mil duros! exclamó Carlos con ira.

—Eso mismo, D. Carlos, añadió Roberto con una calma que hacía particular contraste con la ira de aquel.

—Eso es un robo.

—Poco a poco, señor de Sans. Usted se propasa conmigo, que no tengo aquí la culpa de que ciertas circunstancias hayan puesto a la prenda un precio que no tiene su valor material seguramente.

—¡Nunca! no la quiero a ese precio.

—Usted mismo…

—No señor.

—No faltará quien lo dé…

—¡Cómo! ¿qué quiere V. decir?

—Lo que oye V., ni más ni menos. El retrato cuesta a quien hoy lo tiene, esa cantidad, y del retrato ha de sacarse.

—¡Ah! ¿serán capaces de venderlo como si fuera un mueble cualquiera?

—No sería la primera vez, añadió Roberto con una intención que hirió el corazón de Carlos.

Esto no tuvo palabra que responder.

Ambos permanecieron un rato en silencio.

Carlos pensaba en la dificultad que en aquel entonces tenía de proporcionarse aquella suma, y en lo necesario que lo era por otra parte el recobrar el retrato, para poder desmentir mañana cualquier cargo que le fuese dirigido por la familia Turella, lo cual podía hacerle perder muchísimo mas; la esperanza única que le quedaba, desbaratando su casamiento con Clara, sin el que era inevitable y muy próxima la ruina de Carlos Sans.

Los pensamientos de Roberto eran otros.

—¿A qué no puedo utilizar esto con ninguno de los dos? se decía visto el efecto que hizo a Sans la proposición de los cinco mil duros.

La carta escrita a la baronesa, no tuvo contestación, pues ya sabemos que rasgó el billete, cerciorada de que lo de su retrato era una patraña; y en cuanto a la idea que rápida pasó por su mente acerca de la posibilidad de una mala acción por parte de Sans con el retrato de su hija, sabemos también que la baronesa no podía en manera alguna dar crédito, sin otro género de pruebas, a cosa tan inverosímil por todos conceptos.

No habiendo, pues, tenido Roberto contestación de la baronesa y frustrado su intento por este lado, determinó tentar fortuna por el otro, yendo a buscar a Carlos Sans con la proposición que le hemos oído.

—En fin, ¿cuáles son las pretensiones de V.? preguntó Carlos.

—Las he manifestado ya, respondió Roberto.

—¿Cinco mil duros?

—Eso.

—Pero, ¿no conoce V. que es una cosa fuera de toda razón?

—Yo conozco todo lo que V. quiera, D. Carlos; pero no soy dueño de llevar este asunto por mí solo y sin atender a las instrucciones de otros.

—Pues esa suma no puedo yo darla.

—Una persona como Y observó Roberto con eso tono de baja adulación que ciertas gentes emplean a menudo para sacar partido en sus pretensiones.

—Así y todo, hoy me es imposible.

—No se trata de hoy precisamente, D. Carlos; será mañana.

—Bueno, puede V. volver y veremos.

—Por supuesto, observó Roberto, que desde ahora queda suspendida toda gestion respecto de eso…

—¿De qué?

—Del retrato.

—No entiendo, dijo Carlos.

—Quiero decir, que ahora, de todas maneras, queda para V., y aunque otro ofreciese el doble de los cinco mil duros…

—¡Ah! interrumpió Carlos; ¡eso no! ¡De ninguna manera! Yo digo que es mio y basta.

—Por eso mismo, pierda V. cuidado. ¿Y cuándo le parece a V. que podré dar una vuelta por acá?

—Vuelva V…

—¿Mañana?

—Sí… o pasado. Vuelva V. mañana.

—A la órden de V., pues, D. Carlos.

—Adiós.

Y Roberto salió acompañado de Sans hasta la puerta de la escalera, diciéndose en su interior:

—todavía por este lado hay alguna esperanza.

La entrevista que acababa de tener con Roberto, afectó, como no podía menos, a Carlos Sans.

En todo esto, vió Carlos la mano de Fernando.

Para él, era Aguilar quien tenía el retrato y quien por tan indignos medios se proponía sacar partido de su situación.

¡Cuánto se equivocaba sin embargo!

¡Quién le hubiese dicho entonces, cuando tan naturales conjeturas hacía, que en aquella cuestión el hombre indigno, el miserable era él, y Aguilar el honrado y caballero!

Este pensamiento privó a Carlos de conciliar el sueño en toda la noche.

Su espíritu, agitado y dolorido por tantas causas, no necesitaba

más que esta otra para acabar de ponerse intranquilo y angustiado.

Sans empezaba ya a entrar en ese terrible período de la vida de los calaveras, en que los remordimientos van tomando posesion del alma, a medida que huyen las ilusiones con la falta de medios para mantenerlas.

Procuró recordar las señas de la casa de Aguilar que éste le había dado en la de Lola; se levantó de la cama después de más de dos horas que en ella se revolcaba sin poder conciliar el sueño, y fué a la mesa a poner en un papel:

Fernando Aguilar —Cármen —36 —2º.

—Así no se me olvidará, dijo:

Y después de pasearse un gran rato arriba y abajo de su gabinete, volvió a la alcoba, intentando en vano dormirse y olvidar lo que a tal punto le mortificaba.

CAPÍTULO XXIX.
Fernando Aguilar y Carlos

ÁRLOS estaba ya de pié a primera hora de la mañana siguiente.

Aguardó a que diesen las diez, y por primera vez en su vida, salió de casa en aquella hora.

Su dirección fué a la calle del Carmen.

Entró en una escalerilla de modesta apariencia, subió al cuarto segundo, llamó y preguntó a una muchacha que abrió la puerta:

—¿Don Fernando Aguilar vive aquí?

—Sí, señor.

—¿Está en casa?

—Sí, señor.

Pásele V., pues, recado, y dígale que está aquí un caballero desea verle.

Entre V., allí está su cuarto.

—Pero…

—Pase V., ese es su cuarto.

La muchacha no comprendía, porque talos costumbres no se usan en las casas de pupilos, las antesalas y eso de anunciar antes una visita y demás formalidades a que Sans estaba acostumbrado.

—No importa, dijo éste; pero pase V. antes a decirle que yo estoy aquí.

—Pero, ¿tiene más que ir V.? venga conmigo; ese es el cuarto.

Y esto diciendo, la muchacha abrió la puerta del gabinete de Aguilar.

—¿Quién? preguntó Fernando volviendo la cara llena de espuma de jabon y con una navaja de afeitar en la mano.

Carlos se quedó parado en la puerta del cuarto.

—¡Ah! caballero dijo Fernando reconociéndole.

—Usted me dispensará si a esta hora… balbuceó Carlos.

—No hay de que, respondió Fernando sin embarazo; yo me levanto siempre de mañana, lo que siento es que me encuentre V. así… me estaba afeitando, como V. ve…

—Continúe V. por eso…

—Lo haré con su permiso, y concluyo en un instante. Entre tanto, sírvase V. tomar asiento.

Y Fernando quitó de encima de un sofá de anea unos pantalones y una levita, que puso sobre la cama, y dijo a Sans:

—Tenga V. la bondad de sentarse, que yo concluyo en un momento.

Carlos se sentó en el sofá, notando la sencilla cortesía con que Aguilar lo recibió, sin inmutarse, ni dejar entrever el menor embarazo en sus palabras ni en sus movimientos, ni menos cortedad por la manera como Carlos le encontró en aquella tan humilde habitación y en una tan completa *neglisé*, según se dice en lenguaje de moda, pues Fernando para afeitarse se había puesto en mangas de camisa.

Aguilar continuó su interrumpida operación, y dijo volviéndose de vez en cuando a Carlos:

—Aquí, como V. ve, vivimos a lo estudiante…

—Yo he venido para ver a V., nada más, dijo Carlos.

—Lo presumo así, y por esta razón he prescindido de excusas que en mi boca hubieran sido ridículas, al intentar persuadirle de otra cosa

distinta de la que aquí se ve.

También esta sencilla franqueza llamó la atención a Carlos.

Pero lo que éste más extrañó, no fué esto precisamente.

Aguilar, al ver a Carlos en su casa, había de suponer desde luego el objeto de su visita, y aunque ésta pudiera no tener precisamente el de un lance de honor, dejábase conocer por los antecedentes del uno respecto del otro, que entre los dos había de mediar una cuestión cuyo carácter no podía en manera alguna ser pacífico.

Carlos estaba algo pálido y la expresión de su rostro traducía el malestar de su alma.

Fernando todo lo contrario.

Bastaba verle para conocer que no experimentaba la menor turbación.

Carlos le miró dos o tres veces, y pudo notar que su mano andaba firme y segura, y por consiguiente que su pulso permanecía inalterable.

Esto fué lo que verdaderamente pasmó a Sans.

Fernando se dió toda la prisa posible; concluyó de afeitarse, pasó a la alcoba, se lavó, llamó a la muchacha para que quitara los chismes de en medio de la reducida sala, y poniéndose una levita, fué al lado de Carlos, diciéndole con la mayor serenidad:

—Ahora estoy a las órdenes de V.

Todo lo que Fernando tenía de tranquilo, tenía Carlos de confuso y sobreescitado.

—Usted esperaría ya mi visita… díjole éste semibalbuciente.

—No… y si… según y conforme.

—De todas maneras debia V. esperarla.

No lo comprendo.

—Por dos razones.

—Usted dirá.

—La primera, porque yo tengo dos insultos gravísimos recibidos de V.

—Eso es también conformo y según.

—¡Cómo!

—Sí, señor; porque yo, entendiendo como creo debe entenderse la palabra insulto, no me parece haberlo inferido a V. sino una sola vez: la otra noche.

—Y ayer tarde.

—¡Oh! lo que es ayer, señor mio, no fué aquello insulto por ningun concepto. Usted me atropelló, y yo castigué el desmán de V. Nada más.

En estas palabras, como en las que antes había pronunciado, seguía

Aguilar demostrando la misma calma y sangre fría.

—Sea como quiera, V. comprenderá, que yo necesito espiraciones… dijo Carlos.

—No lo comprendo del todo; pero si V. las necesita, yo no he de tener inconveniente en dárselas. En cuanto a lo último, esto es, lo del paseo, creo las tiene V. ya… Hice aquello, porque V. me echó el caballo encima dos veces.

—Es verdad.

—Y respecto de este asunto, lo que es yo, me doy por satisfecho, concluyó Fernando.

Naturalmente, bien podía darse por satisfecho Aguilar del atropello de Carlos, después de haber vapuleado a éste acto continuo y en presencia de todo el mundo.

—Ahora, en cuanto a lo de antes, acerca de lo que pasó aquella noche, sí me debe V. satisfacción, aunque no he pensado en pedírsela, añadió luego Aguilar.

Carlos puso a estas palabras la cara más estúpidamente asombrada que pueda darse.

—¡Cómo! exclamó: con que, dice V. todavía que yo debo.

—A mí, sí señor, una satisfacción, insistió Aguilar, siguiendo en su inalterabilidad.

¡Pues esta es buena! volvió a exclamar Carlos: con que yo soy el que debo…

—Una satisfacción a mí, de lo que sucedió la otra noche en aquella casa de juego.

—¡Se burla V., caballero!

—No acostumbro jamás burlarme de nadie, dijo con gravedad Aguilar.

Carlos se quedó mirándole más sorprendido aun.

—Lo que allí sucedió viene en descrédito y menosprecio de una persona, cuyo decoro insultó V. y de cuyo insulto es V. por consiguiente el que debe dar una satisfacción.

—Pero con qué derecho pide V… balbuceó Carlos.

—Con el que tiene el hombre que ama a Clara, para respetarla y enaltecerla, y no para escarnecerla y vilipendiarla como V…

—Y por esto, sin duda, observó Carlos, procuró V. adquirir su retrato.

—Para librarlo de una deshonra mayor.

—O para tener medio de sacar con él, cinco o seis mil duros.

Fernando miró a Sans.

Los dos rivales estuvieron un momento contemplándose el uno al otro.

—¿Qué ha dicho V.? preguntó Fernando a punto de estallar.

—Creo que me he explicado lo suficiente pura que V. me entendiera.

—Es que hay cosas que no se entienden así tan fácilmente, por que no caben en la comprension de hombres que tengan un resto de vergüenza. Por esto le pido que se explique o repita V. lo que ha dicho.

—Lo que yo he dicho o he querido decir, es simplemente que el retrato pasó de mis manos a las de V. aquella noche, y que ayer vino un hombre a mi casa proponiéndome su rescate mediante la suma de cinco mil duros.

—¡Cómo!

—Eso mismo.

—¿Y V. ha creido con esto?, es decir, ha sido V. capaz de creer, observó Fernando, que yo… ¡Ah! ¡ni decirlo me es posible!… ¿Y no le ha ocurrido a V. nada más que atribuirme acción tan villana?

—Yo solo sé que V. tenía el retrato.

—Debia V. saber, pues, que podía engañarse como se ha engañado al juzgar por el corazón de V., que pudiera caber en el mio una infamia semejante.

Carlos no tuvo más remedio que sufrir esta recriminación y morderse los labios.

—El retrato se me cayó de la mano allí mismo, y luego cuando, V. debe, recordar esto, yo busqué algo en el suelo, no le encontré.

—¡Ah!

—Esto pasó.

—Entonces… balbuceó Carlos.

—Entonces, prosiguió Fernando, V. ha vuelto a faltarme, pero yo, que debo perdonárselo todo, le perdono esto como lo demás.

Era chistosa la posición de Carlos con la actitud que había tomado Aguilar.

Aquel, creyéndose por tantísimos motivos ofendido, vino insensiblemente a encontrarse en la situación del ofensor, y por consecuencia en el caso de dar a Fernando las satisfacciónes que de éste pensaba exigir.

—Pero ¿dice V. que se han presentado a pedirle cinco mil duros por el retrato? preguntó Aguilar volviendo al punto que a él más interesaba.

—Si, señor.

—¿Y quién es esa persona?

—No la conozco más que de vista.

—Usted lo habrá recobrado.

—¿Pero a qué esa preguntas? ¿qué le importa a V. saber si lo he recobrado o no? preguntó Carlos impaciente por salir de aquel estado en que se hallaba sumamente violento.

—Cuando yo lo pregunto, es prueba que algo ha de importarme.

—¿Y con qué derecho, por fin, caballero, me habla V. en esos términos?

—¿Con qué derecho? repitió Fernando sonriéndose y mirando a Carlos de un modo particular.

—Con qué derecho, sí.

—Vá V. a saberlo, puesto que así lo desea.

Fernando se acercó a Carlos y le dijo en voz grave y segura:

—Yo amo a Clara.

¡Usted!

—Yo.

Carlos trató de herir el amor propio de Aguilar, tomando un tono indiferente y semidesdeñoso, diciendo:

—¿Y bien? yo puedo amar a la reina de España.

—Es que ella…

¿Qué?

—No le ama a V., añadió Fernando con la misma seguridad.

—¿Será a V. entonces? preguntó Carlos sonriéndose forzadamente.

—Eso no me toca a mí decirlo, como no es ya digno el que dure más la conversación sobre este punto. Antes de concluir, sin embargo, debo hacer a V. una observación, añadió Aguilar: cuando uno no es amado por una mujer, generalmente la molesta, lejos de darla gusto con sus obsequios; ya que no haya podido V. hacerse amar, no se haga V. a lo menos aborrecer.

Carlos se quedó estupefacto.

—Caballero, ha tomado V. posesion de su casa, dijo Fernando últimamente levantándose de su asiento y dando por terminada la entrevista.

Carlos tuvo lo suficiente con esta indicación para levantarse también, y pálido de cólera y de despecho al verse a tal punto humillado por aquel hombre, dijo a Fernando:

—Dejo a V., caballero; pero no renuncio a volverle a ver.

—Esto le es muy fácil a cualquiera, observó Aguilar tomando esclusivamente en el sentido puramente literal las palabras de Sans, y desdeñando la otra intención que éste dió a conocer en ellas.

—Usted ya sabe lo que esto significa, insistió Carlos nuevamente resentido, cuando se dice entre personas que tienen como nosotros mutuo, resentimientos, y son además caballeros.

Fernando midió a Sans con una mirada de piés a cabeza y dijo,

siempre con el mismo frío tono de calma:

—Cuando son *ambos* caballeros, efectivamente.

Sans miró otra vez a Fernando, volviendo a sentir en su alma el aguijon del amor propio nuevamente por éste ultrajado.

—¡Cómo! ¿qué quiere V. significar?

—Quiero significar, respondió Aguilar sencillamente, que yo no entiendo por caballerosidad la riqueza ni la posición más o menos elevada de un hombre. La nobleza está en el corazón y en las acciones, y no tengo por caballero a quien muestra un corazón vil y pequeño y es capaz de acciones tan bajase indignas.

—Segun eso… V. quiere decir… balbuceó Sans avergonzado, sin atreverse a concluir su pensamiento.

—Quiero decir que V. y yo *no nos veremos nunca*.

—¡Ah!

—Ya lo sabe V.

—Eso es un magnífico medio de ocultar el miedo y… se atrevió a decir Sans.

El rostro de Aguilar se coloró de repente con un vivo carmin, sus ojos chispearon, y un estremecimiento general de nervios recorrió todo su cuerpo.

Carlos dió involuntariamente un paso atrás al verle.

Aguilar volvió a serenarse en seguida.

—¡Miedo! ¡cobardía! dijo sonriéndose con desdén: yo no he de salirme con V., y no me obligue ahora a ampliar las razones que me lo impiden, después de haberle manifestado que V. y yo *no somos iguales*… pero para desvanecer la sospecha de miedo o cobardia que V. me atribuye, tiene un medio muy espedito: en la calle, en un café, en cualquier parte donde V. me vea, no tiene más que provocarme con el menor de los insultos que se dirigen a un cobarde… y entonces… ¡ah! entonces yo le prometo estrangularle donde sea, y…

Aguilar detúvose de pronto, dióse una palmada en la frente y concluyó:

—Caballero, dispénseme V. si por un momento he podido olvidar que nos hallamos en mi casa: he dicho a V. ya cuanto de hay podía decirle: haga V. ahora lo que más le plazca.

Y separándose un paso para dejar libre la puerta del gabinete, Aguilar concluyó:

—Repito que esta es su casa de V.

Sin replicar otra palabra Carlos salió del gabinete.

Aguilar fué a acompañarle hasta la puerta de la escalera.

Despidióle allí con un simple saludo y Carlos salió a la calle, mientras Fernando volvió a su cuarto.

Cuando entró, encontróse con Eduardo.

—Pero, Fernando, le dijo éste, ¿qué ha sido eso?

—Nada, ya le lo diré.

—No hay necesidad, porque lo he oído; ya sabes que no media sino un simple tabique entre esta habitación y la mia.

—Entonces, si has oído, ¿cómo lo preguntas?

—Porque me ha chocado sobremanera el corte del diálogo.

—¿Qué tiene de particular?

—Tiene que pocos hombres lo hubieran conducido mejor que tú.

—Eduardo…

—De veras, chico. Le has abatido completamente; pero estuviste cruel.

—¿Por qué?

—Si ese hombre tiene vergüenza…

—Ahí está, no la tiene.

—Ha de ser así, porque no cabe ya mayor humillación para un hombre que la que él ha sufrido de tí. Pero dime, ¿qué es eso del retrato? porque fué lo que yo no entendí bien, preguntó Eduardo a su compañero.

Fernando le refirió lo mismo que le había dicho Sans.

—No había caído yo en que podía venderlo de un momento a otro, se dijo Eduardo en su interior.

Y luego volvió a preguntar a su amigo:

—¿Pero Sans lo tiene ya otra vez?

—Creo que no.

—¿Lo ha dicho?

—No, pero he creido comprenderlo.

—Que me empalen sino está, estos días *limpio* como una patena, observó Eduardo; porque hace ya mucho tiempo que le veo de muy mala suerte.

—Eso no sé.

—Me gustaría que no hubiese podido rescatar el retrato.

—Y a mí, añadió Fernando.

—¡Oh! yo daría cualquier cosa porque fuese así.

—¡Tú! ¿por qué? preguntó Aguilar.

—Yo me entiendo.

—Pero…

—Nada, porque ese hombre no es digno de tenerlo, respondió Eduardo disimulando su pensamiento.

—¡Ah! eso es verdad, añadió Aguilar. ¿Pero a manos de quien habrá ido a parar? Esto quisiera yo saber.

—Entre tantos ve a saber ahora. Si el estúpido ese de Sans lo

hubiera dicho… observó Eduardo.

Y en seguida dijo para sí:

—No hay tiempo que perder, y es hora ya de ir a ver a María.

Eduardo concluyó pronto la conversación con su amigo, y se fué a ver a la querida de Roberto.

CAPÍTULO XXX.
Nostalgia

UNQUE por poco tiempo, hemos de dejar los personajes con quienes hemos venido tratando hasta esto punto de la *continuación* de nuestra historia.

El curso de los sucesos lo exige así en este momento.

Hemos de trasladarnos a ver a un enfermo y a un sitio bastante lejano.

Pero aseguramos de antemano a nuestros lectores que ni el sitio ni la presencia del enfermo han de asustarles, ofreciéndose a su vista una

miserable bohardilla con un pobrísimo lecho, ni la figura de un sér humano que muere de hambre y de miseria en el más espantoso abandono.

Todo lo contrario: nuestro enfermo es un enfermo particular; no padece miseria, porque es rico; no se baila postrado en el lecho, porque no siente el más pequeño dolor en su cuerpo; su dolencia del alma, y el sitio donde vamos a encontrarle es en uno de los primeros teatros del mundo: en el Covent-Garden de Lóndres.

Quizás, a pesar de todo, alguno se asuste al verle… ¡nos apresuramos a compadecerlo de antemano!

El teatro está lleno de bote en bote.

Se estrena un terceto que pocas veces se ve reunido aun en los primeros coliseos de Europa.

Ronconi, Tamberlik y la Pencco cantan la *Norma*.

Un asiento de primer órden vale dos libras esterlinas, y solo a los privilegiados de aquel dichoso pais de los libres es dado alcanzar un palco de primer piso para aquella noche.

Entremos en el teatro.

El brillante terceto está en la escena.

Todos los asientos están ocupados.

Con religioso silencio se escuchan en aquel templo del arle las sublimes notas de Bellini, nunca interpretadas con más sentimiento ni con más precision espresadas.

En la *Ópera* de París, en la *Scala* de Milan, o en el *Real* de Madrid los *bravos* y los aplausos habrían interrumpido más de una vez a los cantantes, arrebatado el público por su propio sentimiento: en *Covent Garden* el público no se arrebata, y solo en uno de aquellos momentos sublimes que desafian hasta la frialdad inglesa, se observa cierta animación en aquellos rostros rubios y colorados, rebosantes de salud y vida animal, volviendo inmediatamente a su ordinaria impasibilidad y quedando otra vez fríos como un tarro de cerveza, y mudos como un tasajo de *rosbeef*.

Formando particular contraste entre tanta impasibilidad, se ve fijando los anteojos o los lentes acá y allá, a un elegante parisién, más ocupado con el teatro que con el canto; a un italiano de largas melenas y afeminado rostro, contrayendo y dilatando toda su fisonomía; a un ruso que cierra la inteligencia a un lenguaje que no comprende, pero que abre todo su corazón al idioma universal que habla a todos los corazones, o a un turco que con su alma oriental recibe estasiado los raudales de la dulce armonía que adormece sus sentidos.

Pero ¿dónde está, quién es entre tantos el enfermo?

Mirad hácia aquel palco principal de la derecha.

Lo ocupa un hombre solo.

Esto hasta para conocer desde luego que aquel hombre tiene una gran fortuna.

En su traje, sin embargo, no se nota su opulencia.

Viste un levita negro abrochado hasta el último boton.

Un diminuto alfiler de oro con una sola perla sujeta el lazo de la corbata.

Todo lo demás de su traje es sobremanera modesto y sencillo.

Apoyado el codo en el antepecho del palco, carga la barba en la palma de la mano.

Su rostro con el cabello casi canoso tiene una palidez mate; su frente está surcada por dos arrugas perpendiculares que dejan en medio el origen de la nariz: está flaco y hasta demacrado.

A primera vista parece un viejo de sesenta años; pero observadlo atentamente y veréis que aquella vejez es prematura; es una vejez que ha llegado antes de tiempo, y conoceréis que su edad no llega a cuarenta años.

Su cabeza está inmóvil sin volverla a uno ni a otro lado.

Mira a la escena; pero su mirada, fija y apagada, indica que la mente está muy distante del punto en donde tiene puestos los ojos.

A la puerta del palco y en la parte interior hay un hombre de pié e inmóvil como una estatua.

Su aspecto es el de un criado.

De su brazo derecho cuelga un rico gaban forrado de pieles.

La vista del criado no se quita del rostro del amo.

El criado está asimismo profundamente triste.

Pero la tristeza de éste se adivina al primer momento.

Su dolor no es propio, sino prestado.

Es la tristeza, es el dolor por simpatía lo que el criado siente.

Su actitud y el modo como a su amo mira, lo están diciendo.

Ahí teneis el enfermo del alma, el herido de la enfermedad *santa*, como ha dicho el tiernísimo Trueba.

¿Qué nombre tiene esa enfermedad?

Se llama *Nostalgia*.

Su orígen está en el amor a la patria y en la privación de ver el nativo suelo; su residencia está en el alma.

No aflige con dolores materiales al cuerpo, porque su naturaleza es de un órden superior, su carácter es puramente espiritual y por esto sus dolores son del espíritu.

El amor a la patria es la reunion de todos los amores, y si es santo el amor, santa es la enfermedad que en la fuente de este bello

sentimiento tiene su origen.

La *nostalgia*, pues, es la dolencia de nuestro enfermo del alma.

La tristeza, polo opuesto de la alegría, basca la soledad y huye el bullicio.

Cuando la tristeza es profunda, el mayor martirio del corazón que la padece está en encontrarse en un sitio en donde gozan o se divierten los demás.

¿Por qué se halla, pues, aquel hombre en el teatro?

¿Acaso le obliga una fuerza superior a este doble martirio?

No hay quien le mande, es libro como el pájaro en el aire, y ha ido allí por su propia voluntad.

Si en Covent Garden se hubiese dado un grande espectáculo de baile u otra función que la de aquella noche, no se le hubiese ocurrido seguramente la idea de tomar un palco: pero se daba la *Norma*, esa epopeya del sentimiento, y ha ido a oir, quizás a recordar cuando otra vez había oído en otro sitio las sentidas notas del inmortal Bellini.

Hasta que llegó la sublime escena del *terceto*, el caballero del palco permaneció como distraido mirando vagamente a la escena, sin dejar por esto de gozar suavemente en la música.

Pero a las primeras notas de *Norma* en aquella magistral situación, su fisonomía adquirió una animación repentina, sus músculos se dilataron a impulso del propio sentimiento, como si en aquel instante su corazón por medio de todas sus libras respondiese a las notas que llenaban el teatro, y en sus párpados asomaron dos gruesas lágrimas que del fondo del corazón arrancó sin duda el sentimiento.

Concluida aquella situación, el rostro de aquel hombre, como si de repente hubiesen apagado una luz que le iluminara, volvió a quedar mudo, frió, inmóvil como antes.

Levantóse pausadamente de su asiento y salió del palco.

Al pasar por delante del criado que durante la función había permanecido como un centinela a la puerta, le dijo:

—A casa.

El criado le puso sobre los hombros el gaban de pieles que guardaba colgado del brazo, y siguió detrás de su amo hasta pocos pasos de la puerta de salida, en donde se adelantó para dar la señal al cochero.

Un carruaje, no de gran lujo, aunque de muy buena apariencia, fué a ponerse delante de la puerta.

El lacayo abrió la portezuela.

El caballero subió, en seguida el criado, que se quitó el sombrero sentándose al vidrio, y el coche partió en dirección a una de las fondas principales.

Dentro del espacioso patio paró el coche.

Un mozo de la fonda se presentó inmediatamente con una bujía en la mano para alumbrar al huésped hacia su cuarto.

Al llegar a la puerta, el criado del caballero abrió, tomó la luz del mozo, y amo y criado penetraron en la habitación.

Esta se componía de un salón regular decentemente amueblado, un gabinete, una alcoba en el mismo, y un pequeño aposento con el que comunicaba la alcoba.

En esta, naturalmente, dormia el caballero.

El criado en el pequeño aposento inmediato a su amo.

Aquel cerró la puerta de la habitación, pasaron al gabinete, encendió la lámpara que colgaba en el centro, fué a dejar la luz al salón, quitó el gaban a su amo y se quedó de pié en la puerta, aguardando órdenes del caballero.

Éste, así que se hubo quitado el gaban, se dejó caer en un divan de terciopelo de Utrech, y permaneció como dos minutos inmóvil, como si descansase de alguna fatiga.

Luego sacó del bolsillo del chaleco un magnífico cronómetro de oro, miró la hora y exclamó:

—¡La una nada más!

A esta sola exclamación hubiese conocido cualquiera que aquel hombre sentía el que fuese tan temprano.

Y sin embargo, no esperaba nada.

Ningun acontecimiento nuevo había de traerle el día de mañana; ni lo esperaba, ni, lo que es más, podía desearlo.

Para él todos los días absolutamente eran iguales.

¿Qué era, pues, aquella especie de pesar por lo temprano de la hora?

¡Ah! se explica perfectamente.

Era miedo, repulsion a la noche.

Este es un efecto de todas las enfermedades del espíritu.

No hay día bueno para el alma triste, pero las noches son fatales o inspiran siempre una repugnancia instintiva, porque abandonado uno a sí mismo, libre la vista de todo objeto que distraiga la imaginación, la mente se ve, más que en ninguna otra hora, en aquellas horas de silencio, asaltada por las ideas que traen consigo el gérmen de la tristeza.

El criado, desde la puerta del gabinete, contemplaba a su amo de la misma manera que en el teatro de pié en la puerta del palco.

—¡Daniel!

—Señor…

El criado se adelantó hasta cierta distancia del divan.

—Prepáralo todo, porque mañana salimos de Lóndres.

—Muy bien, señor.

—Ahora es ya tarde; pero mañana a primera hora saldrás a tomar billetes para Suiza.

—¡Para Suiza! exclamó el criado.

—¡Qué! ¿de qué te sorprendes?

—¡Oh! de nada, señor, de nada…

—¿No te gusta Suiza? es el pais más hermoso del mundo.

—No sé si me gusta, porque no le conozco, y hermoso o no, esto era lo que menos a mí me importara; yo voy a donde va mi señor, y estoy bien donde está él.

—Entonces…

—Pero es que por más hermoso que sea ese país, yo sé que en él ha de encontrarse V. tan mal como se encuentra en Lóndres, como se encontró en París, en Nápoles y en Roma, y en tantas partes como hemos recorrido, siendo en todas extranjeros y como desterrados del mundo.

—¡Desterrados! ¡es verdad!

—No es por consiguiente a Suiza donde debemos ir, señor.

—¿A dónde pues?

El criado estuvo un momento para responder, y repitió:

—¿A dónde?…

—Sí, ¿a dónde?

Daniel se detuvo otra vez como por miedo de herir a su amo, hasta que resolviéndose, dijo:

—A Barcelona.

—¡Barcelona! exclamó Diego, que Diego era, como habrá adivinado antes el lector, el enfermo del alma.

—Sí, a Barcelona, señor, donde dejó V. la vida…

—¡Calla, Daniel! interrumpió Diego con un tono algo fuerte.

—Es que, señor, yo que paso todo el día a su lado, que le veo a todas horas, que le observo cuando pasea, cuando come y no come, cuando duerme y cuando no duerme, no puedo ya pasar más tiempo sin decirle: señor, desde que salimos de Barcelona, cada día que pasa, le lleva a V. un año de su vida…

—¡Basta, Daniel!… interrumpió Diego en tono mezclado de autoridad y de cariño a la vez.

—No, no basta, señor; porque estoy viendo que V. ignora lo que sucede…

—¡Cómo! ¡qué es lo que sucede! di, ¿en dónde? ¿a quién? preguntó Diego levantándose del divan y como si de repente recobrára toda la vida y la energía de su primera juventud.

Daniel se espantó ante el aspecto de su amo.

—Señor, dijo el criado semibalbuciente, habré dicho sin duda una palabra por otra; lo que yo quise significar se refiere a V. simplemente.

—¡Ah!… exclamó Diego tranquilizándose.

—Pero si a V. lo importa todo, menos V. mismo, a mí me importa V. y prescindo de todo.

—¡Daniel! exclamó Diego con la voz del verdadero cariño al fiel criado, y la triste expresión del hombre cansado de la vida.

—Sí, señor, continuó Daniel; yo he de decirlo: V… se muere sí señor, se muere, y no se ha de morir.

Diego se sonrió a estas palabras, dichas con aquella espontaneidad del verdadero cariño, y dijo:

—Daniel, tu afecto a mí te preocupa.

—¡Cómo! no, señor; yo lo conozco y lo siento en mi corazón, repuso el criado: y si V. ha de oir la voz de la única persona que le quiere en el mundo…

Aquí, sin saberlo, partió Daniel el corazón de Diego.

—Vámonos otra vez a Barcelona, concluyó el criado, inocente del dardo que acababa de clavar en el corazón de su amo.

Éste repitió en su interior, mientras Daniel creia haberle casi convencido:

—*¡La única persona que me quiere!*… ¡Cuán cierto es quizá!…

Y después de esta dolorosísima reflexion, Diego dirigió a Daniel una mirada que espresaba todo el afecto de que era capaz su corazón para la única persona que en su triste soledad lo acompañaba.

El criado estaba con la impaciencia marcada en su rostro aguardando que su amo le dijera «tienes razón, vamos a Barcelona».

Pero Diego dijo en tono seguro y resuelto:

—Mañana a primera hora tomarás los billetes…

—¡Ah! exclamó Daniel alborozado.

—Para Suiza, concluyó Diego.

—¡Para Suiza! exclamó Daniel con desaliento.

—Sí.

Amo y criado permanecieron largo rato en silencio.

Daniel no se atrevió a replicar.

conocía el carácter de su amo y sabía que sus resoluciones eran irrevocables, y que sus órdenes no admitian réplica cuando las daba de cierta manera.

Diego se levantó y se puso a pasear a lo largo del gabinete con las manos atrás y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Su andar era pausado y a veces se paraba en medio o en un estreno

de la estancia, continuando luego el paseo.

Sus movimientos obedecian a la irregularidad de las ideas en su imaginación.

Así estuvo como media hora.

Luego dijo a Daniel:

—Modera un poco esa luz, que voy a recogerme.

El criado hizo lo que Diego acababa de mandarle y pasó a servirle a la alcoba.

Diego se recojió, y Daniel, después de saludar a su amo, pasó también a su aposento.

CAPÍTULO XXXI.
El verdadero valor

PARA el desolado Diego todas las noches eran iguales; siempre las mismas ideas, siempre los mismos pensamientos.

Su corazón siempre en Barcelona, pero lejos también de ella siempre su voluntad.

Las palabras que pronunció Daniel fueron aquella noche un nuevo martirio al dolor eterno de Diego.

¡Cuántas veces pensó que quizá hasta su nombre se había borrado de la memoria de Clara, mientras que la imagen de aquella mujer tan

adorada, la guardaba él todavía en su corazón como en los primeros tiempos de su primera juventud!

Y Barcelona, aquella ciudad donde nació, donde empezó a sentir aquellas tiernísimas emociones que más tarde fueron sentimientos profundos que se apoderaron de su corazón para no dejarle libre jamás, aquella ciudad que guardaba los más caros recuerdos de su alma, el amor y las cenizas de su madre, el objeto y las cenizas de su amor, ¡cómo había de pensar Barcelona que, arrancado por sus propios sentimientos, gemia el pobre desterrado por volver a su seno, luchando entre la necesidad de su corazón y la voz de sus propios dolores que le llamaba con más fuerza cada día lejos del sitio, origen de todos sus males!

¿Quién era y qué importaba la persona de Diego Rocafort para Barcelona?

Cuando joven, era un simple jornalero, un punto imperceptible entre la clase del pueblo, que era su clase, y luego después, cuando volvió de su esclavitud, un hombre cuyos nobilísimos actos quedaron ignorados, puesto que en los de verdadera gloria apareció esclusivamente la mano de Blanco.

La patria es una madre singular.

No cuenta ni sabe cuando lloran por ella sus hijos.

En cambio, las madres lloran por éstos sin que alcancen a comprender su sentimiento aquellos que llevaron en sus entrañas.

Diego no dormia, removíase continuamente en el lecho, y hondos suspiros que se escapaban de sus labios, traducían la angustia de su alma.

Daniel velaba como su amo, oyendo desde su sitio el más ligero ruido que se dejaba sentir en la alcoba.

Allá en la madrugada no oía ya nada por más que aguzaba el oído y redoblaba su atención.

—¡Se habrá dormido! pensó.

Y con mucho tiento se levantó de la cama, yendo de puntillas a la alcoba.

Asomóse a la puerta, alargó cuanto pudo la cabeza y vió que Diego dormia realmente.

Esto le sucedía todas las noches cuando le vencían al fin el cansancio y la fatiga.

Daniel estuvo contemplándole largo rato.

La fisonomía de Diego era otra totalmente.

Las huellas del dolor reciente habían desaparecido, reemplazándolas una expresión dulce y como de un secreto goce producido por el sueño.

Su respiración era regular, y su cuerpo descansaba perfectamente.

Diego tenía realmente su sueño feliz.

Se hallaba transportado a los primeros días de sus bellos amores.

Alegre y alborozado recorría las campiñas inmediatas a Barcelona, bajo aquel cielo tan limpio y tan puro como los bellos ojos de su amada; sus labios, balbucientes todavía por el temor y la alegría que se mezclan en las primeras palabras del amor primero, procuraban espresar lo que sentía el corazón; y sus oídos escuchaban aquella dulcísima y anhelada respuesta dada con temblor y acento inseguro, con el rubor en la frente y los ojos al suelo.

Daniel volvió a retirarse contento y tranquilo por entonces.

El criado no tardó tampoco en dormirse.

Todo en él dependia de su amo, hasta las necesidades naturales de la vida.

Pero el sueño de Daniel no era ni podía ser profundo.

Habíase acostumbrado a no dejarse vencer completamente, y hasta en el sueño podía decirse que velaba.

Una exclamación sonó ole pronto, en la alcoba.

Daniel abrió los ojos sallando del lecho, no sabemos si antes o después de abrirlos.

—¡Señor!

—¡Ah! ¡Daniel!

—¿Qué tiene V., señor?

—Nada, no es nada. ¿He gritado?

—Me lo ha parecido.

—Tal vez, dijo Diego.

Y su rostro, perdiendo repentinamente la expresión apacible que poco antes tenía, adquirió de nuevo las señales de mortal desaliento y profundo dolor que habían llegado a serle habituales.

En el momento de la exclamación, Diego se hallaba transportado por el sueño al callejon del Mill, la noche aquella y en el acto mismo en que se le presentó el infame Roberto acometiéndole navaja en mano.

Pero al despertar, Diego no recordó nada absolutamente del sueño.

—Mira qué hora es, Daniel.

El criado tomó el reloj de la mesita de noche y dijo:

—Las diez, señor.

—Puedes salir a buscar los billetes.

Daniel tuvo un nuevo pesar a estas palabras de su amo.

Harto sabía él, sin embargo, que la órden le sería repetida, pero así y todo sintió nuevamente como si le hubiese sorprendido aquella determinación.

Más de una vez estuvo tentado de oponer nuevas consideraciones y nuevas súplicas a la resolución de su amo, pero, más que el carácter firme de Diego, le detuvo el respeto profundísimo que a éste tenía el fiel criado.

—¿He de ir en seguida, señor?

—En seguida.

Daniel salió triste y pensativo a cumplir la órden.

Diego saltó de la cama y se vistió.

Al poco rato de estar en pié, empezó a sentir como una especie de flojedad en todo su cuerpo, la cabeza como desvanecida, y pesada la atmósfera de la habitación.

Fué al espejo para peinarse, y él mismo, a ser otro, se hubiera asustado de su propia cara.

Nunca las señales del abatimiento del espíritu aparecieron tan marcadas en su fisonomía.

Diego se miró un momento, y dijo con esa glacial indiferencia del hombre muerto para toda ilusion en el mundo:

—Dice un refran que *genio y figura hasta la sepultura*; más yo el genio podré llevarlo, pero lo que es la figura…

Y sonriéndose tristemente se separó del espejo, se puso sobre la levita el gaban forrado de pieles y tiró del cordon de la campanilla para llamar a un mozo de la fonda.

—Decidle a mi criado que me encontrará, si urje, en el puente de *Lóndres* a la derecha. De todas maneras yo no tardaré en volver, porque salgo nada más que a respirar un poco el aire fresco.

Después de estas palabras, dichas en buen inglés, se puso el sombrero, tomó un baston y salió.

Cuando estuvo en la calle, entró en una tienda. Pidió que le cambiasen en chelines unas cuantas monedas de oro, metióse el puñado de plata en el bolsillo y se dirigió al punto indicado.

Sobre el grandioso puente que cruza el Támesis, en aquella atrevida obra del genio inglés, elocuente testimonio del poderío de la Gran Bretaña, verdadero portazgo por donde pasan y dejan el tributo todos los pueblos de Europa, se hallan, como negras manchas esparcidas en un rico manto, multitud de pobres andrajosos y hambrientos escarneciendo el orgullo de su opulenta aristocracia y de sus grandes hombres de ciencia en el gobierno, que no han logrado estinguir la miseria en el pais que guarda la mayor parte del oro de Europa, y donde se ha pretendido alojar a la Humanidad que había huido espantada por la barbarie de otras naciones.

Diego llegó al puente, repartió entre aquellos infelices todo el dinero que llevaba, y les suplicó, después de oir las bendiciones de

todos al generoso *milord*, que le dejasen libre mirar al río.

Insensiblemente Diego alzó los ojos al cielo, y volviendo la cara en la dirección de España, estuvo así largo rato sintiendo aquella dulce melancolía que caracteriza la enfermedad que padecia, y que en semejantes momentos parece como que desprende suavemente el espíritu del cuerpo, llevándolo entre aromadas auras al anhelado pais de sus recuerdos.

El ruido de la máquina de un vapor que salía y el humo de la chimenea que un instante le envolvió como una nube, le sacó de aquella especie de éxtasis sublime.

Fijó la vista en el buque, y en su rostro se dibujó la expresión de la más pura alegría. ¡En uno de los palos ondeaba la vistosa bandera española!

Diego siguió con los ojos al buque hasta que le perdió de vista.

—¡Dichosos vosotros que podeis volver alegres a la patria! exclamó: ¡Que Dios os de un viaje feliz!

Diego tuvo necesidad de alejarse ya de aquel sitio.

A la dulce melancolía de antes había sucedido un dolor profundo en el alma.

Tomó otra vez el camino de la fonda.

Los mendigos del puente se levantaron todos saludándole al pasar.

Daniel acababa de entrar en la habitación cuando Diego subía la escalera.

Al entrar éste en la sala, Daniel le presentó un caballero, diciéndole en mal inglés y señalando a Diego:

—El señor es mi amo.

El inglés saludó respetuosa y cortesmente.

Diego inclinó también la cabeza y miró a Daniel.

—Este caballero es uno de los principales médicos de Lóndres, señor, dijo el criado presentando el inglés a Diego.

Este se inclinó nuevamente sin perder nada de su sorpresa.

El inglés volvió a inclinarse, y Diego preguntó a Daniel:

—Pero ¿qué objeto…?

—Nada, que el señor viene a visitarle a V. dijo Daniel.

—¡A visitarme!

—Sí, señor, repuso el criado.

—Pero en clase de…

—En clase de médico, concluyó Daniel.

Diego lanzó una fuerte mirada a su criado.

Daniel la resistió como un veterano.

Tenía tomada su resolución y de ella no le apeaban todos los respetos y todas las consideraciones del mundo.

—Caballero, dijo Diego al médico en tono sumamente cortés y en inglés puro; mi criado padece manías algunas veces, que yo le he disimulado en gracia de su buena intención y por el cariño que me tiene.

—¡Oh! no, permitidme, caballero, interrumpió el inglés; no son todo manías en esta ocasión lo de vuestro criado.

Diego miró sorprendido al médico.

—¡Cómo! ¿qué quereis significar? preguntó.

—Quiero decir simplemente que así que habéis entrado y he tenido el honor de veros, a primera vista he notado desgraciadamente más confirmadas de lo que yo esperaba las sospechas y los temores de vuestro criado.

Diego continuaba mirando con sorpresa al doctor inglés.

—Y ya que he venido, prosiguió éste, y he podido veros, no he de salir de aquí sin manifestaros lo que es ya por mi parte un deber de conciencia deciros. Me permito invitaros yo mismo a tomar asiento.

—Caballero, dijo Diego, acercándole un sillón al médico, cuyo solo aspecto era una garantia de su título, tal era su respetable figura, su imponente fisonomía y la bondadosa franqueza que espresaban su mirada y sus palabras; caballero, no seré yo quien tenga la descortesía de no oiros, puesto que tan empeñado pareceis en hablar de mi mal, y os habéis dignado venir a mi habitación.

Daniel creyó que podía permitirse asistir a la visita, y no salió como otras veces del gabinete, sino que permaneció en él de pié a cierta distancia del doctor y su amo.

—Decid.

—Con un hombre como vos, son inútiles los rodeos, empezó el doctor.

—Así es.

—Y sé ya de antemano que no ha de asustaros cuanto yo os diga.

—Me habéis comprendido.

—Vuestra cara lo dice; pero dice también que os vais a morir.

—¡Doctor!

—Sí, y antes que vos mismo creeis.

Diego experimentó una inevitable sorpresa al oir estas palabras dichas con tanto aplomo y tanta seguridad.

Pero estuvo muy lejos de asustarse.

—¿Y en qué os fundais para decirme eso? preguntó sin incredulidad.

—¿En qué me fundo? ¿Os habéis mirado al espejo?

—Sí, esta mañana.

—¿Y no habéis visto nada en vuestro rostro?

—He visto que estaba muy viejo y nada más.

—Se comprende esto perfectamente en un hombre como vos. Vos no temeis a la muerte, todo lo contrario; la recibiriais como en bien, como recibe el cansado viajero el lecho de musgo bajo una fresca sombra, donde reclina sus fatigados miembros.

Diego hacía justicia en su interior a la penetración y esperta mirada del doctor.

—Por consecuencia, prosiguió éste, no es extraño el que no se es haya ocurrido pensar que tan cerca podíais tenerla. Pero miraos, repito, a un espejo y hallaréis probada en vuestro rostro la verdad de mis palabras.

A Daniel se le rompia el corazón, y la expresión de su fisonomía, preñados de lágrimas los ojos, formaba particular contraste con el rostro apacible y tranquilo de Diego.

—Proseguid, doctor.

—Poco tengo ya que añadiros, pues que veo os fiáis de mis palabras. La causa de vuestra enfermedad, está en el alma: la tristeza y el dolor os han envejecido hasta mataros antes de tiempo. Seguramente reconocerá esto por origen grandes sufrimientos morales, que duran en vos todavía, y cuya medicina única está en las mismas circunstancias que los produjeron. Si estas circunstancias variasen muy pronto…

—¡Ah! ¡no puede ser!… exclamó Diego meneando la cabeza y con aquella triste sonrisa del desengaño en los labios.

—Entonces vuestro mal no tiene remedio.

—Una sola pregunta, doctor.

—Decid.

—Ya vos habéis conocido que yo no podía asustarme de nada de cuanto me habéis dicho.

—De otra manera, mi conducta hubiera sido otra, observó el doctor.

—Pero vuestro talento ha sabido hacer la debida excepción con el enfermo que ahora examinabais.

—Así es.

—Pues bien, deseo saber, pues me interesa, cuánto tiempo me dais de vida.

¡Ah! respondió el doctor, si pudierais sujetaros a mis prescripciones, viviriais aun…

—No deseo eso.

Ya esperaba el doctor esta respuesta. Para que Diego sanara, para que viviera, se hacía preciso el olvido completo de la causa de sus males, y ya sabía el doctor, que con una mirada sola había

comprendido el carácter y la naturaleza del enfermo, que esto era imposible.

—Si haceis un esfuerzo, procurando distraer la imaginación, no os sorprenderá la muerte tan pronto. Teneis voluntad, y si quereis hacerlo, lo hareis. Vuestra muerte será más o menos tarde, según vos queráis. Es todo cuanto puedo deciros.

—Gracias, doctor.

Este se levantó y tendió la mano a Diego.

—¿Creo que salís de Lóndres?

—Sí, hoy mismo.

—¿No querreis volverme a ver?… le preguntó el doctor con intención.

—No lo creo, respondió Diego con suma cortesía, y dejando conocer al doctor que no pensaba en hacer grandes esfuerzos para conservar su vida.

—Adiós, pues, caballero.

—Adiós.

El doctor salió acompañado de Diego hasta la puerta de la habitación.

Diego volvió a su gabinete, sacó de un secreter un estuche forrado de terciopelo que contenía una preciosa petaca de oro admirablemente cincelada, y llamó a Daniel.

Éste se acercó cabizbajo y temeroso de una reprension de su amo.

—Lleva esto de mi partea casa del doctor, y díle que yo le suplico lo acepte como débil muestra de mi consideración.

Daniel cogió el estuche y salió.

Diego, al verse solo, pensó en lo que piensan siempre los hombres que se ven en peligro de muerte lejos de su patria.

El sitio de la muerte no esa nadie indiferente, y por lo general todos deseamos morir en el lugar donde nacimos.

Se necesita tener un corazón incapaz de sentimientos, para no sentir este deseo en los últimos instantes de la vida.

Diego se sentó a la mesa y se puso a escribir.

Cuando el criado volvió, Diego ponia el sobre al pliego que acababa de sellar.

—¿Se lo has entregado? le preguntó Diego.

—Sí, señor, y lo ha aceptado, agradeciéndolo infinito.

—Bien, toma este pliego.

Daniel lo tomó, leyó el sobre y se quedó mirándolo con los ojos bañados en lágrimas.

El sobre decía, como el de otro pliego entregado en otra ocasión, aunque con menos motivo:

«A mi fiel criado Daniel para después de mi muerte».

—Señor…

—Guárdalo siempre contigo, Daniel, y yo fio en que sabrás cumplir exactamente lo que en él le prevengo.

Daniel no pudo contestar a estas palabras de su amo.

El sentimiento embargó su voz.

Pero llevó el pliego a los labios, y lo puso luego sobre su corazón.

—Ahora sal inmediatamente a tomar pasaje.

—¿Para Suiza, señor?… preguntó Daniel afectado.

—Para España.

CAPÍTULO XXXII.
En que siguen Eduardo y Roberto en su respectivo propósito acerca del retrato de Clara

ERCA de la calle en donde vivía Roberto, encontrólo Eduardo al paso cuando fué después de la entrevista de Sans con Fernando, a la cita que tenía con la querida de aquel.

Eduardo, que era lo que se llama un muchacho listo y avisado, vió a Roberto y dijo para sí al pasar por la acera opuesta a la que éste llevaba:

—¡Bravo! María habrá quedado libre y podré verla. Quiera Dios

qué me entregue el retrato. Pero se me figura que no tendré tanta suerte. Pronto lo veremos.

Llegó a la casa, subió al cuarto de la tia Nicasia, saludóla con un napoleón y la vieja bajó a avisar a María, después de haber tomado con la gente de su casa las mismas prudentes y *eficaces* precauciones que el día anterior.

La querida de Roberto estuvo en breve en la sala con Eduardo. Este, al verla entrar, conoció que no había aun alcanzado nada.

—¿Y bien? ¿cómo estamos? la preguntó el estudiante.

—Ya he visto el retrato.

—¿Cuándo? volvió a preguntar Eduardo para saber, cuando menos, si la prenda había ya vuelto a poder de Sans.

—Esta madrugada, que me levanté mientras él dormía, y fuí a la cabecera de su cama y se lo saqué del bolsillo.

—¡Ah! bravo, y ¿dónde está?

—¡Ah! lo tiene él todavía.

—¡Cómo!

—No tuve valor… lo estuve viendo un rato, y se lo volví al mismo bolsillo.

—¡Eso ha hecho V.!

—Qué quiere V. que le diga… si es un hombre que me mataría ¡oh, sí, me mataría!

—Y a mí qué me importa que te matara, dijo Eduardo en su interior.

—Pero ya tendremos otra ocasión.

—Ya veo que no haremos nada… ha dejado V. perder esa buena coyuntura y…

—Ya habrá otras; he juzgado que es mejor dejar pasar así algún día…

—Sí, aguardar a que tome el portante con la otra.

María volvió a sentir la misma cólera que el día anterior, y exclamó:

—¡Ah! yo le prometo a V. que esta noche…

—Sí, esta noche sucederá lo mismo que ha pasado en la última.

—No, yo le prometo a V…

—Lo mismo me prometió ayer.

—Hoy tendré valor, sí; pensaré en eso y lo tendré.

—Le faltará a V. el que ahora parece tener; y en llegando el momento…

—Juro a V. que sabré tenerlo.

Eduardo conoció que aquella mujer sería siempre débil, amedrentada como se hallaba por el genio de Roberto, para atreverse

a quitarle el retrato, y desconfió de adquirirlo por este medio.

—¿Él lleva el retrato encima? le preguntó.

—Sí, señor, encima.

—En fin, veremos, veremos como se porta V. Yo estoy aguardando eso para empezar mi venganza.

—¿Y qué me dice V. por su parte? preguntó María, que deseaba saber algo nuevo de las relaciones de su amante con la dama del retrato.

—Yo no puedo decir a V. nada nuevo hoy, mañana tal vez.

A Eduardo le convenía ver a menudo a la querida de Roberto.

—¡Ah! y dígame V.; ¿dónde vive esa señora?

—¿La del retrato?

—Sí.

—No puedo decir a V. nada, mientras yo no tenga una prueba de que V. se decide a ayudarme como prometió ayer.

—¡Una prueba! ¿y qué prueba quiere V.?

—El retrato; mientras este no venga, no podemos entendernos.

El estudiante creyó que debia mostrarse así visiblemente descontento, y por cierto no fingía, para mejor obligar a la mujer a la ejecución de su pensamiento, y procuró terminar en breve la entrevista, aplazándola para el día siguiente.

—Por hoy, se dijo al salir, sabemos que Sans no recobró el retrato aun. Lo que yo dije: no tenía un cuarto. Quizás lo adquirirá esta mañana; porque el tal Roberto me pareció que tenía cara de ir a su casa cuando yo le encontré.

El estudiante no se engañaba.

A casa de Sans precisamente iba Roberto.

Dejemos por ahora a Eduardo.

La entrevista de Aguilar con Sans había afectado a ésto profundamente.

Dejando a un lado la humillación que Carlos había sufrido, lo cual era lo menos que este sentía, ya que no había sido en público y de manera que pudiera avergonzarle a él, las palabras que Fernando le había dicho respecto de su amor a Clara lo hicieron reflexionar muchísimo, no tanto por lo que ellas en sí decían, cuanto por lo que dejaban adivinar.

Un hombre como Aguilar parecia a la persona más torpe que con él una sola vez hablase, no era fácil que aventurase palabras de aquel género en asunto tan sumamente delicado.

Era evidente, pues, que Clara amaba al estudiante, en cuyo caso el asunto se presentaba bastante feo para Sans.

Hé aquí lo que éste sintió.

En cuanto a lo demás, ni su amor propio ni su cariño padecian lo más mínimo.

—Señorito, ha venido un caballero que desea ver a V., le anunció uno de los criados, sacando a Carlos de sus reflexiones.

—¿Quién es?

—Creo que ha dicho se llamaba D. Narciso Perez.

—No le conozco, que pase.

Roberto entró en la sala donde estaba Carlos.

Éste experimentó al verle una impresion desagradable que no pasó desapercibida a la escrutadora mirada de Roberto, el cual dijo para sí:

—Malo; no tiene dinero, o no quiere el retrato a tal precio.

—¡Ah! ¿era V.? preguntó Carlos sin esforzarse gran cosa en disimular su mal humor.

—Sí señor; como ayer quedamos…

—Ya; pero, amigo mio, no he podido arreglarlo tan pronto que me encuentre en disposición todavía…

—Yo no hubiera venido tan pronto, pero como ayer dijo V…

—Sí, ya ha indicado V. este motivo.

—Y parece que los otros tienen así como una impaciencia.

—Comprendo que pueden tener impaciencia por ver en sus manos cuadruplicado por lo menos el valor de esa prenda que sin embargo de ser hoy suya, no debían exigir esa barbaridad, abusando de mi posición en este asunto.

—Qué quiere V., D. Carlos, a mí no me dice V. nada con esto.

—Si, ya entiendo que será en balde cuanto yo diga.

—Es porque no soy yo, no está en mi mano esclusivamente la resolución de este negocio.

—Pues por hoy, amigo, no puedo hacer nada; y pueden Vds determinar lo que gusten.

Roberto empezó a perder la esperanza por este lado también.

—Pero si ya dije a V. ayer, insistió, que no era tampoco puñalada de pícaro.

—Entonces ¿a qué esa prisa?

—Es que yo quisiera cumplir con todos a la vez: con la prisa que el otro tiene y con V.

—Ya.

—Pero, si V., por ejemplo, desea recobrar la prenda, yo haré de manera que, trampeándolo, sino hoy, mañana venga a poder suyo.

—De mi ya lo sabe V.; cuando esté en disposición…

—Bueno pues, pasaré otro día.

—Cuando V. quiera.

Roberto salió con una debilísima esperanza, vista la especie de

indiferencia de Sans en el asunto.

—Repetiremos mientras tanto, las instancias por la otra parte, se decía. Hasta que ella le de a él un escándalo, no sacaré yo verdadero partido.

Roberto seguía presumiendo que el retrato era de la baronesa, y por consiguiente en la creencia de que ésta tenía relaciones con Sans.

A poder ser así, no calculaba mal Roberto; y extrañaba que el escándalo no hubiese producido su efecto después de su carta a la madre de Clara.

Carlos llamó a uno de sus criados y mandó a buscar a D. Blas.

El usurero estaba ocupado aquella mañana, y no pudo ir.

Carlos, por la respuesta que le trajo el criado, leyó en el corazón del avariento viejo, comprendiendo que éste iba perdiendo poco a poco aquel empeño y aquella solicitud de antes en servirle.

—¡Maldito viejo! exclamó. ¿Y qué más te ha dicho? preguntó a su criado.

—Que esta tarde, si puede, pasará.

—¡Si puede!…

—¿A qué hora almorzará el señorito?

—No almuerzo hoy.

El criado se inclinó y salió.

Carlos se quedó con la ira que le devoraba, por la respuesta del usurero.

—¡Esta tarde, aunque venga el condenado, se decía, no habrá tiempo de nada! ¡necesito verle esta mañana!

Y tomando el sombrero, salió a la calle y hacia la casa de D. Blas.

vivía éste en un cuarto tercero de la calle del Gobernador.

La casa era de muy humilde apariencia.

Una escalerilla estrecha era su entrada; y las paredes, poco limpias y el polvo que había en los escalones, indicaban la poca o ninguna suposición de los vecinos que habitaban en ella.

La puerta del cuarto de D. Blas presentaba, sin embargo, un singular contrasto con las demás de los otros cuartos y el aspecto de la escalerilla.

Era una recia puerta de nogal, con la friolera de tres cerraduras.

A Carlos, que por primera vez iba a la casa, le llamó la atención, así que se puso delante de ella.

—No hay que preguntar, se dijo, cuál es la habitación del usurero.

Y llevando la mano a un cordon de seda que remataba con una gruesa y mugrienta borla que se conocía había sido de color carmesí, y pertenecido al adorno de algún cortinaje antiguo o a los damascos de alguna iglesia, tiró y sonó en el interior del cuarto la campanilla.

Al poco rato se oyeron unas pisadas apagadas que se fueron acercando, se abrió el ventanillo, guardado por una rejilla de recias barrillas de hierro, lo suficiente nada más que para ver con un ojo desde adentro quién estaba a la parte de afuera, y una voz gangosa preguntó:

—¿Quién?

—¿Don Blas? dijo Carlos, conociendo la voz de adentro.

Los cerrojos de la puerta rechinaron como si fueran los de una cárcel.

—Señor D. Carlos… exclamó D. Blas, abriendo y volviendo a cerrar en seguida.

A Sans le faltó poco para soltar la carcajada a la presencia del usurero y al ver como éste se le presentó.

Merece describirse.

Llevaba a la cabeza un gorro negro de punto de estambre encasquetado hasta cubrirle las orejas; lleno de zurcidos y de manchas, un leviton que le llegaba hasta media pierna; un delantal de lienzo atado con unas cintas al cuello y sujeto a la cintura que lo llegaba también hasta más abajo de las rodillas; las bocamangas remangadas; unos zapatos de orillo y unas grandes antiparras verdes completaban el traje que acababan de caracterizar un cuchillo de cocina que tenía en una mano y un manojo de ajos y peregil en la otra.

—Usted me dispensará, D. Carlos, que no le de la mano; dijo D. Blas abriendo los brazos y dejando ver como las tenía ocupadas.

—No le hace.

—Me encuentra V. haciendo el cocinero: amigo, no hay remedio: los pobres tenemos que hacérnoslo todo.

—Sí, pero pobres que tienen vírgenes como esa en este sitio, dijo Carlos señalando una rica imágen de plata maciza que había en un rincon del recibidor atestado de cuadros preciosos y otros objetos de gran valor; no son tan pobres.

—¿Esa vírgen? ¡Ah! es una rica imágen.

—Ya lo creo.

—Pertenece a una familia que ha salido por algún tiempo y me suplicó que se la guardase para que no se la robaran en la casa que han dejado sola.

—¿Y todo esto, dijo Carlos admirado delante de aquellos objetos, pertenecí también a esa familia?

—No, es de varias…

—Ya.

—Que tienen confianza en mí: y algo hay mio también.

—Todo, infame, pensó Carlos.

—Pero, pase V.; el ama que tengo ha salido, pero no puede tardar en volver, y cuando venga, ella se arreglará en la cocina. A V. le sorprenderá esto, D. Carlos.

—No tal; cada uno en su casa…

—Y sobre todo cuando no se puede mantener un número de criados como V. tiene…

—Por eso necesito mucho dinero, D. Blas.

—Con permiso de V. voy a quitarme esto y a apartar la sartén de la lumbre.

—Vaya V., vaya V., dijo Carlos sonriéndose.

Don Blas volvió al cabo de pocos momentos y entró en la sala donde Carlos le aguardaba, oliéndose las manos y diciendo:

—Ya no huelen a ajos ni a peregil. Ahora ya puedo darle la mano.

Y sentándose al lado de Carlos, después de haber repetido una y otra vez sus excusas por no haber ido a casa de Sans, concluyó:

—Pero V. me dirá, ya que ha tenido la bondad de venir a honrar esta humilde choza, lo que desea, D. Carlos.

—Ya puede V. figurárselo.

El usurero meneó la cabeza.

—Dinero, concluyó Carlos: eso es lo que deseo y que espero me dará V.

—¡Yo, D. Carlos!… exclamó en tono compungido el usurero.

—Usted. ¿Pues quién entonces?

—Si no me lo dan a mí antes…

—Eso será cuenta suya.

—Y de V., porque demasiado lo sabe ya de otras veces.

—En fin, sea como quiera.

—Pero lo que a mí me maravilla, D. Carlos, es que pueda V. volver a necesitar hoy dinero.

—Pues lo necesito.

—No sé, no sé cómo vamos a arreglarlo.

—Y ha de ser pronto, que es más.

—Eso es, para allanar las dificultades, prisa y más prisa todavía.

—¡Ah! no hay remedio.

—¿Pero cómo demontre gasta V. tanto, D. Carlos? Usted dirá que a mí nada me importa.

—Con efecto, eso mismo estaba pensando, interrumpió Carlos.

El usurero no se avergonzó por esto y prosiguió:

—Pero el afecto que tengo a V…

—Lo extraño es, señor D. Blas, que ese afecto no me lo manifestara V. antes de ahora: por ejemplo, hace un año cuando le

pedía a V. mil, y me traía y me invitaba a que tomase dos mil.

—Como haría ahora, D. Carlos, si no hubiesen variado las circunstancias.

—Ya lo creo, observó Sans; pero es que se engaña V. al pensar lo que piensa, porque tengo yo, o tendré dentro de poco, como tres veces más de lo que poseo hoy. Para que V. lo sepa, y no pierda tan pronto la confianza en las gentes.

—No me ha comprendido V., D. Carlos.

—Demasiado.

—No, señor; dije yo que hace un año había más, ya lo creo, mucha más abundancia de dinero, y se podía encontrar con más facilidad; y luego que V., a lo menos que yo lo supiese, no había gastado tanto como ahora, lo cual por ese mismo afecto que lo tengo, no permitiría yo que lo hiciera si tuviese algún poder sobre V.

—Pero como no le tiene, D. Blas, y yo soy ya mayor de edad, y tengo tres veces más que lo que V. pueda prestarme.

—Yo no, cuidado…

—O hacer que me presten otros, es igual, para responder de ello, es el caso que no estoy en el de escuchar sermones ni de haber menester consejos de nadie.

—He concluido, y V. dispense.

—Necesito para hoy, de diez a doce mil duros.

—¡Jesús!

—Ni más, ni menos. Si V. puede proporcionármelos, para V. será el lucro; sino, V. mismo, otro lo tomará con mil amores, como lo hubiera ya tomado si no fuese que a mí no me gusta conocer caras nuevas y que estoy acostumbrado a entenderme con V. desde hace tiempo.

El usurero miró a Carlos, comprendiendo que sus palabras no pasaban de un vano alarde, y dijo:

—Usted hará lo que más le cuadre, D. Carlos, que libre es V. de ello. Yo por mi parte, y considerando como está hoy el dinero en Barcelona, temo que le engañen sus esperanzas de encontrarlo por otro lado.

—No lo crea V.

—Pues por mí puede tomarlo.

Carlos se fastidió con esta conclusion, pero estuvo a tiempo de retroceder diciendo inmediatamente:

—Pero si he dicho a V. que no lo quiero, que ha de ser por medio de V.

—¡Ah!

—Do otra manera no me hubiera tomado el trabajo de venir a verle.

El usurero penetró hasta lo más recóndito de la intención de Sans.

No ignoraba, pues hartos motivos tenía de saberlo, que Carlos estaba agobiadísimo, que no había ya una sola de sus fincas que no tuviese sobre sí el gravamen de una hipoteca próxima a su valor, y por lo mismo sabía que podía muy bien valerse de esta posición, esponiéndosela a Sans desnuda y tal cual era en realidad.

Así lo hizo en efecto, dando a Sans un horrible martirio.

—¿Pero todo eso qué importa? preguntó Carlos.

—¿Cómo qué importa? ¿no conoce V., D. Carlos, que con esto apenas puede V. responder de mil duros?

—No importa, aunque hoy fuera eso así.

—¡Que no importa! para V. lo creo; pero para la persona que ha de dar el dinero importa mucho: esa querrá ante todo asegurar sus intereses.

—Vamos, dijo entonces Carlos, echando mano del último recurso que le quedaba. ¿Y si yo le dijera a V. que antes de un mes seré dueño de otro patrimonio mayor dos veces que el mio?

—¡Ah!

—Entonces, aunque fuese bajo mi sola firma, ¿no me daria V. los doce mil duros que necesito hoy?

—Si hubiese una certeza de eso… no digo que no lo diesen, dijo el usurero, hablando siempre en plural y como persona intermediaria solamente en esta clase de negocios.

—Pues es cosa, amigo, que debiera V. saber, cuando es público en Barcelona.

—No sé a qué puede V. referirse, ¿una herencia?

—No. ¿Qué le parece a V. del patrimonio de Turella?

—¡Ah! grande es y limpio.

—Ya sabe V. que la única heredera es la niña.

—Sí, porque un niño que había, murió.

—Eso es.

—¿Y bien?

—Pues esa niña va a ser mi mujer, dijo Carlos afectando el tono de la mayor seguridad.

—Sí, efectivamente, ya sabía yo que era casamiento pactado, pero…

¿Qué?

—Podría no llevarse a cabo.

—¡Cómo! ¿Sabe V., señor D. Blas, que creo me está V. faltando esta mañana de una manera que no puedo yo tolerar?

Carlos había llegado al punto que D. Blas deseaba.

—Éso sí, D. Carlos, V. siempre injusto conmigo, dijo con cierta

calma. ¿No conoce V., añadió, que estas observaciones se las tengo que hacer a la fuerza, porque no quiero que diga V. luego qué no tengo yo interés en servirle, sino al contrario, y que si no se encuentra lo que V. desea, no ha sido por culpa mia, sino de la situación en que V. se halla? Eso es, pues, ni más ni menos, don Carlos; pero ya que V. se incomoda, no le haré nunca más la menor observación.

—Se lo agradeceré pues.

—Corriente, mejor, así me gasta más. Vamos, pues, al grano, como si no nos conociéramos. ¿Qué es lo que V. desea que yo lo encuentre?

—Doce mil duros para hoy.

—Se bastarán. ¿Hipoteca?

—La que quieran.

—¿A qué precio los he de pagar?

—Es indiferente. Lo que yo quiero son doce mil duros hoy.

—Está muy bien.

—¿Esta tarde pasará V. a mi casa?

—Sí, señor, ¿hora?

—Las tres.

—Es temprano; a las cinco.

—¿Vendrá V. con el dinero?

—No puedo prometerlo, pero llevaré a V. una respuesta decisiva.

—Entendidos.

—Entendidos.

Carlos se levantó, el usurero le acompañó hasta la puerta, cerró otra vez con gran cuidado y volvió a la sala exclamando:

—Hasta hoy no hice el verdadero negocio con este joven.

CAPÍTULO XXXIII.
De cómo Carlos Sans ganó en un día el terreno perdido en el amor de Clara

A desordenada vida que llevaba Carlos Sans, del juego a la orgía, trasnochando y gastando miserablemente la salud del cuerpo, como asimismo la juventud de su alma, que se perdia con la pingüe fortuna que había heredado de sus padres, se dejó conocer bien pronto en aquel rostro pálido y ajado como la flor azotada por el viento de la borrasca.

Su situación iba siendo más triste y más apurada, perdiendo cada

día una tabla del combatido buque en que corría el horrible temporal de su agitada vida.

Y lo que más influía en el desaliento y hasta en la desesperación que más de una vez le atacaba, era el contemplar más lejana cada día la ya débil esperanza de su casamiento con la hija de Turella, única salvación que le quedaba para evitar una completa ruina, al punto extremo a que había ya llegado.

Carlos seguía frecuentando la casa de Turella, y la indiferencia de esta familia con él era ya tan marcada que no podía tolerarse.

Como le había prevenido D. Pablo, el curador de Clarita, única persona en quien Carlos confiaba, fué éste a verle después que salió de la casa del usurero.

Don Pablo notó al momento en el rostro de Sans las señales del martirio de su alma, aunque estuvo lejos de sospechar la verdadera causa.

El abogado creyó que aquello era el amor y nada más que los estragos de esta pasion desatendida entonces por Clara.

Preguntó a Carlos acerca del estado en que con ésta se encontraba, y Sans le respondió:

—Más indiferente conmigo cada día.

—Y V., naturalmente, sufrirá mucho…

—La amo, D. Pablo, y excuso decir a V. más.

El abogado, procurando engañarse a sí mismo, para dar en su conciencia un interés menos pérfido que el que hasta entonces le había movido a abogar por Sans, se dijo en su interior:

—Este joven está malo de veras y hasta puede morirse de sentimiento, y yo no puedo permitir que por el capricho de una niña que no reflexiona, y el de una madre demasiado condescendiente para con su hija, suceda una desgracia en contra de todo lo que el difunto barón tenía pensado y encomendó a mi discreción y buena amistad.

Y resuelto a apoyar como nunca las pretensiones del joven Sans, y a sostener y hacer cumplir la voluntad del difunto, dijo a Carlos:

—Crea V. que me contrista sobremanera el verle a V. en ese estado, pero yo le prometo que, o he de poder poco, o la cosa ha de arreglarse de una manera satisfactoria y a la mayor brevedad.

—Don Pablo…

—Ahora mismo salgo yo a hablar seriamente de esto a la baronesa.

—En V. confío esclusivamente, D. Pablo. Usted es mi padre en esta ocasión, exclamó Carlos con un tono tal de baja y rastrera súplica que hubiera repugnado a cualquier otra persona que no fuese el abogado.

Ésto dió nuevas seguridades a Carlos, sin olvidarse de persuadirle de su desinteresado afecto y decidida protección, y salió en seguida a

ver a la baronesa.

Ya sabemos que el interés de D. Pablo corría parejas con el de Sans en el asunto: Carlos no podía tener en ello mejor ni más decidido protector.

La baronesa de Turella recibió a D. Pablo con aquella afabilidad que tenía para todos y con la confianza que merecia un tan bueno y tan antiguo amigo de la casa, que era además el curador de su hija.

Después de las acostumbradas frases de mera educación, D. Pablo empezó:

—Baronesa, hoy vengo a ver a V. como amigo en primer lugar…

—Don Pablo, no creo haya abandonado V. nunca ese carácter en esta casa, interrumpió la baronesa.

—Es que luego me será tal vez forzoso el prescindir de la amistad para cumplir con lo que exige mi conciencia.

—Me sorprende ese lenguaje, D. Pablo.

—Tenga V. la bondad de oirme. Acabo de dejar a Carlos en este momento.

Ya sabía la baronesa que este era el punto que iba a abordar D. Pablo.

—Y me he asustado por cierto al verle.

—¡Asustado!

—Sí, porque el pobre se ha puesto desconocido en cuatro días: tanto es lo que sufre.

Don Pablo, que conocía muy a fondo a la baronesa, sabía que la compasion era el flanco más seguro para poder vencerla.

—Ya he notado eso yo misma, D. Pablo, y crea V. que más de una vez me ha ocupado.

—Me alegro de que, V. lo haya observado también, porque así comprenderá mejor lo que es preciso diga yo a V., antes que lo diga Barcelona entera. Carlos ama a Clara.

—¿Lo cree V. así, D. Pablo?

—¡Si lo creo! Se necesita, señora, no tener ojos para no ver la causa de ese malestar que le devora, y que Dios sabe a donde podría conducirle.

—¡Dios mio! exclamó la baronesa, que tenía sobrados motivos para comprender hasta qué fatal extremo podía conducir a Carlos su amor menospreciado.

—Y si después de todo sucediese mañana una desgracia a ese joven, dígame V. si pesaría esa desgracia sobre nuestra conciencia principalmente: ¡ali! sobre la mia, ¡jamás!

La baronesa bajó los ojos, sin decir nada a estas palabras.

—Para ese caso, yo, prescindiendo de la amistad, resignaría en V.

todas mis facultades y la autoridad que me legó el barón, renunciando formalmente el cargo de curador de Clara.

—Don Pablo, no creo sea llegado el momento de hablarme V. con esa formalidad y esa resolución.

—No ciertamente, baronesa, y sabe Dios que ese día fuera de verdadero dolor para mí, porque miro como propia esta familia, y al romper los lazos que con ella me ligan, no dude V. que se romperían las más delicadas fibras de mi corazón; pero me ha afectado tanto esta mañana el aspecto de Carlos, he visto tan hondas señales en su rostro del vivo dolor que aqueja su alma; hubo tal acento de dolorosa verdad en lo que me dijo…

—¿Qué le dijo a V., D. Pablo?…

—Estas palabras, que recuerdo perfectamente: «no lo siento por lo que diría el mundo, ante el cual haría yo el más ridículo de los papales: me marcharía de Barcelona para no volver más, y el ridículo no me seguiría fuera de sus puertas; no lo siento tampoco por la posición que goza esa familia; yo soy bastante rico para no experimentar tan pequeño sentimiento; pero lo siento por ella…».

—¡Ah! exclamó la baronesa.

—«Por ella, prosiguió el abogado, representando su papel a las mil maravillas; por ella, a quien amo, a quien estoy acostumbrado a mirar como un tesoro próximo a ser mio; por ella, de la cual no podré nunca apartar mi memoria, ni quitar el cariño con que estoy acostumbrado a mirarla».

—¿Eso ha dicho?

—Pero de distinto modo que yo, baronesa, añadió D. Pablo: V. no hubiera podido oirlo sin sentir lo que yo he sentido, sin resolverse a lo que yo me resolví, que fué a decirle que todo eran visiones que él se forjaba, que Clara era muy joven y que las jóvenes están a veces indiferentes o malhumoradas por las cosas más fútiles, pero que no creia yo hubiese motivo para pensar en que Clarita se empeñase en rehusar su mano.

—Ha dicho V. muy bien.

—¡Ya es mía! exclamó para sí D. Pablo haciendo esfuerzos para disimular su satisfacción.

Y en seguida prosiguió:

—Ahora, baronesa, solo me resta interponer mi escasa influencia…

—Escasa no, D. Pablo.

—En favor de Carlos.

—No hay necesidad de ella.

—Piense V. sobre todo en el daño que podemos hacerle y en lo que puede perder la misma Clarita.

—Todo lo tendré presente, D. Pablo. ¿Usted volverá a verle?

—Puedo mandarle un recado.

—Ayer no le vimos en todo el día.

—No me extraña, observó D. Pablo.

—Pues véale V. y dígale que extrañamos no verle ayer, procurando disuadirle de eso que él se figura…

—Perfectamente.

—Puede V. hacerlo así muy bien, porque aquí, aunque mi hija quizás haya dado a conocer algo, no se le ha dicho nada absolutamente que pudiera ofenderle y hacerle formar un juicio para lo porvenir.

—Crea V., baronesa, que lo daré con ello la vida.

—Yo volveré a hablar a mi hija.

—No dudo que V. sabrá persuadirla, y con esa esperanza me marcho ya a ver a Carlos.

—A él le dejo a la discreción de V…

—Y yo abandono a Clarita a los sanos consejos de su madre.

Don Pablo salió lleno de gozo después de haber conseguido su objeto a un punto que seguramente no esperaba.

La baronesa, arrastrada insensiblemente al terreno de la compasion, empezó por sentirla hacia Carlos, y pasando a otras consideraciones que se hizo cuando quedó sola, partiendo como partia del amor verdadero de Sans a su hija, concluyó por ponerse completamente del lado de Carlos.

Llamó a Clarita, la habló con ese acento del cariño maternal, que podrá equivocarse muchas veces en la elección del hombre que destina a las hijas, pero que casi nunca deja de ser sincero y desinteresado, y como tal lleva mezclada en su ternura la fuerza del convencimiento, y Clarita concluyó al fin por prometer que obedecería la voluntad de su madre respecto a Carlos.

La baronesa tuvo el talento de no despreciar a Fernando, del que habló muy poco, y sobre todo de no exigir a su hija que le olvidase.

Eso lo tomó ella de su esclusiva cuenta, creyendo que lo conseguiría insensiblemente sin que la misma Clara lo notase.

CAPÍTULO XXXIV.

En que se habla de una pulsera, de una paliza, de una carta y de un retrato

ESCARRILADOS anduvieron los dos estudiantes el uno respecto del otro por algunos días.

Una semana se había pasado sin que la mútua confianza de los dos amigos buscase una ocasión de referir lo que a cada cual había sucedido, contándoselo recíprocamente.

Esto, aunque entre dos compañeros tan unidos y que

verdaderamente se querían, parezca extraño, no lo es sin embargo.

Aguilar era naturalmente reservado, y a menudo necesitaba las continuas preguntas y el aguijon de la curiosidad de Eduardo para hablar a éste, aun de aquello mismo que reclamaba en él una espansion de espíritu, y Eduardo no tan solo no buscaba, sino que huia la ocasión hasta de verle algunas veces.

Era que Eduardo quería sorprender a Fernando, presentándole el retrato de su amada, y no estaba seguro de poderse dominar lo suficiente para no descubrir a su amigo que había sorprendido el paradero de aquella prenda, su plan para apoderarse de ella, y sus gestiones a este objeto con la querida de Roberto.

La satisfacción de Eduardo hubiera sido completa, pudiendo, conseguido el fin, explicar a su amigo los medios, y no quería privarse de ella, explicando los medios antes de alcanzar el fin.

Por otra parte, el resultado de sus afanes podía no ser como él deseaba, y en este caso no quería tampoco hacerle concebir al pobre Fernando una esperanza que hubiera sido luego muy doloroso ver frustrada completamente.

He aquí porque no dijo una palabra a su compañero la noche aquella, ni después, acerca del casual descubrimiento que había hecho en casa del Colmado.

Pero así que Eduardo perdió, en la última entrevista que tuvo con la querida de Roberto, las esperanzas que había concebido de obtener el retrato, entonces juzgó que era cosa de comunicársela a su amigo y buscó la ocasión que hasta aquel momento había procurado evitar.

Naturalmente, después de la relación de Eduardo a Aguilar, vino la relación de éste a Eduardo.

Los dos estudiantes se hallaban platicando en un cuarto de la casa en donde vivían.

Eduardo oyó con marcado interés lo que su amigo le contó acerca de sus progresos en el amor de Clara, que iba hasta entonces adelantando todo el terreno que Sans perdia, pues si bien la baronesa de Turella no había dado su consentimiento espreso, toleraba, sabiéndolas, esa especie de relaciones extraoficiales y sin carácter que muchas madres no creen peligrosas porque se interponen en los amantes los hierros de una reja, o la distancia de un balcón a la calle, sin considerar que nunca al amor bastaron hierros ni distancias, ni necesitó jamás el beneplácito de la autoridad paterna para llegar al grado en que puede creerse peligroso.

Pero cuando Eduardo saltó de la silla en que estaba sentado, admirándose, riendo y golpeándose la frente, fué cuando Aguilar le contó su aventura con Lola.

—¿Y ella te dijo, preguntó como si necesitara para enterarse bien que Fernando dijera dos veces lo que estaba contando: le dijo que tú le habías llamado la atención… en fin, que le habías llenado el ojo?

—Poco menos, dijo Fernando sonriéndose.

—¡Oh! ¡suerte! ¡suerte! ¡a quién, le presentas a voces! exclamó Eduardo con entusiasmo y sentimiento a la vez. ¿Y tú entonces la dijiste…?

—En pocas palabras, lo que debe decir un hombre honrado a una mujer de ese género.

—¡Torpe!

—¡Eduardo!

—¡Sí, hombre! ¡qué diablos! ¡dejarse perder una ocasión semejante! si me sucede a mí un lance de ese género… A lo menos hubieses concluido de otra manera para tener lugar de presentarme a mí.

—Eh… no vale la pena… dijo Aguilar con desdén.

—No le creas que para hacerla el oso y el pollo, ni entrar en otras relaciones; sino que me gustaría a mí conocer a esa mujer, y daría porque alguien me presentase…

—Será difícil, porque a la cuenta, la gente que la rodea, cuida más bien de quitarlos del medio, que de ponerse a sí misma estorbos.

—No necesito que nadie me presente: ya tengo un medio.

—¿Cuál? preguntó Aguilar.

—¿No dices tú que ella se interesó por tí, y te mandó a buscar porque pegaste a Sans?

—Sí.

—Pues le busco cualquier día delante de ella, le doy una paliza que lo doblo, y a la noche tengo otro billete llamándome para darme las gracias por haber acariciado así a su adorado tormento.

—¡Eduardo!…

—Y si la simpatia ha de ser en razón directa de los palos que lleve el otro, yo te aseguro que no he de merecerla a medias.

—Eres un loco.

—¿Loco? pues como si lo vieras.

—No hagas tonterías, que tú eres capaz de cualquier cosa, y…

—Cuando te digo que voy a ensayar el medio…

—Pero, ¿hablas de veras, Eduardo?

—¿Cómo se dicen las cosas?

—Pues bien; entonces respóndeme francamente, y según lo qué me digas, yo te daré camino de ser presentado.

—Dí.

—¿Para qué quieres conocer a esa mujer?

—Para todo, menos para enamorarme de ella.

—¡Cuidado, Eduardo!…

—¿Soy yo un pollo por ventura?

Es que también los gallos suelen caer en poder de la zorra.

—No los que como yo las conocen y saben guardarse, opuso Eduardo.

—En fin, basta con que lo prometas de buena fé.

—Te lo prometo.

—Pues toma el *Diario* de hoy.

—¡El *Diario*! exclamó Eduardo extrañando la salida de su compañero.

—El *Diario*, sí.

—¿Pero qué tiene que ver…?

—Tómalo, hombre.

—Ya le tengo.

—Mira la sección de anuncios; en las *pérdidas*.

—Ya estoy.

—Busca la de una pulsera que se perdió anteayer noche.

—Aquí está. Y ha de ser preciosa por cierto.

—Pues yo me la encontré.

—¿De veras?

—Mírala.

Y Fernando abrió el cajon de la cómoda, presentando a Eduardo una rica pulsera formada por una trenza de hilo de oro y un broche de gruesas y limpias perlas.

—¡Es preciosa alhaja! exclamó Eduardo tomándola en la mano.

—Ahora mira el anuncio, y veas quién la reclama.

Eduardo leyó:

—*Calle del Conde del Asalto, n.º 36, piso principal.*

—¿No sabes quién vive ahí?

—¿Lola?

—La misma.

—¡Oh!

—Puedes ir a devolverle la pulsera como si la hubieses tú encontrado.

—¡Ah! sí, sí, exclamó Eduardo lleno de entusiasmo.

—Yo iba a mandársela por la muchacha de casa, sin decirle quién la encontró.

—Pues ya no hay necesidad; yo iré con mil amores, y mañana mismo.

—Ya tienes, pues, el medio que tanto anhelabas.

—Sí: ¿pero sabes lo que pienso? dijo de pronto Eduardo variando

de tono y mirando la pulsera.

—¿Qué?

—¿No valdría más venderla, y gastar luego el dinero que devolvérsela?…

—¡Ah! eso, jamás.

—Ya iría yo a decírselo luego; de todas maneras, mi objeto no es más que el de tener un motivo de presentarme.

—Capaz serías…

—¿Con esa mujer? pues ya lo creo.

—Ojalá te vea siempre así respecto de ella…

—Pues hablando ahora formalmente, sabe Dios que se la voy a entregar con sentimiento. Si supiera quién fué el Lázaro que la pagó… En fin, gracias, chico. Hoy es ya algo tarde, y necesito prepararme un poco. Mañana iré a llevársela.

Fernando volvió a quedar como acostumbraba algunas veces, mudo y distraido, sin parar la atención en lo que su amigo decía.

Eduardo guardó la pulsera sin dejar de hablar un segundo de lo que pensaba hacer y el partido que podía sacar de la alhaja.

—Pues esas mujeres a veces son las que se fijan con mayor facilidad, proseguía, yo no la conozco a fondo, veremos luego lo que puede dar de sí. Afortunadamente tengo para deslumbrarla a primera vista, siete puñados de onzas ahí en ese rincon. ¿Sabes qué sería bueno?… Pero, ¿no me oyes?

—¿Qué? dijo Fernando.

—¡Siempre ese mismo carácter!

—Es que pensaba ahora en eso que me dijiste del retrato. ¿Dices que ese hombre se llama Roberto?

—Sí.

—¿Y lo lleva encima?

—Siempre.

—Lo extraño es, que Sans no lo haya recuperado.

—Toma, ya te dije el porqué. No hay noche en que no salga empeñado del juego.

—Si hubiese un medio de poderlo obtener…

—¿El retrato? yo no veo más que uno que se me olvidó decírtelo, y por cierto quiero consultártelo.

—¿Cuál? esplícate.

—Yo pensaba pedírselo cualquier día a ese Roberto.

—¡Pedírselo!… ¡Así lo iba él a dar!

—Te diré: según en donde y conforme se le pidiera…

—Siempre encuentras para todo la misma solución. Es particular, observó Fernando.

—No para todo. Con personas regulares, me guardaría yo muy bien, y no creo que jamás me hayas visto propasarme; pero con cierta gente la mejor razón es el palo.

—No, no; pues en este asunto se ha de proceder de otra manera, y te suplico no hagas nada sin que antes me lo digas.

—A tí es a quien principalmente interesa…

—Por eso mismo.

—Quedarás complacido: yo le diré las noticias que adquiera, y luego tu dispondrás.

En este momento entró la muchacha de la casa con una carta para Fernando.

—¡Hola! ¡correo interior! exclamó Eduardo, echando una mirada al sobre.

—Sí, y por cierto no comprendo de quién pueda ser, dijo Fernando.

—¡Como no sea de Lola!…

—No lo creo.

—La letra es de mujer.

—Efectivamente.

—Si no es de Lola, no quiero saber nada mas; pero si es suya, comprenderás que sí necesito saberlo.

—Pronto lo veremos, y de todas maneras lo sabrás, Eduardo.

Fernando rompió el sobre.

—Cuando digo que eres el hombre más feliz y más afortunado del mundo…

—¡Dios mio!

—¿Qué es eso? preguntó Eduardo al ver la sorpresa de su compañero.

Fernando tenía fijos los ojos al pié de la carta.

Eduardo no se atrevía a acercarse a mirar.

Aunque la confianza era completa, no había escluido entre los dos amigos aquella delicadeza que observan siempre en casos semejantes las personas de buena educación.

—¡Será posible! exclamó Fernando otra vez, sin quitar los ojos de la firma que había en la carta y sin leer su contenido todavía.

—Pero, chico, si se puede saber, dime qué motiva tantas exclamaciones, o de lo contrario, me marcho; porque me estoy friendo al verle.

—Lee, dijo Fernando presentándole la firma.

Eduardo leyó.

—¡La baronesa de Turella! exclamó luego, ¡Cuando digo yo que eres el hombre de la suerte!…

—¡Quién sabe, Eduardo!

—Pero ¿qué le dice?

—No lo sé todavía, porque esta carta me ha dado una sorpresa tal, que sin saber por qué, temo hasta leerla.

—Dame, yo la leeré.

Fernando leia ya.

Eduardo le miraba con una atención tal, que no parecia sino que quería leer en su rostro, siguiendo sus impresiones, lo que decía la carta.

Algo de eso había en la atención de Eduardo.

—Pues señor, ¡no atino qué objeto pueda tener esto! exclamó Fernando, dejando caer la mano con la carta sobre la rodilla y mirando a su amigo.

—Yo tampoco lo atino, dijo éste; porque no sé todavía lo que dice.

—Toma, lee tú mismo.

Eduardo tomó la carta de la baronesa y leyó a media voz:

Señor D. Fernando Aguilar.

Muy Sr mio; suplico a V. tenga la bondad de pasar a esta su casa esta misma tarde, si le es a V. posible.

Desde las tres a las seis podrá recibirle su atenta S. S.

Q. B. S. M.

LA BARONESA DE TURELLA.

P. D. Esperando verle a V., excuso el indicarle en este billete nada de lo que tengo que decir a V. de palabra.

—¿Qué dices a esto, Eduardo?

—Hombre, qué sé yo. El espíritu de la carta no revela mucho afecto que digamos.

—Lo mismo he sentido yo.

—Aunque, por otra parte, ya tú conoces que una señora que le ha visto una vez en su vida, por más que te estime y le considere, no ha de ir ahora en una carta a decir lo que tal vez no tendrá reparo de manifestarle de palabra.

—Lo extraño es, en esto, que yo no sé nada por Clara, y eso que la vi ayer.

—¿La hablaste?

—No, eso no lo conseguimos nunca; porque ni una sola vez la he pedido que volviera a la reja aquella de su casa donde la hablé la noche que sabes. Miradas y alguna palabra al pasar, rozando el uno al otro en el corredor del teatro o en el paseo, es toda nuestra

conversación.

—Platonismo es.

—Pero, así y todo, extraño que no me significase nada de esto.

—¿Sabes qué pienso, Fernando?

—¿Qué?

—Tú vas a ir, por supuesto.

—¡Qué pregunta! pues no faltaba otra cosa. Cuando otra circunstancia no mediara, a una señora de su clase no podría yo desairarla jamás.

—Pues bien: de esta hecha, o te casas con la chica…

—¡Ah!

—O te dice la madre que no pienses más en su adorable hija.

Fernando se quedó mirando estupefacto a su compañero.

El dilema de Eduardo era por demás terrible.

—Lo dicho, no hay más, añadió éste. Porque ¿a qué viene ahora el escribirte? vamos a ver.

—Tienes razón, Eduardo; pienso lo mismo que tú acerca de eso.

—Es de pensar.

—Pero ¿qué habrá motivado?…

—Oye, ahora se me ocurre otra cosa.

—¿Cuál?

—No se ha de decir que entre dos hombres como nosotros, no hemos sabido ver claramente lo que pueda haber en el fondo de todo esto, por más que no se deje así adivinar por el contenido de la carta.

Di.

—¿Tú viste a la niña ayer?…

—Sí.

—¿No hubo ocasión ni de una palabra siquiera entre los dos?

—No.

—¿Pero pudisteis veros largo rato el uno al otro?

—Eso sí, estábamos en el teatro.

—¿La viste como todos los días?

—Eso… qué sé yo ahora: anoche no lo noté: pero en este momento.

—No importa que no notases anoche si había en ella una pequeña diferencia, ¿pero viste si estaba muy alegre?

—¡Ah! eso puedo jurar que no.

—Pues en ese caso, prevenido antes de ir allí. La madre te dará carpetazo.

—¿Lo crees así?

—Sin duda. Naturalmente, si fuera otra cosa ¿hubiese ocultado su pensamiento a su hija?

—Eso tal vez es verdad.

—¿Y la niña hubiera dejado ayer de estar loca de contento?

—¡Lo que es alegre no lo estaba!

—Pues, entonces, lo dicho: sabrás decírmelo luego.

Era terrible para Aguilar el tener que dar entero crédito a las sospechas de su amigo.

Este, sin embargo, discurrió diabólicamente.

—Son las dos y media, dijo Fernando mirando el reloj y levantándose de la silla; voy a vestirme un poco y hacia allá en seguida.

—Ea, pues; tú a tu negocio, y yo al mio. Ahora se me ocurre a mi otro plan que voy a empezar a poner en ejecución al instante.

Al cuarto de hora, los dos amigos estaban en la calle, yendo cada cual a su asunto y por distinto lado.

CAPÍTULO XXXV.

En que se prueba una vez más que la peor circunstancia para un amante es el ser pobre

SIGAMOS a Fernando.

Con la ansiedad natural en quien como él amaba y el temor de oir quizás una terrible sentencia de boca de la baronesa, se dirigía Fernando a la casa de Turella, donde había sido llamado por la madre de su adorada, caminando con bastante prisa y haciendo mil cálculos y conjeturas en su confusa imaginación.

Al llegar a la puerta, se detuvo un momento en el umbral como

para recopilar todos los extremos que él creia podían haber dado motivo al billete de la baronesa, y prevenirse de nuevo con lo que había de responder y la línea de conducta que, según lo que pudiera suceder, se había trazado durante el camino y había olvidado ya al llegar a la puerta de la casa.

No hay cosa peor que el quererse preparar de antemano para responder a lo que uno ignora si le dirán en un caso semejante, viniendo a suceder que la imaginación se fatiga inútilmente la mayor parte de las veces, y si se añade a esto la perentoriedad del momento, la misma prisa por discurrir hace que nada se encuentro a propósito y acertado, acabando la mente por confundirse con sus propias ideas.

Esto último le pasó a Fernando al llegar a la casa de Turella.

¡Qué demontre! exclamó después de un momento que estuvo parado en el patio: lo primero es saber de qué se trata, y luego veremos sobre el terreno mismo lo que decimos.

Aguilar, que tenía talento y no se amilanaba ni confundia fácilmente ante ninguna situación por crítica que fuera, podía muy bien tener esta confianza en sus propias fuerzas.

Pero es que esta era una cuestión para él sumamente grave, y los hombres de mayor cabeza vacilan en cuestiones que interesan vivamente al corazón.

Aguilar subió casi temblando la escalera.

Llamó, se hizo anunciar y la baronesa le recibió en seguida.

Aguilar, al verla, notó que la fisonomía de aquella mujer no revelaba completa serenidad de espíritu.

La baronesa, esforzándose un poco para dominar cierta emoción que sentía, dirigió las primeras frases de puro cumplido a Fernando, que éste contestó con aquella finura que tenía, y le invitó a tomar asiento.

—Muy puntual ha sido V., señor de Aguilar, dijo la baronesa, que no sabía cómo entrar en el asunto.

—Señora, son muchas las razones que me han inducido a presentarme inmediatamente, no siendo la menor el para mi respetable carácter de la persona que me ha hecho el honor de llamarme.

—Mil gracias, caballero. Yo me he permitido esta libertad.

—Ha usado V. de un derecho que tendrá siempre sobre mí, interrumpió Fernando.

Esta esquisita finura y profundo respeto de Aguilar a la madre de su amada acababan de hacer embarazosa la situación de la baronesa.

A ser posible, ésta hubiera retrocedido en su pensamiento, pero al punto en que se encontraba no podía ser ya en manera alguna.

Era, pues, necesario abordar de frente el asunto.

—La manera franca y leal como se presentó V. el otro día, caballero, merecia igual franqueza y lealtad de mi parte, dijo la baronesa. De otra manera, ni yo hubiese llamado a V. a mi casa hoy, ni me permitiría hablarle como voy a hacerlo, contando, y no creo equivocarme, con que lo hago con una persona de talento, que es al propio tiempo un caballero.

—Prescindiendo del talento, señora, admito la última calificación en el sentido que dá V. a la palabra: yo soy y me tengo por honrado, y no he de desmentir a nadie que tal me crea.

—Así le juzgo yo.

Fernando inclinó la cabeza y la baronesa entró ya de lleno en el asunto.

—Usted, dijo, me hizo presentes el otro día sus sentimientos respecto de mi hija: me dijo V. además que Clarita no repugnaba sus obsequios…

—En esto, señora, necesito una disculpa, interrumpió Fernando; pues yo no me perdonaría en mi vida un alarde ridículo de esta naturaleza…

—¡Dijo V. la verdad, caballero! exclamó la baronesa.

—¡Ah!

—No pierda V. de vista, observó la viuda de Turella con un tacto admirable, que antes he dicho yo que no hablaría del modo que lo hago, sino con una persona como V.

—Puede V. hablar libremente, señora, y sin el menor recelo.

—No debo, pues, ocultarle yo, ni menos desfigurar el sentimiento que mi hija tiene por V. que cuando menos es una manifiesta simpatía.

Fernando no podía prever a este punto, donde iría al fin a parar la baronesa.

—Pero V. sabe también, prosiguió ésta, y no es posible que esto se oscurezca a su buen juicio, que semejantes simpatías pueden llegar a tomar con el tiempo ciertas proporciones, que soy yo la primera en confesar son muy difíciles luego de combatir.

—Eso es cierto, señora.

—Pues bien, caballero, V. no se ofenderá de lo que el cariño de madre y mi natural interés por todo aquello que atañe al porvenir de mi hija me dicten en este momento.

—Sin necesidad, señora, de invocar tan sagrados títulos, puede V., ya lo he dicho antes, hablar con entera libertad, sea lo que fuere lo que tenga que decirme.

Usted no ignora, prosiguió la baronesa, que la posición de cada uno impone en el mundo ciertos deberes y exige consideraciones y

miramientos de que en otro caso pudiera prescindir y prescindiría una persona muchas veces.

—Es cierto.

—Pues bien. Ya conoce V. la posición de mi hija…

—A la cual dista mucho de poder compararse la humilde posición mia, interrumpió Fernando, adelantándose a la idea de la baronesa.

—En el mundo, por desgracia, dijo ésta procurando atenuar el efecto de sus últimas palabras, la posición y la fortuna raras veces guardan relación con lo que una persona merece.

—También eso es cierto, dijo Fernando, sin que sea suponer que yo merezca más, señora.

—Yo lo creo, sin embargo, y ¡ojalá tuviera V. lo que merece!…

—Entonces, señora, mi dignidad y mi amor propio sabrían rechazar lo que se concediera a mi posición, y no a lo que mi persona pudiera merecer.

La baronesa no pudo menos de admirar este alto rasgo que tan de relieve ponía el carácter digno y entero de Aguilar.

Quedóse muda un momento sin saber qué contestarle, ni atreverse a seguir en su pensamiento.

Aguilar conoció su confusion, e interpretando, o mejor, viendo claro ya el objeto de la baronesa, se adelantó él mismo allanándole el camino.

—Creo, sonora, dijo, haber adivinado el objeto a que debo la honra de haber sido llamado a esta casa.

—Caballero…

—Es natural, y no me sorprende por cierto el que una madre de la posición que tiene esta familia desee para su hija una alianza más ventajosa que la que puede ofrecer un joven de mis condiciones.

La baronesa sufría mentalmente, no pudiendo contradecir a Aguilar, que iba explicando en gran parte su propio pensamiento.

Y decimos en parte, porque si bien era un obstáculo la humilde posición de Aguilar respecto de la futura baronesa de Turella, no era este el principal motivo de oposición por parte de la madre de Clarita.

El motivo principal estaba en lo que D. Pablo había dicho y creyó cándidamente la baronesa respecto de Sans.

Éste se había puesto enfermo, y la baronesa no quería hacer una víctima rechazando a Carlos, que tenía, además de su nombre y su fortuna, el título de haber sido elegido por su difunto esposo, el padre de Clarita.

Pero este motivo no quería la baronesa exponerlo a Fernando.

Su talento supo comprender que Aguilar se resignaría quizá a todo menos a esto.

Este punto cuidó muy bien de no tocarlo siquiera.

Aguilar continuó.

—Puede V., pues, señora, ya que yo, como ha visto, me anticipo a conocerlo, decirme francamente, si algo tiene que manifestarme además de lo que yo conozco ya.

—Sí, caballero, realmente tenía la intención de pedirle, de suplicarle…

—¡Suplicarme! ¡ah! nunca, señora: en una sola cosa no podría a V. obedecerla, en dejar de amar a Clara: esto no lo prometería, en la imposibilidad que siento de poderlo cumplir; pero en lo que esto no sea, V. mande, señora, que yo sabré obedecerla.

Cuanto más respetuoso y humilde se presentaba Aguilar, más violenta era la posición de la baronesa.

Esta no pudo menos de manifestárselo asimismo diciéndole:

Caballero, la seguridad misma que tengo en la nobleza y la lealtad de sus sentimientos, es ahora un obstáculo a mi pensamiento. No seré yo por consiguiente la que me atreva a señalarle la línea de su conducta en adelante respecto de este asunto; V. sabe lo que influye en una niña joven, que ha llegado a sentir, la vista de la persona que interesó su corazón para que ella preste oídos a otra que pueda ofrecerle un brillante porvenir, aumentando su misma posición…

—¡Ah! ¡ya comprendo! exclamó Fernando dolorosamente.

—Y V. comprenderá asimismo mi posición en este caso, sabiendo disculpar mi conducta, atendido mi carácter de madre y el interés directo que deba tener en asegurar el porvenir a mi hija.

—Todo, señora, todo lo comprendo. Doy a V., sin embargo, las gracias por haberme llamado a oir de su misma boca lo que no puede V. saber hasta qué punto me es doloroso; pero no por mí han de variarse las leyes de la sociedad en que vivimos, y culpa mia ha sido, si habiéndolo olvidado por un momento, dejé volar a mi corazón a donde no debia haberle permitido llegar mi juicio. Entiendo que la presencia y la vista de la persona que siendo tan humilde ha tenido la fortuna ¡o la desdicha! de interesar el corazón de una señorita como Clara, sea un obstáculo al brillante porvenir que sin duda el mundo la reserva. ¡Ah! ¡yo la amo demasiado para privarla de lo que yo, pobre, no podré ofrecerle jamás!

La baronesa oía conmovida las palabras de Aguilar.

—Pero antes, prosiguió éste, de hacer a V. la promesa formal que sin duda desea de mí, señora, quisiera me fuese permitida una pregunta.

—¡Oh! diga V.

—¿Sabe Clara el paso que ha dado V. conmigo?

—Lo ignora por completo, respondió la baronesa.

Aguilar, en medio del sacrificio que su generosidad se iba a imponer, necesitaba el consuelo de saber que su amada no había tenido la menor parte en lo que la baronesa acababa de manifestarle.

Después de un momento de silencio, Aguilar dijo:

—Señora, yo prometo a V., bajo mi palabra de honor, huir hasta las ocasiones de ver a Clara: es decir, de verla no, eso no quiero, no puedo prometerlo; pero sí evitar el que ella vuelva a verme desde hoy en adelante.

—Caballero… dijo la baronesa con voz débil y entrecortada por la emoción que sentía al comprender el vivo dolor que Fernando no podía ocultar por más que se esforzaba en disimularlo, pareciendo todo lo tranquilo y sereno que era posible en una situación semejante.

—Ya que yo no puedo darla en mi pobre posición todo lo que ella merece, no quiero ser un obstáculo para que lo alcance, añadió Aguilar con un tono tal de generosa resignación, que acabó de conmover a la baronesa.

La viuda de Turella le miró un instante, sintiendo dentro de su pecho el impulso de devolverle su palabra y declararse completamente a su favor.

Pero Aguilar mismo vino a distraerla de esa idea, diciéndola en tono totalmente distinto del que hasta este momento había usado, aunque sin perder por esto lo más mínimo de la moderación y alto respeto que respiraban sus palabras.

—Pero, señora, es preciso que V. entienda, y permita V. al amor mio esta observación, que la felicidad de Clara ha sido el motivo de esta entrevista; que por su felicidad me ha hablado V.; que por su felicidad he oído yo de sus labios lo que de nadie más en el mundo hubiera podido oir; que por su felicidad hago este doloroso sacrificio, y que V., al aceptarlo, contrae la obligación de hacerla más feliz con otro, de lo que pudiera haberlo sido conmigo.

Estas palabras hicieron profunda impresion en el ánimo de la baronesa.

Entonces comprendió la madre de Clara la obligación que sobre ella pesaba y la grave responsabilidad que contraía en la alianza futura de su hija.

Intentó, sin embargo, rechazar las palabras de Aguilar en lo que pudieran tener de osadas, diciéndole:

—¿Qué quiere V. significar con eso, caballero?

Aguilar no tuvo el menor inconveniente en acabar de explicar su idea, y respondió:

—Quiero decir simplemente, señora, que si Clara es mañana feliz,

lo cual yo el primero pediré al cielo, la dicha que goce podrá hacerme resignar en mi desgracia; pero si sucede lo contrario, entonces tendré derecho a quejarme por más que no haya remedio al mal, y mi queja, señora, no podría menos de despertar remordimientos que seguramente no se dejarían sentir en mi conciencia.

Estas palabras fueron terribles para la baronesa, tanto más en cuanto un secreto presentimiento la decía que Carlos, a pesar de amar mucho a Clara, (tal creia su madre) no alcanzaría a hacerla feliz.

Pero la baronesa se sintió un tanto herida en su dignidad al propio tiempo, y dijo a Fernando:

—Aunque una madre no debe responder a nadie de su conducta respecto de su hija en un asunto de este género, yo quiero contestar a V., caballero, que en mi calidad de madre, mi conciencia estará siempre tranquila obedeciendo la voz del cariño que a mi hija profeso, y siguiendo las miras de su propio bien. En cuanto a lo demás, solo Dios lee en los corazones y en el porvenir de las criaturas, y yo no sentiría mañana otro dolor que el de la infelicidad de mi hija, si el Señor permite que yo la vea en ese estado.

Aguilar no tuvo expresión que oponer a este razonamiento, al que daban doble fuerza la autoridad de la madre y la dignidad de la dama, caracteres que supo hacer resaltar perfectamente en sus palabras la baronesa.

—¡Quiera Dios hacerla feliz! exclamó Aguilar levantándose de su asiento.

—Caballero, antes de que V. se despida, dijo la baronesa, que no sabía cómo derramar un consuelo en el lacerado corazón de Aguilar, no puedo menos de manifestar a V. toda mi admiración por su noble y generosa promesa, poniendo completamente a su disposición esta casa, donde tendrá V. siempre una amiga verdadera.

—Mil gracias, señora, dijo Aguilar con sentimiento.

Sentiría que lo olvidara V…

Aguilar se sonrió dolorosamente, y dijo:

—¡Ojalá pudiera!…

E inclinándose delante de la baronesa, concluyó:

—A los piés de V., señora.

—Adiós, caballero.

La baronesa, sin levantarse de su asiento, lo siguió enternecida con la vista hasta la puerta.

Fernando, antes de salir de la sala, volvió la cabeza haciendo el último saludo.

Si hubiera estado más tranquilo y hubiese fijado la atención en el rostro de la baronesa, habría sorprendido en aquel momento dos

lágrimas que corrieron por sus mejillas.

CAPÍTULO XXXVI.

De cómo se aprovechó Eduardo del medio que le facilitó Aguilar para trabar conocimiento con Lola

REEMOS haber dicho que Eduardo pertenecia a una familia bastante acomodada.

Nunca para un caso de urgencia faltábale al estudiante medio de hacerse con una docena de onzas, pero para el plan que él se había imaginado respecto cíe Lola, no necesitaba de esto en aquellos días.

La suerte le había sido propicia algunas noches y el hombre se hallaba *armado*, corno se dice en el lenguaje particular del juego.

Por consiguiente, podía empeñarse en cualquier conquista que estribase, en dinero.

La de Lola, sin embargo, no parecia tan fácil, siendo ella mujer de gastar en horas el patrimonio de un duque si a su disposición se hubiese puesto, y mucho menos para un joven que distaba mucho de ser un millonario, y cuyo capital consistia en cuarenta o cincuenta onzas ganadas en el juego, que podía perder del mismo modo de un momento al otro.

Pero en esto de conquistas y de mujeres, el ingenio suele valer en ocasiones tanto y más que el dinero, y la cuestión no está en ser rico muchas veces, sino en tener la habilidad suficiente para parecerlo.

Si Eduardo tenía o no esa habilidad con otras condiciones para tales empresas necesarias, es cosa que vamos a ver muy pronto.

Cuando salió de su casa con Fernando, y éste se fué a la de la baronesa de Turella, Eduardo se metió en una tienda de efectos de escritorio y dijo al dependiente.

—Necesito para ahora mismo una resmilla del mejor papel que tengan Vds., timbrado con este nombre y una corona de marqués.

El nombre era el suyo propio.

Su familia, empero, distaba mucho de pertenecer a la aristocracia.

—¿Para ahora mismo dice V.?

—Si.

—¿Y timbrado? no puede ser.

—¿Cómo que no puede ser? ¿Cuánto vale el papel?

—El superior, cuarenta reales.

—Ahí van ciento, dijo Eduardo arrojando sobre el mostrador una moneda de a cinco duros: el resto para V. Dentro de una hora mandaré o volveré yo por él.

Y salió de la tienda sin dar lugar a otra palabra del dependiente.

De la tienda se dirigió a la fonda de las Cuatro Naciones.

En esta clase de establecimientos, Eduardo, desde el principal, que era el que hemos indicado, hasta el último de Barcelona, era tan conocido y considerado de amos y mozos, que no bien se presentaba, cuando ya tenía uno de estos últimos delante para tomarle la palabra y servirle al vuelo.

—¡Hola, D. Eduardo! dijo una de las Cuatro Naciones, así que entró en el comedor: cuantos días que no habíamos tenido el gusto de verle por aquí. Ya nos extrañábamos.

—¿Si? pues ahora me vereis todos los días.

—¡Cómo!

—Porque me vengo a vivir aquí…

—¿De veras?

—Y necesito un camarero para mí solo.

—Yo, D. Eduardo.

—Corriente. A tí te hubiera pedido.

—Gracias, D. Eduardo, ya sabe V. que yo…

—Anda, pues, dile al amo que te de un cuarto para mí y sube conmigo.

—Los números 20 y 22 del entresuelo están desocupados, El 20 es el mejor.

—Pues vamos al 20.

Eduardo subió la escalera, el mozo fué a decirle al amo que desde aquel momento quedaba a las órdenes de aquel, y se reunió al estudiante en el cuarto indicado.

—Ea, ya me tiene V. a su disposición, D. Eduardo.

—Oye pues: Juan, tú eres un chico muy listo…

—Gracias.

—Ya sabes que yo no adulo, y nadie mejor que tú puede ahora servirme. Pero cuidadito con charlar…

—¡A mí esa advertencia, D. Eduardo!

—Pues bien. Yo, aunque vivo aquí desde hoy, continúo por esto viviendo allá en mi casa.

—¡Cómo!

—Quiero decirte que tengo el cuarto este por tenerlo nada más.

—¡Ah! sí, ya entiendo, vamos.

—Si algún día se me antoja venir a dormir, por ejemplo…

—Ya, como que V. es dueño, hasta que diga que lo deja.

—Pero de esto no se ha de decir a nadie una palabra. En la fonda todos han de saber que yo vivo ahora aquí.

—Bien.

—Vendrá, alguien quizás a preguntar por mí, o a traerme alguna carta…

—Entiendo.

—Nadie más que tú ha de recibir el recado. En el primer caso, esto es, si preguntase alguien por mí y se dirigiese a alguno otro de la casa, ese que te le dirija a tí, sin permitirle la menor palabra.

—Avisaré a todos, inclusos los de la administración y la cocina.

—Y tú respondes que yo hace un mes que estoy aquí, que soy forastero, de Andalucía, que parezco de buena familia, que gasto mucho…

—En eso sí que diré la verdad.

—Que soy muy bueno, muy pacífico.

—En eso sí que mentiré.

—No importa, yo prometo condenarme por tí.

—¿Nada más que eso?

—Nada más. Y los recados que te den, los tomas.

—Enterado, pues.

—Ahora trae recado de escribir y en seguida te mandaré a una casa.

El mozo trajo volando lo que Eduardo pedía, y éste le mandó por el papel que había mandado timbrar.

El mozo volvió o los ocho minutos con el papel timbrado.

Eduardo se puso a escribir.

Era un billete dirigido a Lola.

Así que lo hubo concluido, selló el sobre, y tomando una cajita de terciopelo que contenía la pulsera, dijo al mozo:

—Toma, Juan, este billete y esta cajita: ambas cosas las llevas a la calle del Conde del Asalto, número 36, cuarto principal.

—¿Me han de dar respuesta?

—No.

El mozo corrió a cumplir el mandato.

Eran las cinco de la tarde y Lola concluía de vestirse para ir a paseo.

Una doncella entró en su gabinete y le entregó la carta y la cajita, diciéndole:

—Esto acaba de traer un criado para la señora.

Lola tomó ambos objetos de manos de la doncella.

Miró el sobre del billete y la caja antes de abrirla, y dijo:

—¡No conozco esta letra! ¿qué será esto? ¿No ha dicho el criado de parte de quién viene?

—No, señora.

—¿Espera respuesta?

—Eso le pregunté y me respondió que no, tomando en seguida la escalera.

—¡Es particular! dijo Lola.

Y abrió la caja antes que el billete.

—¡Ah! exclamó con alegría; ¡la pulsera! ¡no esperaba ciertamente recobrarla!

Y sacándola de la cajita, se la puso inmediatamente mirándose al brazo y luego al espejo, como si la estrenara aquel día.

—¿Y quién habrá sido la buena alma?… Veamos el billete.

Rasgó el sobre y se puso a leerlo.

—¡Cosa particular! exclamó. ¡Vaya un infeliz!

El billete decia:

Señora doña María de los Dolores Velez de la Cascada.

Mi respetable y bella señora; anteanoche a la salida del teatro liceo, donde tuve el placer o el martirio de verla a V. en un palco frente al que yo ocupaba, encontré en la calle la pulsera que he visto reclamada en un anuncio del Diario *de hoy….*

Poco podía yo presumir que aquella prenda perteneciera a semejante dueño.

Mandé a mi criado a informarse de la familia que vivía en la casa que daba las señas al periódico, y al venir en conocimiento, por las indagaciones de mi criado, de que era la habitación de V., señora, desistí del pensamiento que tenía de presentarme yo en persona a devolver el objeto encontrado.

Tratándose de una persona como V., crei que el haber hallado una pulsera, no me daría el derecho de presentarme en su casa, ni merecia por este solo hecho la fortuna de hablar de cerca a quien tantos y tantos admiran de lejos.

Mando, pues, a V., señora, la alhaja que ha perdido.

Soy forastero, paso mi vida viajando, y estaré pocos días en Barcelona.

Si V. fuese tan buena que me permitiese ir a poner mis respetos a sus piés, en este caso no tardaría en aprovechar tanta honra.

Entre tanto sírvase V. admitir la seguridad de mi más alta consideración y el respeto con que soy de V. su más atento S. S.

Q. B. S. P.

EDUARDO DE SANDOVAL
(Fonda de las Cuatro Naciones).

Esta sola carta bastaría, si antes no lo hubiésemos conocido, para darnos una idea del ingenio y travesura de Eduardo.

El estudiante conocía a Lola, es decir, no de trato, pero comprendía perfectamente su carácter, y en su carta procuró dirigirse a los flancos que presentan siempre descubiertos las mujeres de este género.

La carta hizo, como no podía menos, profunda impresion en el ánimo de Lola.

Después de haberla leido dos veces seguidas, pasó a comentarla.

—*En un palco frente al mio*, se decía, yo ocupaba uno de piso principal, luego el suyo era principal también. Vamos atando cabos: Él estaba en un palco principal del Liceo, donde generalmente no va un cualquiera; dice que *tiene criado*: para tener criado también se necesita no ser un quidam: que pasa su vida viajando… esto es lo que más significa: y luego que vive en la fonda de las Cuatro Naciones. Ese hombre es rico, algo inocente, y me ama. Es forastero, y estará poco

tiempo en Barcelona… tanto mejor. No le conocerá nadie, y esta es para mí su mejor circunstancia. ¡Ah! y sobre su nombre, que es un nombre muy distinguido, hay una corona condal… Me pide permiso para poner sus respetos a mis piés… Sí, sí, no puedo menos de concedérselo a quien tan sumiso, tan galante lo pide, y es además, como parece, tan rico y tan… forastero.

Y Lola pasó en seguida a otro gabinete, se puso a escribir una carta, y así que la hubo concluido, llamó a su doncella diciéndola:

—Ana, irás a llevar esta carta ahora mismo a la fonda de las Cuatro Naciones, para el caballero D. Eduardo Sandoval.

—¿Aguardo respuesta?

—No, pero has de hacer otra cosa.

—Dígame V.

—Con muchísima discreción, así como cosa salida de tí misma…

—Entiendo.

—A ver si les sacas a los mozos de la fonda noticias de ese sugeto.

—¿Del de la carta?

—Sí. Como para cerciorarle antes de la persona a quien se la has de entregar haces así algunas preguntas…

—Ya, ya estoy.

—Por ejemplo: un caballero soltero… muy rico…

—Ya, ya, no me diga V. más.

—Con que ya sabes.

—Voy en seguida.

La doncella, nuevamente amaestrada, salió y Lola acabó de disponerse para el paseo.

Como acertadamente había previsto Eduardo, la doncella tropezó con Juan, el mozo que aquel acababa de tomar a su particular servicio.

De doncella de *dama de industria* a mozo de fonda va poca diferencia y menos si el mozo es naturalmente listo como era Juan, y está además instruido de antemano por un estudiante como Eduardo.

Avisados como estaban los demás dependientes de la fonda para este caso, la doncella fué dirigida a Juan inmediatamente después de su primera pregunta.

—¡Juan! gritó uno llamándole: a ver esta niña que pregunta por el señor de Sandoval.

—¿Qué se le ofrece a V.? preguntó Juan asomándose a la escalera del entresuelo.

—¿Aquí vive D. Eduardo Sandoval?

—Tenga V. la bondad de subir.

—Recibe tú el recado; yo no estoy en casa, dijo Eduardo al mozo

asomándose a la puerta de su cuarto y volviendo a cerrar inmediatamente.

—Sí, señora, dijo el mozo a la doncella.

—Es un señor forastero…

—Sí.

—Solo…

—Eso es.

—Muy rico…

—Más que un príncipe, a lo que parece. ¿Pero a qué tantas preguntas?

—Es que le traigo un recado, y antes de entregarlo, quiero estar segura de que es a él a quien se lo entrego.

—Pues ahora no está en casa. Acaba de llevárselo el cónsul inglés, que creo comen hoy juntos con el capitán general.

—¡Aprieta! dijo en su interior otro mozo que oía la conversación desde una puerta.

—Pues cuando vuelva dele V. esta carta.

—La pondré entre veinte o treinta billetes y tarjetas que han traido para él en media hora que hace salió.

—Vaya, pues, tome V. y adiós.

—Adiós.

El mozo entró en el cuarto y Eduardo exclamó:

—¡Bravo! Juan, te has portado bien.

—¿Ha oído V.?

—Todo.

—¿Y qué tal? ¿supe hacerlo bien?

—Perfectamente. Venga la carta.

Eduardo rompió el sello al tiempo que Juan decia:

—¡Qué rico olor a rosas!…

—Es de la carta.

El billete iba perfumado.

Lola no se olvidaba nunca de la menor de las circunstancias que deben acompañar siempre al género de vida que llevan esa clase de mujeres.

Eduardo leyó el billete sonriéndose con satisfacción, he aquí la carta de Lola:

Señor D. Eduardo de Sandoval.

Muy señor mio: la atenta y fina carta de V. no merece más que esta contestación:

Tendrá a mucho honor el recibirle en su casa, su atenta S. S.

Q. B. S. M.

MARÍA DE LOS DOLORES
VELEZ
DE LA
CASCADA.

CAPÍTULO XXXVII.
La primera visita de Eduardo a Lola

NTES que saliese Lola a paseo, estuvo su doncella de vuelta de la fonda de las Cuatro Naciones.

—Y bien, Ana ¿qué has averiguado?

—Mucho.

—Dí, dí.

—Que ese señor de Sandoval ha de ser un gran personaje por fuerza.

—Esplícate.

—Él no estaba en la fonda. Salió con el cónsul de no sé dónde, a comer con el capitán general.

—¡Ah!

—Y me ha dicho el mozo que era tan rico, que gastaba como un príncipe.

—¿Y qué más?

—Mientras yo estaba allí, han traido para él una porción de billetes y tarjetas.

¿Sí?

—El mozo ha puesto el que yo llevaba entre todos.

—Todo será que entre tantos pueda notar el mio, pensó Lola. Aunque sí lo notará y se hará cargo; de otra manera, no se comprendería el que me ha escrito a mí.

Y luego preguntó a su doncella:

—¿Es joven?

—Eso no sé. Yo me abstuve de preguntar más porque…

—Debias haberlo preguntado.

—Como el criado aquel empezó a extrañar mis preguntas…

—¡Ah!

—Me abstuve de hacer ninguna más.

—Bien hecho.

Lola, que estaba ya vestida, se puso una mantilla madrileña y salió con su marido a lucir sus gracias en el paseo.

Antes advirtió a la doncella:

—Si viene alguien, que no estoy en casa ni he dicho a qué hora volveré.

—¿Y si es el señorito D. Carlos?…

—Lo mismo.

—Está muy bien.

—Pero si viene el caballero Sandoval antes que yo vuelva, le dices, pero de manera que él no comprenda que es órden mia.

—Estoy.

—Sino como salido de tí; le dices, pues, que a las ocho estoy siempre en casa las noches que no voy al teatro, y que esta noche…

—No irá V. al teatro…

—Eso es.

Mientras Lola está en el paseo, volvamos a ver a Eduardo.

El estudiante, para quien cada minuto era una semana, decidió hacer la visita aquel mismo día, es decir, en la noche de aquel día.

La hora no era seguramente la más oportuna para una primera visita que es siempre de cumplido, pero Eduardo, que no ignoraba ninguna de las leyes de la buena educación, tenía ya medio de hacerse

disimular esta falta.

El medio estaba en el carácter bajo el cual pensaba presentarse a Lola.

Por otra parte, él, que la conocía, sabía asimismo que ella no había de formar concepto por semejante pequeñez, y lo que importaba era otra cosa.

Al anochecer vistióse Eduardo, cuya figura era naturalmente elegante, tomó una lujosa berlina y se dirigió a casa de la dama.

Lola había llegado poco antes.

—¿Quién ha venido? preguntó a su doncella, que era siempre la encargada de abrir la puerta y recibir primero que nadie a las personas que iban a ver a su señora, y la que esclusivamente tomaba los recados.

—Don Carlos ha venido, yo le dije lo que V. me mandó.

—¿Cómo estaba?

—Así… no muy católico.

—Creo que ese torpe ha concluido con todo su patrimonio. Vaya a la *porra*.

La *dama de industria* se permite a sus solas semejantes y menos delicadas expresiones.

—Luego estuvo también D. Nicolás.

—¡Ah! ¿y qué ha dicho?

—Nada, se ha vuelto así un poco disgustado.

—No importa, que pene.

—Me pareció que traía una cosa como un estuche.

—¡Ah! sería el aderezo que se empeñó en traerme ayer ¡Pobre D. Nicolás! ¡cuánto siento que no me haya encontrado! Pero él volverá y me disculparé.

—Nadie más ha venido.

—¿Llaman? preguntó Lola.

—Me parece que sí.

—No estoy en casa para nadie, escepto para D. Nicolás.

—Muy bien.

La doncella salió y volvió al momento diciendo:

—Señora…

—¿Quién es?

—El caballero Sandoval.

¡Ah! que pase al salón. Oye, Ana, no estoy en casa para nadie.

—¿Ni para D. Nicolás?

—Sí, para ese estaré a las diez. Guía a este caballero y vuelve en seguida aquí.

La doncella fué al recibidor donde esperaba Eduardo, y le dijo:

—Tenga V. la bondad de pasar, caballero.

Eduardo entró en el salón.

La doncella le dijo entonces:

—Puede V. tomar asiento y esperar un instante, que luego saldrá la señora.

Eduardo se sentó sin observar una palabra a nada de lo que había dicho la doncella, y ésta volvió al lado de su señora.

—¿Está ya en el salón?

—Sí, señora.

A ver, Ana, si me arreglas un poco este *canesú*, aflójalo un poco de la espalda, para que pueda quedar un poco más descotado del pecho… así… ponle ahora un alfiler.

—Ya está.

—Ahora el cosmético. ¡Jesús! ¡cómo estoy esta noche!

—¡Más hermosa que nunca! exclamó la doncella.

—¿De veras? preguntó Lola sonriéndose y mirándose al espejo.

—¡Ya lo creo! prosiguió la doncella; con ese cuello de alabastro…

—Sí, pero lo parecerá más si le pones unos pocos polvos. As… muy ligero… Eso es.

Lola dió una vuelta mirándose al espejo, y preguntó a su doncella:

—¿Con que estoy bien?

—Divinamente, señora.

—Abre, pues, esa puerta, que voy a salir.

Lola tomó aquel aire regio y soberano que tan bien sabía apropiarse en determinadas ocasiones, y salió del gabinete.

Eduardo, que aguardaba, como sabemos, en el salón, se apercibió de que Lola venía por el rumor que la crugiente seda de su rico vestido dejaba oir a su paso.

El estudiante se preparó también para recibirla.

Fijó la vista en la puerta del salón, y apenas vió asomar la falda del vestido, que apareció un poco antes que su dueña, cerró los ojos e inclinó la cabeza al respaldo del sillón en donde estaba sentado.

Lola se adelantó, notando así que entró en el salón, que el caballero no se le levantase.

Paróse a cierta distancia, y exclamó mirándole:

—¡Qué es esto! ¡se ha dormido! ¡estaría gracioso!

Y se acercó al estudiante más extrañada a medida que más iba creyendo que el caballero Sandoval dormia.

—¡Caballero! dijo Lola muy cerca de él.

—¡Ah! exclamó Eduardo sobresaltado y como quien realmente despierta de un sueño.

Miró a Lola y se puso instantáneamente en pié.

—¡Ah! ¡señora! exclamó en seguida: ¡V. me perdone!…

—No, no hay de que.

—¡Me había dormido!…

—Quizás he tardado yo mucho y tuvo V. que aguardar durmiendo.

—¡Oh! no es eso… pero diré a V… yo soy así tan sensible, tanto…

—¡Ah! ¡es V. sensible! dijo Lola haciendo un esfuerzo para no reirse.

Y al mismo tiempo añadió para sí:

—Este hombre es un simple.

—Sí, señora; y al entrar en esta estancia, prosiguió Eduardo, bañada por esa luz tibia y suave…

—¡Ah! pero siéntese V., dijo Lola señalándole el mismo sillón y poniéndose ella en el sofá.

—¡Oh! ¡conozco que he cometido una gran torpeza que V. no debia perdonarme! dijo Eduardo variando de tono luego que se hubo sentado.

—¡Ah! ¿por qué? aquí está V. en su casa; todas las personas que me visitan tienen aquí la confianza que en la suya propia.

—Yo no puedo menos de agradecer, señora, tanta bondad; pero le suplico me permita explicar la causa de esto que no habrá podido menos de parecer a V. extraño.

—No necesito yo explicaciones de lo que no puedo ver como una falta.

—Sin embargo, yo debo darlas, y vuelvo a suplicar a V. que las oiga.

—Como explicaciones no; pero puede hablar lo que guste.

—Mi carácter confieso que es así un poco original. Hace pocos días que me encuentro en Barcelona: y ni un solo momento por mañana, tarde y noche me he visto libre de visitas y cumplidos. Así es que estoy rendido materialmente de fatiga.

—Este es por fuerza un personaje, pensó Lola.

Y luego dijo:

—Tendrá V. aquí muchos amigos…

—No conozco a nadie personalmente; pero mi familia sin duda se ha propuesto fastidiarme anunciando mi llegada a todas partes donde voy, y en todas partes me sucede lo mismo.

—Lo dicho, ha de ser un gran personaje, volvió a pensar Lola.

—Pensaba salir pronto de Barcelona, y queriendo aprovechar en los cortos días de mi permanencia en esta ciudad, la fortuna y la honra de haber conocido a V…

—Gracias, caballero, y aprovecho el primer momento para dárselas a V. con doble motivo, por haber tenido la bondad, en tantos asuntos

como le distraen, de ocuparse en una cosa tan fútil como la que usted encontró y me ha mandado hoy.

—Señora, fué todo una pura casualidad que yo bendeciré toda mi vida, pues entre tantas cosas como me tienen fastidiado en este Barcelona, a ese objeto tan fútil como V. dice debo el único rato agradable que desde que me encuentro aquí he tenido.

—¡Ah! mil gracias.

—No las de V., señora, a quien por tantos conceptos debo dárselas, lejos de recibirlas.

Lola inclinó la cabeza con coquetería.

—Y ahí tiene V. explicado el motivo de esa inconveniencia que he cometido.

—No permito a V. que vuelva a hablar de ello, a menos que sea sin esas calificaciones que yo estoy muy lejos de imaginar.

—Pues bien; ahí tiene V. explicado el porqué me quedé dormido en un momento que estuve solo en esta sala. Me hallaba fatigado, y aquí descansaba; me sentía antes abrumado, y aquí me veía libre; llegué aburrido, y aquí gozaba; en una palabra, señora: al entrar en esta casa me pareció encontrarme en un mundo distinto, mejor dicho, en un cielo…

—Que no tiene ángeles interrumpió Lola sonriéndose y con tan seductor acento que dió a Eduardo motivo para decir:

—¡Cómo que no tiene ángeles! ¿De quién son pues esos ojos, esa frente, ese cabello, esa boca, ese rostro, en fin, sino de un ángel del cielo?

Lola permitió toda esta esplosion, y dijo en seguida con cierta coquetería:

—¡Jesús, y cuánta flor! por fortuna son demasiadas para que pueda aceptarlas todas una sola mujer; de lo contrario, caballero, nosotras, que somos tan vanidosas…

—¡Ah! V. no ha de envanecerse por las flores que yo pueda prodigarla.

—¿Por qué no?

—¡Habrá V. oído tantas!…

—¡Pseh! dijo Lola con cierta indiferencia: es costumbre de todos Vds., y es necesario, cuando menos, respetar las costumbres.

—Yo suplico a V. haga una excepción de la regla general.

—¿En favor de V., por supuesto?

—¿Pues?

—¡Ah! para eso sería preciso, en primer lugar, que yo tuviera motivos de hacerla.

—Motivos…

—No se ofenda V. El obstáculo está en mí misma, que no me creo con; mérito suficiente que justifique sus alabanzas, las cuales debo apreciar tan solo como hijas de su galantería.

—¿Acaso se ofende V. de ellas?…

—¡Ah! ¡qué disparate! no señor. A ninguna mujer ofenden los obsequios cuando no traspasan los límites del decoro. Y yo, que soy muy despreocupada en todas mis cosas, no tengo el menor inconveniente en manifestarlo así delante de una persona que comprenderá, como V. mis palabras.

Las comprendo muy bien; pero, ¿y si mis expresiones fuesen hijas de algo más que de pura galantería?…

—¡Ah! en ese caso… pero eso no puede ser.

—¿Porqué?

¡Por qué! ¿Es V. soltero?

—Sí.

—¿Ha amado V. alguna vez?

—Nunca.

—¡Ah! no deja de ser extraño.

—Se explica muy fácilmente; es que no he encontrado una mujer a quien amar.

—¡Entre tantas!…

—Entre tantas. Y si la única a quien yo podría amar, desatiende este sentimiento que por primera vez brota en mi corazón, juro no volver a mirar otra en mi vida, huyendo ahora mismo y para siempre de Barcelona, en donde he sufrido martirios que no conocía por cierto.

—Pero, caballero, ¿es posible que tan súbitamente…?

¡Súbitamente! ¿La dije a V;. en su carta que la había visto en el teatro?

—Sí.

—Pues así mismo la he contemplado en el paseo, en la calle, en todas partes, en fin, ¡desde que tuve la desgracia de pisar esta ciudad!:

Lola oía absorta a Eduardo, sin acabarse de formar idea cabal de su carácter.

Durante la conversación, el estudiante había parecido simple primero, discreto luego, comedido otras veces, y arrebatado en algunos momentos.

—Y V., antes de dar pábulo a este sentimiento, trataría de saber, como es natural, porque no creo me conociese V., quién era la persona que lo había inspirado, y si podía merecerlo.

—Pregunté el nombre de V. y nada más.

Eduardo dijo esto con tal naturalidad que Lola lo creyó.

—De lo que yo siento, como de lo que hago, no doy cuenta a nadie

jamás, añadió el estudiante comprendiendo por sus palabras la intención de Lola en aquella pregunta.

—Es verdad, dijo entonces Lola con un acento particular de dulzura y desaliento, que aunque V. hubiese querido averiguar quién era esta mujer, nadie seguramente hubiera podido decírselo. Ninguna de las personas que me ven, rodeada de todos los atractivos que pueda tener la vida del mundo, comprende seguramente que mi corazón llora casi siempre que sonríen mis labios.

—¡Cómo, señora!

—¡Que mi rostro, siempre risueño, no es más que una máscara que oculta la amargura del alma!

Lola empezó ya el plan qué creyó más conveniente a la explotación del señor Sandoval.

—¡Será posible! exclamó éste conmovido y acercando su sillón al sofá.

—¡Tampoco yo en la vida encontré un sér a quien amar!

—¡Ah!

—Y es tan triste, tan desconsolador vivir no más que el día de hoy, sin recuerdos de ayer, ¡sin esperanza de un mañana!… Porque el corazón que no ama, el alma que no tiene otra alma con la cual entenderse, haciéndola partícipe de sus goces y sus pesares, de sus dolores y sus alegrías, y sobretodo de aquel sentimiento íntimo y delicado que no comprende el mundo ni pueden apreciar las personas que a una la rodean…

Lola no sabía en verdad lo que se decía en aquel momento; pero la falta de sentido verdadero de sus palabras, la suplia el tono de profunda amargura con que las pronunciaba.

El estudiante la miraba embelesado, y con una especie de arrobamiento.

Lola, a medida que veía crecer el efecto, aumentaba el tono declamatorio y buscaba frases más sentimentales.

—¡Ah! ¡sufre V. como yo! exclamó Eduardo.

—¡No, más que V.!

—¡Nunca, señora!

—¡Sí, caballero!

—¡Los dos sufrimos! dijo Eduardo dividiendo el dolor en iguales partes, para que ninguno fuera menos.

Lola se conformó con la partición, puesto que dijo:

—¡Si, los dos somos muy desgraciados!

—¡Unámonos contra la suerte!… exclamó el estudiante.

Y al mismo tiempo cogió una de las manos de Lola.

—¡Ah! exclamó ésta de repente encendido el rostro de rubor, lo

cual se consigue muy bien haciendo una aspiración fuerte y conteniendo el aliento.

Y con un movimiento brusco retiró la mano.

—¡Caballero!…

—Señora, dijo Eduardo inclinándose, perdóneme V. si en un momento de exaltación…

—¡Ah! ¡Yo he dado el motivo, dejando hablar a mi corazón, mudo tanto tiempo!… pero yo suplico a V. olvide lo que ha pasado, lo que he dicho… ¡Ah! ¡he aquí la parte débil de mujer!

—¡Que lo olvide! ¡no, no! exclamó Eduardo asiéndose de la ocasión: yo no me perdonaría nunca abandonarla a V. en sus dolores. Los comprendo demasiado para desconocerlos y olvidarlos. ¡Desde este momento, señora, V. no podrá hacer que yo ignore lo que ya me ha dicho, ni que aun a pesar suyo tome yo parte en sus dolores, procurando endulzarlos con cuanto puedo, con cuanto valgo en el mundo!

—Caballero…

—Si V. no me permitia esto, entonces sí que fuera yo desgraciado, después de haber columbrado la felicidad en el bien que yo puedo hacerla, ¡No creo que V. desee mi desgracia, señora!

—¡Ah! ¡no! exclamó Lola como si esta idea la horrorizara.

En este momento la doncella se presentó a la puerta del salón.

—Señora.

—¿Qué hay?

—El señor D. Nicolás.

—Que pase.

Eduardo se levantó.

—Adiós, señora, la dijo.

—¿Se va V.? Ese caballero es un amigo antiguo de mi familia.

—¡Necesito respirar el aire libre! exclamó Eduardo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta mañana.

Eduardo salió.

A la puerta del salón se encontró con un caballero de cincuenta años, de fisonomía inocente, y aspecto nada pobre.

Ambos se saludaron con la cabeza.

El estudiante tomó la escalera, y D. Nicolás pasó al salón, donde tuvo lugar una escena por cierto bien distinta de la que acababa de suceder:

Don Nicolás no era el señor de Sandoval, y Lola hubo de ser con aquel otra de la que había sido antes con este.

CAPÍTULO XXXVIII.
La calle de Turella

FERNANDO Aguilar no quiso hacer a medias el sacrificio de su amor a la bella Clara.

Además de la palabra formal que había dado a la baronesa, y que cumpliría seguramente, quiso poner en manos de la madre de su amada otros medios que la ayudasen a combatir la pasion que la niña tenía por Aguilar.

Con esto daba Fernando a la baronesa una prueba más de su dignidad y de la honradez que le era propia.

A las dos horas de haber salido de la casa de Turella, mandó a la baronesa un billete que encerraba otro para su hija.

La baronesa los leyó admirando, como no podía menos, tenía fuerza de voluntad y tamaña abnegación en un joven de la edad y humilde posición de Aguilar.

El billete dirigido a ella estaba concebido en estos términos:

Señora baronesa:

Esta mañana di a V. palabra formal de no volver a presentarme delante de su hija de V., ayudando con mi alejamiento a combatir los obstáculos de que V. me ha hablado respecto de su por venir.

Reitero a V. mi promesa, aunque lo haga con el mismo dolor que antes sentí y sentiré siempre.

Pero V. comprenderá, señora, que después de la profunda gratitud que mi corazón ha de sentir, (prescindiendo ahora de otro sentimiento) por la generosidad con que ese ángel recibió mis pobres obsequios, yo faltaría a mi deber de hombre y a la propia educación mia, si me alejára completamente, sin dar una explicación, una excusa que justificase mi conducta a sus ojos, si hay justificación posible para una niña a quien seguramente no se habrá ocurrido la idea de su porvenir, como no se le ocurrió la de su brillante posición y la humilde posición mia cuando tuve yo el atrevimiento de declararla mi amor y ella la generosidad de no rechazarlo.

Ya que no deba verla, creo que debo escribirla.

Adjunto y abierto va el billete que la dirijo.

Creo que ayudará todavía al pensamiento de V.

Puede V. leerlo, y hacer de él el uso que tenga por más conveniente.

Me limito únicamente a suplicar a V., por si Clara no recibe el billete, se encargue al menos de hacerla saber los motivos de mi conducta.

El billete dirigido a Clara era el que sigue:

Señorita:

Una casualidad que yo tanto califiqué de feliz, pudo dar motivo a que yo sintiera lo que tantas veces la he manifestado, creyendo en mi ceguedad que podría llegar un día en que se realizasen esperanzas para mí completamente ilusorias y nada lisonjeras por cierto para lo que V. puede y debe prometerse con justicia en el porvenir.

No me arrepiento de lo primero, pero debo reflexionar acerca de

esto último.

Nuestra posición en el mundo no es la misma.

Usted es rica, y yo soy pobre; V. de noble familia, y yo de clase humilde; cuanto yo gano con el amor de V., lo pierde V. con el amor mio; V., para elevarme a si, necesita bajar hasta mí, y esto es lo que mi dignidad no podría consentir jamás.

Mañana quizás V. misma haría de esto un cargo secreto a mi delicadeza, y si su estremada generosidad conmigo no pensára en esto, lo pensara el mundo, que vería en mí otro sentimiento muy distinto del que ha tenido para V. mi corazón.

Perdóneme V. si hasta hoy no había pensado en esto; pero la amo a V., soy honrado y un día debia pensarlo necesariamente.

En mi locura, yo llevé mis pretensiones más allá de mis merecimientos: perdone V. esta debilidad de mi corazón.

La voz de mi amor ha sido vencida por la voz de mi deber.

Yo no debo privarla a V. en su porvenir de lo que en mi posición no puedo darle.

Sino hoy, más tarde comprenderá V. que esta ha de ser mi conducta, so pena de sacrificar lo que nunca debemos hacer los pobres, puesto que es nuestro único patrimonio: mi amor propio y dignidad de hombre.

Si hoy se enoja V. conmigo, día vendrá en que reflexione y me absuelva.

Concluyo rogando a V. nuevamente me perdone, mientras dirijo mis sinceros votos al cielo por su completa felicidad.

FERNANDO AGUILAR.

Conocido el carácter de la baronesa, tan inclinada a todo lo grande y noble, porque noble y grande era ella también, es inútil decir hasta qué paulo la afectaron las dos cartas de Aguilar.

En los primeros momentos después de haberlas leido, estaba indecisa acerca de si entregarla o no a su hija la que le iba dirigida, temerosa de que produjese un efecto contrario en el ánimo de la enamorada Clara.

Ésta amaba a Aguilar y no era ciertamente el mejor medio de convertir su amor en indiferencia, el presentarse tan noble, tan digno, tan estimable como se presentaba en el billete.

En otra persona que Fernando, cuya lealtad y nobleza de carácter estaba impresa en su fisonomía, revelándose en sus más leves acciones, casi hubiera: podido tomarse por un ardid y un esfuerzo de ingenio el modo como estaban escritos ambos billetes, de los cuales bastaba uno, después de lo que había mediado, para granjearle todas

las simpatías de la madre y de la hija, si antes no las tuviese.

Pero en Aguilar, decimos, hubiera sido una injuria basta el asomo de semejante sospecha.

La baronesa se decidió al fin por entregar el billete a su hija, atendiendo a dos razones: la primera, porque le ofrecia una magnífica y natural entrada en un asunto harto espinoso y delicado; y la segunda, porque, a pesar de las altas cualidades de alma que revelaba el billete en quien lo había escrito, lo cierto era que en e1 Fernando rompía toda relación con su amada, y la baronesa contaba con el amor propio de su hija, para hacerla tener la firmeza necesaria en un caso semejante.

Clarita cedió, porque otra cosa no podía, a las reflexiones de su madre.

Sans era ya mejor recibido en la casa, pero su prometida esposa había de hacerse siempre una violencia para no darle a conocer lo que su espíritu sufría, y a menudo tenía que elegir un pretesto cualquiera para no echarse a llorar en presencia de Carlos, y salir a derramar en un sitio escondido aquel preciosísimo lloro que arranca a las almas vírgenes la fuerza de los primeros dolores.

La imagen de Aguilar no se borraba de su mente, ni su amor dejaba su corazón.

En cuanto a Fernando, seguía cumpliendo su promesa con una fortaleza admirable.

Se habían pasado algunos días y Aguilar, que hasta había dejado de ir a los sitios donde pudiese concurrir Clara, no la había visto siquiera.

El sufrimiento de Fernando llegó a su colmo, sintiendo su dolorido corazón la necesidad de verla, siquiera fuese de lejos.

Afortunadamente él no había prometido no verla, y el joven pensó más de una vez en esta libertad que le dejaba su promesa.

Hasta el último momento, cuando no pudo sufrir ya más, no trató, sin embargo, de aprovecharse de este consuelo.

Otro sentimiento además motivaba el ardiente deseo de Fernando.

Quería ver, descubrir en el rostro de su amada, hasta qué punto había hecho en ella efecto el sacrificio que él acababa de imponerse.

Un día, después de haberse pasado muchos sin que la casualidad le proporcionase esto que llamaremos tristísimo placer, salió de su casa resuelto a llegar a la esquina de la calle y mirar a los balcones de la casa de Turella.

En todo lo que se roza con el amor, sucede que va uno siempre algo más allá del límite que se propone.

Fernando llegó a la esquina, estuvo parado en ella mirando largo

rato, aunque en vano, a los balcones de Turella; luego se marchó; no bien anduvo cuatro pasos, retrocedió volviendo a la esquina; volvió a mirar; no había nadie asomado a ningun balcón ni ventana, por consiguiente nadie había de verle y adelantó algunos pasos dentro de la calle; tras de estos otros y otros hasta que pasó por delante de la casa, aunque mirando a hurtadillas, y deprisa como si para algún asunto extraño y preciso tuviese que pasar por allí necesariamente.

Llegó al extremo de la calle, dobló la esquina y al cabo de un breve rato volvió a asomar la cabeza.

La primera vez no le había visto nadie, por consiguiente ¿quién había de verle la segunda?

El amor tiene estas inocencias.

Todos los amantes son lo mismo, aunque por otra parte y para asuntos distintos sean tan hombres como era Fernando Aguilar.

El estudiante, pues, hizo la segunda pasada, con un poco más de seguridad y menos recalo que la primera.

Alguno hubiera podido ya notar esta vez que aquel joven miraba con particular atención a los balcones de Turella.

Nadie, sin embargo, de los vecinos lo notó; pero sí pudo observar algo y lo observó realmente un personaje de particular aspecto que pasó también más de una vez por la calle.

Era un caballero nada joven, de muy decente porte y extranjero al parecer.

Este personaje se encontró frente a frente con Fernando la segunda vez y en el momento en que ambos miraban al mismo punto.

Recíprocamente se llamaron la atención.

Fernando no pudo notar muy bien si el caballero miraba o no a los balcones de su amada.

Éste, es decir, el caballero, lo conoció perfectamente en Aguilar.

El estudiante abandonó la calle, no atreviéndose a volver a rondarla, por temor de despertar sospechas en alguno, y el caballero se alejó también de ella.

No había de tardar el impaciente Fernando en volver al mismo sitio.

Al día siguiente volvió a probar lo mismo que en el interior.

—¡Ah! exclamó al entrar en la calle viendo a un individuo que dobló la esquina antes que él.

Era Carlos Sans.

Fernando le observó atentamente, parado en la esquina.

Carlos se metió en la casa de Turella.

—¡Ah! exclamó Fernando, sintiendo un dolor particular.

Decimos que era un dolor particular, porque lo que Sans le

inspiraba no eran celos.

De lo que se desprecia no se tiene celos jamás, y el estudiante despreciaba desde la altura de su dignidad al hombre que gozando una elevada posición para lo que era Barcelona, tan bajo lo había visto en su presencia.

No temia tampoco que Clara le amase.

Estaba seguro de que esto no sucedería nunca.

¿Cómo la mujer que le conocía a él, que le había amado y había oído las frases tiernas y delicadas de su amor purísimo y verdadero, bahía de sentirse satisfecha y admitir en su corazón los groseros sentimientos de Sans?

Harto sabía Aguilar que esto era imposible.

Fuera preciso para ello que Clara hubiese variado completamente, que no fuese ya la misma Clara; y en este caso, Fernando no hubiese sentido dolor tampoco, sino desprecio hacia los dos.

El dolor instantáneo, pues, que experimentó Fernando, fué hijo de la idea de que la baronesa apoyara otra vez las pretensiones de Carlos, cuando sabía él que antes no las había completamente apadrinado.

Esto era en su concepto un doble martirio para su amada, y he aquí lo que él sentía.

Aguilar entró en la calle y pasó por delante de la casa.

Nadie tampoco en los balcones.

Antes de llegar al extremo opuesto, llamáronle la atención las exclamaciones y los sollozos de una pobre mujer que había dentro de una mezquina tienda de zapatero.

Algunos vecinos de la calle procuraban consolarla.

Entre estas personas se hallaba un muchacho joven, artesano, que era el que más procuraba distraerla con frases de consuelo y de resignación.

Pero cada palabra del joven era un nuevo dolor para la pobre mujer.

El joven era su hijo.

La causa de aquel trastorno, una de las más dolorosas que puede experimentar una familia del pueblo.

Al hijo le había tocado la suerte de soldado, y sus padres, vendiendo cuanto tenían, escepto los útiles necesarios para seguir trabajando en el oficio de zapatero, habían logrado reunir la para ellos exhorbitante suma de seis mil reales, con la cual pudieron comprar un sustituto que reemplazara a su hijo, librando a éste de la suerte de las armas y pagando con dinero esa terrible cuota de la odiosísima contribución de sangre. Los pobres tuvieron la poca precaución de entregar todos los seis mil reales al sustituto en el momento de entrar

en caja, y al cabo de cuatro meses, cuando contentos con ver a su hijo libre y a su lado, habían olvidado que este placer les costaba los ahorros de toda la vida, llega la fatal noticia de que el sustituto ha desertado, y la órden con ella de que se presente el *quinto* en el cuerpo a llenar la plaza.

El padre del soldado estaba postrado de dolor en el lecho, y la desconsolada madre desesperándose en la tienda delante de los vecinos, que en vano buscaban palabras para consolarla.

Fernando se detuvo contemplando aquel tristísimo cuadro, lamentándose en su interior de no poder imaginar siquiera un medio que aliviase el trastorno de aquella familia desgraciada.

La gente, curiosa en tocias ocasiones, fué aumentando el número de las personas que delante de la tienda se habían detenido.

Confundido entre el grupo estaba Fernando, que no podía hacer otra cosa sino acompañar en el pesar a la pobre madre.

—¡Ah! ¡maldito sea! exclamó ésta en el colmo de su desesperación.

—No maldiga V. a nadie, buena mujer, la dijo entonces un caballero que abriéndose paso entre la gente, había penetrado basta el umbral de la puerta; harta desgracia lleva consigo el hombre que faltando a la confianza que en él se tuvo, se ve obligado a andar fugitivo por el mundo.

Todos miraron al caballero que de tal modo acababa de espresarse, en contra, al parecer, del sentimiento general y de la particular y justísima indignación de la madre.

Ésta lanzó una mirada al caballero y le dijo:

—¡Que no le maldiga! ¡Dios mio! ¿Y mi hijo, caballero? ¿Usted sabe lo que por culpa de ese infame será de mi hijo?

—Su hijo quedará como hasta aquí al lado de sus padres.

—¡Cómo!

—Volviendo a dar seis mil reales para otro sustituto.

La mayor parte de los que oyeron estas palabras se sonrieron.

—¡Seis mil reales! Usted se burla, caballero ¿dónde vamos a encontrar nosotros seis mil reales?… dijo la madre.

—Aquí.

Y el caballero, sacando de su bolsillo tres billetes de a dos mil reales, los puso en la mano de la absorta madre.

—¡Ah! exclamó Femando, que reconoció en el caballero al mismo del día anterior.

—¡Oh! ¿qué es esto, caballero? dijo la madre.

—La mano de Dios, que no abandona nunca al desgraciado, respondió el caballero.

Y abriéndose paso entre la gente que le miraba asombrado y con

profundo respeto, se alejó de la calle.

—¿Quién es este señor? preguntó uno.

—¡Qué sé yo! A mí me ha preguntado qué sucedía aquí, dijo otro, y ahora comprendo porqué ha querido enterarse tan minuciosamente del caso.

Diego Rocafort había llegado ya a Barcelona, y con esta acción acababa de inaugurar la vuelta a su patria.

CAPÍTULO XXXIX.
El teatro del Liceo

No creemos necesario explicar el porqué se encontró Diego dos días consecutivos en la calle misma que rondaba Fernando.

Ya sabemos que su amor era de esos que no concluyen sino con la vida, y el mismo día de su llegada tuvo necesidad de pasar por aquella calle en donde había dejado al siempre adorado objeto de su pensamiento. Pero Diego no se recataba como Fernando.

Su temor de ser conocido no le inquietaba.

Si desfigurado volvió la otra vez a Barcelona después de tantos

sufrimientos, más lo estaba en esta última, habiendo minado su existencia un dolor mismo y envenenado su corazón un mismo sentimiento.

Diego vivía en una fonda con Daniel.

En su ansiedad por volver a ver a Clara, ordenó al criado que se apostara en la calle donde vivía la viuda de Turella, y espiase el momento mi que ésta saliese para un sitio público como el teatro o el paseo, a fin de poderla ver, sin que ella lo notara.

Daniel corrió a la fonda una noche llevando a su amo la noticia de que la familia Turella, esto os, la madre, y la hija, habían salido hacia el teatro Liceo.

Diego fué solo allá.

No quiso tomar ni sillón siquiera, y se colocó en las gradas de la derecha.

El palco de Turella estaba a la izquierda.

Sabiendo que era de su propiedad, Diego juzgó que la familia lo conservaría aun.

Al entrar en el teatro, Rocafort no pudo menos de experimentar una emoción agradable, atendida la disposición de su triste espíritu.

Cada sitio que volvía a ver en su querida Barcelona, guardaba para él un recuerdo, y el teatro del Liceo le trajo a la memoria aquella noche del baile, en que por primera vez, de vuelta de su esclavitud, pudo hablar a Clara en cierto sentido, escudado con el antifaz que le cubría el rostro.

Diego miró lo primero al palco.

Nadie había aun en él.

La ópera no se había empezado todavía.

Clara y su hija estaban en el cuartito del palco, aguardando a que el telon se levantara.

El teatro se fué llenando poco a poco.

Diego gozaba viendo el carácter tan distinto que ofrecia el público del Liceo del de otros teatros extranjeros, pues cada una de estas circunstancias era para él la conciencia de que se hallaba otra vez en su pais y en medio de la gente que tenía sus costumbres, su idioma, su religion, su carácter catalan.

En un palco cercano al de Turella se presentó una pareja, cuya aparición llamó la atención de todo el teatro.

Eran Lola y su marido.

Ella se sentó en el sillón de preferencia, y su marido a su frente.

Al cabo de un momento entró un caballero, y otro, hasta tres en el palco.

Una especie de murmullo del público saludó su entrada.

—¡Cuidado, que es particular! dijo Lola, que en todas partes me ha de suceder eso siempre con la gente; ¡cómo si no hubiera otro lado donde mirar!…

—Ese es en todas partes el privilegio que alcanza la hermosura, dijo rendidamente un joven elegante, pero de afectado porte, el cual diciendo esto, se sentó al lado de Lola.

—Ya tenemos al poeta con sus adulaciones, contestó ella, creyendo sin embargo lo que el poeta había dicho.

Los otros caballeros, mordiéndose el uno al labio y apretando el otro los puños de cólera por no haber podido tomar el lado de Lola, se sentaron también, quedando así como de tertulia en el palco.

Que era poeta, dijo Lola, el caballerito que acababa de hablar, y de poeta tenía la fama, ya que no tuviese para ello ni la cabeza ni el corazón.

El hombre, sin embargo, hacía versos, y la fecundidad en hacerlos nadie podía negársela.

Pero a los poetas les sucede generalmente como a los árboles: la abundancia de la producción suele perjudicar la calidad del fruto.

Nuestro poeta era pues tan fecundo como malo.

Antes de meterse a tan extravagante profesion, era estudiante de leyes; unas cuantas bolas negras en un examen le declararon incapaz para la facultad, y el hombre que no había de apurarse por esto, pensó en una carrera para la cual no se necesitasen estudios ni examinadores.

Vistiéndose un día al espejo, después de haber leido una leyenda de Zorrilla, notó lo que hasta entonces no había notado en su fisonomía, y se persuadió de que tenía cara de poeta.

Su frente, aunque algo deprimida, era ancha y lisa, rizada, negra y larga la melena; delgado y pálido el rostro; los ojos rasgados y lánguida la mirada: con todas estas señales infalibles, el hombre creyó que había nacido y debia crecer para poeta.

Pero, ¡ay! desgraciadamente para él la poesía no está fuera, sino dentro de la cabeza, y la de nuestro joven era habitación harto mezquina para tan noble huéspeda.

—Para llegar a serlo, lo primero es lanzarse a la vida de tal, se dijo.

Y desde aquel momento empezó a trasnochar, a tener amores, orgías, a escribir versos a todas horas, leerlos en todas partes; y con vestir así de cierta manera y deber al sastre y al zapatero, el hombre se encontró antes que lo pensase hecho un poeta que llenaba con su nombre y con sus versos el mundo barcelonés.

Zorrilla era su modelo.

Procuraba imitar su entonación, haciendo rebosar en sus versos aquella especie de sentimiento falso que logra, sin embargo, halagar a ciertos oídos, y su fama, que empezó en las tertulias y en los salones, presto se elevó a otra esfera.

No faltó un editor que tratase de esplotar el prestigio del afortunado vate, proponiéndole llenar algunas páginas de su periódico una o dos veces a la semana, y los domingos, por lo regular, salían a relucir en letras de molde cuentos inventados o robados de algún libro, y artículos de modas, *y revistas de salones*, en donde en medio del jazmin y el azahar y el amaranto y la luna y las estrellas y los sorbetes y los torrentes de luz y armonía, salían confundidos como en una olla podrida los nombres de la hermosísima señorita de P., y la no menos preciosa de L., y la encantadora de X, y la *finísima* D. y la muy elegante de M, y la graciosísima de V., etc etc etc.

Y el bello sexo se encantaba al leer aquellas cosas tan bien dichas, y el público era bastante público para leerlo y no reirse, y la fama del poeta crecia y crecia hasta colocarse en el pedestal más alto de la gloria barcelonesa.

A esta altura se hallaba el poeta cuando llegó Lola a Barcelona y se dejó conocer en la sociedad catalana.

El poeta no podía darla dinero, pero podía distinguirla, hacerla brillar en otro sentido, y hé aquí explicada la amistad suya con el.

La ópera empezó.

A las gradas de la izquierda llegó un joven que fué a ponerse al lado mismo de Diego.

Éste le miró, reconociendo en él al que había visto en la calle de Clara.

Era efectivamente Fernando.

Aguilar no paró la atención en Diego.

Desde que entró, puso los ojos en el palco de Turella.

Fernando, desde antes de su entrevista con la baronesa, no había visto a Clara, y habiendo visto aquel día por casualidad el carruaje de Turella que partió del pórtico del Liceo, juzgó que las señoras estarían en el teatro, y entró, poniéndose entre el público de las gradas para desde allí poder ver sin que le viesen.

En el palco no había nadie todavía.

Diego observaba a Fernando, y presto con los pocos antecedentes que tenía y lo que entonces estaba viendo, conoció positivamente que aquel joven sentía, un vivo interés por alguien de la familia de Turella.

Por la viuda no había de ser; era, pues, por la hija.

Por el aspecto sencillo y modesto porte del joven, conoció Diego

que su posición distaba mucho de poderse igualar con la de la mujer que al parecer adoraba, y esta circunstancia inspiróle ya una especie de interés hacia el estudiante.

Además, Aguilar tenía, como sabemos, una de esas fisonomías de hombre altamente simpáticas, porque llevan escritas en ellas grandes prendas del alma, y esto motivó en su mayor parte la secreta simpatía que inspiró a Diego.

Un momento en que éste le miraba, observó que el rostro de Fernando tomó una expresión repentina de sorpresa y alegría a la vez y su cuerpo se estremeció.

Los ojos de Aguilar se abrieron más que de costumbre y se fijaron completamente en el punto a donde antes miraban.

Diego volvió la vista siguiendo la dirección de la del estudiante.

Sus ojos se detuvieron en el palco de Turella.

Clara y su hija acababan de presentarse en él.

Diego se olvidó ya de la persona que al lado tenía, fija toda su atención en aquel rostro que tantas veces había sido el encanto de su alma enamorada.

La señorita de Turella, al poco rato de estar en el palco, cogió los anteojos y se puso a mirar en varias direcciones del teatro.

No tardó la impaciente niña en encontrar un punto donde fijarlos.

Sus ojos habían descubierto a Fernando en las gradas.

Aguilar pudo conocer en esto solo que Clarita le amaba todavía, y el estudiante, como si por vez primera viese en ella la correspondencia al amor que sentía, la contemplaba embelesado sin respirar apenas, y sin quitar un punto los ojos del palco.

A Diego le sucedió lo mismo que a Aguilar.

En corazones como el suyo, el amor no envejece jamás, y aunque llega a causar la muerte, no por esto deja de ser su vida.

Diego volvió, pues, en el primer momento a ver a Clara con aquel encanto, con aquella dulcísima fruición que sentía al verla en la época feliz de sus primeras emociones.

Pero este estado de embeleso del alma, no podía ser en Diego sino momentáneo.

Ala presencia de Clara, habían de brotar en, su mente recuerdos tristísimos, desgarradoras imágenes que trocasen aquella especie de placer en disgusto y pesar profundo.

Apartó la vista del palco, y entonces volvió a fijarse en Fernando.

Diego, al verla esta vez, tuvo una prueba más de sus anteriores sospechas, que se convirtieron en completa certeza.

—¡Ama a la niña! se dijo en su interior mirando a Fernando y viendo como Clarita tenía puestos en aquella dirección los anteojos.

Quiera Dios que seas más feliz con el amor de la hija, de lo que yo lo fuí con el amor de la madre.

La baronesa de Turella notó que su hija miraba mucho a un mismo punto y esto le llamó la atención.

Con esa sagacidad que tienen las madres para descubrir o adivinar lo que pasa en el corazón de sus hijas, comprendió la clase de interés que la niña podía tener en mirar siempre al mismo lado.

Tomó, pues, sus anteojos, y sin decir nada a Clarita, los puso también en la misma dirección.

No tardó la baronesa en encontrar lo que antes había maliciado.

A Diego le extrañó el ver que la madre miraba también hácia aquel punto.

Fernando se sobrecogió al notar la acción de la baronesa.

Su cuerpo tembló, y el carmín de la vergüenza encendió su rostro.

Es que al estudiante le ocurrió entonces una idea muy natural.

—¡Ahora dirá la baronesa, pensó Fernando, que he faltado a mi palabra!…

Conocido el carácter de Aguilar, ya sabemos lo mucho que este pensamiento había de mortificar a su amor propio, después de la promesa formal y los términos en que la hizo a la baronesa, acerca de su conducta futura para con su hija.

Hé aquí porque se avergonzó.

Fernando desde aquel instante ya no vió nada, ni en nada pensó más que en una sola cosa: en que estaba faltando a su palabra de hombre, de leal y de honrado.

Diego comprendió por la particular fisonomía del joven, que a éste debia pasarle algo extraño y extraordinario.

—¿Acaso ama y no es correspondido? se preguntó: no, porque la niña le miraba también… Tal vez su madre se opone…

En el momento en que Diego se hacía esta reflexion, la joven amante de Aguilar bajó los anteojos.

Acababa de notar que su madre miraba también hácia aquel sitio.

A Diego, que vio todo esto, se le despejó la incógnita completamente.

Aguilar, sin volver a mirar al palco, tomó el sombrero y salió del teatro.

Diego lo siguió.

El antiguo amante de la baronesa de Turella estaba, como sabemos, dotado por la naturaleza de uno de esos preciosos corazones en donde parece que el sentimiento de justicia ha ido a refugiarse huyendo de la conciencia de la generalidad, y en él tenía cabida lo mismo la compasion y la simpatia hácia el bueno y desgraciado, que

la animadversion hácia la persona de malos procederes, cualquiera que fuese su posición en el mundo.

Y hasta tal punto rayaba en él este sentimiento, que lo que más caro le son en la vida, el mismo amor que profesaba a aquella Clara tan querida y tan adorada, se hubiese convertido cuando menos en profundo desdén desde el momento en que eh ella hubiese visto otra menos pura, menos noble que la que tuvo antes la oscura niña del pueblo y siguió teniendo después la señora baronesa de Turella.

A Diego le asaltó alguna vez la idea de si el tiempo, la posición, quizá un mal entendido amor de madre hácia su hija, cortaban en la de Clara sus inclinaciones en favor de un joven que si parecia pobre, podía ser honrado.

—¡Pero no, esto es imposible! se decia: ella ha de tener muy presente su propia historia, para exponerse a labrar la infelicidad de esa niña inocente, haciéndola pasar por el eterno martirio de haber dado la mano al hombre a quien no puede entregarse el corazón.

Con estas reflexiones que Diego se hacía se comprende el vivo interés que pudo inspirarle tan súbitamente la persona de Aguilar.

Hé aquí porque abandonó el teatro por seguirle.

CAPÍTULO XL.
Diego Rocafort y Fernando Aguilar

LA baronesa de Turella vió la acción de Aguilar y no se atrevió a decir nada a su hija.

Pensó que el encontrarse allí Fernando podía ser casual, y aunque no lo fuera, harto su conducta había satisfecho sus deseos, puesto que aquel se levantó y se marchó del teatro así que hubo notado que desde el palco lo habían descubierto.

No podía pedirse más de un joven en su caso, y la baronesa, haciendo la debida justicia a su conducta, admiró de nuevo la

fortaleza del estudiante en el sacrificio que se había impuesto.

En cuanto a Diego, la baronesa no observó nada absolutamente. Si vió, porque al lado de Fernando se hallaba, como aquel se levantó, no pudo sospechar lo más mínimo y lo tomó como de otro de los concurrentes al teatro que entra y sale según y cuando le acomoda.

La amante de Aguilar estuvo un rato mirando a la escena, y luego fué desviando poco a poco los anteojos hasta ponerlos en el mismo sitio de antes.

Aguilar no estaba ya allí, y la niña dejó de mirar, bajando al suelo los ojos preñados de lágrimas.

El sentimiento de Fernando no era menor.

Toda la alegría que experimentó en el teatro al comprender por el modo como Clarita le miraba, conociendo que no había menguado el amor en que aquel corazón tiernísimo que tantas veces había respondido a la voz del suyo enamorado; toda aquella alegría, pues, fué luego doble motivo de pesar para Fernando.

Lo único que podía no hacerle arrepentir de la palabra que había dado a la baronesa y continuar en su cumplimiento sin violencia, era el ver apatia o desdén en lugar de la indudable muestra de cariño que acababa de notar en su amada.

Al salir del teatro, tomó la Rambla en dirección a Atarazanas, subiendo luego a Muralla de Mar.

Su espíritu angustiado necesitaba aire libre y ancho campo para espaciarse.

Diego iba siguiéndole a cierta distancia sin perderle un momento de vista.

Fernando se detuvo un instante, arrimándose al bajo muro que cae al mar.

Diego apresuró el paso y se acercó más al estudiante.

Aguilar permaneció como tres segundos mirando hacia el mar y prosiguió su camino muralla abajo.

Diego se engañó.

—¿A dónde irá? se preguntaba Diego.

Fernando no llevaba dirección determinada, no iba a ninguna parte.

En el estado de agitación de su espíritu, necesitaba el movimiento del cuerpo, y caminaba sin saber a dónde y sin darse cuenta él mismo de si satisfaría con ello una necesidad material.

Aguilar hablaba solo a veces, y Diego pudo oir algunas de sus palabras, que te confirmaron más y más en lo que en el teatro había visto ya como una realidad.

—¡todavía me ama!… exclamaba Aguilar, bien ajeno por cierto de

que alguien pudiera escucharle. Y su madre… proseguía luego. Mi palabra ¡Ah! ¡soy honrado y he de cumplirla! ¡Nunca la hubiese dado!… ¡Pero la di!… ¡No hay remedio!…

—¡Cuánto sufre el infeliz! exclamó Diego, que pudo comprender muy aproximadamente la situación de Aguilar por las palabras suyas que había podido recoger.

Fernando fué a parar al paseo de San Juan, siguiendo la línea más recta y natural de su camino.

Diego le seguía más de cerca a cada momento.

El estudiante no se apercibió de que nadie anduviera espiándole los pasos.

Apenas notaba las personas que por su lado pasaban, cuanto menos las que tenía a su espalda.

Al llegar al extremo del paseo y próximo a encontrarse en despoblado, Aguilar volvió en sí, reconoció el sitio en que se encontraba, y díó la vuelta por el mismo camino.

Diego le iba tan cerca, que al volverse aquel casi tropezó con éste.

—¡Ah! exclamó Aguilar sorprendiéndose, preocupado como se hallaba todavía.

—No se asuste V., joven, observóle Diego con dulzura.

—Jamás me asusté de nada, y para ser esta la primera vez, por cierto que no veo motivo.

—¡Bien! dijo Diego para si, al ver la digna contestación del estudiante.

Una sola acción, como una sola palabra, retraía a veces el carácter de un hombre.

Diego conoció con solo lo que dijo Aguilar, que éste era hombre de valor.

Inútil es decir que su simpatia por el estudiante tuvo un nuevo motivo en que afirmarse al oirle las primeras palabras.

—Me sorprendí porque iba preocupado y nada más, concluyó Fernando.

—No necesita V. sincerarse, ni hacer el menor esfuerzo para contestar a una idea de ofenderle que yo no tuve. Yo no ofendo a nadie jamás, dijo Diego con un tono tan grave y digno a la vez que impuso a Aguilar.

Éste le miró, y reconociéndole a la luz de la lana, exclamó con muy distinto tono del que antes había empleado:

—¡Ah! ¡caballero! pido a V. mil perdones… yo no le había conocido al pronto, y, preocupado, pude verter palabras altaneras que me arrepiento de haber usado con una persona como V.

—Pues qué, ¿V. me conoce?

—No sé su nombre, pero he visto sus acciones y esto me basta.

—¡Mis acciones! cuidado con que no me equivoque V. con otra persona…

—¡Ah! no, el noble caballero que con tanta generosidad supo trocar en alegría el dolor y la consternación de una familia, que era esta mañana misma tan desgraciada, y es esta noche tan feliz, gracias a la largueza de esa mano generosa…

—¡Oh! basta, joven…

—El hombre que ha devuelto un hijo a su madre…

—Suplico a V., interrumpió Diego, que cese en sus alabanzas por cosa que no es al fin un milagro. Yo no caí en que V., que tanto pasa por aquella calle…

Fernando se inmutó.

—Podía muy bien haber visto lo que pasó allí esta mañana de otra manera, hubiese adivinado ya cómo podía V. conocerme. ¿So sorprende V. de lo que le digo?

—No… francamente, pero…

—Vamos, franqueza, que no le ha de pesar a V., observó Diego con un tono tal de bondad y de paternal interés hácia Fernando, que éste le dijo:

—Realmente, caballero, si no me ha sorprendido, me llama la atención el que V. haya notado si paso yo mucho por aquella calle.

—Pero lo cierto es que pasa V.

—Sí, efectivamente.

—Y que está V. enamorado de la hija de la baronesa de Turella.

—¡Ah!

—¿No es esto verdad?

—Caballero, semejante pregunta… balbuceó Fernando.

—Si V. me dice con qué títulos se la hago, en ese caso, prescinda V. de contestarla, porque no los tengo a su confianza; y no basta el que yo sienta, por ejemplo, así cierto interés por V., si está la cuestión en el terreno que yo me figuro, para que me abra V. las puertas de su corazón. Usted al fin no me conoce, ni me conocería aunque le dijese ahora mi oscuro nombre, ignorado en Barcelona, donde he estado poco tiempo otras veces, y en ésta, acabo de llegar precisamente no hace una semana.

Estas palabras dejaron suspenso a Fernando.

había en ellas una especie de noble y sencilla franqueza, respiraban un cierto misterio, y fueron dichas con un tono tan leal y tan noble a la vez, que Fernando dijo después de un momento:

—Realmente, caballero, no conozco a V. de nombre, ni tendría el atrevimiento de preguntárselo, aunque otro fuera el caso en que V. me

pusiera: y respecto del derecho que pueda V. tener a mi confianza, los hombres a tal punto buenos y generosos como V. deben tener ese derecho; y yo he visto lo suficiente hoy para otorgárselo entero y darle las gracias por el interés que le ha movido mi humilde persona.

—¡No me había equivocado! exclamó Diego. Estreche V. esta mano, joven, es de un hombre que ha sufrido más que V. sufre.

—¿Más?… exclamó Fernando sonriendose tristemente y como quien no quería otorgar lo que Diego decía.

—¡Más! repuso éste con un acento de seguridad tan frío y tan desconsolador que Fernando lo creyó.

Diego continuaba sin dejar la mano del estudiante:

—¿Porque ame V. a una mujer y su madre acaso no consienta…?

—¿Pero cómo sabe V.?

—¿Digo la verdad?

—¡Oh! ¡sí! respondió Fernando con desconsuelo.

—¿Y qué motivos alega la señora baronesa? preguntó Diego.

—Uno muy justo, respondió Fernando.

¡Ah!

—El de que su hija es título y rica, mientras que yo…

—Entiendo. La fortuna de V.

—Es tan pobre, como modesta mi clase, concluyó Fernando con el acento de la más noble resignación.

Diego no pudo menos de experimentar cierto sentimiento al oir estas palabras de boca de Aguilar.

Este le interesaba ya, y sentía su posición respecto de la familia de Turella en aquel asunto; y por otra parte, al descubrir el modo de pensar de la baronesa tan distinto de lo que él podía presumir en una cuestión de este género, experimentó también un profundo disgusto, pues semejante conducta le anunciaba una variación en el carácter de su antigua amante.

Interesado vivamente como estaba Diego en este asunto, siguió preguntando al estudiante:

—¿Supongo que la niña no habrá visto en el amor de V. hácia ella los mismos inconvenientes de su madre?

Fernando no se atrevió a responder de una manera categórica a esta pregunta.

A un hombre caballero y delicado, le cuesta mucho el confesar su creencia de ser amado por una mujer.

Ya sabemos que Fernando no podía menos de creerlo.

—Semejante pregunta, caballero… dijo a Diego para excusarse de contestarla.

—Vamos, no hay necesidad de que V. la conteste rotundamente,

observó entonces Diego con suma discreción: entienda algo de estas materias y harto se deja conocer.

Fernando no contrarió esta opinion de Diego.

Éste prosiguió:

—Pero permítame V. le diga que no ha sido esta noche en el teatro todo lo amable que un joven debe ser con la que adora, ea semejantes circunstancias, huyendo como ha huido V. a sus anhelantes miradas.

—Esto consiste en que para mí hay algo en el mundo más atendible para el hombre honrado que la misma mujer que se ama.

—Algo más atendible…

—La palabra de honor, concluyó Fernando.

—Es verdad.

—Y yo la he dado a la baronesa de huir todas las ocasiones en que con su hija pudiera encontrarme.

Diego se quedó mirando a Aguilar un momento.

—Pero esto sería bajo alguna condición…

—Ninguna. Su madre me probó sin gran trabaja (porque esto tampoco necesita grande ingenio para probarse), que mi posición y los medios de que yo podía disponer distaban mucho de alcanzar a lo que su hija merecia y tenía derecho de esperar en el porvenir; y yo, que conocí esto perfectamente, aunque con vivo dolor de mí alma, sacrifiqué mi amor a la fortuna que otra más ventajosa alianza que la mia pudiera traer a la que yo amaba. Sea ella feliz y dichosa, aunque yo muera desgraciado.

—¡Alma noble y generosa! exclamó Diego tendiendo su mano al joven.

Aguilar la estrechó, sintiendo un secreto consuelo, como si aquella mano que estrechaba derramase un bálsamo en su dolorido corazón.

Cuanto más entraba en materia, mayor era el interés de Diego por saber todos los pormenores y circunstancias de aquel asunto.

Temia, sin embargo, ser molesto aun en medio de la confianza que había despertado en el estudiante, y le dijo:

—Yo no quisiera abusar de la confianza de V., pero me interesa esto tanto, que quisiera todas las explicaciones. Acaso mañana se felicite V. de habérmelas dado.

—Sin ese egoísmo, y para corresponder tan solo a ese interés de que V. me habla, y en el que creo firmemente, estoy dispuesto a decírselo a V. todo.

—¡Oh! gracias, noble joven.

—Llámeme V. Fernando o Aguilar, que es mi apellido.

Diego estaba ya en el deber de corresponder a la completa confianza que en él tenía el estudiante dándole también su nombre, y

le dijo:

—El mio es Diego Rocafort, tan humilde, quizá más que pueda serlo el de V., así como he sido yo y soy más desgraciado seguramente de lo que V. lo es y podrá serlo jamás.

La superioridad infunde siempre respeto a todos los hombres y en todas ocasiones, y la que Diego tenía sobre el joven estudiante, se reveló a tal punto en sus últimas palabras, dichas con aquel tono de bondadosa amargura que tienen la nobleza de alma y la desgracia unidas, que Aguilar, sin otra averiguación, cedió interiormente al hombre que le hablaba.

—Pero tenga V. presente, prosiguió Diego, que me interesa guardar el incógnito, que a nadie más que a V. he descubierto.

—Yo sabré hacerme digno de esta confianza, dijo Fernando.

Diego prosiguió con más desembarazo en sus preguntas.

—La baronesa, dijo, tendrá acaso simpatías por otra persona.

—Creo que sí.

—¿De Barcelona?

—Sí, señor.

—¿Será persona conocida?

—Sí, y no.

—¡Cómo!…

—Conocida por su posición y su nombre, pero no por sus vicios y su vida privada.

—¡Ah! ¿y la baronesa lo ignora?

—No puede menos de ignorarlo.

—¿Cómo se llama?

—Carlos Sans.

—¡Carlos Sans!

Hijo de un banquero que murió.

—El casamiento con la hija de Turella fué pactado por los padres, según tengo entendido, observó Diego. ¿Sabe V. esto?

—Efectivamente, dijo Aguilar, extrañando que Diego estuviese en semejantes pormenores.

—¿Y ese es el rival que V. tiene?

—Ese.

Diego, a quien llamó sobremanera la atención el modo como Aguilar acusó a Sans, aunque no dudaba de la veracidad de Fernando, ni creia, conocida la nobleza de sus sentimientos, que los celos le hiciesen injusto hasta el punto de calumniar de aquel modo a un hombre, procuró hacerse explicar los motivos que Fernando tenía para espresarse de aquella suerte respecto de Sans.

Aguilar no sabía sino una y muy pequeña parte de la relajada vida

de Sans. sabía solamente lo que había presenciado; pero esto solo que explicó a Diego, fué lo suficiente para que éste encontrara fundadísima la acusación de Aguilar y se formase cabal idea de lo que podía ser como hombre en sociedad un joven a tal punto encenagado en el juego, y como persona digna en la esfera de la moral y de los buenos sentimientos, un hombre que por tan vil precio y en tan baja forma, acababa de vender una prenda que era el retrato de la que un día había de llevar su nombre y llamarse su esposa.

En este relato, Fernando, preocupado con la idea principal, omitió alguna circunstancia al relatar a Diego la escena de la casa de juego que motivó la *subasta* que allí se verificó con el retrato de la hija de Turella.

Una de las cosas nimias en que no hizo alto, fué el nombre del que había logrado apoderarse del retrato.

El tiempo pasó volando a nuestros dos personajes, que estaban a cual más embebido en la conversación, paseándose arriba y abajo en una de las calles del paseo de San Juan.

El sereno, que pasó cerca de ellos cantando las once, les advirtió del tiempo que sin sentirlo había pasado.

—Son las once, dijo Diego.

—Retirémonos si a V. le place.

—Yo estoy hospedado en la fonda de Oriente. Si V. quiere verme mañana…

—¡Oh! sí.

—Pregunte V. allí por Diego Monreal.

Después de los ofrecimientos naturales entre dos personas que a tal punto se asimilaban, que por tal motivo se habían conocido, y a quienes a tal extremo interesaba un mismo asunto, Diego y Fernando se separaron, quedando unidos sus corazones por la más sincera y cordial de las amistades.

Fernando tomó la dirección del Borne, y Diego la de la plaza de Palacio.

Muy cerca de este sitio se hallaba la casa de Turella.

Diego fué, no maquinalmente, sino impelido por aquel sentimiento que en otras ocasiones al mismo sitio le había conducido, a pasar por la calle en donde su antigua amante vivía.

Al doblar la esquina para entrar en ella, distinguió a corta distancia la figura del estudiante.

Diego se sonrió, exclamando:

—¡Inútil era el separarnos!, si habíamos de pasar los dos por la misma calle.

Fernando llegó delante de la casa de su amada y se detuvo de

pronto, quedando como clavado en la acera y exclamando:

—¡Ah! ¡es él!

Diego no oyó esta exclamación.

Un hombre se paró al mismo tiempo delante de Fernando, que le interrumpió el paso, pues llevaban los dos la misma línea de la acera, aunque en contraria dirección.

Diego iba adelantando a paso lento.

Fernando clavó una mirada terrible en el rostro del hombre, que le preguntó:

—¿Qué se le ofrece a V., señorito, que se me pone delante y me mira de ese modo?

—Se me ofrece que tengo con V. una cuenta pendiente…

—¡Una cuenta pendiente!…

—Sí, que vamos a saldar ahora mismo.

Diego, que estaba ya bastante cerca a espaldas de Fernando, pudo oir las palabras últimas que fueron pronunciadas en tono no muy bajo.

Chocóle esto, se acercó más, y mirando a la cara del hombre, iluminada de lleno por la luz del farol inmediato, exclamó sorprendido:

—¡Cielos! ¡Roberto!

Era efectivamente Roberto, que tampoco había olvidado la calle en donde vivía la esquiva hermosura que tantas veces le había rechazado.

—¡Será posible! volvió a exclamar Diego sin volver de su asombro: ¿ese pillo habrá escapado de presidio o encontrado medio de hacerse indultar?

—Usted se engaña sin duda, joven, dijo Roberto, respondiendo a las últimas palabras de Fernando.

—¡Oh! no por cierto, repuso éste.

—Yo no le conozco a V., ni recuerdo que haya tenido el menor trato con persona que a V. se parezca.

—Usted podrá no conocerme, pero yo le conozco a V. Usted se llama Roberto.

—¡Ah! exclamó Diego.

—¡Roberto! dijo éste. ¿Cómo sabe V. mi nombre?…

Y al mismo tiempo con aquella vista traidora y recelosa, echó tuna mirada a su alrededor.

La calle estaba casi desierta, con excepción de nuestros tres personajes y un caballero que acababa de llamar a una puerta no distante, y aguardaba en la calle a que le abriesen.

La turbación de Roberto al oir su nombre, que tantos motivos sabemos tenía para ocultar, no le permitió ver a la persona que estaba a espaldas de Fernando.

—No importa quien me haya dicho, ni cómo sé yo el nombre ¡de V.; lo que yo necesito ahora es otra cosa!, repuso el estudiante.

—¡Otra cosa! dijo Roberto.

Y volvió a echar otra mirada a su alrededor, metiéndose al mismo tiempo la mano al pecho.

El caballero que antes había visto iba a entrar en su casa, pues se oía el ruido de la llave en la cerradura al abrir la puerta de la calle.

—Sí, y esta es el retrato de que V. se apoderó infamemente en aquella casa de juego prosiguió Fernando.

—¡Ah! ¿era de V.?

—¡Mio!

—Pues entonces… dijo Roberto con socarronería, podía V. también pedirlo de otro modo, puesto que yo no he de negarme a dárselo…

—¡Ah! ¿me lo entregará V.? exclamó Fernando con alegría.

Roberto miró otra vez a su alrededor.

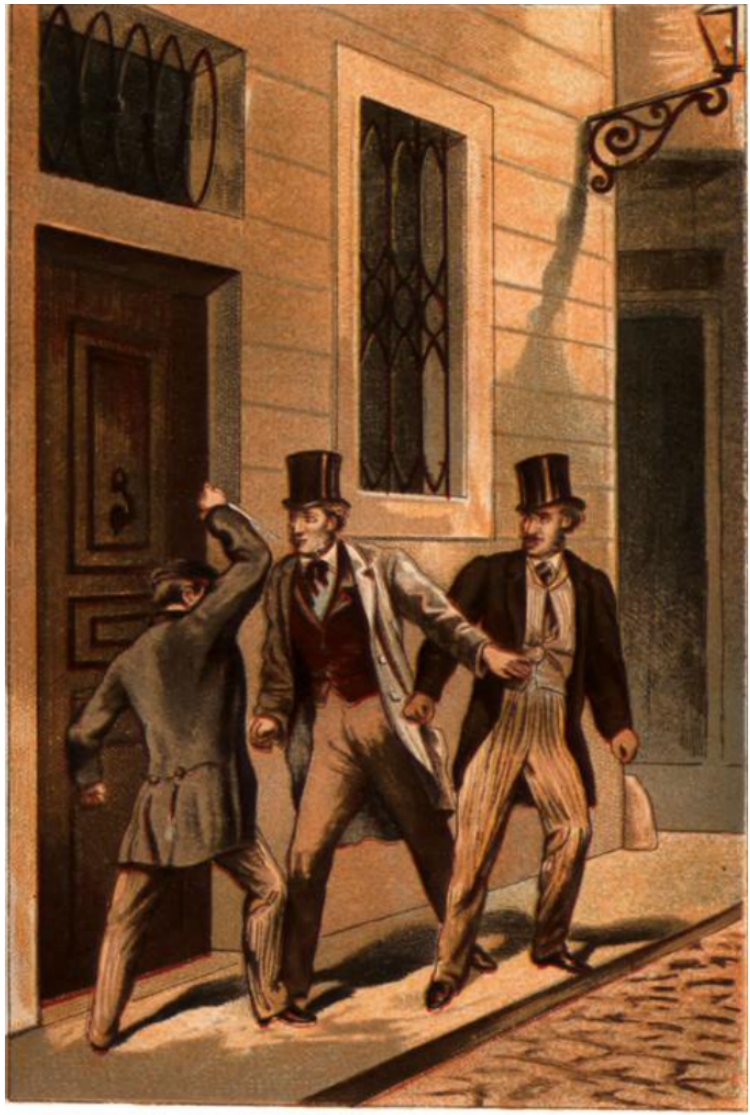
Fernando notó su mirada.

El caballero aquel no estaba ya en la calle.

—¡Tome V.! dijo Roberto sacando un puñal del pecho y levantando precipitadamente la mano para asestarla al corazón de Fernando.

Pero Roberto dió el golpe en el aire.

Al tiempo mismo cogió Diego a Fernando por la cintura, echándole a un lado, y presentándose él delante de Roberto, gritó:



—¡INFAME, ASESINO!

—¡Infame asesino!

Roberto, sin aguardar un punto más, volvió la espalda y echó a correr, desapareciendo rápidamente por un callejon inmediato.

Fernando se quedó inmóvil y mudo de asombro.

CAPÍTULO XLI.

En que empieza a rasgarse el velo que cubría la conducta de Carlos Sans

UANDO la naturaleza no ha dotado a un hombre de ese don precioso que se llama fuerza de voluntad, es dificilísimo, sino imposible, que el desgraciado que se encuentra corriendo por una de las fatales pendientes que presenta el mundo a la juventud, se detenga en mitad de su carrera, por más que al fin de ella contemple el hondo abismo donde sin remedio ha de precipitarse más o menos tarde.

Ya sabemos que Carlos Sans distaba mucho de tener la cualidad de la fortaleza de alma.

Impotente, en su debilidad, era juguete de sus pasiones, como esclavo de sus vicios.

El de el juego, que era el que más en él preponderaba, le atraía más cuanto mayor era en él su desgracia y mala suerte.

Hay dos clases de jugadores.

Unos lo son por oficio y otros por vicio.

En los primeros, raras veces el corazón llega a turbar la cabeza y conocen para detenerse el momento en que la suerte no se presenta propicia, así corno para aprovecharlo, el instante en que se les ofrece favorable.

Estos, por lo comun, ganan y viven del juego.

En los últimos sucede lo contrario.

Siempre la sed del corazón está sobre el cálculo de la cabeza, y más se lanzan cuando más debieran contenerse, pasándoles por alto muchas veces momentos buenos que la cabeza, ofuscada, no se halla en el estado de aprovechar.

Estos pierden siempre y mueren por el juego.

A esta última clase pertenecia Carlos Sans.

Su patrimonio, gravado con enormes sumas, apenas bastaba, ya a sostenerle en las necesidades regulares de su posición; él lo conocía, y cuanto más veía acercarse el fin de la pendiente y más cercano se miraba al precipicio, menos le ocurría la idea de detenerse.

De todas maneras, en el estado en que ya se encontraba, aunque hubiera tenido la fuerza suficiente de voluntad para cambiar de vida de repente, había de quedar reducido a una fortuna harto modesta para la que heredara de sus padres y con la cual se presentó al mundo, y esto en un hombre lleno de orgullo y vanidad, era más sensible que la misma completa ruina.

Por desgracia la conducta privada de ciertos hombres no se presenta clara a los ojos del mundo hasta que un acontecimiento ruidoso rasga el velo deslumbrador que les cubría, y Carlos Sans en Barcelona, pasaba todavía por un joven aturdido y de más o menos travesura, siendo en realidad un hombre malvado y hasta despreciable.

El terreno que había perdido en la casa de Turella, iba recobrándolo de día en día, gracias a la completa ignorancia en que estaba la baronesa de las cualidades que adornaban al futuro esposo de su hija, y merced a la ausencia de Fernando y al decidido apoyo que le prestaba el curador.

Carlos se mostraba más amable y más obsequioso con su

prometida, en la cual veía la única tabla de salvación en el terrible naufragio que le amenazaba.

La esperanza de su casamiento, en el cual creia ya todo el público, había detenido ya más de una vez a sus acreedores, que no aguardaban sino el instante en que por cualquier motivo aumentasen los bienes de Sans, para echársele encima como vulgarmente se dice y se hace, contenidos entonces por el miedo de que no hubiese bastante con lo que tenía para satisfacer los créditos de todos.

Se habían pasado ya muchos días desde el en que Roberto fué a ver a Carlos para ofrecerle el retrato, mediante la suma de seis mil duros que aquel pedía, y Sans, aunque más de una vez se había proporcionado esa y mayor cantidad, atraido por el *tapete verde* y los halagos y las exigencias de Lola, no había podido, con deseos de hacerlo, recobrar todavía el retrato de su prometida.

Roberto perdió la esperanza del negocio que pensaba hacer por este lado y tentó el otro.

Determinóse a volver a escribir a la baronesa.

Ésta recibió la carta en presencia de su hija y de Carlos.

La baronesa tenía bastante confianza con éste para privarse de leerla en su presencia, y la abrió inmediatamente después de habérsela entregado la doncella.

—¡Es particular! exclamó deteniéndose a los primeros renglones.

La exclamación de la baronesa llamó la atención a Clarita y a Carlos.

—¿Qué es esto, mamá? preguntó la niña a su madre.

—Es una cosa muy extraña.

Carlos no decía nada, y estaba muy lejos de sospechar el contenido de la carta.

—Pero ¿qué es? repuso la niña.

—Déjame que concluya de leer.

La baronesa leyó todo el billete y en seguida miró a Carlos.

Aquella mirada produjo en Sans una visible sensación que no pasó desapercibida a la baronesa.

Carlos, sin embargo, repetimos, no sospechaba el contenido de la carta. Pero la mirada de la baronesa le hizo sentir un miedo súbito y profundo.

¡Tenía tantos lados que temer!…

—Es una carta anónima, dijo la baronesa satisfaciendo en parte la curiosidad de su hija, y volviendo a mirar a Carlos.

—¡Carta anónima! exclamó éste previniéndose ya para desvirtuar lo que acaso pudiera decir de él el billete: yo no leo ninguna siquiera, porque persona que calla su nombre cuando escribe a otra, manifiesta

que no diría cara a cara aquello que afirma en el anónimo, que suele encerrar, por lo comun, una necedad o una calumnia.

—Esta la contiene grande, dijo la baronesa.

—¡Una calumnia! exclamó Clarita.

—Sí, añadió su madre.

—¿Y a quién?

—A Carlos.

Éste palideció.

—¡A mí! exclamó en seguida asombrado.

Y haciendo un violento esfuerzo para dominarse, añadió son riéndose forzadamente:

—¡Pues no deja de ser gracioso! ¿Y qué dice?

—Lea V.

La baronesa le dió la carta.

Carlos, aparentando una serenidad que no tenía, y sin dejar la sonrisa forzada que procuraba mantener en sus labios, dijo:

—Aunque he dicho, y es la verdad, que mi costumbre en las cartas anónimas es la de rasgarlas o quemarlas sin leerlas, tengo curiosidad por saber lo que dice esta, ya que de mí trata y viene dirigida a V.

Y en seguida se puso a leer.

Clarita y su madre tenían la vista fija en el rostro de Carlos.

Éste perdió bien pronto la serenidad que afectaba, su rostro acabó de ponerse pálido en un principio, luego se fué encendiendo hasta ponerse como la grana, y sus ojos se turbarón al extremo de no poder leer el final del billete.

La baronesa leia, al par que Carlos el billete, en el rostro de Sans la verdad de lo que la carta decía.

Clarita preguntaba a su madre coa la vista la causa de aquel extraordinario efecto que observaba en Carlos.

La baronesa le hizo una seña, dándole a entender que callase.

—¡Ah! ¡esto es una infamia! exclamó al fin Carlos levantándose del asiento.

—Es una carta anónima, observó tranquilamente la baronesa, y ya V. mismo ha dicho lo que puede encerrar un billete que viene con ese carácter.

Pero sepamos, antes de pasar adelante, lo que decía la carta de Roberto.

Estaba concebida en estos términos:

Señora:

No hace muchos días que escribí a V., dándole cuenta de un hecho y proponiéndole un negocio, cosas ambas que V. desatendió,

no dando crédito a lo primero y despreciando por lo mismo lo segundo.

El silencio de V. en asunto de tal naturaleza, me ha hecho reflexionar, y pensando en ello, he podido encontrar el motivo porque V. dejó sin contestación mi primera carta.

Es que V. no la creyó, y había una razón grande para ello; el error de la persona y de la prenda de que en ella hablaba.

Ahora bien, la persona no es V., sino su hija: el retrato pertenece a ésta, y lo vendió el señorito de Sans.

Si V. no conoce esta prenda del amor de su hija, puede V. preguntarla si es una miniatura con el marco de oro orlado de perlas y cuatro brillantes, dos en los extremos y uno en cada mitad del óvalo que forma el marco.

Si V. intenta recobrarlo, ya sabe las condiciones; debiéndola advertir que si dentro del término de cuatro días no lo hace, el retrato dejará de pertenecerme, pasando a poder de quien ofrece por él la suma que tengo el honor de pedir a V.

Esta era la carta.

—¡Pero es una horrible infamia! repuso Carlos a las últimas palabras de la baronesa y sin poder serenarse.

—Yo creo que es una grandísima necedad, dijo la viuda de Turella con toda intención; porque el autor de la carta ha debido prever lo fácilmente que podría ser desmentido…

Aquí Carlos acabó de agobiarse.

—Naturalmente, balbuceó conociendo la idea de la baronesa. Ésta no dejó de concluir su pensamiento añadiendo:

—Porque estando el retrato en poder de V…

—Como que ahora mismo voy a traerlo…

—¡Oh! sírvase V. no darse tanta prisa, dijo la baronesa guardándose de excusar a Carlos de esta prueba para sincerarse.

Sans, al ver que la baronesa no le relevaba de esta prueba, acabó de comprender que la carta había hecho en su ánimo todo el efecto.

Naturalmente; creer lo que decía el billete, era no creer lo que Carlos decía.

La difícil posición de éste no podía durar largo tiempo en presencia de la baronesa, y se levantó repitiendo:

—¡Ah! no señora: yo necesito desvanecer inmediatamente la sospecha que acaso pueda tenerse de mí.

La baronesa, a pesar del tono con que Carlos pronunció estas palabras, creyó poco en lo que querían significar, y lo dijo sin grande empeño y hasta con una ligera expresión de frialdad:

—Pero siéntese V., no faltaba mas; la importancia que dá V. a esto para querer desvanecerlo ahora mismo, es demasiada.

—¡Oh! no.

—Yo me alegraré, sin que esto sea querer decir por ningun concepto que doy el menor crédito a ese papel; me alegraré, digo, de volver a ver el retrato…

—¡Ah! lo verá V., señora, se atrevió a interrumpir Carlos con forzado tono de seguridad.

—Porque esto es sin duda un lazo, y nos serviría para confundir y castigar al infame, si puede ser habido, encontrándosele en el camino mismo que él me señala en la otra carta anterior, para dirigirle la cantidad que pide. Pero todo esto, repito, no exige la prisa y el mal rato que V. quiere darse, concluyó la baronesa.

—Señora, V. me dispensará, insistió Carlos, que se hallaba como sobre ascuas; yo no puedo permanecer así más tiempo, y suplico me permita salir.

—Como V. quiera, ya que en ello se empeña; pero tenga V. presente que estoy muy lejos de exigirle a V. semejante prueba para sincerarse a mis ojos de lo que dice ese papel.

—Doy a V. las gracias, señora; pero si V. no lo necesita, por la confianza que tiene en mí, es indispensable este paso a mi amor propio y a mi delicadeza altamente empeñados en este asunto.

La baronesa ya no replicó.

—Baronesa, a los piés de V., dijo Carlos despidiéndose.

—Adiós, Carlos.

—Hasta luego, Clarita.

Carlos salió.

Bajó la escalera con precipitación, y siguió andando con la misma prisa por la calle, hasta doblar la esquina más inmediata.

Entonces se detuvo, exclamando con profundo desaliento:

—¡Estoy perdido!

Al momento de haber salido Sans de la sala, Clarita, que había permanecido muda espectadora, durante la escena, obedeciendo a la seña de su madre, preguntó a ésta:

—Pero ¿qué significa todo este misterio del que no he comprendido una palabra, mamá?

La baronesa explicólo entonces todo a su hija.

—¡Ah! exclamó ésta inocentemente: ¡eso no puede ser!…

—Todo es posible, hija mia, dijo la baronesa, dominada por la desagradable impresion que en ella había producido lo que creyó descubrir en el interior de Sans.

—Pero, semejante acción… repuso la niña, cuya inocencia no la

permitia comprender tamaña bajeza en el hombre que decía le adoraba.

—Yo no digo que sea; pero mucho me temo que Carlos no pueda salir airoso de ello.

—En este caso… dijo la niña con menos sentimiento del que dejaría conocer una mujer a sus años tratándose del que era su prometido: Carlos sería indigno de mí…

—Y hasta de volver a pisar los umbrales de nuestra casa, añadió la baronesa.

—¡Ah! pero yo creo que se vindicará trayéndonos el retrato.

—Qué sé yo, veremos mucho dice la carta esa… ¿en dónde está?

—¿La carta?

—Sí.

—Carlos se la llevó.

—¡Ah! ¡cuánto lo siento! ¡yo no advertí que se la llevaba! exclamó la baronesa.

—¡Por qué! ¿qué tiene que ver?…

—¡Ah! mucho. Si él no tiene el retrato, con la carta podrá volver a obtenerlo. Pero no, no; ahora me acuerdo de que no indica ésta la dirección de la persona que la ha escrito; las señas estaban en la otra…

—¡En la otra! ¿En cuál? preguntó la niña, que ignoraba lo del billete anterior de Roberto.

—Pero tampoco la tengo, prosiguió sin responderle la baronesa preocupada consigo misma. ¡La rasgué! ¡torpe de mí! ¡Y ahora no me acuerdo!…

El lector recordará que cuando la baronesa vió la incoherencia y el poco fundamento que tenía el primer billete de Roberto, lo hizo pedazos, creyéndolo una locura cuando menos.

Entonces no pudo presumir que más tarde había de serle tan necesario.

Diciendo a su hija que la dejase, la baronesa de Turella, que no podía permitir por la cantidad de seis mil duros que anduviese en malas manos el retrato de Clarita, se quedó sola y se puso a reflexionar con el objeto de recordar el nombre que en el primer anónimo se le daba para contestar y entrar en negociaciones.

CAPÍTULO XLII.

De cómo volvió Diego a presentarse a su antigua amante

O hacía tres minutos que la baronesa se hallaba sola, procurando en vano recordar el nombre a que debia dirigirse para negociar lo del retrato que sabía no traería Carlos, cuando entró en la sala una de sus doncellas anunciándole una visita.

—¿Quién es? preguntó la baronesa haciendo un gesto de disgusto.

—Es un caballero de bastante edad, a quien no he visto nunca en casa.

—¿Cómo se llama?

—Se lo he preguntado, y ha dicho que era inútil dar el nombre, porque V. no le conocía, pero que le era preciso verla.

—¡Es extraño!… ¿Qué porte tiene?

—¡Ah! parece persona muy distinguida.

—Dile que pase. Veremos, Acaso venga por eso del retrato.

¡Ah! ¡cuánto me alegrará!

A los pocos momentos se presentó el caballero acompañado de la doncella, que le dejó en la puerta de la sala.

La baronesa le miró contestando desde el sillón en donde estaba sentada al primer saludo del caballero, y éste, sombrero en mano y apoyándose ligeramente en un precioso baston de búfalo, se acercó con gravedad basta llegar a la conveniente distancia, diciendo a la baronesa:

—Es la señora baronesa de Turella a quien tengo el honor…

Clara hizo un movimiento afirmativo inclinando levemente la cabeza, y visto el distinguido porte del caballero, le dijo en seguida:

—Sírvase V. tomar asiento.

Diego se sentó en el sofá que Clara le indicaba, y exclamó en su interior:

—¡todavía hermosa y encantadora!

—No puede ser lo que había pensado, se dijo Clara al mismo tiempo, comprendiendo a primera vista que no era compatible tan bajo negocio con la nobleza y dignidad que revelaba aquella fisonomía.

Diego empezó luego de haberse sentado:

—Usted va a extrañar sin duda, señora, que una persona como yo, sin títulos ningunos, a mezclarme en ciertos negocios que a V. atañen muy de cerca, me atreva a venir a esta casa para hablarle de uno sumamente delicado y que a primera vista en nada parecerá interesarme.

—Usted tendrá la bondad de explicarse, caballero, dijo Clara, no adivinando a donde pudiese ir a parar aquel.

—Prescindiré por un momento del interés mio, que tendré el honor de manifestar a V. luego, como asimismo mi nombre, que V. no conocerá seguramente, y entraré de lleno en el asunto. Usted tiene una hija…

—Sí, señor.

—Tan hermosa y de tan nobles sentimientos…

—Mil gracias, caballero, interrumpió Clara.

—Como su madre, concluyó Diego.

Clara no aguardaba seguramente esta conclusion, y se quedó como estupefacta:

Diego lo notó, y dijo con la mayor naturalidad:

—No es cumplido, ni menos adulación, señora: de lo primero no había ninguna necesidad, y yo excuso todos aquellos que no exige la buena educación; y para lo segundo la adulación es mi agravio más bien que un obsequio, y yo estoy muy lejos de querer agraviarla a V., señora.

El lenguaje de Diego tenía una originalidad particular que llamó la atención a Clara, no menos que la especie de misterio que envolvían sus palabras, en medio de esa finura natural y no estudiada que tienen en sociedad muy pocos hombres entré los muchos que se precian de finos y galantes.

—No tardaré mucho, prosiguió Diego, en probar a V. si me fundo en decir que su señorita hija ha heredado los sentimientos de su madre.

—He procurado, caballero, infundirle lo que mi deber y su propio bien me han inspirado.

—¡Ojalá no se contradiga V. nunca con ellos, señora!

Clara no comprendió esta exclamación de Diego.

—Usted debe conocer, continuó éste entrando ya en el asunto, a un joven que se llama Fernando Aguilar.

—¡Fernando Aguilar!

—Sí.

—Con efecto le conozco.

—Es un joven honrado.

—Lo parece.

—Noble.

La baronesa no supo a qué clase de nobleza aludia Diego, y se quedó suspensa.

—No de pergaminos, sino de corazón.

—Lo creo.

—Franco y leal, prosiguió Diego.

—Lo presumo.

—Advierta V. que no me une a él ningun lazo ni otra amistad que el conocimiento de hace muy pocos días.

—¡Ah! exclamó la baronesa, dando a entender que esperaba otro motivo que justificase algo más tantas alabanzas en los labios de Diego.

Éste lo comprendió y se apresuró a decir:

—Usted extrañará mis elogios nacidos del juicio que he formado de ese joven, a quien, confieso, y es la verdad, que conozca de ayer…

La baronesa se sonrió ligeramente afirmando la idea de Diego.

—¿Acaso necesitó V. más tiempo para formarse de Aguilar la

misma idea mia?

—¡Yo! dijo la baronesa, verdaderamente admirada de que así entrase aquel hombre en su pensamiento.

Esto distaba, sin embargo, mucho de ser un milagro en un hombre del talento natural y la penetración de Diego.

Fernando, en posteriores entrevistas, le había explicado minuciosamente y sin olvidarse de los más pequeños pormenores, sus dos entrevistas con la baronesa, y Diego, que conocía también el talento de Clara, comprendió que ésta no podía tener otra idea ni formar otro concepto que el que realmente formó de un joven de las condiciones de Fernando, que de tal manera se explicó en su presencia y tal conducta había sabido seguir después del sacrificio que se impuso y la palabra de honor que había dado.

La seguridad que Diego tenía de ello, resaltaba en el tono de sus palabras, y esto era lo que más chocaba a la baronesa, que no pudo menos de afirmarlas diciendo:

—Verdaderamente, caballero, he formado, y por cierto la primera vez que le vi, ese mismo concepto de ese joven.

—Concepto que no habrá V. podido menos de robustecer, en vista de su conducta, luego después de la promesa que a V. hizo.

—Con efecto es así.

—Yo he sorprendido este secreto por una casualidad. No explicaron a V., porque tendría que ser muy minucioso, el cómo lo sorprendí; pero si diré, porque es preciso para manifestar a V. con la franqueza y lealtad que acostumbro el carácter con que hoy he venido a esta casa, que, enterado luego de todos los pormenores, me interesé vivamente por la suerte de ese joven, que tiene quizá más relación de lo que V. cree con la suerte y el porvenir de su hija. Aguilar la ama…

—Ya lo sé.

—Y morirla amándola sin volvérselo a decir, por no faltar a su palabra.

—Creo eso, caballero; y V. no sabe el sentimiento que a mí me causa haberlo así conocido. Por lo que V. me ha dicho, el único interés que a V. mueve en este asunto, y en favor de ese joven a lo que comprendo…

—Comprende V. bien, señora.

—Es un afecto hacia él.

—Es verdad.

—Yo no puedo menos de respetar y atender en V. este sentimiento, que es siempre noble y digno de respeto, y por esta razón, aunque no tengo el honor de conocer a V. por el modo como se me presenta, no tengo inconveniente en seguir hablando de un asunto que V. conocerá,

no trataría yo así de buenas a primeras con una persona a quien no conociese; pero, sin que V. se ofenda por esto que voy a decir, yo que conozco ya a Aguilar, creo ver en V. a otra persona que en su nombre viene a hablarme, y no he de negarme a escucharla.

Clara supo colocarse con el buen talento que tenía, en la posición de su dignidad, haciendo que esta no padeciera, con un desconocido, prestándose a tratar de un asunto que podía llamarse de familia.

De esta suerte podía seguir, sin menoscabo de su carácter, una conversación que de otra manera se hubiera visto precisada a cortar.

Y esto, como se ve, no lo quería la baronesa de Turella, que veía en el caballero, a pesar de la natural sencillez con que se le presentaba, un secreto misterio que tenía no pocos deseos de descubrir.

A Diego le dieron las palabras de la baronesa un motivo más para proseguir en su objeto.

—Yo acepto, señora, la posición en que V. me coloca, pero libro hasta cierto punto de ciertas consideraciones de delicadeza que cerraron los labios a Aguilar en las dos ocasiones que habló con V., yo, que no estoy en su caso, me permitiré preguntar a V., señora, si sabe que su hija ama a Aguilar.

Ciertamente la pregunta de Diego, hecha en una forma tan precisa y tan concreta, sorprendió a la baronesa, con todo y hallarse ésta preparada para llegar a este punto.

—Usted comprenderá, caballero, dijo Clara, que a mí no ha de ocultárseme lo que pueda sentir mi hija respecto de ese joven.

—Y sin embargo, añadió Diego, V. que lo sabe, no tiene inconveniente en oponerse a sus deseos, a lo que pide, a lo que anhela su corazón…

—Caballero, la posición de una madre es muy difícil en circunstancias como estas…

—Y de gravísima responsabilidad, señora. Disponer del sentimiento de otro, es siempre una horrible tiranía, y no saben los padres las fatalísimas consecuencias a que puede conducir a los hijos el llevarles con la fuerza de su autoridad a una alianza que el corazón repugna. Usted no habrá experimentado en su juventud este que es uno de los más atroces martirios para una mujer…

Clara afirmaba en su corazón las palabras de Diego.

—Habrá V. tenido la suerte, prosiguió éste, de que sus padres la destinaran al mismo que su corazón había elegido… y viviria V. feliz y dichosa…

La impresion de estas palabras en el ánimo de Clara, se pintó de tal manera en su rostro, que Diego no se hubiera atrevido a continuar en aquel terreno.

Clara le atajó también diciéndole en el tono más suave que pudo:

—Mi marido murió ya, caballero, y suplico a V. excuse cuanto pueda referirse a su memoria.

—El interés mismo por su hija, que ama a Aguilar, señora, me ha llevado a este punto.

—¡Interés por mi hija!…

—¿A quien no conozco, querrá V. significar?… ¿y qué importa eso? ¿El afecto o la simpatia necesitan siempre el transcurso del tiempo o la continuidad del trato para dejarse sentir en favor de una persona? ¿no basta a veces el primer momento de verla, y aun sin eso, una sola noticia que de esa persona se tenga? y si yo quiero y estimo todo lo que es grande y generoso, ¿cómo no interesarme por una niña que siendo noble y rica, ha tenido la generosidad, la grandeza de admitir los obsequios de un joven pobre y oscuro, bastándola que fuera bueno y honrado?

Clara no podía reprochar en manera alguna, sin herirse a sí misma, las palabras de Diego.

Todo lo contrario, debia agradecerlas, y las agradeció.

—Ahí tiene V. señora, explicado el interés mio por su hija.

El tono, y hasta diremos el calor con que Diego pronunció estas palabras no pudo menos de chocar a Clara por el contraste que formaron con el aspecto de la persona que las profirió.

Aquel hombre prematuramente viejo y caduco, con aquella voz casi débil pocos momentos antes, con aquella fisonomía pálida y demacrada, surcada por algunas arrugas que armonizaban con la canosa barba y la calva frente, no dejaba adivinar por cierto que en su corazón se encerrase, como el fuego sacro entre las cenizas de un sepulcro, el ardoroso aliento de la primera juventud que respiraron aquellas sentidas frases que al salir de sus labios hasta pareció que rejuvenecieron su fisonomía, iluminándola con un rayo de luz divina.

—Caballero, yo sería injusta si después del modo como acaba V. de espresarse, no usase en este momento de la llaneza que V. se merece. Hay un hombre que tiene mi palabra y la del padre de mi hija.

—Ya lo sé: pero ¿y si ese hombre fuera indigno de ese favor?

—¡Ah! explíquese V., exclamó Clara con vivísima ansiedad.

Diego, que soltó esta última frase con toda intención, previendo todo su efecto antes de pronunciarla, hizo como que se arrepentía de pronto de haberla pronunciado, y dijo:

—Perdóneme V., señora, si fuí más allá de lo que me había propuesto.

—¡Cómo!

—No puedo explicarme más sobre este punto. Yo he hecho la su

posición de que si Carlos Sans, que es el prometido de su hija de V., fuese indigno de obtenerla; no retiro una sílaba de lo que he dicho, pero no puedo decir más.

—¡Ah! no entiendo a V. entonces, caballero.

—Me comprenderá V. fácilmente. Usted dijo antes que me miraba aquí como representando la persona de Aguilar…

—Sí.

—Pues bien, yo no he de decir de Sans lo que ese joven tuvo la delicadeza de no decir a V. en las dos veces que la habló.

—¡Ah!

—Usted comprenderá lo que esto significa en un hombre como Fernando.

—Es realmente toda la delicadeza que pueda caber en un hombre; pero V. comprenderá también que yo necesito una explicación de esas palabras…

—Harto comprendo que V. la necesita; pero mia, no la obtendrá V. jamás. Sí Fernando Aguilar obtiene la consideración de esta familia, ha de ser por él, por sus virtudes, por lo que valga por sí, no por los defectos o los vicios de otro. Usted sabe que su hija ama a Aguilar y no a Sans. Y aunque ha tratado poco al primero, motivos tiene V. de conocer a ambos: V. elegirá, baronesa, entre los dos.

Clara se quedó sorprendida al ver el cambio casi repentino que se efectuó en el caballero, sintiéndose turbada al mismo tiempo, y sin saber qué decir.

Diego había llegado al fin que se había propuesto con aquella visita, y dijo para terminar y variando de tono:

—Dispénseme V., señora, si he concluido tratando este asunto como de potencia a potencia: yo tengo un modo particular de ver las cosas: no juzgo de los merecimientos de un individuo por las favorables circunstancias en que le tenga la fortuna: esta varía harto a menudo para rendirla constante acatamiento; juzgo sí por el valor personal, que no está espuesto a las contingencias de la suerte, marchando siempre con el hombre a todas partes, y en este sentido no comprendo que Aguilar valga menos que otro, ni le creo menos digno de lo que otro pueda merecer. Hé aquí porque no he suplicado. El patrimonio de los pobres está en su honra y en su dignidad, y yo, que conozco lo muy altas que se hallan las de Aguilar, he tenido muy buen cuidado de no hacerlas padecer usando un tono y un lenguaje que pudiera parecer humillante.

Diego se levantó en seguida de estas palabras.

La baronesa, que se sintió como humillada por la superioridad que notaba en el caballero, no se atrevió a detenerle.

—Señora, dijo Diego ya de pié, antes de salir de esta casa, reitero a V., en nombre de Aguilar, la palabra de honor que éste la dio, y que sabrá cumplir mientras V. no levante la prohibición que V. permitió se impusiera él mismo, de ver y hablar a su hija. Estoy a los piés de V., señora. Me llamo Diego…

Clara hizo un movimiento de piés a cabeza.

—Monreal, prosiguió Diego, como si nada hubiese notado; y tiene V. un servidor y un amigo en la fonda de Oriente por ahora.

—Y V., caballero, dijo Clara procurando reponerse, ha tomado ya posesion de su casa.

—Tendré el gusto de venir más tarde a ofrecer a V. la que tome en Barcelona.

Diego saludó con la cabeza y salió de la sala.

—¡Qué es todo esto, Dios mio! ¡Quién es ese hombre!…

Clara abrió una ventana y se asomó a la calle.

Diego salió a los pocos momentos.

La casualidad quiso que la familia del soldado, que en aquel instante pasaba, reconociese al bienhechor que la había librado de la fuerte desgracia que ya sabemos.

Diego se vió, sin poder evitarlo, rodeado de aquella familia agradecida que le abrumaba con palabras y ademanes de reconocimiento, viniendo a aumentar el cuadro varios vecinos de la calle, que, advertidos súbitamente de aquello, acudieron a saludar al generoso caballero.

Imposible era a Diego evadirse del reconocimiento de que era objeto.

Por fortuna suya pasó en aquel entonces un carruaje de alquiler.

Diego hizo seña al cochero, éste paró, aquel subió al carruaje, y despidiéndose con benevolencia de aquella buena gente, pudo al fin salir de la calle.

Tres minutos después estaba todavía Clara en la ventana.

Noticiosa del suceso del soldado, conoció entonces al autor de aquella acción generosa.

A separarse de la ventana exclamó en medio de la mayor confusion y con un acento que brotaba del fondo de su pecho:

—¡Dios mio, quién será este hombre!

CAPÍTULO XLIII.

De cómo se alcanza a veces en un momento lo que se ha procurado en vano mucho tiempo

EN la posición en que Carlos Sans se encontraba, era por demás difícil de cumplir el compromiso que había contraido con la familia Turella acerca del retrato que Roberto guardaba en su poder.

Su situación era sumamente crítica.

Roberto exigia una cantidad que a Carlos le era imposible poderse proporcionar con la urgencia que la necesitaba.

Y lo peor de todo eran las consecuencias que surgirían de la falta

de cumplimiento de su palabra.

El anónimo que recibió la baronesa, era una acusación terrible que no podía deshacerse sino de una manera: presentando el retrato. De otro modo, el cargo quedaba probado por sí mismo, su bajeza era evidente, y su esperanza, única en el porvenir, el casamiento con la hija de Turella, se desvanecia para siempre.

Pensar en proporcionarse dinero por los medios que hasta entonces había usado Carlos, era trabajo inútil de todo punto.

Don Blas tenía corazón de acero, y al estado a que se hallaba reducido el patrimonio de Sans, era matería imposible el encontrar por otro lado quien le prestase la mitad de la suma que por momentos necesitaba.

Carlos llegó a su casa como un loco.

Reunió todas las alhajas que le quedaban, inclusas las que tenía costumbre de llevar encima, pero calculó en breve que no bastaría el precio de su venta al objeto que se proponia.

—¡Todo esto no vale cuarenta mil reales! exclamó; y además, ¿qué dirían mis criados al ver que yo retiraba del servicio de la casa los cubiertos y demás objetos de valor? Ya he vendido a ese hipócrita de D. Blas todos los que no eran del uso diario, y ahora estando tan retraido como está de mí, ni esto podría venderle tal vez. ¡Ese infame del retrato me ha hecho una vil traición!… ¡Cómo obtenerlo ahora! si yo pudiese verle… Pero no sé apenas quién es, recuerdo el nombre de Narciso Perez, que él me dijo, nombre que puede muy bien no ser el suyo… no sé tampoco dónde vive ¡Qué voy a hacer yo ahora en este trance!… ¡Por ese retrato daría yo diez años de mi vida!

Carlos comprendía, como se ve, todo lo comprometido y apurado de su situación. Dos cosas necesitaba principalmente en aquel momento: la primera era dinero, antes de lanzarse en busca de Roberto; esta era la segunda.

—Probemos otra vez a D. Blas, se dijo con desaliento.

Y mandó en seguida un criado a casa del usurero.

La contestación de éste, que el criado no tardó en traer, la esperaba ya Sans.

Don Blas estaba ocupadísimo, no se sentía muy bien y le era imposible acudir a casa de Carlos.

—¡Perro judío! exclamó Sans, que había llegado ya al caso aquel en que un hombre no puede desahogarse sino con exclamaciones.

Siendo la adquisición del retrato el asunto que en aquel entonces ocupaba esclusivamente la cabeza de Sans, éste volvió a pensar en Roberto.

—Hace diez o doce días que no ha venido a verme, se decia; se

comprende su conducta. Desesperanzado de obtener de mí lo que él desea, ha recurrido a la baronesa con el infame medio de la carta. No hay que esperarle ya por aquí, después de lo que ha hecho.

Carlos, que no conocía ni a medias el carácter de Roberto, se engañaba completamente en esto última reflexion.

Roberto no perdia de vista ninguna de las dos partes de donde se había propuesto sacar partido con el retrato.

El día que mandó la última carta a la baronesa, permaneció en acecho mañana y tarde, viendo oculto en una escalerilla de la acera de enfrente, quien entraba y salía de la casa.

Roberto sabía que Carlos visitaba diariamente a su prometida, y el mejor medio de saber el efecto de su carta a la baronesa, era observar el rostro de Sans, cuando éste saliese de la casa, después de recibido el billete por la viuda de Turella.

Roberto sabía lo que Sans podía perder, revelada a la madre de su prometida la acción suya en la casa de juego, y comprendía naturalmente que Carlos, en un caso tan apremiante, había de hacer hasta imposibles para recobrar la prenda y sincerarse.

Roberto vió, pues, salir a Sans de la casa, y el profundo disgusto que se dibujaba en su fisonomía.

En la de Roberto se pintó la más horrible satisfacción, y una sonrisa salvaje se deslizó en sus labios.

No hacía una hora que Sans había llegado a su casa, cuando uno de sus criados le anunció la visita de *Narciso Perez*.

—¡Ah! que pase, que pase, dijo en seguida Carlos.

Roberto entró en el gabinete. Su paso lento, su mirada algo baja y la cabeza inclinada ligeramente al pecho, indicaban la premeditación de aquella visita.

Así que el criado hubo salido, Carlos le dijo:

—En muy buena ocasión llega V.

—Me alegro, dijo Roberto.

—Se ha portado V conmigo…

—Usted dirá.

—¿Tan pronto ha desconfiado V. de que yo pudiera darle lo que pide por el retrato?…

—Es que se han pasado muchos días, D. Carlos, y las razones de V. siempre han sido las mismas.

—¿Y por eso había V. de comprometerme hasta el punto de dirigirse a la baronesa con aquella carta infame?…

—Cuidado con las palabras, D. Carlos, porque sí reñimos, será peor para V.

—¡Ah! exclamó Sans mordiéndose el labio y cerrando los puños de

rabia; ¡no he de poder todavía decir lo que siento, y calificar este acto que ha podido perderme!

—Ya dije a V. que yo no era dueño absoluto de obrar en este asunto: que otro tenía quizá más derecho que yo, y me parece que bastante he hecho, para salvarle a V. de un compromiso, con venir tantas veces a esta casa, y con volver hoy a ver si puede V. de una vez salir de este negocio.

Carlos se vió precisado todavía a dar las gracias a Roberto.

—¡Ah! sí, deseo salir de él, dijo.

—Pues ya sabe V. el medio.

Carlos empezó a sudar a estas palabras.

—Sí, dijo; el medio son seis mil duros…

—Eso es, añadió Roberto con aquella fría calma que le conocemos.

—Pero es el caso que precisamente en este momento no los tengo.

—Puede ser más tarde… con tal de que sea hoy…

—Hoy no creo que pueda ser hoy.

—Pues entonces, D. Carlos, cuente V. que el retrato va a poder de la baronesa.

—¡Ah! ¡por Dios! considere V. mi situación.

—Lo que yo considero es que no quiere V. hacer un sacrificio.

—No es que no quiera, ¡es que no puedo! exclamó Carlos bajando la cabeza y dejando caer los brazos, clara muestra de su impotencia y abatimiento.

—Pero una persona como V., tan rica, tan…

—Se me ocurre un medio, dijo Carlos.

—Diga V., y si es aceptable…

—¿Quiere V. mi firma por esa cantidad?

Roberto se puso a reflexionar.

Carlos respiró.

Naturalmente Roberto pensaba que la firma de Sans en un documento legal podía valer mucho.

Ignorante como estaba de la verdadera situación de Carlos, aunque le veía sin dinero, no podía creer que con tan pingüe patrimonio no pudiese responder de la suma que él pedía.

Trató, pues, de sacar partido aprovechando las circunstancias que el negocio le presentaba después de las palabras de Sans, y dijo:

—Pero la firma de V. ¿en qué concepto?

—En un documento que acredite como yo le debo a V. esa cantidad.

—¿Y responde V. de ella?…

—Con todos mis bienes.

Roberto cayó en el lazo.

—Lo mejor sería, dijo, un pagaré.

—Como V. quiera.

—Pero V. conoce, observó Roberto tratando de sacar todo el partido que el negocio diera de sí conforme entonces se presentaba, que por corto que sea el plazo que fijemos, nunca es lo mismo un papel que el dinero efectivo.

Carlos, que había ya cobrado ánimo, la echó entonces de grande y le respondió:

—¡Cómo que no! para un papel que yo firme esa suma es una miseria. Lo que yo tengo vale cien mil veces más.

—No es eso, D. Carlos, sino que los intereses del dinero, por ejemplo… yo no lo digo por mí, sino por el otro; y si me propaso a concluir con V. el negocio de esa suerte, quiero, para disculparme, que vea el otro alguna ventaja.

—Todo eso significa que quiere V. mil duros más, dijo Carlos, que tenía toda la impaciencia por cerrar el trato.

—Mil duros…

—¡Qué!

—Es poco, D. Carlos.

—Para seis mil ¿es poco todavía?

Carlos tuvo la buena idea de regatear para inspirar mayor confianza a Roberto.

—Vamos, sean dos mil, dijo Roberto.

—No.

—Es una nimiedad para V.

—Se vale V. de la ocasión.

—Yo no; ya le he dicho a V. el motivo, D. Carlos.

Este hizo como que reflexionaba un momento y dijo:

—En fin, sea.

—¿Y a qué fecha me extenderá V. el pagaré?

—¿Me entregará V. el retrato hoy?

—Firmado el pagaré, hoy mismo: toma y daca.

—Lo extenderé a dos meses fecha.

—Es mucho plazo.

—Antes, me costaría doble sacrificio.

—Estiéndalo V. a un mes.

Carlos volvió a regatear el tiempo.

Al fin cedió a la última exigencia de Roberto.

—Con que son ocho mil duros…

—Sí… dijo Carlos, demostrando un pesar que no tenía.

—Puede V. ponerlos en ocho pagarés.

—Antes de un cuarto de hora los tengo aquí, pues mando en

seguida por ellos a un criado.

—Y yo salgo, dijo Roberto, para volver al instante con el retrato.

Roberto salió y Carlos exclamó con alegría:

—¡Me he salvado!

Llamó a uno de sus criados y le dijo:

—Toma, ahí tienes dinero, y me traes ahora mismo ocho pagarés de 20,000 reales. ve y vuelve como una exhalación.

—Voy, señorito.

El criado salió diciendo para sí:

—Ocho pagarés de 20,000 reales… ¡son 8,000 duros! ¡La fortuna de un hombre, que D. Carlos tirará en dos horas, si es menester! ¡A este paso pobre de él antes de mucho tiempo!

No había pasado media hora cuando Roberto tenía en su poder ocho pagarés de Sans a favor de *Narciso Perez*, y Carlos el retrato de la hija de Turella.

CAPÍTULO XLIV.
De cómo la mayor prueba de verdad puede encubrir la más grande mentira

A alegría de Carlos Sans así que tuvo en su poder la prueba única que podía sincerarle a los ojos de la familia de Turella, no tiene comparación.

Faltóle tiempo para volar a la casa de su prometida. Clara y su madre volvían a encontrarse reunidas en la misma pieza.

hacía poco que Diego había salido.

La impresion que la presencia y las palabras de éste, produjeron en

el ánimo de la baronesa duraba todavía.

La viuda de Turella, siguiendo la conversación que había empezado su hija, decía a ésta que no creia pudiese Carlos presentar el retrato que había ofrecido.

—Cerca de tres horas hace que salió, decía.

—Es verdad, añadió su hija.

—Y un hombre, continuaba observando la baronesa, que tiene el interés que en él debemos suponer en destruir esa acusación gravísima, ¿puede tardar tanto en presentarse a desvanecer la sospecha que claramente ha podido descubrir en nosotras? No, de ninguna manera. Carlos, si vuelve a esta casa, será con otra excusa cualquiera, pero no con el retrato.

—¡Pluguiera a Dios! exclamó la niña en su interior.

Apenas la baronesa acababa de hacer la última afirmación, presentóse Carlos Sans en la sala.

—¡Ah! exclamaron a un tiempo a madre y la hija.

—¿Se han asustado Vds.?, preguntó Carlos con el tono entrecortado por la agitación que traía y rebosándole la satisfacción en el rostro.

—No, pero como ha entrado V. así tan de repente… dijo la baronesa.

—Dispense V. mi aturdimiento esta vez, baronesa; antes hubiera venido, pero encontré gentes en casa que me estaban esperando para asuntos que no podía demorar, y como yo sentía pasar el tiempo volando, así que me he visto libre, he salido corriendo a presentar a Vds la prueba de mi inocencia…

—¡Ah! ya dije a V. que no había necesidad, observó la baronesa, sorprendida de lo que oía en boca de Carlos, y avergonzada de los juicios temerarios que poco antes estaba hacienda.

Clarita manifestó en su fisonomía la misma sorpresa que su madre, pero sin la más ligera expresión de alegría: todo lo contrario; lo que acababa de oir era para ella una mala noticia, y el pesar del corazón se dejó conocer en su rostro.

Carlos no observó nada de esto, y prosiguió después de las últimas palabras de la baronesa:

—¡Oh! no, señora; yo no podía permitir en Vds el más leve asomo de sospecha respecto de mi conducta en asunto tan sumamente delicado.

Y sacando del bolsillo interior del gaban, el pequeño estuche que contenía el retrato, añadió abriendo la cajita:

—Hé aquí el retrato que tuve la honra de recibir de manos de Clarita y que he guardado *siempre* como una joya inapreciable en mi

poder.

Las últimas palabras de Sans hicieron un eco particular en la mente de la baronesa.

¿Qué necesidad tenía Carlos de decir *que había guardado el relato* SIEMPRE *en su poder*?

¿No era ésto querer desvanecer una acusación que nadie le hacía en aquel momento, después de haber presentado la mejor prueba que podía ofrecer para patentizar su inocencia?

Lo que la baronesa había observado antes en el rostro de Sans cuando éste leia el billete, y la impresion que duraba todavía en su ánimo, producida por la entrevista tenida momentos antes con Diego, la había hecho respecto de Sans tan sumamente suspicaz, que, a pesar de estar viendo el retrato, no creia por completo en la inculpabilidad de Carlos.

El haber éste tardado algunas horas, fué un nuevo motivo que robusteció la desconfianza de la baronesa.

—¿Por qué no ha podido ir, viéndose descubierto, a recobrar la prenda para poder presentarla? se preguntaba.

Pero lo cierto y positivo era que Carlos había destruido completamente la acusación, y la baronesa, cuyo carácter naturalmente recto y justo, no podía transigir con la calumnia y la injusticia, volvía a mirar a Sans con otros ojos y se decia:

—¿Pero si fuera inocente, y eso un infame ardid fraguado en contra suya?

Respondiendo a Sans bajo la impresion de estas últimas reflexiones, su tono fué ya más benévolo al decirle:

—Yo me alegro, Carlos, de que V. haya traido aquí el retrato: conocí que V. sufría, y por eso más que por otra cosa lo permití que fuera a traerlo.

—¡Ah! sí, interrumpió Sans; no puedo negarlo, sufrí mucho esta mañana. Y si por una de aquellas desgracias imprevistas, por ejemplo, la de que uno de mis criados me hubiese robado esta prenda, yo, al llegar a mi casa, no la hubiera encontrado en el sitio donde la tenía guardada, entonces, señora, no hubiera vuelto a esta casa: a tal punto me afectó ese maldito billete, que si me encuentro con una desgracia semejante, me hubiera muerto antes de sentir en mi rostro el rubor de una acción tan indigna.

—Pero, aunque hubiera sucedido, siendo V. inocente, su palabra ¿cree V. que no hubiera pesado en nuestra consideración? dijo la baronesa, que en su interior y en medio de su carácter naturalmente escrupuloso, creia haber ofendido a Carlos con sus anteriores pensamientos, y se consideraba en el deber de desagraviar así su

conciencia.

—A mí no me hubiera bastado eso sin embargo, señora, y aun siendo inocente, me mato antes de volverlas a ver a Vds.

—¡Ah! ¡Carlos! exclamó la baronesa.

Las palabras de Sans, que éste supo decir con el tono melodramático que la situación requería, produjeron todo su efecto.

La misma Clarita, viendo la actitud de su madre, de cuyos sentimientos no estaba exenta por otra parte, miró también a Sans con ojos más benévolos.

—En fin, dejemos ya eso, y nadie se acuerde más de ello, dijo la baronesa.

A Sans le faltaba representar la última parte del papel que con tan buenos auspicios había empezado, y dijo, haciendo como que de nuevo se enojaba:

—¡Oh! lo que es yo, por mi parte, no lo dejo tan pronto.

—¿Pues? preguntó la baronesa.

—He de remover hasta la última piedra de Barcelona para encontrar al infame autor de la carta, que con ese objeto me llevé.

—No lo apruebo.

—¡Cómo, señora! dijo Carlos subiendo un punto en el tono de la declamación: ¿le parece a V. que yo voy a dejar así impune una fechoría semejante?

—Me parece que debe V. despreciarla.

—¡Ah! ¡eso no!

—¿Y si yo se lo exigiera a V?

¡Usted!

—Sí, yo.

—Entonces, señora, hacía lo que debería hacer, lo que haga desde ahora, que es obedecerla.

—No esperaba yo menos de su galantería, dijo la baronesa.

Carlos tuvo en aquellos instantes, cosa extraña en él, el talento suficiente para sacar todo el partido que las circunstancias le ofrecian, y ensayó otro golpe de efecto que le puso en tan buen lugar como los anteriores.

Cerrando el estuche del retrato, lo presentó a su prometida diciéndole:

—Ahora tome V., señorita.

La baronesa y su hija miraron sorprendidas a Carlos.

Clarita no se atrevió a alargar la mano para tomar el estuche que Sans le presentaba.

—Tome V., repitió éste.

—Pero, ¿qué significa esto ahora? preguntó la baronesa mirándole.

—Señora, dijo Carlos, creo que desde el momento en que el retrato ha salido de mí casa para volver aquí, no tengo derecho de volvérmelo a llevar así…

Esta fué sin duda la mejor vindicación que Carlos pudo hacer de su conducta.

Solo a un hombre bastante pillo, o bastante delicado se le ocurren en tal momento estas frases, que, sin ser ofensivas ni atrevidas en la forma, envolvían el más grave cargo que podía hacerse por sus sospechas a la familia de Turella, después de haber presentado Sans la prueba de su inocencia.

La baronesa hubo ya de creer firmemente en las palabras de Sans, puesto que le dijo:

—Y yo creo que no puede hallarse mejor esa prenda que en poder de quien tan bien ha sabido guardarla.

Sans respiró ya por completo.

La baronesa no se contentó con esto solo, sitio que añadió:

—A menos que sea necesario el que mi hija la tome para volvérsela a dar a V…

La delicadeza que suele usarse en buena sociedad, y que Sans, aunque no la tenía en el corazón, sabía tenerla en los labios, efecto de la educación que había recibido y el frecuente trato con familias de cierta posición, le dictó la respuesta que a las palabras de la baronesa convenía.

—Señora, dijo, solamente para recibir de nuevo tanta honra, podría yo consentirlo, después de estas palabras, volvió a meterse el estuche en el bolsillo.

La cuestión, poco antes tan grave para ambas partes, quedó así terminada, siendo su resultado más favorable a Sans de lo que éste pudiera nunca presumir.

Carlos permaneció allí breve rato hablando con la madre y la hija indistintamente, y salió prometiendo volver más tarde, como a su calidad de amante y futuro de la niña correspondía.

Cuanto era pocas horas antes el pesar de Carlos, tanta y mayor fué después su alegría.

Así como la vez anterior exclamó, al salir de la casa de Turella, *estoy perdido*, al bajar en esta la escalera, se dijo respirando desahogadamente:

—Estoy salvado.

Las circunstancias no podían ser entonces más favorables al objeto de Carlos.

Él lo conoció asimismo, y sin perder de vista su interés, se dijo:

—Es necesario aprovechar la buena coyuntura y poner cuantos

medios sean necesarios para apresurar mi casamiento.

Ya sabemos que los medios más eficaces a este fin estaban en el curador de Clarita.

Carlos, al salir de la casa de Turella, se dirigió a la de don Pablo.

Éste le recibió como siempre; con aquella afabilidad y aquella confianza que también a su particular interés convenía.

De lo primero que Carlos habló, fué del lance que acababa de ocurrirle.

El abogado no manifestó sorprenderse.

La ciencia y la esperiencia no se sorprenden así como quiera, y el tal abogado sabía representar perfectamente el papel que en la gran comedia del mundo le había cabido.

—¡Ah! dijo desdeñosa y fríamente, acompañando sus palabras con una sonrisa de indiferencia: eso no es más que una envidia, celos de alguno, que no habrá, tenido otro medio de probar si lograba indisponerle a V. con la familia. Pero V., supongo, que habrá desvanecido al momento…

—Al momento, ¡pues no faltaba otra cosa!

—Bravo, bravo. Y ¿cómo ha quedado V. con ellas?

—¿Con la baronesa y su hija?

—Sí.

—¡Ah! mejor que nunca.

Esto alegró muchísimo a D. Pablo, que tenía por su parte no menos interés que Sans en que éste conservara su buena opinion en aquella casa.

—Tanto, prosiguió Carlos, que queriendo yo devolver con este motivo el retrato a la niña…

—¡Ah! no haga V. esto por ningun estilo, interrumpió el curador con un miedo cerval.

—No, si no es que quiera hacerlo ahora, lo hice…

—¡Cómo!

—Pero me han obligado a guardarlo.

—¡Ah! exclamó el curador respirando. Pero no vuelva V. a exponerse con una acción semejante.

—Pero ¿es verdad, D. Pablo, que tenga yo muchos enemigos?

—Sí, ciertamente.

—Y que si hoy he tenido ese disgusto de que por fortuna he salido bien, ¿es posible que urdan mañana una trama que yo no pueda desenredar?

—Pseh, pseh… se limitó a responder D. Pablo, aguardando así a que Sans acabára de exponer el pensamiento que sin duda anunciaban sus palabras.

—Por consiguiente, D. Pablo, yo contando siempre con la benevolencia que V. me ha dispensado.

—Sabe V. que puede contar con ella en todo y para todo.

—Pues he determinado casarme enseguida.

El abogado no pudo menos de sorprenderse a la rotunda determinación de Sans.

—¡En seguida!…

—Sí, señor.

—Esta es la mia, dijo para sí el curador.

Y volviéndose otra vez a Carlos, prosiguió:

—Poco a poco, señorito. ¿Sabe V. que esas cosas no pueden hacerse en un día?

—Estando como está en su mano de V., D. Pablo, y siendo verdadero el afecto que V. me ha manifestado…

—No creo que pueda V. dudar de él, observó el curador.

—Entonces…

—Y en cuanto a estar eso en mi mano, para verificarlo con la prisa que V. desea, es según y conforme. Yo bien presumo que V. tendrá aquel anhelo natural… es muy propio de su edad y del cariño que V. profesa a mi pupila; pero en cuanto a mí, Carlos, teniendo como tengo todos los deseos de complacerle y hacer en su obsequio todo aquello que de mi dependa, no puedo activar el acto del enlace, sin tener antes arreglados otros asuntos.

—¡Otros asuntos!…

—Sí. Usted no ignora el sin fin de negocios que pesan sobre mí, y aunque yo he dado siempre entre todos la preferencia a la administración de los bienes de Turella, no tengo por el momento tan corriente la contabilidad que pueda presentar hoy o mañana, según cumple a mi nombre, las cuentas completas al marido de mi pupila, que es natural se incorpore de los bienes desde el instante en que la de su mano.

—Ya he dicho a V. en otra ocasión, D. Pablo, que me ofendia V. hablándome en esos términos de semejante asunto.

—¡Ah! yo no puedo menos de hacerlo así. ¿Qué diría la gente y V. mismo de mí, mañana que, efectuado el casamiento, yo pidiese tres meses, por ejemplo, o quizá más, para buscar recibos y arreglar los comprobantes de los fondos que por varios motivos se han tenido que entregar?

El término de tres meses, que con toda la intención puso D. Pablo, conociendo la impaciencia de Sans, heló la sangre de éste en sus venas.

Y era que Curios conocía muy bien que durante este tiempo, lo

había más que suficiente para que estallase el trueno gordo que amenazaba echar por tierra todos sus planes.

—Hasta que lo tenga yo todo arreglado, comprenderá V. que no puedo consentir en eso. ¡Y qué diablo! son días más o menos.

Sans procuró echar mano de todos los recursos para destruir lo que él creia un escrúpulo de conciencia en el curador.

Este supo mantenerse en su puesto.

Harto conocía él que cuanto mayor fuese su resistencia en aquel asunto, mejor resultado había de traerle.

Carlos desesperaba ya de obtener la cooperación del curador en tales términos, y le dijo:

—¿Y cuánto tiempo dice V. que necesitará, D. Pablo?

—Todo lo más, dos meses.

Carlos volvió a ponerse pálido.

—Es decir, como lo que falta es buscar los comprobantes, que tengo entre mil otros papeles, si los encontraba pronto, lo que es en cuanto a lo demás, las cuentas no crea V. que estén atrasadas, sino muy corrientes. Véalas V. en prueba de ello.

Y D. Pablo presentó a Carlos el cuaderno que las contenía.

—Si ahora estuviesen aquí los comprobantes que he de buscar y poner por su órden, prosiguió sencillamente el abogado, las examinaba V., y si las encontraba conforme, podría poner su firma y quedaba todo corriente.

Carlos estuvo muy distante de conocer la intención del abogado.

—Con que es decir que si tuviera V. reunidos los comprobantes…

—No habría inconveniente en que V. firmase ahora mismo.

—¿Y para qué se necesita aquel requisito?

—¡Cómo para qué se necesita! ¿Usted no lo sabe? Si aquí hay, por ejemplo, diez mil duros que yo he cobrado, producto de las fincas, y de esos diez mil he gastado digamos tres mil en reparaciones, mejoras, contribuciones.

—Etcétera… interrumpió Carlos con impaciencia…

—Pues bien, ese déficit en las cuentas generales, que son estas, yo he de probar con documentos justificativos cómo y de qué manera lo he invertido, concluyó el curador.

—¿Y a V. le parece que yo sería tan poco delicado con V. que aguardase para aprobar las cuentas que V. me presente, a que estén en ellas todos los documentos que acrediten los pagos que V. ha hecho y las cantidades que por varios conceptos haya podido invertir? ¿No basta acaso la palabra de V.?

—Carlos, V. quiere honrarme demasiado, pero yo no puedo permitir… insistió hipócritamente el abogado.

—No, señor. Vaya una gratitud que sería entonces la mia a la alta consideración y afecto que yo le he merecido.

El abogado impugnó nuevamente la idea de Carlos.

—Quiero firmar las cuentas desde ahora, dijo éste.

—¡Oh! no.

—Sí, señor.

—No puedo permitirlo.

—Yo lo exijo porque así me lo manda mi delicadeza y la consideración que debo a una persona como V.

El abogado ya no replicó.

—Con que ¿dónde he de firmar? preguntó Carlos acercándose a la mesa y tomando una pluma.

—Pero, Carlos…

—Nada, nada.

—Si todo es cuestión de pocos días, hombre; yo le prometo que dentro de muy breve tiempo habré entresacado de mis papeles y ordenado esos documentos.

—No transijo. ¿En dónde firmo?

—Es V. tenaz.

—Debo serlo.

—En fin sea, pero con una condición, dijo el abogado.

—¿Cuál?

—La de que luego después, cuando yo haya reunido esos documentos, los aceptará V. y los examinará. Solo con esa condición…

—Vaya, acepto.

—Entonces, pues, ya que tanto se empeña V., puede firmar aquí.

Y el abogado señaló con el índice en el papel el sitio donde debia Sans estampar su nombre.

—La fecha está en blanco…

—Eso no importa, interrumpió Carlos, a quien verdaderamente importaba poco todo aquello para lo que luego iba a tener.

—Porque se pondrá después la del día posterior al casamiento.

Carlos firmó y en el rostro del abogado brilló un rayo de indecible alegría.

—Con que ya están fuera todos los obstáculos y escrúpulos que V. pudiera tener.

—Vamos, hace V. de mí lo que quiere, está visto: dijo el abogado sonriéndose con gazmoñería y tocando con la mano al hombro de Sans.

—Ahora no falta ya mas…

—Que activar el asunto y fijar el día, interrumpió el abogado concluyendo el pensamiento de Sans.

Éste, sin embargo, añadió:

—Lo más pronto posible.

—Déjelo V. a mi cargo.

—En V. confío, D. Pablo.

—Completamente.

—Yo no olvidaré jamás, que a su benevolencia y decidida pro lección que me dispensa deberé la posesion del bien que adoro.

—¡Ah! eso no. Usted la merece y la obtendrá porque es digno de ella.

—Adiós, pues, D. Pablo, dijo Carlos despidiéndose ya.

—Adiós, Carlos, contestó el abogado tendiéndole la mano.

Sans la estrechó con toda la efusion de que era capaz en aquel momento, y salió del despacho del *probe y honrado* curador.

—¡Es un joven escelente! exclamó éste así que se hubo quedado solo.

—¡Ese hombre vale un mundo!… prorumpió Carlos a su vez bajando la escalera.

Engañándose mutuamente ambos, acababan de servirse con la más cordial e infame reciprocidad.

CAPÍTULO XLV.
Un trueno inesperado

El papel que Eduardo había adoptado, para mejor conseguir el objeto que con Lola se proponia, era el de *joven incauto e inexperto*.

Eduardo Sandoval, que era todo lo contrario precisamente, sabía que esta era la máscara más a propósito; para disfrazar sus intentos, y el medio más seguro por otra parte para llegar en breve a su fin.

Para cierta clase de mujeres es una gran recomendación la de tonto en cierto sentido, y más de una vez, han alcanzado los tontos lo que otros más avisados con todos los recursos del ingenio no han podido

conseguir. La dificultad para Eduardo consistia en saber representar bien el papel que se, había impuesto.

Y decimos que esto era difícil, porque su tontería había de tener ciertos límites.

Como hombre, en el sentido material de esta palabra, y como caballero, no podía menos de manifestarse así con una mujer como Lola, cuya conquista, sin el medio del dinero, que Eduardo no pensaba emplear, era sumamente difícil.

El estudiante necesitaba además aprovechar la primera ocasión con aquella mujer, delante de la cual no podía excusarse por otro lado de la esquisita educación que en él debia brillar atendida la alta clase a que aparentaba pertenecer.

Hé aquí porque decimos que Eduardo, a la par de tonto, debia manifestarse hombre y caballero.

En cuanto a su tontería, necesario era que esta consistiese principalmente en no entender las insinuaciones de Lola acerca de obsequios que costasen dinero.

En esto sobre todo el estudiante estaba admirablemente tonto.

La misma distinguida educación que como hijo de tan noble familia había recibido, le sirvió en muchísimas ocasiones para evitar ciertos compromisos, sin aparecer mezquino y avaro.

Un hombre tan fino y tan noble no comprendía los regalos a una señora, sino cuando mediase cierta confianza; de otra manera, creia faltarla como caballero y se guardaba siempre de hacerlo.

El mérito de esto estaba en dejarlo conocer sin decirlo.

Lola lo conoció, y ávida como estaba de ver algún rasgo del desprendimiento y esplendidez de una tan rica persona como era el señor de Sandoval, no tuvo más remedio que abrir ella el camino a esa confianza.

Aquí fué cuando Eduardo había de abandonar el papel de tonto.

Insiguiendo su papel y atendido el carácter de Lola, no tardó en llegar a este punto.

Inútil es decir si supo el estudiante aprovechar la ocasión.

La confianza entre ambos, que era completa en el amor, no adelantaba gran cosa, sin embargo, en el terreno que Lola deseaba.

El señor de Sandoval permanecía encastillado en su finura y en su delicadeza.

Lola empezaba ya a desesperarse.

Más de una vez estuvo a punto de manifestarle claramente un capricho, un deseo que Eduardo *no entendia* de la manera encubierta como Lola lo dejaba conocer; pero temia ofender la susceptibilidad de tan delicado caballero, y perderlo todo si éste llegaba a ver en ella una

mujer vulgar y de miras interesadas.

Eduardo cuidaba mucho, para mantenerla a la altura de su ilusion y de su esperanza, de presentarle cada día una nueva muestra de la grandeza y brillante posición que gozaba en el mundo.

Pero de todo esto no podía Lola aprovechar lo más mínimo.

Ella, cuanto más tardaba en ver realizado en Sandoval el objeto que con todos lo que con ella trataban se llevaba, mayor era su empeño en esplotar a aquel hombre, único entre tantos que no había pagado todavía el tributo indispensable para obtener la amistad de Lola, y era, a pesar de esto, el que más pronto y acaso más completa la había obtenido.

Cinco o seis eran a la sazon los personajes que con mayor o menor intimidad frecuentaban la casa de Lola.

Sus relaciones con ésta eran en todos las mismas, es decir, del mismo género; las mismas pretensiones por parte de ellos con ella, igual el objeto por parte de ella con todos.

Existia, sin embargo, diferencia de unos a otros. A pesar de ser de la misma naturaleza los títulos de todos a la consideración de Lola, esa diferencia no era esencial, sino puramente accidental.

Consistia en los grados de intimidad que a cada uno concedía la señora del pensamiento de todos.

Y como esa intimidad dependia a veces de un brazalete, un collar, un carruaje, y en algunas ocasiones de un par de billetes de banco que Lola no desdeñaba aceptar, hé aquí como la intimidad sufría sus alteraciones, no pudiendo menos de ser accidental, puesto que a estos accidentes estaba sujeta.

La única intimidad que no sufría alteraciones irregulares conservando su marcha uniformemente progresiva, era la de Eduardo.

Ya sabemos en qué esto consistia.

Lola tenía un grandísimo trabajo en sortear las horas para que ninguno de sus adoradores quedara descontento, teniendo siempre a mano los defectos de uno para oponerlos a los celos de otro.

El más confiado entre todos era naturalmente el *tonto* de Eduardo.

Jamás había dejado conocer a Lola el menor asomo de celos.

Ella le decía que no había amado a nadie en el mundo sino a él, y el *tonto* la respondia que asimismo lo creia, asegurándola y jurándola a su vez que no amaba ni amaría a otra sino a ella en toda su vida, lo cual creia de veras, y con algún fundamento, la *avisadísima y experimentada* Lola, puesto que como era para ella el amor la primera de las tonterías, era lógico y natural que se hubiese apoderado del corazón de un tonto como el señor de Sandoval.

Hallábanse una tarde éste y Lola en uno de los gabinetes laterales

del salón que ya en otra parte hemos ligeramente descrito.

Por el tono y frases del diálogo por ambos sostenido, vendremos en conocimiento de la altura en que uno respecto del otro se bailan.

El *usted* se había suprimido hacía ya muchos días, reemplazándole el dulce y amoroso *tú*, indispensable en el amor a cierto grado.

Lola estaba sentada al lado de Eduardo, teniendo sobre el hombro de éste, aquel magnífico y torneado brazo de nieve, pendiente la perezosa y blanca mano, cuyos delicados dedos se entretenían doblando la solapa del frac del estudiante, pasando a veces a rizar las puntas de su largo, y por cierto hermoso bigote.

Basta con lo dicho para conocer que la escena, fuera ya de aquellos períodos de arrebato, era confiadamente tierna.

Entremos a presenciarla en un momento en que la conversación había parado.

Eduardo se dejaba acariciar por la rosada mano de Lola.

Esta buscaba en su imaginación un nuevo recurso para entrar en el terreno que tanto deseaba.

Hallado el recurso, rompió el silencio empezando por un rodeo, diciendo al estudiante:

—¿En qué estás pensando?

—¿Me lo preguntas tú? respondió tiernísimamente Eduardo. ¿En qué he de pensar, prosiguió, sino en la dicha, en la gloria que paso aquí a tu lado en este momento?

Aunque tan lisonjeras y cariñosas frases hicieron poquísima gracia a Lola, ésta trató de pagarlas con otra más espresiva caricia y dijo:

—Pues yo pensaba en otra cosa.

—¿En qué?

—Adivínalo.

—Qué sé yo… en tantas cosas puedes pensar… dijo Eduardo variando de tono y haciéndose otra vez el estúpido: ¿en lo que yo te quiero?

—No.

—Dilo pues.

—En que quisiera la riqueza de una reina.

—Sí, o de una emperatriz, si son las emperatrices más ricas que las reinas.

—¿Quién se acuerda ahora, hallándose en este cielo, de riquezas y miserias de la tierra? observó el estudiante volviendo a su papel de espiritual y delicado.

—No hay medio con este hombre, se dijo Lola en su interior, poniendo un gesto de desagrado que Eduardo no pudo ver directamente.

Pero el espejo que enfrente de ambos había, le retrató la fisonomía que puso Lola.

Ésta no se apercibió de que aquel limpio cristal pudiera hacerla traición tan a menudo.

—Es que no sabes para qué quisiera yo ser muy rica, y por eso sin duda me respondes así: anda, no le quiero.

Y con aquella coquetería que en tan alto grado poseia, quitó el brazo del hombro de Eduardo.

La ternura llamó a éste a su obligación, y el estudiante volvió a mostrarse tierno, desagraviando en seguida a la susceptible hermosura.

—Vamos a ver, la dijo luego, ¿por qué quisieras ser tan rica como una reina?

—¿Por qué? para poder presentarme siempre a tus ojos deslumbradora y hermosa como ninguna mujer.

—¡Ah! exclamó rendidamente el estudiante. ¿Y acaso tu lo necesitas? ¿existe por ventura otra alguna más bella, tan bella como tú? ¿Qué otras galas lucirían más en esa cabeza, que las trenzas de esos finísimos cabellos, que el nácar de tu frente, que las estrellas de tus ojos, las perlas de tu boca, las rosas de tus mejillas?… ¡Ah! calla, calla, mujer, no quieras profanar con artificiales galas el natural encanto de tu hermosura. ¿Por qué no te traigo yo diademas de brillantes en vez de rosas y jazmines?

Lola hizo otro gesto de disgusto que el espejo volvió a retratar, mientras que Eduardo se decía en su interior respondiéndose a sí mismo:

—Porque los brillantes los quisiera yo para venderlos, y las rosas me cuestan, todo lo más, lo que vale un café.

Y variando de tono, añadió luego:

—¡Quieres las galas de una reina! Si te empeñas en ello, yo tengo la fortuna de un príncipe.

—¡Ah! ¡eso no!… balbuceó Lola, que no podía casi respirar de súbita alegría, viéndose tan de pronto y sin tiempo de imaginarlo en su terreno.

—¡Oh! sí. Tienes este deseo, y quiero satisfacerlo para tener el placer de ver cómo arrojas luego tú misma esos ricos, adornos que rechazará sin duda tu hermosura.

—¡Eduardo! dijo Lola tendiendo sus dulcísimos brazos al cuello del estudiante; ahora conozco que me amas.

—¡Qué lo conoces hoy!…

—Siempre lo he conocido, pero más que nunca en este momento ea que así te apresuras a satisfacer el primer deseo que le he

manifestado.

—¡Ah! ¡luego tenías ese deseo y yo no lo sabía! exclamó Eduardo, que por lo que veremos luego, podía entrar ya sin miedo en este compromiso.

—Sí, francamente; pero temí decírtelo.

—¿Y por qué? ¿De quién es cuanto yo poseo? ¿para quién vivo yo en el mundo, sino para tí, mujer encantadora, sublime criatura, que has sabido llevarme al cielo de la mayor ventara en alas de ese amor divino, que es la vida de mi vida, que es el alma de mi alma?

Eduardo se entregó a todo su entusiasmo.

Lola no había de abandonarle en tan precioso momento y le siguió:

—¡Ah! ¡cuánto te amo! exclamó ella.

—¡Cuanto te adoro! exclamó él.

La más inoportuna de las interrupciones vino a cortar en aquel momento la suprema felicidad de los amantes.

La doncella de Lola se presentó en el gabinete.

—Señora…

—¿Qué quieres?

—El señor D. Nicolás.

—¡Maldito importuno! exclamó Lola haciendo un gesto que pudiese espresar a Eduardo todo el disgusto que ella quería manifestarle en aquel instante.

Y volviéndose a la doncella le preguntó:

—¿Has dicho que estaba yo en casa?

—Como la señora no me advirtió…

—Es verdad, culpa mia ha sido. Dílo que pase.

—¿Quién es ese D. Nicolás? preguntó Eduardo.

—Es uno de tantos estúpidos que me abruman y fastidian continuamente con sus obsequios.

—¡Ah! ¡te abruman! ¡te fastidian! pues yo no quiero que nadie te abrume ni te fastidie.

—Yo los hubiera ya despedido a todos; porque yo no quiero ver a nadie sino a tí, y aborrezco al que me roba los momentos en que me hallo sola contigo.

—¡Ah! ¡hermosísima y cándida y sencilla criatura! ¿con que tú aborreces, prenda mia, al que te roba los momentos de estar sola conmigo?

Estas palabras del estudiante, por el tono en que Eduardo las pronunció, hicieron un efecto particular en Lola, que notó la especie de ironía que encerraban.

Don Nicolás entraba ya en el gabinete.

Antes de que éste tuviera tiempo de saludar, la doncella que le

siguió, dijo anunciando a otros dos personajes:

—Señora, D. Ricardo y D. Teodoro.

Lola hizo otro gesto de disgusto que fué perceptible tan solo al estudiante.

—¿También esos te fastidian? le preguntó Eduardo casi al oído.

—También; pero disimulemos ahora.

Don Ricardo era aquel jovencito de quien Sans habló a Lola en otra ocasión, y D. Teodoro el poeta del palco del Liceo.

—Que pasen, dijo Lola a su doncella.

Los tres personajes entraron casi a un tiempo en el gabinete.

Un observador iniciado en los misterios de aquella casa, hubiese notado el disgusto que se pintó en el semblante de los *tres*, al ver al *cuarto* sentado en el sofá.

—Señora, a los piés de V., dijo D. Nicolás.

—Adiós, señor D. Nicolás.

—Lolita… dijo el poeta alargando la mano a Lola.

—Don Teodoro…

—Señorita… dijo a su vez Ricardo inclinando todo el cuerpo delante de Lola.

—Tomen Vds asiento, dijo ésta.

Sentáronse los tres, y Eduardo, que no se había movido de su sitio, ni contestado a la ligera inclinación de cabeza con que todos sucesivamente le saludaron, dirigióles una mirada en general, sonriéndose con desdén.

Todos notaron esto del estudiante, preguntándose cada uno en su interior la causa de ello, aunque sin atreverse ninguno por el pronto a dirigirle la menor pregunta. Lola lo notó también y se sobresaltó.

—¿Y cómo sigue V.? la preguntó D. Nicolás.

—Muy bien.

—Muy mal, dijo en seguida Eduardo, con la mayor calma y arrellanándose en el sofá.

—¡Cómo! exclamó Lola.

—A V. nadie le ha preguntado, caballero, dijo sumamente picado D. Nicolás.

El poeta y Ricardo miraban estupefactos al estudiante.

—Sin embargo, respondo yo, porque ya que esta señora tiene demasiada prudencia para no decirles a Vds. todos que le fastidian soberanamente…

—¡Caballero! exclamaron todos a la vez.

Lola estaba como soñando.

—Sí, señores: ella misma acaba de decírmelo.

—¡Yo! exclamó entonces Lola.

Eduardo dirigió entonces a Lola una tan terrible y amenazadora mirada, que aquella mujer, leyendo toda una tempestad en sus ojos, se puso a temblar sin atreverse a añadir otra palabra para desmentirle.

—Con que, lo dicho, señores: la fastidian Vds a ella, y me fastidian a mí, porque han venido a interrumpirnos en los dulces momentos de nuestro amor.

—¡Pero, caballero! ¿qué es lo que V. dice? exclamó Lola.

—La verdad, señora.

—Eso es una insolencia, exclamó el poeta.

—Si vuelve V. a pronunciar otra palabra que me ofenda, le rompo un brazo o le estrangulo aquí mismo, dijo Eduardo sin perder la sangre fría.

—¡A mí!

—A V.

—¡Oh!

—¡Pero, caballero! exclamó Lola, ¿está V. loco?

El poetastro hizo como que iba a lanzarse sobre Eduardo.

—¡Ay! ¡ay! gritó apenas se le acercó.

El estudiante le había cogido un brazo, estrujándole uno de aquella especie de alfeñiques que le pendian de los hombros.

—¡Qué insolencia! exclamó D. Nicolás acercándose para ayudar al poeta y cayendo luego de espaldas a un golpe que con la mano que tenía libre le dió el estudiante en el pecho.

—¡Caballero! respete V. mi casa, exclamó Lola.

Ricardito no tenía alientos ni para moverse del sitio.

—Esos señores que se han propasado son los que han de respetarla.

—¿Con que nosotros nos hemos propasado? exclamó D. Nicolás levantándose del suelo.

—Usted me dará una satisfacción, dijo el poeta con voz pesarosa y llevando la mano a la parte dolorida.

—Daré a V. y a Vds cuantas satisfacciónes quieran; pero sepan por el pronto que desde este momento quedan despedidos de esta casa, donde ni Lola ni yo consentimos que vengan a fastidiarnos estúpidos como Vds.

—Vamos, repito que este hombre se ha vuelto loco, no sabe lo que se dice, exclamó otra vez Lola con más miedo a Eduardo que vergüenza por los demás.

—Yo solo sé que te amo, que tú me amas también…

—¡Jesús!

—Porque me lo has dicho, y no puedo, no debo, no quiero permitir que tanto títere te incomode.

—¡Otra vez! exclamó el poeta.

—¡Caballero! gritó D. Nicolás.

—Señores, por última advertencia: el que levante la voz más alto de lo regular, va por el balcón o por el ojo de la escalera.

—Esto no se puede ya sufrir, dijo D. Nicolás.

—¡Yo muero! exclamó Lola dejándose caer en un sillón.

—Estamos ya de más en esta casa, dijo el poeta.

—Eso mismo y lástima fué que no lo hubiera V. antes conocido, dijo Eduardo.

—Todo está conocido, añadió el poeta.

Y dirigiéndose a Lola, que estaba medio desmayada en el sillón, concluyó:

—Señora, la felicito a V. por su nueva conquista…

—Mil gracias, yo respondo por ella, dijo Eduardo.

El poeta salió.

Don Nicolás y Ricardo no sabían qué hacer, ni qué partido tomar.

—¿No siguen Vds el ejemplo de su compañero? les preguntó Eduardo.

—Sí, señor respondió D. Nicolás; pero no será sin decir antes a esa mujer…

—¡Cómo *mujer*! ¿se permite V. ser descortés en mi presencia con la que yo adoro? ¡fuera! por insolente no le permito ni que de ella se despida siquiera.

Y haciendo una seña a D. Nicolás, acompañándola con una terrible y amenazadora mirada, Eduardo le mandó que despejára.

Ricardito siguió a D. Nicolás, pero Eduardo le detuvo diciéndole:

—Oiga V., niño.

—¡Niño!

—A V. se le permite volver otra vez a esta casa.

—¡Ah!

Eduardo cogió la pulsera de Lola, que se había caído al suelo, y se la entregó a Ricardo, diciéndole:

—Lleve V. esta pulsera a componer, y volverá a traerla cuando esté compuesta.

—¡Ah! con mucho gusto, (ya sabía yo que conmigo sería otra cosa). Lolita, hasta después. Caballero, beso a V…

Ricardo salió, y quedaron solos otra vez el estudiante y Lola.

CAPÍTULO XLVI.
De cómo acabó de agravarse la situación de Lola respecto de Eduardo

ESPUES de tres segundos de silencio, Lola, que había permanecido con la cabeza baja y la vista al sucio, sufriendo aquel terrible chubasco, que se miró impotente para contener, levantó los ojos, miró a Eduardo y dijo:

—¿Estará V. satisfecho?

—No del todo.

—¿todavía no?

—He de romper aun las piernas a esos dos señores, para que no se les antoje volver a incomodarte.

—¡Bien ha sabido V. engañarme!…

—¡Yo! ¿Y por qué?

—Y ha sabido V. elegir la ocasión en que mi marido estuviese fuera de Barcelona.

—Confieso que no he pensado jamás en tu marido.

—¡Ah! ¡yo me tengo la culpa!

—Es verdad.

—Si yo hubiera mirado antes la persona a quien fiaba mi honor…

—¿Y hay alguien que pudiera haberlo mejor defendido? ¿De eso te atreves a quejarte todavía? ¿Qué más pude yo hacer, para ponerte a la altura de tu dignidad y de tu honra? ¿No me dijiste que todos esos te incomodaban, porque venían a interrumpirte en los dulces momentos de nuestro amor? Pues ya no volverán a fastidiarte. ¿No me has indicado muchas veces que a nadie más que a mí amabas en el mundo, y que te aburrían las gentes y odiabas a los que pretendian de tí favores que solo yo pude merecer? Pues ya estás fuera de todo eso, y en completa libertad para amarme, adorarme y tenerme a todas horas, sin estorbos que te priven de lo que tantas veces has llamado tu primer deseo, tu única felicidad.

Lola no sabía si esta conducia de Eduardo era natural en él y efecto de su modo de pensar, o bien el resultado de un plan meditado de antemano para burlarse de ella, poniéndola en evidencia, y desacreditándola por completo a los ojos del mundo.

De todas maneras, esto último era lo que necesariamente había de suceder, después del extraño suceso que acababa de tener lugar, lo cual comentaría antes de mucho Barcelona entera, haciendo recaer todo el ridículo sobre ella.

—¿Pero V. sabe lo que ha hecho con esto, el daño inferido a mi nombre y a mi reputación?

—¡Daño! ¡no lo comprendo! dijo el estudiante con una candidez tal que Lola añadió:

—Capaz es V. de creer que me ha hecho un gran bien.

—Pues claro que sí, dijo el estudiante sencillamente.

—¡Esto más! ¡Ah! ¿con que V. cree hacer un favor a una mujer publicando, como acaba V. de hacerlo, los favores que le ha concedido?

—Mucho que sí.

—¡Oh! ¡esto es horrible! ¿Pretenderá V. quizá, que sea yo la honrada todavía?…

—Ni más, ni menos.

—¡Ah! caballero, ahora conozco que lo que V. ha querido, es burlarse de mi buena fé, y perderme.

—Todo lo contrario. Y sea dicho de paso, no veo un motivo para que volvamos a los primeros días de nuestro amor, en que ciertas consideraciones nos obligaban a usar un tratamiento que recíprocamente nos hemos apeado. El *usted* no lo consiento más.

¡Ah! entre los dos ha concluido todo.

—No por cierto. ¡Pues no faltaba otra cosa! Ahora que puede prometerse uno, libre ya de toda impertinencia, gozar aquellos felices momentos de dulcísima espansion, de entrañable cariño, de deleitable abandono, que esto concluyera. No, me ha costado mucho adquirirlo, para que yo deje perder así ese preciosísimo bien. No ha concluido, por consiguiente, todo entre nosotros; al contrario, ahora es cuando empieza el período verdadero de nuestra felicidad. Tú diste a entender que yo te había hecho un gran daño publicando nuestras relaciones, delante de esa gente que a estas horas estarán haciendo correr la noticia por todas partes.

—¡Ah!

—No te encolerices, mujer. Tanto mejor. Hasta hoy la gente murmuradora te hacían por lo menos tantos amantes como hombres le visitaban; ya ves que esto no podía hacerte ningun favor; pues bien, esa especie que tanto le dañaba, quedará desvanecida desde el momento en que se sepa que tienes uno solo, lo cual está muy puesto en razón y nadie osará criticar.

—¡Ah! no hay duda, exclamó Lola en su interior: ¡éste es un truhán que ha sabido comprometerme y burlarse de mí!

—Yo cuidaré, prosiguió Eduardo, por tu propio bien, de que la gente se persuada de ello, viéndome siempre a tu lado.

—¡A mi lado!

—Sí, contigo, a cuyo alrededor acabarón de zumbar para siempre tantos moscardones como hasta el presente han venido a incomodarte. Ya has visto tú el modo que tengo yo de espantarlos.

Lola, que hacía rato no contestaba apenas a las palabras del estudiante, exclamó en su interior al oir las últimas que pronunció Eduardo:

—¿Cómo haría yo para librarme de este hombre y vengarme de él?…

—Pero te has quedado como muerta, prosiguió el estudiante, a quien no se ocultaba el martirio que Lola sufría: ¿es que estás verdaderamente enfadada conmigo, cuando acabo de darte la prueba mayor que cabe de mi cariño, cuando he salvado aquí tu dignidad y tu nombre confundiendo a los que quisieron ultrajarle?… ¡Ah! ¡ingrata,

ingrata mia! Yo, a pesar de todo, te amo, te adoro, y no te abandonaré, para ser tu caballero privada y públicamente, haciendo que la calumnia y la murmuración se estrellen ante la evidencia de tu proceder, que no pudra menos de admirar el mundo, diciendo al contemplarte conmigo: «Esa mujer tan bella, de tantos admirada, y solicitada por tantos, no tiene su belleza y su corazón para todos, sino para uno solo, que es el que va a su lado».

—¡Esto es horrible! exclamó Lola.

—Y yo, prosiguió Eduardo, me henchiré de satisfacción y de orgullo, y romperé las piernas al que se atreva a saludarte siquiera.

La situación de Lola ante la nueva e inesperada actitud de Eduardo, era por demás crítica y difícil.

Su mente se deshacia en reflexiones que más a cada instante la confundian, y su corazón latia con violencia de ira y de despecho al contemplar el daño material que aquel hombre la hacía, alejando de su alrededor a los otros que sostenían su lujo y sus necesidades, y por otra parte, su impotencia para deshacer lo hecho y poder vengarse de lo que veía claramente no había sido sino un ardid premeditado de Eduardo.

Lola no contestó, ahogada por la ira, a las últimas palabras del estudiante.

Un silencio completo por ambas partes sucedió a ellas, silencio que interrumpió una de las doncellas de Lola, presentándose en el gabinete con dos cartas en la mano, y diciendo:

—Señora, estas dos cartas han traido el criado de D. Nicolás, la una, y el de D. Teodoro la otra.

Lola alargó la mano para tomarlas, sin decir una palabra.

La doncella salió del gabinete.

Eduardo dejó a Lola que abriese y leyese las cartas, observando el efecto de profundo disgusto que se dibujó en su fisonomía.

Concluida la lectura, que Lola efectuó trémula de coraje, y prescindiendo de aquella fórmula de buena educación que prescribe el pedir permiso a la persona que se halla presente cuando va a leerse una carta, le dijo el estudiante:

—Mucho parece que le han afectado las cartas de esos dos señores…

—No tal.

—¡Oh! si, yo lo he notado y es inútil el disimular.

—De todas maneras a V. no debe importarle nada, dijo Lola con enfado.

—¡Cómo que no! ¡ingrata! ¡tan poco crees tú que es el interés que por tí me tomo!

Lola, que tomaba ya estas expresiones como un insulto, dijo:

—Vamos, caballero, suplico a V. que me deje.

—¡Qué te deje!

—Sí.

—¿Para que quedes otra vez abandonada sin tener quien le defienda? ¡oh! no. Yo quiero ver esas cartas.

—¡Cómo!

—Toma, leyéndolas.

—No dicen nada que a V. le importe.

—A mi me importa todo aquello que se dirige en pro o en contra de mi dulce bien, y quiero verlas.

—¡Pero qué derecho!…

—¡Qué derecho! ¿acaso no me ha concedido V. ninguno, señora? ¿o es que después de concedido, quisiera V. revocar lo hecho y despojarme de él? ¡Ah! no. Yo soy tu amante; acabas de recibir dos cartas de dos hombres que yo sé te pretenden, ahora tengo celos, y quiero saber lo que dicen esas cartas.

Como Eduardo decía todo esto sin alterarse, Lola le combatia de palabra, sin usar otro medio contra una tentativa que el estudiante no había hecho, ni dado a conocer.

Así tenía aun las cartas en la mano, que retiró a un lado, diciendo al estudiante:

—¡Nunca!

Apenas salió esta palabra de los labios de Lola, Eduardo la cogió el brazo, apretándola tan fuertemente, que la obligó a soltar las cartas, que cayeron al suelo, recogiéndolas en seguida el estudiante.

—¡Ah! pero, ¡qué hace V.! ¡bárbaro!

—Enseñarte que a mí no se me responde *nunca*, cuando pido una cosa; y desde ahora te prevengo para bien tuyo que veas cómo me hablas y te portas conmigo, pues sentiría me pusieras en el caso de tratarte como se trata a una mujer vulgar.

—¡Ah! ¿qué quiere V. decir con eso? se atrevería V…

—Si vuelves a levantar la voz, te juro que voy a curarte ahora mismo de gritar para siempre jamás.

Y el estudiante acompañó estas palabras con una acción que hizo temblar a Lola de miedo.

—Ahora, chiton, prosiguió Eduardo, hasta que yo haya concluido de leer.

A Lola le saltaban los ojos, que se le salían de las órbitas, inyectados de sangre, como los de una hiena a la cual atormentasen teniéndola atada.

Eduardo se paso a leer en alta voz.

La primera carta era de D. Nicolás, y estaba concebida en estos términos:

«Señora:

El suceso que ha tenido lugar esta mañana en su casa, propio de otra parte que la habitación de una persona digna y decente, ha venido a descubrirme de una manera clara e indudable lo que hacía tiempo había yo presumido.

Me ha engañado V. miserablemente, presentándose y recibiendo las atenciones y los obsequios mios como una señora, siendo V. no más que una vil especuladora de los sentimientos hidalgos y generosos de los caballeros que tienen la desgracia de llegar a rozarse con V.

Yo, por mi parte, al romper completamente toda relación con V., no he de tener la candidez de usar una delicadeza que V. no merece, y solo serviría para que V. acabára de reirse de mi buena fé.

En este concepto, se servirá V. mandarme inmediatamente el aderezo de diamantes que tiene mio, prenda que si V. no me restituye, estoy resuelto a arrancar de su poder sin consideración a medio alguno.

Mi criado espera la respuesta».

Solamente una mujer como Lola no muere de pesar y de vergüenza ante Eduardo, mientras éste leyó la carta que antecede.

El estudiante la miró, se sonrió de un modo particular y pasó a la lectura de la carta del poeta.

Esta decía así:

«Mi nueva y pérfida Lucrecia:

Desde el hermoso cielo a do subí en alas de mi ciego amor, y tus encantos seductores, me has hecho caer de improviso en el infierno horrible del más cruel de los desengaños. ¡Quién me dijera ayer, ingrata hermosura, que esos ojos de cielo, fúlgidas estrellas de mi pasada ventura, habían de ser hoy para mí! ¡desdichado! ¡infaustos cometas, agoreros de mi tormento!

Quién que esos suavísimos dedos blancos y flexibles como la hoja del nevado lirio, que jugaban ayer con mi negra cabellera, refrescando al pasar mi abrasada frente, habían de entretenerse hoy jugando con las guedejas de un rival afortunado…

¡Ah! el velo de mi ceguedad y mi ignorancia se ha rasgado hoy al parque mi corazón adolorido.

Me has engañado, mujer falaz; has convertido en páramo desierto el vergel de mis delicias…

Tu imágen está sin embargo grabada en mi corazón; pero yo arranco mi corazón, para arrojar lejos de mí tu imágen».

A duras penas pudo Eduardo concluir de leer la carta del poeta.

A las últimas palabras estalló en una ruidosa carcajada que fué el dardo más agudo que podía dirigirse al amor propio… retiremos esta palabra: al orgullo y vanidad de Lola.

—¿Y qué piensas responder a esto? preguntó a ésta el estudiante luego que pudo detener la risa.

Lola no contestó.

—¿No merezco yo respuesta? atiende, pues, que conmigo no vas a tratar como lo ha hecho sin duda con esos pobres hombres, y es necesario que me respondas cuando yo pregunto.

Lola tuvo más de un motivo para conocer el carácter del estudiante, y no se atrevió a continuar en su silencio.

—Nada, respondió.

—¡Cómo nada!

—Yo desprecio eso, se atrevió a decir, ensayando un rasgo de aquella soberania que usaba con ciertas gentes en determinadas ocasiones.

—Segun el que, está muy conforme que lo desprecies, observó Eduardo: la carta ridicula del poeta, por ejemplo, no merece otra cosa que desprecio, aunque venga de una mujer como tú.

—¡Cómo! ¡qué quieres decir! exclamó Lola exaltándose.

—Que considero a ese poetastro, más bajo aun que tú misma…

—¡Oh! ¡Eso es un insulto!

—Pero, no hemos de cuestionar ahora sobre este punto. La carta del poeta se desprecia; pero la de ese otro D. Nicolás…

—También, dijo Lola.

—¡Ah! no. Ese caballero pide una prenda suya de valor, que tienes tú en tu poder, y has de devolvérsela.

¡Yo!

—Tú, sí.

—¡Ah! jamás, eso es mio… él me lo regaló…

—Corriente; pero desde el momento en que lo reclama, se le ha de devolver, y yo no puedo consentir.

—Pero acabemos de una vez, dijo Lola, que no podía ya sufrir más. ¿Qué se ha propuesto V. conmigo?

—Es muy fácil satisfacer esa pregunta. Me has dado *todos los títulos* que pueda tener un hombre sobre una mujer…

—¡Ah!

—Y aunque no me hago la ilusion de que sea yo solo el que tenga este derecho contigo…

—¡Esto más!…

—Por lo que a mí hace, quiero tenerlo ahora absoluto. Yo no sufro compañia de ningun género en asuntos de esta especie. Cuanto tengas de un amante que ha dejado de serlo, mientras yo no abandone la plaza, se le ha de restituir, y vamos a empezar ahora por el aderezo de D. Nicolás.

—Eso sería burlarse de mí por completo.

—Harto tiempo te burlaste tú de él. Con que, llama al criado, y entrégale el aderezo.

—¡Oh! eso no.

—Entonces salgo yo y le mando a buscar a la policía para que lo ocupe.

—¡Cómo!

—Ni más, ni menos. No creo que permitas un escándalo semejante.

Lola conoció que Eduardo haría lo que acababa de decir, y en medio de la confusion en que se hallaba y aun del miedo que le había infundido aquel hombre, llamó al criado de D. Nicolás, haciendo lo que el estudiante acababa de mandar.

—Perfectamente, dijo luego Eduardo: así se porta una mujer regular. Ahora yo me despido hasta la noche. Cuidado con no estar en casa o no abrirme la puerta, porque entonces, ¡ay de ti, prenda! Vaya, sosiégate, y hasta luego.

Eduardo tomó la mano de Lola, acto que ésta permitió, sin aliento para oponerse.

—Si antes de la noche te se ocurriera verme, me mandas un recado; pero no ya a la gran fonda de Oriente, sino a la modesta habitación de la calle del Carmen, número 20, cuarto 3, casa de huéspedes, donde puedes preguntar por un estudiante que se llama Eduardo Sandoval.

—¡Ah! ¡bien lo presumí yo! exclamó Lola. Ha fingido V. su calidad.

—Como tú, ni más, ni menos; con la sola diferencia, de que la mia verdadera no puede hacerme avergonzar. Hasta la noche.

Eduardo salió y Lola se quedó exclamando:

—¡Infierno! ¡qué es lo que me pasa!

CAPÍTULO XLVII.
De cómo se aplacaron por el momento las iras de los acreedores de Sans

E sabía de público en Barcelona, que el casamiento de Carlos Sans con la heredera del barón de Turella marchaba rápidamente a su realización.

Las instancias del curador de Clarita produjeron todo su efecto en el ánimo de la baronesa, después que ésta vió la prueba de la inocencia de Sans en la falta que se le imputaba, y hallándose como se

hallaba en la persuasion de que Carlos amaba a su hija.

Harto sabía ella, sin embargo, que el amor del hombre no siempre basta a hacer feliz a la mujer, y que esto es poco menos que imposible cuando ésta al entregar su mano, no entrega también su corazón listo lo conocía, lo sentía la viuda de Turella a pesar suyo, y su mente se esforzaba en buscar razones que alejasen tan triste idea. El pesar de Fernando Aguilar rayaba con tales nuevas en desesperación.

Diego sufría en lo que era posible por su parte, tanto como Fernando.

Quizás una declaración suya a la baronesa, hubiese desbaratado todos los planes; pero esta declaración que Diego la hubiera pensado mucho antes de hacerla, necesitaba ir robustecida por una prueba que patentizase la conducta de Sans.

Esta prueba era el retrato.

Por medio de Eduardo se ofreció a Roberto una suma por él; pero la proposición fué cuando este lo había dado ya a Sans.

Eduardo no supo esto, pues Roberto no se lo dijo. Se negó tan solo a las proposiciones que aquel le presentó.

Para Diego, pues, el retrato existia aun en poder de Roberto.

Es necesario no perder esto de vista para los sucesos que seguirán en adelante.

Diego quiso conocer personalmente a Carlos Sans.

Su objeto era nada menos que hacerlo renunciar a la mano de la hija de Turella.

Pensamiento descabellado a primera vista en otra persona de menos inteligencia que Diego, y menos enterado del carácter y situación secreta de Sans, que conocía por conducto de Eduardo.

Resuelto a probar este medio, salió Diego una mañana de su casa con dirección a la de Sans.

Subió la escalera, y un criado le recibió en la puerta.

—¿Qué se le ofrece a V.?

—Ver al señor de Sans.

—Está sumamente ocupado.

—No importa, esperaré.

—Es que tardará en poder recibirle.

Diego advirtió una especie de confusion en la fisonomía del criado.

—No importa, repitió, esperaré.

—Pase V., entonces.

Diego entró en la primera sala que servía de recibidor, y donde aguardaban diez o doce hombres de distintas caladuras, y se sentó en uno de los bancos que la rodeaban.

Los individuos que allí había se sonrieron al verle.

A Diego parecióle notarlo, pero se detuvo para no cometer un esceso por falta de seguridad en ello.

Naturalmente Diego extrañó tanta concurrencia esperando en la antesala la audiencia, al parecer, del señor de Sans.

—¿Si le habrán nombrado gobernador de Barcelona, y yo no lo sabré?… se dijo.

Apenas se hubo sentado Diego, entró un nuevo personaje.

—¡Roberto! exclamó aquel para sí al verle.

Roberto entraba disputando con el criado acerca de si entraría o no a ver al señorito.

—¡Otro! dijo un individuo de los que allí estaban.

—Pues no viene éste poco quemado, añadió un segundo.

—Como siga esto así, dentro de seis minutos se encuentra aquí reunido medio Barcelona, dijo un tercero.

Diego oyó estas frases salpicadas, y exclamó para sí:

—¡Qué demontre será todo esto!

Roberto seguía disputando, aunque sin alborotar, con el criado.

—Tome V., le dijo al fin: pásele V. este papel, y dígale que yo aguardo.

El criado tomó el papel escrito con lápiz allí mismo, y lo llevó a su amo.

El papel decia:

«Hoy vence el pagaré; si V. no me recibe y lo hace efectivo, protesto y embargo en seguida.

NARCISO PÉREZ».

El papel de Roberto heló a Carlos la sangre.

Juntamente con él había dentro del gabinete otro personaje que ya conocemos.

Era D. Pablo.

La situación de Sans había llegado al último extremo; la paciencia de sus acreedores, que le asediaban de continuo, se había concluido, y era inevitable ya uno de esos escándalos que destruyen para siempre la reputación de un hombre, si una mano salvadora no se apresuraba a contenerlo.

Carlos, impotente para detener por más tiempo la impaciencia y aun diremos el enojo de sus acreedores, cansados ya de razones y promesas que nunca llegaban a cumplirse, no tuvo más remedio, perdido como se hallaba ya, que recurrir a D. Pablo, manifestándole su situación.

Esto no cogió completamente de susto al abogado, que tenía

motivos suficientes para presumirlo.

Pero como el interés de D. Pablo en que la honra y la fortuna de Sans no sufriesen un golpe ostensible en aquellos días, corría parejas con el interés de Carlos, después de haber manifestado a éste su sorpresa, seguida de las reconvenciones naturales en un caso de esta especie, se puso de su lado, decidiéndose a prestarle su apoyo.

Don Pablo, pues, se encontraba en casa de Sans para conjurar la tormenta que aquel día preparaban los acreedores de Carlos.

—Díle a ese hombre que pase, mandó al criado después de haberse enterado del papel de Roberto.

—A los demás que aguardan, díles que luego se les recibirá, observó D. Pablo, comprendiendo que la predilección que se tenía con Roberto, podía exaltar los ánimos y dar motivo a un alboroto entre los individuos que en la antesala esperaban.

Roberto entró.

—Vamos a ver, le dijo D. Pablo adelantándose a Carlos, ¿qué es lo que V. desea?

Roberto le miró, volvió en seguida la vista a Sans y dijo:

—Lo primero que yo deseo es entenderme con el señor, única persona con quien he tratado y con quien he de hablar ahora.

—El señor es como si fuera yo mismo, dijo Carlos señalando a D. Pablo.

—Pues en ese caso puede pagarme la cantidad que canta el pagaré.

—Diré a V., dijo D. Pablo: hoy por ciertas circunstancias es imposible; si V. quiere, puesto que nada va a perder en ello, podremos alargarlo a corta fecha.

—No señor.

—Pero hombre…

—No señor.

—Es necesario tener cierta consideración…

—Que no señor, repito. Si ahora mismo no se me hace efectivo el pagaré, lo protesto, y paso inmediatamente al embargo.

—Pero, por un breve plazo…

—Nada.

La resolución de Roberto espantó a Sans y a D. Pablo.

—Imponga V. las condiciones que guste, dijo Sans.

Roberto reflexionó un momento, y dijo:

—Corriente, me avengo, si V. acepta las que yo imponga.

—Diga V.

—Consiento en alargar el pagaré por cuatro días.

—¡Ah! tanto vale no alargarlo, dijo D. Pablo.

—Pues así ha de ser, y no de otra manera.

Carlos dijo entonces al abogado:

—Si antes de ese tiempo pudiese yo recibir *eso otro*, bien se podría hacer…

—Es muy precipitado.

—Pues, no paso por menos, añadió Roberto con el mismo tono de resolución.

—En fin, sea, dijo Sans.

—Ahora otra cosa, añadió Roberto.

—¡Otra cosa! dijo D. Pablo.

—Pero del señor a mí, observó Roberto señalando a Carlos.

—A ver, dijo éste llevándose a Roberto a un lado de la sala.

—Vamos a ver, dijo Roberto; yo volveré aquí a la una a recibir el otro pagaré…

—Corriente.

—Porque sino pasaría la hora y el día, y no hubiera lugar a la protesta.

—¡Cómo! ¿presume V. que pueda yo faltarle?

—Yo se lo advierto: V. verá ahora lo que hace.

—Vuelva V. a esa hora.

—Pero, este es un nuevo favor que yo le hago a V.

—Y el cual no dejo yo de agradecerle, dijo Sans.

—Es que merece una recompensa.

—Recompensa…

—Sí; quiero que me devuelva V. el retrato.

—¡El retrato!

—A V. ya no le sirve, pues presumo que para lo que V. podía desearlo, ya lo ha hecho: con que, así, démelo V. otra vez.

—¡Ah! no.

—Pues no hay nada de lo dicho.

—¡Cómo!

—Dentro de media hora, el tiempo preciso para traer aquí un escribano, protesto y embargo.

—¡Ah!

—¿Accede V.?

—Pero…

—¿Accede V.?

—¡Sea!

Carlos entró en su alcoba, sacó el estuche, que entregó a Roberto, éste lo abrió para cerciorarse bien de lo que contenía, y dijo:

—Corriente; ahora hasta la una.

Roberto salió, encaminóse a su casa, y desde allí dirigió otra carta a la baronesa.

Diego conoció, sabiendo por Fernando que el retrato estaba en poder de Roberto, el negocio que podía mediar entre éste y Sans.

El criado de éste salió al recibidor, y dijo a los que allí aguardaban:

—Tengan Vds la bondad de pasar.

—¿Todos a la vez? preguntó uno.

—Todos.

Los individuos que hacía rato aguardaban la audiencia, fueron pasando al gabinete.

Diego entró también.

—No sé qué pueda ser esto, se dijo; pero dicen que pasen todos, por consiguiente, yo también.

Así que estuvieron todos en el gabinete, D. Pablo, que estaba de pié al lado de Sans, tomó la palabra y dijo:

—Señores: todos Vds tienen créditos de mayor o menor cantidad que vienen hoy a reclamar al señor D. Carlos.

Este principio hizo un efecto grande en el ánimo de Diego, que comprendió entonces la situación verdadera de Carlos, viendo la clase de hombre a quien la baronesa iba a confiar a su hija y los inmensos bienes de la casa de Turella.

Don Pablo prosiguió:

—Saben Vds perfectamente que el valor de los bienes que el señor posee, ascienden a una suma muchísimo más considerable que aquella a que alcanzan sus deudas.

—En cuanto a eso, observó uno, yo no sé lo que tiene el señor de Sans, ni lo que debe, ni necesito saberlo; solo sé que yo acredito por mi parte una suma no despreciable, que el plazo del pago venció hace mucho tiempo, que hasta ahora no he visto sino razones y promesas por parte del señor, que nunca me ha cumplido, y, por lo mismo, que estoy resuelto a cobrar mi dinero de todas suertes; hé aquí lo que yo sé, y no quiero saber más.

Apenas concluyó su terrible y conciso discurso el individuo que acababa de hablar, otro se adelantó en la palabra, sin dar lugar a que D. Pablo, con su *lógica forense*, deshiciera tan fuertes argumentos.

—Y en cuanto, dijo el segundo, a lo de que los bienes que el señor de Sans posee asciendan a muchísimo más que sus deudas, me permitirá V:, caballero, a quien no tengo el honor de conocer…

—Soy el abogado D. Pablo Grau.

—¡Ah! exclamaron algunos, brillando en sus fisonomías la expresión de la confianza.

El nombre de D. Pablo, con la fama de probidad y honradez que en Barcelona gozaba, era una garantia para algunos de los acreedores.

El que estaba hablando, prosiguió no obstante:

—Aunque V. lo afirme, me permitirá que lo dude.

—¡Cómo! ¡se atreve V. a desmentir a una persona como yo! exclamó D. Pablo, que por primera vez en su vida oía una expresión de este género.

—A lo que yo me atrevo, puesto que conozco el patrimonio del señor de Sans y sé algo de sus deudas, es a presentar las dos sumas, y a restar luego un déficit que no sé cómo podrá cubrir don Carlos.

Sans palideció.

La desconfianza se pintó en todos los rostros de los acreedores, aun de aquellos que poco antes habían creido como artículo de fé la grave palabra de D. Pablo.

Éste tuvo entonces una ocurrencia feliz y un rasgo de ese talento que a fuerza de ejercitarlo, tienen ciertas gentes o ciertos abogados para encontrar un recurso en las causas más injustas.

—Señores, dijo, las palabras que acaban Vds de oir, son efectivamente ciertas.

Un movimiento de sensación general se notó en los acreedores.

—Yo no miento jamás, y si ahora lo pareció, fué porque me referí, no a los bienes que posee hoy el señor de Sans, que estos quizá no bastáran a cubrir sus deudas; sino a los que poseerá mañana. Si hoy pretenden Vds cobrar a la vez y a rajatablas como vulgarmente se dice, preciso será que entienda de ello el tribunal, y yo, que conozco un poco lo que sucede cuando se llega a un caso semejante, no me atrevería a comprar los créditos de Vds por un cuarenta, acaso ni por un treinta por ciento. Pierden Vds… y se pierde el señor de Sans. Pero dan Vds un corto plazo y sucede todo lo contrario. El señor de Sans entra en posesion de un patrimonio pingüe, que pasará a sus manos esta misma noche, pues esta noche se firma el contrato matrimonial con la niña de Turella.

Aquí se estremeció Diego de piés a cabeza.

—Y aunque, prosiguió el abogado, salvando todas las apariencias, el señor de Sans no pague a Vds de la dote de su mujer, cualquiera conoce que ha de encontrarse muy desahogado para cubrir, aunque sean dobles créditos de los que tiene.

Este argumento de D. Pablo convenció a todos.

—Ahí tienen Vds., prosiguió, como puedo yo decir que el señor de Sans tenía mucho, muchísimo más para pagar que aquello a que ascendieran sus deudas.

—Es verdad, es verdad, dijeron algunos que no podían creer siquiera una mentira en los labios del honrado y probo abogado.

La tempestad quedó conjurada.

Por su propio interés, todos accedieron a dar un plazo más a Sans.

Éste les dió las gracias a todos, prometiéndoles pagarles religiosamente, y así que los hubo despedido, se arrojó en brazos del abogado exclamando:

—¡Don Pablo, me ha salvado V.!

—Pero ahora, me promete V. formalmente el hacerme quedar bien con todos.

—¡Ah! sí, lo prometo.

—Puede, con tiempo, pagarse todo perfectamente, sin desmembrar el patrimonio; pero esto ha de ser mediante una buena administración.

—Yo prometo a V., D. Pablo, seguir en un todo sus consejos y sus inspiraciones; y si no fuera abusar de la suma bondad de V. para conmigo…

—¿Qué?

—todavía le rogára siguiese V. con la administración como hasta aquí.

—Veremos, veremos, dijo D. Pablo disimulando la alegría que le causaba la proposición de Sans: ahora lo que importa, es aprovechar el día de hoy, cerrar el contrato a la noche, y mañana determinaremos la manera de que todos queden contentos, sin que sufra V. *por el pronto*, un notable deterioro en su fortuna; y digo por el pronto, porque más adelante, lo que V. debe ha de ser sensible necesariamente a su patrimonio.

Con esto el previsor D. Pablo preparaba ya el terreno para hacer su negocio cuando llegase la ocasión.

El abogado se despidió de Sans hasta la noche, en que debia celebrarse el contrato y el casamiento.

A Diego no pudo menos de sorprenderle esta noticia.

Ni él ni Fernando sabían que el asunto estuviese tan adelantado.

Al salir Diego del gabinete de Sans, juntamente con todos los acreedores, les detuvo abajo en el patio para invitarles a pasar a su casa, brindándoles con un buen negocio sobre los créditos que tenían contra Sans.

El negocio consistia en ceder a favor de Diego todos los créditos por dos días, haciendo éste en seguida una contra escritura, volviéndolos a ceder a los mismos, para lo cual Rocafort ofreció un medio por ciento de ganancia a cada uno.

Los acreedores, que nada esponian, accedieron a ello, aprovechando aquel interés, y Diego tuvo en breve en su poder escritura de todos.

CAPÍTULO XLVIII.
El contrato matrimonial

AS siete de la noche de aquel mismo día reinaba una agitación particular en la casa de Turella.

La señorita iba a casarse, y ya se sabe lo que en familias de cierta posición es un acontecimiento de este género.

Los criados sé movian constantemente yendo de un lado para otro, bajo la dirección del mayordomo, a fin de que nada faltase de cuanto exigian en la fiesta el nombre y posición de la familia.

Se notaba, sin embargo, que la alegría no rebosaba en el rostro de

la servidumbre.

Todos amaban entrañablemente a su señorita y los criados no estaban alegres, porque adivinaban que su señorita estaba triste.

Ésta acababa de vestirse el traje de novia en su gabinete tocador.

La hija de Turella era hermosa, y lo estaba como nunca aquella noche.

Su traje, tan sencillo como elegante, consistia en un rico vestido de raso blanco, y un ancho velo blanco también, que llegaba hasta lo largo de la falda y se sujetaba a la cabeza por una guirnalda de flores.

Las doncellas que la servian y notaban la tristeza de su corazón en su fisonomía, pálida como la flor de la azucena, ponderaban sus gracias y su hermosura.

Clarita no osaba mirarse al espejo, y deseaba que pronto la dejasen para poder desahogar con lágrimas de los ojos el dolor de su oprimido corazón.

—Vamos, ya no falta nada, señorita, y está V. hoy más hermosa que nunca, dijo la doncella que con ella tenía más confianza.

—Gracias, Anita, respondió la novia haciendo un violento esfuerzo para sonreirse. Ahora dejadme sola un momento.

Las doncellas salieron.

—¡Fernando! exclamó Clarita al verse sola ¡perdóname!

Y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

El oratorio de la casa estaba preparado para la ceremonia.

El salón principal y todas las demás piezas, dispuestas para recibir a los convidados.

El convite no era extenso, pero escogido entre las familias de más alta posición y más íntimamente unidas a la de Turella.

La baronesa acababa de recorrer todas las habitaciones.

Algunos de los convidados iban llegando y pasando al salón principal.

La baronesa se presentó, recibiendo anticipadamente los plácemes de las personas que habían llegado y de las demás a medida que iban entrando en el salón.

Don Pablo llegó acompañado del cura y del escribano.

Pocos momentos después entró Sans.

Todos los jóvenes le miraron con envidia no tanto por la riqueza, como por la hermosura de la mujer que dentro de breves instantes iba a ser suya.

Al ver a Carlos D. Pablo se adelantó a recibirle, y Sans, rebosando de alegría, fué a saludar a la baronesa, recibiendo luego el saludo de todos.

La baronesa se levantó después de un momento y fué a buscar A su

hija.

Cuando Clarita se presentó, resonó en el salón la misma voz en todos los labios.

—¡Qué hermosa!

Todas las señoritas la miraron con envidia como miraron antes los jóvenes a Sans.

—Cuando V. mande, baronesa… dijo D. Pablo.

—Vamos, respondió la baronesa con voz un tanto sofocada.

Clarita tuvo que hacer un esfuerzo supremo para contener las lágrimas que otra vez volvieron a asomar en sus ojos.

Todos estaban ya de pié y a punto de pasar a la sala preparada para extender el contrato, cuando un nuevo personaje se presentó en el salón.

La baronesa se sorprendió al verle.

Era Diego.

Éste se adelantó grave y pausadamente, y después de dirigirla el saludo de puro cumplido, que la baronesa apenas pudo contestar, sobrecogida por un secreto presentimiento, la dijo:

—Señora, he venido, como prometí a V., a ofrecerla personalmente mi nueva habitación, y me encuentro con esta novedad que no puede menos de sorprenderme… agradablemente. Yo felicito a V. y me tomo la libertad, aunque no he sido invitado, de acompañar a V. en tan fausto acontecimiento.

—Su presencia, caballero, será para nosotros una nueva honra en estos momentos… dijo la baronesa sin poder disimular su confusion.

Todos extrañaron la presencia de aquel nuevo personaje, a quien nadie conocía, y más la manera particular de presentarse.

—¿Vamos, baronesa? dijo D. Pablo, cuya impaciencia crecia por momentos.

—Vamos.

Pasaron todos a la pieza indicada, el escribano tomó asiento: A la mesa que se le tenía dispuesta, y empezó a extender el contrato, o sean los capítulos matrimoniales; dictándole D. Pablo la esencia de las cláusulas.

Un religioso silencio reinaba en la sala, interrumpido solamente por la voz magistral y grave del abogado.

Cuando éste llegó al capítulo que hacía mención del patrimonio de Sans, Diego se levantó, y poniéndose en medio de la sala, dijo en voz clara y serena:

—Menos *trescientos mil duros* que el señor de Sans debe a varios y cuyos créditos he comprado yo.

A estas palabras todos se levantaron de su asiento, fijando la vista

en Diego.

—¡Cómo! ¡qué dice V.! exclamó D. Pablo.

—Lo que reza esta escritura que extendió precisamente esta mañana ese mismo señor escribano:

—¿Es cierto eso? se atrevió a preguntar D. Pablo al escribano.

Éste no pudo menos de responder entonces:

—Yo debo decir que autoricé esta mañana una escritura de cesion de varios créditos contra Sans, a favor de D. Diego Rocafort.

—¡Ah! gritó la baronesa cayendo en un sillón.

Diego acercóse a ella entonces y le dijo:

—Vea V., señora, si es digno Carlos Sans de la mano de su hija.

Y salió de la casa dejando a todos estupefactos como con la aparición y desaparición de un fantasma.

CAPÍTULO XLIX.
El duelo

No hay para que ponderar la profunda sensación producida en la casa de Turella por el suceso con que finaliza el capítulo anterior.

Todo el ridículo vino a caer principalmente sobre una persona: Carlos Sans.

Su situación en aquellos momentos era de esas que no hay hombre en el mundo que tenga valor para resistirlas, y Carlos, en la imposibilidad de sincerarse en el acto y de responder al elocuentísimo silencio de todos, salió inmediatamente después que Diego, con el

rostro de la vergüenza y cabeza baja y como oprimida por el peso de la humillación que acababa de sufrir. Nadie le detuvo, ni le dirigió al salir una palabra siquiera, y Sans experimentó entonces otro dolor tanto más fuerte en cuanto fué súbito e inesperado: el dolor de la soledad en la desgracia.

Sans fué a parar a su casa.

Su desesperación llegó a su colmo en los primeros momentos.

Solo en su gabinete y frente a frente con su ruina, el estado desconsolador de su espíritu se traducia por sus contínuas y entrecortadas exclamaciones y la agitación que no le permitia un segundo de sosiego, llevándole a paso precipitado de un extremo a otro de la estancia.

El corazón de Sans necesitaba un consuelo en aquellos terribles instantes, el consuelo de una persona que tomase parte en su sentimiento.

Esta necesidad es natural en todos los hombres cuando experimentan un fuerte golpe de la adversidad, y lo primero que acude a la mente es el nombre de la persona más querida y de quien se tiene mayor derecho a esperar un consuelo.

El nombre, pues, que se ocurrió a Sans, fué el de Lola.

Al cabo de una hora que pasó Carlos desesperándose, quizá jurando y maldiciendo en su gabinete, salió y se dirigió a la casa de su querida.

El acontecimiento de la casa de Turella llegó inmediatamente, por conducto de Diego, a noticia de Fernando Aguilar, y por medio de éste lo supo también en seguida Eduardo.

Como éste, según hemos visto ya, se proponia dar a Lola *todos los buenos ratos* que en su mano estuviese darle, pasó luego a su casa a poner en su conocimiento lo que acababa de ocurrir.

Lola, a pesar del estado a que con el estudiante había llegado, no se atrevió a negar a éste la entrada en su casa, temerosa de mayores escándalos y más ruidosas publicidades, que seguramente se hubieran sucedido usando con Sandoval una conducta menos mansa de la que tuvo por conveniente adoptar, hasta que las circunstancias o la casualidad la presentasen ocasión de poder deshacerse y vengarse de aquel hombre que se había propuesto, y estaba logrando, el labrar su descrédito y su ruina en Barcelona.

Hé aquí porque Lola sufría aun a Eduardo, resignándose a sus cada día mayores exigencias.

Eran las diez de la noche y Eduardo decía estas palabras a Lola concluyendo el relato de lo acaecido en la casa de Turella:

—Pues esto ha pasado a Sans, que mañana estará ya

completamente arruinado, público como se hará desde luego en todo Barcelona el suceso de esta noche. Con que si algo hay todavía que sacarle, pronto, niña, porque mañana seguramente se habrán apoderado de todo los acreedores.

La doncella de Lola se presentó sin dar tiempo a ésta de responder a las punzantes frases de Eduardo.

—Señora, el señorito D. Carlos.

—Díle que pase.

La doncella salió.

—¡Ah! dijo enseguida Eduardo levantándose de su asiento, ¡magnífico! me escondo en la alcoba para oir la escena, que no podrá menos de ser interesante.

—¡Oh! ¡no haga V. eso!

—¡Cómo que no! insistió Eduardo corriendo la vidriera de la alcoba.

—Pues chasco se llevará V., porque no oirá nada.

—Te guardarás muy bien de hacerle la menor seña, ni de llevártelo a otra pieza, observó Eduardo.

Esta observación del estudiante bastó a Lola, que se guardó muy bien de desafiar el genio de Eduardo.

Éste se escondió en la alcoba, y Carlos entró en el gabinete.

—¡Ah! exclamó Sans medio sorprendido: me dijo la doncella que estabas con visitas… Y por cierto que nunca como hoy lo hubiera sentido.

Lola no dijo nada a estas palabras.

Carlos se dejó caer en el sillón como agobiado por el peso de sus ideas.

Tiró el sombrero al sofá, suspiró, se limpió el rostro bañado de sudor, y dijo con la voz del profundo pesar que le abrumaba:

—¿Habrá hombre más desgraciado en el mundo?

Tampoco Lola dijo nada a esta exclamación.

—¿Qué tienes? la preguntó Sans notando aquella especie de indiferencia tan contraria a las demostraciones de cariño repetidamente manifestadas por Lola otras veces: ¿también tú estás hoy contra mí? ¡Esto solo me faltaba! Aunque ya comprendo, estarás resentida por la reserva que he tenido contigo en no manifestarle, que me casaba esta noche…

—No se me ha ocurrido semejante cosa, interrumpió Lola con: una sonrisa glacial.

—¡Oh! sí, te conozco demasiado…

Lola volvió a sonreirse.

—Para que quieras ocultármelo, prosiguió Sans; pero debo decirte,

Lola, que alejes ya todo resentimiento conmigo, porque ya no me caso… ¡estoy arruinado! ¡y Carlos Sans no es ya digno esta noche de la esposa que le destinaban esta mañana!…

El único efecto que podían producir las palabras de Sans en el ánimo de Lola, era el de la sorpresa, y como Eduardo la había prevenido de antemano refiriéndole el suceso, ni la más leve impresion notó Sans en su fisonomía.

La impasibilidad de Lola dejó a Carlos estupefacto.

Era difícil, ciego como estaba Sans respecto a lo que era aquella mujer, e ignorante de que tan presto hubiese recibido noticias por otro conduelo, era difícil, repetimos, que adivinase Carlos la causa de aquel frío desdén.

Atribuyólo nuevamente a la que antes había indicado él mismo, y repuso:

—¿Ni esto es bastante a deshacer tu enojo?

—Pero si no estoy enojada.

—¿Ni la gran desgracia que te anuncio, prosiguió Sans, alcanzará a reconciliarte conmigo?

Lola volvió a quedar muda.

—¡Ah! exclamó Carlos entonces con doloroso acento: ¿será que tú también me abandonas en mi desgracia?

—¡Justamente! respondió Eduardo saliendo de la alcoba.

—¡Ahí! exclamaron Sans y Lola.

—Al fin, después de tantas preguntas, lo adivinó V., hombre, añadió Eduardo con la mayor calma: esta señora le abandona a V. en su desgracia, porque no la hacen falta desgraciados, sino otra clase de gente; que la desgracia se pega, y ya V. ve que no querrá ella contraer tan fea enfermedad.

—¡Pero qué es esto! preguntó Sans, pálido como la cera y en medio del mayor asombro.

—Muy sencillo, respondió Eduardo sin variar de tono: esto es, que en una misma noche pierde V. la novia y la querida: la novia se la birla a V. quien es más digno de ella, Fernando Aguilar, de quien al fin será la esposa.

—¡Ah!

—Y la querida… ésta me la quedo yo por ahora.

—¡Caballero! balbuceó Lola trémula de coraje.

—*Señora*… dijo Eduardo con punzante ironía.

Y volviéndose a Sans, que le miraba como soñando, añadió:

—No extrañe V. esta especie de cumplido; nos tratamos con mucha cortesía… pero como lo cortés no quita lo valiente, yo tengo por eso el derecho en esta casa de decir a V. que se despida de ella para siempre.

—¡Cómo! exclamó Sans, sin volver de su asombro.

—Tomando el sombrero y seguidamente la escalera, añadió Eduardo sin inmutarse.

Carlos volvió la vista a Lola.

Ésta, temerosa de provocar un escándalo, se contentó con bajar los ojos.

—Pero, señora, ¡qué es esto!

Lola permaneció muda.

—Entonces, tengo el derecho de responder a V. sin miramiento de ningun género, dijo Carlos levantándose y desafiando con la vista a Eduardo; y decirle que me dará V. satisfacción cumplida de este insulto.

—Cuando, como y en donde V. quiera, respondió el estudiante con el mismo tono de antes.

—Ahora mismo.

—Bravo, a la luz de la luna, dijo Eduardo con la mayor frescura.

Y tomando su sombrero se dirigió a Lola, diciendole:

—Señora, el señorito D. Carlos tiene el gusto de despedirse de V. para siempre.

Carlos no comprendió estas palabras, y dijo:

—Presto canta V. victoria, no se arrepienta V. luego de ese alarde…

—No lo decía por eso, sino porque de todos modos se despide V. hoy para siempre de esta señora. ¿Vamos?

—Vamos, concluyó Sans enfurecido y saliendo del gabinete sin saludar a Lola.

Ésta, al verle salir, exclamó:

¡Ojalá se mataran los dos!

A los cuatro pasos que anduvieron en la calle, Sans dijo al estudiante:

—¿Armas?

—Las que V. quiera, ya se lo he dicho.

—La pistola.

—Corriente; aunque es cosa de mucho ruido…

—Será la espada.

—Eso es.

—En el jardin de mí misma casa.

—¡Bravo! será un duelo poético…

—Pero no, acaso se diría luego que yo le llevé a V. a mi casa para asesinarle.

—No hay cuidado por eso, interrumpió Eduardo; porque estoy seguro de no morir tan pronto.

Sans contestó a estas palabras de esta suerte:

—Presto hemos de verlo.

Llegaron a casa de Carlos, y éste dijo al estudiante:

—Tenga V. la bondad de subir conmigo.

Entrábase en el jardin de Sans a paso llano por uno de los balcones de su gabinete.

No lejos de esta pieza se hallaba la sala de armas de Sans.

Este sacó dos magníficas espadas españolas.

Dióle a escoger a Eduardo, que tomó sin mirar el primer pomo con que tropezaron sus dedos, y los dos rivales salieron al jardin.

Debajo de la glorieta que se levantaba en medio, había sitio bastante y despejado para el duelo, y Sans dijo:

—Aquí.

—Aquí, añadió Eduardo.

Aquel se despojó del gabán, éste hizo lo mismo, y en seguida exclamó Carlos:

—¡En guardia!

Los aceros se cruzaron.

Después de los saludos de pura cortesía, Sans, que estaba ebrio de coraje, se lanzó rápidamente sobre su adversario.

No era nada débil el brazo de Carlos, y Eduardo conoció desde el principio que no debia dormirse.

Pero todo lo que Sans llevaba acaso de ventaja en la fuerza del brazo, estaba compensado por la serenidad de su contrario.

El estudiante adoptó un sistema que es sin duda el mejor en un duelo de este género.

Consiste en ponerse a la defensa, conservando la sangre fría suficiente para no atacar al contrario, dejando que éste se canse por sí mismo.

No tardó el estudiante en conseguir esto, tanto más presto, en cuanto la cólera de Sans le hacía dar tajos a diestro y a siniestro.

Eduardo, sin perder un momento la calma, pudo decirle más de una vez:

—Que está, V. en descubierto.

—¡Pues éntreme V.! respondia Sans más irritado.

El estudiante entró efectivamente cuando la fatiga dominaba ya la fuerza de Sans.

Pero Eduardo fué bastante noble para no herirle nunca, contentándose con desarmarle una y otra vez.

Pero esto encendia más y más el furor de Sans.

A la tercera vez que saltó su espada de la mano a un quite maestro del estudiante, dijo éste:

—Ea, basta ya.

—¡Cómo! no señor.

—No quiero continuar.

—Usted me está insultando, y esto en este momento no es de caballeros. Fuera más noble atravesarme de una estocada.

—Ahora menos que nunca, dijo Eduardo. Además, V. está ciego, y yo no puedo continuar llevando esa ventaja sobre V.

Y esto diciendo, arrojó Eduardo su espada.

—¡Qué hace V.!

—Dar esto por concluido por hoy, y ofrecerme a sus órdenes para mañana o cuando V. quiera.

—¡Volvamos! insistió Sans.

—Otro rato. Se ha batido V. con valor, y de esta especie de armisticio no resulta deshonra para ninguno de los dos. Con que repito que estoy a sus órdenes.

Y tomando la levita que se había quitado, se dispuso a salir del jardín.

—Entonces, pues, hasta mañana.

—Hasta cuando V. quiera, advirtiéndole que por mi queda V. libre de todo compromiso, pues estoy completamente satisfecho.

—Yo no, porque no puedo estarlo y necesito en esto otra solución, insistió Sans hablando con la voz de su amor propio humillado por la generosidad del estudiante.

—Conforme, pues, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Carlos acompañó al estudiante hasta la escalera, volviendo a su gabinete con la misma ira y la vergüenza del vencimiento.

El desengaño que había sufrido en vista de la actitud pasiva de Lola, y lo que le había pasado con Eduardo, cosas ambas que en otra situación hubieran sido de suma gravedad para Sans, no eran entonces las que con preferencia debian ocuparle por más que sintiera una y otra vivamente.

Sobre todo esto, estaba el rompimiento con la casa de Turella, que envolvía su ruina.

Sans sabía positivamente que dentro de breves, muy breves días iba a quedar despojado de cuanto poseia. Este golpe era inevitable y Carlos no pensaba siquiera en conjurarlo.

Entre las muchas ideas que bullian en su cabeza, ocurrióle una que se apresuró a poner en práctica al momento.

CAPÍTULO L.
La sociedad de la Inocencia

ENTRE los malos medios de que se vale cierta gente para vivir a costa del prójimo, existia (tal vez existe hoy) en Barcelona una sociedad de fulleros y tahúres que se titulaba de la *Inocencia* y tenía por objeto el esplotar la credulidad y candidez de los infelices que caían en sus redes.

Los jóvenes de cierta posición cuya edad no les permitia aun abrir los ojos a la luz de la esperiencia, merecian la preferente atención de la sociedad, y más de una vez alguno de sus individuos había tendido

a Sans un lazo de que Carlos pudo salvarse, merced a su misma distracción entre los amoríos y demás trapicheos que noche y día le ocupaban.

Esta sociedad había usurpado la denominación de una sumamente conocida, cuyas ramificaciones se estienden en toda Europa, y la cual conocerá el lector por el nombre de *Masonería*.

Después de estos precedentes necesarios volvamos a Carlos.

Hemos dicho al concluir el capítulo anterior, que a Carlos le ocurrió en su desesperación una idea.

Esta idea fué la de echarse en brazos de la sociedad.

Eran las doce de la noche y la casa de juego que Sans frecuentaba, debia de estar abierta todavía.

Carlos salió de la suya y se dirigió allí en busca de uno de sus compañeros de *tapete verde*.

El individuo que Sans buscaba era el mismo miembro de la *Inocencia* que otras veces había invitado a Carlos a entrar en la sociedad, ponderándole las inmensas ventajas y los grandes beneficios que podía reportar un hombre al formar parte de una hermandad, cuyo instituto era la mutua protección entre todos los hermanos, y de la cual eran otros miembros los príncipes y hasta los reyes.

Sans llegó a la casa, y al entrar en la sala, quiso la casualidad que el primero con quien tropezara fuera el individuo a quien iba buscando.

—Muy tarde viene V. esta noche, D. Carlos, y mala banca encontrará V. ya: si llega V. media hora antes, V., que *apunta* siempre tan fuerte, se lleva hasta el tapete. Esta noche está el banquero de mala.

—No importa, no vengo para jugar.

—¡Ah! entonces.

—He venido esclusivamente para ver a V.

—¡A mí!

—Sí, hemos de hablar.

—Cuando V. quiera, D. Carlos, iremos donde V. guste.

—Aquí mismo; nos retiraremos a un lado.

—O pasaremos a la sala de delante, donde estaremos completamente solos.

—Vamos.

Los dos pasaron a la pieza que acababan de indicar: sentáronse en un confidente, y Carlos empezó a hablar de esta suerte:

—Usted me ha indicado más de una vez algo acerca de cierta sociedad secreta…

—Sí señor.

—Es que por otro conducto me han invitado a entrar en ella hace pocos días. Yo dije que me lo pensaría; he reflexionado sobre el particular, y casi casi estoy decidido a ingresar en la Hermandad; pero deseo saber antes más pormenores, y en caso de decidirme luego por completo, aceptaría las invitaciones suyas y V. sería quien me presentase.

—Diré a V., D. Carlos; pormenores, nos está prohibido el revelarlos a nadie, antes de que sea, admitido.

—Es decir, pormenores, lo que yo deseo saber es el objeto principal.

—¡Ah! eso es otra cosa: el objeto es la protección recíproca y la obligación por parte de todos de defender al *hermano* desvalido en cualquier concepto que sea, de modo que nadie puede negarse a ello.

—Ya: es decir que si por ejemplo mañana se encuentra un *hermano* en una situación azarosa…

—Supóngase V. que está en la cárcel, se harán todos los medios y se le pondrá en libertad.

—Que pierde toda su fortuna… observó Sans.

—Se le repone completamente.

—Esto es muy humanitario.

—Es la doctrina de Jesucristo… dijo con la mayor serenidad el truhán.

—Pues entro en la sociedad, dijo Carlos resueltamente.

—Está bien. Esta misma noche tenemos *Capítulo*, y yo lo propondré.

—Corriente.

—Pero, ya sabe V., D. Carlos, que es necesario sujetarse a grandes pruebas.

—Sean las que quieran, me sujetaré a ellas.

—Las primeras serán de valor, y las otras de *generosidad*.

—Yo prometo a V. salir airoso de ellas.

—Es que son terribles…

—No importa.

—Yo haré a V. una advertencia porque temo que no resistirá V., y sería esto un feo para mí.

—Cómo ¿tan poco hombre me cree V.?

—¡Ah! D. Carlos, otros que lo parecian mucho han desmayado.

—Yo no desmayaré.

—Atienda V.: lo primero serán las pruebas del valor personal…

—Ya sé, poco más o menos, y prometo resistirlas sin pestañear.

—Luego vendrán las de la *generosidad*, que consistirán en esplorar el ánimo de V. por medio de exigencias de dinero y otras cosas, para

ver si es capaz de hacer por los *hermanos* todo aquello, que los *hermanos* en caso necesario harían por V.

—Todo sabré satisfacerlo, repuso Sans.

—Hágalo V. porque, como le he manifestado, todo se reduce a simples pruebas. Usted se verá en peligro de muerte, pero no morirá, ni lamentará siquiera el menor daño: parecerá que en dos días van a quitarle cuanto tiene; pero todo lo que de le será luego devuelto religiosamente.

—Bueno, enterados, concluyó Sans.

—Pues nada, mañana por la mañana, a primera hora seguramente, iré yo a su casa de V. a comunicarle el resultado del *Capitula* de esta noche.

—A cualquier hora que V. vaya me encentrará.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Apenas había amanecido, el individuo de la *Inocencia* llamó a la puerta de Sans.

Los criados de éste, anteriormente avisados, le hicieron pasar al gabinete de Carlos.

Éste había pasada el resto de la noche en la mayor agitación, sin tener un momento de sosiego y en su rostro se veían las señales de atroces insomnios y horribles pesadillas.

Carlos saltó de la cama, donde se había echado sin quitarse la ropa.

—Ya está V. admitido a las pruebas, le dijo al individuo.

—Bueno, ¿y cuándo ha de ser?

—Hoy mismo. Ahora daré a V. las instrucciones. Son cerca de las siete: a las ocho en punto se hallará V. a lo último de la calle Mayor de Gracia, paseándose junto a la iglesia de San José. A poco más de esa hora pasará un hombre con un pañuelo amarillo en la mano. Cuando llegue frente a la iglesia, el hombre llevará por tres veces el pañuelo a la frente. Usted se hace el encontradizo con él. El hombre le preguntará. «¿Qué hora es, caballero?». y V. responderá: Las cuatro.

—¡Las cuatro! observó Carlos admirado, y dice V. que ha de ser a las ocho…

—No importa; V. déle esa respuesta.

—Entiendo.

—El hombre no dirá a V. otra palabra, y tomará el camino de Vallcarca. Usted le sigue entonces, y allí donde él se meta, se mete V. también. Es todo lo que tengo que decir a V. por ahora.

—¿Nada más?

—Por ahora nada más.

—Corriente, no faltaré a las ocho.

—Pues, adiós, y valor…

—Lo tendré.

Y el individuo salió del gabinete, dándose así cierto aire de gravedad y de misterio.

Carlos no faltó al punto y a la hora de la cita.

No hacía diez minutos que esperaba, cuando vió venir hacia el mismo punto al hombre del pañuelo amarillo.

Hecha la pregunta antes indicada, el hombre tomó el camino que se había manifestado anteriormente a Carlos, y éste le siguió.

Caminando hácia la montaña por la *Riera* que se llama *den Malla*, se encuentra, pasadas las últimas casas del pequeño pueblo de Vallcarca, una *torre* totalmente aislada.

Un bonito jardín cerrado por una tapia baja y una verja de hierro dá la entrada a la torre.

En ella se metió el hombre del pañuelo amarillo.

Carlos entró tras él.

La puerta de la casa, que estaba entornada, se abrió al suave empuje del hombre, volviendo a cerrarse así que hubo entrado Carlos.

Inmediatamente dos hombres enmascarados se presentaron.

El del pañuelo desapareció en el interior de la casa.

Uno de los enmascarados llevaba un rico azafate de plata y dijo a Carlos:

—Caballero, tenga V. la bondad de dejar en este azafate todas las armas y el dinero que V. lleve.

—Armas no traigo ninguna: dinero aquí está.

Y Carlos depositó en la bandeja unas cuantas monedas de oro que llevaba en el bolsillo del chaleco.

Los hombres del azafate desaparecieron y en seguida se presentó otro, enmascarado también, diciéndole:

—Déme V. la mano.

Carlos se la presentó, y el hombre, sin decir otra palabra, se lo llevó a un gabinete tapizado de negro, con un triángulo blanco en medio del tapiz de las cuatro paredes, en cuyo gabinete había una sola silla, y estaba alumbrado por dos cirios amarillos, colocados en candeleros negros sobre una mesita cubierta también de negro.

—Siéntese V. en esa silla y aguarde la órden de salir, le dijo el enmascarado.

Y se marchó dejando la puerta cerrada con llave.

A Carlos le hizo todo aquello una impresion de terror, que fué aumentando a medida que transcurría el tiempo, durante el cual se miraba solo entre aquellas cuatro negras paredes, como un

sentenciado a muerte.

Después de media hora, la llave rechinó en la cerradura, la puerta se abrió y presentóse el mismo hombre de antes.

Llevaba esta vez un pañuelo negro en la mano, y dijo a Carlos:

—Es necesario vendarle a V. los ojos.

—Estoy a lo que se me mande, respondió Carlos.

El hombre ejecutó esta operación, y dijo en seguida:

—Ahora déme V. la mano.

Carlos, conducido así por el hombre, salió del gabinete pasando a otra pieza.

El hombre le dejó en medio, y entonces sonó una voz ronca y misteriosa, que se dirigió a Sans en estos términos:

—Caballero, ¿cómo os llamais?

—Carlos Sans.

—¿Sabéis en dónde os encontráis?

—No.

—Pues os hallais frente a frente de la muerte. ¿Teneis valor para arrostrarla?

—Sí, respondió Carlos.

—Presto lo veremos, añadió la voz. Se os va a abrir una sangría, que manará por espacio de una hora, y si dentro de este término vuestra naturaleza no ha sucumbido, tendreis a vuestro favor hecha la prueba de hombre fuerte.

Inmediatamente Carlos sintió como le tomaban una mano, como se la sumergian y volvían a sacársela de una jofaina de agua caliente y demás preliminares para preparar una sangría; luego, sin que nadie le advirtiera, sintió la punta de una lanceta en el dorso de la mano, y seguidamente como brotaba la sangre de la herida, y el ruido especial que produce al caer en el agua.

Sans creyó realmente que se le daba una sangría.

El efecto era el mismo.

Pero no había tal causa.

Inmediatamente después de picar la lanceta, se echó sobre el mismo punto un delgado chorro de agua caliente que arrojaba el estrecho piton de un cántaro a propósito, y así el efecto era exactamente igual al que produce una sangría.

Carlos no pudo dominar un estremecimiento general en su cuerpo.

—Le ha impresionado, sonó la voz ronca de antes.

—No, dijo otra.

—Sí, dijeron varias.

—No, objetaron otras distintas.

—Pase a votación, dijo la primera.

Al cabo de un rato, durante el cual Sans oyó confusos murmullos y el ruido de varias bolas al caer dentro de una urna, la voz grave dijo:

—Queda votado que hasta ahora no ha tenido miedo.

La sangría continuaba, y Sans palidecia.

—Palidece, dijo la voz grave que daba a entender era del presidente o director de la ceremonia.

—Es efecto de la sangre que le va faltando, observó otro.

—El *hermano médico* que le tome el pulso.

Carlos sintió como se cumplia este mandato, oyendo en seguida la voz del *hermano médico* que decia:

—Por ahora está tranquilo y con ánimo suficiente.

Sans no pudo menos de extrañar el dictamen del médico, sintiéndose como se sentía desfallecer por momentos.

Carlos sufría las más terribles angustias. había llegado a creer que se estaba desangrando.

Llegó al punto de azorarse completamente, y ya iba a darse por vencido, cuando la voz del presidente dijo:

—El reloj señala la hora, y ha triunfado de la primera prueba.

Sans respiró.

Vendósele la sangría, y en seguida sonó la voz del presidente, diciendo:

—¡El fuego!

Y apenas acabada de pronunciar esta palabra, sintióse Sans en las sienes el mismo efecto que si le hubiesen aplicado la punta de un hierro candente.

La ficticia quemadura, pasada la primera impresion, no dejó ni la más leve señal en la epidermis.

La operación se efectuó poniendo muy cerca de la piel un papel de fumar mojado y apagando sobre él un cabo de vela encendido.

Aquí tampoco pudo contener Carlos una visible impresion.

Originóse con este motivo la misma discusion de antes, y pasada la votación, pues eran también distintos los pareceres, salió Carlos triunfante como del escrutinio anterior.

Entonces el presidente dijo:

—La prueba de la pistola.

LA PRUEBA DE LA PISTOLA

Una mano misteriosa tomó la de Sans haciéndole tocar dos pistolas que se le presentaron, y el presidente dijo:

—Carlos Sans, dos pistolas se os ofrecen, para que con la que elijáis, os disparéis vos mismo sobre la frente. Una está cargada y la otra vacía. Elegid.

Sans tomó sin vacilar una de las dos pistolas.

—Obedeced mi voz, dijo el presidente.

Y en seguida mandó:

—¡Preparen!

Sans amartilló la pistola apuntándola a sus sienes.

Aunque lo que le había pasado lo indicaba que todo aquello era

fingido, le temblaban las piernas sin embargo.

—¡Fuego!

El gatillo cayó estallando nada más que el piston.

Entonces una mano le arrancó la venda y Sans no pudo menos de exclamar:

—¡Ah!

Vióse rodeado de espadas desnudas que empuñaban, apuntándoselas por todos lados, varios hombres en traje de congregante, en el centro de un salón tapizado de negro que tenía también en las paredes el *triángulo* y demás atributos de la *Masonería* que había usurpado la sociedad.

Un silencio sepulcral reinaba en el salón, y la escena estaba alambrada por dos grandes hachones que sostenían dos de aquellas imponentes figuras.

—Bajad las espadas, *hermanos*, dijo el presidente, pues no hay espadas que intimiden al hombre que presto acogeremos en nuestro seno, si, como es de esperar, corresponden a su valor las demás cualidades de su alma.

Y dirigiéndose a Sans, añadió:

—Carlos Sans, teneis el *primer grado* que en nombre de la *Hermandad* yo, su presidente en Cataluña, concedo a vuestro probado valor. todavía estais a tiempo de retiraros o proseguir en esta senda: ¿quereis seguir o retiraros? Responded.

—Quiero seguir.

—¿Sabeis que desde el momento en que pertenezcáis a la *Hermandad* estais obligado a sacrificar a ella vuestra vida y hacienda?

—Si.

—¿Y la sacrificaréis gustoso?

—Sí.

—Lo veremos. Atended: por este signo conoceréis a vuestros *hermanos*.

Y el presidente hizo una cruz con el índice y el pulgar.

—Vos respondereis en seguida con otro igual, prosiguió el presidente, y si en alguna parte viereis que algún hombre repite por tres veces consecutivas esta seña:

El presidente extendió los dedos índice, del medio y anular junto a la sien.

—Entonces ireis a encontrarle, porque es la señal de *urgencia*, y hareis cuanto os diga y dareis cuanto os pida y esté en vuestra mano dar. En el primer caso, esto es, a la señal de la *cruz*, no os franquearéis con él sino después de estas preguntas que hareis o respondereis según sea él o vos el que las haga: Pregunta: ¿*Creeis en Dios*? respuesta: *creo*;

pregunta: ¿*Y en el demonio*? respuesta: *A los piés de San Miguel*.

Los demás *hermanos* estuvieron a punto de soltar la carcajada al oir las incoherentes palabras del presidente que dió a Carlos los *signos* y frases de inteligencia que primero le ocurrieron.

Pero Sans, que no podía ver sus rostros, velados con el paño negro que les cubría hasta los hombros, estuvo muy lejos de notarlo ni de sospechar lo ridículo de su posición en aquellos instantes.

—¿Habrás entendido esto bien?

—Sí.

—Estos mismos signos y palabras os servirán a vos cuando la *Hermandad*, satisfecha de vuestras pruebas, os conceda la facultad de aprovecharos en vuestras urgencias de los recursos y el apoyo que se os deberán como individuo de nuestra asociación. Solo resta advertiros que la revelación del más insignificante secreto se castigará en vos con la pena de muerte. Podéis salir. El *hermano* que le presentó puede acompañarle.

Una de aquellas figuras se acercó a Sans, tomóle de la mano y salieron de aquella sala.

Apenas llegaron al sitio en donde antes le habían hecho depositar el dinero, volvieron a presentársele los dos hombres con la azatala y las mismas monedas que Sans dejó, diciéndole uno de ellos:

—Tomad vuestro dinero.

Sans lo tomó, y los hombres desaparecieron otra vez.

El que le acompañaba, despojóse de su fúnebre traje, y Sans volvió a ver delante de sí al individuo de la casa de juego.

Hasta entonces Carlos no respiró.

Su compañero de *tapete verde* tomó el sombrero y le dijo:

—Salga V. conmigo.

Y juntos abandonaron la casa misteriosa.

A los veinte pasos de distancia dijo Sans, respirando ya con entera libertad, a su compañero:

—¿Sabe V. que es imponente todo eso?

—Ya lo creo; pero ya se pasó, y en breve será V. de los nuestros.

—¿Y cuándo se tarda, poco más o menos?

—Según. A veces a los cuatro días, si las *pruebas de generosidad* satisfacen al *Capítulo*, se decreta la admisión por completo. A un sugeto muy conocido en Barcelona que estaba también en la sala y al que conocerá V. más adelante, no se le ha tenido sino dos días; es verdad que su posición le ha permitido hacer la prueba de *generosidad* de un modo que no todos pueden hacer; figúrese V. que se le devolvieron después del *Capítulo* celebrado anoche, nada menos que doce mil duros, porque lo mismo que le han devuelto a V. ahora el

dinero, se devuelve luego el que se dá por toda prueba. Pero sobre todo, D. Carlos, no conozcan que yo he dicho a V.

—¡Ah! jamás: pues no faltaba otra cosa; yo mismo me haría el daño.

—Por eso.

Al entrar en la villa de Gracia el individuo dijo a Carlos:

—Aquí conviene que nos separemos, y vaya cada uno por su lado; porque a veces lo más insignificante despierta sospechas.

—Corriente. Adiós, pues.

—Adiós, D. Carlos.

Al entrar éste por la puerta del Angel observó a un caballero de porte decente que desde cierta distancia y parado en el umbral de una puerta hacia la *señal de la cruz*.

Carlos le miró y el caballero repitió la seña.

—Pronto empezamos, se dijo Sans.

Y dirigió sus pasos a donde estaba el caballero, que hizo la misma seña por tercera vez.

Así que Carlos llegó a él le preguntó: ¿Creeis en Dios?

—*Creo*.

—¿Y *en el demonio*?

—*A los piés de San Miguel.*

—¿Qué se ofrece? preguntó Sans en seguida.

—Para las once de esta mañana ha de tener la *Hermandad* una suma de dinero, en cuyo reparto han tocado a V. mil duros.

—¿Dónde se han de entregar? preguntó Carlos.

—Yo pasaré por su casa a esa hora. Adiós.

Y el individuo se alejó.

—¡Mil duros! exclamó Sans en seguida: ¡no los tengo!… si quedára mal por la primera vez, me lucía. Es preciso hacer todos los sacrificios. Harto vendrá luego la recompensa. Como pueda, daré dos mil.

Y apresuró el paso para llegar cuanto antes a su casa.

Lo único de que Sans podía disponer para hacerse con una suma de dinero inmediatamente, eran las alhajas de su casa. Al criado en quien tenía mayor confianza le encargó la mision de vender todo lo vendible.

Entre objetos de plata y oro, cuadros y otras cosas que había en la casa de Sans y de las cuales podía echarse mano, sin que su falta se notase a primera vista, Carlos sacó la no despreciable suma de diez mil duros en el espacio de tres días.

A las once en punto se le presentó el *hermano*, a quien entregó los mil duros indicados, diciéndole además:

—¿Hay bastante con esto?

—Es lo que a V. ha tocado, respondió el *hermano*.

—Lo digo, porque la *Hermandad* puede, si lo necesita, disponer de sama mayor observó Carlos haciendo todos los alardes de esplendidez.

—No tengo órden para más, respondió el *hermano*. Dios guarde a V.

Y salió del gabinete.

La brevedad y precision que usó el truhán en su manera de hablar con Carlos y más que todo el haber rehusado con aquella indiferencia la oferta de Sans, acabó de inspirar a éste toda la confianza.

Carlos empezó a tranquilizarse, a la idea terrible de su próxima ruina, podía oponer la consoladora idea de su próxima rehabilitación, y como su ruina estaba tan cercana, porque era de días no más el plazo concedido por sus acreedores, el interés de Sans estaba en que las exigencias de la *Hermandad* con él fuesen prontas y grandes, para tener los títulos que necesitaba al apoyo de esta, antes de verse por sus acreedores completamente despojado.

No tuvo que impacientarse mucho el incauto joven por ver cumplido este deseo.

Aquel mismo día, así que salió de su casa, otro individuo se le dió a conocer con las señas consabidas, pidiéndole doble suma que el anterior.

Carlos entregó hasta con placer cuarenta mil reales.

El y este segundo truhán exclamaron a un tiempo en su interior:

—¡Esto marcha perfectamente!

Por espacio de tres días, en el paseo, en el teatro, en el café, en todas partes encontraba Sans un *hermano* que inmediatamente, después de darse a conocer, entraba con la consabida demanda de dinero.

A este paso no tardó Sans en quedarse sin un maravedí.

¿Pero qué le importaba esto, si aquellos diez mil duros tan sencillamente entregados en tres días, eran la semilla que había de brotar de golpe y en un momento su completa rehabilitación?

En tanto llegó el día del plazo concedido por los acreedores.

El acontecimiento de la casa de Turella había cundido por todo Barcelona, y se sabía de público que el casamiento de Sans con la hija de la baronesa se había deshecho por el ruinoso estado en que se encontraba la fortuna de Carlos.

No hay para que decir cómo estarían con semejantes nuevas los acreedores de Sans, tan confiados antes en el casamiento.

Gran parte de ellos fueron a ver a Carlos antes de que el plazo concluyese.

Sans, después de hacerles la justa observación de que el plazo no

era llegado, se mostró con ellos hasta altanero e insolento, contando con que la *Hermandad* le salvaría, y esto acabó de exasperar los ánimos.

El día del plazo los acreedores acudieron todos en tropel a su casa.

El *Capítulo* de la *Inocencia* no había decretado todavía la admisión de Sans.

Este, al verse en medio de aquel torbellino, entre tantos gritos, tantos hombres, tantos escribanos y tantas protestas, abandonó el campo, saliendo de su casa por una puerta excusada, y dejándola a merced de sus criados y sus acreedores.

Era de todo punto imposible que estos llegaran a calmarse.

Pero cuando el alboroto creció y el escándalo llegó a su último punto, fué al notar la desaparición de Carlos.

Después de las exclamaciones y juramentos y amenazas y maldiciones consiguientes en casos semejantes, los acreedores se reunieron en junta en uno de los salones, y, previa la correspondiente protesta que cada cual hizo del documento que llevaba, pues casi todo eran pagarés, se resolvió llevar la cosa a los tribunales.

Algunos acreedores se opusieron a esta idea, pero la mayoría venció, y en aquel mismo día se constituyó allí el tribunal, que se apoderó de la casa, cerrando y sellando sus puertas.

Carlos Sans se vió de la noche a la mañana deshonrado, sin dinero, con la ropa de encima, sin mesa donde comer, ni cama donde dormir.

Pero, por muy terrible que sea esta situación, no lo era para él tanto como parece.

Es que Carlos tenía esperanza, y mientras hay esperanza, no existe situación que pueda amilanar a un hombre.

Carlos, al abandonar su casa, se fué directamente a la casa del juego.

La banca estaba allí al medio día y a la noche.

Sans fué en busca del individuo que le presentó a la *Hermandad*.

El tal hombre no estaba allí.

Carlos probó de hacer la *señal de la cruz*.

Nadie pareció notarlo.

—No habrá entre estos ninguno de los mios, se dijo.

Y salió de casa.

Pasó por la Rambla, repitió por seis o siete veces la misma seña: nadie lo respondió.

—Es extraño que tampoco haya por aquí ninguno, se dijo.

Pero al momento exclamó con alegría:

—¡Ah!

Es que había visto venir hacia él un hombre en quien reconoció a

otro de los que el día anterior precisamente se le presentaron a pedirle el dinero.

Carlos le miró, haciéndole la señal.

El individuo *no vió* ni la señal ni a Carlos.

Éste se le puso delante, repitiendo hasta las tres veces la misma seña.

El individuo pasó sin mirarle.

Sans se quedó estupefacto y parado como una estatua de piedra.

Volvió al cabo de un momento para hablar al individuo; pero éste había desaparecido.

Una horrible sospecha saltó entonces en la mente de Carlos.

Prosiguió, no obstante, con sus señas el resto del día, corriendo de un lado a otro sin obtener el menor resultado.

¡Ah! ¡si habré sido víctima de un engaño! exclamó, parándose desalentada en uno de los pórticos de la Plaza Real.

En aquel mismo momento atravesó un hombre la plaza, metiéndose en el café Suizo.

Sans reconoció en él a otro de los individuos que con el carácter de *hermanos* de la *Inocencia* se le habían presentado para sacarle los diez mil duros que había dado en el corto espacio de tres días, y se metió también en el café.

Al entrar, vió al hombre sentado a una mesa, alrededor de la cual había tres o cuatro personas más hablando con el dueño del establecimiento.

Sans pasó, haciendo la *señal de la cruz*.

El individuo no respondió.

Aquel repitió por tres veces la seña.

Éste permaneció impasible y mudo.

Carlos se acordó entonces de la otra señal llamada de *urgencia*, la seña del *tres*, y se paró a cierta distancia, llevando la mano a la altura de la cabeza y extendiendo los dedos Índice, de en medio y anular junto a la sien.

El individuo a quien la seña se dirigía continuó en su impasibilidad.

LA SEÑA DEL TRES

Sans entonces se le acercó, y le dijo:

—Caballero, tengo que hablar con V. dos palabras, y estimaría tuviese la bondad de venir conmigo a otra mesa.

—Con mucho gusto, respondió el hombre con cierta cortesía.

Carlos, así que estuvieron a la distancia conveniente, le dijo:

—¿No ha notado V. las señas que le he hecho?

—¡Señas! No he visto nada.

—¡*Creeis en Dios*! le preguntó entonces Sans.

—¿Qué si creo en Dios?… dijo el hombre fingiendo la mayor admiración.

—¿No conoce V. esta pregunta?

—Lo que yo conozco, caballero, es que V. sin duda quiere burlarse de mí, respondió el hombre, y sepa V. que yo no tolero esto de nadie.

—¡Cómo! ¡pues esta es buena! ¿y V. no me conoce a mí? ¿No ha venido V. ayer mismo a buscar a mi casa tres mil duros?…

—¡Bah! ¡bah! interrumpió el hombre, V. me toma por otro, sin duda.

—¡Oh! no señor.

—Entonces está V. loco.

—¡Loco!

El hombre dejó a Sans plantado, saliéndose en seguida del café.

—¡Ah! exclamó Carlos; ¡no cabe ya duda alguna! aquello no fué más que un engaño pérfido y cruel.

Y sintiendo entonces toda la ira de que era capaz en tal situación, salió también del café en busca de aquel hombre.

Pero éste, como el anterior, había asimismo desaparecido por la más cercana bocacalle.

La desesperación de Sans era horrible.

Desde el café se dirigió a la casa de juego en busca del primer individuo que le habló de la *Hermandad*.

Tampoco le encontró, y preguntando por él, le dijeron que se había ausentado de Barcelona.

A diferencia de las otras noches, nadie le invitó a jugar, y la mayor parte de los jugadores ni siquiera le miraron.

Esta especie de indiferencia acabó de exasperarle.

Salió de la casa del juego.

Al impulso de su propia agitación, anduvo más de dos horas por las calles de Barcelona sin dirección fija y exclamando de continuo:

—¡Estoy perdido!

Eran ya las doce de la noche, y en las calles no se veían sino claros grupos de familias que salían del teatro o de alguna tertulia, los serenos, o la triste figura de alguno de esos desgraciados sin patria y sin hogar, tipos de las grandes capitales que amanecen sin saber cómo pasaron ayer, cómo han de vivir hoy, ni mucho menos cómo amanecerán mañana.

Carlos Sans tenía andado ya todo el camino para llegar a este tristísimo estado.

El miedo a sus acreedores no le había permitido volver a su casa en todo el día. Se encontraba fatigado y sin aliento después del día que acababa de pasar, y al oir cantar al sereno las doce, juzgó que ninguno de sus acreedores había de esperarle a tal hora, y se dirigió a su casa:

—¡Ah! ¡qué es esto! exclamó parándose delante de la puerta.

Esta, alumbrada las demás noches por el gran farol que colgaba en

medio del ancho patio, estaba cerrada y con el sello del tribunal en la cerradura.

El desgraciado Carlos contempló un momento aquella casa de sus padres donde había nacido y vivido con tanta opulencia, y exclamó:

—¡Qué me queda ya en el mundo!

Y de repente, como un loco que se escapa de su encierro, echó a correr calle abajo, atravesando la Rambla y saliendo de la ciudad por la que fué puerta de Santa Madrona.

Al día siguiente se leia esta noticia en los periódicos de la tarde:

«Esta mañana se ha encontrado junto a las rocas de Monjuich el cadáver de un joven muy conocido, y de una distinguida familia de esta capital, que, según conjeturas, se arrojó al mar a las altas horas de la pasada noche. El motivo de esta desesperada determinación parece ser el de grandes pérdidas que en pocos días labraron completamente su ruina».

CAPÍTULO LI.
De cómo adquirió Clara noticias de Diego

A desastrosa muerte de Carlos Sans, precedida de su completa ruina, hizo acabar de comprender a la baronesa de Turella todo el beneficio que debia a Diego con haberse éste interpuesto en la noche que había de efectuarse el casamiento, haciendo público el estado de Carlos y salvando a Clarita del abismo en que estaba próxima a perderse.

Esta fué una nueva prueba de aquel afecto purísimo y constante que nació en el corazón de Diego para no amenguar ni con los años, ni con las más grandes contrariedades de la suerte.

Diego era todavía el mismo, aun bajo aquel aspecto decrépito, que era, digámoslo así, la triste historia de sus sufrimientos escrita en las prematuras arrugas de su rostro, en la sombría es presion de su calva frente, en la mirada triste de sus ojos.

Clara, su antigua amante, aquella mujer que guardaba también su corazón y entre las cenizas de sus amarguras el fuego de su amor primera que hombre alguno en el mundo pudo hacer revivir, después del ruidoso acontecimiento que acababa de ocurrir en su casa, todo lo olvidó; las hablillas del mando, la desgracia de Sans, la perfidia evidente del curador de su hija, la suerte de ésta, todo, en fin, para pensar sola en su gabinete en el hombre que parecia haber salido de la tumba papa salvar a su hija, puesta en la senda de la desgracia por la ambición, por avaricia de su propio padre.

Una idea vino a mortificar a mente de Clara.

¿Qué habría pensado Diego al verla patrocinar la alianza de su hija con Sans, rico, pero indigno, y desechar a Fernando, pobre, pero honrado?

¿Habría merecido por esto el desdén de Diego?

Esta idea la martirizaba, porque Clara, que en el fondo de su corazón le adoraba todavía, no podía resignarse al desdén del que tanto la había amado.

Nada, sin embargo, tan lejos del ánimo de Diego, que estaba en todos los pormenores y conocía las altas consideraciones que ligaban la voluntad de la baronesa.

Diego no había vuelto a su casa, ni tenía Clara de él la menor noticia.

Ignoraba asimismo donde poder dirigirse para adquirirlas, puesto que Diego no dió la última vez las señas de su habitación.

La ansiedad de Clara era grande.

Había, sin embargo, un medio, sencillísimo que a Clara podía ocurrírsele y le ocurrió en efecto.

Tiró del cordon de la campanilla; entró una doncella y mandó llamar a su hija.

La niña entró arrojándose llorando en los brazos de su madre.

—¡Qué es esto! ¿por qué lloras, hija mia…?

—¡Por qué! ¿y tú me lo preguntas?…

—¡Oh! sí.

—Lloro porque te miro hace cuatro días sola en esta habitación, retirada de todo el mundo y hasta de mí misma, que parece te molesto también.

—¡Ah! no, ¡nunca, hija mia! exclamó Clara abrazándola y sintiendo como una especie de ligero remordimiento.

—Entonces, ¿por qué te empeñas en estar aquí sola llorando siempre?…

—No, llorar, no; dijo Clara esforzándose en parecer serena.

—¡Oh! sí, sí; es lo primero que yo noto siempre que entro a verte, y es en vano que pretendas ocultármelo.

—¡Hija mia!

—¿Tanto te ha apesadumbrado el suceso de Sans? yo he sentido vivamente su desgracia, pero si llega a realizarse el casamiento… ¡Ah! el caballero aquel, el señor de Rocafort…

—A él debemos el que esta desgracia no nos haya alcanzado a todos, hija mia.

—¡Y qué bueno y qué generoso es!… exclamó la niña.

Clara había presumido bien, cuando imaginó el medio de saber noticias de Diego.

—¿Cómo sabes tú eso? preguntó inmediatamente a su hija.

—Yo…

Clarita no se atrevía a mentir, ni a confesar a su madre.

—Dí, hija mia, dí.

—¿Me perdonarás?…

—¿Por qué? ¿porque hayas visto a Fernando? se adelantó a preguntar Clara, conociendo ya el secreto que su hija temia descubrirle: no es esto ningun delito.

—¡Ah! ¡qué buena eres! exclamó la niña abrazando otra vez a su madre: ¿cómo lo has adivinado? ¿te lo han dicho tal vez?

—Ha sido lo primero; me lo figuré.

—Pues ayer mismo él entregó a Anita una carta para mí, y esta noche, pero fué un momento nada más, le hablé desde la reja baja del callejon.

—Y por él has sabido de ese caballero…

—Sí, todo me lo ha contado; el modo como se conocieron, su generosa acción con ese pobre a quien tocó la suerte de soldado.

—¡Ah! cuenta, cuenta.

Y Clarita refirió minuciosamente a su madre cuanto respecto de Diego le había dicho Fernando.

Excusado es decir si escucharía con atención la baronesa el relato de su hija.

—¿Y Fernando le ha visto estos días?

—Está casi siempre con él, acompañándole en su enfermedad.

—¡Cómo! exclamó la baronesa sobresaltada.

—Sí, sufre mucho, al parecer, desde hace tiempo, y tanto, que seguramente morirá pronto.

—¡Ah!

De los ojos de Clara brotaron dos lágrimas.

—Fernando me hizo llorar a mí también cuando me lo contaba, dijo inocentemente la niña.

—¿Te ha dicho Fernando dónde vive?

—En la calle de la Princesa…

—Número 36…

—Si lo sabes ya…

Diego había pagado al inquilino por la cesion del cuarto a fin de poder volver a vivir en aquella casa que para él guardaba grandes recuerdos de su anterior estancia en Barcelona, y de cuyos balcones podía contemplar, sino la casa, el sitio donde había dejado abrazando por última vez a su querida madre.

Un momento de silencio reinó entre la hija y la madre.

Ésta dijo al fin:

—Déjame un instante, hija mia.

—¡Otra vez!…

—No te resientas por ello. Lo que me has dicho de ese caballero, que es tan bueno y tan desgraciado, me ha trastornado mucho y quiero probar de conciliar el sueño.

—¿Me llamarás cuando despiertes?

—Sí, hija mia.

—Hasta luego, pues.

Y Clarita salió después de volver a abrazar a su madre, que imprimió un cariñoso beso en la frente pura y virginal de su hija.

—¡Ah! es preciso que yo le vea, exclamó en seguida Clara: ¡si él muere, yo moriría también de dolor y desesperación!

CAPÍTULO LII.
De lo que sacó al fin Roberto del retrato de la hija de Clara

CON la intervención en los bienes de Sans por parte del tribunal, que con motivo de la muerte de Carlos, que no dejó pariente alguno, se hizo cargo completamente de la herencia, acabarón de frustrarse las esperanzas de Roberto, que no tuvo lugar de cobrarse por sí, teniendo que resignarse a ser incluido con su crédito en la masa general de acreedores.

Roberto estaba desesperado con esto, pues su situación en

Barcelona no tenía nada de agradable, espuesto como se hallaba a cada paso a ser descubierto y perseguido por el tribunal, que reclamaba al fugado presidario.

El jefe de policía que le había prestado su apoyo, le exigia cada día nuevas delaciones que Roberto no podía hacer, pues su presencia en Barcelona y la seguridad con que al parecer se hallaba, había dado que sospechar a la tia Colasa, que le retiró totalmente la confianza, aunque nunca dejó de recibirle en el figón con aparente afabilidad.

Roberto era bastante sagaz para descubrir esto, y al fin, para cumplir por un lado con la obligación que tenía con su jefe, y por otro para vengarse de la tia Colasa, delató a esta como partícipe en el robo de las platerías.

Prendióse a la dueña del figon, se procedió al *careo* entre ella y los dependientes del platero, se la presentó luego a éste, y reconocida por los primeros, y afirmado por este último ser ella la que había ido a vender los objetos robados, la causa finalizó con la sentencia de reclusion por diez años.

La tia Colasa conoció de donde venía el tiro y delató a Roberto como cómplice del robo.

Afortunadamente para éste la dueña del figon ignoraba el nombre supuesto de *Narciso Perez* y la casa donde vivía.

Esto no dejó, sin embargo, de inspirar a Roberto serios recelos, que aumentaban su impaciencia por huir de Barcelona.

La única esperanza que tenía, pues, desconfiando como desconfiaba de que se arreglase su crédito contra Sans antes del tiempo en que le sería preciso abandonar Barcelona, su única esperanza estaba en lo que pudiera sacar por el retrato a la baronesa de Turella.

La última carta de Roberto con este motivo, fué ya tan terminante y tan esplícita, pues le explicaba, por si acaso Sans se lo hubiese enseñado días antes, el porqué y cómo volvía él a tenerlo en su poder la última carta, pues, de Roberto a la baronesa produjo todo su efecto.

La viuda de Turella mandó una persona de su confianza con la suma de seis mil duros, que Roberto pedía, para recobrar el retrato de su hija.

Con las señas que dió Roberto en la carta fué a encontrarle el enviado de la baronesa.

El punto de la cita era la casa misma de la querida de Roberto.

Por el modo como éste había escrito la última vez a la baronesa, estaba casi seguro de que ésta iría o mandaría alguien para arreglar este asunto.

Dió, pues, a su querida el nombre, por el cual, en caso, habían de

preguntar, y la dijo:

—Si viene alguno a pedir por *Policarpo Sagun*, introdúcele en la sala.

Con efecto, un caballero se presentó aquel mismo día preguntando por el indicado nombre.

Insiguiendo la órden que tenía, la querida de Roberto le llevó a la sala donde éste le aguardaba.

—¿Usted es el señor D. Policarpo Sagun?…

Roberto dirigió una mirada sagaz y escrutadora al caballero, y conociendo por su porte y sencilla expresión de fisonomía, la lealtad con que se presentaba, respondió:

—Servidor de V.

—Yo vengo pues en nombre de la señora baronesa de Turella.

—Usted dirá.

—Ya debe V. saber el objeto de mi visita, dijo el caballero.

—Sí, con efecto. ¿Viene V. con *todas las facultades* de la señora baronesa?…

La palabra *facultades*, dicha en aquella ocasión y en el tono que empleó Roberto, significó al caballero tanto como la pregunta de si traía los seis mil duros.

—Sí señor, respondió el caballero.

Y al mismo tiempo señaló al bolsillo como para corroborar con esta acción su respuesta.

—¿Conoce V. lo que ha de llevarse?

—Es el retrato de la hija…

—Que será esto mismo, dijo Roberto sacando el estuche de un cofre que había en la alcoba.

Y abriendo la caja delante del caballero, añadió:

—Vea V.

—Es la misma, dijo el caballero.

Roberto dejó la caja sobre la cómoda.

El caballero sacó entonces un mazo de billetes de banco, diciéndole:

—Vea V. si hay aquí seis mil duros.

—¿Son todos del banco?

—Todos.

—Usted me permitirá que los examine.

—Aunque es inútil, puede V. hacerlo.

Roberto empezó, después de haber contado los billetes, a examinarlos, mirándolos contra la luz con aquella poca delicadeza propia del hombre que no la había tenido para hacer semejante negocio.

Los billetes eran todos legítimos, y la alegría del corazón rebosaba en el rostro de Roberto, que se consideraba, con aquella suma, lejos ya de Barcelona, y en punto seguro de sospechas y sobresaltos.

Durante esta operación llamaron ligeramente a la puerta del cuarto.

María la abrió, y un hombre la preguntó:

—¿Roberto está en casa?

La querida de éste se quedó sorprendida a esta pregunta.

Un susto mayor siguió a esta sorpresa.

Antes de que la mujer tuviera tiempo de contestar, otros dos hombres que se habían quedado a la parte de afuera y arrimados a la pared para no ser vistos cuando abriesen la puerta, se presentaron de improviso a la querida de Roberto.

Esta se quedó tan sorprendida, y se asustó tanto al verles, que no tuvo aliento ni para respirar.

Uno de ellos le hizo una seña, y la mujer, obedeciendo aquella órden muda, se dió presa poniéndose entre los dos y sin decir una palabra.

El primero de los hombres, es decir, el que había llamado, penetró en la sala.

Roberto, al oir pisadas extrañas, volvió la cabeza sorprendido y aclamando:

—¿Quién va?

—No se asuste V., es un antiguo conocido, respondió el hombre con la mayor calma y adelantando pausadamente hasta llegar a una vara de distancia de Roberto.

Este le miró sorprendido todavía, como para reconocerle.

—Aquel prosiguió:

—¿No me conoce V.? ¡diablo, y que presto se olvida la gente! y a fé que la primera vez y la segunda y última que nos vimos, debió dejarle a V. algún recuerdo. De la primera es buena señal esa cicatriz, hija legítima de un garrotazo que le cogió a V. desde la sien hasta la barba…

—¡Ah! exclamó Roberto.

—Y que le dieron estas manos mismas que van a llevarle ahora allí mismo de donde V. se escapó.

—¡Daniel! volvió a exclamar Roberto.

—Para… *servir* a V. otra vez.

—¡Oh! dijo Roberto apretando los dientes y echando mano al bolsillo como para sacar alguna arma.

—¡Quieto, o te quedas en el sitio! se apresuró a decir Daniel apuntándole una pistola.

—Mira lo que haces, porque no sabes hoy a quien sirvo…

—Me basta saber a quien sirvo yo, que es D. Diego Rocafort.

—¡Diego!

—Me manda aquí para cogerte. Lo demás no faltará quien lo arregle. Pero antes de todo: aquel retrato que tienes en tu poder, ¿dónde está?

El caballero enviado por la baronesa de Turella se había separado, contemplando mudo aquella tan original como inesperada escena.

—¡Ah! prosiguió Daniel, ¿será esto de ahí?

Y cogió el retrato de encima de la mesa, donde estaban la mayor parte de los billetes.

Roberto comprendió al momento que Daniel no había ido solo, y se afirmó más en esta idea al ver medio abierta la puerta de la habitación, y al notar que su querida no se oía en la casa.

—¿Y estos billetes? ¡pues no está V. poco rico para tener así librado en el suelo y sobre esta mesa tanto dinero!

Roberto se volvió entonces al caballero, y le dijo:

—Ha sabido V. tenderme el lazo.

—Yo no he hecho más que venir aquí con ese dinero para rescatar el retrato de la baronesa, dijo el caballero.

—La señora baronesa, pues, lo recibirá juntamente con su retrato, dijo Daniel recogiendo los billetes.

Inmediatamente después de esto gritó:

—¡Adelante!

Uno de los hombres que afuera aguardaban se presentó.

Roberto se estremeció de piés a cabeza poniéndose pálido como la muerte.

El hombre que había entrado, era un mozo de la Escuadra.

—Ahí tiene V. al presidario Roberto, dijo Daniel.

Roberto intentó la resistencia a la prision, pero fué en vano.

El mozo de Escuadra lo llevó, y a las pocas horas estaba, no en poder de la policía, sino del juez de primera instancia del distrito.

CAPÍTULO LIII.
La última palabra de amor

No ha debido seguramente sorprender al lector la noticia que hemos oído en uno de los capítulos anteriores, de boca de la hija de la baronesa, acerca del estado grave en que Diego se encontraba.

Sabemos demasiado como se sentía su abatido espíritu al dejar a Lóndres para volver a su querida patria, y conocemos asimismo que la enfermedad que en él predominaba cuando se veía en el extranjero, estaba sostenida por causas morales gravísimas e incurables, que no encontraron por cierto un motivo para desvanecerse con su regreso a

Barcelona.

La tristeza, hija del extrañamiento de su pais, había desaparecido realmente del corazón de Diego así que hubo llegado a Barcelona; pero quedaba en él otra tristeza, otro dolor más fuerte y más vivo que aquel, porque se dejaba sentir en su alma solo y sin otro dolor que le neutralizara.

Al principio de su dolencia, pues, no halló motivo de aliviarse, sino por el contrario, lo tuvo para agravarse más y más en Barcelona.

La primera vez que estuvo a ver a Clara, al salir de la casa de Turella se escapó de sus labios una dolorosísima exclamación que envolvía todo el desconsuelo que en él había producido la visita a su antigua amante.

—¡No me ha conocido!… se dijo.

Pero Diego olvidaba en aquel momento en que tan terrible cargo hacia con esta frase a la constancia y al afecto de Clara, que en el aspecto de su persona, ni en sus movimientos, ni en su mirar, ni en el metal de su voz podía conocerse en él, no ya al joven tejedor de velos, sino que ni aun al caballero que hacia pocos años había sido conocido en Barcelona por el nombre de Augusto Mendoza.

Tal era la transformación que en esta última época de su azarosa vida habían obrado en él las amarguras que había sufrido.

La causa de su terrible dolencia, que tenía su origen en Barcelona, lejos de debilitarse, tomaba nuevas creces cada día, puesto que estaba, digámoslo así, mezclada en la atmósfera misma que Diego respiraba.

Este cáncer, que minaba su existencia, llegó por fin a rendir todas sus fuerzas.

Hacía cuatro días que Diego no tenía aliento ni para salir de su habitación.

Sus constantes compañeros eran Daniel y luego Fernando Aguilar, que no le abandonaba nunca.

El día mismo en que Daniel, por órden y con las instrucciones de su amo, procedió a la captura de Roberto, Diego le llamó y le dijo:

—Daniel, ¿guardas el pliego que te dí en Lóndres?

El criado apenas pudo contestar.

La enfermedad de Diego había progresado en horas de una manera tristemente prodigiosa, y Daniel vió la muerte pintada en el rostro de su amo al mirarle para responder a su pregunta.

—Lo guardo, señor, respondió el criado haciendo un violento esfuerzo para contener las lágrimas que asomaban a sus ojos.

—Bien, déjame.

Daniel salió sin atreverse a decir otra palabra a su amo. No hubiera podido tampoco. El sentimiento que oprimia su corazón le embargaba

la voz en la garganta.

Apenas llegó a la antesala, se le presentó una señora que acababa de llegar, cubierto el rostro con el velo de la mantilla, y la cual preguntó a Daniel por su amo.

—Mi señor está muy delicado, observó Daniel.

—No importa; he de verle y es necesario que le pase V. recado.

Daniel entró en el gabinete de Diego y volvió a salir diciendo:

—Pase V., señora.

La dama entró. Diego se hallaba sentado en un sofá sin fuerzas para levantarse.

La dama se acercó pausadamente y a los tres pasos de distancia levantó el velo.

—¡Clara! exclamó Diego.

Ésta se asustó al mirarle al rostro. Estaba completamente demacrado; su frente pálida y de una blancura mate, los labios sin color, los ojos hundidos y amoratada la piel cerca del párpado inferior, la nariz afilada, las orejas separadas y transparentes como la cera; todas las señales, en fin, de lo que en medicina se llama *cara hipocrática* y que traducido a una frase vulgar significa que la vida se estingue por momentos, estaban impresas en aquella fisonomía que con sobrada razón asustó a Clara..

Diego volvió rápidamente de su exaltación, tomó de su lado los billetes y el retrato que Daniel había cogido a Roberto, y dijo en tono suave y de la mayor calma:

—Tome V., señora, esto que le pertenece.

—¡todavía, Diego!… No he venido aquí por eso, exclamó Clara saltándole las lágrimas: ¡ni eso esperaba de ti, mi corazón!

Diego dejó caer sin sentirlo, los objetos que en la mano tenía, sus ojos adquirieron de pronto nuevo brillo, sus mejillas se sonrosaron ligeramente, pero volvió luego a su primer estado, y con la voz del más profundo sentimiento exclamó:

—¡Tu corazón! ¿Qué puede darle el mio sino el dolor que le envenena?…

—¡Oh! sí, ¡puede darle todo lo que contiene de ese dolor que yo he venido aquí para salir contigo!…

—¡Clara!

—¡Diego!

—¡Gracias, Clara, gracias, amor mio, por este instante de felicidad!… ¡Tarde… ha llegado!…

—¡Oh! no, exclamó Clara cogiendo las manos de su amante y acercándosele como para comunicarle con la suya propia la vida y el aliento que por instantes le iban fallando.

Tan grande como repentina emoción acabó de precipitarle.

—Sí… sí… Pero, soy feliz ahora… porque tú… tú eres la misma…

—¡Oh! sí, porque nadie puede hoy obligarme… y soy tuya.

Diego.

—¡Ah! gritó Diego quitando la mano que Clara le tenía entre las suyas. ¡Mia hoy!… después de haber pertenecido.

—¡Diego! ¡compadécete de mí!…

—¡Ay! exclamó Diego como si le arrancaran las entrañas.

Un estremecimiento general recorrió su cuerpo, y su rostro se demudó a tal punto, que Clara creyó llegado el postrer momento de su vida y gritó:

—¡Socorro! ¡Diego! yo te amo… yo te he amado siempre.

Diego tuvo tiempo para acercar la mano a los labios de Clara, como para impedir que concluyera la frase.

Daniel penetró de un salto en el gabinete.

—¡Señor! Señor…

Diego tendió una mano a Daniel, llevó la del fiel criado a su corazón, y luego le señaló con los ojos a Clara.

MUERTE DE DIEGO

—Seré su siervo toda mi vida, señor, exclamó el inteligente Daniel comprendiendo el encargo de su amo.

Este le pagó con una de esas miradas llenas de tierno cariño que arrancan lágrimas del corazón.

Diego dió un fuerte suspiro, su cuerpo volvió a estremecerse, y doblando lánguidamente el cuello, dejó caer la cabeza en el hombro de Clara.

Ésta llevó la mano a su frente bañada ya con el sudor frío de la muerte.

—¡Cla… ra!… ¡ma… dre… mi… a!…

—¡Ay! exclamó Clara.

—¡Señor! ¡señor! gritó Daniel.
Diego ya no pudo oir aquel grito del corazón de Daniel.
Clara recogió su último aliento.

EPÍLOGO

EL pliego cerrado que Diego entregó a Daniel en Lóndres, contenía el testamento de aquel, hecho en dicha ciudad, nombrando heredero a éste y un legado separadamente con esta disposición de su puño y letra.

«Quiero que mi cadáver, sin otra pompa ni otro cortejo que

todos los pobres que quieran acompañarme a la última morada, a cada uno de los cuales se dará una hacha de cera y la suma de cuatro duros, sea enterrado en el cementerio de Barcelona, en un hoyo abierto en la tierra y en lugar mismo donde se entierran los pobres y donde yace mi querida madre. Si muero antes de llegar a Barcelona, Daniel, espero de tí harás de modo que se cumpla mi voluntad.

Daniel, te bendice desde las puertas del sepulcro tu señor y tu amigo

DIEGO ROCAFORT».

La voluntad de Diego fué exactamente cumplida, acompañándole al cementerio todos los pobres de Barcelona, presididos por Daniel y Fernando Aguilar, depositándose su cadáver en la tierra sin ataud y envuelto en una sábana.

Daniel quedó al lado de Clara.

Esta empezó a sufrir, después de la muerte de Diego, como nunca había sufrido.

Al recoger su último aliento, recogió también el dolor que su amante dejaba en el mundo.

Pasó algún tiempo; llegó el día de Difuntos, y Clara quiso ir al cementerio a visitar la tumba de aquellos a quienes debia sus oraciones.

Del suntuoso panteon de Turella, donde estaban las cenizas de su madre y de su marido, pasó a otro sitio más humilde, a la *tumba de los pobres*, donde yacian entre la húmeda tierra los restos de Diego.

Clara, debilitada con los sufrimientos de tanto tiempo, afectado como nunca su espíritu, se dejó caer más bien que se hincó de rodillas en el suelo.

En aquel triste sitio se agolparon de pronto a su mente los más amargos recuerdos de la desgraciada historia de sus amores.

Sus ojos estaban fijos en un punto de la tierra, y su imaginación absorta y confusa.

La fiebre del corazón afectó luego a la cabeza y Clara empezó a ver las más dolorosas visiones.

La tierra, en el punto donde tenía fijos los ojos, empezó a removerse; de sus entrañas fué saliendo la figura de un hombre: era Diego, Diego mismo en su primera juventud, rodeado de la dicha y la esperanza de sus primeros amores, con aquella noble y agraciada apostura en su humilde traje de tejedor de velos… La aureola de luz que le rodeaba, fué desapareciendo, y en torno suyo sucedió la oscuridad, la tierra se convirtió en húmedas baldosas, el horizonte se

fué estrechando, y aquel sitio quedó reducido a un estrecho calabozo de negras paredes, de las que salían argollas y cadenas de hierro que sujetaban y oprimian los miembros de Diego…

Y el corazón de Clara se oprimia también, sus ojos querían llorar y no podían, quería suspirar y faltaba aire a su pecho, bajo la sofocada bóveda del calabozo.

Este cuadro desapareció asimismo: el horizonte volvió a ensancharse, y en la febril imaginación de Clara se presentó entonces la vasta extensión de los mares. El cielo empezó a encapotarse, las olas comenzaron a bullir, a rebramar el viento, y en medio de la tempestad, hundiéndose y levantándose como débil arista, Clara veía la desgarradora figura de un náufrago asido a una tabla y luchando desesperadamente con la más horrible de las muertes. ¡Era Diego también! ¡Clara gritaba en su corazón y forcejaba para ir a salvarle!… ¡Un monte de espuma envolvió al náufrago!… ¡Diego no volvió a aparecer en la superficie del mar!

Clara se quedó sin respirar apenas, y fría y muda como el mármol.

El mar se fué serenando y convirtiéndose pausadamente en una alameda de sauces y cipreces.

Por el medio de la alameda caminaba gravemente un largo cortejo de pobres con hachas encendidas, al fin del cortejo venía un cadáver.

Aquí una tristísima coincidencia vino a sacar a Clara de su éxtasis.

A su frente había un hoyo preparado para un pobre de solemnidad.

Dos enterradores pasaron por delante de Clara, llevando el cadáver del pobre envuelto en una sábana, y lo echaron al hoyo.

—¡¡Ay!!

Los enterradores volvieron la cabeza sorprendidos a este grito desgarrador.

Clara yacia en el suelo sin sentido.

Aquejada de continuo por tan fuertes delirios, promovidos por la idea de las desgracias de Diego, fijas siempre en su imaginación, no tardó Clara en unirse a su amante.

Antes de su muerte entregó la mano de su hija a Fernando Aguilar.

El amigo de éste, Eduardo el estudiante, perdió la carrera de abogado, teniendo que resignarse a vivir con su familia en un pequeño pueblo de Andalucía.

Dirigiéndose a su pueblo, en una de las paradas de diligencias, Eduardo se acercó a un puesto de aguardiente, anises y azucarillos que había junto a la carretera.

Eduardo se quedó estupefacto al reconocer al dueño de tan humilde comercio.

Era Lola que había perdido su belleza y vuelto a su primitivo

origen.

En cuanto a Roberto, éste tuvo un fin más trágico.

Llevado al presidio de Tarragona, volvió a intentar la huida, y hallado en el acto por un cabo del presidio, éste, que tuvo la ocasión, la aprovechó del todo maltratándole horriblemente hasta tenderle cadáver de un fuerte palo en las sienes.

El cabo era el *Zurdo*, que se vengó así de lo ocurrido en la casa de Gracia.

FIN DE BARCELONA Y SUS MISTERIOS

A MI ESTIMADO AMIGO
EL ESCRITOR
DON MANUEL ANGELÓN

Pudo suceder a esta obra lo que a mi novela *Jerónimo*, que fué prohibida de real órden apenas vió la luz la entrega primera, y hé aquí porque, a pesar de que entonces como ahora he procurado y aun creido escribir dentro de la ley, van estas líneas en la última página y no en la primera del libro que te dedico.

En él he dicho *mucho* para algunos, *poco* para otros.

Quizás estos tengan razón, así como aquellos tal vez la hubieran tenido si en los límites prefijados a esta obra cupiera todo lo que de Barcelona se puede decir, y *fué yo me reservo para otra ocasión*, aun a riesgo de volver a herir la susceptibilidad de ciertas individualidades, cuya torpeza, al darse por aludidas, justificara mi intención si da herirlas la hubiese tenido.

Repito aquí lo que indicó ya el prospecto.

No he querido en esta obra hacer el retrato de nadie; pero si alguno se empeña en encontrar el suyo, no seré yo quien me esfuerce en negarle el parecido.

Tú, amigo mio, recíbela como original, *y no traducida ni plagiada* por tu compañero.

A. ALTADILL.

Antonio Altadill i Teixidó (Tortosa, Tarragona, 1828 - Barcelona, 1880) fue un escritor, periodista y político español. Como novelista publicó también bajo el seudónimo de Antonio de Padua.

Aunque comenzó los estudios de Derecho, nunca los terminó, al sentirse más atraído por sus dos grandes vocaciones: la literatura y la política. No obstante, representa a esa pequeña burguesía decimonónica para la cual la cultura era una vía de acción política, en la misma medida en que la política era una herramienta de promoción cultural, una simbiosis que se resume en la dedicatoria que el propio Antonio Altadill puso al frente de su alegoría teatral *Lágrimas y laureles*: «A Juan Prim. El último de los poetas, al primero de los soldados catalanes».

Eusebio Planas i Franquesas (Barcelona, 1833 - Barcelona, 1897) fue un dibujante, acuarelista y litógrafo catalán.

Su padre quería que estudiara Derecho, pero su vocación artística hizo que al final ingresara en el taller de un grabador litógrafo. Posteriormente se inscribió en la Escuela de la Llotja y en una academia privada. En 1849 fue a estudiar a París para perfeccionar las técnicas litográficas bajo las órdenes de Lassalle. Allí empezó a trabajar para el editor Goupil, primero con un retrato de Eugenia de Montijo a caballo y vestida a la andaluza. Gracias a este y a otros proyectos se consagró como dibujante en París.

En 1854 se declaró una epidemia de cólera en la ciudad, lo que le hizo volver a Barcelona, donde empezó a iluminar fotografías y a ilustrar novelas, como *Los tres mosqueteros* o *Los miserables*. Con un fuerte volumen de producción, se convirtió en uno de los dibujantes y litógrafos más importantes de la segunda mitad del siglo XIX. Una de sus obras más emblemáticas fue *Historia de una mujer* (1880).

Planas, que fue un prolífico ilustrador de libros, cultivó la ilustración de género erótico y pornográfico, incluyéndose en su obra series de láminas como *El noble arte del billar* y *Noble juego del Tresillo*.

Notas

[1] Al concluir este capítulo, nos vemos precisados a trasladar un párrafo de la obra de Malte-Brun en justificación, del relato que acabamos de hacer. Prometimos en el prospecto de esta obra, que nada de *fabuloso* daríamos a nuestros lectores en un libro que nos proponemos escribir con las tintas de la verdad, y estos pasages, que podrán parecer inverosímiles a algunos de nuestros lectores que no estén enterados de Lo que sucede en los paises a que nos referimos, necesitamos apoyarlos en el irrecusable testimonio de un libro, como es la *Geografía Universal* del célebre Malte-Brun.

En el libro décimo cuarto, (descripción del Africa) página 189, dice, refiriéndose a uno de los reyes de aquellos paises.

«Este monarca se sentaba en un trono do oro macizo, y a la sombra de un árbol cuyas hojas eran igualmente de oro: su cuerpo, desmesuradamente largo, escesivamente flaco, estaba untado con sebo y revestido con un baño de oro en polvo; su cabeza estaba cubierta por un sombrero europeo con una ancha franja de oro, los costados ceñidos por un tahali de tela de oro, desde el cuello hasta los piés, estaba cuajado de cornerinas, ágatas y lapizlázuli, enlazadas con brazaletes y cadenas, y sus piés descansaban en una palangana de oro. Los magnates de su reino se hallaban echados en tierra con la cabeza cubierta de polvo; en la misma postura se veían unos cien acusados y demandantes, y a sus espaldas veinte verdugos empuñando un sable desnudo, que aguardaban la señal del rey, que de ordinario terminaba los procesos haciendo decapitar a una y otra parte». < <

[2] Malte-Brun en el libro XIV. (descripción del África) pag, 188, dice:

«En los funerales, que siempre van acompañados de muchos cantos y gritería, reina una superstición muy singular, pues los que llevan el cadáver, le preguntan si ha sido envenenado o hechizado, suponen recibir la respuesta por medio de un movimiento del féretro, y si el muerto acusa al supuesto brujo, se le vende como esclavo. Los entierros do los príncipes ocasiónan escenas todavía más deplorables, pues sobre la tumba real se derrama la sangre de muchas víctimas humanas, etc.

Y en la página siguiente añade.

Sobre la tumba del rey *Freenpung* se inmolaron sus esclavos en número de muchos miles, a su primer ministro y a trescientas treinta y seis de sus mujeres, Todas aquellas víctimas, fueron enterradas vivas, después de haberlas descoyuntado los huesos, y por espacio de muchos días el pueblo estuvo cantando y bailando solemnemente alrededor de la tumba en que aquellos infortunados experimentaban la lenta y horrible agonía que es de suponer». < <

[3] La más notable serpiente que vió Merolla por sus propios ojos es la *copra*, que desde mucha distancia arroja cierta espuma a los ojos del pasajero, causando unos tan atroces dolores, que si no se tiene a mano leche de mujer, para mitigarlos, se pierde la vista sin remedio. Este reptil es negro y tiene un metro de largo.

(Malte-Brun, Geografía Universal, lib. XIV. descrip. del Africa). < <